La corte del zar rojo

Simon Sebag Montefiore



La corte del zar rojo

Simon Sebag Montefiore

En cierto sentido, ésta es la primera biografía real de Stalin. Lo que se había publicado hasta ahora no dejaban de ser más que pasajes de su vida y su tiempo, complementados con la historia de la Unión Soviética para compensar la ausencia de información directa sobre uno de los dictadores más famosos del mundo. Sin embargo, en este libro, Simon Sebag Montefiore, que ha tenido acceso a los archivos de Stalin y de sus colaboradores abiertos recientemente, nos descubre un Stalin inusual, sorprendente. Un Stalin menos enigmático, más íntimo, no menos brutal pero más humano.

Y con él nos introduce a la apasionante historia de su corte imperial, a una epopeya de miedos y traiciones, a una vida en la que se mezclaban el amor familiar y la brutalidad asesina. Stalin cultivaba el peligroso juego del poder con sus cortesanos durante las cenas y los bailes que tenían lugar en las impresionantes villas del Mar Negro y en los enormes apartamentos del Kremlin: un mundo secreto pero extrañamente cálido, poblado por asesinos, fanáticos, degenerados y aventureros. Desde el enano bisexual Yezhov hasta el depravado Beria, cada uno representaba un papel para Stalin: Molotov, el de necio; Kaganovich, el de bruto; Voroshilov, el del graciosillo estúpido; Zhdanov, el de presuntuoso. Todos caminaban sobre el filo de la navaja, matando para sobrevivir, durmiendo con una pistola bajo la almohada; dejando morir a sus mujeres por capricho de Stalin o permitiendo que sus hijos vivieran según un código de mentiras. Pero todos fueron fieles a la fe cuasirreligiosa del bolchevismo.

"Simon Sebag Montefiore lo ha conseguido. Con su libro ha logrado ofrecernos un retrato íntimo de la vida diaria en el Kremlin de Stalin en una narración absorbente". Robert Service



MEMORIA CRÍTICA

SIMON SEBAG MONTEFIORE

LA CORTE DEL ZAR ROJO

Traducción castellana de
Teófilo de Lozoya

CRÍTICA
BARCELONA

A Lily Bathsheba



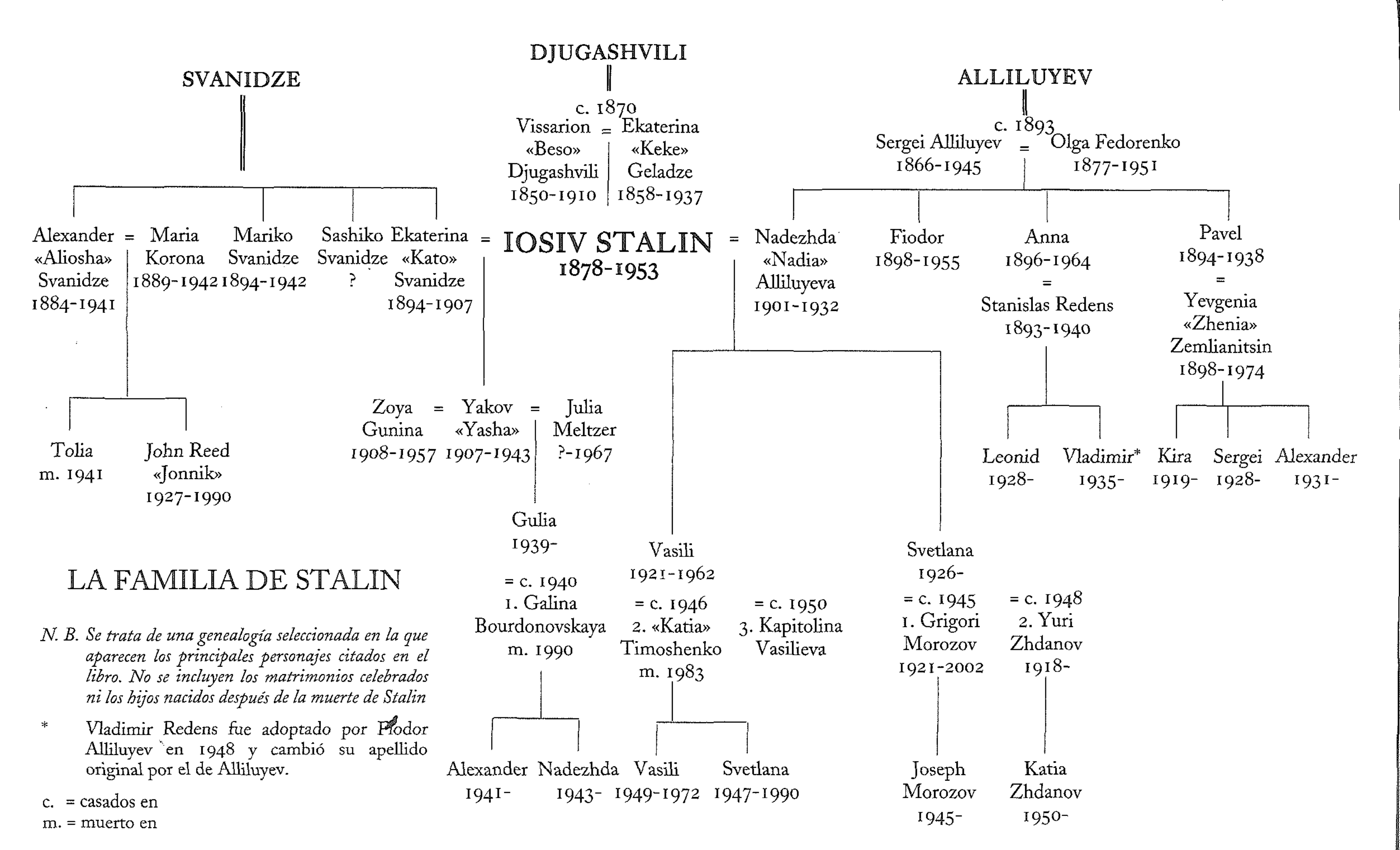
Primera edición: mayo de 2004
Primera edición en rústica: septiembre de 2010

Título original: *Stalin. The Court of the Red Tsar*

Diseño de la cubierta: Compañía
Ilustración de la cubierta: Iosiv y Nadezhda Stalin con Klim y Ekaterina Voroshilov de vacaciones en Sochi hacia 1930. © David King
Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.

Crítica, S.L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
e-mail: editorial@ed-critica.es
http://www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-123-6
Depósito legal: B. 27.157-2010
Impreso en España
2010. – EGEDSA (Barcelona)



LA FAMILIA DE STALIN

N. B. Se trata de una genealogía seleccionada en la que aparecen los principales personajes citados en el libro. No se incluyen los matrimonios celebrados ni los hijos nacidos después de la muerte de Stalin

* Vladimir Redens fue adoptado por Fiodor Alliluyev en 1948 y cambió su apellido original por el de Alliluyev.

c. = casados en
m. = muerto en

Lista de personajes

Iosiv Stalin, cuyo verdadero apellido era Djugashvili, llamado «Soso» y «Koba». Secretario general del Partido Bolchevique, 1922-1953, y primer ministro, 1941-1953. Mariscal. Generalísimo de los ejércitos.

FAMILIA

Keke Djugashvili, madre de Stalin.
Kato Svanidze, primera esposa de Stalin.
Yakov Djugashvili, hijo del primer matrimonio de Stalin con Kato Svanidze. Capturado por los alemanes.
Nadia Alliluyeva, segunda esposa de Stalin.
Svetlana Stalin, actualmente llamada Alliluyeva, hija de Stalin.
Artiom Sergeiev, hijo adoptivo de Stalin y Nadia.
Sergei Alliluyev, padre de Nadia.
Olga Alliluyeva, madre de Nadia.
Pavel Alliluyev, hermano de Nadia, comisario del ejército rojo casado con Zhenia Alliluyeva, cuñada de Nadia, actriz, madre de Kira.
Aliosha Svanidze, hermano de Kato, georgiano, cuñado de Stalin, funcionario de banca casado con Maria Korona, cantante de ópera georgiana de origen judío, confeccionó día a día un detallado diario.
Stanislas Redens, cuñado de Nadia, miembro de la policía secreta, casado con Anna Redens, hermana mayor de Nadia.

ALIADOS

Victor Abakumov, miembro de la policía secreta, jefe del Smersh, ministro del MGB.

Andrei Andreyev, miembro del Politburó, secretario del Comité Central, casado con Dora Jazan, la mejor amiga de Nadia, ministra auxiliar del Textil, madre de Natasha Andreyeva.

Lavrenti Beria, «tío Lara», miembro de la policía secreta, jefe del NKVD, miembro del Politburó encargado de la bomba nuclear, casado con Nina Beria, científica, a la que Stalin trataba «como a una hija», madre de Sergo Beria, científico, casado con Marta Peshkova Beria, nieta de Gorki, nuera de Beria.

Semion Budionni, del arma de caballería, mariscal, integrante del grupo de Tsaritsin.

Nikolai Bulganin, «el Fontanero», miembro de la Cheka, alcalde de Moscú, miembro del Politburó, ministro de Defensa, presunto heredero.

Candide Charkviani, jefe del Partido en Georgia y confidente de Stalin.

Semion Ignatiev, ministro del MGB, cerebro de la conjura de los médicos.

Lazar Kaganovich, llamado «Lazar de hierro» o «la Locomotora», judío, bolchevique de la vieja guardia, ayudante de Stalin a comienzos de los años treinta, jefe de los ferrocarriles, miembro del Politburó.

Mijail Kalinin, «el Papá», «el Viejo del pueblo», presidente soviético, campesino/obrero.

Nikita Jrushchov, primer secretario de Moscú y posteriormente de Ucrania, miembro del Politburó.

Sergei Kirov, jefe del Partido en Leningrado, secretario del Comité Central, miembro del Politburó.

Valerian Kuibishev, destacado economista y poeta, miembro del Politburó.

Alexei (A. A.) Kuznetsov, delegado de Zhdanov en Leningrado; después de la segunda guerra mundial secretario del Comité Central y curador del MGB, presunto heredero de Stalin como secretario general.

Nestor Lakoba, máximo dirigente en Abjasia.

Georgi Malenkov, apodado «Melanie» o «Malania», secretario del Comité Central, aliado de Beria.

Lev Mejlis, apodado «el Demonio Siniestro» y «Tiburón», judío, secretario de Stalin, y posteriormente editor de *Pravda* y jefe político del ejército rojo.

Akaki Mgeladze, máximo dirigente de Abjasia y luego de Georgia; Stalin lo llamaba «el Lobo».

Anastas Mikoyan, bolchevique armenio de la vieja guardia, miembro del Politburó, ministro de Comercio y Suministros.

Viacheslav Molotov, llamado «Culo de Hierro» y «nuestro Vecha», miembro del Politburó, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores, casado

con Polina Molotova, de soltera Karpovskaya, llamada «camarada Zhemchuzhina» y «la Perla»; judía, comisaria de Pesca, máxima dirigente de la industria del perfume.

Grigori Ordzhonikidze, llamado «camarada Sergo» y «el culo de Stalin»; miembro del Politburó, jefe de la Industria Pesada.

Karl Pauker, antiguo barbero de la ópera de Budapest, guardaespaldas y jefe de seguridad de Stalin.

Alexander Poskrebishev, antiguo asistente sanitario, jefe de gabinete de Stalin, casado con Bronka Metalikova Poskrebisheva, médica judía.

Mijail Riumin, «el pequeño Misha», «el Canijo», viceministro del MGB y organizador de la conjura de los médicos.

Nikolai Vlasik, guardaespaldas de Stalin y jefe del Directorio de Guardaespaldas.

Klim Voroshilov, primer mariscal, miembro del Politburó, comisario de Defensa, veterano de Tsaritsin, casado con Ekaterina Voroshilova, otro de los personajes que confeccionó un detallado diario.

Nikolai Voznescenski, economista de Leningrado, miembro del Politburó, viceprimer ministro, ungido heredero de Stalin como primer ministro.

Genrij Yagoda, jefe del NKVD, judío, enamorado de Timosha Gorki.

Abel Yenukidze, «tío Abel», secretario del Comité Ejecutivo Central, georgiano, vividor, padrino de Nadia.

Nikolai Yezhov, «el Morita» o «Kolia», máximo dirigente del NKVD, casado con Yevgenia Yezhova, editora, mujer de mundo y judía.

Andrei Zhdanov, «el Pianista», miembro del Politburó, máximo dirigente de Leningrado, secretario del Comité Central, jefe de la Marina, amigo y presunto heredero de Stalin, padre de Yuri Zhdanov, jefe del Departamento Científico del Comité Central, casado con Svetlana Stalin.

GENERALES

Grigori Kulik, jefe de Artillería, mujeriego y chapucero, veterano de Tsaritsin.

Boris Shaposhnikov, mariscal, jefe del Estado Mayor, favorito de Stalin entre los oficiales de la Plana Mayor.

Semion Timoshenko, mariscal, vencedor de Finlandia, comisario de Defensa, veterano de Tsaritsin; su hija se casó con Vasili Stalin.

Alexander Vasilevski, mariscal, jefe del Estado Mayor, hijo de un pope.

Georgi Zhukov, mariscal, jefe adjunto del Estado Mayor del ejército, el mejor general de Stalin.

ENEMIGOS Y ANTIGUOS ALIADOS

Nikolai Bujarin, «el niño bonito del Partido», «Bujarchik», teórico, miembro del Politburó, integrante de la *troika* dirigente entre 1925 y 1929, amigo de Nadia, de tendencia derechista, principal acusado del último proceso público.
Lev Kamenev, miembro del Politburó de tendencia izquierdista, para derrotar a Trotski se unió a Stalin, con el que gobernó entre 1924 y 1925; de origen judío. Acusado en el primer proceso público.
Alexei Rikov, «Rikvodka». Miembro del Politburó de tendencia derechista, primer ministro e integrante de la *troika* junto con Stalin y Bujarin entre 1925 y 1928. Acusado en el último proceso público.
Lev Trotski, genio de la revolución, de origen judío; comisario de Guerra y creador del ejército rojo, «general de opereta», según Stalin.
Grigori Zinoviev, miembro del Politburó de tendencia izquierdista, máximo dirigente de Leningrado, de origen judío. Formó un triunvirato con Stalin y Kamenev de 1924 a 1925. Acusado en el primer proceso público.

«INGENIEROS DEL ALMA HUMANA»

Anna Ajmatova, poetisa, «la monja puta», según decía Zhdanov.
Isaac Babel, autor de *La caballería roja* y amigo de Eisenstein, Mandelstam, y
Demian Bedni, «el poeta proletario», compañero inseparable de Stalin.
Mijail Bulgakov, novelista y dramaturgo; Stalin vio su obra *Los días de los Turbín* quince veces.
Ilia Ehrenburg, escritor judío y gran figura de la literatura europea.
Sergei Eisenstein, el mayor director cinematográfico de Rusia.
Maxim Gorki, el novelista más famoso de Rusia, afín a Stalin.
Ivan Kozlovski, tenor de la corte de Stalin.
Osip Mandelstam, poeta. «Aislar, pero conservar», decía de él Stalin.
Boris Pasternak, poeta. «Vive en las nubes», decía de él Stalin.
Mijail Sholojov, novelista de los cosacos y la colectivización.
Konstantin Simonov, poeta y editor, amigo de Vasili Stalin, favorito de Stalin.

Agradecimientos

Son muchas las personas que me prestaron su generosa ayuda en esta empresa, en Moscú y San Petersburgo o incluso en Sujumi, en Tiflis y Buenos Aires o en Rostov del Don. Lo que yo perseguía era sencillamente escribir un retrato de Stalin, de sus veinte máximos jerarcas y de sus familias, mostrar cómo gobernaron y cómo vivieron en la singular cultura de sus años de poder supremo. La mía no pretende ser una historia de la política interna o externa de Stalin, de sus campañas militares, de su juventud y de su lucha con Trotski. Ésta es una crónica de lo que fue su corte desde su proclamación como «caudillo» en 1929 hasta su muerte. Es una biografía de sus cortesanos, un estudio de alta política y de poder y costumbres informales. En cierto modo es una biografía del propio Stalin a través de las relaciones que mantuvo con sus jerarcas: nunca desaparece de escena.

Mi cometido consistía en ir más allá de las explicaciones tradicionales que presentaban a Stalin como un «enigma», un «loco», o un «genio satánico», y a sus camaradas como a «hombres sin biografía», sombríos sicofantas bigotudos en fotografías en blanco y negro. Aprovechando el arsenal de nuevos documentos y libros de memorias inéditos, entrevistas realizadas por mí mismo, y materiales perfectamente conocidos de todo el mundo, espero que Stalin se convierta en un personaje más comprensible e íntimo, aunque no menos repelente. Creo que el hecho de situar a Stalin y sus oligarcas en el contexto bolchevique que los caracterizaría como miembros de una «orden religioso-militar de cruzados» explica buena parte de lo inexplicable. Stalin fue a todas luces un caso singular, pero muchas de sus teorías y muchos de sus rasgos característicos, como su utilización de la muerte como instrumento político, y desde luego su paranoia, eran compartidos por sus camaradas. Fue un hombre de su tiempo, lo mismo que sus jerarcas.

Entre ellos los más famosos probablemente sean Molotov y Beria, pero

muchos otros no son demasiado conocidos en Occidente. Yezhov y Zhdanov dieron su nombre a épocas que siguen siendo sombrías. Algunos, como Mejlis, apenas han sido estudiados por los especialistas. Mikoyan fue admirado por muchos, y Kaganovich fue despreciado por la mayoría. Algunos quizá mostraran una máscara gris ante el mundo exterior, pero muchos eran brillantes, dinámicos y descomunales. El reciente acceso a su correspondencia e incluso a sus cartas de amor, cuando menos, nos los hará vivos.

Cuando contamos su historia, nos vemos obligados a sacar una triste moraleja: de los muchos asesinos de masas presentados en la obra, sólo fueron procesados (y no precisamente por sus crímenes) Beria y Yezhov. Casi todo el mundo ha caído en la tentación de echar la culpa de todos los crímenes a un solo hombre, Stalin. En la actualidad hay en Occidente una obsesión por el culto a la maldad: una competición tan macabra como inútil entre Stalin y Hitler para determinar cuál fue «el dictador más malvado del mundo» mediante el cómputo de sus supuestas víctimas. Eso es demonología, no historia. Semejante actitud tiene como consecuencia inculpar de todos los crímenes únicamente a un loco y no nos permite extraer ninguna lección ni respecto al peligro de las ideas y sistemas utópicos ni en lo concerniente a la responsabilidad de los individuos.

La Rusia moderna todavía no se ha enfrentado a su pasado: no se ha producido ninguna redención, lo cual quizá siga arrojando una espesa sombra sobre el desarrollo de la sociedad civil del país. Muchos rusos no se sentirán satisfechos ante la íntima franqueza de una historia como la mía, que habrían preferido olvidar o evitar. Aunque el presente libro no resta lo más mínimo a la culpabilidad suprema de Stalin, quizá contribuya a que algunos dejen de creer en la cómoda ficción de que fue el único responsable de tanta execración, al revelar las muertes perpetradas por toda la jerarquía del régimen, así como sus sufrimientos, sus sacrificios, sus vicios y privilegios.

He tenido la inmensa suerte de contar con personas que me han ayudado: el libro me lo inspiró Robert Conquest, que en todo momento me ha prestado su apoyo y sus consejos con la mayor paciencia y generosidad. Me siento singularmente agradecido a Robert Service, catedrático de Historia de Rusia en la Universidad de Oxford, que «supervisó» mi libro ofreciéndome generosamente palabras de aliento y sus inestimables conocimientos, y cuya meticulosa revisión y edición del texto han sido impagables. En Rusia, me «supervisó» el especialista más ilustre en la alta política estalinista, Oleg Jlevniuk, investigador jefe del Archivo Estatal de la Federación Rusa (GARF), que me guió y ayudó en todo momento. He tenido asimismo la suerte, para todo lo relacionado con el NKVD/MGB, de haber contado con la ayuda de Nikita Petrov, vicepresidente del Centro de Investigaciones Científicas de Moscú, el mejor especialista en la policía secreta que trabaja actualmente en Rusia. En cuestiones militares, conté con la guía y la ayuda, en lo tocante tanto a la in-

terpretación como a la investigación en los archivos, del profesor Oleg Rzheshevski y sus ayudantes. Para los asuntos diplomáticos, he encontrado un verdadero tesoro en el saber, el control y el trato encantador de Hugh Lunghi, que asistió a las conferencias de Teherán, Yalta y Potsdam, y a numerosas reuniones con Stalin a finales de los años cuarenta. Sir Martin Gilbert ha sido extremadamente generoso con sus conocimientos y con los contactos de que disponía en Rusia. Para todo lo relacionado con Georgia, mis guías han sido Zackro Megrelishvili, catedrático (de estudios americanos) de la Universidad Estatal de Lengua y Cultura Ilia Chavchavadze de Tiflis, y Gela Charkviani. Para las cuestiones relacionadas con Abjasia, debo dar las gracias al mejor especialista de Sujumi, el profesor Slava Lakoba. Deseo expresar mi agradecimiento también a las siguientes personas por las indicaciones y las ideas que me dieron: Geoffrey Hosking, catedrático de Historia de Rusia en la Universidad de Londres; Isabel de Madariaga, catedrática emérita de estudios eslavos de la Universidad de Londres; y Alexander Kamenskii, catedrático de Historia Antigua y Moderna de Rusia en la Universidad Estatal Rusa de Humanidades de Moscú. Roy Medvedev, Edvard Radzinski, Arkadi Vaksberg y Larissa Vasilieva me ofrecieron también su ayuda y sus consejos. He sido muy afortunado al contar con la ayuda de esta pléyade de eminencias y no puedo más que darles humildemente las gracias a todos; toda la sabiduría es suya; los errores sólo míos. Debo un especial agradecimiento a Mijail Friedman.

Tuve una suerte enorme con el momento de empezar mi labor, pues la apertura en 1999 de buena parte del Archivo Presidencial conservado en el Archivo Estatal Ruso de Historia Social y Política (RGASPI) me permitió utilizar una gran cantidad de documentos y fotografías nuevos, todos ellos fascinantes, entre los que estaban las cartas de Stalin, sus hombres de confianza, y las familias de todos ellos, y que hicieron posible la realización del presente volumen. Además, pude acceder a la nueva documentación militar de los Archivos Estatales Rusos de la Guerra (RGVA) y a los Archivos Centrales del Ministerio de Defensa de la Federación Rusa (TsAMO RF) en Podolsk. Oleg Jlevniuk fue en un principio mi padrino tanto en el RGASPI como en el GARF. Vaya mi máximo agradecimiento para Larisa A. Rogovaya, jefe de sección del RGASPI, experta en la documentación de Stalin y la mejor intérprete de su caligrafía, que me ayudó en todos los estadios de mi labor. Vaya mi gratitud también para la Dra. Ludmilla Gatagova, investigadora del Instituto Ruso de Historia. Pero sobre todo debo dar las gracias a ese talento absolutamente singular del Departamento de Historia de la Universidad Estatal Rusa de Humanidades, Galina Babkova, que me ayudó tanto en la confección de este libro como en la de *Potemkin*.

Tuve la fortuna de ponerme en contacto con muchos testigos directos de la época y a menudo de acceder incluso a su documentación familiar, por

ejemplo a las memorias inéditas de algunos. Por ello me siento enormemente agradecido a Vladimir Grigoriev, ministro delegado de Prensa, Radio y Televisión de la Federación Rusa, y propietario de la editorial Vagrius; a Galina Udenkova, del RGASPI, que me permitió utilizar sus extraordinarios contactos; a Olga Adamishina, que me concertó varias entrevistas; y a Rosamond Richardson, que generosamente puso a mi disposición los contactos que tenía con la familia Alliluyev y las grabaciones de sus entrevistas con Svetlana Alliluyeva. Kitty Stidworthy me permitió utilizar los recuerdos inéditos de Yezhov escritos por Vera Trail. Vaya mi gratitud para la Dra. Luba Vinogradova por su eficiencia, su encanto, su simpatía y su paciencia al ayudarme en muchas entrevistas. Doy especialmente las gracias a Alan Hirst y Louise Campbell por presentarme a la familia Molotov. El teniente general Stepan Mikoyan y su hija Ashken se mostraron en todo momento encantadores, hospitalarios, serviciales y generosos conmigo. Las siguientes personas también pusieron a mi disposición sus recuerdos y su tiempo: Kira Alliluyeva, Vladimir Alliluyev (Redens), Natalia Andreyeva, Nikolai Baibakov, Nina Budionni, Julia Jrushchova, Tanya Litvinova, Igor Malenkov, Volia Malenkova, Sergo Mikoyan, Joseph Minercin (nieto de Kaganovich), Stas Namin, Viacheslav Nikonov (nieto de Molotov), Eteri Ordzhonikidze, Martha Peshkova, Natalia Poskrebisheva, Leonid Redens, Natalia Rikova, teniente general Artiom Sergeiev, Yuri Soloviev, Oleg Troyanovski, Nadezhda Vlasik, y Yuri Zhdanov. Estoy agradecido a mi investigadora Galina Babkova por preparar mis entrevistas con Tina Egnutashvili y Gulia Djugashvili. Debo dar las gracias al admirable Mark Fielder, de Granada Productions, con el que tuve el placer de trabajar en el documental realizado por BBC2 sobre Stalin. En San Petersburgo, vaya mi agradecimiento para el director y el personal del Museo Kirov.

En Tiflis, el profesor Megrelishvili concertó en mi nombre varias entrevistas, evocó los recuerdos que guardaba de su padrastro, Shalva Nutsibidze, y me presentó a Maya Kavtaradze, que compartió conmigo la autobiografía inédita de su padre. Gela Charkviani me contó sus recuerdos de juventud y, sobre todo, tuvo la enorme generosidad de permitirme acceder a la autobiografía inédita de su padre. Me gustaría asimismo expresar mi agradecimiento a las siguientes personas: Nadia Dekanozova, Aliosha Mirtsjulava, Eka Rapava, y Nina Rujadze. Doy las gracias también a Lika Basileia por acompañarme al palacio Likani y a Gori, así como a Nino Gagoshidze e Irina Dmetradze por su animosa cooperación; a Nata Patiashvili por la ayuda que me prestó con las traducciones y en la concertación de entrevistas, a Zurab Karumidze, y a Lila Aburshvili, directora del Museo Stalin de Gori.

Por lo que concierne a mi viaje a Abjasia, debo dar las gracias a la embajadora de Su Majestad en Georgia, Deborah Barnes Jones, a Thadeus Boyle, administrador del Servicio de Campaña de ONUMIG, y al primer

ministro de Abjasia, Anri Djirgonia. Por lo demás, no habría sido posible sin la ayuda de Victoria Ivleva-Yorke. Gracias a Saida Smir, director de la dacha de Novi Afon, y al personal de las demás residencias de Stalin en Sujumi, Jolodnaya Rechka, Lago Ritsa, Museri y Sochi. En Buenos Aires, debo dar las gracias a Eva Soldati, por entrevistar a Leopoldo Bravo y a su familia.

Vaya mi agradecimiento también para los que me alojaron durante mis visitas a Moscú y a otras ciudades: a Masha Slonim, que resultó ser nieta de Maxim Litvinov; a Marc y Rachel Polonski, que residen en el piso del edificio Granovski que ocupó el mariscal Konieven, donde tuvieron lugar muchos de los acontecimientos relatados en mi libro; a Ingaborga Dapkunaite, David Campbell y Tom Wilson en Moscú; y a la honorable Olga Polizzi y a Julietta Dexter en San Petersburgo.

Quisiera también dar las gracias a dos de las mentes históricas más sabias que conozco: a mi padre, Stephen Sebag Montefiore, doctor en medicina, que demostró una perspicacia tan grande interpretando la psicología de Stalin como con la de Potemkin; y a mi madre, April Sebag Montefiore, por los dones perfectos de lengua y psicología que posee.

Debo expresar mi gratitud asimismo a mi agente, Georgina Capel; al director de Orion, Anthony Cheetham; a mi editor, Ion Trewin; y a lord y lady Weidenfeld. Vaya también mi agradecimiento por responder a mis preguntas y ayudarme en mayor o menor medida a las siguientes personas: Andy Apostolou, Bernadette Cini, profesor Derek Beales, Vadim Benyatov, Michael Bloch, Dr. David Brandenburger, Winston Churchill, Pavel Chinski, Dra. Sarah Davies, lady Ellen Dahrendorf, a Mark Franchetti, Lisa Fine, Sergei Degtiarev Foster, Dr. Dan Healey, Yelena Durden-Smith, Levan y Nino Gachechiladze, profesor J. Arch Getty, Nata Gologre, Jon Halliday, Andrea Dee Harris, Mariana Haseldine, Laurence Kelly, Dmitri Jankin, Anne Applebaum, Joan Bright Astley, Maria Lobanova, V. S. Lopatin, embajador de la República de Georgia, Teimuraz Mamatsashvili, Neil McKendrick, rector de Gonville & Caius Cóllege en Cambridge, Catherine Merridale, princesa Tatiana Metternich, Edward Lucas, Charles y Patty Palmer-Tomkinson, Martin Poliakoff, profesor Richard Overy, David Pryce-Jones, Alexander Prozverkin, Antony Beevor, Julia Tourchaninova y Ernst Goussinski, profesor E. A. Rees, Hugh Sebag Montefiore, conde Fritz von der Schulenberg, profesor Boris Sokolov, lady Soames, Geia Sulkanishvili, lord Thomas of Swynnerton, conde Nikolai Tolstoi, príncipe Jorge Vassiltchikov, doctor D. H. Watson, y Adam Zamoyski. Es asimismo muy grande la deuda que tengo contraída con mi tutora de ruso, Galina Oleksiuk. Vaya mi agradecimiento para Jane Birkett, mi valiosa editora, para John Gilkes por los mapas, para Douglas Matthews por el índice analítico, y mi gratitud infinita para Victoria Webb, por el trabajo heroico de revisar las pruebas.

Por último, pero ante todo, quisiera dar las gracias más efusivas a mi esposa, Santa Montefiore, no sólo por traducir del español el material relacionado con Leopoldo Bravo, sino sobre todo por tolerar e incluso a veces acoger amablemente durante infinidad de años la formidable presencia de Stalin en nuestras vidas.

Prólogo

La cena del día festivo, 8 de noviembre de 1932

Aproximadamente a las siete de la tarde del 8 de noviembre de 1932, Nadia Alliluyeva Stalin, de treinta y un años, de rostro ovalado y ojos marrones, casada con el secretario general de los bolcheviques, se vestía para la atronadora fiesta con la que se conmemoraba el decimoquinto aniversario de la Revolución. Puritana, seria, pero frágil, Nadia se jactaba de su «modestia bolchevique», usaba vestidos sumamente sobrios y sin forma, chales sencillos, blusas de cuello caja, y no utilizaba maquillaje. Pero aquella noche iba a hacer un esfuerzo especial. En los lúgubres aposentos que ocupaba Stalin en el edificio de dos pisos del siglo XVII conocido como palacio Poteshni, que significa «palacio de la diversión», así llamado porque en otro tiempo había albergado un teatro zarista y a sus actores, Nadia daba vueltas ante su hermana, Anna, luciendo un vestido largo de color negro, singularmente moderno, con rosas rojas bordadas alrededor, importado de Berlín. Por una vez, se había permitido llevar un «peinado a la moda», en vez del severo moño de diario. Se había colocado graciosamente una rosa de té roja en su cabellera negra.

La fiesta, a la que asistían todos los jerarcas bolcheviques, como el primer ministro Molotov y su esposa Polina, delgada, lista y coqueta, que era además la mejor amiga de Nadia, era celebrada anualmente por el comisario de Defensa, Voroshilov, que residía en el edificio de la Caballería, alto y estrecho, a unos pasos apenas del palacio Poteshni, cruzando una pequeña calleja. En el pequeño mundo íntimo de la élite bolchevique, aquellas veladas sencillas y cordiales solían acabar con los jerarcas y sus esposas bailando danzas cosacas y cantando lamentos georgianos. Pero aquella noche la fiesta no acabaría como de costumbre.

A esa misma hora, a unos centenares de metros hacia el este, cerca del mausoleo de Lenin y de la Plaza Roja, en su despacho del segundo piso del palacio Amarillo, edificio triangular del siglo XVIII antigua sede del Senado, Io-

siv Stalin, secretario general del Partido Bolchevique y *Vozhd*—caudillo— de la Unión Soviética, a la sazón de cincuenta y tres años, veintidós más que Nadia, y padre de los dos hijos de ésta, se reunía con su policía secreto preferido. Genrij Yagoda, presidente adjunto de la GPU,* hijo de un joyero judío de Nizhni Nóvgorod, con cara de hurón, bigote «a lo Hitler», y aficionado a las orquídeas, la pornografía alemana y las amistades literarias, informaba a Stalin de las nuevas conjuras contra él que se tramaban en el Partido y de otros disturbios existentes en el país.

Stalin, ayudado por Molotov, de cuarenta y dos años, y su máxima autoridad en economía, Valerian Kuibishev, de cuarenta y cinco, que tenía aspecto de poeta loco, con su cabellera salvaje, su entusiasmo por la bebida, las mujeres y, como cabría esperar, por la composición de poesías, ordenaba detener a cuantos se oponían a él. La tensión de aquellos meses era sofocante y Stalin llegó a temer la pérdida de la propia Ucrania, que, en algunos lugares, se había convertido en un lugar imposible dominado por el hambre y el desorden. Cuando se fue Yagoda a las 19.05, los otros dos se quedaron hablando de la guerra que libraban «para partir el espinazo» a los campesinos, pese a los costes que pudiera significar para los millones de hombres que se morían de inanición víctimas de la hambruna provocada por el hambre más gigantesca de la historia. Estaban decididos a utilizar el grano para financiar la gran ofensiva destinada a convertir a Rusia en una potencia industrial moderna. Pero aquella noche, la tragedia estaba más cerca de la esfera privada: Stalin habría de enfrentarse a la crisis personal más lacerante y misteriosa de su carrera. Y volvería a verla en su imaginación una y otra vez durante el resto de su vida.

A las 20.05, Stalin, acompañado por los demás, bajó parsimoniosamente las escaleras para dirigirse a la fiesta, atravesó las callejas y las plazas nevadas de aquella fortaleza medieval de murallas rojas, vestido con su guerrera del Partido, sus viejos pantalones anchos, botas de cuero flexibles, el viejo gabán del ejército y el *shapka* de piel de lobo con orejeras. Tenía el brazo izquierdo ligeramente más corto que el derecho, pero se le notaba menos de lo que se le notaría en la vejez, y solía ir fumando un cigarrillo o chupando su pipa. La cabeza y la cabellera, espesa y corta, todavía negra, pero con las primeras manchas de canas, reflejaban la hermosa fuerza de los montañeses del Cáucaso; sus ojos felinos, casi orientales, eran «de color miel», pero cuando lo dominaba la cólera, lanzaban destellos amarillos de lobo. Los niños decían que su bigote pica-

* La policía secreta soviética se llamó primero Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje, habitualmente abreviada Checa. En 1922, pasó a denominarse Dirección Política del Estado (GPU), y luego GPU Unificada, esto es OGPU. En 1934 se integró en el Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos (NKVD). Sin embargo, los miembros de la policía secreta seguían siendo llamados «chequistas», y la policía secreta «el Organismo». En 1941 y 1943, la seguridad del Estado pasó a constituir su propio Comisariado, el NKGB. De 1954 a 1991, se convirtió en el Comité de Seguridad del Estado, KGB.

ba y consideraban su olor a tabaco acre, aunque, como recordarían Molotov y sus admiradoras, Stalin seguía resultando atractivo para las mujeres con las que galanteaba tímida y torpemente.[1]

Aquella figura pequeña y robusta, de un metro sesenta y dos de estatura, que caminaba con paso pesado y al mismo tiempo enérgico, metiendo los pies hacia dentro al andar (de un modo que los actores del Bolshoi remedaban concienzudamente cuando interpretaban el papel de un zar), charlando en voz baja con Molotov con su fuerte acento georgiano, iba protegida sólo por uno o dos guardaespaldas. Los jerarcas se paseaban por Moscú casi sin guardias de seguridad. Incluso el receloso Stalin, odiado ya en las zonas rurales, se dirigía a pie a su casa desde el despacho de la plaza Vieja con un solo guardaespaldas. Una noche, Molotov y Stalin iban caminando a casa en medio de una tormenta de nieve «sin un solo guardaespaldas» cuando, al atravesar la plaza del Picadero, se les acercó un mendigo. Stalin le dio diez rublos y el vagabundo, decepcionado, gritó:

—¡Maldito burgués!

—¿Quién puede entender a nuestro pueblo? —dijo Stalin en tono meditabundo.

A pesar del asesinato de algunas personalidades soviéticas (y del atentado que sufrió Lenin en 1918), la relajación siguió siendo curiosamente grande hasta junio de 1927, cuando tras el asesinato del embajador soviético en Polonia se reforzó ligeramente la seguridad. En 1930 el Politburó aprobó un decreto «para prohibir al camarada Stalin andar por la ciudad a pie». Pero él siguió dando sus paseos unos cuantos años más. Aquélla era una auténtica edad de oro que unas horas más tarde llegaría a su fin con la muerte, si no con el asesinato.[2]

Stalin era ya célebre por su hermetismo de esfinge y su modestia flemática, representada por la pipa que chupaba ostentosamente como un viejo campesino. Lejos de ser la mediocridad burocrática completamente gris que desdeñaba Trotski, el verdadero Stalin era un personaje melodramático, enérgico y vanidoso, excepcional en todos los sentidos.

Tras la misteriosa calma de aquellas aguas insondables se ocultaban torbellinos letales de ambición, cólera e infelicidad. Capaz de actuar con una parsimonia perfectamente controlada y de realizar jugadas audaces, parecía encerrado dentro de una fría armadura de acero, pero sus antenas estaban siempre pendientes de todo y su fiero temperamento georgiano era tan incontrolable que estuvo a punto de arruinar su carrera cuando lo desató contra la esposa de Lenin. Era un neurótico mercurial con el temperamento rígido y fogoso de un actor en tensión que se recrea en su propio drama, lo que quien acabara siendo su sucesor, Nikita Jrushchov, llamaba un *litsedei*, un hombre de muchas caras. Lazar Kaganovich, uno de sus camaradas más próximos durante más de treinta años, que se dirigía también a la cena, nos ha dejado la mejor descrip-

ción de este «personaje único»: era «un hombre distinto en cada ocasión... Conocí por lo menos cinco o seis Stalins».

No obstante, la apertura de sus archivos y las numerosas fuentes accesibles en la actualidad nos permiten hacernos una idea del personaje mucho más clara que la que se tenía hasta ahora: ya no basta con describirlo como un «enigma». Hoy día sabemos cómo hablaba (constantemente sobre sí mismo, a menudo con una franqueza reveladora), cómo escribía sus notas y sus cartas, qué comía, qué canciones cantaba, y qué leía. Situado en el contexto de una jefatura bolchevique en constante desintegración, ambiente por lo demás único, adopta los rasgos de una persona de carne y hueso. El hombre que se escondía en su interior era un político extraordinariamente inteligente y dotado, cuyo papel histórico era a sus propios ojos formidable, un intelectual vigoroso que leía febrilmente libros de historia y de literatura, un hipocondríaco inquieto que padecía amigdalitis crónica, psoriasis, dolores reumáticos provocados por su brazo deforme y la congelación sufrida durante su destierro en Siberia. Locuaz, sociable y aficionado al canto, este hombre solitario y desgraciado arruinó todas las relaciones de amor y de amistad que mantuvo a lo largo de su vida, sacrificando su felicidad en aras de la necesidad política y de una paranoia caníbal. Arruinado por sus experiencias infantiles y de un temperamento frío hasta la anormalidad, intentó ser un padre y un marido cariñoso, pero envenenó cualquier bienestar emocional que pudiera sentir; fue un nostálgico amante de las rosas y las mimosas que creyó que la solución a todos los problemas humanos era la muerte, y que estaba obsesionado con las ejecuciones. Aquel ateo poseía todo lo que necesita un sacerdote y veía el mundo en términos de pecado y arrepentimiento, y sin embargo fue un «fanático marxista convencido desde su juventud». Su fanatismo era «semiislámico», y su egotismo mesiánico infinito. Asumió la misión imperial de los rusos, pero siguió siendo en buena medida un georgiano, que trasladó las venganzas propias de sus antepasados a Moscú.

La mayoría de los personajes públicos suelen compartir el hábito que tenía César de distanciarse del resto de los humanos para admirar su propia figura en el escenario del mundo, pero el distanciamiento de Stalin fue mayor. Su hijo adoptivo Artiom Sergeiev recuerda cómo gritaba a su hijo Vasili por aprovecharse del nombre de su padre.

—Pero al fin y al cabo yo también soy un Stalin —replicaba Vasili.

—¡No, no lo eres! —contestó Stalin—. ¡Ni tú eres Stalin ni yo soy Stalin! Stalin es el poderío soviético. ¡Stalin es lo que sale en los periódicos y en los retratos! ¡No tú! ¡Ni siquiera yo!

Fue su propia creación. Un hombre que se inventa su apellido, su cumpleaños, su nacionalidad, su educación y todo su pasado, con el fin de cambiar la historia y desempeñar el papel de líder, es de suponer que acabe en una institución mental, a menos que, por propia decisión, por suerte y por habilidad,

aproveche el movimiento y la ocasión capaces de dar la vuelta al orden natural de las cosas. Stalin fue así. Ese movimiento fue el Partido Bolchevique; y la ocasión, la decadencia de la monarquía rusa. A la muerte de Stalin, se puso de moda verlo como una aberración, pero semejante tendencia suponía una forma de rescribir la historia tan burda como la que acostumbró a utilizar él mismo. El éxito de Stalin no fue una casualidad. Ningún ser vivo estuvo más capacitado que él para las intrigas conspiratorias, las claves teóricas, el dogmatismo sanguinario y la rigidez inhumana del partido de Lenin. Resulta difícil encontrar una síntesis mejor entre un individuo y un movimiento que ese matrimonio ideal existente entre Stalin y el bolchevismo: el hombre era un espejo de las virtudes y las carencias del movimiento.[3]

* * *

Nadia estaba emocionada con los preparativos para la fiesta. Apenas un día antes, durante el desfile del Día de la Revolución, los dolores de cabeza habían sido fortísimos, pero en aquellos momentos estaba contenta. Igual que el verdadero Stalin era distinto de su personaje histórico, con la verdadera Nadezhda Alliluyeva sucedía otro tanto. «Era muy hermosa, pero no puede apreciarse en las fotografías», recuerda Artiom Sergeiev. No era bonita en sentido convencional. Cuando sonreía, sus ojos irradiaban franqueza y sinceridad, pero también tenía cara seria, reservada y preocupada debido a sus dolencias físicas y mentales. Su frialdad era rota periódicamente por ataques de histeria y de depresión. Sentía celos crónicos. A diferencia de Stalin, que tenía un ingenio de verdugo, nadie recuerda el sentido del humor de Nadia. Era toda una bolchevique, capaz de actuar como espía de Stalin y de denunciar a los enemigos de éste. ¿Era éste, pues, el matrimonio de un lobo y un cordero, una metáfora del trato que dispensaba Stalin a Rusia? Sí, pero sólo en la medida en que se trataba de un matrimonio bolchevique en todos los sentidos, típico de la peculiar cultura que lo generó. Por otro lado, sin embargo, se trata simplemente de la tragedia habitual de un insensible adicto al trabajo, el peor compañero imaginable de aquella mujer reconcentrada y desequilibrada.

La vida de Stalin fue, al parecer, una fusión perfecta de política y familia bolcheviques. A pesar de la guerra brutal desencadenada contra los campesinos y de la presión cada vez mayor ejercida sobre los dirigentes, aquella época fue un idilio feliz, una vida de fines de semana en el campo en *dachas* tranquilas, cenas alegres en el Kremlin, y lánguidas vacaciones al sol a orillas del mar Negro, que los hijos de Stalin recordarían como las más dichosas de su vida. Las cartas del dictador revelan que el suyo fue un matrimonio difícil, pero lleno de amor:

«Hola, Tatka ... Te echo tanto de menos, Tatochka. Estoy más solo que un búho», escribía Stalin a Nadia, utilizando para ella su mote cariñoso, el 21

de junio de 1930. «No salgo de la ciudad por negocios. Estoy acabando mi trabajo y luego saldré de la ciudad a ver a los niños mañana ... Así que adiós, no estés ausente demasiado tiempo, vuelve a casa cuanto antes. ¡Besos de mi parte! Tu Iosiv.»[4] Nadia estaba siguiendo un tratamiento para el dolor de cabeza en la ciudad alemana de Karlsbad. Stalin la echaba de menos y cuidaba de los niños, como cualquier otro marido. En otra ocasión, Nadia acababa una carta en los siguientes términos: «¡Te ruego que te cuides mucho! Te beso con pasión como cuando tú me besabas al despedirte! Tu Nadia».[5]

La suya nunca fue una relación fácil. Los dos eran muy apasionados y susceptibles: sus peleas fueron siempre tremendas. En 1926, Nadia se llevó a los niños a Leningrado diciendo que estaba dispuesta a abandonarlo. Pero él le suplicó que volviera y ella accedió. Da la impresión de que esas trifulcas fueron frecuentes, pero había intervalos de felicidad, aunque en una familia bolchevique como aquélla la tranquilidad dejara mucho que desear. Stalin era con frecuencia agresivo e insultante, pero probablemente fuera su distanciamiento lo que hiciera que resultara más difícil vivir con él. Nadia era orgullosa y severa, pero siempre estaba delicada de salud. Si por un lado los camaradas de Stalin como Molotov y Kaganovich pensaban de ella que estaba al borde de la «locura», su propia familia reconoce que a veces se mostraba «desquiciada y extremadamente sensible; todos los Alliluyev llevaban en sus venas la inestabilidad de la sangre gitana». Formaban una pareja imposible por culpa de los dos. Los dos eran egoístas y fríos, y los dos tenían un temperamento indómito, aunque Nadia no poseía ni la crueldad ni la doblez de él. Quizá fueran demasiado parecidos para ser felices. Todos los testimonios coinciden en afirmar que la vida con Stalin «no era fácil, resultaba muy dura». «No era una pareja perfecta —le dijo Polina Molotova a Svetlana, la hija de Stalin—, ¿pero qué pareja lo es?»[6]

Después de 1929, vivieron separados con frecuencia, pues Stalin pasaba sus vacaciones en el sur durante el otoño, mientras Nadia seguía estudiando. Pero los períodos felices eran cálidos y entrañables: las cartas iban y venían a través de mensajeros de la policía secreta y las esquelas se sucedían con tanta rapidez que parecían correos electrónicos. Incluso entre aquellos bolcheviques ascéticos se dejaba traslucir el sexo: en la carta citada anteriormente Nadia recordaba los «apasionadísimos besos». A los dos les encantaba estar juntos: como hemos visto, Stalin la echaba muchísimo de menos cuando estaba ausente, y ella también lo echaba de menos a él. «Me aburro mucho sin ti —decía Nadia en una carta—. Ven, estaremos bien juntos».[7]

Tenían en común a Vasili y a Svetlana. «Háblame de los niños», decía Stalin en una carta enviada desde el mar Negro. Cuando Nadia estaba fuera, él se encargaba de informarla: «Los niños están bien. No me gusta la maestra, está siempre yendo de un lado a otro y deja que Vasia y Tolika [su hijo adoptivo, Artiom] anden de acá para allá todo el día. Estoy seguro de que los estudios de Vasia se resentirán y quiero que aprueben alemán». Nadia incluía a menudo

notitas de la pequeña Svetlana.[8] Se contaban los problemas de salud que pudieran preocuparlos, como cualquier otra pareja. Cuando Stalin fue a hacerse un tratamiento al balneario de Matsesta, cerca de Sochi, le escribió diciendo: «He hecho dos sesiones de baños y tomaré diez ... Creo que nos sentiremos considerablemente mejor».

«¿Cómo estás de salud?», preguntaba Nadia.

«Tenía un eco en los pulmones y tos», respondía Stalin. Los dientes fueron siempre un problema para él:

«Y los dientes, por favor, que te los traten», le decía Nadia. Mientras ella estaba en Karlsbad siguiendo la cura, Stalin le preguntaba cariñosamente: «¿Visitaste a los médicos? Cuéntame sus opiniones». La echaba de menos, pero si el tratamiento se prolongaba, lo comprendería.[9]

A Stalin no le gustaba cambiar de ropa y llevaba trajes de verano hasta bien entrado el invierno, por lo que Nadia estaba siempre preocupada: «Te he mandado un abrigo porque después de estar en el sur podrías pillar un resfriado».[10] Además le mandaba regalos: «Te envío unos limones», decía el dictador orgullosamente. «Te gustarán.» Aquel apasionado de la horticultura seguiría aficionado a cultivar limones hasta su muerte.[11]

Intercambiaban cotilleos acerca de los amigos y los camaradas a los que veían: «He oído decir que Gorki [el famoso novelista] ha estado en Sochi», decía Nadia. «A lo mejor ha ido a verte. Lástima que no esté yo allí. Me gusta tanto escucharlo...».[12] Y naturalmente, como buena doncella bolchevique acostumbrada a vivir en aquella minúscula familia, en sentido lato, de jerarcas con sus correspondientes esposas, estaba casi tan obsesionada por la política como él, haciéndole saber todo lo que Molotov o Voroshilov le decían.[13] Le enviaba libros, por los que él le daba las gracias, aunque protestaba cuando no llegaba alguno. Nadia le gastaba bromas acerca de la forma en que lo presentaba la literatura de los rusos blancos emigrados.

La modesta y austera Nadia no tenía el menor reparo en dar órdenes personalmente. Reprendió durante las vacaciones a Poskrebishev, el saturnino jefe de gabinete de su marido, quejándose de que «no hemos recibido ni un solo libro nuevo de literatura extranjera, y eso que dicen que ahora hay algunas novedades. Tal vez deberías hablar con Yagoda [jefe delegado de la GPU]... La última vez nos mandaron unos libros tan poco interesantes...».[14] Cuando regresó de sus vacaciones, envió a Stalin unas fotografías: «Sólo las buenas. ¿Verdad que Molotov está gracioso?». Posteriormente Stalin bromearía con Molotov, absurdamente serio, en presencia de Churchill y Roosevelt. El dictador, por su parte, le mandaría a ella las fotografías de sus vacaciones.[15]

No obstante, a finales de los años veinte Nadia se sentía profesionalmente frustrada. Deseaba ser una bolchevique de carrera seria por derecho propio. Durante los primeros años veinte había sido mecanógrafa de su marido, luego de Lenin y después de Sergo Ordzhonikidze, otro georgiano enérgico y apa-

sionado, a la sazón encargado de la Industria Pesada. Posteriormente Nadia pasó al Instituto Agrario Internacional del Departamento de Agitación y Propaganda, destino en el que, perdido entre tanto papeleo, descubrimos el trabajo diario de la esposa de Stalin en toda su aridez bolchevique: su superior pide a su ayudante habitual, que firma «N. Alliluyeva», que se encargue de la publicación de un artículo sorprendentemente aburrido titulado «Debemos estudiar el movimiento juvenil en las poblaciones rurales».

«No tengo absolutamente nada que ver con nadie en Moscú», protestaba. «Es extraño, pero me siento más afín a la gente que no es del Partido; me refiero a las mujeres, por supuesto. El motivo es que son más desenvueltas... Hay un montón de nuevos prejuicios. Si no trabajas, no eres más que una *baba*.»* Tenía razón. La nueva mujer bolchevique, como Polina Molotova, era política por derecho propio. Aquellas feministas se reían de las amas de casa y de las mecanógrafas como Nadia. Pero Stalin no quería que su mujer fuera de ésas: su Nadia debía ser lo que él llamaba una *baba*.[16] En 1929, Nadia decidió convertirse en una poderosa mujer del Partido por sus propios méritos y no se fue de vacaciones con su esposo, sino que se quedó en Moscú para preparar los exámenes que le permitieran ingresar en la Academia Industrial y estudiar fibras sintéticas; de entonces data su amorosa correspondencia con Stalin. La educación era uno de los grandes logros de los bolcheviques y había millones de mujeres como ella. Stalin realmente deseaba una *baba* a su lado, pero apoyó sus planes: irónicamente, es posible que los instintos del dictador acertaran, pues enseguida se puso de manifiesto que Nadia no era en realidad lo bastante fuerte para hacer de estudiante, madre y esposa de Stalin a la vez. Suele acabar sus cartas preguntando:

«¿Qué tal los exámenes? ¡Un beso para mi Tatka!» La esposa de Molotov llegó a comisaria del pueblo, y Nadia tenía buenas razones para esperar llegar también a ocupar un cargo parecido.[17]

* * *

Los jerarcas y sus esposas no tuvieron más que cruzar el Kremlin para reunirse en casa de Voroshilov, ajenos a la tragedia que estaba a punto de precipitarse sobre Stalin y Nadia. Ninguno tenía que andar mucho. Ya desde que Lenin trasladara la capital a Moscú en 1918, los dirigentes habían vivido en aquel mundo secreto aislado, tras unos muros de cuatro metros de espesor, de bastiones almenados y elevadas puertas fortificadas, que, más que otra cosa recor-

* Ella desde luego se ocupaba de su marido como una buena ama de casa (*baba*): «Stalin tiene que seguir una dieta a base de pollo», decía en una carta al presidente Kalinin en 1921. «Sólo se nos han asignado 15 pollos ... Por favor, aumenta la cuota, pues apenas estamos a mediados de mes y sólo nos quedan 5...»

daba a un parque temático sobre la historia de la vieja Moscovia de 26 hectáreas de extensión. «Por aquí solía pasear Iván el Terrible», decía Stalin a los visitantes. Cada día pasaba por delante de la catedral de San Miguel Arcángel, donde estaba enterrado el propio Iván el Terrible, ante el campanario de Iván el Grande, y ante el palacio Amarillo, donde trabajaba, que había sido construido por Catalina la Grande: en 1932 Stalin llevaba viviendo catorce años en el Kremlin, tantos como había pasado en la casa de sus padres.

Aquellos potentados —los «trabajadores responsables», según la terminología bolchevique— y el personal a su mando, los «trabajadores de servicio», residían en pisos espaciosos y de altos techos ocupados en otro tiempo por los dignatarios y mayordomos zaristas, sobre todo en el palacio Poteshni o en el edificio de la Caballería, y llevaban una vida tan enclaustrada en aquellos patios adornados con pináculos y pórticos abovedados, que recordaba la de los catedráticos de los *colleges* de Oxford: Stalin se dejaba caer cada dos por tres por sus casas y los otros dirigentes solían visitarlo a él regularmente en su domicilio para charlar un ratito, casi como el vecino que se presenta a pedir la típica taza de azúcar.

La mayoría de los invitados no tenían más que cruzar el pasillo para ir al apartamento de Kliment Voroshilov y su esposa Ekaterina, situado en el segundo piso del edificio de la Caballería (nominalmente el edificio de la Guardia Roja, aunque nadie lo llamaba así). Se entraba en la casa por una puerta situada en el pórtico en cuyo interior se encontraba el pequeño cine en el que solían recalar Stalin y sus amigos después de cenar. El interior era acogedor, pero espacioso, con habitaciones provistas de tarima de madera oscura y ventanas que daban a las murallas del Kremlin y a través de las cuales se veía la ciudad. Voroshilov, el anfitrión, de cincuenta y dos años, era el héroe más popular del panteón bolchevique, un oficial de caballería genial y fanfarrón, en otro tiempo un simple alfarero, que lucía un elegante mostacho a «lo D'Artagnan», de cabello rubio y un rostro mofletudo y sonrosado casi angelical. Stalin llegaría en compañía del pedante Molotov y el licencioso Kuibishev. La mujer de Molotov, la formidable Polina, de hermosa cabellera oscura, siempre bien vestida, llegó directamente de su casa, situada en el mismo edificio. Nadia cruzó el callejón desde el palacio Poteshni en compañía de su hermana Anna.

En 1932 no debía de haber escasez de comida ni de bebida, pero por entonces las cenas de Stalin todavía no eran los banquetes imperiales en los que se convertirían más tarde. La comida —entremeses rusos, sopa, varios platos de pescado salado y quizá carne de cordero— fue cocinada en la cantina del Kremlin y subida caliente al piso en la que había de ser servida por un ama de llaves, y regada con vodka y vino de Georgia en una sucesión inacabable de brindis. Obligado a enfrentarse a un desastre sin parangón en las provincias en las que diez millones de personas morían de hambre y a la conspiración urdida en el seno de su propio partido, sin seguridad en la lealtad de los que le ro-

deaban y, por si fuera poco, con la tensión añadida de una esposa exasperada, Stalin se sentía asediado y en guerra. Como los demás personajes que estaban en el centro de aquel torbellino, necesitaba beber y divertirse. Stalin se sentaba en el centro de la mesa, nunca en la cabecera, y Nadia ocupaba la silla situada frente a él.

* * *

Durante la semana, la familia Stalin vivía en el piso del Kremlin. Los Stalin tenían dos hijos, Vasili, de once años, un chico diminuto, obstinado y nervioso, y Svetlana, de siete, una niña pecosa y pelirroja. Estaba además Yakov, por entonces de veinticinco años, fruto del primer matrimonio de Stalin, que había ido a vivir con su padre en 1921, después de criarse en Georgia, un muchacho tímido y moreno, de ojos muy bellos. Stalin consideraba a Yakov lento hasta la exasperación. A los dieciocho años se había enamorado de Zoya, hija de un pope, con la que había contraído matrimonio. Stalin no había aprobado esta unión porque quería que Yasha estudiara. Como si se tratara de una «petición de socorro», el joven se pegó un tiro, pero sólo se hizo un rasguño en el pecho. Stalin consideró aquel gesto «un chantaje». La rígida Nadia desaprobaba la autocomplacencia de Yasha: «¡Cuánto la horrorizaba Yasha!», pensaba Stalin. Pero él era incluso menos compasivo.

—¡No podía pegarse un tiro certero! —comentó crudamente en una ocasión. «Aquél era su humor militar», explica Svetlana. Más tarde Yasha se divorciaría de Zoya y se instalaría en el domicilio paterno.[18]

Stalin había depositado grandes esperanzas en sus hijos varones y, dado el carácter meteórico de su propio ascenso, éstas no tenían mucho fundamento, y en cuanto a la niña, la adoraba. Además de los ya mencionados estaba Artiom Sergeiev, su amado hijo adoptivo, que a menudo vivía en la casa de la familia, aunque su madre seguía viva.* Stalin era más indulgente que Nadia, aunque pegara a Vasili «en un par de ocasiones». Lo cierto es que aquella mujer, retratada en todas las historias como un ser angelical, era, a su modo, más reconcentrada que Stalin. Su familia la consideraba «desde todos los puntos de vista muy indulgente consigo misma», recuerda su sobrino Vladimir Redens. «La niñera se quejaba de que Nadia no mostraba el más mínimo interés por los niños.» Su hija Svetlana admite que estaba mucho más preocupada por sus es-

* Una de las pocas tradiciones atractivas del bolchevismo era la adopción de los hijos de los héroes caídos en el campo de batalla y de simples huérfanos. Stalin adoptó a Artiom después que su padre, un célebre revolucionario, pereciera en 1921 y su madre cayera enferma. Análogamente, Mikoyan adoptó a los hijos de Sergei Shaumian, el héroe de Bakú, y Voroshilov adoptó al hijo de Mijail Frunze, comisario de Guerra muerto de manera bastante sospechosa en 1925. Posteriormente, Kaganovich y Yezhov, hombres despiadados, adoptaron también a huérfanos.

tudios. Trataba a los niños con rigor y nunca dirigió a Svetlana ni «una palabra de elogio». Es sorprendente que se peleara con Stalin no por su mala gestión política, sino sobre todo porque mimaba demasiado a los niños.[19]

No obstante, cuesta trabajo culparla de algo así. Su historial médico, conservado por Stalin en su archivo, y los testimonios de los que la conocieron, confirman que Nadia sufría una grave enfermedad mental, quizá una depresión maníaca hereditaria, o un trastorno límite de la personalidad que su hija llamaba «esquizofrenia», y una dolencia del cráneo que le producía migrañas. Necesitó curas de reposo especiales en 1922 y 1923, por padecer «somnolencia y debilidad». En 1926 tuvo un aborto que, según reveló su hija, le causó «problemas propios de la mujer». A continuación dejó de tener el período durante meses y meses. En 1927, los médicos descubrieron que su corazón tenía una válvula defectuosa, y sufrió agotamiento, anginas y artritis. En 1930, las anginas volvieron a atacarla. Poco antes le habían extirpado las amígdalas. El viaje a Karlsbad no curó sus misteriosos dolores de cabeza.

Nunca le faltaron cuidados médicos: los bolcheviques eran tan obsesivos en su hipocondría como fanáticos de la política. Nadia fue tratada por los mejores facultativos de Rusia y Alemania. Pero no había psiquiatras: resulta difícil imaginar un ambiente más pernicioso para una chica frágil que la cruel aridez de aquella olla a presión que era el Kremlin, invadida por el bolchevismo marcial que ella tanto veneraba, y la colérica falta de consideración de Stalin, por el que también sentía una enorme veneración.

Nadia se casó con un hombre egoísta y exigente, incapaz de hacer feliz ni a ella ni probablemente a nadie: la incansable energía de Stalin la agotaba. Pero ella era también a todas luces la persona menos indicada para él. No calmaba sus tensiones, sino que las agravaba. Stalin reconocía que las crisis mentales de Nadia lo desconcertaban. Sencillamente no poseía los recursos emocionales necesarios para ayudarla. A veces su «esquizofrenia» era tan fuerte que «casi perdía los estribos». Los jerarcas y los propios Alliluyev compadecían a Stalin. Y, sin embargo, a pesar de su turbulenta vida conyugal y de la extraña similitud existente entre la pasión y los celos de una y otro, se querían a su manera.

Al fin y al cabo era para Stalin para quien Nadia se había vestido. El «vestido negro con cenefas en forma de rosas...» se lo había regalado su hermano, Pavel Alliluyev, delgado y de ojos marrones, que acababa de regresar con el habitual cofre del tesoro cargado de regalos de Berlín, donde trabajaba para el ejército rojo. La mezcla de sangre gitana, georgiana, rusa y alemana que tanto la enorgullecía hacía que la rosa destacara sobre la cabellera negra de Nadia. A Stalin le chocaría aquel atuendo pues, como dice su sobrino, «nunca la animó a vestirse con más elegancia».[20]

* * *

Durante la cena se bebió mucho, según las directrices del *tamada* (maestro de ceremonias georgiano). Probablemente ejerciera esas funciones algún georgiano como el brillante Grigori Ordzhonikidze, llamado siempre Sergo, que parecía «un príncipe georgiano», con su larga melena y su cara leonina. En algún momento, a lo largo de la velada, sin que ninguno de los presentes se diera cuenta, Stalin y Nadia se enfadaron. Semejante circunstancia no tenía nada de raro. La velada de Nadia empezó a arruinarse debido a que entre tanto brindis, bailes y coqueteos en la mesa, Stalin casi ni se dio cuenta de cómo iba vestida, aunque era una de las mujeres más jóvenes allí presentes. Este detalle denota desde luego una falta de educación, aunque es habitual en muchas parejas.

Estaban rodeados de otros jerarcas bolcheviques, todos endurecidos por años y años de clandestinidad, con las manos manchadas de sangre por las hazañas realizadas durante la guerra civil, y ahora exultantes, aunque maltrechos, debido a los triunfos de la industria y las revueltas campesinas provocados por la revolución de Stalin. Algunos, como el propio Stalin, eran ya cincuentones. Pero la mayoría eran robustos y enérgicos fanáticos treintañeros, algunos de los administradores más dinámicos que ha conocido el mundo, capaces de construir ciudades y fábricas contra viento y marea, pero también de masacrar a sus enemigos y de hacer la guerra a los campesinos de su propio país. Con sus guerreras y sus botas, formaban un conjunto de astros machistas, bebedores incansables, poderosos y célebres en todo el imperio, con un ego descomunal, responsabilidades colosales y una Mauser en la pistolera. El ruidoso y estridente Lazar Kaganovich, un apuesto zapatero remendón judío, adjunto de Stalin, acababa de regresar de dirigir unas ejecuciones y deportaciones en masa en el norte del Cáucaso. Estaban también el fanfarrón comandante cosaco Budionni, con su poblado mostacho de morsa y sus dientes de blancura resplandeciente, y Mikoyan, un armenio delgado, astuto y apuesto, ambos veteranos de brutales expediciones destinadas a hacer acopio de grano y a aplastar a los campesinos. Eran actores volubles, violentos y coloristas del espectáculo político.

Formaban una familia incestuosa, una trama de viejas amistades y odios inveterados, de amoríos compartidos, destierros en Siberia y hazañas en la guerra civil: Mijail Kalinin, el presidente, llevaba visitando a los Alliluyev desde 1900. Nadia conocía a la mujer de Voroshilov desde Tsaritsin (llamada luego Stalingrado) y estudiaba en la Academia de Industria con Maria Kaganovich y Dora Jazan (casada con otro jerarca, Andreyev, también presente), sus mejores amigas aparte de Polina Molotova. Por último estaba el pequeño intelectual Nikolai Bujarin, todo ojos parpadeantes y barba rojiza, pintor, poeta y filósofo, al que Lenin llamara en una ocasión «el niño bonito del Partido» y que había sido el amigo más íntimo de Stalin y Nadia. Era un hombre encantador, el «duendecillo» de los bolcheviques. Stalin lo había derrotado en 1929,

pero su amistad con Nadia había seguido viva. El propio Stalin medio amaba y medio odiaba a «Bujarchik», según aquella combinación letal de admiración y envidia que era habitual en él. Aquella noche Bujarin había sido readmitido, al menos temporalmente, en el círculo mágico.

Irritada por la falta de atención de Stalin, Nadia empezó a bailar con su padrino georgiano, el «tío Abel» Yenukidze, un georgiano tortuoso, rubio, oficial al mando del Kremlin que ya había empezado a molestar al Partido por su afición a los amoríos con bailarinas adolescentes. La suerte del «tío Abel» ilustra las trampas mortales que tendía el hedonismo cuando la vida privada pertenecía al Partido. Quizá Nadia pretendiera irritar a Stalin. Natalia Rikova, que se hallaba aquella noche en el Kremlin en compañía de su padre, el antiguo primer ministro, pero que no asistió a la cena, oyó decir al día siguiente que el baile de Nadia había hecho enfurecer a Stalin. El episodio es con toda seguridad creíble, pues otras versiones hablan de que Nadia estuvo coqueteando con alguien. Quizá Stalin estuviera tan borracho que ni siquiera se diera cuenta.

* * *

Stalin estaba distraído con sus propios coqueteos. Aunque Nadia estaba sentada frente a él, flirteaba descaradamente con la «guapa» esposa de Alexander Yegorov, un comandante del ejército rojo con el que había luchado en la guerra de Polonia de 1920. Galia Yegorova, de soltera Zekrovskaya, de treinta y cuatro años, era una actriz de cine muy presumida, una morena «bonita, interesante y encantadora», famosa por sus aventuras amorosas y sus vestidos subidos de tono. Entre aquellas tristes matronas bolcheviques, Yegorova debía de ser como un pavo real en un gallinero, pues, como luego reconocería en el interrogatorio al que fue sometida, se movía en un mundo de «compañías deslumbrantes, vestidos a la moda... coqueteos, bailes y diversiones». La forma de flirtear de Stalin oscilaba entre la caballerosidad georgiana tradicional y, cuando estaba borracho, la grosería pueril. En aquella ocasión, predominaría esta última. Stalin entretenía siempre a los niños echando galletas, mondas de naranja y trozos de pan en las fuentes de helado o en las copas de té. Se puso a juguetear con la actriz de la misma manera, arrojándole bolitas de miga de pan. El cortejo descarado a la Yegorova despertó los celos maníacos de Nadia: no podía soportarlo.

Stalin no era un hombre mujeriego: estaba casado con el bolchevismo y emocionalmente comprometido para su propio mal con la causa de la Revolución. Las emociones privadas de cualquier tipo eran una bagatela comparadas con la mejora de la humanidad a través del marxismo-leninismo. Pero aunque ocuparan un puesto inferior en su lista de prioridades, aunque emocionalmente no se hallara en las mejores condiciones, no dejaba de sentir interés por las

mujeres; y desde luego las mujeres estaban interesadas por él, incluso «enamoradas», según Molotov. Más tarde, uno de los miembros de su séquito diría que Stalin se quejaba de que las Alliluyev «no lo dejarían solo» porque «todas querían acostarse con él». Algo de verdad hay en ello.

Tanto si se trataba de las esposas de sus camaradas, de parientes o de criadas, las mujeres zumbaban a su alrededor como amorosas abejas. Sus archivos, abiertos al público recientemente, revelan que sufría un auténtico bombardeo de cartas de admiradoras no muy distintas de las que reciben en la actualidad las estrellas de la música pop. «Querido camarada Stalin ... Te veo en mis sueños ... Espero que me concedas una audiencia...», escribe una maestra de provincias, y añade llena de esperanza como una fan ingenua: «Incluyo mi fotografía...». Stalin contestaba en tono jocoso, aunque taxativo:

«Camarada Desconocida: Puedes tener la seguridad de que no deseo defraudarte y de que estoy dispuesto a respetar tu carta, pero debo añadir que no tengo posibilidad (ni tiempo) de satisfacer tus ansias. Te deseo todo lo mejor. I. Stalin. PS: Se te devuelven la carta y la fotografía». Pero en alguna ocasión debió de decir a Poskrebishev que le gustaría entrevistarse con sus admiradoras. Esta circunstancia encaja con el episodio de Ekaterina Mikulina, una joven atractiva y ambiciosa de veintitrés años, autora de un tratado titulado «Competencia socialista de la gente trabajadora», que envió a Stalin reconociendo que estaba lleno de errores y pidiendo su ayuda. Stalin la invitó a visitarlo el 10 de mayo de 1929. La chica le gustó y se dijo que había pasado la noche en la dacha, en ausencia de Nadia.* No obtuvo más beneficio de su breve relación que el honor de que Stalin escribiera el prólogo de su obra.

Desde luego Nadia, que lo conocía mejor que nadie, sospechaba que tenía aventuras y no le faltaban razones para saberlo. Su guardaespaldas, Vlasik, confirmó a su hija que Stalin recibía tantas ofertas que no podía resistirse a todas: «Al fin y al cabo era un hombre», que se comportaba con la sensualidad caballeresca de un marido georgiano tradicional. Los celos de Nadia eran a veces maníacos, y a veces indulgentes: en sus cartas, le gasta bromas cariñosas a costa de sus numerosas admiradoras, como si estuviera orgullosa de haberse casado con tan gran hombre. Pero en el teatro, últimamente había arruinado la velada tras coger una rabieta al verlo flirtear con una bailarina. El caso más reciente había sido el de la peluquera del Kremlin, con la que evidentemente Stalin coqueteaba de algún modo. Si simplemente hubiera ido a la barbería como los demás dirigentes, aquella joven anónima habría pasado sin pena ni gloria. Pero cincuenta años después Molotov todavía se acordaba de la peluquera.

* Más tarde sería nombrada directora de una fábrica de gramófonos, cargo del que sería expulsada muchos años después por aceptar sobornos. Vivió hasta 1998, pero nunca habló de la breve amistad que mantuvo con Stalin.

Stalin había tenido parte de sus aventuras amorosas dentro del Partido. Sus relaciones eran tan breves como sus períodos de destierro. La mayoría de sus amantes eran revolucionarias como él o esposas de revolucionarios. A Molotov le impresionaba el «éxito» de Stalin con las mujeres: cuando, poco antes de la Revolución, éste le robó una novia llamada Marusia, lo achacó a sus «hermosos ojos marrón oscuro», si bien el hecho de birlarle la novia a un personaje tan poco carismático como Molotov no hace de Stalin un Casanova. Kaganovich confirma que Stalin tuvo aventuras con varias compañeras, entre ellas Ludmilla Stal, «regordeta y mona», mayor que él. Una fuente alude a una aventura anterior con Dora Jazan, la amiga de Nadia. Es posible que Stalin se beneficiara de la libertad sexual revolucionaria, a pesar incluso de su carácter desconfiado, y que tuviera cierto éxito entre las chicas que trabajaban en el Secretariado del Comité Central, pero siguió siendo un caucásico tradicional. Prefería las relaciones con miembros discretos de la GPU: la peluquera encajaba en el esquema.

Como suele ocurrir con los celos, las rabietas maniáticas y los ataques de depresión de Nadia provocaron precisamente lo que ella tanto temía. Todo ello —su enfermedad, la decepción por el vestido, la política, los celos y la zafiedad de Stalin— se juntó aquella noche.[21]

* * *

Stalin era intolerablemente grosero con Nadia, pero deseosos en todo momento de poner de relieve su monstruosidad, los historiadores han pasado por alto la insoportable grosería que mostraba ella con él. Aquella «mujer cascarrabias», como la definiera Pauker, el jefe de seguridad de Stalin, gritaba a menudo a su marido en público, motivo por el cual su propia madre la consideraba una «estúpida». Budionni, oficial de caballería presente en la cena, recordaba que siempre «estaba regañando y humillando» a Stalin. «No sé cómo lo aguanta», comentó Budionni a su mujer. En aquellos momentos la depresión de Nadia era tan fuerte que le dijo a una amiga que «todo, hasta los niños», la ponía mala.

La falta de interés de una madre por sus hijos constituye una señal inequívoca de peligro, la más evidente que quepa imaginar, pero no hubo nadie que reaccionara ante ella. Stalin no era el único al que tenía desconcertado. Pocas personas de aquel círculo de amigos mal ensamblado, entre otras algunas mujeres del Partido como Polina Molotova, se daban cuenta de que Nadia probablemente sufriera una depresión clínica: «No era capaz de controlarse», diría Molotov. Necesitaba desesperadamente compasión. Polina Molotova admitía que el Vozhd era «rudo» con Nadia. Su relación era en todo momento como una montaña rusa. Un día Nadia dejaba a Stalin y al día siguiente se querían otra vez con locura.

Durante la cena, cuentan algunas versiones, se produjo un brindis de contenido político que la irritó especialmente. Stalin brindó por la destrucción de los enemigos del Estado y se dio cuenta de que Nadia no había alzado su copa.

—¿Por qué no bebes? —le preguntó desde el otro lado de la mesa con voz truculenta, sabedor de que tanto ella como Bujarin desaprobaban el modo en que estaba haciendo morir de hambre a los campesinos. Nadia no le hizo caso. Para llamar su atención, Stalin amagó con arrojarle una piel de naranja y le tiró varios cigarrillos, pero con ello no consiguió más que ofenderla. Nadia estaba cada vez más colérica, pero él le gritó:

—¡Eh, tú, bebe!

—¡A mí no me llames «eh, tú»! —replicó. Levantándose airadamente de la mesa, salió de la sala como una exhalación. Probablemente fuera entonces cuando Budionni la oyera decir gritando a Stalin:

—¡Cállate! ¡Cállate!

En el silencio que se hizo a su alrededor el dictador sacudió la cabeza:

—¡Qué estúpida! —murmuró, sin darse cuenta, debido a la cogorza, de lo enfadada que estaba. Entre los presentes, Budionni debía de ser uno de los muchos que compadecían a Stalin.

—¡Yo no dejaría que mi mujer me hablara así! —comentó el valeroso cosaco, que quizá no fuera el mejor consejero en aquellas circunstancias, pues su primera esposa se había suicidado o al menos se había matado de forma accidental mientras jugaba con la pistola de su marido.[22]

Alguien debió de acompañar a Nadia cuando se fue. Era la esposa del máximo dirigente, por lo que tuvo que cuidar de ella la esposa del segundo en la cadena de mando. Polina Molotova cogió su abrigo y siguió a Nadia hasta la calle. Dieron vueltas y vueltas por el Kremlin, como otros se veían obligados a hacer en los momentos de crisis.

—Siempre está gruñendo... —se quejó Nadia—. Además, ¿por qué tenía que ponerse a flirtear así? —Habló del «asunto con la peluquera» y de lo de la Yegorova durante la cena. Las dos decidieron, como suelen hacer las mujeres, que debía de estar borracho y que no hacía más que tonterías. Pero Polina, entregada como siempre al Partido, criticó también a su amiga diciéndole que estaba «equivocada al abandonar a Stalin en un momento tan difícil». Quizá la *Partiinost* («entrega en cuerpo y alma al Partido») de Polina hiciera a Nadia sentirse más aislada.

«Se calmó —recordaría Polina— y hablamos de la Academia y de sus posibilidades de ponerse a trabajar ... Cuando me pareció que estaba perfectamente tranquila», a primeras horas de la madrugada, se despidieron. Polina dejó a Nadia a la puerta del palacio Poteshni y atravesando la calle se dirigió al edificio de la Caballería.

Nadia fue a su habitación y se quitó la rosa de té del pelo en la misma

puerta. El comedor, provisto de una mesa especial para los numerosos teléfonos del gobierno que tenía Stalin, era la habitación principal. Daban a ella dos gabinetes. A la derecha estaba el despacho de Stalin y un pequeño dormitorio en el que dormía el mandatario en un camastro militar o en un simple sofá, hábito propio de un revolucionario itinerante. El hecho de que Stalin se acostara a altas horas de la noche y de que Nadia asistiera cada día puntualmente a la Academia obligaba a que tuvieran habitaciones separadas. Carolina Til, el ama de llaves, las niñeras y los criados tenían sus cuartos un poco más allá, en ese mismo pasillo. El pasillo de la izquierda conducía a la pequeña alcoba de Nadia, cuya cama estaba adornada con sus mantones preferidos. Las ventanas daban a los perfumados rosales de los jardines Alexandrovski.

* * *

Los movimientos de Stalin durante las dos horas siguientes son un misterio: ¿Regresó a casa? La fiesta en casa de Voroshilov continuó. Pero el guardaespaldas Vlasik contó a Jrushchov (ausente de la cena) que Stalin se marchó para acudir a una cita amorosa en su dacha de Zubalovo con una mujer llamada Guseva, casada con un oficial y calificada por Mikoyan, gran conocedor de la estética femenina, de «muy bella». Algunas de esas casas de campo estaban apenas a quince minutos en coche del Kremlin. Si fue a alguna de ellas, es posible que se llevara consigo a algunos compañeros inseparables cuando las mujeres se fueran a la cama. De todos conocidos eran los celos que la esposa de Voroshilov sentía de su marido. El propio Stalin aludió más tarde ante Bujarin a la presencia de Molotov y del presidente Kalinin, viejo ya muy rodado. Por supuesto Vlasik tuvo que ir en el coche con él. Se dice que como Stalin no volvía a casa, Nadia llamó por teléfono a la dacha:

—¿Está ahí Stalin?

—Sí —respondió un «tonto sin experiencia», algún guardia de seguridad.

—¿Quién lo acompaña?

—La mujer de Gusev.

Esta versión tal vez explique la repentina desesperación de Nadia. Sin embargo, también cabría apelar a un recrudecimiento de su migraña, a un ataque de depresión, o simplemente a la soledad sepulcral del lúgubre piso de Stalin en la madrugada. Además, la historia tiene algunas lagunas: Molotov, la niñera y la nieta de Stalin, entre otros, insistirían en que el dictador durmió en casa. Desde luego Stalin no habría llevado a ninguna mujer a su dacha de Zubalovo, pues sabía que los niños estaban allí. Pero había muchas otras dachas. Y lo que es más importante, nadie ha sabido identificar a la tal Guseva, aunque había varios oficiales del ejército con ese apellido. Además, Mikoyan nunca habló de ello con sus hijos ni tampoco en sus memorias. El remilgado Molotov quizá quisiera proteger a Stalin en las conversaciones que mantuvo al res-

pecto ya de viejo: mintió a propósito de muchos otros asuntos, lo mismo que Jrushchov, dictando a otros sus recuerdos cuando ya chocheaba. Lo más probable es que si aquella mujer era la «bella» esposa de un militar, se tratara de la Yegorova, que estuvo presente en la cena y cuyo flirteo causó en primera instancia la pelea.

Nunca sabremos la verdad, pero no existe contradicción alguna entre las distintas versiones: Stalin probablemente siguiera bebiendo en una dacha con algunos amigos de francachela, y quizá también con la Yegorova, y seguramente regresara a casa a altas horas de la madrugada. La suerte de aquellos jerarcas y la de sus esposas no tardaría en depender de su relación con Stalin. Muchos de ellos morirían de manera espantosa durante los cinco años siguientes. Stalin nunca olvidó el papel que desempeñó cada uno aquella noche de noviembre.

* * *

Nadia se fijó en uno de los numerosos regalos que su genial hermano Pavel le había traído de Berlín junto con el vestido negro bordado que todavía llevaba en la cena. Era un regalo que ella misma le había pedido, pues, según le dijo a su hermano, «a veces da tanto miedo y está una tan sola en el Kremlin, con un solo soldado de guardia». Se trataba de una exquisita pistola de mujer guardada en una elegante funda de piel. Siempre se ha dicho que era una Walther, pero en realidad era una Mauser. Casi nadie sabe que Pavel trajo otra pistola idéntica para regalársela a Polina Molotova, pero no era difícil encontrar armas en aquel círculo.

Independientemente de cuándo llegara Stalin a casa, no fue a ver cómo estaba su mujer, sino que simplemente se acostó en su dormitorio, en la otra punta del piso.

Algunos dicen que Nadia cerró la puerta de su alcoba con cerrojo. Empezó a escribir una carta a Stalin, «una carta terrible», a juicio de su hija Svetlana. Entre las dos y las tres, cuando la hubo acabado, se acostó.[23]

* * *

Los habitantes de la casa se levantaron como de costumbre. Stalin se quedaba siempre en la cama hasta las once más o menos. Nadie sabía a qué hora había vuelto ni si había visto a Nadia. Ya avanzada la mañana, Carolina Til intentó abrir la puerta de Nadia y quizá se viera obligada a forzarla. «Con un escalofrío de terror» encontró el cuerpo de su señora en el suelo, al lado de la cama, en medio de un charco de sangre. La pistola se encontraba a su lado. El cuerpo ya estaba frío. El ama de llaves salió corriendo en busca de la niñera. Volvieron juntas y colocaron el cadáver en la cama antes de ponerse a discutir lo que de-

bían hacer. ¿Por qué no despertaron a Stalin? La «gente humilde» siente aversión, por lo demás muy razonable, a llevar malas noticias a sus zares. «Blancas de horror», llamaron por teléfono al jefe de la seguridad, Pauker, y luego al «tío Abel» Yenukidze, el último compañero de baile de Nadia, el político al mando del Kremlin, y a Polina Molotova, la última persona que la vio con vida. Yenukidze, que vivía en el edificio de la Caballería, como los demás, fue el primero en llegar: fue el único mandatario que vio el escenario del drama en su estado original, experiencia que le costaría cara. Molotov y Voroshilov llegaron minutos más tarde.

Sólo podemos imaginar el murmullo frenético que debió apoderarse del piso en una punta del cual el gran señor de Rusia dormía la borrachera, mientras en la otra su esposa dormía el sueño eterno. Llamaron también a la familia de Nadia, a su hermano Pavel, que vivía al otro lado del río, en la casa del Malecón, recién construida, y a sus padres, Sergei y Olga Alliluyev. Alguien llamó al médico personal de la familia, quien a su vez convocó al célebre profesor Kushner.

Más tarde, al examinar el cuerpo más de cerca buscando los motivos de semejante acto de desesperación y de traición, aquel grupo dispar de jerarcas, familiares y criados encontró la airada carta que había dejado la difunta. Nadie sabe lo que decía, ni si la destruyó Stalin o alguna otra persona. Pero el guardaespaldas de Stalin, Vlasik, revelaría más tarde que se encontró otra cosa en la habitación: una copia de la devastadora «Plataforma» antiestalinista escrita por Riutin, un bolchevique de la vieja guardia que por entonces se hallaba detenido. Este detalle puede ser significativo o quizá no quiera decir nada. Por entonces todos los dirigentes leían los periódicos de la oposición y de los emigrados, por lo que es posible que la copia que estaba leyendo Nadia fuera la del propio Stalin. En sus cartas a su marido le hacía saber lo que había leído en la prensa de los rusos blancos «acerca de ti. ¿Te interesa?». No obstante, por aquel entonces, en el resto del país la mera posesión de semejante documento aseguraba el encarcelamiento.

Nadie sabía qué hacer. Se reunieron todos en el comedor hablando en voz baja: ¿Debían despertar a Stalin? ¿Quién se lo decía al Vozhd? ¿Cómo había muerto? De repente el propio Stalin entró en la habitación. Alguien, lo más probable es que fuera Yenukidze, viejo amigo de Stalin que, a juzgar por la documentación de los archivos, fue el que asumió la responsabilidad, se adelantó y dijo:

—Iosiv, Nadezhda Sergeievna ya no está con nosotros. ¡Iosiv, Iosiv, Nadia ha muerto![24]

Stalin quedó petrificado. Aquella criatura política de primera magnitud, que sentía un desprecio inhumano por los millones y millones de mujeres y niños que morían de hambre en su país, mostró en aquellos días más humanidad que la que mostraría en cualquier otro momento de su vida. Olga, la madre de

Nadia, una señora elegante de espíritu independiente, que hacía mucho tiempo que conocía a Stalin y que siempre se había lamentado de la conducta de su hija, entró precipitadamente en el comedor donde el mandatario, destrozado, seguía intentando asimilar la noticia. Llegaron los médicos y ofrecieron a la afligida madre unas gotas de valeriana, el Valium de los años treinta, pero ella fue incapaz de tomarlas. Stalin se levantó de un salto:

—Yo me las tomaré —dijo, y se bebió el frasco entero. Vio el cadáver y la carta que, según escribiría Svetlana, le sorprendió y le hirió mucho.

El hermano de Nadia, Pavel, llegó en compañía de su esposa, la risueña Yevgenia, llamada por todos Zhenia, que desempeñaría a su vez un importante papel secreto en la vida de Stalin... y sufriría por ello. Se sintieron sobrecogidos no sólo por la muerte de su hermana, sino también por el estado en que vieron a Stalin:

—Me ha dejado paralizado —decía. Nunca lo habían visto tan tierno, tan vulnerable. Lloraba repitiendo más o menos el mismo lamento que proferiría muchos años después:

—¡Oh Nadia, Nadia! ... ¡Cuánto te necesitábamos los niños y yo!

Enseguida empezaron a circular rumores de asesinato. ¿Había vuelto Stalin al piso y le había pegado un tiro en el curso de una pelea? ¿O la había insultado de nuevo y se había ido a la cama, dejándola sola para que se quitara la vida? Pero la tragedia suscitaba otras cuestiones más graves aún: hasta aquella noche la existencia de los jerarcas había sido una «vida maravillosa», como decía Ekaterina Voroshilova en su diario. Aquella noche la acabó para siempre. «¿Cómo es que nuestra vida en el Partido —se pregunta— se volvió tan complicada? Resultaba incomprensible hasta el punto de causar dolor.» El «dolor» no había hecho más que empezar. El suicidio «alteró el curso de la historia», afirma el sobrino de Stalin, Leonid Redens. «Hizo que el Gran Terror fuera inevitable.» Naturalmente la familia de Nadia exageró la importancia de su muerte: el carácter malogrado, vengativo y paranoico de Stalin ya se había fraguado tiempo atrás. El Gran Terror fue, de hecho, el resultado de vastas fuerzas políticas, económicas y diplomáticas; aunque la personalidad de Stalin con certeza contribuyó a conformarlo. La muerte de Nadia dio lugar a uno de los escasos momentos de duda en una vida de férrea seguridad en sí mismo y de convicción dogmática. ¿Cómo se recuperó Stalin y qué efecto tuvo aquella humillación en él, en su séquito y en la propia Rusia? ¿Tuvo algo que ver la venganza de este fracaso personal en el futuro terror, en el curso del cual algunos de los presentes en la cena de aquella noche se liquidarían unos a otros?

De repente Stalin recogió la pistola de Nadia y la sostuvo en sus manos, sopesándola:

—Era un juguete —comentó a Molotov y añadió extrañamente—: ¡Sólo fue disparada una vez en un año!

El hombre de acero «estaba hecho un lío, dando vueltas de un lado a otro», explotando en «esporádicos ataques de ira», echando las culpas a cualquiera, incluso a los libros que leía Nadia, antes de quedar sumido en la desesperación. Afirmó entonces que dejaría el poder. Él también iba a quitarse la vida.

—No puedo seguir viviendo así...[25]

Primera parte

Aquellos años maravillosos: Stalin y Nadia, 1878-1932

1

El georgiano y la escolar

Nadia y Stalin llevaban casados catorce años, pero su relación era más larga y más profunda que eso: tan impregnado de bolchevismo estaba su matrimonio. Habían compartido las experiencias formativas de la vida clandestina, la intimidad con Lenin durante la Revolución, y luego la guerra civil. Stalin conocía a la familia de Nadia desde hacía casi treinta años y a ella la había visto por primera vez en 1904, cuando sólo tenía tres años. Por entonces él tenía veinticinco y llevaba seis siendo marxista.

Iosiv Vissarionovich Djugashvili no había nacido el 21 de diciembre de 1879, fecha oficial del cumpleaños de Stalin. En realidad «Soso» había nacido en una barraca diminuta (que todavía existe), de Vissarion o «Beso» y de su esposa Ekaterina, «Keke», de soltera Geladze, más de un año antes, el 6 de diciembre de 1878, en Gori, pequeña población a orillas del río Kura, en la romántica provincia de Georgia, montañosa y orgullosamente no rusa, un pequeño país a miles de kilómetros de la capital del zar: estaba más cerca de Bagdad que de San Petersburgo.* Los occidentales no suelen darse cuenta de hasta qué punto constituía Georgia un país extranjero: un reino independiente durante milenios, con su propia lengua, sus tradiciones, su cocina, su literatura, que fue incorporado a Rusia en sucesivas oleadas entre 1801 y 1878. Con su clima soleado, sus disputas de sangre de carácter tribal, sus canciones y sus viñedos, se parece más a Sicilia que a Siberia.

El padre de Soso era un zapatero remendón semiitinerante, violento y bo-

* Esta circunstancia no le pasó desapercibida a otro niño campesino nacido a unos centenares de kilómetros de Gori, Sadam Husein. Un líder kurdo que negoció con él, Mahmoud Osman, observó que el estudio y el dormitorio de Sadam estaban llenos de libros de Stalin. En la actualidad, el lugar de nacimiento de Stalin, la cabaña de Gori, se halla magníficamente rodeada de un templete de mármol blanco adornado de columnas, que mandó construir Lavrenti Beria, y sigue siendo el principal edificio del bulevar Stalin, cerca del Museo Stalin.

rracho, que pegaba salvajemente a su hijo y a su mujer, quien también a su vez, como luego recordaría el muchacho, «le zurraba sin compasión». En una ocasión, Soso lanzó un puñal a su padre. Stalin recordaba cómo Beso y el padre Charkviani, el cura del pueblo, pasaban el rato bebiendo juntos para desesperación de su madre:

—Padre, no haga de mi marido un borracho, va acabar con mi familia.

Keke echó a Beso de casa. Stalin estaba orgulloso de la «poderosa fuerza de voluntad» de su madre. Más tarde, cuando Beso se llevó a la fuerza a Soso a Tiflis para trabajar como aprendiz de zapatero, los curas ayudaron a Keke a recuperar al muchacho.

La mujer se ganaba la vida lavando para los comerciantes del pueblo. La madre de Stalin era una mujer piadosa y tenía mucho trato con los curas, que la tomaron bajo su protección. Pero también era una mujer mundana y alegre: probablemente se viera obligada a establecer el tipo de compromisos que pueden tentar a las madres sin un marido a su lado y sin un céntimo: convertirse en amantes de quienes les dan trabajo. Esta circunstancia inspiró las leyendas que suelen rodear la paternidad de tantos hombres célebres. Es posible que Stalin fuera el hijo de su padrino, un posadero acomodado, funcionario y aficionado a la lucha libre, llamado Koba Egnatashvili. Posteriormente, Stalin protegería a dos hijos de Egnatashvili, que siguieron siendo amigos suyos hasta el final de su vida, y que en su vejez recordarían las proezas de su padre como luchador. No obstante, a veces hay que admitir que los grandes hombres son verdaderamente hijos de sus presuntos padres. Se dice que Stalin se parecía extraordinariamente a Beso. En cualquier caso, él mismo afirmó en una ocasión que era hijo de un cura.

Stalin nació con el segundo y el tercer dedo del pie izquierdo unidos. Tenía la cara cubierta de marcas de viruela y más tarde quedó tullido del brazo izquierdo, probablemente a consecuencia de un accidente con una carreta. Se convirtió en un adolescente cetrino, retaco y hosco, de ojos moteados color miel y espesa cabellera negra, un verdadero *kinto*, el típico chico de la calle georgiano. Tenía una inteligencia excepcional y su ambiciosa madre quería que se hiciera cura, tal vez como su verdadero padre. Stalin se jactaría más tarde de que aprendió a leer a los cinco años escuchando al padre Charkviani enseñar el alfabeto. A tan corta edad ayudaría a leer a la hija de Charkviani, y eso que ésta tenía ya trece años.

En 1888 ingresó en la escuela parroquial de Gori y luego, en 1894, ganó una «beca de cinco rublos» para el seminario de Tiflis, la capital de Georgia. Como diría más tarde lleno de orgullo:

—Mi padre descubrió que además de la beca, ganaba también dinero (cinco rublos al mes) como cantor del coro. En una ocasión salgo y me lo encuentro ahí delante: «Jovencito, oiga —me dijo—, se ha olvidado de su padre ... ¡Dame al menos tres rublos, no seas tan mezquino como tu madre!» «No grite —repliqué—. ¡Si no se va inmediatamente llamaré a un guardia!»

Beso desapareció sin más.* Murió en una reyerta en 1910.

Stalin enviaba dinero de vez en cuando a su madre, pero posteriormente guardaría las distancias con Keke, que se parecía a él en su genio seco y su rigurosa disciplina. Se ha escrito mucha psicología de aficionado acerca de la infancia de Stalin, pero lo único seguro es esto: se crió en el seno de una familia pobre, dominada por los curas, y fue víctima de la violencia, la inseguridad y las sospechas, pero además estaba inspirado por la tradición local de dogmatismo religioso, peleas sangrientas y bandolerismo romántico. «A Stalin no le gustaba hablar de sus padres ni de su niñez», pero desde luego no tiene sentido hacer un análisis excesivo de su psicología. Emocionalmente estaba reprimido y carecía de empatía, pero tenía unas antenas supersensibles. Era un hombre fuera de lo normal, pero él mismo sabía que los políticos rara vez se amoldan a la normalidad: «La historia», escribiría más tarde, está llena de «hombres fuera de lo normal».

* * *

El seminario le suministró la única educación formal que recibió. La doctrina catequética y los «métodos jesuíticos» de «vigilancia, espionaje, invasión de la vida privada y violación de los sentimientos de la persona» propios del internado causaron una repulsa tan grande en Soso y al mismo tiempo quedaron tan grabados en él, que pasó el resto de su vida refinando su estilo y sus métodos. Semejante situación estimuló la pasión de aquel autodidacta por la lectura, pero al cabo de un año había hecho de él un ateo. «Hice algunos amigos —diría—, y se suscitó un agrio debate entre los creyentes y nosotros.» No tardaría en abrazar el marxismo.

En 1899 fue expulsado del seminario, ingresó en el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Rusia y se convirtió en un revolucionario profesional, adoptando el nombre de guerra de «Koba», inspirado por el protagonista de una novela, *El parricida*, de Alexander Kazbegi, un proscrito temerario y vengativo del Cáucaso. Combinó la «ciencia» del marxismo con su imaginación ardiente: escribió poesías románticas, publicó obras en lengua georgiana antes de trabajar como empleado en el Instituto Meteorológico de Tiflis, el

* Agradezco a Gela Charkviani que me permitiera compartir el fascinante manuscrito inédito de las memorias de su padre, Candide Charkviani, primer secretario del Partido de Georgia, 1938-1951. Durante su vejez, Stalin pasó horas y horas hablando con Charkviani de su infancia. Charkviani dice que buscó la tumba de Beso en el cementerio de Tiflis, pero que no fue capaz de dar con ella. Encontró unas fotografías que supuestamente eran de Beso y pidió a Stalin que lo identificara, pero éste afirmó que no eran de su padre. Por consiguiente es harto improbable que la fotografía que, según suele decirse, representa a Beso, sea realmente suya. Por lo que se refiere a la paternidad de Stalin, la familia Egnatashvili niega rotundamente que el posadero fuera su padre.

único empleo que tuvo antes de convertirse en uno de los máximos dirigentes de Rusia en 1917.

Koba estaba convencido de que la panacea universal era el marxismo, «un sistema filosófico» que se amoldaba perfectamente al totalitarismo obsesivo de su carácter. La lucha de clases también encajaba muy bien con su pugnacidad melodramática. El secretismo paranoide de la cultura bolchevique, intolerante y cerrada, se ajustaba a la seguridad perfectamente contenida y al talento para la intriga que poseía Koba. Éste se lanzó a la clandestinidad de la política revolucionaria, que era una mezcla furibunda y estimulante de intriga conspiratoria, insidias ideológicas, erudición académica, juegos de facciones, aventuras amorosas con compañeras de misión, infiltraciones de la policía y caos organizativo. Aquellos revolucionarios tenían todos los orígenes imaginables —rusos, armenios, georgianos y judíos, obreros, aristócratas, intelectuales y gente osada de toda laya— y organizaban huelgas, imprentas, reuniones y atracos. Unidos en el estudio obsesivo de la literatura marxista, hubo siempre entre ellos una división entre los burgueses cultos emigrados, como Lenin, y los hombres duros de acción que vivían en la propia Rusia. La clandestinidad, siempre itinerante y peligrosa, constituyó la experiencia formativa no sólo de Stalin, sino de todos sus camaradas. Así se explican muchas de las cosas que sucedieron después.[1]

En 1902 Koba supo lo que eran el encarcelamiento y el destierro a Siberia, el primero de una serie de siete de los que escapó en seis ocasiones. Aquellos destierros distaban mucho de los brutales campos de concentración de Stalin: los zares eran muy ineptos como policías. Eran casi unas vacaciones dedicadas a la lectura en remotas aldeas de Siberia, en compañía de un gendarme de servicio a tiempo parcial, durante las cuales los revolucionarios tenían tiempo de conocerse (y de odiarse) unos a otros, mantenían correspondencia con sus camaradas de San Petersburgo o Viena, discutían abstrusas cuestiones de materialismo dialéctico, y tenían aventuras con las muchachas de la localidad. Cuando la llamada de la libertad o de la revolución se hacía más imperiosa, se escapaban, cruzando la taiga hasta dar con el tren más próximo. Durante el destierro, la dentadura de Koba, fuente de continuos sufrimientos durante toda su vida, empezó a deteriorarse.

Koba apoyó celosamente a Vladimir Lenin y su obra fundacional, *¿Qué hay que hacer?* Aquel genio dominante de la política combinaba el maquiavélico espíritu práctico de la toma del poder con el dominio de la ideología marxista. Aprovechando el cisma que conduciría a la creación de su propio Partido Bolchevique, el mensaje de Lenin decía que un partido supremo de revolucionarios profesionales debía tomar el poder para los trabajadores y después gobernar en su nombre por medio de una «dictadura del proletariado» hasta que ésta dejara de ser necesaria cuando finalmente se alcanzara el socialismo. La concepción que tenía Lenin del Partido como «el destacamento

avanzado» del «ejército de los proletarios... un grupo de líderes luchadores», marcaría el tono militarista del bolchevismo.[2]

En 1904, cuando regresó a Tiflis, Koba conoció a su futuro suegro, Sergei Alliluyev, doce años mayor que él, electricista cualificado ruso, casado con Olga Fedorenko, una belleza de origen georgiano-germano-gitano, provista de una enorme fuerza de voluntad, aficionada a los amoríos con revolucionarios, polacos, húngaros e incluso turcos. Se rumoreó que Olga había tenido una aventura con el joven Stalin, que habría sido el verdadero padre de su futura esposa, Nadia. Tales rumores eran absolutamente falsos, pues Nadezhda tenía ya tres años cuando sus padres conocieron a Koba, pero la aventura con Olga es perfectamente creíble y es posible que él mismo llegara a hablar de ella. Olga, que, según su nieta Svetlana, tenía una «fijación con los meridionales» y afirmaba que «los rusos son unos patanes», siempre sintió «debilidad» por Stalin. Su matrimonio fue muy difícil. Las leyendas familiares dicen que el hermano mayor de Nadia, Pavel, vio a su madre toqueteándose con Koba. Ese tipo de relaciones breves era el pan nuestro de cada día entre los revolucionarios.

Mucho antes de que se enamoraran, Stalin y Nadia formaban ya parte de la gran familia bolchevique que frecuentaba la casa de los Alliluyev, como también Kalinin y Yenukidze, entre otros asistentes a la cena de 1932. Existía además otro vínculo especial entre ellos: poco después, Koba coincidió con los Alliluyev en Bakú y salvó a Nadia de perecer ahogada en las aguas del mar Caspio. No cabe imaginar un lazo más romántico entre los dos.[3]

* * *

Entretanto, Koba contrajo matrimonio con otro retoño de la familia bolchevique. Ekaterina, «Kato», una georgiana plácida, morena y guapa, hija de una familia culta, era hermana de Alexander Svanidze, otro bolchevique graduado en el seminario de Tiflis, que formaría parte del séquito de Stalin en el Kremlin. Cuando vivían en una barraca cerca de los campos de petróleo de Bakú, Kato le dio un hijo, Yakov. Pero las apariciones de Koba en el domicilio familiar eran esporádicas e imprevisibles.

Durante la revolución de 1905, momento en el que Lev Trotski, un periodista judío, montó el Soviet de San Petersburgo, Koba afirmaría que se dedicó a organizar las sublevaciones de los campesinos de la región de Kartli, en Georgia. Después del contragolpe zarista, asistió a un congreso bolchevique en Tampere, Finlandia, siendo ésa la primera ocasión en que se encontró con su héroe, Lenin, «aquella águila montaraz». Al año siguiente, Koba viajó a Estocolmo para asistir a otro congreso. A su regreso, llevó la vida de un bandolero caucásico, allegando fondos para el Partido mediante atracos a bancos o «expropiaciones»: de viejo, se jactaría de aquellos «atracos... ¡Nuestros amigos se apoderaron de 250.000 rublos en la plaza Ereván!».[4]

Después de una visita a Londres con motivo de otro congreso, el 25 de noviembre de 1907 la esposa de Koba, Kato, tan amada como casi ignorada, murió «en sus brazos» en Tiflis de tuberculosis. Koba quedó destrozado. Cuando el pequeño cortejo fúnebre llegó al cementerio, Koba estrechó la mano de un amigo y dijo: «Esta criatura ablandó mi corazón de piedra. Ahora ha muerto y con ella han muerto mis últimos sentimientos amorosos hacia la gente». Y con la mano en el corazón añadió: «Me siento vacío aquí dentro». En cualquier caso, dejó a su hijo Yakov al cargo de la familia de Kato. Tras ocultarse en el piso de los Alliluyev en San Petersburgo, fue detenido de nuevo y devuelto al lugar donde había permanecido desterrado, Solvichegodsk. En aquel poblacho perdido Koba se trasladó en enero de 1910 a vivir en la casa de una viuda joven llamada Maria Kuzakova, con la que tuvo un hijo.*

* * *

Después de otra evasión, Koba regresó a San Petersburgo en 1912, compartiendo alojamiento con un corpulento bolchevique que sería el camarada más estrechamente unido a él: Viacheslav Scriabin, de apenas veintidós años, había decidido seguir la costumbre bolchevique de adoptar un nombre de guerra bien potente y se había puesto el «nombre industrial» de Molotov, «el Martillo». Koba también había adoptado un alias «industrial»: en 1913 firmó por primera vez un artículo como «Stalin». No es ninguna coincidencia que el nombre «Stalin» evoque al de «Lenin». Es posible que lo utilizara ya con anterioridad y no sólo por sus resonancias metálicas. Quizá lo tomara prestado de una bolchevique «guapa y rolliza» llamada Ludmilla Stal, con la que había tenido una aventura.[5]

Aquel «maravilloso georgiano», como lo llamaba Lenin, fue elegido por cooptación para formar parte del Comité Central del Partido al término de la conferencia de Praga de 1912. En noviembre, Koba Stalin viajó de Viena a Cracovia para reunirse con Lenin, al lado del cual permanecería: el líder supervisó a su aventajado discípulo mientras escribía un artículo en el que daba expresión a la postura bolchevique en torno a la delicada cuestión de las nacionalidades, tema que en adelante se convertiría en una especialidad de Stalin. *El marxismo y la cuestión nacional*, en el que defendía que el imperio ruso debía mantenerse unido, le hizo ganar prestigio como ideólogo y la confianza de Lenin.

* Este hijo, Konstantin Kuzakov, no disfrutaría de demasiados privilegios, aunque se dice que durante las purgas, cuando se hizo sospechoso, apeló a su verdadero padre, quien escribió en su expediente «Que no se le toque»; pero es posible que ello se debiera sólo al hecho de que era hijo de una mujer que había sido amable con él durante su destierro. En 1995, tras una carrera de éxito como ejecutivo de la televisión, Kuzakov, en un artículo titulado «Hijo de Stalin», proclamó: «Todavía era un niño cuando me enteré de que era hijo de Stalin». Es casi seguro que tuvo otro hijo durante un destierro posterior.

—¿Lo escribiste tú entero? —le preguntó Lenin (según el propio Stalin).

—Sí... ¿He cometido algún error?

—No, al contrario. ¡Espléndido!

Aquél sería su último viaje al extranjero hasta la conferencia de Teherán de 1943.

En febrero de 1913, Stalin volvió a ser detenido y fue condenado a un destierro sospechosamente poco severo: ¿Era acaso agente de la policía secreta del zar, la Ojrana? El sensacionalismo histórico en torno a la doblez de Stalin hace gala de una ingenuidad pasmosa por su desconocimiento de lo que era la vida clandestina: entre los revolucionarios había multitud de espías de la Ojrana, pero muchos eran agentes dobles y hasta triples.* Koba deseaba traicionar a los compañeros que se oponían a él, aunque, como reconocía la Ojrana en sus informes internos, seguía siendo un marxista fanático, y eso era lo que importaba.

El último destierro de Stalin comenzó en 1913 en un lugar remoto y frío, al noreste de Siberia, donde recibió de la población local el mote del «picado de viruelas». Temerosas de que se produjeran más evasiones, las autoridades trasladaron a los desterrados a Kureika, un pueblo desolado en Turujansk, más allá del Círculo Polar, donde las proezas de Stalin como pescador convencieron a la población local de que poseía poderes mágicos; se echó además una nueva amante. Stalin escribía cartas conmovedoras a Sergei y Olga Alliluyev: «La naturaleza en esta región maldita es vergonzosamente pobre», y les suplicaba que le mandaran alguna postal: «Me vuelvo loco de nostalgia, pues echo de menos vistas de la naturaleza, aunque sean de papel». Y, sin embargo, por extraño que parezca, aquélla fue una época de dicha, quizá la más feliz de su vida, pues recordaría las hazañas realizadas allí hasta su muerte, particularmente las relacionadas con una cacería, durante la cual estuvo esquiando por la taiga, cazó muchas perdices y, mientras regresaba, estuvo a punto de perder la vida congelado.[6]

Las torpezas en el terreno militar y la escasez de alimentos de la Gran Guerra acabaron inexorablemente con la monarquía que, para sorpresa de los bolcheviques, se vino abajo de repente en febrero de 1917, siendo sustituida por un gobierno provisional. El 12 de marzo, Stalin llegó a la capital y visitó a los Alliluyev: una vez más Nadia, una morena impresionante, de apenas dieci-

* El libro de Roman Brackman *Secret File of Stalin*, publicado recientemente, afirma que el Gran Terror fue un intento por parte de Stalin de acabar con todos los que tenían conocimiento del doble papel que había jugado. No obstante, sus causas fueron muchas y variadas, aunque el carácter de Stalin fuera una de las razones más importantes. Stalin acabó con muchos de los que lo habían conocido durante sus primeros años, pero misteriosamente dejó vivos a otros. Mató asimismo a más de un millón de personas que no tenían el menor conocimiento de los primeros años de su vida. En cualquier caso, Brackman ofrece también una magnífica exposición de las intrigas y traiciones de la vida en la clandestinidad.

séis años, su hermana Anna y su hermano Fiodor, acribillaron a preguntas a su héroe acerca de las aventuras que le habían ocurrido. Cuando lo acompañaron en el tranvía a las oficinas del periódico *Pravda*, les encargó:

—Reservadme una habitación en el piso nuevo. No lo olvidéis.

Se encontró a Molotov haciendo de editor de *Pravda*, puesto del que se apropió inmediatamente. Mientras que Molotov había adoptado una línea radical en contra del gobierno, Stalin y Lev Kamenev, cuyo verdadero apellido era Rosenfeld, uno de los camaradas más próximos a Lenin, se mostraban más conciliadores. Lenin, que no llegó hasta el 4 de abril, venció las vacilaciones de Stalin. En una extraña apología de Molotov, Stalin admitiría: «Tú estabas más cerca de Lenin...». Cuando Lenin tuvo que huir a Finlandia para evitar ser detenido, Stalin lo escondió en casa de los Alliluyev, le afeitó la barba y lo escoltó hasta ponerlo a buen recaudo. Las hermanas Anna, que trabajaba en el cuartel general de los bolcheviques, y Nadia, pasaron la noche en vela. El georgiano las entretuvo haciendo imitaciones de los políticos y leyéndoles en voz alta pasajes de Chejov, Pushkin o Gorki, como haría más tarde con sus hijos.[7] El 25 de octubre de 1917 Lenin puso en marcha la Revolución Bolchevique.

* * *

Es posible que Stalin fuera por aquel entonces una «figura gris», pero era la imagen misma de Lenin. Trotski reconocía que los contactos con Lenin se realizaban sobre todo a través de Stalin debido a que éste suscitaba menos interés a la policía. Cuando Lenin formó el nuevo gobierno, Stalin fundó su Comisariado de Nacionalidades, compuesto por un secretario, el joven Fiodor Alliluyev, y una mecanógrafa, Nadia.[8]

En 1918, los bolcheviques se vieron obligados a luchar para sobrevivir. Enfrentados al imparable avance de los alemanes, Lenin y Trotski no tuvieron más remedio que firmar el pragmático tratado de Brest-Litovsk, por el que cedían buena parte de Ucrania y los países bálticos al káiser. Tras el hundimiento de Alemania, las tropas británicas, francesas y japonesas intervinieron mientras los ejércitos blancos se lanzaban contra el régimen tambaleante, que trasladó su capital a Moscú para ser menos vulnerable. El imperio asediado de Lenin se redujo pronto a las dimensiones de la Moscovia medieval. En el mes de agosto, Lenin resultó herido en un intento de asesinato, y los bolcheviques se vengaron desencadenando una ola de terror. En septiembre, Lenin, una vez recuperado, declaró Rusia «un campo militar». Sus hombres más resolutivos y despiadados fueron Trotski, comisario de Guerra, que creó y dirigió el ejército rojo desde su tren blindado, y Stalin, los únicos dos dirigentes que tenían acceso al despacho de Lenin sin necesidad de cita previa. Cuando éste creó un órgano ejecutivo con poderes decisorios constituido por sólo cinco miembros, la llamada Oficina Política —el Politburó—, ambos formaron parte de él. El

intelectual judío de las gafitas era el héroe de la Revolución, y por delante de él sólo estaba el propio Lenin; Stalin, por su parte, parecía un provinciano tosco. Pero los aires de grandeza protectora de Trotski ofendían a los «viejos ilegales» de provincias, acostumbrados a hablar con sencillez, a los que impresionaba más el sentido práctico de ceño fruncido propio de Stalin. Stalin vio enseguida en Trotski el principal obstáculo a su ascensión.

La ciudad de Tsaritsin desempeñaría un papel decisivo en la carrera de Stalin (y en su matrimonio). En 1918, la estratégica ciudad situada en el bajo Volga, puerta de entrada del grano (y el petróleo) del norte del Cáucaso y llave de acceso hacia Moscú desde el sur, parecía a punto de caer en manos de los blancos. Lenin envió a Stalin a Tsaritsin con el cargo de director general del Suministro de Alimentos para el sur de Rusia. Pero éste no tardaría en conseguir ser ascendido al puesto de comisario con poderes militares supremos.

A bordo de un tren blindado, asistido por cuatrocientos guardias rojos, Fiodor Alliluyev y su mecanógrafa, Nadia, todavía adolescente, Stalin llegó a Tsaritsin el 6 de abril y pudo comprobar que en la ciudad reinaban la ineptitud y la traición. Stalin demostró que sus palabras iban en serio haciendo fusilar a todo aquel que fuera sospechoso de realizar actividades contrarrevolucionarias: inició «una purga despiadada de la retaguardia —diría Voroshilov—, administrada con mano de hierro». Lenin le ordenó que fuera incluso más «despiadado» y «cruel». La respuesta de Stalin fue la siguiente:

«Puedes tener la seguridad de que nuestra mano no temblará». Fue allí donde se dio cuenta de la utilidad de la muerte como el instrumento político más simple y más efectivo a la vez, pero es probable que no fuera el único en llegar a semejante conclusión: durante la guerra civil, los bolcheviques, con sus botas de cuero, sus gabanes y sus pistoleras, se entregaron al culto de la violencia, a una brutalidad machista que Stalin haría suyos. Fue también allí donde conoció y entabló amistad con Voroshilov y Budionni, presentes ambos en la cena del 8 de noviembre de 1932, que formarían el núcleo de su apoyo militar y político. Cuando la situación militar empezó a deteriorarse en el mes de julio, Stalin asumió el control efectivo del ejército: «Debo tener poderes militares». Aquél era el tipo de autoridad que necesitaba la Revolución para sobrevivir, pero suponía todo un desafío a Trotski, que había creado el ejército rojo con la ayuda de los llamados «expertos militares», todos ellos ex oficiales zaristas. Stalin desconfiaba de aquellos renegados útiles y los fusiló siempre que le fue posible.

Residía en el elegante vagón, perteneciente otrora a un cantante gitano de baladas amorosas, que lo había decorado en seda azul clara. Probablemente fuera allí donde se convirtieran en amantes él y Nadia. La muchacha tenía diecisiete años, y él treinta y nueve. Aquella relación debía resultar una aventura excitante y turbadora para una joven en edad escolar. Cuando llegaron, Stalin utilizó el tren como cuartel general: desde allí ordenó a la Cheka llevar a cabo

sus constantes fusilamientos. Era la época en la que las mujeres acompañaban a sus maridos a la guerra: Nadia no era la única. Las esposas de Voroshilov y Budionni también estaban en Tsaritsin.

Stalin y aquella pandilla de matones formaban una «oposición militar» a Trotski, al cual se refería despectivamente y decía: «[Es un] general de opereta. ¡Menudo charlatán, jajaja!». Cuando detuvo a un grupo de «especialistas» de Trotski y los encerró en una barcaza en el Volga, éste protestó airadamente. La barcaza se hundió, al parecer, con todos sus ocupantes a bordo. «La muerte resuelve los problemas —se dice que comentó Stalin—. Si no hay nadie, no hay problema.» Era la manera de actuar de los bolcheviques.*

Lenin mandó llamar a Stalin. No importaba que éste probablemente hubiera contribuido a empeorar las cosas, que desaprovechara la experiencia de los oficiales zaristas y que apoyara a una pandilla de jaques descerebrados. Stalin había sido cruel: la aplicación despiadada de la presión era lo que quería Lenin. Pero el *kinto* había vislumbrado lo que era la gloria de un generalísimo. Es más, su enemistad con Trotski y la alianza con el «grupo de Tsaritsin» serían el comienzo de todo: quizá admirara el valor machista y displicente de Voroshilov y Budionni, cualidad de la que él carecía. Su odio a Trotski se convertiría en una de las pasiones capitales de su vida. A la vuelta de Tsaritsin se casó con Nadia, trasladándose a vivir a un modesto apartamento en el Kremlin (compartido con toda la familia Alliluyev) y luego a una bonita dacha llamada Zubalovo.[9]

En mayo de 1920, Stalin fue nombrado comisario político para el frente suroccidental a raíz de la toma de Kiev por los polacos. El Politburó ordenó la conquista de Polonia con el fin de extender la revolución a Occidente. El general en jefe del frente occidental encargado de atacar Varsovia era un joven brillante llamado Mijail Tujachevski. Stalin recibió la orden de entregar su caballería a Tujachevski, pero no lo hizo hasta que fue demasiado tarde. Las *vendettas* a las que dio lugar este fracaso desembocarían en la matanza que tuvo lugar diecisiete años después.[10]

En 1921 Nadia demostró su austeridad bolchevique yendo a pie hasta el hospital en el que dio a luz a un hijo varón, Vasili; cinco años después tendría una niña, Svetlana. Mientras tanto, siguió trabajando como mecanógrafa en el despacho de Lenin, donde resultaría sumamente útil en el curso de las futuras intrigas.

* * *

* Parece que Stalin confirmó después la anécdota del hundimiento de la barcaza en una carta fascinante remitida a Voroshilov. «El verano después del intento de asesinato de Lenin ... hicimos una lista de oficiales a los que reunimos en el Picadero ... para fusilarlos en masa ... Así, pues, el episodio de la barcaza de Tsaritsin no fue fruto de la lucha contra los especialistas militares, sino que vino dictado desde el centro de mandos.» En Tsaritsin combatieron cinco futuros mariscales de la segunda guerra mundial: en orden descendente por su competencia Kulik, Voroshilov, Budionni, Timoshenko y Zhukov (aunque este último intervino sólo en 1919 después de la marcha de Stalin).

La «vanguardia» de los bolcheviques, muchos de ellos jóvenes y con las manos manchadas de sangre debido a la brutalidad de aquella lucha, se vieron convertidos en una minoría minúscula, aislada y asediada, que dirigía de manera histérica las ruinas de un vasto imperio, sitiado, a su vez, en medio de un mundo hostil. Teniendo en cuenta el desprecio que sentía por los obreros y los campesinos, a Lenin no le sorprendió lo más mínimo comprobar que ninguno de estos grupos los apoyaban. Por consiguiente propuso que se estableciera un solo órgano que dirigiera y supervisara la construcción del socialismo: el Partido. Sería ese incómodo abismo abierto entre la realidad y las aspiraciones el que haría que la fidelidad casi religiosa mostrada por el Partido a la pureza ideológica fuera tan importante y la disciplina militar se convirtiera en una virtud ineludible.

Ante un problema tan peculiar, los bolcheviques improvisaron un sistema igualmente peculiar y buscaron consuelo en una visión del mundo también extraordinariamente peculiar. El órgano soberano del Partido era el Comité Central (CC), formado por los aproximadamente setenta altos cargos que eran elegidos anualmente por los congresos del Partido que más tarde se celebrarían con menor frecuencia. El CC elegía al Politburó, de dimensiones más restringidas, un super-gabinete de guerra encargado de decidir la política que se debía seguir, y a un secretariado formado por aproximadamente tres secretarios que administraban el Partido. Estos órganos dirigían el gobierno convencional de un Estado vertical radicalmente centralizado y de partido único: Mijail Kalinin, nacido en 1875, el único verdadero campesino que había entre los dirigentes, llamado «el viejo campesino de la Unión», se convirtió en 1919 en jefe del Estado.* Lenin dirigía el país en calidad de primer ministro, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, un consejo de ministros encargado de ejecutar las órdenes del Politburó. Dentro de este organismo había una especie de democracia, pero tras las duras crisis ocasionadas por la guerra civil, Lenin prohibió las facciones. El Partido reclutaba frenéticamente millones de nuevos militantes, ¿pero eran de fiar? Poco a poco, los honrados debates de los primeros tiempos fueron reemplazados por una dictadura burocrática autoritaria, pero en 1921 Lenin, el gran improvisador, restauró cierto grado de capitalismo, en una solución de compromiso llamada la Nueva Política Económica (NPE), destinada a salvar al régimen.

* Stalin no fue nunca el titular de la jefatura del Estado de la Unión Soviética. El título de Kalinin era el de presidente del Comité Ejecutivo Central, técnicamente el organismo legislativo más alto, pero coloquialmente se le llamaba el «presidente». Tras la constitución de 1936, su título pasó a ser el de presidente del Presídium del Soviet Supremo. Sólo con la constitución de Brezhnev el secretario general del Partido añadió a sus títulos el de presidente. Los bolcheviques inventaron todo un nuevo lenguaje de siglas en su afán de crear un nuevo tipo de gobierno. Los comisarios del pueblo (*Narodny Komissar*) se llamaban *Narkoms*, y el Consejo (Soviet) de Comisarios se llamaba Sovnarkom.

En 1922, Lenin y Kamenev se las arreglaron para nombrar a Stalin secretario general —*Gensec*— del CC, encargado de dirigir el Partido. La Secretaría de Stalin era la sala de máquinas del nuevo Estado, y le concedía unos poderes omnímodos que no dudó en ejercer con motivo del «asunto georgiano», cuando, junto con Sergo, decidió anexionar Georgia, que se había separado del imperio, e imponer su voluntad en el Partido de esta misma región, de orientación independentista. A Lenin no le gustó aquello, pero la jugada que hizo Stalin en diciembre 1922 le impidió actuar contra él. El Politburó, en beneficio de la salud del mayor tesoro que poseía el Partido, es decir Lenin, le prohibió trabajar más de diez minutos al día. En una ocasión en la que el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo intentó hacer algo más, Stalin ofendió a su esposa, Krupskaya, lanzando un exabrupto que a punto estuvo de acabar con su carrera.*

Sólo Lenin podía darse cuenta de que Stalin se estaba perfilando como su sucesor más probable, por lo que dictó en secreto un testamento condenatorio en el que exigía su destitución. Lenin falleció víctima de una apoplejía fatal el 21 de enero de 1924. Contra los deseos del difunto y de su familia, Stalin orquestó la divinización efectiva del líder y su embalsamamiento, como si de un santo ortodoxo se tratara, en el mausoleo construido en la Plaza Roja. Stalin se apropió de la ortodoxia sagrada de su héroe difunto para construir su propio poder.

En 1924, cualquiera que no hubiera estado al tanto de lo que ocurría habría pensado que Trotski se convertiría en el sucesor de Lenin, pero en la oligarquía bolchevique aquella fama rutilante redundaría en perjuicio del despreocupado comisario de Guerra. El odio entre Stalin y Trotski no sólo se basaba en la personalidad y el estilo de cada uno, sino también en sus respectivas políticas. Desde la Secretaría General Stalin ya había recurrido al patrocinio a gran escala para promover a sus aliados, Molotov, Voroshilov y Sergo; además había ofrecido una alternativa alentadora y realista a la insistencia de Trotski en la revolución europea: «El socialismo en un solo país». A los demás miembros del Politburó, encabezados por Grigori Zinoviev y Kamenev, los socios más próximos de Lenin, también les aterrorizaba Trotski, que había sa-

* La trifulca de Stalin con Krupskaya, la esposa de Lenin, ofendió los sentimientos burgueses de éste. Pero Stalin pensaba que estaba plenamente en consonancia con la cultura del Partido: «¿Por qué tengo que actuar ante ella como un perrito faldero? Acostarse con Lenin no significa que entienda lo que es el marxismo-leninismo. Sólo por usar el mismo cuarto de baño que Lenin...». Este comentario dio lugar a algunos chistes clásicos sobre Stalin, en los que éste advertía a Krupskaya que si no le obedecía, el Comité Central nombraría a cualquier otra mujer esposa de Lenin. Se trata de un concepto profundamente bolchevique. A la falta de respeto por Krupskaya probablemente no contribuyeran las quejas de ésta acerca de los flirteos de Lenin con sus ayudantes, entre otras Yelena Stasova, la mujer a la que Stalin amenazaba con ascender al cargo de «esposa».

bido granjearse la enemistad de todos. De ese modo, cuando se desveló el testamento de Lenin en 1924, Kamenev propuso que Stalin continuara como secretario general, sin darse cuenta de que en treinta años no volvería a presentarse ninguna otra ocasión efectiva de destituirlo. Trotski, el presuntuoso patrono de la Revolución, fue derrotado con una facilidad y una rapidez pasmosas. Tras retirarle a Trotski su base de poder como comisario de Guerra, Zinoviev y Kamenev comprendieron demasiado tarde que la verdadera amenaza era el triunvirato que habían formado con Stalin.

En 1926 Stalin también los derrotó a ellos, con la ayuda de sus aliados derechistas, Nikolai Bujarin y Alexei Rikov, que había sucedido a Lenin en el cargo de primer ministro. Stalin y Bujarin apoyaron la NPE. Pero en las provincias muchos partidarios de la línea dura temían que las soluciones de compromiso acabaran socavando al propio bolchevismo, aplazando el momento de la rendición de cuentas con el campesinado hostil. En 1927, una crisis de la producción de cereal hizo que la situación llegara a su punto culminante: desató la tendencia de los bolcheviques a aplicar soluciones radicales a sus problemas, y dejó al país en una situación de represión y militarismo que duraría hasta la muerte de Stalin.

En enero de 1928 el propio Stalin viajó a Siberia para investigar el descenso sufrido por los suministros de grano. Asumiendo de nuevo el glorioso papel de comisario desempeñado en la guerra civil, ordenó la recolección forzosa del cereal y culpó de su escasez a los llamados *kulaks*, que escondían sus cosechas con la esperanza de que subieran los precios. La palabra *kulak* se utilizaba habitualmente para designar al campesino que daba empleo a un par de jornaleros o poseía una pareja de vacas. «Di un buen meneo a los órganos del Partido», diría más tarde Stalin, pero no tardaría en descubrir que «a los derechistas no les gustaban las medidas de dureza ... pensaron que era el comienzo de la guerra civil en las aldeas». A su regreso, el primer ministro Rikov amenazó a Stalin: «¡Habría que presentar acusaciones de carácter penal contra ti!». No obstante, los jóvenes comisarios, los «hombres del comité» situados en el corazón del Partido, apoyaron la violenta requisa de grano impuesta por Stalin. Cada invierno se dirigían al interior del país para arrancar el cereal a los kulaks, que fueron identificados como los principales enemigos de la Revolución. No obstante, se dieron cuenta de que la NPE había fracasado. Tendrían que buscar una solución militar radical a la crisis del suministro de alimentos.

Stalin era un radical por naturaleza y no tuvo el menor empacho en arrebatar sus banderas a los izquierdistas, a los que acababa de derrotar, para enarbolarlas él. Junto con sus aliados se puso a hablar de una nueva revolución, el «gran cambio» a la izquierda, con el que pretendía resolver el problema de los campesinos y el atraso económico. Aquellos bolcheviques odiaban el obstinado viejo mundo de los campesinos: había que acorralarlos en granjas colectivas, el grano debía ser requisado a la fuerza y vendido en el extranjero para aunar

precipitadamente fondos con los que financiar la creación de la noche a la mañana de un complejo industrial que permitiera fabricar tanques y aviones. Se puso fin al comercio privado de artículos alimenticios. Los kulaks recibieron la orden de entregar su grano y fueron amenazados con ser acusados de especuladores si no lo hacían. Poco a poco los propios aldeanos se vieron obligados a integrarse en cooperativas. Todo el que se resistía era un kulak enemigo.

Análogamente, en el terreno de la industria los bolcheviques dieron rienda suelta a su odio hacia los técnicos cualificados o «especialistas burgueses», en realidad simples ingenieros de clase media. Al tiempo que adiestraban a su propia nueva élite de expertos rojos, intimidaron a todos los que decían que los planes industriales de Stalin eran imposibles con una de serie de procesos ficticios que comenzaron en la mina de carbón de Shajti. No había nada imposible. La pesadilla rural que se desencadenó fue como una guerra sin batallas, pero en la que se produjeron muertes a escala monumental.[11] Sin embargo, los señores de la guerra que protagonizaron esa lucha, los jerarcas de Stalin y sus esposas, seguían viviendo en el Kremlin como si fueran una familia sorprendentemente bien avenida.

2

La familia del Kremlin

«¡Oh, qué tiempos tan buenos fueron aquéllos!», escribió la esposa de Voroshilov en su diario. «¡Qué relaciones tan sencillas, tan bonitas y amistosas!».[1] La vida de intimidad y camaradería de los líderes soviéticos hasta mediados de los años treinta no podría estar más lejos de la imagen convencional que suele tenerse del mundo gris y terrorífico de Stalin. En el Kremlin había un constante ir y venir de gente entrando y saliendo de las casas de sus vecinos. Padres e hijos se veían constantemente. El Kremlin era una especie de aldea en la que reinaban una armonía y una amistad incomparables. Cimentadas en décadas de simpatía (y por supuesto de resentimientos), las amistades se hacían más profundas o se crispaban, y las enemistades se enconaban. Stalin solía dejarse caer por casa de sus vecinos, los Kaganovich, para echar una partidita de ajedrez. Natasha Andreyeva recuerda que Stalin solía asomar la cabeza por la puerta de su casa buscando a sus padres: «¿Está Andrei o Dora Moisevna?». A veces a Stalin le apetecía ir al cine, pero los padres de Natasha se retrasaban y ella misma lo acompañaba. Cuando Mikoyan necesitaba algo, no tenía más que cruzar el patio y llamar a la puerta de Stalin, donde solían invitarlo a cenar. Si no había nadie en casa, pasaba una nota por debajo de la puerta. «Lástima que hayas salido», decía Voroshilov. «Llamé a la puerta de tu casa y no contestó nadie.»[2]

Cuando Stalin se iba de vacaciones, la alegre pandilla se dejaba caer constantemente por casa de Nadia para pedirle que enviara mensajes a su marido y para ponerse al día de los últimos chismorreos políticos: «Ayer se pasó por aquí Mikoyan a preguntar por tu salud, y dijo que irá a verte a Sochi», decía Nadia a Stalin en una carta de septiembre de 1929. «Hoy ha vuelto Voroshilov de Nalchik y me ha llamado...» Voroshilov, a su vez, le había dado noticias de Sergo. Unos días más tarde, éste la visitó en compañía de Voroshilov. Nadia había hablado luego con Kaganovich, que le había dado recuerdos para Stalin.

Unas familias eran más retraídas que otras: mientras que los Mikoyan eran enormemente sociables, los Molotov, que vivían en su mismo rellano, eran más reservados y mantenían cerrada la puerta de sus aposentos.[3] Si Stalin era a todas luces el director de aquella escuela llena siempre de parloteo y discusiones, Molotov era su afectado jefe de estudios.

* * *

El único hombre que estrechó las manos de Lenin, Hitler, Himmler, Göring, Roosevelt y Churchill, Molotov, fue el aliado más estrecho de Stalin. Apodado «Culo de Piedra» por su infatigable capacidad de trabajo, le gustaba corregir a la gente y decir orgullosamente que había sido el propio Lenin quien le había puesto el mote de «Culo de Hierro». De corta estatura, rechoncho, y con la frente abultada, de penetrantes ojos marrones que guiñaba constantemente por detrás de sus gafas redondas, propenso a tartamudear cada vez que se enfadaba (o que hablaba con Stalin), Molotov, de treinta y nueve años, tenía aspecto de estudiante burgués, cosa que, por lo demás, había sido en su momento. Incluso en un Politburó de creyentes convencidos, era partidario de seguir al pie de la letra la teoría y la severidad bolchevique: era el Robespierre de la corte de Stalin. Y, sin embargo, poseía un instinto posibilista en lo tocante a la política del poder: «Soy un hombre del siglo XIX», solía decir.

Nacido en Kukarla, ciudad atrasada de provincias situada cerca de Perm (que no tardaría en ser rebautizada Molotov), Viacheslav Scriabin era hijo de un dependiente de comercio aficionado a la bebida, un hidalgo pobre, aunque sin parentesco con el compositor del mismo nombre. En su ciudad natal había tocado el violín para los comerciantes del lugar y, caso singular entre los hombres de Stalin, había recibido una brillante educación secundaria, aunque se hizo revolucionario a los dieciséis años. Molotov se consideraba a sí mismo periodista: había conocido a Stalin cuando ambos trabajaban en *Pravda*. Era cruel y vengativo, deseaba la muerte de todo aquel que se cruzara en su camino, ya fuera hombre o mujer, era duro con sus subordinados, con los cuales perdía constantemente los estribos, y tan disciplinado que en una ocasión llegó a declarar en su despacho que iba a echar «una siestecita de trece minutos» y se despertó exactamente al cabo de trece minutos. A diferencia de muchos grandes comediantes del Politburó, Molotov era un «empollón» sin talento.

Candidato a ingresar en el Politburó desde 1921, «nuestro Vecha» había sido secretario general del Partido antes que Stalin, pero Lenin lo denunció por su «burocratismo vergonzoso y estúpido en grado sumo». Cuando Trotski lo atacó, puso de manifiesto su complejo de inferioridad intelectual, rasgo que compartía con Stalin y Voroshilov: «No todos podemos ser genios, camarada Trotski», respondió. Los pozos de rencor abiertos en aquellos bolcheviques de cosecha propia podían llegar a ser insondables.

En aquellos momentos Molotov era segundo secretario, por detrás del propio Stalin, y aunque admiraba a Koba, no lo idolatraba. A menudo estuvo en desacuerdo con él y lo criticó hasta el final. Bebiendo tenía más aguante que cualquier otro dirigente, hazaña nada despreciable entre aquella pandilla de alcohólicos. Al parecer le gustaban las bromas de Stalin, incluso cuando éste lo llamaba el «Molotstein» judío.

Su mayor mérito sería su devoción por Polina Karpovskaya, su esposa judía, conocida por su nombre de guerra Zhemchuzhina, «la Perla». Polina no fue nunca una belleza, pero sí una mujer audaz e inteligente, dominaba a Molotov, veneraba a Stalin y se convirtió en toda una líder por derecho propio. Ambos eran bolcheviques convencidos, y se enamoraron durante un congreso de mujeres en 1921. Molotov la consideraba «lista, hermosa y sobre todo una gran bolchevique».

Polina era el consuelo de la disciplina, la tensión y la severidad de la cruzada en la que participaba Molotov, pero éste no era ningún autómata. Sus cartas de amor demuestran que la idolatraba como un colegial. «¡Polinka, cariño, amor mío! No voy a ocultarte que a veces puede conmigo la impaciencia y deseo estar cerca de ti y tus caricias.» «Te mando un beso, amada mía, te deseo ... Con cariño, Vecha. Estoy atado a ti en cuerpo y alma ... tesoro mío.» A veces las cartas muestran un apasionamiento desenfrenado: «Espero poder besarte con impaciencia y hacerlo por todas partes. ¡Te adoro, cariño, amor mío!» Polina era su «amor resplandeciente, corazón mío. Eres mi felicidad, mi placer, tesoro mío, Polinka».[4]

La hija mimada de Molotov, Svetlana, y los hijos de los demás miembros del Politburó jugaban en el patio, pero «no nos gustaba vivir en el Kremlin. Nuestros padres estaban diciéndonos a todas horas que no hiciéramos ruido. "No estáis en la calle", nos decían, "esto es el Kremlin". Era como una cárcel y teníamos que enseñar pases a todas horas y sacar pases para nuestros amigos, si queríamos que vinieran a visitarnos», recuerda Natasha, la hija de Andreyev y Dora Jazan. Los niños chocaban a todas horas con Stalin: «Tenía yo diez años y llevaba coletas, cuando un día, jugando al triple salto con Rudolf Menzhinsky [hijo del jefe de la OGPU], de repente me levantaron en vilo unas manos fuertes y, al darme la vuelta, vi ante mí la cara de Stalin con sus ojos oscuros y una expresión intensa y severa: "Vamos a ver, ¿quién eres tú?", me preguntó. "Soy Andreyeva", [contesté]. "Bueno, pues sigue saltando"». Más tarde, Stalin charlaría a menudo con ella, especialmente desde que para acceder el cine más antiguo del Kremlin pusieron una escalera situada junto a la puerta principal.

Con frecuencia las cenas de Stalin no eran más que una continuación de sus reuniones con aquellos camaradas adictos al trabajo: se ponía la sopa en el aparador de donde los invitados podían servirse y las sesiones de trabajo con-

tinuaban a menudo hasta las tres de la madrugada, recuerda Artiom, el hijo adoptivo de Stalin. «Veía a Molotov, Mikoyan y Kaganovich a todas horas.» Stalin y Nadia cenaban a menudo con los otros matrimonios del Kremlin. «Las cenas eran sencillas», escribe Mikoyan en sus memorias. «Dos platos, unos cuantos entremeses, a veces arenque ... De primer plato sopa, luego carne o pescado, y de postre fruta. Eran como las de cualquier otra casa por aquel entonces.» Había una sola botella de vino blanco y se bebía poco. Nadie permanecía sentado a la mesa más de media hora. Una noche, Stalin, que estaba seriamente interesado por su imagen política, emularía las hazañas de Pedro el Grande como barbero:

—¡Deshazte de esa barba! —ordenó a Kaganovich. Y preguntó a Nadia—: ¿Me das unas tijeras? Yo mismo se la cortaré.*

Kaganovich se deshizo allí mismo de su barba. Ésas eran las diversiones que deparaban las cenas en casa de Stalin y Nadia.

Las esposas tenían mucha influencia. Stalin hacía mucho caso a lo que le decía Nadia: ésta había conocido en la Academia a un joven desgarbado, orejudo y rechoncho, ajustador en las minas de Donets, Jrushchov, que estaba dispuesto a aplastar enérgicamente a la oposición. Se lo recomendó a Stalin, que no dudó en acelerar su carrera. Stalin solía invitar al joven oficial a cenar en casa con Nadia. A Stalin siempre le gustó Jrushchov, en parte debido a la recomendación de Nadia. Así fue, recordaría Jrushchov, «como sobreviví ... un billete de lotería premiado». Sencillamente no podía creer que tuviera ante sí a Stalin, el semidiós al que veneraba, «riendo y haciendo bromas» con toda naturalidad.

Nadia no tenía miedo de hablar con su marido de las injusticias que se cometían: cuando quitaron el trabajo a un oficial, probablemente del ala derecha, ella habló en defensa de la carrera que había hecho hasta entonces el hombre y le dijo a Stalin que «no debían emplearse aquellos métodos con ese tipo de trabajadores ... es una lástima. Parecía que le hubieran dado una puñalada. Ya sé que odias que me inmiscuya, pero creo que deberías intervenir en este caso que, como todos saben, es injusto». Sorprendentemente Stalin se mostró favorable a prestar ayuda al desgraciado y Nadia afirmó que se sentía conmovida: «Estoy tan contenta de que confíes en mí ... Es una vergüenza no corregir los errores». Stalin no toleraba de nadie más ese tipo de interferencias, pero, al parecer, no tenía inconveniente en aceptarlas de su esposa.

Polina Molotova era tan ambiciosa que, cuando decidió que su jefe en el Comisariado de Industria Eléctrica no estaba a la altura de su cargo, preguntó

* Naturalmente Kaganovich siguió llevando bigote, que continuaba estando de moda. Por aquel entonces hasta el pelo en la cara dependía del culto al líder: si un cliente deseaba dejarse perilla, pedía al barbero que lo afeitara «a lo Kalinin», como el miembro del Politburó. Cuando Stalin ordenó a otro dirigente del Partido, Bulganin, que se cortara la barba, llegó a una solución de compromiso y le dejó que llevara una perilla «a lo Kalinin».

durante una cena a Stalin si la dejaba crear una industria soviética del perfume. Stalin llamó a Mikoyan y puso bajo su jurisdicción el monopolio del perfume, TeZhe, dirigido por Polina. Ésta se convirtió así en la zarina de las fragancias soviéticas. Mikoyan la admiraba porque era una mujer «capaz, lista y vigorosa», aunque «arrogante».[5]

* * *

Con la excepción de los Molotov, que eran demasiado esnobs, aquellos potentados siguieron viviendo con sencillez en los palacios del Kremlin, fieles a su devota misión revolucionaria y a la «austeridad bolchevique» obligatoria. La corrupción y la extravagancia todavía no estaban demasiado extendidas: de hecho, las esposas de los miembros del Politburó apenas podían vestir como es debido a sus hijos y la nueva documentación demuestra que el propio Stalin a veces andaba corto de numerario.

Nadia Stalin y Dora Jazan, la influyente esposa de Andreyev, cogían a diario el tranvía para ir a la Academia. Siempre se toma como modelo de modestia a Nadia por seguir utilizando su nombre de soltera, pero Dora hizo lo mismo: era el estilo de aquellos tiempos. Sergo regañó a su hija por coger la limusina para ir a la escuela: «¡Demasiado burgués!». Los Molotov, por otro lado, eran ya a todas luces muy poco proletarios: Natalia Rikova oyó a su padre quejarse de que los Molotov nunca invitaban a sus guardaespaldas a sentarse con ellos a la mesa.

En casa de Stalin, la que mandaba era Nadia: Svetlana dice que su madre tenía «un presupuesto muy modesto» para administrar la casa. Todos estaban orgullosos de su austeridad bolchevique. Nadia solía gastar todo el dinero destinado a la casa. «Mándame, por favor, cincuenta rublos, pues no cobro hasta el 15 de octubre y me he quedado sin dinero.»

«Tatka, me olvidé de mandarte dinero —respondía Stalin—, pero ya te lo he enviado (120 rublos) con unos colegas que han salido hoy de aquí ... Muchos besos, Iosiv.» Más tarde le preguntaría si lo había recibido. Nadia respondía en los siguientes términos:

«Recibí la carta con el dinero. ¡Gracias! Me alegro de que vuelvas. Escríbeme diciendo cuándo llegas para que vaya a buscarte.»[6]

El 3 de enero de 1928, Stalin escribía a Jalatov, jefe del GIZ (la editora estatal): «Estoy muy necesitado de dinero. ¿Podrías mandarme doscientos rublos?».* Stalin cultivaba su puritanismo por convicción y por gusto. En una ocasión que encontró muebles nuevos en su casa, reaccionó airadamente:

* Stalin seguía el mismo principio con su vestimenta: se negaba a renovar su escaso guardarropa, formado por dos o tres guerreras raídas, unos pantalones viejos, su gabán favorito, y su capote de la guerra civil. No era el único que practicaba ese ascetismo sartorial, pero era conscien-

«Parece que alguien del servicio doméstico o de la GPU ha comprado muebles nuevos ... en contra de mis órdenes, pues yo dije que los muebles viejos estaban bien —escribía en una carta—. ¡Que se descubra y se castigue al culpable! Te ordeno que retires los muebles y los guardes en el almacén.»

Los Mikoyan tenían tantos hijos —cinco varones y varios hijos adoptivos, y además en verano venían a pasar tres meses con ellos sus parientes de Armenia— que siempre andaban escasos de numerario, aunque el cabeza de familia era uno de los seis hombres más importantes de Rusia. Así, pues, Ashken Mikoyan tenía que pedir prestado dinero en secreto a las esposas de los demás miembros del Politburó que tenían menos hijos. De haberlo sabido, Mikoyan se habría puesto, según sus propios hijos, hecho una furia. En una ocasión Polina Molotova vio a los hijos de Mikoyan vestidos como pordioseros y regañó a la madre que respondió:

—¡Tengo cinco hijos y no he cobrado todavía!

—¡Pero eres la esposa de un miembro del Politburó!— replicó Polina.[7]

te de que, como a Federico el Grande, cuya figura había estudiado, la vejez y la modestia deliberadas de la indumentaria no hacían más que acentuar su autoridad natural.

3

El encantador

Aquel pequeño grupo de jerarcas idealistas y despiadados, casi todos treintañeros, era el motor de una revolución enorme y terrible: debían construir rápidamente el socialismo y abolir el capitalismo. Su programa industrial, el plan quinquenal, debía hacer de Rusia una gran potencia que no volviera a ser humillada nunca más por Occidente; su guerra en las zonas rurales acabaría para siempre con el enemigo interno, los kulaks, y volverían a los valores de 1917. Fue Lenin el que dijo:

—¡Terror masivo y despiadado contra los kulaks! ... ¡A muerte con ellos!

Había miles de jóvenes que compartían sus ideales. El plan requería un incremento de un 110 por 100 de la productividad, objetivo que Stalin, Kuibishev y Sergo repetían que era posible porque todo era posible. «Rebajar el ritmo significa quedarse atrás», decía Stalin en 1931. «¡Y a los remolones hay que derrotarlos! Y no queremos que nos derroten a nosotros ... La historia de la vieja Rusia consistió ... en ser derrotada ... por su atraso.»

Los bolcheviques eran capaces de asaltar cualquier fortaleza. Cualquier tipo de duda suponía una traición. La muerte era el precio del progreso. Rodeados de enemigos como habían estado durante la guerra civil, tenían la sensación de que lo único que hacían eran gestiones destinadas a mantener el control del país. De ahí que cultivaran la *tverdost*, la dureza, la virtud bolchevique.*

* No obstante, su brutalidad consciente iría acompañada de un código de conducta propia del Partido sumamente rígido: se suponía que los bolcheviques se comportaban entre ellos como caballeros burgueses. Los divorcios eran «censurados con más severidad que en la Iglesia católica». Cuando Kaganovich escribió en la condena a muerte de un general inocente que era un «sinvergüenza», simplemente puso «s...». Cada vez que Lenin empleaba el término «mierda», Molotov lo sustituía en su edición por «...», y añadía, a modo de comentario curiosamente mojigato, que el texto original empleaba «un término no utilizado en los círculos del Partido». Al criticar la crudeza de la poesía de Demian Bendy, Kaganovich dijo a Stalin: «Ser un poeta pro-

Stalin no recibía por ello más que parabienes: «Sí, ese hombre arranca vigorosamente de raíz lo que está podrido ... Si no lo hiciera, no sería un luchador comunista». En carta a Molotov Stalin hablaba de «inspeccionar y comprobar la situación de la gente dándole un puñetazo en la cara» y decía abiertamente a sus oficiales que iba a «romperles los huesos a todos».

Bujarin opuso resistencia a la «revolución de Stalin», pero ni Rikov ni él podían competir con el patrocinio y el encanto del Vozhd, ni con el gusto bolchevique por las soluciones violentas y precipitadas. En 1929, Trotski marchó al exilio, con un gesto de altivez desconcertada en el rostro, para convertirse en el crítico mordaz de Stalin en el extranjero y en el máximo símbolo de la traición y la herejía en la URSS. Bujarin fue expulsado del Politburó. Stalin era el líder de los oligarcas, pero distaba mucho de ser un dictador.

En noviembre de 1929, mientras Nadia preparaba sus exámenes en la Academia de Industria, Stalin regresó como nuevo de sus vacaciones y de inmediato intensificó la guerra declarada a los campesinos, exigiendo «una ofensiva contra los kulaks ... a fin de estar preparados para la acción e infligir a la clase de los kulaks tal golpe que no puedan tenerse en pie». Pero los campesinos se negaron a efectuar la siembra y declararon por su parte la guerra al régimen.

El 21 de diciembre de 1929, en el momento culminante de aquella empresa colosal y terrible, los jóvenes jerarcas y sus esposas, a los que la notable hazaña de construir nuevas ciudades y fábricas había dejado exhaustos y enfebrecidos, excitados por las brutales expediciones contra los obstinados campesinos, llegaron a Zubalovo, la dacha de Stalin, para celebrar su quincuagésimo aniversario oficial. Ésa es la noche en la que realmente empieza nuestro relato. Ese mismo día todos los jerarcas escribieron un artículo en *Pravda* calificándolo de Vozhd, el caudillo, el legítimo heredero de Lenin.

* * *

Unos días después de la fiesta de cumpleaños, los jerarcas se dieron cuenta de que debían intensificar la guerra en las zonas rurales y que literalmente tenían que «liquidar a los kulaks como clase». Movilizaron a una policía secreta en la que la brutalidad organizada, el pillaje más cruel y el fanatismo ideológico rivalizarían para acabar con las vidas de millones de personas. La fidelidad del círculo de Stalin sería fatídicamente puesta a prueba por los rigores de la colectivización, pues todos ellos serían juzgados por su actuación en esta crisis definitiva. El veneno vertido durante aquellos meses vulneraría las amistades de Stalin, incluso su matrimonio, iniciando un proceso que culminaría en las cámaras de tortura de 1937.

---

letario del pueblo no significa ni mucho menos rebajarse al nivel de las características negativas de nuestras masas».

En la mitad de las cartas enviadas a sus hombres podemos ver cómo Stalin pierde los estribos, y en la otra mitad vemos cómo se disculpa por ello. Trataba todos los asuntos de manera personalizada: cuando Molotov volvió de una expedición en busca de grano a Ucrania, Stalin le dijo: «Podría cubrirte de besos en agradecimiento por lo que has hecho allí», afirmación que no encaja ni mucho menos con el Stalin rudo de la leyenda.

En enero de 1930, Molotov planteó acabar con los kulaks, que fueron divididos en tres categorías: «Primera categoría: ... que debe ser eliminada de inmediato»; los integrantes de la segunda debían ser encerrados en campos de concentración; y la tercera, unas ciento cincuenta mil familias, debía ser deportada. Molotov supervisó los escuadrones de la muerte, los vagones de tren y los campos de concentración como todo un general del ejército. En último término entre cinco y siete millones de personas serían incluidas en estas tres categorías. No había manera de seleccionar a un kulak: el propio Stalin se mostraba angustiado* y escribía en sus notas: «¿Qué significa *kulak*?».

Durante el año 1930-1931 cerca de 1.680.000 personas fueron deportadas al este y al norte del país. En unos meses, el plan de Stalin y Molotov había provocado dos mil doscientas sublevaciones, en las que participaron más de ochocientas mil personas. Kaganovich y Mikoyan dirigieron diversas expediciones al interior del país al frente de diversas brigadas de la OGPU y a bordo de trenes blindados, como si fueran auténticos señores de la guerra. En las cartas autógrafas de los jerarcas a Stalin resuenan los ecos de la excitación fraternal de la guerra que, en aras de la mejora del género humano, estaban librando contra unos campesinos desarmados: «Tomando todas las medidas en lo concerniente a la comida y el grano», comunicaba Mikoyan a Stalin hablando de la necesidad de acabar con los «elementos subversivos», «encontramos una gran resistencia... Necesitamos destruir esa resistencia». En el álbum de fotografías de Kaganovich, lo vemos partiendo hacia Siberia con su grupo armado de rufianes con cazadora de cuero, interrogando a los campesinos, registrando sus almiares, descubriendo depósitos de grano, deportando a los culpables y poniéndose otra vez en marcha, o adormilado entre una escaramuza y otra. «Molotov trabaja verdaderamente duro y está muy cansado», decía Mikoyan a Stalin. «La cantidad de trabajo es tan grande que se necesita una fuerza de caballo...»

Sergo y Kaganovich poseían la «fuerza de caballo» suficiente: cuando los

* Las ideas sobre los kulaks plasmadas en sus papeles son muy reveladoras. He aquí algunas de ellas: «kulaks-desertores»; y a continuación, de modo más convincente añade: «Campesinos y esclavos». Un aldeano revela cómo eran seleccionados los kulaks: «Así sin más, entre los tres, pobres campesinos de la aldea, nos reunimos en asamblea y decidimos: "Fulano tiene seis caballos...". Se lo notificamos a la GPU y ya está: A Fulano le caen cinco años». Sólo los poetas y los novelistas son verdaderamente capaces de captar la brutal alienación que se vivía en las aldeas. Entre las mejores exposiciones de esta situación está *Los cimientos* de Andrei Platonov.

jerarcas decidían hacer una cosa, se hacía de inmediato, a una escala ingente y sin tener en cuenta el gasto que pudiera comportar en vidas humanas y en recursos. «Cuando los bolcheviques queremos que algo se haga —diría más tarde Beria, un georgiano perteneciente a la policía secreta que empezaba a tener un papel cada vez más destacado—, cerramos los ojos ante todo lo demás.» Aquella cofradía de desalmados vivía en un frenesí insomne de animación y actividad, movidos por la adrenalina y por sus convicciones. Contemplándose a sí mismos como si fueran Dios en el primer día de la Creación, se entregaban a la fundación de un mundo nuevo en medio de una furia incandescente: las grandes bestias del Politburó personificaban las cualidades del buen comisario estalinista: «Entrega al Partido, moralidad intachable, alto nivel de exigencia, meticulosidad, buena salud y conocimiento de lo que se traían entre manos», pero sobre todo, como decía Stalin, debían tener «nervios de toro».

«Yo mismo tomo parte en ello —decía un joven activista, Lev Kopelev—, registrando de arriba abajo las zonas rurales en busca del grano escondido ... He vaciado las artesas de los viejos, haciendo oídos sordos al llanto de los niños y a los lamentos de las mujeres ... Estaba convencido de estar llevando a cabo la gran transformación del campo que era necesaria.»

Los campesinos creían que podrían obligar al gobierno a detenerse matando su ganado: el hecho de que un campesino pueda llegar a matar a sus animales, acto equivalente en nuestro mundo a prender fuego a la propia casa, nos da una idea del alcance de su desesperación: más de veintiséis millones y medio de cabezas de ganado fueron sacrificadas, y casi quince millones y medio de caballos. El 16 de enero de 1930, el gobierno decretó que si un kulak mataba una res, sus bienes podían ser confiscados. Si los campesinos creían que los bolcheviques iban a sentirse obligados a alimentarlos, estaban muy equivocados.[1]

A medida que la crisis se agravaba, hasta los hombres más incondicionales de Stalin protestaron por la forma de arrancar el grano a los campesinos, sobre todo en Ucrania y el norte del Cáucaso. Stalin los reñía, pero aunque muchos de ellos eran veinte años más jóvenes que él, respondían de manera airada y amenazando con presentar la dimisión. Stalin se vería obligado en todo momento a templar gaitas. Andrei Andreyev, de treinta y cinco años, máximo dirigente del norte del Cáucaso, tenía una gran intimidad con Stalin (su esposa, Dora, era la mejor amiga de Nadia). No obstante, comentó que lo que exigía Stalin era imposible: necesitaba por lo menos cinco años. Primero Molotov intentó darle ánimos:

«Querido Andreievich, recibí tu carta acerca de los abastecimientos de grano. Veo que te cuesta mucho trabajo. Veo además que los kulaks utilizan nuevos métodos de lucha contra nosotros. Pero espero que podamos partirles el espinazo ... Te mando saludos y mis mejores deseos ... PS: Acaba pronto para venirte a Crimea de vacaciones.»[2] Más tarde Stalin, agotado de tanto tra-

bajar, perdió los estribos con Andreyev, que estuvo poniendo caras largas hasta que el Vozhd le pidió disculpas:

«Camarada Andreyev: No es que crea que no haces nada en el terreno del abastecimiento de grano. Pero los suministros de grano del norte del Cáucaso nos hieren como una navaja y se necesitan medidas para reforzar el proceso. Recuerda, por favor, que cada nuevo millón de puds* es valiosísimo para nosotros. Por favor, no lo olvides, tenemos muy poco tiempo. Así que, a trabajar. Saludos comunistas de Stalin.» Pero Andreyev seguía molesto, por lo que Stalin le envió otra carta, esta vez utilizando su nombre en diminutivo y apelando a su honor de bolchevique:

«Hola Andryusha: Llevo retraso. No te enfades. En cuanto a la estrategia ... retiro lo que dije. Me gustaría subrayar una vez más que se debe confiar en las personas cercanas y que éstas deben ser honradas hasta el final. Hablo de aquellos de entre nosotros que ocupan los puestos más elevados. Sin ellos, nuestro Partido se viene evidentemente abajo. Un apretón de manos. I. Stalin.» El Vozhd se veía obligado con frecuencia a retirar sus palabras.[3]

* * *

El fundamento del poder de Stalin dentro del Partido no era el miedo, sino el encanto. Stalin dominaba la voluntad de sus jerarcas, pero además éstos solían considerar sus medidas apropiadas. Era más viejo que todos, a excepción del presidente Kalinin, pero ellos lo trataban sin empacho de tú. Voroshilov, Molotov y Sergo lo llamaban «Koba». A veces se tomaban incluso demasiadas confianzas: Mikoyan, que lo llamaba «Soso», se despedía en una carta en los siguientes términos: «¡No seas perezoso y escríbeme!». En 1930, todos estos jerarcas, y en especial el carismático y fiero Sergo Ordzhonikidze, eran sus aliados, no sus protegidos, y todos ellos eran capaces de emprender acciones independientes. Había amistades muy estrechas que presagiaban posibles alianzas contra Stalin: Sergo y Kaganovich, los dos dirigentes más duros, eran íntimos amigos. Voroshilov, Mikoyan y Molotov con frecuencia estaban en desacuerdo con Stalin.[4] Su dilema radicaba en que era el jefe de un partido sin *Führerprinzip*, y a la vez el gobernante de un país acostumbrado a la autocracia zarista.

Stalin no era el burócrata frío que Trotski quería que fuera. Desde luego no cabe duda de que era un organizador de talento. «Nunca improvisaba», sino que «tomaba todas sus decisiones sopesándolas cuidadosamente». Era capaz de trabajar durante horas y horas, hasta dieciséis al día. Pero la nueva documentación confirma que su verdadero genio estribaba en algo completamente distinto y

* Pud: antigua medida de peso rusa usada en el comercio de cereal. 1 pud equivale a 16,38 kg. *(N. del t.)*

sorprendente: «era capaz de encantar a la gente». Era lo que ahora se llama una «personalidad con don de gentes». Aunque por una parte era incapaz de tener verdadera empatía, por otra era un maestro de la amistad. Constantemente perdía los estribos, pero cuando se decidía a encantar a una persona, era irresistible.

La cara de Stalin era «expresiva y móvil», sus movimientos felinos «ágiles y graciosos», y rebosaba energía sensible. Todo el que lo veía una vez «estaba ansioso por volver a verlo», pues «creaba una sensación de que existía un vínculo que unía a las personas para siempre». Artiom afirma que hacía que «los niños nos sintiéramos como adultos y nos creyéramos importantes». Los visitantes quedaban impresionados por su modestia silenciosa, su forma de chupar la pipa, su serenidad. Cuando el futuro mariscal Zhukov lo vio por primera vez, no pudo dormir: «La apariencia de I. V. Stalin, su voz tranquila, la concreción y profundidad de sus juicios, la atención con la que escuchó el informe me causó una gran impresión». Sudoplatov, integrante de la Cheka, pensaba que «costaba trabajo imaginar que un hombre así pudiera engañarte, sus reacciones eran tan naturales, sin que diera la menor sensación de estar posando»; pero también notó «cierta dureza ... que no ... ocultaba».

A los ojos de aquellos toscos bolcheviques de provincias, su forma simple, tranquila, de hablar en público constituía un valor, una gran mejora frente a la magia retórica de Trotski. La falta de suavidad de Stalin, su antioratoria, inspiraba confianza. Incluso sus defectos, su resentimiento, la brutalidad y los arrebatos de furia irracional, eran los defectos del Partido. «No inspiraba confianza, pero era el hombre en el que confiaba el Partido», reconocería Bujarin. «Es como un símbolo del Partido, los estratos más bajos confían en él».[5] Pero sobre todo, señalaba el futuro jefe de la policía secreta, Beria, era «inteligente en grado sumo», un «genio» político. Por zafio o encantador que fuera, «dominaba a cuantos lo rodeaban con su inteligencia».

No se limitaba a socializar con los jerarcas: también dispensaba su patrocinio a los activistas más jóvenes, buscando ayudantes más firmes, más leales y más infatigables. Era accesible en todo momento: «Estoy dispuesto a ayudarte y a recibirte», solía responder ante cualquier solicitud.[6] Los agentes del Partido tenían acceso directo a Stalin. Los que estaban por debajo de él lo llamaban a sus espaldas el *Jozyain*, que suele traducirse por «el jefe», pero que significa mucho más que eso: «el amo». Nicolás II se llamaba a sí mismo «*jozyain* de las tierras de Rusia». Cuando Stalin oía a alguien utilizar semejante vocablo, se mostraba «visiblemente irritado» por la mística feudal que encerraba: «Suena a terrateniente rico del Asia central. ¡Puaf!».[7]

Sus jerarcas veían en él a su patrón, pero él se veía a sí mismo como mucho más que eso. «Sé que estás diabólicamente ocupado —le decía Molotov en una carta enviada con motivo de su cumpleaños—, pero te mando un apretón de manos por tus cincuenta años ... Debo decir que en mi labor personal te debo mucho...»[8] Todos le debían mucho. Pero Stalin veía en su papel una mezcla de

caballerosidad artúrica y de santidad cristiana: «No debéis abrigar la menor duda, camaradas, estoy dispuesto a dedicar a la causa de la clase trabajadora ... todas mis fuerzas, todas mis capacidades, y, si es necesario, toda mi sangre, hasta la última gota», escribía dando las gracias al Partido por nombrarlo su líder. «Vuestras felicitaciones las pongo a la cuenta del gran Partido ... que me engendró y me crió a su imagen y semejanza.» Así era como se veía a sí mismo.[9]

No obstante, aquel hombre ungido por su propia mano como héroe mesiánico trabajaba duro para envolver a sus protegidos en un abrazo irresistible de intimidad populachera que convenciera a cada uno de ellos de que no había otro en quien confiara más. Stalin era mercurial, pero distaba mucho de ser un zángano carente de sentido del humor: era sociable y divertido, aunque absorbente hasta la extenuación. «¡Era tan gracioso!», recuerda Artiom. Según el comunista yugoslavo Milovan Djilas, «su humor insolente ... tosco» era «malicioso» y «golfo», pero «no le faltaba por completo finura y profundidad», aunque no dejaba nunca de ser macabro. Su ingenio seco era agudo, si bien no puede decirse que fuera un Oscar Wilde. En una ocasión Kozlovski, el tenor de la corte, actuó en el Kremlin y el Politburó empezó a pedirle que cantara una determinada canción.

—No presionéis al camarada Kozlovski —terció Stalin con toda tranquilidad—. Dejadle que cante lo que quiera. —Hizo una pausa y añadió—: Y me parece que quiere cantar el aria de Lensky de *Eugenio Onegin*.

Todo el mundo se echó a reír y Kozlovski cantó obedientemente el aria indicada.*

Cuando nombró a Isakov comisario naval, el almirante replicó que iba a ser muy difícil para él, pues sólo tenía una pierna. Como la marina había sido «dirigida por hombres sin cabeza, una sola pierna no será ningún obstáculo», comentó Stalin. Era particularmente aficionado a burlarse de las pretensiones de la casta dirigente: cuando aterrizó en su escritorio una lista de tediosos personajes a los que se recomendaba conceder una medalla, escribió simplemente sobre el papel: «¡Estos mierdas reciben la Orden de Lenin!».

Le gustaban las bromas. Durante la invasión de Etiopía por los italianos, ordenó a sus guardaespaldas que le pusieran «¡de una vez al teléfono con Ras Kassa!». Cuando al cabo de un rato volvió un joven guardia «medio muerto de miedo» a decirle que no podía localizar a aquel cabecilla de los montañeses abisinios, Stalin se echó a reír diciendo:

—¡Y tú trabajas en la seguridad!

* En el Bolshoi, Kozlovski perdió repentinamente la voz cantando *Rigoletto*. El tenor dirigió la vista lleno de desesperación al palco de Stalin, e indicó con la mano su garganta. Con la velocidad del rayo, Stalin, sin decir palabra, señaló al lado izquierdo de su guerrera, en la que se cuelgan las medallas y las condecoraciones e hizo un gesto como si dibujara una medalla. Kozlovski recuperó la voz de inmediato. Y consiguió la medalla.

Era capaz de responder con mordacidad. En una ocasión en que Zinoviev lo acusó de ingratitud, replicó:

—La gratitud es una enfermedad del perro.[10]

Stalin «lo sabía todo acerca de sus camaradas más cercanos. ¡TODO!», subraya la hija de uno de ellos, Natasha Andreyeva. Velaba por sus protegidos, los educaba, los llevaba a Moscú y se tomaba muchísimas molestias por ellos: promovió a Mikoyan, pero dijo a Bujarin y a Molotov que, en su opinión, el armenio era «todavía un novato en política ... Si crece, mejorará».[11] El Politburó estaba lleno de egomaníacos tremendos, como Sergo Ordzhonikidze: Stalin era propenso a halagarlos, encantarlos, manipularlos e intimidarlos para que hicieran lo que les mandara. Cuando hizo venir del Cáucaso a dos de sus hombres más capacitados, Sergo y Mikoyan, discutieron con él y también uno con otro, pero la paciencia de Stalin a la hora de apaciguarlos (y atormentarlos) fue infinita.[12]

Stalin supervisaba personalmente la vida de todos ellos. En 1913, cuando fue a Viena con los Troyanovski, regaló a la hija de éstos una bolsa de golosinas cada día. Pidió entonces a la madre de la criatura que le dijera con quién se habría ido la niña si la llamaban. Hicieron la prueba y vieron que corría hacia Stalin con la esperanza de que le diera más golosinas. Aquel cínico idealista utilizaba esos mismos incentivos en el Politburó. Cuando Mikoyan se trasladó a Moscú, Stalin le prestó su piso, y en vista de que le gustó tanto el lugar, se lo cedió. Cuando Beria, joven y provinciano, visitó Moscú con motivo del XVII Congreso, Stalin acompañó personalmente a la cama a su hijo de diez años en Zubalovo.[13] Y cuando entraba en los pisos de los miembros del Politburó, Maya Kaganovich recuerda que insistía en que encendieran el fuego. «Ningún detalle es demasiado pequeño.»[14] Cada regalo que hacía se ajustaba perfectamente a su destinatario: regaló a su *sabreur* cosaco Budionni unas espadas con inscripciones grabadas en la hoja. Repartía personalmente los coches y los aparatos más modernos.* En los archivos de los manuscritos de Stalin hay una lista en la que se recoge la asignación de coches a cada dirigente: sus esposas e hijas le envían cartas de agradecimiento.

* Kirov, su máximo dirigente en Leningrado, vivía en un piso enorme que contenía una cantidad increíble de aparatos modernísimos. En primer lugar tenía un modelo de frigorífico norteamericano nuevo —un General Electric— del que sólo se importaron diez unidades a la URSS. Particularmente apreciados eran los gramófonos norteamericanos: en el piso había una «radiola» a través de la cual Kirov podía escuchar el Ballet Mariinski desde su casa; había también un «petiphone», un gramófono amortiguado sin altavoz, y otro con altavoz, y además una radio de lámparas. Cuando llegó a Moscú la primera televisión, poco antes de que empezara la guerra, los Mikoyan recibieron aquel extraño aparato que reflejaba la imagen en un cristal que sobresalía en un ángulo de cuarenta y cinco grados. En cuanto a Budionni, Stalin escribiría: «Te regalé una espada, pero no era muy bonita, así que he decidido mandarte otra con una inscripción. Va de camino».

Estaba luego la cuestión del dinero: aquellos magnates iban con frecuencia escasos de numerario debido a que los sueldos se pagaban sobre la base del «máximo del Partido», lo que significaba que un «trabajador responsable» no podía cobrar más que el trabajador mejor pagado. Incluso antes de que Stalin aboliera esta norma en 1934, había maneras de saltársela. A todos los dirigentes se les entregaban cestas de comida de la cantina del Kremlin y raciones especiales de alimentos de los almacenes del GORT (gobierno). Pero recibían además *pakets*, donaciones secretas de dinero, como bonos bancarios y cantidades en metálico, metidas en sobres de color marrón, y cupones para las vacaciones. Las sumas que se debían repartir las decidían nominalmente el presidente Kalinin y el secretario del Comité Ejecutivo Central, el intendente de todos los buenos chicos, Yenukidze, pero Stalin mostró siempre gran interés por esos *pakets*. En los archivos podemos comprobar las cantidades entregadas en una lista cuyo epígrafe dice «Donaciones en metálico de los fondos del Presídium para un grupo de trabajadores responsables y miembros de sus familias». Y podemos ver el comentario que añadió de su puño y letra: «¡Qué cantidades tan interesantes!».[15] Cuando se enteraba de que sus hombres andaban escasos de dinero, intervenía en secreto para ayudarlos, proporcionando, por ejemplo, derechos de autor a su principal secretario, Tovstuja. Escribió al jefe de publicaciones diciendo que si Tovstuja negaba estar sin blanca, no lo creyera: «Mentiría. Su situación monetaria es desesperada». Suele creerse que es una ironía decir que los miembros de la élite soviética constituían una «aristocracia», pero se parecían más bien a una nobleza de servidores feudales cuyos privilegios dependían por completo de su lealtad al señor.

Precisamente cuando aquellos potentados habrían tenido que ser más duros que nunca, algunos empezaron a volverse blandos y decadentes, en especial aquellos que tenían acceso a los lujos, como Yenukidze y el jefe de la policía secreta Yagoda. Además, los máximos dirigentes regionales crearon cada uno su propio séquito y se hicieron tan poderosos que Stalin los llamaba «grandes duques». En cualquier caso no había ningún «príncipe» del Partido tan generoso como él, patrono de patronos.

El Partido no era sólo un conjunto de grupos dedicados a promocionar a sus miembros, era casi un negocio familiar. Había clanes enteros que formaban parte de la cúpula dirigente: Kaganovich era el más joven de cinco hermanos, tres de los cuales eran bolcheviques encumbrados. La familia política de Stalin ocupaba también cargos oficiales de alto rango. Los dos hermanos de Sergo eran bolcheviques de la máxima relevancia en el Cáucaso, donde la unidad familiar constituía toda una norma. Había además una red de matrimonios cruzados* que complicaría aún más las relaciones de poder y que tendría resul-

* Por ejemplo, la mujer de Kamenev era hermana de Trotski; Yagoda estaba casado con una mujer de la familia Sverdlov; Poskrebishev, el secretario de Stalin, estaba casado con la herma-

tados fatales: cuando caía un líder, todos las personas vinculadas con él desaparecían en el abismo, como escaladores atados a una misma cuerda.[16]

El espinazo de los campesinos, según la espeluznante frase de Stalin y Molotov, acabó efectivamente roto, pero la envergadura que llegó a alcanzar la lucha sorprendió incluso a sus partidarios más acérrimos. A mediados de febrero de 1930, Sergo y Kalinin realizaron un viaje de inspección por el campo y regresaron pidiendo que se parara de una vez aquello. Sergo, que en su calidad de jefe de la Comisión de Control del Partido había orquestado la campaña contra los derechistas, ordenó que se dejara de «socializar» el ganado en Ucrania.

Stalin había perdido el control. El gran estratega tuvo que inclinarse ante los jerarcas y accedió a retirarse, en un gesto de prudencia lleno de resentimiento. El 2 de marzo escribió su famoso artículo «Ebrios de éxito», en el que reclamaba para sí el éxito y echaba la culpa de los errores a las autoridades locales, circunstancia que alivió la situación* en las aldeas.[17]

Stalin había pensado que sus aliados formaban su «círculo más íntimo» de «amigos», una hermandad «construida históricamente en la lucha contra ... el oportunismo» de Trotski y Bujarin. Pero en aquellos momentos tuvo la sensación de que el Politburó estaba lleno de dudas y deslealtad, pues la «revolución de Stalin» había convertido las zonas rurales en una pesadilla imposible.[18] Incluso en las épocas más tormentosas, las reuniones del Politburó, celebradas todos los jueves a mediodía en el palacio Amarillo alrededor de dos mesas enfrentadas en la sala del Sovnarkom, cuyas paredes estaban cubiertas de mapas, podían resultar curiosamente entretenidas.[19] Stalin nunca presidió el Politburó, dejando ese cometido en manos del primer ministro Rikov. Se guardó siempre mucho, según Mikoyan, de ser el primero en hablar, de modo que nadie se sintiera coartado por sus opiniones antes de haber expresado cada uno la suya.[20]

Durante aquellas reuniones todo el mundo pintarrajeaba montones de papeles. Antes de perder su puesto, Bujarin se dedicaba a hacer caricaturas de todos los líderes, a menudo en posturas ridículas, en visible estado de erección o vestidos con uniformes zaristas. Todos gastaban bromas a Voroshilov por su vanidad y estupidez, aunque aquel héroe de la guerra civil era uno de los aliados más estrechos de Stalin. «¡Eh, amigo!», solía llamarlo éste cariñosamente. «¡Qué lástima que no estés en Moscú! ¿Cuándo vas a venir?»

A ninguno de ellos le gustaban los uniformes tanto como a Voroshilov, que era «vanidoso como una mujer». Aquel *boulevardier* proletario, que utilizaba pantalones blancos de franela para andar por su suntuosa dacha y trajes blancos para jugar al tenis, era un epicúreo jovial, «afable y amante de la diver-

na de la nuera de Trotski. Dos destacados estalinistas, Shcherbakov y Zhdanov, eran cuñados. Más tarde, los hijos de los miembros del Politburó se casarían entre ellos.

* En la novela de Sholojov *Campos roturados*, los cosacos ponen fin a su sublevación cuando lo leen. Pero se van también de la granja colectiva.

sión, aficionado a la música, las fiestas y la literatura», al que gustaba la compañía de actores y escritores. En una ocasión, al enterarse de que llevaba la bufanda de su esposa debido a un resfriado en pleno verano, Stalin comentó en tono jocoso: «Naturalmente se quiere tanto que se ocupa mucho de sí mismo. ¡Jaja! ¡Incluso hace ejercicio!» Siendo como era «evidentemente estúpido», a Voroshilov casi siempre le tocaba bailar con la más fea.

Originalmente un obrero de la ciudad de Lugansk (rebautizada Voroshilov), como muchos colaboradores de Stalin apenas había asistido dos cursos completos a la escuela. Militante del Partido desde 1903, Klim había compartido habitación con Stalin en Estocolmo en 1906, pero donde se hicieron amigos fue en Tsaritsin. Desde aquel momento Stalin apoyaría a aquel «general en jefe sacado del torno» hasta convertirlo en comisario de Defensa en 1925. Totalmente fuera de lugar, Voroshilov odiaba a cualquiera que tuviese una mentalidad militar más sofisticada que la suya, con el complejo de inferioridad característico de los miembros del círculo de Stalin y que constituía una de sus principales motivaciones. Desde que se dedicara a distribuir el correo a caballo entre los mineros de Lugansk, se encontraba más en su elemento tratando con bestias que con máquinas.

Calificado habitualmente de cobarde llorica delante de su amo, había flirteado con los opositores de éste y era perfectamente capaz de perder los estribos con Stalin, al que trató siempre como a un viejo camarada. Era ligeramente más joven que Koba y siguió llamando al pan pan y al vino vino incluso después del Gran Terror. Rubio, de mejillas sonrosadas, ojos cálidos y chispeantes, de carácter amable: el valor de aquel *beau sabreur* no tenía igual. Pero por detrás de aquella afabilidad de ángel, había algo mezquino que revelaba un carácter petulante, una crueldad vengativa, y un gusto por las soluciones violentas.* Una vez convencido de una cosa, políticamente se caracterizaba por su «estrechez de miras», exigiendo que se cumplieran sus órdenes con obediencia ciega.

La adoración que le tenía la gente sólo cedía ante la que inspiraba Stalin: incluso en Occidente el novelista Denis Wheatley publicó un panegírico titulado *The Red Eagle*, «la asombrosa historia del niño minero que derrotó al ejército profesional de tres países y ahora es el señor de la guerra en Rusia».[21]

En una nota que hizo circular por toda la mesa, Voroshilov escribió: «No puedo pronunciar el discurso ante los freneros porque me duele la cabeza».

—Para relevar a Voroshilov sugiero a Rudzutak —contestó Stalin, proponiendo a otro miembro del Politburó.

* «Ya conoces a Marapultsa», escribía Voroshilov a Stalin en octubre de 1930. «Fue condenado a cinco años... Creo que estarás de acuerdo conmigo en que la sentencia fue justa.» En otra ocasión apeló a Stalin en defensa de un «medio lunático» al que conocía desde 1911 y que recientemente había sido encarcelado. «¿Qué es lo que quiero que hagas? Casi nada... nada más que tengas en cuenta por un instante la eliminación de Minin y decidas qué hacer con él...»

Pero Voroshilov no se libraría con tanta facilidad: Rudzutak se negó, por lo que Kalinin propuso sustituirlo, siempre y cuando Voroshilov pronunciara el discurso.

«¡En contra!», votó Voroshilov y a modo de firma añadió: «Voroshilov, que tiene dolor de cabeza y no puede hablar».[22]

Si Stalin aprobaba el discurso de un líder, le enviaba lleno de entusiasmo una nota escatológica: «¡Un líder mundial! ¡QUE SE JODA! He leído tu informe. Criticabas a todo el mundo. ¡Que se jodan!», decía en tono elogioso a Voroshilov,[23] quien, deseoso de más alabanzas, preguntaba:

«Dímelo con más claridad. ¿He fallado en un 100 por 100 o sólo en un 75 por 100?»

Stalin le respondía con su estilo inimitable: «Era un buen... informe. Les has dado por culo a Hoover, Chamberlain y Bujarin. Stalin».[24]

También se tomaban decisiones sobre cuestiones serias: durante una discusión de los presupuestos, Stalin conminó verbalmente a Voroshilov a que defendiera su departamento: «¡Te están robando y tú callas!». Cuando sus colegas reanudaron la discusión sobre un punto que Stalin creía ya resuelto, recibieron la siguiente nota que circuló por toda la mesa: «¿Qué significa esto? Ayer acordamos una cosa en lo tocante al discurso y hoy otra. ¡Qué desorganización! Stalin». Los nombramientos también se hacían de ese modo. El tono de la discusión solía ser de broma. Voroshilov deseaba ir a inspeccionar al ejército de Asia central:

«Koba, ¿puedo ir? ... Dicen que los tenemos olvidados». «Inglaterra se quejará y dirá que Voroshilov ha ido hasta allí para atacar la India», contestó Stalin, que deseaba evitar todo tipo de enredos con el extranjero mientras llevara a cabo la industrialización de Rusia.

«Me estaré más callado que un ratón», insistió Voroshilov. «Será peor. Se enterarán y saldrán diciendo que Voroshilov se presentó en secreto con propósitos criminales», contestó Stalin.

Cuando se puso a Mikoyan al frente de Comercio, Voroshilov preguntó: «Koba, ¿debemos darle Pesca a Mikoyan? ¿Lo haría?».[25] Los miembros del Politburó a menudo regateaban por la obtención de los nombramientos. De ahí que Voroshilov propusiera a Kuibishev: «Primero pensaba apoyar la candidatura de Piatakov en conversación con Molotov y Kaganovich, y te propondré a ti como segundo...».[26]

Las sesiones del Politburó podían durar horas, acabando incluso con el aguante de Stalin:

«Escucha —escribió a Voroshilov durante una sesión—, retrasémoslo hasta el miércoles por la noche. Hoy no puede ser. Ya son las cuatro y media y todavía tenemos por delante tres grandes cuestiones ... Stalin.» A veces escribía lleno de agotamiento notas como ésta: «Los asuntos militares son tan serios que deberían ser discutidos con seriedad, pero mi cabeza no está en condiciones de trabajar hoy en serio».[27]

No obstante, Stalin se dio cuenta de que el Politburó podía unirse con toda facilidad y destituirlo. Rikov, el primer ministro, perteneciente al ala derecha, no creía en sus planes, y hasta Kalinin empezaba a vacilar. Sabía que podía ser derrotado en cualquier votación o incluso derrocado.*[28] La nueva documentación ha permitido saber cuán abiertamente discutió Kalinin con Stalin.

«¿Defiendes a los kulaks?», garabateó Stalin en un papel que pasó a través de la mesa hasta «Papá» Kalinin, aquel antiguo labrador de maneras afables, gafas redondas, perilla y bigotes caídos.

«No a los kulaks —respondió Kalinin en otra nota—, sino a los campesinos que comercian con su producción.»

«¿Acaso te olvidas de los más pobres? —replicó a su vez Stalin—. ¿No tienes en cuenta al campesinado ruso?»

«Los de mediana condición son todo lo rusos que quieras, ¿pero qué pasa con los no rusos? Ésos son los más pobres», contestó Kalinin.

«¡Ahora te comportas como si fueras el presidente de Bashkiria, no el de Rusia!», protestó Stalin.

«¡Esto no es una discusión, es una maldición!»[29]

La maldición de Stalin recayó sobre todos aquellos que se opusieron a él durante esta gran crisis. Nunca perdonó la traición de Kalinin. Cualquier crítica se convertía en una batalla por la supervivencia, en una contraposición pecado-virtud, salud-enfermedad, para aquel egotista susceptible y neurótico obsesionado con su misión mesiánica. Durante aquellos meses, meditó acerca de la deslealtad de los que le rodeaban, pues su familia y sus aliados políticos se mezclaban unos con otros. Tenía buenas razones para sentirse paranoico. En realidad, los bolcheviques creían que la paranoia, que ellos llamaban «vigilancia», era una obligación casi religiosa. Más tarde Stalin hablaría en privado acerca del «temor sacro» que hasta a él mismo lo hacía mantenerse alerta.

Su paranoia formaba parte de un círculo vicioso personal que acabaría siendo fatal para muchas de las personas que lo conocían, pero era comprensible. Sus medidas políticas radicales dieron lugar a represiones exageradas, que a su vez dieron lugar a la oposición que más temía. Sus reacciones desequilibradas produjeron un mundo que tenía buenos motivos para temer. En público reaccionaba ante todo ello con un humor seco y una tranquilidad modesta, pero se han encontrado numerosos testimonios de sus reacciones histéricas en privado. «No podéis hacerme callar ni obligarme a guardarme mi opinión

* Los miembros del Politburó a menudo estaban en desacuerdo con él; así ocurría indudablemente en cuestiones intrascendentes, como en una discusión acerca de la escuela militar del Kremlin: «Parece que después de las objeciones presentadas por el camarada Kalinin y otros (sé que también otros miembros del Politburó se oponen), podemos perdonarlos, pues no se trata de una cuestión importante», escribiría Stalin a Voroshilov. Tras derrotar a Bujarin en 1929, Stalin quiso nombrarlo comisario de Educación, pero, según le dijo Voroshilov a Sergo en una carta, «formamos una mayoría unida y rechazamos la propuesta (contra el parecer de Koba)».

—escribía Stalin a Voroshilov durante las luchas contra los derechistas—, pero decís que siempre quiero enmendarle la plana a todo el mundo. ¿Cuándo acabarán todos esos ataques contra mí? Stalin.»[30] Esta actitud afectaba también a su familia. Una de sus cartas a Nadia se perdió. Stalin estaba obsesionado con el secreto de su correspondencia y sus planes de viaje. Impulsivamente echó la culpa del incidente a su suegra, pero Nadia salió en su defensa: «Has acusado injustamente a Mamá. Y resulta que la carta nunca fue entregada a nadie ... Mamá está ahora en Tiflis».[31]

Nadia se reía de que los estudiantes de la Academia fueran divididos en «kulaks, campesinos medios y campesinos pobres», pero en realidad estaba gastando bromas con el exterminio de más de un millón de mujeres y niños inocentes. Hay pruebas de que Nadia pasó tranquilamente a Stalin información acerca de sus enemigos, pero las cosas habían empezado a cambiar. La lucha en las zonas rurales había dividido a los amigos de la pareja: sus adorados Bujarin y Yenukidze confiaron a Nadia sus dudas. «Mis compañeros de estudios ... me consideran derechista», bromeaba con Stalin, al que seguramente habría molestado que atacaran a su mujer en una época en la que él mismo empezaba a pisar terreno inseguro.[32]

* * *

Durante las vacaciones en el sur, Stalin se enteró de que Riutin, un bolchevique de la vieja guardia a cuyo cargo había estado la industria del cine, intentaba crear una oposición con el fin de destituirlo. El 13 de septiembre reaccionó con rapidez y dijo en una carta a Molotov: «Por lo que respecta a Riutin, parece que es imposible limitarnos a expulsarlo del Partido ... Habrá que expulsarlo a algún sitio lo más apartado posible de Moscú. Esa escoria contrarrevolucionaria* debería ser desarmada por completo».[33] Al mismo tiempo, Stalin dispuso la celebración de juicios amañados y se inventó una serie de «conspiraciones» organizadas por los llamados «elementos subversivos». Stalin aceleró el ritmo de la colectivización y de la carrera hacia la industrialización. A medida que se agravaba la tensión, avivaba el ambiente combativo inventándose nuevos enemigos para intimidar a los verdaderos opositores que tenía dentro del Partido y entre los técnicos y los expertos que afirmaban que las cosas no podían seguir así.

Stalin ordenó furiosamente a Molotov que publicara de inmediato todos los testimonios relativos a los «saboteadores» y que luego, «al cabo de una semana, anuncia que todos aquellos canallas serán ejecutados por un pelotón de fusilamiento. Hay que fusilarlos a todos».[34]

Pasó entonces a atacar a los derechistas que había en el gobierno. Ordenó emprender una campaña contra la especulación monetaria, de la que echó la cul-

* *Nechist* es un término que designa a un diablo inmundo del folclore campesino.

pa a los comisarios de Finanzas de Rikov, Piatakov y Briujanov, esos «comunistas dudosos». Stalin quería sangre y ordenó al jefe de la OGPU, el cultísimo Menzhinsky, que detuviera a más elementos subversivos. Dijo a Molotov que fusilara a «dos o tres docenas de saboteadores infiltrados en esos despachos».[35]

Stalin hizo un chiste al respecto en el Politburó. Cuando los demás líderes criticaron a Briujanov, Stalin mandó una nota a Valeri Mezhlauk, que presentó un informe en nombre del Gosplan, la agencia encargada de la planificación económica:

«Por todos los pecados nuevos, presentes y futuros, que lo cuelguen de las pelotas; y si las tiene lo bastante fuertes y no se le rompen, que le perdonen y piensen que tiene razón, pero si se le rompen, que lo tiren al río». Mezhlauk era además un consumado caricaturista e hizo un dibujo de aquella curiosa tortura, sin dejar de pintar los testículos y todo lo demás.[36] Indudablemente todo el mundo prorrumpió en sonoras carcajadas. En cuanto a Briujanov, fue destituido y posteriormente eliminado.

El verano de 1930, mientras que el XVI Congreso coronaba a Stalin como líder, Nadia padeció una grave enfermedad, hasta el punto de que su marido la envió a Karlsbad para que recibiera los mejores tratamientos médicos y a Berlín para que visitara a su hermano Pavel y a su cuñada Zhenia. Los problemas médicos de Nadia eran bastante complejos, misteriosos y probablemente psicosomáticos. Su historial clínico, conservado por Stalin, revela que en varias ocasiones sufrió «dolores abdominales agudos», causados quizá por el aborto que había tenido años antes. Estaban además los dolores de cabeza, las fortísimas migrañas, que tal vez fueran un síntoma de sinostosis, una enfermedad consistente en la fusión de los huesos craneales, o que podrían ser causadas simplemente por la anterior tensión nerviosa sufrida a raíz de la guerra interna que asoló la URSS. Aunque estaba ocupadísimo organizando el congreso y combatiendo a sus enemigos en las zonas rurales y en el Politburó, Stalin nunca se mostró más tierno con ella.

4

Hambruna y escenarios campestres: Stalin los fines de semana

«¡Tatka! ¿Qué tal ha sido el viaje? ¿Qué has visto? ¿Te han visto los médicos? ¿Qué te han dicho de tu salud? Escríbeme y cuéntamelo», decía Stalin en una carta el 21 de junio. «Inauguramos el congreso el día 26 ... Las cosas no van demasiado mal. Te echo de menos ... Vuelve pronto. Muchos besos.» Y en cuanto acabó el congreso, escribió diciendo: «¡Tatka! Ya he recibido las tres cartas. No pude contestarte, pues estuve muy ocupado. Ahora por fin estoy libre ... No tardes mucho en volver. Pero quédate allí el tiempo que haga falta para que mejores ... Muchos besos».[1]

* * *

Durante el verano Stalin, con el apoyo del formidable Sergo, amañó una de sus conspiraciones ficticias, la del llamado «Partido Industrial», para implicar al presidente Kalinin, y parece que utilizó pruebas de que «Papá», hombre aficionado a las mujeres, despilfarraba los fondos del Estado con una bailarina. El presidente se vio obligado a suplicar que lo perdonaran.[2]

Stalin y Menzhinsky permanecieron en comunicación constante acerca de otras conspiraciones. Stalin estaba descontento de la fidelidad del ejército rojo. La OGPU obligó a dos oficiales a testificar contra el jefe del Estado Mayor, Tujachevski, aquel oficial de talento y valeroso que había sido el enemigo más encarnizado de Stalin desde los tiempos de la guerra de Polonia de 1920. Tujachevski se había atraído el odio de los oficiales menos cultos, que se quejaron a Voroshilov de que aquel arrogante general «se ríe de nosotros» con sus «aparatosos planes». Stalin admitía que eran «fantásticos» y tan ambiciosos que eran casi contrarrevolucionarios.[3]

De los interrogatorios de la OGPU se deducía que Tujachevski planeaba dar un golpe contra el Politburó. En 1930 semejante acusación resultaba de-

masiado descabellada incluso para los bolcheviques. Stalin, que todavía no había sido nombrado dictador, tanteó a su poderoso aliado Sergo: «Sólo Molotov, yo y ahora tú, estamos al corriente... ¿Será posible? ¡Menudo negocio! Discútelo con Molotov...» No obstante, Sergo no llegaría tan lejos. En 1930 no se produjo ni la detención ni el juicio de Tujachevski: resultó que el general estaba «100 por 100 limpio», escribiría hipócritamente a Molotov en el mes de octubre: «¡Cuánto me alegro!».[4] Resulta curioso comprobar que siete años antes del Gran Terror, Stalin intentó verter sobre sus futuras víctimas las mismas acusaciones de las que luego les haría objeto —en una especie de ensayo general de lo que ocurriría en 1937—, pero no consiguió apoyo suficiente.[5] Los archivos revelan una secuela interesantísima: en cuanto se dio cuenta de la ambiciosa modernidad de la estrategia de Tujachevski, Stalin se disculpó con él: «Ahora la cuestión la tengo más clara, y debo reconocer que mi comentario fue demasiado fuerte y mis conclusiones absolutamente desacertadas».[6]

* * *

Nadia regresó de Karlsbad y se reunió con Stalin para pasar juntos las vacaciones. Ocupado en pensar la forma de meter en cintura a Rikov y Kalinin, Stalin no hizo que Nadia se sintiera bienvenida. «No tuve la sensación de que quisieras que prolongara mi estancia, muy al contrario», le diría Nadia en una carta. Decidió, por lo tanto, volver a Moscú, donde los Molotov, los correveidiles en todo momento del Kremlin, la «regañaron» por «haberte dejado», como haría saber llena de indignación a Stalin. Éste se enfadó con los Molotov y se molestó con la sensación que había tenido Nadia de no ser bien recibida:

«Dile a Molotov que se equivoca. Venirte con reproches y hacer que te molestes conmigo sólo puede hacerlo alguien que no sepa lo que me traigo entre manos.»[7] Nadia oyó entonces decir a su padrino que Stalin iba a retrasar su regreso hasta el mes de octubre. Stalin le explicaría que no había dicho la verdad a Yenukidze para confundir a sus enemigos:

«Tatka, yo mismo he hecho correr el rumor ... para guardar el secreto. Sólo mi Tatka, Molotov y quizá Sergo conocen la fecha de mi llegada.»[8]

Tras su acercamiento a Molotov y Sergo, Stalin dejaría de confiar en uno de sus amigos más íntimos, que simpatizaba con los derechistas: en el padrino de Nadia, el «tío Abel» Yenukidze. Apodado «Tonton», aquel veterano conspirador de cincuenta y tres años, dos más que Stalin, conocía a Koba y a los Alliluyev desde comienzos de siglo. Antiguo seminarista de Tiflis, como Stalin, en 1904 había creado una imprenta bolchevique clandestina en Batumi. Nunca había sido ambicioso y se decía que había rechazado ser ascendido al Politburó; era, en cambio, amigo de todo el mundo, no tenía motivos de rencor contra los miembros de la oposición recientemente derrotados, y siem-

pre estaba dispuesto a ayudar a sus viejos amigos. Aquel georgiano sibarita y afable tenía buenos amigos en el ejército, en el Partido y en el Cáucaso, y personificaba la incestuosa maraña propia del bolchevismo: había vivido una aventura amorosa con Ekaterina Voroshilova antes de que ésta contrajera matrimonio. En cualquier caso Stalin disfrutaba con la compañía de Yenukidze. «¡Hola Abel! ¿Qué diablos te retiene en Moscú? Ven a Sochi...»[9]

Mientras tanto, Stalin dirigió su interés hacia el primer ministro Rikov, cuya afición a la bebida era tan fuerte que en los ambientes del Kremlin se llamaba a la vodka «rikovka».

«¿Qué hacer con Rikov [cuya ayuda era innegable] y con Kalinin...?», decía en una carta a Molotov el 2 de septiembre. «Es indudable que Kalinin ha pecado ... El CC debe ser informado para enseñar a Kalinin que nunca debe volver a mezclarse con esos pillos.»[10]

Kalinin fue perdonado, pero el aviso no podía ser más claro: no volvería a contrariar a Stalin y se convertiría en un fantasma político, una firma hueca siempre lista para aprobar todos los desmanes del Vozhd. A éste, sin embargo, le gustaba Papá Kalinin y disfrutaba con las chicas monas en las fiestas que organizaba en Sochi. El éxito de sus encantos de «conquistador» no tardaría en llegar en Moscú a oídos de Nadia, mitad paciente y mitad celosa.

«He oído hablar de una mujer joven y guapa», decía en una carta; «me han dicho que estabas muy guapo en la cena de Kalinin, que estuviste especialmente gracioso y los hiciste reír a todos, aunque se sentían cohibidos en tu augusta presencia».

El 13 de septiembre, Stalin comentó a Molotov que «la cúspide de nuestro Estado se halla aquejada de una terrible enfermedad ... Es necesario tomar medidas. ¿Pero cuáles? Ya hablaremos cuando regrese a Moscú...» Expuso más o menos la idea a otros miembros del Politburó. Éstos sugirieron que él mismo ocupara el puesto de Rikov:

«Querido Koba —decía en una carta Voroshilov—, Mikoyan, Kaganovich, Kuibishev y yo pensamos que la mejor solución sería la unificación de la jefatura del Sovnarkom y nombrarte a ti para el cargo, si quieres asumir la jefatura con fuerza. Esto no es como en 1918-1921, pero recuerda que Lenin ya presidió el Sovnarkom.» Kaganovich insistía en que debía ocupar el puesto Stalin. Sergo estaba de acuerdo. Mikoyan también escribió diciendo que en Ucrania «destruyeron la cosecha el año pasado ... muy peligroso ... En la actualidad necesitamos una jefatura fuerte con un único líder, como en tiempos de Illich [Lenin], y la mejor decisión sería que tú fueras el candidato a la presidencia ... ¿Acaso no sabe toda la humanidad quién es el que dirige nuestro país?[11]

Sin embargo, todavía nadie había ocupado los cargos de secretario general y de primer ministro a la vez. Además, ¿podía un extranjero,* un georgiano,

* Lenin había gobernado como primer ministro (presidente del Sovnarkom) de 1917 a

dirigir formalmente el país? Por eso Kaganovich apoyaba al candidato de Stalin, Molotov.

—Deberías sustituir a Rikov —le dijo a éste Stalin.[12]

El 21 de octubre, Stalin descubrió nuevas traiciones: Sergei Sirtsov, candidato a ingresar en el Politburó y protegido suyo fue acusado de conspirar contra él. La denuncia constituía ya un elemento cotidiano del ritual bolchevique y toda una obligación: los archivos de Stalin están llenos de cartas de denuncia. Sirtsov fue convocado al Comité Central e implicó al primer secretario del Partido en Transcaucasia, Beso Lominadze, viejo amigo de Stalin y Sergo. Lominadze reconoció haber mantenido reuniones secretas, pero afirmó que sólo se había mostrado contrario a comparar a Stalin con Lenin. Como de costumbre, Stalin reaccionó de manera melodramática:

«Es de una vileza inimaginable ... Han jugado a representar un golpe de estado, han jugado a ser el Politburó y han llegado hasta el límite...» Después de aquella erupción de cólera, Stalin preguntaba a Molotov: «¿qué tal te van a ti las cosas?».[13]

Sergo quería expulsarlos a todos del Partido, pero Stalin, que por la intentona realizada contra Tujachevski sabía ya que todavía no tenía fuerza suficiente, hizo que los expulsaran sólo del Comité Central. Este episodio tiene un colofón no por pequeño menos importante: Sergo Ordzhonikidze protegió a su amigo Lominadze por no mostrar toda su correspondencia ante el CC. Él, en cambio, se presentó ante Stalin y se la ofreció personalmente. Stalin se sorprendió. ¿Por qué no la había presentado en el CC?

—Porque le había dado mi palabra de honor —respondió Sergo.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así? —replicó Stalin añadiendo más tarde que Sergo se había comportado no como un bolchevique, sino «como ... un príncipe» y que «no quería tener parte en ese secreto...».

Posteriormente aquella afirmación asumiría un significado terrible.

El 19 de diciembre se celebró un pleno con el fin de consolidar las victorias de Stalin sobre sus oponentes. Los plenos eran las sesiones del todopoderoso Comité Central, al que Stalin comparaba con el «Areópago», celebradas en la imponente sala reformada del gran palacio del Kremlin, recubierta de planchas de madera oscura y provista de bancos semejantes a los de una lúgubre iglesia puritana. Allí era donde los grandes jerarcas del poder central y los virreyes provinciales, que regían grandes franjas del país en calidad de primeros secretarios de las distintas repúblicas y ciudades, se reunían como si fueran un consejo de barones medievales. Semejantes reuniones se parecían al coro de una celebración evangélica perversa, con constantes interrupciones y comentarios —«¡Bien!», o «¡Bestias!»—, o simples risotadas. Aquél fue uno de los últi-

1924. A su muerte, su sucesor natural, Kamenev, no había podido ocupar el cargo por ser judío, no ruso. Por eso lo obtuvo Rikov.

mos plenos en los que aún tuvo cabida la vieja tradición bolchevique de la discusión intelectual y los juegos de ingenio. Voroshilov y Kaganovich chocaron con Bujarin, que desempeñaba el papel de partidario de la línea de Stalin ahora que sus amigos derechistas habían sido derrotados:

—Hacemos bien en aplastar la peligrosísima desviación derechista —dijo Bujarin.

—¡Y a los que están contaminados por ella! —exclamó Voroshilov.

—Si te refieres a su destrucción física, la dejo en manos de los camaradas que son ... proclives a estar sedientos de sangre.

Se oyeron algunas risas, pero los chistes empezaban a tener un tono cada vez más siniestro. A los integrantes del círculo íntimo todavía les resultaba inimaginable la idea de ser tocados físicamente, pero Kaganovich instó a Stalin a que se mostrara implacable con la oposición, mientras que Voroshilov exigió que «la Fiscalía sea un órgano más activo...».[14]

El pleno destituyó a Rikov del cargo de primer ministro y nombró en su lugar a Molotov.* Sergo ingresó en el Politburó y se encargó del Consejo Supremo de Economía, el coloso industrial que administraba todo el plan quinquenal. Era el *bulldozer* ideal para imponer la industrialización en el país. Los nuevos nombramientos y el agresivo empujón que se dio para acabar el plan en cuatro años desencadenaron una inacabable serie de trifulcas entre aquellos potentados. Cada uno defendía sus propios comisariados y a sus partidarios. Cuando cambiaban de puesto, solían cambiar de lealtades: como presidente de la Comisión de Control, Sergo había apoyado las campañas contra los saboteadores y los elementos subversivos existentes en la industria. Desde el momento en que se hizo cargo de Industria, se dedicó a defender a los especialistas de este sector. Sergo empezó a pelearse constantemente con Molotov, al que «no amaba mucho», por los presupuestos que se le asignaban. No había ningún grupo radical: cada uno asumía una postura más extremista en cada ocasión. El propio Stalin, principal organizador del Gran Terror, fue abriéndose camino, a veces de forma tortuosa, para llevar a cabo su propia revolución.

Stalin arbitraba las discusiones que llegaban a ser tan encarnizadas que Kuibishev, Sergo y Mikoyan amenazaron con dimitir, defendiendo sus posiciones: «Querido Stalin —escribía fríamente Mikoyan—, tus dos telegramas me decepcionaron tanto que no pude trabajar durante dos días. No puedo asumir las críticas ... excepto si se me acusa de ser desleal al CC y a ti ... Sin tu apoyo personal, no puedo trabajar en el Narkom de Abastecimientos y Co-

* Stalin se lo notificó orgullosamente al novelista Maxim Gorki, que se encontraba en Italia: «Es un líder valiente, listo y bastante moderno; su verdadero nombre es Scriabin». (Siendo como fue siempre un esnob intelectual, ¿añadió Stalin lo de Scriabin para impresionar a Gorki con una falsa asociación de Molotov con el compositor del mismo nombre, con el que en realidad no tenía ningún parentesco?)

mercio ... Convendrá encontrar un nuevo candidato, pero a mí dame algún otro cometido...» Stalin pidió disculpas a Mikoyan y a menudo tuvo que pedírselas también a otros. Los dictadores no tienen necesidad de hacerlo.[15] Mientras tanto, Andreyev regresó de Rostov para dirigir la Comisión de Control, de carácter disciplinario, mientras que Kaganovich, de apenas treinta y siete años, se convirtió en secretario delegado de Stalin, formando un triunvirato dirigente junto con el secretario general y Molotov, el primer ministro.

* * *

«Descarado y masculino», alto y fuerte, de pelo negro, largas pestañas y «hermosos ojos marrones», Lazar Moisevich Kaganovich era un adicto al trabajo que jugaba a todas horas con un rosario de cuentas de ámbar o con la cadena de las llaves. Aprendiz de zapatero, había tenido sólo una educación primaria mínima y lo primero que miraba de un hombre eran sus botas. Si le impresionaba su fabricación, a veces obligaba al individuo a quitárselas para poder admirarlas a sus anchas en su escritorio, donde seguía teniendo un juego de herramientas grabadas especialmente para él que le habían regalado unos obreros agradecidos.

Verdadero modelo del gerente machista moderno, Kaganovich tenía un carácter explosivo, igual que su amigo Sergo. Como más feliz se sentía era con un martillo en las manos; a menudo pegaba a sus subordinados o los agarraba por las solapas. No osbtante, políticamente era cauto, «rápido y listo». Constantemente chocaba con el gris Molotov, que lo consideraba «basto, tosco y remilgado, muy enérgico, un buen organizador, que fallaba en ... la teoría», pero era el líder «más devoto de Stalin». A pesar de su fuerte acento judío, Sergo lo consideraba el mejor orador: «¡Realmente cautivaba al público!». Administrador inquieto, tan duro y enérgico que lo apodaban «la Locomotora», Kaganovich «no sólo sabía cómo ejercer presión», decía Molotov, «sino que también era un poco matón». «Sabía hacer las cosas», decía Jrushchov. «Si el CC ponía en sus manos un hacha, era capaz de talar un bosque entero», pero destruyendo «los árboles sanos junto con los podridos». Stalin lo llamaba «Lazar de hierro».

Nacido en noviembre de 1893 en una barraca de Kabana, una aldea perdida en los confines de Ucrania y Bielorrusia, en el seno de una familia judía ortodoxa compuesta por cinco hermanos y una hermana, que dormían todos en la misma habitación, Lazar, el menor de todos, fue reclutado para ingresar en el Partido por un hermano suyo en 1911 y llevó a cabo labores de agitación en Ucrania con el curioso nombre de «Kosherovich».

Lenin lo distinguió y vio en él un líder prometedor: era mucho más impresionante de lo que parecía. Aquel «intelectual-obrero», que constantemente estaba leyendo en su enorme biblioteca, educándose a sí mismo con la lec-

tura de libros de historia de época zarista (y de las novelas de Balzac y Dickens), fue el cerebro oculto tras la militarización del Estado de partido único. En 1918, con sólo veinticuatro años, conquistó Nizhni Nóvgorod y sembró el terror en la ciudad. En 1919 exigió la instauración de una férrea dictadura, exhortando a que se impusiera la disciplina militar del «centralismo». En 1924, en la prosa clara y fanática que lo caracterizaba, fue el encargado de diseñar la maquinaría de lo que sería el «estalinismo». Tras dirigir la sección de nombramientos del CC, «Lazar de hierro» fue enviado a administrar el Asia Central y más tarde, en 1925, Ucrania, hasta que regresó en 1928 para ingresar en el Politburó como miembro de pleno derecho en el XVI Congreso de 1930.

Kaganovich y su esposa, Maria, se conocieron de una forma muy romántica en el curso de una misión secreta, cuando la pareja de jóvenes bolcheviques se vieron obligados a fingir que estaban casados. Eran tan felices juntos que siempre estaban cogidos de la mano, incluso en las limusinas del Politburó, y criaron a su hija y a un hijo adoptivo en un clima familiar amoroso, casi judío. Hombre emotivo y con un gran sentido del humor, Lazar era todo un atleta aficionado a esquiar y a montar a caballo, pero poseía un instinto de conservación sumamente pusilánime. Como judío, Kaganovich era consciente de su vulnerabilidad y Stalin mostró una prudencia semejante a la hora de proteger a su camarada del antisemitismo.

Kaganovich fue el primer estalinista de verdad, acuñando el término en el curso de una cena celebrada en Zubalovo:

—Todo el mundo no hace más que hablar de Lenin y el leninismo, pero Lenin ha desaparecido hace ya mucho tiempo... ¡Viva el estalinismo!

—¿Cómo te atreves a decir algo así? —replicó Stalin con modestia—. Lenin era una gran torre y Stalin un dedo meñique.

Pero Kaganovich trataba a Stalin con mucho más respeto que Sergo o Mikoyan. Como decía Molotov desdeñosamente, era «200 por 100 estalinista». Admiraba además tanto al Vozhd que, según él mismo reconocía, «cuando voy a ver a Stalin, intento no olvidarme nada. Estoy siempre preocupadísimo. Preparo todos los documentos y los meto en la cartera, y además me lleno los bolsillos de chuletas, como un escolar, porque nadie sabe lo que irá a preguntar Stalin». Éste reaccionó ante el respeto infantil de Kaganovich enseñándole las reglas ortográficas y de puntuación, incluso cuando estaba en la cúspide de su poder: «Me he vuelto a leer tu carta —escribía Kaganovich a Stalin en 1931— y me doy cuenta de que no he seguido tus instrucciones en lo referente al dominio de los signos de puntuación. He empezado a hacerlo, pero todavía no los domino, aunque lo conseguiré a pesar del enorme trabajo que tengo. En mi próxima carta intentaré poner puntos y aparte y comas».[16] Veía respetuosamente a Stalin como al verdadero «Robespierre» de Rusia y se negaba a tratarlo con un exceso de confianza y a llamarlo de tú: «¿Llamó usted alguna vez de tú a Lenin?».[17]

Su brutalidad era más importante que la puntuación: recientemente había aplastado la sublevación de los campesinos desde el norte del Cáucaso hasta Siberia Occidental. Sucesor de Molotov como máximo dirigente en Moscú y héroe de un culto afín al del propio Stalin, Lazar de hierro emprendió la vandálica creación de una metrópoli bolchevique, dinamitando lleno de entusiasmo numerosos edificios históricos.

En el verano de 1931, la grave carestía reinante en las zonas rurales empezaba a convertirse en verdadera hambruna. Aunque el Politburó suavizó la campaña que había organizado contra los especialistas industriales a mediados de julio, la lucha en el campo siguió adelante. La GPU y los ciento ochenta mil colaboradores del Partido enviados desde las ciudades recurrieron a las pistolas, los linchamientos y el sistema de campos de concentración o Gulag para acabar con las aldeas. Más de dos millones de personas fueron deportadas a Siberia o Kazajstán; en 1930 había 179.000 personas trabajando como esclavos en los gulags; en 1935 eran casi un millón.[18] El terror y los trabajos forzados se convirtieron en la esencia de las actividades del Politburó. En un folio cubierto de garabatos, Stalin escribió con un grueso lápiz azul:

1. ¿Quién puede llevar a cabo las detenciones?
2. ¿Qué hacer con los antiguos militares blancos de nuestras fábricas industriales?
3. Las cárceles deben ser vaciadas de presos. [Pretendía que los condenaran más aprisa para que hicieran sitio a los kulaks.]
4. ¿Qué hacer con los distintos grupos de presos?
5. Permitir... las deportaciones: Ucrania 145.000; N. del Cáucaso 71.000; bajo Volga 50.000 (¡qué barbaridad!); Bielorrusia 42.000... Siberia Occidental 50.000; Siberia Oriental 30.000...

Y sigue sumando hasta llegar a un total de 418.000 desterrados.[19] Mientras tanto, va sumando a mano los *puds* de grano y de pan en pedazos de papel,* como un tendero de pueblo que administrara todo un imperio.[20]

* * *

«Salgamos de la ciudad», escribió Stalin más o menos por esta época en una nota a Voroshilov, que respondió en el mismo papel:

«Koba, ¿puedes ver ... a Kalmykov unos cinco minutos?»

* A lo largo de toda su carrera, llevaría la cuenta, como aquel que dice, de las joyas de la corona, de las reservas de oro de la Unión Soviética o del número de tanques en la reserva que había en la batalla de Moscú de 1941, anotándolo todo en su cuaderno personal. Mostró particular interés por la producción de oro, fruto en su mayor parte de trabajos forzados.

«Sí que puedo», respondió Stalin. «Larguémonos de la ciudad y llevémoslo con nosotros.»[21]

La guerra de exterminio en las zonas rurales no impedía a los jerarcas seguir llevando su vida en sus casas de campo. Poco después de la Revolución les fueron asignados a todos diversas dachas en las que a menudo tenía su sede el verdadero poder administrado a través de intermediarios.

El centro de aquella vida idílica lo ocupaba Zubalovo, cerca de Usovo, a 35 kilómetros de Moscú, donde tenían sus dachas Stalin y algunos otros mandatarios. Antes de la Revolución, un magnate del petróleo de Bakú llamado Zubalov construyó dos fincas debidamente cercadas, cada una de ellas con su correspondiente mansión, una para su hijo y otra para él. En total había cuatro casas, una serie de dachas con tejadillos apuntados de estilo gótico y diseño alemán. Los Mikoyan compartían la casa grande de Zubalovo Dos con un general del ejército rojo, un comunista polaco y Pavel Alliluyev. Voroshilov y otros militares compartían una casa pequeña. Sus esposas y sus hijos se visitaban continuamente, como si fueran la familia extensa de la Revolución disfrutando del verano como los personajes de Chejov.

Zubalovo Uno, la casa de Stalin, era un mundo mágico para los niños. «Era una vida de verdadera libertad», recuerda Artiom. «¡Qué felicidad!», decía Svetlana. Los padres vivían en el piso de arriba, y los niños en la planta baja. Los jardines eran «soleados y amplios», escribe Svetlana. Stalin era un entusiasta de la jardinería, aunque le gustaba más inspeccionar y podar los rosales que trabajar la tierra de verdad. Las fotografías lo muestran paseando con los niños por el jardín. En la casa había una biblioteca, una sala de billar, unos baños rusos y posteriormente un cine. Svetlana adoraba aquella «vida feliz y protegida», con sus huertos y sus jardines de frutales, y una granja en la que ordeñaban las vacas y daban de comer a los gansos, gallinas y pintadas, gatos y conejos blancos. «Teníamos unos lilos enormes, unos de flores blancas y otros de flores moradas, jazmines que a mi madre le encantaban, y un arbusto muy fragante con olor a limón. Paseábamos por los bosques con la niñera. Cogíamos fresas silvestres, moras y cerezas.»

«La casa de Stalin —recuerda Artiom— estaba llena de amigos.» Los padres de Nadia, Sergei y Olga, estaban siempre allí, aunque por entonces se habían separado. Ocupaban el extremo opuesto de la casa, pero aprovechaban las horas de comer para pelearse. Sergei disfrutaba haciendo arreglos en la casa y era amable con los criados, mientras que Olga, según Svetlana, «se arrogó el papel de gran señora y adoraba aquella posición elevada, cosa que no hizo nunca mi madre».

Nadia jugaba al tenis con un Voroshilov vestido de blanco inmaculado —cuando estaba sobrio—, y con Kaganovich, que lo hacía con la guerrera y las botas puestas. Mikoyan, Voroshilov y Budionni* montaban a caballo en ani-

* El inspector de caballería del ejército rojo, Semion Budionni, había nacido en la región

males pertenecientes al ejército. En invierno, Kaganovich y Mikoyan esquiaban. Molotov llevaba a su hija en trineo como un mulo tirando del arado de un campesino. Voroshilov y Sergo eran cazadores empedernidos. Stalin prefería el billar. Los Andreyev eran escaladores, actividad que consideraban sumamente propia de un bolchevique. Todavía en 1930 Bujarin solía ir a Zubalovo con su mujer y su hija. Se llevaba consigo algunos animales de su zoo particular; por ejemplo sus zorros domesticados, que corrían en libertad por la finca. Nadia se sentía muy cerca de «Bujarchik» y los dos salían a menudo a pasear juntos. Yenukidze era otro miembro de esta familia extendida. Pero además siempre había alguna cosa que hacer.

* * *

Los niños estaban acostumbrados a los guardaespaldas y a los secretarios: los primeros formaban parte de la familia. Pauker, el jefe del Directorio de Guardias, y el guardaespaldas personal de Stalin, Nikolai Vlasik, estaban siempre allí. «Pauker era muy divertido. Le gustaban los niños, como a todos los judíos, y no tenía demasiada buena opinión de sí mismo; en cambio Vlasik andaba siempre de un lado para otro contoneándose como un pavo haciendo la rueda», dice Kira Alliluyeva, la sobrina de Stalin.

Karl Pauker, de treinta y seis años, era el favorito de los niños, y además muy importante para el propio Stalin. Símbolo de la cultura cosmopolita de la Cheka de la época, aquel judío húngaro había sido peluquero en la ópera de Budapest antes de ser reclutado en el ejército austrohúngaro, capturado por los rusos en 1916, y convertido al bolchevismo. Era un actor consumado, y sabía imitar para Stalin toda clase de acentos, sobre todo los judíos. Gordo, con la barriga embutida en un corsé (constantemente objeto de burla), calvo, perfumado, de labios rojos y sensuales, aquel cómico adoraba los vistosos uniformes de la OGPU y se contoneaba con sus botas de cuatro centímetros de tacón. A veces volvía a su oficio de peluquero y afeitaba a Stalin como si fuera su lacayo, utilizando polvos de talco para rellenar las cicatrices de la viruela. Suministrador de golosinas, coches y toda clase de productos nuevos para los miem-

---

cosaca del Don; era un antiguo sargento de los dragones zaristas condecorado durante la primera guerra mundial con la cinta de la Caballería de San Jorge, la distinción más alta que existía en la época. Sirvió primero al zar, después a la Revolución y luego a Stalin personalmente durante el resto de su vida, distinguiéndose en Tsaritsin en el X ejército de Voroshilov y adquiriendo fama mundial como general del I ejército de caballería. Cuando Babel publicó su libro de relatos *La caballería roja*, en el que habla de la brutalidad, el lirismo y el machismo de los cosacos, y de la crueldad taciturna (y «los dientes deslumbrantes») de Budionni, el general, lleno de furia, intentó en vano hacerlo desaparecer. Nunca llegó a ingresar en el Politburó y siguió siendo uno de los íntimos de Stalin hasta que estalló la guerra. Siempre entregado a la caballería, estudió con ahínco con el fin de modernizar sus conocimientos militares.

bros del Politburó, guardaba los secretos de la vida privada de los jerarcas y se decía que proporcionaba bailarinas a Kalinin y Voroshilov.

Pauker solía hacer ostentación de su Cadillac, regalo de Stalin, ante los niños. Mucho antes de que Stalin acordara oficialmente reinstaurar el árbol de Navidad en 1936, Pauker se vestía de Papá Noel, repartiendo regalos por el Kremlin y organizando fiestas navideñas para los niños. El jefe de la policía secreta vestido de Papá Noel es un símbolo perfecto de aquel extraño mundo.[22]

El otro personaje que nunca andaba lejos era el jefe de gabinete de Stalin, Alexander Poskrebishev, de treinta y nueve años, que iba de un lado para otro por el jardín de Zubalovo con el último periódico en la mano. Bajito, calvo, pelirrojo, aquel hombre, hijo de un fabricante de botas de los Urales, había estudiado para enfermero y había celebrado reuniones de bolcheviques en su consulta. Cuando Stalin lo encontró trabajando en el CC le dijo:

—Tienes una pinta horrible. Asustarás a la gente.

Aquel «enano estrecho de hombros» era «terriblemente feo», parecía «un mono», pero poseía «una memoria excelente y era meticuloso en su trabajo». El sector especial, que él dirigía, era el corazón de la máquina de poder de Stalin. Poskrebishev preparaba las sesiones del Politburó y asistía a ellas.

Cuando Stalin dispensaba su patrocinio, ayudando a su protegido a encontrar un piso, por ejemplo, en realidad era Poskrebishev el que realizaba el trabajo: «Te pido que LES AYUDES INMEDIATAMENTE», solían decir las cartas que le enviaba. «Infórmame por carta sobre la pronta y cumplida ejecución de esta petición.» Hasta hace poco la correspondencia de Stalin con Poskrebishev estaba perdida en los archivos: en este ejemplo vemos a Stalin bromeando con su secretario: «Recibo periódicos ingleses, pero no alemanes ... ¿Por qué? ¿Cómo es posible que cometas un error? ¿Es un exceso de burocracia? Saludos. I. Stalin». A veces caía en desgracia: en 1936 vemos en una lista de cosas que debía hacer Stalin el siguiente comentario: «1. Perdonar a Poskrebishev y a sus amigos».

La cara triste y crispada de aquel Quasimodo era un indicador de la dirección en la que soplaban los vientos del favor de su jefe. Si era amable con alguien, significaba que el sujeto contaba con su favor. Si no, llegaba a susurrarle: «Hoy te toca a ti». Los enteradillos sabían que la mejor manera de que Stalin leyera la carta de uno era enviársela a Alexander Nikolaievich. En el trabajo, Stalin lo llamaba «camarada», pero en casa era «Sasha» o «el Jefe».

Poskrebishev era en parte un bufón y en parte un monstruo, pero acabaría sufriendo un duro castigo a manos de Stalin. Según su hija Natalia, preguntó a su patrón si podía estudiar medicina, pero Stalin le obligó a estudiar económicas. Al final, sin embargo, aquel enfermero, que no había llegado a acabar sus estudios, se encargaría de suministrar a Stalin los únicos cuidados médicos que recibiera.[23]

* * *

Stalin se levantaba tarde, más o menos hacia las once, desayunaba y trabajaba durante el día con los montones de papeles que llevaba de un lado para otro envueltos en periódicos (no le gustaba usar cartera). Cuando dormía, los adultos, preocupados, suplicaban a los niños que no hicieran ruido.

La principal comida del día consistía en un abundante *brunch* que tenía lugar entre las tres y las cuatro de la tarde y en el que participaba toda la familia y, por supuesto, la mitad del Politburó y sus esposas. Cuando había visitas, Stalin interpretaba el papel del anfitrión georgiano. «Era de una hospitalidad recargada, a la manera asiática», recuerda Leonid Redens, su sobrino. «Era muy amable con los niños.» Cuando los niños de la casa necesitaban a alguien con quien jugar, siempre tenían a mano a sus primos Alliluyev, es decir, a los hijos de Pavel, Kira, Sasha y Sergei, y a los de Anna Redens, un poco más pequeños. Además estaba la gran familia bolchevique: los amigables hijos de Mikoyan, a los que Stalin apodaba «los Mikoyanik», vivían en la casa de al lado.

La gente menuda correteaba de un lado para otro, pero, a juicio de Svetlana, había demasiados niños y pocas niñas para jugar. Su hermano Vasili la intimidaba y presumía contándole chistes de contenido sexual que, como luego reconocería, la molestaban y le causaban irritación. «Stalin era muy cariñoso con Svetlana, pero por los niños no sentía en realidad tanta simpatía», recuerda Kira. Stalin se inventó una niña imaginaria llamada Lelka que era el perfecto álter ego de Svetlana. El débil Vasili ya empezaba a plantear problemas. Nadia se había dado cuenta de ello y le prestaba más atención. Pero los padres bolcheviques no criaban a sus hijos: éstos eran educados por niñeras y tutores: «Era como una familia aristocrática de la época victoriana —dice Svetlana—. Y lo mismo ocurría en casa de los demás, de los Kaganovich, los Molotov, los Voroshilov ... Pero todas las señoras de aquel círculo superior trabajaban, por lo que mi madre no me vestía ni me daba de comer. No recuerdo de ella ninguna muestra de afecto físico, aunque con mi hermano era muy cariñosa. Por supuesto que me quería, no me cabe duda, pero era muy disciplinada.» En una ocasión que hizo trizas un mantel, su madre le dio una buena zurra.

Stalin colmaba de besos y de carantoñas a Svetlana, con una «afectuosidad georgiana exuberante», pero ésta comentaría luego que no le gustaba su «olor a tabaco ni su bigote que picaba». Su madre, cuyo amor costaba tanto ganarse, se convertiría a sus ojos en una santa intocable.

* * *

Los bolcheviques, que estaban convencidos de que era posible crear un «hombre nuevo» leninista, hacían mucho hincapié en la educación.* Los jerarcas

* El antiguo secretario de Stalin, Lev Mejlis, que por aquel entonces era el director edito-

eran autodidactas que habían recibido una educación muy escasa, pero que no dejaban nunca de estudiar, y se suponía que sus hijos debían esforzarse y adquirir una cultura mucho mayor que la recibida por sus padres, hablando, por ejemplo, tres lenguas que aprendían con profesores especiales. (Los hijos de Stalin y de Molotov tenían el mismo profesor de inglés.)

El Partido no sólo iba *por delante de* la familia, sino que era una *über*-familia: cuando murió Lenin, Trotski dijo que se había quedado «huérfano» y Kaganovich ya llamaba a Stalin «nuestro padre». Éste indicó a Bujarin que «el elemento personal no vale... ni un pimiento. No somos un círculo familiar ni una pandilla de amigos íntimos: somos el partido político de la clase trabajadora». Cultivaban la frialdad. «Un bolchevique debería amar a su trabajo más que a su mujer», decía Kirov.* Los Mikoyan eran una familia armenia muy unida, pero Anastas era un padre «riguroso, exigente, incluso severo», que nunca perdía de vista que era miembro del Politburó y bolchevique: cuando pegaba a su hijo, decía entre azote y azote:

—¡No eres TÚ Mikoyan, sino YO!

La madre de Stepan Mikoyan, Ashken, «a veces "se olvidaba" de quién era y nos daba un abrazo». Una vez, durante una cena en el Kremlin, Stalin comentó a Yenukidze: «Un verdadero bolchevique no debe tener ni puede tener una familia, pues su obligación es entregarse por entero al Partido». Como diría un veterano: «Si tienes que elegir entre el Partido y el individuo, elegirás al Partido, pues éste tiene una finalidad general, a saber, el bien de muchos; en cambio una persona es sólo una persona».

Stalin, sin embargo, podía ser muy indulgente con los niños, permitiéndoles dar vueltas por la finca en su limusina:

—Creo que «tío Stalin» me quería de verdad —señala Artiom—. Yo lo respetaba, pero no le tenía miedo. Conseguía que tu conversación resultara interesante. Siempre te hacía expresar tus ideas como si fueras un adulto.

—Juguemos a romper huevos. ¿Quién rompe primero los suyos? —comentó Stalin a su sobrino Leonid cuando trajeron los huevos duros. El gran personaje hacía reír a los niños arrojándoles mondas de naranja, echándoles tapones de vino en el helado o galletas en el té.

—Los niños pensábamos que aquello era muy divertido —recuerda Vladimir Redens.

---

rial de *Pravda*, llegó incluso a escribir un «diario bolchevique» para su hijo recién nacido, Leonid. En él expresaba su fe absurda y fanática en el comunismo, para el cual estaba creando «este hombre del futuro, este hombre nuevo». El 2 de enero de 1923, el orgulloso padre anota que ha colocado un retrato de Lenin «con una cinta roja» en el cochecito del niño. «La criatura mira con frecuencia la foto». Estaba entrenando al pequeño «para la lucha».

* Kirov, por ejemplo, llevaba veinte años sin ver a sus hermanas cuando fue asesinado y en realidad ni siquiera se había tomado la molestia de decirles ni quién era ni dónde estaba. Sólo se enteraron de ello cuando leyeron en la prensa que el célebre Kirov era su hermano Kostrikov.

Según la costumbre del Cáucaso; los adultos dejaban que los niños lamieran sus dedos mojados en vino y, cuando crecían un poco, les dejaban beber incluso vasitos enteros. Stalin daba a Vasili —y con el tiempo daría a Svetlana— pequeños sorbos de vino, acto que parece totalmente inocente (aunque Vasili moriría alcoholizado), si bien sacaba de quicio a la severa Nadia. La pareja estaba siempre discutiendo por ello. Cuando Nadia o su hermana protestaban, Stalin se limitaba a decir:

—¿Acaso no sabéis que el vino es una medicina?

En cierta ocasión Artiom cometió una travesura que podría haber tenido consecuencias graves, pues Stalin empezaba ya a sospechar de todo el mundo. «Mientras los mandatarios estaban trabajando en el comedor», el pequeño Artiom vio la sopa que, como de costumbre, habían dejado sobre el aparador. El niño se deslizó por detrás de Stalin, Molotov y Voroshilov sin que nadie se diera cuenta y echó el tabaco de su padre adoptivo en el caldo, escondiéndose a continuación para ver cómo se lo comían. «Molotov y Voroshilov fueron a probar la sopa y vieron el tabaco. Stalin preguntó quién lo había hecho. Entonces confesé que había sido yo.»

—¿La has probado? —dijo Stalin.

Artiom negó sacudiendo la cabeza.

—Pues bien, está deliciosa —añadió Stalin—. Pruébala y si te gusta, ve y dile a Carolina Vasilevna [Til, el ama de llaves] que ponga siempre tabaco en la sopa. Pero si no, más te valdrá no volver a hacerlo.

Los niños eran conscientes de que aquélla era una familia de políticos. «Lo mirábamos todo con humor e ironía», recuerda Leonid Redens. «Cuando Stalin destituía a un comisario, lo veíamos como una cosa divertida.» Sería una diversión que no tardaría en dejar de ser graciosa.[24]

Aquel escenario campestre sabía muy bien lo que eran las indecibles devastaciones de las que eran víctimas las zonas rurales. Stanislas Redens, cuñado de Stalin y Nadia, era el máximo dirigente de la GPU en la principal víctima de la hambruna, Ucrania, y por su cargo tenía un conocimiento inexcusable de lo que estaba ocurriendo y una participación directa en ello: no cabe duda de que su mujer tuvo que hablar con Nadia de la tragedia de Ucrania. Aquella situación no tardaría en envenenar no sólo el matrimonio de Stalin, sino también a toda la gran familia bolchevique.

5

Vacaciones e infierno: el Politburó en la costa

A finales de 1931, Stalin, Nadia y la mayoría de los jerarcas estaban ya de vacaciones, mientras que a su alrededor la escasez se convertía en hambruna. Ellos, por su parte, se tomaban las vacaciones muy en serio. Lo cierto es que al menos el 10 por 100 de la correspondencia intercambiada por los miembros del círculo de Stalin, incluso durante los años más duros del hambre, trata de sus vacaciones. (Otro 20 por 100 se dedica a hablar de su salud.) El establecimiento de conexiones dentro de la red durante las vacaciones era la mejor forma de llegar a conocer a Stalin: así, en aquellas terrazas soleadas, se labraron más carreras y se urdieron más intrigas que tras las nevadas almenas del Kremlin.*

Antes de tomar esas vacaciones había que seguir un ritual fijo: la cuestión era planteada formalmente en el Politburó, «para proponer al camarada Stalin una semana de vacaciones», pero a finales de los años veinte las vacaciones se ampliaron de «veinte días» a un mes o dos «por consejo de los médicos». Una vez acordadas las fechas, el secretario de Stalin mandaba un memorándum a Yagoda con el programa de actos, «para que se organice debidamente el servicio de guardaespaldas».[1]

Los jerarcas viajaban en trenes privados, protegidos por soldados de la OGPU, con destino a la Riviera soviética: las dachas y las casas de reposo que el Politburó tenía en el sur estaban diseminadas por una zona que se extendía desde Crimea por el oeste hasta el balneario georgiano de Borzhomi por el este. Molotov prefería Crimea, pero a Stalin le gustaba más la caliginosa costa

* Aquellas largas vacaciones eran propuestas formalmente por sus colegas, como atestiguan a menudo los decretos conservados en los archivos: «A propuesta de Ordzhonikidze», o «Para aprobar la propuesta de los camaradas Molotov, Kaganovich y Kalinin sobre la concesión al camarada Stalin de veinte días de vacaciones».

del mar Negro que va desde Sochi hasta las ciudades semitropicales de Sujumi y Gagra, en Abjasia. Todas las fincas eran propiedad del Estado, pero se entendía que quienes supervisaban su construcción tenían derechos de uso preferencial.

Los potentados hacían pequeñas excursiones para visitarse unos a otros, pidiendo primero permiso para no fastidiarles las vacaciones a los demás, aunque naturalmente tendían a concentrarse alrededor de Stalin. «A Stalin le gustaría venir a Mujalatka [en Crimea],* pero no quiere causar molestias a nadie más. Dile a Yagoda que organice el servicio de seguridad...»[2]

Aquellas vacaciones tenían un lado oscuro. La OGPU planificaba cuidadosamente el viaje en tren de Stalin, que, durante la época del hambre, iba acompañado de un convoy cargado de provisiones. Si, a su llegada, el personal consideraba que todavía no había suficiente comida para Stalin y sus invitados, sus asistentes mandaban inmediatamente «un telegrama a Orel y Kursk» solicitando el envío de más alimentos. Tenían el gusto de comunicar que durante el viaje habían podido cocinar platos calientes para Stalin. «En cuanto a la GPU —escribía uno de sus asistentes—, hay muchísimo trabajo, y se han llevado a cabo gran cantidad de detenciones», añadiendo que seguían trabajando en quitar de en medio a «los que quedan... Han sido detenidas dos bandas de bandoleros».[3]

Los gustos de Stalin en lo tocante a las casas de vacaciones fueron cambiando, pero durante los años treinta su favorita fue la Dacha n.º 9 de Sochi. Krasnaya Poliana (Prado Rojo), era una «casa de madera con una terraza alrededor», dice Artiom, que solía pasar las vacaciones con el «tío Stalin».** La casa de éste se levantaba en lo alto de la colina, mientras que las de Molotov y Voroshilov estaban situadas simbólicamente más abajo, en el valle. Cuando Nadia pasaba las vacaciones con su marido, solía invitar a la familia en pleno, incluidos Yenukidze y el obeso poeta proletario Demian Bedni. El personal

* Mujalatka era la playa favorita de Molotov y Mikoyan, aunque ambos veraneaban también en la órbita de Stalin, en las inmediaciones de Sochi. Sochi fue siempre uno de los centros de vacaciones favoritos de los soviéticos: el lugar está muy cerca de Foros, donde fue detenido Gorbachov durante el golpe de estado de 1991. Naturalmente, siendo como eran bolcheviques, los jerarcas no dudaban en desalojar a las autoridades locales: «Belinski ha sido muy grosero ... y no es la primera vez», decía Stalin en una carta a Yagoda y Molotov. «Hay que arrebatarle de una vez el control de Mujalatka. Nombra a alguien como Yagoda o que cuente con la aprobación de éste.» Si no encontraban a su gusto las casas de vacaciones, proponían la instalación de nuevos lujos: «En el mar Negro no hay ningún hotel bueno para los turistas ni para los especialistas extranjeros ni para los dirigentes obreros —decía Kalinin a Voroshilov—: En una palabra, debemos cedérselo a la GPU».

** A mediados de los años treinta, Miron Merzhanov, el arquitecto de Stalin, reconstruyó la casa en piedra. Todavía sigue en pie la gran mansión de color verde oscuro: en la actualidad es un museo con un maniquí que representa a Stalin sentado en el escritorio, y un Café Stalin y un miniparque temático de Stalin en sus jardines.

dependiente de Stalin, junto con la policía secreta y las autoridades locales, se encargaban de preparar la casa antes de que llegaran los veraneantes: «La villa ha sido renovada al 100 por 100 —decía un miembro de su personal—, y ha sido preparada como si fuera a darse una gran fiesta en ella», con todo tipo de frutas imaginables.[4]

Los altos mandatarios pasaban las vacaciones en grupos, como si se tratara de la hermandad de una universidad americana, a menudo sin sus esposas, que se quedaban con los niños en Moscú: «Molotov y yo montamos a caballo, jugamos al tenis, a los bolos, salimos a navegar, cazamos: en una palabra, el descanso perfecto», contaba Mikoyan a su esposa en una carta, enumerando los nombres de los demás invitados. «Es un monasterio de frailes bolcheviques.» Pero otras veces se llevaban consigo a las mujeres y a los niños: cuando Kuibishev se iba de vacaciones, el greñudo economista y poeta recorría el mar Negro con «una numerosa y alegre cuadrilla» de muchachas bonitas y de *bon vivants*.[5]

Los jerarcas rivalizaban por pasar las vacaciones con Stalin, pero el compañero más apetecido era el corpulento Sergo. Yenukidze invitaba a menudo a Kuibishev, otro gran mujeriego, a las fiestas que celebraba en su aldea de Georgia. Stalin estaba un poco celoso de ellos y se mostró encantado cuando Molotov dejó de acudir a una cita con Sergo: «¿Escapas de Sergo?», le preguntó.[6] Siempre se preguntaban unos a otros con quién estaban:

«Aquí en Nalchik —decía en una carta Stalin— estamos yo, Voroshilov y Sergo.»[7] «He recibido tu esquela —decía Stalin a Andreyev—. «¡Demonios, llévame! Estuve en Sujumi y no nos vimos por casualidad. Si hubiera sabido que ibas a visitarme ... no me habría ido de Sochi ... ¿Cómo estás pasando las vacaciones? ¿Cazas tanto como querías?»[8] Una vez que llegaba cada uno a su casa, los jerarcas se aconsejaban unos a otros sobre qué sitio era el mejor: «Ven a Crimea en septiembre», decía Stalin a Sergo desde Sochi, y añadía que Borzhomi, en Georgia, era cómoda «porque no hay mosquitos ... En agosto y durante la mitad de septiembre estaré en Krasnaya Poliana [Sochi]. La GPU ha descubierto una dacha muy bonita en las montañas, pero mi enfermedad todavía me impide ir hasta allí ... Klim [Voroshilov] está ahora en Sochi y pasamos muchos ratos juntos...».[9]

«En el sur —cuenta Artiom—, el centro de planificación lo acompañaba.» Stalin trabajaba en la terraza sentado en una silla de mimbre ante una mesa de este mismo material, sobre la que yacía amontonada una enorme pila de papeles. A diario partían aviones hacia el sur para llevarle la correspondencia. Poskrebishev (instalado a menudo en alguna casita próxima) acudía corriendo a llevársela. Stalin pedía constantemente más periódicos para leer. Solía leer las cartas en voz alta y decía a los niños la respuesta. Una vez recibió una carta de un trabajador que se quejaba de que en su mina no había duchas. Stalin respondió diciendo que «Si no se da pronta solución al problema

y sigue sin haber agua, el director de la mina será juzgado como enemigo del pueblo».[10]

Molotov y Kaganovich, que se quedaban en Moscú en sustitución de Stalin, lo asediaban con sus preguntas. «¡Qué vergüenza! No existe conexión telefónica con Sochi* —decía en una carta Voroshilov—. El teléfono nos resultaría muy útil. Me gustaría visitarte dos o tres días, y además tengo mucho sueño. Llevo mucho tiempo sin poder dormir normalmente.»[11] A Stalin, sin embargo, le gustaba el dominio que ejercía:

«La cantidad de preguntas del Politburó que me llegan no afecta a mi salud —decía a Molotov—. Puedes mandarme todas las que quieras; tendré mucho gusto en contestarlas.» Todos escribían a Stalin largas cartas a mano, sabiendo, como señalaba Bujarin, que «a Koba le encanta recibir cartas».[12] Kaganovich, al frente del gobierno en Moscú por primera vez, se aprovechó a fondo de ello, aunque el Politburó siguió tomando la mayoría de las decisiones en solitario; Stalin intervenía desde lejos cada vez que se aprobaba alguna medida que no era de su gusto. Aquellos jerarcas vanidosos, tempestuosos y apasionados, a menudo discutían acaloradamente unos con otros cuando no estaba Stalin: después de tener una trifulca con su amigo Sergo, Kaganovich admitió delante del Vozhd que aquello «le ponía muy nervioso». Stalin disfrutaba muchas veces con aquellos conflictos: «Bueno, amigos ... más peleas ...». No obstante, a veces llegaban a exasperarlo: «No puedo ni debo tomar decisiones sobre todas las cuestiones imaginables que me plantea el Politburó. Deberíais ser capaces de estudiar y dar una respuesta ... vosotros solos».[13]

* * *

También había tiempo para pasarlo bien: a Stalin le interesaban muchísimo los jardines de la casa, y así se dedicaba a plantar limoneros en forma de cenador y bosquecillos de naranjos, mostrándose orgulloso de arrancar las malas hierbas y de poner a sus asistentes a trabajar al sol. Apreciaba tanto al jardinero de Sochi, un tal Alferov, que escribió a Poskrebishev diciéndole: «Convendría hacer ingresar [a Alferov] en la Academia de Agricultura ... Es el jardinero de Sochi, un trabajador muy bueno y honrado...».

Su vida en el sur no se parecía en absoluto a la fría soledad que suele asociarse con la figura de Stalin. «A Iosiv Vissarionovich le gustaba salir de ex-

* Semejante circunstancia, en cambio, ha sido una bendición para los historiadores: hasta 1935, fecha en que se montó una línea telefónica segura entre Moscú y el sur, Stalin y sus hombres se comunicaron principalmente por carta. Trotski había parafraseado ya el comentario de Herzen a propósito de Nicolás I, al que llamaba un «Gengis Jan con telégrafo», y llamaba a Stalin un «Gengis Jan con teléfono». No obstante, no deja de ser alentadora la idea de que durante varios meses al año gobernara el país sin teléfono.

cursión y disfrutar de la naturaleza —dice Voroshilova en su diario—. Conducía el coche y nos parábamos a orillas de cualquier arroyo, encendíamos una hoguera y hacíamos una barbacoa, cantando canciones y contando chistes.» En esas excursiones participaba todo el séquito.

«Nos reuníamos todos con frecuencia —escribía un secretario entusiasmado a otro—. Tirábamos al blanco con escopetas de aire comprimido, muchas veces dábamos paseos y hacíamos excursiones en los coches, nos adentrábamos en el bosque, hacíamos barbacoas y asábamos brochetas de cordero y ¡venga a comer y beber!» Stalin y Yenukidze distraían a los invitados contando sus aventuras de conspiradores prerrevolucionarios, mientras que Demian Bedni refería «historias obscenas de las que tenía siempre una reserva inagotable». Stalin cazaba perdices y salía en barca.

«Recuerdo la dacha de Sochi, cuando Klim y yo éramos invitados a ella por el camarada Stalin —escribe Voroshilova—. Lo veía a él jugar a juegos tales como los bolos y a Nadezhda Sergeievna jugando al tenis.» Stalin y el oficial de caballería Budionni jugaban a los bolos con Vasili y Artiom. Budionni era tan fuerte que cuando tiraba un bolo, los rompía todos y de paso la plancha situada detrás de ellos. Todo el mundo se reía de su fuerza (y de su estupidez):

—Si eres fuerte, ¿para qué necesitas cerebro? —decían. Y se reían de él porque una vez se hirió al saltar en paracaídas—: Se pensó que estaba saltando de un caballo.

—Sólo dos hombres tienen fama de ser los mejores soldados de caballería del mundo: el mariscal Lannes, del ejército de Napoleón, y Semion Budionni —comentaba Stalin intentando defenderlo—, así que debemos escuchar bien todo lo que diga acerca de la caballería.

Unos años más tarde lo único que se le ocurría decir a Ekaterina Voroshilova de todo aquello era: «¡Qué tiempos más encantadores!».[14]

* * *

El mes de septiembre de 1931, Stalin y Nadia recibieron la visita de dos jerarcas georgianos, uno al que ella amaba, y otro al que detestaba. El que era de su agrado era Nestor Lakoba, el bolchevique de la vieja guardia, máximo dirigente de Abjasia, región que gobernaba como un feudo independiente con una amabilidad insólita. No dudó en proteger a algunos príncipes de la zona y se resistió a la colectivización, alegando que en Abjasia no había kulaks. Cuando el Partido de Georgia apeló a Moscú, Stalin y Sergo apoyaron la decisión de Lakoba. Delgado y apuesto, de ojos chispeantes, cabellera negra peinada hacia atrás, y provisto de un audífono debido a la sordera parcial que padecía, aquel personaje se paseaba por las calles y los cafés de su pequeño reino como si fuera un trovador. En su calidad de anfitrión y responsable de los lugares de veraneo de la élite, conocía a todo el mundo y estaba siempre construyendo casas

nuevas para Stalin y organizando banquetes en su honor, tal como aparece retratado en la novela *Sandro de Chegem,* del autor abjasio Fasil Iskander. Stalin lo consideraba un verdadero aliado:

—Yo, Koba —bromeaba—. Tú, Lakoba.

Lakoba era otro miembro de la gran familia bolchevique que se pasaba las tardes sentado en la terraza con Stalin. Cuando Lakoba visitaba la dacha trayendo consigo la alegría y los cantos de Abjasia, Stalin exclamaba:

—¡Viva Abjasia!

Artiom dice que la llegada de Lakoba «era como la luz cuando entra en casa».

Stalin permitía que Lakoba le diera consejos acerca del Partido en Georgia, organización especialmente tribal y reticente a ejecutar las órdenes recibidas del centro. Ése era el motivo de la presencia del otro invitado: Lavrenti Pavlovich Beria, jefe de la GPU de Transcaucasia. Beria era calvo, bajito y ágil, con una cara ancha y carnosa, unos labios gordezuelos y sensuales y unos «ojos de serpiente», siempre parpadeantes, ocultos tras unos quevedos deslumbrantes. Aquel aventurero capaz, inteligente, despiadado, competente e infatigable, al que Stalin llegaría un día a calificar de «nuestro Himmler», se caracterizaba por poseer un extraño talento para la adulación, un exacerbado apetito sexual y la rebuscada crueldad de un cortesano bizantino, dotes que le permitieron llegar a dominar primero el Cáucaso, luego el círculo de Stalin y por último la propia URSS.

Nacido cerca de Sujumi, de origen mingrelio, probablemente hijo ilegítimo de un terrateniente abjasio y de una madre georgiana sumamente piadosa, Beria había trabajado casi con absoluta seguridad como agente doble al servicio del régimen musavatista anticomunista que gobernó Bakú durante la guerra civil. Se decía que un aliado de Stalin, Sergei Kirov, lo había salvado de la pena de muerte, destino del que se libró únicamente porque no hubo tiempo de que se llevara a cabo la ejecución. Tras estudiar arquitectura en el Politécnico de Bakú, se sintió atraído por el poder de la Cheka, en la que ingresó y prosperó, siendo promovido por Sergo. Incluso según los parámetros de aquella siniestra organización, destacó por su sadismo.

—Beria es un hombre al que no le costaría nada matar a su mejor amigo si ese amigo hablara mal de él —comentaba uno de sus secuaces. Su otra carrera, la de aventurero sexual, había comenzado, contaría más tarde a su nuera, en un viaje de estudios a Rumanía, cuando fue seducido por una mujer mayor, aunque cuando estuvo en la cárcel durante la guerra civil, se enamoró de su compañera de celda, su sobrina Nina Gegechkori, una adolescente rubia, de ojos color miel y rostro angelical, perteneciente a una familia de la pequeña nobleza rural: tenía un tío ministro del gobierno menchevique de Georgia y otro que lo era del gobierno bolchevique. A los veintidós años, miembro ya veterano de la Cheka, ella, que sólo tenía diecisiete, le solicitó la liberación de su

tío. Beria la cortejó y finalmente acabaron fugándose en el tren oficial de él; de ahí surgió el mito de que la había violado en un vagón. Lo cierto es que la muchacha siguió enamorada de su «seductor» durante toda su vida.

Beria tenía por entonces treinta y dos años y era la personificación de los líderes de la generación de 1918, mucho mejor educados que los de la primera generación, como Stalin y Kalinin, ambos mayores de cincuenta años, y que los de la segunda, Mikoyan y Kaganovich, casi cuarentones. Como este último, Beria era competitivo en todo lo que hacía y era un deportista ambicioso (jugaba de lateral izquierdo en el equipo de fútbol de Georgia y practicaba jiujitsu). Competente, frío, adulador y capaz de delatar a cualquiera, pero con el brillo del niño travieso, tenía gran talento para cultivar a sus protectores. Sergo, por aquel entonces máximo dirigente del Cáucaso, facilitó su ascensión en la GPU y en 1926 se lo presentó a Stalin. Beria se encargaría de su seguridad durante las vacaciones.

«Sin ti —decía Beria a Sergo en una carta— no sería nadie. Eres más que un hermano o un padre para mí.» Sergo guió a Beria por las revueltas aguas de las asambleas en las que fue declarado inocente de colaborar con el enemigo. En 1926, cuando Sergo ascendió y se trasladó a Moscú, Beria rompió con él y empezó a cultivar al hombre más influyente de la región, Lakoba, pidiéndole que le permitiera ver a Stalin otra vez.

A Stalin le molestaron al principio las sebosas lisonjas de Beria durante las vacaciones. Cada vez que lo veía aparecer por su dacha, Stalin comentaba con disgusto:

—¡Pero bueno! ¿Ya está aquí otra vez? —y lo despachaba diciendo—: ¡Decidle que aquí manda Lakoba!

Cuando Beria se enemistó con los dirigentes georgianos, que lo consideraban un escalador sin escrúpulos, Lakoba lo apoyó. Pero Beria picaba más alto.

«Querido camarada Nestor —decía en una carta dirigida a Lakoba—, me gustaría mucho ver al camarada Koba antes de que se fuera ... si no le importa pedírselo.»

Fue Lakoba quien llevó entonces a Beria ante el Vozhd. Stalin estaba furioso por la insubordinación de los clanes de los dirigentes georgianos, que promovían a sus viejos amigos, chismorreaban acerca de él con sus patronos de Moscú y conocían perfectamente sus orígenes, por lo demás poco gloriosos. Lakoba propuso sustituir a aquella pandilla de peces gordos de la vieja guardia bolchevique por Beria, miembro de la nueva generación devota a Stalin. Nadia odió a Beria en cuanto lo vio.

—¿Cómo puedes admitir a ese hombre en tu casa? —decía.

—Es un buen trabajador —replicaba Stalin—. Dame hechos.

—¿Qué hechos necesitas? —protestaba Nadia—. Es un canalla. No quiero verlo en mi casa.

Stalin recordaría más tarde que había acabado mandándola al infierno:

—Es amigo mío y un buen chekista ... Confío en él...

Kirov y Sergo pusieron sobre aviso a Stalin acerca de Beria, pero él desoyó sus consejos, cosa que luego lamentaría. En aquellos momentos estaba encantado con su nuevo protegido. No obstante, «siempre que aparecía por la casa», recuerda Artiom, «traía la oscuridad consigo».

Según las notas de Lakoba, Stalin se mostró de acuerdo en ascender al chekista, pero preguntó:

—¿Funcionará bien Beria?

—Beria funcionará estupendamente —respondió Lakoba, que no tardaría en lamentar su recomendación.[15]

Después de su estancia en Sochi, Stalin y Nadia fueron a tomar las aguas a Tsaltubo. Stalin escribió a Sergo desde allí para hablarle de los nuevos planes que tenía para su protegido. Bromeaba diciendo que había visto a los dirigentes regionales, y de uno decía que era «un personaje muy cómico», y de otro que «ahora está muy gordo». Acababa señalando: «Están de acuerdo en hacer ingresar a Beria en el Kraikom [comité regional] de Georgia». A Sergo y a los máximos dirigentes georgianos les aterraba que un policía pasara por delante de los viejos revolucionarios. Pero Stalin se despedía alegremente de Sergo diciendo: «¡Saludos de Nadia! ¿Cómo está Zina?».[16]

* * *

Ir a tomar las aguas constituía una peregrinación anual. En 1923, Mikoyan se enteró de que Stalin sufría reumatismo y llevaba el brazo vendado, por lo que le propuso que fuera a tomar las aguas al balneario de Matsesta, cerca de Sochi. Mikoyan escogió incluso la casa en la que se alojaría Stalin, perteneciente a un comerciante, que disponía de tres dormitorios y un salón. Era una muestra de la estrecha relación existente entre los dos.[17] Stalin se llevaba a menudo consigo a Artiom «en un viejo Rolls-Royce descapotable fabricado en 1911». El único que los acompañaba era su guardaespaldas personal, Vlasik.*

Parece que Stalin era físicamente muy pudoroso, puede que por la lesión del brazo o por la psoriasis que padecía: entre los jerarcas, sólo Kirov fue a los baños con él. Pero que le acompañara Artiom no le importaba. Envueltos en el vapor, Stalin contaba al muchacho «anécdotas de su infancia y aventuras en el Cáucaso, y charlábamos acerca de nuestra salud».

Stalin estaba obsesionado con su salud y la de sus camaradas. Eran «trabajadores responsables» del pueblo, por lo que la conservación de su salud era una

* El chófer que tenían en el sur se llamaba Nikolai Ivanovich Soloviev, que, al parecer, había sido chófer de Nicolás II. En realidad Soloviev había sido el chófer del general Brusilov, pero durante la primera guerra mundial había llevado una vez en su coche al zar.

materia de Estado. Aquello se había convertido ya en una tradición soviética: Lenin supervisaba la salud de sus líderes. A comienzos de los años treinta, los miembros del Politburó de Stalin trabajaban tanto y bajo una presión tan grande que no era de extrañar que su salud, ya minada por los destierros de la época zarista y la guerra civil, se viera gravemente comprometida. Sus cartas recuerdan las actas de una convención de hipocondríacos.*

«Ahora empiezo a encontrarme bien —comentaba Stalin con Molotov—. Las aguas que hay aquí, cerca de Sochi, son muy buenas y son eficaces contra la esclerosis, la neurosis, la ciática, la gota y el reumatismo. ¿Por qué no mandas aquí a tu mujer?»[18] Stalin pagaba las consecuencias de la dieta escasa y los gélidos inviernos de sus destierros: su amigdalitis se agravaba cuando estaba estresado. El especialista de Matsesta, el profesor Valedinski, era tan de su agrado, que a menudo lo invitaba a tomar coñac con él en la terraza con sus hijos, el novelista Maxim Gorki, y los miembros del Politburó. Más tarde haría venir a Valedinski a Moscú y el profesor se convertiría en su médico personal hasta la guerra.

Es posible que sus problemas dentales fueran la causa de sus dolores. Después que el dentista Shapiro trabajara heroicamente, a instancias de Nadia, en ocho de sus muelas, cariadas y amarillentas, Stalin se sintió agradecidísimo:

—¿Quiere pedirme algo?

El dentista le pidió un favor. «El doctor Shapiro, que trabaja muchísimo en beneficio de nuestros trabajadores responsables, me ha pedido (ahora está trabajando para mí) que coloque a su hija en el departamento de medicina de la Universidad de Moscú —escribía Stalin a Poskrebishev—. Creo que debemos prestarle ayuda a este hombre por los servicios que realiza cada día en beneficio de nuestros camaradas. Mira, a ver si puedes hacerlo y arreglar las cosas ... con toda rapidez ... porque corremos el riesgo de quedar fuera de plazo ... Espero tu contestación.» Si no podía colocar a la muchacha en Moscú, Poskrebishev debía intentarlo en Leningrado.[19]

A Stalin le gustaba contar sus problemas de salud a sus amigos. «A Sochi llegué con una pleuresía (seca) —decía en una carta a Sergo—. Ahora me encuentro bien. Me he sometido a una terapia consistente en tomar una serie de diez baños. No he tenido más complicaciones con el reúma.»[20] Ellos le contaban a él también los suyos.[21]

«¿Qué tal tus cálculos en el riñón?», preguntaba a Sergo, que estaba pasan-

* Beria no sería el único futuro monstruo por el que se interesara Stalin durante sus vacaciones. También mostró particular interés por Nikolai Yezhov, un oficial joven que sería el jefe de la policía secreta durante la época del Gran Terror: «Dicen que no tiene nada de malo que Yezhov alargue sus vacaciones un mes o dos. El propio Yezhov está en contra de hacerlo, pero dicen que le hace falta. Prolonguemos sus vacaciones y dejemos que se quede en Abastuman otros dos meses. Voto a favor». Evidentemente Yezhov era un hombre al que valía la pena observar.

do las vacaciones con Kaganovich. Las cartas forman un triángulo de hipocondríacos.

«Kaganovich y yo no pudimos venir, estamos en un gran barco de vapor —contestaba Sergo a Soso—. Kaganovich está un poco pachucho. Las causas no están claras todavía. Tal vez su corazón ande un poco regular ... Los médicos dicen que el agua y unos baños especiales le harán bien, pero necesita pasar un mes aquí ... Yo me encuentro bien, pero todavía no he descansado...»

También Kaganovich le envió una notita desde el balneario de Borzhomi: «Querido camarada Stalin: le envío un saludo envuelto en vapores ... Es una lástima que la tormenta impida que venga a vernos».[22] Sergo hablaba a Stalin también de la salud de Kaganovich: «Kaganovich tiene las piernas hinchadas. Todavía no ha sido aclarado el motivo, pero es posible que su corazón lata a un ritmo demasiado débil. Sus vacaciones terminan el 30 de agosto, pero sería preciso que las prolongara...».[23] Incluso los que se quedaban en Moscú enviaban informes médicos a Stalin durante sus vacaciones: «Rudzutak está enfermo y Sergo tiene microbios de tuberculosis y lo vamos a mandar a Alemania —informaba Molotov a su superior—. Si durmiéramos más, cometeríamos menos errores».[24]

* * *

El curso estaba a punto de empezar, por lo que Nadia decidió regresar a Moscú. Stalin volvió a Sochi, desde donde mandaba breves comunicados a sus amigos: «Estuvimos jugando a los bolos y a la chirinola. Molotov ya nos ha venido a ver dos veces, pero su mujer ha ido a no sé qué otro sitio». Sergo y Kalinin también fueron a verlo, pero aparte de eso, «no hay ninguna novedad. Que Vasia y Svetlana me escriban».

A diferencia del año anterior, Stalin y Nadia se llevaron bien durante las vacaciones, a juzgar por sus cartas. A pesar de lo de Beria, el tono de las de ella es confidencial y cariñoso. Nadia deseaba informar a su marido de la situación reinante en Moscú. Lejos de estar en contra del Partido, seguía tan deseosa como siempre de aprobar los exámenes y convertirse en una directora cualificada: trabajaba con ahínco en sus diseños textiles junto con Dora Jazan.

«Moscú está mejor —decía en una carta—, pero parece una mujer que se pone polvos para taparse las imperfecciones, sobre todo cuando está llena de chafarrinones.» La remodelación de Moscú emprendida por Kaganovich estaba ya convulsionando la ciudad: tal era la explosiva energía del político. La destrucción del Cristo Salvador, la horrible catedral decimonónica, con el fin de hacer sitio para la erección de un palacio de los Soviets, mucho más espantoso todavía, avanzaba lentamente. Nadia empezó a comunicarle los «detalles» que, en su opinión, debía conocer su esposo, aunque ella veía las cosas desde una posición estética muy femenina: «El Kremlin está limpio, pero el aparca-

miento al aire libre es muy feo... Los precios en los comercios son muy altos y hay exceso de existencias. No te enfades conmigo por ser tan meticulosa, pero me gustaría que la gente se viera libre de todos esos problemas, lo cual sería bueno para todos los trabajadores...». Pero enseguida volvía a hablar de Stalin: «Por favor, descansa mucho...». A Nadia, sin embargo, no se le escapaban las tensiones existentes en el seno del gobierno: al fin y al cabo vivía en medio de ellas, en el pequeño mundo del Kremlin, donde el resto de los dirigentes acudían a visitarla a diario: «Sergo me ha llamado. Estaba muy decepcionado con tu carta, en la que le echabas las culpas de todo. Parecía muy cansado».[25]

A Stalin no le enfadaba que su mujer fuera tan «meticulosa». «Está bien. Moscú cambia para mejor.»[26] Le pedía que llamara a Sergei Kirov, el máximo dirigente de Leningrado, por el que sentía un aprecio especial:

«Ha decidido ir a verte el 12 de septiembre», le anunciaba Nadia. Y al cabo de unos días le preguntaba: «¿Ha ido ya a verte Kirov?». Éste no tardó en llegar a Sochi, donde tenía asignada una casa situada en el valle, al pie de la de Stalin. Se entretenían con juegos que quizá reflejaran el tiempo en que el Vozhd había trabajado como meteorólogo: «Con Kirov, medimos la temperatura que hace en el valle en el que vive y la que hace aquí: hay una diferencia de dos grados».* Stalin no solía ir a nadar, probablemente debido a su brazo malo, aunque, según le dijo a Artiom, era porque «la gente de las montañas no nada». Pero aquellos días estuvo nadando con Kirov:

«¡Qué bien que haya venido a verte Kirov!», decía cariñosamente Nadia a su marido, que precisamente le había salvado una vez la vida cuando estaba a punto de ahogarse. «Debes tener cuidado cuando nades.» Más tarde Stalin dispondría de una piscina poco profunda, especialmente construida para él en el interior de la casa de Sochi, en la que el agua no superaba su altura, para poder refrescarse en privado.

Mientras tanto el hambre se dejaba sentir cada vez con más intensidad: Voroshilov escribió a Stalin instándole a que enviara a los líderes a las provincias para que comprobaran lo que estaba pasando.

«Tienes razón —reconocía Stalin en una carta de 24 de septiembre de 1931—. No siempre entendemos lo que significa emprender personalmente un viaje y conocer directamente a la gente que lleva los asuntos entre manos. A menudo saldríamos ganando si viajáramos más y conociéramos a la gente. No quería irme de vacaciones, pero ... estaba muy cansado y mi salud ha mejorado...» No era el único que estaba de vacaciones y hablaba de la hambruna: Budionni le informaba del hambre que sufrían, pero acababa su carta en los siguientes términos: «Ya han terminado las obras de mi nueva casa de campo; es muy bonita...».[27]

* Más tarde, el viejo dictador presidiría concursos de bebedores, en los que los invitados tenían que tomarse una copa de vodka por cada grado que se equivocaran.

«En Moscú llueve sin parar», le hacía saber Nadia. «Los niños ya han pasado una gripe. Yo me protejo abrigándome bien.» A continuación le gastaba bromas a propósito del libro que había escrito un tránsfuga acerca de Lenin y Stalin. «Leo los periódicos de los blancos. Hay algunos materiales interesantes sobre ti. ¿No sientes curiosidad? He pedido a Dvinski [el ayudante de Poskrebishev] que me los busque ... Llamó Sergo lamentándose de su neumonía...»

En Sochi se levantó una tormenta espantosa: «El vendaval arreció durante dos días con la furia de una fiera salvaje», decía Stalin. «En las tierras de nuestra dacha fueron arrancados de raíz dieciocho robles grandes...» Estaba muy contento de recibir las cartitas de los niños. «Dales un beso de mi parte, son unos niños buenísimos.»

La esquela de Svetlana a su «primer secretario» decía: «¡Hola *Papochka*! Vuelve a casa enseguida. ¡Es una orden!».

Stalin obedecería. La crisis se estaba agravando.[28]

6

Trenes llenos de cadáveres: amor, muerte e histeria

«Los campesinos se comen los perros, los caballos, patatas podridas, la corteza de los árboles, cualquier cosa que encuentran», observaba un testigo, Fedor Belov, mientras que el 21 de diciembre de 1931, en medio de esta crisis, Stalin celebraba su cumpleaños en Zubalovo. «Recuerdo que visitaba aquella casa en compañía de Kliment los días de cumpleaños y tengo grabada en la memoria la hospitalidad de Iosiv Vissarionovich. Canciones, bailes. Sí, sí, bailes. ¡Todos bailaban como podían!», escribía en su diario Ekaterina Voroshilova, la esposa del comisario de Defensa, revolucionaria y judía, amante en otro tiempo de Yenukidze y en aquellos momentos una matrona entrada en carnes. Primero cantaban: Voroshilova recuerda que ejecutaban arias de ópera, tonadas campesinas, lamentos georgianos, baladas cosacas y —cosa por lo demás curiosa en aquella pandilla de rufianes ateos— himnos religiosos aprendidos en las iglesias de sus aldeas y en los seminarios.

A veces se olvidaban de que había mujeres delante y se lanzaban a cantar también canciones subidas de tono. Voroshilov y Stalin, que de niños habían sido monaguillos, cantaban juntos: Stalin «tenía una buena voz de tenor y le encantaban las canciones y la música», recuerda Voroshilova. «Tenía algunas arias favoritas»: le gustaban particularmente las viejas melodías georgianas, las arias de *Rigoletto*, y siempre estaba dispuesto a escuchar un himno de la liturgia ortodoxa, *Mnogaya leta*. Más tarde confesaría al presidente Truman: «La música es una cosa estupenda, convierte a las bestias en hombres», materia en la que sin duda era todo un experto. La entonación de Stalin era perfecta: la suya era una voz «rara» y «dulce». A decir verdad, un ayudante suyo afirmaba que era lo bastante bueno como para haber sido cantante profesional, posibilidad histórica que no deja de resultar desconcertante.

Stalin se ocupaba de manejar el gramófono americano: «Cambiaba los discos y entretenía a los invitados. Le gustaban los más divertidos». Molotov bai-

laba con Polina «a la manera rusa, con un pañuelo en la mano», con el aire formal de quien ha aprendido a bailar en una academia de baile. Los caucasianos dominaban la pista. Según dice Voroshilova, Anastas Mikoyan bailaba con Nadia Stalin. Aquel armenio que había estudiado para cura, lo mismo que el propio Stalin, era delgado, circunspecto e industrioso, tenía el pelo negro, bigote y unos ojos chispeantes, nariz rota aquilina, y era aficionado a la ropa inmaculada, incluso cuando llevaba, como de costumbre, guerrera y botas, lo que le daba el aspecto de un dandi presumido. Hombre de una gran inteligencia y un humor seco, estaba especialmente dotado para las lenguas, sabía inglés y en 1931 aprendió solo alemán traduciendo *Das Kapital.*

Mikoyan nunca tuvo miedo de llevar la contraria a Stalin, lo que no impidió que se convirtiera en el gran superviviente de la historia de la URSS, pues seguía estando en lo más alto en tiempos de Brezhnev. Bolchevique desde 1915, consiguió librarse de la suerte corrida por los famosos «veintiséis comisarios» fusilados durante la guerra civil, y se había convertido en dueño y señor del comercio y los abastecimientos.* Svetlana, la hija de Stalin, lo consideraba el más atractivo de los jerarcas, «juvenil y gallardo». Era indudablemente el que bailaba mejor y el subalterno más ingenioso. «Uno no se aburría nunca con Mikoyan», afirma Artiom. «Es nuestro caballero —decía Jrushchov—. ¡Por lo menos es el mejor que tenemos!» Sin embargo, advertía que no convenía confiar en ese «zorro astuto originario del este».

Pese a estar enamorado de su esposa Ashken, mujer modesta y cariñosa, Mikoyan, deseoso quizá de que Nadia asistiera también a los festejos, «pasaba largo tiempo restregándose los pies uno contra otro junto a Nadezhda Sergeievna antes de sacarla a bailar la *lezginka* [danza tradicional caucasiana que ella conocía bien]. Mikoyan bailaba a un ritmo muy rápido, alargando los brazos como si fuera más alto y más delgado». Pero Nadia se mostraba tan «tímida y vergonzosa» ante la caballerosidad armenia que «se cubría el rostro con las manos y, como si fuera incapaz de reaccionar ante aquella danza tan dulce y tan artística, se escabullía intentando escapar de sus continuos requerimientos». Quizá fuera consciente de los celos de Stalin.

En sus escarceos en la pista de baile Voroshilov era tan ágil como torpe y sin gracia era en el escenario político. Bailaba el *gopak* y luego buscaba pareja entre todas las presentes para ejecutar lo que su mujer llamaba «su número es-

* Mikoyan fue el Vicario de Bray de la política soviética. «¡De Illich [Lenin] a Illich [Leonid Illich Brezhnev] —según decía el proverbio ruso— sin incidentes ni sustos!» En su calidad de máxima autoridad de los abastecimientos, viajó en 1936 a Estados Unidos para estudiar sus métodos de producción y regresó, entre otras delicias, con los helados americanos; llegó a convertirse en una especie de marca de calidad de lo soviético. Después de visitar América, perdió la afición por las guerreras del Partido y, siempre que le fue posible, intentó utilizar trajes elegantes durante el resto de su carrera.

trella, la polca». No es de extrañar que el clima reinante entre los jerarcas fuera tan febril. En las zonas rurales el régimen parecía tambalearse.[1]

* * *

Ese mismo verano, cuando Fred Beal, un americano de tendencias radicales, visitó una aldea cerca de Járkov, capital por aquel entonces de Ucrania, descubrió que todos sus habitantes habían muerto, excepto una mujer que estaba loca. Las ratas se daban un verdadero banquete en las casuchas del pueblo, convertidas en meros depósitos de cadáveres.

El 6 de junio de 1932, Stalin y Molotov declararon que «no puede tolerarse ningún tipo de desviación en lo tocante a la cantidad de grano que debe entregarse ni a los plazos establecidos». El 17 de junio, el Politburó de Ucrania, presidido por Yan Chubar y Stanislas Kosior, pidieron ayuda alimenticia, debido a que las provincias se hallaban en «estado de emergencia». Stalin culpó a Chubar y Kosior de la situación, así como a los intentos de provocar el hundimiento del país realizados por el enemigo: el hambre era simplemente un acto de hostilidad contra el Comité Central, y por lo tanto contra él. «Se ha dado a Ucrania —decía en una carta a Kaganovich— más de lo que merecía.» Cuando un funcionario informó valerosamente de la situación al Politburó, Stalin le interrumpió para decir:

—Nos han dicho, camarada Terejov, que eres un buen orador, pero se ve que eres un buen cuentista. ¡Fabricar semejante cuento acerca de la hambruna! Se suponía que iba a asustarnos, pero no ha funcionado. ¿No te convendría más dejar los cargos de... secretario del CC de Ucrania e ingresar en la Unión de Escritores? Podrías inventarte cuentos y los tontos se los leerían.

Mikoyan recibió la visita de un ucraniano que le preguntó:

—¿El camarada Stalin, o a decir verdad cualquier miembro del Politburó, conoce lo que está pasando en Ucrania? Pues si no lo saben, yo puedo darles alguna que otra idea. Hace poco llegó a Kiev un tren cargado de cadáveres de personas que habían muerto de hambre. Había venido recogiéndolos a lo largo del trayecto desde Poltava...

Los jerarcas sabían perfectamente lo que estaba ocurriendo:* sus cartas po-

* Cuando Beal, el americano, informó al presidente del Comité Central Ejecutivo de Ucrania (y presidente titular de la República), Petrovski, éste le respondió: «Sabemos que están muriendo millones de personas. Es una desgracia, pero el glorioso futuro de la Unión Soviética lo justificará». En 1933 se calcula que un millón cien mil familias, esto es, unos siete millones de personas, perdieron sus tierras y que la mitad de ellas fueron deportadas. Casi tres millones de familias fueron exterminadas. Al comienzo de este proceso, en 1931, había unos trece millones de familias colectivizadas de un total de 25 millones. En 1937, habían sido colectivizadas 18,5 millones, pero entonces el total ascendía sólo a unos veinte millones de familias: más de cinco millones y medio de familias, esto es, casi quince millones de personas, habían sido deportadas, y muchas habían muerto.

nen de manifiesto que veían cosas terribles desde sus trenes de lujo. Budionni contaba a Stalin desde Sochi, donde estaba de vacaciones, que «observando a la gente desde la ventanilla del tren, veo a individuos cansadísimos, con ropas viejas, y nuestros caballos son sólo piel y huesos...». El presidente Kalinin, el anodino «viejo del pueblo» de Stalin, se burlaba de los «impostores políticos» que pedían «aportaciones para la "hambrienta" Ucrania. Sólo unas clases desintegradoras y degeneradas pueden producir unos elementos tan cínicos». Pero el 18 de junio de 1932, Stalin reconocía a Kaganovich la realidad de lo que él llamaba los «evidentes disparates» sobre el «hambre» en Ucrania.

La cifra de muertes que se cobró esa hambruna «absurda», provocada sólo para conseguir dinero con el que fabricar altos hornos y tractores, sería de entre cuatro y cinco millones de personas a, como máximo, diez millones, tragedia sin parangón en la historia de la humanidad, si exceptuamos el terror de los nazis y el de los maoístas. Los campesinos habían sido siempre el enemigo de los bolcheviques. El propio Lenin había dicho: «Los campesinos deben pasar un poquito de hambre». Kopelev admitía que «como el resto de mi generación, yo creía firmemente que el fin justifica los medios. Veía que la gente se moría de hambre». «Niegan cualquier responsabilidad de lo que ocurrió después —escribía Nadezhda Mandelstam, esposa del poeta, en su libro de memorias ya clásico *Contra toda esperanza*—, ¿pero cómo pueden hacerlo? Al fin y al cabo fueron aquellas gentes de los años veinte las que demolieron los viejos valores e inventaron las fórmulas ... para justificar aquel experimento sin precedentes: No puede hacerse una tortilla sin cascar los huevos. Cada nueva muerte era disculpada con el pretexto de que estábamos construyendo un "nuevo" mundo extraordinario.» Las matanzas y el hambre hicieron mella en el Partido, pero sus miembros se limitaron a torcer el gesto: ¿cómo podía tolerarse que se produjera tal cantidad de muertes?

* * *

«Una revolución sin pelotones de fusilamiento —se supone que dijo Lenin en una ocasión— no tiene sentido.» Lo cierto es que durante toda su carrera Lenin alabó el Terror de la Revolución francesa porque su bolchevismo constituía una religión única, «un sistema social basado en el derramamiento de sangre». Los bolcheviques eran ateos, pero tampoco puede decirse que fueran políticos laicos en el sentido convencional del término: se rebajaban a matar desde la altura de su supremacía moral. Es posible que el bolchevismo no fuera una religión, pero estaba muy cerca de serlo. Stalin le dijo a Beria que los bolcheviques eran «una especie de orden religioso-militar». Cuando murió Dzerzhinski, el fundador de la Cheka, Stalin dijo de él que era un «caballero del proletariado totalmente entregado». La «orden de los hermanos de la espada» de Stalin se parecía a la de los Templarios, o incluso a la teocracia de los

ayatolás iraníes, más que a un movimiento laico tradicional. Sus miembros estaban dispuestos a morir y a matar por su fe en el avance inevitable hacia la mejora del género humano, sacrificando a sus propias familias con un fervor visible sólo en los verdugos religiosos y en los mártires de la Edad Media (o del Oriente Próximo).

Se consideraban a sí mismos una estirpe especial de «sangre noble». Cuando Stalin preguntó al general Zhukov si la capital podía caer en 1941, le dijo: «¿Podemos defender Moscú? ¡Dímelo como un bolchevique!», lo mismo que hubiera podido decir un inglés del siglo XVIII: «¡Dímelo como un caballero!».

Los «hermanos de la espada» debían *creer* con una fe mesiánica, actuar con la debida crueldad, y convencer a los demás de que *hacían bien* al comportarse de ese modo. El fanatismo «casi islámico» de Stalin era típico de los jerarcas bolcheviques: el hijo de Mikoyan calificaba a su padre de «bolchevique fanático». La mayoría de ellos* procedía de ambientes devotos y religiosos. Odiaban la ideología judeo-cristiana, y sustituyeron la ortodoxia de sus padres por algo todavía más rígido, una amoralidad sistemática: «Esta religión —o ciencia, como la llamaban sus adeptos— reviste al hombre de una autoridad divina ... Durante los años veinte, mucha gente establecía un paralelismo con la victoria del cristianismo y creía que aquella nueva religión duraría mil años», escribía Nadezhda Mandelstam. «Todos estaban de acuerdo en la superioridad del nuevo credo que prometía alcanzar el cielo en la tierra, en vez de las recompensas en el otro mundo.»

El Partido justificaba su «dictadura» apelando a la pureza de la fe. Sus sagradas escrituras eran las doctrinas del marxismo-leninismo, consideradas una verdad «científica». Como la ideología era tan importante, todos los líderes debían ser —o debía parecer que eran— expertos en marxismo-leninismo, por lo que aquellos truhanes se pasaban las noches insomnes estudiando con el fin de mejorar sus credenciales esotéricas y leyendo áridos artículos sobre materialismo dialéctico. La importancia de la ideología era tal que Molotov y Polina discutían de marxismo incluso en sus cartas de amor: «Polichka, querida ... leer a los clásico marxistas es muy necesario ... Debes leer un poco más a fondo las obras de Lenin, que están a punto de salir, y luego varias otras de Stalin ... Tengo tantas ganas de verte».

La «mentalidad de Partido» era «un concepto casi místico», explicaba Kopelev. «Los requisitos indispensables eran la disciplina férrea y la fiel obser-

* En el mejor de los casos, la educación que poseían los bolcheviques de la vieja guardia era religiosa: Stalin, Yenukidze y Mikoyan habían sido seminaristas, y Voroshilov monaguillo; Kalinin fue a la iglesia hasta la adolescencia. Incluso la madre de Beria pasaba mucho tiempo en la iglesia, llegando a morir en ella. Los padres de Kaganovich, de religión judía, eran *frum*: cuando lo visitaban en el Kremlin, su madre no se sentía impresionada: «¡Pero si sois todos un hatajo de ateos!», decía.

vancia de todos los rituales de la vida de Partido.» Como decía un comunista veterano, un bolchevique no era un hombre que creyera sólo en el marxismo, sino «alguien que tenía una fe absoluta en el Partido, sin importar de qué se tratara ... Una persona con una capacidad para adaptar su moralidad y su conciencia de tal manera que pueda aceptar sin reservas el dogma de que el Partido nunca se equivoca ... aunque se equivoque todo el tiempo». Stalin no exageraba cuando decía en tono jactancioso: «Los bolcheviques somos gente de una clase especial».[2]

* * *

Nadia no era «de una clase especial». El hambre de los campesinos agravó las tensiones existentes en el matrimonio de Stalin. Cuando la pequeña Kira Alliluyeva visitó a su tío Redens, jefe de la GPU en Járkov, abrió la ventanilla del tren especial en el que viajaba y vio, para su sorpresa, a la gente hambrienta con las barrigas abultadas, mendigando comida a los del tren, acompañada de perros igualmente famélicos. Kira se lo contó a su madre, Zhenia, quien a su vez se lo refirió tranquilamente a Stalin:

—No hagas caso —le contestó éste—. No es más que una niña y exagera las cosas.*

Durante el último año de casado de Stalin, vemos que hubo retazos de felicidad y de desgracia. En febrero de 1932 tuvo lugar el cumpleaños de Svetlana: la niña protagonizó una pequeña pieza teatral para sus padres y el Politburó. Los dos hijos varones, Vasia y Artiom, recitaron versos.[3]

«Parece que aquí las cosas van bien, todos nos encontramos bien. Los niños se hacen mayores, Vasia tiene ya diez años y Svetlana cinco ... La niña y su padre son muy amigos...», decía Nadia en una carta a la madre de Stalin, Keke, residente en Tiflis. Probablemente no fuera el momento de confesar grandes secretos, pero el tono es muy interesante. «La verdad es que Iosiv y yo tenemos poquísimo tiempo libre. Probablemente te hayan contado que he vuelto a la escuela a mi edad. No encuentro dificultad en los estudios en sí. Pero resulta bastante difícil hacerlos compatibles con mis obligaciones domésticas a lo largo del día. No obstante, no me quejo y de momento me las arreglo bastante bien...» Cada vez le resultaba más difícil arreglárselas bien.

Los nervios del propio Stalin estaban tensos al máximo, pero seguía sintiendo celos de ella: a su juicio, algunos viejos amigos, como Yenukidze y Bujarin, se dedicaban a socavar su relación con Nadia. Bujarin visitó Zubalovo y

* Los Alliluyev acababan de regresar de Alemania y vieron los cambios con asombro: «Había barreras y colas por todas partes —recuerda Kira—. Todo el mundo tenía hambre y estaba asustado. A mi madre le daba vergüenza ponerse los trajes que había traído. Todos se burlaban de la moda europea.»

estuvo paseando por los jardines con ella. Stalin se quedó trabajando, pero regresó y bajó sigilosamente al jardín, apareciendo de repente ante ellos para gritar a Bujarin:

—¡Te mataré!

Bujarin consideró ingenuamente tal amenaza como una broma asiática. Cuando Bujarin se casó con una hermosa adolescente, Anna Larina, perteneciente también a una familia bolchevique, Stalin lo llamó medio borracho por teléfono en plena noche:

—Nikolai, te felicito. ¡Otra vez me has ganado! —Bujarin le preguntó en qué sentido lo decía—: Una buena esposa, una esposa guapa ... más joven que mi Nadia.[4]

En casa, la actitud de Stalin oscilaba entre la del marido ausente y tiránico, y el hombre asustado. En otro tiempo Nadia había delatado a los disidentes que había en la Academia: durante aquellos últimos meses, resulta difícil determinar si se dedicó a denunciar a los enemigos o a fastidiar a Stalin cuando ordenaba arrestarlos. Se cuenta que aquella «mujer cascarrabias» le gritó en una ocasión:

—¡Eres un torturador, eso es lo que eres! ¡Torturas a tu propio hijo, a tu mujer y a todo el pueblo ruso!

Una vez que Stalin se puso a discutir sobre la supremacía del Partido respecto a la familia, Yenukidze le contestó:

—¿Qué me dices de tus hijos?

—¡Son DE ELLA! —replicó el primer secretario señalando con el dedo a Nadia, que salió corriendo de la habitación entre lágrimas.

Nadia estaba cada día más histérica o, como decía Molotov, «desequilibrada». La hija de Sergo, Eteri, que tenía buenos motivos para odiar a Stalin, cuenta la siguiente anécdota:

—Stalin no la trataba bien, y ella, como todos los Alliluyev, era inestable.

Al parecer, estaba cada día más alejada de los niños y de todo lo que la rodeaba. El propio Stalin confesó a Jrushchov que a veces él mismo se encerraba en el cuarto de baño, mientras ella golpeaba la puerta diciendo a gritos:

—¡Eres un hombre imposible! ¡Es imposible vivir contigo!

Esta imagen de Stalin como un marido calzonazos e impotente, sitiado en el cuarto de baño por una Nadia enfurecida, debe considerarse la visión más extravagante del «hombre de acero» que podamos imaginar en toda su carrera. Estando como estaba él mismo en plena crisis, con su misión en grave peligro, Stalin debió de sentirse desconcertado ante el histerismo de Nadia. Ésta comentó con una amiga que «todo la aburría; estaba harta de todo».

—¿Pero qué me dices de los niños? —le preguntó la amiga.

—¡De todo! ¡Hasta de los niños!

Semejante afirmación nos da una idea de las dificultades a las que había de enfrentarse Stalin. El estado mental de Nadia suena más a enfermedad psico-

lógica que a desesperación causada por las protestas políticas o incluso por la rudeza de su marido. «Tenía ataques de melancolía», le dijo Zhenia a Stalin; estaba «enferma». Los médicos le recetaron «cafeína» para levantarle los ánimos. Stalin echaría más tarde la culpa de todo a la cafeína, y con razón: la cafeína debió de exacerbar su desesperación de manera desastrosa.[5]

* * *

El propio Stalin se ponía histérico al darse cuenta de que las vastas estepas de Ucrania escapaban a su control: «Parece que en algunas regiones de Ucrania el poder soviético ha dejado de existir —escribió en una nota a Kosior, miembro del Politburó y máximo dirigente de Ucrania—. ¿Es cierto? ¿Es tan mala la situación en las aldeas ucranianas? ¿Qué está haciendo la GPU? Quizá te decidas a comprobar el problema y tomes las medidas necesarias.»[6] Los jerarcas volvieron a recorrer de cabo a rabo el interior del país en su afán de hacer acopio de grano, emprendiendo una serie de expediciones de carácter semimilitar todavía más feroces con soldados de la OGPU y militantes del Partido armados con pistolas: Molotov se trasladó a los Urales, el bajo Volga y Siberia. Estando allí, las ruedas de su coche se atascaron en un camino lleno de barro y el automóvil cayó en una zanja. Nadie resultó herido, pero Molotov afirmaría que «se ha atentado contra mi vida».[7]

Stalin se daba cuenta de las dudas de los dirigentes locales, circunstancia que le hizo comprender mejor que nunca la necesidad de un nuevo asistente, de carácter recio, como Beria, al que ascendió a máximo mandatario del Cáucaso. Tras convocar a los dirigentes georgianos a Moscú, Stalin se volvió airadamente en contra de los «caciques» de la vieja guardia bolchevique.

—Me ha dado la impresión de que en Transcaucasia no existe la menor organización de partido —manifestó de cara a la galería—. No existe más autoridad que la de los caciques, que votan a favor de cualquier individuo con el que se tomen una copa de vino ... Es un verdadero escándalo ... Debemos promocionar a hombres que trabajen con honradez ... ¡Y siempre que mandamos a alguien hasta allí, acaba convirtiéndose en otro cacique! —Todo el mundo se echó a reír, pero entonces Stalin se puso serio—: Aplastaremos todos sus huesos si no terminamos con ese gobierno de los caciques...

Sergo se hallaba ausente.

—¿Dónde está? —preguntó un funcionario del Partido a Mikoyan, quien le contestó:

—¿Por qué iba a participar Sergo en la coronación de Beria? Ya lo conoce lo suficiente.

Se produjo una oposición abierta al ascenso de Beria: los caciques locales casi habían conseguido relegarlo a una provincia remota, pero Stalin lo había salvado. El Vozhd definió entonces la esencia de la carrera de Beria:

—Resuelve los problemas mientras que el Buró se limita a hacerme llegar papeles.*

—No va a funcionar, camarada Stalin. No podemos trabajar juntos —replicó un georgiano.

—¡Yo tampoco puedo trabajar con ese charlatán! —dijo otro.

—Arreglaremos la cuestión según la forma rutinaria —comentó Stalin enojado, y puso fin a la reunión nombrando a Beria primer secretario de Georgia y segundo secretario de Transcaucasia contra la voluntad de los demás. Había llegado Beria.[8]

* * *

En Ucrania, Fred Beal recorría las aldeas, donde no quedaba viva ni un alma, y encontraba mensajes estremecedores junto a los cadáveres: «Dios bendiga a quien entre en esta casa. Que no sufran nunca lo que nosotros hemos sufrido», decía uno. Y en otro ponía: «Hijo mío, no hemos podido esperar más. Dios te ampare».

Kaganovich, que anduvo recorriendo Ucrania, no se conmovió. Se sintió particularmente ofendido por la actitud pusilánime de los dirigentes locales. «Querido Valerian —escribía cariñosamente a Kuibishev—. Estamos trabajando muchísimo en lo tocante a la preparación del grano ... Nos hemos visto obligados a criticar muchísimo a las provinicias, y en especial a Ucrania. Su actitud, particularmente la de Chubar, es muy mala ... He echado una regañina a las provincias.» Pero en medio de aquel páramo de desolación y muerte, Kaganovich no deseaba estropear las vacaciones a nadie: «¿Cómo te sientes? ¿Dónde piensas ir de vacaciones? No creo que te pida que vuelvas antes de que acabes tus vacaciones...».[9]

Tras celebrar una última reunión con Kaganovich y Ordzhonikidze en su despacho el 29 de mayo de 1932, Stalin y Nadia salieron hacia Sochi para tomarse unas semanas de descanso. Lakoba y Beria fueron a visitarlos, pero este último tenía ahora acceso directo a Stalin. Dejó en la estacada a su antiguo patrono, Lakoba, que murmuró a su oído:

—¡Qué persona más odiosa![10]

No sabemos cómo se llevaron aquellas vacaciones Stalin y Nadia, pero día tras día la presión fue aumentando. Stalin gobernaba por correspondencia un país al borde de la rebelión, recibiendo las malas noticias en montones de informes de la GPU, junto con las dudas de sus amigos.** Mientras Kaganovich

* Margaret Thatcher empleó una expresión similar hablando de su ministro favorito, lord Young: «Me aporta soluciones; otros no me traen más que problemas». Todos los líderes políticos aprecian a ese tipo de ayudantes.

** Stalin creía que su «círculo de amigos», cada vez menos acogedor debido a la lucha con-

sofocaba la rebelión de los trabajadores del sector textil de Ivanovo, Voroshilov estaba descontento y enviaba una curiosa carta a Stalin: «Por toda la región de Stávropol he visto que los campos están sin cultivar. Esperábamos una buena cosecha, pero no la hemos tenido ... En Ucrania, desde la ventanilla de mi tren la verdad es que los campos parecen estar menos cultivados todavía que en el norte del Cáucaso...». Voroshilov terminaba su nota en los siguientes términos: «Siento comunicarte estas cosas mientras estás de vacaciones, pero no puedo guardar silencio».[11]

Más tarde Stalin diría a Churchill que aquélla fue la época más difícil de su vida, peor incluso que la invasión de Hitler: «Fue una lucha terrible», en la que se vio obligado a acabar con «diez millones de personas. Fue terrible. Duró cuatro años. Fue absolutamente necesario ... Era inútil discutir con ellos. Algunos habían sido recolocados en la zona norte del país ... Otros perecieron a manos de los propios campesinos: tal era el odio que se sentía hacia ellos».[12]

Como es de suponer, los campesinos atacaban a los dirigentes comunistas. Sentado en la terraza de su dacha de Sochi, en medio de un calor asfixiante, Stalin, airado y a la defensiva, estaba furioso por la relajación de la disciplina y las traiciones cometidas dentro del propio Partido. En ocasiones como aquélla, parecía retirarse a una fortaleza de melodrama, cerrada a cal y canto y rodeada de enemigos. El 14 de julio, se puso a escribir una carta ordenando a Molotov y a Kaganovich, a la sazón en Moscú, que aprobaran una ley draconiana en virtud de la cual fueran fusilados los campesinos hambrientos que robaran incluso el salvado del grano. Los dos camaradas redactaron el famoso decreto contra la «apropiación indebida de los bienes socialistas», con graves penas «basadas en el texto de tu carta».* El 7 de agosto, el proyecto se convirtió en ley. Stalin se encontraba en un estado de pánico nervioso y escribía a Kaganovich lo siguiente: «Si no hacemos un esfuerzo por mejorar ahora la situación de Ucrania, puede que la perdamos». Stalin echaba la culpa de la situación a la debilidad y a la ingenuidad de su cuñado, Redens, jefe de la GPU de Ucra-

---

tra los opositores, empezaba a resquebrajarse a causa de la crisis y de las trifulcas entre Sergo y Molotov, según confesó a Kaganovich: el camarada Kuibishev, ya alcoholizado, «causa una mala impresión. Parece que rehúye el trabajo ... Peor aún es la conducta del camarada Ordzhonikidze. Éste indudablemente no tiene en cuenta que su conducta (con su mordacidad contra los camaradas Molotov y Kuibishev) provoca el desmoronamiento de nuestro grupo dirigente». Además, Stalin no estaba satisfecho ni de Kosior ni de Rudzutak, entre otros miembros del Politburó.

* Del mismo modo que el grano sirvió para engrosar la maquinaria industrial, también contribuyeron a ello los propios campesinos. Esa misma semana, Stalin y Sergo, que estaban de vacaciones en Sochi, ordenaron a Kaganovich y Molotov el traslado de otros veinte mil trabajadores forzosos, probablemente kulaks, para ser empleados en la nueva ciudad industrial que habían creado, Magnitogorsk. La represión proporcionaba mano de obra esclava quizá de manera deliberada.

nia, y al dirigente regional Kosior. La región estaba «plagada de agentes polacos, mucho más fuertes de lo que creen Redens y Kosior». Sustituyó a Redens por otro hombre más rudo.

* * *

Nadia regresó pronto a Moscú, quizá para estudiar, quizá porque la tensión reinante en Sochi se hacía insoportable. Sus jaquecas y sus dolores abdominales se agravaron. Esta situación, a su vez, no pudo más que aumentar la ansiedad de Stalin, pero sus nervios eran mucho más fuertes. Las cartas de Nadia no se han conservado: es posible que las destruyera él, o quizá no escribiera ninguna, pero sabemos que recibió influencias en contra de la campaña: «Era manipulada fácilmente por Bujarin y Yenukidze».

Voroshilov se opuso a Stalin y sugirió que su política podría haber encontrado resistencia de haber un esfuerzo concertado del Politburó. Cuando un camarada ucraniano llamado Korneiev disparó a un ladrón (posiblemente hambriento) y fue detenido, Stalin opinó que no debía ser castigado. Pero Voroshilov, erigido curiosamente en defensor de la moralidad, se fijó en el caso, descubrió que la víctima era un adolescente y escribió a Stalin apoyando la condena de Korneiev, aunque sólo fuera a un breve período de cárcel. El día que recibió la carta de Klim, el 15 de agosto, Stalin desautorizó airadamente al comisario de Defensa, liberó a Korneiev y le concedió un ascenso.[13]

Seis días después del enfrentamiento con Voroshilov, el 21 de agosto, Riutin, que ya había sido detenido con anterioridad por criticar a Stalin, se reunió con algunos camaradas para suscribir su «Llamada a todos los miembros del Partido», un manifiesto devastador en pro de su destitución. Al cabo de unos días, Riutin fue denunciado a la GPU. La postura enfrentada de Riutin, que se produjo con tanta rapidez después del asunto Sirtsov-Lominadze y de las vacilaciones de Voroshilov, dejaron perplejo a Stalin. El 27 de agosto, estaba de vuelta en el Kremlin para reunirse con Kaganovich. Quizá volviera también para encontrarse con Nadia.[14]

Al margen de lo horrible que fuera la situación del país, la salud de su esposa habría bastado para minar la moral de una persona fuerte. Nadia estaba terriblemente enferma, padecía «dolores agudos en la región abdominal» y, según añadía el médico en sus notas, debía «volver para someterse a más exámenes». La causa de su estado no sólo era la tensión psicosomática provocada por la crisis, sino también las secuelas del aborto sufrido en 1926.

El 31 de agosto, Nadia se sometió a nuevos exámenes. ¿La acompañó Stalin a la clínica Kremlevka? Aquel día el mandatario sólo tuvo dos citas, una a las 16.00 y otra a las 21.00, como si hubiera dejado su jornada abierta deliberadamente. Los médicos hicieron el siguiente comentario: «Examen para discutir la eventualidad de una operación en el plazo de 3-4 semanas». ¿Iban a

operarla del vientre o de la cabeza? En cualquier caso, no la operaron de nada.[15]

El 30 de septiembre Riutin fue detenido. Es posible que Stalin, con el apoyo de Kaganovich, pidiera la pena de muerte para él, pero la ejecución de un camarada —un «hermano de la espada»— suponía un paso muy peligroso, al que se habrían opuesto Sergo y Kirov. No existen pruebas de que llegara a discutirse formalmente semejante eventualidad; Kirov además no asistió a las reuniones del Politburó de finales de septiembre y de octubre. Por otra parte, Stalin no habría propuesto semejante medida sin tantear primero a Sergo y a Kirov, del mismo modo que había hecho ya en 1930 con ocasión del caso Tujachevski. Lo más probable es que nunca llegara a proponerla concretamente. El 11 de octubre, Riutin fue condenado a diez años de reclusión en un campo de concentración.

La «Plataforma» de Riutin llegó a afectar a la familia de Stalin. Según el guardaespaldas Vlasik, Nadia consiguió una copia del documento de Riutin gracias a sus amigos de la Academia y se la enseñó a Stalin. Ello no significa que se sumara a la oposición a su marido, si bien parece una actitud un tanto agresiva, aunque también es posible que sólo quisiera ser útil. Después se encontraría el documento en su habitación. Ya en los años cincuenta, Stalin reconocería que no le había hecho demasiado caso durante aquellos últimos meses: «Tenía tanta presión encima... tantos enemigos. Teníamos que trabajar día y noche...».[16] Puede que las cuestiones literarias constituyeran una buena distracción.

7

Stalin, el intelectual

El 26 de octubre de 1932, una minoría selecta de cincuenta escritores fue invitada misteriosamente a la mansión *art déco* del mayor novelista ruso vivo, Maxim Gorki.* Éste, ojeroso y de elevada estatura, con su bigote ya canoso, pues en aquellos momentos tenía sesenta y cuatro años, recibió a los invitados en la escalera. El comedor estaba lleno de mesas cubiertas con manteles blancos impecables. Todos esperaban con gran emoción. Llegó por fin Stalin en compañía de Molotov, Voroshilov y Kaganovich. El Partido se tomaba la literatura tan en serio que los jerarcas editaban personalmente las obras de los escritores más destacados. Después de una breve charla, Stalin y sus camaradas se sentaron a la mesa al lado del propio Gorki. Stalin dejó de sonreír y se puso a hablar de la creación de una nueva literatura.

Aquélla fue una ocasión trascendental: Stalin y Gorki eran los dos hombres más famosos de Rusia, y su relación constituía el barómetro de la propia literatura soviética. Desde finales de los años veinte, Gorki había estado tan próximo a Stalin que había pasado sus vacaciones con él y con Nadia.[1] Nacido en 1868, su verdadero nombre era Maxim Peshkov, y utilizó sus amargas experiencias (de donde extrajo el seudónimo Gorki) de huérfano árabe de la calle que había sobrevivido a las más «viles abominaciones» alimentándose con los desperdicios de los demás junto con otros desheredados por las aldeas del país, para escribir varias obras maestras que sirvieron de inspiración a la Revolución. En 1921, sin embargo, desilusionado de la dictadura de Lenin, marchó a vivir al exilio en una villa de Sorrento, en Italia. Stalin no dudó en sondearlo con la intención de hacerlo volver a la URSS. Mientras tanto había puesto toda la literatura soviética bajo la férula de la RAPP (Asociación Rusa de Es-

* Ninguno de los grandes escritores, como Ajmatova, Mandelstam, Pasternak, Bulgakov o Babel asistió a la reunión, pero sí Sholojov, al que Stalin consideraba «un gran talento artístico».

critores Proletarios), «la sección literaria del plan quinquenal diseñado por Stalin para la industria», que acosaba y atacaba a los autores que no describían el «gran cambio» con entusiasmo místico. Gorki y Stalin iniciaron un complejo *pas de deux* en el que la vanidad, el dinero y el poder tuvieron mucho que ver a la hora de animar al escritor a regresar a su país. Aunque la experiencia que había tenido Gorki del brutal atraso del campesinado hacía que apoyara la guerra declarada por Stalin en las aldeas, opinaba que el tenor general de la literatura de la RAPP era calamitoso. En 1930 los generosos regalos de la GPU ya habían hecho más llevadera la vida de Gorki en Rusia.[2]

Stalin desplegó sus encantos felinos alrededor del novelista.* En 1931, Gorki volvió a la URSS para convertirse en el ornamento literario de Stalin, tras concedérsele un suculento subsidio, aparte de los millones que le reportaran sus libros. El escritor vivía en Moscú en una mansión que había pertenecido al multimillonario Riabushinski, poseía una gran dacha a las afueras de la capital y una villa-palacio en Crimea, y tenía a su servicio a un numeroso personal, compuesto en su totalidad por agentes de la GPU. Las casas de Gorki se convirtieron en el cuartel general de la intelectualidad, y desde allí prestaba ayuda a jóvenes escritores brillantes, como Isaac Babel y Vasili Grossman.

Los jerarcas acogieron a Gorki como si se tratara de una celebridad literaria de su propiedad, mientras que el jefe de la Cheka, Yagoda, se encargó de los detalles concernientes a la administración de la casa de Gorki, donde acabaría pasando cada vez más tiempo. Stalin llevó a sus hijos a ver a Gorki, con los nietos del cual estuvieron jugando; Mikoyan llevó a sus hijos a jugar con el monito de Gorki, y Voroshilov lo visitó para cantar canciones con él. La nieta del escritor, Martha, jugó un día con Babel, y al día siguiente lo hizo con Yagoda.

Stalin lo encontraba de su agrado. «Gorki estuvo aquí —escribía a Voroshilov en una esquela que, por lo demás, no lleva fecha—. Hablamos de cosas. Una buena persona; es listo y cariñoso. Le gusta nuestra política. Lo comprende todo ... En política está con nosotros y contra la derecha.» Pero también era consciente de que el escritor era un valor que podía ser comprado. En 1932, ordenó la celebración del cuadragésimo aniversario literario de Gorki. Su ciudad natal, Nizhni Nóvgorod, fue rebautizada con su nombre, lo mismo

* «Durante el Congreso estuve ocupado trabajando», decía en una carta de 1930 a Gorki en tono amistoso, casi confidencial. «Ahora las cosas son distintas y puedo escribir. Naturalmente no está bien, pero ahora tenemos la oportunidad de enmendar el yerro. "Si no hay yerro, no hay arrepentimiento, y si no hay arrepentimiento, no hay salvación." Dicen que está usted escribiendo una obra acerca de los elementos subversivos y que busca nuevos materiales. Yo estoy reuniendo bastante y se lo enviaré... ¿Cuándo vendrá usted a la URSS?» Trataba a Gorki casi como a un miembro del gobierno soviético, llegándolo a consultar acerca del ascenso de Molotov. Cuando se retrasaba en contestar a sus cartas, Stalin pedía disculpas por semejante comportamiento «de cerdo».

que la principal calle de Moscú, la Tverskaya. Cuando Stalin puso al Teatro del Arte de Moscú el nombre del escritor, el burócrata literario Ivan Gronski comentó:

—Pero camarada Stalin, el Teatro del Arte de Moscú realmente está más relacionado con Chejov...

—No importa. Gorki es muy vanidoso. Debemos atarlo con sogas al Partido —replicó Stalin.[3]

La medida funcionó: durante la eliminación de los kulaks, Gorki dio rienda suelta al odio que sentía hacia los campesinos atrasados en *Pravda*: «Si el enemigo no se rinde, debe ser exterminado». Hizo una gira por los campos de concentración y se declaró admirador de su función reeducadora. Prestó su apoyo a proyectos basados en el trabajo de mano de obra esclava, como, por ejemplo el canal Belomor, que visitó en compañía de Yagoda, al que felicitó: «¡Vosotros, los más rudos, no os dais cuenta de la gran labor que estáis realizando!».[4]

Yagoda, el dominante jefe de la policía secreta, siguió los pasos de Stalin. «La primera generación de jóvenes chekistas... se distinguió por sus gustos sofisticados y su debilidad por la literatura», escribiría Nadezhda Mandelstam. «Los chekistas eran la vanguardia del Pueblo Nuevo.» El gran señor de aquella vanguardia era Yagoda, por aquel entonces de treinta y nueve años, que se enamoró de la nuera de Gorki, Timosha, «joven, muy hermosa y alegre, sencilla, deliciosa», y casada con Max Peshkov.

Genrij Yagoda (su verdadero nombre era Enoch), hijo de un joyero, había estudiado estadística y farmacia como ayudante de un boticario, había ingresado en el Partido en 1907, y había nacido también en Nizhni Nóvgorod, lo que le sirvió de carta de presentación ante el escritor.* «Superior a todos los seres» que lo seguían, en palabras de Anna Larina, Yagoda se convirtió en un «arribista ... corrupto», aunque nunca llegó a ser un hombre de Stalin. Había estado bastante cerca de los derechistas, pero en 1929 cambió de chaqueta. Su gran logro, gracias al apoyo de Stalin, fue la creación, gracias a la mano de obra esclava, del inmenso imperio económico de los gulags. Yagoda era retorcido, bajito y tenía propensión a la calvicie, iba siempre rigurosamente vestido de uniforme, era aficionado a los vinos franceses y a los juguetes eróticos; era otro asesino al que se le daba bien la jardinería y que se jactaba de las «dos mil orquídeas y rosas» que florecían en su enorme dacha, llegando a gastar casi cuatro millones de rublos en decorar sus residencias. Frecuentaba las ca-

* Estaba casado además con una mujer de la aristocracia revolucionaria: Ida, su esposa, era sobrina de Sverdlov, el genio organizador y primer jefe del Estado de la URSS. Casualmente, Gorki era padre adoptivo del tío de Ida. Cuñado de Yagoda era Leopold Averbach, escritor proletario que había ocupado la presidencia de la RAPP y que contribuyó a atraer a Gorki de nuevo a Moscú, de cuyo círculo pasó a formar parte en cuanto llegó.

sas de Gorki y cortejaba a Timosha regalándole ramos de sus propias orquídeas.[5] Gorki fue nombrado presidente de la Unión de Escritores y aconsejó a Stalin acabar con la RAPP, que fue abolida en abril de 1932, causando las delicias y al mismo tiempo la confusión de los intelectuales, que esperaban ansiosamente que se produjera alguna mejora. Fue entonces cuando llegó esta invitación.

Jugando ominosamente con un cortaplumas de nácar y adoptando de repente un aire «severo», con un «regusto a hierro» en la voz, Stalin hizo la siguiente proposición:

—El artista debe mostrar fielmente la vida. Y si muestra fielmente nuestra vida, no puede dejar de mostrar que se dirige hacia el socialismo. Eso es y debe ser el realismo socialista.

En otras palabras, los escritores tenían la obligación de describir lo que debía ser la vida, haciendo un panegírico del futuro utópico, y no lo que era. Se produjo entonces un toque grotesco, obra inconsciente, como de costumbre, de Voroshilov.

—Producís los bienes que necesitamos —dijo Stalin—. Más que metralletas, tanques o aviones, necesitamos almas humanas.

Voroshilov, tan torpe como siempre, se tomó estas palabras al pie de la letra e interrumpió a Stalin para puntualizar que los tanques también eran «muy importantes».

—Los escritores sois —afirmó Stalin— ingenieros de almas humanas.

Aquella sorprendente expresión era de una audacia y una crudeza increíbles. Señaló con el dedo a los que estaban sentados más cerca de él.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —comentó el escritor que tenía más cerca—. Yo no lo discuto.

—¿Qué tiene de bueno no discutir? —volvió a terciar Voroshilov—. Debéis seguir así.

Para entonces, algunos escritores ya estaban ebrios del vino de Gorki y del denso aroma del poder. Stalin volvió a llenar sus copas. Alexander Fadeiev, el novelista borracho y el burócrata literario más destacado, pidió a Mijail Sholojov, el novelista cosaco favorito de Stalin, que cantara algo. Los escritores brindaron con Stalin.

—¡Bebamos a la salud del camarada Stalin! —propuso el poeta Lugovskoi. El novelista Nikoforov se levantó de un brinco y dijo:

—¡Ya estoy harto! Hemos bebido a la salud de Stalin un millón ciento cuarenta y siete mil veces. Probablemente él mismo esté ya también harto...

Se hizo el silencio. Pero Stalin dio un apretón de manos a Nikoforov:

—Gracias, Nikoforov, gracias. Efectivamente estoy harto.[6]

* * *

No obstante, Stalin no se cansaba nunca de tratar con escritores. Cuando Mandelstam comentaba que la poesía era más respetada en Rusia, donde «la gente era asesinada por ella», que en cualquier otra parte, tenía razón. Stalin concedía mucha importancia a la literatura. Es posible que pidiera «ingenieros del alma humana», pero distaba mucho de ser el filisteo zafio que sus maneras nos podrían hacer pensar que era. No sólo admiraba y apreciaba la gran literatura, sino que además sabía distinguir entre los intrusos y los genios. Desde su estancia en el seminario, durante la última década del siglo XIX, había leído con voracidad, a razón, según decía, de quinientas páginas diarias. En el destierro, cuando murió un compañero de reclusión, Stalin robó su biblioteca y se negó a compartirla con sus camaradas ofendidos. Su avidez de conocimientos literarios fue un factor casi tan determinante en él como su fe en el marxismo y su megalomanía: cabría decir que éstas fueron las tres pasiones de su vida. No poseía talento literario, pero si atendemos sólo a sus lecturas, fue todo un intelectual, pese a ser el hijo de un simple zapatero remendón y de una lavandera. Desde luego podemos afirmar sin temor a la exageración que Stalin fue el gobernante más leído de Rusia desde Catalina la Grande hasta Vladimir Putin, más incluso que Lenin, que fue un intelectual nada despreciable y había gozado de las ventajas de la educación de un aristócrata.

«Trabajaba muy duro para superarse a sí mismo», diría Molotov. Su biblioteca estaba formada por veinte mil volúmenes usados.

—Si quieres conocer a las personas que te rodean —decía—, fíjate en lo que leen.

Entre sus libros, Svetlana encontró desde la *Vida de Jesús* a las novelas de Galsworthy,* Wilde, Maupassant, y posteriormente las de Steinbeck y Hemingway. Su nieta se fijaría más tarde en que leía a Gogol, Chejov, Victor Hugo, Thackeray y Balzac. Durante su vejez seguiría descubriendo a Goethe. Y «adoraba a Zola».

Los bolcheviques, que creían en la perfectibilidad del hombre nuevo, eran autodidactas ávidos, y Stalin fue el más acabado y diligente representante de esa actitud. Leía con seriedad, tomando notas, aprendiendo nuevas citas, como un estudiante omnipotente, y dejó numerosas anotaciones al margen en libros de variado contenido que irían desde las obras de Anatole France a la *Historia de la antigua Grecia* de Vipper. Poseía «buenos conocimientos de historia antigua y de mitología», recordaba Molotov. Era capaz de hacer citas de la Biblia, de Chejov y del *Buen soldado Svejk*, así como de Napoleón, Bismarck y Talleyrand. Su conocimiento de la literatura georgiana era tal que podía mantener

* *La saga de los Forsyte*, de Galsworthy, y *El último mohicano*, de Fenimore Cooper, probablemente fueran las obras extranjeras más populares entre todos los miembros del Politburó, que, al parecer, leyeron aquellas obras por considerarlas una condena sin paliativos de una familia capitalista y de la represión imperialista de los británicos en América.

abstrusas discusiones de poesía con el filósofo Shalva Nutsibidze, quien diría, mucho después de que Stalin dejara de ser un dios, que sus comentarios editoriales eran muy notables. Leía obras literarias en voz alta ante los integrantes de su círculo, por lo general obras de Saltikov-Shchedrin o alguna nueva edición de la epopeya medieval georgiana *El caballero de la piel de tigre*, de Rustaveli. Le encantaba *El último mohicano*, hasta el punto de dejar boquiabierto a un traductor al saludarlo en falsa lengua piel roja: «¡Gran jefe saludar rostro pálido!».

Sus gustos profundamente conservadores siguieron siendo decimonónicos incluso durante el auge modernista de los años veinte: se sintió siempre más cómodo con Pushkin y Chaikovski que con Ajmatova y Shostakovich. Respetaba a los intelectuales y su tono cambiaba por completo cuando trataba a un académico famoso: «Siento mucho no poder satisfacer sus peticiones en este momento, ilustre Nikolai Yakovlevich», escribía al lingüista N. Y. Marr. «Cuando acabe la conferencia, podré concederle cuarenta o cincuenta minutos, si le parece bien...»

Desde luego Stalin podía apreciar el genio, pero, como le sucedía con el amor y la familia, su fe en el progreso marxista estaba por encima de todo. Admiraba al «gran psicólogo» Dostoyevski, pero lo prohibió porque era «malo para el pueblo». Le divertían las sátiras del poeta Mijail Zoschenko, de Leningrado, hasta tal punto que, pese a la burla del burocratismo soviético que en ellas se hacía, solía leer extractos de las mismas a sus dos hijos, Vasili y Artiom, y al acabar estallaba en carcajadas: «¡Aquí es donde el camarada Zoschenko se acordó de la GPU y cambió el final!», chiste típico de su cinismo brutal mezclado con un humor macabro y desabrido. Reconocía que Mandelstam, Pasternak y Bulgakov eran genios, pero su obra fue retirada. No obstante, toleraba a los maestros de la fantasía: Bulgakov y Pasternak no fueron encarcelados nunca. Pero eso sí: ¡ay de cualquiera, genio o mediocridad, que ofendiera a la persona o la política de Stalin! Y es que las dos eran lo mismo.

Sus comentarios resultan particularmente fascinantes cuando tratan de un maestro como Bulgakov, cuyo drama sobre la guerra civil *Los días de los Turbín*, basado en su novela *La guardia blanca*, era el favorito de Stalin: lo vio quince veces. Cuando otro drama de Bulgakov, *Vuelo*, fue atacado y acusado de «antisoviético y derechista», Stalin escribió al director del teatro: «No conviene aplicar a la literatura los calificativos "derechista" e "izquierdista". Son términos propios del Partido. En literatura háblese de clase, de antisoviético, revolucionario o antirrevolucionario, pero no de derechas e izquierdas... Si Bulgakov añadiera a sus ocho dramas uno o dos más en los que descubriera el contenido social internacional de la guerra civil, el espectador comprendería que la honrada "Serafima" y el profesor fueron expulsados de Rusia no por el capricho de los bolcheviques, sino porque vivían a costa del pueblo. Resulta fá-

cil criticar *Los días de los Turbín*, resulta fácil rechazarla, pero es muy difícil escribir buenas obras de teatro. La impresión final que produce la obra es buena para el bolchevismo». Cuando no se permitió trabajar a Bulgakov, el escritor apeló a Stalin, que lo llamó por teléfono para decirle:

—Intentaremos hacer algo por usted.

Uno de los talentos de Stalin, aparte del estilo catequético de preguntas y respuestas, era su capacidad para reducir los problemas más complejos a una sencillez lúcida, don valiosísimo en un político. Era capaz de escribir, por lo general de su puño y letra, un telegrama diplomático, un discurso o un artículo él solo en la prosa más clara y a menudo sutil (como demostraría durante la guerra), pero también era capaz de emplear la crudeza más burda, aunque esta tendencia fuera en parte un reflejo de su machismo proletario intencionado.*

Stalin no era sólo el censor supremo; disfrutaba además desempeñando el papel de editor máximo del imperio, corrigiendo incansablemente la prosa de los demás, pues no había nada que le gustara más que garabatear la expresión que cubre las páginas de tantos volúmenes de su biblioteca, un seco: «¡Ja, ja, ja!».[7]

* * *

El sarcasmo de Stalin no ayudó a Nadia, cuya depresión, exacerbada por la cafeína y la tensión del propio Stalin, se agravó. No obstante, hubo también momentos de emotiva ternura. Nadia bebió algo que no acostumbraba a tomar y se sintió mal, por lo que Stalin la llevó a la cama:

—Así que al final me quieres un poquito —dijo Nadia patéticamente levantando los ojos hacia él. El propio Stalin contaría años más tarde el episodio a su hija.

En Zubalovo, donde se habían trasladado a pasar el fin de semana, Nadia, que no dirigió nunca ni una sola palabra de elogio a su hija, le advirtió que si Stalin le ofrecía vino, lo rechazara:

—¡No tomes alcohol!

Si Nadia consideraba las pequeñas indulgencias que pudiera tener Stalin con sus hijos un pecado grave, podemos imaginar la desesperación que llegaría a causarle su brusquedad con ella, por no hablar de la tragedia de los campesi-

* Cuando cayó en desgracia, Boris Pilniak, el novelista más respetado de Rusia hasta que regresó Gorki, escribió una desasosegada carta a Stalin preguntándole si podía marchar al extranjero: «Estimado camarada Pilniak —respondió el mandatario (haciendo gala de su sarcasmo, pues odiaba a este autor por el relato breve titulado "Cuento de la luna inextinta", en el que daba a entender que Stalin había planeado el asesinato médico del comisario de Defensa Frunze en 1925)—, las investigaciones demuestran que los órganos de control no se oponen a que marche usted al extranjero. Dudan que lo haga, pero ahora están dejando de dudarlo. Así, pues ... su marcha al extranjero es cosa decidida. Buena suerte. Stalin». Pilniak fue ejecutado el 21 de abril de 1938.

nos. Durante aquellos últimos días, Nadia visitó a su hermano Pavel y a la esposa de éste, Zhenia, que acababan de regresar de Berlín, en su piso de la casa del Malecón: «Me dijo hola con una frialdad enorme», señalaría Kira, su sobrina, pero por entonces Nadia era una mujer muy rígida. Pasó algunas noches trabajando en ciertos diseños con Dora Jazan, cuchicheando en el dormitorio de la hija de ésta, Natalia Andreyeva.

Así, pues, lo que nos queda es la inquietante imagen de un marido y una mujer que oscilaban entre la amabilidad cariñosa y las violentas explosiones de furia, y de unos padres que trataban a sus hijos de forma muy distinta. Los dos eran aficionados a humillar al otro en público, pero Nadia parece que seguía amando a «su hombre», como solía llamarlo. Fue una época tensa, pero existía una gran diferencia entre los dos componentes de aquella pareja tan excitable y suspicaz. Stalin tenía una fuerza aplastante, como comentaba Nadia a su madre: «Lo único que puedo decirte es que me asombran su fuerza y su energía. Sólo un hombre verdaderamente sano podría soportar la cantidad de trabajo que él realiza».

Ella, por su parte, era débil. Si uno de los dos debía romperse, tenía que ser ella. En cuanto a Stalin, su escasa implicación emocional le permitía capear el temporal, por fuerte que éste fuera.

Kaganovich salió una vez más de su feudo moscovita para aplastar a los disidentes de Kuban, ordenando que se llevaran a cabo represalias masivas contra los cosacos y deportando a Siberia a los habitantes de quince aldeas. Según él, aquello era «la resistencia de los últimos restos de las clases agonizantes, que da lugar tan sólo a una forma concreta de la lucha de clases». Y lo cierto era que las clases estaban agonizando realmente. Kopelev pudo ver a «mujeres y niños con los vientres hinchados, amoratados, todavía respirando, pero con los ojos vacíos y sin vida. Y cadáveres, cadáveres envueltos en pieles de cabra hechas jirones y botas baratas de fieltro; cadáveres en las barracas de los campesinos, en la nieve a medio fundir de la antigua Vologda, bajo los puentes de Járkov». «Lazar de hierro» ordenó la ejecución de numerosos campesinos que habían escondido grano y regresó a tiempo para asistir a la fatídica cena celebrada con motivo del aniversario de la Revolución.

El 7 de noviembre, los potentados recibieron los parabienes desde lo alto del mausoleo de Lenin, cuya construcción en mármol gris acababa de ser terminada. Se reunieron a primera hora en el piso de Stalin, todos provistos de gabán y sombreros, pues en la calle hacía un frío glacial. Nadia había ocupado ya su puesto en el desfile como delegada de la Academia. El ama de llaves y las niñeras se ocuparon de que Vasili y Artiom estuvieran vestidos y listos; Svetlana seguía en la dacha.

Poco antes de las ocho de la mañana, los mandatarios salieron charlando amigablemente del palacio Poteshni, cruzaron la plaza central y, pasando ante el palacio Amarillo, se dirigieron a las escaleras que conducían a lo alto del

mausoleo. Hacía un frío tremendo; el desfile duró cuatro horas.* Voroshilov y Budionni permanecieron a caballo en diferentes puertas del Kremlin. Cuando el reloj de la torre Spasski, el equivalente moscovita del Big Ben londinense, dio la hora, se dirigieron al trote para encontrarse delante del mausoleo, bajaron de sus cabalgaduras y se unieron al resto de las autoridades.

Mucha gente pudo ver a Nadia aquel día. No parecía ni deprimida ni descontenta con Stalin. Desfiló, levantando su rostro ovalado ante los líderes. Después se reunió con Vasili y Artiom en la tribuna situada a la derecha del mausoleo y se dio de manos a boca con Jrushchov, al que ella misma había presentado a Stalin. Miró a su marido, vestido con su buen gabán, y, como habría hecho cualquier esposa, se lamentó de que lo llevara abierto:

—Mi hombre no se ha puesto la bufanda. Cogerá frío y se pondrá malo —comentó, pero de repente la atacó una de sus dolorosas jaquecas—. ¡Mi cabeza! —dijo en tono quejumbroso, según recuerda Artiom.

Cuando acabó el desfile, los niños pidieron al ama de llaves que preguntara a Nadia si podían pasar el día de fiesta en Zubalovo. Resultaba más fácil convencer al ama de llaves que abordar a aquella madre tan severa.

—Que vayan a la dacha —dijo Nadia y añadió en tono cariñoso—: ¡Pronto me graduaré en la Academia y entonces habrá un día de fiesta de verdad para todos! —Y volvió a quejarse—: ¡Oh, mi cabeza!

Stalin, Voroshilov y los demás bebían en la salita situada detrás del mausoleo, donde siempre había dispuesto un bufé.

A la mañana siguiente los niños se marcharon a Zubalovo. Stalin trabajó como de costumbre en su despacho, reuniéndose con Molotov, Kuibishev y el secretario del Comité Central, Pavel Postishev. Yagoda le mostró las transcripciones de otra reunión contraria a Stalin celebrada por dos bolcheviques de la vieja guardia, Smirnov y Eismont, uno de los cuales había comentado con el otro: «No me digas que no hay nadie en todo este país capaz de destituirlo». Ordenaron la detención de ambos y luego se fueron a casa de Voroshilov a cenar. En esos momentos Nadia también se dirigía hacia allí. No podía estar más guapa.[8]

Más tarde, en la madrugada, Nadia cogió la pistola Mauser que le había regalado su hermano Pavel y la puso sobre la cama. El suicidio era una muerte propia de los bolcheviques: había asistido al funeral de Adolf Yoffe, el trotskista que en 1929 no había visto más forma de protestar contra la derrota de la

* Se habían dispuesto sillas escondidas para que los que tenían una constitución más débil descansaran y, lo que es mejor, detrás había una sala con un bar para quien necesitara animarse un poquito. El primer jefe del Estado bolchevique, Yakov Sverdlov, murió en 1919 después de asistir a un desfile gélido; Alexander Shcherbakov, miembro del Politburó, murió tras participar en el desfile de la victoria de 1945; y el presidente checo Klement Gottwald falleció tras aguantar durante horas el frío en los interminables funerales de Stalin en el mausoleo.

oposición a manos de Stalin que pegarse un tiro. En 1930 el poeta moderno Mayakovski también realizó aquel gesto de máxima protesta. La mujer de Stalin levantó la pistola hasta la altura del pecho y apretó el gatillo. Nadie oyó la voz de aquella minúscula arma femenina; los muros del Kremlin son muy espesos. Su cuerpo cayó rodando a los pies de la cama.[9]

Segunda parte

Dos tipos divertidos: Stalin y Kirov, 1932-1934

8

El funeral

Nadia murió al instante. Horas más tarde, Stalin estaba de pie en el comedor intentando digerir la noticia. Preguntó a su cuñada Zhenia Alliluyeva «qué era lo que faltaba en él». La familia no salía de su asombro al oírle decir que iba suicidarse, posibilidad que «hasta entonces nunca le habían oído» mencionar. Stalin permaneció en su cuarto lleno de aflicción durante varios días: Zhenia y Pavel decidieron quedarse con él para estar seguros de que no se hacía daño a sí mismo. No podía entender por qué había ocurrido aquello, preguntándose lleno de furia qué significaba. ¿Por qué precisamente a él le habían dado esa terrible puñalada por la espalda? «Era demasiado inteligente para no darse cuenta de que la gente siempre se suicida para castigar a alguien...», escribiría su hija Svetlana, por lo que siguió preguntando si era cierto que había sido poco considerado, si acaso no la había querido lo suficiente. «He sido un mal marido —le confesó a Molotov—, nunca tuve tiempo de llevarla al cine.» «¡Ha dado un vuelco total a mi vida!», le dijo a Vlasik.

—¡Bonito regalo le trajiste, maldita sea! ¡Una pistola! —exclamó mirando a Pavel con tristeza.

Hacia la una de la tarde, el profesor Kushner y un colega suyo examinaron el cadáver de Nadezhda Stalin en su pequeño dormitorio. «La posición del cuerpo —garabateó el doctor en una hoja de papel arrancada del cuaderno de ejercicios de uno de los niños— es la siguiente: la cabeza descansa sobre la almohada, vuelta hacia la derecha. Junto a la almohada, sobre la misma cama, hay una pequeña pistola». El ama de llaves debió de colocarla de nuevo sobre la cama. «El rostro tiene una expresión absolutamente serena, con los ojos entrecerrados o semiabiertos. En la parte derecha de la cara y del cuello hay unas marcas azules y rojas y sangre...» En el rostro había algunos contusiones: ¿Tenía en realidad Stalin algo que ocultar? ¿Había vuelto al piso, había discutido con ella, la había golpeado y luego le había pegado un tiro? Teniendo en cuen-

ta su sangriento historial, una muerte más no habría sido imposible. Sin embargo, las contusiones podía habérselas causado ella sola al caer de la cama. Ninguno de los que tuvieron conocimiento de lo sucedido aquella noche sugirieron en ningún momento que Stalin la matara. Pero indudablemente él sabía que sus enemigos podían empezar a murmurar que lo había hecho.

«Hay un orificio de cinco milímetros encima del corazón, un orificio abierto», señalaba el doctor. «Conclusión: la muerte se produjo inmediatamente por una herida abierta en el corazón.» Este pedazo de papel, que en la actualidad puede verse en el archivo estatal, no volvería a aparecer en público durante seis décadas.

Molotov, Kaganovich y Sergo no hacían más que ir y venir, decidiendo lo que había que hacer: como era de rigor en momentos como aquél, el instinto bolchevique decía que había que mentir y tapar las cosas, aunque en este caso, si hubieran tenido una actitud más abierta, habrían podido librarse de las calumnias más devastadoras. Era bastante evidente que Nadia se había suicidado, pero Molotov, Kaganovich y el padrino de la difunta, Yenukidze, obtuvieron el beneplácito de Stalin para no hacer público aquel acto de autodestrucción, que podía ser considerado un acto de protesta política. Dirían que Nadia había muerto de apendicitis. Los médicos, corporación cuya fidelidad al juramento hipocrático era socavada tanto por los bolcheviques como por los nazis, pusieron su firma para corroborar semejante mentira. Se hizo saber a los criados que Stalin había estado en su dacha con Molotov y Kalinin, pero éstos, como por lo demás habría cabido esperar, no tardaron en propalar chismes muy peligrosos.

Yenukidze redactó el anuncio de la muerte y luego escribió una carta de condolencias para que fuera publicada al día siguiente en *Pravda*, firmada por todas las esposas de los líderes y luego por éstos, empezando por las cuatro mejores amigas de Nadia, Ekaterina Voroshilova, Polina Molotova, Dora Jazan y Maria Kaganovich: «Nuestra íntima amiga, una persona con un alma maravillosa.... joven, vigorosa y entregada al Partido Bolchevique y a la Revolución». Incluso una muerte como ésa era vista por aquellos fundamentalistas dogmáticos en términos de bolchevismo.[1]

Como Stalin no estaba en condiciones de hacer nada, Yenukidze y los demás jerarcas discutieron la organización de aquellos funerales tan singulares. El ritual mortuorio bolchevique combinaba elementos de la tradición zarista con su propia cultura. Los cuerpos de los difuntos eran amortajados y embellecidos por los mejores especialistas en pompas fúnebres, generalmente los profesores que se ocupaban del mantenimiento de la momia de Lenin; después eran expuestos en la capilla ardiente, para lo cual los rostros exangües eran maquillados con polvos de color rojo en medio de un decorado surrealista de exuberantes palmeras tropicales, ramos de flores, banderas rojas, todo ello envuelto en una iluminación artificial de tubos fluorescentes. Los miembros del

Politburó llevaban entonces el féretro abierto al salón de las columnas, donde montaban guardia junto a él como los caballeros de épocas pretéritas, y luego lo sacaban de allí. A continuación se realizaba la cremación del cadáver y se celebraba un emotivo funeral militar, en el que de nuevo los miembros del Politburó portaban a hombros un complejo catafalco en cuyo interior se disponía la urna con las cenizas, que luego colocaban en los muros del Kremlin. Pero debió de ser Stalin el que pidiera que esta vez se hicieran a la antigua usanza.

Yenukidze presidió la comisión para los funerales junto con Dora Jazan, la mujer de Andreyev, y Pauker, miembro de la Cheka sumamente próximo a Stalin. Por lo pronto se reunieron al día siguiente y decidieron cómo debía ser el cortejo fúnebre, cuál debía ser el lugar del enterramiento y quién iba a formar la guardia de honor. Pauker, experto en representaciones teatrales —no en vano era un antiguo peluquero de la ópera de Budapest— se encargó de las bandas de música: habría dos, una militar y otra de teatro, integrada por cincuenta músicos.[2]

Stalin no podía hablar. Pidió a Kaganovich, el mejor orador del Politburó, que pronunciara la oración de difuntos. Incluso aquel hombre, cuya energía era comparable a la de una apisonadora y que acababa de regresar de fusilar a cientos de cosacos inocentes del Kuban, se sintió abrumado por la responsabilidad de tener que pronunciar semejante discurso delante del propio Stalin, pero como ocurriría con tantas otras órdenes macabras que recibiera, «Stalin lo pedía y yo lo hacía».[3]

La muerte de Nadia a causa de una apendicitis se comunicó a los niños en Zubalovo: Artiom quedó muy afectado por el golpe, pero Vasili no se recuperaría nunca de él. Svetlana, de sólo seis años, no llegaba a entender qué finalidad tenía todo aquello. Voroshilov, tan amable en todo menos en materia de política, fue a visitarla, pero los sollozos le impidieron pronunciar palabra. Los niños mayores fueron trasladados a Moscú. Svetlana permaneció en el campo hasta el día del funeral.

Cuando el cadáver fue retirado del piso, a una hora indeterminada de la mañana del 10 de noviembre, una niña que vivía en el edificio de la Caballería, frente al palacio Poteshni, la residencia de Stalin, permaneció pegada a la ventana. Natalia Andreyeva, hija de Andreyev y de Dora Jazan, encargada de organizar las exequias junto con Yenukidze, vio cómo salía de la casa un grupo de hombres portando el féretro. Stalin caminaba a su lado, sin guantes pese al frío glacial, agarrado al ataúd y las lágrimas rodando por las mejillas.[4] Debieron de llevarse el cadáver a la Kremlevka para disimular las lesiones.

Los niños en edad escolar, Vasili Stalin y Artiom Sergeiev, llegaron al piso donde Pavel, Zhenia y Anna, la hermana de Nadia, se turnaban vigilando al desconsolado viudo, que permaneció todo el día en su habitación y no saldría de ella para cenar. El lúgubre apartamento estaba inundado de rumores: la madre de Artiom se presentó en la casa y cometió la imprudencia de decirle a su

hijo la tremenda verdad acerca del suicidio. Artiom se precipitó a preguntar al ama de llaves sobre el asunto. Tanto el niño como su madre recibieron una reprimenda. «¡Qué cosas vi en aquella casa!», recordaría Artiom.

Durante la noche, el cuerpo fue depositado en el salón de las columnas, en la Plaza Roja, donde en la actualidad se encuentran los almacenes GUM, pero que entonces estaba ocupado por el Comité Ejecutivo Central de Yenukidze. Sería el escenario de algunos de los grandes procesos del gobierno de Stalin y también se instalarían en él muchas capillas ardientes. A las ocho de la mañana del día siguiente, Yagoda pasó a integrar también la comisión para los funerales.

Los tres hijos de la difunta fueron llevados a la sala en la que yacía expuesto el cuerpo de Nadezhda Alliluyeva Stalin en un ataúd abierto, con la cara redonda rodeada de ramos de flores, las excoriaciones perfectamente disimuladas con polvos y colorete por los mejores embalsamadores de Moscú.

«Estaba hermosísima en el féretro, se la veía jovencísima, con un rostro claro y encantador», recuerda su sobrina Kira Alliluyeva. Zina Ordzhonikidze, la regordeta esposa del irrefrenable Sergo, por cuyas venas corría sangre yakuta, tomó a Svetlana de la mano y la llevó junto al ataúd. La criatura se puso a llorar y tuvieron que sacarla de allí. Yenukidze la consoló y mandó que se la llevaran de nuevo a Zubalovo. Sólo tendría conocimiento del suicidio de su madre diez años después, a través de las *Illustrated London News*.

Stalin llegó acompañado de los miembros del Politburó, que permanecieron de guardia junto al catafalco, tarea a la que deberían acostumbrarse durante los sanguinarios años sucesivos. Stalin no paraba de llorar. Vasili dejó a Artiom y corrió hacia Stalin. «Se agarró a su padre diciendo: "Papá, no llores".» En medio de un verdadero coro de sollozos de los familiares de Nadia y de los hombres fuertes del Politburó y de la Cheka, el Vozhd se acercó al ataúd con Vasili agarrado de la mano. Stalin miró a aquella mujer que lo había amado, odiado, castigado y rechazado. «Nunca había visto llorar a Stalin con anterioridad —diría Molotov—, pero allí de pie, junto al ataúd, las lágrimas corrían por sus mejillas.»

—Me ha dejado como si fuera su enemigo —comentó con amargura Stalin, pero entonces le oyó decir Molotov—: No te salvé.

Estaban a punto de clavar la tapa del ataúd cuando Stalin hizo parar de repente a los operarios. Para sorpresa de todos, se inclinó sobre el cadáver, levantó la cabeza de Nadia y empezó a besarla ardientemente. Aquel acto provocó más lágrimas todavía.

El féretro fue traslado a hombros hasta la Plaza Roja, donde fue depositado en un coche fúnebre negro con cuatro pequeñas cúpulas en forma de bulbo en cada esquina que sostenían un elaborado dosel. Semejante cortejo recordaba los de la época zarista. En torno al carruaje marchaba una guardia de honor y en las calles se dispuso una fila de soldados. Seis lacayos vestidos de negro lle-

vaban de las riendas otros tantos caballos y delante de todos, una banda militar tocaba la marcha fúnebre. Bujarin, íntimo amigo de Nadia, aunque la había corrompido políticamente, presentó sus condolencias a Stalin. El viudo recalcó curiosamente que después del banquete se había ido a la dacha; no se encontraba en el piso en el momento de la muerte. Ésta no había tenido nada que ver con él. Así pues, el propio Stalin se encargó de difundir su coartada.

El cortejo recorrió las calles, mientras la policía se encargaba de mantener al público a distancia. Aquél fue el primero de una larga serie de funerales en los que la causa de la muerte se ocultó a la mayoría de los participantes en el duelo. Stalin fue caminando entre Molotov y el astuto Mikoyan, el armenio con ojos de lince, flanqueados a su vez por Kaganovich y Voroshilov. Pauker, resplandeciente con su uniforme y la tripa embutida en su corsé invisible, marcaba el paso a un lado del grupo. Vasili y Artiom caminaban detrás de ellos, junto con la familia, la flor y nata del movimiento bolchevique y los delegados de la Academia de Nadia. Su madre, Olga, no dejaba de echarle las culpas de todo aquello:

—¿Cómo has podido hacer una cosa así? —decía dirigiéndose a la hija ausente—. ¿Cómo has podido dejar a los niños?

La mayor parte de los familiares y de los líderes políticos estaban de acuerdo con ella y compadecían a Stalin.

—Nadia se equivocó —declararía con franqueza Polina—. Lo abandonó en aquellos momentos tan difíciles.

Artiom y Vasili siguieron a la banda y perdieron de vista a Stalin. Unos han dicho que el viudo no asistió al funeral y otros que fue caminando todo el rato hasta el cementerio de Novodevichi. Ambas afirmaciones son inexactas. Yagoda insistió en que no era prudente que Stalin recorriera todo el itinerario a pie. Cuando el cortejo llegó a la plaza del Picadero, Stalin y la madre de la difunta fueron trasladados en coche al cementerio.

En Novodevichi, Stalin se situó a un lado de la tumba y los dos niños, Vasili y Artiom, se colocaron frente a él en el otro. Bujarin pronunció unas palabras y entonces Yenukidze anunció al principal orador:

—Resultó tan difícil —recordaría Kaganovich—, estando allí Stalin.

El comisario de hierro, más habituado a las soflamas huecas, pronunció el responso con el típico lenguaje bolchevique:

—Camaradas, asistimos al funeral de uno de los mejores miembros de nuestro partido. Se crió en el seno de una familia obrera bolchevique... orgánicamente relacionada con nuestro partido ... Fue la amiga devota de los encargados de gobernar... librando una dura lucha. Se distinguió por poseer los mejores rasgos de los bolcheviques: firmeza, dureza en la lucha ... —Y dirigiéndose al máximo líder, añadió—: Somos íntimos amigos y camaradas del camarada Stalin. Comprendemos el peso del dolor del camarada Stalin ... Entendemos que debemos compartir la carga de la pérdida del camarada Stalin.

Stalin cogió un puñado de tierra y lo arrojó sobre el ataúd. Se pidió a Vasili y a Artiom que hicieran lo mismo. Este último preguntó por qué debía hacerlo:

—Para que tenga un poco de tierra tocada por tu mano —le respondieron.

Posteriormente Stalin escogería el monumento destinado a adornar la tumba, en el que habría una rosa en memoria de la que llevó en el pelo aquella noche y un epitafio con las sagradas palabras: «Miembro del Partido Bolchevique». Durante el resto de su vida, Stalin meditaría sobre la muerte de Nadia.

—¡Oh Nadia, Nadia! ¿Qué es lo que hiciste? —murmuraría en su vejez y se excusaría diciendo—: Tenía una presión tan grande sobre mí.[5]

Aquel fracaso personal provocaría uno de los principales cambios de su carácter. El suicidio de un miembro de la pareja suele afectar al que le sobrevive dejándole el regusto amargo de la culpa, la traición y, sobre todo, del abandono. «A partir de 1932 —observaría Kaganovich—, Stalin cambió.»

Es indudable que la deserción de Nadia lo hirió y lo humilló, rompiendo uno más de los frágiles lazos de compasión humana que había en él, redoblando su brutalidad, su envidia y su autocompasión.

* * *

Los familiares se encargaron de vigilar a Stalin, ofreciéndose a trasladarse al piso de éste en cuanto necesitara lo más mínimo. Una noche, Zhenia Alliluyeva fue a visitarlo, pero no oyó el menor ruido. Luego sintió un chirrido espantoso y vio al Vozhd tumbado en un sofá, en penumbra, lanzando escupitajos contra la pared. Se dio cuenta de que llevaba allí mucho tiempo porque la pared estaba plagada de restos de saliva.

—¿Qué diantre haces ahí, Iosiv? —le preguntó—. No puedes seguir así.

Él no dijo nada y se quedó mirando cómo los chorretones de saliva caían por la pared.[6]

Por aquel entonces, Maria Svanidze, la esposa de Aliosha, su ex cuñado, que había empezado a escribir un curioso diario,* pensaba que la muerte de Nadia había hecho de él «un héroe menos marmóreo». En su desesperación, el político repetía una y otra vez dos preguntas:

—No os preocupéis de los niños, se olvidarán de ella en unos cuantos días, ¿pero cómo pudo hacerme esto a mí? —En otras ocasiones planteaba las cosas justo al revés, y preguntaba a Budionni—: Comprendo que me hiciera esto a mí, pero ¿y los niños? —La conversación acababa siempre de la misma manera—: Ha hecho añicos mi vida. Me ha dejado tullido.

* Maria «Marusia» Svanidze, se convertiría en un personaje fundamental del entorno de Stalin: el manuscrito de su diario, uno de los documentos más reveladores de los años treinta, fue guardado en el archivo del propio dictador.

Se trataba de un fracaso personal humillante que socavaba la confianza que tenía en sí mismo. Stalin, escribiría Svetlana, «deseaba dimitir, pero los del Politburó le decían: "¡No, no, tienes que seguir!"».

No tardó en recuperar la confianza mesiánica en su misión: la guerra contra los campesinos y los enemigos que tenía dentro del Partido. Pronto estaría pensando en los últimos detenidos, Eismont, Smirnov y Riutin, un ejemplar de cuya «Plataforma» había sido encontrado en la habitación de Nadia. Bebía muchísimo y sufría insomnio. Un mes después de la muerte de su mujer, el 17 de diciembre, garabateó una extraña nota que envió a Voroshilov:

«Los casos de Eismont, Smirnov y Riutin están llenos de alcohol. Vemos una oposición empapada en vodka. Eismont, Rikov. Cazar animales salvajes. Tomski, repito Tomski. Rugidos de animales salvajes que gruñen. Smirnov y otros rumores de Moscú. Como un desierto. Me encuentro fatal; apenas duermo.» La carta demuestra lo alterado que se hallaba Stalin después de la muerte de Nadia. Rebosa alcohol y desesperación.

Su actitud hacia los campesinos no se ablandó. El 28 de diciembre, Postishev le envió una nota acerca de la necesidad de apostar guardias de la GPU en los almacenes de grano debido a que la población hambrienta robaba muchísimo pan. Y a continuación añadía: «Ha habido importantes actos de sabotaje del suministro de pan en las fábricas de tractores colectivas ... Déjame mandar doscientos o trescientos kulaks de Dniepropetrovsk al norte por orden de la GPU».

«¡Muy bien, *Pravilno*!», anotó entusiasmado Stalin con lápiz azul.

La sombra de Nadia se cerniría sobre Stalin hasta su muerte. Siempre que se encontraba con alguien que conociera bien a Nadia, le hablaba de ella. Dos años más tarde, una vez que se encontró a Bujarin en el teatro, se perdió un acto entero de la obra hablando con él de Nadia y diciéndole que no podía vivir sin ella. A menudo hablaba de ella con Budionni.* La familia se reunía cada 8 de noviembre para recordarla, pero él odiaba aquellos aniversarios y prefería quedarse en el sur. No obstante, siempre guardaría fotos suyas, en ampliaciones cada vez mayores, en todas sus casas. Afirmaba que dejó de bailar a raíz de la muerte de Nadia.

Al *apparat* de Stalin llegaron miles y miles de cartas de condolencia, por lo que las pocas que decidió conservar resultan especialmente interesantes. «Era frágil como una flor», decía una. Quizá la conservara porque terminaba hablando de él: «Recuerda que te necesitamos, así que cuídate». Guardó asimismo una poesía dedicada a Nadia que le enviaron y en la que una vez más se aludía a la idea que tenía de sí mismo:

* Budionni había perdido a su primera esposa posiblemente debido a que se suicidó, tal vez después de descubrir la relación que mantenía con la que sería su segunda mujer, Olga, la cantante. Irónicamente, el otro líder soviético cuya mujer se había suicidado era el brillante oficial que tanto odiaba Stalin, Mijail Tujachevski.

Océano nocturno, tempestad violenta...
Una silueta hechizada en el puente de la nave.
Es el capitán. ¿Quién es?
Un hombre de carne y hueso.
¿O acaso es de hierro y acero?

Cuando unos estudiantes intentaron poner el nombre de Nadia a su instituto, no concedió el permiso solicitado, limitándose a remitir la instancia a Anna, la hermana de la difunta: «Cuando leas esta nota, déjala en mi escritorio». El dolor que le causaba el asunto seguía vivo dieciséis años después, cuando un escultor le escribió para decirle que deseaba regalarle un busto de Nadia. Stalin escribió una lacónica esquela a Poskrebishev, su jefe de gabinete: «Dile que has recibido la carta y que se la devuelves. Stalin».

No hubo tiempo para lutos. El Partido estaba en guerra.

* * *

A las cuatro de la tarde del 12 de noviembre, al día siguiente del funeral, Stalin llegó a su despacho para reunirse con Kaganovich, Voroshilov, Molotov y Sergo. Con ellos estaba también su amigo más íntimo, Sergei Mironich Kirov, primer secretario de Leningrado y miembro del Politburó. «Después de la trágica muerte de Nadia», Maria Svanidze comentaba que «Kirov sería la persona más próxima y la que llegó a mantener una relación más íntima y sencilla con Iosiv, la que le proporcionara el cariño y el calor que le hacían falta». Stalin recurrió a Kirov, quien, como él mismo diría, «me cuidó como si fuera un niño».[7]

Cantando siempre a voz en grito arias de ópera, rebosando buen humor y un entusiasmo infantil, Kirov era uno de esos hombres sin complicaciones que hace amigos con la mayor facilidad. De corta estatura, apuesto, con unos ojos marrones y hundidos ligeramente rasgados, con el rostro picado de viruelas, pelo castaño y pómulos marcados, gustaba tanto a los hombres como a las mujeres. Casado y sin hijos, se decía que era muy mujeriego y que sentía especial predilección por las bailarinas del Ballet Mariinski de Leningrado, que él mismo controlaba.* Desde luego seguía de cerca el ballet y la ópera, que escuchaba desde su apartamento a través de una conexión especial. Adicto al trabajo lo mismo que sus camaradas, a Kirov le gustaba la vida al aire libre, salir de acampada y de caza con su gran compañero de fatigas, Sergo. Al igual que Andreyev, era un montañero incansable, afición sumamente adecuada para un bolchevique. Se encontraba estupendamente dentro de su propia piel. Quizá fuera

* Por consiguiente es perfectamente lógico que el Ballet Mariinski pasara a llamarse Kirov a su muerte.

eso lo que hacía que le resultara tan atractivo a Stalin, cuyas amistades se parecían a las pasiones repentinas, y, lo mismo que las pasiones repentinas, podían convertirse rápidamente en angustioso resentimiento. En aquellos momentos deseaba estar con Kirov a todas horas: Kirov entraría y saldría de su despacho cinco veces durante los días inmediatamente posteriores al funeral de Nadia.

Kirov, cuyo verdadero nombre era Sergei Kostrikov, había nacido en 1886 en Urzhum, a casi setecientos kilómetros al noreste de Moscú, hijo de un contable disoluto que lo abandonó. Fue posteriormente enviado por la beneficencia a la Escuela Industrial de Kazán, en la que llegaría a destacar. Pero la revolución de 1905 truncó sus planes de ingresar en la universidad, y se afilió al Partido Socialdemócrata donde se convirtió en un revolucionario profesional. Entre un destierro y otro, contrajo matrimonio con la hija de un relojero judío, pero como les ocurría a todos los buenos bolcheviques, su vida personal, según diría su esposa, estaba «subordinada a la causa de la revolución». Durante la época de calma que precedió al estallido de la guerra, Kirov trabajó como periodista en la prensa burguesa, actividad que estaba estrictamente prohibida por el Partido y que supondría una grave mancha en su pedigrí de bolchevique. En 1917 se hallaba estableciendo el poder soviético en la zona del Terek, al norte del Cáucaso. Durante la guerra civil, Kirov fue, junto con Sergo y Mikoyan, uno de los aguerridos comisarios que actuaron en el norte del Cáucaso. En Astracán impuso el poder de los bolcheviques en marzo de 1919, con abundante derramamiento de sangre. Fueron asesinadas más de cuatro mil personas. No dudó en mandar fusilar a un burgués al que descubrieron escondiendo sus muebles. Sergo y él, cuyas vidas y cuyas muertes corrieron paralelas, organizaron la conquista de Georgia en 1921, permaneciendo después en Bakú y convirtiéndose en los dos bolcheviques más brutales de la generación de la guerra civil. Probablemente coincidiera con Stalin en 1917, pero no llegó a conocer a su patrono hasta las vacaciones de 1925:

«Querido Koba, estoy en Kislovodsk ... Me encuentro mejor. Dentro de una semana, iré a verte ... Recuerdos para todo el mundo. Saluda a Nadia», decía en una carta. Kirov era el favorito de la familia. Stalin puso en una copia de su libro *Sobre Lenin y el leninismo* la siguiente dedicatoria: «A S. M. Kirov, mi amigo y mi hermano muy querido». En 1926, Stalin destituyó a Zinoviev del poder que ocupaba en Leningrado y propuso que Kirov se encargara de la capital de Pedro el Grande, que por aquel entonces contaba con el segundo partido más numeroso del estado. Ingresó en el Politburó en 1930.[8]

Cuando Kirov le preguntó si podía tomar el avión para reunirse con él en el sur y pasar juntos las vacaciones de 1931, Stalin le contestó: «No tengo derecho a autorizar a nadie a volar ni se lo aconsejaría. Te pido humildemente que vengas en tren». Artiom, que tomó parte a menudo en esas vacaciones, recuerda que «Stalin quería tanto a Kirov, que iba a esperarlo al tren en Sochi». Stalin «siempre pasaba buenos ratos con Kirov», incluso nadando y visitando

los *banya*. A veces, mientras Kirov nadaba, «Stalin iba a la playa y se quedaba esperándolo», dice Artiom.

Tras la muerte de Nadia, la amistad de Stalin con «su Kirich» se intensificó. Stalin solía llamarlo a Leningrado, a cualquier hora de la noche: el teléfono *vertushka* puede contemplarse todavía junto a la cama de Kirov en su piso. Cuando iba a Moscú, Kirov prefería quedarse en casa de Sergo, quien sentía tanto afecto por su compañero del alma que, según recordaba su viuda, en una ocasión llegó a simular un choque de automóviles para que Kirov perdiera el tren que debía tomar.* No obstante, Kirov y Stalin eran «como un par de hermanos iguales, se gastaban bromas uno a otro, se contaban chistes verdes, y se reían», recuerda Artiom. «Grandes amigos, hermanos, que se necesitaban mutuamente.»[9]

Ello no significa que Stalin confiara ciegamente en Kirov. Durante el otoño de 1929, Stalin orquestó las críticas que vertió *Pravda* contra Kirov.[10] Por mucho que lo quisiera, Stalin podía también enfadarse con él. En junio de 1928, parece que un artículo suyo fue retocado cuando se publicó en *Leningradskaya Pravda*, hecho que dio lugar a una carta que pone de manifiesto la susceptibilidad paranoica de Stalin ante las cuestiones más baladíes: «Comprendo ... las razones técnicas ... Pero me he enterado de que no se han dado ejemplos parecidos de artículos de miembros del Politburó ... Parece extraño que las cuarenta o cincuenta palabras que han sido cortadas sean precisamente las más brillantes, y las que explican que los campesinos constituyen una clase capitalista ... Espero una explicación».[11]

Kirov no consideraba a Stalin ningún santo: en 1929, durante la celebración de su cumpleaños, ocasión en la que Stalin fue elevado al rango de Vozhd, los habitantes de Leningrado se atrevieron a mencionar la opinión que tenía Lenin de la crueldad de Stalin.[12] Kirov conocía bien la singular mente de éste: cuando un estudiante le planteó ciertas cuestiones de carácter ideológico, el máximo mandatario se las remitió a Kirov con la siguiente nota: «Kirov: lee la carta del estudiante Fedotov ... un joven totalmente analfabeto desde el punto de vista político. Podrías llamarlo por teléfono y hablar con él, probablemente sea un "militante del Partido" corrupto y borracho. Creo que no debemos presentárselo a la GPU. A propósito, el estudiante es un embustero de tomo y lomo, con una faceta antisoviética que oculta artificiosamente poniendo cara de decir: "Ayudadme a entender las cosas. Quizá vosotros las entendáis, yo no". ¡Saludos! Stalin».[13] Indudablemente, la intimidad que Kirov tenía con Sergo, Kuibishev y Mikoyan molestaba a Stalin. Los desafíos a los que hubo de hacer frente en 1932 —la Plataforma de Riutin, la posible resistencia de Kirov a ejecutar a Riutin, la hambruna, y el suicidio de Nadezhda— pusieron de manifiesto que Stalin necesitaba una lealtad más firme.

* La simulación de accidentes de coche, a menudo con consecuencias fatales, se convertiría en un curioso rasgo del régimen de Stalin.

A raíz de la muerte de Nadia, Kirov pasó a ser casi una parte de la familia. Stalin insistía en que se quedara en su casa, en vez de alojarse en la de Sergo. Kirov llegó a quedarse tantas veces en el piso de Stalin, que sabía dónde estaban las sábanas y las almohadas y se hacía él mismo la cama en el sofá. Los niños estaban locos por Kirov y a veces, cuando estaba en casa, Svetlana escenificaba una obra de teatro de muñecas para él. El juego favorito de la niña consistía en remedar a los miembros del gobierno. Su padre era el «primer secretario». La pequeña Stalin firmaba órdenes como, por ejemplo: «A mi primer secretario. Te ordeno que me permitas ir contigo al teatro». Y firmaba: «El ama o la patrona (*jozyaika*) Setanka». Colgaba sus mensajes en el comedor, encima de la mesita del teléfono. Stalin le respondía diciendo: «Obedezco». Kaganovich, Molotov y Sergo eran los segundos secretarios de Setanka, pero ella «mantenía una amistad especial con Kirov», señalaba Maria Svanidze, «pues Iosiv es muy bueno y tiene mucha intimidad con él».[14]

Stalin volvió a su ascética vida nómada de bolchevique clandestino, caracterizada por la tensión y la variedad del revolucionario fugitivo, salvo que en aquellos momentos sus imparables progresos se parecían más a la marcha de un jan mongol. Aunque era un ser rutinario, necesitaba estar en constante movimiento: en sus casas había camas, pero también divanes grandes y duros en todas las habitaciones:

«Nunca duermo en una cama», le dijo a un visitante; «siempre lo hago en un sofá», en el primero que pillara o aquel en el que estuviera leyendo. «¿Qué personaje histórico tenía unos hábitos tan espartanos?», preguntaba para responder él mismo con la omnisciencia del autodidacta: «Nicolás I».

La muerte de Nadia cambió, por supuesto, el modo en que vivían Stalin y sus hijos.[15]

9

El viudo omnipotente y su amorosa familia: Sergo, el príncipe bolchevique

Stalin no soportaba seguir viviendo en el piso del palacio Poteshni y en la mansión de Zubalovo porque eran también las casas de Nadia, y aquello resultaba demasiado doloroso para él. Bujarin se ofreció a cambiarle el piso. Stalin aceptó la oferta de su camarada y se trasladó al apartamento de Bujarin, situado en el primer piso del palacio Amarillo, de forma triangular, y como ya se ha dicho sede del antiguo Senado,* más o menos debajo de su despacho. Como éste se encontraba en el punto en el que confluían formando ángulo las dos alas del Senado, los «enterados» lo llamaban «la pequeña esquina». Su pavimento encerado, cubierto desde el centro por alfombras rojas y verdes, sus paredes revestidas de planchas de madera hasta la altura de los hombros, y sus cortinajes austeros, estaban siempre tan limpios y silenciosos como los de un hospital. El secretario de Stalin, Poskrebishev, se sentaba frente a la puerta en la antesala —su escritorio estaba siempre inmaculado— controlando la entrada. El despacho de Stalin propiamente dicho era alargado, espacioso y de forma rectangular, provisto de pesados cortinajes y de recargadas estufas rusas sobre las cuales apoyaba la espalda para calmar el dolor que atenazaba sus miembros. Al fondo, en el ángulo de la derecha, había un escritorio enorme, mientras que a

* El actual presidente Putin sigue gobernando desde ese edificio, sede del poder en Rusia desde los tiempos de Lenin. El jefe de personal de Putin trabaja en el antiguo despacho de Stalin. Hasta 1930, Stalin siguió teniendo su despacho principal en el quinto piso del edificio de granito gris del Comité Central, en la plaza Vieja, en lo alto de la colina del Kremlin, donde contó siempre con los buenos servicios de sus secretarios, Lev Mejlis, que ascendió a tareas más importantes, y luego Tovstuja, que murió prematuramente. Fue allí donde Stalin planificó sus campañas contra Trotski, Zinoviev y Bujarin. En 1930, Poskrebishev y el sector especial, verdadero fulcro de la dictadura de Stalin, se trasladaron al palacio Amarillo (llamado también Sovnarkom o edificio del Consejo de Ministros), donde se reunía el Politburó, trabajaba Stalin, y a partir de este momento también viviría.

la izquierda, junto a los retratos de Marx y Lenin, había una mesa alargada recubierta de tapete verde y rodeada de sillas de respaldo recto y fundas blancas.[1]

Un piso más abajo, el apartamento «formal», triste, con sus «techos abovedados», se convertiría en su residencia moscovita hasta su muerte. «No parecía una casa», escribiría Svetlana. En otro tiempo había sido un pasillo. Stalin esperaba que los niños estuvieran allí cada noche, cuando él bajara a cenar y a revisar y firmar sus deberes escolares, como cualquier padre cariñoso. Hasta el estallido de la guerra, siguió adelante con aquella rutina obligatoria y en los archivos se conservan algunos de los informes enviados a los profesores de sus hijos.

A los niños les encantaba Zubalovo. Aquella casa era su verdadero hogar, por lo que Stalin decidió no desarraigarlos de él y construirse una dacha para sí mismo «de un solo piso, maravillosa, espaciosa y moderna», en Kuntsevo, a nueve kilómetros del Kremlin. Esta casa se convertiría en su principal residencia —precisamente llegaría a morir en ella veinte años más tarde—, si bien con el paso del tiempo acabaría convirtiéndose en una mansión de dos pisos, sumamente austera a pesar de su tamaño, pintada en un lúgubre verde camuflaje, provista de un complejo de dependencias para los guardias, casas de invitados, invernaderos, unos baños rusos y una casita especial destinada a biblioteca, todo rodeado de pinares, dos setos concéntricos, innumerables controles y por lo menos cien guardias.* Allí veía satisfechos sus deseos naturales de privacidad, y aquella casa era la expresión externa de su distanciamiento emocional: no se quedaban a dormir ni guardias ni criados; a menos que fueran a pasar la noche en ella algunos amigos, el dictador se encerraba en su interior completamente solo. Stalin se marchaba a Kuntsevo después de cenar: estaba tan cerca que a menudo los miembros de su círculo decían «ahí al lado» para referirse a ella, dado que a veces se quedaba a dormir «allá lejos», en su otra casa, la de Semionovskoie. En Zubalovo, el «paraíso semejante a una isla encantada» de Svetlana, seguiría viviéndose una vida idílica.

A la muerte de Nadia, Stalin no se convirtió en un eremita alucinado. Es cierto que pasaba cada vez más tiempo en compañía de sus jerarcas de sexo masculino, que formaban casi la corte segregada de un zar del siglo XVII. Pero el todopoderoso viudo se echó además en los brazos amorosos y a la vez opresivos de una familia recién reconstruida. Pavel y Zhenia Alliluyev, que acababan de regresar de Berlín, se convirtieron en sus inseparables compañeros. Anna, la hermana de Nadia, y su marido, Stanislas Redens, habían vuelto de

* Como muchas otras residencias de Stalin, Kuntsevo fue construida por Merzhanov: el Vozhd ordenaba constantemente la realización de reformas y, cuando acabó la guerra, mandó levantar el segundo piso. A su muerte, los objetos de la casa fueron embalados, pero en tiempos de Brezhnev fueron colocados de nuevo en su sitio por el antiguo personal de Stalin. En la actualidad la casa permanece cerrada bajo la supervisión de un órgano de la seguridad, el FSB, y se encuentra tal como estaba en vida de Stalin, conservando hasta las brochas de afeitar y el gramófono del dictador.

Járkov para que éste ocupara su nuevo puesto en Moscú como jefe máximo de la GPU. Redens, un polaco recio y apuesto con un mechón de pelo en lo alto de la cabeza, vestido siempre con el uniforme de la Cheka, había sido el secretario del fundador de la policía secreta, Dzerzhinski. Anna y él se habían enamorado durante la expedición emprendida por Stalin y Dzerzhinski para investigar la caída de Perm en 1919. Entre los austeros bolcheviques de la vieja guardia Redens tenía fama de «darse aires» y de beber demasiado debido a un incidente desgraciado. Hasta 1931 había sido el máximo dirigente de la GPU de Georgia. Según la familia, Beria se había burlado de él, a pesar de ser su subalterno, gastándole una broma más digna de una juerga de solterones que de una intriga de la policía secreta: en cualquier caso, la jugada le había salido estupendamente. Beria había emborrachado a Redens y lo había mandado a casa desnudo. Las leyendas familiares rara vez suelen contar toda la verdad: las cartas de Stalin ponen de manifiesto que Redens y las autoridades locales habían intentado que Beria fuera trasladado al bajo Volga, pero que alguien, probablemente el propio Stalin, había intervenido en su favor. Beria no se lo perdonó nunca. Y fue Redens, y no él, quien tuvo que abandonar el puesto.

Stalin quería a aquel cuñado juerguista, pero dudaba de su competencia como jefe de la Cheka, por lo que lo destituyó del cargo que ocupaba en Ucrania. Anna, madre amorosa de sus dos hijos, era una mujer de buen fondo, pero muy imprudente, que, según reconocen sus hijos, hablaba demasiado. Stalin la llamaba la «cotorra».[2]

Había una tercera pareja que formaba este sexteto de parientes cariñosos. Aliosha Svanidze, que acababa también de volver del extranjero, era el hermano de la primera mujer de Stalin, Kato, fallecida en 1907. «Guapo, rubio, de ojos azules y nariz aquilina», era todo un dandi georgiano que hablaba francés y alemán y ocupaba un alto cargo en el Banco del Estado. Stalin lo quería mucho: «Eran como hermanos», diría Mikoyan. Su esposa, Maria, era una soprano georgiana de origen judío, «con una naricita respingona, tenía un cutis blanco y sonrosado y grandes ojos azules», la verdadera *prima donna* de la ópera inacabable que era su vida.* Svetlana cuenta que la rutilante pareja era muy ostentosa y siempre estaban trayendo regalos del extranjero. Aficionada incansable a escribir su diario, Maria, como las demás damas de la corte de Stalin, parecía estar enamorada hasta cierto punto del Vozhd. La rivalidad por alcanzar los favores de éste era incesante y malévola entre todas aquellas mujeres que se esforzaban tanto por sentirse superiores a las demás y minar la posición de sus rivales que a menudo ni se daban cuenta de los peligrosos signos de cambio de humor de Stalin.[3]

Mientras tanto Yakov, que ya había cumplido veintisiete años, se había li-

* La pareja puso a su hijo el absurdo nombre bolchevique de Johnreed en honor del autor del libro *Diez días que estremecieron al mundo.*

cenciado como ingeniero eléctrico, aunque Stalin habría deseado que fuera militar. Yasha «se parecía a su padre en la voz y en las facciones», pero lo sacaba de quicio. Stalin llegó a veces a manifestarle su afecto de manera harto brusca: en una ocasión, por ejemplo, le mandó por correo uno de sus libros, *La conquista de la naturaleza*, con la siguiente dedicatoria: «Yasha, lee este libro de una vez. I. Stalin».[4]

A medida que Svetlana iba creciendo y convirtiéndose en una jovencita pelirroja con la cara llena de pecas, Stalin decía que se parecía cada vez más a su madre, el máximo elogio que la niña pudiera recibir de él, pero en realidad a quien se parecía era a él: era inteligente, testaruda y decidida: «Yo era su mascota. A la muerte de mi madre, intentó acercarse más a mí. Era muy cariñoso. Lo único que quería era ver qué tal me iban las cosas. Ahora me doy cuenta de que fue un padre muy cariñoso...».

Maria Svanidze comenta que Svetlana revoloteaba a todas horas alrededor de su padre: «Él le daba besos, la admiraba, le daba de comer de su plato, escogiendo los mejores bocados para ella».

A los siete años, Svetlana manifestaba: «¡Con tal de que papá me quiera, no me importa que todo el mundo me odie! Si papá me dijera: "Vete volando a la luna", lo haría». No obstante, la niña encontraba sus muestras de afecto sofocantes: «Siempre ese olor a tabaco, echando nubes de humo por el bigote, y dándome besos y achuchones». En realidad la que crió a Svetlana fue su querida niñera, la vigorosa Alexandra Bichkova, y la robusta ama de llaves Carolina Til.[5]

Un mes después de la muerte de Nadia, Artiom recuerda que la niña seguía preguntando cuándo iba a volver su madre de su viaje al extranjero. A Svetlana la horrorizaba la oscuridad, que creía relacionada con la muerte. Reconocía que no podía querer a Vasili, que siempre estaba intimidándola, estropeando sus juegos, o contándole inquietantes detalles sexuales que, en su opinión, deterioraron su visión del sexo.

Vasili, que ya había cumplido los doce años, fue el más perjudicado: «Supuso para él un golpe tremendo —escribiría Svetlana— que lo hundiría por completo». Se convirtió en un sinvergüenza siniestro, petulante y violento, que decía palabrotas delante de las mujeres, esperaba ser tratado como un príncipe y se revelaría trágicamente incapaz y desgraciado. Cometía toda clase de desmanes en Zubalovo. Nadie le contaba a Stalin las travesuras que realizaba. No obstante, Artiom dice que Vasili era verdaderamente «amable, bueno, cariñoso, desinteresado por todas las cosas materiales; podía ser un truhán, pero también defendía a los niños pequeños». No obstante, sentía terror por Stalin, al que respetaba como «a Cristo respetan los cristianos». En ausencia de su padre, Vasili se crió en un triste reino desprovisto de afecto y lleno de guardaespaldas y miembros de la policía secreta toscos y chivatos, sin el cariño y a la vez la fortaleza de las niñeras. Pauker se encargaba de supervisar a aquel «pequeño

lord» soviético. El comandante de Zubalovo, Efimov, enviaba informes sobre él a Vlasik, que a su vez se los comunicaba al «Jefe».

Stalin confiaba en su incondicional guardaespaldas, Nikolai Vlasik, un campesino fornido, inculto, y con una vida dura, de treinta y siete años, que había ingresado en la Cheka en 1919 y que se había ocupado de la seguridad de varios miembros del Politburó y desde 1927 por fin exclusivamente de la del Vozhd. Al lado de Stalin se convirtió en un poderoso visir, y fue lo más parecido a una figura paterna para Vasili: éste le presentaba a sus novias para que les diera el visto bueno.

Cuando la conducta del muchacho en la escuela resultaba intolerable, era Pauker quien se encargaba de notificar a Vlasik que «su traslado a otro colegio es absolutamente necesario». Vasili buscaba ansiosamente la aprobación de su padre: «¡Hola, padre! —dice en una carta típica en la que se expresa en un versión infantil de la jerga bolchevique—, estoy estudiando en la nueva escuela; es muy buena y creo que voy a convertirme en un buen Vaska el Rojo. Padre, escríbeme diciéndome cómo estás y cómo han ido tus vacaciones. Svetlana está bien y estudia también en mi escuela. Saludos de nuestro colectivo de trabajadores. Vaska el Rojo». Pero también escribía cartas a la policía secreta:

«¡Hola, camarada Pauker! Estoy bien. No me peleo con Tom [Artiom]. Cojo muchos [peces] y lo hago muy bien. Si no estás muy ocupado, ven a vernos. Camarada Pauker, te pido que me envíes un frasco de tinta para mi pluma.» Así pues, Pauker, que estaba tan cerca de Stalin que se encargaba de afeitarlo, tuvo que mandar el tintero al niño. Cuando llegó, Vasili dio las gracias al «camarada Pauker», le aseguraba que no había hecho llorar a otro niño y denunciaba a Vlasik de acusarle injustamente de ello. Aquella vida entre escolares y miembros de la policía secreta había acostumbrado ya a aquel niño mimado a denunciar a los demás, hábito que más tarde resultaría fatal para sus víctimas. El tono principesco que solía adoptar resulta inequívoco: «El camarada Efimov te habrá informado de que te pedí que me mandaras una escopeta, pero no la he recibido todavía. Quizá lo hayas olvidado, así que, por favor, mándamela. Vasia».

A Stalin le fastidiaba la insubordinación de Vasili, por lo que propuso tratarlo con más disciplina. El 12 de septiembre de 1933, Carolina Til se fue de vacaciones, y el Vozhd, que se encontraba en el sur, envió por correo las siguientes instrucciones a Efimov en Zubalovo: «La niñera se quedará en casa en Moscú. Asegúrate de que Vasia no se comporta de manera enojosa. No le dejes jugar y muéstrate estricto. Si Vasia no obedece a la niñera y la insulta, átale bien corto», decía Stalin. Y añadía: «Mantén a Vasia alejado de Anna Sergeievna [Redens, la hermana de Nadia]; lo mima demasiado haciendo concesiones dañinas y peligrosas». Desde su lugar de vacaciones, envió a su hijo una carta y unos melocotones. «Vaska el Rojo» le dio las gracias. No obstante, las cosas no iban tan bien con Vasili. La pistola con la que se había quitado la

vida Nadia seguía rodando por la casa. Vasili se la enseñó un día a Artiom y le regaló como recuerdo la cartuchera de piel.[6]

Hasta muchos años después Stalin no se daría cuenta del daño que había hecho a sus hijos su ausencia y el permanecer al cargo de los guardaespaldas; aquello era, según decía, «el secreto más profundo de mi corazón». «Unos niños que crecen sin madre pueden ser criados perfectamente por niñeras, pero éstas no pueden sustituir a la madre...»[7]

* * *

En enero de 1933, Stalin presentó ante el pleno un documento que era toda una muestra de jactancia bolchevique: el plan quinquenal había sido un éxito notable. El Partido había creado una fábrica de tractores, y toda una industria dedicada a la producción de energía eléctrica, carbón, acero y petróleo. Se habían levantado ciudades donde antes no las había. Se habían acabado las obras de la presa y la central eléctrica del Dniéper, así como el ferrocarril turco-siberiano (gracias al trabajo de la mano de obra esclava, cada vez más numerosa, de Yagoda). Cualquier dificultad era culpa de los enemigos de la oposición. Y eso ocurría durante la hambruna de 1933, a consecuencia de la cual perecieron millones de personas y cientos de miles fueron deportadas.

En julio de 1933, Kirov se reunió con Stalin, Voroshilov, el director adjunto de la OGPU, Yagoda, y Berman, máximo dirigente del Gulag, el sistema de campos de trabajo, a bordo del *Anojin* para celebrar la inauguración de un proyecto gigantesco de obra socialista: el canal mar Báltico-mar Blanco o, según las abreviaturas bolcheviques, el Belomor,* un canal de 227 km de largo iniciado en diciembre de 1931 y concluido gracias a la esclavización faraónica de ciento setenta mil presos, veinticinco mil de los cuales murieron en un año y medio. Voroshilov alabaría más tarde a Kirov y a Yagoda por la ayuda prestada en la comisión de este crimen.[8]

En verano, los jerarcas se encontraban agotados tras dedicar cinco años de trabajo hercúleo a la ejecución del plan quinquenal, a la derrota de la oposición y, sobre todo, al aplastamiento de los campesinos. Después de soportar semejante tensión, necesitaban relajarse si no querían venirse abajo. Pero aunque la crisis de la hambruna de 1933 se vio atemperada debido a la represión masiva, no había tiempo para descansar. Sergo, que en su calidad de comisario del pueblo de Industria Pesada dirigía el plan quinquenal, se vio aquejado de com-

* La marca de cigarrillos Belomor se convirtió en una de las más populares, y la fumaba el propio Stalin cuando no tenía a mano su favorita, Herzogovina Flor. El canal de Belomor fue uno de los grandes triunfos celebrados por escritores y cineastas: el novelista Gorki, convertido en un vergonzoso apologeta de los peores excesos del bolchevismo, publicó un libro, *The Canal Named for Stalin*, que curiosamente elogiaba los aspectos humanitarios del Belomor.

plicaciones cardíacas y circulatorias: el propio Stalin supervisó su tratamiento.[9] Kirov estaba también al borde de la crisis debido a la presión y sufría «arritmia cardíaca ... inestabilidad severa y falta de sueño». Los médicos le prescribieron reposo.[10] El amigo de Kirov, Kuibishev, máximo dirigente del Gosplan, encargado de la tarea imposible de hacer cuadrar las cifras del plan, se dedicaba a beber y a conquistar mujeres: Stalin se quejó a Molotov, y luego murmuraría que se había vuelto un «depravado».[11]

El 17 de agosto, Stalin y Voroshilov emprendieron el viaje en su tren especial.* Gracias a una nota inédita sabemos que el Vozhd mostraba ya signos de paranoia en lo tocante a sus movimientos, que estaba harto de su cuñada Anna Redens, y que pidió a Klim que fuera más discreto:

«Ayer, todo el día alrededor de mi cuñada (una cotorra) y al lado de los médicos (no cuentan más que chismes); no quise decir nada concreto acerca de mi marcha. Ahora te informo que he decidido partir mañana ... No conviene hablar mucho. Tanto tú como yo somos dos bocados muy sabrosos y no deberíamos informar a nadie de nuestros pasos ni excedernos en nuestra franqueza. Así que, si te parece, mañana a las dos nos vamos. Daré, pues, orden a Yusis [el guardaespaldas lituano de Stalin, que compartía esta obligación con Vlasik] de que hable inmediatamente con el jefe de estación y le ordene añadir un vagón al convoy, sin decirle para quién es. Hasta mañana a las dos...» Serían unas vacaciones muy movidas: en ellas se produciría incluso un intento de asesinato.[12]

* * *

En Krasnaya Poliana, Sochi, Stalin se reunió con Lakoba, el máximo dirigente de Abjasia, que lo esperaba en la terraza junto con el presidente Kalinin y Poskrebishev. Mientras el secretario general y Lakoba daban paseos por el jardín, se reunió con ellos Beria, a la sazón virrey efectivo del Cáucaso. Lakoba y Beria, ya enemigos declarados, habían llegado cada uno por su cuenta. Después de desayunar en la terraza, el Vozhd, seguido de un nutrido séquito, al que no tardó en unirse Yan Rudzutak, un bolchevique letón de la vieja guardia que presidía la Comisión de Control, aunque inspiraba cada vez menos confianza a Stalin, dio una vuelta por los jardines.

—¡Basta de ociosidad! —dijo el magnífico jardinero que era el Vozhd—. ¡Hay que quitar las malas hierbas de estos setos!

Los gerifaltes y los guardias se pusieron a trabajar, amontonando leña y

* Estamos especialmente bien informados acerca de estas vacaciones no sólo porque poseemos la correspondencia de Stalin con Kaganovich, que había quedado al cargo del gobierno en Moscú, sino también porque la GPU tomó fotografías que reunió en un álbum especial para Stalin, y porque Lakoba, su anfitrión en Abjasia, también tomó notas: disponemos por tanto de documentos escritos y gráficos.

cortando zarzas, mientras Stalin, con su guerrera blanca y los bombachos igualmente blancos remetidos en las botas supervisaba la labor fumando su pipa. Tomó en sus manos un bieldo y él mismo se dedicó a arrancar hierbas. Beria trabajaba con un rastrillo, mientras que uno de los jerarcas de Moscú cortaba leña con un hacha. Beria agarró el hacha y haciendo ademán de asestar un golpe para impresionar a Stalin, comentó en tono de broma, con un doble sentido evidente:

—Simplemente demuestro al amo del jardín, Iosiv Vissarionovich, que puedo abatir con mi hacha cualquier árbol.

No había jerarca lo bastante grande para no caer a manos de Beria. Pronto tendría ocasión de empuñar el hacha.

Stalin se sentó en su silla de mimbre y Beria se situó detrás de él, como un cortesano medieval, con el hacha en el cinturón. Svetlana, que por entonces lo llamaba «tío Lara», bajó a reunirse con ellos. Stalin se puso a trabajar con sus papeles, Lakoba oía música con los auriculares puestos, mientras que Beria llamó a Svetlana, la sentó en sus rodillas y fue retratado en una famosa fotografía en la que aparece con los quevedos brillando al sol y acariciando a la niña; al fondo se ve al jefe trabajando pacientemente.

Voroshilov y Budionni, que también había hecho su aparición por allí, se llevaron a Stalin en el asiento delantero de un Packard descapotable a inspeccionar los caballos criados por la yeguada del ejército. Hicieron un crucero y luego salieron de caza: Stalin llevaba alegremente la escopeta al hombro y el sombrero echado hacia atrás, mientras que el policía de la Cheka encargado de su seguridad le enjugaba el sudor de la frente. Después de la jornada de caza, plantaron las tiendas en el campo para hacer un pícnic y una barbacoa al aire libre. Otro día, Stalin se fue a pescar. El carácter informal del viaje resulta evidente: fue una de las últimas veces que disfrutó de este género de vida.[13]

* * *

Mientras tanto, Stalin se sintió profundamente ofendido porque, en su ausencia, Sergo manipuló al Politburó para que actuara en contra suya. Kaganovich se había quedado al frente del gobierno debido a que la mayoría de los líderes se había ido de vacaciones. Escribía a Stalin prácticamente a diario, acabando siempre con la misma petición: «Por favor, infórmenos de su opinión». Los jerarcas andaban siempre peleándose unos con otros para conseguir más recursos: cuanto más dura era la lucha por la colectivización, más rápido era el ritmo de la industrialización, más accidentes y errores se producían en las fábricas, y más enconada era la lucha entre los miembros del Politburó por obtener cada uno el control de su feudo. «Culo de Hierro» Molotov, el primer ministro, se había peleado con Ordzhonikidze, el irascible comisario del pueblo de Industria Pesada, y con Kaganovich, que estaba a malas con Kirov,

quien a su vez había chocado con Voroshilov, etc. Pero de repente, los miembros del Politburó se unieron contra los deseos del propio Stalin.[14]

Durante el verano de 1933, Molotov recibió un informe según el cual las piezas de una cosechadora que producía una fábrica de Zaporozhie eran defectuosas debido a los actos de sabotaje. Molotov, que estaba de acuerdo con Stalin en que, como su sistema era perfecto y su ideología científicamente correcta, cualquier error que pudiera apreciarse en la industria debía ser fruto del sabotaje de los elementos subversivos, ordenó al fiscal general Akulov que detuviera a los culpables. Los líderes locales apelaron a Sergo. Cuando el caso llegó al Tribunal Supremo, el gobierno estuvo representado por el ayudante del fiscal, un abogado ex menchevique, Andrei Vishinski, que se convertiría en uno de los funcionarios más famosos de Stalin durante el régimen de terror que se instauraría años más tarde. Pero hallándose el Vozhd de vacaciones, Sergo defendió apasionadamente a los trabajadores de la industria y convenció a los demás miembros del Politburó, e incluso a Molotov y Kaganovich, de que rechazaran las alegaciones de Vishinski.

El 29 de agosto, Stalin descubrió la jugarreta de Sergo e inmediatamente le envió un telegrama rebosante de furia farisea: «Considero la postura adoptada por el Politburó incorrecta y peligrosa ... Me parece lamentable que Kaganovich y Molotov no fueran capaces de resistir las presiones burocráticas del Comisariado del Pueblo de Industria Pesada». Dos días más tarde, Kaganovich, Andreyev, Kuibishev y Mikoyan anularon oficialmente la resolución que habían tomado. Stalin meditó sobre el peligro que representaba la capacidad que tenía Sergo de utilizar su prestigio indudable y la fuerza de su personalidad para imponerse sobre los demás jerarcas, arrebatando el timón a Molotov:

«Considero que la actuación de Sergo responde al comportamiento de un vándalo. ¿Cómo has podido permitir que se impusiera?» Stalin no podía concebir que Molotov y Kaganovich hubieran picado el anzuelo. «¿Qué es lo que está pasando? ¿Me la ha jugado Kaganovich? ... Y no es el único.» Envió reprimendas a diestro y siniestro: «He escrito a Kaganovich manifestándole mi asombro al comprobar que en este caso estaba de parte de los elementos reaccionarios».

Dos semanas más tarde, el 12 de septiembre, seguía calentando los cascos a Molotov con la idea de que Sergo mostraba tendencias contrarias al Partido al defender «a los elementos reaccionarios del Partido frente al Comité Central». Castigó a Molotov haciéndolo volver de sus vacaciones en Crimea —«ni a Voroshilov ni a mí nos gusta el hecho de que te vayas de vacaciones seis semanas en vez de dos»—, aunque luego se arrepintiera: «Me siento un poco incómodo por ser el motivo de que hayas vuelto anticipadamente»; pero pese a que pedía disculpas, seguía mostrándose irritado con Kaganovich y Kuibishev: «Es obvio que sería imprudente dejar el trabajo del centro sólo en manos de

Kaganovich (Kuibishev se pondría inmediatamente a beber)».[15] Molotov regresó con las orejas gachas a Moscú.[16]

Stalin derrotó fácilmente a Sergo, pero la vehemencia de su ataque contra semejante «vándalo» demuestra lo en serio que se tomaba la capacidad del segundo líder más fuerte después de él. Arbitrario y excitable, y al mismo tiempo verdadera personificación del administrador estalinista duro, Sergo Ordzhonikidze había nacido en 1886 en el seno de una familia noble de Georgia. Huérfano a los diez años, apenas había realizado estudios, pero curiosamente se había preparado para enfermero.* A los diecisiete años ya había ingresado en el Partido y en 1911 ya había sido detenido por lo menos cuatro veces cuando se refugió junto a Lenin en París, siendo uno de los pocos estalinistas que supiera lo que era la emigración (aunque fuera por poco tiempo). Miembro del Comité Central desde 1912 (lo mismo que Stalin), en 1921 fue responsable personalmente de la brutal anexión y bolchevización de Georgia y Azerbaiyán, donde lo llamaban «el culo de Stalin». Lenin lo censuró por haber abofeteado a un camarada y por participar en orgías y borracheras con mujeres de mala nota, pero también lo defendió cuando lo acusaron de hablan agresivamente, a gritos, haciendo el siguiente chiste:

—Grita, sí ... pero está sordo de un oído.

Durante la guerra civil, Sergo se convirtió en un héroe denodado, casi leonino, aficionado a galopar a lomos de caballo (fue acusado de recorrer las calles de Tiflis, después de su conquista, montado en un caballo blanco), «tan joven y tan fuerte» que «parecía como si hubiera nacido con el gabán militar y las botas puestas». Tenía un temperamento explosivo. A comienzos de los años veinte, llegó literalmente a dar un puñetazo a Molotov durante una trifulca a propósito de un libro de Zinoviev, *El leninismo*, incidente que pone de manifiesto hasta qué punto se tomaba en serio las cuestiones ideológicas: Kirov tuvo que separarlos. La hija de Sergo, Eteri, recuerda que aquel georgiano volcánico llegaba a crisparse tanto que se liaba a tortas con sus camaradas, pero sus estallidos de cólera se calmaban pronto: «Habría dado la vida por cualquier persona a la que amara y habría fusilado a la que odiara», decía su esposa Zina.

Tras ascender a la dirección del Comité de Control en 1926, Sergo fue el aliado más agresivo de Stalin en la lucha contra la oposición, hasta que se le encomendó el Comisariado de Industria Pesada. No comprendía las sutilezas de la economía, pero recurrió a expertos que entendían del asunto, atrayendo a unos con su encanto personal y a otros por la fuerza.

* Al término de la segunda guerra mundial, Stalin recordaría cómo, estando desterrado, «yo, un simple campesino cobraba ocho rublos al mes. Ordzhonikidze, que era noble, cobraba doce, es decir, los nobles deportados cuestan al tesoro un 50 por 100 más que los campesinos». El otro enfermero de carrera que había entre los máximos dirigentes era Poskrebishev.

—Aterrorizas a los camaradas en el trabajo —se quejaba uno de sus subordinados, que protestaban una y otra vez de su mal carácter.

«¡Sergo los abofeteó realmente! —decía en tono aprobatorio Stalin en una carta enviada a Voroshilov en 1928—. ¡La oposición tenía miedo!»

Sergo, que había flirteado con Bujarin y luego lo había traicionado, fue un firme partidario del «gran cambio» de Stalin: «Aceptó su política en cuerpo y alma», diría Kaganovich. Amado por sus amigos, desde Kaganovich a Bujarin y Kirov, Sergo era, a juicio de Maria Svanidze, «el perfecto bolchevique», y, según Jrushchov, un hombre «caballeroso». «Sus ojos risueños, su pelo gris y su gran bigote —escribía el hijo de Beria— le conferían el aspecto de un viejo príncipe georgiano.» Aunque debía su carrera a Stalin, sería la última gran bestia del Politburó, mostrándose escéptico ante el culto al Vozhd y conservando en el sector de la industria y en el Cáucaso su propia clientela, a la que no dudó en defender. Desde luego nunca le asustó estar en desacuerdo con Stalin,* al que trataba como a un hermano mayor antipático: a veces llegaba casi a darle órdenes.

En septiembre de 1933, Sergo pasó sus vacaciones en Kislovodsk, su playa favorita, desde donde mantendría una áspera correspondencia con Stalin, resentido con aquel «príncipe» magnánimo. Stalin se quejaba de que Sergo era «vanidoso hasta la locura».[17]

* * *

«Aquí, de vacaciones —decía en una carta Stalin—, no paro en un sitio, sino que voy de un lado a otro...» Al cabo de un mes, Stalin se trasladó al sur y se instaló en la casa que acababa de hacer construir en Museri. Situada en lo alto de una colina, en medio de un parque semitropical, era una residencia fea y gris, de dos plantas, con el revestimiento de madera que tanto le gustaba, terrazas enormes, un comedor grande y una hermosa vista sobre un puerto en el que Lakoba había mandado construir un embarcadero especial. Estaba rodeada de avenidas y senderos sinuosos que desembocaban en una casa de verano redonda en la que trabajaba el máximo mandatario y desde la que podía accederse al mar bajando una escalera. Lakoba y Stalin paseaban a menudo hasta

* Stalin trataba a Sergo como a un hermano menor incontrolable: «Has estado muy revoltoso esta semana —le decía en una carta—, y has salido airoso. ¿Debo felicitarte o no?» En otra ocasión decía: «Mañana, reunión sobre la reforma bancaria. ¿Estás preparado? Debes estarlo». Cuando Stalin lo censuraba, añadía: «No me pongas verde por ser duro ... En realidad, puedes llamarme lo que te dé la gana». Solía firmar sus cartas «Koba». En sus notas Sergo se muestra casi siempre en desacuerdo con alguna decisión de Stalin: «Querido Soso —dice en una—, ¿la nueva Rusia la están construyendo los americanos?». Era incluso capaz de darle instrucciones: «Soso, quieren asignar a Kaganovich la aviación civil... ¡Escribe a Molotov y a Kaganovich y diles que no lo hagan!».

la aldea vecina, cuyos habitantes celebraban típicas comidas abjasias al aire libre.

El 23 de septiembre; Lakoba organizó un paseo en barco y una excursión para cazar: Stalin y Vlasik recorrieron la costa en un yate a motor, el *Estrella roja*, zarpando del puerto especialmente construido al efecto, con las escopetas apoyadas en el regazo. De repente se oyó una ráfaga de ametralladora proveniente de la costa.

10

Victoria malograda: Kirov, la conjura y el XVII Congreso

Vlasik se arrojó encima de Stalin en la cubierta del *Estrella roja*, pidiendo permiso para responder a los disparos. Sin dejar de hacer fuego contra la costa, el yate se dirigió a alta mar. Al principio Stalin pensó que se trataba simplemente de unos georgianos que lo saludaban con salvas, pero luego cambió de idea. Recibió una carta de la policía costera en la que ésta reconocía que había disparado al confundir el yate con un barco extranjero. Beria investigó personalmente el incidente, haciendo gala de su crueldad para obtener unos resultados que impresionaran a Stalin, pero despertó la sospecha de que él mismo había fingido el ataque para minar la posición de Lakoba, responsable de la seguridad dentro de Abjasia. Los guardias fueron enviados a Siberia. La intimidad de Vlasik y Beria con el Vozhd se incrementó.[1]

De nuevo en tierra firme, el séquito siguió camino hasta Gagra, donde la GPU había encontrado una nueva dacha en las colinas que Lakoba había empezado a reconstruir. La casa se convirtió en una de las residencias favoritas de Stalin, Jolodnaya Rechka (Río frío), un nido de águilas estalinista levantado en lo alto de un precipicio con vistas de una belleza natural extraordinaria.* Una vez de regreso en Sochi, Svetlana se quedó junto a su padre, pero cuando la

* La casa de Gagra era una de las residencias más hermosas de Stalin, pero también la que tenía peor acceso. Los niños dispondrían luego de sus propias casas. Hay un sinuoso sendero escalonado que conduce directamente al mar, que no se ve desde lo alto. Como la mayoría de estas residencias, sigue bajo el control de la seguridad del presidente de Abjasia, escondida, fantasmal, pero en perfecto estado de mantenimiento. Museri se encuentra situada junto al mismo pueblo de veraneo secreto del CC, Pitsunda, donde Jrushchov tenía una casa en su calidad de primer secretario y donde, ya en los años ochenta, al final de la era soviética, Mijail Gorbachov y su esposa Raisa se construyeron una casa de veraneo valorada en varios millones de libras, por la que fueron muy criticados. Todas ellas permanecen vacías, pero bien guarnecidas en medio del bochornoso calor de Abjasia.

criatura tuvo que volver a la escuela, Stalin se sintió «como un búho solitario», y solicitó la compañía de Yenukidze.[2] «¿Qué te retiene en Moscú? —decía al tío Abel—. Ven a Sochi, báñate en el mar, y dale un descanso a tu corazón. Dile a Kalinin de mi parte que comete un verdadero crimen si no te manda de vacaciones de inmediato ... Podrías quedarte a vivir conmigo en la dacha ... Hoy he ido a visitar la nueva dacha de Gagra ... Voroshilov y su mujer están encantados con ella ... Con afecto, Koba.»[3]

* * *

Al término de aquellas largas vacaciones, «el búho solitario» regresó a Moscú el 4 de noviembre, para planificar el próximo Congreso de los Vencedores, que debía coronarlo por los triunfos cosechados durante los últimos cuatro años. Parecía que Moscú empezara a despertarse de una larga pesadilla y a desperezarse. El hambre había pasado. Las cosechas habían sido mejores. Los millones de personas que habían perecido a causa de la hambruna fueron enterradas y olvidadas en sus aldeas, que desaparecieron del mapa para siempre.

Había mucho que celebrar y los delegados fueron llegando para asistir al XVII Congreso, previsto para finales de enero. Debió de suponer una ocasión de lo más excitante y todo un motivo de orgullo para los 1.966 delegados con derecho a voto llegar Moscú procedentes de todos los rincones del extenso paraíso de los trabajadores. El Congreso era el órgano supremo del Partido, encargado teóricamente de elegir al Comité Central, que debía gobernar en su nombre hasta que volviera a celebrarse el siguiente, generalmente al cabo de cuatro años. Pero en 1934 no era más que una pantomima triunfalista, supervisada por Stalin y Kaganovich, y minuciosamente coreografiada por Poskrebishev.

No obstante, un congreso no suponía simplemente trabajo: el gran palacio del Kremlin se llenó de repente de trajes regionales, a medida que iban desfilando por la gran sala cosacos barbudos, o kazajos y georgianos vestidos con ropas de seda. Allí los virreyes de Siberia, Ucrania o Transcaucasia renovaban sus contactos con los aliados con los que contaban en la capital, mientras que los delegados más jóvenes encontraban patronos que los protegieran.* Los hombres de la generación de Lenin, que veían en Stalin a su líder, pero no a su

* Aquellos provincianos ansiaban ver a sus héroes y gastaban una enorme cantidad de tiempo posando para los fotógrafos en la sala de reuniones: vestidos con botas, guerreras y gorras, formaban pequeños grupos sonrientes alrededor de Stalin, Kalinin, Voroshilov, Kaganovich y Budionni. En 1927, durante el XV Congreso, Stalin fue uno más de los líderes que posaron junto a sus admiradores. En el XVII, ocuparía siempre el centro de todas las fotografías. El álbum confeccionado para la ocasión ha quedado mutilado debido a la gran cantidad de personajes tachados o recortados a consecuencia de haber sido encarcelados o ejecutados durante los cuatro años siguientes: de los 1.966 delegados, 1.108 fueron encarcelados. Sobrevivieron muy pocos.

dios, seguían predominando, pero el Vozhd dispensaba cuidados especiales a sus protegidos más jóvenes.

Invitó al Kremlin a Beria, a su rubia esposa Nina y a su hijo, para que vieran una película con otros miembros del Politburó. Sergo Beria,* de apenas diez años, y Svetlana Stalin, que se hicieron muy amigos, vieron una película de dibujos animados, *Los tres cerditos*, en compañía de Stalin, antes de marchar a Zubalovo, donde los Beria se reunieron con los demás jerarcas para celebrar un banquete y cantar canciones georgianas. Como el pequeño Beria sintiera frío, Stalin lo abrazó y le dejó arrebujarse en su abrigo forrado de piel de lobo antes de llevarlo a la cama. Para Beria, aquel provinciano ambicioso, traspasar los umbrales del poder debió de resultar apasionante.

«¡STALIN!», decía *Pravda* con motivo de su visita al Bolshoi. «La aparición de nuestro Vozhd, apasionadamente amado por todos, cuyo nombre se encuentra inextricablemente unido a todas las victorias cosechadas por el proletariado, por la Unión Soviética, fue saludada con tumultuosas ovaciones» e «infinitos gritos de "¡Hurra!" y "¡Viva nuestro Stalin!"».

No obstante, a algunos dirigentes regionales los había inquietado la gestión brutal y caótica del gobierno de Stalin. Parece que unos cuantos organizaron una conjura y mantuvieron reuniones secretas en casas de amigos con el fin de discutir su destitución. Cada uno tenía sus propias motivaciones: en el Cáucaso, Orajelashvili se había sentido ofendido por la promoción de un arribista como Beria. Las llamadas de Kosior pidiendo ayuda para dar de comer a Ucrania habían sido objeto de burla. Algunas de esas reuniones se celebraron supuestamente en el apartamento de Sergo, en el edificio de la Caballería, donde se alojaba Orajelashvili. ¿Pero quién debía sustituir a Stalin? El candidato de los descontentos era Kirov, que era un hombre popular, vigoroso y ruso. En la cultura bolchevique, obsesionada por la pureza ideológica, un antiguo cadete y periodista burgués, sin credenciales ideológicas, que debía su carrera a Stalin, constituía un candidato muy improbable. Molotov, siempre leal a Stalin, diría que Kirov no fue nunca un candidato serio.

Cuando lo sondearon en casa de Sergo, Kirov tuvo que pensar rápidamente lo que debía hacer: dijo a los conspiradores que no tenía el menor interés en sustituir a Stalin, pero que quizá pudiera conseguir que se escucharan sus quejas. Kirov seguía enfermo, convaleciente de una gripe, y su reacción demuestra que carecía de temple para soportar aquel regalo envenenado. Su instinto le aconsejaba informar inmediatamente a Stalin, y así lo hizo, probablemente en su nuevo piso, donde puso al descubierto la trama, repitió las quejas de los conspiradores y negó cualquier interés en convertirse en máximo dirigente.

* Naturalmente se le había impuesto este nombre en honor del antiguo patrono de Beria, Ordzhonikidze, pero la vieja amistad había degenerado en odio mutuo.

—Gracias —se supone que respondió Stalin—. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

Sin duda alguna a Stalin tuvo que molestarle que aquellos bolcheviques de la vieja guardia consideraran que «su Kirich» podía ser su sucesor. Mikoyan, el amigo de Kirov, afirmaría que Stalin reaccionó «con hostilidad y deseos de venganza hacia todo el Congreso y por supuesto hacia el propio Kirov». Éste se sintió amenazado, pero no lo dejó traslucir públicamente. Stalin ocultó su ansiedad.

En la sala del congreso, Kirov tomó asiento ostentosamente no junto a los miembros del Presídium, sino con los integrantes de su delegación, y se dedicó a gastar bromas con ellos, el tipo de demagogia que más ofendía a Stalin, quien no dejaba de preguntarles de qué se reían tanto. Su victoria había sido malograda. En cualquier caso, aquella lucha constante contra los traidores encajaba también perfectamente con su carácter y su ideología. No ha habido líder político alguno que estuviera tan programado para la lucha perpetua contra sus enemigos como Stalin, que se consideraba a sí mismo el único caballero andante de la historia dispuesto a echarse al monte, con amarga resignación, y a cumplir una nueva noble misión, en una versión bolchevique del vaquero misterioso que llega a una corrompida ciudad de la frontera.

En su triunfo público no se dejaría traslucir nada de esto.

—Nuestro país se ha convertido en un país con una poderosa industria, en un país de colectivización, en un país de socialismo victorioso —declaró Molotov en el discurso de inauguración del congreso el 26 de enero.

Stalin disfrutaría viendo cómo sus enemigos nuevos y viejos, desde Zinoviev a Rikov, lo alababan de la forma más extravagante:

—El glorioso mariscal de las fuerzas proletarias, el mejor entre los mejores, camarada Stalin —declaró Bujarin, nuevo editor de *Izvestiya*.

Pero cuando Postishev, otro hombre duro, bolchevique de la vieja guardia recientemente ascendido a la dirección del Partido en Ucrania, llamó a Kirov, el Congreso, puesto en pie, le dedicó una sonora ovación. Kirov se levantó y nombró a Stalin («el gran estratega de la liberación de la gente trabajadora de nuestro país y del mundo entero») veintinueve veces, acabando su discurso de forma entusiasta en los siguientes términos:

—Nuestros éxitos han sido realmente tremendos. Maldita sea ... lo único que queréis es vivir y nada más que vivir. Realmente, mirad lo que está pasando. ¡Es un hecho!

Stalin se sumó a los «atronadores aplausos».

La última obligación de todo congreso consistía en elegir al Comité Central. Generalmente se trataba de una pura formalidad. Los delegados recibían las papeletas de voto, una lista de nombres preparada por el Secretariado (Stalin y Kaganovich) que era propuesta desde la sala: Kirov debía proponer a Beria. Los votantes marcaban con una cruz los nombres de los candidatos a los

que se oponían y salían elegidos aquellos cuyos nombres quedaban sin tachar. Cuando acabó el congreso el día 8 de febrero, los delegados recibieron sus papeletas de voto, pero cuando empezó a trabajar la comisión encargada del recuento, se llevó un susto tremendo. Lo sucedido sigue siendo un misterio, pero parece que Kirov recibió sólo uno o dos votos negativos, mientras que Kaganovich y Molotov sacaron más de cien cada uno. Stalin obtuvo entre los 123 y los 292 votos negativos. Todos fueron elegidos automáticamente, pero la autoestima de Stalin recibió otro golpe, confirmándolo en su convicción de que cabalgaba solo en medio de una pandilla de «traidores de dos caras».

Cuando Kaganovich, encargado de dirigir el congreso, recibió el informe de la comisión responsable de la votación, corrió a preguntar a Stalin lo que debía hacer. Es casi seguro que el Vozhd le ordenó destruir la mayoría de los votos negativos (aunque naturalmente Kaganovich negaría que así fuera, incluso en su vejez). Lo cierto es que siguen sin aparecer 166 votos. El día 10, fueron anunciados los nombres de los 71 miembros del CC: Stalin recibió 1.056 votos y Kirov 1.055 sobre 1.059. La nueva generación de bolcheviques, personificada por Beria y Jrushchov ingresó en el Comité Central, mientras que Budionni y Poskrebishev fueron elegidos candidatos. El pleno del nuevo órgano se reunió inmediatamente para ponerse a trabajar en serio.

Stalin ideó un plan destinado a hacer a frente la peligrosa preponderancia de Kirov, y así propuso su traslado de Leningrado y su nombramiento para una de las cuatro Secretarías, satisfaciendo astutamente de ese modo a los que deseaban ascenderlo a la Secretaría General: sobre el papel era un gran ascenso; en realidad, lo situaba directamente en el punto de mira de Stalin y lo apartaba de la clientela que poseía en Leningrado. En el círculo de Stalin, un ascenso al centro del poder suponía una ventaja y una desventaja a la vez. Kirov no sería el primero ni el último en protestar enérgicamente, pero, a juicio de Stalin, una negativa significaba poner el poder personal por encima de la lealtad al Partido, un verdadero pecado mortal. La petición de Kirov de permanecer en Leningrado otros dos años recibió el apoyo de Sergo y Kuibishev. Stalin salió orgullosamente de la reunión con aires de reina ofendida.

Sergo y Kuibishev aconsejaron a Kirov llegar a una solución de compromiso con Stalin: Kirov fue nombrado tercer secretario, pero permaneció temporalmente en Leningrado. Como no habría podido dedicar demasiado tiempo a los asuntos de Moscú, Stalin recurrió a otro miembro del CC recientemente nombrado para el cargo que se convertiría en el líder más próximo a él: Andrei Zhdanov, máximo dirigente de Gorki (Nizhni Nóvgorod), y que se trasladó a Moscú con el título de cuarto secretario.

Kirov volvió rápidamente a Leningrado, aquejado de gripe, congestión del pulmón derecho y palpitaciones. En el mes de marzo, Sergo le escribía en los siguientes términos: «Hazme caso, amigo mío, tienes que descansar. A decir verdad, lo cierto es que no va a pasar nada ahí porque no estés en tu puesto diez

o quince días ... Nuestro paisano [nombre en clave que utilizaban para designar a Stalin] te considera un hombre sano ... No obstante, debes tomarte un descanso». Kirov sospechaba que Stalin no iba a perdonarle lo de la conjura. Pero el Vozhd mostraba una amabilidad más sofocante que nunca e insistía constantemente en que debían reunirse en Moscú. Era con Sergo, no con Stalin, con quien Kirov necesitaba discutir sus temores. «Tengo unas ganas tremendas de mantener una charla contigo sobre todo tipo de cuestiones, pero no se puede decir todas las cosas por carta, por lo que convendrá esperar a que nos veamos.» Evidentemente hablaban de política en privado, guardándose muy mucho de plasmar sus ideas sobre el papel.[4]

Existen indicios del escepticismo que sentía Kirov respecto del culto a Stalin: el 15 de julio de 1933, escribió una carta formal al «camarada Stalin» (no a Koba, como solía llamarlo) diciendo que en Leningrado se habían impreso unos retratos con su fotografía en un «papel bastante flojo». Por desgracia, añadía, no podía hacerse mejor. Podemos imaginarnos a Kirov y a Sergo riéndose de la vanidad de Stalin.[5] En privado,* Kirov imitaba ante sus amigos de Leningrado el acento del Vozhd.[6]

Cuando Kirov visitaba a Stalin en Moscú, ambos se comportaban como excelentes amigos, pero Artiom recuerda que en sus bromas había siempre una punta de rivalidad. Una vez, en el transcurso de una cena familiar, hicieron una serie de brindis en tono de broma:

—Brindo por Stalin, el gran líder de todos los pueblos y todos los tiempos. ¡Yo soy un hombre muy ocupado y probablemente me olvide de todas las demás grandes cosas de las que también eres responsable! —dijo Kirov, que a menudo «monopolizaba las conversaciones convirtiéndose en el centro de atención de todo el mundo», burlándose del culto Stalin. La verdad es que era capaz de hablar al Vozhd de un modo impensable para Beria o Jrushchov.

—Brindo por nuestro amado líder del Partido en Leningrado y posiblemente también de todo el proletariado de Bakú, aunque me asegura que no es capaz de leer todos los documentos ... ¿Y de qué más eres amado líder? —replicó Stalin. Hasta las bromas más inocentes que se intercambiaban Stalin y Kirov cuando estaban un poco bebidos contenían una dosis mal disimulada de ira y de resentimiento, y sin embargo ningún miembro de la familia dejaba de creer que eran una pareja de amigos entrañables. En cualquier caso, los «años vegetarianos», como diría la poetisa Ajmatova, estaban a punto de concluir: llegaban los «años carnívoros».[7]

El 30 de junio, Adolf Hitler, recién elegido canciller de Alemania, llevó a cabo la matanza de los enemigos políticos que tenía dentro del propio Par-

* Entre los enseres hallados en su piso, conservado en Leningrado, está una de sus famosas pitilleras decorada con un irreverente retrato de Stalin con una nariz larguísima. La pitillera se abre precisamente apretando la nariz.

tido Nazi en la Noche de los cuchillos largos, hazaña que dejó fascinado a Stalin.

—¿Te has enterado de lo que ha ocurrido en Alemania? —le dijo a Mikoyan—. ¡Menudo pájaro, ese Hitler! ¡Estupendo! ¡Un acción muy hábil!

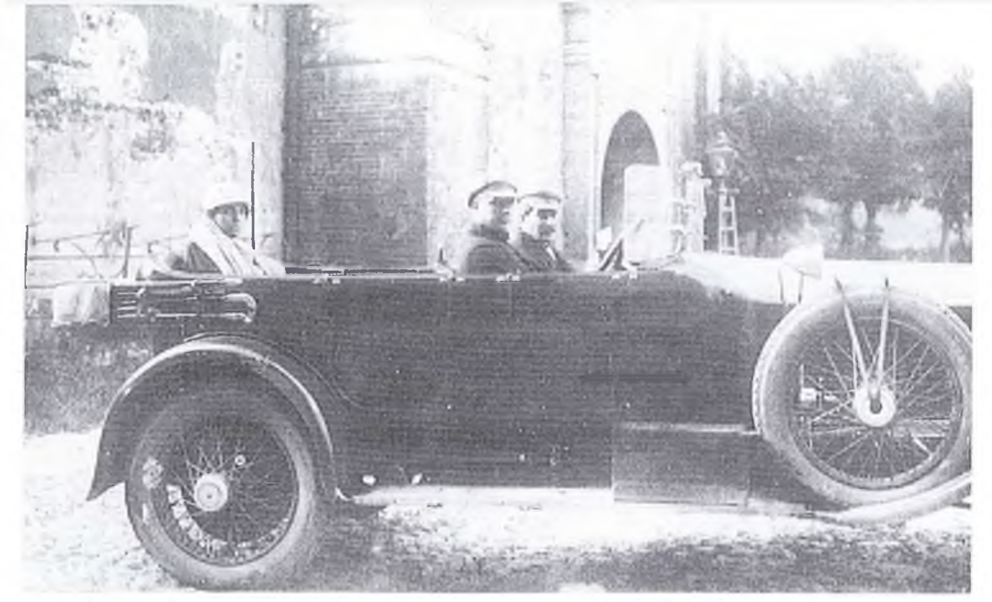
A Mikoyan le sorprendió que Stalin admirara al líder fascista alemán, pero los bolcheviques no tenían por qué extrañarse de aquel tipo de matanzas.

1929-1934

Stalin besando a su hija Svetlana durante las vacaciones, a comienzos de los años treinta. El Vozhd la adoraba. Las pecas de la cara y su cabellera rojiza le recordaban a su madre, Keke, pero la inteligencia y la obstinación le venían directamente de Stalin. Él mismo la llamaba «la patrona», y le permitía dar órdenes en broma a sus jerarcas. Fue cariñoso... hasta que la niña empezó a hacerse mayor.



Nadia era mucho menos cariñosa, más estricta y puritana con los niños. Cuando estaba a punto de dar a luz a su primer hijo, se trasladó andando hasta el hospital. Mantuvo una relación especial con el frágil y truculento Vasili. Pero ante todo era una bolchevique profesional, que dejó la crianza de sus hijos en manos de las niñeras. Aquí la vemos con Svetlana en brazos. La niña echó siempre de menos su amor.







Arriba: Stalin y su chófer en la parte delantera con Nadia en el asiento de atrás de una de las limusinas del Kremlin: solían ser Packards, Buicks y Rolls-Royces. Nadia y Stalin llevaban una vida de ascetas, pero él personalmente se tomaba la molestia de asignar coches y viviendas a sus leales, y a veces incluso a los hijos de éstos. Cada familia disponía de unos tres coches.

Izquierda: A Stalin y Nadia les gustaba pasar unas vacaciones familiares y tranquilas en el mar Negro, aunque los dos tenían un carácter violento y se peleaban a menudo. Los dirigentes de la Unión Soviética formaban una pequeñísima oligarquía que tendía a veranear junta y solía celebrar cenas colectivas. Aquí vemos a los Stalin a la derecha de la fotografía junto al aplicado Molotov y su inteligente y apasionada esposa judía, Polina. Stalin y Nadia se reían de Molotov. El dictador, sin embargo, nunca perdonó a Polina que fuera amiga de Nadia.

Derecha: En Zubalovo, la casa de campo que tenían cerca de Moscú, los Stalin y otras familias bien situadas disfrutaban de fines de semana idílicos. Aquí vemos a Stalin entrar en la casa, procedente del jardín, con Svetlana en brazos.

Stalin edificó su poder lentamente, de manera informal y utilizando su encanto personal, a pesar de la rígida fachada impuesta por los congresos del Partido, el Comité Central y el Politburó. El trabajo en serio se llevaba a cabo entre bastidores, en los pasillos del Kremlin, siempre llenos de humo. Aquí vemos a Stalin en 1927 charlando durante el receso de un congreso del Partido con sus aliados Sergo Ordzhonikidze y el primer ministro Alexei Rikov (a la derecha). Rikov, sin embargo, no tardaría en oponerse a la política de mano dura de Stalin, pagando por ello con su vida.





Stalin había sido el líder que había dominado la Unión Soviética durante los últimos años veinte, pero todavía no era dictador. Muchos de sus jerarcas eran poderosos por sí solos. Aquí vemos a Stalin en un congreso del Partido en medio de su corte de prohombres: Sergo Ordzhonikidze (en primer término a la derecha de Stalin) y Klim Voroshilov (en primer término a su izquierda) vuelven la cabeza para mirarlo, mientras Kirov sonríe (de pie, a la izquierda de Stalin) al lado de Kaganovich y de Mikoyan (extremo derecho de la fotografía); Postishev es el segundo por la izquierda.



Nadia yace de cuerpo presente. Stalin nunca se recuperó del golpe que para él supuso su suicidio y se vengó de cuantos creía que la habían impulsado a quitarse la vida. «Me ha dejado inválido», diría. Cuando la vio en la caja prorrumpió en sollozos. «No llores, papá», dijo Vasili, que iba cogido de su mano.

Entierro de Nadia: Stalin fue caminando un rato detrás del coche fúnebre, curiosamente tradicional, pero después iría en coche hasta el cementerio. El jefe de su seguridad personal, Pauker, un judío que había sido peluquero en la ópera de Budapest, organizó las bandas de música que pueden verse a la derecha.

Abajo: Stalin abandona el gran palacio del Kremlin con dos de sus más estrechos aliados: Sergo Ordzhonikidze, el rutilante, irascible y emotivo azote de sus enemigos, del que se decía que era «el perfecto bolchevique» y que parecía un «príncipe georgiano», aparece en medio del grupo. Mijail «Papá» Kalinin (con bastón), el jefe del estado soviético, era un ex campesino afable y mujeriego. Kalinin se opuso a Stalin y tuvo la suerte de sobrevivir. Sergo se enfrentó a Stalin y quedó arrinconado.









Arriba: Lazar Kaganovich, un zapatero remendón moreno y apuesto, de origen judío, fue el segundo de Stalin durante los años treinta, tosco, enérgico, cruel e inteligente. Aquí lo vemos durante la hambruna que acompañó a la colectivización encabezando personalmente una expedición a las zonas rurales de Siberia con el fin de requisar el grano escondido por los campesinos. El ritmo de las campañas organizadas por Stalin era agotador: Kaganovich (en medio de la fotografía inferior) se ha quedado dormido rodeado de sus oficiales y de miembros de la policía secreta.

Izquierda: Los jerarcas mantenían unas relaciones tan estrechas que eran como una familia. El «tío Abel» Yenukidze (a la izquierda de la fotografía) era padrino de Nadia, viejo amigo de Stalin, oficial de alto rango y un solterón sibarítico aficionado a las bailarinas. Voroshilov, a la derecha, atildado, hombre de buen carácter, estúpido, envidioso y brutal, ganó su fama en la batalla de Tsaritsin y, en 1937, se encargó de supervisar la matanza de unos cuarenta mil oficiales.





En 1933, el primer año tras la muerte de Nadia, las vacaciones de Stalin fueron inmortalizadas por la policía secreta en un álbum de fotos privadas especial que después le regalaron: éstas muestran la sorprendente intimidad e informalidad de su vida durante esos meses. Le gustaban particularmente las meriendas campestres. Aquí lo vemos de campamento (*arriba*) en compañía de Voroshilov (en tirantes). Adoraba la jardinería y quitar las malas hierbas en su finca de Sochi (*izquierda*); le gustaban las rosas, pero su flor favorita era la mimosa. Era menos aficionado a la caza, pero aquí lo vemos en una cacería en compañía (de izquierda a derecha) de Budionni, Voroshilov y su amigote de la Cheka, Evdokinov.





Las vacaciones era la mejor época para conocer a Stalin: entre sus prohombres había una activísima red de interrelaciones; incluso las actividades más banales tenían una significación política si permitían a los cortesanos acercarse al Jefe. El joven Lavrenti Beria, líder georgiano y sádico atroz, se ofreció a ayudar a Stalin a arrancar las malas hierbas del jardín: poniéndose un hacha debajo del cinturón (*arriba*), le dijo al Vozhd que no había árbol que no fuera capaz de hacer astillas. Stalin captó perfectamente el mensaje.



Arriba: Stalin examina las capturas realizadas durante la pesca.
Abajo: Stalin, con Lakoba y Kirov, en barca en el curso de una excursión para ir de pesca y de caza en el Mar Negro. La jornada acabaría con un misterioso intento de asesinato. ¿Organizado por Beria?





Molotov, primer ministro durante los años treinta y el líder más importante del país después de Stalin, que disfrutaba gastándole bromas. Estaba dominado por su esposa, Polina, a la que escribió apasionadas cartas de amor. Aquí lo vemos durante unas vacaciones jugando al tenis con su familia; en invierno, no dudaba en empujar el trineo de su hija mimada. Pero este Robespierre soviético creía en el terror y nunca se arrepintió de haber firmado la condena a muerte de las esposas de sus amigos. Stalin lo apodaba «Molotstein», y también lo llamaba cariñosamente «nuestro Vecha».

Así es como Stalin gobernaba su imperio: rodeado de su familia y sus amigos, sentado al sol en su dacha de Sochi, leyendo centenares de páginas y escribiendo sus órdenes con un lápiz rojo, mientras sus leales libraban entre ellos duelos violentísimos para alcanzar su favor. Aquí vemos a Beria detrás de él, como un guardaespaldas, después de traicionar a su antiguo patrono, Lakoba (a la derecha), mientras Svetlana (que llamaba a Beria «tío Lara») juega a su lado. Cinco años más tarde, Lakoba y toda su familia ya habían muerto.

11

Asesinato del favorito

Aquel verano, el estado de represión que habían impuesto pareció suavizarse. En el mes de mayo, el presidente de la OGPU, Menzhinsky, un oscuro erudito que estaba permanentemente enfermo y se pasaba la mayor parte del tiempo encerrado estudiando manuscritos persas en alguna de las doce lenguas que dominaba, murió. La prensa anunció que con él perecía la odiada OGPU, que quedó absorbida por el nuevo Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos, el NKVD. Aquella novedad suscitaba esperanzas de que la naciente era del jazz trajera consigo nuevos aires de libertad para Rusia. El nuevo comisario, sin embargo, era Yagoda, que había dirigido la OGPU durante algún tiempo.

La ilusión de deshielo se vio confirmada cuando Yagoda se presentó ante Stalin y recitó un poema de Osip Mandelstam que, lo mismo que su amiga, la bella poetisa de Leningrado Anna Ajmatova, escribía versos de una claridad emocional impresionante que siguen brillando en medio de esa penumbra de humanidad como destellos de sincera honradez. Naturalmente a ambos les costaba trabajo acomodarse a la mediocridad soviética.

Yagoda pagó a Mandelstam con el irónico cumplido de aprenderse de memoria su poema, dieciséis versos en los que Stalin era condenado y convertido en objeto de burla al llamársele bigotudo «rupestre morador del Kremlin» y «matador de campesinos», cuyos «gruesos dedos» eran tan «aceitosos como gusanos». El poeta Demian Bedni se había quejado a Mandelstam de que Stalin dejaba la huella grasienta de sus dedos en los libros que constantemente le pedía prestados. Los demás dirigentes eran una «banda de jefazos cuellifinos», verso que escribió Mandelstam al darse cuenta de que el pescuezo de Molotov sobresalía del cuello de su guerrera y de lo pequeña que tenía la cabeza. Stalin se sintió ofendido, aunque comprendía el valor del poeta. De ahí la despiadada orden enviada a Yagoda, que parece referida a una porcelana de gran valor: «Debe ser conservado, pero aislado».

La noche del 16 al 17 de mayo, Mandelstam fue detenido y condenado a tres años de destierro. Mientras tanto, los amigos del poeta corrieron a pedir ayuda a los mecenas que tenían entre los jerarcas bolcheviques. Su esposa Nadezhda y el poeta Boris Pasternak apelaron a Bujarin en *Izvestiya,* mientras que Ajmatova fue recibida por Yenukidze. Bujarin escribió una carta a Stalin diciendo que Mandelstam era un «poeta de primera clase ... aunque no demasiado normal ... PS: Boris Pasternak ha quedado absolutamente estupefacto por la detención de Mandelstam y de que nadie sepa nada». Un detalle sumamente revelador es que Bujarin recordaba a Stalin que «los poetas siempre tienen razón, la historia está de su parte...».

—¿Quién ha autorizado la detención de Mandelstam? —exclamó Stalin—. ¡Qué vergüenza!

En el mes de julio, consciente de que la noticia del interés mostrado por el asunto iba a propagarse como las ondas en la superficie de un lago ante la proximidad del congreso de escritores, Stalin llamó por teléfono a Pasternak. Las llamadas que hacía a los escritores tenían ya su propio ritual. Poskrebishev telefoneaba primero para avisar al destinatario de la llamada de que el camarada Stalin deseaba hablar con él: debía esperar. Cuando se produjo la llamada, Pasternak se encontraba en el piso colectivo que ocupaba y dijo a Stalin que no podía oírlo bien, pues en el pasillo había unos niños chillando.

—El caso de Mandelstam se está revisando. Todo irá bien —dijo Stalin antes de añadir—: Si yo fuera un poeta y un compañero mío tuviera problemas, haría cualquier cosa por ayudarlo. —Pasternak intentó, como es natural, definir su concepto de amistad, pero el primer secretario lo interrumpió—: Pero es un genio, ¿no?

—Eso no es lo que importa.

—Entonces, ¿qué es lo que importa?

Pasternak, que se sentía fascinado por Stalin, dijo que deseaba entrevistarse con él y charlar un rato.

—¿Sobre qué? —preguntó el Vozhd.

—Sobre la vida y la muerte —respondió el poeta.

Stalin, lleno de perplejidad, colgó. En cualquier caso, la conversación más significativa tuvo lugar más tarde, cuando Pasternak intentó convencer a Poskrebishev de que lo pusiera otra vez en comunicación. El asistente se negó a hacerlo. El poeta le preguntó entonces si podía repetir lo que habían hablado. La respuesta fue un sí contundente.

Stalin se jactaba de ser un gran entendido: «Indudablemente es un gran talento», decía en una carta a propósito de otro escritor. «Es sumamente caprichoso, pero así son las personas que poseen un don especial. ¡Que escriba lo que quiera y cuando quiera!»

La extravagancia de Pasternak puede que le salvara la vida, pues más tarde, cuando se propuso su detención, parece que Stalin replicó:

—Dejadlo en paz. ¡Si está en las nubes![1]

* * *

La intervención de Stalin se hizo famosa, aunque no supusiera ninguna novedad: lo que fuera Nicolás I para Pushkin, fue Stalin para todos sus escritores. El primer secretario pretendía hacer creer que se consideraba a sí mismo un observador informal: «Los camaradas que conocen lo que son las artes te ayudarán. Yo no soy más que un *dilettante*»;[2] pero en realidad era a la vez un *gourmet* y un *gourmand*. Sus papeles revelan las críticas omnipotentes que hacía de los distintos autores, de los cuales recibía cientos de cartas.

Últimamente el escritor favorito de Stalin venía siendo el «poeta proletario» Demian Bedni, un rimador al estilo de Falstaff de ojos bonachones en medio de una cabeza gorda «como un enorme caldero de cobre», cuyas obras aparecían habitualmente en *Pravda* y que pasaba las vacaciones con el Vozhd, suministrándole un repertorio infinito de chistes obscenos. Recompensado con un piso en el Kremlin, ingresó en el Politburó literario. Pero no tardó en irritar a Stalin: a todas horas estaba bombardeándolo con sus quejas y con sus sublimes poemas, incluidos en una correspondencia larguísima y grotesca, al tiempo que realizaba correrías de borracho en el interior del Kremlin. «¡Ja, ja, ja! ¡Jilguerito!», decía Stalin en una de sus cartas. Pero lo peor era que Bedni oponía una obstinada resistencia a las críticas del Vozhd. «¿Qué me dices del presente en Rusia?», garabateaba Stalin en una de sus misivas. «¡Bedni persiste en sus errores!»

«Estoy de acuerdo —añadía Molotov—. No debe ser publicado si no mejora.» Stalin se cansó de aquel poeta borracho y lo expulsó del Kremlin.

«No debe haber más escándalos en el Kremlin», decía en una carta de septiembre de 1932. Bedni se sintió molesto, pero el Vozhd lo tranquilizó: «No debes pensar que abandonar el Kremlin equivale a ser expulsado del Partido. Millares de camaradas respetables viven fuera del Kremlin, por ejemplo Gorki».[3] Vladimir Kirshon era uno de los integrantes del círculo de Gorki y otro beneficiario de los fondos de la GPU aficionado a enviar a Stalin todo lo que escribía. Mientras gozara del favor de éste, no podía hacer nada mal:

«Publícalo inmediatamente», escribió Stalin sobre un ejemplar del último artículo de Kirshon, al tiempo que se lo devolvía al editor de *Pravda*. Cuando Kirshon le hizo llegar su último drama, el Vozhd lo leyó en seis días y le contestó inmediatamente en los siguientes términos:

«Camarada Kirshon, tu obra no está mal. Debe ser estrenada de inmediato.»[4] El autor estaba cobrando la recompensa debida por su lealtad política: era uno de los energúmenos que habían destruido de mala manera la carrera de

Bulgakov. No obstante, tras la imposición del realismo socialista, Kirshon escribió a Stalin y Kaganovich preguntando si había caído en desgracia:

«¿Por qué planteas la cuestión de la confianza? —le respondió de inmediato Stalin—. Te ruego que creas que el Comité Central está verdaderamente encantado con tu obra y confía en ti.»[5] Los escritores recurrían asimismo a Stalin para resolver sus litigios: Panferov escribió al Vozhd lamentándose de que Gorki se burlaba de su obra. ¿Comentario de Stalin? «Vanidoso. Archívese la carta. Stalin.»[6]

Cuando no le gustaba un autor, no escatimaba palabras: «Klim —escribía en una carta a Voroshilov a propósito de un artículo—, ésta es mi impresión: un charlatán de marca mayor que se cree que es el Mesías. ¡Sí, sí! Stalin.»* Cuando el novelista americano Upton Sinclair le escribió pidiendo la liberación de un cineasta que había sido encarcelado, Stalin comentó: «¡Humo verde!».[7] El teatro favorito del primer secretario era el de las Artes de Moscú, por lo que se mostró bastante amable con su famoso director, Stanislavski, achacando su opinión a sus colegas: «No elogié demasiado la obra *El suicida* (de N. Erdman)... Mis camaradas más próximos la consideran vacía e incluso perniciosa...».[8]

Sus «camaradas más próximos», mucho menos aficionados a la literatura que él, también se convirtieron insospechadamente en unos tiranos literarios: Stalin, Molotov y Kaganovich (un zapatero remendón carente por completo de cultura) eran los que tomaban las decisiones en materia de artes. Molotov se dirigía a Bedni, por ejemplo, en un tono en el que se mezclaban de manera absurda la amenaza personal y la crítica literaria. Bedni, que era un chismoso, se atrevió incluso a enfrentar a Stalin con Molotov, que le aleccionaba severamente en los siguientes términos:

«He leído la carta que te ha enviado Stalin. Estoy absolutamente de acuerdo con ella. Nadie puede decir las cosas mejor que él...» Molotov le prevenía de los rumores que circulaban acerca de las desavenencias existentes entre los dirigentes: «Tú también has echado tu cuarto a espadas, camarada Bedni. No esperaba eso de ti. No es bueno para un poeta proletario...». Le daba incluso algunos consejos poéticos: «Es demasiado pesimista ... tienes que abrir una ventana por la que pueda entrar el sol (el heroísmo del socialismo)».[9]

Stalin solía informar a Gorki y a otros escritores de que introducía correcciones en sus artículos en compañía de Kaganovich, idea que a ellos debía de parecerles espantosa. En los teatros, Stalin hacía la pantomima de dar su parecer sobre cualquier nueva obra que se estrenaba, y tras él venía una carta de Kagano-

* Cuando leyó la sátira de Andrei Platonov sobre el «alto mando» de la colectivización, *For Future Use*, se dice que Stalin escribió: «¡Hijo de puta!» en el manuscrito, y que comentó con Fadeiev: «Que le den un cinturón "para su uso en el futuro"». Platonov no fue encarcelado nunca, pero murió en la miseria de tuberculosis.

vich y de Molotov. En el palco y en el antepalco del Politburó, en el que se cenaba durante los entreactos, Stalin hacía comentarios sobre los actores, las obras e incluso la decoración del vestíbulo. Cualquier comentario que hiciera era objeto de rumores, mitos y decisiones que afectaban a la carrera de terceras personas.

En una ocasión, Stalin fue a ver una nueva obra sobre Pedro el Grande de Alexei Tolstoi, otro autor recién vuelto de la emigración que, junto con Gorki, era el escritor más rico del imperio. El conde Tolstoi, hijo ilegítimo de un noble y aristócrata renegado, había regresado en 1923 a Rusia, donde fue recibido con los brazos abiertos y calificado de «conde-obrero-campesino». Aquel acróbata literario se especializó en entender a Stalin, jactándose de que «realmente hay que ser todo un equilibrista». Su drama *En ascuas* fue muy criticado por los escritores bolcheviques. Stalin se fue del teatro poco antes de que acabara la representación, siendo acompañado hasta el coche por el alicaído director de la obra. Dentro del teatro, todo el mundo criticó profusamente la pieza dando por supuesta la desaprobación imperial, hasta que el director entró de nuevo en la sala para anunciar triunfante:

—El camarada Stalin, hablando conmigo, emitió el siguiente juicio: «¡Una obra espléndida! Lo único que es una lástima es que Pedro no sea descrito de un modo suficientemente heroico».

El Vozhd recibió a Tolstoi y le suministró el «enfoque histórico apropiado» para su próximo proyecto, la novela titulada *Pedro el Grande.*

Aquella pantomima se repitió exactamente cuando Kaganovich rechazó una nueva producción del director teatral vanguardista Meyerhold y fue seguido hasta su coche por el artista, totalmente decepcionado. En cambio, dispensó su protección al actor judío Solomon Mijoels. Como los grandes señores del siglo XVIII, los jerarcas dispensaban su mecenazgo cada uno al teatro de su elección, a sus poetas, a sus cantantes y a sus escritores, y defendían a sus protegidos,* a los cuales recibían en sus dachas y visitaban en sus casas. «Todo el mundo va a ver a alguien», escribiría Nadezhda Mandelstam en sus memorias, que constituyen una guía moral sin parangón de lo que fue aquella época. «No hay otra forma.» Pero cuando el Partido se revolvía contra sus protegidos, los líderes los abandonaban a su suerte con toda rapidez.[10]

Los artistas estaban fascinados con Stalin: Pasternak deseaba verlo. «¿Pue-

* Hubo otro intelectual recién vuelto de la emigración al que Stalin favoreció personalmente. Ilia Ehrenburg, judío bohemio, amigo de Picasso y Malraux, se quejó de sufrir la persecución del Partido. Bujarin, antiguo compañero suyo de colegio, lo defendió. Stalin escribió: «Al camarada Kaganovich. Presta atención al documento adjunto. No dejes que los comunistas vuelvan loco a Ehrenburg. I. Stalin». Molotov y Bujarin ayudaron a Mandelstam. Voroshilov ayudaba a su propio círculo de protegidos, así como a su «pintor de corte» Gerasimov. Kirov protegió al Ballet Mariinski, y Yenukidze al Bolshoi. Yagoda dispensó su patrocinio a su propio grupo de escritores y arquitectos, reuniéndose a menudo con ellos en la mansión de Gorki. Poskrebishev recibía al tenor Kozlovski en su casa.

do verte?», escribía ansiosamente el poeta Gidosh. Meyerhold solicitaba una entrevista con Stalin que, según sus propias palabras, iba a «aliviar mi depresión como artista», y firmaba «Con cariño».

«Ahora no está Stalin», respondía Poskrebishev.[11]

* * *

El 30 de julio, un mes después de la Noche de los cuchillos largos de Hitler, Stalin se dirigió a la dacha de Sochi, donde debía reunirse con su antiguo favorito, Kirov, que no deseaba estar allí, y con el nuevo, Andrei Zhdanov, que debió de sentirse muy honrado de recibir semejante invitación. Fueron cuatro los asistentes, pues Zhdanov llevó consigo a su hijo Yuri, futuro yerno de Stalin, un joven en el que el Vozhd vería al hombre soviético ideal. La finalidad de aquella reunión era escribir la nueva historia de Rusia.

Aunque enfermo ya y cansado, Kirov era el tipo de hombre al que le gustaba salir de acampada o de caza con amigos como Sergo. Unas vacaciones con Stalin no tenían nada de relajantes. En realidad, librarse de pasar las vacaciones con el primer secretario se convertiría en una experiencia común para todos sus invitados. Kirov intentó zafarse, pero Stalin insistió. Kirov, dándose cuenta de que «Stalin estaba librando una lucha de voluntades», no pudo negarse a acompañarlo.

«No estoy muy animado —le decía a su esposa—. Me aburro aquí ... Nunca podré tener unas vacaciones tranquilas. ¡Al infierno con ellas!»

No era ésta, ni mucho menos, la actitud que Stalin necesitaba o esperaba de «su Kirich», pero de haber leído las cartas de éste, habría visto confirmados los sentimientos ambiguos que abrigaba ya hacia Kirov.[12]

Los tres líderes y el niño «cuando hacía buen tiempo se sentaban ante una mesa colocada en el balcón, en la terraza cubierta» de la gran mansión de Sochi, con su patio y su pequeña piscina cubierta para Stalin. Los criados traían entremeses y bebidas. «Los cuatro íbamos y veníamos —dice Yuri Zhdanov—. Unas veces, entrábamos en el despacho, otras bajábamos al jardín, o a la casa de madera de verano.» El ambiente era relajante, libre y cómodo. En los descansos, Kirov se llevaba a Yuri a coger moras, que luego llevaban a Stalin y a Zhdanov. Cada noche Kirov se iba a su dacha y los Zhdanov a la suya. De vez en cuando el solitario Stalin lo acompañaba a casa. «No había guardaespaldas, ni vehículos de acompañamiento, ni coches del NKVD —dice Yuri Zhdanov—. Íbamos sólo yo delante, al lado del conductor, y mi padre y Stalin en el asiento trasero.» Partieron al atardecer y cuando encendieron las luces vieron a dos muchachas haciendo autostop en la cuneta.

—¡Para! —dijo Stalin. Abrió la portezuela y dejó subir a las muchachas, que ocuparon los asientos centrales del Packard de siete plazas. Las jóvenes reconocieron al primer secretario.

—¡Es Stalin! —oyó Yuri musitar a una de ellas. Las dejaron en Sochi. «Aquél era el ambiente reinante por entonces.» No tardaría en cambiar.

Por informal que pudiera parecer el hecho, Zhdanov, como Beria, era uno de los pocos jerarcas que podía llevar a su hijo a una reunión con Stalin, aunque el chico, ya adolescente, lo conocía desde que tenía cinco años. «Sólo Zhdanov recibía de Stalin el mismo trato del que gozaba Kirov —explicaría Molotov—. Después de Kirov, al que más quería Stalin era a Zhdanov. Lo valoraba por encima de todos los demás.»[13]

Atractivo, de ojos marrones, de hombros anchos y atlético, a pesar de ser asmático, Zhdanov se mostraba en todo momento cordial y sonriente, provisto siempre de un abundante repertorio de chistes. Como Kirov, era un compañero alegre, aficionado a cantar y a tocar el piano. Zhdanov ya conocía bien a Stalin. Nacido en el puerto de Mariupol, a orillas del mar Negro, en 1896, Andrei Alexandrovich Zhdanov, de ascendencia noble (como Lenin y Molotov), era el vástago de una familia de intelectuales chejovianos. Hijo de un catedrático de estudios religiosos de la Academia de Teología de Moscú que, como el padre de Lenin, trabajó de inspector de las escuelas públicas (su tesis doctoral versaría sobre el tema «Sócrates como pedagogo»), y de una diplomada del Conservatorio de Música de Moscú, hija a su vez de un rector de una academia de teología, Zhdanov era el único representante de la clase media culta decimonónica que había en los círculos superiores del Partido. Su madre, una pianista de talento, le enseñó a él también a tocar con maestría el piano.

Zhdanov había estudiado en una escuela eclesiástica (lo mismo que Stalin) y soñaba con ser agricultor; más tarde, a los veinte años, se matriculó en el Centro de Instrucción de Jóvenes Oficiales de Tiflis. Esa experiencia le permitió «familiarizarse con la cultura y las canciones georgianas». Creció al lado de tres hermanas que se hicieron bolcheviques: dos de ellas no se casaron y se convirtieron en una pareja de solteronas revolucionarias que vivían en casa de Zhdanov, al que dominaban, e irritaban a Stalin. Tras ingresar en el Partido en 1915, ganó sus galones en la guerra civil actuando de comisario, como tantos otros. En 1922 gobernó Tver, y luego Nizhni Nóvgorod, cargo del que fue relevado para dedicarse a cosas más importantes.

Puntilloso y rígido en cuestiones de Partido, sus papeles revelan que era un hombre de una diligencia meticulosa, incapaz de abordar un asunto sin convertirse en un experto enciclopédico en él. Aunque nunca acabó sus estudios superiores, pese a asistir a la Escuela de Agricultura, Zhdanov era otro adicto al trabajo obsesivo, que estudiaba música, historia y literatura con voracidad. Stalin, según dice Artiom, «respetaba a Zhdanov» y veía en él a «otro intelectual», al que llamaba constantemente por teléfono para preguntarle: «¿Andrei, has leído este nuevo libro?». Los dos estaban sacando siempre a colación a Chejov o a Saltikov-Shchedrin y leyéndolos en voz alta. Algunos rivales envidiosos se burlaban de sus pretensiones: Beria le había puesto de mote «el Pianista». Zhdanov

y Stalin tenían en común la educación religiosa, las canciones georgianas, el amor por la historia y la cultura rusa clásica, la obsesión por el autodidactismo y la ideología, y el sentido del humor; excepto que Zhdanov era un mojigato.* Personalmente estaba entregado en cuerpo y alma a Stalin, al que llamaba Iosiv Vissarionovich, nunca Koba. «El camarada Stalin y yo hemos decidido...», era la pomposa forma en que le gustaba empezar cualquier reunión.[14]

Ya fuera en la terraza o en la casa de verano, se pasaron las vacaciones hablando de historia, repasando época tras época, ante una mesa plagada de libros de historia zaristas y revolucionarios. Zhdanov tomaba notas. El pedagogo supremo no podía dejar de hacer ostentación de sus conocimientos.** Su misión consistía en crear la nueva historia que habría de convertirse en la ortodoxia estalinista. A Stalin le encantaba el estudio de la historia, y guardaba tan buenos recuerdos de su profesor de historia del seminario que en 1931 se tomó la molestia de escribir a Beria en los siguientes términos:

«Nikolai Dmitrievich Majatadze, de setenta y tres años, se encuentra en la cárcel de Metechi ... Lo conozco del seminario y no creo que pueda representar un peligro para el poder soviético. Te pido que liberes al anciano y que me hagas saber el resultado.»[15] Desde entonces se convirtió en un adicto a la historia. En 1931, intervino decisivamente en la academia con el fin de imponer en el terreno de la historia una versión precursora de lo que luego sería el «realismo socialista» en el campo de la literatura: en adelante, la historia no sería lo que dijeran los archivos, sino lo que decretara el Partido durante vacaciones como aquéllas. Stalin leyó y anotó profusamente todos los libros de historia existentes en su biblioteca: dedicó especial atención a las guerras napoleónicas, a la antigua Grecia, a las relaciones existentes entre Alemania, Gran Bretaña y Rusia durante el siglo XIX, y a todos los shas de Persia y a los zares rusos. Estudioso nato, siempre se empollaba la historia del tema que fuera a ser tratado cada día.[16]

Mientras que Zhdanov se encontraba en su elemento enzarzado en aquellas discusiones, Kirov se sentía en Sochi como pez fuera del agua. Se cuenta incluso que intentó escapar diciendo:

—Iosiv Vissarionovich, ¿pero qué clase de historiador soy yo?

—No te preocupes, siéntate y escucha —replicó Stalin.

* Su esposa Zinaida era todavía más remilgada: en una ocasión le dijo a Svetlana Stalin que al novelista urbano Ehrenburg le gustaba París «porque allí hay mujeres desnudas». Zinaida era lo bastante indiscreta y tenía tanta falta de tacto que le dijo a Svetlana que su madre estaba mentalmente «enferma».

** Yuri Zhdanov, el niño que se sentó a la mesa con Stalin, Kirov y con su padre, es la principal fuente para todo este episodio y en la actualidad vive en Rostov del Don, donde generosamente se avino a ser entrevistado por este autor. Aquellas vacaciones se harían famosas por la suerte que poco después acabaría corriendo Kirov: forman un componente de la novela de Anatoli Ribajov *Los hijos del Arbat.* Yuri Zhdanov recuerda que Stalin le preguntó: «¿Cuál fue el genio de Catalina la Grande?». Él mismo respondió a la pregunta: «Su grandeza consiste en haber elegido al príncipe Potemkin y a otros amantes y oficiales de talento para gobernar el Estado».

Kirov se quemó tanto con el sol que ni siquiera podía jugar a *gorodki.* «Por extraño que parezca, la mayor parte del día estamos ocupados. No son éstas las vacaciones que me esperaba. Bueno, al diablo con ellas», decía en una carta a un amigo de Leningrado. «Pondré pies en polvorosa en cuanto me sea posible.» Yuri Zhdanov, en cambio, recuerda la «alegre cordialidad» reinante entre Stalin y Kirov, que desgranaban chistes licenciosos acogidos por Zhdanov con un silencio melindroso. Yuri recordaba todavía un chiste de Stalin sobre Jesús. Un día estaban trabajando en la casa de verano, situada al pie de una gran encina, cuando el primer secretario clavó sus ojos en sus amigos:

—Mirad, estáis aquí sentados conmigo —dijo señalando al árbol—. Éste es el árbol de Mambré.

Zhdanov conocía la Biblia y sabía que el árbol de Mambré era el lugar en el que Jesús se reunía con sus apóstoles.*

Es posible que se produjera un hecho más siniestro que preocupara a Kirov: en un momento dado, aprovechando que estaba fuera de la ciudad, las autoridades de Moscú intentaron destituir a Medved, el máximo dirigente del NKVD en Leningrado, leal a Kirov y amigo de la familia, y sustituirlo por un ex delincuente desalmado, Evdokimov, que era uno de los amigos de parranda más brutos con los que salía Stalin durante sus vacaciones en el sur. El Vozhd pretendía disolver el patrocinio que ejercía Kirov en el ámbito local y quizá incluso controlar su seguridad. Kirov se negó a aceptar el nombramiento de Evdokimov.[17]

Al tiempo que Kirov regresaba a Leningrado, Stalin despachó a Zhdanov a Moscú para supervisar el I Congreso de Escritores. Se trataba de la primera prueba que había de pasar Zhdanov y lo cierto es que salió de ella muy airoso, consiguiendo, con la ayuda de Kaganovich, sobrevivir a las exigencias de Gorki y a la histeria de Bujarin. Zhdanov comunicaba todos los detalles a Stalin en cartas de veinte páginas escritas con una letra cansina que ponen de manifiesto la estrecha relación existente entre ambos y la nueva preponderancia alcanzada por el más joven. (Parece que entre los hombres de Stalin había una rivalidad tácita, a ver quién escribía las cartas más largas: de ser así, Zhdanov se habría llevado la palma.) Como un escolar ante su tutor, Zhdanov se jactaba de lo bien que había realizado su trabajo: «La opinión de todos los escritores —de nuestro país y extranjeros— ha sido buena. Todos los escépticos que predecían un fracaso deben admitir ahora el éxito colosal alcanzado. Todos los escritores han visto y entendido la actitud del Partido». Reconocía que «el congreso les ha costado una barbaridad a mis nervios, pero creo que lo he hecho bien». Stalin apreció su franqueza en lo tocante a sus debilidades.[18] Una vez clausurado el congreso, Zhdanov tuvo incluso que disculparse con Stalin por-

* Cuando el escritor Mijail Sholojov criticó la alabanza al líder, Stalin respondió con una sonrisa socarrona: «¿Qué le voy a hacer? La gente necesita un dios».

que «no te he escrito. El congreso me ha llevado mucho tiempo...», pero se excusaba también por escribir «una carta tan larga; no soy capaz de hacerlo de otro modo».

Para entonces los demás líderes se habían ido también de vacaciones: «Molotov, Kaganovich, Chubar y Mikoyan han salido hoy. Kuibishev, Andreyev y yo nos hemos quedado». Zhdanov, que ni siquiera era candidato a ingresar en el Politburó y era completamente nuevo en la Secretaría, se quedó al cargo del país, firmando los decretos personalmente, un signo más de la importancia cada vez menor del Politburó: la fuente del poder real era la proximidad a Stalin.* La Rusia soviética gozaba de los últimos meses de oligarquía y se acercaba al primero de la dictadura.[19]

Zhdanov, uno de los caballos de tiro más frágiles de Stalin, estaba agotado: «Solicito un mes de vacaciones en Sochi ... Estoy cansadísimo», decía en una carta al Vozhd. Naturalmente trabajaría en la historia que tanto les gustaba: «Durante las vacaciones, me gustaría echar una hojeada a los libros de historia ... Ya he mirado los libros de segundo nivel. No son buenos. Para ti muchos recuerdos, querido camarada Stalin».[20]

¿Cuál era el estado de ánimo de Stalin durante aquella calma anterior a la tormenta? Se sentía frustrado por las meteduras de pata del NKVD y el constante «gimoteo» de los peces gordos del Partido. El 11 de septiembre, Stalin se quejó ante Zhdanov y Kuibishev de la desacertada labor de coerción de la policía secreta: «Descubrid todos los errores de los métodos deductivos de los trabajadores de la GPU ... Liberad a los perseguidos que sean inocentes siempre y cuando sean inocentes y ... purgad» la OGPU de las personas con «métodos de deducción» específicos y «castigadlos a todos, sean quienes sean» [en palabras de Stalin: «sin mirar sus caras»].[21] Unos días más tarde un marinero desertó y se refugió en Polonia.

Stalin ordenó inmediatamente a Zhdanov y a Yagoda que ejecutaran el castigo impuesto a la familia del marinero: «Infórmeseme de inmediato de que 1) los miembros de la familia del marinero han sido detenidos, y de que 2) si no es así, quién es el responsable del error [de no detenerlos] en nuestros propios órganos, y de si el culpable ha sido castigado por esta traición a la Patria». La tensión iba haciéndose también cada vez mayor en sus relaciones con Kirov.[22]

* * *

* Al término del XVII Congreso, las reuniones formales del Politburó fueron haciéndose cada vez menos asiduas. Con frecuencia sus sesiones se limitaban en realidad a una charla de Stalin con unos cuantos camaradas: las notas de Poskrebishev dicen sólo: «Camaradas Stalin, Molotov, Kaganovich — A favor», mientras que los demás miembros del alto organismo eran llamados a veces por teléfono por el propio Poskrebishev, que apuntaba sus votos y debajo firmaba «P». A finales de año, se celebró una reunión en septiembre, ninguna en octubre y una en noviembre.

El 1 de septiembre, Stalin despachó a los distintos miembros del Politburó a las zonas rurales para que comprobaran cómo iba la cosecha: Kirov fue enviado a Kazajstán, donde se produjo un extraño incidente que quizá fuera un intento de asesinato o de que lo pareciera. Las circunstancias no están muy claras, pero cuando regresó a Leningrado, la guardia del NKVD de la que disponía fue reforzada con otros cuatro chekistas, de modo que tenía cerca de nueve hombres trabajando para él por turnos en distintos lugares. Por consiguiente, Kirov era uno de los líderes soviéticos más vigilados, aunque a él no le gustara, pues pensaba que aquello no era más que un nuevo intento de apartarlo de los miembros de la Cheka local más fieles a su persona, y en particular de su guardaespaldas Borisov, hombre de mediana edad y excesivamente gordo, pero leal. Al término de su gira por el campo, Sergo y Voroshilov se reunieron con Stalin, que estaba de vacaciones, mientras Zhdanov inspeccionaba la zona de Stalingrado, desde donde mandó otra carta de trece páginas haciendo gala de su dureza al afirmar que «deberían mandarse aquí unos cuantos trabajadores para juzgarlos». Y se despedía precipitadamente con las siguientes palabras: «Cien veces: ¡El diablo maldiga los detalles!».

Cuando Stalin regresó a Moscú el 31 de octubre, empezó a decir de nuevo que echaba de menos a Kirov; aunque éste había puesto en discusión el plan de Stalin de acabar con el racionamiento de pan, del que dependía que pudiera alimentarse la numerosa población de Leningrado. Kuibishev era el aliado de Kirov: «Necesito tu apoyo», le decía en una carta enviada desde Leningrado. El 3 de noviembre, Maria Svanidze recordaba que Stalin llegó a su apartamento en compañía de Kaganovich, mientras que «ese gordo absurdo» de Zhdanov corría detrás de él. El Vozhd llamó por teléfono al renuente Kirov y lo invitó a venir a Moscú «a defender los intereses de Leningrado». Stalin pasó el aparato a Kaganovich, que «intentó convencer a Kirov de que bajara hasta aquí». Maria decía que Stalin en realidad no quería más que «ir a los baños de vapor y gastar bromas con él».

Unos días más tarde, Kirov se fue en coche a Zubalovo en compañía de Stalin y de su hijo Vasili para ver un espectáculo de títeres montado por Svetlana y después jugar al billar. Jrushchov, que asistía al Politburó como un astro en ascensión, fue testigo de «un intercambio de palabras fuertes» entre Stalin y Kirov. A Jrushchov le sorprendió que el Vozhd se comportara «de forma tan poco respetuosa con otro miembro del Partido». Svanidze señala en su diario que Stalin estaba «de mal humor». Kirov regresó lleno de ansiedad a Leningrado. Deseaba discutir el clima de tensión cada vez mayor con su amigo: «Hace tanto tiempo que no veo a Sergo».[23]

El 7 de noviembre se produjo un nuevo signo de aparente deshielo. En la recepción diplomática celebrada en la sala Andreevski, presidida por Stalin, Kalinin y Voroshilov, la tradicional banda del ejército rojo recogió sus bártulos y fue sustituida, para sorpresa de todos, por Antonin Ziegler y su Revista

de Jazz. La animación de la música *swing* parecía totalmente fuera de lugar y nadie sabía si debía ponerse a bailar o no. Entonces, Voroshilov, siempre amigo del baile, aprovechando que estaba tomando clases de ritmos de jazz, se puso a bailar animadamente un foxtrot con su esposa Ekaterina Davidovna.[24]

El 25 de noviembre, Kirov volvió precipitadamente a Moscú para asistir al pleno, con la esperanza de evacuar consultas con Ordzhonikidze.[25] Sergo no asistió al pleno. A comienzos de ese mismo mes, mientras visitaba Bakú con Beria, cayó repentinamente enfermo después de una cena. Beria se lo llevó en tren de vuelta a Tiflis. Tras el desfile del 7 de noviembre, Sergo volvió a caer enfermo con una hemorragia intestinal y luego sufrió un ataque al corazón grave. El Politburó envió entonces tres especialistas para que lo examinaran, pero los tres se mostraron confusos ante unos síntomas tan misteriosos. A pesar de todo, Sergo estaba dispuesto a regresar a Moscú para el pleno, pero Stalin le ordenó con toda claridad que «cumpliera estrictamente las instrucciones de los médicos y no regresara a Moscú antes del 26 de noviembre. No te tomes tu enfermedad a la ligera. Saludos. Stalin».

Si Beria andaba de por medio, era una locura tomarse una enfermedad a la ligera: Stalin quizá no deseara que Sergo y Kirov se vieran en el pleno. Beria, que se había ofrecido a poner su hacha al servicio de Stalin, tenía ya conocimiento de la desilusión que había sufrido el Vozhd con Sergo. Más tarde demostraría su afición al veneno. De hecho, el NKVD se jactaba de poseer un departamento secreto de envenenadores médicos encabezado por el doctor Grigori Maironovski, pero Beria no necesitaba mucha ayuda en ese terreno. Lo cierto es que introdujo el veneno de los Borgia en la corte de los bolcheviques.[26] El propio Stalin pensaba lúgubremente en el veneno; meditando en torno a las mortíferas intrigas urdidas en la corte persa del siglo XVIII, que estaba estudiando en aquellos momentos, había escrito en su libreta durante una sesión del Politburó: «Veneno, veneno. Nadir Sha».[27]

Al término del pleno, el día 28 de noviembre, Stalin escoltó personalmente a Kirov hasta el tren *Flecha Roja*, y una vez en su compartimento le dio un abrazo.[28] Al día siguiente Kirov estaba otra vez trabajando en su despacho de Leningrado. El 1 de diciembre, se puso a trabajar en casa preparando un discurso, y luego, tras ponerse su gorra de visera típica de los obreros y una gabardina, salió del piso para dirigirse a pie a su despacho. Entró en el imponente Instituto Smolni, de estilo neoclásico, por la entrada pública. A las cuatro y media de la tarde, seguido de su guardaespaldas Borisov, Kirov subió a su despacho del tercer piso. El viejo Borisov se quedó rezagado, ya fuera porque no estaba en buena forma o porque extrañamente lo entretuvieron unos chekistas de Moscú que aparecieron por la puerta.

Kirov dobló a la derecha de la escalera y se cruzó con un joven de pelo oscuro llamado Leonid Nikolaev, que se apoyó en la pared para cederle el paso, e inmediatamente seguir tras él. Nikolaev sacó un revólver Nagan y disparó a

quemarropa a Kirov en la nuca. La bala atravesó la gorra. Nikolaev se apuntó a sí mismo con la pistola y apretó el gatillo, pero un electricista que estaba trabajando allí al lado se las arregló para derribarlo de un golpe y la segunda bala dio en el techo. Borisov, el guardaespaldas, llegó corriendo sin resuello, con la pistola desenfundada. Kirov había caído boca abajo, con la cabeza vuelta hacia la derecha, la visera de su gorra rozando el suelo, mientras en la mano seguía sosteniendo su cartera: un bolchevique adicto al trabajo hasta el último momento.

A continuación se produjeron varios minutos de caos, durante los cuales los testigos y la policía se dedicaron a correr de un lado para otro, viendo los mismos hechos de manera distinta y ofreciendo testimonios contradictorios: incluso la pistola fue vista por unos en el suelo y por otros en la mano del asesino. Parece que cuando se produce un acontecimiento terrible flota en el aire un tipo especial de miasma y aquella ocasión no fue diferente. Lo importante era que Kirov yacía sin vida en el suelo, al lado de Nikolaev, que había perdido el conocimiento. Un amigo de Kirov, Rosliakov, se arrodilló junto a él, sosteniendo su cabeza mientras susurraba:

—¡Kirov, Mironich!

Levantaron el cadáver, mientras Rosliakov seguía sosteniendo su cabeza inerte, y lo depositaron en una mesa de conferencias, mientras la sangre que fluía de su cuello iba dejando un reguero de heroica linfa bolchevique por el pasillo. Le aflojaron el cinturón y le desabrocharon el cuello de la camisa. Enseguida llegó Medved, el máximo dirigente del NKVD en Leningrado, pero le cortaron el paso en la puerta unos chekistas de Moscú.

Se presentaron tres médicos, entre ellos uno georgiano, Dzhanelidze. Todos declararon muerto a Kirov, pero siguieron haciéndole la respiración artificial hasta casi las seis menos cuarto de la tarde. En los estados totalitarios a los médicos les horroriza que se les muera un paciente ilustre; y con razón. Cuando los facultativos se dieron por vencidos, los presentes comprendieron que alguien tenía que darle la noticia a Stalin. Todo el mundo recordaba dónde se encontraba cuando fue asesinado Kirov, el JFK soviético.[29]

Tercera parte

Al borde del abismo: 1934-1936

12

«Me he quedado huérfano»: el experto en funerales

Poskrebishev respondió al teléfono de Stalin en el despacho de éste. El ayudante de Kirov, Chudov, comunicó la terrible noticia de lo sucedido en Leningrado. Poskrebishev intentó ponerse en comunicación con Stalin, pero no obtuvo respuesta y mandó a un secretario a buscarlo. El Vozhd, según su diario, mantenía una entrevista con Molotov, Kaganovich, Voroshilov y Zhdanov, pero llamó inmediatamente a Leningrado e insistió en interrogar al médico georgiano en su lengua nativa. Luego volvió a llamar para preguntar qué ropa llevaba puesta el asesino. ¿Una gorra? ¿Llevaba algún artículo de origen extranjero? Yagoda, que ya había llamado para preguntar si se había encontrado algún objeto extranjero en posesión del asesino, llegó al despacho de Stalin a las 17.50.

Mikoyan, Sergo y Bujarin no tardaron en presentarse. Mikoyan recordaba concretamente que «Stalin anunció que Kirov había sido asesinado y al instante, sin más investigación, afirmó que los partidarios de Zinoviev [el anterior líder de Leningrado y de la oposición a Stalin desde la izquierda] habían iniciado una campaña de terror contra el Partido». Sergo y Mikoyan, que eran los más próximos a Kirov, se hallaban particularmente consternados, pues Sergo no había podido entrevistarse con su amigo por última vez. Kaganovich señalaría que Stalin se mostró «sorprendido al principio».[1]

Stalin, sin manifestar el menor signo de emoción, ordenó a Yenukidze, en su calidad de secretario del Comité Central Ejecutivo, que firmara el decreto de estado de emergencia por el que se disponía que se procesara a los acusados de terrorismo en el plazo de diez días y su ejecución inmediata sin apelación después del juicio. Stalin debió de redactar personalmente el decreto. Esta disposición de 1 de diciembre —o mejor dicho, las dos directivas de esa noche— sería el equivalente del Acta de Concesión de Poderes de Hitler, pues sentaba las bases para desencadenar una campaña de terror indiscriminado sin ni siquiera

una mínima pretensión de respeto a la ley. Al cabo de tres años, habían sido condenadas a muerte o a los campos de trabajo dos millones de personas en nombre de esa normativa. Mikoyan dice que no hubo discusión ni objeción alguna. Con la misma facilidad con la que pudieran haber quitado el seguro de sus Mausers, los miembros del Politburó cambiaron su mentalidad a la de estado de emergencia militar propio de la guerra civil.

Si es que hubo alguna oposición, vendría de Yenukidze, personaje curiosamente benigno en medio de aquella caterva de brutos amorales, aunque en último término fuera él quien firmara el decreto. Los periódicos declararon que las leyes fueron aprobadas en una reunión del Presídium del Comité Central Ejecutivo, lo cual probablemente signifique que Stalin se metió después de la reunión en una habitación llena de humo con Yenukidze y allí lo obligó a firmarlas. También es un misterio por qué el cobarde del presidente Kalinin, presente en la reunión, no las firmó. Su firma ya había aparecido cuando los periódicos dieron la noticia. En cualquier caso, el Politburó no las votó oficialmente hasta unos días después.

Stalin decidió inmediatamente que él mismo presidiría una delegación enviada a Leningrado para investigar el crimen. Sergo quiso acompañarlo, pero el Vozhd le ordenó que se quedara en Moscú debido al débil estado de su corazón. Efectivamente, el dolor había hecho que se viniera abajo y es posible que sufriera otro ataque cardíaco. Su hija recordaba que «fue la única vez que lloró abiertamente». Su esposa, Zina, se trasladó a Leningrado para consolar a la viuda de Kirov.

Kaganovich también quiso ir, pero Stalin le dijo que alguien tenía que ocuparse de dirigir el país. Se llevó consigo a Molotov, Voroshilov y Zhdanov, así como a Yagoda y a Andrei Vishinski, el ayudante del fiscal, que se había peleado con Sergo a comienzos de año. Naturalmente fueron acompañados de un séquito de miembros de la policía secreta y de los fieles, Pauker y Vlasik. Vistas las cosas retrospectivamente, el hombre más significativo que escogió Stalin para que lo acompañara fue Nikolai Yezhov, jefe del Departamento de Personal del CC. Yezhov era uno de esos jóvenes especiales, como Zhdanov, de los que no tardaría en depender Stalin.[2]

Las autoridades locales, estremecidas, se congregaron en la estación. Stalin interpretó su papel, como un Lanzarote afligido e indignado por la muerte de un caballero al que amara especialmente, con una actuación bien aprendida y ensayada. Cuando bajó del tren, se acercó dando grandes zancadas a Medved, jefe del NKVD en Leningrado, y le propinó una bofetada con su mano enguantada.

Stalin cruzó inmediatamente la ciudad para ir al hospital y ver el cuerpo; luego instaló su cuartel general en el despacho de Kirov, donde comenzó su extraña investigación, haciendo caso omiso de cualquier testimonio que no apuntara hacia una conjura terrorista organizada por Zinoviev y la oposición

de izquierdas. El pobre Medved, el risueño chekista abofeteado por el Vozhd, fue el primero en ser interrogado y criticado por no haber evitado el asesinato. Luego llevaron ante su presencia al propio asesino, Nikolaev, «pequeño y harapiento». Nikolaev es una de esas trágicas víctimas de la historia, lo mismo que el holandés que incendió el Reichstag, caso con el que éste guarda no pocas similitudes. Aquel frágil enano de treinta años había sido expulsado del Partido y luego readmitido en él, pero había escrito a Kirov y a Stalin quejándose de su situación. Parecía aturdido y ni siquiera reconoció a Stalin hasta que le mostraron una fotografía suya. Cayendo de rodillas ante el líder, calzado con botas de montar, se puso a sollozar:

—¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué es lo que hecho?

Jrushchov, que no estaba en la sala, afirma que Nikolaev se puso de rodillas y afirmó que lo había hecho por encargo del Partido. Una fuente próxima a Voroshilov presenta a Nikolaev balbuciendo:

—¡Pero vosotros mismos me dijisteis...!

Algunos relatos afirman que fue tratado a golpes y patadas por los miembros de la Cheka presentes en la habitación.

—¡Lleváoslo! —ordenó Stalin.

El desertor del NKVD, Orlov, en general bastante bien informado, escribe que Nikolaev señaló a Zaporozhets, el ayudante del máximo dirigente del NKVD en Leningrado, y que dijo:

—¿Por qué me preguntáis a mí? Preguntadle a él.

El nombramiento de Zaporozhets en Leningrado le había sido impuesto a Kirov en 1932, pues era el hombre de Stalin y Yagoda en el feudo de Kirov. El motivo por el que debían preguntar a Zaporozhets era que Nikolaev ya había sido detenido en el mes de octubre por merodear con intenciones sospechosas y una pistola en la mano alrededor de la casa de Kirov, pero había sido liberado sin que ni siquiera se le abriera una investigación. En otra ocasión, los guardaespaldas habían impedido que tomara una foto. Pero cuatro años después, cuando Yagoda fuera procesado, éste confesaría, ofreciendo un testimonio lleno de mentiras y de verdades a la vez, que había ordenado a Zaporozhets «no poner obstáculos a cualquier acto terrorista contra Kirov».

Se hizo pasar entonces a la mujer del asesino, Milda Draul. El NKVD hizo correr el rumor de que el asesinato perpetrado por Nikolaev había sido un crimen pasional a consecuencia de un lío de faldas de Kirov. Daul era una mujer de aspecto bastante vulgar. A Kirov le gustaban las bailarinas angelicales, aunque, a decir verdad, su esposa tampoco era muy guapa: resulta imposible adivinar el misterio insondable de los gustos sexuales de las personas, pero los que conocían a uno y a otra creían que formaban una pareja muy poco verosímil. Draul dijo que ella no sabía nada. Stalin salió dando zancadas a la antesala y ordenó que se hiciera volver en sí a Nikolaev con ayuda médica.

—Para mí ya está claro que en Leningrado actúa una organización terro-

rista contrarrevolucionaria bien organizada ... Debe llevarse a cabo una investigación a fondo.

En realidad no se produjo ningún verdadero intento de analizar el asesinato desde el punto de vista forense. Es evidente que Stalin no deseaba descubrir si el NKVD había animado a Nikolaev a matar a Kirov o no.

Se dice que posteriormente Stalin visitó al «gilipollas» en su celda y que pasó una hora a solas con él, ofreciéndose a perdonarle la vida si testificaba contra Zinoviev en un juicio. Más tarde Nikolaev se preguntaría si no había sido engañado.[3]

Las brumas se espesan ahora y se convierten deliberadamente en una niebla impenetrable. Se produjo un aplazamiento. Se mandó llamar a Borisov, el guardaespaldas de Kirov, para ser interrogado por Stalin. Sólo él podía revelar si alguien lo entretuvo en la entrada del Instituto Smolni y qué era lo que sabía de las maquinaciones del NKVD. Borisov iba en el asiento trasero de un «cuervo negro» del NKVD. Cuando el conductor se dirigía al Smolny, el pasajero que iba en el asiento de delante alargó la mano y se apoderó del volante, de modo que el coche viró bruscamente y chocó de costado contra un edificio. No se sabe cómo, lo cierto es que en aquel dudoso accidente perdió la vida Borisov. Pauker llegó «estremecido» a la antesala para notificar el trágico suceso. Aquellos «choques» amañados no tardarían en convertirse en un accidente laboral más para muchos bolcheviques ilustres. Desde luego si alguien hubiera querido encubrir la existencia de una conjura, habría querido muerto a Borisov. Cuando Stalin fue informado de esta muerte tan sospechosa, denunció a las autoridades locales de la Cheka:

—Ni siquiera han sabido hacerlo como es debido.[4]

El misterio nunca se resolverá de modo concluyente. ¿Ordenó Stalin el asesinato de Kirov? No hay pruebas de que lo hiciera, pero sigue en pie la sospecha de su complicidad. Jrushchov, que llegó a Leningrado en un tren distinto en calidad de delegado de Moscú, afirmaría años más tarde que Stalin ordenó el asesinato. Mikoyan, testigo más fiable en muchos sentidos que Jrushchov y con menos que ocultar que él, acabaría por creer que Stalin se vio envuelto de alguna forma en su muerte.

Desde luego Stalin ya no confiaba en Kirov, cuyo asesinato le sirvió de pretexto para acabar con las camarillas de bolcheviques de la vieja guardia. La redacción de la Ley de 1 de Diciembre que llevó a cabo minutos después de que se produjera el asesinato parece oler tan mal como su decisión de echar la culpa del crimen a Zinoviev. Lo cierto es que había intentado sustituir a Medved, amigo de Kirov, y que conocía al sospechoso Zaporozhets, quien, poco antes del asesinato, se había ido de permiso sin autorización de Moscú, quizá con el fin de ausentarse del escenario del crimen. En la persona de Nikolaev coincidía un patético cúmulo de circunstancias sospechosas. Están además los extraños acontecimientos del día del asesinato: ¿Por qué se entretuvo Borisov en la

entrada y por qué había ya en el Instituto Smolni unos oficiales del NKVD de Moscú, poco antes de que tuviera lugar el crimen? La muerte de Borisov resulta sumamente sospechosa. Y Stalin, con frecuencia tan cauto, era capaz a veces de hacer unas jugadas tan atrevidas, sobre todo después de confesar abiertamente su admiración por la reacción de Hitler ante el incendio del Reichstag y la purga que llevó a cabo a continuación.

No obstante, si nos fijamos bien, muchos de esos detalles se revelan menos siniestros de lo que pudieran parecer. La falta de seguridad de Kirov no prueba nada, pues el propio Stalin a menudo iba acompañado a todas partes tan sólo de uno o dos guardaespaldas. La pistola resulta menos sospechosa si tenemos en cuenta que todos los miembros del Partido llevaban una. El deterioro de las relaciones existentes entre Kirov y Stalin era típico de las fricciones surgidas en el círculo de éste. La rápida reacción de Stalin ante el asesinato y la investigación surrealista que llevó a cabo no significan necesariamente que la amañara. Cuando el 27 de junio de 1927 fue asesinado Voikov, el embajador soviético en Polonia, Stalin ya reaccionó con la misma rapidez y el mismo desinterés por descubrir a los verdaderos culpables. En aquel caso, le dijo a Molotov que «notaba la mano de la Gran Bretaña» en todo aquello e inmediatamente ordenó el fusilamiento de decenas de los llamados «monárquicos». Los bolcheviques vieron siempre la justicia como un instrumento político. La sección local del NKVD, deseosa a toda costa de ocultar su incompetencia, pudo muy bien haber organizado el asesinato de Borisov. Hasta aquí las cosas pueden explicarse apelando a la torpeza habitual del pánico totalitario.

Pero sería sin duda una ingenuidad esperar hallar pruebas escritas del crimen del siglo. Sabemos que, en otros asesinatos, Stalin dio órdenes verbales en nombre de la *Instantsiya*, un eufemismo casi mágico para designar a la Autoridad Suprema, con el que no tardaremos en familiarizarnos.* La implicación directa de Yagoda parece bastante inverosímil, pues no era particularmente afín a Stalin, aunque había muchos oficiales de la Cheka, desde Agranov hasta Zaporozhets, lo suficientemente leales y amorales para hacer cualquier cosa que el Partido les pidiera que hiciesen. No es probable que fuera un episodio de «Líbrame de ese cura turbulento» a lo Enrique II de Inglaterra,** pues Stalin tenía que mangonearlo todo. Por consiguiente, es posible que leyera la carta que le enviara Nikolaev y que decidiera explotar el resentimiento de aquel perdedor contra Kirov.[5]

* *Instantsiya* deriva del uso de la expresión alemana decimonónica *aller Instanzen*, que significaba apelar al Tribunal Supremo.

** Enrique II (1133-1189), rey de Inglaterra, se enzarzó en una disputa con Thomas Becket, hasta entonces su amigo y al que había nombrado arzobispo de Canterbury. Cuando la tensión llegó a su punto culminante se dice que el monarca exclamó: «Pero ¿quién me librará de ese cura?». Cuatro de sus caballeros tomaron literalmente sus palabras y por propia iniciativa asesinaron al religioso.

La amistad de Stalin con Kirov era unilateral y frágil, pero no cabe duda de que «Stalin simplemente lo quería», según dijera Lazar de hierro, quien añadiría: «Trataba a todo el mundo políticamente». Las amistades de Stalin, como los enamoramientos de los adolescentes, oscilaban entre el amor, la admiración y la envidia venenosa. Serían un ejemplo extremo del epigrama de Gore Vidal que dice: «Cada vez que un amigo tiene un éxito, una pequeña parte de mí muere». Stalin había adorado a Bujarin, cuya viuda explica que aquel hombre era capaz de amar y odiar a una misma persona «porque el amor y el odio nacen de la envidia ... y luchan uno contra otro dentro del mismo pecho». Quizá el hecho de que Kirov traicionara la sincera amistad que le profesaba provocara una furia semejante a la de la mujer despechada, seguida de un terrible sentimiento de culpabilidad después del asesinato. Pero incluso con sus «amigos», Stalin cultivó la reserva y el distanciamiento: deseaba ser esquivo en grado sumo.[6]

Stalin fue siempre un amigo más leal de aquellos a quienes no conocía tan bien. En una ocasión, cuando un escolar de dieciséis años le escribió una carta, le mandó de regalo diez rublos, a lo que el muchacho contestó con otra carta de agradecimiento. Era muy dado a estallidos de sentimentalismo hacia los amigos de su juventud: «Te mando dos mil rublos», escribió en diciembre de 1933 a Peter Kapanadze, amigo suyo de los tiempos del seminario, que se había hecho cura y por entonces trabajaba como maestro. «De momento no tengo más... Tus necesidades son una ocasión especial para mí, por lo que te mando los derechos de autor [de mi libro]. Te darán [además] tres mil rublos en préstamo... Larga vida y que seas feliz.» Y firmaba la carta con el nombre de su padre: «Beso».

Una extraña carta inédita ilustra perfectamente en qué consistía ese cariño distante: en 1930, Stalin recibió una petición de la jefa de una explotación agrícola colectiva en la lejana Siberia, en la que le preguntaba si debían admitir en ella a un policía zarista que, según decía, conocía a Stalin. Efectivamente, aquel viejo gendarme había sido el encargado de vigilar a Koba durante su destierro. El primer secretario contestó con una larga carta de recomendación escrita a mano: «Durante mi destierro en Kureika de 1914 a 1916, Mijail Merzlikov fue el policía encargado de vigilarme. Por aquel entonces tenía sólo un cometido: vigilarme ... Es evidente que no podía mantener unas relacionas "amistosas" con Merzlikov. Pero debo decir en su descargo que, sin ser amistosas, nuestras relaciones no fueron tan hostiles como solían ser las que mantenían el desterrado y su guardián. Debo explicar por qué, a mi juicio, Merzlikov no cumplió con su obligación con el celo habitual de un policía, por qué no me espiaba ni me acosaba, y por qué pasaba por alto el episodio si alguna vez me escapaba y regañaba con frecuencia a los otros guardias por desobedecer sus "órdenes" ... Es mi obligación dar testimonio de todo esto. Así ocurrió entre 1914 y 1916, cuando Merzlikov estaba encargado de mi vigilancia, dife-

renciándose para bien de otros policías. No sé lo que hizo en tiempos de Kolchak y del poder soviético, ni tampoco sé cómo es ahora».

Vemos que en un hombre capaz de asesinar a sus mejores amigos cabía la verdadera amistad. Independientemente de que matara a Kirov o no, es indudable que Stalin aprovechó su asesinato para acabar no sólo con sus oponentes, sino también con los elementos menos radicales que había entre sus aliados.[7]

* * *

Tuvieron a Kirov de cuerpo presente en un ataúd abierto, vestido con una guerrera oscura y rodeado de banderas rojas, coronas con cintas e inscripciones y palmeras tropicales, como era habitual en los funerales bolcheviques, en medio de la grandiosidad neoclásica del potemkiniano palacio Táurida.* A las nueve y media del 3 de diciembre, Stalin y el Politburó formaron la guardia de honor, otro de los capítulos del ritual mortuorio bolchevique. Voroshilov y Zhdanov se mostraron apenados, pero Molotov parecía de piedra. «Sorprendentemente tranquilo e impenetrable estaba el rostro de I. V. Stalin —señalaría Jrushchov— dando la impresión de hallarse absorto en sus pensamientos, con los ojos fijos en el cadáver de Kirov.» Antes de marcharse, Stalin nombró a Zhdanov máximo dirigente de Leningrado, a pesar de seguir siendo secretario del CC. También se quedó en la ciudad Yezhov con el fin de supervisar las investigaciones.

A las diez, Stalin y los demás gerifaltes llevaron el féretro de Kirov hasta un armón de artillería. El cadáver desfiló lentamente por las calles de Leningrado hasta la estación, donde fue cargado en el tren que había de trasladar a Stalin hasta Moscú. Envuelto en coronas de flores, aquel tren de la muerte se hundió en la oscuridad después de medianoche, dejando tras de sí el cerebro de Kirov, para que el Instituto de Leningrado estudiara en él los signos de talento revolucionario que pudiera poseer.**

Antes de que el tren llegara a Moscú, Agranov, el oficial de la Cheka encargado de la investigación, interrogó al asesino: «Terco como una mula», comunicó a Stalin.

* El palacio Táurida había sido el escenario del extravagante baile que dio el príncipe Potemkin en honor de Catalina la Grande en 1791, pero era también la sede de la Duma, el parlamento cautelosamente concedido por Nicolás II a raíz de la revolución de 1905. En 1918, el palacio albergó la Asamblea Constituyente, que Lenin ordenó disolver a un grupo de guardias rojos borrachos. Había sido, pues, la cuna y la sepultura de las dos primeras democracias rusas anteriores a 1991.

** Dicho estudio del cerebro formaba parte del ritual científico-racionalista que acompañaba a la muerte de los grandes bolcheviques. También el cerebro de Lenin fue extraído del cráneo y estudiado en el Instituto del Cerebro. Cuando murió Gorki, también fue donado su cerebro. Se trataba, sin duda alguna, de una distorsión científica marxista de la tradición propia del Romanticismo consistente en enterrar el corazón de los grandes hombres, desde Mirabeau a Potemkin, al margen del resto del cuerpo. Pero la edad del corazón ya había pasado.

«Da de comer bien a Nikolaev, cómprale pollo», contestó el Vozhd, que también era aficionado a este tipo de carne. «Dale bien de comer para que esté fuerte; entonces nos dirá quién lo dirigía. Y si no habla, se lo daremos nosotros a él y lo dirá ... todo».[8]

En la estación Octubre de Moscú, el féretro fue trasladado de nuevo a un armón de artillería y depositado en el salón de las columnas para los funerales que habían de celebrarse al día siguiente. Poco después, Stalin informó al Politburó de la investigación tan poco convincente que había llevado a cabo. Mikoyan, que quería mucho a Kirov, estaba tan emocionado que preguntó cómo era que Nikolaev no había sido arrestado después de aparecer en público con una pistola y cómo había muerto Borisov.

—¿Cómo pudo pasar una cosa así? —comentó también indignado Stalin.

—Alguien tendría que responder por esto, ¿no? —exclamó Mikoyan, fijándose sobre todo en el extraño comportamiento del NKVD— ¿Acaso el presidente de la OGPU [Yagoda] no es el responsable de la seguridad del Politburó? Debería ser llamado a rendir cuentas.

Pero Stalin protegió a Yagoda, concentrando su atención en sus verdaderos objetivos, los bolcheviques de la vieja guardia como Zinoviev. Más tarde, Sergo, Kuibishev y Mikoyan empezarían a abrigar serias sospechas: Mikoyan analizó con Sergo el «comportamiento poco claro» de Stalin, probablemente durante los paseos que daban alrededor del Kremlin, el sitio habitual para mantener ese tipo de conversaciones prohibidas. Ambos estaban «sorprendidos y estupefactos y no podían entenderlo». Sergo perdió la voz por el dolor. Se dice que Kuibishev propuso una investigación del CC que supervisara la realizada por el NKVD. Desde luego es muy dudoso que Mikoyan, que siguió admirando fervientemente a Stalin y lo sirvió con lealtad hasta su muerte, creyera entonces que su líder era el responsable de lo sucedido. Aquellos bolcheviques estaban acostumbrados a engañarse a sí mismos y a pensarse las cosas dos veces con tal de librarse de aquellas dudas insoportables.[9]

Aquella noche, Pavel Alliluyev volvió a interpretar el papel representado tras la muerte de Nadia quedándose con Stalin en Kuntsevo. Apoyado en su mano, Stalin murmuró que tras la muerte de Kirov se había «quedado absolutamente huérfano». Lo dijo en un tono tan conmovedor que Pavel lo abrazó. No hay razones para poner en duda la sinceridad de su dolor por lo que le habían hecho a Kirov, o por que no hubiera habido más remedio que hacérselo.

A las diez de la mañana del día 15, con la calle Gorki cerrada y unas estrictas medidas de seguridad dirigidas por Pauker (como en los funerales de Nadia), el círculo de Stalin se reunió en el salón de las columnas. El funeral fue una manifestación exagerada de sentimentalismo *kitsch* bolchevique, con antorchas encendidas, cortinas de terciopelo rojo, banderas colgando desde el techo hasta el suelo y palmeras y más palmeras, y un frenesí moderno de medios de comunicación, con un montón de periodistas disparando sus cámaras foto-

gráficas y tubos fluorescentes iluminando el cadáver, como si se tratara de las luces de neón colocadas en las fachadas de los teatros. La orquesta del Bolshoi interpretó marchas de difuntos. No sólo los nazis podían organizar brillantes exequias por sus héroes muertos; hasta los colores eran los mismos en ambos casos: todo era rojo y negro. Stalin ya había declarado a Kirov su camarada mártir más querido: su ciudad natal, Viatka, el Ballet Mariinski de Leningrado y cientos de calles en cientos de ciudades fueron rebautizados «Kirov».

El féretro descansaba sobre un manto de percal escarlata; el rostro del cadáver tenía un «color verdoso» con una contusión cárdena en la sien, ocasionada por la caída. La viuda de Kirov estaba sentada junto a las hermanas del difunto, a las que éste no había visto o con las que no se había molestado en ponerse en contacto desde hacía treinta años. Redens, el máximo dirigente del NKVD en Moscú, acompañó a su esposa embarazada, Anna Alliluyeva, y a los Svanidze a los lugares que ocupaban junto a las esposas de los miembros del Politburó. Se hizo el silencio. Sólo resonaba en la sala el taconeo de las botas de los guardias. Entonces Maria Svanidze oyó los «pasos de aquel grupo de águilas recias y resueltas»: los miembros del Politburó tomaron posiciones en torno a la cabecera del féretro.

La orquesta del Bolshoi empezó a tocar la marcha fúnebre de Chopin. Después, en medio del silencio reinante, se oyeron los chasquidos y el rumor de las cámaras cinematográficas: Stalin, con los dedos cruzados sobre el vientre, estaba al lado del fatuo Kaganovich, con una correa de cuero alrededor de su guerrera abombada. Los guardias empezaron a atornillar la tapa del féretro. Pero como sucediera en el funeral de Nadia, Stalin los mandó parar dramáticamente subiendo al estrado. Con todos los ojos fijos en su «apenado» rostro, se inclinó lentamente y besó la frente de Kirov. «Fue una visión conmovedora, teniendo en cuenta lo amigos que eran», y toda la sala prorrumpió en un sonoro llanto; incluso los hombres gemían abiertamente.

—Adiós, querido amigo. Te vengaremos —musitó Stalin al cadáver. Se estaba convirtiendo en una especie de experto en funerales.

Uno a uno los líderes fueron despidiéndose de Kirov: el pálido Molotov, Zhdanov, y Kaganovich, se inclinaron sobre el cuerpo, pero no lo besaron, mientras que Mikoyan puso la mano sobre el borde del ataúd e hizo una reverencia. La mujer de Kirov se desmayó y los médicos tuvieron que administrarle unas gotas de valeriana. En cuanto a la familia de Stalin, la pérdida de Kirov, «aquella persona absolutamente encantadora a la que todos querían», se relacionó con la muerte de Nadia, pues todos sabían que el pobre viudo había «depositado todo el dolor y el peso de la pérdida» de su esposa en aquel querido amigo.

Los lideres salieron y el ataúd fue sellado y trasladado al crematorio, donde Pavel y Zhenia Alliluyev vieron cómo el féretro desaparecía por la boca del horno. Los Svanidze y los demás regresaron al piso de Voroshilov, en el edifi-

cio de la Caballería, escenario de la última cena de Nadia, para tomar un refrigerio de última hora. Molotov y los demás jerarcas cenaron con Stalin en Kuntsevo.

A la mañana siguiente, Stalin, con su viejo capote y su gorra de visera, Voroshilov, Molotov y Kalinin portaron la urna cineraria, colocada en un templete clásico del tamaño de un ataúd, totalmente cubierto de flores, a lo largo de la Plaza Roja, donde se había congregado un millón de trabajadores en un silencio glacial. Kaganovich pronunció un discurso —otro paralelismo con el funeral de Nadia—, antes de que las fanfarrias entonaran la despedida, las banderas y las cabezas de los presentes se humillaran, y que «el perfecto bolchevique», Sergo, depositara la urna en el muro del Kremlin, donde aún puede verse.

—Creí que Kirich me enterraría a mí, pero resulta que ha sido revés —le diría más tarde a su mujer.[10]

Las ejecuciones ya habían comenzado. El 6 de diciembre, sesenta y seis «guardias blancos» detenidos por planear la realización de actos terroristas antes incluso del asesinato de Kirov fueron condenados a muerte por el Tribunal Supremo de la Escuela Militar, presidido por Vasili Ulrij, un aristócrata báltico de origen alemán que se convertiría en el verdugo de Stalin. Otros veintiocho fueron fusilados en Kiev. El día 8, Nikolai Yezhov, acompañado de Agranov, regresó de Leningrado a Moscú para presentar un informe de tres horas de duración acerca de la caza que habían emprendido contra los «terroristas».

A pesar de la tragedia y de los peligrosos signos de que hasta los bolcheviques no tardarían en ser fusilados por el asesinato de Kirov, la vida del círculo de Stalin siguió adelante con normalidad, si bien adquirió unos tintes sombríos. Tras reunirse con Yezhov, Molotov, Sergo, Kaganovich y Zhdanov cenaron con Stalin, Svetlana y Vasili, los Svanidze y los Alliluyev en casa del Vozhd, como era habitual cada 8 de diciembre. Svetlana recibió varios regalos para que se recuperara de la pérdida de su querido «segundo secretario», Kirov. Stalin «había adelgazado, estaba más pálido y en sus ojos había una mirada oculta. Sufre mucho». Maria Svanidze y Anna Alliluyeva iban y venían alrededor del Vozhd. Aliosha Svanidze advirtió a Maria que guardara las distancias. El consejo de su marido no podía ser mejor, pero ella no lo siguió porque pensó simplemente que estaba celoso de una relación que posiblemente incluyera una aventura amorosa en un pasado remoto. No había comida suficiente, de modo que Stalin llamó a Carolina Til y le ordenó que trajera más. Stalin apenas comió. Aquella noche se llevó a Aliosha Svanidze, junto con Svetlana y Vasili, a pasar la noche en Kuntsevo, mientras que los demás se fueron a casa de Sergo.

Como a las pocas horas de la muerte de Kirov el Vozhd había afirmado que Zinoviev y sus partidarios eran los responsables del crimen, a nadie le ex-

trañó que Yezhov y el NKVD detuvieran al «centro opositor de Leningrado» y al «centro opositor de Moscú», con arreglo a unas listas confeccionadas por el propio Stalin. El día 6 de diciembre Nikolaev, interrogado con el fin de «demostrar» la relación con Zinoviev, admitiría la existencia de un vínculo. Zinoviev y Kamenev, los dos camaradas más íntimos de Lenin, antiguos miembros ambos del Politburó, que habían salvado la carrera de Stalin en 1925, fueron detenidos. Se presentaron en el Politburó los testimonios de los «terroristas». Stalin ordenó personalmente al ayudante del fiscal general, Vishinski, y a Ulrij que los condenaran a muerte.[11]

Todos los testigos recuerdan que, como dice Yuri Zhdanov, «todo cambió tras la muerte de Kirov». Se reforzaron severamente las medidas de seguridad en una época en la que la informalidad de la corte de Stalin, con su afición a la diversión, su colección de mujeres ambiciosas y vivarachas, y sus niños correteando de acá para allá, parecía más importante que nunca para consolar al afligido Vozhd. Pero el ambiente había cambiado para siempre: el 5 de diciembre, Rudzutak, un bolchevique de la vieja guardia orgulloso de poseer una modesta educación, creyó oír a Stalin refiriéndose a él y acusándolo de «haber estudiado en la universidad. Por lo tanto, ¿cómo iba a ser su padre un labrador?». Rudzutak le escribió diciendo: «No te molestaría con tales bagatelas, pero he oído contar demasiados chismes sobre mi persona que, lamentablemente, han llegado a tus oídos». Yan Rudzutak era un letón inteligente, miembro del Politburó y aliado de Stalin, doctorado en diez años de cárceles zaristas, de «expresivos ojos cansados», «ligeramente cojo a raíz del duro trabajo que había realizado», y aficionado entusiasta a fotografiar la naturaleza, pero evidentemente sintió un escalofrío al suponer que Stalin había dejado de confiar en él.

«Te equivocas, Rudzutak —contestó el primer secretario—, me refería a Zhdanov, no a ti. Sé perfectamente que no estudiaste en la universidad. He leído tu carta en presencia de Molotov y de Zhdanov. Ambos confirman que te equivocas.»[12]

Poco después del asesinato, Stalin estaba un día paseando por el Kremlin en compañía de un oficial de la armada y cruzaron por delante de los guardias de seguridad apostados a intervalos de diez metros por los pasillos y acostumbrados a seguir con la mirada a todos los transeúntes.

—¿Te has fijado cómo son? —preguntó el Vozhd al oficial—. Vas paseando por el pasillo y piensas: «¿Cuál será?». Si es éste, te pegará un tiro por la espalda en cuanto te des la vuelta; y si es ese otro, te pegará un tiro de frente.[13]

* * *

El 21 de diciembre, poco antes de que tuvieran lugar las ejecuciones, el círculo llegó a Kuntsevo para celebrar el quincuagésimo quinto cumpleaños de Sta-

lin. Como no había suficientes sillas a la mesa, Stalin y los demás hombres empezaron a cambiar los sitios y a traer más mesas, aumentando el número de asientos. Mikoyan y Sergo fueron elegidos *tamada*. El Vozhd seguía deprimido a causa de la pérdida de Kirov, pero poco a poco fue animándose. Sin embargo, cuando Maria Svanidze se disponía a leer un poema, su marido Aliosha se lo prohibió, consciente de que su tono adulatorio o su evidente solicitud de que se permitiera a las mujeres viajar a Occidente podrían irritar a Stalin.*

La cena consistió en *shchi*, sopa de col, y luego ternera. Stalin sirvió la sopa a los invitados, empezando por los Molotov, Poskrebishev (con su nueva esposa) y Yenukidze, y acabando por los niños. «Stalin comió directamente en la sopera, limitándose a usar el tenedor para la carne», recuerda Artiom. Beria y su antiguo protector, el sordo Lakoba, señor de Abjasia, llegaron en medio de la cena.

El Vozhd brindó por Sashiko Svanidze, hermana de su primera mujer, Kato, y de Aliosha. Este hecho sacó de quicio a la esposa de Aliosha, Maria Svanidze: entre las mujeres hubo siempre una guerra soterrada por conseguir el favor de Stalin. Éste se fijó entonces en los niños y «nos sirvió un poco de vino a Vasili y a mí —recuerda Artiom— al tiempo que nos decía: "¿Y a vosotros qué os pasa? ¡Tomad un poco de vino!"». Anna Redens y Maria Svanidze protestaron afirmando que no iba a sentarles bien, igual que hacía Nadia, pero Stalin se echó a reír:

—¿No sabéis que es una medicina? ¡Es capaz de curar todo tipo de males!

La velada tomó entonces un sesgo sensiblero: del mismo modo que la familia había pensado en Nadia durante los funerales de Kirov, también en aquella celebración hizo su aparición este Banquo de sexo femenino. Sergo levantó su copa en honor de Kirov:

—¡Algún hijo de puta lo mató y nos lo arrebató!

Sólo los gemidos rompieron el silencio. Alguien bebió a la salud de Dora Jazan, la esposa de Andreyev, que era una de las mujeres favoritas de Stalin, y por los estudios que realizaba en la Academia. Esta circunstancia hizo que Stalin se acordara de Nadia y poniéndose en pie dijo:

—¡Por tres veces hemos hablado de la Academia, de modo que bebamos por Nadia!

Todo el mundo se levantó con lágrimas en los ojos. Uno a uno, los invitados dieron silenciosamente la vuelta a la mesa y fueron chocando su copa con la de Stalin, que los miraba afligido. Anna Redens y Maria Svanidze le dieron

* El poema de Maria revela la devoción y el descaro de las mujeres de la corte de Stalin: «Deseamos mucha felicidad a nuestro querido caudillo y una vida infinita. Que los enemigos retrocedan espantados. Liquida a todos los fascistas... El año que viene, pon al mundo entero bajo tu dominio y rige a toda la humanidad. Es una vergüenza que las señoras no puedan ir a Karlsbad, en Occidente. Pero en Sochi es igual».

un beso en la mejilla. Maria pensó que Stalin estaba «más tierno, más amable». Posteriormente el Vozhd amenizaría la fiesta, dedicándose a poner en el gramófono sus discos favoritos mientras los demás bailaban. Y luego los caucasianos se pusieron a cantar sus típicos lamentos en compañía de su todopoderoso ex niño de coro.

A continuación, y con el fin de templar los ánimos después de tanta tristeza, Vlasik, el guardaespaldas, que hacía además las veces de fotógrafo de corte, reunió a los invitados para retratarlos en un curioso testimonio de lo que fue la corte de Stalin antes del Gran Terror: incluso esta fotografía causaría más peleas entre aquella colección de mujeres rivales.

Stalin se sentó en el centro, rodeado de las mujeres que lo veneraban: a su derecha vemos a la emprendedora Sashiko Svanidze, luego vienen Maria Kaganovicha y la oronda soprano Maria Svanidze, mientras que a su izquierda podemos ver a la fina y elegante primera dama, Polina Molotova. Los uniformes se mezclan con las guerreras típicas del Partido: Voroshilov, siempre resplandeciente como el oficial de mayor rango del país, Redens con el uniforme azul del NKVD, y Pavel Alliluyev con el de militar en su calidad de comisario del pueblo. Sentados en el suelo vemos sonriendo a los caucasianos Sergo, Mikoyan y Lakoba, mientras que Beria y Poskrebishev apenas logran asomar la cara medio tumbados. Pero a los pies de Stalin, en un lugar más destacado cuando éste posara de nuevo casi sólo en compañía de sus mujeres, vemos a una gata de Cheshire sonriendo a la cámara, como si acabaran de darle su tazón de leche: Zhenia Alliluyeva.[14]

13

Una amistad secreta: la rosa de Nóvgorod

—¡Vistes tan bien! —dijo Stalin lleno de admiración a su cuñada, Zhenia Alliluyeva— Deberías hacer del diseño tu profesión.

—¿Qué? ¡Pero si no sé ni coser un botón! —respondió entre risitas Zhenia—. Todos lo botones me los cose mi hija.

—¿Ah sí? ¡Deberías enseñar a vestirse a las mujeres soviéticas! —replicó Stalin.

Tras la muerte de Nadia, Zhenia casi se cambió de casa para cuidarlo. En 1934 su relación se convirtió, al parecer, en algo más. De figura estatuaria y ojos azules, con una melena rubia y ondulada, hoyuelos, nariz respingona y una boca ancha y sonriente, Zhenia, a la sazón de treinta y seis años, era la hija de un cura de Nóvgorod. No era particularmente hermosa, pero aquella «rosa de los campos de Nóvgorod», de piel dorada y carácter travieso, irradiaba salud. Cuando estaba embarazada de su hija Kira, estuvo partiendo leña hasta poco antes de dar a luz. Mientras que Dora Jazan vestía blusas austeras y Ekaterina Voroshilova se ponía cada vez más gorda, Zhenia seguía estando joven, fresca y perfectamente femenina con sus vestidos de volantes, sus collares de colores y sus chales de seda.

Aquellas mujeres encontraban a Stalin tanto más atractivo debido a lo evidentemente solo que se había quedado tras la muerte de Nadia y ahora tras la de Kirov: «Su soledad está siempre en la mente de una», escribía Maria Svanidze. Si el poder es el gran afrodisíaco, si a él se añadían la fuerza, la soledad y la tragedia, el cóctel resultante era embriagador. Zhenia, sin embargo, era distinta. Había conocido a Stalin tras casarse con el hermano de Nadia, Pavel, más o menos en tiempos de la Revolución, pero la pareja había vivido en el extranjero mucho tiempo y había regresado de Berlín poco antes del suicidio. Se desarrolló entonces una nueva relación entre Stalin, el viudo, y aquella mujer divertida y alegre. El matrimonio de Pavel y Zhenia no había sido fácil. Inútil

para la vida militar, Pavel era una persona amable, pero histérica, lo mismo que su hermana Nadia. Zhenia estaba quejándose siempre de su debilidad. Su matrimonio se había acabado prácticamente a comienzos de los años treinta, cuando Stalin les ordenó que permanecieran juntos. Pese a ser él quien había regalado la pistola a Nadia, Pavel no dejó de tratar a Stalin.

El Vozhd admiraba la *joie de vivre* de Zhenia. Ésta no le tenía miedo: la primera vez que estuvo en Zubalovo después de volver de Berlín, encontró un plato de comida en la mesa y se lo comió todo. Al cabo de un rato llegó Stalin y dijo:

—¿Dónde está mi sopa de cebolla? —Zhenia admitió que se la había comido ella. Semejante atrevimiento habría podido causar un cataclismo, pero el Vozhd se limitó a sonreír y dijo—: La próxima vez mejor que pongan dos platos.

Zhenia decía todo lo que pensaba. Fue ella, entre otros, la que habló en su presencia de la hambruna de 1932, pero Stalin se lo perdonó. Era una gran lectora y Stalin le pedía que le aconsejara lo que debía leer. En una ocasión le propuso que leyera una historia de Egipto, y añadió en tono de broma que su querido cuñado ya había «empezado a copiar a los faraones». Zhenia lo hacía reír sonoramente con su ingenio mundano. Las conversaciones que mantenía recordaban a las bromas que intercambiaba con sus recios amigotes. Zhenia era experta en contar *chastushka*, una especie de coplillas chocarreras en las que se intercalaban juegos de palabras. No son fáciles de traducir a nuestro idioma, pero, para hacernos una idea, he aquí algunas de las favoritas de Stalin: «Es muy sencillo cagar en lo alto de un puente, pero uno se puso a hacerlo y se cayó»; o «Sentarse sobre la propia mierda es tan seguro como encerrarse en una fortaleza».

Zhenia no podía dejar de incordiar temerariamente a las rígidas mujeres del Partido, y a Stalin siempre le gustó abochornar a sus cortesanos. Cuando Polina Molotova, dueña y señora de la industria del perfume, se jactó un día ante él de que llevaba puesto el último producto que había fabricado, Moscú Rojo, Stalin olfateó y dijo:

—Por eso hueles siempre tan bien.

—Venga, Iosiv —terció Zhenia—, ¡si huele a Chanel N.º 5! —Más tarde se dio cuenta del error que había cometido—: ¿Por qué he tenido que decir una cosa así?

La familia se creó así una serie de enemistades entre los políticos en una época en la que la política estaba a punto de convertirse en un deporte de riesgo. No obstante, ella era la única que podía soltar este tipo de comentarios sin peligro, pues Stalin «respetaba su irreverencia».

Cuando el Vozhd inauguró la Constitución de 1936, Zhenia, que llegaba siempre a todas partes con retraso, llegó tarde también al acto. Entró sigilosamente y pensó que nadie se había dado cuenta, hasta que el propio Stalin la saludó intencionadamente:

—¿Cómo has podido localizarme? —preguntó Zhenia.

—Yo lo veo todo. Puedo ver las cosas a dos kilómetros de distancia —contestó el Vozhd, cuyos sentidos eran realmente agudísimos—. Eres la única que se atreve a llegar tarde.

Stalin necesitaba los consejos de una mujer en lo tocante a los niños. Cuando Svetlana, que empezó a desarrollarse a edad muy temprana, se puso su primera falda, Stalin le echó un sermón acerca de la «modestia bolchevique», pero preguntó a Zhenia:

—¿Puede llevar una niña un vestido así? No quiero que enseñe las rodillas.

—Es lo más natural del mundo —contestó su cuñada.

—Pero además me pide dinero —añadió él.

—Está bien, ¿no crees?

—¿Para qué quiere el dinero? —insistió el padre confundido—. ¡Una persona puede vivir perfectamente con diez kopeks!

—¡Pero vamos, Iosiv! —comentó en broma Zhenia— ¡Eso era antes de la Revolución!

—Yo creía que se podía vivir con diez kopeks —murmuró Stalin.

—¿Qué es lo que hacen? ¿Imprimen periódicos especiales para ti? —Sólo Zhenia era capaz de decirle este tipo de cosas.

Stalin y Zhenia con probabilidad se hicieron amantes por esta época. Los historiadores nunca saben qué es lo que pasa tras las puertas de las alcobas, pero además el secretismo intrigante de los bolcheviques y su moralidad puritana hacen que resulte particularmente difícil investigar este tipo de asuntos.* No obstante, Maria Svanidze observó sus relaciones y las anotó en su diario, que el propio Stalin guardó: aquel verano, Maria se dio cuenta de que Zhenia se apartó de su camino para estar a solas con Stalin. Durante el invierno siguiente señala que su ex cuñado volvió un día a su casa y se la encontró a ella y a Zhenia. «Bromeó con Zhenia diciéndole que iba a engordar otra vez. La trataba con mucho cariño. *Ahora que lo sé todo, los he observado más de cerca...*»

—Stalin estaba enamorado de mi madre —afirma Kira, la hija de Zhenia. Las hijas quizá tiendan a creer que los grandes hombres siempre están enamorados de sus madres, pero su primo Leonid Redens también cree que lo suyo era «algo más que una amistad». Además hay otras pruebas: a finales de los años treinta, Beria abordó a Zhenia con una oferta que suena a una especie de torpe proposición de matrimonio de Stalin. Cuando a la muerte de Pavel Zhenia volvió a casarse, Stalin reaccionó con una furia rayana en los celos.

El Vozhd se mostró siempre cortés y amable con Zhenia. Mientras que a

* Incluso en la actualidad, los que conocen este tipo de secretos insisten en creer, en palabras del hijo adoptivo de Stalin, el general Artiom Sergeiev, hoy día octogenario, que «su vida privada es secreta e irrelevante para el lugar que pueda ocupar [Stalin] en la historia». Hasta el momento no han aparecido cartas de amor suyas dirigidas a nadie más que a Nadia.

Anna Redens y a Maria Svanidze apenas las llamaba por teléfono, Svetlana recuerda que a ella en cambio la telefoneaba a menudo para charlar, incluso después de que su relación terminara.

Zhenia no era, ni mucho menos, la única mujer atractiva que había alrededor de Stalin. A mediados de los años treinta el Vozhd todavía disfrutaba de una vida social normal, rodeado de una camarilla en la que había un círculo cosmopolita de mujeres jóvenes y frívolas. Pero por el momento era Zhenia la que se sentaba a los pies del Vozhd.[1]

Poco después de aquella fiesta, el 28 y 29 de diciembre de 1934, el asesino de Kirov, Nikolaev, y otros catorce acusados fueron juzgados por Ulrij en Leningrado. Aquel rastrero verdugo llamó a Stalin pidiéndole instrucciones.

—Acaba de una vez —ordenó el Vozhd lacónicamente. En virtud de la Ley de 1 de Diciembre, fueron fusilados al cabo de una hora; y poco después lo fueron sus familias, por lo demás totalmente inocentes. En el mes de diciembre fueron fusiladas 6.501 personas.[2] Stalin no tenía un plan concreto acerca del Gran Terror que se avecinaba, sólo creía que el Partido debía ser aterrorizado y obligado a someterse, y que era preciso erradicar a sus viejos enemigos. Oportunista y suspicaz, Stalin avanzó hacia su objetivo dando rodeos. El NKVD no pudo relacionar el asunto de Leningrado con el «Centro de Moscú»* de Zinoviev y Kamenev, pero encontró los medios para persuadir a sus prisioneros de que así lo hicieran. A mediados de enero, había convencido a un preso de que implicara a Zinoviev y a Kamenev, que fueron condenados a diez y cinco años respectivamente. Stalin distribuyó una circular secreta en la que advertía que toda la oposición debía ser «tratada igual que los guardias blancos», y que a sus miembros había que «detenerlos y aislarlos». La oleada de detenciones alcanzó tales dimensiones que los campos de concentración se vieron inundados por el llamado «Torrente de Kirov»; simultáneamente, Stalin orquestó un «deshielo» a ritmo de jazz:

—La vida es más alegre, camaradas —decía—. La vida es mejor.[3]**

* * *

El 11 de enero, Stalin y la mayoría de los miembros del Politburó asistieron a una gala de la industria cinematográfica soviética en el Bolshoi, que fue una especie de «ceremonia de los Oscars sin chistes». Se impuso a los directores la medalla de la Orden de Lenin.

«Para nosotros —había dicho Lenin—, la más importantes de todas las artes es el cine», la manifestación artística de la nueva sociedad. Stalin controla-

* Centro de Moscú: nombre del grupo opositor a Stalin encabezado por Zinoviev y Kamenev. *(N. del t.)*

** Ésa sería la versión estalinista del «Nunca os han ido mejor las cosas» de Harold Macmillan.

ba personalmente el «Hollywood soviético» a través de la Junta Estatal del Cine, presidida por Boris Shumianski, con el que había estado desterrado. Stalin no sólo intervenía en la producción de las películas, sino que además supervisaba meticulosamente a los directores y sus creaciones, empezando por los guiones: su archivo revela que incluso ayudó a escribir algunas canciones. Hablaba de cine con los miembros de su círculo y veía todas las películas antes de que fueran estrenadas para el público en general, convirtiéndose así en el censor supremo. Stalin era una especie de Joseph Goebbels y de Alexander Korda a la vez, una combinación inverosímil de personajes unidos por su amor al cine.[4]

Stalin era un cinéfilo obsesivo. En 1934, ya había visto tantas veces *Chapayev*, «el guerrillero rojo», y *Los alegres camaradas* (*Vesseliyye Rebyates)*, que se las sabía de memoria. Dirigida por Grigori Alexandrov, esta última película fue supervisada personalmente por Stalin. Cuando el director terminó el rodaje,* Shumiatski decidió dejar a Stalin con la miel en los labios enseñándole sólo la primera parte y haciéndole creer que la segunda todavía no estaba acabada. Al Vozhd le encantó la película:

—¡Enséñame el resto!

Shumiatski llamó a Alexandrov, que aguardaba fuera hecho un manojo de nervios.

—¡Desean verte en la corte!

—Es una película graciosísima —dijo Stalin al realizador—. Me da la impresión de haber estado un mes de vacaciones. Quítasela al director. ¡Podría estropearla! —añadió.

Alexandrov empezó inmediatamente una serie de comedias musicales ligeras y desenfadadas: tras *El circo* vino la favorita absoluta de Stalin, *Volga, Volga*. Cuando el director realizó la última película de la serie, la tituló *Cenicienta*, pero Stalin confeccionó una lista de doce posibles títulos, entre otros *Sendero radiante*, que fue el que escogió Alexandrov. Stalin colaboró incluso en la redacción de la letra de las canciones: en su archivo se conserva una curiosa nota fechada en julio de 1935 en la que escribe la letra de una canción a lápiz, con tachones y correcciones. Al final la estrofa quedaría como sigue:

> Una canción alegre sienta bien al corazón,
> nunca te aburre,
> y todas las aldeas, grandes y pequeñas, adoran la canción:
> en las grandes ciudades encanta su melodía.

* La protagonista de la película era su esposa, Liuba Orlova, y las canciones eran del compositor judío Isaac Dunaevski. Los rusos, que estaban saliendo de una etapa de hambruna y asesinatos, acudían en manada a ver comedias musicales y películas de risa, lo mismo que los americanos durante la época de la Depresión. Lo habitual eran las canciones, los bailes y las payasadas: por ejemplo, un cerdo se sube encima de una mesa mientras un grupo de personas celebra un banquete, provocando una enorme hilaridad con sus patas y su hocico.

Debajo garabatea las siguientes palabras: «Seguir. Ánimo. Mikoyan»; y a continuación añade: «Gracias, camaradas».[5]

Cuando el director Alexander Dovzhenko solicitó la ayuda de Stalin para su película *Aerograd*, fue convocado a la «pequeña esquina» al día siguiente y le invitaron a leer en voz alta todo el guión ante Voroshilov y Molotov. Más tarde Stalin le propuso la película que debía hacer próximamente y añadió:

—Ni mis palabras ni los artículos periodísticos deben coartarte. Eres libre ... Si tienes otros planes, haz lo que sea. No te agobies. Te he hecho llamar para que lo sepas.

Aconsejó al realizador que utilizara «canciones folclóricas rusas, canciones maravillosas», como las que a él le gustaba poner en el gramófono.

—¿Las has escuchado alguna vez? —le preguntó.

No, respondió el director, que no tenía fonógrafo. «Una hora después de acabar nuestra conversación, trajeron a mi casa un gramófono, un regalo de nuestro líder, que —según decía Dovzhenko— guardaré como un tesoro hasta el fin de mis días.»[6]

Mientras tanto, los jerarcas discutían qué podían hacer con Sergei Eisenstein, el director vanguardista de origen letón-germano-judío, a la sazón de treinta y seis años y realizador del *Acorazado Potemkin*. Éste había estado demasiado tiempo en Hollywood y, como hizo saber a Stalin el novelista americano Upton Sinclair, había «perdido la confianza de sus amigos en la URSS». Stalin le dijo a Kaganovich que era un «trotskista, si no algo peor». Eisenstein fue atraído con engaños de nuevo a Rusia y enseguida lo pusieron a trabajar en *El prado de Bezhin*, inspirada en la historia de Pavlik Morozov, el niño-héroe que denunció a su propio padre de kulakismo. Este llamativo proyecto no salió como esperaba Stalin. Kaganovich denunció estrepitosamente la situación ante el consorcio de sus colegas:

—No podemos confiar en Eisenstein. Volverá a despilfarrar varios millones y no nos dará nada a cambio ... porque está en contra del socialismo. A Eisenstein lo salvaron Viacheslav [Molotov] y Andrei Zhdanov, que pretendían dar otra oportunidad al realizador.

Pero Stalin sabía que era «un hombre de mucho talento». Cuando vio que las tensiones con Alemania se agravaban, encargó a Eisenstein que hiciera una película sobre el vencedor de los invasores extranjeros, *Alexander Nevski*, en la que se promocionaba su nuevo paradigma de socialismo y nacionalismo. Stalin quedó encantado con ella.

En el extenso memorándum al director Friedrich Ermler que escribió Stalin a propósito de su película *El gran ciudadano*, el tercer punto decía: «La alusión a Stalin debe ser eliminada. En vez de Stalin, habla del Comité Central».[7]

* * *

Así, pues, la modestia de Stalin era tan ostentosa como los excesos del culto a su persona. Los propios líderes del Partido habían fomentado un culto a Stalin que suponía el triunfo de su complejo de inferioridad. Mikoyan y Jrushchov echaron la culpa a Kaganovich de fomentar la vanidad secreta de Stalin y de haber inventado el estalinismo:

—Sustituyamos el «¡Viva el leninismo!» por «¡Viva el estalinismo!».

Stalin criticaba a Kaganovich, pero éste lo conocía mejor de lo que se pensaba y continuó fomentando el estalinismo.

—¿Por qué me elogias, como si una sola persona lo decidiera todo? —preguntaba el Vozhd. Mientras tanto, él mismo supervisaba el culto que se rendía en los periódicos: en *Pravda*, Stalin apareció mencionado en la mitad de los editoriales entre 1933 y 1939. Siempre se le regalaban flores y se le fotografiaba acompañado de niños. Aparecían artículos titulados: «Cómo conocí al camarada Stalin». Los aviones que sobrevolaban la Plaza Roja formaban la palabra «Stalin» en el cielo. *Pravda* proclamaba: «La vida de Stalin es nuestra vida, nuestro hermoso presente y nuestro futuro». Cuando hizo su aparición en el VII Congreso de los Soviets, dos mil delegados lo recibieron con vítores y aplausos. Un reportero calificaba semejante reacción de «amor, devoción, generosidad». Una trabajadora musitó: «¡Qué sencillo es! ¡Qué modesto!».

Los demás jerarcas eran objeto de un culto similar. Kaganovich era vitoreado con el título de «Lazar de hierro» o el «comisario de hierro», y ensalzado en millares de fotografías asistiendo a desfiles. Voroshilov fue honrado con la creación de los «suministros Voroshilov», destinados al ejército, y con el «premio Voroshilov al mejor tirador», y su cumpleaños era celebrado de forma tan espléndida que precisamente en uno de ellos pronunció Stalin uno de sus discursos más famosos. Los escolares se intercambiaban cromos con la efigie de aquellos héroes, como si fueran futbolistas, y la foto del gallardo Voroshilov valía mucho más que la del triste Molotov.[8]

La modestia de Stalin no resultaba tan fácil de asumir: en las numerosas batallas que tuvo que dirimir entre la vanagloria y la humildad, fomentaba el elogio y al mismo tiempo lo despreciaba. Cuando el museo de la Revolución le preguntó si podía exhibir los manuscritos originales de sus obras, respondió: «No creía que a sus años fuera usted tan torpe. Si el libro ha sido publicado en millones de ejemplares, ¿para qué se necesita el manuscrito? He quemado todos los manuscritos».[9] Cuando los editores de un libro de recuerdos de su infancia en georgiano enviaron una nota a Poskrebishev pidiendo permiso para sacarlo a la luz, Stalin prohibió a Zhdanov que lo publicara, quejándose de que era «indiscreto y estúpido» y exigiendo que los culpables fueran «castigados». Pero ello se debía en parte a su deseo de controlar la forma en que eran presentados sus primeros años.[10]

Stalin era consciente de lo absurdo de semejante culto, pues era lo bastante inteligente para saber que la veneración que profesan los esclavos carece sin

duda alguna de valor. Un alumno de un instituto técnico fue amenazado con la cárcel por lanzar un dardo de papel contra un retrato de Stalin. El alumno apeló al primer secretario, que lo apoyó: «Te han tratado injustamente», le escribió. «¡Exijo ... que no se le castigue!» Y luego añadía en tono de broma: «¡Un buen tirador que da en el blanco debería ser elogiado!».[11] Por otra parte, Stalin necesitaba ese culto y lo fomentaba en secreto. Con su leal jefe de gabinete podía ser sincero. Dos notas enterradas en el archivo de Poskrebishev resultan especialmente reveladoras: cuando una explotación agrícola colectiva pidió permiso para adoptar el nombre de Stalin, éste dio carta blanca a Poskrebishev para que diera su nombre a todo lo que quisiera:

«No me opongo a su deseo de "poner el nombre de Stalin" o el de los otros... Te autorizo a responder a esas solicitudes afirmativamente [subrayado] en mi nombre.»[12] Un admirador le escribió para decirle: «He decidido cambiar mi nombre por el del mejor discípulo de Lenin, Stalin», y de paso le pedía permiso para hacerlo.

«No me opongo —contestó—. Es más, estoy de acuerdo. Me alegro, porque esta circunstancia me daría la oportunidad de tener un hermano menor. (No tengo hermanos.) Stalin.»[13]

Poco después de la entrega de los premios cinematográficos la muerte volvería a golpear al Politburó.

14

El enano sube, Casanova cae

El 25 de enero de 1935, Valerian Kuibishev, que entonces tenía cuarenta y siete años, falleció inesperadamente de una enfermedad cardíaca y de alcoholismo, justo dos meses después que su amigo Kirov. Como había puesto en tela de juicio la investigación del NKVD y se había aliado con Kirov y Sergo, ha llegado a afirmarse que fue asesinado por sus médicos, impresión no confirmada necesariamente por su inclusión en la lista de los que supuestamente fueron envenenados por Yagoda.[1] Entramos ahora en una fase de criminalidad tan perversa y de gangsterismo tan descarado que todas las muertes de personajes destacados resultan sospechosas. Pero no todas las muertes calificadas de «asesinatos» en los juicios espectáculo de Stalin fueron realmente crímenes: no tenemos más remedio que llegar a la conclusión de que durante los años treinta hubo algunas muertes por causas naturales. El hijo de Kuibishev, Vladimir, creía que su padre había sido asesinado, pero aquel bebedor empedernido llevaba enfermo algún tiempo. Todos los jerarcas llevaban una vida tan poco sana que resulta sorprendente que tantos de ellos llegaran a viejos.

No obstante, su muerte resultó muy oportuna para Stalin, que el 1 de febrero* aprovechó la ocasión para ascender a dos jóvenes astros que respondían el verdadero espíritu de la época. Cuando Kaganovich asumió la gigantesca tarea de dirigir los ferrocarriles, cedió la administración de Moscú a Nikita Jrushchov, el obrero semianalfabeto que llegaría un día a suceder a Stalin.[2]

Kaganovich había conocido a Jrushchov durante la Revolución de febrero de 1917 en la ciudad minera ucraniana de Yuzovka. A pesar de sus flirteos con

* Mikoyan y Chubar, funcionario del máximo rango en Ucrania, como principales candidatos a ingresar en el Politburó, fueron nombrados miembros de pleno derecho del mismo, mientras que Zhdanov y Eije, máximo dirigente de Siberia Occidental, pasaron a ser candidatos a ingresar en él.

el trotskismo, los patronos de Jrushchov eran imbatibles: «A Kaganovich le gustaba yo mucho», recordaría más tarde. Y también había sido del agrado de Nadia («mi billete de lotería», la llamaba), y del propio Stalin. Más parecido a una bala de cañón que a un torbellino, los vivos ojos porcinos de Jrushchov, su físico rechoncho y su sonrisa franca que dejaba ver sus dientes de oro, rezumaban una zafiedad primitiva y una energía prometeica, pero ocultaban su astucia. En calidad de primer secretario de la capital, dirigió la transformación del «Moscú estalinista»; gracias a un gigantesco programa de obras públicas, a la destrucción de iglesias antiguas y a la creación del metro, logró entrar en la élite. Presencia ya habitual en Kuntsevo, aquel creyente despiadado y ambicioso se consideraba a sí mismo «hijo» de Stalin. Nacido en 1894, hijo de un minero de origen campesino, aquel patán se convirtió en la «mascota» de Stalin.[3]

Fue otro protegido de Kaganovich el que surgió repentinamente como hombre del futuro. Yezhov era ya el dueño y señor del caso Kirov. Ahora sería ascendido al puesto que había ocupado precisamente Kirov como secretario del CC, y el 31 de marzo fue designado oficialmente para la tarea de supervisar el NKVD.[4] Llamado a hacerse célebre muy pronto como uno de los personajes más monstruosos de la historia, «el enano sangriento», y en un fantasma que luego nadie recordaría haber conocido, Yezhov le caía bien prácticamente a todo el mundo que se relacionó con él por aquel entonces. Era un «hombre servicial, humano, amable y discreto», que intentaba ayudar en cualquier «asunto personal desagradable», recordarían luego sus colegas. Resultaba del agrado en particular de las mujeres. De cara era casi «guapo», recordaba una señora, tenía una sonrisa amplia, sus ojos eran brillantes, astutos, de un color azul-grisáceo, y el pelo negro y espeso. Era coqueto y bromista, «modesto y agradable». No sólo era un adicto al trabajo rebosante de energía; sino que aquel «hombre bajito y menudo, vestido siempre con un traje raído y sórdido y una camisa de raso azul», encantaba a la gente, hablando sin cesar con su marcado acento de Leningrado. Era tímido al principio, pero podía ser divertido y exuberante, debido a su agudo sentido del humor. Padecía una ligera cojera, pero poseía una fina voz de barítono, tocaba la guitarra y bailaba el *gopak*. Sin embargo, era extremadamente flaco y menudo: en un gobierno de hombres bajos, era casi un pigmeo, pues no medía más de 151 cm.[5]

Hijo de un guardia forestal que administraba un salón de té-burdel y de una criada, había nacido en 1895 en una pequeña ciudad de Lituania. Yezhov, lo mismo que Kaganovich y Voroshilov, sólo había asistido unos cuantos años a la escuela primaria antes de ponerse a trabajar en la fábrica Putilov de San Petersburgo. Carente por completo de bagaje cultural, era otro autodidacta obsesivo al que apodaban «Kolia, el aficionado a los libros», pero poseía las virtudes empresariales de todos los bolcheviques: dinamismo, rudeza, talento organizativo y una memoria excelente, valor burocrático calificado por Stalin de

«signo de gran inteligencia». Demasiado bajo de estatura para ingresar en el ejército zarista, se dedicó a reparar armas e ingresó en el ejército rojo en 1919: en Vitebsk conoció a Kaganovich, que se convertiría en su protector. En 1921 estaba trabajando ya en la república de Tartaria, donde suscitó el odio de la población haciendo gala de su desprecio por la cultura local hasta que cayó enfermo, primero de los numerosos signos de fragilidad que daría. Debió de ser por entonces cuando conociera a Stalin. En junio de 1925, ascendió hasta convertirse en uno de los secretarios del Partido en Kirguisia. Tras realizar estudios en la Academia Comunista, fue ascendido a trabajar en el CC, y luego fue nombrado comisario adjunto de Agricultura. En noviembre de 1930, Stalin lo recibió en su despacho. A propuesta de Kaganovich, Yezhov empezó a asistir a las sesiones del Politburó. A comienzos de los años treinta, presidió el Departamento de Asignación de Personal del CC y en 1933 ayudó a Kaganovich a purgar el Partido, destacando por el incansable celo de su dinamismo burocrático. Pero ya pudieron observarse algunos indicios de peligro y de complejidad.[6]

«No conozco a un trabajador más ideal —comentaba un colega suyo—. Después de encomendarle una tarea, puedes dejarlo a su aire y no vigilarlo más; estate seguro de que la hará.» Aunque existía un pequeño problema: «No sabe parar». Se trataba de una característica admirable y fatal a la vez en un bolchevique durante la época del Gran Terror, pero además se extendía a la vida personal de Yezhov.

Su humor era de una puerilidad burda: organizaba competiciones entre los comisarios, a ver cuál de ellos era capaz de hacer volar más lejos la ceniza de los ceniceros con sus ventosidades. Le encantaba asistir a orgías con prostitutas, pero era también un bisexual entusiasta, que llegó a tener aventuras con otros compañeros suyos mientras fue aprendiz de sastre, con soldados en el frente, e incluso con bolcheviques de alto rango como Filipp Goloschekin, que dirigió el asesinato de los Romanov. Su única afición, aparte de las orgías y la fornicación, era fabricar y coleccionar yates en miniatura. Inestable, sexualmente desorientado y muy excitable, era demasiado débil para rivalizar con *bulldozers* de la talla de Kaganovich, por no hablar del propio Stalin. Yezhov padecía enfermedades nerviosas crónicas, además de llagas y eccemas cutáneos, tuberculosis, anginas, ciática, psoriasis (dolencia nerviosa que probablemente tuviera en común con Stalin), y lo que entonces se llamaba «neurastenia». A menudo se hundía en lúgubres depresiones, bebía demasiado y tenía que ser cuidado por Stalin, simplemente para que siguiera trabajando.[7]

Stalin lo acogió en su círculo: Yezhov estaba tan agotado que el Vozhd insistió en que recibiera más curas de descanso. «El propio Yezhov se opone, pero dicen que lo necesita —escribía en septiembre de 1931—. Que prolongue sus vacaciones y se quede en Abastuman otros dos meses.»[8] Stalin solía poner apodos a sus favoritos: a Yezhov lo llamaba «mi morita» (*yezhevika*). Las no-

tas de Stalin eran con frecuencia simples cuestiones personales expresadas de forma lacónica: «Al camarada Yezhov. Dadle algo que hacer», o «Escucha y colabora».[9] Sin embargo, comprendió instintivamente cuál era la esencia de Yezhov: existe en un archivo una nota inédita de agosto de 1935 a su ayudante que resume perfectamente cuál era su relación. «¡Cuando dices algo —escribió Stalin—, no siempre lo haces!» Ése era el meollo de su relación.[10] Cuando Vera Trail, cuyos recuerdos de esta experiencia no han sido publicados, conoció a Yezhov en el cenit de su carrera, se dio cuenta de que captaba tan bien los deseos de los demás, que apenas le daba tiempo a uno a «acabar la frase». Yezhov era inculto, pero también sagaz, capacitado, sensible y carente por completo de barreras morales.[11]

Yezhov no ascendió solo: lo acompañó su mujer, que se convertiría en la aventura amorosa más rutilante y literalmente funesta del círculo de Stalin. Resultó que Mandelstam, el poeta, fue testigo de sus flirteos. Por una de esas casualidades increíbles que se dan en la vida, el encuentro del máximo poeta ruso con el máximo asesino del país, Mandelstam coincidió en 1930 en un sanatorio de Sujumi con Yezhov y la que por entonces era su esposa, Tonia. Los Mandelstam estaban en el ático de la mansión del Parque Dedra, que tenía una forma de tarta de bodas gigantesca.*

Yezhov se había casado con una mujer culta y marxista convencida, Antonina Titova, en 1919. En 1930, Tonia estaba tomando baños de sol en una tumbona en la mansión de Sujumi, leyendo *Das Kapital* y disfrutando de las atenciones de un bolchevique de la vieja guardia, mientras que su marido se levantaba tempranísimo cada día para cortar flores y regalárselas a una mujer, casada también, que se alojaba en la casa. Cortar rosas, tener aventuras amorosas adúlteras, cantar baladas y bailar el *gopak*: todas estas actividades nos permiten hacernos una idea de lo que era el mundo incestuoso de los bolcheviques cuando estaban de vacaciones. Pero la nueva amante de Yezhov no era una bolchevique de la vieja guardia, sino la versión soviética de una chica moderna, que ya le había presentado a sus amigos escritores de Moscú. Ese mismo año Yezhov se divorció de Tonia y se casó con ella.

Delgada y con ojos centelleantes, Yevgenia Feigenberg, de apenas veintiséis

* Esta dacha, construida por un millonario judío, llamada luego Dom («Casa de») Ordzhonikidze y en la actualidad conocida como «Casa de Stalin», era una de las favoritas de los máximos dirigentes comunistas: el fundador de la Cheka, Felix Dzerzhinski, solía refugiarse en ella. Trotski estaba recuperándose allí cuando murió Lenin, por lo que Stalin y Ordzhonikidze se las arreglaron para que no asistiera a los funerales. Stalin (y Beria) estuvieron en ella después de la guerra: la gran sala de billar fue instalada especialmente para él, que hasta su muerte mostró un gran interés por los exuberantes árboles y las flores plantados en sus jardines por los dirigentes locales del Partido. En uno de los capítulos más siniestros que comportó la elaboración de este libro, el autor se alojó casi solo en esta mansión histórica y a la vez extraña, probablemente en el ático que ocupara en otro tiempo Mandelstam.

años, era una judía vivaracha y seductora originaria de Gómel. Aquella ávida aficionada literaria era tan promiscua como su nuevo marido: poseía el entusiasmo amoroso de Mesalina, pero no su astucia. Anteriormente había estado casada con un oficial, Jayutin, y luego con Gadun, que estaba destinado en la embajada soviética en Londres. Ella lo acompañó a su destino, pero cuando su marido regresó a Rusia, Yevgenia se quedó en el extranjero, trabajando como mecanógrafa en la legación soviética en Berlín. Fue allí donde conoció a su primera estrella literaria, Isaac Babel, al que sedujo con la coletilla utilizada por tantas admiradoras deseosas de devaneos cuando conocen a sus ídolos:

—Tú no me conoces, pero yo a ti sí.

Estas palabras adquirirían más tarde un significado terrible. De regreso en Moscú, Yevgenia conoció a «Kolia» Yezhov.[12] La joven se las arregló para abrir un salón literario: en adelante, Babel y la estrella del jazz, Leonid Utesov, acudirían a menudo *chez* Yezhov. Fue Yevgenia la que preguntó a los Mandelstam:

—Pilniak va a venir a vernos. ¿A quién vais a ir a ver vosotros?

Pero Yezhov estaba dedicado también de forma obsesiva al trabajo que realizaba para Stalin: los escritores no le interesaban. El único jerarca que era amigo del matrimonio Yezhov era Sergo, lo mismo que su esposa Zina: algunas fotografías muestran a las dos parejas en sus dachas. La hija de Sergo, Eteri, recuerda que Yevgenia «vestía mucho mejor que las otras señoras bolcheviques».[13]

En 1934, Yezhov volvió a sentirse tan agotado que casi estuvo a punto de venirse abajo, todo lleno de forúnculos. Stalin, que estaba de vacaciones con Kirov y Zhdanov, envió a Yezhov a disfrutar de los cuidados médicos más lujosos existentes en toda *Mitteleuropa*, y ordenó al ayudante de Poskrebishev, Dvinski, que enviara a la embajada de Berlín la siguiente nota en clave:

«Te ruego que prestes mucha atención a Yezhov. Está seriamente enfermo y yo no puedo calibrar la gravedad de la situación. Préstale ayuda y prodígale toda clase de cuidados ... Es un buen hombre y un trabajador muy valioso. Te agradeceré que informes regularmente* al Comité Central acerca de su tratamiento».[14]

* Mientras Stalin escribía sus libros de historia en compañía de sus queridos amigos Zhdanov y Kirov, recibía detallados informes acerca del estado de salud de su «valioso» camarada. El caso de Yezhov es un ejemplo clásico del control obsesivo que mantenía el Partido sobre todos los detalles concernientes a sus líderes. «Los baños radioactivos de Badgastein» habían contribuido a mejorar la salud de Yezhov, informaba al cabo de cinco días la embajada. Unos días más tarde, el paciente se sentía totalmente sin energías después de tomar los baños, seguía una dieta, pero continuaba fumando como un carretero; los forúnculos de los muslos y las piernas casi habían desaparecido por completo. El CC acordó enviarle la gigantesca suma de mil rublos. Más tarde tendría dolores de apendicitis, pero, tras consultar a los médicos de Moscú, Kaganovich envió la orden de que no se sometiera a ninguna intervención quirúrgica «a menos que sea absolutamente necesario». Después de un período de descanso en otro sanatorio en Italia, los Yezhov regresaron a la URSS en otoño.

Nadie puso objeciones a la ascensión de Yezhov. Por el contrario, Jrushchov pensaba que se trataba de un nombramiento de lo más acertado. Bujarin respetaba su «buen corazón y su conciencia limpia», aunque se dio cuenta de que se arrastraba ante Stalin; pero su caso no debía de ser el único.[15] El Morita trabajó denodadamente con Yagoda para obligar a Zinoviev, Kamenev y a sus infortunados aliados a confesarse responsables del asesinato de Kirov y de cuanto hecho exacrable se hubiera cometido.[16]

* * *

El férreo puño del Morita no tardó en golpear a uno de los amigos más antiguos de Stalin: Abel Yenukidze. Aquel alegre sibarita hacía gala de los devaneos amorosos que mantenía con chicas cada vez más jóvenes, entre ellas bailarinas apenas adolescentes. Su despacho estaba lleno de chicas, hasta el punto de parecer una agencia de colocación bolchevique de futuras amantes abandonadas.

El círculo de Stalin no dejaba de comentar sus payasadas: «Como es un disoluto y un lujurioso», Yenukidze dejaba por doquier tras de sí «un rastro pestilente, dedicándose únicamente a buscar mujeres, a destrozar familias, y a seducir a niñas», decía Maria Svanidze en su diario. «Teniendo como tenía todos los recursos de la vida en sus manos... los utilizaba para satisfacer sus necesidades personales, comprando a mujeres y a niñas.» Más aún, Yenukidze era «sexualmente anormal», escogiendo chicas cada vez más jóvenes para sus caprichos y por fin incluso a niñas de entre nueve y once años. Las madres de las criaturas eran silenciadas con dinero. Maria se quejó ante Stalin, quien sin duda alguna empezó a prestar oído a los rumores que circulaban: hasta 1929 no había empezado a confiar en él.

El padrino de Nadia cruzó la línea que separaba la familia de la política en la vida de Stalin y saltar aquella valla resultaba muy peligroso. Amigo generoso tanto del ala izquierda como de la derecha, puede que pusiera objeciones a la Ley de 1 de Diciembre, pero también personificaba la decadencia de la nueva aristocracia. No obstante, el «tío Abel» no era el único: Stalin se sentía rodeado de cerdos en una cochiquera. Estaba siempre solo en medio de aquel círculo festivo, convencido de su aislamiento y siempre solitario. Ya en 1933, había suplicado a Yenukidze que pasara las vacaciones con él. En Moscú, pedía con frecuencia a Mikoyan y a Aliosha Svanidze, que era como «un hermano» para él, que se quedaran a pasar la noche en su casa. Mikoyan se quedó en varias ocasiones, pero a su mujer no le gustaba: «¿Cómo podía comprobar ella que realmente estaba en casa de Stalin?». Svanidze lo hacía más a menudo.[17]

El catalizador de la caída de Yenukidze fue uno de los temas favoritos de Stalin: para los bolcheviques la historia personal era lo que la genealogía para los caballeros de la Edad Media. Cuando fue publicado el libro del «tío Abel»

Las imprentas bolcheviques clandestinas, Mejlis, el editor con cara de comadreja de *Pravda*, envió inmediatamente un ejemplar a Stalin con una nota que decía: «Algunos pasajes ... están marcados». Las anotaciones marginales que escribió el primer secretario en su ejemplar ponen de manifiesto una irritación casi reaccionaria: «¡Eso es falso!», «¡Trolas!», o «¡Bobadas!». Cuando Yenukidze escribió un artículo sobre las actividades que había llevado a cabo en Bakú, Stalin lo distribuyó entre los miembros del Politburó sazonado con el consabido «¡Ja, ja, ja!». Yenukidze había cometido un error lamentable al no propalar ninguna mentira acerca de las hazañas heroicas del Vozhd. Y era compresible, porque el protagonista de la creación del movimiento bolchevique en Bakú había sido precisamente él.

—¿Qué más quiere que haga? —se lamentaba Yenukidze—. Hago todo lo que me dice, pero no le basta. Quiere que reconozca que es un genio.[18]

Otros fueron menos orgullosos. En 1934, Lakoba publicó una historia puramente lisonjera del heroico papel desempeñado por Stalin en Batumi. Beria, a quien no había quien ganara, movilizó a todo un equipo de historiadores para que falsificaran la realidad en su libro *Sobre la historia de las organizaciones bolcheviques de Transcausacia*, publicado a finales de ese mismo año bajo su nombre. «¡A mi querido y adorado maestro —escribió Beria a modo de dedicatoria—, al gran Stalin!»[19]

* * *

En este momento la muerte de Nadia alcanzaba también a Yenukidze: Yezhov «descubrió» una célula terrorista en el Kremlin, dirigida por el propio «tío Abel». Kaganovich exclamó lleno de furia, como en un drama de Shakespeare:

—¡Aquí algo huele a podrido!

El NKVD detuvo a ciento diez empleados de Yenukidze, bibliotecarios y criadas, acusados de terrorismo. En las conjuras estalinistas siempre había un papel reservado para una beldad malvada: como era de prever, en ésta también había una «condesa», de la que se dijo que había envenenado las páginas de un libro con el fin de matar a Stalin. Dos personas fueron condenadas a muerte y el resto a entre cinco y diez años de internamiento en los campos. Como todo lo que sucedía alrededor de Stalin, aquel «caso del Kremlin» tenía varias facetas: en parte iba dirigido contra Yenukidze, y en parte también pretendía eliminar del Kremlin a todos los posibles elementos desleales, pero además estaba relacionado de algún modo con Nadia. Una criada, cuya apelación al presidente Kalinin se conserva en los archivos, fue detenida por propagar entre sus amistades chismes acerca del suicidio de Nadia. Stalin seguramente no había olvidado que Yenukidze había «desviado» políticamente a Nadia, y además había sido el primero en ver su cadáver.

Yenukidze fue destituido, obligado a publicar una «Retractación», degra-

dado a director de un sanatorio en el Cáucaso y violentamente atacado por Yezhov (y Beria) en el pleno. «El Morita» fue el primero en subir el tono del debate: Zinoviev y Kamenev no sólo eran *moralmente* responsables del asesinato de Kirov, sino que lo habían planeado. Luego se lanzó contra el pobre «tío Abel», al que acusó de ceguera política y de connivencia criminal al permitir a «los contrarrevolucionarios Zinoviev-Kamenev y a los terroristas trotskistas» hacer su agosto en el interior del Kremlin mientras conspiraban para matar a Stalin. «Esta situación casi le cuesta al camarada Stalin la vida», afirmó. Yenukidze era «el representante más típico del comunista corrupto y autocomplaciente, que juega a hacerse el caballero "liberal" a expensas del Partido y del Estado». Yenukidze se defendió a sí mismo acusando a Yagoda:

—¡No fue contratado nadie para trabajar sin acreditación de los servicios de seguridad!

—¡No es verdad! —replicó Yagoda.

—¡Sí lo es! Yo, mejor que nadie, puedo encontrar un montón de meteduras de pata. ¡Que podrían ser calificadas escandalosamente de traición y de doblez!

—¡Eso es exactamente! —terció Beria, atacando a Yenukidze por su generosa costumbre de socorrer a los camaradas caídos en desgracia—. ¿Por qué concediste préstamos y ayudas?

—¡Sólo un minuto!... —contestó Yenukidze citando a un viejo amigo que había estado en la oposición—. Conocía su presente y su pasado mejor que Beria.

—¡Nosotros conocíamos su situación actual tan bien como tú!

—No le ayudé personalmente.

—Es un activista trotskista —insistió Beria.

—Deportado por las autoridades soviéticas —terció el propio Stalin.

—Tu actuación fue un error —añadió Mikoyan.

Yenukidze admitió haber dado algún dinero a otro miembro de la oposición porque su mujer se lo había pedido.

—¿Y qué si se muere de hambre? —dijo Sergo—. ¿Y qué si gime y grazna? ¿Qué tiene que ver contigo?

—¿Qué es lo que eres? ¿Acaso eres un niño? —exclamó Voroshilov.

Los ataques contra la relajación de las medidas de seguridad de Yenukidze eran también ataques contra Yagoda.

—Reconozco mi culpa... —dijo éste— por no haber agarrado a Yenukidze del pescuezo y...

Sobre la cuestión del castigo al «tío Abel» hubo disparidad de criterios:

—Debo admitir —dijo Kaganovich— que no todo el mundo ha reconocido que tenga algo que ver con la cuestión... Pero el camarada Stalin enseguida se dio cuenta de que había gato encerrado...

Al final el gato fue expulsado del Comité Central y del Partido (temporalmente).[20]

Unos días después, en Kuntsevo, Stalin, habitualmente torvo, sonrió de repente a Maria Svanidze:

—¿Te alegras de que Abel haya sido castigado?

Maria estaba encantada de que el Vozhd se hubiera puesto a limpiar de una vez aquella herida que supuraba depravación. El 1 de mayo, Zhenia y los Svanidze se reunieron con Stalin y Kaganovich para tomar unos *kebab*, cebollas y salsa, pero el Vozhd estuvo tenso todo el rato, hasta que las mujeres empezaron a murmurar. Entonces brindaron por Nadia.

—Me dejó inválido —musitó en tono meditabundo Stalin—. Después de censurar a Yasha por pegarse un tiro, ¿cómo pudo quitarse la vida?[21]*

* Ignorante de la caída del «tío Abel», Svetlana decidió que quería ir a la dacha de Lipki, que había sido escogida por Nadia como casa de vacaciones y estaba decorada a su gusto. Stalin dio su consentimiento, aunque, según anotó Maria, «a Iosiv le costaba trabajo quedarse allí». Toda la familia en sentido lato, junto con Mikoyan, emprendió la marcha en una comitiva de coches. Stalin se mostró muy cariñoso con Mikoyan. Svetlana preguntó si podía quedarse a cenar allí y Stalin le dio permiso. Vasili también solía quedarse a cenar con los adultos.

15

El zar viaja en metro

En pleno caso Yenukidze, Stalin, Kaganovich y Sergo asistieron a la fiesta de cumpleaños de la amada niñera de Svetlana en casa del máximo mandatario. «Iosiv [le] ha comprado un sombrero y unas medias de lana.» Stalin dio de comer cariñosamente a Svetlana de su propio plato. Todo el mundo estaba lleno de animación y optimismo porque acababa de ser inaugurado el gran suburbano de Moscú, el llamado Metro de Kaganovich, magnífica joya de las obras públicas soviéticas, con salones de mármol como palacios. Su creador, Kaganovich, había traído diez billetes para que Svetlana, sus tías y los guardaespaldas montaran en el metro. De repente Stalin, animado por Zhenia y Maria, decidió acompañarlas.

Aquel cambio de planes provocó entre los cortesanos de Stalin una auténtica «conmoción», de la que el diario de Maria Svanidze ofrece una cómica descripción. Se pusieron todos tan nerviosos ante aquella excursión improvisada, que hasta llamaron por teléfono al primer ministro; casi la mitad de los miembros del Politburó fueron movilizados en unos minutos. Todos estaban ya sentados en sus limusinas cuando Molotov cruzó corriendo el patio para comunicar a Stalin que «semejante viaje podía resultar peligroso sin los debidos preparativos». Kaganovich, «el más preocupado de todos, se puso pálido» y propuso hacerlo a medianoche, cuando el metro cerrara, pero Stalin insistió. Tres limusinas cargadas de jerarcas, mujeres, niños y guardaespaldas salieron precipitadamente del Kremlin con destino a la estación de metro; sus ocupantes se apearon de los vehículos y bajaron a los túneles de Kaganovich. Una vez llegados al andén, se encontraron con que no pasaba ningún tren. Podemos imaginarnos los esfuerzos desesperados de Kaganovich por encontrar uno con toda rapidez. El público notó la presencia de Stalin y se puso a lanzarle vítores. El mandatario empezaba a impacientarse. Cuando por fin llegó un convoy, la comitiva montó entre aclamaciones.

Bajaron en Ojotni Rad para inspeccionar la estación. Stalin se vio acosado por sus admiradores y Maria fue casi aplastada contra una columna, pero el NKVD por fin los alcanzó. Vasili estaba asustado, según notó Maria, pero Stalin estaba exultante. Se produjo entonces un lío tremendo cuando Stalin decidió volver a casa; pero cambió de idea y salieron a la calle Arbat, donde se produjo otra especie de motín antes de que la totalidad del grupo lograra regresar al Kremlin. Vasili quedó tan impresionado por la experiencia que se puso a gritar en la cama y hubo que darle unas gotas de valeriana.[1]

Este viaje marcó un nuevo declive de las relaciones entre los líderes y las mujeres de las familias Svanidze y Alliluyev, aquellas actrices que no tenían nada de bolcheviques, llenas de «polvos y pintalabios», como decía Maria. Kaganovich estaba furioso con ellas por convencer a Stalin de que montara en el metro sin previo aviso: les gritó fuera de sí que habría podido arreglar el viaje simplemente con que se lo hubieran advertido con un poco de antelación. Sólo Sergo sacudió la cabeza estoicamente ante aquella escena ridícula. Dora Jazan, que tuvo que abrirse camino a duras penas para ascender al Comisariado de Industria Ligera, pensaba que eran unas «mujeres banales que no hacían nada, unas frívolas que perdían el tiempo». La familia empezó a sentirse que eran «los parientes pobres», como diría Kira Alliluyeva. «Así es como nos hacían sentirnos. Incluso Poskrebishev nos miraba por encima del hombro, como si estorbáramos.» En cuanto a Beria, toda la familia, haciendo gala de un error de juicio fatal, no hizo nada por ocultar lo desagradable que le resultaba. Las mujeres se entrometían y cotilleaban de un modo que Nadia no se habría permitido nunca. En el rígido mundo de los bolcheviques, y sobre todo teniendo en cuenta las ideas de Stalin acerca de la familia, fueron demasiado lejos. Maria, que había ido a Stalin con el cuento de los amoríos de Yenukidze, anotaba jactanciosamente en su diario: «Dicen que soy más fuerte que el Politburó porque puedo hacer revocar sus decretos».

Y lo que es peor, aquellas mujeres se dedicaron a vengarse unas de otras: la fotografía de la fiesta de cumpleaños de 1934 provocó una nueva trifulca que acabó de socavar la confianza de Stalin. En una ocasión que Sashiko Svanidze se quedó a pasar la noche con él en Kuntsevo, encontró la foto encima del escritorio de Stalin y la cogió con el propósito de mandar hacer unas cuantas copias, haciendo gala del tipo de comportamiento entrometido que solía ser habitual en las mujeres ambiciosas de las cortes imperiales y que nos permite imaginar que aquellas buenas señoras leían habitualmente los papeles que encontraban sobre el escritorio del Vozhd. Maria, que detestaba el descarado arribismo de Sashiko, se enteró de lo ocurrido y le fue con el cuento a Stalin:

—Puedes dejar, si quieres, que monte una tienda con las cosas de tu casa y que empiece a comerciar con lo que más quieres.

Aquélla fue una de las pocas ocasiones en que Stalin fue criticado por su magnanimidad. El primer mandatario se irritó sobremanera, echando la culpa

a sus secretarios y a Vlasik de haber perdido la fotografía. Al final acabó diciendo a Sashiko que podía «irse al diablo», pero su cólera iba dirigida contra toda la familia por igual.

«Sé que ha hecho cosas maravillosas por mí y por otros bolcheviques de la vieja guardia..., pero, a pesar de todo, está siempre con cara de dama ofendida, me escribe cartas con cualquier pretexto, y pretende llamar mi atención en todo momento. No tengo tiempo de ocuparme de mí mismo y ni siquiera pude ocuparme de mi propia esposa...»

Por aquel entonces Nadia estaba constantemente en su cabeza.

Sashiko fue expulsada, para mayor deleite de Zhenia y Maria, pero ellas también se tomaban demasiadas libertades. Los Svanidze seguían actuando como si Iosiv fuera su generoso *pater familias*, no el gran Stalin. Cuando éste invitó a los Svanidze y a los Alliluyev a cenar con él después de asistir a un espectáculo del Ballet Kirov, «calculamos mal el tiempo y no llegamos hasta casi medianoche, pese a que el ballet se acababa a las diez. A Iosiv no le gusta que le hagan esperar». Este comentario resta importancia a lo ocurrido: cuesta trabajo imaginar que a alguien se le pase el tiempo sin sentir y haga esperar dos horas al presidente de Estados Unidos. Vemos aquí a Stalin a través de los ojos de sus amigos antes de que el Gran Terror lo convirtiera en un nuevo Iván el Terrible: vemos cómo lo dejaron «plantado» en Kuntsevo sus invitados durante dos horas, teniendo que matar el tiempo jugando al billar con sus guardaespaldas. Stalin, despojado inicuamente del sentido de su misión histórica y sacerdotal, debió de reflexionar sobre la falta de respeto de aquellos aristócratas soviéticos: no sentían ni el más remoto temor de él.

Cuando llegaron, los hombres salieron a jugar al billar con el Vozhd, visiblemente malhumorado, que además se mostró muy poco amable con las señoras. Pero después de tomar unas copas de vino, se manifestó radiante de orgullo por Svetlana, contando sus encantadoras ocurrencias, como cualquier otro padre. No obstante, todos ellos pagarían caro su retraso.[2]

* * *

A Stalin le encantó aquel viaje imprevisto en metro, y le dijo a Maria cuánto le había emocionado «el amor del pueblo por su líder. Allí no había nada preparado ni previsto. Como dijo ... el pueblo necesita un zar al que venerar y por el cual pueda vivir y trabajar».[3] Siempre había creído que «el pueblo ruso es zarista». En varias ocasiones se comparó a sí mismo con Pedro el Grande, Alejandro I y Nicolás I, pero aquel hijo de Georgia, país que había sido una satrapía persa durante siglos, se identificaba también con los shas. En sus propias notas califica a dos monarcas de «maestros» suyos: a Nadir Sha, el creador del imperio persa del siglo XVIII, del que escribió: «Nadir Sha Maestro». (También mostró interés por otro sha, Abbas, que decapitó a los dos hijos de un

hombre y luego le envió sus cabezas. «¿Acaso soy como el Sha?», preguntó a Beria.)

Pero al que consideraba su verdadero álter ego, su «maestro»,* era a Iván el Terrible, circunstancia que puso de manifiesto en todo momento ante camaradas tales como Molotov, Zhdanov y Mikoyan, que aplaudieron su decisión de asesinar a los boyardos excesivamente poderosos, pues no le quedaba más remedio que hacerlo así. También Iván había perdido a su amada esposa, asesinada por los boyardos. Esta circunstancia suscita la cuestión de cómo sus prohombres pudieron pretender haber sido «engañados» por la verdadera naturaleza de Stalin, cuando éste elogiaba en todo momento a un zar que asesinó sistemáticamente a su nobleza.[4]

Así, pues, en aquellos momentos, a finales de 1935, Stalin empezó también a reproducir parte del aparato zarista: en septiembre, restauró el título de mariscal de la Unión Soviética (aunque no el de mariscal de campo), concediéndoselo a Voroshilov, a Budionni y a otros tres héroes de la guerra civil, entre ellos a Tujachevski, al que odiaba, y a Alexander Yegorov, el nuevo jefe del Estado Mayor, cuya esposa había irritado tanto a Nadia la noche de su suicidio. En el NKVD creó un rango equivalente al de mariscal, ascendiendo a Yagoda al cargo de general-comisario de la Seguridad del Estado. De repente empezó a tener importancia de nuevo el esplendor de los trajes: Voroshilov y Yagoda estaban encantados con sus nuevos uniformes. Cuando Stalin envió a Bujarin a hacer un viaje a París, le dijo:

—Tu traje está raído. No puedes viajar así... Las cosas son distintas ahora entre nosotros. Tienes que ir bien vestido.

Tal era la atención que Stalin prestaba a los detalles, que esa misma tarde llamó al sastre del Comisariado de Asuntos Exteriores. Es más, el NKVD tenía acceso a los artículos de lujo más modernos, y disponía de dinero y casas. «Concédeme sesenta mil rublos/oro para comprar coches para nuestros trabajadores del NKVD», escribía Yagoda con una pluma rosa a Molotov el 15 de junio de 1935. Es curioso que Stalin (con tinta azul) y Molotov (con tinta roja) firmaran la orden, pero redujeran la cantidad solicitada a cuarenta mil rublos. Con ella, sin embargo, podían comprarse un montón de Cadillacs. Stalin ya había ordenado que los Rolls-Royces del Kremlin fueran concentrados en el «garaje especial».[5]

Stalin se había convertido en un zar: los niños cantaban ahora «Gracias, camarada Stalin, por nuestra infancia feliz», quizá porque había restaurado la

* Incluso dentro de su círculo, según Kaganovich, Stalin llamaba a Bujarin «Shuiski», aludiendo o bien a la familia de boyardos de este nombre, que trató despóticamente a Iván durante su juventud, o al llamado «zar de los boyardos», que reinó a la muerte de Iván el Terrible. En cualquier caso, es evidente que Stalin identificaba su posición con la de Iván frente a los boyardos.

costumbre de los árboles de Navidad. Pero a diferencia de los Romanov, siempre cubiertos de joyas e identificados con las viejas aldeas y el campesinado ruso, Stalin creó un tipo especial de zar, modesto, austero, misterioso y urbano. No estaba en contradicción con su marxismo.[6]

A veces, los amorosos desvelos de Stalin por su pueblo resultaban un poquito absurdos. En noviembre de 1935, por ejemplo, Mikoyan hizo saber a los estajanovistas del Kremlin que Stalin estaba muy interesado por el jabón y había pedido algunas muestras, «tras lo cual recibimos un decreto especial del Comité Central acerca de las variedades y composición del jabón», anunció entre vítores. Stalin pasó entonces del jabón a los urinarios. Jrushchov recorrió Moscú en compañía del alcalde Nikolai Bulganin, otro astro en ascensión, antiguo miembro de la Cheka, un rubio apuesto, pero despiadado, que lucía una barba de chivo: Stalin los apodaba «los padres de la ciudad». Mandó entonces llamar a Jrushchov:

—Habla con Bulganin y haced algo... La gente anda buscando desesperadamente por la calle y no encuentra un sitio en el que aliviarse...[7]

En cualquier caso, lo que le gustaba era interpretar el papel del Padrecito que intervenía desde lo alto en favor de su pueblo. En el mes de abril, un maestro de Kazajstán llamado Karenkov apeló a Stalin reclamando el trabajo que había perdido.

«Os ordeno que detengáis de inmediato la persecución del maestro Karenkov», escribió perentoriamente* a los mandatarios kazajos.[8] Cuesta trabajo imaginarse a Hitler o incluso al presidente Roosevelt ocupándose de los urinarios, el aprovisionamiento de jabón o la situación de un maestro de pueblo.

Voroshilov, personaje oscuro, pero muy parecido a él, dio un nuevo paso que lo llevaría a ahondar un poco más en el fango de la depravación soviética, cuando leyó un artículo acerca del gamberrismo de los adolescentes. Escribió una nota al Politburó diciendo que Jrushchov, Bulganin y Yagoda «estaban de acuerdo en que no existe más alternativa que meter en la cárcel a los pequeños vagabundos ... No entiendo por qué no se fusila a esa canalla». Stalin y Molotov aprovecharon la ocasión para añadir una nueva arma al arsenal que podían utilizar contra sus adversarios políticos, decretando que en adelante pudiera ejecutarse a los niños de doce años.[9]

* * *

* Al no recibir respuesta del primer secretario de Kazajstán, como por lo demás solían hacer los máximos dirigentes locales, Poskrebyshev le escribió apremiándole: «No hemos recibido confirmación alguna de la orden enviada». Esta vez el dirigente local contestó de inmediato. Pero este episodio no viene más que a reflejar el modo en que los dirigentes provinciales hacían caso omiso de Moscú tanto en los asuntos baladíes como en los de mayor trascendencia, siguiendo la antigua tradición rusa de obedecer en apariencia las órdenes, sin ejecutarlas de hecho.

En Sochi, durante sus vacaciones, Stalin seguía furioso por las artimañas de los amigos caídos en desgracia y por la violencia infantil. Yenukidze, incansablemente sociable, seguía hablando de política con su viejo amigo Sergo. Una vez que un individuo había caído en desgracia, Stalin no entendía que cualquier partidario de la causa pudiera seguir siendo amigo suyo. Stalin habló de su pérdida de confianza en Sergo con Kaganovich (amigo, a su vez, de Sergo): «Es curioso este Sergo ... continúa siendo amigo» de Yenukidze. El Vozhd ordenó que Abel, aquel «tipo raro», fuera apartado del puesto que ocupaba en un sanatorio. De paso se deshacía en improperios contra «el grupo de Yenukidze», al que calificaba de «escoria», y contra los bolcheviques de la vieja guardia, llamándolos «como decía Lenin, "viejos pedorros"». Kaganovich trasladó a Yenukidze a Járkov.[10]

Vasili, a la sazón de catorce años, también le preocupaba: cuanto más absolutista se volvía Stalin, más indisciplinado se volvía Vasili. Aquel Stalin en miniatura imitaba a sus adiestradores chekistas y denunciaba a las esposas de sus profesores:

«Padre, ya he pedido al comandante que eche a la mujer del profesor, pero se ha negado...», decía en una carta. El comandante de Zubalovo, acosado, comunicaba que «Svetlana es buena estudiante, pero Vasia es mal estudiante; es un vago». Los profesores llamaron a Carolina Til para preguntarle qué debían hacer. Vasili hacía novillos o decía que «el camarada Stalin» le había ordenado no trabajar con determinados profesores. En una ocasión el ama de llaves encontró dinero en sus bolsillos, pero el muchacho no quiso decirle de dónde lo había sacado. El 9 de septiembre de 1935, Efimov comunicaba fríamente a Stalin que Vasili había escrito: «Vasia Stalin, nacido en marzo de 1921, fallecido en 1935». El suicidio era una realidad innegable en aquella familia, pero también formaba parte de la cultura bolchevique: a medida que Stalin iba purgando el Partido, sus adversarios empezaban a suicidarse, circunstancia que no venía sino a ofenderlo más: según él, aquello era «escupir a los ojos del Partido». Poco después, Vasili ingresó en la escuela de artillería, junto con los hijos de otros líderes, entre ellos Stepan Mikoyan; su profesor escribió también a Stalin quejándose de las amenazas de suicidio de Vasia:

«He recibido tu carta acerca de las trapacerías de Vasili —escribía Stalin a V. V. Martishin—. Contesto con retraso porque estoy muy ocupado. Vasili es un niño mimado con capacidades normales, salvaje (una especie de escita), no siempre es sincero, chantajea a los "mandamases" débiles, y a menudo es descarado con los débiles ... Ha sido mimado por diferentes patronos, que a cada paso le recordaban que era "el hijo de Stalin". Me alegra comprobar que eres un buen profesor que trata a Vasili como a los demás chicos y exige que obedezca las reglas de la escuela ... Si Vasili no se ha echado a perder hasta ahora, es porque en nuestro país hay profesores que no dan cuartel al hijo caprichoso

de un magnate. Mi consejo es el siguiente: trata a Vasili MÁS ESTRICTAMENTE y no temas el chantaje ni las falsas amenazas de "suicidio" de un chiquillo. Yo te apoyaré...»[11]

Svetlana, que pasaba las vacaciones con él, seguía siendo su favorita. Si leemos las cartas de Stalin a Kaganovich (casi todas acerca de la persecución a la que debía someterse a Yenukidze), casi podemos verla sentada al lado de su padre en la terraza, mientras él escribe sus órdenes con lápiz rojo, entronizado en su sillón de mimbre ante la mesa también de mimbre atestada de papeles y periódicos, que cada día le traía Poskrebishev. A menudo habla de ella. Kaganovich había sustituido, al parecer, a Kirov en el papel de «secretario del Partido» de Svetlana, y la saluda en las cartas a Stalin diciendo:

«¡Salve a nuestra patrona Svetlana! Aguardo instrucciones ... respecto al aplazamiento del período escolar 15/20 días. Uno de los secretarios. L. M. Kaganovich.»

Vasili era el «colega de la patrona Svetlana».

Tres días después, Stalin informaba a Kaganovich que «la patrona Svetlana...* exige decisiones ... con el fin de probar a sus secretarios».

«¡Salve a nuestra patrona Svetlana! —contestaba Kaganovich—. La aguardamos con impaciencia.» Cuando la niña regresó a Moscú, visitó a Kaganovich, quien se lo hizo saber a su padre. «Hoy nuestra patrona Svetlana ha inspeccionado nuestro trabajo...»[12]

Entonces Stalin se enteró por Beria de que su madre, Keke, andaba algo delicada. El 17 de octubre, pasó por Tiflis para ir a visitarla, por tercera vez desde el triunfo de la Revolución.

Beria había asumido la responsabilidad de cuidar de la anciana, como un cortesano encargado de velar por el bienestar de una emperatriz viuda. Llevaba varios años viviendo en las cómodas habitaciones de las dependencias de los criados del palacio decimonónico del gobernador zarista, el príncipe Miguel Vorontsov, junto con dos damas de compañía. Las tres llevaban el tocado negro típico y los vestidos largos de las viudas georgianas. Beria y su esposa, Nina, mencionaban a Keke a menudo, evocando su gusto por los comadreos de contenido sexual:

—¿Por qué no te echas un amante? —le preguntó en una ocasión a Nina.

Stalin era un hijo bastante descuidado, pero no dejaba de mandarle las esquelas de rigor:

«Querida madre, vive, por favor, diez mil años. Besos. Soso.» Se disculpaba diciendo: «Sé que estás decepcionada conmigo, ¿pero qué puedo hacer? Estoy ocupado y no puedo escribir a menudo». La madre le enviaba golosinas, y Soso le mandaba dinero; pero, siendo como era el hijo el que había sustituido

* *Jozyaika*, significa «ama, patrona», y es el femenino de *Jozyain*, el apodo que se daba a Stalin entre los burócratas, aunque también significa «ama de casa».

al marido en el papel de hombre de la familia, siempre asumía el carácter de héroe, revelando sus sueños acerca de su destino y su valentía:

«Hola, mamá. Los niños te dan las gracias por las golosinas. Yo estoy bien de salud, no te preocupes por mí ... ¡Lucharé por mi destino! ¿Necesitas más dinero? Te mando quinientos rublos y unas fotos mías y de los niños. P. S.: Los niños te saludan respetuosamente. A raíz de la muerte de Nadia, mi vida privada se ha vuelto muy dura, pero un hombre fuerte debe ser valiente *siempre*».[13]

Stalin se tomó especial interés en proteger a los hermanos Egnatashvili, los hijos del tabernero que había sido el benefactor de su madre. Alexander Egnatashvili, agente de la Cheka en Moscú (supuestamente encargado de probar las comidas de Stalin y apodado «el Conejo»), mantenía vivos los viejos lazos que los unían:

«Mi querida madre espiritual —escribía en abril de 1934—, ayer fui a visitar a Soso y estuvimos hablando largo rato... Ha engordado... Durante los últimos cuatro años no lo había visto nunca con un aspecto tan saludable... Bromeó muchísimo. ¿Quién diría que es tan mayor? ¡Nadie cree que tenga más de cuarenta y siete años!»

Pero Keke estaba muy enferma.

«Sé que estás mala —le decía Iosiv en una carta—. Sé fuerte. Te mando a mis hijos...» Vasili y Svetlana se alojaron en las residencias de Beria y luego visitaron a la anciana en su «habitación minúscula», llena de retratos de su hijo. Svetlana recordaba que Nina Beria estuvo charlando con ella en georgiano, porque la anciana señora no sabía hablar ruso.

Stalin reclutó entonces a su ex cuñado, Aliosha Svanidze, y a Lakoba para que lo acompañaran a visitar a su madre, mientras que Beria se ocupó de hacer precipitadamente los preparativos. No estuvo con ella mucho tiempo. Si hubiera echado un vistazo por las habitaciones, habría visto que la buena mujer no sólo tenía fotografías de su hijo, sino también un retrato de Beria en su dormitorio. Beria disponía de un culto propio a su personalidad en Georgia, pero lo cierto es que debió de convertirse para la anciana en una especie de hijo.

Los verdaderos sentimientos de Stalin hacia su madre eran bastante complejos, debido a la afición que había tenido la mujer a pegarle y a los supuestos amoríos que mantenía con sus patrones. Quizá dispongamos de una pista para entender este posible complejo de santa-puta en la biblioteca de Stalin, donde hemos encontrado un pasaje subrayado de *Resurrección* de Tolstoi, acerca de una madre que es a la vez cariñosa y malvada. Pero Keke tenía además la costumbre de hacer comentarios indiscretos, de un humorismo seco. Se preguntaba por qué Stalin y Trotski se habían peleado: según ella, deberían haber gobernado juntos. En aquella ocasión, sentado a su lado con una sonrisa de oreja a oreja, Stalin le hizo una pregunta muy reveladora:

—¿Por qué me pegabas tan fuerte?

—Por eso has salido tú tan bueno —contestó la anciana antes de añadir—: Iosiv, ¿qué eres exactamente?

—Bueno, ¿te acuerdas del zar? Pues yo soy como un zar.

—Más te habría valido hacerte cura —replicó su madre. A Iosiv el comentario le pareció delicioso.

Los periódicos recogieron la noticia de la visita con el delicado sentimentalismo de una versión bolchevique de la revista *¡Hola!*

«Keke, de setenta y cinco años, es una mujer amable y vivaracha —comentaba *Pravda*—. Parece iluminarse cuando habla de los inolvidables momentos que vivió durante la visita. "El mundo entero se regocija cuando contemplo a mi hijo y a nuestro país. ¿Qué quiere que sienta yo, que soy su madre?"»

El Vozhd se irritó ante aquella manifestación de periodismo rosa estalinista. Cuando Poskrebishev le mandó el recorte de prensa, le contestó:

«No tiene nada que ver conmigo». Pero luego garabateó otra nota más incisiva a Molotov y Kaganovich: «Exijo que prohibamos los residuos pequeñoburgueses que se han infiltrado en nuestra prensa ... al insertar la entrevista con mi madre y todas esas otras tonterías. ¡Exijo que seamos liberados de la incesante oleada de publicidad de esos hijos de puta!». No obstante, se alegraba de que su madre estuviera sana y le decía en una carta: «Evidentemente nuestra estirpe es muy fuerte», y le enviaba unos cuantos regalos: un pañuelo para la cabeza, un chaquetón y unas cuantas medicinas.[14]

De regreso en Moscú,* decidió volver a abrir y ampliar el caso Kirov, que había concluido de momento con el fusilamiento de Nikolaev y la condena de Zinoviev y Kamenev a comienzos de 1935. Ahora, estos dos bolcheviques de la vieja guardia volverían a ser interrogados y la red de encarcelamientos se amplió. Entonces el NKVD detuvo en Gorki a un antiguo socio de Trotski llamado Valentin Olberg. Gracias a su interrogatorio quedó «establecido» que Trotski estaba implicado también en el asesinato de Kirov. Se produjeron nuevas detenciones.[15]

* Por si habíamos olvidado que aquél era un Estado basado en la represión, recordemos que Zhdanov y Mikoyan habían ido a inspeccionar la marcha de los proyectos de mano de obra esclava del NKVD en el Ártico, como por ejemplo el canal Belomor: «La Cheka de aquí ha realizado una labor estupenda —escribía con entusiasmo Zhdanov a Stalin—. Permite a los ex kulaks y a los elementos criminales trabajar para el socialismo y que se conviertan en personas de verdad...».

16

Elijan a sus compañeros, saquen a la palestra a sus prisioneros: el juicio espectáculo

Lejos de aquellas sombras alargadas, la fiesta de cumpleaños de Stalin, a la que asistieron los jerarcas, Beria, y la familia, fue «ruidosa y alegre». Voroshilov estaba espléndido con su nuevo uniforme blanco de mariscal, mientras que su vulgar esposa contemplaba con envidia el vestido recién traído de Berlín de Maria Svanidze. Después de la cena, se cantó y se bailó, como en los viejos tiempos: con Zhdanov haciendo las veces de director, cantaron canciones abjasias, ucranianas, estudiantiles y burlescas. Stalin decidió encargar un piano para que Zhdanov pudiera tocar. En medio de la algazara general, Postishev, uno de los máximos dirigentes de Ucrania, bailó una pieza lenta con Molotov, y «aquella extraña pareja hizo mucha gracia a Iosiv y a todos los invitados». Fue el primer ejemplo de baile entre hombres solos, modalidad que iría haciéndose cada vez más forzosa al término de la guerra.

Stalin cogió el gramófono y puso unas cuantas danzas rusas. Mikoyan ejecutó su animada *lezginka*. Los Svanidze bailaron el foxtrot e invitaron a Stalin a unirse a ellos, pero éste dijo que había dejado de bailar desde la muerte de Nadia. Estuvieron de jarana hasta las cuatro de la madrugada.[1]

Durante la primavera de 1936, las detenciones de los antiguos trotskistas se incrementaron todavía más y los que se encontraban ya recluidos en los campos fueron condenados de nuevo. Los reos de «terrorismo» serían fusilados. Pero el trabajo más importante fue la creación de un nuevo tipo de espectáculo político: el primero de los grandes juicios espectáculo de Stalin. Yezhov fue el supervisor de este caso y vistiéndose los arreos de teórico optimista llegó a escribir un libro sobre los zinovievistas, que fue corregido personalmente por Stalin.[2] Yagoda, general-comisario de la Seguridad del Estado, que se mostró escéptico ante aquellas «tonterías», siguió ocupando su cargo, pero Yezhov no dejó en ningún momento de minar su posición. Aquel proceso acabó con la capacidad de aguante del frágil Yezhov. Pronto se encontraría otra vez tan débil

que Kaganovich sugirió —y Stalin aprobó la propuesta— que se le enviara a pasar otras vacaciones especiales de dos meses de duración y se le concedieran otros tres mil rublos.[3]

Los principales acusados serían Zinoviev y Kamenev. Sus antiguos amigos fueron detenidos para convencerles de la conveniencia de interpretar el papel que se les asignara. Stalin siguió de cerca cada detalle de los interrogatorios. Los investigadores del NKVD encargados de realizar los interrogatorios tuvieron que emplearse a fondo para conseguir las confesiones deseadas. Las instrucciones de Stalin al NKVD resultan muy ilustrativas de lo que fue aquel terrible proceso:

«Sacad a la palestra a vuestros prisioneros y que no bajen hasta que no hayan confesado». El desertor del NKVD Alexander Orlov nos ha dejado el mejor relato de cómo montó Yezhov aquel juicio, prometiendo a los «testigos» que salvarían sus vidas si testificaban contra Zinoviev y Kamenev, que se habían negado a cooperar. El teléfono del despacho de Stalin llamaba cada hora para saber si había alguna noticia.

—¿Crees que Kamenev no confesará? —preguntó Stalin a Mironov, uno de los agentes de la Cheka de Yagoda.

—No sé —le contestó el esbirro.

—¿Cómo que no sabes? —replicó Stalin—. ¿Sabes cuánto pesa nuestro Estado, con todas sus fábricas, sus máquinas, o el ejército con todo su armamento, o la marina?

Mironov pensó que le estaba gastando una broma, pero el Vozhd no sonreía.

—Piénsalo y dímelo —añadió Stalin y continuó mirándolo.

—Nadie puede saberlo, Iosiv Vissarionovich. Es un ámbito de cifras astronómicas.

—Bien. ¿Y puede un hombre aguantar la presión de ese peso astronómico?

—No —contestó Mironov.

—Bueno, pues... No vengas a traerme más informes hasta que no lleves en esa cartera la confesión de Kamenev.

Aunque no fueron torturados físicamente, el régimen de amenazas y de insomnio desmoralizó a Zinoviev, que padecía asma, y a Kamenev. La calefacción de sus celdas fue encendida a pesar de estar en pleno verano. Yezhov amenazó con fusilar al hijo de Kamenev.[4]

* * *

Mientras que los interrogadores iban haciendo mella en Zinoviev y Kamenev, Maxim Gorki moría de gripe y de bronconeumonía. El viejo escritor estaba completamente desilusionado. El peligro que representaban sus compañeros

de la Cheka se puso de manifiesto cuando el hijo del novelista, Maxim, murió misteriosamente de gripe. Posteriormente, Yagoda sería acusado de haberlo asesinado en complicidad con los médicos de la familia. La nieta de Gorki, Martha, recuerda que, cuando murió su padre, Yagoda iba cada mañana a la casa de Gorki a tomar una taza de café y a flirtear con su madre, camino de la Lubianka: «Estaba enamorado de Timosha y deseaba que ella correspondiera a su afecto», diría la esposa de Alexei Tolstoi.

—Tú todavía no me conoces, puedo hacer cualquier cosa —dijo Yagoda en tono amenazador a la desconsolada Timosha. El escritor Alexander Tijonov afirma que entablaron una relación amorosa. La hija de Timosha lo niega.

Cuando Stalin fue a visitarlo, Yagoda se entretuvo un poco más de la cuenta, pues seguía enamorado de Timosha y estaba cada vez más disgustado consigo mismo. Cuando se fueron los miembros del Politburó, preguntó al secretario de Gorki:

—¿Han venido? ¿Ya se han ido? ¿De qué han hablado?... ¿Han dicho algo de nosotros?...[5]

Stalin había pedido a Gorki que escribiera su biografía, pero el novelista había rechazado el encargo. En cambio, bombardeaba a Stalin y al Politburó con propuestas disparatadas, como, por ejemplo, que se encargara a los cultivadores del realismo socialista que «reescribieran los libros de la literatura universal». Las disculpas de Stalin por la tardanza en contestar a sus cartas eran cada vez más exageradas: «Soy un verdadero zángano para todo lo que lleve el rótulo "correspondencia"», confesaba Stalin a Gorki. «¿Cómo se encuentra? ¿Sano? ¿Qué tal va su trabajo? Mis amigos y yo estamos bien.» El NKVD llegó incluso a imprimir números falsos de *Pravda* especialmente para Gorki, con el fin de ocultar la persecución de que era objeto su amigo Kamenev.* El escritor se dio cuenta de que estaba bajo arresto domiciliario:

—Estoy rodeado —comentó pensativo—, atrapado.

Durante la primera semana de junio, Gorki se pasó durmiendo la mayor parte de los días, al tiempo que su situación empeoraba. Fue examinado por los mejores especialistas, pero estaba muy débil.

—Que vengan, si es que logran llegar a tiempo —dijo el escritor.

Stalin, Molotov y Voroshilov tuvieron el placer de comprobar que se había recuperado, después de que le pusieran una inyección de alcanfor. Stalin se adueñó de la habitación del enfermo:

—¿Por qué hay aquí tanta gente? —preguntó—. ¿Quién es ésa que está sentada al lado de Alexei Maximovich vestida de negro? ¿Es una monja? Lo único que le falta es una vela en las manos [se trataba de la baronesa Moura Budberg, la amante que Gorki compartiera con H. G. Wells]. Que salgan to-

* El truco ya era viejo: Kuibishev había propuesto imprimir ejemplares falsos de *Pravda* para mantener desinformado a Lenin en su lecho de muerte.

dos menos esa mujer, la de blanco, la que lo cuida... ¿Por qué hay un ambiente tan fúnebre? Cualquier persona sana se moriría en un ambiente así.

Stalin impidió a Gorki seguir hablando de literatura, pero pidió una botella de vino; brindaron por su salud y se abrazaron. Al día siguiente, cuando Stalin llegó a la casa, sólo pudieron decirle que el escritor estaba demasiado enfermo para verlo:

«Alexei Maximovich, fuimos a visitarlo a las dos de la madrugada —escribió—. Tenía el pulso, pongamos por caso, a 82. Los médicos no nos permitieron entrar a su habitación. Acatamos su voluntad. Recuerdos de todos nosotros. Un gran saludo. Stalin». Firmaron también la nota Molotov y Voroshilov.

Gorki empezó a escupir sangre y murió el 18 de junio de tuberculosis, neumonía y fallo cardíaco. Más tarde se diría que los médicos y Yagoda lo habían matado deliberadamente: desde luego confesaron que lo habían asesinado. Resultó muy conveniente que su muerte se produjera antes del juicio de Zinoviev, pero los informes clínicos conservados en los archivos del NKVD sugieren que falleció de muerte natural.[6]

Yagoda se escondió en el comedor de la casa de Gorki, pero Stalin ya se había vuelto contra él.

—¿Pero qué está haciendo esa criatura por aquí? Deshaceos de él.[7]

* * *

Finalmente en julio, Zinoviev solicitó entrevistarse a solas con Kamenev. Luego los dos pidieron hablar con el Politburó: si el Partido les garantizaba que no habría ejecuciones, estaban dispuestos a confesar. Voroshilov estaba deseando echar la mano a esos «canallas»: cuando llegaron a sus manos algunos de los testimonios vertidos contra ellos, escribió a Stalin diciendo que «esa gentuza ... todos ellos representantes de la pequeña burguesía con cara de Trotski ... está acabada. No hay sitio para ellos en nuestro país ni caben tampoco entre los millones de hombres dispuestos a morir por la madre patria. Esos canallas deben ser liquidados sin miramientos ... Debemos asegurarnos de que el NKVD emprende una purga como es debido...». Vemos, pues, por lo menos a un líder que, según parece, aprobaba sinceramente el terror y el exterminio de sus viejos adversarios. El 3 de julio, Stalin contestó preguntando: «Querido Klim, ¿has leído los testimonios? ... ¿Qué te parecen los cachorros burgueses de Trotski? ... Querían liquidar a todos los miembros del Politburó ... ¿No es curioso lo bajo que puede caer la gente? I. St.».

Yagoda acompañó a aquellos dos hombres completamente deshechos durante el breve trayecto en coche desde la Lubianka hasta el Kremlin, donde en otro tiempo vivieran ambos. Cuando llegaron a la habitación en la que Kamenev había presisido tantas sesiones del Politburó, comprobaron que sólo esta-

ban presentes Stalin, Voroshilov y Yezhov. ¿Dónde estaba el resto de sus miembros?

Stalin contestó que Voroshilov y él eran una comisión del Politburó. Teniendo en cuenta la crueldad de Voroshilov, resulta fácil comprender por qué estaba él allí, ¿pero dónde estaba Molotov? Quizá al puntilloso «Culo de Hierro» le incomodara descuidar las formas y tener que mentir a unos bolcheviques de la vieja guardia, pero desde luego a lo que es a asesinar a las personas no ponía ninguna objeción.

Kamenev pidió al Politburó una garantía para sus vidas.

—¿Una garantía? —respondió Stalin, según la versión de Orlov—. ¿Qué garantía puede haber? ¡Es sencillamente ridículo! ¿Acaso deseas un acuerdo oficial certificado por la Sociedad de Naciones? Zinoviev y Kamenev se olvidan de que no están en la plaza del mercado chalaneando y regateando por la venta de un caballo robado, sino en el Politburó del Partido Comunista Bolchevique. Si no basta con la palabra del Politburó, no veo por qué tenemos que seguir hablando.

—Zinoviev y Kamenev se comportan como si estuvieran en situación de poner condiciones al Politburó —exclamó Voroshilov—. Si tuvieran un poco de sentido común, se hincarían de rodillas delante de Stalin...

El Vozhd sugirió tres motivos por los cuales no deberían ser ejecutados: en realidad el juicio era contra Trotski; si no los había matado cuando se habían opuesto al Partido, ¿por qué iba a matarlos ahora que lo estaban ayudando?; y por último, «estos camaradas olvidan que somos bolcheviques, discípulos y seguidores de Lenin, y que no deseamos derramar la sangre de unos bolcheviques de la vieja guardia, por graves que sean sus culpas pasadas...».

Zinoviev y Kamenev, totalmente abatidos, consintieron en declararse culpables, si no eran fusilados y sus familias recibían protección.

—Por supuesto —dijo Stalin dando por concluida la reunión.[8]

Stalin se puso a trabajar en el guión del juicio de Zinoviev, regodeándose en su talento hiperbólico como dramaturgo de tres al cuarto. Los archivos recientemente sacados a la luz revelan que incluso dictó las palabras que debía pronunciar el nuevo fiscal general del Estado, Andrei Vishinski, que se apuntaba las peroratas de su líder.[9]

El 29 de julio Stalin cursó una circular secreta anunciando que una abominación terrorista llamada «Centro Unificado Trotskista-Zinovievista» había intentado asesinar a él mismo, a Voroshilov, a Kaganovich, a Kirov, a Sergo, a Zhdanov y a otros. Figurar en esas listas de supuestos objetivos se convirtió en un curioso honor, pues la inclusión en ellas de una persona significaba su proximidad a Stalin. Podemos imaginarnos a los distintos líderes buscando su nombre en la lista como escolares que se precipitaran al tablón de anuncios para asegurarse de que forman parte del equipo de fútbol del colegio. Curiosamente, Molotov no estaba entre los titulares, lo que se ha interpretado como

un indicio de que se opuso al Gran Terror, pero parece que en efecto cayó en desgracia temporalmente debido a una serie de discrepancias con Stalin. Molotov se jactaba de que «siempre he apoyado las medidas que se han tomado», pero en los archivos hay ciertos indicios sumamente intrigantes de que se hallaba en el punto de mira de Yezhov. El NKVD había detenido a la niñera alemana de su hija, Svetlana Molotova,* y el primer ministro se había quejado a Yagoda. Un agente de la Cheka denunció a Molotov de «conducta impropia ... Molotov se comportó mal». El 3 de noviembre, Yezhov remitió a Molotov la denuncia, acaso un simple aviso.[10]

Yezhov fue el socio más próximo a Stalin durante los días inmediatamente anteriores al proceso, mientras que Yagoda, que había caído en desgracia por oponerse al juicio, sólo fue recibido una vez. Stalin se quejó de la forma en que trabajaba: «Trabajas mal. El NKVD padece una grave enfermedad». Finalmente lo mandó llamar y le dijo a gritos que iba a «darle un puñetazo en la nariz» si no se espabilaba. Poseemos las notas que tomó Stalin de la reunión que mantuvo el 13 de agosto con Yezhov, y gracias a ellas podemos captar cuál era su estado de ánimo. En una de ellas considera la eventualidad de destituir a un oficial: «¿Lo echo? *¡Sí, lo echo!* Hablar con Yezhov». Y una y otra vez apunta: «Preguntar a Yezhov».[11]

* * *

El primero de los famosos juicios de Moscú comenzó el 19 de agosto en la sala Octubre, en el piso superior de la casa de los Sindicatos. Los trescientos cincuenta espectadores eran en su mayoría empleados del NKVD vestidos de paisano, periodistas extranjeros y diplomáticos. En un estrado colocado en medio de la sala, los tres jueces, encabezados por Ulrij, ocupaban unos aparatosos sillones a modo de trono cubiertos de un paño rojo. La verdadera estrella de aquel espectáculo teatral, el fiscal general Andrei Vishinski, cuya simulación de cólera irrefrenable y cuya pedantería estudiada harían de él todo un personaje a escala europea, estaba sentado a la izquierda del tribunal. Los acusados, dieciséis desarrapados vigilados por esbirros del NKVD con la bayoneta calada, estaban a la derecha. Detrás de ellos había una puerta que daba a un cuarto que podríamos comparar con el «camerino para las celebridades» que suele haber en los modernos estudios de televisión. Allí, en una sala repleta de bocadillos y refrescos, se encontraba Yagoda, que podía así discutir con Vishinski y los acusados durante el juicio.

* Muchas familias dirigentes empleaban a alemanas del Volga como amas de llaves y niñeras: Carolina Til gobernaba la casa de Stalin; otra alemana del Volga dirigía la de los Molotov, y los Beria tenían como niñera y ama de llaves a otra alemana llamada Ella. Todas acabarían siendo víctimas del terror antialemán de 1937.

Se dice que Stalin acechaba en una galería posterior, con las ventanas entornadas, situada en la parte trasera, desde la que en otro tiempo las orquestas tocaban para que las parejas aristocráticas bailaran la cuadrilla y a través de la cual algunos afirmaron haber visto salir bocanadas de humo.

El 13 de agosto, seis días antes de que diera comienzo el juicio, Stalin tomó el tren para Sochi tras reunirse una vez más con Yezhov. Una prueba del secretismo impenetrable del sistema soviético es que han tenido que transcurrir sesenta años para que se descubriera que Stalin se hallaba efectivamente lejos de Moscú, aunque siguió todo el melodrama jurídico casi tan de cerca como si hubiera estado escuchándolo desde su despacho. Ochenta y siete paquetes de interrogatorios del NKVD con las transcripciones de los careos y la habitual pila de periódicos, memorandos y telegramas llegaron hasta la mesa de mimbre de su terraza.

Kaganovich y Yezhov comprobaron cada detalle con Stalin. El protegido era ahora más fuerte que su antiguo patrono: en todos los telegramas Yezhov firma ahora delante de Kaganovich. Mientras que la voluntad del gran actor-director general lo controlaba todo desde lejos, los dos representantes que se habían quedado en Moscú hacían las veces de relaciones públicas y de empresarios del espectáculo. El día 17, Kaganovich y Yezhov comunicaron al *Jozyain* que «hemos fijado la cobertura periodística ... de la siguiente manera: 1. *Pravda* e *Izvestiya* publicarán a diario una reseña del juicio de una página de extensión». El 18 de agosto, Stalin ordenó que el proceso diera comienzo al día siguiente.

A los acusados se les imputó una cantidad increíble de delitos, a menudo fallidos, ordenados por la sombría conjura dirigida por Trotski, Zinoviev y Kamenev (el «Centro Unificado Trotskista-Zinovievista»), que había logrado asesinar a Kirov, pero que repetidamente había fallado cuando había intentado matar a Stalin y a los otros (aunque nunca se tomaron la molestia de atentar contra Molotov). Durante seis días confesaron todos esos delitos con una docilidad que dejó pasmados a los espectadores occidentales.

El lenguaje empleado en esos procesos era tan misterioso como los jeroglíficos y sólo podía entenderse según la imaginería esópica del universo cerrado de conspiraciones del mal contra el bien propio de los bolcheviques, en el cual «terrorismo» significaba simplemente «cualquier duda que pudiera abrigarse respecto a la política o la personalidad de Stalin». Todos aquellos opositores eran por naturaleza asesinos. Más de dos «terroristas» formaban una «conspiración» y si se juntaban varios de esos asesinos pertenecientes a distintas facciones, se creaba un «Centro Unificado» de una envergadura sorprendentemente amplia, casi planetaria, que dice mucho acerca del melodrama interno de Stalin y también de la paranoia bolchevique, fruto de décadas y décadas de vida en la clandestinidad.[12]

Mientras que aquellos hombres totalmente abatidos recitaban su papel, el

fiscal general Vishinski combinaba brillantemente la charlatanería indignada de un predicador victoriano con las maldiciones diabólicas de un hechicero. Bajito, con unos «ojos negros penetrantes» tras unas gafas de concha, pelo rojizo y fino, nariz puntiaguda, pulcramente vestido «con cuello blanco, corbata a cuadros blancos y negros, traje de corte impecable, y un bigotito gris», cualquier espectador occidental lo habría tomado por un «próspero agente de bolsa acostumbrado a almorzar en Simpson's y a jugar al golf en Sunningdale». Nacido en el seno de una acaudalada familia noble polaca establecida en Odessa, Vishinski había compartido celda en otro tiempo con Stalin, con quien tenía en común las malas relaciones con sus padres, hecho que probablemente sirviera para salvarle la vida. Pero como antiguo menchevique, su obediencia era ciega y su sed de sangre insaciable: durante los años treinta las notas que envió a Stalin expresan contantemente la conveniencia de fusilar a los acusados, por lo general «trotskistas que preparan el asesinato de Stalin», y siempre terminan con las mismas palabras: «Recomiendo la "VMN" (Máxima medida punitiva): muerte por fusilamiento».

Vishinski, de cincuenta y tres años, era muy desagradable con sus subordinados, pero se mostraba servil y lisonjero con sus superiores: encabezaba las cartas que enviaba a Molotov e incluso a Poskrebishev (cuyo trato cultivó astutamente) con el término «Ilustrísimo». Incluso sus subordinados lo consideraban un «personaje siniestro» que, a pesar de su «excelente educación», creía en la norma fundamental del régimen estalinista: «Creo en la conveniencia de mantener al pueblo siempre en vilo», pero el que estaba siempre en vilo era él, que padecía brotes de eccema, que vivía siempre en el temor y contribuía a fomentarlo. Siempre alerta, robusto, vanidoso e inteligente, impresionaba a los occidentales tanto como los horripilaba con su manierismo forense y su humor perverso: sería él quien más tarde definiera a los rumanos no como «un pueblo, sino una profesión». Estaba muy orgulloso de su notoriedad: cuando fue presentado a la princesa Margarita en Londres en 1947, susurró al oído del diplomático que hizo su presentación:

—Por favor, añada mi antiguo título de fiscal en los famosos juicios de Moscú.[13]

Cada día, Yezhov y Kaganovich, que debían escuchar las sesiones en el «camerino de invitados», informaban a Stalin de lo ocurrido, por ejemplo en los siguientes términos: «Zinoviev declaró que confirma lo expuesto por Bakaiev en el sentido de que éste elaboró un informe para Zinoviev acerca de la preparación de un acto terrorista contra Kirov...». Se regodeaban haciendo saber al actor-director-autor del espectáculo el feliz «desarrollo» de su obra teatral.

No obstante, numerosos periodistas abrigaban serias dudas, exacerbadas por las cómicas meteduras de pata del NKVD: el tribunal tuvo que escuchar cómo el hijo de Trotski, Sedov, había ordenado la comisión de los asesinatos

en una reunión celebrada en el hotel Bristol de Dinamarca, cuando resulta que dicho hotel había sido demolido en 1917.

—¿Para qué demonios necesitabais el hotel? —se cuenta que exclamó Stalin—. Deberíais haber dicho en la estación de ferrocarril. Una estación siempre la hay en todas partes.[14]

Aquel espectáculo contó con un reparto más numeroso que el de los actores que efectivamente salieron a escena, pues fueron implicados cuidadosamente otros personajes, abriéndose así la perspectiva de que en próximos juicios aparecieran otros famosos «terroristas». Los acusados tuvieron la cautela de implicar a unos cuantos altos mandos del ejército y luego a varios políticos tanto del ala izquierda, por ejemplo a Karl Radek, como del ala derecha, por ejemplo a Bujarin, Rikov y Tomski. Vishinski anunció que pensaba incoar nuevos procesos contra aquellos nombres famosos.

Los personajes de aquel reparto fuera del escenario desempeñaron su papel de forma muy desigual: el sutil periodista Karl Radek, célebre revolucionario internacional que tenía una figura absurda, con sus gafitas redondas, sus patillas, su pipa, sus botas de cuero y sus abrigos, había estado muy cerca de Stalin a comienzos de los años treinta, asesorándole sobre asuntos de política alemana. Los escritores se imaginan siempre que pueden escribir a su aire sin peligro alguno. Por lo pronto Stalin decretó que «aunque no estoy muy convencido, sugiero retrasar de momento la cuestión de la detención de Radek y dejarle publicar en *Izvestiya* un artículo firmado...». Las circunstancias, incluso una indulgencia temporal hacia los viejos amigos, podían cambiar el tortuoso avance de Stalin.*

El día 22, los acusados se negaron a plantear su defensa. El Politburó —Kaganovich, Sergo, Voroshilov y Chubar—, junto con Yezhov, pidió instrucciones: «No conviene autorizar ninguna apelación», respondió Stalin a las 23.10 dando instrucciones exactas acerca de la cobertura periodística que debía darse a las sentencias. Curiosamente, el autor del drama pensó que el veredicto requería unos cuantos «retoques estilísticos» más. Al cabo de media hora, volvió a escribir, preocupado de que el juicio fuera considerado una simple puesta en escena.[15]

Los expertos en tramas de Stalin organizaron una campaña de difamación contra los terroristas. Jrushchov, vehemente partidario de los juicios y de los fusilamientos, llegó una noche al Comité Central y se encontró a Kaganovich y a Sergo intimidando al poeta Demian Bedni para que compusiera unas co-

* No todos los integrantes de ese reparto fuera del escenario se comportaron de modo tan conveniente. A las 17.46 del 22 de agosto, Stalin recibió el siguiente telegrama de Kaganovich, Yezhov y Ordzhonikidze: «Esta mañana Tomski se pegó un tiro. Ha dejado una carta para ti en la que intenta demostrar su inocencia... No nos cabe duda de que Tomski ... sabiendo que ya no es posible ocultar su presencia en la banda zinovievista-trotskista decidió disimular ... suicidándose». Como siempre el comunicado de prensa era lo más importante.

plillas espeluznantes para su inserción en *Pravda*. Bedni soltó lo mejor que se le ocurrió. Se produjo una pausa terrible:

—No es lo que nos habíamos imaginado, camarada Bedni —dijo Kaganovich.

Sergo perdió los estribos y se puso a gritar al poeta. Jrushchov se lo quedó mirando fijamente.

—¡No puedo! —protestó Bedni.

Pero sí que pudo. Al día siguiente fue publicado «No haya piedad», mientras que *Pravda* apostillaba:

«¡Aplastemos a esas criaturas repugnantes! ¡Hay que pegar un tiro a los perros rabiosos!».

En el tribunal, Vishinski resumió así la cuestión:

—Esos perros rabiosos del capitalismo intentaron despedazar pieza por pieza a lo mejor de nuestra patria soviética —dijo en alusión a Kirov—. Exijo que se pegue un tiro a esos perros rabiosos. ¡A todos ellos!

Entonces los perros expusieron sus alegatos e hicieron sus patéticas confesiones. Incluso setenta años después, resulta penoso leerlas. Kamenev concluyó su confesión, pero entonces se levantó una vez más, evidentemente sin que estuviera previsto, para defender a sus hijos, a los que no encontró otra forma de dirigirse:

—No importa cuál sea el veredicto —les dijo—, de antemano lo considero justo. No miréis atrás, siempre adelante ... Seguid a Stalin.

Los jueces se retiraron a discutir la sentencia, que ya estaba dictada de antemano, y volvieron a salir a las dos y media para condenarlos a todos a muerte. En ese momento uno de los acusados gritó:

—¡Viva la causa de Marx, Engels, Lenin y Stalin![16]

Una vez en la cárcel, los aterrados «terroristas» pidieron clemencia, recordando la promesa que había hecho Stalin de perdonarles la vida. A las 20.48, mientras Zinoviev y Kamenev aguardaban en sus celdas, Stalin, que se encontraba tomando el sol en Sochi, recibió un telegrama de Kaganovich, Sergo, Voroshilov y Yezhov en el que le comunicaban que había llegado a sus manos la petición de clemencia de los acusados. «El Politburó ha propuesto rechazar las solicitudes y cumplir la sentencia esta misma noche.» Stalin no respondió, felicitándose quizá a sí mismo de la proximidad de su venganza, quizá porque estaba cenando, pero sin duda convencido de que el asesinato de dos de los camaradas más próximos de Lenin suponía un paso de gigante hacia la colosal jugada que pensaba hacer a continuación, a saber, la instauración de un vigoroso reinado de terror contra el propio Partido, una matanza en la que perecerían sus propios amigos y hasta su propia familia. Stalin esperó tres largas horas.[17]

Cuarta parte

La matanza: Yezhov, el enano venenoso, 1937-1938

17

El verdugo: el veneno de Beria y la dosificación de Bujarin

Minutos antes de la medianoche, Stalin envió este lacónico telegrama: «De acuerdo».[1] Durante la primera hora del día 25 de agosto, varias limusinas cruzaron las puertas de la cárcel de Lubianka, en cuyo interior iban los funcionarios encargados de asistir a las ejecuciones.

Hicieron salir de sus celdas a un Kamenev dignificado y a un Zinoviev febril para ser conducidos abajo. Yezhov y Yagoda fueron acompañados del ex peluquero Pauker. En su calidad de fiscal general del Estado, se suponía que Vishinski debía asistir a todas las ejecuciones importantes, pero se dice que era tan melindroso que solía enviar a su investigador jefe, Lev Sheinin. Mikoyan dijo; al parecer, que Voroshilov asistió en representación del Politburó.

Stalin nunca asistía a las torturas ni a las ejecuciones (aunque fue testigo de un ahorcamiento en su niñez y debió de presenciar numerosas muertes violentas en Tsaritsin), pero respetaba a sus verdugos. La ejecución se llamaba oficialmente «Máxima medida punitiva», habitualmente abreviada con las terribles letras «VMN» o mediante el acrónimo *Vyshka*, pero Stalin la llamaba «la obra negra», que, a su juicio, constituía un noble servicio prestado al Partido. El maestro en la «obra negra» en tiempos de Stalin presidió aquel siniestro y rápido ritual. Blojin, un aguerrido agente de la Cheka de cuarenta y un años, de rostro fornido y pelo negro peinado hacia atrás, fue uno de los verdugos más prolíficos del siglo, pues mató personalmente a miles de individuos, poniéndose muchas veces un mandil de cuero de carnicero para no mancharse el uniforme. Sin embargo, el nombre de este monstruo se le ha escurrido entre los dedos a la historia.* En el teatro de la corte de Stalin, Blojin

* Fueron muchos los agentes de la Cheka que en ocasiones hicieron doble trabajo y realizaron la labor de verdugo, pero Blojin, ayudado por otros dos asesinos, Vasili e Ivan Zhigarev, se encargaron de los casos más famosos. V. M. Blojin era un veterano del ejército zarista durante

permanecería en adelante al acecho al fondo del escenario, aunque raras veces entre bastidores.[2]

Zinoviev gritó que aquello era un «golpe de estado fascista» y suplicó a sus ejecutores:

—¡Por favor, camarada, por Dios, llama a Iosiv Vissarionovich! ¡Iosiv Vissarionovich prometió salvarnos la vida!

Algunas versiones afirman que incluso se agarró a los pies de los agentes de la Cheka y que les lamió las botas. Según se dice, Kamenev comentó:

—Nos lo tenemos merecido por nuestra indigna actitud en el juicio —y dijo a Zinoviev que se callara y que muriera con hombría. Zinoviev hacía tanto ruido que un teniente del NKVD se lo llevó a una celda situada allí cerca, donde lo liquidó. A todos ellos les pegaron un tiro en la nuca.

Las balas, con la punta aplastada, fueron extraídas de los cráneos, limpiadas de sangre y de fragmentos de cerebro, y entregadas a Yagoda, probablemente aún calientes. No es de extrañar que Vishinski encontrara aquellos acontecimientos espeluznantes. Yagoda puso una etiqueta a las balas con los nombres «Zinoviev» y «Kamenev» y guardó aquellas reliquias macabras, pero sagradas. Se las llevó a casa y las depositó orgullosamente entre su colección de objetos eróticos y medias de mujer.* Los cadáveres fueron incinerados.

A Stalin le fascinó siempre el comportamiento de sus enemigos en el momento crucial, disfrutaba de su humillación y su destrucción: «Un hombre puede ser físicamente valeroso, pero políticamente cobarde», solía decir. Semanas más tarde, durante una cena celebrada para conmemorar la fundación de la Cheka, Pauker, el bufón de Stalin, remedó la muerte y los gritos de Zinoviev. Entre las broncas risotadas del Vozhd y de Yezhov, la regordeta figura de Pauker, embutida en su corsé, con la calva brillante, fue introducida en la habitación arrastrada por dos amigotes que hacían el papel de guardias. Allí imitó los gritos de Zinoviev exclamando «¡Por Dios, llamad a Stalin!», pero improvisó un ingrediente nuevo. Pauker, que era judío como Zinoviev, se había especializado en contar a Stalin chistes de judíos con el acento debido, forzando las erres y arrastrándose por el suelo. En esta ocasión combinó las dos cosas: interpretó a un Zinoviev que gritaba y levantaba las manos al cielo entre sollozos: «¡Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es el único».**

---

la primera guerra mundial e ingresó en la Cheka en marzo de 1921, llegando a jefe de la sección de la Kommandatura, adjunta al Departamento Administrativo Ejecutivo. Eso significaba que estaba al frente de la prisión de Lubianka; entre otras cosas, era responsable de las ejecuciones. El general de división Blojin se jubiló a la muerte de Stalin y el propio Beria lo elogió por su «servicio intachable». Tras la caída de Beria, fue degradado en noviembre de 1954. Murió el 3 de febrero de 1955.

* Cuando se le detuvo, fueron encontradas entre sus pertenencias y entregadas a Yezhov, que también las guardó hasta su caída.

** No es muy probable que Zinoviev recitara la oración del *Shema,* la más sagrada para la re-

Stalin se rió tanto que Pauker tuvo que repetir el número. El Vozhd se puso casi malo de la risa y tuvo que pedir a Pauker que parara.[3]

* * *

Bujarin estaba haciendo alpinismo en el Pamir cuando se enteró por los periódicos de que había sido involucrado en el proceso de Zinoviev, por lo que decidió volver precipitadamente a Moscú. Bujarin había sido perdonado aparentemente de sus pecados pretéritos. Como editor de *Izvestiya* había vuelto a ocupar un puesto de primer plano y tenía acceso asiduamente a Stalin. En 1935, con ocasión de un banquete, éste había incluso brindado públicamente por él:

—Bebamos por Nikolai Ivanovich Bujarin. Todos queremos... a Bujarchik. ¡Que quien recuerde el pasado pierda un ojo! —había dicho.

Ya fuera con el fin de reservar a Bujarin un juicio para él solo (después del suicidio de Tomski), porque seguía sintiendo afecto por él, o bien simplemente por el sadismo propio del gato que juega con el ratón, Stalin empezó a jugar con su querido Bujarchik, que esperaba ansiosamente en su residencia del Kremlin.

El 8 de septiembre, el Comité Central convocó a Bujarin a una reunión con Kaganovich, en la que aquél recibió la sorpresa de encontrar, además de a Yezhov y Vishinski, a un amigo de la infancia, Grigori Sokolnikov, un venerable bolchevique de la vieja guardia, que entró en la sala acompañado de unos agentes del NKVD. El «careo» era uno de los curiosos ritos de Stalin, y en él, como si se tratara de un exorcismo, se suponía que el Bien debía enfrentarse al Mal y vencerlo. Presumiblemente tenía por objeto aterrorizar a los acusados, pero además, y quizá fuera ésa su principal función, convencer a los miembros del Politburó que asistían a él de la culpabilidad de la víctima. Kaganovich hizo el papel de observador imparcial, mientras que Sokolnikov declaró que existía un «centro izquierdista-derechista», en el cual estaba implicado Bujarin, que planeaba el asesinato de Stalin.

—¿Acaso has perdido la razón y no eres responsable de lo que dices? —exclamó Bujarin «deshecho en lágrimas».

Cuando el prisionero fue sacado fuera de sala, Kaganovich tronó:

—¡Miente, el muy cabrón, de principio a fin! Vuelve al periódico, Nikolai Ivanovich, y trabaja en paz.

—¿Pero por qué miente, Lazar Moisevich?

—Ya lo veremos —contestó sin demasiado convencimiento Kaganovich, que seguía «adorando» a Bujarin, aunque dijo a Stalin que su «papel todavía no

ligión hebraica, pues, como todos los judíos existentes entre los bolcheviques internacionalistas, despreciaba la religión, aunque también es posible que la recordara de su infancia.

se ha descubierto cuál es». Las antenas de Stalin le decían que todavía no había llegado el momento: el 10 de septiembre, Vishinski anunció que el expediente abierto a Bujarin y Rikov había sido cerrado por falta de culpabilidad criminal. Bujarin volvió al trabajo, de nuevo sano y salvo, mientras los investigadores pasaban a abrir el próximo expediente. Pero el gato no dejó de jugar con el ratón.[4]

* * *

Stalin seguía de vacaciones, dirigiendo una serie de tragedias análogas en aquella campaña cada vez más intensa que había montado con el fin de eliminar a sus enemigos, y dedicando al mismo tiempo buena parte de sus energías a la guerra civil española. El 15 de octubre, los carros de combate, los aviones y los «asesores» soviéticos empezaron a llegar a España con el fin de ayudar al gobierno republicano contra el general Francisco Franco, apoyado a su vez por Hitler y Mussolini. Stalin vio en este acontecimiento no tanto un ensayo de la segunda guerra mundial, sino más bien una repetición de su propia guerra civil. Las luchas intestinas que se desencadenaron con los trotskistas por un lado y con los fascistas por otro, provocaron en Moscú una fiebre de guerra que fomentó el desarrollo del Gran Terror. Lo que verdaderamente interesaba a Stalin era hacer que la guerra durara lo más posible, manteniendo entretenido a Hitler sin ofender a las potencias occidentales, antes que ayudar a ganar la guerra a los republicanos. Es más, se comportó como un perfecto «chalán». Stalin estafó varios cientos de millones de dólares a los republicanos españoles poniendo a buen recaudo sus reservas de oro y luego obligándolos engañosamente a pagar unos precios desorbitados por las armas que les vendía.*

Poco a poco, dando instrucciones por teléfono desde Sochi a Voroshilov en asuntos militares, a Kaganovich en materia política y a Yezhov en cuestiones de seguridad, Stalin dirigió la conquista efectiva de la República por parte del NKVD, objetivo en el que se vio enzarzado en una verdadera lucha con los trotskistas. Emprendió la eliminación de éstos junto con la de sus propios hombres. Los diplomáticos, periodistas y militares soviéticos destinados a España dedicaron la mayor parte de su tiempo a denunciarse unos a otros, además de a combatir a los fascistas.

Tras una breve estancia en la pequeña dacha recién construida para él por Lakoba en Novi Afon (Nueva Athos),** en el sur de Abjasia, justo al lado del

* Respecto al tema de las tendencias al «chalaneo» de Stalin, lo cierto es que siempre mostró gran interés por los descuentos en sus negocios con el extranjero: «¿Cuánto costó la adquisición del buque de guerra italiano?», decía en una carta a Voroshilov: «¿Y si compramos dos, qué descuento nos hacen? Stalin».

** Stalin había empezado a utilizar esta encantadora casita, una pintoresca cabaña amarilla

monasterio de Alejandro III, Stalin regresó a Sochi, donde se reunieron con él Zhdanov y el presidente Kalinin. Yezhov amplió la lista de sospechosos para incluir en ella a todos los miembros de la antigua oposición, además de nacionalidades enteras, en particular a los polacos. Al mismo tiempo aspiraba al papel de jefe del NKVD, atacando a Yagoda y acusándolo de «complacencia, pasividad y presunción», en una carta que probablemente enviara a Stalin solicitando descaradamente el puesto: «Si tú no intervienes, las cosas no pueden acabar bien». Mientras tanto, Yagoda pinchaba las llamadas telefónicas de Yezhov a Stalin, enterándose así de que el Morita había sido invitado a Sochi. Yagoda salió inmediatamente hacia allí, pero cuando llegó Pauker le obligó a dar media vuelta en la puerta misma de la dacha de Stalin.

El 25 de septiembre, el Vozhd, respaldado por Zhdanov, decidió destituir a Yagoda y ascender a Yezhov:

«Consideramos absolutamente necesario y urgente nombrar al camarada Yezhov para el cargo de comisario del pueblo de Asuntos Internos. Yagoda no está capacitado para desenmascarar al bloque trotskista-zinovievista ... Stalin. Zhdanov».[5]

Sergo visitó la dacha para discutir el nombramiento de Yezhov y las batallas que éste estaba librando con el NKVD. Stalin se dio cuenta de que debía ganarse el beneplácito de Sergo para el nombramiento de Yezhov, aunque el Morita y su mujer eran amigos de Sergo y su familia. «Esta decisión notablemente sabia que ha tomado nuestro padre encaja con el sentir del Partido y del país», escribía cariñosamente Kaganovich a Sergo tras destituir a Yagoda y nombrarlo para el cargo ocupado hasta entonces por Rikov como comisario de Comunicaciones.

El nombramiento de Yezhov trajo consigo cierto alivio: muchos, entre otros Bujarin, vieron en él el fin del terror, no su comienzo, pero Kaganovich conocía mejor a su protegido: elogió ante Stalin los «soberbios ... interrogatorios» de Yezhov, sugiriendo su ascenso al rango de general-comisario.

—El camarada Yezhov se ocupa bien de todo —dijo Kaganovich a Sergo—. Se ha deshecho de esos bandidos de trotskistas contrarrevolucionarios disfrazados de bolcheviques.

A pesar de su corta estatura, el Morita era en aquellos momentos el segundo hombre más poderoso de la URSS.[6]

Stalin estaba muy descontento con la «enfermedad» que aquejaba al NKVD, a su juicio —y no se equivocaba— el último reducto del amiguismo

en la ladera de una colina en Novi Afon, en 1935. Había senderos que ascendían por la colina y conducían a una casa de verano en la que Stalin celebraba barbacoas. Posteriormente construiría otra casa al lado de la primera, que se convertiría en una de sus residencias favoritas durante su vejez. Utilizada por el presidente de Abjasia, hoy día está provista de un nutrido personal. Cuando este autor la visitó en 2002, la directora lo invitó a alojarse en ella y le ofreció celebrar un banquete en su honor en el comedor de Stalin.

bolchevique, lleno de polacos, judíos y letones de dudosas credenciales. Necesitaba que un extraño se hiciera con el control de aquella élite de burócratas pagados de sí mismos y se adueñara de ella. Existen pruebas de que durante los años treinta pensó en nombrar a Kaganovich y Mikoyan para dirigir el NKVD y que más tarde también había ofrecido el cargo a Lakoba.*

Lakoba se negó a trasladarse a Moscú y a abandonar su paradisíaco feudo. A pesar de ser fiel a Stalin, se encontraba mejor en el papel de anfitrión rumboso en los lugares de veraneo de Abjasia, que en el de torturador de inocentes en las celdas de la Lubianka. Pero su rechazo atrajo la atención hacia el clan de Lakoba en Abjasia, llamada entonces «Lakobistán». Era la intención de este grupo ver convertida la región en una república soviética de pleno derecho, idea sumamente peligrosa en la frágil URSS plurinacional. No había «príncipe» más magnánimo que Lakoba. Stalin ya había prohibido el uso de nombres abjasios en el feudo de éste y había rechazado su plan de elevar el rango constitucional de Abjasia.

El 31 de octubre, Stalin regresó a Moscú, donde cenó con Lakoba. Parecía que las cosas iban de maravilla. Pero no era así. Cuando Lakoba volvió a Abjasia, Beria lo invitó a cenar en Tiflis. Lakoba se negó, hasta que la madre de Beria lo llamó para insistir. Cenaron juntos el 27 de diciembre y luego fueron al teatro, donde Lakoba sintió de pronto náuseas. Cuando llegó a su hotel, se sentó junto a la ventana retorciéndose de dolor.

—Esa serpiente de Beria me ha asesinado.

A las 4.20 de la madrugada Lakoba moría de un ataque al corazón a los cuarenta y tres años. Beria vio pasar el tren en el que su féretro era trasladado a Sujumi. Los médicos de Lakoba estaban convencidos de que había sido envenenado, pero Beria había hecho desaparecer sus vísceras, y después exhumó y destruyó el cadáver. La familia de Lakoba también fue exterminada. En cuanto a él, fue declarado enemigo del pueblo. Fue además el primer miembro del círculo de Stalin en ser asesinado. «Veneno, veneno», como decía el Vozhd en una nota. Había dado carta blanca a Beria para saldar cuentas en el Cáucaso. En Armenia, Beria ya había ido a ver al primer secretario del Partido, Aghasi Janchian, que o se suicidó o tal vez fue asesinado. A lo largo y ancho del imperio, en las provincias empezaron a desenmascararse conspiraciones organizadas por «elementos subversivos»** a fin de justificar

* Curiosamente, ninguno de estos candidatos era ruso por su etnia, sino que uno era judío, otro armenio y otro abjasio. Algunos historiadores creen que se siguió siempre una política secreta consistente en confiar a polacos, bálticos, judíos y miembros de otras minorías los papeles más desagradables del NKVD. Es perfectamente creíble que así fuera, pero lo cierto es que Stalin necesitaba desesperadamente funcionarios del NKVD en los que confiar: y a menudo los hombres más cercanos que encontró fueron sus paisanos del Cáucaso. No tenía ningún interés en provocar el resentimiento de los rusos hacia los georgianos colocados en los altos cargos.

** En Siberia Occidental hubo otro montaje judicial en contra de los «elementos subversi-

todo tipo de ineficacias y corruptelas. El reloj estaba a punto de marcar la hora de la guerra contra la Alemania de Hitler. Pero teniendo en cuenta las tensiones cada vez más graves con el agresivo Japón en el Extremo Oriente y la presencia de «asesores» soviéticos combatiendo en España, la URSS estaba ya en guerra.[7]

* * *

Poco antes de la siniestra muerte de Lakoba, Beria detuvo a Papulia Ordzhonikidze, el hermano mayor de Sergo, funcionario del ferrocarril. Beria sabía que su antiguo protector, Sergo, le había dicho de él a Stalin que era un «sinvergüenza». Sergo se negó a estrechar la mano a Beria y levantó un seto especial entre sus dachas.

La venganza de Beria fue simplemente una de las formas en que Stalin empezó a presionar al emotivo Sergo, el señor de la industria que apoyó las medidas draconianas del régimen, pero se opuso a la detención de los directivos de su departamento. El protagonista del siguiente juicio fue su comisario adjunto, Yuri Piatakov, un hábil gestor ex trotskista. Ambos sentían un afecto sincero el uno por el otro y trabajaban muy a gusto juntos.

En el mes de julio, la esposa de Piatakov había sido detenida por la relación que había mantenido con Trotski. Poco antes del juicio de Zinoviev, Yezhov mandó llamar a Piatakov, le leyó todas las declaraciones juradas que lo implicaban en el terrorismo trotskista y le comunicó que había sido destituido de su puesto como comisario adjunto. Piatakov se ofreció a demostrar su inocencia pidiendo que se le «permitiera pegar personalmente un tiro a todos los que fueran condenados a muerte en el juicio, empezando por su ex mujer, y que se publicara la noticia en la prensa». Como bolchevique que era, estaba dispuesto a ejecutar incluso a su esposa.

«Le indiqué lo absurda que era su propuesta», comunicó secamente Yezhov a Stalin. El 12 de septiembre, Piatakov fue arrestado. Sergo, que se hallaba convaleciente en Kislovodsk, votó a favor de su expulsión del Comité Central, pero debió de sentir un gran disgusto. Convertido en una mera sombra de lo que había sido, avejentado y exhausto, se encontraba tan enfermo que el Politburó limitó su trabajo semanal a tres días. El NKVD empezó entonces a detener a sus asesores especializados no bolcheviques, por lo que no

vos» acusados, esta vez, de intentar matar a Eije, el líder local, y también de tratar de asesinar a Molotov durante uno de los viajes que hiciera con anterioridad a la región. Su chófer dijo en el juicio que había planeado suicidarse tirándose con el coche por el precipicio para poder acabar así con Molotov pero que en el último momento perdió el aplomo y sólo fue capaz de hacer volcar el vehículo en un socavón lleno de barro. Sin duda todo esto no era más que un cuento chino destinado a consolar a Molotov por no haber sido incluido en la lista de objetivos terroristas del caso Zinoviev.

tuvo más remedio que apelar al Morita: «Camarada Yezhov, por favor echa una hojeada a esto». No estaba solo. Kaganovich y Sergo, aquellos «buenísimos amigos», no sólo compartían su mismo dinamismo ostentoso, sino que además estaban al frente de sendos comisariados industriales de proporciones gigantescas. Los expertos en ferrocarril de Kaganovich también empezaron a ser detenidos. Mientras tanto, Stalin envió a Sergo una copia de los interrogatorios de Piatakov, en los que su segundo declaraba que era un «saboteador».[8] El exterminio de «expertos» fue en todo momento un deporte típico de los bolcheviques, pero la detención del hermano de Sergo descubrió cuál era la jugada de Stalin:

—Esto no ha podido hacerse sin el beneplácito de Stalin. Y ha dado su consentimiento sin ni siquiera llamarme —le dijo Sergo a Mikoyan—. ¡Con lo buenos amigos que éramos! ¡Y de repente deja que hagan una cosa así!

Evidentemente echaba la culpa de todo a Beria.[9]

Sergo recurrió a Stalin e hizo todo lo que pudo por salvar a su hermano. Hizo incluso demasiado: la detención de un miembro del clan suponía una prueba de lealtad. Stalin no era el único que veía con malos ojos aquel apasionamiento burgués. El propio Molotov acusó a Sergo de «dejarse guiar sólo por las emociones ... y no pensar más que en sí mismo».[10]

El 9 de noviembre, Sergo sufrió otro ataque al corazón. Mientras tanto, el tercero de los hermanos Ordzhonikidze, Valiko, fue destituido de su puesto en el Soviet de Tiflis por decir que Papulia era inocente. Sergo tuvo que tragarse su orgullo y llamó por teléfono a Beria, que le contestó por carta: «Querido camarada Sergo, después de tu llamada convoqué inmediatamente a Valiko ... Hoy mismo ha sido restaurado en su puesto. Saludos, L. Beria». Podemos ver en esta acción las huellas de Stalin jugando al gato y al ratón, su tortuoso camino hacia el exterminio descarado, quizá su recuerdo de un afecto nostálgico, la supersensible comprobación de sus propios límites. Pero Stalin consideraba ya a Sergo un enemigo: acababa de ser publicada la biografía de éste con motivo de su quincuagésimo cumpleaños y Stalin la estudió cuidadosamente, anotando comentarios sarcásticos junto a los pasajes que proclamaban el heroísmo de su ex amigo:

«¿Y qué pasa con el CC? ¿Y con el Partido?».[11] Stalin y Sergo volvieron por separado a Moscú, donde cincuenta y seis días después los subordinados de este último habrían caído en las redes del NKVD. Sergo, sin embargo, seguía siendo una rémora viviente para Stalin, haciendo pequeños gestos de simpatía verdaderamente valerosos a los derechistas acosados. «Mi querido y amable Sergo, recibe mis más cariñosos saludos —le decía Bujarin para animarle—, resiste.» En el teatro, mientras que Stalin y los demás miembros del Politburó ocupaban los puestos delanteros, Sergo localizó al ex primer ministro Rikov y a su hija Natalia (que es la que ha referido la anécdota), solos y arrinconados veinte filas más atrás. Dejando a Stalin corrió a saludarlos y a

darles un beso. Los Rikov se sintieron agradecidos y conmovidos hasta las lágrimas.*

En el desfile del 7 de noviembre, Stalin, en la tribuna del mausoleo, divisó a Bujarin, que ocupaba un asiento de segunda fila entre el público y mandó a un esbirro de la Cheka a decirle: «El camarada Stalin te invita a la tribuna del mausoleo». Bujarin pensó al principio que habían venido a detenerlo, pero luego subió la escalerilla lleno de agradecimiento.[12]

Bujarin, el intelectual encantador, pero histérico, al que adoraba todo el mundo, bombardeó literalmente a Stalin con cartas cada vez más frenéticas, a través de las cuales podemos comprobar cómo fueron apretándole las tuercas. Cuando los escritores temen por su vida, escriben y escriben sin parar: «¡Niño grande!», garabateó Stalin sobre una de esas cartas; y en otra escribió: «¡Maniático!». Bujarin no podía dejar de reclamar la atención de Stalin, con el que había empezado a soñar.

«Todo lo relacionado conmigo es criticado —decía en una carta el 19 de octubre de 1936—. Ni siquiera para el cumpleaños de Sergo me han propuesto escribir un artículo ... Quizá no sea digno. ¿A quién puedo recurrir, como persona amiga, sin esperar que vaya a romperme la boca? Veo tus intenciones, pero te escribo, como escribía a Ilich [Lenin], como a un hombre amigo al que veo incluso en sueños, igual que veía a Ilich. Quizá parezca extraño, pero es así. Me resulta muy duro vivir bajo sospecha y mis nervios están ya a punto de estallar.» Por último en una noche de insomnio escribió un poema, un lamentable himno al «gran Stalin».[13]

Otro viejo amigo de Bujarin era Voroshilov. Los dos habían estado tan unidos, que el primero llamaba al segundo su «gaviota querida» e incluso le escribía los discursos. Klim le había regalado una pistola con una inscripción en la que declaraba el cariño y la amistad que sentía por él. Voroshilov intentaba ahora evitar las cartas de Bujarin: «¿Por qué me haces tanto daño?», le decía éste en una de ellas.

Al verse verdaderamente en peligro, Bujarin escribió un extenso alegato a Klim en el que incluso anunciaba que estaba «encantado de que a esos perros [Zinoviev y Kamenev] les hayan pegado un tiro... Perdona esta carta tan confusa: me pasan por la cabeza mil ideas, como si fueran caballos desbocados, y yo no puedo sujetar las riendas. Te doy un abrazo porque estoy perfectamente limpio. N. Bujarin». Voroshilov decidió que debía poner fin a todo resquicio de amistad y ordenó a su asistente que hiciera una copia de la carta para el Politburó con la siguiente nota: «Adjunta envío, por orden del camarada Voro-

* «Hay hombres que han ido al cielo por cosas más pequeñas», escribía Oscar Wilde en su *De Profundis* a propósito de Robbie Ross, que lo esperó confundido entre la multitud en la estación de Reading y que fue el único en acercarse a él y quitarse el sombrero ante el escritor caído en desgracia camino de la cárcel. El peligro que arrostraba Sergo era incluso mayor.

shilov, la respuesta que ha dado el camarada Voroshilov a Bujarin». La respuesta de Voroshilov constituye todo un tratado de inmoralidad, crueldad, miedo y cobardía:

> Al camarada Bujarin, te devuelvo tu carta, en la que te permites hacer viles ataques contra la jefatura del Partido. Si esperabas ... convencerme de tu absoluta inocencia, de lo único de lo que me has convencido es de que en adelante deberé mantenerme alejado de ti ... Y si no desistes en seguir escribiendo esos estúpidos insultos contra la jefatura del Partido, te consideraré incluso un canalla.
>
> K. VOROSHILOV, 3 de septiembre de 1936

Bujarin se sintió desolado por «tu espantosa carta. La mía acababa mandándote un abrazo. Tú acabas la tuya llamándome canalla».[14]

Yezhov estaba inventándose un caso contra los llamados izquierdistas Radek y Piatakov, pero en el mes de diciembre ya había logrado reunir pruebas contra Bujarin y Rikov. El pleno de ese mes fue una especie de enjuiciamiento contra las víctimas y, como ocurría siempre con Stalin, supuso una ensayo para ver cuáles eran las condiciones necesarias para acabar con ellos. Stalin era la voluntad dominante, pero el Gran Terror no fue obra de un solo hombre. Podemos escuchar el entusiasmo evangélico de aquellos individuos sedientos de sangre, rayano a veces en lo tragicómico. Kaganovich contó incluso un chiste absurdo estalinista.

Yezhov presentó orgullosamente una lista con los nombres de las doscientas personas detenidas en el centro trotskista correspondiente a la sección mar de Azov-mar Negro de la organización, otras trescientas en Georgia y cuatrocientas en Leningrado. Molotov no era el único que se había librado de perecer asesinado: Kaganovich acababa de escapar a la muerte en los Urales. Yezhov trató en primer lugar del proceso Piatakov-Radek que estaba a punto de empezar. Cuando leyó un documento de Piatakov en el que llamaba a los trabajadores «rebaño de ovejas», aquellos fanáticos aterrorizados reaccionaron como si estuvieran en una función religiosa de pesadilla.

—¡El muy cerdo! —exclamó Beria. Se produjo un «rumor de indignación en la sala». Según revelan las actas se oyó una voz decir:

—¡Qué bestias!

—¡Así de bajo ha caído ese brutal agente fascista, ese comunista degenerado! ¡Dios sabe qué más habrá hecho! ¡Hay que estrangular a ese cerdo!

—¿Y Bujarin qué? —dijo otra voz.

—No tenemos más remedio que hablar de ellos —admitió Stalin.

—¡Menudos canallas! —aulló Beria.

—¡Qué cerdo! —exclamó otro camarada.

Yezhov declaró que Bujarin y Rikov eran efectivamente miembros del «Centro de apoyo». En realidad eran terroristas, aunque aquellos asesinos es-

taban con ellos en la misma sala. Se suponía que Bujarin iba a confesar entonces sus pecados y a involucrar a sus amigos. Pero no lo hizo.

—¿Así que piensas que yo también aspiro al poder? ¿Hablas en serio? —preguntó a Yezhov—. Menos mal que hay muchos viejos camaradas que me conocen bien..., que conocen el fondo de mi alma, mi vida interior.

—Es muy difícil conocer el alma de un hombre —musitó Beria.

—En lo que se ha dicho de mí no hay ni una sola palabra de verdad... Kamenev declaró en su juicio que nos reunimos todos los años hasta 1936. Pedí a Yezhov que averiguara cuándo y dónde había sido, para poder refutar tales mentiras... Me contestaron que no se lo habían preguntado a Kamenev... y ahora es imposible volver a preguntárselo.

—Le pegaron un tiro —añadió Rikov con tristeza. Fueron pocos los líderes de la vieja guardia que se mostraron contrarios a Bujarin, pero Kaganovich, Molotov y Beria lo acorralaron como si les fuera la vida en ello. Luego, en medio de alegaciones a cuál más peligrosa, Kaganovich recordó al perro de Zinoviev:

—En 1934 Zinoviev invitó a Tomski a su dacha... Después de tomar el té, Tomski y Zinoviev fueron en el coche de Tomski a escoger un perro para Zinoviev. Ya veis qué amistad tenían, cuánto se ayudaban el uno al otro, que fueron juntos a escoger un perro.

—¿Qué me dices del perro? —terció Stalin—. ¿Era un perro de caza o un perro guardián?

—No fue posible determinarlo con precisión —prosiguió Kaganovich haciendo gala de un humor espeluznante.

—Bueno, ¿pero al final cogieron al perro? —insistió Stalin.

—Lo consiguieron —aulló Kaganovich—. Buscaban un compañero tan animal como ellos.

—¿Era un perro bueno o malo? —preguntó Stalin— ¿Alguien lo sabe? —Se produjo una «sonora carcajada en la sala».

—En el careo resultó difícil establecer este punto —replicó Kaganovich.

Por último, Stalin, dándose cuenta de que muchos miembros del pleno pertenecientes a la vieja guardia no se ponían de su parte en lo tocante a Bujarin, resumió la cuestión, más triste que colérico, en los siguientes términos:

—Creíamos en ti y nos equivocamos... Creíamos en ti... Te hicimos subir en el escalafón y nos equivocamos. ¿No es cierto, camarada Bujarin?

De todos modos, Stalin puso fin al pleno sin conseguir ni un solo voto de apoyo para Yezhov; pero era una decisión muy poco afortunada considerar «inacabada la cuestión de Bujarin y Rikov». Los «príncipes» regionales se dieron cuenta de que incluso unos gigantes como aquéllos podían ser destruidos.[15]

Con la ayuda de Yezhov, Stalin combinó los febriles temores de guerra con Polonia y Alemania, y los peligros reales que representaban la guerra civil española, los inexplicables fracasos de la industria (causados por la incompeten-

cia soviética), y la resistencia de los «príncipes» regionales, para inventarse una maraña de conspiraciones que se amoldaba perfectamente al ánimo paranoico y a la brutalidad gloriosa y nostálgica de la guerra civil rusa y a las discordias personales de los bolcheviques. Stalin sospechaba particularmente de la infiltración de espías a través de la permeable frontera con Polonia —enemiga tradicional de las veleidades rusas en Occidente—, que había derrotado a Rusia (y al mismo Stalin) en 1920.* Durante el pleno, Jrushchov fue acusado de ser un «polaco» encubierto. Charlando en el pasillo con su amigo Yezhov, Stalin se dirigió hacia Jrushchov y golpeándolo con un dedo en el hombro dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Camarada Stalin, me llamo Jrushchov.

—No, no eres Jrushchov ... Fulano de tal me dice que no lo eres.

—¿Cómo puedes creer una cosa así? Mi madre sigue viva... ¡Pregúntale!

Stalin citó a Yezhov, que lo negó todo. Stalin pasó por alto el incidente, pero quería cerciorarse de quiénes eran los hombres que tenía a su alrededor.

El Vozhd se decidió al fin a meter en cintura a los «príncipes» regionales: Ucrania constituía un caso especial, pues era el granero del país, la segunda república más importante, y tenía además una fuerte conciencia de su propia cultura. Kosior y Chubar habían puesto en evidencia su debilidad durante la hambruna, mientras que el segundo secretario, Postishev, se comportaba como si fuera un noble provisto de su propia corte. El 13 de enero, Stalin dio el primer golpe con un telegrama en el que atacaba a Postishev por no ejercer la «vigilancia más elemental sobre el Partido». Kaganovich, que ya había sido el azote de Ucrania, pues la había gobernado a finales de los años veinte, se trasladó a Kiev, donde no tardó en encontrar a un «personajillo» que había sido pisoteado por el «príncipe» de la región. Se trataba de un espantajo medio loco, una correveidile del Partido llamada Polia Nikolaenko, que había criticado a Postishev y a su esposa, que también ocupaba un alto cargo oficial. La mujer de Postishev había expulsado del Partido a la conflictiva Nikolaenko. Cuando Kaganovich informó a Stalin de la acción de aquella «heroica denunciante», el Vozhd se dio cuenta de inmediato de lo útil que iba a resultarle.[16]

El 21 de diciembre, la familia y los grandes jerarcas estuvieron bailando hasta la madrugada en la fiesta de cumpleaños de Stalin. Pero las luchas y las conspiraciones pasaron factura al actor-empresario de todo aquel drama: Stalin padecía ataques de amigdalitis crónica cuando se hallaba bajo presión. El profesor Valedinski, el especialista del balneario de Matsesta al que se había

* Las obsesiones políticas y personales de Stalin a menudo contaban con una analogía en sus óperas favoritas: constantemente asistía a las representaciones de la ópera *Ivan Susanin*, de Glinka, pero sólo se quedaba hasta la escena en la que los polacos son atraídos por un ruso hacia un bosque y allí perecen violentamente. Luego abandonaba el teatro y se iba a casa.

llevado consigo a Moscú, se reunió con su médico personal, el distinguido Vladimir Vinogradov, que había sido un médico de moda antes de la Revolución y seguía viviendo en un piso lleno de antigüedades y cuadros de extraordinaria calidad. El paciente yació postrado en un sofá, con una fiebre altísima, durante cinco días, rodeado de facultativos y de los miembros del Politburó. Los médicos lo visitaban dos veces al día y permanecían de guardia por la noche. En fin de año se encontraba lo bastante mejorado como para asistir a la fiesta, en la que toda la familia bailó junta por última vez. Cuando los doctores fueron a visitarlo el día 1 de enero de 1937, recordó su primer empleo como hombre del tiempo y sus proezas como pescador en Siberia durante sus épocas de destierro. Pero el duelo que estaba librando con Sergo volvió a pasarle factura cuando se disponía a hacer su jugada más perversa desde la colectivización: la matanza de los integrantes del Partido de Lenin.[17]

* * *

Stalin organizó un «careo» entre Bujarin y Piatakov delante del Politburó. Piatakov, el hosco directivo industrial que no tardaría en protagonizar su propio espectáculo judicial, testificó acerca de las actividades terroristas de Bujarin, pero en aquellos momentos se había convertido ya en un testimonio ambulante de los métodos del NKVD. «Restos vivos —diría Bujarin a su esposa—, no de Piatakov, sino de su sombra, un esqueleto al que hubieran sacado los dientes.» El gerente industrial prestó declaración cabizbajo, intentando taparse los ojos con las manos. Sergo clavó la mirada en su antiguo delegado y amigo:

—¿Prestas testimonio voluntariamente? —preguntó.

—Mi testimonio es voluntario —repuso Piatakov.

Parece absurdo incluso que Sergo hiciera semejante pregunta, pero ir más lejos habría supuesto ponerse en contra del propio Politburó, donde personajes como Voroshilov estaban abriéndose camino en medio de un paroxismo de odio:

—Tu ayudante ha resultado un cerdo de tomo y lomo —le dijo Klim—. ¡Ya debes de saber lo que nos ha dicho, el muy guarro, hijo de puta!

Cuando Sergo leyó las páginas firmadas correspondientes a la declaración de Piatakov, «la creyó y lo odió por ello», pero aquéllos no eran buenos tiempos para él.[18]

Stalin estaba supervisando el próximo juicio de la «Central trotskista antisoviética paralela» contra Piatakov y que en realidad era un ataque en toda regla contra el Comisariado de Industria Pesada de Sergo, en el que trabajaban diez de los diecisiete acusados. Siempre se ha sabido el papel fundamental que desempeñó Stalin en los famosos juicios, pero los archivos revelan cómo llegó incluso a dictar las palabras que debía utilizar Vishinski en sus conclusiones. Mientras se recuperaba de sus anginas, Stalin debió de entrevistarse con Vi-

shinski en Kuntsevo. Podemos imaginarnos al autócrata dando paseos por la habitación y fumando mientras el fiscal tomaba servilmente nota en su cuaderno de cuanto decía: «Estos malvados ni siquiera tienen la conciencia de ser ciudadanos ... tienen miedo de la nación, tienen miedo del pueblo ... Sus pactos con Japón y Alemania son los acuerdos de la liebre con el lobo...». Vishinski copió fielmente las palabras de Stalin: «Mientras Lenin vivió, estuvieron en contra de Lenin». Utilizó exactamente esas mismas palabras ante el tribunal el 28 de enero. Pero los pensamientos que tenía Stalin en 1937 revelan la verdadera causa del inminente asesinato de cientos de miles de personas por motivos poco aparentes: «Acaso pueda explicarse por el hecho de que perdisteis la fe», decía Stalin dirigiéndose a los bolcheviques de la vieja guardia. Ahí radicaba esencialmente el frenesí casi religioso de la matanza que no tardaría en dar comienzo.[19]

La amigdalitis de Stalin se recrudeció. Tuvo que tenderse sobre la mesa del comedor para que los médicos examinaran su garganta. Más tarde, los miembros del Politburó se reunieron con él y con los facultativos para cenar juntos. Brindaron y, acabada la cena, los doctores quedaron boquiabiertos al ver a los magnates ponerse a bailar. Pero la mente de Stalin estaba ocupada con la brutal tarea que estaba a punto de comenzar aquel año espantoso. El Vozhd brindó por la medicina soviética, y luego añadió que había «enemigos entre los médicos. Pronto lo comprobaréis».

Estaba listo para empezar.[20]

18

Sergo: muerte del «perfecto bolchevique»

El melodrama legal se inició el 23 de enero y de inmediato sembró el terror entre miles de nuevas víctimas potenciales. Radek, adoctrinado quizá personalmente por Stalin, haciendo gala de su humor negro, bromeó diciendo que no había sido torturado durante su interrogatorio; por el contrario, había sido él quien había torturado a los investigadores durante meses negándose a cooperar. Luego pronunció unas palabras dictadas probablemente por Stalin:

—Pero en nuestro país hay semitrotskistas, trotskistas cuarterones y ochavones, gentes que nos ayudaron [a los trotskistas] sin tener conocimiento de la organización terrorista, pero simpatizando con nosotros.

El mensaje no podía ser más claro y, si lo combinamos con las notas de Vishinski, se resuelve el misterio del carácter absurdamente indiscriminado del Gran Terror. Los que no tuvieran una fe ciega debían morir.

El 29 de enero, a las 19.13, los jueces se retiraron a deliberar y a las 3.00 de la madrugada del día siguiente volvieron a salir. Trece de los acusados, entre ellos Piatakov, fueron condenados a muerte, pero a Radek se le impuso sólo una pena de diez años. Blojin fue otra vez el encargado de las ejecuciones. Yezhov fue recompensado con el rango de general-comisario de la Seguridad del Estado y con un piso en el Kremlin.

En Moscú, doscientas mil personas, seducidas por la propaganda, se congregaron en la Plaza Roja, a pesar de los 27 °C bajo cero de temperatura, portando pancartas que decían: «El veredicto del tribunal es el veredicto del pueblo». Jrushchov tomó la palabra para denunciar a ese «Judas de Trotski», eslogan que a todas luces implicaba que Stalin era metafóricamente Jesús. (Por Yuri Zhdanov sabemos que se comparaba jocosamente a sí mismo con Jesús.) «Al levantar la mano contra el camarada Stalin —dijo Jrushchov a la multitud—, levantaron la mano contra todo lo mejor que tiene la humanidad, pues Stalin es la esperanza ... Stalin es nuestra bandera. Stalin es

nuestra voluntad, Stalin es nuestra victoria.» El país se vio dominado por la «efervescencia emocional» del odio, el miedo y la sed de sangre. Maria Svanidze escribió en su diario que la «bajeza humana [de Radek] ... sobrepasaba la imaginación de cualquiera. Aquellos monstruos morales merecían el fin que tuvieron ... ¿Cómo pudimos confiar tan ciegamente en aquella pandilla de canallas?».

Hoy día parece imposible que prácticamente todas las fábricas y líneas férreas fueran saboteadas por los terroristas trotskistas desde su propia dirección, pero la industria soviética estaba llena de misterios incomprensibles y sus accidentes parecían el resultado de una maldición (aunque, de hecho, eran debidos a una gestión muy deficiente y a la vertiginosa rapidez con que fueron llevados a cabo los planes quinquenales). Se produjeron miles de accidentes: por ejemplo, sólo en 1934, hubo 62.000 accidentes de ferrocarril. ¿Podía ocurrir semejante cosa en un país perfecto? La existencia de enemigos ocultos entre la élite corrupta constituía la explicación a tantos fallos. La detención de los saboteadores y de los elementos subversivos existentes en las fábricas y los ferrocarriles se propagó rápidamente. De nuevo el golpe más duro se lo llevó el personal dependiente de Sergo y Kaganovich.[1]

Stalin preparó con cuidado el pleno que daría paso oficialmente al terror contra el propio Partido. El 31 de enero, el Politburó nombró a dos nuevos gerifaltes de la industria para que hablaran del sabotaje de los elementos subversivos en sus departamentos. Stalin revisó personalmente sus discursos. Sergo admitió que había que poner freno a esos elementos, pero no dudó en decir que habían sido detenidos y que era hora de volver a la normalidad. Stalin anotó airadamente en el discurso de Sergo: «Demuestra con hechos qué ramos se han visto afectados por el sabotaje y cómo se han visto afectados exactamente». Cuando se vieron cara a cara, parece que Sergo se mostró de acuerdo con él, pero envió silenciosamente a las distintas provincias a unos cuantos directivos de su confianza para que investigaran si el NKVD se estaba inventando los casos o no. Aquello era un desafío directo a Stalin.

Enfermo y todo, Sergo se dio cuenta de que el abismo que los separaba era cada vez más grande. Se enfrentaba a una ruptura con el Partido al que había dedicado su vida.

—No entiendo por qué Stalin no confía en mí —comentó con Mikoyan, probablemente dando un paseo nocturno por las nevadas calles del Kremlin—. Le soy absolutamente leal y no quiero luchar con él. Los manejos de Beria tienen mucho que ver con todo esto. Le proporciona a Stalin información falsa, pero Stalin le cree.

Los dos estaban perplejos, según Mikoyan, por «lo que le estaba pasando a Stalin, y por cómo podían meter en la cárcel a unos hombres honestos y luego pegarles un tiro por sabotaje».

—Stalin ha tomado un mal camino —dijo Sergo—. Siempre he sido ami-

go íntimo de Stalin. Confiaba en él y él confiaba en mí. Y ahora no puedo trabajar con él. Voy a suicidarme.

Mikoyan le dijo que el suicidio no resolvía nunca nada, pero quitarse la vida estaba por entonces a la orden del día. El 17 de febrero, Sergo y Stalin estuvieron varias horas discutiendo. Sergo se fue a su despacho antes de regresar a las tres de la tarde para la sesión del Politburó.

Stalin aprobó el informe de Yezhov, y criticó a Sergo y a Kaganovich, que se retiraron al estudio de Poskrebishev, como dos escolares, para volver a escribir sus ejercicios. A las siete los dos dieron una vuelta por el Kremlin y estuvieron charlando:

—Estaba enfermo, tenía los nervios destrozados —declararía Kaganovich.

Stalin le apretó todavía más las tuercas: el NKVD registró el piso de Sergo. Sólo Stalin podía haber ordenado semejante ultraje. Además, los Ordzhonikidze pasaban los fines de semana con los Yezhov, pero las amistades se convertían en papel mojado ante las órdenes del Partido. Sergo, tan furioso y humillado como cabría esperar, llamó por teléfono a Stalin:

—Sergo, ¿por qué estás tan nervioso? —dijo Stalin—. Ese organismo puede registrar también mi casa en cualquier momento.

Stalin indicó a Sergo que se pasara a verlo. Ordzhonikidze salió con tanta prisa que se olvidó el abrigo. Su esposa, Zina, salió detrás de él con el abrigo y el gorro de piel en las manos, pero él ya estaba en casa de Stalin. Zina aguardó una hora y media fuera. La provocación de Stalin no venía sino a confirmar la impotencia de Sergo, que «salió de casa de Stalin en un estado de agitación enorme, ni siquiera se puso el abrigo ni el gorro, y entró corriendo en casa». Empezó a escribir otra vez a máquina su discurso y luego, según su mujer, volvió corriendo a casa de Stalin, que lo exasperó todavía más con sus cáusticos escolios «¡Ja, ja, ja!».

Sergo le dijo a su mujer, Zina, que no podía aguantar a Koba, a quien tanto quería. A la mañana siguiente, se quedó en la cama, negándose a desayunar.

—Me encuentro mal —dijo. Pidió simplemente que no lo molestara nadie y estuvo trabajando en su cuarto. A las cinco y media Zinaida escuchó un ruido sordo y se precipitó en la habitación:

Sergo yacía muerto en la cama con el torso desnudo. Se había pegado un tiro en la cabeza y tenía el pecho chamuscado por la pólvora. Zina lo besó apasionadamente en las manos, el pecho y los labios, y llamó a los médicos, que no pudieron hacer más que certificar su muerte. Llamó entonces por teléfono a Stalin, que se hallaba en Kuntsevo. Sus guardaespaldas le dijeron que había salido a dar un paseo, pero la pobre mujer gritó:

—Decidle a Stalin que soy Zina. Decidle que se ponga al teléfono inmediatamente. Espero.

—¿A qué tantas prisas? —preguntó Stalin.

Zina le ordenó que viniera urgentemente:

—¡Sergo ha hecho lo mismo que Nadia!

Stalin colgó el teléfono ante aquel doloroso insulto.

Resulta que Konstantin Ordzhonikidze, uno de los hermanos de Sergo, llegó en ese momento al apartamento. En la entrada, el chófer de Sergo le dijo que se diera prisa. Cuando llegó a la puerta, uno de los empleados de Sergo comentó simplemente:

—¡Nuestro Sergo se ha ido!

Al cabo de media hora, Stalin, Molotov y Zhdanov (que no se sabe por qué llevaba una venda negra en la frente) volvieron del campo para reunirse con Voroshilov, Kaganovich y Yezhov. Cuando Mikoyan se enteró de la noticia, exclamó:

—¡No me lo puedo creer! —y se dirigió corriendo a su encuentro. De nuevo la familia del Kremlin estaba de luto, pero el suicidio provocaba tanto enojo como dolor.

Zinaida estaba sentada al borde la cama, junto al cadáver de Sergo. Los mandatarios entraron en la habitación, miraron el cuerpo y tomaron asiento. Voroshilov, tan impresionable siempre para las cuestiones personales, intentó consolar a Zina:

—¿Por qué me consuelas a mí —respondió ésta secamente—, cuando a él no pudiste salvarlo para el Partido?

Stalin vio la mirada de Zina y le hizo una señal con la cabeza para que lo siguiera al despacho. Se quedaron mirándose frente a frente. Stalin parecía abatido y triste, como si lo hubieran traicionado de nuevo.

—¿Qué le diremos ahora a la gente? —preguntó Zina.

—Debe hacerse un comunicado de prensa —contestó el Vozhd—. Diremos que ha muerto de un ataque al corazón.

—No se lo creerá nadie —replicó secamente la viuda—. Sergo amaba la verdad. La verdad debe hacerse pública.

—¿Por qué no lo iban a creer? Todo el mundo sabía que estaba mal del corazón y todos están dispuestos a creerlo —señaló Stalin zanjando la cuestión.

La puerta del dormitorio en el que se hallaba el muerto estaba cerrada, pero Konstantin Ordzhonikidze entró a ver qué pasaba y observó que Kaganovich y Yezhov se consultaban uno a otro, sentados a los pies del cadáver del que fuera su amigo. De repente Beria, que había ido a Moscú para asistir al pleno, apareció en el comedor. Zinaida arremetió contra él, intentado darle una bofetada, y gritó:

—¡Rata! —Beria «desapareció inmediatamente después».

Sacaron el voluminoso cuerpo de Sergo de la habitación y lo pusieron sobre una mesa. El hermano de Molotov, fotógrafo de profesión, llegó con su cámara. Stalin y los demás mandatarios se hicieron una fotografía con el muerto.[2]

El día 19, los periódicos anunciaron la muerte de Sergo, achacándola a un ataque al corazón. Una lista de médicos firmaba el informe falso: «A las 17.30, mientras dormía la siesta, se sintió repentinamente enfermo y pocos minutos

después moría de una parada cardíaca». El pleno se pospuso debido a la celebración del funeral, pero el obstáculo de Stalin había sido eliminado. La muerte del «perfecto bolchevique» dejó estupefacta a Maria Svanidze, que describió en su diario la capilla ardiente, instalada en el salón de las columnas, entre «coronas, música, el perfume de las flores, lágrimas y guardias de honor. Miles y miles de personas desfilaron» ante el féretro descubierto. Sergo fue santificado y convertido en objeto de culto. Unos lo lloraron más que otros. Bujarin le dedicó un poema: «Estalló como el relámpago entre las olas espumeantes», pero además escribió otra carta patética a Stalin:

«Quería escribir a Klim y Mikoyan. Pero ¿y si ellos también me hacen daño? Porque las calumnias ya han surtido efecto. Yo ya no soy yo. Ni siquiera puedo llorar ante el cadáver de un viejo camarada ... Koba, no puedo vivir en una situación así... Realmente siento un cariño apasionado por ti ... Te deseo victorias rápidas y decisivas.» El suicidio siguió siendo un secreto celosamente guardado. Stalin y algunos otros, como los Voroshilov,* creían que Sergo había sido demasiado indulgente consigo mismo y se sentían decepcionados. En el pleno, Stalin atacó a aquel aristócrata bolchevique por comportarse como «un príncipe».

Stalin fue el principal encargado de portar la urna con sus cenizas, que fueron enterradas junto a las de Kirov en la muralla del Kremlin. Pero su sexto sentido hizo que se fijara en otros camaradas dudosos que quizá siguieran la línea de Sergo. Durante el funeral, recordó a Mikoyan que había sido el único en librarse del fusilamiento de los «veintiséis comisarios» durante la guerra civil.

—Fuiste el único que salió con vida de aquel episodio oscuro y siniestro. Anastas, no nos obligues a tener que aclararlo.

Mikoyan decidió no darle más vueltas al asunto, pero es difícil que no se diera cuenta de la advertencia y de que la oscuridad iba espesándose a su alrededor.[3]

«No puedo seguir viviendo así —escribió Bujarin a Stalin unos días después—. No estoy en condiciones físicas ni morales de asistir al pleno... Voy a iniciar una huelga de hambre hasta que las acusaciones de traición, de subver-

* Ekaterina Voroshilova escribió veinte años más tarde en su diario lo siguiente: «Quizá Zinaida tuviera razón al decir que Ordzhonikidze era un hombre con un alma grande, pero en este sentido yo tengo mi propia opinión». La hija de Sergo, Eteri, recordaba que Stalin llamó por teléfono unas cuantas veces para consolar a la viuda y que luego ya no los llamó nadie. Sólo Kaganovich siguió visitándolas. Varios años más tarde Jrushchov elogió a Sergo en Kuntsevo mientras Beria se deshacía en denuestos contra él. Stalin no dijo nada. Pero cuando se fueron, Malenkov se llevó a un rinconcito a Jrushchov y le dijo: «Oye, mira, ¿por qué has hablado con tan poco cuidado de Sergo? Se suicidó ... ¿Es que no lo sabías? ¿No te has dado cuenta de lo incómodo que estaba todo el mundo cuando pronunciaste su nombre?». A pesar de todo, la ciudad de Vladikavkaz, en el Cáucaso, fue rebautizada Ordzhonikidze.

sión y de terrorismo sean retiradas.» Pero la angustia de Bujarin no había hecho más que empezar: Anna, su esposa, lo acompañó a la primera sesión durante una tormenta de nieve. Resulta sorprendente que las principales víctimas de ese pleno, Bujarin y Yagoda, vivieran los dos en el Kremlin a unos cuantos portales de la casa de Stalin y de los demás miembros del Politburó, y que al mismo tiempo fueran acusados de planear su asesinato. El Kremlin no dejaba de ser una aldea, pero estaba llena de una malevolencia desconocida hasta entonces.

A las seis de la tarde del 23 de febrero se inauguró aquel pleno febril y cruel bajo la siniestra sombra de la muerte de Sergo, la ejecución de Piatakov, la multiplicación de las detenciones y la efervescencia de la opinión pública sedienta de sangre, que la prensa se encargó de azuzar. Si hubo algún momento en el que Stalin se erigió en dictador con poder sobre la vida y la muerte, fue aquél. Yezhov abrió la sesión con un ataque contra Bujarin y su huelga de hambre.

—No me pegaré un tiro —contestó éste—, porque la gente diría que me he matado para hacer daño al Partido. Pero si muero, pongamos por caso, de una enfermedad, ¿qué perderéis con ello?

—¡Chantajista! —exclamaron varias voces.

—¡Canalla! —escupió Voroshilov a su antiguo amigo—. ¡Cierra el pico! ¡Qué vileza! ¿Cómo te atreves a hablar así?

—Me resulta muy difícil seguir viviendo —repuso.

—¿Y acaso a nosotros nos resulta fácil? —preguntó Stalin—. Realmente no dices más que sandeces.

—¡Has abusado de la confianza del Partido! —tronó Andreyev. Tanto veneno animó a los miembros de menor rango del Partido a hacer ostentación de su lealtad:

—No estoy muy seguro de que haya motivos para seguir discutiendo de este asunto —declaró I. P. Zhukov (sin ningún parentesco con el mariscal del mismo nombre)—. ¡A esta gente... habría que pegarle un tiro lo mismo que a esos [otros] canallas!

Lo dijo con tanta saña que los líderes no pudieron contener la risa: en plena caza de brujas, quizá resultara un alivio poder echarse a reír. Pero se oyeron otros chistes. Bujarin comentó en tono humorístico que los testimonios en contra suya eran falsos:

—La demanda produce suministros; eso quiere decir que quien actúa como testigo conoce la naturaleza del ambiente general.

Se oyeron nuevas carcajadas. Pero no había nada que hacer: una comisión de jerarcas, presidida por Mikoyan, se retiró para decidir la suerte de Bujarin y Rikov, pero cuando regresaran al cabo de dos noches sin dormir, nadie querría estrechar su mano. Antes incluso de que Yezhov entrara a matar, Stalin dijo en tono sarcástico a Bujarin:

—Bujarin está en huelga de hambre. ¿A quién va dirigido tu ultimátum, Nikolai, al Comité Central?

—Vas a expulsarme del Partido.

—¡Pide al Comité Central que te conceda el perdón!

—Yo no soy como Zinoviev y Kamenev y no voy a mentir sobre mí mismo.

—Si no confiesas —contestó Mikoyan—, lo único que demostrarás será que eres un mercenario de los fascistas.

Los «mercenarios» aguardaban en casa. En el antiguo piso de Stalin y Nadia en el palacio Poteshni, Bujarin estuvo trabajando frenéticamente en una carta dirigida a un futuro Comité Central y a la posteridad, pidiendo a su bellísima esposa, Anna, de sólo veintitrés años, que la memorizara. «Nikolai Ivanovich me la leía una y otra vez entre susurros y yo tenía que repetirla —escribiría—. Luego la leí y la releí varias veces, repitiendo en voz baja cada frase. ¡Ah, cómo me agarraba, cuando cometía algún desliz!»

Al otro lado del río, en su piso de la casa del Malecón, Rikov se limitaría a decir:

—¡Me mandarán a la cárcel!

Su esposa sufrió una apoplejía cuando los ataques contra él arreciaron. Su devota hija, Natalia, de veintiún años, le ayudaba a vestirse cada día para que acudiera al pleno, como antes hacía su madre.

La comisión votó la suerte que habían de correr uno y otro. Muchos incondicionales de Stalin, como Jrushchov, querían que se celebrara un juicio, pero «sin aplicación de la pena de muerte». Yezhov, Budionni y Postishev, que ya estaba en el punto de mira, votaron a favor de la condena de muerte. Molotov y Voroshilov apoyaron servilmente «la propuesta del camarada Stalin», que era de lo más enigmática, pues originalmente su voto había sido «Destierro», pero luego fue cambiado a mano por «Trasladar el caso al NKVD».

Se mandó llamar a Bujarin y Rikov. Los dos se enfrentaron al angustioso pánico y a los tristes lamentos del último adiós. Rikov pidió a su hija que llamara por teléfono a Poskrebishev para enterarse de lo que le esperaba.

—Cuando necesite a Rikov —respondió Poskrebishev—, mandaré un coche.

Al atardecer, aquel siniestro ujier llamó por teléfono:

—Te mando el coche —dijo.

Natalia ayudó a su amado padre a ponerse el traje, la corbata, el chaleco y el abrigo. Rikov no le dijo nada mientras bajaban en el ascensor y salían al Malecón. Cuando tuvieron el Kremlin delante, vieron la limusina negra. Padre e hija se cruzaron una mirada en la acera. Se dieron torpemente un apretón de manos, y luego se besaron formalmente a la rusa, tres veces en la mejilla. Sin decir palabra, «mi padre subió al coche, que arrancó rápidamente en dirección al Kremlin». Natalia no olvidaría nunca aquel momento: «Y no volví a verlo; excepto en mis sueños».

Cuando Poskrebishev llamó a Bujarin, Anna «empezó a despedirse»; en ese momento desgarrador de la separación eterna, que, como ella, conocerían millones de personas en los años venideros. Poskrebishev volvió a llamar: el pleno estaba esperando, pero Bujarin no llevaba prisa. Cayó de rodillas ante su joven esposa, Anna: «Con lágrimas en los ojos me pidió perdón por haberme arruinado la vida. Pero me suplicó que educara a nuestro hijo como a un bolchevique: "Un bolchevique sin tacha", me dijo por dos veces». La hizo jurar que entregaría la carta memorizada al Partido: «Eres joven y vivirás para verlo». Entonces se levantó del suelo, la abrazó, le dio un beso y dijo: «Hasta luego, No te enfades, Aniutka. En la historia se cometen grandes erratas, pero la verdad acaba por triunfar».

«Comprendimos que nos separábamos para siempre», escribe Anna. Lo único que fue capaz de decir la joven fue: «No mientas sobre ti». Pero era pedirle demasiado. Bujarin se echó por los hombros el abrigo de cuero y desapareció por las callejuelas que rodean el gran palacio del Kremlin.

Unos momentos después, se presentó a registrar el piso el NKVD junto con Boris Berman, un agente de la Cheka gordo, ostentoso y anticuado, vestido con un «traje elegante» y con anillos en todos los dedos, uno de los cuales acababa en una uña larguísima. Mientras tanto, en el pleno, Stalin proponía que los dos «fueran entregados al NKVD».

—¿Quiere hablar alguien? —preguntó Andreyev—. No. ¿Hay alguna otra propuesta, aparte de la que ha presentado el camarada Stalin? No. Votemos... ¿Todos los que estén en contra?... Ninguno. ¿Abstenciones? Dos. Así pues se toma la decisión por unanimidad, salvo dos abstenciones: Bujarin y Rikov.

Aquellos dos hombres, que en otro tiempo habían gobernado Rusia junto a Stalin, fueron detenidos cuando salieron del pleno. Bujarin dio un paso que parecía alejarlo mil kilómetros del lugar donde había estado hasta entonces: hacía un minuto vivía en el Kremlin, entre coches, dachas y criados. Al minuto siguiente, se cerraban tras él las puertas de la Lubianka, hacía entrega de todas sus pertenencias, era obligado a desnudarse, le inspeccionaban el recto, le devolvían la ropa sin cinturón ni cordones de los zapatos, y lo encerraban en una celda en compañía del típico soplón para provocarlo. Pero no fue torturado.

La esposa de Bujarin, Anna, y la de Rikov, que estaba semiparalizada, así como la hija de éste, Natalia, fueron detenidas poco después y obligadas a cumplir una condena de casi dos décadas de trabajo como esclavas.*

* Natalia Rikova sobrevivió a quince años de trabajo en condiciones de esclava en el mar Blanco gracias a «la hermosura de la naturaleza que veía a diario en los bosques y a la amabilidad de la gente, pues hay más personas buenas que malas». El autor desea dar las gracias a Natalia Rikova, en la actualidad de ochenta y cinco años, que sigue viviendo con entereza en Moscú y me contó su historia sin acritud, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Anna Larina fue separada de ella y del hijo de Bujarin, todavía en mantillas. Pero ella también logró sobrevivir y escribir su historia.

En aquella extraña reunión se propinaron otros golpes. Yezhov atacó a Yagoda. Molotov, al presentar el informe de Sergo, citó 585 elementos subversivos descubiertos en la Industria Pesada; y Kaganovich habló en tono grandilocuente del «desenmascaramiento» de enemigos en los ferrocarriles.

Stalin recurrió a la «heroica acusadora» de Kiev, Polia Nikolaenko, contra el potentado de Ucrania, Postishev. El Vozhd la presentó elogiosamente como una «simple militante del Partido», que había sido tratada por Postishev como si fuera una «mosca molesta... A veces la gente sencilla está mucho más cerca de la verdad que algunos ejemplos de rango superior». Postishev fue trasladado a otro destino, pero no fue detenido. La advertencia no podía ser más clara: ningún «príncipe» del Politburó —ni su «grupo familiar»— estaba a salvo.

—Los viejos miembros del Politburó vamos a salir muy pronto de escena —anunció ominosamente Stalin—. Es ley de vida. Y nos gustaría que hubiera equipos preparados para sustituirnos.

Stalin, el político y el hombre, estaba bien provisto para afrontar la constante intensificación de la lucha que él mismo había definido en su credo de terror: «Cuanto más lejos vayamos, más éxito tendremos, más resentidos estarán los elementos que queden de las clases explotadoras destruidas, y antes recurrirán a formas extremas de lucha».[4]

* * *

El Morita se dedicó a convertir el NKVD en una «secta secreta» de ejecutores sacrosantos. Yezhov envió a los agentes de Yagoda a inspeccionar las provincias y luego mandó arrestarlos en el tren. Serían ejecutados tres mil agentes de la Cheka. El jefe de la seguridad de Stalin, Pauker, y el cuñado del Vozhd, Redens, siguieron en sus puestos. Entre el 19 y el 21 de marzo, Yezhov convocó a los agentes de la Cheka que habían sobrevivido al Club de Oficiales. Una vez allí, el diminuto general-comisario anunció que Yagoda llevaba siendo un espía alemán desde 1907 (fecha de su ingreso en el Partido) y que además era un ladrón corrupto. Yezhov hizo una alusión absurda a su pequeño tamaño: «Puede que yo sea corto de estatura, pero mis manos son fuertes; son las manos de Stalin». La matanza que se desencadenaría iba a ser deliberadamente indiscriminada: «Caerán víctimas inocentes en esta lucha contra los agentes del fascismo —les dijo Yezhov—. Vamos a lanzar un gran ataque contra el Enemigo; que nadie nos guarde rencor si le damos algún codazo. Más vale que sufran diez personas inocentes que no que se escape un solo espía. Cuando se corta leña, saltan chispas».[5]

19

Matanza de generales, caída de Yagoda y muerte de una madre

Yezhov «descubrió» que Yagoda había intentado envenenarlo rociando las cortinas de su despacho con mercurio. Posteriormente se supo que Yezhov se había inventado el delito. No obstante, Yagoda fue detenido en su piso del Kremlin, antes incluso de que el Politburó dictara formalmente la orden. El poder de este organismo había sido delegado oficialmente en los llamados «cinco», Stalin, Molotov, Voroshilov, Kaganovich y Yezhov, aunque este último ni siquiera era miembro.[1]

El registro de los domicilios de Yagoda —tenía dos pisos en Moscú y una lujosa dacha— puso de manifiesto la vida desenfrenada de los jefes del NKVD gracias al inventario de sus posesiones. Su colección de pornografía constaba de 3.904 fotografías y once películas antiguas. Su fama de mujeriego quedó ampliamente corroborada por la ropa de mujer que guardaba en su piso, que antes parecía pertenecer al director de una tienda de lencería que al jefe máximo de una fuerza policial, aunque en realidad los dirigentes del NKVD nunca fueron capaces de abstenerse de abusar de su poder. Había 9 abrigos de mujer de confección extranjera, 4 abrigos de ardilla, 3 capas de piel de foca, otra de lana de astracán, 31 pares de zapatos de mujer, 91 boinas, 22 sombreros, 130 pares de medias de seda de fabricación extranjera, 10 cinturones, 13 bolsos, 11 trajes, 57 blusas, 69 camisones, 31 chaquetas, otros 70 pares de mallas de seda, 4 chales de seda, y además una colección de 165 pipas y boquillas pornográficas, así como un consolador de goma.

Por último se encontró una macabra muestra de fetichismo, a saber, las dos balas extraídas de los cerebros de Zinoviev y Kamenev con su correspondiente etiqueta. Como si de reliquias sagradas se tratara, en una depravada distorsión de la sucesión apostólica, fue Yezhov quien las heredó y las guardó en su despacho.[2]

Yagoda, acusado de traficar con diamantes y de corrupción, no dudó en

implicar a la siguiente generación de víctimas, siguiendo las directrices de Yezhov, quien le aseguró que sus protegidos quedarían al margen antes de que los testimonios fueran enviados a Stalin. Tres semanas después de su interrogatorio, que comenzó el 2 de abril, Yezhov informaba de que Yagoda había incitado a Rikov a oponerse al Partido a finales de los años veinte: «Tú actúa. Yo no te tocaré». Luego había denunciado a Pauker y había confesado lo de que habían rociado el despacho del Morita con mercurio. Pero lo más importante era que Yagoda implicaba a Abel Yenukidze, acusándolo de planear un golpe de estado junto con el mariscal Tujachevski, el viejo enemigo de Stalin desde los tiempos de la guerra civil. Cuando se inició su juicio, lo mismo que Bujarin y Rikov, Yagoda había confesado el asesinato de Gorki y su hijo a manos de los médicos, así como el de Kirov.

En su infierno privado, sabía que su familia y sus amigos se enfrentaban a la destrucción lo mismo que él: la norma en el mundo de Stalin era que cuando caía un hombre, todos los que estaban relacionados con él, ya fueran amigos, amantes o protegidos, caían también. Su cuñado y su suegro no tardaron en ser fusilados, así como los integrantes de su salón de escritores. Su esposa, su hermana y sus padres fueron desterrados: su padre escribió a Stalin repudiando al «único hijo que nos queda» por los «graves delitos» cometidos. Anteriormente otros dos hijos suyos habían dado la vida por el bolchevismo. A los setenta y ocho años, aquel viejo joyero de Nizhni Nóvgorod perdía al tercero. Tanto él como su esposa morirían en los campos.

Parecía que Yagoda estuviera haciendo su camino de Damasco. «Por primera vez en mi vida, diré toda la verdad sobre mí.» Daba la impresión de que el agente de la Cheka, cansado del mundo, suspiraba al fin con alivio. Vladimir Kirshon, el autor al que Stalin había aconsejado sobre cómo escribir sus obras y que no tardaría en ser ejecutado, fue colocado en su misma celda para que lo espiara. Yagoda preguntó qué se decía de él en la ciudad, comentando con tristeza:

«Sólo quiero preguntarte por Ida [su esposa] y por Timosha [su amante, la nuera de Gorki], por el niño, y mi familia. Me gustaría ver algunos rostros familiares antes de morir.» Hablaba siempre de la muerte. «Si estuviera seguro de que me iban a dejar con vida, soportaría la carga de admitir que asesiné a Gorki y a su hijo. Pero resulta intolerablemente duro hacer una declaración histórica semejante delante de todo el mundo, especialmente delante de Timosha.» Yagoda dijo al encargado de su interrogatorio: «Puedes poner en tu informe a Yezhov que creo que al final Dios debe de existir. De Stalin no habría merecido más que gratitud por mis leales servicios; de Dios, merecería el castigo más severo por haber violado sus mandamientos miles de veces. Mira dónde estoy ahora y juzga por ti mismo. ¿Existe Dios o no?».

La belladona de Yagoda produjo un fruto terrible: el peluquero húngaro y favorito de los niños del Kremlin, Pauker, de cuarenta y cuatro años, fue dete-

nido el 15 de abril, por ser culpable de saber demasiado y de vivir demasiado bien: Stalin ya no se fiaba de los anticuados agentes de la Cheka con relaciones en el extranjero. Pauker fue ejecutado silenciosamente el 14 de agosto de 1937. Fue el primer cortesano en morir. También Yenukidze fue detenido y fusilado unos meses más tarde, el 20 de diciembre. El NKVD pertenecía ahora a Stalin, que dirigió su atención hacia el ejército.[3]

La noche del 1 de mayo de 1937, tras el desfile del Día del Trabajo, se celebró la consabida fiesta en casa de Voroshilov, pero los ánimos estaban muy caldeados y reinaba un clima de tensión y de sed de sangre. Budionni* señala que Stalin hablaba abiertamente de la matanza que se avecinaba con los integrantes de su círculo más íntimo: ya era hora, según decía, de «acabar con nuestros enemigos porque están en el ejército, en el Estado Mayor, incluso en el Kremlin». Algunos han afirmado que Stalin planeó el Gran Terror él solo ayudado por Yezhov y Molotov; pero este último testimonio demuestra que, incluso en sociedad, había dicho abiertamente a todo su círculo, desde sus médicos hasta los miembros del Politburó, que iban a «acabar con» sus enemigos en todo el régimen. «Debemos acabar con ellos sin mirar sus caras.» Budionni sospechaba que con esta expresión se refería al mariscal Tujachevski y a otros altos mandos del ejército como Jonah Yakir y Jan Garmarnik, que habían estado con ellos ese mismo día en la tribuna del mausoleo. Budionni afirma que esperaba que no fuera así. Pero la documentación de los archivos demuestra que Voroshilov y Budionni llevaban más de un año reclamando a Stalin que «destruyera» a los enemigos existentes en el seno del ejército rojo. Lo más probable es que los invitados de Voroshilov no sólo apoyaran a Stalin, sino que lo azuzaran: un año antes, Voroshilov, por ejemplo, envió al Vozhd una serie de documentos interceptados por los servicios secretos correspondientes a los informes enviados por la embajada alemana a Berlín en el sentido de que Tujachevski había dejado repentinamente de ser «francófilo» y de que ahora mostraba «gran respeto por el ejército alemán».[4]

Tujachevski, el enemigo de Stalin durante la guerra civil y probablemente el general de más talento del que disponía, tenía que ser su principal objetivo. Aquel «aristócrata refinado, apuesto, inteligente y capaz», como lo calificaba Kaganovich, no soportaba a los idiotas, motivo por el cual era odiado por Voroshilov y Budionni. Aquel hombre gallardo y mujeriego era tan enérgico y carismático que Stalin lo apodaba «Napoleonchik», mientras que Kaganovich parafraseaba la máxima del propio Bonaparte: «Tujachevski llevaba escondido en su mochila el bastón de mando de Napoleón».

* Semion Budionni publicó sus memorias, un libro convencional, sumamente cauto, mucho después de la muerte de Stalin, pero sus notas personales, setenta y seis páginas en su mayoría inéditas conservadas por su hija, nos ofrecen un fascinante panorama de lo que fue aquella época. Deseo dar las gracias a Nina Budionni por permitirme hacer uso de ellas.

Era tan despiadado como cualquier bolchevique, llegando a usar gas venenoso contra los campesinos rebeldes. A finales de los años veinte y a comienzos de los treinta, aquel «empresario de las ideas militares», como lo ha llamado recientemente un historiador, abogó por la necesidad de aumentar considerablemente las dimensiones del ejército rojo y por la creación de fuerzas mecanizadas, que pudieran ser desplegadas en las llamadas «operaciones en profundidad»: comprendió que había llegado la era de los Panzer y de la aviación, lo que lo llevó a entrar en conflicto con los amigotes de Stalin, que todavía vivían de las cargas de caballería y de los trenes blindados. Stalin ya había intentado acusar a Tujachevski de traición en 1930, pero Sergo, entre otros, se opuso y contribuyó a que fuera nombrado otra vez comisario adjunto de Defensa. Pero en mayo de 1936 se produjo otro rifirrafe entre el mariscal y Voroshilov, siempre susceptible y vengativo. A éste le irritaron tanto las críticas justificadas de Tujachevski que exclamó: «¡Que te jodan!». Hicieron las paces, pero fue justamente entonces cuando fue detenido el primero de los generales del ejército rojo, siendo sometido a un interrogatorio para que involucrara a Tujachevski. En el juicio celebrado el mes de enero fueron mencionados los nombres de otros generales. Yagoda, Yenukidze y los generales en su ingenuidad contribuyeron a echar más leña al fuego.

El 11 de mayo, Tujachevski fue destituido del cargo de comisario adjunto y relegado al distrito del Volga. El día 13, Stalin le dio una palmada en el hombro y le prometió que pronto volvería a estar en Moscú. Sus palabras no pudieron ser más sinceras, pues el día 22, Tujachevski fue arrestado y trasladado otra vez a Moscú. Yezhov y Voroshilov orquestaron la detención de casi todo el Estado Mayor del ejército.

Yezhov se encargó personalmente de los interrogatorios. En una reunión celebrada con Stalin, Vishinski trató de congraciarse con él recomendando el uso de la tortura.

—Tú verás lo que haces —dijo el Vozhd al Morita, que regresó precipitadamente a la Lubianka para supervisar el martirio del mariscal—, pero hay que obligar a Tujachevski a contarlo todo... Es imposible que actuara solo.

El mariscal fue torturado.[5]

En medio de todo este drama, la madre de Stalin moría el 13 de mayo de 1937, a los setenta y siete años de edad. Tres catedráticos y dos médicos firmaron el certificado de defunción, declarando que padecía cardioesclerosis. Poskrebishev aprobó el comunicado oficial del suceso.* El propio Stalin escribió en georgiano el texto que debía figurar en la corona. Decía así: «A mi

* En su piso había bustos y retratos de Lenin y de Stalin. Poseía 505 rublos en bonos, pero dejó 42 rublos y 20 kopeks en metálico y otros 4.533 rublos a sus amigas, más varios billetes de lotería por valor de 3 rublos. En su dormitorio había varios paquetes de cigarrillos y más retratos de Stalin y, curiosamente, también de Beria.

querida madre, de su hijo Iosiv Djugashvili», utilizando su verdadero nombre, acaso para dar a entender la distancia existente entre Soso y Stalin. Ocupado como estaba con la trama de Tujachevski, no asistió al funeral: Beria, su esposa y el hijo de ambos, Sergo, presidieron el duelo, pero luego Stalin les preguntó por lo ocurrido, como si se sintiera culpable de no haber estado presente.[6]

Pocos días después, mientras Yezhov entraba y salía del despacho de Stalin, el mariscal Tujachevski, completamente deshecho, confesaba que Yenukidze lo había ganado para su causa en 1928, y que era un agente alemán compinchado con Bujarin para hacerse con el poder. La confesión de Tujachevski, conservada en los archivos, está salpicada de manchas marrones, que, según se ha averiguado, son de sangre perteneciente a un cuerpo vivo.

Stalin tuvo que convencer al Politburó de la culpabilidad de los militares. Yakir, uno de los oficiales detenidos, era íntimo amigo de Kaganovich, que fue convocado al Politburó e interrogado por Stalin acerca de su amistad. «Lazar de hierro» le recordó que había sido precisamente él quien había insistido en promocionar a Yakir, ante lo que el Vozhd susurró:

—Sí, ya recuerdo... Asunto cerrado.

En vista de las sorprendentes declaraciones arrancadas a los generales, Kaganovich creyó «que había una conspiración de oficiales». También Mikoyan era amigo de muchos detenidos. Stalin le leyó algunos extractos de la confesión de Uborevich, en la que se declaraba espía de los alemanes:

—Es increíble —reconoció Stalin—, pero es un hecho, ellos mismos lo reconocen.

Habían firmado incluso cada página de su declaración para evitar las «falsificaciones».

—Conozco muy bien a Uborevich —dijo Mikoyan—. Es un hombre honradísimo.

Stalin tuvo, pues, que tranquilizarle diciéndole que los generales iban a ser juzgados por militares:

—Conocen el caso y ya se imaginarán lo que es verdad y lo que no.[7]

Acaso *pour encourager les autres*, Stalin metió en este mismo puchero al primer ministro adjunto Rudzutak, que se convertiría en el primer miembro (candidato) del Politburó en ser detenido. «Le gustaba demasiado ir de fiesta con amigos filisteos», recordaría Molotov, expresión que en el doble lenguaje de los bolcheviques significaba que tenía amigos cultos. Convertido en una especie de *bon viveur*, «guardaba las distancias con nosotros». Como tantos aliados de Stalin de los años veinte, no era de fiar, llegando incluso a acusar al Vozhd de calumniarlo inmediatamente después del asesinato de Kirov. «Te equivocas, Rudzutak», le había contestado Stalin. Lo cierto es que fue detenido mientras estaba cenando con unos actores; llegó a decirse que, varias semanas más tarde, las mujeres seguían llevando sus trajes de noche hechos jirones

en la Lubianka. «Estaba liado ... mezclado con vaya a saber el diablo qué clase de gente, con mujeres...», decía Molotov; y Kaganovich añadía: «con jovencitas». Quizá fuera ejecutado por ser amigo de diversiones. No obstante, Molotov explicaba: «Creo que conscientemente no participó [en ninguna conspiración]», pero de todos modos era culpable: «No se debe actuar basándose en impresiones personales. Al fin y al cabo teníamos materiales que lo incriminaban». El NKVD empezó entonces a detener a muchos bolcheviques de la vieja guardia, especialmente a aquellos obstinados «viejos pedorros» de origen georgiano que se habían enemistado con Stalin.

Al principio, llegó a pedirse a los líderes que votaran a favor o en contra de las detenciones, según la tradición del Partido: los votos conservados en los archivos con su correspondiente firma reflejan la infame locura de todo este proceso. Habitualmente los líderes votaban simplemente «A favor» o «De acuerdo», pero algunos, en su desesperado afán de demostrar su sed de sangre, añadieron expresiones de saña del siguiente tenor:* «Sí incondicional», decía Budionni respecto a las detenciones de Tujachevski y Rudzutak. «Es necesario quitar de en medio a toda esa canalla.»[8] El mariscal Yegorov, cuya esposa (la actriz que había flirteado con Stalin en la famosa cena de noviembre de 1932) estaba siendo ya investigada, escribía: «Todos esos traidores deben ser borrados de la faz de la tierra por tratarse de los enemigos más hostiles y de unos canallas asquerosos».[9]

El 1 de junio, Stalin, Voroshilov y Yezhov reunieron a más de cien oficiales de alta graduación en el Kremlin y les notificaron que sus superiores eran mayoritariamente agentes de los alemanes. Voroshilov desenmascaró las intrigas de aquella «organización fascista contrarrevolucionaria», admitiendo que él mismo tenía amistad con los conspiradores. ¡Era culpable de no haber querido creerlo! Al día siguiente, Stalin habló para conjurar la sombra de misterio que se abatía sobre la asamblea aterrorizada:

—Espero que nadie dude de que existía una conspiración político-militar —dijo en tono amenazador, aclarando que Tujachevski había sido sobornado por Trotski, Bujarin, Rikov, Yenukidze, Yagoda y Rudzutak. Como en cualquier buena novela de espías, Stalin intentó *chercher la femme*, hablando de los devaneos de Tujachevski y Yenukidze con las mujeres—: Hay una experta espía en Alemania, en Berlín... Josephine Heinze... es una mujer hermosa... Fue ella la que reclutó a Yenukidze. Y también ayudó a reclutar a Tujachevski.

* Algunos se daban cuenta de que no habían sido lo bastante violentos, y así Veinberg escribió: «Hoy, cuando voté a favor de la expulsión de Rudzutak y Tujachevski del Comité Central, me acordé de que cuando se votó la expulsión de ... Eliava y Orajelashvili, accidentalmente me olvidé de añadir las palabras "que se remitan sus expedientes al NKVD", así que ahora comunico que voto a favor de la expulsión de todos estos traidores, y además de que se remitan sus expedientes al NKVD».

Algunos oficiales fueron detenidos incluso durante la reunión, por lo que no es de extrañar que los que sobrevivieron apoyaran a Stalin.[10]

Voroshilov se regodeó en su venganza:

—Nunca confié en Tujachevski, nunca confié particularmente en Uborevich... Eran unos canallas... —declaró ante el Comisariado de Defensa, propalando el cuento de Stalin acerca de su depravación sexual—. Camaradas, todavía no hemos purgado a todos. Personalmente no dudo de que haya gente que creyera que no hacían más que hablar y se acabó. Decían: «No estaría mal asesinar a Stalin y a Voroshilov»... Nuestro gobierno exterminará a toda esa gente.

—Muy bien —exclamó su público prorrumpiendo en aplausos.

—Eran unos degenerados —sentenció Voroshilov—, unos puercos en su vida privada.[11]

El 9 de junio, Vishinski entrevistó a los acusados e informó a Stalin por dos veces, presentándose en la «pequeña esquina» a las once menos cuarto de la noche. El Politburó revisó las apelaciones de los oficiales, haciéndolas circular alrededor de la mesa. Sobre la solicitud de Yakir Stalin escribió: «Es un canalla y un puta». «Una descripción perfecta y exacta», añadió servilmente Voroshilov. Molotov firmó, pero el mejor amigo de Yakir, Kaganovich, se vio obligado casi a bailar encima de su tumba: «Para este traidor, hijo de puta y c...ón, no hay más que un castigo: la ejecución».[12]

El día 11, el Tribunal Supremo nombró un tribunal militar especial para que juzgara a los «traidores». Ulrij, siempre tan rastrero, actuó en representación del Colegio Militar, pero los principales jueces eran mariscales. Budionni fue uno de los más activos, acusándolos de ser «elementos subversivos» por insistir en la creación de divisiones acorazadas.

«Me parece que estoy soñando», comentó Tujachevski a propósito de las acusaciones. No se mencionó para nada a Josephine, la bellísima espía alemana. Curiosamente, muchos generales fueron acusados de ponerse al servicio de una «segunda patria», como Yakir que era un judío de Besarabia. La mayoría de los jueces estaban aterrorizados: «Mañana me veré en ese mismo lugar», comentaría luego con sus amigos uno de ellos, el comandante de cuerpo Belov. (No se equivocaba.) Todos fueron condenados a muerte a las 23.35 de ese mismo día. Ulrij salió precipitadamente para informar a Stalin, que lo esperaba en compañía de Molotov, Kaganovich y Yezhov, y ni siquiera examinó las sentencias. Se limitó a decir:

—De acuerdo.

Yezhov se marchó con Ulrij para supervisar las ejecuciones, que tuvieron lugar una hora más tarde, en la madrugada del 12 de junio. Como siempre, Stalin mostró una sádica curiosidad.

—¿Cuáles fueron las últimas palabras de Tujachevski? —preguntó a Yezhov.

—Esa serpiente dijo que se había dedicado en cuerpo y alma a la patria y

al camarada Stalin. Pidió clemencia. Pero era evidente que no era sincero. No había depuesto las armas.

Posteriormente todos los jueces serían fusilados, excepto Ulrij, Budionni y Shaposhnikov. Por si Budionni abrigaba alguna duda a la hora de apoyar el Gran Terror, el NKVD se presentó a detenerlo poco después de la celebración del juicio. El mariscal sacó una pistola y amenazó con matar a los agentes de la Cheka mientras llamaba por teléfono a Stalin, que canceló la orden de detención. Su esposa no tuvo tanta suerte.

Voroshilov desencadenó una purga masiva del ejército, exigiendo personalmente la detención de trescientos oficiales en cartas enviadas al NKVD: el 29 de noviembre de 1938, Voroshilov se jactaba de que habían sido arrestados cuarenta mil oficiales y de que habían sido ascendidos otros cien mil nuevos. Tres de los cinco mariscales existentes, quince de los dieciséis capitanes generales, sesenta de los sesenta y siete comandantes de cuerpo, y los diecisiete comisarios existentes fueron fusilados. Stalin fomentó sin dudarlo esta caza de brujas en las reuniones informales mantenidas con los oficiales:

—Hasta el momento no sabemos si podemos hablar abiertamente de «enemigos del pueblo» o no.... —comentó el jefe de la marina Laujin.

—¿Quieres decir hablar en público? —precisó Stalin.

—No, aquí, internamente.

—Debemos hacerlo... ¡es obligatorio! —respondió Stalin.

Los oficiales superiores hablaron a su vez con algunos subordinados:

—Gorbatov está ahora muy preocupado —comentó Kulikov, un general de división de Ucrania.

—¿Por qué iba a estarlo —replicó Stalin—, si es un hombre honesto?

—Yo no diría que esté limpio. Estaba claramente «conectado» —dijo Kulikov.

—¿Está asustado? —preguntó el Vozhd.

El ejército había sido la última fuerza capaz de detener a Stalin, razón suficiente para que fueran destruidos sus altos mandos. Es posible que los generales conocieran el historial de Stalin como agente doble de la Ojrana y que hubieran pensado en actuar. La explicación habitual es que los servicios de desinformación alemanes persuadieron a Stalin de que los militares estaban tramando dar un golpe de estado. El jefe del espionaje de Hitler, Heydrich, había urdido una serie de pruebas en ese sentido, que fueron facilitadas a Stalin por el ingenuo presidente checo Benes. Pero en el juicio de Tujachevski no se utilizó ninguna evidencia de origen alemán; no fue preciso. Y tampoco le hacían falta a Stalin los servicios de desinformación nazis ni unos misteriosos archivos de la Ojrana para convencerse de que debía eliminar a Tujachevski. Al fin y al cabo, había venido jugando con la idea desde 1930, tres años antes de que Hitler asumiera el poder. Además, Stalin y sus amigotes estaban convencidos de que no tenían más remedio que desconfiar de los oficiales y de que

convenía eliminarlos físicamente en cuanto tuvieran la más ligera sospecha. En una nota sin fecha, el Vozhd recordaba a Voroshilov el caso de los oficiales que habían sido detenidos en el verano de 1918. «A aquellos oficiales —decía— decidimos fusilarlos en masa.» No había cambiado nada.[13]

Voroshilov contó para esta matanza con la ayuda de un hombre que personificaba la tragedia que estaba a punto de abatirse sobre el ejército rojo. Stalin y Yezhov planificaron la publicidad del asunto con el editor de *Pravda*, Lev Mejlis, uno de los cortesanos más extraordinarios, que hizo en ese momento su aparatosa entrada en la escena nacional, pasando de ser el azote de los medios de comunicación a convertirse en un Mefistófeles militar, comparado con un «tiburón» y con un «demonio siniestro». Hasta Stalin lo llamaba fanático, lo consideraba difícil de frenar, y disfrutaba contando anécdotas sobre su «ridículo celo».

Con una especie de cresta de pelo negro rodeando su cabeza y una cara alargada de pájaro, Mejlis desempeñó a su manera un papel tan importante como Molotov o Beria. Nacido en Odessa en 1889 en el seno de una familia judía, abandonó la escuela a los catorce años, y no se unió a los bolcheviques hasta 1918, tras flirtear con otros partidos, pero durante la guerra civil prestó servicios como comisario en Crimea, donde actuó despiadadamente ejecutando a miles de personas. Conoció a Stalin durante la campaña de Polonia y se convirtió en uno de sus ayudantes, llegando a conocer todos sus secretos. Fervientemente entregado a su «querido camarada Stalin», para quien trabajaba con un frenesí neurótico, era demasiado enérgico y tenía demasiado talento para permanecer oculto en las habitaciones interiores como Poskrebishev. Casado con una doctora judía, colocó un retrato de Lenin con una cinta roja en la cunita de su hijo y apuntó las reacciones de este Hombre Nuevo en un diario especial. En 1930, Stalin lo nombró editor de *Pravda*, donde el trato que dispensó a los escritores fue increíblemente brutal.*

* Muy poco después después del anuncio del fusilamiento de los generales, Mejlis descubrió que el «poeta proletario» Demian Bedni se resistía a las órdenes recibidas y escribía en secreto versos de estilo dantesco bajo el seudónimo de Conrad Rotkehempfer. Así que Mejlis escribió inmediatamente a Stalin diciendo: «¿Qué debo hacer? Me ha explicado que ése es su método literario». El Vozhd contestó con un sarcasmo cáustico: «Te respondo con una carta que puedes leer perfectamente a Demian. Para el nuevo supuesto Dante, alias Conrad, bueno, en realidad a Demian Bedni: la fábula o poema "Lucha o muere" es mediocre. Como crítica del fascismo es poco original y soso. Como crítica de la construcción soviética (y no bromeo) es tonto, pero transparente. Es una birria, pero como [los soviéticos] están rodeados de birrias, debemos incrementar el suministro de otros tipos de literatura con otra fábula... Reconozco que debo pedir perdón a Demian-Dante por mi franqueza». Mejlis guardaba las cartas de Stalin en su caja fuerte, de la que las sacaba para impresionar a los periodistas preguntándoles si reconocían la letra. «El 21 de julio, en plena noche —notificó urgentemente al Vozhd—, invité a Bedni a criticar su poema» y a escuchar la carta condenatoria de Stalin. El poeta se limitó a decir: «Estoy loco ... Puede que esté demasiado viejo. Puede que tenga que irme al campo a cultivar coles». Hasta este

Mejlis, que dejó el ejército zarista siendo un bombardero, fue ascendido al cargo de comisario adjunto de Defensa, jefe del Departamento Político de ese comisariado, y cayó sobre el ejército rojo como si fuera uno de los jinetes del Apocalipis.[14] Stalin y sus «cinco» inventaron una curiosa lotería de matanzas destinada a exterminar a toda una generación.

comentario le resultó sospechoso a Mejlis, que sugirió la idea de detenerlo: «Puede que esté involucrado». Stalin no picó el anzuelo. Bedni quedó excluido del círculo del Vozhd, pero siguió libre hasta su muerte en 1945.

20

Baño de sangre por cuotas

El Politburó ni siquiera daba listas de nombres, simplemente asignada las cuotas de muertos por millares. El 2 de julio de 1937 ordenó a los secretarios locales del Partido la detención y el fusilamiento de los «elementos antisoviéticos más hostiles», que debían ser condenados a la pena máxima por las troikas, unos tribunales formados por tres individuos que normalmente eran el secretario del Partido, el fiscal y el jefe del NKVD de la zona.

El objetivo era «acabar de una vez por todas» con todos los enemigos del régimen y con cualquier persona a la que fuera imposible educar como socialista, para acelerar así la eliminación de las barreras sociales y dar paso a la llegada del paraíso para las masas. Esta solución final consistía en una matanza que resultaba lógica desde el punto de vista de la fe y el idealismo del bolchevismo, religión basada en la destrucción sistemática de las clases sociales. El principio de ordenar asesinatos como si fueran cuotas industriales del plan quinquenal entraba, por lo tanto, dentro de lo natural. Los detalles no importaban: si la aniquilación de los judíos por parte de Hitler fue un genocidio, estaríamos aquí ante un «democidio», ante una lucha de clases que derivaba en puro canibalismo. El 30 de julio Yezhov y su ayudante, Mijail Frinovski, propusieron al Politburó la aprobación de la orden n.º 00447, en virtud de la cual, entre el 5 y el 15 de agosto, debían asignarse a las provincias cuotas para dos categorías: la categoría uno (los que tenían que ser fusilados) y la categoría dos (los que debían ser deportados). Se especificaba que 72.950 individuos debían ser fusilados y 259.450 detenidos, aunque se pasaron por alto algunas regiones. Éstas podían también solicitar la aprobación de más listas. Las familias de todos esos individuos tenían que ser asimismo deportadas. Al día siguiente el Politburó confirmó la orden.

Muy pronto, a medida que la caza de brujas, alimentada por las envidias y la ambición de los cabecillas locales, llegaba a su punto culminante, aquella «máquina de picar carne» se tragaría cada vez a más individuos. Al poco tiem-

po, las provincias ya habían alcanzado la cuota impuesta, pasando a solicitar la autorización para aumentarla, de modo que entre el 28 de agosto y el 15 de diciembre el Politburó acordó otros 22.500 fusilamientos y posteriormente 48.000 más. En este aspecto, el Gran Terror se diferenciaría mucho de los crímenes de Hitler que supusieron la destrucción de unos objetivos limitados: los judíos y los gitanos. Aquí, por el contrario, en ocasiones la muerte llegaba por azar: un comentario perdido en el tiempo, el flirteo con la oposición, la envidia causada por el puesto de trabajo de otro, por su esposa o por su casa, el afán de venganza y la pura coincidencia, acarrearon la destrucción y la tortura de familias enteras. Pero eso no importaba: «Mejor pasarse que quedarse corto», dijo Yezhov a sus hombres cuando el número total de detenciones alcanzó la cifra de 767.397 y el de ejecuciones la de 386.798, con familias enteras aniquiladas y muchísimos niños huérfanos en virtud de la orden n.º 00447.*

Simultáneamente Yezhov se dedicaría a atacar los «contingentes nacionales»; esto es, las matanzas por nacionalidades de que fueron objeto principalmente polacos y alemanes. El 11 de agosto firmaría la orden n.º 00485, destinada a liquidar a «los grupos de espionaje y los elementos subversivos polacos», que acabaría con casi todo el Partido Comunista de Polonia, con la mayoría de los polacos existentes entre los dirigentes bolcheviques, con cualquiera que tuviera «contactos consulares» o sociales con dicho colectivo, y por supuesto con sus esposas e hijos. En el transcurso de la operación fueron detenidas unas trescientas cincuenta mil personas (144.000 de nacionalidad polaca), de las cuales fueron fusiladas 247.157 (ciento diez mil polacos): un verdadero genocidio a pequeña escala. Como comprobaremos más adelante, esta operación hizo mella con particular fuerza en el círculo del propio Stalin.** En conjunto

* Se ha abierto un debate entre los que, como Robert Conquest, sostienen que fue Stalin quien comenzó y dirigió el Gran Terror, y los llamados revisionistas, que afirman que éste fue consecuencia de la presión ejercida por una serie de jóvenes burócratas ambiciosos y de las tensiones surgidas entre el centro y las provincias. Los archivos han demostrado en la actualidad que Conquest tenía razón, aunque también es verdad que las distintas regiones cumplieron más que de sobra con las cuotas asignadas, lo que prueba que los revisionistas tampoco estaban equivocados, pero no acertaban a dar una imagen completa. Ambos puntos de vista, pues, son absolutamente complementarios.

** También fueron deportados ciento setenta mil coreanos. No tardaron en correr la misma suerte los búlgaros y los macedonios. A Stalin le pareció tan bien la operación polaca, que escribió en el informe de Yezhov lo siguiente: «¡Muy bien¡ No dejes de indagar entre el fango del espionaje polaco y purga en el futuro a todos sus integrantes. ¡Aniquílalos en el interés de la URSS!». Aunque fueron los polacos y los alemanes los que se llevaron la peor parte en esa operación, también sufrieron la deportación otras nacionalidades, como, por ejemplo, los kurdos, los griegos, los finlandeses, los estonios, los iraníes, los letones, los chinos (veteranos de la construcción de la línea férrea de Harbin) y los rumanos. Lo más curioso es que el NKVD ajustició a 6.311 sacerdotes, nobles y funcionarios comunistas, esto es, casi el 4 por 100 de la población del país satélite de Mongolia, en el que una burda imitación de Stalin, el mariscal Choibalsang, detuvo y fusiló también a su Tujachevski particular, el mariscal Demid.

las últimas estimaciones, que combinan las cuotas y los contingentes nacionales, arrojan una cifra de un millón y medio de detenidos en esas operaciones, con un balance de setecientos mil ejecuciones.[1]

«Golpear, destruir sin miramientos», ordenó Yezhov a sus sicarios. Los que mostraban «pasividad operativa» durante la detención de «las formaciones contrarrevolucionarias existentes dentro y fuera del Partido ... polacos, alemanes y kulaks» serían también aniquilados, pero lo cierto es que casi todos «intentaron superarse unos a otros con informes acerca de cantidades inmensas de personas detenidas». Yezhov, siguiendo a todas luces el ejemplo de los «cinco», especificaba de hecho que «si durante esta operación se ejecuta a mil individuos más, tampoco son tantos». Como Stalin y Yezhov iban aumentando sin cesar las cuotas, era inevitable que cayeran mil más por aquí o mil más allá, pero lo cierto es que destruyeron deliberadamente a toda una «casta». Y, al igual que el holocausto perpetrado por Hitler, este genocidio fue toda una proeza de gestión. Yezhov llegaría a especificar incluso qué arbustos debían plantarse para cubrir las fosas en las que eran enterrados en masa los cadáveres.[2]

Una vez comenzada la matanza, Stalin desapareció prácticamente de la escena pública, haciendo acto de presencia sólo para recibir y saludar a grupos de niños y a delegaciones. Fue así como empezó a propagarse el rumor de que desconocía lo que Yezhov estaba llevando a cabo. En 1937 Stalin únicamente habló dos veces en público, en 1938 sólo una, y canceló todas sus vacaciones (no volvería a ir al sur hasta 1945). Molotov fue el encargado de pronunciar los discursos del 6 de noviembre esos dos años. El escritor Ilia Ehrenburg se encontró a Pasternak en la calle: «Se puso a agitar los brazos allí mismo, plantado en medio de los montones de nieve y dijo: "Ojalá alguien le contara a Stalin lo que está pasando"». El director de teatro Meyerhold comentó a Ehrenburg: «Se lo ocultan todo a Stalin». Pero un amigo de ambos, Isaac Babel, amante de la esposa de Yezhov, se enteró de cuál era «la clave del enigma»: «Desde luego Yezhov tiene mucho que ver con todo esto, pero no es el último responsable».[3]

Stalin era el cerebro de la operación, pero no era ni mucho menos el único. De hecho, no se ajusta a la realidad ni tampoco conduce a ninguna parte hacer responsable del Gran Terror a un solo hombre, pues los asesinatos sistemáticos empezaron a producirse poco después de que Lenin asumiera el poder en 1917 y no cesaron hasta la muerte de Stalin. Ese «sistema social basado en el derramamiento de sangre» justificaba el asesinato en el presente en aras de una felicidad futura. El Gran Terror no fue una consecuencia de la monstruosidad de Stalin, aunque sin duda alguna contribuyó a su formación, a su expansión y a su aceleración el carácter singularmente avasallador del Vozhd, reflejo de su maldad y de su temperamento vengativo. «El mayor placer —comentó en una ocasión a Kamenev— consiste en señalar a un enemigo, prepararlo todo, vengarse de él a fondo y luego irse a dormir.» Este terror no se habría producido sin la existencia de un personaje como Stalin. No obstante,

reflejaba también los odios aldeanos de la incestuosa secta bolchevique, en la que bullían las envidias desde los años del destierro y de la guerra. A juicio de Stalin y sus secuaces la guerra civil había sido su mejor momento: el año 1937 supuso la recuperación del espíritu de Tsaritsin, como se encargaría incluso de recordarlo Stalin ante un grupo de oficiales:

«Estábamos en Tsaritsin con Vososhilov —empezó diciendo—. Desenmascaramos a los enemigos del pueblo en menos de una semana, aun cuando no estábamos al corriente de los asuntos militares. Los desenmascaramos porque los juzgamos por sus obras, y si los trabajadores políticos de hoy en día juzgan a los hombres por sus obras, no tardaremos en desenmascarar a los enemigos existentes en nuestro ejército».[4] El resurgimiento antibolchevique que se había producido en Alemania era más que real, y la guerra civil española establecía una nueva pauta para la comisión de actos de brutalidad y de traición. Los desastres económicos eran palpables: los papeles de Molotov revelan que, incluso en 1937,[5] seguía reinando el hambre y continuaban produciéndose casos de canibalismo.*

La corrupción de los «grandes» era un hecho notorio: Yagoda se dedicaba, al parecer, a los negocios inmobiliarios y al tráfico de diamantes utilizando fondos oficiales, y Yakir alquilaba dachas como si de un terrateniente se tratara. Las esposas de algunos mariscales, como, por ejemplo, Olga Budionni y su amiga Galina Yegorova, la mujer con la que había coqueteado Stalin durante la última cena de Nadia, brillaban en las embajadas y en los «salones, evocando las deslumbrantes recepciones propias ... de la Rusia aristocrática», junto con «espectaculares acompañantes y vestidas a la moda».

«¿Por qué han subido los precios un cien por cien, si en las tiendas no hay existencias? —se preguntaba Maria Svanidze en su diario—. ¿Dónde está el algodón, el lino y la lana, cuando se dieron medallas por mejorar las previsiones del Plan? ¿Y qué decir de la construcción de esas dachas privadas ... una cantidad absurda de dinero gastado en erigir magníficas villas y residencias de descanso?»[6]

La responsabilidad recae sobre los centenares de miles de oficiales y funcionarios que ordenaron o perpetraron los asesinatos. Stalin y sus jerarcas mataron de forma entusiasta y despiadada, casi alegremente, y por lo general mataron a más personas de las que se les había dicho que mataran. Ninguno de ellos sería juzgado nunca por estos crímenes.[7]

En su círculo de allegados, Stalin no tenía ningún pudor a la hora de ma-

* El 14 de abril de 1937 el fiscal general Vishinski escribió al primer ministro informándole de un serie de casos de canibalismo en Cheliábinsk, en los Urales. Entre otros, el de una mujer que se había comido a una criatura de cuatro meses, el de otra que había devorado con su hijo de trece años a un niño de ocho, y el de una madre que había hecho lo mismo con su hijo de tres meses.

nifestar que su objetivo era «acabar» con todos los enemigos. Según cuenta Budionni, no tuvo inconveniente en proclamar ese deseo suyo con toda claridad ante sus amigotes durante la fiesta del primero de mayo celebrada en casa de Voroshilov. Al parecer, comparaba una y otra vez su «terror» con la matanza de los boyardos emprendida por Iván el Terrible. «¿Quién va a acordarse de toda esa gentuza dentro de diez o veinte años? Nadie. ¿Quién se acuerda hoy en día de cómo se llamaban los boyardos de los que se deshizo Iván el Terrible?* Nadie ... El pueblo tenía que saber que estaba deshaciéndose de todos sus enemigos. Al final, todos tuvieron su merecido.»

«El pueblo lo entiende, Iosiv Vissarionovich, lo entiende y te apoya», contestó Molotov. De forma parecida, Stalin comentó a Mikoyan que «Ivan el Terrible mató a demasiado pocos boyardos. Habría debido matarlos a todos para poder crear un estado fuerte». Los jerarcas no desconocían el carácter de Stalin tanto como luego afirmarían.[8]

Mientras las provincias cumplían con las cuotas anónimas que les habían sido asignadas, Stalin se dedicaba también a ejecutar a miles de individuos a los que conocía perfectamente. Yezhov lo visitaba prácticamente todos los días. Al cabo de año y medio habían sido detenidos cinco de los quince miembros del Politburó, 98 de los 139 integrantes del Comité Central y 1.108 de los 1.966 delegados del XVII Congreso. Yezhov le presentó 383 listas específicas en las que se detallaban los nombres de víctimas con la siguiente nota: «Solicito aprobación para condenarlos a todos e incluirlos en la primera categoría».

La mayoría de esas listas negras fueron firmadas por Stalin, Molotov, Kaganovich y Voroshilov, aunque en otras muchas también estamparon su firma Zhdanov y Mikoyan. Hubo días, como, por ejemplo, el 12 de noviembre de 1938, en los que Stalin y Molotov llegaron a firmar hasta 3.167 ejecuciones. Normalmente se limitaban a anotar: «A favor», «VMN» o «*Vishka*». Según reconocería Molotov: «Firmé la mayoría —en realidad casi todas— las listas de detenidos. Lo discutimos y tomamos una decisión. Las prisas estaban a la orden del día. ¿Acaso era posible profundizar en todos los detalles? ... A veces se detuvo a gente inocente. Es lógico que de cada diez, uno o dos fueran detenidos de forma indebida, pero los demás no». Como había dicho Stalin: «Más vale una cabeza inocente menos que encontrarnos con vacilaciones en la guerra». En esas listas negras se ordenó la ejecución de 39.000 individuos. Stalin escribía en las listas notas para Yezhov, en las que decía, por ejemplo: «Camarada Yezhov, los elementos cuyo nombre he marcado con "det" deben ser detenidos, si no lo han sido todavía». A veces Stalin se limitaba a anotar el siguiente

* Esta declaración se parece de forma estremecedora al comentario que hizo Hitler a propósito del genocidio del pueblo judío, aludiendo a la matanza de armenios perpetrada por los turcos en 1915: «Después de todo, ¿quién se acuerda hoy en día de la matanza de los armenios?».

comentario: «Fusilar a los 138 [de la lista]». Cuando Molotov recibía las listas negras regionales, se limitaba a subrayar el número de individuos que había en ellas, nunca sus nombres. Kaganovich recuerda el frenesí que se vivía en aquellos días: «¡Cuántas emociones!». Todos fueron «responsables» y tal vez «culpables de llegar demasiado lejos».[9]

Stalin decía que los hijos no debían pagar los pecados cometidos por sus padres, pero a continuación arremetía contra las familias de los enemigos: tal vez fuera un reflejo de su mentalidad caucasiana o simplemente de aquel incestuoso laberinto de las parentescos bolcheviques. «Tenían que ser aislados —explicaba Molotov—, de no ser así, habrían difundido todo tipo de quejas.» El 5 de julio de 1937 el Politburó ordenó al NKVD «el confinamiento de las esposas de todos los condenados por traición ... en campos de trabajo durante un período de 5 a 8 años», estableciendo además que el Estado tomara bajo su tutela a los niños menores de quince años: se llevaron a 18.000 mujeres y a 25.000 niños. Pero eso no bastaba: el 15 de agosto Yezhov decretó que los niños de entre uno y tres años fueran confinados en orfanatos, y añadía que aquellos que resultaran «socialmente peligrosos, de edades comprendidas entre los tres y los quince años» fueran encarcelados, «dependiendo de su grado de peligrosidad». Casi un millón de criaturas creció en los orfanatos, y muchos de ellos no volvieron a ver a sus madres hasta veinte años después de su separación.[10]*

Stalin era el motor de aquella máquina asesina. «Ahora todo irá bien» escribía el 7 de mayo de 1937 a uno de sus matones que se quejaba de no haber «perdido los dientes», pero de encontrarse bastante confundido: «Cuanto más afilados tengas los dientes, mejor cumplirás tu cometido. I. St.», fue la respuesta del Vozhd. Ésta es sólo una de las muchas notas que aparecen en los archivos recientemente desclasificados en las que se pone de manifiesto, además de las órdenes meramente burocráticas de Stalin, su implicación directa y personal animando a los funcionarios de menor rango a que participaran en la matanza de sus camaradas. Los dientes nunca estaban suficientemente afilados para Stalin.[11]

Si los otros líderes podían salvar a algunos de sus amigos —y a otros no—, Stalin tenía la facultad de proteger a quien se le antojara: sus caprichos eran un elemento más de su mística. Cuando un viejo amigo suyo de Georgia, Sergo Kavtaradze, fue detenido, Stalin no autorizó su ejecución, sino que puso una señal junto a su nombre. Esa rayita hecha con lápiz salvó la vida del condenado. El nombre de otro viejo amigo suyo, el embajador Troyanovski, también

* Esta situación llegó a su punto culminante cuando un grupo de sesenta niños de edades comprendidas entre los diez y los doce años fueron acusados de formar «un grupo terrorista contrarrevolucionario» en Léninsk-Kuznetski y encarcelados por un período de ocho meses, hasta que se procedió al arresto de los agentes del propio NKVD, y los niños fueron liberados.

apareció en una lista: «No tocarlo», escribió Stalin.* Aunque un individuo fuera denunciado, el favor de Stalin podía hacerlo prácticamente inexpugnable, pero si veía traicionada su confianza, la venganza resultaba fatal, por mucho que tardara años en llegar. El mejor sistema para sobrevivir consistía en hacerse invisible, pues a veces una serie de funestas coincidencias podían poner a una persona en contacto con Stalin con resultados fatales: en una ocasión, cerca de Kuntsevo, una comunista polaca llamada Kostyrzewa se encontraba cuidando las rosas de su jardín cuando observó que Stalin se asomaba por encima del seto: «¡Qué rosas más hermosas!». Exclamó el Vozhd. Aquella misma noche la mujer fue detenida; no hay que olvidar, sin embargo, de que aquélla era la época de la manía obsesiva de que todos los polacos eran espías, y es posible que el nombre de la desdichada figurara ya en alguna lista.

Stalin a menudo se olvidaba —o fingía haberse olvidado— de lo que les había ocurrido a algunos camaradas, y años después se dedicaría a adoptar un aire de consternación cuando alguien le comunicaba que habían sido ejecutados. «Solíais contar con gente tan buena —comentaría más tarde a un grupo de camaradas polacos—. Vera Kostirzewa, por ejemplo. ¿Sabéis qué ha sido de ella?» Ni siquiera su cerebro, semejante a una agenda electrónica, era capaz de almacenar en su memoria los nombres de todas sus víctimas.[12]

A Stalin le divertía poner nerviosos a sus colaboradores: uno de ellos era Stetski, un individuo que había formado parte del parvulario de jóvenes protegidos de Bujarin y que había conseguido entrar en el Departamento de Cultura del Comité Central. Pues bien, en uno de los «careos» con sus acusadores, Bujarin entregó a Stalin una antigua carta escrita por Stetski en la que lo criticaba: «El camarada Bujarin —escribió el Vozhd a Stetski— me entregó la carta [de 1926-1927] que le mandaste, de la que se desprende que en Stetski no todo es trigo limpio. No he leído la carta. Te la devuelvo. Saludos comunistas, Stalin». Imaginemos por un momento el pánico que debió de invadir a Stetski al recibir esta nota escrita de puño y letra del Vozhd. Inmediatamente procedió a darle respuesta:

«Camarada Stalin, he recibido tu carta y te agradezco tu confianza. En mi carta ... escrita en una época en la que no era del todo trigo limpio ... pertenecía al grupo de Bujarin. Ahora me avergüenzo sólo de recordarlo...». Fue detenido y ejecutado.[13]

A Stalin le divertía jugar incluso con sus camaradas más cercanos: Budionni, por ejemplo, había actuado muy bien durante el juicio, pero cuando

* Los documentos de Stalin ofrecen ejemplos interesantísimos de su intervención personal: en una ocasión, un padre denunció a su hijo a la policía por participar en demasiadas fiestas escandalosas, pero el joven fue detenido e involucrado en un caso contra Tomski. El padre apeló a Stalin, quien apuntó en una nota: «¡Es necesario cambiar el castigo!». El padre escribió al Vozhd dándole las gracias.

empezaron las detenciones de los miembros de su equipo, acudió a quejarse a Voroshilov con una lista de individuos inocentes que estaban siendo investigados. Voroshilov quedó espantado: «Habla tú personalmente con Stalin». Y así lo hizo; Budionni se enfrentó directamente al Vozhd:

—Si esta gente es el enemigo, ¿quién llevó a cabo la Revolución? ¡Llegados a este extremo a nosotros también nos tendrían que meter en la cárcel!

—¿Pero qué dices, Semion Mijailovich? —exclamó Stalin entre carcajadas—. ¿Te has vuelto loco? —Hizo pasar entonces a Yezhov—: Aquí el amigo Budionni, que dice que es hora de que nos detengan.

Budionni afirmaba haber entregado su lista a Yezhov, quien liberó a algunos oficiales.[14]

Stalin también se especializó en tranquilizar a sus víctimas para luego proceder a su detención. A comienzos de año, la esposa de uno de los ayudantes de Ordzhonikidze en el Comisariado de Industria Pesada fue convocada personalmente por Stalin:

—Me he enterado de que va a todas partes a pie —le dijo—. Eso no está bien... le enviaré un automóvil.

Al día siguiente tenía una limusina a la puerta de su casa. Dos días después su esposo fue detenido.

Los generales, los diplomáticos, los espías y los escritores que habían servido en la guerra civil española, hundidos en un cenagal de traiciones, asesinatos, derrotas, intrigas trotskistas y denuncias, fueron diezmados incluso en aquellos casos en los que a todas luces no habían hecho nada malo. El embajador de Stalin en Madrid, Antonov-Ovseenko, un ex trotskista, se metió en un atolladero por intentar demostrar su lealtad; regresó a Moscú con un generoso ascenso concedido por Stalin, y al día siguiente fue detenido. Cuando el Vozhd recibió al periodista Mijail Koltsov, bromeó con él acerca de sus aventuras en la guerra española, llamándole «Don Miguel», pero luego le preguntó:

—¿No tienes la intención de pegarte un tiro? Hasta luego, Don Miguel.

Lo cierto es que Koltsov había jugado en España a un juego fatal, dedicándose a denunciar a otros individuos ante Stalin y Voroshilov. Don Miguel acabó siendo detenido.[15]

El despacho de Stalin era bombardeado con notas acerca de las ejecuciones llevadas a cabo en las provincias: un ejemplo típico, de fecha 21 de octubre de 1937, contiene una lista en la que figuran once individuos fusilados en Sarátov, ocho en Leningrado y luego otros doce, seis en Minsk y luego otros cinco... En total 82 personas. Hay centenares de listas como ésa, dirigidas a Stalin y a Molotov.[16] Por otro lado, Stalin recibía una marea de cartas solicitando su ayuda. Bonch-Bruevich, cuya hija estaba casada con un miembro del círculo de Yagoda, insistía:

«Créame, mi querido Iosiv Vissarionovich, yo llevaría personalmente a un

hijo o a una hija al NKVD si estuvieran en contra del Partido...».[17] El mismísimo secretario de Stalin desde los años veinte, Kanner, que se había encargado de las jugadas sucias del Vozhd contra Trotski y otros camaradas, fue detenido. «Kanner no puede ser un traidor —escribió una tal Makarova, tal vez su esposa—. Era amigo de Yagoda, pero ¿quién podía pensar que el Narkom de Seguridad fuera un canalla semejante? Créame, camarada Stalin: ¡Kanner merece su confianza!» Kanner fue ejecutado.

Con frecuencia esas peticiones de ayuda procedían de bolcheviques de la vieja guardia con los que Stalin había mantenido una estrecha amistad, como, por ejemplo, Vano Djaparidze, cuya desesperada misiva reza así: «Mi hija ha sido detenida. No puedo imaginar que ha podido hacer. Te pido a ti, queridísimo Iosiv Vissarionovich, que alivies el terrible destino de mi hija...».[18]

También recibía cartas de dirigentes que, considerándose perdidos, intentaban desesperadamente salvarse: «Soy incapaz de trabajar; no es una cuestión de lealtad al Partido, pero me resulta imposible no reaccionar ante la situación que me rodea; necesito aclarar ese ambiente y comprender a qué se debe ... Por favor, concédeme un momento de tu tiempo y recíbeme...», escribía Nikolai Krilenko, ni más ni menos que el comisario de Justicia, que había estampado su firma en tantas condenas de muerte. También él fue fusilado.[19]

Yezhov fue el principal encargado de organizar el Gran Terror, junto con Molotov, Kaganovich y Voroshilov como cómplices entusiastas. Pero todos los jerarcas tenían poder sobre la vida y la muerte: años más tarde, hablando de un joven ingeniero agrónomo que le había contrariado, Jrushchov recordaría ese poder en los siguientes términos:

«Bien, por supuesto podía haber hecho lo que hubiera querido con él, podía haberlo destruido, podía haberlo dispuesto todo para hacerlo desaparecer de la faz de la tierra... ya me entiende».[20]

21

Los trabajos y los días del Morita

Yezhov fue recibido por Stalin durante el Gran Terror en mil cien ocasiones, cifra superada únicamente por Molotov; y eso si se cuentan sólo las visitas oficiales a la «pequeña esquina». Debió de haber además muchos encuentros en la dacha. Los archivos reflejan cómo Stalin apuntaba los nombres de los que debían ser detenidos en pequeñas listas para discutirlas con el Morita: el 2 de abril de 1937, por ejemplo, escribe con su lápiz rojo y azul una lista para Yezhov que consta de seis puntos, muchos de ellos fatídicos, como el siguiente: «Purgar el Banco Estatal».* A veces, el Vozhd hacía que le llevaran de vuelta en coche hasta su casa.[1]

Yezhov seguía un horario de trabajo extenuante, intensificado por los terribles actos que debía supervisar y la presión que recibía desde instancias superiores e inferiores para que detuviera y matara a más gente: vivía la vida del estalinismo nocturno y estaba siempre agotado, por lo que cada vez se le veía más pálido y nervioso. Actualmente sabemos cómo trabajaba: solía dormir por la mañana, cenaba en casa con su esposa, se reunía con su ayudante, Frinovski, a tomar unas copas en la dacha de uno u otro, y a continuación se iba a Buturki o a la Lubianka a supervisar los interrogatorios y las torturas.[2] Desde que accediera a los niveles superiores del Partido, más o menos siete años antes, Yezhov conocería personalmente a muchas de sus víctimas. En junio de 1937, firmó la orden de arresto de su «padrino» Moskvin y la de la esposa de éste, cuya casa había visitado con frecuencia. Ambos fueron fusilados. Podía llegar a ser brutal. Cuando Bulatov, que había dirigido un departamento del CC junto con Yezhov y lo había visitado en su domicilio particular fue inte-

* Yezhov contestaba en lápiz negro: «Además de la copia del informe de Uzakovski que te envié, te mando otro de la 7ª División del GUGB [los Servicios de la Seguridad del Estado] acerca de las actividades de los trotskistas-chinos. Yezhov».

rrogado por quinta vez, el general-comisario asomó por una puerta que había en la pared:

—Bueno, ¿está testificando Bulatov?

—¡Qué va, camarada general-comisario! —contestó el interrogador.

—¡Arreadle bien! —aulló y desapareció.

Pero a veces es evidente que encontraba su trabajo muy duro: cuando tuvo que presenciar la ejecución de un amigo, se le vio desesperado. «Veo en tus ojos que lo sientes por mí», dijo el amigo. Yezhov estaba aturdido, pero ordenó al pelotón de fusilamiento que disparara. Cuando fue detenido otro viejo amigo, dio la impresión de sentirse conmovido, pero ordenó medio borracho a sus hombres que le «cortaran las orejas y la nariz, le sacaran los ojos, y lo descuartizaran»; aquellas palabras, sin embargo, no eran más que para la galería: más tarde estuvo charlando con el susodicho amigo hasta altas horas de la noche, lo que no impidió que fuera fusilado. El Politburó admiraba mucho a Yezhov, que, a juicio de Molotov, «no estaba libre de culpa, aunque era un buen trabajador del Partido».[3]

A veces, en medio de tanto asesinato y brutalidad, Yezhov mostraba su vieja faceta. Cuando recibió la visita del médico de Stalin, Vinogradov, que debía testificar en el proceso de Bujarin contra su propio maestro, Yezhov le aconsejó entre los efluvios del alcohol: «Es usted una buena persona, pero habla usted demasiado. Tenga en cuenta que cualquier persona con la que hable, trabaja para mí y me informará de todo. Le recomiendo que hable menos».[4]

El general-comisario estaba en todo su apogeo. Durante las vacaciones, Yezhov fue filmado paseando por el Kremlin, riendo en compañía de Stalin y fumando ridículamente un cigarrillo que parecía enorme. Durante los interminables discursos del 6 de noviembre en el teatro Bolshoi, el embajador de Estados Unidos Davies observó cómo «Stalin, Voroshilov y Yezhov murmuraban entre sí y bromeaban». *Pravda* lo elogiaba calificándolo de «bolchevique inflexible que, sin levantarse de la mesa de su despacho ni de día ni de noche, desenreda y corta los hilos de la conspiración fascista». Numerosas ciudades y estadios recibieron su nombre.* Según el «bardo» kazajo Dzhambul Dzhabaev, era «una llama que quema los nidos de las serpientes».[5]

Yevgenia y él vivían por aquel entonces lujosamente en una dacha (con el cine de rigor, pista de tenis y personal de servicio) en Meshcherino, cerca de Leninski Gori, donde tenían su residencia muchos otros dirigentes. Había adoptado a una hija, Natasha, procedente de un orfanato. Yezhov era tierno,

* Durante las festividades estatales los participantes en los desfiles pasaban ante el mausoleo portando grandes retratos suyos. El parecido de su nombre con la palabra que significa «guantelete de acero» hizo que aparecieran muchos carteles que mostraban su puño de hierro «estrangulando a unas serpientes» con las cabezas de Trotski, Rikov y Bujarin. Otro eslogan a propósito de Yezhov decía: «Yezhovy rukavitsy» («¡Gobernar con barra de hierro!»).

le enseñaba a jugar al tenis, a patinar y a montar en bicicleta. En las fotografías, podemos verlo junto a sus amigos, abrazando a Natasha como cualquier otro padre. La mimaba haciéndole regalos y jugaba con ella cuando volvía de trabajar.

Cuando Yezhov empezó a cargarse a comunistas extranjeros y a rusos que habían vuelto de la emigración, recibió una solicitud de una rusa emigrada bastante guapa que se hallaba en avanzado estado de gestación y estaba preocupadísima. Se llamaba Vera Trail y era hija de Alexander Guchkov, político liberal anterior a la Revolución. La joven recibió una llamada pasada la media noche:

—Al habla el Kremlin. El camarada comisario desea verla ahora.

Una limusina la trasladó hasta el Kremlin, donde fue conducida a un despacho alargado y en penumbra, iluminado por una lámpara verde. El erotismo del poder hace milagros, y Vera se sintió inmediatamente atraída por aquel «rostro finamente cincelado», por aquel «pelo castaño y ondulado, y aquellos ojos azules, del azul más oscuro que había visto en mi vida», y por aquellas «manos pequeñas, gráciles y delgadas». La mujer mencionó a unos cuantos amigos, sobre todo escritores, que habían sido detenidos. Yezhov se mostró receptivo, «un interlocutor maravilloso». El Morita echó a sus guardias para recibirla.

—No tengo por costumbre recibir a desconocidos sin protección.

—Yo ni siquiera traigo bolso... —respondió la joven flirteando.

—No, sólo unos cigarrillos Belomor. Pero había dicho usted que estaba embarazada.

—¿Que lo había dicho? ¿Acaso no lo ve? —la tripa de Vera era enorme.

—Sólo veo un bulto —dijo en tono de broma Yezhov—. ¿Pero cómo puedo saber que no se trata de una bomba de relojería astutamente escondida debajo de un cojín? No la han registrado... ¿verdad? —Yezhov se levantó y dio una vuelta alrededor de la mesa de su despacho, como si fuera a tocarle el vientre, pero a mitad de camino se detuvo y volvió a sentarse diciendo entre risas—: Por supuesto que está usted embarazada. Sólo estaba bromeando.

Fue aquel un momento verdaderamente yezhoviano, en el que el comisario desplegó todo su humor pueril y chabacano (aunque, gracias a Dios, suponía un gran avance, comparado con los concursos de pedos de hacía unos años), en un alarde de amenazas y paranoia. Le prometió revisar el caso y recibirla otra vez, proponiéndole con amabilidad que descansara y se fuera directamente a la cama. La noche siguiente, volvieron a llamar del despacho de Yezhov:

—Váyase a París inmediatamente.

Vera cogió el tren a la mañana siguiente convencida de que el comisario se había apartado de su costumbre por el motivo que fuera con el fin de salvarle la vida. Todos los integrantes de la lista que le había dado fueron ejecutados. Pero a ella le perdonó la vida.[6]

No obstante, la atracción personal no solía ser motivo suficiente para salvar la vida de un enemigo del pueblo. Durante los años treinta, el Morita había tenido una aventura amorosa con una mujer llamada Yevgenia como su esposa, casada con el embajador ruso en Polonia, y se había ofrecido a mantenerla en Moscú. Pero Yevgenia Podoskaya, que rechazó la oferta, fue detenida en noviembre de 1936 y fusilada el 10 de marzo de 1937.[7]

Yezhov bombardeaba a Molotov con informes acerca de las conspiraciones que había descubierto.[8] Kaganovich y él estaban entusiasmados: «Creo que los principales responsables fuimos Stalin y cuantos lo animamos, los que éramos más activos. Yo siempre fui activo, siempre apoyé las medidas que se tomaron», diría Molotov. «Stalin tenía razón: Mejor una cabeza inocente menos...» Kaganovich era de la misma opinión: «¡De lo contrario, nunca habríamos ganado la guerra!». Es bien sabido que Molotov revisó en una ocasión una lista de individuos detenidos y escribió personalmente la abreviatura VMN junto al nombre de una mujer. Fue Molotov quien firmó y, al parecer, añadió nuevos nombres a la lista de esposas de enemigos del pueblo que debían ser fusiladas, por ejemplo los de las mujeres de Kosior y Postishev. Finalmente fueron todas ejecutadas. De los veintiocho comisarios que trabajaban a las órdenes de Molotov a comienzos de 1938, veinte fueron asesinados. Cuando vio el nombre de un bolchevique llamado G. I. Lomov en una lista, Stalin preguntó: «¿Qué hacemos con ellos?».

«A favor de la detención inmediata del hijo de puta de Lomov», escribió Molotov a modo de respuesta. En el caso de un infortunado catedrático de la universidad, Molotov preguntó a Yezhov: «¿Por qué sigue el profesor en el Ministerio de Asuntos Exteriores y no está en el NKVD?».[9] En una ocasión que fueron quemados por error unos libros de Stalin y Lenin, Molotov ordenó a Yezhov que acelerara el caso.[10] Cuando se enteró de que un fiscal de cierta región había murmurado acerca de las purgas y había dicho en tono de broma, cosa por lo demás comprensible, que era sorprendente que Stalin y Molotov siguieran vivos habiendo tantos terroristas que intentaban matarlos, ordenó al NKVD: «Investigadlo, según hemos acordado con Vishinski [el superior del susodicho funcionario en Moscú]. Molotov». Kaganovich se jactaba de que no había ni una sola línea férrea «sin elementos subversivos trotskistas-japoneses», y escribió por lo menos treinta y dos cartas al NKVD exigiendo que se practicaran ochenta y tres arrestos, y firmó listas negras con los nombres de 36.000 personas. Fueron ejecutados tantos ferroviarios que un agente llamó por teléfono a Poskrebishev para avisarle de que una línea había quedado completamente desguarnecida.

Pero todos los líderes sabían que ellos mismos eran sometidos constantemente a comprobaciones: los dos secretarios de Molotov fueron detenidos.

«Tuve la sensación de que el peligro me acechaba —diría cuando ambos prestaran testimonio contra él—. Mi primer ayudante se tiró por el hueco del

ascensor en la sede del NKVD.»[11] Nadie podía estar seguro: había que pensar en la familia. Stalin había dejado muy claro que había que exterminar a los enemigos del pueblo «sin mirar su cara». Si alguien pensaba que su elevado cargo lo iba a salvar, la detención de miembros del Politburó como Rudzutak los sacaría del error. Se prepararon testimonios contra el mundo, incluso contra Molotov, Voroshilov y Kaganovich. Los chóferes de los líderes eran detenidos con tanta frecuencia que Jrushchov se quejó ante Stalin, que contestó: «Están recogiendo pruebas incluso contra mí». Todos debieron de pensar lo mismo que Jrushchov, quien preguntó: «¿Crees que puedo estar seguro ... de que mañana no van a trasladarme de este despacho a la celda de una prisión?».

* * *

El caso del mariscal Budionni seguramente atrajo la atención de todos: el 20 de junio de 1937, poco después de la ejecución de Tujachevski, Stalin comunicó al antiguo oficial de caballería:

—Yezhov me ha dicho que tu mujer se comporta de forma deshonrosa y ten en cuenta que no vamos a permitir que nadie, ni siquiera tu esposa, vaya a comprometerte en el Partido ni en el Estado. Habla con Yezhov sobre el asunto y decide lo que haya que hacer. No te has dado cuenta de que había un enemigo del pueblo a tu lado. ¿Por qué lo sientes por ella?

—Una esposa que sale mala es un asunto de familia, no una cuestión política, camarada Stalin —respondió Budionni—. Yo mismo me ocuparé de ello.

—Debes ser valiente —dijo el Vozhd—. ¿Crees que yo no lo siento cuando descubro que en mi círculo más íntimo hay enemigos del pueblo?

La esposa de Budionni, Olga, era una cantante del Bolshoi, cuya mejor amiga era la actriz casada con el mariscal Yegorov. Al parecer, Olga ponía los cuernos a Budionni con un tenor del Bolshoi y flirteaba con varios diplomáticos polacos. Budionni se presentó ante Yezhov, quien le comunicó que su esposa «junto con la Yegorova, visita las embajadas extranjeras...». Mientras el mariscal estaba inspeccionando sus tropas, su esposa fue detenida en plena calle, interrogada y condenada primero a ocho años y luego a otros tres. Budionni se puso a sollozar, «las lágrimas corrían por sus mejillas». Olga se volvió loca en la soledad de su confinamiento. Suele contarse la leyenda de que Stalin era más clemente con las mujeres: desde luego sobrevivieron más mujeres que hombres del Comité Central.* Pero Galina Yegorova, con apenas cuarenta años, fue fusilada antes

* Alejandra Kollontai, que por entonces contaba sesenta y cinco años y era embajadora en Suecia, fue una hermosa aristócrata bolchevique que escribió el manifiesto del feminismo y del amor libre, la novela titulada *El amor de las abejas obreras*. Su escandalosa vida sexual sorprendía y divertía a Stalin y Molotov. Muchos de sus amantes bolcheviques fueron ejecutados durante

incluso que su marido, el mariscal Yegorov. En este caso Stalin no mostró la menor caballerosidad. El flirteo que había tenido con el Vozhd la noche del suicidio de Nadia no debió de ayudarla mucho, pero lo cierto es que Stalin se mostró siempre más despiadado cuando había indicios de desenfreno sexual.[12]

Entre otras muchas cosas importantes, el Gran Terror supuso el triunfo de la gazmoñería moral de los bolcheviques sobre la libertad sexual de los años veinte. La eliminación de Yenukidze, Tujachevski y Rudzutak comportó lo que Molotov llamaba el «punto débil: ¡las mujeres!». El perfume de las actrices, el torbellino de los bailes diplomáticos, y el brillo de la decadencia extranjera bastaron a veces para convencer al solitario Stalin y al mojigato Molotov, víctimas de la envidia puritana, de que la traición y la doblez acechaban por doquier. Pero el desenfreno no fue nunca la verdadera razón de que sus enemigos fueran exterminados. Esa razón fue siempre política. Las acusaciones de desviación sexual fueron utilizadas para deshumanizarlos entre sus antiguos colegas. Se dijo que Yenukidze y Rudzutak se dedicaban a seducir a las que Kaganovich llamaba «niñas». Como es bastante inverosímil que en el Comité Central hubiera una célula de pedófilos, del mismo modo que tampoco cabe imaginar que en él hubiera red de terroristas y espías, lo que parece más probable es que aquellos dirigentes hedonistas se dedicaran simplemente a «proteger» a sus bailarinas, como han hecho siempre los millonarios. No obstante, Stalin había tolerado durante años las fiestas de Yenukidze (y probablemente se había divertido en ellas). Los mujeriegos, como Bulganin y Beria, siguieron medrando, siempre y cuando se mantuvieran leales y fueran competentes desde el punto de vista político, pero a nadie se le habría ocurrido decir que aquello era un simple chismorreo de la corte de Stalin.* La gente moría por un cotilleo.

---

el Gran Terror, pero ella sobrevivió. Sus cartas al Vozhd, dirigidas siempre al «respetadísimo Iosiv Vissarionovich» y acabadas con «cariñosos saludos de un corazón sincero», están llenas del romanticismo coqueto de la mujer que en otros tiempos fue hermosa, y apelan en todo momento a su caballerosidad. También la lúgubre veterana Yelena Stasova, carente por completo de atractivo, sobrevivió y continuó escribiéndole cartas llenas de cariño y agradecimiento. Igualmente sobrevivieron muchas de las mujeres de la familia de Stalin (aunque fueran detenidas), mientras que los hombres fueron diezmados.

* Durante aquella generación, la honrosa excepción a tanta hipocresía y estrechez de miras fue la singular pareja de bolcheviques, que combinaba la disciplina de Partido con la vida bohemia europea, formada por el comisario de Asuntos Exteriores Maxim Litvinov y su esposa inglesa, Ivy. Esta última se burlaba abiertamente de los charlatanes como Molotov y hacía ostentación de su promiscuidad con una legión de amantes germánicos: «Me importa un bledo lo que pueda decir cualquiera ... pues tengo la sensación de que mi cabeza y mis hombros están por encima de todos los que se regodean con temas escandalosos tan manidos como quién duerme con quién». Mientras tanto, el comisario Litvinov, un intelectual judío rechoncho, arrugado y tosco, que conocía a Stalin desde hacía mucho tiempo, pero nunca tuvo intimidad con él, había iniciado una aventura con una chica «muy mona, decididamente vulgar y atractiva», que vivía con ellos. La joven lo acompañaba incluso a las recepciones diplomáticas y entraba en su despacho vestida con pantalones de montar a caballo muy ceñidos.

Stalin era un hombre rígido del siglo XIX: aficionado a las mujeres bien vestidas de su círculo y a flirtear con ellas, estrictamente escrupuloso con su hija, no era partidario del feminismo ni del amor libre de comienzos de los años veinte, y hacia gala de un machismo rudo con sus amigos de sexo masculino. Su mojigatería era absolutamente «victoriana»: el hecho de que Svetlana enseñara las rodillas, incluso la expresión audaz de la niña en una fotografía, provocaban crisis absurdas. Stalin desaprobó el «primer beso» en la película *Volga-Volga* de Alexandrov, por ser excesivamente apasionado, de modo que toda la escena no sólo fue cortada, sino que, en un exceso de celo, los censores prohibieron casi por completo los besos en las películas soviéticas. En *La conjura de los boyardos,* segunda parte de *Iván el Terrible* de Eisenstein, a Stalin, que se identificaba íntimamente con el zar, le molestó sobremanera el beso que éste daba y que, según dijo, era demasiado largo y había que cortarlo. Cuando en la ópera *Eugenio Onegin* apareció Tatiana luciendo un vestido transparente, el Vozhd exclamó: «¿Cómo puede aparecer una mujer vestida así delante de un hombre?». El director trasladó inmediatamente la «modestia bolchevique» al ambiente mundano de Pushkin. En su vejez, al ver que en el paquete de una marca de cigarrillos georgianos aparecía una muchacha de aspecto provocativo, ordenó inmediatamente que todo el diseño fuera cambiado: «¿Dónde ha aprendido a sentarse de ese modo [la chica]? ¿En París?».

Stalin fomentó entre sus jerarcas una moralidad burguesa: cuando la mujer de Zhdanov quiso separarse de su marido debido a su alcoholismo, el Vozhd, igual que Hitler insistiera ante Goebbels en que volviera con su esposa, le dijo: «Debéis seguir juntos». Lo mismo ocurrió con Pavel Alliluyev. Cuando se enteró de que Kuibishev maltrataba a su mujer, exclamó: «Si lo hubiera sabido, habría puesto fin a tanta bestialidad».

Sin embargo, cuando un viejo amigo necesitaba ayuda por encontrarse en una situación embarazosa, Stalin le ayudaba encantado a salir de ella, como demuestra una carta fascinante conservada en su archivo. Alexander Troyanovski, probablemente el diplomático de este nombre, le pidió que le ayudara con su amante (una tal F. M. Gratsanova), que trabajaba en el NKVD y que había conseguido el trabajo gracias a Yagoda. Pues bien, si los dos dejaban su empleo al mismo tiempo, «habrá rumores. ¿Puedo, por tanto, irme yo primero? ... Por favor, resuélveme este dilema, como viejos camaradas que somos», decía en una carta a Stalin, quien le ayudó sin dudarlo enviando la siguiente misiva:

«Camarada Yagoda, arregla este asunto de Troyanovski. Está metido en un lío, el pobre diablo, y somos responsables [de sacarlo de él]. ¡Bueno, que Dios lo ampare o que se vaya al diablo! Arregla este asunto y haz de él un tío [*muzhik*] tranquilo. Stalin.» En 1938 Troyanovski volvió a pedir a Stalin que hiciera que Yezhov permitiera a la mujer mantener su piso. El Vozhd volvió a ayudarle.[13]

* * *

Uno de los misterios del Gran Terror sería la obsesión de Stalin por obligar a sus víctimas a firmar complejas confesiones de crímenes totalmente inverosímiles antes de morir. Sólo tras la matanza de los miembros del NKVD y de la cúpula del ejército entre marzo y julio de 1937 se erigiría en dictador absoluto. Pero incluso entonces tendría que convencer a sus jerarcas de que hicieran lo que les mandaba. ¿Cómo lo consiguió?

Para empezar estaba el carácter del propio Vozhd: el culto a la personalidad estaba tan extendido por todo el país que «la palabra de Stalin era la ley —diría Jrushchov—. No podía equivocarse. Stalin lo veía todo con claridad». Mikoyan opinaba que ese culto era el motivo de que nadie pudiera desafiar al Vozhd.[14] Pero el terror no fue fruto simplemente de la voluntad de éste: es posible que en buena medida fuera él quien lo inspirara, y que quizá refleje incluso sus fobias y sus complejos, pero sus mandatarios insistirían una y otra vez en que debía seguir purgando a más enemigos. No obstante, cuando conocían a la víctima, todos exigían pruebas. Ése es el motivo de que Stalin prestara tanta atención a la confesión escrita y firmada de las víctimas.

En cuanto Yezhov le llevaba los testimonios, Stalin los distribuía entre los miembros del Politburó, a los que costaba mucho trabajo refutar aquella avalancha de autoimputaciones y denuncias: en marzo de 1937, el Vozhd envió la típica nota cifrada a Molotov, Voroshilov, Kaganovich y Mikoyan:

«Os pido que reconozcáis el testimonio de las espías germano-polacas Alexandra (madre) y Tamara (hija) Litzinskaya y de Minervina, antigua secretaria de A. Yenukidze». Todos los jerarcas conocían perfectamente a Yenukidze, de modo que Stalin se encargó de que todos ellos vieran las pruebas acumuladas.[15] Cuando Mikoyan puso en duda esas confesiones, Stalin lo acusó de debilidad, pero luego lo hizo volver y le enseñó los testimonios firmados: «Está escrito de su puño y letra ... y firma en cada página». Aquellas confesiones ridículas bastaron para convencer a Kaganovich: «¿Cómo no vas a firmarla [la condena a muerte] si, según las investigaciones ... este hombre era un enemigo del pueblo?». Zhdanov, según su propio hijo, «confiaba en las denuncias de Yezhov ... Durante algún tiempo, mi padre creyó que había agentes zaristas entre los máximos dirigentes de Leningrado». Pero cuando sus padres conocían a una víctima o eran amigos suyos, su madre decía: «¡Si éste es un enemigo del pueblo, yo también lo soy!». Una y otra vez, en conversaciones mantenidas en voz baja, los máximos dirigentes y sus cónyuges utilizarían las mismas palabras para expresar sus dudas respecto a una o dos detenciones, aunque creyeran en la culpabilidad de la mayoría de las víctimas.

La sorpresa de los dirigentes era muy poco sincera. Cuando conocían a la persona, mostraban, como es natural, un interés especial por las pruebas, pero todos comprendían y admitían que los detalles de las acusaciones y las confesiones carecían de importancia. Entonces ¿por qué fueron todos asesinados? Nadezhda Mandelstam afirma que murieron «por nada», mientras que Maya

Kavtaradze, cuyos padres fueron detenidos, se limita a decir: «¡No preguntes por qué!». La gente era asesinada no por lo que *había* hecho, sino por lo que *pudiera* hacer. Como decía Molotov, «lo más importante era que en el momento decisivo no hubiera que depender de ellos». De hecho, algunos, como Rudzutak, ni siquiera fueron «conscientemente» desleales. Era el carácter *potencial* de su traición lo que hacía que Stalin siguiera admirando el trabajo o incluso la personalidad de sus víctimas: tras la ejecución de Tujachevski y Uborevich, no dudó en seguir pontificando ante el Politburó acerca del talento del primero y en animar a los militares a «adiestrar a vuestros soldados como lo hacía Uborevich».[16] Pero había además una faceta curiosamente religiosa.

Cuando Stalin dio instrucciones a Vishinski acerca del juicio de enero de 1937, se dirigió a los acusados diciendo: «Habéis perdido la fe»; y debían morir por haberla perdido. A Beria le dijo: «Un enemigo del pueblo no es sólo aquel que comete un acto de sabotaje, sino también el que pone en duda el acierto de la línea del Partido. Y son muchos los piensan de ese modo, y nosotros debemos eliminarlos». El propio Stalin daba por supuesto este principio cuando le dijo a un camarada desesperado que le había preguntado si seguía confiando en él: «Confío en ti políticamente, pero no soy tan rotundo en el ámbito de las futuras perspectivas de las actividades del Partido», lo que, al parecer, significaba que en ese momento confiaba en él, pero no necesariamente durante la guerra que se avecinaba.

«La idea política de purga general tiene algo de grande y de audaz», le decía en una carta enviada desde la cárcel Bujarin a su bien conocido Stalin, pues iba a «suscitar una desconfianza eterna ... De ese modo, la dirección está consiguiendo una garantía total para sí misma». Cuanto más fuertes fueran los enemigos del Estado, más fuerte debía ser el Estado (y Stalin). Este círculo de «desconfianza eterna» era el hábitat natural del dictador. ¿Creía en la veracidad de todos los casos? Desde luego no de una manera jurídica, aquel político de corazón de piedra creía sólo en la santidad de su propia necesidad política, confundida a veces con la venganza personal.

En una cena celebrada tras las fiestas del mes de noviembre, Stalin anunció que quien se atreviera a debilitar el poder del estado soviético «con sus pensamientos, sí, incluso con sus pensamientos», sería considerado enemigo del pueblo y «lo aniquilaremos a él y a su clan». Aquello podría haberlo dicho un caudillo medieval del Cáucaso, «un brillante político del Renacimiento italiano», o Iván el Terrible. Stalin afirmaba que él, que no era ningún gran orador y que era un personaje bastante corriente, había sucedido al «águila» Lenin porque eso era lo que había querido el Partido. Tanto él como sus hombres eran movidos por el «temor sacrosanto» a no justificar la confianza de las masas. Así, pues, seguía diciendo Stalin, se trataba realmente de un terror sagrado, fruto del carácter mesiánico del bolchevismo. No es de extrañar que Yezhov llamara al NKVD su «secta secreta».[17]

La sordidez de aquella maldad sacrosanta resulta totalmente increíble: la distancia que separa las cámaras de tortura de la Lubianka de la «pequeña esquina» de Stalin es de aproximadamente kilómetro y medio, pero por aquel entonces era mucho menor.

22

Mangas de camisa ensangrentadas: el círculo íntimo de la muerte

Por las mañanas, recién salido de las cámaras de tortura, el Morita visitaba el Politburó y asistía a reuniones. Un día Jrushchov se fijó en unas manchas de sangre que salpicaban el dobladillo y los puños de la blusa de campesino de Yezhov. Jrushchov, que desde luego no era ningún angelito, preguntó de qué eran esas manchas. El Morita respondió con un destello en sus ojos azules que cualquiera podía sentirse orgulloso de llevar esas manchas, pues eran de la sangre de los enemigos de la Revolución.

Stalin a menudo escribía las instrucciones pertinentes al lado de los nombres de sus víctimas. En diciembre de 1937, añadió junto a uno de ellos la orden: «¡Pegar, pegar y pegar!». «¿No es hora ya de apretarle las clavijas a este caballero y obligarle a informarnos de los sucios manejos que se trae entre manos? —puso al lado del de otro—. ¿Dónde está? ¿En una cárcel o en un hotel?» El Politburó declaró oficialmente que debía emplearse la tortura en 1937. Como afirmaría más tarde el Vozhd, «el uso de la presión física practicado por el NKVD ... y permitido por el Comité Central» era un «método totalmente correcto y conveniente».

Yezhov supervisaba la acción de sus torturadores, que poseían su propia jerga de trabajo: al proceso de acabar con una persona inocente lo llamaban la «lucha francesa», *francuskaya borbu*. Más tarde, cuando ellos mismos fueron interrogados varios años después, revelaron cómo empleaban el *zhguti*, un tipo especial de maza, y la *dubinka*, la porra, y otros métodos más tradicionales como la privación de sueño y los interrogatorios constantes, que llamaban la «cinta transportadora». La Cheka había practicado siempre un verdadero culto al tormento: de hecho, Leonid Zakovski, uno de los esbirros de Yagoda, había escrito una guía sobre la tortura.

Con frecuencia, algunos miembros del Politburó, como Molotov y Mikoyan, pasaban a interrogar a sus camaradas en el gran despacho de Yezhov en la

Lubianka: «Rudzutak ha sido golpeado y torturado de mala manera», decía Molotov a propósito de una de esas sesiones. «Fue preciso actuar de forma despiadada.» Kaganovich opinaba que «era muy difícil *no* ser cruel», pero «hay que tener en cuenta que eran bolcheviques de la vieja guardia experimentados. ¿Cómo iban a confesar voluntariamente?». Quizá dé la impresión de que «el Politburó estaba lleno de gángsters», en palabras de Molotov. Tal vez no fueran matones de la Mafia —pocos, excepto Yezhov y luego Beria, torturaron o mataron personalmente a sus víctimas, y desde luego ningún simple matón habría sido tan estúpido como para gastar tanto tiempo en tediosos debates de ideología—, pero a veces resulta difícil ver en dónde está la diferencia.

Stalin y sus jerarcas a menudo se reían de la capacidad que tenía el NKVD de hacer confesar a la gente. Stalin contó el siguiente chiste a alguien que había llegado a ser torturado: «Detuvieron a un muchacho y lo acusaron de haber escrito *Eugenio Onegin* —comentó el Vozhd—. El chaval intentó negarlo ... Unos días más tarde, el interrogador del NKVD se tropezó con los padres del muchacho. "¡Enhorabuena!", les dijo. "Su hijo ha escrito *Eugenio Onegin*"».* Muchos prisioneros eran golpeados con tanta violencia que literalmente les sacaban los ojos. Por regla general eran golpeados hasta la muerte, eventualidad que era registrada como ataque al corazón.

El propio Yezhov inventó el sistema de ejecución. En vez de utilizar las celdas de la Lubianka o de otras cárceles, como habían hecho sus antecesores, creó un matadero especial. Situado más o menos detrás y a la izquierda de la Lubianka, utilizaba para este fin otro edificio del NKVD que había en el callejón Varsanofevski. Los presos eran conducidos en «cuervos negros» por la calle que venía de la Lubianka (no había túnel) y llegaban al patio, donde había sido construido un edificio especial con suelo de cemento, ligeramente en declive, limitado por una pared de troncos de madera en la que pudieran incrustarse las balas, y provisto de mangueras y bombas de agua para limpiar los líquidos derramados. Después de recibir un tiro en la nuca, las víctimas eran colocadas en cajas de metal y trasladadas a un horno crematorio de Moscú. Las cenizas solían ser arrojadas a una fosa común, como la encontrada en el cementerio Donskoi.[1]

El camino que desembocaba en el Donskoi a menudo partía de una nota depositada sobre el escritorio de Stalin. El dictador no sólo recibía peticiones de que salvara la vida a algunas personas, sino también denuncias en las que se exigían penas de muerte. Una vez desencadenado el Gran Terror, las denun-

* Los primeros interrogadores intentaron que el delito estuviera en consonancia con el delincuente, obteniendo a veces unos resultados absurdos: la detención del primer secretario del *Oblast* Autónomo Judío de Birobizhan fue acusado convenientemente de haber envenenado el pescado relleno de Kaganovich durante su visita a la región. Probablemente, en las distintas repúblicas de la URSS, se echara veneno en los platos típicos, desde las salchichas del Báltico a las sopas picantes de los buriatos o los guisos de cordero de los tayikos.

cias eran como la gasolina que se echa en el fuego y sirve para avivar la llama. Las denuncias constituían ya un elemento esencial del sistema estalinista: se suponía que cualquiera podía denunciar a cualquiera. En el universo bolchevique, había sólo dos formas de que los errores llegaran a conocimiento de las autoridades: los accidentes y las denuncias. Las denuncias llegaban a raudales al despacho de Stalin: algunas eran valiosas. «Si viviéramos en un estado capitalista, hablarían de nosotros en el Parlamento y en los periódicos», decía Voroshilov. Algunas denuncias serían el equivalente estalinista de las preguntas parlamentarias espinosas y de los artículos de los periodistas de investigación:

«Probablemente os parezca desagradable que lleguen a escribirse semejantes cartas, pero yo estoy encantado de que así sea —comentaba Stalin—. Sería malo que nadie se quejara. No tengáis miedo de los litigios ... Es mejor que la amistad a expensas del gobierno». Pero habitualmente aquellas cartas envenenadas eran fruto de la manía persecutoria propia de una caza de brujas, de una maldad caníbal o de una ambición totalmente amoral.

Stalin se regodeaba pensando qué trato debía dispensar a las denuncias. Si las personas denunciadas no eran de su gusto, las cartas iban a parar al NKVD con una nota que decía «Comprobar», y lo más probable era que acabaran con la muerte del desgraciado individuo. Si deseaba «conservar» al acusado, archivaba la carta y siempre podía reactivarla al cabo de unos años. De ahí que entre sus papeles hubiera tantas denuncias, algunas procedentes de gente corriente, y otras de altos cargos: un caso típico sería el de una carta de un funcionario de la Internacional Comunista que denunciaba a los enemigos del pueblo existentes en el Comisariado de Asuntos Exteriores.[2] Cabe imaginar el ambiente de miedo e intriga que debía de reinar en el Kremlin: el ex secretario de Ordzhonikidze, intentando sin duda alguna salvar el pellejo, escribió a Stalin para denunciar a la viuda de Sergo, Zinaida, que había «dicho varias veces que no podía vivir sin Sergo y me preocupa que vaya a hacer alguna tontería ... A menudo la llaman por teléfono las esposas de ciertos traidores a nuestro Partido. Estas mujeres recurren a ella con peticiones (para que se las haga llegar al camarada Yezhov). No está bien y hay que decirle que no lo haga ... Te pido instrucciones. Cualquier orden será cumplida hasta la última gota de sangre. Tu devoto servidor, Semiushkin».[3] A veces la farsa se convertía rápidamente en tragedia, como ocurrió en el caso de los elementos subversivos que sabotearon la voz de Stalin.[4]*

* A finales de 1936, cuando Stalin inauguró la nueva constitución, Shumianski, el máximo dirigente de la industria cinematográfica, preguntó a Molotov si podía grabar el discurso del Vozhd. El 20 de noviembre, Molotov concedió el permiso. Maltsev, jefe del Comité Nacional de Retransmisiones Radiofónicas y de Radiofonía de la Unión, comunicó lleno de alegría a Stalin que el discurso había sido felizmente grabado y aprobado. Ahora solicitaba permiso para grabarlo en un disco de gramófono «para que lo oiga usted personalmente». Stalin dio su consentimiento. Pero el 29 de abril de 1937, cuando los aterrorizados funcionarios de la fábrica del

Una típica denuncia que leyó y marcó con sus comentarios Stalin, fue la que envió un tal Krilov desde la lejana Sarátov diciéndole al máximo mandatario que los «enemigos del pueblo tienen amigos dentro del NKVD y en la Fiscalía, y que ocultaban a otros enemigos».[5] Los militares mostraban tanto celo en este sentido como cualquier otro tipo de ciudadanos: «Te pido que destituyas al comandante ... Osipov —decía un oficial de Tiflis—, pues es una persona muy sospechosa». Stalin subrayó lo de «sospechosa» con su lápiz azul.[6]

El rayo de este Zeus moscovita fulminaba las provincias de maneras muy distintas: en julio de 1937, Liushkov, un despiadado agente de la Cheka que ya había hecho de las suyas en Rostov, fue convocado al Kremlin y enviado al Extremo Oriente soviético. Stalin hablaba de las vidas humanas como si fueran prendas de ropa viejas, que unas se guardan y otras se tiran: el primer secretario del Extremo Oriente, Vareikis, no era «completamente de fiar», pues tenía su propia camarilla, pero, en cambio, era «necesario conservar» al mariscal Bliujer. Liushkov detuvo sumisamente a Vareikis.

Otra forma menos fiable de actuar consistía en utilizar un instrumento local, como Polia Nikolaenko, la «heroica denuncianta de Kiev», según la calificaba elogiosamente Stalin. La especialidad de esta terrible desalmada, responsable de las muertes de más de ocho mil personas, consistía en levantarse en medio de una asamblea y lanzar acusaciones a diestro y siniestro: Jrushchov vio cómo «señalaba con el dedo a un individuo y decía: "No conozco a ese hombre de ahí, pero puedo afirmar por su forma de mirar que es un enemigo del pueblo"». Expresiones como la de la «forma de mirar» constituyen otro indicio del frenesí religioso del Gran Terror. La única forma de rechazar semejante acusación era responder con rapidez: «No conozco a esa mujer de ahí que acaba de denunciarme, pero puedo afirmar por su forma de mirar que es una puta». Polia Nikolaenko apelaba entonces a Stalin. Su nota en clave pone de manifiesto su simplicidad:

---

monopolio de gramófonos escucharon el disco, notaron que en la voz de Stalin había algo raro. Inmediatamente comunicaron a Poskrebishev que habían notado: «1. Fuertes ruidos. 2. Largos intervalos. 3. Ausencia de frases enteras. 4. Surcos cerrados. Y 5. Saltos y falta de claridad». El expediente contenía además un angustiado análisis del sonido sibilante de la voz de Stalin y de lo difícil que resultaba reproducirlo en disco. Peor aún, se habían fabricado ya mil de esos microsurcos. Algunos oficiales pretendían que se devolvieran, pero, como era habitual en aquella época, el jefe del equipo se había opuesto a semejante propuesta por la falta de respeto que suponía a la voz del camarada Stalin. A su juicio, era más respetuoso distribuirlos sin tener en cuenta las lagunas, los ruidos y los saltos. El comunicado concluye con un informe de *Komsomolskaya Pravda* que sugería que en la fábrica de gramófonos había sucedido algo muy siniestro con la voz del camarada Stalin, y que la insistencia del camarada Straik en que «se distribuyan los discos con toda rapidez» suponía una «postura muy extraña». Evidentemente era sabotaje y todos los culpables de mantener una actitud subversiva que hubiera en la fábrica debían «ser castigados con dureza». Es indudable que el NKVD se presentó a escuchar la colección de discos del camarada Straik.

«A la antesala del camarada Stalin. Solicito que entregues esta declaración personalmente al camarada Stalin. El camarada Stalin habló de mí en el pleno del mes de febrero». Su carta llegó al Vozhd, con unas consecuencias fatales para sus enemigos: «Querido líder, camarada Stalin —decía en una carta de 17 de septiembre de 1937, exponiendo astutamente la forma en que los dirigentes locales habían hecho caso omiso de las órdenes del Vozhd—. Te pido que intervengas en los asuntos de Kiev... Aquí los enemigos vuelven a acumular un poder imbatible ... acomodados en su *aparato* y haciendo cosas muy malas. A partir del pleno en el que hablaste de Kiev y de mi caso calificándome de una "personita", se han dedicado activamente a desacreditarme con el fin de destruirme políticamente». Los funcionarios de alto rango la trataban como si fuera una «enemiga» y una vez más empleaban el lenguaje de la brujería contra la propia bruja: «Uno que está relacionado con los enemigos del pueblo me gritó: "¡Se ve en sus ojos, tiene dos caras!"». Kosior, el máximo mandatario de Ucrania, y otros personajes la habían ridiculizado «en medio de sonoras carcajadas». «He sido, soy y seré ferviente partidaria del Partido y del gran líder. Tú me has ayudado a encontrar la Verdad. ¡LA VERDAD DE STALIN ES FUERTE! Esta vez vuelvo a pedirte que hagas todo lo que puedas en la organización de Kiev...» Diez días después, Stalin acudió en su ayuda diciendo a los dirigentes ucranianos:

«Haced caso a la camarada Nikolaenko (echad un vistazo a su carta). ¿Querréis protegerla de ese público de bestias? Según mis informaciones, Glaz y Timofeiev no son especialmente de fiar. Stalin». Parece que aquellos dos hombres fueron arrestados, mientras que Kosior sobrevivió de momento.[7]

En provincias también se empezó a matar a mucha gente y a un ritmo frenético: Jrushchov,* el máximo dirigente de Moscú, ordenó de hecho el fusilamiento de 55.741 oficiales, cifra que sobrepasaba cumplidamente la cuota de cincuenta mil asignada originalmente por el Politburó. El 10 de julio de 1937, Jrushchov escribió a Stalin pidiendo que le permitieran fusilar a dos mil ex kulaks para cumplir con su cuota. Los archivos del NKVD muestran sus iniciales en muchos documentos de propuesta de detenciones. En la primavera de 1938, había supervisado el arresto de treinta y cinco de los treinta y ocho secretarios provinciales y municipales, dato que nos permite hacernos una idea de cuál era su furor en este sentido. Desde que se estableció en Moscú, llevaba directamente sus listas negras a Stalin y a Molotov.[8]

—¡No puede haber tantos! —exclamó Stalin.

* Jrushchov fue un terrorista estalinista tan fanático como cualquiera durante los años treinta, pero la posibilidad que tuvo de destruir los documentos que lo incriminaban y sus propias memorias han envuelto su verdadero comportamiento en un halo de misterio. A. N. Shelepin, ex dirigente del KGB, declaró en 1988 que las listas negras de Jrushchov habían sido eliminadas por un agente de la policía secreta, I. V. Serov: 261 páginas de los papeles de Jrushchov fueron quemadas entre el 2 y el 9 de julio de 1954.

—En realidad hay más —contestó Jrushchov, según dice Molotov—. No puedes imaginarte cuántos hay.

A la ciudad de Stalinabad (Asjabad) se le asignó una cuota de 6.277 individuos que debían ser fusilados, pero en realidad fueron ejecutadas 13.259 personas.

En la mayoría de los casos, sin embargo, se asesinaba a las personas que no debían. Las autoridades locales escogían a sus víctimas y no podían resistir a la tentación de acabar con sus oponentes y respetar la vida de sus amigos. No obstante, era precisamente a esos «príncipes» y a su corte de secuaces a los que Stalin quería eliminar. Por eso el derramamiento de sangre inicial ordenado por los primeros secretarios no sólo no los salvó del peligro, sino que precisamente proporcionó una excusa para acabar con ellos. No era más que una cuestión de tiempo que tarde o temprano el gobierno central desencadenara una segunda oleada de terror destinada a erradicar a los propios «príncipes».

Sólo a los virreyes personales de Stalin, a Zhdanov en Leningrado y a Beria en Transcaucasia, no les hizo falta esa «ayuda». Zhdanov era otro de los que creían fervientemente que los trotskistas se habían infiltrado en Leningrado, aunque a veces comentara distraídamente sobre algún caso: «¿Sabes? Nunca pensé que Viktorov fuera un enemigo del pueblo», según dijo, al parecer, al almirante Kuznetsov, que «no notó la menor sombra de duda en su voz, sino sólo sorpresa ... Hablábamos ... como si fuéramos hombres que estuvieran más allá de la tumba».

Zhdanov supervisó la detención de 68.000 personas en Leningrado. En cuanto a Beria, todo un profesional de la Cheka, se encargó de su cuota inicial de 268.950 detenciones y 75.950 ejecuciones. Dicha cifra sería elevada con posterioridad. El 10 por 100 de los miembros del Partido en Georgia, particularmente bien conocido por Stalin, fueron asesinados. Beria se distinguió por llevar a cabo personalmente la tortura de la familia de Lakoba, haciendo que la esposa de éste se volviera loca tras colocar una serpiente en su celda, y matando de una paliza a sus hijos adolescentes.[9]

La solución fue el envío de los favoritos de Stalin con la misión de exterminar a los «príncipes», labor que por otra parte constituía una prueba muy útil de la lealtad de los jerarcas. No había mejor forma de acostumbrarse al derramamiento de sangre que una buena excursión por las distintas repúblicas. Igual que los *condottieri* de la guerra civil, los favoritos emprendían la gira de fusilamientos montados, con sus matones del NKVD, en sus propios trenes blindados. Mikoyan, comisario del pueblo de Comercio Exterior y Abastecimientos, tiene fama de ser uno de los líderes más decentes: no cabe duda de que más tarde ayudó a las víctimas y se esforzó denodadamente para desbaratar el régimen de Stalin después de la muerte de éste. En 1937, sin embargo, también él firmó listas negras y propuso la detención de cientos de funcionarios dependientes de su departamento. Durante todo el reinado de Stalin, Mi-

koyan fue lo bastante astuto como para evitar las intrigas, renunciar a la ambición de alcanzar los puestos más elevados, y, gracias a su notable inteligencia y su prodigiosa capacidad de trabajo, concentrarse en sus responsabilidades: sabía cómo jugar el juego y hacer sólo lo estrictamente necesario.

Los jerarcas salvaban a sus amigos, pero sobre todo trataron de hacerlo a partir de 1939, ya en un ambiente totalmente distinto. La antesala de Andreyev —afirmaba su hija— «estaba llena de las personas a las que había salvado», pero Kaganovich reconocía honradamente que «era imposible salvar a amigos y parientes», debido al «clima público». Tuvieron que matar a muchos para salvar a unos pocos. Mikoyan probablemente hiciera más que la mayoría, apelando a Stalin en favor de su amigo Andreasian y diciéndole que había sido acusado de ser un agente francés por unos investigadores imbéciles debido a que su nombre de pila era Napoleón.

—Es tan francés como tú —comentó en tono de broma Mikoyan. Stalin se echó a reír.*

Voroshilov, que fue responsable de tantas muertes, hizo llegar la petición de la hija de un amigo suyo que había sido detenido al propio Vozhd, quien escribió sobre ella el comentario habitual: «Al camarada Yezhov. Comprueba esto». El padre de la joven fue puesto en libertad y llamó para dar las gracias a Voroshilov, quien preguntó:

—¿Fue muy horrible?

—Sí, muy horrible —contestó el otro. Ninguno de los dos volvió a tocar el tema.

Stalin se veía tan asediado de peticiones que hizo aprobar un decreto del Politburó prohibiendo las apelaciones. Si un líder intervenía para salvar a un amigo, lo fundamental era evitar que cayera en manos de otro líder. Mikoyan se las arregló para salvar a un camarada y le suplicó que se fuera de Moscú inmediatamente, pero el individuo en cuestión, un bolchevique de la vieja guardia, con todo el pundonor de un antiguo caballero que necesita que le devuelvan la espada, insistió en recuperar el carnet del Partido. Llamó a Andreyev y éste hizo que lo volvieran a detener.

Es posible que la amabilidad de Mikoyan llegara a oídos del Vozhd, pues de repente mostró hacia él una actitud fría. A finales de 1937, comprobó hasta dónde llegaba el compromiso de Mikoyan con su política enviándolo a Armenia con una lista de trescientas víctimas que debían ser arrestadas. Mikoyan la firmó, pero logró tachar de ella el nombre de un amigo. De todas formas el sujeto en cuestión acabó siendo detenido. Justo mientras estaba pronunciando

* Las situaciones absurdas de este tipo eran muy abundantes: en el terrible campo de trabajo en el que fue recluida, la viuda de Bujarin se encontró con este mismo ambiente cuando otra prisionera la acusó de poseer un libro titulado *Las amistades peligrosas*, que supuestamente era una perniciosa guía del espionaje.

un discurso en la asamblea del Partido en Ereván, entró Beria en la sala con la intención tanto de vigilarlo a él como de aterrorizar a los participantes locales. Fueron detenidas mil personas, entre ellas siete de los nueve miembros del Politburó de Armenia. Cuando Mikoyan regresó a Moscú, Stalin lo trató otra vez cariñosamente.[10]

Todos los jerarcas emprendieron giras sangrientas por el país. Zhdanov llevó a cabo purgas en los Urales y en la región del Volga medio. Ucrania tuvo la mala suerte de recibir la visita de Kaganovich, Molotov y Yezhov. Kaganovich también fue enviado a Kazajstán, Cheliábinsk, Ivánovo y otros lugares en los que sembró el terror: «Un primer estudio ... demuestra que el secretario del Obkom, Epanchikev, debe ser detenido de inmediato...», comenzaba el primer telegrama que envió desde Ivánovo en agosto de 1937, y continuaba diciendo: «El sabotaje trotskista-derechista ha alcanzado aquí unas dimensiones amplísimas, en la industria, la agricultura, los abastecimientos, la sanidad, el comercio, la educación y la labor política ... campos todos excepcionalmente infestados».[11] Pero aquello no fue nada comparado con el furor sanguinario de los dos monstruos más prolíficos que salieron de *tournée*.

Andrei Andreyev, a la sazón de cuarenta y dos años, bajito, de rostro bigotudo y tímido, no había sabido estar a la altura del reto que suponían los ferrocarriles soviéticos, pero encontró su lugar ideal en la secretaría del CC al lado de Yezhov. Uno de los pocos proletarios existentes entre los máximos dirigentes, aquel silencioso aficionado a Chaikovski, al montañismo y a fotografiar la naturaleza, estaba casado con Dora Jazan, a la que escribía encantadoras postales hablando de sus hijos, y se convirtió en el maestro insuperable de aquellos sangrientos espectáculos ambulantes.

El 20 de julio, llegó a Sarátov dispuesto a diezmar a la República Alemana del Volga:* «Es necesario utilizar todos los medios para purgar Sarátov —le decía a Stalin en el primero de una verdadera avalancha de telegramas llenos de entusiasmo y fanatismo—. La organización de Sarátov acoge todas las decisiones del CC con gran placer». Resultaba difícil de creer. En todas partes descubría que las autoridades locales «no tenían ningunas ganas de destapar al grupo terrorista» y habían «perdonado a los enemigos desenmascarados». Al día siguiente, Andreyev ya estaba deteniendo sospechosos como un loco: «Hemos tenido que detener al segundo secretario ... En cuanto a Freshier, tenemos pruebas de que pertenecía a la organización trotskista-derechista. Pedimos

* Después de entrevistar a la hija de Andreyev y Dora Jazan, Natasha, y oírla decir que su padre era inocente de todos esos crímenes, el autor encontró toda esta nueva documentación condenatoria. Las notas y las cartas de Andreyev se han conservado porque, a diferencia de otros delincuentes como él (Kaganovich, Malenkov o Jrushchov), perdió el poder tras la muerte de Stalin, justo cuando los otros se las arreglaron para destruir toda la documentación que pudiera incriminarlos.

permiso para detenerlo». Uno de esos grupos estaba formado por «veinte sujetos que realizaban una labor muy destructiva en la fábrica de tractores. Decidimos arrestar y procesar a dos de sus directivos», que resultó que formaban parte de una «organización derechista de kulaks», cuyos miembros habían «saboteado los tractores» o, mejor dicho, se dedicaban a trabajar lentamente pues «sólo 14 de los 74 previstos estaban acabados». A las 23.38 de esa misma noche, Stalin escribía su respuesta con el lápiz azul: «El Comité Central está de acuerdo con tus propuestas de procesamiento y fusilamiento de los antiguos trabajadores de la fábrica de tractores». Veinte de ellos fueron ejecutados. Tres días más tarde, Andreyev se jactaba ante Stalin de haber descubierto una «organización fascista. Proyectamos detener al mismo tiempo al primer grupo de cincuenta o sesenta personas ... Tuvimos que arrestar al primer ministro de la República, Luf, por pertenencia probada a la banda de trotskistas-derechistas». Desde allí se trasladó a Kuibishev y posteriormente al Asia Central, donde destituyó a todos los dirigentes, pues, según le había dicho Stalin: «En general, actúa como mejor te parezca». En consecuencia, detuvo en Stalinabad a «siete Narkoms, cincuenta y cinco jefes del CC, tres secretarios del CC» y, de vuelta en Voronezh, declaraba con buen humor: «Aquí ya no hay Politburó. Todos sus integrantes han sido detenidos como enemigos. Ahora salgo para Rostov».[12]

En estas giras desenfrenadas Andreyev fue acompañado de un joven rechoncho de treinta y cinco años, Georgi Malenkov, el burócrata sanguinario cuya carrera se benefició más de las purgas, y que provenía de la *intelligentsia* de provincias, descendiente de una familia de funcionarios zaristas y de noble cuna.* Acompañó a Mikoyan a Armenia y a Yezhov a Bielorrusia. Un historiador calcula que Malenkov fue el responsable de ciento cincuenta mil muertes.

Bajito, fofo, pálido y de cara redonda, barbilampiño, con la nariz llena de pecas, ojos oscuros, ligeramente mongoloides y un flequillo negro sobre la frente, Malenkov tenía unas caderas anchas, casi femeninas, el cuerpo en forma de pera y una voz chillona. No es de extrañar que Zhdanov le pusiera de mote «Malania» o «Melanie». «Daba la impresión de que bajo capas y capas de grasa» intentara salir a la superficie un hombre delgado y hambriento. Su tatarabuelo había llegado a Rusia procedente de Macedonia durante el reinado de Nicolás I, pero, según decía Beria en tono de broma, no se parecía mucho a Alejandro Magno. Los antepasados de Malenkov habían gobernado Orenburg para los zares. Descendiente de generales y almirantes, se veía a sí mismo en la tradición de un *posadnik*, el administrador electo de la antigua

* Lenin, Felix Dzerzhinzky, el fundador de la Cheka, y Chicherin, comisario de Asuntos Exteriores hasta 1930, lo mismo que Molotov, Zhdanov, Sergo y Tujachevski, pertenecían a la nobleza hereditaria según la tabla de rangos de Pedro el Grande, en virtud de la cual se adjudicaba a cada individuo su rango hasta 1917. Ninguno de ellos pertenecía a la nobleza de título.

Nóvgorod, o de un *chinovnik*, burócrata, como sus antepasados. A diferencia de los matones estalinistas, como Kaganovich, que trataban a gritos y a bofetadas a sus subalternos, Malenkov se levantaba cuando un subordinado suyo entraba en su despacho y le hablaba con voz pausada en un ruso elegante, sin soltar tacos, aunque lo que dijera resultara a veces escalofriante.

El padre de Malenkov había sorprendido a su familia casándose con la formidable hija de un herrero con la que tuvo tres hijos. Georgi, que quería muchísimo a su autoritaria madre, era el más joven de los tres. Había estudiado en el liceo clásico de su ciudad natal, y había aprendido latín y francés. Entre tanto zapatero y carpintero, Malenkov, lo mismo que Zhdanov, tenía fama de hombre culto, y había obtenido el título de ingeniero eléctrico. Como tantos otros jóvenes ambiciosos, ingresó en el Partido durante la guerra civil: de forma harto poco convincente, su familia aseguraba que había servido en la caballería, pero no tardó en encontrarse en terreno seguro a bordo de los trenes propagandísticos, en los que conoció a su mujer, la dominante Valeria Golubtseva, que procedía de un ambiente parecido al suyo.

Felizmente casado, Malenkov tenía fama de ser un padre maravilloso para sus hijos, sumamente cultos, a los que él mismo se encargaba de dar clase y de leer poesías incluso cuando regresaba agotado a casa en plena guerra. Su mujer le ayudó a conseguir un empleo en el Comité Central, donde llamó la atención a Molotov, ingresó en la secretaría de Stalin y llegó a secretario del Politburó a comienzos de los años treinta, siendo uno de aquellos jóvenes espabilados que, como Yezhov, impresionaron gratamente primero a Kaganovich y luego al propio Vozhd por su entrega y eficiencia. Cuando estaba en compañía, sin embargo, tenía un fino sentido del humor.

Aquel jerarca astuto con «aspecto de eunuco» no hablaba nunca, a menos que fuera necesario, y siempre escuchaba a Stalin, tomando notas en todo momento en un cuadernito que llevaba por título «Instrucciones del Camarada Stalin». Sucedió a Yezhov como jefe del Registro de Personal del CC, encargado de seleccionar a los cuadros que debían ocupar los distintos cargos. En 1937, según dijo Mikoyan, desempeñó un «papel especial». Fue el director encargado de orquestar burocráticamente el Gran Terror. Una lacónica nota aparecida entre los papeles de Stalin nos ilustra perfectamente acerca de cuál era su relación:

«Camarada Malenkov, Moskvin debe ser detenido. I. St.». Las jóvenes estrellas del régimen, Malenkov, Jrushchov y Yezhov, eran tan buenos amigos que eran llamados «los inseparables». Pero en aquella lotería paranoica, hasta un Malenkov podía ser destruido. En 1937 fue acusado en el Congreso del Partido de Moscú de ser enemigo del pueblo. Estaba hablando de cómo había ingresado en el ejército rojo en Orenburg durante la guerra civil cuando se oyó una voz gritar:

—¿Había blancos en Orenburg por aquel entonces?

—Sí...

—Pues eso significa que tú estabas con ellos.

—Es posible que por aquel entonces hubiera blancos en Orenburg —intervino Jrushchov—, pero el camarada Malenkov no era uno de ellos—. Corrían unos tiempos en los que cualquier vacilación podía desembocar en un arresto.[13] Por esas mismas fechas Jrushchov salvó su propia piel presentándose en persona ante Stalin y confesando que había sufrido el embrujo del trotskismo a comienzos de los años veinte.[14]

El séquito del Vozhd fomentó frenéticamente el terror. Incluso muchas décadas después, aquellos «fanáticos» seguían defendiendo los asesinatos en masa: «Soy responsable de la represión y considero que estuvo bien», dijo Molotov. «Todos los miembros del Politburó fuimos responsables ... Pero en 1937 era necesaria.» Mikoyan admitía que «todos los que trabajamos con Stalin ... tuvimos una parte de responsabilidad». Matar a tanta gente estuvo mal, pero lo que resulta más difícil de asumir es que supieran perfectamente que muchas de sus víctimas eran inocentes, incluso según sus incomprensibles criterios: «Somos culpables de haber llegado demasiado lejos —diría Kaganovich—. Todos cometimos errores ... Pero ganamos la segunda guerra mundial.»[15] Los que conocieron a los instigadores de aquellos asesinatos de masas comentarían más tarde que Malenkov o Jrushchov «no eran malvados por naturaleza», y que no eran «lo que luego llegaron a ser». Fueron hombres de su tiempo.[16]

En el mes de octubre, otro pleno aprobó la detención de más miembros del Comité Central. «La cosa se produjo gradualmente —dice Molotov—. Setenta miembros expulsaron a unas diez o quince personas; luego sesenta echaron a otras quince.» Cuando una autoridad local apeló aterrorizada a Stalin pidiéndole que «me recibiera aunque sólo fueran diez minutos para hablar de asuntos personales, pues he sido acusado, víctima de una mentira espantosa», el Vozhd garabateó en color verde la siguiente nota a Poskrebishev:

«Di que estoy de vacaciones».[17]

23

Vida social durante el Gran Terror: las esposas y los hijos de los jerarcas

Y, sin embargo, toda esta tragedia tuvo lugar en un clima público de alegría, en medio de una celebración interminable de triunfos y aniversarios. Veamos una escena de los años del terror que debió de tener lugar no se sabe bien ni dónde ni cuándo entre una hija, la mejor amiga de ésta y el fastidioso papá de la primera. Stalin veía a su hija Svetlana en su domicilio a diario a la hora de cenar. Un día, en el momento culminante del Gran Terror, Stalin estaba cenando con Svetlana, a la sazón de once años de edad, y la mejor amiga de ésta, Martha Peshkova, cuyo abuelo, Gorki, y cuyo padre habían muerto supuestamente asesinados por Yagoda, el amante de su madre. Stalin quería que Svetlana fuera amiga de Martha, e hizo que se conocieran. En aquella ocasión las niñas estaban jugando en el cuarto de Svetlana cuando llegó el ama de llaves y les dijo que Stalin ya había llegado a casa y estaba a la mesa. El Vozhd se encontraba solo, pero de muy buen humor: evidentemente le gustaba mucho volver a casa y ver a Svetlana, pues a menudo aparecía gritando: «¿Dónde está mi *jozyaika*?», y luego se sentaba con ella y la ayudaba a hacer los deberes. Los extraños quedaban sorprendidos al ver cómo aquel ser tan cruel «era tan cariñoso con su hija». La sentaba en sus rodillas y decía al visitante:

—Desde que murió su madre, siempre le digo que ella es la *jozyaika*. Se lo creía tanto que intentaba dar órdenes en la cocina, aunque luego tuvieran que echarla inmediatamente de allí. Se ponía a llorar a moco tendido, pero yo sabía siempre calmarla.

Aquella noche, el Vozhd bromeó con Martha, una niña muy mona con tendencia a ponerse roja como un tomate:

—¿Y qué, Marfochka? Me han dicho que te persiguen todos los muchachos —Martha se sintió tan azorada, que no acertó ni a tragar la sopa ni a responder—. ¡Así que te persiguen muchos chicos! —insistió Stalin.

Svetlana acudió en ayuda de su amiga:

—¡Venga, papá, déjala en paz!

El Vozhd se echó a reír y asintió, diciendo que siempre obedecía a su querida *jozyaika*. Aquella cena, recuerda Martha, «fue horrible para mí», aunque Stalin no le daba miedo, ya que lo conocía desde que era una niña. Pero para aquellas criaturas nada era lo que parecía: tantos eran los amigos de los padres de Svetlana que habían desaparecido. En cuanto a Martha, acababa de ver* cómo era detenido el amante de su madre.[1]

Para los hijos de los líderes que no acabaron detenidos, no hubo nunca una época más alegre y divertida. La locura del jazz seguía imponiéndose en el país: el último musical de Alexandrov, *Volga-Volga*, fue estrenado en 1938 y sus melodías eran tocadas una y otra vez en las salas de baile. En las fiestas dadas para el cuerpo diplomático, los asesinos bailaban a ritmo de jazz: Kaganovich decía de este tipo de música que era «sobre todo el gran amigo del entretenimiento, el organizador musical de nuestra juventud divertida». El propio Kaganovich escribió un panfleto-guía del jazz en colaboración con su amigo Leonid Utesov, el millonario del jazz, titulado *Cómo organizar conjuntos de coros y danzas y orquestas de jazz entre los ferroviarios*, en el que «la Locomotora» recomendaba la creación de una banda de *dzhaz* en cada estación de la Unión Soviética. Evidentemente necesitaban alegrar los ánimos de la población.

«Fue verdaderamente una época de grandes esperanzas y de alegría por el futuro —recuerda Stepan Mikoyan—. Estábamos siempre animados y contentos. Fue inaugurado el nuevo metro con sus grandes lámparas de araña, el gigantesco hotel Moskva, la nueva ciudad de Magnitogorsk, y se alcanzaron muchos más grandes logros de todas clases.» La maquinaria propagandística cantaba las alabanzas de los héroes del trabajo, como el superminero Stajanov, de la aviación o de la exploración. Voroshilov y Yezhov eran calificados de «caballeros» en las baladas. Las películas llevaban títulos tales como *Cuentos de los héroes de la aviación*. «¡Sí, fue una época de héroes! —recuerda Natasha, la hija de Andreyev—. No teníamos miedo entonces. Nuestra vida era plena. Recuerdo caras sonrientes y escaladas de montañas, o pilotos heroicos. No todo el mundo vivía bajo la opresión. Como niños que éramos, sabíamos que lo primero que había que hacer era fortalecer al pueblo, crear un Hombre Nuevo, y educar a la gente. En la escuela aprendíamos a utilizar diferentes herramientas, y nos llevaban al campo para que ayudáramos en la cosecha. Nadie nos pagaba por ello. Era nuestra obligación.»

* Martha y su madre habían sido invitadas a Tiflis para la celebración del 750 aniversario del poeta Rustaveli por el nuevo amante de Timosha, el académico Lupel. Allí, a través de una rendija de la puerta, la niña había visto cómo éste era detenido en plena noche: «Vi cómo se lo llevaban cinco hombres», recordaría más tarde. La posterior aventura de Timosha con el arquitecto de la corte de Stalin, Merzhanov, acabó también con la detención de éste. Timosha Peshkova exclamaría: «Pesa sobre mí una maldición. Todo aquel al que toco va a la ruina».

Los agentes del NKVD también eran héroes: el 21 de diciembre, los «Órganos» celebraron su XX aniversario con una gala en el Bolshoi. Entre flores y pancartas con los retratos de Stalin y Yezhov, Mikoyan, con la guerrera típica del Partido, declaró:

«Aprended del camarada Yezhov cuál es el estilo de trabajo estalinista, como él lo ha aprendido del camarada Stalin». Pero el punto culminante de su discurso fue el siguiente: «Todos los ciudadanos de la URSS deberían ser agentes del NKVD».

El país celebró el aniversario de la muerte de Pushkin lo mismo que el del poeta georgiano Rustaveli, que fue organizado por Beria y al que asistieron Voroshilov y Mikoyan. Mientras Europa avanzaba sin remedio hacia la guerra, Stalin se dedicaba a fusionar deliberadamente la cultura tradicional rusa con el bolchevismo. Los soviéticos estaban combatiendo en aquellos momentos a los fascistas en la guerra civil española, y ello supuso que se propagara la afición por las canciones y las gorras españolas, «azules con un ribete rojo en la visera», y por las boinas grandes, que se llevaban «elegantemente ladeadas». Las mujeres llevaban blusas españolas. «Si el mañana trae la guerra» era una de las melodías más populares. Todos los hijos de los líderes querían ser pilotos o soldados:

«Hasta los niños sabíamos que la guerra estaba a punto de empezar —recuerda el hijo adoptivo de Stalin, Artiom—, y debíamos ser fuertes para que no acabaran con nosotros. Un día, el tío Stalin nos llamó a los chicos y nos dijo: "¿Qué queréis hacer en la vida?".» Artiom quería ser ingeniero. «No, necesitamos hombres que sepan de artillería.» Artiom y Yakov, que ya era ingeniero, ingresaron en artillería. «Fue el único privilegio que obtuve de mi tío Stalin», dice Artiom. Pero los aviadores constituían la élite: los hijos de los jerarcas ingresaron en los «halcones de Stalin» en mayor medida que en cualquier otra arma: Vasili recibió instrucción como piloto, lo mismo que Stepan Mikoyan y Leonid Jrushchov.[2]

Pero las familias de los máximos dirigentes vivieron una experiencia especial durante aquella época. Los padres sufrían a diario el tormento de la depresión, la incertidumbre, la histeria y la ansiedad, a medida que veían cómo amigos, colegas y parientes iban siendo detenidos. No obstante, cuando se leen las historias escritas en Occidente y los libros soviéticos de memorias, llega uno a creer que aquella nueva élite bolchevique estaba convencida de que todos los detenidos eran inocentes. Esa impresión viene a reflejar un sentimiento de culpabilidad a deshora de aquellos cuyos padres participaron en la matanza. La verdad era muy distinta: Zhdanov le dijo a su hijo Yuri que Yezhov actuó correctamente incluso en los casos más inverosímiles:

—¡Vaya usted a saber! ¡Lo conozco desde hace muchos años, pero ya hubo un Malinovski! —dijo, aludiendo al famoso espía zarista.

Andreyev sabía que había enemigos del pueblo, pero opinaba que debían

ser «investigados exhaustivamente» antes de ser detenidos. Mikoyan tenía sus reservas acerca de muchas detenciones, pero su hijo Sergo sabía que su padre era, según sus propias palabras, un «comunista fanático». Las mujeres de los jerarcas eran, si cabe, más exaltadas que sus maridos: Mikoyan recuerda que su esposa creía ciegamente en Stalin y no es probable en absoluto que pusiera en tela de juicio sus acciones. «Mi padre —dice Natasha Andreyeva— creía que los elementos subversivos y los quintacolumnistas estaban destruyendo nuestro estado y que era preciso acabar con ellos. Mi madre estaba también absolutamente convencida de ello. Estábamos preparados para la guerra.»

Los jerarcas nunca pusieron en entredicho el Gran Terror delante de sus hijos, que vivían en un mundo de mentiras y crímenes. La «reluctancia a revelar los propios pensamientos incluso a los hijos es uno de los signos más desconcertantes de aquella época», recuerda el físico Andrei Sajarov. No obstante, los niños se daban cuenta naturalmente de cuándo desaparecían sus tíos o los amigos de la familia, dejando un vacío en sus vidas, sobre el cual, además, no se podía hablar ni preguntar. Los hijos de Mikoyan oían hablar en voz baja a sus padres y a sus tíos acerca de las detenciones que había habido en Armenia, pero su padre, a veces, no podía dejar de exclamar: «¡No puedo creerlo!». Andreyev «nunca lo mencionó delante de nosotros. Eran cosas de nuestros padres —comenta Natasha Andreyeva—. Pero si alguien importante era detenido, mi padre llamaba a mamá y le decía: "¿Dorochka, puedes hablar conmigo un minuto?"». Lo cierto es que Dora afirmó ante su familia que podía identificar a los enemigos del pueblo con sólo mirarlos a los ojos. Los cónyuges hablaban en voz baja con la puerta de la cocina cerrada: cuando su mujer le preguntaba algo peligroso, Mikoyan contestaba: «¡Calla!». Antes de morir, Ordzhonikidze selló los labios de su esposa con un rotundo: «¡Ahora no!». Los padres de aquellos niños salían constantemente a dar paseos al bosque o por las calles del Kremlin.[3]

Los habitantes de la casa del Malecón —el espantoso edificio de lujo en el que vivían los dirigentes jóvenes, entre otros los Jrushchov, la mayoría de los comisarios del pueblo y la parentela de Stalin, por ejemplo los Svanidze y los Redens— temían oír cada noche el ruido del ascensor, o una llamada a la puerta, signo inequívoco de que el NKVD había llegado a detener a algún sospechoso.* Como cuenta Trifonov en su novela *La casa del malecón*, cada mañana el portero de uniforme del edificio contaba a los habitantes del bloque quién había sido detenido durante la noche. El bloque no tardaría en estar lleno de pisos vacíos, con las puertas ominosamente precintadas por el NKVD. A Jrushchov le exasperaban los chismorreos de las mujeres de su familia, y se ponía he-

* Nadezhda Mandelstam describe muy bien cómo su marido y ella permanecían despiertos en la cama en el edificio de la Unión de Escritores hasta que el ascensor pasaba por su piso sin detenerse.

cho una furia cuando veía a su suegra, una simple campesina, perdiendo el tiempo de cháchara en el portal, pues sabía muy bien que una conversación mantenida a la ligera podía costar muchas vidas.

Los padres tenían hechas las maletas en todo momento por si eran enviados a la cárcel y guardaban pistolas Mauser y Chagan debajo de la almohada para suicidarse en caso de necesidad. Los más espabilados organizaban un programa de actividades para sus hijos en previsión de su eventual encarcelamiento: la madre de Zoya Zarubina, hijastra de un agente de la Cheka, le advirtió que debía coger unas cuantas prendas de abrigo y marcharse con su hermanita, de apenas ocho años, al campo, a casa de unos parientes lejanos.[4]

Los niños se percataban a menudo del movimiento que había en la casa porque cada ejecución comportaba que quedaran vacíos un piso o una dacha, que inmediatamente eran ocupados por los supervivientes y sus esposas, deseosos de escalar en el Partido y de ocupar posiciones encumbradas. Stalin aprovechó esta forma de relacionar a los líderes con la matanza. La familia de Yezhov se trasladó al piso de Yagoda; Zhdanov heredó la dacha de Rudzutak; Molotov adquirió la de Yagoda y luego la de Rikov. Vishinski fue el que demostró una ambición más enfermiza: siempre había codiciado la dacha de Leonid Serebriakov: «No puedo quitarle los ojos de encima ... Eres un hombre afortunado, Leonid», solía decir. Pocos días después de la detención de Serebriakov el 17 de agosto de 1936, el fiscal general reclamó la dacha para él, logrando incluso que se le reembolsara el coste de su vieja casa y que se le abonaran seiscientos mil rublos para reconstruir la nueva. Esta elevadísima suma fue aprobada por las autoridades el 24 de enero de 1937, el mismo día en que Vishinski realizó un careo a Serebriakov durante el juicio de Radek.* ¡Ay de aquel que se negara a aceptar ese tipo de regalos funestos! El mariscal Yegorov rechazó imprudentemente la dacha de un camarada que había sido fusilado. «Las almas de los antiguos propietarios —escribía Svetlana Allihiyova—, parecían pegadas a aquellas paredes.»[5]

«Nunca tuvimos miedo en 1937», cuenta Natasha Andreyeva, pues creía firmemente que el NKVD sólo detenía a los enemigos del pueblo. Por eso ni ella ni sus padres fueron detenidos nunca. Stepan Mikoyan no sintió «preocupación en ningún momento, pero sólo más tarde me di cuenta de que mis padres vivían en constante desasosiego». Es más, los miembros del Politburó recibieron una copia de todos los interrogatorios. Stepan solía entrar de puntillas en la habitación donde estaban las visitas y escuchar sin ser visto las extraordinarias revelaciones sobre los amigos de la familia, que al final resultaban ser

* A la muerte de Stalin, los Serebriakov lograron que se les devolviera la mitad de la propiedad, pero los Vishinski se quedaron con la otra mitad. De ese modo, en 2002, sesenta años después de que su padre fuera fusilado por orden de su vecino, los Serebriakov pasan los fines de semana en una casa medianera con la de los Vishinski.

enemigos del pueblo. Cada familia tenía su «borrador» oficial: en casa de los Mikoyan, Sergei Shaumian, hijo de un bolchevique de la vieja guardia fallecido que había sido adoptado por la familia, se dedicaba a repasar todos los álbumes de fotografías de la casa borrando las caras de los «enemigos» a medida que iban siendo detenidos y fusilados, en una horrible distorsión de los libros de «retoca y colorea» que son tan del agrado de los niños.[6]

Aunque no entendieran el carácter aleatorio de aquellas muertes, eran conscientes de que eran una realidad omnipresente y aceptaban el hecho de que la guerra que estaba a punto de desencadenarse significaba que los enemigos del pueblo debían morir. Los niños hablaban de ello unos con otros: Vasili Stalin hablaba lleno de júbilo a Artiom Sergeiev y a sus primos Redens acerca de los arrestos. Protegidos por los susurros y los misterios en sus casas, era en la escuela donde los muchachos se enteraban de más cosas. La mayoría de los hijos de los dirigentes iba a la escuela n.º 175 (o a la 110), acompañados por los chóferes de sus padres, en Packards y Buicks que podían resultar tan embarazosos como un Rolls Royce a la puerta de una escuela de Occidente. Los Mikoyan insistían en que el coche los dejara a medio kilómetro del colegio, para hacer a pie el resto del camino. En aquella escuela de élite, los profesores (entre los cuales estaba como profesora de inglés la esposa de Nikolai Bulganin, uno de los líderes más prometedores) fingían que no pasaba nada, aunque el peligro iba haciéndose patente a los niños, que veían cómo sus compañeros eran víctimas de las represalias: el mejor amigo de Stepan Mikoyan era Serezha Metalikov, hijo del director médico de la Kremlevka y sobrino de Poskrebishev, que vio cómo su padre y su madre eran detenidos en 1937.

Svetlana era tratada en la escuela igual que una *zarevna* por aquellos profesores serviles. Una compañera de colegio recuerda que su pupitre relucía como un espejo y que era el único encerado. Cuando el padre de algún niño era detenido, éste desaparecía misteriosamente de la clase de Svetlana, para que la *zarevna* no tuviera que codearse con la inmunda ralea de los enemigos del pueblo.

A veces llegó a ser detenido algún amigo de los muchachos en fiestas de adolescentes delante de todos los demás. Vasili Stalin y Stepan Mikoyan estaban en un guateque que había dado uno de sus amigos de la Academia Militar cuando de pronto sonó el timbre. Un hombre vestido de paisano pidió permiso para hablar con Vasili Stalin, que se presentó en la puerta, donde le dijeron, en un signo de respeto casi feudal, que había llegado el NKVD a detener a uno de los chicos de la fiesta. Vasili volvió a la sala y dijo a su amigo que saliera a la puerta, al tiempo que susurraba al oído de Stepan que iban a detenerlo. Desde las ventanas de la casa vieron cómo los agentes de la Cheka metían al muchacho en un coche negro, acusado de pertenecer a un «grupo antisoviético de adolescentes». Nadie volvió a verlo nunca más.

Los padres examinaban cuidadosamente a los amigos de sus hijos: «Mi pa-

drastro mostraba mucha cautela con mis novios», recuerda Zoya Zarubina. «Siempre quería saber quiénes eran sus padres...» y comprobar que no estaban en la Lubianka. Los Voroshilov eran más estrictos que los Mikoyan, que a su vez eran más estrictos que los Zhdanov. Cuando uno de los hijos de Voroshilov recibió la llamada de un chico cuyo padre acababa de ser arrestado, Ekaterina Voroshilova le ordenó que rompiera todo tipo de relaciones con él. El hijo de Zhdanov, Yuri, afirma que sus padres le permitían llevar a casa a los hijos de algunos enemigos del pueblo. «Mis padres no ponían objeciones.» Pero todo era cuestión de tiempo: en el ambiente enloquecido de 1937-1938, resulta difícil de creer que así fuera. Cuando Stepan Mikoyan empezó a salir con una chica llamada Katia, encontró un informe del NKVD que hablaba de la amistad de la muchacha con el hijo de un enemigo. «Estuve esperando que mi padre me dijera algo ... pero nunca lo hizo.» No obstante, cuando ciertas familias que tenían amistad con los Mikoyan resultaron sospechosas, éstos cortaron cualquier contacto que pudieran tener con ellos.[7]

* * *

A comienzos de 1937, la llegada de las elegantes esposas de Poskrebishev y Yezhov introdujo en el séquito del Vozhd una nota de color y cosmopolitismo desconocida hasta entonces. En Zubalovo, Stalin seguía llevando a la familia a hacer pícnics al campo y regalando bombones a su hija y a Martha Peshkova. Mientras el país entero temblaba con los estragos del NKVD, Stalin se mostraba solícito con los niños: en una ocasión, Leonid Redens, que tenía nueve años, se perdió en Kuntsevo y por fin llegó corriendo hasta donde estaban unos adultos que al verlo se echaron a reír. Todos menos Stalin.

—¿Te has perdido? —le dijo—. Ven conmigo. Te enseñaré el camino.[8]

No obstante, la antigua familiaridad que todos habían tenido con el Vozhd fue enfriándose gradualmente y convirtiéndose en miedo.

Quinta parte

La matanza: llega Beria, 1938-1939

24

Las mujeres judías de Stalin y la familia en peligro

En cierta ocasión, mientras Stalin se encontraba descansando en la dacha de Zubalovo, el hijo mediano de Pavel y Zhenia Alliluyev, Sergei, se puso a llorar sin parar, y sus padres temieron que el llanto de la criatura pudiera interrumpir el sueño de su cuñado. Pavel, que tenía el mismo carácter histérico que su hermana Nadia, propinó una bofetada a su hija Kira porque no hacía nada para acallar a la criatura. Kira, ya adolescente, era una joven difícil de controlar y, habiendo crecido cerca de Stalin, no podía valorar el peligro de esa cercanía. Cuando se negaba a comer algo que Stalin le había ofrecido, Pavel le daba una patadita por debajo de la mesa. No obstante, los niños jugaban y correteaban alrededor de su tío y los sicarios de éste con la misma ingenuidad que un pajarito entra y sale revoloteando de las fauces de un cocodrilo.

Stalin seguía visitando las casas de sus camaradas, y a menudo llamaba a la de Poskrebishev para ir a cenar, pues allí se solían celebrar fiestas con bailes, y el Vozhd podía jugar a las charadas. Hacía poco que Poskrebishev se había casado con una joven brillante recién llegada al círculo de Stalin. En 1934 este inverosímil héroe romántico asistió a una fiesta que se celebraba en casa del médico del Kremlin, el doctor Mijail Metalikov, cuya esposa, Asia, estaba emparentada indirectamente con Trotski, pues su hermana había contraído matrimonio con el hijo del revolucionario, Sedov. El verdadero apellido de Metalikov era Masenkis, una familia judía de magnates del azúcar de origen lituano: una combinación muy peligrosa.

La hermana de Metalikov se llamaba Bronislava. Era una joven esbelta de cabello oscuro, llena de aquella vitalidad y aquella gracia de la que normalmente carecían las bolcheviques de la vieja guardia. Bronka, de veinticuatro años de edad, se había casado con un abogado con el que había tenido una hija mientras cursaba sus estudios de endocrinología. Las fotografías la muestran como una mujer delgada, de elegancia cautivadora, ataviada con un vestido de

lunares. Ese día, durante la fiesta, la joven estuvo divirtiéndose con una especie de juego, corriendo alrededor de la mesa desde la que Poskrebishev, el simiesco jefe de gabinete de Stalin, de cuarenta y tres años de edad, no dejaba de observarla. Bronka se puso entonces a jugar con sus amigos a tirarse la comida de los platos, y lanzó un trozo de tarta que no dio en el blanco y fue a parar a la guerrera del Partido que llevaba puesta Poskrebishev: el hombre se enamoró inmediatamente de ella y la convirtió en su esposa poco tiempo después. En los álbumes de familia puede observarse la devota adoración que por su esposa sentía Poskrebishev, quien en los manuales de historia aparece como un Cuasimodo, pero que en las fotografías se muestra como el marido enamorado que descansa la cabeza sobre el terso hombro de su mujer, mientras acaricia su pelo con la nariz.

La Bella y la Bestia suscitaron muchos comentarios burlescos dentro del círculo de Stalin: Kira Alliluyeva oyó en una ocasión «el chiste sobre la guapa esposa de Poskrebishev: él es tan feo, tan feo, que ella sólo se acuesta con él a oscuras». Pero Poskrebishev se sentía orgulloso de su fealdad: Stalin lo había elegido precisamente por su horrible semblante. Le divertía jugar a ser el bufón de la corte: el Vozhd solía retarlo a beber de un solo trago un vaso de vodka sin acompañarla de agua, o a ver cuánto tiempo podía aguantar con las manos alzadas mientras le ponían un papel ardiendo debajo de cada uña.

—¡Mirad! —solía exclamar Stalin entre carcajadas—, ¡Sasha es capaz de tragarse un vaso entero de vodka sin arrugar ni siquiera la nariz!

Al Vozhd le gustaba Bronka, una mujer de una nueva generación de jóvenes rebosantes de alegría, segura de sí misma en medio de aquella élite, en la que fue acostumbrándose a tratar a los grandes jerarcas del país. Llamaba a Stalin de tú y, cuando viajaba al extranjero, siempre traía, lo mismo que las mujeres del clan Alliluyev, algún regalo para Svetlana. En cuanto llegaba, llamaba a Stalin para preguntarle si podía dárselo a la niña:

—¿Le irá bien? —preguntó en una ocasión el Vozhd a propósito de un jersey que Bronka había traído de Occidente.

—Sí, seguro que sí —contestó la joven.

—En ese caso, ¡dáselo!

La mejor amiga de Bronka era Yevgenia Yezhova, editora y seguidora impenitente de literatos. Estas dos gatitas divertidas y coquetas, ambas judías, una de origen polaco y la otra lituano, siempre encantadoras, se parecían tanto que Kira Alliluyeva creía que eran hermanas. Su patronímico era incluso el mismo, a saber, Solomonova, aunque en realidad no tenían ningún parentesco. Además, Yezhov y Poskrebishev mantenían una estrecha amistad; solían salir a pescar juntos mientras sus esposas se dedicaban a chismorrear.[1]

Mientras el Morita, tras haber sido promovido a candidato al Politburó, empezaba la gran matanza, su esposa mantenía una gran amistad con todos los grandes nombres del mundo de las artes y se acostaba con la mayoría de ellos.

El encantador Isaac Babel era su celebridad, su cabeza de cartel: «Si invitabas a gente "diciendo que estaría Babel", todo el mundo venía», escribiría Pirozhkova, su esposa. Tanto Solomon Mijoels, el actor judío que representaba *El rey Lear* para Stalin, como Leonid Utesov, director de una banda de jazz, el director cinematográfico Eisenstein, Mijail Sholojov, el famoso novelista, o el periodista Mijail Koltsov, acudían al salón de aquella casquivana encantadora. En las fiestas que se celebraban en el Kremlin, Yezhova no cesaba de moverse al ritmo del foxtrot y no se perdía ni un baile. Su mejor amiga, Zinaida Glikina, también crearía un salón literario. Cuando el matrimonio de ésta se vino abajo, Yezhov la invitó a vivir con ellos y la sedujo. No fue, ni mucho menos, la única mujer que se convirtió en su amante, mientras Yevgenia se entregaba con entusiasmo a sus literarios amoríos con Babel, Koltsov y Sholojov. Pocos se atrevían a rechazar una invitación de la Yezhova: «¡Fíjate! —comentaría Babel en una ocasión—, ¡nuestra muchacha de Odessa se ha convertido en la primera dama del reino!».[2]

Tras la muerte de Nadia, corrió el rumor de que Stalin se había enamorado y se había casado con la hermana de Lazar Kaganovich, Rosa, con la sobrina de éste, llamada también Rosa, o con su hija Maya. Fue un rumor que tuvo mucho eco y que muchos creyeron: incluso se publicaron fotografías de Rosa Kaganovich en las que aparecía como una hermosa mujer morena. Los miembros de esta familia destacaban por su belleza; el propio Lazar había sido de joven un hombre muy apuesto, y a su hija Maya llegaron a compararla con Elizabeth Taylor. La importancia del rumor residía en que Stalin se habría casado con una judía, hecho que podía resultar muy útil al aparato propagandístico de los nazis, interesado en juntar al demonio bolchevique y al judío en las personas del señor y la señora Stalin. Los Kaganovich, tanto el padre como la hija, negaron este hecho con tanta rotundidad que quizá sus protestas resultaran excesivas, pero, según parece, toda la historia era inventada.*

Esta anécdota resulta irónica por partida doble si consideramos que los nazis no tenían ninguna necesidad de inventarse un personaje semejante: era bien sabido que el Vozhd estaba rodeado de mujeres judías, desde Polina Molotova y Maria Svanidze hasta Bronka Poskrebisheva y Yevgenia Yezhova. El hijo de Beria, en quien se puede confiar en materia de rumores y anécdotas, pero no tanto en lo concerniente a cuestiones políticas, recordaría que su padre se entretenía en llevar una lista de las mujeres judías con las que Stalin mantenía relaciones.[3]

Estas muchachas judías revoloteaban alrededor del Vozhd, pero todas eran

* Había dos Rosas Kaganovich: una era la hermana de Lazar, que murió prematuramente en 1924, y la otra era su sobrina, que por aquel entonces vivía en Rostov y posteriormente se trasladó a Moscú, donde sigue residiendo. Probablemente conocieran a Stalin, pero no se casaron con él.

de «dudosos» orígenes. Les interesaban más la moda, las bromas y los romances que el materialismo dialéctico. Junto con Zhenia Alliluyeva y Maria Svanidze, constituían sin duda alguna el alma de ese funesto entramado social que formaban la familia y los camaradas de Stalin. Stanislas Redens, máximo dirigente del NKVD de Moscú, solía llevar a su mujer y a sus hijos y a los demás miembros del clan de los Alliluyev de visita a casa de los Yezhov. Los niños estaban fascinados por la figura de aquel líder del NKVD: «Yezhov acostumbraba a bajar las escaleras con aire afectado, vestido con el uniforme de general-comisario e infundiendo más bien temor, como si estuviera muy lleno de sí mismo», recuerda Leonid Redens. «Era un hombre muy hosco, mientras que mi padre tenía un carácter extrovertido.» A Kira Alliluyeva le divertían los comentarios triviales de Yevgenia Yezhova y Bronka Poskrebisheva. Yezhov, que se pasaba las noches trabajando, solía estar demasiado agotado para mostrarse sociable, por lo que Kira y los otros adolescentes preferían esconderse detrás de una cortina. Alguna vez, cuando el diminuto Morita pasaba dando zancadas con sus botas, empezaron a reírse a hurtadillas. Sus progenitores, Pavel Alliluyev y Stanislas Redens, que comprendían lo que estaba en juego, se enfadaron muchísimo con ellos; ¿pero cómo explicar a aquellas criaturas los peligros que comportaba semejante diversión? De repente, las tonterías y la promiscuidad de las mujeres que rodeaban al Vozhd las hizo muy vulnerables.

En la primavera de aquel año Stalin empezó a distanciarse de la familia, cuya arrogancia y frivolidad comenzaron a parecerle súbitamente sospechosas. Cuando se reunieron todos en su piso con motivo del cumpleaños de Svetlana el día 28 de febrero de 1937, Yakov, el afable hijo georgiano de Stalin, trajo a Julia, su esposa judía, por primera vez. La joven estaba casada con un guardaespaldas de la Cheka cuando conoció, por mediación de los Redens, a Yakov. Stalin reprochó a su hijo su unión con «esa judía». Maria Svanidze, que siempre estaba intrigando, calificó a Julia de «aventurera» e intentó persuadir a Stalin:

—Iosiv, es una relación imposible. Debes intervenir de inmediato.

Eso bastó para que Stalin sintiera simpatía por su hijo.

—Un hombre ama a la mujer que ama —replicó el Vozhd—, tanto si es una princesa como una modistilla.

Una vez casada la pareja, y después del nacimiento de su hija Gulia, Stalin se daría cuenta de lo bien que Julia cuidaba la ropa de Yakov. Al fin y al cabo era una *baba*. «Ahora compruebo que tu esposa vale mucho», confesó finalmente a Yasha, que por aquel entonces vivía con su reducida familia en el grandioso edificio de pisos de la calle Granovski. Cuando Stalin conoció por fin a Julia, se llevó una grata impresión, le hizo fiestas e incluso le dio de comer con su tenedor como habría hecho cualquier suegro georgiano cariñoso con su nuera.

Stalin, que cada vez aguantaba menos a su familia, no se presentó al feste-

jo. Maria Svanidze creía saber por qué: los Alliluyev eran una pandilla de inútiles, «la loca de Olga, el idiota de Fiodor, los imbéciles de Pavel y Niura [Anna Redens], Stan [Redens], ese estrecho de miras, el holgazán de Vasia [Vasili Stalin], el bobo de Yasha [Djugashvili]. Los únicos normales somos Aliosha, Zhenia y yo; y ... Svetlana». El comentario resulta tanto más irónico si tenemos en cuenta que los Svanidze fueron los primeros en caer. La propia Maria era extremadamente egoísta y solía atormentar a su marido con cartas en las que se jactaba de ser «más guapa que el 70 por 100 de las esposas bolcheviques ... Todo el que me conoce, me recuerda para siempre». Esta circunstancia era una realidad, pero en la corte de Stalin servía de muy poco, antes al contrario. Es difícil no compadecerse de esas pobres mujeres arrogantes, aunque decentes, que se vieron atrapadas en un lugar y una época que no supieron entender.[4]

Durante la primavera de ese año, Stalin y Pavel se pusieron un día a jugar una partida de billar con Svanidze y Redens. Según la costumbre, los que perdían debían caminar a gatas por debajo de la mesa como castigo por su derrota. Cuando el bando de Stalin perdió la partida, Pavel, con mucha diplomacia, sugirió que en lugar de ellos fueran los niños, Kira y Sergei, los que se arrastraran por debajo de la mesa. A Sergei, que sólo tenía nueve años, le pareció divertido, pero Kira, que ya había cumplido los dieciocho, se negó rotunda y airadamente. La muchacha, tan franca como su madre y que no tenía miedo de decir lo que pensaba, insistió en que eran su padre y Stalin los que habían perdido la partida y en que era a ellos a quienes tocaba pasar por debajo de la mesa. Pavel se puso histérico y la golpeó con el taco de billar.

Muy poco tiempo después Stalin y Svanidze, aquel hombre elegante de ojos azules, dejaron de ser «como hermanos» de la noche a la mañana. «Aliosha tenía un talante bastante liberal, bastante europeo», explicaría Molotov. «Stalin lo notó...» Svanidze era vicepresidente del Banco del Estado, una institución que estaba plagada de individuos cosmopolitas que en aquellos momentos se encontraban bajo sospecha. El 2 de abril de 1937 Stalin escribió una aciaga nota a Yezhov: «Purga a todo el personal del Banco del Estado». Svanidze se había encargado además de realizar para Stalin numerosos trabajos secretos y delicados a lo largo de los años. El diario de Maria Svanidze se interrumpe a mediados de 1937: su contacto con Stalin acabó de forma repentina. El 21 de diciembre el matrimonio estaba sometido a un proceso de investigación y no fue invitado a la fiesta de cumpleaños del Vozhd, lo que para Maria debió de suponer una verdadera agonía. Unos días después los Svanidze visitaron a Zhenia y Pavel Alliluyev en la casa del Malecón (donde todos vivían). Maria lucía su escotado vestido de terciopelo. Cuando abandonaron el lugar, pasada la medianoche, y mientras Zhenia y Kira lavaban los platos, sonó el timbre de la puerta. Era el hijo que Maria había tenido de su primer matrimonio: «Mamá y Aliosha han sido detenidos. A ella se la han llevado sin dar-

le la oportunidad de cambiarse de traje». Unos pocos meses después, Zhenia recibiría una carta de Maria en la que ésta le suplicaba que entregara a Stalin la siguiente esquela: «Si no abandono este campo, moriré». Cuando Zhenia le pasó la carta al Vozhd, éste le advirtió: «¡Nunca más vuelvas a hacer algo semejante!». Maria fue trasladada a una prisión todavía peor. Zhenia percibió el peligro que atravesaban ella y sus hijos al encontrarse tan cerca de Stalin, aunque seguiría adorando al Vozhd hasta el fin de sus días, a pesar de las numerosas y terribles desgracias de las que sería víctima. No se atrevió a hablar a Stalin del tema, pero presionó a Pavel para que fuera él quien le hablara acerca de sus amigos detenidos. Según parece, Pavel llegó a decirle: «¡Son mis amigos! ¡Encarcélame a mí también!». Algunos de ellos fueron puestos en libertad.

El resto de los Alliluyev también aportó su granito de arena: la abuela Olga, que llevaba una vida de gran señora en el Kremlin, apenas hablaba. Mientras que los demás creían que Stalin no estaba al corriente de los detalles y era víctima de los engaños del NKVD, ella era la única en aquel barco de locos que entendía lo que estaba pasando: «No hay nada que suceda que él no sepa». Pero su esposo, el respetado Sergei, que no era tan perspicaz como Olga, apelaba una y otra vez ante Stalin, esperándolo en el sofá de su apartamento. En más de una ocasión se quedó allí dormido y se despertó de madrugada cuando Stalin volvía de alguna cena. Una y otra vez suplicó por la vida de alguien. Stalin normalmente le tomaba el pelo, repitiendo su expresión favorita: «Exactamente, exactamente»:

—O sea que has venido a verme. «Exactamente, exactamente» —bromeaba Stalin.

Cuando Svanidze fue detenido, Mikoyan se presentó en Kuntsevo, como era habitual, para cenar con el Vozhd, el cual, sabiendo la gran amistad que le unía con Aliosha, se dirigió directamente a su invitado y le dijo:

—¿Te ha enterado de que hemos detenido a Svanidze?

—Sí... pero... ¿qué ha ocurrido?

—Es un espía alemán —respondió Stalin.

—¿Cómo es posible? —exclamó Mikoyan—. No hay ninguna prueba de que sea un saboteador. ¿Qué gana un espía que no hace nada?

Entonces Stalin le explicó que Svanidze era un «tipo especial de espía», al que los alemanes habían reclutado cuando fue hecho prisionero durante la Gran Guerra, y cuyo trabajo consistía simplemente en pasar información. Lo más probable es que, después de esta revelación, la cena siguiera como si tal cosa.[5]

* * *

Cuando un dirigente era atacado, el Gran Terror seguía su propio ritmo. Postishev, aquel severo y arrogante «príncipe» de Ucrania de rostro cetrino, que

tanto había entretenido a Stalin bailando ritmos lentos con Molotov, fue destituido como secretario del Comité Central y enviado a la ciudad de Kuibishev,* situada a orillas del Volga. No bien hubo llegado hizo gala de su desaforada brutalidad eliminando a casi toda la burocracia de la ciudad. Pues bien, durante el pleno celebrado en enero de 1938, acabarían con él por haber eliminado a las personas equivocadas.

—La dirección del Soviet y la del Partido estaban en manos del enemigo —afirmó Postishev.

—¿Toda la dirección? ¿Desde el primero al último? —exclamó Mikoyan interrumpiéndolo.

—¿No había nadie que fuera honesto y legal? —preguntó Bulganin.

—¿No crees que exageras, camarada Postishev? —añadió Molotov.

—Pero se cometieron errores —manifestó Kaganovich, lo que dio pie para que Postishev dijera:

—Hablaré de los errores que he cometido.

—Quiero que cuentes la verdad —sentenció Beria.

—Por favor, permitidme terminar y explicar todo este asunto lo mejor que pueda —dijo Postishev en tono suplicante.

—Aquí lo único que sucede es que no eres muy bueno explicándote —replicó Kaganovich acalorado.

Entonces Postishev se levantó para defenderse, pero Andreyev le espetó en tono conminatorio:

—¡Camarada Postishev, siéntese! Éste no es un lugar para ir paseándose de acá para allá.

Malenkov arremetió contra él: la época de los paseos de Postishev había llegado a su fin. Stalin propuso su expulsión del Politburó: Jrushchov, que fue nombrado inmediatamente máximo responsable de Ucrania, lo sustituiría como candidato, dando así en su carrera un paso adelante que lo situaría en primera línea. Pero las acusaciones lanzadas contra Postishev llevaban una advertencia para Yezhov, cuyas detenciones eran cada vez más arbitrarias y frenéticas. Mientras tanto, Stalin no parecía demasiado seguro acerca de cuál debía ser el futuro de Postishev:** su arrogancia y su despotismo le atrajeron enemigos que tal vez convencieran al Vozhd de que era necesario acabar con él. Su última esperanza fue enviar una nota personal a Stalin, que probablemente escribiera tras su enfrentamiento con quienes lo acusaban:

* La antigua ciudad de Samara fue rebautizada con ese nombre a la muerte de Kuibishev en 1935.

** ¿Acaso se acordaba Stalin de una pequeña impertinencia que había cometido Postishev en 1931? Cuando el Vozhd le escribió para expresar su queja en torno a la lista de los que iban a ser condecorados con la Orden de Lenin diciendo: «Estamos concediendo la Orden de Lenin a cualquier viejo de mierda», Postishev le contestó en tono jocoso que todos esos viejos «de mierda» habían recibido la aprobación personal de Stalin.

«Camarada Stalin, ruego que me recibas después de la reunión».

«Hoy no puedo recibirte —fue la respuesta—. Habla con el camarada Molotov.» Al cabo de unos días se produjo su detención.[6] Stalin por su parte firmó la orden de otras 48.000 ejecuciones por cuota, mientras que el mariscal Yegorov seguía los pasos de su «hermosa» esposa hacia el «matadero». Pero Yezhov se encontraba tan extenuado que el 1 de diciembre de 1937 Stalin recibió el encargo de revisar la semana de vacaciones que se le había concedido.[7]

A comienzos de febrero, el Morita, en un estado de completa embriaguez, dirigió una expedición para purgar la ciudad de Kiev, donde, con la ayuda del recién nombrado virrey de Ucrania, Jrushchov,* se procedió a la detención de otras treinta mil personas. Cuando comprobó que prácticamente todo el Politburó ucraniano había sido purgado por su antecesor, Kosior, Jrushchov se dedicó a detener a varios comisarios y a sus ayudantes. El Politburó aprobó la ejecución de 2.140 individuos, todos ellos víctimas de las listas del nuevo máximo mandatario ucraniano, el cual, de ese modo, volvería a cumplir sobradamente con la cuota asignada. En 1938 fueron detenidas 106.119 víctimas del Gran Terror en la Ucrania de Jrushchov. La visita de Yezhov aceleraría el baño sangre: «Tras la visita a Ucrania de Nikolai Ivanovich Yezhov ... empezaría el verdadero exterminio de los enemigos del pueblo ocultos», manifestó Jrushchov, que fue aclamado como un «fiel estalinista» por «erradicar sin miramientos a todos los enemigos del pueblo». El NKVD descubrió una conspiración para envenenar caballos y detuvo a dos catedráticos de la universidad, a los que acusó de ser espías de los nazis. Jrushchov hizo analizar aquel supuesto veneno y averiguó que no servía para matar caballos. Tras el nombramiento de tres comisiones para investigar el caso, el líder de Ucrania demostró que se trataba de una falsa conspiración, aunque cabe pensar que Jrushchov sólo decidió poner en tela de juicio la labor del NKVD después de que Stalin indicara su disgusto.[8]

En el transcurso de sus numerosas borracheras en Kiev, Yezhov mostró una actitud en extremo temeraria, alardeando de que el Politburó estaba totalmente «en sus manos». Podía detener a quien quisiera, incluso a sus máximos dirigentes. Una noche tuvo que ser literalmente arrastrado hasta su casa después de un banquete. No pasaría mucho tiempo antes de que Stalin se enterara de sus excesos, por no decir de sus comentarios peligrosamente jactanciosos.[9]

Yezhov regresó a tiempo para asistir al tercer y último juicio del «Bloque antisoviético de elementos derechistas y trotskistas» que se inició el 2 de marzo, y cuyos principales encausados, Bujarin, Rikov y Yagoda, reconocieron ha-

* Jrushchov, al igual que los demás máximos dirigentes regionales, como, por ejemplo, Beria y Zhdanov, se convertiría en objeto de un curioso y extravagante culto local: en poco tiempo la «Canción de Jrushchov» se uniría a la «Canción de Beria» y a los himnos en honor de Yezhov en el cancionero soviético.

ber asesinado, entre otros, a Kirov y a Gorki. Bujarin se apuntó un triunfo con su confesión de culpabilidad, adornada con solapadas ironías, propias de una fábula de Esopo, acerca de las infantiles maquinaciones de Stalin y Yezhov. Pero esto no cambió nada. Yezhov presenció las ejecuciones. Se dice que ordenó que dieran una paliza a Yagoda:

—Venga, pegadle por todos nosotros.

Pero mostró una pizca de humanidad cuando llegó la hora de su compañero de francachelas, el antiguo secretario de Yagoda, Bulanov: le dio a beber un poco de brandy.[10]

Cuando pasó todo, Yezhov propuso que se llevara a cabo un cuarto juicio sumarísimo, esta vez contra los espías polacos de la Internacional Comunista, que había venido preparando durante meses. Pero Stalin no dio su visto bueno. El Vozhd raramente seguía una sola política que excluyera a todas las demás: sus antenas percibían que la matanza estaba extenuando a sus propios hombres de confianza, especialmente a su torpe Morita.

25

Beria y el agotamiento de los verdugos

El 4 de abril, Yezhov fue nombrado comisario de Transporte Fluvial, circunstancia que tenía cierto sentido, dado que la construcción de canales era una tarea de la que se encargaba la mano de obra esclava del NKVD. Pero existía una preocupante analogía con el caso de Yagoda, porque éste había sido nombrado para un cargo parecido después de su destitución. Mientras tanto, Yezhov hizo estragos incluso en el Politburó: Postishev fue interrogado; Eije, máximo dirigente de Siberia Occidental, fue detenido. Stalin ascendió a Kosior, que fue trasladado de Kiev a Moscú como primer ministro adjunto de la Unión. No obstante, en abril de 1938, el hermano de Kosior fue detenido. Su única esperanza era denunciar a su hermano:

«Vivo bajo sospecha y rodeado de desconfianza —escribió a Stalin—. No puedes imaginarte cómo le sienta esto a un inocente. La detención de mi hermano arroja una sombra de duda sobre mí también ... Te juro por mi vida no sólo que nunca sospeché cuál era la verdadera naturaleza de Casimir Kosior, sino también que nunca mantuve una relación muy estrecha con él ... ¿Por qué se ha inventado todo eso? No puedo entenderlo, pero, camarada Stalin, es todo una patraña desde el principio hasta el final ... Te pido a ti, camarada Stalin, y a todo el Politburó que permitáis que me explique. Soy víctima de las mentiras de un enemigo. A veces pienso que todo esto no es más que un sueño absurdo...». Cuántas veces compararían las víctimas lo que les estaba pasando con un «sueño». El 3 de mayo Kosior fue detenido, y al poco tiempo lo fue también Chubar. Kaganovich afirmaba: «Yo mismo protegí a Kosior y a Chubar», pero al enfrentarse a las confesiones de éstos, escritas de su puño y letra, no había tenido «más remedio que rendirme a la evidencia».[1]

Yezhov, que llevaba una vida nocturna de vampiro entregada a sus sesiones de bebida y de tortura, estaba siendo aplastado por el peso de su propia obra. Stalin se dio cuenta de la degeneración del Morita. «Llamas al Ministe-

rio —decía Stalin en tono de queja— y se ha ido al Comité Central. Llamas al Comité Central, y se ha ido al Ministerio. Mandas un mensajero a su casa y te lo encuentras borracho perdido.»[2] La presión que sufrían aquellos carniceros era tremenda: del mismo modo que Himmler daría lecciones unos años más tarde a sus matarifes de la SS acerca del trabajo especial que debían llevar a cabo, también Stalin haría todo lo posible por animar y dar seguridad a sus hombres. Pero no todos ellos eran lo bastante fuertes para seguir su ritmo.

Los encargados de las ejecuciones sobrevivían a fuerza de alcohol. Los responsables de las purgas, incluso los que no bebían, estaban ebrios de muerte. El encargado de investigar la región militar de Bielorrusia reconocía ante Stalin: «No he perdido los dientes, pero debo confesar que ... me sentí desorientado durante algún tiempo». Stalin lo tranquilizó. Hasta el siniestro Mejlis se vino abajo en los primeros momentos del Gran Terror, cuando todavía estaba al frente de *Pravda*, escribiendo una extraordinaria carta al Vozhd que nos ofrece un panorama fascinante de las presiones que comportaba el hecho de ser un jerarca estalinista en medio de la vorágine del terror:

> Querido camarada Stalin:
>
> Mis nervios ya no aguantan. No me he comportado como un bolchevique; especialmente me duelen las palabras que dije durante nuestra «charla personal», cuando es a ti personalmente a quien debo toda mi vida y mi *Partinost.* Me siento totalmente aplastado. Estos años nos han arrebatado a muchísima gente ... Debo dirigir *Pravda* en unas condiciones singularísimas, pues no tengo secretario ni editor, no hemos aprobado ningún tema, y por último me veo en el papel de «editor perseguido». Esto es una locura organizada que puede acabar con cualquiera. ¡Y ha acabado con mucha gente! Durante los últimos días, me he sentido mal y no he podido dormir; no lograba conciliar el sueño hasta las once o las doce de la mañana ... Y en mi casa me encuentro todavía más alterado después de tantas noches insomnes en el periódico. Ya es hora de que me releven [de este puesto]. No puedo ser director de *Pravda* estando enfermo y sufriendo de insomnio, pues soy incapaz de seguir la pista a lo que está ocurriendo en el país, en la economía, en el arte y la literatura, ni siquiera tengo nunca la ocasión de ir al teatro. Tenía que decírtelo personalmente, aunque fuera una estupidez. Perdóname, querido camarada Stalin, por ese rato tan desagradable que te hice pasar. ¡Me está siendo muy difícil pasar este mal trago!

El fiscal general Vishinski también sufría la presión, y un día encontró el siguiente mensaje sobre la mesa de su despacho: «Todo el mundo sabe que eres un menchevique. Después de utilizarte, Stalin te condenará a *Vishka* ... Huye ... Acuérdate de Yagoda. Ése es tu destino. El Moro ha cumplido con su deber. El Moro puede irse».

Borracho a todas horas, Yezhov se dio cuenta de que Stalin estaba, como luego escribiría él mismo a su amo, «descontento con la labor del NKVD, lo

que ha deteriorado todavía más mi estado de ánimo».[3] Realizó esfuerzos frenéticos con el fin de demostrar su valía: se dijo que había propuesto cambiar el nombre de Moscú por el de «Stalinodar». La sugerencia no causó más que hilaridad. Lo que ocurrió, en cambio, fue que lo invitaron a asesinar a sus propios enchufados del NKVD, a los cuales había protegido hasta entonces. A comienzos de 1938, Stalin y Yezhov decidieron liquidar a un veterano agente de la Cheka, Abram Slutski, pero, como estaba al frente del Departamento de Asuntos Exteriores, idearon un plan con el fin de no asustar a sus agentes en el extranjero. El 17 de febrero, Frinovski invitó a Slutski a su despacho, hasta donde lo siguió otro ayudante de Yezhov que le puso una máscara con cloroformo en la cara. Le inyectaron entonces un veneno y el pobre hombre murió allí mismo en el despacho. Oficialmente se anunció que había fallecido de un ataque al corazón.* Las purgas no tardaron en amenazar a los que estaban más cerca de Yezhov.[4] Cuando su protegido Liushkov fue obligado a regresar del Extremo Oriente, el Morita le dio el soplo. Liushkov se pasó a los japoneses. Yezhov quedó tan desconcertado por aquel fiasco, que pidió a Frinovski que lo acompañara a hablar con Stalin: «Yo solo no tengo fuerzas suficientes». El Morita «se volvió literalmente loco». Stalin sospechaba con razón que Yezhov había avisado a Liushkov.[5]

Al percatarse de que Stalin abrigaba cada vez más dudas sobre el Morita, los jerarcas, que habían comprobado lo fácil que le resultaba matar, empezaron a denunciar la degeneración y las mentiras de Yezhov. Se dice en particular que Zhdanov se opuso al terror ejercido por Yezhov. Su hijo Yuri afirma que su padre quería hablar con Stalin a solas, pero que Yezhov estaba siempre presente: «Mi padre logró por fin entrevistarse con Stalin *tête à tête* y le dijo: "La provocación política no cesa..."». Resulta convincente porque Zhdanov tenía una gran intimidad personal con el Vozhd, pero los hijos de Malenkov cuentan una anécdota parecida. Molotov y Yezhov tuvieron una trifulca en el Politburó a mediados de 1938. Stalin ordenó al segundo que se disculpara. Cuando otro agente del NKVD, Alexander Orlov, residente en España, desertó, Yezhov sintió tanto miedo de Stalin que intentó sustraerle esta información.

El 29 de julio, Stalin firmó otra lista negra en la que había más protegidos de Yezhov. El Morita estaba tan angustiado por el temor y los malos presagios que empezó a fusilar a los prisioneros que pudieran incriminarlo. Uspenski, el jefe del NKVD de Ucrania, se hallaba en Moscú y descubrió que en los próximos cinco días iban a ser ejecutadas mil personas. «Hay que ocultar el rastro», le advirtió Yezhov. «Todas las investigaciones debían ser concluidas mediante un procedimiento acelerado, para que resultara imposible seguirles la pista.»[6]

Stalin le dijo amablemente a Yezhov que necesitaba alguien que le ayuda-

* Su espléndida sepultura en el cementerio de Novodevichi, no lejos de la tumba de Nadia Stalin, no da ni una pista de su siniestro final.

ra en la dirección del NKVD y le propuso que eligiera a quien él quisiera. Yezhov pidió que fuera Malenkov, pero el Vozhd deseaba que éste siguiera en el Comité Central, por lo que alguien, quizá Kaganovich, propuso a Beria. Puede que Stalin quisiera a alguien del Cáucaso, convencido acaso de que las expeditivas tradiciones de los montañeses —las reyertas de sangre, las venganzas colectivas y los asesinatos sigilosos— estaban en consonancia con el cargo. Beria era todo un as, el único primer secretario que había torturado personalmente a sus víctimas. La porra —el *zhguti*— y el chuzo —la *dubenka*— eran sus juguetes favoritos. Era odiado por muchos bolcheviques de la vieja guardia y por los miembros de la familia del Vozhd, pero con Beria a su lado, hablando siempre en voz baja, conspirando y tramando venganzas, Stalin se sentía capaz de acabar con el mundo corrompido de su propia intimidad.

Yezhov probablemente intentara arrestar a Beria, pero ya era demasiado tarde. Stalin ya había hablado con este último durante la reunión del Soviet Supremo del 10 de agosto. Beria estaba camino de Moscú.[7]

Había progresado mucho desde 1931. Beria, a la sazón de treinta y seis años, era un hombre complejo y de talento, y poseía un cerebro de primera clase. Era ingenioso, una fuente inagotable de chistes irreverentes, de anécdotas malévolas y de frases despectivas y mordaces. Podía ser un torturador sádico y al mismo tiempo un amante esposo y un padre cariñosísimo. Pero desde siempre fue un mujeriego libidinoso al que el poder acabaría convirtiendo en un depredador sexual. Gestor de talento, era el único líder soviético al que uno «podía imaginar convertido en presidente de la General Motors», como luego diría su nuera. Podía dirigir grandes empresas con una mezcla de amenazas malévolas —«os haré trizas— y de precisión meticulosa. «Todo lo que dependía de Beria debía funcionar con la precisión ... de un reloj», mientras que «las dos cosas que no podía soportar eran la palabrería y la vaguedad en la expresión».* Era un «buen organizador, metódico y eficiente», había dicho Stalin a Kaganovich a comienzos de 1932, que poseía unos «nervios de toro» y una infatigable capacidad de trabajo, cualidades absolutamente imprescindibles para sobrevivir en la corte de Stalin. Era un «hombre listísimo —reconocía Molotov— dotado de una energía sobrehumana: Podía trabajar una semana entera sin dormir».[8]

Beria poseía la «singular habilidad de inspirar temor y entusiasmo a la vez». «Idolatrado» por sus subordinados, aunque a menudo era duro y grosero con ellos, era capaz de gritarle a uno: «Vamos a detenerte y dejar que te pudras en los campos ... Te haremos polvo de campo de concentración». Un joven como Aliosha Mirtsjulava, al que Beria promocionó en el Partido Comunista

* Normalmente firmaba los documentos con una letra pequeña y clara y con una tinta color turquesa que lo caracterizaba, o con una cinta de máquina de escribir asimismo color turquesa que no se confundía con los lápices azules y rojos de Stalin.

1934-1941



La amistad de Stalin resultaba sofocante. Tras la muerte de Nadia, Sergei Kirov, el apuesto y acomodaticio máximo dirigente de Leningrado, se convirtió en el amigo más íntimo de Stalin. Aquí lo vemos de vacaciones con él y con Svetlana en Sochi. Pero se creó una fuerte tensión cuando Kirov se hizo peligrosamente popular. ¿Organizó Stalin su muerte?



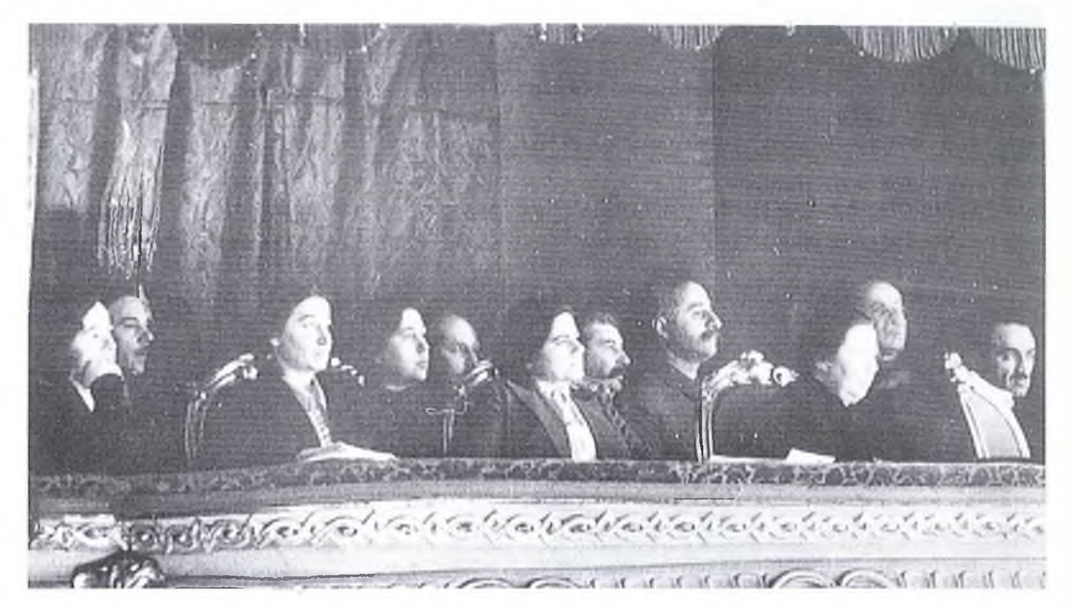
Incluso antes del asesinato de Kirov, Andrei Zhdanov, bullicioso, robusto, pero frágil, pretencioso, fatuo y despiadado, se convirtió en el favorito de Stalin, el único jerarca que podía ser calificado de «intelectual como él». Aquí vemos a Zhdanov en compañía de la familia, probablemente en la dacha de Jolodnaya Rechka. De izquierda a derecha: Vasili, Zhdanov, Svetlana, Stalin y Yakov. *A la derecha*: En esa misma ocasión, Stalin y Svetlana.





La corte del zar rojo a mediados de los años treinta. Stalin aparece rodeado de sus camaradas y del círculo de mujeres deslenguadas y mandonas que acabaron tomándose demasiadas confianzas y pagaron por ello. El 21 de diciembre de 1934, todavía aturdidos por el asesinato de Kirov, los cortesanos, la familia y los prohombres del Partido se reunieron con motivo del cumpleaños de Stalin en la dacha de Kuntsevo y fueron fotografiados por el general Vlasik. Lakoba y Beria llegaron a última hora. En la última fila, de pie, de izquierda a derecha: Stan Redens; Kaganovich; Molotov; Aliosha Svanidze; Anna Alliluyeva Redens; Vlas Chubar; Dora Jazan (esposa de Andreyev); Andrei Andreyev; Zinaida Ordzhonikidze; Pavel Alliluyev. En la fila central: Maria Svanidze; Maria Kaganovich; Sashiko Svanidze; Stalin; Polina Molotova; Voroshilov. En primera fila: un desconocido, posiblemente Shalva Eliava; Lakoba; posiblemente la esposa de Lakoba; Sergo Ordzhonikidze; Zhenia Alliluyeva; Bronislava Poskrebisheva; desconocido; y en primerísimo término: Beria, Mikoyan y Poskrebishev.

Las mujeres de Stalin: su risueña amante, Zhenia Alliluyeva, sentada a sus pies, con un cuello de encaje; decía todo lo que le venía en gana a Stalin y por eso se creó no pocos enemigos. La hermosa Bronislava Poskrebisheva aparece sentada a la izquierda de Zhenia. La hija de Bronislava afirma que también ella fue amante de Stalin. A pesar de todo fue eliminada.



Stalin manipulaba el teatro lo mismo que dominaba el cine, la literatura y la política. Los jerarcas del régimen cenaban en el antepalco durante los entreactos. Aquí, en el antiguo palco imperial del Bolshoi, vemos (de izquierda a derecha) a Voroshilov, Kaganovich, Stalin, Sergo Ordzhonikidze y Mikoyan, con sus respectivas esposas.

La madre de Stalin, Keke, poseía el mismo humor sardónico y burlón de su hijo. No mantenían una relación demasiado íntima, pero Stalin le mandaba las cartas de rigor y dejó que Beria hiciera las veces de hijo suplente. Poco antes de la muerte de la anciana, aprovechando que estaba de vacaciones en Georgia, Beria organizó un viaje para que visitase a Keke. Antiguos amigos y ahora rivales, Beria y Lakoba aparecen sentados detrás de madre e hijo en el dormitorio de la primera.



Izquierda: Como si fueran tres burgueses tomando el sol, Beria, el virrey del Cáucaso (en el centro) haciendo de anfitrión para Voroshilov y Mikoyan (a la derecha) en Tiflis con motivo del Festival Rustaveli en 1937, momento de mayor auge del Gran Terror.

Debajo: Hijo de un joyero judío, con conocimientos sobre el uso de los venenos y una ambición despiadada, Genrij Yagoda, máximo dirigente del NKVD, manifestó ciertas reservas al desencadenamiento del Gran Terror. Stalin lo amenazó con darle un puñetazo en plena cara. A Yagoda le gustaba la buena vida: coleccionar vinos, cultivar orquídeas, cortejar a la nuera de Gorki, acumular ropa interior femenina y comprar películas pornográficas alemanas y boquillas para cigarrillos con figuras obscenas. De izquierda a derecha: Yagoda de uniforme, Kalinin, Stalin, Molotov, Vishinski y Beria.





El presumido mariscal Semion Budionni, jinete cosaco, héroe de Tsaritsin, famoso por sus bigotes retorcidos, sus dientes blancos y su inteligencia poco más que equina, posa al lado de Kaganovich (a la izquierda) junto a un grupo de muchachas sonrientes. Budionni fue un general bastante mejor que la mayoría de los amigotes que tenía Stalin en la caballería, pero lo que más le gustaba era la cría de caballos, que consideraba más útiles que los tanques.



Los dos monstruos más depravados de la corte de Stalin. Durante el XVII Congreso del Partido, en 1934, cuando entraron a formar parte del grupo dirigente (pero antes de que ascendieran al poder supremo), Beria y Yezhov, un funcionario del Comité Central en plena ascensión, posan abrazados ante la cámara. Yezhov era un fanático ambicioso, afable pero propenso a todo tipo de enfermedades, un enano bisexual que resultaba del agrado de todo el mundo hasta que fue ascendido a máximo dirigente del NKVD en 1936 y se convirtió en el asesino más despiadado de Stalin. Beria carecía de escrúpulos, pero era un hombre capaz y un inteligente miembro de la policía secreta. En 1938 fue trasladado a Moscú para acabar con Yezhov, cuya ejecución supervisó en persona.



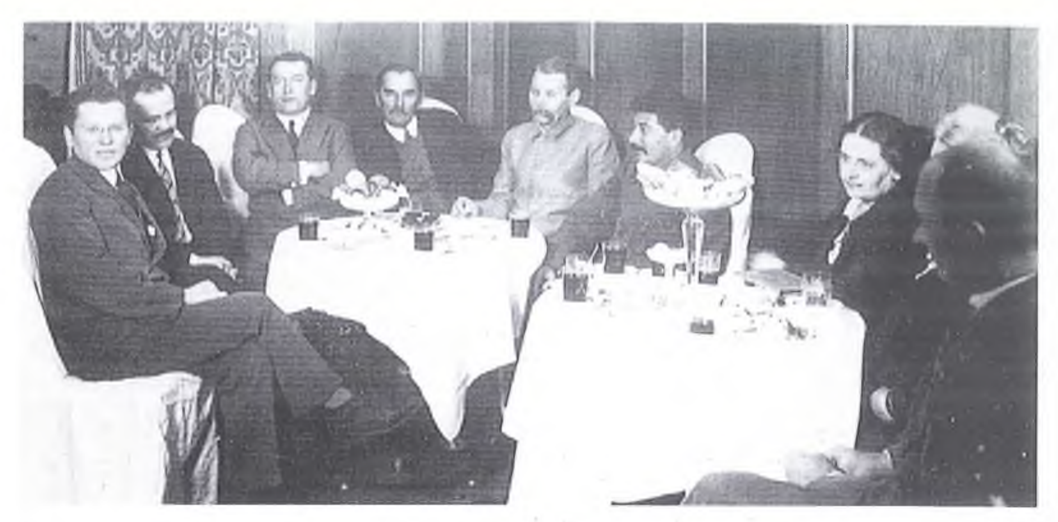


Izquierda: Yezhov (acariciando a su hija adoptiva Natasha), el jerarca de ascensión meteórica, y su esposa Yevgenia, la promiscua literata, que se acostó con toda clase de escritores, desde Isaac Babel a Mijail Sholojov, haciendo de anfitriones para su poderoso amigo, Sergo Ordzhonikidze. Yezhov no tardaría en ayudar a Stalin en acosar a Sergo hasta provocar su muerte. Yevgenia Yezhova se convirtió en la «viuda negra» del círculo de Stalin: muchos de sus amantes, entre ellos Babel, murieron debido a las relaciones que habían mantenido con ella. Acabó sacrificándose para salvar a su hija Natasha. *Arriba*: Sergo y Yezhov.

Cuando el Gran Terror fue avanzando, Sergo Ordzhonikidze chocó con Stalin. De pronto se oyó un disparo en el piso de Sergo. Su misteriosa muerte resolvió un problema para Stalin, que salió corriendo hacia el piso que Sergo tenía en el Kremlin, donde su cadáver fue colocado en una mesa para ser fotografiado. Stalin, Zhdanov, Kaganovich, Mikoyan y Voroshilov posan junto al cadáver de Sergo y lo miran con expresión de asombro.

En 1937, en el momento de mayor auge del Gran Terror, dos jóvenes jerarcas entraron a formar parte de la dirección del Partido: Yezhov, ya máximo dirigente del NKVD con uniforme de general-comisario de la Seguridad del Estado (segundo por la derecha) y (en el extremo derecho) su amigo Nikita Jrushchov, recién nombrado primer secretario de Moscú y posteriormente uno de los sucesores de Stalin, acompañan a Molotov, Kaganovich, Stalin, Mikoyan y Kalinin. Stalin confiaba en el despiadado y regordete Jrushchov, que se calificaba a sí mismo de «la mascota» del líder. Idolatraba a Stalin.





Stalin se consideraba a sí mismo un intelectual. Convenció al famoso novelista Maxim Gorki para que regresara a Rusia a fin de convertirse en el gran escritor del régimen, concediéndole una mansión en Moscú y dos dachas a las afueras de la ciudad. La casa de Gorki se transformó en punto de reunión de los miembros del Politburó, que acudían a ella regularmente. Allí, Stalin dijo a los escritores que se convirtieran en «ingenieros del alma humana». Vemos aquí a Stalin tomando el té con Gorki. En 1936, cuando el Vozhd estaba ya decepcionado del novelista, la muerte de Gorki resultó de lo más conveniente.



Cuando a Bronislava, médica bonita, elegante y bien relacionada, se le cayó un pastel sobre la guerrera de Poskrebishev, éste se enamoró de ella. Bronislava no tardaría en intimar con Stalin y su familia, pero sus orígenes judíos y lituanos, su amistad con la mujer de Yezhov y, lo que es peor, su lejana relación con Trotski provocaron su detención a manos de Beria y su ejecución. Poskrebishev lloraba cada vez que oía su nombre, pero continuó trabajando al lado de Stalin, siguió manteniendo buenas relaciones con Beria y llegó a casarse de nuevo. Aquí vemos a Poskrebishev con Bronislava (a la derecha) y la hermana de ésta.



Más poderoso que muchos jerarcas, Alexander Poskrebishev (a la derecha) fue el jefe de gabinete de Stalin durante la mayor parte de su reinado. Este antiguo enfermero y maestro del detalle llevaba el despacho de Stalin y guardaba sus secretos, mientras que durante las cenas del Vozhd, éste lo desafiaba a beber, lo llamaba «comandante en jefe» y se reía cuando lo veía levantarse de la mesa tambaleándose para ir a vomitar.



Poskrebishev se encargaba de la política, pero el general Nikolai Vlasik, principal guardaespaldas de Stalin y fotógrafo de corte, gobernaba su vida familiar. Este libertino, bebedor incansable, poseedor de todo un harén de concubinas, hizo además las veces de figura paterna para Vasili Stalin. Aquí vemos a Vlasik, a la izquierda, con el infortunado hijo de Stalin, Yakov, poco antes del estallido de la guerra, probablemente en Kuntsevo.

Stalin quiso siempre mucho a Svetlana y estuvo siempre muy unido a ella, pero cuando la niña llegó a la pubertad, a finales de los años treinta, se desarrolló muy pronto y su padre se sintió alarmado. Cuando Svetlana le mandó esta fotografía suya con el uniforme de los Jóvenes Pioneros, su padre se la devolvió con un escueto comentario: «Esa expresión no es adecuada para una niña de tu edad». Cuando se enamoró de un hombre mayor que ella en plena segunda guerra mundial, Stalin se sintió horrorizado y destrozó su relación para siempre. En adelante el epíteto más cariñoso que le asignaría sería «tontuela».

de Georgia, seguía elogiándolo por su «humanidad, su fuerza, su eficiencia y su patriotismo» cuando fue entrevistado para la elaboración del presente volumen en 2002.* En cualquier caso le gustaba jactarse de lo que era capaz de hacer a sus víctimas: «Déjame una noche con él y haré que confiese que es el rey de Inglaterra». Sus películas favoritas eran las del Oeste, pero se identificaba con los bandidos mexicanos. Bastante cultivado para lo que era habitual entre los jerarcas bolcheviques, Stalin bromeaba con aquel arquitecto frustrado diciéndole que sus gafas llevaban lentes sin graduar y que sólo se las ponía para dar la impresión de gravedad propia de un intelectual.

Aquel hábil intrigante, psicópata brutal y aventurero del sexo, habría podido igualmente cortar cuellos, seducir a damas de compañía y envenenar copas de vino en la corte de Genghis Jan, de Solimán el Magnífico o de Lucrecia Borgia. Pero este «zelote», como lo llamaba Svetlana, sentía por aquel entonces auténtica veneración por Stalin —la suya era la relación de un monarca y su vasallo—, tratándolo como a un zar, y no como al primer camarada. Los jerarcas más viejos trataban a Stalin con respeto, pero con familiaridad, e incluso Kaganovich lo elogiaba con el léxico propio de los bolcheviques. Beria, en cambio, decía: «¡Oh sí, cuánta razón tienes, es absolutamente cierto, cuán cierto es!» de una manera obsequiosa, recuerda Svetlana. «Estaba siempre recalcando que era seguidor ferviente de mi padre y llegó a oídos de Stalin que, dijera lo que dijera, aquel hombre lo iba a apoyar.» Beria llevó algo del sabor y el bochorno de su Abjasia natal a la corte de Stalin, e iría volviéndose cada vez más complejo, más poderoso y depravado, aunque también menos devoto del marxismo, a medida que fueron pasando los años, pero en 1938, aquella «figura colosal», como dice Artiom, lo cambió todo.[9]

Como tantos antes que él, Beria intentó rechazar el ascenso que se le ofrecía. No hay motivo para que pongamos en entredicho su sinceridad: Yagoda acababa de ser fusilado, y Yezhov tenía los días contados. Su esposa, Nina, no quería cambiar de residencia, pero él tenía una ambición rapaz. Cuando Stalin propuso nombrar a Beria primer vicecomisario del pueblo del NKVD, Yezhov sugirió lastimeramente que el georgiano podía convertirse en un buen comisario. «No, en un buen vice», insistió el Vozhd.

Stalin envió al sur a Vlasik para que organizara el traslado. En el mes de agosto, después de un precipitado viaje a Georgia para asistir al nombramiento de su sucesor en Tiflis, Beria llegó a Moscú el 22 de agosto de 1938, siendo nombrado primer comisario adjunto del NKVD. Se asignó a la familia una vivienda en la fatídica casa del Malecón. Stalin se presentó a inspeccionar el piso y no quedó muy convencido. En la región fértil y cálida del

* El autor desea dar las gracias a Aliosha Mirtsjulava, jefe del Komsomol de Georgia en tiempos de Beria y posteriormente primer secretario del Partido en dicha república, por la entrevista que le concedió en Tiflis.

Cáucaso, con su tradición de lujos, vino y frutos de todas clases, los dirigentes vivían mucho mejor que en cualquier otra parte: hasta ese momento Beria había estado viviendo en una elegante villa de Tiflis. Stalin propuso que se mudaran al Kremlin, pero la mujer de Beria no mostró demasiado entusiasmo. De ese modo, Stalin eligió al fin para su nuevo chico de Georgia un aristocrático palacete en Malaya Nikitskaya, en pleno centro de la ciudad. En esta residencia, en otro tiempo del general zarista Kuropatkin, Beria viviría de manera espléndida según los parámetros del Politburó. Sólo él disponía de una mansión propia.

Stalin trató al recién llegado como si fuera una familiar al que no veía desde hacía mucho tiempo. Adoraba a Nina Beria, una rubia estatuaria a la que siempre trató «como a una hija»: cuando el nuevo líder georgiano Candide Charkviani fue invitado a cenar a casa de los Beria, se produjo una llamada telefónica y un repentino despliegue de actividad frenética.

—¡Que viene Stalin! —dijo Nina, poniéndose a preparar a toda prisa comida georgiana. Al cabo de unos minutos llegaba el Vozhd. Durante la sobremesa georgiana, Stalin y Beria se pusieron a cantar juntos. Ni siquiera después de que se instaurara el Gran Terror perdió Stalin cierta dosis de espontaneidad.[10]

Beria y Yezhov se hicieron ostensiblemente amigos: el vicecomisario llamaba a su superior «querido Yozhik», e incluso iba a su dacha. Pero semejante situación no podía durar demasiado en la jungla de la corte de Stalin. Beria asistía a la mayor parte de las reuniones con Yezhov y se encargaba de los departamentos de Inteligencia. El georgiano emprendió una campaña silenciosa destinada a destruir al Morita: invitó a Jrushchov a una cena en la que llamó la atención de éste sobre la intimidad que tenía Malenkov con Yezhov. Jrushchov comprendió que en realidad sobre lo que deseaba llamarle la atención el vicecomisario era sobre su propia amistad con el Morita. Indudablemente Beria mantuvo la misma conversación con Malenkov. Pero los testimonios más reveladores nos los ofrecen los archivos: Beria indujo a Vishinski a que se quejara ante Stalin de la lentitud de Yezhov.* El Vozhd no se inmutó, pero Molotov dio la siguiente orden a Yezhov:

«Es necesario prestar especial atención al camarada Beria y darse prisa. Molotov». La veleta que marcaba en qué dirección soplaban los vientos del favor de Stalin, Poskrebishev, dejó de llamar a Yezhov familiarmente de tú (*ty*) y empezó a visitar a Beria.[11]

El vicecomisario insufló un nuevo espíritu al NKVD: el frenesí de Yezhov fue sustituido por un riguroso sistema de administración del terror que se con-

* El caso en cuestión tenía que ver con una investigación que estaba llevándose a cabo para descubrir a la persona que había quemado equivocadamente los libros de Lenin, Stalin y Gorki en una caldera: otro ejemplo de lo absurdo y sin sentido del terror.

vertiría en el método de gobernar Rusia típico del estalinismo. Pero aquella nueva eficiencia no supondría ningún consuelo para las víctimas. Beria colaboró con Yezhov en los interrogatorios de los jerarcas caídos en desgracia, Kosior, Chubar y Eije, durante los cuales fueron salvajemente torturados. Chubar escribió a Stalin y a Molotov poniendo de manifiesto su agonía.[12]

Stalin, el Morita y Beria dirigieron entonces su atención hacia el Extremo Oriente, donde el ejército, al mando de un militar de talento, el mariscal Bliujer, se había librado en buena parte de los estragos del Gran Terror. A finales de junio, el «siniestro demonio», Mejlis, se abatió sobre el territorio al mando de Bliujer con una violencia sanguinaria absolutamente enloquecida. Tras establecer su cuartel general en un vagón de tren, como un jefezuelo de la guerra civil, empezó a mandar a Stalin y Voroshilov telegramas del siguiente tenor:

«La Unidad Especial de Ferroviarios está llena de elementos dudosos en todas partes ... Hay 46 oficiales alemanes, polacos, lituanos, letones, galitzianos ... Tengo que ir a Vladivostok a purgar esta unidad.» Una vez allí, se jactaría ante Stalin en los siguientes términos: «He destituido a 215 trabajadores políticos, y a la mayoría de ellos los he detenido. Pero la purga ... no ha concluido. Creo que es imposible irme de Jabárovsk sin realizar una investigación más a fondo...». Cuando Voroshilov y Budionni intentaron proteger a sus oficiales, Mejlis se quejó del comisario de Defensa (se odiaban mutuamente) ante Stalin: «He informado al CC y al comisario (Voroshilov) de la situación reinante en el departamento de los servicios secretos. Hay en él muchísimos espías y gente dudosa ... Ahora Voroshilov ordena la cancelación del proceso ... No puedo estar de acuerdo con semejante medida». Hasta Kaganovich pensaba que Mejlis «era cruel, y a veces se excedía».

Mientras Mejlis se dirigía hacia el este, el ejército japonés de Kantō ponía a prueba las defensas soviéticas al oeste del lago Jasan, dando lugar a una verdadera batalla campal. Bliujer atacó a los japoneses entre el 6 y el 11 de agosto y los obligó a retroceder con graves pérdidas. Espoleado por Mejlis y alarmado por las pérdidas sufridas y las vacilaciones de Bliujer, Stalin habló por teléfono con el mariscal y le echó una reprimenda en los siguientes términos:

—Habla sinceramente, camarada Bliujer, ¿de verdad quieres combatir contra los japoneses? Si no quieres, dímelo sin tapujos, como un buen comunista.

—Los tiburones ya han llegado —comentó Bliujer con su mujer—. Quieren devorarme. O me comen ellos a mí o me los como yo a ellos, y esta segunda probabilidad es muy escasa.

El tiburón asesino selló el destino del mariscal. Mejlis detuvo a cuatro miembros del Estado Mayor de Bliujer, y exigió a Stalin y a Voroshilov que le permitieran «fusilar a los cuatro sin juicio y por orden especial mía». Bliujer fue destituido y arrestado el 22 de octubre de 1938.[13]

«Estoy acabado», musitaba el Morita en su despacho, al tiempo que iba ejecutando a cualquier prisionero que «se vuelva contra nosotros». El 29 de septiembre, perdió buena parte de su poder cuando Beria fue nombrado jefe del corazón mismo del NKVD: el departamento de la Seguridad del Estado (GUGB). Ahora las órdenes debían ir firmadas conjuntamente por los dos. El Morita intentó devolver el golpe: propuso a Stalin que Stanislas Redens, enemigo de Beria y casado con Anna Alliluyeva, fuera nombrado también vicecomisario. Pero no había esperanza de que prosperara la moción.

Yezhov se pasaba el tiempo bebiendo en su dacha en compañía de sus amigotes, todos ellos profundamente deprimidos, comentando que no iban a tardar mucho en acabar con ellos e imaginando la posibilidad de matar a sus enemigos:

—Retira inmediatamente a todos los hombres puestos de guardia en el Kremlin por Beria —ordenó en voz alta al jefe de seguridad del Kremlin durante una de esas sesiones—, y sustitúyelos por otros de confianza.

Poco después diría, con voz aguardentosa, que había que matar a Stalin.[14]

26

La tragedia y la depravación de los Yezhov

De repente llegaron a oídos de Stalin ciertas noticias acerca de la voraz vida sexual de Yevgenia Yezhova con los literatos. Sholojov, uno de los novelistas preferidos del Vozhd, había empezado a tener una aventura con ella. Yezhov puso micrófonos en la habitación que el escritor tenía en el hotel Nacional y montó en cólera al leer la relación pormenorizada de cómo «se besaban» y luego «se acostaban» juntos. El Morita estaba tan borracho y tan celoso que abofeteó a Yevgenia en presencia de su vivaracha invitada, Zinaida Glikina (con la cual se acostaba él), pero luego la perdonó. Sholojov se dio cuenta de que lo seguían y se quejó ante Stalin y Beria. El Vozhd mandó llamar al Morita al Politburó, donde éste tuvo que pedir disculpas al novelista.[1]

Los jerarcas se movían con cautela entre Yezhov y Beria. Cuando el Morita detuvo a un comisario, Stalin envió a Molotov y a Mikoyan a investigar. Una vez de vuelta en el Kremlin, Mikoyan defendió la inocencia del hombre y Beria atacó el expediente abierto por Yezhov. «Yezhov desplegó una sonrisa ambigua», escribiría Mikoyan, «Beria parecía satisfecho», pero «la cara de Molotov era como una máscara». El comisario* se convirtió en lo que Mikoyan llamaba un «fiambre con suerte», un sujeto que ha vuelto del más allá. Stalin lo puso en libertad.[2]

En cierta ocasión un agente del NKVD necesitó la firma de su jefe, pero no pudo encontrar a Yezhov por ninguna parte. Beria le dijo que cogiera el co-

* Stalin apoyó el rechazo que hizo Beria del expediente abierto al comisario de Navegación Tevosian, pero le dijo a Mikoyan: «Dile que el CC sabe que fue reclutado por Krupp para actuar como agente de los alemanes. Todo el mundo entiende que una persona caiga en una trampa ... Si lo confiesa sinceramente ... el CC lo perdonará». Mikoyan convocó a Tevosian a su despacho para tenderle la trampa ideada por Stalin, pero el comisario se negó a confesar, y el Vozhd lo aceptó. Tevosian se convertiría en uno de los grandes gestores de la industria de la segunda guerra mundial.

che y fuera a su dacha para que firmara el documento. Cuando llegó a ella, el funcionario se encontró con un hombre que «o estaba gravemente enfermo o se había pasado la noche bebiendo de lo lindo». Los dirigentes regionales del NKVD empezaron a enviar denuncias contra Yezhov.[3]

La sombra empezó a cernerse sobre la familia del Morita, en la cual su sensual y estúpida esposa desempeñaría imprudentemente el papel de viuda negra: la mayoría de sus amantes acababan muertos. Ella era una flor demasiado sensible para el mundo de Yezhov. Tanto ella como el Morita eran muy promiscuos, pero vivían en un mundo de alta tensión, con un poder omnímodo sobre la vida y la muerte, en medio de un agitado torbellino en el que aparecían y desaparecían hombres a su alrededor. Aunque la caída de Yezhov fuera justa en alguna medida, para Yevgenia fue una tragedia y para la pequeña Natasha, con la que se comportaba como un verdadero padre. Sobre el salón literario de Yevgenia se abatió un telón negro. En cierta ocasión un amigo la acompañó al Kremlin dando un paseo después de una fiesta; Yevgenia comentó que Babel estaba en peligro porque había sido amigo de los generales trotskistas detenidos: «Sólo la fama que tiene en Europa podría salvarlo...». Ella misma corría un peligro mucho mayor.[4]

Yezhov se enteró de que Beria estaba dispuesto a utilizar a Yevgenia, «una espía inglesa» desde la época en la que había vivido en Londres, contra él, por lo que pidió el divorcio en el mes de septiembre. Se trataba de una medida muy prudente: en otros casos, había salvado la vida del divorciado. Pero la tensión hizo que los nervios de Yevgenia, siempre exacerbados, estuvieran a punto de estallar, por lo que decidió marcharse de vacaciones a Crimea con Zinaida para recuperarse. Parece que el Morita intentó proteger a su esposa de un presumible arresto, de ahí la carta llena de afecto y agradecimiento que ésta le envió.

«Koliushenka —decía a su agobiado marido—, de verdad te lo pido... Insisto en que sigo teniendo el control de mi vida. ¡Querido Kolia! Te suplico seriamente que compruebes lo que ha sido toda mi vida, todo lo que me ha rodeado ... No puedo hacerme a la idea de que soy sospechosa de unos delitos que nunca he cometido...»

El mundo de la pareja iba encogiéndose día a día: Yezhov había conseguido que el ex marido de Yevgenia, Gladun, fuera fusilado antes de que Beria se hiciera con el control del NKVD, pero otro ex amante suyo, el editor Uritski, fue interrogado. Éste reveló la aventura que Yevgenia había tenido con Babel. También fueron detenidos el secretario y los amigos de Yezhov. El Morita le dijo a su esposa que regresara Moscú.

Yevgenia esperaba en la dacha en compañía de su hija Natasha y de su amiga Zinaida. Estaba preocupada desesperadamente por su familia, ¿quién habría podido reprochárselo? Sus nervios quedaron deshechos. En el hospital le diagnosticaron un «estado asténico-depresivo, quizá ciclotimia», y la enviaron a un sanatorio cerca de Moscú.

Cuando Zinaida fue detenida, Yevgenia escribió a Stalin: «Te suplico, camarada Stalin, que leas esta carta ... Me están tratando los mejores facultativos, ¿pero qué sentido tiene que así sea si me abrasa la idea de que tú desconfías de mí? Eres una persona por la que siento afecto y cariño». Juraba por la vida de su hija que era honrada, aunque reconocía que «en mi vida personal, ha habido errores sobre los cuales podría hablarte, y todo ello a causa de los celos». Es indudable que Stalin estaba ya al corriente de todas sus hazañas de Mesalina. Yevgenia se ofrecía a realizar el siguiente sacrificio: «Que me quiten la libertad, que me quiten la vida ... pero no renunciaré al derecho a quererte como te quieren todos los que aman al país y al Partido». Y se despedía en los siguientes términos: «Me siento como un cadáver viviente. ¿Qué voy a hacer? Perdona mi carta, que escribo desde la cama». El Vozhd no contestó.

Yevgenia y su querido Koliushenka estaban cayendo en la trampa. El 8 de octubre, Kaganovich redactó una resolución del Politburó acerca del NKVD. El 17 de noviembre, una comisión del Politburó denunció la existencia de «defectos muy graves en la labor de los órganos del NKVD». Las troikas de la muerte fueron disueltas. Stalin y Molotov firmaron un informe en virtud del cual se disociaban del Gran Terror.[5]

Durante el desfile del 7 de noviembre, Yezhov apareció en la tribuna del mausoleo, pero se quedó detrás de Stalin. Luego desapareció y fue sustituido por Beria, que llevaba la gorra y el uniforme azul de comisario de primera clase de la Seguridad del Estado. Cuando el Vozhd ordenó la detención de Uspenski, jefe del NKVD de Ucrania y amigo de Yezhov, el enano le dio el soplo. Uspenski fingió un suicidio y se dio a la fuga. Stalin (probablemente con razón) sospechaba que Yezhov había puesto micrófonos en sus teléfonos.

A su manera, a pesar de todas sus infidelidades, Yevgenia amaba a Yezhov, y desde luego adoraba a su hija Natasha, pues estaba dispuesta a sacrificarse para salvarlos. Su amiga Zinaida Ordzhonikidze, la viuda de Sergo, fue a visitarla al hospital en un acto heroico de lealtad. Yevgenia le entregó una carta para su marido en la que se ofrecía a quitarse la vida y le pedía somníferos. Le sugería que le mandara la estatuilla de un gnomo cuando llegara la hora. Él le proporcionó cierta cantidad de Luminal y, poco después, ordenó a la criada que llevara a su esposa la figurita acordada. Teniendo en cuenta la estatura minúscula de Yezhov, aquella estatuilla del gnomo fatal parece casi un detalle ridículo: quizá la figurita fuera un pequeño recuerdo de los primeros tiempos de su historia de amor y representara a su «amado Kolia». Cuando la detención de Glikina hizo que la suya se hiciera inevitable, Yevgenia envió una esquela de despedida a Yezhov. El 19 de noviembre se tomó el Luminal.

A las once, al mismo tiempo que ella perdía el sentido, Yezhov llegaba a la «pequeña esquina», donde se encontró al Politburó reunido con Beria y Malenkov, que arremetieron contra él durante cinco horas. Yevgenia murió dos días más tarde. El propio Yezhov reconoció que se había visto «obligado a sa-

crificarla para salvarse a sí mismo». Yevgenia se había casado con un monstruo, pero murió joven para salvar a su hija, acto que, a su manera, supuso un último gesto maternal en una vida entregada únicamente a la diversión más irresponsable. Babel oyó decir que «Stalin no podía entender su muerte. Sus nervios son de acero, por eso no puede comprender que en otras personas salten». La hija adoptiva de los Yezhov, Natasha,* a la sazón de nueve años, fue entregada a la hermana de la ex mujer del Morita y enviada a uno de esos siniestros orfanatos para hijos de enemigos del pueblo.[6]

Dos días después de la muerte de Yevgenia, el 23 de noviembre, Yezhov volvió a sufrir otra sesión de cuatro horas de críticas por parte de Stalin, Molotov y Voroshilov, tras la cual dimitió como jefe del NKVD. Aunque Stalin aceptó su renuncia, el Morita siguió en el limbo como secretario del CC, comisario de Transporte Fluvial y candidato a ingresar en el Politburó, residiendo durante algún tiempo en el Kremlin como un diminuto fantasma, y viviendo en sus propias carnes lo que debían de haber sentido sus víctimas antes que él. Los amigos «me dieron la espalda, como si estuviera apestado ... Nunca llegué a darme cuenta de la profunda vileza de toda esa gente». Echó la culpa del Gran Terror al Vozhd utilizando una expresión típicamente rusa: «La voluntad de Dios, la tentativa del zar», en la cual él hacía el papel del zar y Stalin el de Dios.

Yezhov se consoló a sí mismo con una serie de orgías bisexuales y cargadas de alcohol en su piso del Kremlin. Invitó a dos amigos de borrachera y amantes homosexuales de su juventud a quedarse en su casa, gozando de las «formas más perversas de desenfreno carnal». Sus sobrinos le llevaban muchachas, pero él también había retomado sus costumbres homosexuales. Cuando uno de sus amigotes, Konstantinov, llevó a su mujer a la fiesta, Yezhov estuvo bailando el foxtrot con ella, se sacó el miembro viril de los pantalones y luego se la llevó a la cama. A la noche siguiente, cuando llegó el sufrido Konstantinov, se pusieron a beber y a bailar la música del gramófono hasta que el invitado cayó dormido. De repente se despertó: «Sentí algo en mi boca. Cuando abrí los ojos, vi que Yezhov me había metido el pene en la boca». Descamisado y hecho un guiñapo, el Morita aguardaba el cumplimiento de su destino.[7]

Beria, al que Stalin apodaba «el Fiscal», fue nombrado triunfalmente co-

* Su apellido fue cambiado por el del primer marido de Yevgenia, Jayutin, pero ha seguido fiel a su padre adoptivo hasta la llegada del nuevo milenio. Natasha Yezhova sobrevivió después de soportar terribles sufrimientos a causa de su padre adoptivo. Vasili Grossman, autor de la novela clásica *Vida y destino*, que conoció a la familia y asistía a su salón junto con Babel y otros, escribió un relato breve acerca de la trágica infancia de Natasha. La joven estudió música en Penza y Magadan. En mayo de 1998 solicitó la rehabilitación de Yezhov. Irónicamente logró al menos abrir el caso, pues desde luego el Morita no era culpable del delito de espionaje por el cual fue ejecutado. La petición, sin embargo, fue rechazada. En el momento de escribir este libro seguía viva.

misario el 25 de noviembre y mandó llamar a sus subordinados georgianos a Moscú. Tras exterminar a los miembros de los séquitos de los «príncipes» bolcheviques de la vieja guardia, Stalin se veía ahora obligado a importar a toda la banda de Beria para que acabara con la de Yezhov.

Curiosamente, los cortesanos de Beria eran mucho más cultos que Kaganovich o Voroshilov, pero la cultura no supone ningún impedimento para la barbarie. Merkulov, de cabellos grises, encantador y refinado, un armenio que se había vuelto ruso y que escribiría obras teatrales con el seudónimo de Vsevolod Rok representadas en los escenarios de Moscú, conocía a Beria de cuando habían estudiado juntos en el Politécnico de Bakú y había ingresado en la Cheka en 1920. Beria, que, como Stalin ponía motes a todo el mundo, lo llamaba «el Teórico». Estaba además un príncipe georgiano renegado (aunque en Georgia hay tantos aristócratas como vinos), Shalva Tsereteli, antiguo oficial zarista y miembro de la Legión Georgiana Antibolchevique, que tenía el aspecto de un caballero anticuado, pero que, entre otras labores desarrolladas en el Departamento Especial del NKVD, hacía las veces de asesino privado de Beria. Estaba además un gigante de ciento cincuenta kilogramos de peso, siempre cubierto de joyas —«el peor hombre que haya puesto Dios sobre la faz de la tierra»—, Bogdan Kobulov. Aquel «robusto caucasiano de tamaño descomunal, que tenía unos ojos marrones como de toro», era un «sujeto de cara gorda» aficionado a «la buena vida ... [Tenía] unas manos peludas, piernas cortas y arqueadas», y un bigote atildado; era un torturador apasionado, que habría cumplido su papel tan bien en la Gestapo como en el NKVD. Era tan achaparrado que Beria lo llamaba «el Samovar».

Cuando Kobulov pegaba a sus víctimas, utilizaba los puños, su peso de elefante y sus porras favoritas. Se encargaba de intervenir los teléfonos de los jerarcas para Stalin, pero se convirtió también en bufón de la corte, en sustitución del difunto Pauker, imitando cómicamente toda clase de acentos. No tardaría en demostrar su utilidad: Beria estaba interrogando a una víctima en su despacho cuando el prisionero se abalanzó sobre él y lo atacó. Kobulov se jactaba de lo que había ocurrido a continuación: «Vi al patrón [utilizaba el término propio de la jerga georgiana, *jozeni*] por el suelo y salté sobre el sujeto aquel y le rompí el cuello con mis propias manos». Pero incluso aquel bestia tenía la impresión de que lo que hacía no estaba bien, pues solía visitar a su madre y sollozar con ella como si fuera un niño grande: «Mamá, mamá, ¿qué es lo que estamos haciendo? Un día pagaré por todo ello».

La llegada de aquellos exóticos georgianos presumidos, algunos incluso reos de asesinato, debió de ser como una de las incursiones de Pancho Villa y sus bandidos en una ciudad del norte sacada de una de las películas que tanto gustaban a Beria. Más tarde Stalin insistiría en mandar a algunos de vuelta a su tierra y en sustituirlos por rusos, aunque él mismo seguía siendo todo un georgiano. Los hombres de Beria dieron al séquito de Stalin un color neta-

mente georgiano. El día del nombramiento oficial de Beria, Stalin y Molotov firmaron la orden de fusilamiento de 3.176 personas, por lo que todos ellos tuvieron que ponerse a trabajar de inmediato.

Beria se presentó por la noche en la cárcel de Lefortovo para torturar al mariscal Bliujer, con la ayuda del «Teórico» Merkulov, del «Samovar» Kobulov, y de su mejor interrogador, Rodos, que se emplearon tan a fondo con el mariscal que éste exclamó:

—Stalin, ¿oyes lo que me están haciendo?

Lo torturaron con tanta saña que le sacaron un ojo y el pobre hombre acabó muriendo a consecuencia de las heridas. Beria se trasladó al Kremlin a informar de lo ocurrido al Vozhd, que ordenó la incineración del cadáver. Mientras tanto, Beria se dedicó a saldar cuentas, deteniendo personalmente a Alexander Kosarev, jefe del Komsomol,* que en una ocasión lo había insultado. Stalin se enteró más tarde de que había sido una venganza personal: «Me dijeron que Beria era muy vengativo, pero nunca hubo prueba de ello —comentaría años más tarde—. En el caso de Kosarev, Zhdanov y Andreyev verificaron las pruebas existentes».

Beria disfrutaba con el deporte del poder. La encantadora viuda de Bujarin, Anna Larina, que sólo tenía veinticuatro años, fue trasladada a su despacho de la Lubianka por Kobulov, que luego se presentó trayendo bocadillos como si fuera el mayordomo de un cuento de terror.

«Debo decirle que está más hermosa que la última vez que la vi —comentó Beria—. La pena máxima se ejecuta una vez. Y desde luego Yezhov ya lo hizo contigo.» Como la joven ya no podía traicionar a nadie, Beria y Kobulov dejaron de tontear. «¿A quién quieres salvar? Al fin y al cabo, Nikolai Ivanovich [Bujarin] ya no está entre nosotros ... ¿Deseas vivir? ... Si no mantienes la boca cerrada, esto es lo que te daremos», dijo apoyando un dedo sobre la sien de la mujer. «¿Me prometes que mantendrás la boca cerrada?»

Larina se dio cuenta de que Beria quería salvarla y se lo prometió.[8] Pero no probó los bocadillos de Kobulov.**

* * *

Stalin se guardó muy mucho de ponerse completamente en manos de Beria: el cargo de máximo responsable de la Seguridad del Estado (Primera Rama) y de su seguridad personal suponía una posición muy preeminente, pero peligrosa. Otros dos jefes de su seguridad habían acabado fusilados lo mismo que Pau-

* Komsomol: Unión de las juventudes comunistas de la Unión Soviética. *(N. del t.)*

** Anna Larina pasó veinte años en los campos de concentración. Su hijo Yuri tenía once meses cuando fue detenida en 1937, y no volverían a verse hasta 1956, una más de las infinitas historias dolorosas de aquella época.

ker, pero entonces Stalin nombró para ese puesto a su guardaespaldas personal, Vlasik, que debería encargarse de la seguridad del primer mandatario y de las dachas, del aprovisionamiento de comida para las cocinas, de la flota de automóviles y de la administración de millones de rublos. En adelante, cuenta Artiom, Stalin «gobernó a través de Poskrebishev en materia política y de Vlasik para las cuestiones personales». Ambos eran infatigablemente trabajadores... y corruptos.

Los dos llevaban una vida parecida: sus hijas recuerdan que sólo pasaban en casa los domingos. Por lo demás estaban a todas horas con Stalin y volvían a casa agotados sólo para dormir. Eran los que mejor conocían al Vozhd. En casa nunca hablaban de política, sino únicamente de las excursiones que hacían para ir a pescar. Vlasik, que vivía en un elegante palacete del bulevar Gogolevski, era fiel como un perro, inculto, borrachín y disoluto: era un mujeriego insaciable que montaba sus fiestas con Poskrebishev. Tenía tantas «concubinas» que hacía listas con sus nombres para que no se le olvidaran, y a veces llegaba a tener a varias en distintas habitaciones durante sus orgías. Llamaba a Stalin *Jozyain*, pero en su presencia utilizaba siempre el término «camarada Stalin». Raramente comía en su misma mesa.

El estatus social de Poskrebishev era más elevado, a menudo cenaba con los jerarcas y llamaba a Stalin «Iosiv Vissarionovich». Era el blanco de todas las bromas y él mismo las estaba gastando constantemente. Pasaba los días y las noches montando guardia como un perro ante su escritorio en la antesala del despacho de Stalin: su reino era la «pequeña esquina». Los jerarcas cultivaban su compañía y jugaban con su vanidad de perro fiel para que los avisara de si el Vozhd estaba de mal humor o no. Poskrebishev llamaba siempre a Vishinski para decirle cuándo se iba Stalin a Kuntsevo; de ese modo el fiscal general podía irse a acostar. En una ocasión protegió a Jrushchov. Era tan poderoso que podía permitirse el lujo de insultar a los miembros del Politburó. El «fiel escudero» de Stalin, como lo llamaba Jrushchov, desempeñó siempre algún papel en los actos más mundanos del Vozhd y también en los más terribles, jactándose posteriormente de su habilidad en el uso del veneno. Fue un amante esposo para Bronka y un padre indulgente con sus dos hijas, Galia, fruto del primer matrimonio de su esposa, y Natalia. Pero cuando los domingos sonaba el *vertushka*, nadie más tenía permiso para responder. Estaba muy orgulloso de su posición: cuando su hija tuvo que ser operada, le advirtió que debía comportarse como correspondía a la condición de la familia. Poskrebishev colaboró estrechamente con Beria: a menudo se visitaban uno a otro en sus casas con sus familias, pero si tenían que hablar del trabajo, se iban a dar una vuelta por el jardín. Últimamente, sin embargo, tanto Vlasik como Poskrebishev se habían convertido en un obstáculo para el poder de Beria.[9] Ya no cabía decir lo mismo de la familia Alliluyev.

27

Muerte de la familia Stalin: una propuesta extraña y el ama de llaves

Dejar entrar a Beria en la familia fue como meter a un zorro en un gallinero, pero Stalin es responsable también en parte de la suerte que corrieron sus familiares. «Toda la familia —escribe Svetlana— se quedó absolutamente perpleja sin entender por qué Stalin dejó que Beria (un simple agente de la policía secreta de provincias) gozara de tanto predicamento ante él y ante el gobierno de Moscú.» Precisamente ése había sido el motivo de que el Vozhd lo promoviera: para Beria no había nadie sagrado.

Los jerarcas y demás secuaces del Vozhd se pasaban el tiempo murmurando sobre la importancia que se daban las «tías». Lleno de insolencia debido a la magnitud de su nuevo poder y dolido a causa del complejo de inferioridad típico de un provinciano objeto de las burlas de todo el mundo, Beria estaba decidido a demostrar quién era exterminando a aquellos miembros de la nueva nobleza, tan deslumbrantes como esnobs. A comienzos de los años treinta, Beria había intentado flirtear con Zhenia, mientras el marido de ésta y Stalin asistían a la escena. Zhenia se levantó impetuosamente y le dijo al Vozhd:

—Si este bastardo no me deja en paz, voy a hacerle trizas las gafas.

Todo el mundo se echó a reír. El aludido se sintió abrumado. Pero cuando Beria empezó a aparecer con más frecuencia por Kuntsevo, siguió flirteando con Zhenia, que protestó ante Stalin:

—¡Iosiv! ¡Está sobándome la rodilla!

El Vozhd probablemente considerara a Beria una especie de podadora. Y su familia era la típica representante de la élite que él quería desmochar. Cuando Beria apareció en la cena con un jersey de cuello de cisne, Zhenia, que iba siempre vestida de punta en blanco, sin mostrar ni pizca de la modestia bolchevique, exclamó en voz alta:

—¿Cómo te atreves a presentarte en la cena de esa forma?

El abuelo Alliluyev solía calificar a Beria de «enemigo del pueblo».[1]

En noviembre de 1938, la vida familiar de Stalin acabó de hecho. Beria extendió el Gran Terror para que cayeran víctimas de él todas las personas relacionadas con Yezhov, quien no sólo había nombrado al cuñado de Stalin, Stanislas Redens, jefe del NKVD en Kazajstán, sino que incluso había exigido que lo nombraran vicecomisario suyo: aquella propuesta sería para Redens como el beso de la muerte. Es indudable que las relaciones habían sido sumamente afectuosas cuando Stalin recibió a la familia Redens al completo antes de que ésta partiera hacia Alma Atá. Sabemos muy poco acerca del papel de Redens durante el Gran Terror, pero bajo su supervisión Moscú y Kazajstán sufrieron graves matanzas. El advenimiento de Beria y su venganza en Tiflis en 1931, supusieron para él una mala noticia, pero aunque no hubiera sido así, Stanislas probablemente estuviera ya sentenciado.[2]

Mientras tanto, el puesto de Pavel Alliluyev, como comisario de las fuerzas blindadas, lo situaba en un lugar especialmente peligroso: al hallarse tan cerca de los generales ejecutados, se vio implicado también en el espionaje de la producción de tanques alemanes. Cuando se entrevistó con el espía soviético Orlov, antes de que éste desertara, le advirtió: «No preguntes nunca por el asunto Tujachevski. Saber cosas sobre eso es como inhalar gas venenoso». Por otra parte, Pavel había estado en el extremo oriente soviético, y allí los generales le pidieron que intercediera por ellos, por lo que, según su hija Kira, regresó de forma precipitada con pruebas de su inocencia. Evidentemente no se daba cuenta de que las acusaciones sólo existían para convencer a los demás, no para demostrar su culpabilidad. Stalin «obviamente estaba harto de aquello».

Tras pasar las vacaciones en Sochi, Pavel regresó el 1 de noviembre. A la mañana siguiente, desayunó y se fue al despacho, donde se encontró que la mayoría de los miembros de su departamento habían sido detenidos. Según Svetlana, «intentó salvar a algunas personas a través de la influencia de mi padre, pero no sirvió de nada». A las dos de la tarde, Zhenia recibió una llamada telefónica:

—¿Qué le ha dado de comer esta mañana a su marido? Se encuentra mal.

Zhenia intentó ir a buscarlo rápidamente, pero se lo impidieron. Pavel fue trasladado a la clínica Kremlevka. Según dice el informe médico, «cuando ingresó, se hallaba inconsciente, cianótico y parecía agonizante. El paciente no recuperó la conciencia». Aquello era muy extraño, pues el médico que llamó por teléfono a Zhenia para darle la noticia de lo ocurrido, le dijo: «¿Por qué ha tardado tanto? Tenía algo que decirle. No dejaba de preguntar "por qué no viene Zhenia". Ya ha muerto». Así murió el hermano de Nadia que le había regalado la pistola con la que se quitó la vida. Las incoherencias que rodearon aquella muerte, ya de por sí bastante sospechosa, en una época en la que la «ejecución» clínica era casi una rutina, permiten suponer que se tratara de un asesinato perfectamente planeado. Stalin guardó el certificado de defunción. Más tarde Zhenia sería acusada de haber asesinado a su marido. Stalin acusa-

ba a veces a otros de sus propios crímenes. Nunca llegaremos a conocer la verdad.

«Cuando lo volví a ver —dice Kira— estaba de cuerpo presente en el salón de las columnas. Tenía sólo cuarenta y cuatro años, y ahí estaba, bronceado, guapísimo, con sus largas pestañas.»* Contemplando el féretro, Sergei Alliluyev comentó que no había cosa más trágica que asistir al entierro de un hijo.[3]

El propio Redens se dirigió a Moscú, donde llegó el 18 de noviembre. En Kuntsevo, Vasili oyó a Beria exigirle a Stalin que le permitiera detener a Redens.

—Pero yo confío en él —respondió el Vozhd en tono «muy resuelto».

Para sorpresa del joven, Malenkov apoyó a Beria. Aquél fue el comienzo de la alianza entre esos dos individuos, que no habrían insistido en la detención de Redens si no hubieran conocido las intenciones de Stalin: esas escenas de fingidas discusiones recuerdan demasiado a los ejercicios de los abogados que se conocen todos los trucos. No obstante, Stalin era muy sugestionable. Redens tuvo la mala suerte —como Pavel Alliluyev— de estar en dos o tres círculos de sospechosos relacionados entre sí. Se echa siempre la culpa a Beria de haber puesto a Stalin en contra de su cuñado, pero no fue sólo eso. Stalin ya había retirado a Redens de Ucrania en 1932. Mantenía una estrecha relación con Yezhov. Y además era polaco. Stalin escuchó las razones de Beria y de Malenkov y dijo:

—En tal caso, solucionadlo en el Comité Central.

Como dice Svetlana: «Mi padre no lo protegería». El día 22, Redens fue detenido cuando iba al trabajo y no se lo volvió a ver.

Anna Redens empezó a llamar por teléfono a Stalin. Ya no era bien recibida en Zubalovo. No tenía acceso al Vozhd.

—Pues llamaré a Voroshilov, a Kaganovich y a Molotov —dijo entre sollozos. Cuando llegaron los niños encontraron a su madre histérica debido a la desaparición de su querido Stan, en la cama, leyendo a Alejandro Dumas. Recurrió a todo el mundo hasta que por fin la llamó su cuñado para que se presentara en la «pequeña esquina».

—Traeremos a Redens y haremos una investigación sobre todo esto —dijo. Pero puso una condición—: Y trae contigo al abuelo Sergei Yakovlevich.

Sergei, que había perdido ya a dos de sus hijos, había dejado de esperar a Stalin sentado en el sofá cada noche, pero no tuvo inconveniente en acompañar a su hija. En el último momento, cambió de idea. Beria lo amenazó o tal vez Sergei pensara que Redens era culpable de alguna fechoría en el siniestro trabajo que realizaba en la Lubianka: el hijo de Redens, Leonid, insiste en que existían tensiones entre los bolcheviques de la vieja guardia como Sergei y los miembros de la nueva élite como Redens. La abuela Olga sí que acudió a la

* Fue enterrado junto a la tumba de su hermana Nadia en el cementerio Novodevichi.

cita, en un gesto valiente, pero absurdo, pues Stalin odiaba a las mujeres entrometidas:

—¿Por qué has venido? ¡Nadie te lo ha pedido! —comentó de mala manera al verla aparecer. Anna se puso a gritar a Stalin, que hizo que la sacaran de allí.[4] Redens y los Svanidze estaban en la cárcel; Pavel Alliluyev había muerto. Stalin había permitido que el Gran Terror hiciera estragos en su círculo más íntimo. Cuando el comunista búlgaro Georgi Dimitrov se interesó por algunos camaradas detenidos, Stalin contestó encogiéndose de hombros:

—¿Qué quieres que haga yo, Georgi? Todos mis parientes están también en la cárcel.

Se trata de una excusa muy reveladora. Desde luego en el caso de Pavel la pistola de Nadia debió de estar presente en todo momento en la mente de Stalin, así como sus conexiones en el ejército y su intervención en favor de los «enemigos». Quizá el Vozhd se dedicara a saldar cuentas privadas con aquella familia tan entrometida que tantas confianzas se tomaba y que le recordaba la «deserción» de Nadia. Pero Stalin no veía el terror como una pendencia privada: de lo que se trataba era de limpiar de espías el país, peligrosamente rodeado de enemigos, con el fin de salvaguardar los grandes logros alcanzados antes de que estallara la guerra. Su familia fue una de tantas bajas. Veía en ella *el sacrificio que él mismo había hecho* como sumo pontífice del bolchevismo. Pero al mismo tiempo estaba subrayando su distanciamiento de los lazos privados: sus venganzas eran las del Partido, pues, como le dijo a Vasili, «Yo no soy Stalin ... ¡Stalin es el poder soviético!». Sus parientes le proporcionaron además una excusa viva para exigir a sus camaradas que sacrificaran también a sus propias familias. No obstante, habría podido salvar a quien hubiera querido y no lo hizo.[5] El mundo familiar de Stalin y sus hijos fue restringiéndose cada más.

Svetlana perdió otro elemento de su sistema de apoyo: Carolina Til, la fiel ama de llaves, aquel amoroso lazo que la unía a su madre, cayó víctima de la purga de que fueron objeto los alemanes. Beria encontró para sustituirla a una sobrina de su esposa Nina, originaria de Georgia, aunque, como siempre, los verdaderos motivos de su elección están poco claros. La nueva gobernanta de Svetlana fue Alexandra Nakashidze, alta, delgada, de piernas largas, de cutis pálido y perfecto y una espesa cabellera negra. Mujer ingenua y poco cultivada, originaria de una aldea de Georgia, la joven teniente del NKVD entró en aquel mundo cada vez más monocromo como si fuera un pavo real de plumas multicolores. Los hijos de los Alliluyev y los Mikoyan siguen hoy día impresionados por ella.

A Svetlana no le gustó su nueva preceptora. La llegada de Nakashidze pone de manifiesto el papel especial desempeñado por Beria dentro de la familia: ¿sería una espía suya dentro de la casa de Stalin, controlada por lo demás por Vlasik? Sabemos que la corte animaba al Vozhd a contraer nuevas nupcias.

¿Fue colocada allí para Stalin?[6]* Sea como fuere, había una candidata más obvia en el seno casi de la propia familia.

Zhenia Alliluyeva estaba viuda, pero tenía el convencimiento de que su marido había sido asesinado por Beria. ¿Se sentía culpable de la relación que había mantenido con el Vozhd? No hay pruebas de que así fuera. Pavel seguramente supiera lo que estaba pasando (y prefiriera hacerse el desentendido), pero las relaciones de Zhenia con Stalin en realidad ya se habían enfriado en 1938. En aquellos momentos, sin embargo, el Vozhd la echó de menos y le hizo una propuesta indirecta sumamente extraña. Un día Beria se presentó a ver a Zhenia y le dijo:

—¡Eres una persona tan agradable! ¡Y además tan guapa! ¿Te gustaría mudarte y colocarte de ama de llaves en casa de Stalin?

Por lo general la propuesta se interpreta como una malévola amenaza de Beria, pero casi con toda seguridad es imposible que la hiciera sin permiso de Stalin, sobre todo porque Zhenia no habría tardado en llamarle por teléfono para tratar del asunto. A juicio de Stalin, un «ama de llaves» era la *baba*, la *jozyaika* ideal. Seguramente aquello fue una especie de semipetición de mano, un extraño intento de salvar la cordialidad de antaño de la destrucción que él mismo había desencadenado. Enviar a Beria, al que Zhenia detestaba, para aquella misión tan delicada fue una torpeza imperdonable, pero era típico de Stalin. Por si cupiera alguna duda con respecto a esta interpretación, la reacción que tuvo el Vozhd ante la siguiente jugada de Zhenia parece confirmarla.

Zhenia se sintió alarmada, temerosa de que Beria quisiera cogerla en una encerrona y acusarla de intentar envenenar a Stalin. La joven viuda se casó inmediatamente con un viejo amigo llamado N. V. Molochnikov, un ingeniero judío al que había conocido en Alemania, acaso el amante que estuvo a punto de arruinar su matrimonio en otro tiempo. Stalin puso el grito en el cielo y afirmó que aquello era una indecencia, haciendo tan poco tiempo de la muerte de Pavel. La propuesta de Beria sitúa la indignación de Stalin bajo una luz bastante distinta. Beria atizó el fuego sugiriendo que tal vez Zhenia hubiera envenenado a su marido, idea que no tardó en hallar eco en aquella pandilla de envenenadores. Algunos dicen que el cadáver de Pavel fue desenterrado dos veces para realizar pruebas. A pesar de las acusaciones de envenenamiento, Stalin siguió sintiendo la misma fascinación por Zenhya, apartándose de su camino poco antes de la guerra para preguntar a su sobrina Kira:

—¿Qué tal está tu madre?

* Nakashidze siguió presente en la casa hasta el final de la guerra, cuando se casó con un general del NKVD y regresó a Georgia, donde tuvo varios hijos. Una de sus hijas sigue viviendo en Georgia.

Zhenia y Anna Redens fueron desterradas del Kremlin y el Vozhd dirigió su atención a otra parte en busca de «ama de llaves».[7]

* * *

Valentina Vasilevna Istomina era una joven criada que había estado trabajando en Zubalovo desde la adolescencia hasta comienzos de la treintena. En 1938, se puso a trabajar en Kuntsevo. Stalin se sentía atraído por un ideal muy concreto: el tipo de campesina rusa pechugona, de ojos azules, pelo largo y nariz respingona, sumisa y práctica, una *baba* capaz de crear un hogar y de no inmiscuirse en absoluto en su otra vida. Zhenia tenía ese aspecto, pero no era sumisa ni mucho menos. El Vozhd veía esas mismas características físicas combinadas con la arrogancia en las grandes artistas de la época. Stalin asistía con avidez al teatro, a la ópera y al ballet, visitando con frecuencia el palco del Politburó (en otro tiempo el palco imperial) del Bolshoi o del Teatro de las Artes de Moscú. Sus cantantes favoritas eran la soprano Natalia Schpiller, que era también una valkiria de ojos azules, y la mezzo Vera Davidova. Le gustaba instruirlas «de un modo paternal», pero además disfrutaba enfrentando a una con otra. Fingía estar enamorado de Davidova, que luego se jactaría de que había pedido su mano: de haber sido así, se habría tratado sólo de una broma. Se burlaba de ella diciéndole que podía mejorar su forma de cantar si copiaba a la Schpiller. Un día que la Davidova se presentó con un cinturón de lentejuelas, le dijo:

—Mira, Schpiller es también una mujer muy seductora, pero se viste con demasiada modestia para las recepciones oficiales.[8]

Aquellas divas eran demasiado glamourosas para Stalin, pero desde luego no le faltaban admiradoras, como diría Vlasik a su hija. Se cuentan muchas anécdotas de mujeres invitadas a Kuntsevo: Mirtsjulava, un joven agente georgiano, recuerda que durante una cena celebrada en el Kremlin en 1938 el Vozhd le mandó a preguntar a una joven integrante de su delegación del Komsomol si era hija de un bolchevique de la vieja guardia, y que luego la invitó a su dacha. Stalin insistió a Mirtsjulava en que le preguntara todo aquello en secreto, sin que se enteraran los jerarcas ni los georgianos que estaban sentados con él a la mesa. Lo mismo ocurrió con una hermosa piloto georgiana a la que conoció en el espectáculo aéreo de Tushino en 1938 y que lo visitaba con regularidad.

Probablemente aquél fuera el modelo que siguieran sus escarceos amorosos más triviales, pero lo que ocurría en Kuntsevo va más allá de lo que sabemos. Todos los que conocieron a Stalin hacen hincapié en que no era mujeriego y en que era sumamente retraído en lo tocante a su propio cuerpo. No sabemos nada acerca de sus gustos sexuales, pero las cartas de Nadia dan a entender que mantenían una relación muy apasionada. Su actitud hacia el baile

nos ofrece una curiosa perspectiva de lo que eran sus relaciones con las mujeres, que acaso tenga mucho que ver con sus opiniones acerca del sexo. Le gustaban las danzas rusas y hacer tres o cuatro piruetas por su cuenta, pero los bailes agarrados le ponían nervioso. En una fiesta le dijo al tenor Kozlovski que no pensaba bailar porque se había lesionado un brazo durante su destierro y «no podía sujetar a una mujer por la cintura».

Stalin previno a su hijo Vasili en contra de las «mujeres con ideas», a las que encontraba desagradables: «Ya sabemos lo que son, arenques con ideas, piel y huesos». Se encontraba a gusto sobre todo con las mujeres de la servidumbre. Las doncellas, cocineras y amas de llaves de sus casas eran contratadas por el departamento de Vlasik y todas ellas firmaban contratos confidenciales, aunque semejante medida no fuera precisamente imprescindible en un reino dominado por el miedo como aquél. Incluso tras el hundimiento de la URSS han sido muy pocas las que han hablado del asunto.* La peluquera del Kremlin que tanta irritación produjo a Nadia era una de ellas, y lo mismo cabe decir de la doncella Valentina Istomina, llamada Valechka, que poco a poco iría convirtiéndose en el principal pilar de la vida doméstica de Stalin.

«Reía a todas horas y realmente nos caía muy bien —dice Svetlana—, era muy joven, tenía las mejillas sonrosadas y resultaba del agrado de todo el mundo. Era un personaje agradable, típicamente ruso.» Era la mujer «ideal» de Stalin, pechugona y pulcra, «de cara redonda y chata», primitiva, sencilla y analfabeta; «servía la mesa con destreza y nunca terciaba en las conversaciones», pero siempre estaba a mano cuando se la necesitaba. «Tenía un pelo castaño claro y fino; la recuerdo allá por 1936. No tenía nada de particular, no era ni gorda ni delgada, pero sí muy cariñosa y sonriente», dice Artiom Sergeiev. Cuando no estaba en presencia de Stalin, era divertida sin malicia, aunque podía llegar a ser ingeniosa: «Era lista, habladora, toda una charlatana», recordaba uno de los guardaespaldas de Stalin.

Valechka fue ascendida al puesto de ama de llaves, encargándose de «la ropa» de Stalin, de su «comida, su casa, etc.; viajaba con él a todas partes. Era una persona con la que resultaba cómodo estar en silencio, [Stalin] confiaba en ella y ella estaba entregada en cuerpo y alma a él». El Vozhd estaba cómicamente orgulloso del modo en que le preparaba la ropa interior: después de la guerra, un oficial georgiano se quedó sorprendido cuando el máximo dirigente le mostró las pilas de ropa blanca resplandeciente que tenía en su armario, seguramente un momento único en la historia de los dictadores.

* El abuelo del presidente Vladimir Putin fue cocinero en una de las casas de Stalin y nunca le contó nada a su nieto: «Mi abuelo guarda silencio acerca de su vida pasada». El buen hombre recordaba que de niño había llevado comida a Rasputin. Posteriormente había cocinado para Lenin. Es evidente que fue el cocinero más importante de Rusia desde el punto de vista histórico, pues sirvió a Lenin, a Stalin y al Monje Loco.

En el piso del Kremlin, Valechka servía a menudo a Svetlana y a su amiga Martha, quien la recuerda «con su delantal blanco, como una buena mujer típica de aldea, con el pelo claro y su figura informe, aunque no exactamente gorda. Siempre sonriente, Svetlana también la quería». Artiom fue uno de los pocos que oyó cómo la trataba Stalin: «Dijo hablando acerca del cumpleaños de ella o no sé qué:

»—Por supuesto que te haré un regalo.

»—No necesito nada, camarada Stalin —le contestó ella.

»—Bueno, si se me olvida, recuérdamelo».

A finales de los años treinta, Valechka se convirtió en la compañera fiel de Stalin y de hecho en su esposa secreta, en una cultura en la que la mayoría de las parejas bolcheviques no estaban casadas oficialmente. «Valya se ocupaba del bienestar material de mi padre», decía Svetlana. La corte comprendió que era su compañera y no volvió a hablarse del asunto. «Si Istomina era la esposa de Stalin o no, no le importa a nadie», diría ya en su vejez Molotov. «Engels vivía con su ama de llaves.» Budionni y Kalinin también «se casaron» con sus amas de llaves.

«Mi padre decía que Stalin tenía una gran intimidad con ella», afirma Nadezhda Vlasika. La nuera de Kaganovich oyó a «Lazar de hierro» decir: «Sólo sé que Stalin tenía una sola mujer con la que estaba casado en virtud de una unión consensual: Valechka, su doncella. Estaba enamorada de él».*

Valechka parecía un enfermera jovial, silenciosa y pechugona, siempre vestida con su delantal blanco durante las cenas de Stalin. Nadie se dio cuenta de su presencia en Yalta ni en Potsdam: ése era el deseo del Vozhd. En adelante, la vida privada de Stalin quedaría congelada a partir de 1939 más o menos: los dramas de Nadia y Zhenia, que tanto dolor y enojo le habían causado, habían quedado atrás. «Aquellos asuntos —recordaría el comunista polaco Jakob Berman, que estuvo con frecuencia en Kuntsevo durante los años cuarenta— fueron llevados con una discreción absoluta y nunca se filtraron ni pasaron más allá de su círculo más íntimo. Stalin tuvo siempre mucho cuidado de que no hubiera chismorreos acerca de su persona ... Entendía muy bien cuáles eran los peligros que acarreaban los chismes.» Si otros hombres eran traicionados por sus esposas, él por lo menos podía estar tranquilo en ese sentido. A veces preguntaba a Valechka por sus opiniones políticas, como habría hecho cualquier

* Los guardaespaldas de Stalin, cuyas imprecisas pero reveladoras memorias fueron compiladas mucho después de la muerte del Vozhd, no estaban seguros de cuál era la relación que éste mantenía con Valechka. Cuando la mujer se hizo más mayor, se casó y, ya en los últimos años de Stalin, se quejaba de los reproches y los celos de su marido. Tras la muerte del dictador, Valechka no habló nunca de la relación que mantuvieron, pero cuando le preguntaron si la cantante Davidova visitó alguna vez Kuntsevo, en su respuesta quizá pueda percibirse cierta mordacidad de quien se siente la dueña de la casa: «Nunca la vi por la dacha ... ¡La habrían echado a patadas!». Valechka no era militante del Partido.

hombre corriente. No obstante, para un político como él, no era una mujer que pudiera servir de compañera. El Vozhd siguió estando solo.[9]

* * *

Entre el 24 de febrero y el 16 de marzo de 1939, Beria presidió la ejecución de 413 prisioneros importantes, entre ellos el mariscal Yegorov y algunos miembros del Politburó como Kosior, Postishev y Chubar: para entonces ya vivía en la dacha de este último. En ese momento propuso a Stalin hacer un alto, pues de lo contrario no iba a quedar nadie a quien detener. Poskrebishev marcó al antiguo Comité Central con las letras «VN» —enemigo del pueblo— y apuntó la fecha de la ejecución. Al día siguiente, Stalin comentó con Malenkov:

—Creo que realmente ya nos hemos deshecho de los elementos más importantes de la oposición. Necesitamos nuevas fuerzas, nuevos hombres...

El mensaje recorrió de arriba abajo la vertical del poder. Cuando Mejlis pidió permiso para hacer más detenciones en el ejército por «falta de lealtad revolucionaria», Stalin contestó:

—Propongo que nos limitemos a una reprimenda oficial ... No veo mala voluntad en sus acciones. No son errores, sino malentendidos.*

Echando la culpa de todos los excesos a Yezhov, Stalin protegió al resto de sus energúmenos. La «denuncianta» de Kiev, Nikolaenko, fue desacreditada. Pero una vez recurrió a Stalin y a Jrushchov: «Os pido que lo comprobéis todo, en qué me equivoqué, en qué mentí y en qué fui provocada. Estoy dispuesta a ser castigada», escribió a Jrushchov. Pero luego, jugando siempre a la alta política, advertía al Vozhd: «Estoy segura de que quedan demasiados enemigos en Kiev ... Querido Iosiv Vissarionovich, no tengo palabras para decirte cómo puedes entenderme, pero tu nos entiendes a todos, a tu pueblo, sin necesidad de palabras. Te escribo con lágrimas en los ojos». Stalin le dispensó su protección: «Camarada Jrushchov, te pido que tomes medidas para que se permita a Nikolaenko encontrar la calma y desarrollar un trabajo fructífero. I. St.».

Las víctimas de los monstruos que él mismo había creado podían ahora apelar a Stalin. Jrulev, que sería el timonel más destacado del ejército rojo durante la segunda guerra mundial, se quejó ante el Vozhd del errante y pomposo Mejlis.

* Vishinski informaba de que el NKVD había fingido la detención de cientos de adolescentes en Novosibirsk: «Los muchachos eran inocentes y han sido puestos en libertad, pero tres agentes de alto rango, entre ellos el jefe del NKVD y el fiscal de la ciudad, son culpables de "traición a la lealtad revolucionaria" y han sido expulsados del Partido». ¿Qué debía hacerse con ellos? El 2 de enero de 1939, Stalin garabateó en una hoja: «Es necesario someter a un juicio público a los culpables».

—Ya sabes que el león es el rey de la selva —comentó fanfarrón Stalin.

—Sí, pero Mejlis es un animal peligroso —replicó Jrulev—, y me dijo que había hecho todo lo que había podido... [para destruirme].

Stalin sonrió socarronamente.

—Bueno, si tú y yo ... luchamos juntos contra Mejlis, ¿crees que nos las arreglaremos? —añadió con sarcasmo el «rey león».

Stalin no había olvidado a su mayor enemigo: Beria y uno de los especialistas en realizar trabajos sucios con resultado de muerte rápida y silenciosa, Pavel Sudoplatov, fueron recibidos en la «pequeña esquina», donde el Vozhd, paseando tranquilamente con los pies enfundados en unas suaves botas georgianas, les ordenó lacónico:

—Trotski debe ser eliminado en el plazo de un año.[10]

* * *

El 10 de marzo de 1939, se reunieron los mil novecientos delegados del XVIII Congreso* para declarar el fin de la matanza que tanto éxito había tenido a pesar de los desquiciados excesos de Yezhov. Los supervivientes, desde Molotov a Zhdanov, siguieron en la cima, pero no tardarían en ser desafiados por la nueva generación: Jrushchov ingresó en el Politburó, mientras que Beria era elegido candidato y «Melanie» Malenkov se convertía en secretario del CC. Aquellos dirigentes gobernarían el país durante la próxima década sin sufrir ni una sola baja: en contra del mito que sobre él se cuenta y que lo presenta como un maestro del «divide y vencerás», Stalin podía ser sorprendentemente fiel a sus protegidos. Pero no lo fue al Morita.

Aunque Yezhov estaba en la «reserva», asistía al Politburó, ocupaba una localidad al lado de Stalin en el Bolshoi y se presentaba al trabajo en el Comisariado de Transporte Fluvial, donde se dedicaba a tirar avioncitos de papel durante las reuniones. Durante el día andaba de juerga, pero se presentaba en el congreso durante las sesiones vespertinas, intentando que le dejaran hablar. «Te pido enérgicamente que hables conmigo aunque sólo sea un minuto —escribió a Stalin—. Dame una oportunidad.» Como seguía siendo miembro del CC, asistió a la reunión de veteranos del Partido en la que se seleccionaron los nombres de los integrantes del nuevo órgano. Nadie puso objeciones a su nombre hasta que el Vozhd le dijo que se acercara:

—Y bien, ¿qué piensas de ti mismo? ¿Eres capaz de ser miembro del Comité Central?

Yezhov reiteró su entrega en cuerpo y alma al Partido y a Stalin; no podía ni imaginarse qué era aquello en lo que había fallado. Como todos los demás

* En la horrible cámara de madera improvisada con los despojos del suntuoso salón Alexandrovski del gran palacio del Kremlin.

asesinos habían sido recompensados con ascensos, el desconcierto del enano es comprensible.

—¿Es como tú dices? —preguntó el Vozhd, y empezó a enumerar a los enemigos próximos al Morita.

—¡Iosiv Vissarionovich —exclamó Yezhov—, sabes que fui yo, yo mismo, el que descubrió su conspiración! Me presenté ante ti y te informé...

—Sí, sí, sí. Cuando viste que estabas a punto de que te cogieran, viniste deprisa y corriendo. ¿Pero qué me dices de antes? ¿Organizaste una conspiración? ¿Quisiste matar a Stalin? Los máximos dirigentes del NKVD conspiran, pero se supone que tú no tienes nada que ver. ¿Es que te crees que no veo nada d elo que pasa? ¿No recuerdas a quién enviaste en cierta fecha a prestar servicio con Stalin? ¿A quién fue que enviaste? ¿Y además con pistolas? ¿Por qué esas pistolas cerca de Stalin? ¿Por qué? Para matar a Stalin, ¿verdad? ¡Venga ya, sal de aquí! No sé, camaradas, ¿acaso es posible mantenerlo como miembro del Comité Central? Lo dudo. Por supuesto, pensáoslo... Como queráis vosotros... Pero yo lo dudo.

Yezhov estaba dispuesto a repartir culpas y a destruir a Malenkov, al que denunció acto seguido, para vengarse de su traición. El 10 de abril, Stalin ordenó a Yezhov que asistiera a una reunión para escuchar todas esas acusaciones. El Morita tuvo que rendir cuentas a Malenkov, que retiró ritualmente la fotografía de Yezhov del plantel de retratos de dirigentes que tenía en su despacho, como si fuera un ángel expulsado del Paraíso. Beria y uno de sus ejecutores, el príncipe georgiano Tsereteli, abrieron la puerta y detuvieron al Morita, recluyendo al «paciente número uno» en la enfermería de la cárcel de Sujanov.

El registro del piso de Yezhov puso de manifiesto la presencia de botellas de vodka vacías, medio vacías y llenas por todas partes, de 115 libros contrarrevolucionarios, de pistolas y de dos reliquias macabras: las balas aplanadas y envueltas en papel con los nombres de Zinoviev y Kamenev. Pero lo más importante es que el registro reveló que Yezhov había reunido materiales relativos al expediente policial de Stalin anterior a 1917: ¿pruebas de que había sido un espía de la Ojrana? Había también documentos incriminatorios contra Malenkov.* Los papeles desparecieron en la caja fuerte de Beria.

Stalin era ya tan omnipotente que cuando pronunciaba mal una palabra estando en el estrado, todos los oradores que intervenían detrás de él repetían el error. «Si la hubieran pronunciado bien —recordaba Molotov—, Stalin habría

* El chantaje de que pensaba hacer víctima a Malenkov, acusándolo de tener parentesco con la nobleza, quizá fuera la base, en parte, de la alianza de Malenkov con Beria, aunque Stalin tenía conocimiento de esas pruebas. «Piensa que es una suerte que esos documentos estén en mis manos», le dijo Beria. Cuando éste fue detenido en junio de 1953, después de la muerte de Stalin, esos papeles fueron entregados a Malenkov, que se encargó de destruirlos.

creído que pretendían corregirle.» Era muy «susceptible y orgulloso». Europa estaba al borde de la guerra y Stalin dirigió su atención al ejercicio de equilibrismo que estaban llevando a cabo la Alemania nazi y las democracias occidentales. Mientras tanto, Zhdanov anunció el fin de la matanza de Yezhov, hablando en tono de broma (y demostrando de paso un gusto deplorable) de «grandes enemigos», «pequeños enemigos» y «enemigos canijos», mientras que Stalin y Beria planeaban algunos de los actos de depravación más horribles que cometieron.[11]

Sexta parte

«La gran partida»: Hitler y Stalin, 1939-1941

28

El reparto de Europa: Molotov, Ribbentrop y la cuestión judía de Stalin

Cuando Stalin se concentró en la diplomacia, dirigió sus cañones en primer lugar contra sus propios diplomáticos. La noche del 3 de mayo de 1939, los soldados del NKVD rodearon el Comisariado de Asuntos Exteriores, poniendo de manifiesto que estaba a punto de empezar la cuenta atrás para la guerra y anunciando la revolución de las alianzas que iba a producirse. Molotov, Beria y Malenkov se presentaron para comunicar a Maxim Litvinov, «Papasha», el libertino y mundano defensor de la paz europea a través de la «seguridad colectiva», que había sido destituido. Aquello no supuso ninguna sorpresa para Litvinov: Stalin dio una palmadita en los hombros a su comisario de Asuntos Exteriores y le dijo:

—Mira, podemos llegar a un acuerdo.

—No por mucho tiempo —respondió Papasha Litvinov.

El nuevo comisario de Asuntos Exteriores sería Molotov, que ya ocupaba el cargo de primer ministro. Stalin salió del Gran Terror más paranoico de lo que ya estaba y también más seguro de sí mismo, en un estado mental que hacía que se encontrara menos preparado, si cabe, para analizar la peligrosa situación internacional existente. Mikoyan se dio cuenta de que aquel nuevo Stalin «era una persona totalmente cambiada; siempre receloso de todo, despiadado e infinitamente endiosado, hasta el punto de hablar a menudo de sí mismo en tercera persona. Yo creo que chocheaba». Kaganovich recordaba que por entonces rara vez convocaba reuniones del Politburó y que decidía las cosas de un modo más informal. Stalin «no conoce a Occidente», pensaba Litvinov. «Si nuestros adversarios fueran una pandilla de shas y jeques, habría sido más listo que ellos.» Tampoco estaban mejor cualificados sus dos principales asesores, Molotov y Zhdanov. Stalin se había educado a sí mismo leyendo libros de historia, particularmente las memorias de Bismarck, pero no se daba cuenta de que el «canciller de hierro» era un estadista convencional com-

parado con Hitler. A partir de este momento Stalin citaría profusamente a Talleyrand y a Bismarck.

Molotov decía siempre que la política bolchevique era el mejor adiestramiento para la diplomacia y se consideraba a sí mismo un político, no un diplomático, pero estaba muy orgulloso de su nueva carrera: «Todo estaba en manos de Stalin, en mis manos», diría. Pero siguió trabajando del modo infatigable y metódico que lo caracterizaba bajo una presión enorme, discutiendo ideas con el Vozhd, al tiempo que aterrorizaba al personal a su cargo con ataques de «cólera ciega». No obstante, en las cartas enviadas a su esposa, Polina, se ponen de manifiesto la vanagloria y la pasión: «Vivimos bajo la presión constante de no olvidar nada ... Os echo de menos a ti y a nuestra hija, quiero estrecharos en mis brazos, contra mi pecho, y disfrutar con todo vuestro cariño y vuestro encanto...». Más directo y menos intelectual que Stalin, decía a Polina que estaba empezando a leer libros no sobre Talleyrand, sino sobre Hitler. Aparte de su apasionado deseo por Polina, la parte más divertida de esas cartas es el descarado orgullo que manifiesta en ellas Molotov por su nueva fama. «Puedo decirte sin jactancia —decía jactándose— que nuestros adversarios tienen la sensación ... de que tratan con gente que sabe lo que se trae entre manos.»

Stalin y Molotov se convirtieron en protagonistas de una doble actuación internacional cada vez más sutil, en maestros de la vieja rutina «policía bueno, policía malo». Stalin era cada vez más radical y temerario, mientras que Molotov se dedicaba a analizar tozudamente las posibilidades, pero ninguno de los dos veía la menor contradicción entre el expansionismo imperialista y la cruzada marxista que encabezaban: por el contrario, el primero constituía la mejor forma de potenciar la segunda.

A comienzos de 1939 Europa era, en palabras de Stalin, una «partida de póquer» entre tres jugadores, en la cual cada uno de ellos esperaba convencer a los otros dos de la conveniencia de destruirse uno a otro y dejar que el tercero se llevara la ganancia. Los tres jugadores eran los fascistas de la Alemania nazi de Adolf Hitler, los capitalistas de la Gran Bretaña de Neville Chamberlain, aliada de la Francia de Daladier, y los bolcheviques. Aunque el georgiano admiraba la brillante brutalidad del austríaco, se daba cuenta del peligro que suponían el resurgimiento militar de Alemania y la hostilidad del fascismo.

Stalin consideraba a las democracias occidentales al menos tan peligrosas como Alemania. Había madurado políticamente cuando aquéllas habían intervenido en la guerra civil. Su instinto le decía que podía colaborar con Hitler. En cuanto el «cabo austríaco» tomó el poder, Stalin empezó a tantearlo gradualmente, siguiendo los consejos de Karl Radek, su experto en cuestiones alemanas, y utilizando como emisarios personales a Abel Yenukidze y a David Kandelaki. Aquellas conversaciones eran delicadísimas, pues al mismo tiempo Stalin estaba fusilando a miles de personas con el pretexto de que eran agentes

alemanes y el país vivía en un frenesí de preparativos bélicos y de germanofobia. Los dos emisarios también fueron fusilados.

Hitler mantenía a Stalin al alcance de la mano, mientras las democracias occidentales continuaban intentando apaciguarlo. El acuerdo de Múnich convenció a Stalin de que Occidente no se planteaba seriamente detener a Hitler. Por el contrario, el Vozhd tenía la seguridad de que estaban dispuestas a dejar que Hitler destruyera la Rusia soviética. Múnich hizo que la «seguridad colectiva» de Litvinov fracasara. Stalin advirtió a Occidente que la Unión Soviética no estaba dispuesta a «sacarles las castañas del fuego». El camino hacia adelante era la división del mundo en «esferas». Era simplemente un guiño indirecto a Alemania en el sentido de que él estaba dispuesto a tratar con cualquiera que estuviera dispuesto a tratar con él. Berlín tomó nota del cambio. Más tarde, en el pleno, Stalin lanzó un ataque contra Litvinov:

—¿Eso significa que me consideras un enemigo del pueblo? —preguntó resueltamente Litvinov.

Stalin vaciló al salir de la sala:

—No, no consideramos a Papasha un enemigo. Papasha es un revolucionario honesto.*

Mientras tanto, Molotov y Beria se dedicaban a aterrorizar al estamento de diplomáticos cosmopolitas, muchos de ellos bolcheviques judíos que conocían perfectamente las grandes capitales de Europa. Beria les echó una mirada y dijo:

—Nazarov, ¿por qué detuvieron a tu padre?

—Lavrenti Pavlovich, sin duda tú lo sabes mejor que yo.

—Ya hablaremos luego tú y yo de eso —respondió riendo Beria.

El Comisariado de Asuntos Exteriores estaba a dos pasos de la Lubianka y ambos ministerios eran conocidos con el apodo de «los vecinos». El segundo de Molotov, Vladimir Dekanozov, de cuarenta y un años, otro de los avispados colaboradores caucasianos de Beria, supervisó la purga de los diplomáticos. Aquel enano pelirrojo, aficionado a las películas inglesas (puso por nombre a su hijo Reginald) y a las adolescentes, era un estudiante de medicina fracasado que conocía a Beria desde la universidad, cuando los dos ingresaron en la Cheka. Era un georgiano rusificado. Molotov bromeaba diciendo que era

* Este tipo de coraje valía de algo con Stalin. Litvinov, tres años mayor que el Vozhd, no supo nunca frenar la lengua. Aquel cosmopolita ceñudo se quejaba con sus amigos de «la estrechez de miras, las pretensiones, las ambiciones y la rigidez» de Stalin, y calificaba a Molotov de «imbécil», a Beria de «arribista» y a Malenkov de «corto de vista». Molotov decía que Litvinov «seguía entre los vivos sólo por casualidad», pero Stalin lo conservó, a pesar del odio que sentía Molotov por él debido a su mayor solidez como diplomático, porque gozaba de tanto respeto en Occidente que siempre podía volver a resultarle útil. Se contaba que Litvinov había salvado a Stalin de ser apaleado por los estibadores de Londres en 1907: «No me he olvidado de aquella vez en Londres», solía decir el Vozhd.

un armenio que fingía ser georgiano para congraciarse con Stalin, que lo apodaba el «kartliano lento» en alusión a su región de origen. En Kuntsevo, Stalin se burlaba de su fealdad. Cuando aparecía por la puerta, el Vozhd decía sarcásticamente entre las risas de la concurrencia:

—¡Qué hombre más apuesto! ¡Miradlo! Nunca había visto nada parecido.

El secretario de Prensa del Comisariado de Asuntos Exteriores, Yevgeni Gnedin, todo un ejemplo de historia revolucionaria por ser el hijo de Parvus, el financiero de Lenin y mediador con la Alemania del káiser, fue detenido por Dekanozov y llevado al despacho de Beria, donde se le ordenó que confesara que era espía. Comoquiera que se negara, Beria mandó que se tumbara en el suelo mientras el «gigante» del Cáucaso, Kobulov, le golpeaba en la cabeza con diversas porras. Gnedin acabó convirtiéndose en un «fiambre afortunado». En el mes de julio, Beria ordenó al príncipe Tsereteli que matara al embajador soviético en China, Bovkun-Luganets, y a su esposa fingiendo con la mayor sangre fría un accidente de automóvil (el método habitual para hacer desaparecer a los personajes más relevantes).*

La aplicación del terror a los diplomáticos de Stalin tenía por objeto atraer a Hitler. «Purga a los judíos del ministerio —dijo—. Limpia bien la "sinagoga".» «Gracias a Dios que ha pronunciado esas palabras», comentaría Molotov (casado precisamente con una judía). «Los judíos formaban una mayoría absoluta y muchos embajadores...»[1]

Stalin era en todos los sentidos un antisemita, pero hasta el final de la guerra su antisemitismo sería más una afectación rusa que una obsesión peligrosa. Nunca fue un racista biológico como los nazis. No obstante, le resultaban desagradables todas las nacionalidades que pudieran suponer una amenaza para la URSS plurinacional. Se echó en manos del pueblo ruso no porque rechazara sus propios orígenes georgianos, sino precisamente por esa misma razón: el pueblo ruso era la base y los cimientos de la Unión Soviética. Pero una vez acabada la guerra, la creación del estado de Israel, la conciencia cada vez mayor de su propia identidad desarrollada por los judíos soviéticos, y la Guerra Fría contra Estados Unidos, sumadas a sus propios prejuicios, contribuyeron a que Stalin se convirtiera en un sangriento antisemita.

El Vozhd y sus camaradas judíos, como Kaganovich, estaban muy orgullosos de su internacionalismo. Pero a Stalin le gustaba hacer chistes sobre los estereotipos nacionales. Desde luego tenía todos los prejuicios georgianos tradicionales en contra de los musulmanes del Cáucaso, a los que luego deporta-

* Pretendían hacer lo mismo con Litvinov, pero su esposa inglesa, Ivy, aterrorizada ante la perspectiva de su detención inminente, confió sus temores a unos amigos americanos en una carta que acabó en la mesa del despacho de Stalin. El Vozhd llamó inmediatamente a Papasha: «Tienes una esposa muy valiente y deslenguada. Deberías decirle que se calme. No está amenazada».

ría. Persiguió también a los alemanes. Le encantaban los chistes de judíos que contaban Pauker (que por cierto era hebreo) y Kobulov, y se reía cuando Beria llamaba a Kaganovich «el Israelita». Pero le hacían gracia también los chistes sobre armenios y alemanes, y compartía el odio de los rusos por los polacos: hasta los años cuarenta, Stalin fue tan polonófobo como antisemita.

Sintió siempre recelos de los judíos, pues creía que, al carecer de patria, eran un pueblo «místico, intangible, espiritual». No obstante, Kaganovich subraya que la actitud de Stalin vino determinada por el hecho de que muchos de sus enemigos, Trotski, Zinoviev y Kamenev, por ejemplo, fuesen judíos. Por otra parte, la mayoría de las mujeres que lo rodeaban y muchos de sus colaboradores más estrechos, desde Yagoda a Mejlis, también eran judíos. La diferencia salta a la vista: odiaba al intelectual Trotski, pero no tenía nada en contra de un zapatero remendón como Kaganovich.

Stalin era consciente de que su régimen debía erigirse como un bastión frente al antisemitismo y en sus propios apuntes encontramos una nota en la que dice que debe pronunciar un discurso sobre este tema: calificaba al antisemitismo de «canibalismo», decía que era un delito, y criticó en varias ocasiones a los antisemitas. Stalin creó un territorio específico para los judíos, Birobidzhan, en los inhóspitos confines de China, y decía en tono jactancioso: «El zar no dio a los judíos ninguna tierra. Nosotros se la daremos».

La nacionalidad tuvo siempre mucha importancia en la política soviética, por muy internacionalista que se declarara el Partido. En él había una elevada proporción de judíos, además de georgianos, polacos y letones, pues todos ellos formaban parte de las minorías perseguidas de la Rusia zarista. En 1937, los judíos constituían el 5,7 por 100 del Partido, pero eran una mayoría dentro del gobierno. El propio Lenin (que tenía en parte origen judío) decía que si un comisario era judío, el vicecomisario debía ser ruso. Stalin se atuvo a esta máxima.*

A pesar de todo, Stalin era «sensible» al judaísmo de Kaganovich. En las cenas de Kuntsevo, Beria intentaba inducir a beber más y más a Kaganovich, pero Stalin le frenaba diciendo: «Déjalo en paz ... Los judíos no saben beber». En una ocasión el Vozhd le preguntó por qué ponía tan mala cara cuando oía chistes sobre judíos:

—Fíjate en Mikoyan... Nos burlamos de los armenios y Mikoyan también se ríe.

—Sabes, camarada Stalin, los sufrimientos han afectado al carácter de los judíos y somos como la flor de la mimosa. Si la tocas, se cierra inmediatamente.

* Los tres primeros jefes de gobierno soviéticos fueron rusos. A la muerte de Lenin, le sucedió en el puesto de *predsovnarkom* Rikov, aunque quien solía presidir las reuniones fuera Kamenev, también judío. En 1930, Rikov fue sucedido por Molotov. Curiosamente Stalin rechazó el cargo de primer ministro tanto por motivos políticos como raciales.

Resulta que la mimosa, una planta tan sensible que se estremece como un animal, era la flor preferida de Stalin. El Vozhd nunca volvió a tolerar que se hicieran chistes sobre judíos en presencia de Kaganovich.

No obstante, el antisemitismo fue incrementándose durante los años treinta: incluso en público, Stalin preguntó a un hombre si era *natsman*, eufemismo para designar a los judíos basado en el quinto punto incluido en los formularios soviéticos de selección de personal, que aludía a la «nacionalidad». Cuando Molotov habla de Kamenev dice que «no tenía aspecto de judío, excepto cuando lo mirabas a los ojos».

Los judíos de la corte de Stalin tenían la sensación de que debían ser más rusos que los propios rusos y más bolcheviques que los bolcheviques. Kaganovich despreciaba la cultura yiddish y en cierta ocasión preguntó al actor en esta lengua Solomon Mijoels: «¿Por qué subestimas al pueblo?». Cuando en el Politburó se debatió si había que demoler o no la iglesia del Salvador, uno de los actos de vandalismo que se cometieron durante la construcción del Moscú estalinista, el Vozhd, Kirov y otros respaldaron la idea, pero Kaganovich exclamó: «¡Las Centurias Negras [las bandas antisemitas de 1905] me echarán la culpa a mí!». Análogamente, Mejlis reaccionó ante la costumbre de Stalin de echar pestes de los «judíos» de Trotski diciendo: «Yo soy comunista, no judío». En otra ocasión y de un modo más sincero, explicaba los motivos de su ensañamiento diciendo: «Debes darte cuenta de que sólo hay una forma de combatir [el antisemitismo]: ser valiente; si eres judío, tienes que ser honrado en grado sumo, puro como el cristal, y una persona intachable, especialmente en lo que concierne a la dignidad humana».

Stalin se dio cuenta de que, si bien debía hacer ver que se oponía al antisemitismo, los judíos de su entorno constituían un obstáculo en su acercamiento a Hitler, especialmente Litvinov (originalmente apellidado Wallach). Muchos bolcheviques judíos utilizaban seudónimos rusos. Ya en 1936, Stalin había ordenado a Mejlis que en *Pravda* utilizara nombres falsos: «¡No hay por qué exasperar a Hitler!». Aquel ambiente se agravó en el pleno celebrado a comienzos de 1939, cuando Yakovlev atacó a Jrushchov por fomentar un culto a la personalidad utilizando su nombre y su patronímico completos, uso considerado un signo de respeto. Jrushchov, que a su vez era antisemita, contestó diciendo que a Yakovlev quizá le conviniera utilizar su verdadero nombre, Epstein. Mejlis intervino en apoyo de Jrushchov explicando que Yakovlev, al ser judío, no podía entender una cosa así.

La destitución de los judíos fue un guiño a Hitler. Pero Stalin siempre mandaba dobles mensajes: Molotov nombró adjunto suyo a un judío, Solomon Lozovski.[2]

* * *

La partida de póquer europeo fue jugándose con manos sumamente rápidas, conversaciones secretas y despiadada indiferencia. Las apuestas eran enormes. Los dictadores demostraron que estaban mejor preparados para esa partida de veloces jugadas que las democracias, que no empezaron a jugar en serio hasta mucho más tarde. A medida que la lucha contra los japoneses se intensificaba, Hitler fue subiendo los envites y, después de merendarse a Austria y Checoslovaquia, dirigió sus Panzers contra Polonia. Cuando ya era demasiado tarde, las democracias occidentales se dieron cuenta de que era preciso pararle los pies: el 31 de marzo, Gran Bretaña y Francia se proclamaron garantes de la integridad de las fronteras polacas. Necesitaban el apoyo de Rusia, pero no supieron ponerse en el lugar de Stalin y no entendieron su sensación de debilidad y de aislamiento. Irónicamente, la garantía de la integridad de Polonia acrecentó las dudas del dictador soviético acerca del compromiso británico en este asunto: si Hitler invadía Polonia, ¿quién iba a impedir que la «pérfida Albión» utilizara esa misma garantía como moneda de cambio en la negociación de cualquier otro tratado del estilo del de Múnich, dejando a Hitler a las puertas de su propia casa?

Stalin, pues, exigió la firma de una alianza militar contractual con Occidente a cambio de no prestar apoyo a Hitler. El 29 de junio, Zhdanov respaldó la opción favorable a Alemania en un artículo publicado en *Pravda* en el que proclamaba su «opinión personal» diciendo: «Me permito expresarla ... aunque no todos mis amigos la compartan ... Ellos siguen pensando que al entablar negociaciones con la URSS, los gobiernos inglés y francés llevan intenciones serias ... Yo creo que los gobiernos inglés y francés no tienen el menor deseo de firmar un tratado en pie de igualdad con la URSS...». La vulnerabilidad de Leningrado hacía necesario tener las manos libres para intervenir en las repúblicas bálticas: ése era el precio de lo que Zhdanov llamaba «igualdad». Yuri, el hijo de Zhdanov, recuerda que Stalin y su padre leyeron una versión traducida especialmente para ellos de *Mein Kampf* y que mantenían interminables discusiones acerca de los pros y los contras de la alianza con Alemania. Stalin leyó en el *Ambassador of the World* de D'Abernon que si Alemania y Rusia formaban una alianza, «el peligroso poder del este» eclipsaría a la Gran Bretaña. «¡Sí!», anotó con entusiasmo al margen.

Gran Bretaña y Francia habían enviado a Moscú una escasa y ridícula delegación de rango inferior en un barco de vapor lentísimo con la misión de proponer una alianza, pero no de garantizar las fronteras soviéticas ni de dejar a Rusia libertad de acción en los países bálticos. Cuando el almirante sir Reginald Aylmer Ranfurly Plunkett-Ernle-Erle-Drax (autor de un libro llamado *Manual de calefacción solar*) y el general Joseph Doumenc llegaron a Leningrado la noche del 9 al 10 de agosto, el coqueteo entre alemanes y rusos empezaba a ser algo serio. El almirante y el general tomaron el tren con destino a Moscú y una vez allí los llevaron a entrevistarse con Voroshilov y Molotov.

A Stalin no le impresionó lo más mínimo aquel almirante de nombre tan

rimbombante cuando discutió con Molotov y Beria acerca de las delegaciones:

—No van en serio. Esa gente no puede tener la autoridad debida. Londres y París están jugando otra vez al póquer...

—En cualquier caso las conversaciones deben seguir adelante —dijo Molotov.

—Bueno, si tienen que seguir adelante, que sigan.

La situación empezaba a convertirse en una especie de subasta por los favores de Stalin, pero en esa subasta había sólo un postor que fuera en serio. En Alemania, mientras tanto, el 26 de agosto Hitler decidió invadir Polonia: de repente el pacto con Stalin resultaba desesperadamente necesario. Las reuniones con las potencias occidentales no empezaron hasta el 12 de agosto, pero el abismo que separaba lo que Occidente estaba dispuesto a ofrecer y el precio que pedía Stalin era insalvable. Aquel mismo día los rusos comunicaron a los alemanes que estaban dispuestos a iniciar las negociaciones, incluso acerca de la división de Polonia. El 14 de agosto, Hitler decidió enviar a Moscú a Ribbentrop, su ministro de Asuntos Exteriores. El día 15, el embajador alemán, el conde Friedrich Werner von der Schulenberg, solicitó una entrevista con Molotov, que, tras pedir urgentemente el beneplácito de Stalin, comunicó que Rusia estaba dispuesta a concederla. Cuando Ribbentrop recibió la noticia, se trasladó rápidamente Berghof para hacérsela saber a Hitler. El día 17, Voroshilov propuso a británicos y franceses la firma de un tratado de ayuda militar mutua, pero añadió que no tenía sentido seguir discutiendo mientras no convencieran a polacos y rumanos de que permitieran el paso de las tropas soviéticas en caso de un ataque de Alemania. Pero Drax todavía no había recibido órdenes de Londres en ese sentido.

—¡Basta de juegos! —dijo Stalin a Molotov. La tarde del sábado 19 de agosto, Molotov convocó precipitadamente a Schulenberg y le entregó un borrador de tratado de no agresión que era más protocolario que la versión alemana, pero no contenía ningún punto objetable. Tras firmar el tratado comercial que, según había especificado Stalin, era imprescindible para empezar a hablar en serio, los alemanes, cuyo tiempo se agotaba a pasos agigantados, realizaron un movimiento anticipatorio propio de un gran jugador. Hitler decidió astutamente cortar el nudo gordiano de desconfianza mutua y de pundonor dirigiéndose personalmente a Stalin en un telegrama fechado el 20 de agosto que empezaba diciendo: «Querido Sr. Stalin». El Vozhd, Molotov y Voroshilov acordaron contestar en los siguientes términos:

> Al Canciller de Alemania, A. Hitler. Gracias por su misiva. Espero que el tratado germano-soviético de no agresión suponga un punto de inflexión de cara a una seria mejora de las relaciones políticas entre nuestros países ... El gobierno soviético me ha dado instrucciones para que le comunique que está conforme con la visita del Sr. Ribbentrop a Moscú el 23 de agosto.
>
> I. STALIN

En los confines del oriente soviético, ese mismo domingo 20 de agosto, Georgi Zhukov, comandante en jefe del ejército rojo en el río Jalkin-Gol, lanzó un formidable ataque de artillería contra los japoneses y a continuación atacó cruzando las líneas. El día 23, los japoneses fueron derrotados tras sufrir unas pérdidas superiores a los 61.000 hombres, golpe que bastaría para convencerles de que no debían volver a atacar a Rusia.

A las tres de la tarde del lunes 21, Molotov recibió a Schulenberg, que le presentó la solicitud de Hitler de celebrar una entrevista el 23 de ese mismo mes. Dos horas más tarde, Molotov y Stalin dieron el visto bueno a la histórica visita de Ribbentrop. De repente, ambos dictadores habían dejado de rechazarse y se acercaban uno a otro con los brazos abiertos. A las siete de la tarde del día siguiente, Voroshilov despachó a los legados ingleses y franceses en los siguientes términos: «Esperemos hasta que todo se haya aclarado».*

La respuesta de Stalin llegó a manos de Hitler a las ocho y media de esa misma tarde:

—¡Estupendo! ¡Le felicito! —exclamó el Führer, añadiendo con la prosopopeya del comediante—: Ahora tengo el mundo en el bolsillo.

Aquella noche, Voroshilov encabezó una importantísima delegación de líderes soviéticos que salieron a cazar patos al campo. Jrushchov acababa de llegar de Kiev. Antes de salir de cacería, estuvo cenando con Stalin en su dacha. Fue entonces cuando el Vozhd, «sonriéndome y mirándome fijamente», le comunicó que Ribbentrop estaba a punto de llegar. Jrushchov, que no sabía nada de las negociaciones, se quedó «de piedra. Lo miré convencido de que estaba de broma».

—¿Para qué iba a querer venir a vernos Ribbentrop? —dijo Jrushchov—. ¿Ha desertado? —Comentó entonces que ese día pensaba salir de caza con Voroshilov. ¿Debía cancelar sus planes?

* La comedia de estas negociaciones se ve claramente reflejada en la cuestión de la Orden del Baño. Drax había llegado sin las credenciales pertinentes, error que bastó a Stalin para comprender todo lo que le hacía falta saber acerca del compromiso de Occidente. Al final llegaron las famosas credenciales, pero ya era demasiado tarde y carecían por completo de importancia. Cuando sir Reginald leyó orgullosamente en voz alta sus títulos oficiales y mencionó esta ilustre orden, el intérprete soviético tradujo: «Orden de la Bañera». El mariscal Voroshilov, en un alarde de sus características más notables —su ingenuidad infantil y su heroica capacidad de meter la pata— interrumpió al intérprete y preguntó: «¿De la Bañera?». «En tiempos de nuestros antiguos reyes —tronó Drax—, nuestros caballeros solían viajar por Europa a lomos de caballo, matando dragones y salvando a doncellas desvalidas. Cuando volvían a la patria, sucios del viaje y agotados, presentaban sus respetos ... al rey [que] a veces ofrecía al caballero un lujo excepcional ... un baño en el cuarto de aseo real.» Las democracias occidentales no podían pagar el «precio» de la alianza con la Unión Soviética, a saber garantizar las fronteras de Polonia y poner a los estados bálticos en la esfera de influencia de Stalin. Quizá su actitud estuviera justificada, pues ni siquiera aquello garantizaba que Hitler pudiera ser frenado, y desde luego no parecía demasiado lógico salvar a Polonia de los hunos para entregársela a los tártaros.

—Vete tranquilo. Tú no tienes nada que hacer ... Molotov y yo nos entrevistaremos con Ribbentrop. Cuando vuelvas, ya te diré lo que piensa hacer Hitler...

Después de cenar, Jrushchov y Malenkov fueron a reunirse con Voroshilov en la reserva de caza de éste, mientras que Stalin se quedaba en su dacha pensando en lo que le esperaba al día siguiente. Salvo cuando estaba de un humor particularmente bueno, opinaba que «la caza es una pérdida de tiempo».* Quizá fuera esa noche cuando Stalin, mientras leía la *Historia de la antigua Grecia* de Vipper, subrayó el pasaje que habla de los beneficios de la colaboración de los tiranos.

El jueves 22 de agosto, todos los jerarcas visitaron la «pequeña esquina» en algún momento del día. Aunque los detalles permanecieran en secreto, los rasgos generales de aquella política eran bien conocidos. Sus arquitectos fueron Stalin, Molotov y Zhdanov, que debieron de ayudar al Vozhd a elaborarla, pero no hubo nadie que se opusiera a ella. Incluso Jrushchov y Mikoyan, que en sus memorias tienden a desacreditar a Stalin siempre que pueden, admiten que no había otra opción. Aquellos leninistas, como decía Kaganovich, lo interpretaban como una nueva versión del tratado de Brest-Litovsk, sólo que al revés.

Aquella noche, mientras los participantes en la cacería de patos se dirigían a los lagos de Zavidovo, a unos cien kilómetros al noroeste de Moscú, Ribbentrop, un ex vendedor de champán alto y pomposo, montaba en el avión Cóndor de Hitler, el Immelman III, al frente de una delegación integrada por treinta personas. A la una de la tarde del 23 de agosto, Ribbentrop llegó a Moscú y cuando bajó del aeroplano vestido con abrigo de cuero, chaqueta negra y pantalones a rayas, quedó gratamente sorprendido al ver el aeropuerto engalanado con esvásticas. Una banda se encargó de tocar el himno nacional alemán. A continuación el ministro nazi fue conducido por Vlasik a un ZiS (una espe-

* Las memorias de Jrushchov transmiten una impresión muy confusa de la situación reinante en el Politburó y del propio pacto. Molotov, primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores, era el hombre que aparecía al frente del juego diplomático, pero es evidente que Stalin era el motor que se ocultaba tras él. Suele decirse que los miembros del Politburó, empezando por Voroshilov, no supieron nada de las negociaciones hasta que la llegada de Ribbentrop se hizo inminente, pero los documentos del Politburó habían estado confinados siempre a los «cinco» o a los «siete», y no se repartían entre los líderes regionales, como, por ejemplo, el primer secretario de Ucrania. Los mensajes intercambiados entre Stalin y Hitler fueron discutidos con Molotov, Voroshilov y Beria, que estaba al frente de los servicios secretos y necesariamente tenía que estar al corriente de lo que sucedía. Zhdanov, desde la perspectiva que le daban su posición en Leningrado y sus ideas sobre el Báltico, y teniendo en cuenta su conocimiento de la cultura alemana y sus sospechas manifestadas públicamente en torno a las intenciones de Occidente, había mantenido una relación muy estrecha con toda esta política y quizá fuera el arquitecto de la misma en colaboración con Stalin. Los aspectos comerciales del tratado, por otra parte, no habrían podido negociarse sin Mikoyan. Zhdanov estuvo entrando y saliendo del despacho de Stalin toda la semana y le comentó a su hijo que había sido informado de las negociaciones.

cie de Buick soviético) blindado de color negro. Se dirigieron a toda velocidad a la ciudad haciendo una breve parada en la embajada alemana para tomar un poco de caviar y champán. A las tres de la tarde, Ribbentrop, que debía reunirse con Molotov, fue conducido por la puerta Spasski a la «pequeña esquina». El ministro alemán fue saludado por Poskrebishev, vestido de uniforme, y conducido por diversas escaleras y antecámaras hasta una gran sala rectangular en la que lo recibió Stalin, vestido con la guerrera del Partido y pantalones bombachos remetidos en las botas, y Molotov, de riguroso traje oscuro.

Cuando se sentaron a la mesa —los rusos, con su intérprete N. V. Pavlov a un lado, y los alemanes a otro—, Ribbentrop declaró:

—Alemania no exige nada de Rusia. Sólo paz y relaciones comerciales.

Stalin dio la preferencia a Molotov en su calidad de primer ministro.

—No, no, Iosiv Vissarionovich. Habla tú. Estoy seguro de que lo harás mejor que yo —respondió.

Los interlocutores acordaron rápidamente los términos del pacto, cuya finalidad era dividir Polonia y la Europa del Este en dos esferas de influencia: Stalin se quedaba con la zona oriental de Polonia, Letonia, Estonia, Finlandia y Besarabia, en Rumania, pero Hitler se quedaba con Lituania. No obstante, cuando Ribbentrop propuso entonar un himno de alabanza a la amistad germano-soviética, Stalin replicó:

—¿No le parece que deberíamos prestar más atención a la opinión pública de nuestros respectivos países? Durante muchos años nos hemos dedicado a tirarnos cubos de mierda a la cabeza y nuestros responsables de propaganda no se cansaban de inventar cosas en ese sentido. ¿Y ahora, de repente, vamos a hacer creer a nuestros pueblos que todo está olvidado y perdonado? Las cosas no funcionan con tanta rapidez.

Después de llegar a un acuerdo —tan fácilmente alcanzado—, Ribbentrop regresó a su embajada para telegrafiar a Hitler.

A las diez de la noche volvió a la «pequeña esquina», acompañado de una delegación mucho más numerosa y de dos fotógrafos. Cuando el ministro anunció que Hitler aceptaba los términos del tratado, «dio la impresión de que un pequeño temblor recorría el cuerpo de Stalin y no estrechó inmediatamente la mano que le tendía su nuevo socio. Era como si primero tuviera que superar un momento de temor». El Vozhd pidió vodka e hizo un brindis:

—Sé cuánto ama la nación alemana a su Führer. Es un tío genial. Quisiera beber a su salud.

Luego Molotov brindó por Ribbentrop, que a su vez brindó por Stalin. Un joven de la delegación alemana, un oficial de la SS de más de metro ochenta de estatura llamado Richard Schulze notó que Stalin bebía vodka de una botella especial y, cuando se puso una copita de ese frasco, se dio cuenta de que sólo era agua. Stalin sonrió vagamente mientras veía beber a Schulze, que no sería el único invitado en percatarse de este pequeño secreto.

A las dos de la madrugada del 24 de agosto, el tratado estaba listo para su firma. Los fotógrafos —los alemanes con unos equipos modernísimos, los rusos con viejos trípodes de madera y antiguas cámaras de madera y latón— fueron introducidos en la sala. El jefe del Estado Mayor del ejército rojo, el enfermizo Shaposhnikov, respetado siempre por Stalin, tomaba apuntes en un pequeño cuaderno de notas. Cuando llegó la hora de la fotografía, Stalin buscó al oficial de la SS que había bebido de su botella y le hizo señas para que se dejara retratar entre Ribbentrop y Shaposhnikov. Molotov firmó el documento.

Entró una criada con champán y aperitivos. En el momento en que Stalin y Ribbentrop levantaban sus copas, al ver el primero que uno de los fotógrafos alemanes disparaba su flash, movió el dedo significativamente indicándole que no deseaba que se publicara la instantánea. El fotógrafo se ofreció a entregarle los negativos, pero el Vozhd respondió que se fiaba de la palabra de un alemán. A las tres de la madrugada, mientras los líderes se despedían, Stalin dijo a Ribbentrop:

—Puedo darle mi palabra de honor de que la Unión Soviética no traicionará a su socio.

El Vozhd se dirigió a Kuntsevo, donde le esperaban los cazadores. Voroshilov, Jrushchov, Malenkov y Bulganin ya habían entregado sus patos para que se los guisaran en la cocina de la dacha. Cuando Stalin y Molotov llegaron exultantes con una copia del tratado debajo del brazo, Jrushchov se jactó de haber cobrado más piezas que Voroshilov, el laureado «primer tirador», antes de que el Vozhd les contara cómo había firmado el pacto Molotov-Ribbentrop, que, en sus propias palabras, habría de conmocionar al mundo. «Stalin parecía muy satisfecho de sí mismo», pero no se hacía demasiadas ilusiones acerca de sus nuevos amigos. Mientras se comían los patos, el Vozhd comentó en tono jactancioso:

—Naturalmente el juego consiste en ver quién engaña a quién. Ya sé lo que trama Hitler. Cree que es más listo que yo, pero en realidad soy yo quien lo ha engañado. La guerra —explicó— tardará en afectarnos todavía un poco.*

Zhdanov hizo un comentario burlón acerca del tipo de Ribbentrop, que parecía una pera:

—Tiene las caderas más grandes y más anchas de toda Europa —dijo mientras los demás jerarcas se reían del ridículo aspecto de Ribbentrop.

* En otro punto de Europa, en Berghof, Hitler tuvo conocimiento de lo ocurrido mientras cenaba. Pidió silencio a la concurrencia y comunicó la noticia a sus invitados, con los que salió luego al balcón, desde donde estuvieron contemplando con recogimiento cómo las luces del norte iluminaban el cielo y bañaban la cumbre del Unterberg con unos reflejos artificiales que parecían teñirlos de sangre, lo mismo que los rostros de los espectadores. «Parece un charco de sangre», dijo Hitler a uno de sus asistentes. «Esta vez no lograremos nuestros propósitos sin violencia.»

—¡Qué caderas! ¡Qué caderas!

La «gran partida», como llamaba Molotov a la guerra de nervios que libraban Stalin y Hitler, había empezado.[3]

* * *

A las dos de la madrugada del 1 de septiembre, Poskrebishev entregó a Stalin un telegrama procedente de Berlín en el que se le comunicaba que a primera hora de la tarde, tropas «polacas» (en realidad unos miembros de las fuerzas de seguridad alemanas disfrazados) habían atacado la emisora de radio alemana en Gliwice. Stalin se marchó a su dacha y se acostó. Unas horas más tarde, Poskrebishev llamó por teléfono: Alemania había invadido Polonia. Stalin siguió la marcha de la campaña viendo cómo Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a Alemania, en cumplimiento de su palabra de garantizar las fronteras de Polonia. Stalin planificó la invasión soviética de su vecino en compañía de Voroshilov, Shaposhnikov y Kulik, que se encargaría del alto mando del frente junto con Mejlis, pero aguardó a estar seguro de que la guerra contra Japón había terminado verdaderamente. A las dos de la madrugada del 17 de septiembre, Stalin, acompañado de Molotov y Voroshilov, dijo a Schulenberg:

—A las seis de la mañana, es decir dentro de cuatro horas, el ejército rojo cruzará la frontera de Polonia.

El primer ministro Molotov se fue a la radio para proclamar «el sagrado deber de prestar ayuda a nuestros hermanos de Ucrania y Bielorrusia». Mejlis afirmó ante Stalin que los habitantes de Ucrania Occidental habían acogido a los soldados soviéticos «como a verdaderos libertadores», ofreciéndoles «manzanas, pasteles, agua potable ... Muchos lloran de alegría».

Jrushchov, primer secretario del Partido en Ucrania, se puso un uniforme militar y, acompañado del máximo dirigente del NKVD en su república, Ivan Serov, se unió a las tropas de Semion Timoshenko, general en jefe de la región militar de Kiev. Timoshenko era un veterano del I Ejército de Caballería de Tsaritsin, de cuerpo recio y con la cabeza afeitada; era un militar competente, pero durante el Gran Terror había denunciado a Budionni y había sido denunciado él mismo. Jrushchov afirmaba que le había salvado la vida. La entrada de éste en Polonia supuso toda una aventura para él, pero más todavía para su esposa, Nina Petrovna, que, luciendo también un uniforme militar y provista de pistola, liberó a sus padres que estaban en Polonia desde 1920. Jrushchov, cómodamente instalado en Lvov, se sintió encantado de verla aparecer y más cuando comprobó que llegaba en compañía de sus padres, pero perdió los estribos cuando vio la pistola.*

* Se produjo un momento inolvidable cuando los padres de Nina llegaron a casa de Jrushchov y quedaron maravillados al ver el agua corriente: «¡Eh, madre, mira esto! —gritó el padre—.

Si bien la invasión resultó divertida para los Jrushchov, lo cierto es que para la población polaca supuso padecer una oleada de estragos exactamente tan crueles y trágicos como los de los nazis. Jrushchov exterminó sin compasión a todos los sectores de la población que se opusieron al poderío soviético: curas, oficiales del ejército, miembros de la nobleza e intelectuales fueron secuestrados, asesinados y deportados, para acabar con la existencia misma de Polonia. En noviembre de 1940, había sido deportada una décima parte de la población del país, o lo que es lo mismo un millón ciento setenta mil inocentes. El 30 por 100 de ellos había muerto en 1941; sesenta mil habían sido detenidos y cincuenta mil habían sido fusilados. Los soviéticos se comportaron como auténticos conquistadores. Cuando unos soldados fueron detenidos por robar los tesoros del príncipe Radziwill, Vishinski consultó a Stalin.

«Si no ha habido mala voluntad —le escribió éste—, pueden ser perdonados. I. St.»[4]

A las cinco de la tarde del miércoles 27 de septiembre, Ribbentrop voló de nuevo a Moscú para pactar los famosos protocolos, tan secretos que Molotov seguía negando su existencia treinta años después. A las diez de la noche, se encontraba en el Kremlin negociando con Stalin y Molotov en torno a la mesa cubierta de tapete verde. Stalin quería Lituania. Ribbentrop telegrafió a Hitler pidiendo permiso, por lo que las conversaciones se retrasaron hasta las tres de la tarde del día siguiente. Pero el mensaje de Hitler todavía no había llegado cuando el ministro alemán regresó para negociar los detalles cartográficos.

Aquella noche, mientras Stalin ofrecía una cena de gala en honor de los alemanes para celebrar el reparto de Europa, los rusos se reunían con el desdichado ministro de Asuntos Exteriores de Estonia para obligarle a permitir a las tropas soviéticas entrar en su país, el primer paso hacia la anexión directa. Los nazis fueron recibidos a la puerta del gran palacio del Kremlin, conducidos por la sombría sala de Congresos recubierta de madera, semejante al aula gigantesca de una escuela, y luego quedaron deslumbrados por la sala de recepciones, resplandeciente de rojo y oro, en la que los esperaban Stalin, Molotov y los miembros del Politburó, entre ellos el judío Kaganovich. Los modales de Stalin eran «sencillos y sin pretensiones», prodigando sonrisas con una «benevolencia paternal» que podía tornarse en «frialdad glacial» cuando «dictaba una orden», aunque utilizaba unas «maneras joviales y amables con sus asistentes de menor rango». Los alemanes se percataron de lo respetuosos que eran los rusos con Stalin: el comisario Tevosian, aquel «fiambre afortunado» que a punto había estado de ser fusilado en 1938, se levantaba «como un escolar» cada vez que el Vozhd se dirigía a él. El temor que inspiraba Stalin se ha-

El agua está saliendo de un tubo». Cuando los ancianos vieron al impresionante Timoshenko, cargado de medallas y condecoraciones, al lado de Jrushchov, bajito y regordete, preguntaron si su yerno era el más alto.

bía intensificado a partir de 1937. Pero el máximo dirigente se mostraba cordial con Voroshilov, amistoso con Beria y Mikoyan, objetivo con Kaganovich y parlanchín con Malenkov. Sólo Molotov «hablaba a su jefe como si fueran verdaderos camaradas».

Las baladronadas de todos ellos eran tan bastas que Ribbentrop dijo que se sentía tan cómodo como si estuviera entre viejos camaradas nazis. Mientras los invitados charlaban, Stalin pasó al suntuoso salón Andreevski para repasar la distribución de los sitios a la mesa, operación que le gustaba realizar incluso en Kuntsevo.* Los veintidós invitados quedaron empequeñecidos por la grandiosidad de la sala, los gigantescos arreglos florales, la cubertería imperial de oro y, más aún, por los veintidós platos del menú, que incluía caviar, toda clase de pescados y carnes, y montones de vodka de pimienta y champaña de Crimea. Los camareros de chaqueta blanca, pertenecientes al personal del hotel Metropol, eran los mismos que después servirían a Churchill y Roosevelt en Yalta. Antes de que nadie pudiera probar bocado, Molotov empezó a brindar por todos y cada uno de los presentes. Stalin se levantó y dio la vuelta a la mesa para chocar su copa con todos. Se produjo un guirigay agotador que se convertiría en uno de los enredos diplomáticos de la guerra. Después que Molotov hubo repasado a todos los invitados, los alemanes suspiraron con alivio hasta que el ministro anunció:

—Y ahora brindaremos por todos los miembros de las delegaciones que no han podido asistir a la cena.

Stalin tomó el relevo diciendo en tono jovial:

—Brindemos por el nuevo Stalin anti Internacional Comunista —e hizo un guiño a Molotov. A continuación brindó por Kaganovich, «nuestro comisario del pueblo de Ferrocarriles». El Vozhd podría haber brindado por el jerarca judío desde su sitio, pero se levantó deliberadamente y dio la vuelta a la mesa para chocar su copa con la de su ministro, de modo que Ribbentrop tuvo que imitarlo y brindar con un judío, ironía que divirtió mucho a Stalin. Cuarenta años después, Kaganovich seguía contando la anécdota a sus nietos. Cuando Molotov quiso hacer otro brindis por su Vozhd, Stalin comentó:

—Si Molotov desea de verdad seguir bebiendo, nadie pondrá objeción, pero realmente no debería ponerme a mí como pretexto.

Stalin no bebía casi nada y cuando Ribbentrop comentó admirado lo bien que aguantaba los brindis, le reveló alegremente que bebía vino blanco. Pero Beria, que había convertido la antigua tradición georgiana de hospitalidad forzosa en un despótico juego de sumisión, estaba encantado de hacer beber a los huéspedes. El diplomático alemán Hilger, que dejó por escrito un vívido rela-

* Stalin fue filmado por Vlasik revisando los puestos asignados en Kuntsevo. Hitler era también muy aficionado a revisar la asignación de puestos en el comedor. Los dos apreciaban la importancia del orgullo personal en materia de Estado.

to de aquella velada, se negó a tomar más vodka. Beria insistió, llamando la atención del propio Stalin, que estaba sentado enfrente de ellos:

—¿De qué va la discusión? —preguntó. Y luego añadió—: Bueno, si no quiere usted beber, nadie puede obligarle.

—¿Ni siquiera el propio jefe del NKVD? —preguntó con una sonrisa irónica el alemán.

—En esta mesa —contestó Stalin— ni siquiera el jefe del NKVD tiene más que decir que cualquier otro.

Al término de la cena, Stalin y Molotov se excusaron, mientras que los alemanes eran enviados al Bolshoi para asistir a una representación de *El lago de los cisnes*. Antes de irse, el Vozhd comentó en voz baja a Kaganovich:

—Debemos ganar tiempo.

A continuación subió al piso de arriba en compañía de Molotov, donde el ministro de Asuntos Exteriores estonio aguardaba humildemente a que Stalin acabara de castrar a su pequeño país. Molotov exigió el establecimiento en Estonia de una guarnición de treinta y cinco mil soldados soviéticos, más que todo el ejército estonio.

—Venga, Molotov, no abuses de nuestros amigos —dijo Stalin, que propuso la cifra de veinticinco mil soldados, aunque las consecuencias seguían siendo las mismas. Después de zamparse un país durante el primer acto de *El lago de los cisnes*, Stalin volvió con los alemanes a medianoche para celebrar una última sesión, en el transcurso de la cual Hitler llamó por teléfono para dar su visto bueno a la entrega de Lituania.

—Hitler sabe lo que se hace —comentó Stalin. Ribbentrop estaba tan alegre que declaró que los dos países no volverían a luchar uno contra otro nunca más—. Así debe ser —replicó el Vozhd para sorpresa del ministro nazi, que pidió que le tradujeran sus palabras. Cuando el alemán sugirió que Rusia participara en una alianza militar contra Occidente, Stalin se limitó a decir—: Nunca permitiré que Alemania se debilite —evidentemente creía que Alemania iba a ser frenada en Occidente por Gran Bretaña y Francia. Cuando los mapas estuvieron por fin listos ya en plena madrugada, Stalin los firmó con un lápiz azul, estampando una firma enorme de veinticinco centímetros de largo, dos centímetros y medio de alto, y una raya de casi medio metro de largo—: ¿Está mi firma lo bastante clara para ustedes?

El 3 de octubre, los tres países bálticos habían aceptado el establecimiento de guarniciones soviéticas. Stalin y Molotov dirigieron entonces sus cañones y sus amenazas hacia el cuarto país del Báltico que estaba bajo su esfera de influencia, Finlandia, que esperaban que se plegara a sus designios lo mismo que los demás.[5]

29

El asesinato de las esposas

Mientras el mundo observaba cómo Stalin y Hitler se repartían el este de Europa, el primero se dedicaba a poner a prueba la sumisión de sus camaradas investigando a sus esposas y a veces poniendo fin a su vida. La confianza del Vozhd en las mujeres, ya frágil de por sí, quedó irremediablemente dañada a raíz del suicidio de Nadia, y esa actitud se vería exacerbada por la aniquilación de las esposas de los enemigos del pueblo que él mismo emprendió. Como dijo Jrushchov, Stalin empezó a interesarse por las esposas de otros hombres debido a una causa de lo más insólito, a saber, la posibilidad de que fueran espías y no amantes.

Stalin siempre había mostrado un particular interés por las esposas de los camaradas. Cuando llegó a sus manos el censo de 1939, marcó el nombre de las mujeres y los hijos de algunos jerarcas con tinta roja. El significado de esas señales constituye un verdadero misterio, aunque resulta tentador considerar siniestro todo lo que rodeaba a su persona. Tal vez simplemente pretendiera calcular cuántos automóviles necesitaba la familia. En aquella época las mujeres se sentaban separadas de sus maridos en las cenas del Kremlin. La actitud de Stalin hacia sus antiguas favoritas, Polina y Dora, se había vuelto desconfiada y malévola, debido en parte a la relación que ambas habían mantenido con Nadia. Pero al Vozhd siempre le habían obsesionado las esposas que sabían demasiado. Ya en 1930 había indicado a Molotov que la esposa de cierto camarada «debía ser vigilada ... no podía dejar de conocer los infames tejemanejes que se producían en su casa». Esa obsesiva sospecha de que los camaradas eran demasiado complacientes con sus esposas derivaba en parte del disgusto que sentía por todo lo que pudiera interferir con la entrega ciega al partido y a su propia persona. «Stalin no admitía las relaciones personales —explicaría Kaganovich—. El amor que pudiera sentir una persona por otra no existía en su mundo.» Veía a las esposas de los camaradas como posibles re-

henes del buen comportamiento de sus maridos y como un instrumento de castigo en caso de que se portaran mal: «Nadie que contradiga a Stalin —comentó en una ocasión Beria a Nina— conserva a su mujer.» Pero la matanza de las esposas coincidiría precisamente con la llegada de Beria.

Polina Molotova, la primera dama, corría serio peligro. Por aquel entonces era comisaria de Pesca, candidata a ingresar en el Comité Central y dueña y señora de su imperio del perfume. Sin embargo, Beria empezó a investigarla, descubriendo la existencia de «vándalos» y «saboteadores» encubiertos entre los miembros de su personal. Polina había «facilitado el espionaje sin saberlo».* Tal vez Stalin estuviera haciendo a Hitler otro guiño antisemita.

El 10 de agosto, cuando Stalin y Molotov tramaban el drástico cambio que iban a llevar a cabo en la esfera diplomática, el Politburó acusó oficialmente a Polina. Stalin propuso su expulsión del Comité Central. Molotov, en un acto de valentía, se abstuvo en la votación, demostrando su capacidad de discrepar con Stalin, y la confianza y el amor que sentía por su esposa. El 24 de octubre Polina fue relevada de su comisariado, siendo amonestada por su «veleidad y precipitación», aunque se la declaró inocente de la acusación de «calumnia». Más tarde sería nombrada responsable de los artículos de mercería soviética, recuperando así la magnificencia a la que estaba acostumbrada: su hija, Svetlana, era conocida ya como la máxima exponente de las «princesas» soviéticas, envuelta siempre en pieles y vestida según los cánones de la moda francesa, pero la familia era vigilada constantemente.** Stalin nunca olvidó el desafío de Molotov ni los pecados de Polina, que volverían a perjudicarla. Stalin y Beria habían considerado la posibilidad de secuestrarla y asesinarla. Tuvo suerte de seguir con vida.

El 25 de octubre de 1938 Beria detuvo a la esposa del presidente Kalinin. En un país donde la mujer del jefe del estado era metida en la cárcel, ningún miembro del partido podía estar a salvo. El inútil de Kalinin, que no se había atrevido a oponerse a Stalin tras las advertencias recibidas en 1930 por los líos de faldas que había tenido en el mundo del ballet, estaba, de todos modos, furioso por el trato que se le dispensaba. En el momento del arresto convivía en realidad con otra mujer, su aristocrática ama de llaves, Alexandra Gorchakova.

* Polina tenía un talón de Aquiles: no sólo era judía, sino que su hermano Karp había hecho fortuna en el mundo de los negocios en Estados Unidos. De hecho, a mediados de los años treinta, Stalin, en un claro ejemplo de su peculiar nepotismo, llegó a animar al embajador americano, Davies, a hacer negocios en Moscú a través de Karp.

** Tomemos, por ejemplo, el caso de la instructora de gimnasia de los Molotov, un empleo que pone de relieve una faceta completamente nueva del comisario de Asuntos Exteriores. Unos meses más tarde, Vlasik, que no movía ni un solo dedo sin la aprobación de Stalin, escribió a Molotov para informarle de que Olga Rostovtseva, la instructora, alardeaba de la estrecha relación que mantenía con su familia: «Sabemos de casos en los que no sólo ha hablado de su trabajo como instructora de gimnasia ... sino también de tu familia, de tus pisos...».

Su esposa oficial, una estonia de nariz respingona llamada Ekaterina Ivanovna, había emprendido conjuntamente con una vieja amiga una campaña de alfabetización en el extremo oriental del país. Cuando ella y su amiga, con la que tal vez mantuviera algo más que una simple amistad, regresaron al piso de Kalinin, los micrófonos instalados clandestinamente en él permitieron descubrir que se dedicaban a murmurar de las matanzas de Stalin. Ekaterina fue desterrada, corriendo así la misma suerte que la esposa de Budionni; en cambio su amiga fue ejecutada. Cuando alguien acudía a Kalinin solicitando su intercesión, éste solía responder con la misma excusa que utilizaba Stalin: «Mi querido compañero, ¡estoy igual que tú! ¿No ves que ni siquiera puedo hacer nada por mi propia esposa? ¡No tengo modo alguno de ayudar a la tuya!». Pero no todas fueron tan afortunadas como Molotova y Kalinina.[1]

En abril de 1937 la bella esposa del jefe de gabinete de Stalin, la doctora Bronka Poskrebisheva, de veintisiete años de edad, telefoneó al Vozhd pidiéndole una entrevista privada en Kuntsevo, para la que se puso su mejor vestido, quizá el de lunares con el que aparece en todas las fotografías de familia. Su marido desconocía la existencia de esta cita, y de haberlo sabido probablemente se habría enojado mucho. Sólo Vlasik estaba al corriente de ella. Bronka acudió ante Stalin para pedirle la libertad de su hermano, Metalikov, médico del Kremlin, emparentado indirectamente con Trotski a través de su esposa. Tras la muerte de Stalin, Vlasik reveló este encuentro a la familia y dio a entender, según Poskrebishev y la hija de Bronka, Natalia, que el Vozhd y la doctora empezaron a tener una aventura. Este hecho, sin embargo, parece poco probable, pues Stalin detestaba a las mujeres que se presentaban ante él implorando la libertad de sus parientes, aunque también es cierto que una de las tragedias de la vida soviética de la época era que muchas mujeres acudían a los grandes jerarcas de la nación para pedir clemencia para sus seres queridos, ofreciendo a cambio de su ayuda cualquier cosa que estuviera en su mano, incluso sus cuerpos. La misión de Bronka fracasó.* Se sentía horrorizada ante la posibilidad de verse involucrada en la trama trotskista.

Antes de ser destinado a Moscú, Beria había intentado seducirla en Kuntsevo, recibiendo como respuesta un bofetón. «Nunca lo olvidaré», dijo. Pero

* Corre un rumor lleno de distorsiones emocionales, uno de cuyos aspectos más extraños probablemente sea el que ha llevado a Natalia Poskrebisheva, nacida nueve meses después de la visita de su madre a Stalin, a creer que quizá fuera hija del Vozhd, no sólo debido al relato de Vlasik, sino porque en una ocasión se encontró con la hija de Mijail Suslov, el gran cabecilla ideológico durante buena parte del reinado de Brezhnev, y ésta comentó: «Todo el mundo sabe que tu verdadero padre reposa en el mausoleo junto a Lenin». En esa época los restos de Stalin descansaban todavía allí. «¿Me parezco a alguien?», preguntó la señorita Poskrebisheva al autor de este libro durante su entrevista. «¿Me parezco a Svetlana Stalin?» Resulta irónico que crea que el asesino de su madre, Stalin, fuera su padre, pues en realidad es la viva imagen de Poskrebishev.

Bronka no se daba por vencida. El 27 de abril de 1939 hizo una llamada a Beria y le preguntó si podía visitarlo para hablar del tema de su hermano: nadie volvería a verla con vida.

Poskrebishev la esperó hasta la medianoche; entonces llamó a casa de Beria, quien le comunicó que su esposa estaba retenida, pero que no pensaba hablar del asunto. A la mañana siguiente, tras pasar toda la noche en vela, Poskrebishev presentó sus quejas a Stalin, que le contestó:

—No depende de mí. No puedo hacer nada. Sólo el NKVD puede dar una solución —respuesta que no debió de convencer demasiado al jefe de gabinete.

Stalin telefoneó a Beria, quien le recordó la relación de Bronka con ciertos elementos trotskistas. Los tres hombres se reunieron, probablemente alrededor de la medianoche del 3 de mayo, cuando Beria se acercó a la «pequeña esquina». Este último presentó una confesión en la que Bronka resultaba implicada. Poskrebishev rogó a Stalin que dejara a su esposa en libertad, utilizando un argumento muy poco bolchevique que habría conmovido a cualquiera, excepto a aquellos desalmados:

—¿Qué voy a hacer con mis hijas? ¿Qué será de ellas? —Y a continuación, pensando en la hija de su mujer, fruto de su primer matrimonio, añadió—: ¿Y Galia? ¿Deberá ingresar en un orfanato?

Parece que Stalin respondió: «No te preocupes, ya te encontraremos una nueva esposa». Era la actitud típica del Vozhd, un hombre que había amenazado a Krupskaya diciéndole que si no obedecía al Partido, nombrarían viuda oficial de Lenin a otra mujer. Poskrebishev, siguiendo la tónica de aquellos días, se quejó airadamente, pero no pudo hacer más. Dos años más tarde, Bronka fue ejecutada con apenas treinta y un años mientras los alemanes se acercaban a Moscú.*

A su hija Natalia le dijeron que su madre había fallecido de muerte natural. Poskrebishev crió personalmente a sus hijas con total dedicación. Conservó fotografías de Bronka por toda la casa. Cuando Natalia señalaba una de las imágenes y decía «mamá», el viudo rompía a llorar y salía a toda prisa de la habitación. Un rasgo característico de las tragedias de aquella época es el hecho de que Natalia no se enteró de que su madre había sido ejecutada hasta que se lo contó una compañera de colegio, la hija de Kozlovski, el cantante. La niña se encerró en los lavabos y se puso a llorar. Su padre volvería a casarse.

La desaparición de Bronka no afectó a las relaciones de Poskrebishev con Stalin y Beria: el Partido era lo primero. El Vozhd solía interesarse con frecuencia por la hija de Bronka:

* Su cadáver fue enterrado en una fosa común cerca de Moscú, mientras que el de su hermano se encuentra en uno de los osarios del cementerio Donskoi junto con los de otras muchas víctimas. La hija del Dr. Metalikov mandó erigir un monumento en honor de su padre y su tía en el cementerio Novodevichi.

—¿Cómo está Natasha? —preguntaba a menudo a su jefe de gabinete—. ¿Está gordita y es cariñosa?

Unos años más tarde, un día en que la niña no lograba resolver correctamente sus deberes del colegio, llamó a su padre por teléfono para pedirle ayuda. Al otro lado del aparato contestó otra persona.

—¿Puedo hablar con mi padre? —preguntó Natasha.

—No está aquí —respondió Stalin— ¿Qué sucede?

Y el Vozhd resolvió amablemente sus problemas de matemáticas. El único tropiezo en la amistad que aparentemente mantenía Poskrebishev con Beria se produjo un día en que este último, abrazando con fuerza a la pequeña Natalia, murmuró dando un suspiro:

—Vas a ser tan hermosa como tu madre.

Poskrebishev «se puso lívido», intentó controlar sus emociones y exclamó con voz áspera:

—Natalia, vete a jugar.[2]

* * *

Antes de asesinar cruelmente a la esposa de otro amigo suyo, el Vozhd salvó caprichosamente a dos viejos compañeros suyos. Sergo Kavtaradze era un bolchevique de la vieja guardia de tendencias izquierdistas, que conocía a Stalin desde los primeros años del siglo. Era un hombre cosmopolita e inteligente de origen georgiano, casado con la princesa Sofia Vachnadze, una ahijada de la zarina Maria Fiodorovna, madre de Nicolás II. Ambos formaban una pareja poco común. Kavtaradze se ponía una y otra vez de parte de la oposición, pero Stalin siempre lo perdonaba. Cuando fue detenido a finales de los años veinte, el Vozhd lo salvó y ordenó a Kaganovich que lo ayudara. Fue detenido de nuevo a finales de 1936 y apareció en las listas negras de Yezhov. Su esposa corrió la misma suerte. La hija de ambos, Maya, a la sazón de once años, creyó que sus progenitores estaban muertos, aunque, haciendo alarde de una gran valentía, escribió a Stalin implorando que les perdonara la vida, firmando «Maya Kavtaradze, pionera». El matrimonio sufrió numerosas torturas, pero como Stalin puso una señal junto al nombre de su viejo amigo en la lista de la muerte, la pareja salvó la vida. Pues bien, a finales de 1939, las cartas de la «pionera Kavtaradze» recordaron a Stalin que debía preguntar a Beria si su viejo amigo seguía con vida.

Un buen día, en la Lubianka, Kavtaradze se encontró sentado ante un barbero que procedió a afeitarle; a continuación fue alojado en una cómoda habitación y le presentaron un menú para que eligiera el plato que más le apeteciese. Trasladado al hotel Lux, Kavtaradze se encontró allí a su mujer, convertida en una sombra de lo que había sido, pero todavía viva. La hija de la pareja llegó desde Tiflis. Poco después Kavtaradze recibió un comunicado: «El camara-

da Stalin le espera. Si ya está listo, dentro de media hora un coche pasará a recogerlo». Fue conducido hasta Kuntsevo, donde Koba le dio la bienvenida en su despacho.

—¡Hola, Sergo! —exclamó Stalin, como si su viejo amigo nunca hubiera sido declarado culpable de participar en una conjura para asesinarlo—. ¿Dónde has estado?

—Sentado [en prisión].

—¡Caramba! ¿Has tenido tiempo para estar sentado? —exclamó el Vozhd, haciendo uno de sus habituales juegos de palabras, pues en argot ruso «estar sentado» significa estar en la cárcel. Después de cenar, Stalin se volvió hacia él y le dijo en tono inquisitivo:

—Pero... ¿todos queríais matarme?

—¿De verdad lo crees...? —replicó Kavtaradze

Stalin se limitó a sonreír con una mueca. Más tarde, ya en su casa, Kavtaradze hizo el siguiente comentario a su esposa: «Stalin está enfermo». Unas semanas después, la familia recibiría una visita de lo más curioso y revelador.*

Aquella noche los Kavtaradze habían invitado a cenar a unos amigos, cuando de repente el teléfono sonó a eso de las once. Kavtaradze dijo que tenía que salir a toda prisa, y se marchó sin dar explicaciones. Su mujer y su hija Maya, que ya tenía catorce años, se fueron a la cama. A las seis de la mañana Kavtaradze regresó al piso de tres habitaciones que ocupaban en la calle Gorki, todavía mareado por el alcohol que había tomado.

—¿Dónde te has metido? —le reprendió su esposa.

—¡Tenemos invitados! —contestó.

—¡Estás borracho! —exclamó la mujer, cuando de pronto empezó a oír pasos: Stalin y Beria entraron dando tumbos en la cocina y se sentaron alrededor de la mesa. Vlasik hacía la guardia a la puerta del inmueble. Mientras Kavtaradze se disponía a servir unas bebidas, su esposa se dirigió a toda prisa al dormitorio de Maya:

—¡Levántate! —le dijo.

* Esta anécdota suele aparecer en las biografías de Stalin, aunque nunca con el testimonio de ninguna de las cinco personas que presenciaron los hechos. Lo que sigue se basa en la entrevista que mantuvo este autor con Maya Kavtaradze, la última superviviente del episodio, cuyo relato de los hechos nunca ha sido publicado hasta la fecha. Septuagenaria en la actualidad (ha cumplido ya los setenta y seis años), vive en el grandioso piso de su padre de Tiflis, rodeada de numerosísimas antigüedades, y ha permitido generosamente a este autor la utilización de las memorias inéditas de su progenitor, que constituyen una fuente de incalculable valor. En 1940 Kavtaradze fue nombrado para ocupar un cargo en la Editorial del Estado y luego ascendió a vicecomisario de Asuntos Exteriores, responsable de Oriente Próximo durante toda la guerra. Como la sede del Comisariado se encontraba cerca de la Lubianka, Kavtaradze solía decir bromeando: «He cambiado de acera». Una vez acabada la guerra, fue nombrado embajador en Rumanía, y falleció en 1971.

—¿Qué ocurre? —preguntó la joven—. ¿Han venido a detenernos en plena noche?

—No, Stalin está aquí.

—No quiero verle —replicó Maya, que como era de suponer, lo detestaba.

—Debes hacerlo —contestó su madre—. Es un personaje histórico.

Así pues, la muchacha se vistió y se presentó en la cocina. Cuando apareció por la puerta, Stalin exclamó sonriendo:

—¡Ah, eres tú! ¡La «pionera Kavtaradze»! —El Vozhd recordaba las cartas escritas por la joven en las que ésta le imploraba que intercediera por la vida de sus padres.

—Siéntate en mi regazo —exclamó. Y la joven se sentó sobre sus rodillas—. ¿La mimáis mucho? —dijo Stalin.

Maya estaba encantada. «Era tan amable, tan simpático. Me besó en la mejilla y yo me quedé mirando sus brillantes ojos color miel», recuerda, «pero estaba tan nerviosa...».

—¡No tenemos comida! —exclamó la joven.

—No te preocupes —dijo Beria.

Diez minutos después, procedente del famoso restaurante Aragvi, llegaban al piso una serie de platos de comida georgiana. Stalin miró fijamente a la esposa de Kavtaradze, aquella mujer nacida princesa en la corte imperial. Sus cabellos estaban totalmente encanecidos.

—Te sometimos a demasiadas torturas —dijo Stalin.

—¡Que se quede ciego quien hable del pasado! —exclamó ella sagazmente, utilizando aquel mismo proverbio que el Vozhd había empleado con Bujarin.

Luego Stalin preguntó a Beria qué suerte había corrido el hermano de Kavtaradze, también detenido, pero ya era demasiado tarde: había muerto, como tantos otros, camino de Magadán.

Kavtaradze empezó a cantar una balada georgiana, pero desafinaba.

—¡Déjalo, Tojo! —exclamó Stalin, que había puesto de mote a Kavtaradze el nombre del general japonés Tojo por sus ojos de aspecto oriental. Y entonces fue él quien comenzó a cantar con voz melodiosa de tenor. Maya contemplaba la escena «atónita: allí estaba él, bajito y con la cara picada de viruela. ¡Y ahora se ponía a cantar!».

Luego Stalin exclamó:

—Quiero ver el piso —y se paseó por el apartamento, observando todo con suma atención. La fiesta continuó hasta las diez de la mañana, y aquel día Maya se saltó las clases.

Stalin encargó a Kavtaradze un trabajo editorial en colaboración con otro preso, Shalva Nutsibidze, célebre filósofo de origen georgiano, que en su juventud había conocido a Stalin. Durante su estancia en prisión empezó a traducir al ruso el poema épico georgiano *El caballero de la piel de tigre*, de Rusta-

veli. Cada día pasaban a recoger su trabajo y se lo devolvían con las anotaciones y las marcas de un editor anónimo. Kobulov lo torturó y le arrancó las uñas. De repente, su verdugo empezó a adoptar una actitud amistosa, diciéndole que recientemente, durante una reunión, Stalin había preguntado a Beria si sabía qué tipo de pájaro era el zorzal.

—¿Has oído cantar alguna vez a un zorzal enjaulado?

Beria negó con la cabeza.

—Es igual que un poeta —prosiguió Stalin—. No puede cantar dentro de una celda. Si queremos una traducción perfecta de Rustaveli, tienes que liberar al zorzal.

Nutsibidze fue puesto en libertad; el 20 de octubre de 1940 Kavtaradze pasó a recogerlo en una limusina, y los dos «fiambres afortunados» se dirigieron a la «pequeña esquina» para informar a Poskrebishev sobre la traducción de Rustaveli. Cuando se les hizo pasar al despacho, Stalin los recibió con una amplia sonrisa:

—¿El profesor Nutsibidze, supongo? —dijo el Vozhd—. Ha sido objeto de algunas ofensas, pero no removamos ahora el pasado. —Y a continuación empezó a deshacerse en elogios sobre la «espléndida traducción de Rustaveli». Tras invitarles a tomar asiento, Stalin pasó al atónito profesor un boceto de la traducción encuadernado en piel, y añadió—: Yo mismo he traducido algunos versos. Veamos si son de su agrado. —Y empezó a recitarlos—. Si de verdad le gustan, se los ofrezco como regalo. Utilícelos en su traducción, pero no cite mi nombre. Para mí es un gran placer ser su editor.

Luego los invitó a cenar, y los tres recordaron los viejos tiempos en Georgia. Después de beber numerosas copas de vino, Nutsibidze recordó la reunión política en la que había conocido a Stalin y repitió de memoria el discurso que el Vozhd había pronunciado en aquella ocasión. Ni que decir tiene que Stalin estaba entusiasmado.

—¡El talento extraordinario va siempre acompañado de una memoria extraordinaria* —exclamó Stalin, que se levantó de su silla para besar a Nutsibidze en la frente.[3]

* * *

Fueron dos «fiambres» particularmente afortunados, pues tras el pacto de Ribbentrop, Stalin liquidó los casos de Yezhov que habían ido acumulándose, en-

* Durante el resto de su carrera, cada vez que Nutsibidze era desafiado, señalaba su frente y decía: «Aquí me ha besado Stalin». La edición de la famosa obra de Rustaveli fue lujosamente publicada, sin que fuera mencionado en ella el nombre de Stalin. El Vozhd se encargó de que a Nutsibidze se le permitiera vivir durante el resto de sus días en una gran mansión de Tiflis que sigue siendo propiedad de la familia. Este autor está sumamente agradecido al hijastro del profesor, Zakro Megrelishvili, por permitirle tomar algunos extractos de la autobiografía de su madre.

tre otros el del propio Morita, que confesó ser un espía de los ingleses, los japoneses y los polacos. También denunció a los amantes literatos de su esposa, de ese modo, la marca indeleble de los besos de Yevgenia resultaría fatal mucho después de que ella misma desapareciera de escena. Sholojov fue protegido por la sombra del propio Stalin, pero Isaac Babel fue detenido, y las últimas palabras que dijo a su joven esposa fueron las siguientes:

—Por favor, encárgate de que nuestra hija crezca feliz.

El 16 de enero de 1940 Stalin firmó 346 condenas a muerte, una lista con los trágicos restos del naufragio del Gran Terror en la que se mezclaban nombres de auténticos monstruos con los de personas inocentes; entre ellos estaban algunos de los talentos más sobresalientes del mundo de las artes, como, por ejemplo, el de Babel, el del director teatral Meyerhold, y el de un amante de Yezhova, el periodista Koltsov (en el que se inspiró Hemingway para el personaje de Karpov en su obra *Por quién doblan las campanas*), pero también el propio Yezhov, su hermano y sus sobrinos, que no eran culpables de nada, su célebre amante, Glikina, y un jerarca caído en desgracia, Eije. La mayoría (aunque no Yezhov) fueron torturados sin piedad —con la fruición que Beria y Kobulov ponían en su trabajo— en la prisión de Sujanov, el reino especial de Beria que, ironías del destino, había sido otrora el convento de religiosas de Santa Catalina.

«Los interrogadores empezaron a utilizar la fuerza conmigo, un pobre hombre enfermo de sesenta y cinco años —escribió Meyerhold a Molotov—. Me obligaron a tumbarme boca abajo y luego me pegaron en la planta de los pies y en la columna vertebral con una correa de goma. Me sentaron en una silla y me pegaron en la parte superior de los pies ... Durante los siguientes días, en los que aquellas partes de mi cuerpo se cubrieron de grandes hemorragias internas, volvieron a pegarme sobre aquel montón de contusiones rojas, azules y amarillas, y el dolor se hizo tan intenso que parecía que estuvieran echándome agua hirviendo ... Gritaba y lloraba de dolor. Me golpearon en la espalda ... me pegaron en la cara, dejando caer sus puños con fuerza desde una distancia considerable ... Aquel irresistible dolor emocional y físico me hizo verter infinitas lágrimas...»

En los días sucesivos, Ulrij, el juez de Stalin tan amigo de las sentencias de muerte, condenó a todos los reos a la pena capital en una serie de juicios rápidos y precipitados llevados a cabo en la cárcel de Lefortovo, antes de acudir a una gala en el Kremlin en la que actuaron el tenor Kozlovski y la bailarina Lepeshinskaya. Babel fue condenado bajo la acusación de ser un «agente de los servicios secretos de Francia y Austria ... y de estar vinculado a la esposa del enemigo del pueblo, Yezhov». Fue fusilado a la una y media de la madrugada del 27 de enero de 1940, y su cadáver incinerado.

Eije fue víctima de una última sesión de «lucha francesa» en la cárcel de Sujanov. Beria y Rodos «lo golpearon brutalmente con porras de goma; Eije cayó

al suelo, pero lo levantaron y siguieron golpeándole. Beria no dejaba de preguntarle: "¿Confiesas que eres un espía?". Eije lo negaba. Uno de sus ojos se había salido de su cuenca, y no cesaba de manar sangre, pero él seguía repitiendo: "No confesaré". Cuando Beria se convenció de que no conseguiría obtener una confesión de aquel desgraciado ... ordenó que se lo llevaran y lo fusilaran».

Y por fin llegó el turno de Yezhov. El 1 de febrero Beria convocó a su predecesor en su despacho de la Sujanovka y le propuso que si confesaba durante su juicio, Stalin le perdonaría la vida. Para su sorpresa, Yezhov se negó diciendo: «Es mejor abandonar este mundo como un hombre de honor».

El 2 de febrero Ulrij juzgó su caso en el mismísimo despacho de Beria. Yezhov leyó en voz alta un último alegato dirigido a Stalin, dedicado a la sagrada orden de caballería de los bolcheviques. Negó todos los cargos de espionaje a favor de los que él llamaba «los terratenientes polacos ... los lores ingleses y los samurái nipones» que recaían sobre él, añadiendo: «No niego haber sido un bebedor empedernido, pero trabajé como una mula. Mi destino es evidente»; luego dijo que tenía «una petición: fusiladme sin más; no me hagáis padecer tormento». Acto seguido pidió que atendieran a su madre, que «cuidaran de su hija» y que no tomaran represalias contra sus inocentes sobrinos. Yezhov concluyó su discurso con el mismo tipo de florituras que habría utilizado un caballero de los tiempos de la Tabla Redonda al dirigirse a su rey: «Decid a Stalin que voy a morir con su nombre en los labios».

Se enfrentaría a la *Vishka* con mucha menos valentía que la mayor parte de sus víctimas. Cuando Ulrij leyó su sentencia, Yezhov se desplomó. Sus guardianes lo recogieron, y en la madrugada del día 3 de febrero lo subieron a un «cuervo negro» y lo condujeron al patio especial —con el suelo ligeramente en declive y provisto de un desagüe que iba a parar al callejón de Varsanofevski para lavar el reguero de sangre— donde sería ejecutado. Allí lo esperaban Beria, el ayudante del fiscal (N. P. Afanasev) y el verdugo, Blojin. Yezhov, según cuenta Afanasev, sollozaba dando hipidos. En el último momento, sus piernas flaquearon y tuvieron que arrastrarlo por los brazos. Ese día Stalin estuvo reunido durante tres horas con Beria y Mikoyan, discutiendo tal vez de temas financieros, aunque no cabe la menor duda de que el Vozhd deseaba conocer los pormenores del comportamiento del Morita en aquel momento supremo.

Las cenizas de aquellos dos hombres, Yezhov el asesino y Babel el genio, fueron arrojadas a una fosa marcada con el letrero «Fosa común número uno. Cenizas no reclamadas. Años 1930-1942 (ambos inclusive)» del antiguo cementerio Donskoi. Apenas a veinte metros se encuentra una lápida que reza: «Jayutina, Yevgenia Solomonovna. 1904-1938».[4] Así, pues, los restos de Yezhov, Yevgenia y Babel yacen próximos.*

* En la década de los noventa se erigió un monumento con la siguiente inscripción: «Aquí yacen enterrados los restos de las víctimas inocentes de la represión política, que fueron tortura-

El prestigio de Yezhov fue borrado de la memoria colectiva de la época. En adelante, sería presentado como un personaje renegado y sediento de sangre, asesino de inocentes contra la voluntad de Stalin. Esa época recibiría el nombre de *Yezhovshchina*, esto es, el período de Yezhov, término probablemente acuñado por el propio Stalin, pues fue uno de los primeros en utilizarlo. El Vozhd consideraría «escoria» tanto a Yagoda como a Yezhov. El Morita se convertiría en «una rata asesina de muchos inocentes», según palabras de Stalin en una conversación con Yakovlev, el ingeniero aeronáutico. «Tuvimos que fusilarlo», aseguraría a Kavtaradze. Una vez acabada la guerra, Stalin reconocería que «uno no puede fiarse demasiado de las pruebas de 1937. Yezhov no supo dirigir adecuadamente el NKVD, y se infiltraron en él elementos antisoviéticos que destruyeron a gente honesta, a nuestros mejores cuadros».

Echando la vista atrás, Stalin también puso en entredicho el terror de Beria: «Beria lleva muchos casos, y todo el mundo confiesa». Parece que siempre supuso que el NKVD inventaba las pruebas: era algo sobre lo que le gustaba bromear y quejarse, aunque normalmente prefería creer en las evidencias porque confirmaban lo que ya había establecido él de antemano: quién era enemigo y quién no. La mayoría de las veces, de hecho, se las inventaba él mismo. «Meyerhold tenía un gran talento —dijo en tono reflexivo en 1950—, pero nuestros agentes de la Cheka no entienden a los artistas que, por otro lado, no están exentos de defectos. Los agentes de la Cheka los detienen, y luego acaban con la vida de personas honestas. Dudo que Meyerhold fuera un enemigo del pueblo.» Su defecto era que protestaba demasiado. Stalin había seguido muy de cerca la carrera de todos ellos. Desaprobaba la actitud «frívola» de Babel y su *Caballería roja*, de la que, según el propio Vozhd, «no sabe nada»; y no dudó en firmar las listas negras. No ha habido nunca un gobernante que supervisara su política secreta de forma tan personal como él.

Beria, dedicado a limpiar toda la porquería que había dejado Yezhov como si fueran los establos de Augias, presentó entonces a Stalin la sentencia de muerte del encargado de las ejecuciones, el propio Blojin. El Vozhd rechazó su petición, diciendo que ese *chernaya rabota*, ese «trabajo sucio», era muy difícil de llevar a cabo, pero extremadamente importante para el Partido. Blojin salvó el pellejo para poder seguir ejecutando a miles de individuos. Stanislas Redens, cuñado de Stalin implicado por Yezhov, fue ejecutado el 12 de febrero de 1940.* Su esposa, Anna, seguiría convencida de su pronto regreso, y a me-

---

das y ejecutadas. Que nunca caigan en el olvido». Antonina Babel no se enteró de que su marido había sido ejecutado hasta 1954, cuando la figura del escritor fue rehabilitada. Vivió durante muchos años en América. Sus conmovedoras memorias, junto con las de Nadezhda Mandelstam y las de Anna Larina, se han convertido en todo un clásico.

* En este episodio se produjo un caso curioso de piedad: la viuda y los hijos de Redens no

nudo telefoneaba a Stalin y a Beria para preguntarles por él. Al final Beria le dijo que se olvidara de su marido. Después de todo, su matrimonio nunca había llegado a registrarse...[5]

corrieron la misma suerte fatal que las familias de otros «enemigos», aunque posteriormente también lo pasaron muy mal. Al principio continuaron pasando los fines de semana en Zubalovo con Svetlana, y sus vidas siguieron adelante como si nada hubiera ocurrido. De hecho, Anna seguía llamando a Stalin para reprenderle por los vestidos que llevaba Svetlana o por lo mucho que bebía Vasili. Al cabo de poco tiempo, incluso se reconciliaron.

30

Los cócteles de Molotov: la guerra de invierno y la esposa de Kulik

Stalin estaba entusiasmado después de la firma del pacto de Ribbentrop, pero seguía siendo un paranoico peligroso, sobre todo para las esposas de sus amigos. Un día de noviembre de 1939, sonó el teléfono en la dacha de Kulik, el incompetente vicecomisario de Defensa que había estado al mando de la invasión de Polonia. Kulik estaba celebrando su cumpleaños junto a su esposa, Kira Simonich, una mujer de piernas largas y ojos verdes de la que se decía que era la más guapa del círculo de Stalin; asistía también a la fiesta lo más florido de la élite de la URSS, desde Voroshilov y el conde-obrero-campesino Alexei Tolstoi, hasta el omnipresente cantante de la corte, Kozlovski, y una legión de bailarinas. El homenajeado respondió al teléfono:

—¡Silencio! —susurró—. ¡Es Stalin! —Permaneció unos minutos a la escucha—. ¿Qué es lo que estoy haciendo? Estoy celebrando mi cumpleaños con unos amigos.

—Espérame —contestó Stalin, que no tardó en llegar con Vlasik y una caja de vino. Saludó a todo el mundo y tras ocupar un sitio a la mesa, bebió de su propio vino mientras Kozlovski entonaba sus canciones favoritas, en particular el aria del duque de Mantua de *Rigoletto*.

La esposa de Kulik se acercó al Vozhd y se puso a charlar con él como si fuera una vieja amiga. El miembro más inconcebible del círculo de Stalin era precisamente ella, Kira Simonich, hija de un conde de origen serbio que había dirigido los servicios secretos zaristas en Finlandia y luego había sido fusilado por la Cheka en 1919. Después de la Revolución, Kira se había casado con un comerciante judío desterrado a Siberia: la joven lo siguió al exilio, y posteriormente la pareja logró establecerse en el sur, donde Kira conoció a Grigori Kulik, el robusto *bon vivant*, «siempre medio borracho», que había estado al mando de la artillería de Stalin en Tsaritsin, aunque sus conocimientos de tecnología militar habían quedado estancados en 1918. La condesa se convertiría en su se-

gunda mujer: los dos se enamoraron de manera fulminante y dejaron a sus respectivos cónyuges, pero la situación de ella era peligrosa por partida triple, pues era una aristócrata, tenía relación con los servicios secretos zaristas y había estado casada con un comerciante judío detenido. Lo mismo que Bronka, Kira Kulik charlaba de manera informal con Stalin y «brillaba en las fiestas del Kremlin», recordaría más tarde una señora que también solía asistir a ellas. «Era muy hermosa. Tujachevski, Voroshilov, Zhdanov, Yagoda, Yezhov, Beria: todos le hacían la corte.» Naturalmente corrían rumores de que el propio Stalin la había hecho su amante.

En aquellos momentos, el Vozhd estaba sentado al piano, rodeado de Kulik y de un grupo de mujeres jóvenes.

—Bebamos a tu salud, Iosiv Vissarionovich —dijo una famosa bailarina— y permíteme que te dé un beso en nombre de todas las mujeres.

El Vozhd le devolvió el beso y brindó con ella. Pero entonces Kira Kulik cometió un error. Aprovechando que se había quedado sola con él junto al piano, le pidió que concediera la libertad a su hermano, un antiguo oficial zarista, y le permitiera salir del campo de concentración. Stalin la escuchó amablemente y a continuación se dedicó a poner en el gramófono sus discos favoritos. Todo el mundo bailaba menos él.* El Vozhd regaló a Kulik un libro con una dedicatoria que decía: «A mi viejo amigo. I. Stalin», pero la actitud de Kira, presumiendo de la familiaridad que tenía con él y de su belleza, hizo que su mente, siempre recelosa, concibiera una nueva trampa.[1]

* * *

Unos días después, Kulik ordenó a la artillería abrir fuego, dando comienzo a la invasión soviética de Finlandia, el cuarto país de su esfera de influencia que, al igual que las repúblicas bálticas, había formado parte del Imperio Ruso hasta 1918 y que ahora amenazaba a Leningrado.

El 12 de octubre, una delegación finlandesa se reunió con Stalin y Molotov en el Kremlin para escuchar las exigencias soviéticas, que consistían en la cesión de una base naval en Hanko. Para sorpresa de Stalin, los finlandeses rechazaron semejante pretensión.

—Esto no puede seguir así mucho tiempo sin peligro de accidentes —dijo el Vozhd. Los finlandeses respondieron que necesitaban una mayoría de cinco sextas partes de su parlamento para aceptar. Stalin comentó entre carcajadas—: ¡Podéis estar seguros de que conseguiréis el 99 por 100!

* Kozlovski cantaba siempre las mismas piezas en las recepciones del Kremlin. Si incluía alguna nueva canción en su repertorio, cuando llegaba al Kremlin se encontraba el mismo programa de costumbre. «Al camarada Stalin le gusta ese repertorio. Le gusta escuchar las mismas cosas de costumbre.»

—¡Y nuestros votos además! —comentó en tono de burla Molotov. La última reunión acabó de forma menos risueña—: Los civiles —dijo Molotov en tono amenazador— no podemos hacer más ... Ahora les toca el turno a los militares.

Durante una cena celebrada con Beria y Jrushchov en su piso, Stalin envió a Finlandia un ultimátum. Molotov y Zhdanov, encargado de la política báltica, la marina y la defensa de Leningrado, lo apoyaron. Mikoyan dijo a un diplomático alemán que había hecho la siguiente advertencia a los fineses. «Deberíais tener cuidado y no presionar demasiado a los rusos. Tienen una profunda estima por esa parte del mundo y... sólo puedo decirle que a los caucasianos del Politburó nos cuesta mucho trabajo refrenar a los rusos.» Cuando expiró el plazo del ultimátum, los líderes seguían bebiendo en el Kremlin.

—Que empiece hoy —dijo Stalin y envió a Kulik a dirigir los bombardeos. La simple presencia de Kulik en cualquier acción militar era casi una garantía de desastre.

El 30 de noviembre, cinco ejércitos soviéticos atacaron a lo largo de los casi mil trescientos kilómetros de frontera que separaban los dos países. Los ataques frontales contra la Línea Mannerheim fracasaron ante el ingenio de los finlandeses, que, vestidos como fantasmas con uniformes blancos, hicieron una escabechina entre los rusos. Los bosques quedaron decorados con pirámides de cadáveres congelados de soldados soviéticos. Los fineses utilizaron setenta mil botellas llenas de gasolina contra los tanques rusos, empleando por primera vez los «cócteles Molotov», un guiño al culto a su personalidad que al vanidoso primer ministro soviético no debió de hacerle mucha gracia. A mediados de diciembre, Stalin había perdido casi veinticinco mil hombres. Siendo como era un simple aficionado, había planificado la guerra de Invierno como si fuera un ejercicio de maniobras, desatendiendo el plan profesional del jefe del Estado Mayor, Shaposhnikov. Cuando el jefe adjunto de la artillería de Kulik, Voronov, que llegaría a convertirse en un famoso mariscal, preguntó de cuánto tiempo disponían para llevar a cabo aquella operación, le dijeron: «Entre diez y doce días». Voronov opinaba que iban a ser necesarios dos o tres meses. Kulik acogió el comentario con «gestos de burla» y le ordenó que hiciera el trabajo en un máximo de doce días. Stalin y Zhdanov estaban tan seguros de sí mismos, que nombraron un gobierno títere de comunistas finlandeses. Pasado el 9 de diciembre, el IX Ejército había quedado diezmado junto a la aldea devastada de Suomussalmi.

Los militares aficionados de Stalin reaccionaron con ejecuciones y recriminaciones espasmódicas. «Considero imprescindible ... una purga radical», advertía Voroshilov a la 44.ª División. La necesidad de reforma del ejército rojo estaba clara para los diversos gabinetes europeos. Pero la primera solución que encontró Stalin fue enviar al frente al «siniestro demonio» de Mejlis, por aquel entonces en la cima del poder:

«El trabajo me absorbe tanto que ni siquiera me doy cuenta de que pasan los días. Sólo duermo 2-3 horas —decía Mejlis a su mujer—. Ayer estábamos a más de 35 grados bajo cero ... Me encuentro muy bien ... Sólo tengo un sueño: acabar con los guardias blancos de Finlandia. Lo conseguiremos. La victoria no puede tardar».* Finalmente el día 26 el Vozhd nombró a Timoshenko general en jefe del frente del Noroeste, con el encargo de restaurar el orden entre sus tropas agotadas y medio muertas de hambre. Incluso Beria adoptó una actitud más humana, comunicando a Voroshilov la falta de aprovisionamientos: «La 139.ª División tiene dificultades ... No hay comida en absoluto ... Ni combustible ... Los soldados se dispersan». Stalin intuyó que los militares le ocultaban la verdadera escala del desastre. Confiando sólo en Mejlis, le escribió la siguiente carta:

«Los blancos de Finlandia publicaron el informe de sus operaciones, en el que afirman que han conseguido "la aniquilación de la 44.ª División ... mil soldados del ejército rojo han sido hechos prisioneros; se han capturado 102 cañones, 1.170 caballos y 43 tanques". En primer lugar dime: ¿Es eso verdad? En segundo lugar: ¿Dónde está el Consejo Militar y el general en jefe de la 44.ª División? ¿Cómo explican su comportamiento vergonzoso? ¿Por qué abandonaron a su división? En tercer lugar: ¿Por qué no nos informó el Consejo Militar del IX Ejército? ... Esperamos una respuesta. Stalin».

Cuando Mejlis llegó a Suomussalmi, se encontró con un panorama caótico que él contribuyó a empeorar. Confirmó las pérdidas sufridas y fusiló a todos los mandos: «El juicio de Vinogradov, Volkov y el jefe del Departamento Político tuvo lugar al aire libre en presencia de toda la división ... La sentencia de fusilamiento fue ejecutada en público ... El desenmascaramiento de los traidores y los cobardes sigue adelante». El 10 de diciembre, el propio Mejlis estuvo a punto de perder la vida cuando su coche sufrió una emboscada, según contaba orgullosamente al Vozhd: a diferencia de muchos comisarios de Stalin, Mejlis era muy valeroso, de una temeridad suicida, cada vez que se enfrentaba al fuego del enemigo, en parte porque, al ser judío, deseaba ser «más puro que el cristal». Lo cierto es que asumió el mando de las compañías que huían a la desbandada y avanzó al frente de ellas hasta las posiciones enemigas. Mejlis y Kulik no ocultaron lo caótico de la situación: «Carecemos de pan para el ejército». Informaba Mejlis. Y Kulik añadía: «Por doquier encontramos rigidez y burocracia».

Stalin estaba muy triste debido a la magnitud del desastre: «La nieve es muy alta. Nuestros soldados marchan ... con muchos ánimos ... De repente se

* Honrando de hinojos el estatus imperial de su líder, Mejlis quería a toda costa ofrecer a Stalin una victoria como regalo de cumpleaños el 21 de diciembre de 1939: «Quiero celebrarlo con una derrota total de los guardias blancos finlandeses». Cuando llegó el gran día, Mejlis dijo a su familia: «Os saludo. 60.º cumpleaños de I. V. ¡Celebradlo en familia!».

produce un estallido de fuego de armas automáticas y nuestros hombres caen al suelo». A veces, tenía un aspecto desesperado y deprimido. Jrushchov lo vio tumbado en un sofá, abatido, en un ensayo del colapso que sufriría durante los primeros días de la invasión de los nazis. La presión hizo que Stalin cayera enfermo, víctima de los estreptococos y estafilococos de rigor, que la fiebre le subiera a 38 °C, y padeciera fortísimos dolores de garganta. El 1 de febrero, su salud mejoró cuando Timoshenko empezó a sondear las defensas finlandesas para lanzar la gran ofensiva el día 11. La superioridad soviética se impuso al fin sobre los valerosos fineses. Cuando los médicos volvieron a examinar a Stalin, éste les enseñó los mapas: «Hoy tomaremos Viborg». Los finlandeses pidieron la paz. El 12 de marzo, Zhdanov firmó un tratado en virtud del cual Finlandia cedía Hanko, el istmo de Carelia y la ribera noreste del lago Ladoga, unos 36.000 km cuadrados, con el fin de aislar a Leningrado. Finlandia había perdido casi 48.000 soldados, Stalin más de 125.000.

«El ejército rojo no valía para nada», diría más tarde Stalin a Churchill y a Roosevelt.[2] El Vozhd estaba que se subía por las paredes y no era el único: Jrushchov echaría posteriormente la culpa de lo ocurrido a la «negligencia criminal» de Voroshilov, comentando irónicamente que pasaba más tiempo en el estudio de Gerasimov, el pintor de la corte, que en el Comisariado de Defensa. En Kuntsevo, la ira de Stalin aumentaba por momentos. Empezó a tratar a gritos a Voroshilov, que no dudó en devolver el golpe. Poniéndose rojo como la grana, Klem replicó gritando igualmente:

—¡Cúlpate a ti mismo de lo que está pasando! ¡Tú eres el que aniquiló a la vieja guardia de nuestro ejército! ¡Tú mataste a nuestros mejores generales!

Stalin le hizo un desplante, ante lo cual Voroshilov «agarró una fuente en la que había un cochinillo asado y la arrojó de mala manera sobre la mesa». Según admitía Jrushchov, «fue la única vez en mi vida que fui testigo de una explosión semejante». Sólo Voroshilov podía irse de rositas así como así.

El 28 de marzo de 1940, Voroshilov, que se convirtió en la «cabeza de turco» de Stalin por los desastres de Finlandia, declaró en el Comité Central lo siguiente: «Debo decir que ni yo ni el Estado Mayor ... teníamos idea de las peculiaridades y dificultades que entrañaba esta guerra». Mejlis, que odiaba a Voroshilov y aspiraba a su cargo, afirmó que «no podía abandonar su puesto como si tal cosa ... Debe ser severamente castigado». Pero el Vozhd no podía permitirse el lujo de acabar con Voroshilov.

«Mejlis pronunció un discurso histérico», dijo Stalin, obligando a calmarse a su protegido. En vez de hacerle caso, celebró un consejo militar supremo a mediados de abril que resultó singularmente franco y a veces incluso cómico. Un alto mando admitió que el ejército se había sorprendido de encontrar bosques en Finlandia, ante lo cual el Vozhd dijo con ironía: «Ya era hora de que nuestro ejército supiera que había bosques en ese país ... ¡En tiempos de Pedro el Grande ya había bosques, Isabel ... Catalina ... Alejandro ya encontraron

esos bosques! ¡Y van cuatro ocasiones!» (Risas). Se indignó todavía más cuando Mejlis reveló que los finlandeses habían atacado en varias ocasiones mientras los soldados del ejército rojo dormían la siesta.

—¿Que dormían la siesta? —exclamó Stalin.

—Una horita —confirmó Kulik.

—¡Se duerme la siesta en las casas de reposo —gritó el Vozhd, que a continuación se dedicó a defender la realización de la campaña—: ¿Acaso podíamos evitar la guerra? Yo creo que la guerra era ineludible... Un retraso de dos meses habría supuesto un retraso de veinte años.

Había ganado más territorio en aquel país que Pedro el Grande, pero advertía que no se debía incurrir en «el culto de las tradiciones de la guerra civil. Me recuerda a los pieles rojas que luchaban con mazas contra fusiles ... y todos acabaron muertos». El 6 de mayo, Voroshilov fue destituido como comisario de Defensa y sucedido por Timoshenko.* Shaposhnikov fue relevado de su cargo de jefe del Estado Mayor, aunque Stalin reconocía que al principio había tenido razón, «¡pero eso sólo lo sabemos nosotros!». Subió la moral del ejército restaurando el rango de general y el mando único a los militares, cuya labor se había vuelto incomparablemente más dura al tener que compartir las tareas de control con unos comisarios políticos siempre entrometidos. Liberó a 11.178 oficiales que habían sido víctimas de las purgas e hizo decir públicamente que regresaban de «una misión larga y peligrosa». El propio Vozhd, tal vez al ver que le faltaban las uñas de los dedos, preguntó a uno de ellos, Konstantin Rokossovski:

—¿Fuiste torturado en la cárcel?

—Sí, camarada Stalin.

—En este país hay demasiados pelotilleros que dicen a todo que sí —concluyó el tirano dando un suspiro.

Pero algunos no volvieron.

—¿Dónde está tu Serdich? —preguntó otro día Stalin a Budionni, refiriéndose a un amigo común.

—Ejecutado —respondió el mariscal.

—¡Qué lástima! Me habría gustado hacerle embajador en Yugoslavia...[3]

Stalin atacó a sus «Pieles Rojas» del ejército, pero a continuación arremetió contra su propia tribu de valientes primitivos, que seguían obsesionados

* Timoshenko, un soberbio ejemplar de masculinidad campesina, típico de la caballería de Stalin, había estado al mando de una división durante la guerra de Polonia de 1920: aparece representado en el «cautivador Savitski» en los relatos de la *Caballería roja* de Isaac Babel, que elogia «la hermosura de su cuerpo gigantesco», el poderío de su pecho cubierto de condecoraciones, «irguiéndose en medio del barracón como un estandarte se yergue en el cielo, y sus largas piernas de oficial de caballería, que eran como «muchachas que asomaran por el cuello de sus resplandecientes botas de montar». Mikoyan, mucho menos poético, lo califica simplemente de «campesino valeroso».

con la caballería y se olvidaban de los métodos de guerra más modernos. Budionni y Kulik creían que los tanques no podrían sustituir nunca a los caballos. «No me convenceréis», había declarado recientemente Budionni. «En cuanto empiece la guerra, todo el mundo vendrá diciendo: "¡Echad mano de la caballería!"» Stalin y Voroshilov habían eliminado una unidad especial de carros blindados. Por fortuna, Timoshenko convencería ahora al Vozhd de que debía enmendar semejante disparate.[4]

No obstante, Mikoyan llamaba al predominio de aquel grupo de incompetentes el «triunfo del I Ejército de Caballería», pues todos eran veteranos de la unidad favorecida por Stalin durante la guerra civil. A pesar de la escenita de la fuente y el lechoncillo asado, Voroshilov fue ascendido al puesto de viceprimer ministro encargado de «asuntos culturales», situación que Mikoyan consideraba una broma, habida cuenta de la afición del mariscal a dejarse retratar.

Mejlis, que también fue nombrado viceprimer ministro, se veía a sí mismo como todo un gran capitán: no dejó de acosar a Timoshenko para que pidiera a Stalin que volviera a nombrarlo vicecomisario de Defensa. Stalin se reía de la ingenuidad de Timoshenko: «Nosotros queremos ayudarle, pero él no lo entiende. Quiere que le dejemos a Mejlis. Pero al cabo de tres meses, Mejlis le dará pasaporte. Mejlis quiere ser el comisario de Defensa». Mejlis gozaba de la «confianza ilimitada» de Stalin. Kulik, el ridículo jefe de Artillería, que para espolear a sus subordinados decía: «¡O cárcel o medalla!», era un carca ignorante. Despreciaba la artillería antitanque: «¡Qué porquería! No hace ni ruido ni socavones...». Y para denigrar los nuevos cohetes Katiusha, que tan valiosos resultarían en su momento, decía: «¿Para qué diablos necesitamos los lanzacohetes? Lo más importante es un buen cañón tirado por caballos». Retrasó la producción de los ventajosos tanques T-34. Jrushchov, que era tan del agrado de Stalin por su desparpajo, preguntó cuáles eran las credenciales de Kulik.

—¡Ni siquiera conoces a Kulik! —tronó el Vozhd—. Yo lo conozco desde la guerra civil, cuando estuvo al mando de la artillería en Tsaritsin. Sabe mucho de artillería.

—¿Pero cuántos cañones teníais allí? ¿Dos o tres? ¿Y ahora está al mando de toda la artillería terrestre?

Stalin le dijo a Jrushchov que se ocupara de sus asuntos. Por encima de todos ellos estaba Zhdanov, el máximo experto en cuestiones navales y de artillería que tenía Stalin por aquel entonces.[5] «Había gente competente —escribiría Mikoyan—, pero Stalin desconfiaba cada vez más de la gente, y la confianza era lo más importante.» El Vozhd cambiaba, modificaba y variaba sus propias decisiones. Lo extraño es que llegara a tomar alguna a derechas.

* * *

En el mes de mayo, Stalin ordenó el secuestro de la esposa de Kulik, Kira, en cuya casa había estado en calidad de invitado en el mes de noviembre. En nombre de la *Instantsiya*, Beria pidió al «Teórico» Merkulov que se encargara del asunto. El 5 de mayo, Kobulov, el príncipe-asesino Tsereteli, y uno de los torturadores predilectos, Vladzimirski, cogieron a Kira cuando se dirigía al dentista, la metieron maniatada en un coche y se la llevaron a la Lubianka. Es evidente que Stalin y Beria tenían en común un sadismo retorcido y un gusto perverso por esos jueguecitos depravados. La razón del secuestro de Kira es un misterio, pues no se presentaron cargos contra ella, pero Mejlis fabricó un expediente falso contra los Kulik en el que se incluyen el nacimiento aristocrático de Kira y las indiscreciones de borracho de Grigori, su incompetencia, su antisemitismo, su pasado social-revolucionario y sus relaciones con los trotskistas. ¿Fue secuestrada Kira por apelar al Vozhd o fue denunciada por su último amante, víctima también de la mojigatería? La única sospecha que pudiera tener Stalin contra ella tal vez fuera la peligrosa tendencia de Kulik a dar «órdenes delante de» sus diversas esposas.*

Dos días después del secuestro de Kira, el 7 de mayo, Stalin ascendió a su marido al rango de mariscal, lo mismo que a Timoshenko y a Shaposhnikov, en un acto que sólo podemos calificar de sadismo irónico. Al día siguiente, la alegría de Kulik por su nueva condición de mariscal quedó ensombrecida por la preocupación por saber lo que había sido de su mujer. Llamó a Beria, que lo invitó a presentarse en la Lubianka. Mientras el nuevo mariscal sorbía una taza de té en su despacho, Beria llamó a Stalin:

—Tengo al mariscal Kulik ante mí. No, no conoce ningún detalle. Salió de casa y eso es todo. Por supuesto, camarada Stalin, ordenaremos su búsqueda por toda la URSS y haremos lo posible por encontrarla.

Los dos sabían que Kira estaba en una celda debajo del despacho de Beria. Un mes después, la condesa Simonich-Kulik, madre de una niña de ocho años, era trasladada a la cárcel especial de Beria, la Sujanovka, donde fue asesinada con la mayor sangre fría por Blojin de un tiro en la nuca. Kobulov expresó su disgusto por el hecho de que Blojin la matara antes de que él llegara. Es posible que Stalin se sintiera mejor o que le gustara conceder ascensos a amigotes suyos como Kulik a sabiendas de la suerte que iban a correr sus seres queridos (sin que por supuesto ellos lo supieran).

La búsqueda oficial de Kira Kulik se prolongó durante otros doce años, pero el mariscal hacía tiempo que había comprendido que las sospechosas amistades de su mujer habían causado su ruina. No tardó en volverse a casar.[6]

* Nunca llegaron a redactarse documentos con acusaciones formales, por lo que el secuestro de Kira Kulik fue ilegal incluso según los criterios bolcheviques. Cuando Beria fue detenido después de la muerte de Stalin, uno de los crímenes de los que fue acusado fue precisamente este secuestro y posterior asesinato.

Mientras tanto, Stalin y sus jerarcas discutían la suerte que iban a correr los oficiales polacos detenidos o capturados en septiembre de 1939 y encerrados en tres campos de concentración, uno de los cuales estaba situado cerca de Katin. Como Stalin se mostraba indeciso respecto al asunto, se produjo un debate singularmente franco. Kulik, general en jefe del frente de Polonia, propuso liberar a todos los polacos. Voroshilov se mostró de acuerdo, pero Mejlis adoptó una actitud inflexible, afirmando que entre ellos había enemigos del pueblo. El Vozhd paralizó su liberación, pero Kulik insistió en ella. Stalin llegó a una solución de compromiso. Los polacos fueron liberados, excepto 26.000 oficiales, cuyo destino fue decidido finalmente en una sesión del Politburó celebrada el 5 de marzo de 1940.

El hijo de Beria afirma que su padre se opuso a la matanza, no por filantropía, sino porque los polacos habrían podido resultar útiles más tarde. No hay pruebas de que así fuera, salvo que, en efecto, Beria solía adoptar posturas dominadas más por el sentido práctico que por la ideología. De haber sido así, Beria habría sido derrotado. Como era habitual, informó que los 14.700 oficiales, terratenientes y policías, y 11.000 terratenientes «contrarrevolucionarios», eran «espías y saboteadores ... enemigos ... encarnizados del poder soviético», que debían ser «juzgados por ... los camaradas Merkulov, Kobulov y Bashtakov». Stalin garabateó su firma sobre el documento y luego la subrayó, seguido por Voroshilov, Molotov y Mikoyan. Kalinin y Kaganovich fueron consultados por teléfono y votaron «a favor».

Esta matanza supuso una enorme cantidad de «trabajo sucio» para los agentes del NKVD, acostumbrados a la *Vishka* de unas pocas víctimas cada vez, pero había un individuo capaz de afrontar la tarea: Blojin se trasladó hasta el campo de concentración de Ostashkov, donde junto con otros dos agentes de la Cheka acondicionó un barracón con paredes acolchadas e insonorizadas y decidió imponer una cuota verdaderamente estajanovista de doscientas cincuenta ejecuciones cada noche. Se llevó consigo un delantal de cuero y una gorra de carnicero que utilizó para llevar a cabo uno de los actos más prolíficos de asesinato en masa que haya ejecutado un solo individuo, matando a siete mil hombres exactamente en veintiocho noches, con una pistola Walther de fabricación alemana, para evitar futuras identificaciones.[7] Los cadáveres fueron enterrados en varios lugares, pero los cuatro mil quinientos oficiales encerrados en el campo de Kozelsk fueron sepultados en los bosques de Katin.*

* En noviembre de 1941, el embajador de Polonia, Stanislaw Kot, preguntó a Stalin por el paradero de aquellos hombres. El Vozhd fingió llamar por teléfono a Beria y cambió de tema. En diciembre de ese mismo año, dijo al general Anders que habían huido a Mongolia. Como ya hemos visto, este tipo de falsas muestras de preocupación formaban parte del juego que se traía con Beria. El hijo de Mikoyan, Stepan, diría generosamente que la firma de su padre en esta orden de exterminio constituía «la carga más onerosa que pesa sobre nuestra familia».

En junio, Hitler lanzó la *Blitzkrieg* (guerra relámpago) contra los Países Bajos y Francia. Stalin seguía teniendo un profundo respeto por el poder de Francia y Gran Bretaña, países con los que contaba para parar los pies a Hitler en el oeste. El 17 de junio de 1940, Francia pidió la paz, sorpresa que debió de hacer que el Vozhd se replanteara su alianza con el Führer, aunque en aquellos momentos tampoco tenía ninguna otra opción. Molotov felicitó «efusivamente» a Schulenberg, aunque a regañadientes, «por el espléndido triunfo de la *Wehrmacht* alemana». Stalin, realmente desconcertado, «maldijo» a los Aliados: «¿Es que no podían oponer resistencia? —preguntó a Jrushchov—. ¡Ahora Hitler nos va a moler a palos!».[8]

Stalin se merendó inmediatamente los países bálticos y Besarabia, perteneciente a Rumanía. Al tiempo que las tropas rusas cruzaban las fronteras, los bombarderos soviéticos se encargaban de trasladar por vía aérea a sus feudos a los nuevos procónsules de Stalin: Dekanozov a Lituania, el viceprimer ministro Vishinski (el antiguo fiscal general que aconsejaba «pegar un tiro a los perros rabiosos») a Letonia, y Zhdanov a Estonia. Zhdanov se paseó por las calles de la capital estonia, Tallinn, en un coche blindado flanqueado por dos tanques y luego nombró a un «primer ministro» títere, asegurando a la población que «todo se hará con arreglo a las normas democráticas parlamentarias ... ¡Nosotros no somos alemanes!». Para algunos ciudadanos de los países bálticos fueron peores. En total 34.250 letones, casi sesenta mil estonios y setenta y cinco mil lituanos fueron asesinados o deportados. «El camarada Beria —dijo Stalin— se encargará del alojamiento de nuestros huéspedes bálticos.» El NKVD remató la faena para el Vozhd el 20 de agosto, cuando un agente de Beria, Ramón Mercader, partió el cráneo a Trotski con un piolet. Es posible que Trotski socavara la política exterior de Stalin, pero en realidad su muerte no hizo más que cerrar el capítulo del Gran Terror. El Vozhd logró finalmente ver cumplida su venganza.[9]

Stalin se había apoderado de unos territorios susceptibles de ser utilizados como escudo, que iban desde el Báltico hasta el mar Negro, pero no tardó en empezar a recibir informes acerca de las intenciones de Hitler de atacar la URSS. Redobló entonces las atenciones dirigidas a los alemanes. No obstante, no dudaba en burlarse de los nazis con Zhdanov poniendo la *Cabalgata de las Valquirias* de Wagner dirigida por el judío Eisenstein.

—¿Y quién hace de Wotan? —preguntaba Zhdanov en tono jocoso a Stalin—. ¡Un cantante judío!

Aquellos wagnerianos hebreos no impidieron que Hitler fuera desplazando gradualmente sus tropas hacia el este. Stalin desconfiaba instintivamente de los informes proporcionados por el nuevo jefe del GRU, los servicios secretos del ejército, el general Filip Golikov, una mediocridad sin la menor experiencia, y por el NKVD, dirigido por Beria y Merkulov. Consideraba a Golikov «inexperto e ingenuo. Un espía debería ser como el diablo; nadie debería con-

fiar en él, ni siquiera él mismo». Merkulov, el jefe del Departamento Internacional del NKVD, era «diestro», pero se asustaba «por si alguien se sentía ofendido». Era comprensible que temieran ofender a «alguien». Todos sus antecesores habían sido asesinados.*

Las sospechas que Stalin y Molotov abrigaban de sus espías son un reflejo de sus propios orígenes en los sombríos ambientes de la clandestinidad bolchevique, en la cual muchos camaradas (empezando por el propio Vozhd) habían sido agentes dobles o triples. Valoraban las motivaciones de los demás con arreglo a los criterios de su propia criminalidad paranoica: «Creo que nunca se debe confiar en los servicios secretos —admitiría Molotov años más tarde—. Es preciso escucharlos ... pero hay que contrastar sus informaciones ... En ambos lados hay infinidad de provocadores». Se trataba de una ironía, porque Stalin poseía la mejor red de servicios secretos del mundo: sus espías trabajaban para Marx, no para el Maligno. Pero cuantos más secretos conocía, más desconfianza sentía: «Los conocimientos que adquiría —dice un historiador— no hacían más que aumentar su tristeza y su sensación de aislamiento». Por muy insistentes que fueran los datos contrastados relativos al ejército alemán, los jefes del espionaje soviético estaban obligados a suministrar la información que Stalin deseaba: «Nunca salimos a buscar información al azar», recordaba un espía. «Desde arriba nos llegaba la orden de buscar cosas concretas.»[10]

Stalin reaccionó ante esta dificultad intensificando agresivamente el interés tradicional de Rusia por los Balcanes, actitud que por lo demás alarmaba muchísimo a Hitler, quien había empezado a sopesar la eventualidad de atacar a su aliado. El Führer decidió invitar a Molotov a Berlín con el fin de desviar el interés de los soviéticos hacia el océano Índico. La noche antes de que emprendiera su viaje, Molotov estuvo reunido hasta altas horas de la madrugada con Stalin y Beria discutiendo la manera de mantener el pacto de no agresión. En la directiva manuscrita que redactó, Stalin recomendaba a Molotov que insistiera en que se dieran explicaciones de la presencia de tropas alemanas en Rumanía y Finlandia, que se enterara de los verdaderos intereses de Hitler, y que reafirmara el interés de Rusia por los Balcanes y los Dardanelos. Molotov, mientras tanto, comentó a su esposa, «mi tierno cariñito», que estaba estudiando la personalidad de Hitler: «He estado leyendo el libro de Rauschning *Hitler me dijo*... Rauschning explica muchas de las cosas que está haciendo ahora H... y de lo que va a hacer en el futuro».

* En el XVIII Congreso del Partido, celebrado en febrero de 1941, Stalin dividió el NKVD de Beria en dos comisariados. Beria se quedó con el NKVD, mientras que la Seguridad del Estado (el NKGB) fue adjudicada a su protegido Merkulov. En cualquier caso, ello no suponía todavía que Beria hubiera caído en desgracia: de hecho fue ascendido a viceprimer ministro y siguió siendo el dueño y señor o *curator* de ambos organismos.

31

Molotov se reúne con Hitler: audacia política e ingenuidad diplomática

A última hora del día 10 de noviembre de 1940 Molotov partía de la estación de Bielorrusia con una pistola en el bolsillo al frente de una delegación integrada por sesenta individuos, entre los que se encontraban dos protegidos de Beria, a saber, Dekanozov, vicecomisario de Asuntos Exteriores, y Merkulov, dieciséis agentes de la policía secreta, tres criados y un médico. Era su segundo viaje a Europa. En 1922, en los primeros días del fascismo, había visitado Italia acompañado de Polina. Ahora sería testigo del apogeo de esa corriente política.

A las 11.05 de la mañana el tren que transportaba a Molotov y su séquito hacía su entrada en la estación de Anhalter de Berlín, engalanada para la ocasión con flores iluminadas siniestramente por los focos, y con banderas soviéticas que asomaban entre una gran multitud de cruces gamadas. Molotov descendió del tren vestido con abrigo oscuro y sombrero homburg gris, y fue recibido por Ribbentrop y el mariscal de campo Keitel, los dos encargados de darle la bienvenida; se entretuvo bastante tiempo saludando al *Reichsführer* de la SS, Himmler. La banda de música interpretó deliberadamente la *Internacional* a ritmo rápido para evitar que se uniera al acontecimiento algún antiguo comunista que pasara por allí.

Molotov, fuertemente escoltado, abandonó el lugar a toda prisa en un Mercedes descapotable en dirección a su lujoso hotel, el Schloss Bellevue, otrora un palacio imperial, situado en el Tiergarten, donde los soviéticos quedaron asombrados por los «tapices y pinturas» que decoraban sus paredes, por las «extraordinarias piezas de porcelana colocadas en las vitrinas, verdaderas obras artísticas de ebanistería», y sobre todo por los «galones dorados de las libreas» del personal del hotel. Todos los miembros de la delegación que acompañaba a Molotov llevaban el mismo traje azul oscuro, la misma corbata gris y el mismo sombrero barato de fieltro, sin lugar a dudas artículos todos ellos en-

cargados al por mayor. Unos llevaban el sombrero como si fuera una boina, y otros o bien hacia atrás como los vaqueros americanos, o bien inclinado sobre los ojos como los mafiosos, poniendo de manifiesto que la mayoría no había llevado nunca hasta entonces un sombrero occidental. El ambiente poco cordial de la visita quedó patente cuando Molotov se reunió con Ribbentrop en el antiguo despacho de Bismarck y apenas abrió la boca. «Una sonrisa más bien fría asomó a su rostro inteligente, propio de un experto ajedrecista», observaría, recordando al líder soviético, un diplomático alemán a quien hizo mucha gracia que los pequeños pies de Dekanozov, sentado en una butaca sobredorada estilo Bismarck, apenas tocaran el suelo. Cuando Ribbentrop animó a Rusia a buscar una salida a su potencial en un océano de aguas cálidas, Molotov le preguntó:

—¿A qué mar se refiere?

Después de comer en el Bellevue, el Mercedes descapotable trasladó a Molotov a la Cancillería, donde, cruzando las puertas de bronce en las que montaban guardia los hombres de la SS que saludaban a su paso con un taconazo, fue conducido hasta el magnífico despacho de Hitler. Dos colosos rubios de la SS abrieron las puertas al unísono y formaron un arco con su impecable saludo nazi bajo el cual el vulgar y robusto dirigente soviético se dirigió hacia la gigantesca mesa de Hitler situada al fondo de la sala. En un primer momento Hitler vaciló, pero luego avanzó bruscamente hacia los rusos «con pasos cortos y rápidos» para darles la bienvenida. De repente se detuvo e hizo el saludo nazi antes de tender su mano «fría y húmeda» a Molotov y a su séquito, mientras sus «ojos febriles» se clavaban en ellos «como barrenas». Las bobadas teatrales que utilizaba Hitler para atemorizar e impresionar a sus invitados no surtieron efecto alguno en Molotov, que se consideraba un marxista-leninista y, por lo tanto, un ser superior a todos los demás, en especial a cualquier fascista: «No había nada digno de destacar en su aspecto», comentaría más tarde. Ambos líderes tenían la misma estatura: «mediana», como señalaría el hombrecito soviético. Pero Hitler «era muy presumido ... y vanidoso. Era inteligente, pero resultaba estrecho de miras y obtuso a causa de su egoísmo y lo absurdo de sus ideas».

Hitler hizo pasar a Molotov a una sala donde el líder soviético, Dekanozov y los intérpretes se sentaron en un sofá, mientras el alemán ocupaba su sillón habitual, desde el cual les soltó un largo monólogo acerca de la derrota que había infligido a los británicos, su generosidad con Stalin y su falta de interés por los Balcanes, en suma, toda una sarta de mentiras. Molotov respondió con una serie de preguntas corteses, pero incómodas, en torno a las relaciones entre las dos potencias, haciendo especial hincapié en la cuestión de Finlandia, Rumanía y Bulgaria. «Insistí una y otra vez, para ver si obtenía una respuesta más concreta. "Tienen que hacerse con un puerto de aguas cálidas. Irán, la India: ahí es donde está su futuro." Y yo le repliqué: "¿Por qué ésa es una idea intere-

sante? ¿Por qué se lo parece?".» Hitler dio por finalizada la reunión sin responder a la pregunta.

Esa noche, Ribbentrop dio una recepción en honor de Molotov en el hotel Kaiserhof a la cual asistió el mariscal del Reich Göring, que lucía una ridícula creación de su sastre realizada en hilo de plata y pedrería, y el ayudante del Führer, Hess. Al observar a Molotov hablando con Göring, el intérprete ruso, Berezhkov, no podía imaginarse a un par de hombres más distintos. A su regreso al hotel, el primer ministro soviético se encontró un telegrama de Stalin, en el que se hacía de nuevo hincapié en la cuestión de los Balcanes y los estrechos. A la mañana siguiente Molotov contestó al Vozhd con otro telegrama: «Me voy a comer, y hablaré con Hitler. Insistiré en el tema del mar Negro, los estrechos y Bulgaria». Primero visitó a Göring en el Ministerio del Aire, donde planteó al «paladín» de Hitler una serie de preguntas de lo más embarazoso que el *Reichsmarschall* se limitó a soslayar con aquel exceso de cordialidad que lo caracterizaba. Luego se fue a ver a Hess.

—¿Tienen ustedes un programa de partido? —preguntó al ayudante del Führer, consciente de que los nazis carecían de él—. ¿Tienen un código de partido? ¿Acaso disponen de una constitución? —el ideólogo bolchevique hablaba cada vez con más desdén—: ¿Cómo puede existir un partido que carece de programa?

A las dos de la tarde Hitler recibió a Molotov, Merkulov y Dekanozov para comer con Goebbels y Ribbentrop. Los rusos se sintieron muy decepcionados al ver el austero menú ofrecido por el Führer, en el que podía leerse tan sólo las palabras «*Kraftbrühe, Fasan, Obstsalat*», esto es, consomé de carne, faisán y ensalada de frutas.

—La guerra ya ha empezado, así que no tomo café —explicó Hitler—, pues mi pueblo tampoco lo toma. Además no fumo ni bebo.

Más tarde Molotov haría el siguiente comentario: «Ni que decir tiene que no me abstuve de nada».

Su segunda reunión, que tuvo lugar tras la comida, duró unas tres destempladas» horas. Molotov presionaba a Hitler para obtener respuestas a sus preguntas. Hitler acusaba a Rusia de codicia. No había nada que pudiera hacer mella en la obstinada perseverancia de «Culo de Acero». Molotov, obedeciendo las instrucciones que le había dado Stalin en su telegrama, explicó que «todos los acontecimientos de la guerra de Crimea ... hasta el desembarco de soldados extranjeros durante la Intervención [la guerra civil] indicaban que el problema de la seguridad soviética no podría solucionarse sin ... los estrechos».

Hitler estuvo a punto de perder los estribos cuando se trató el tema de la presencia de soldados alemanes en tierras de Finlandia y Rumanía:

—¡Eso son nimiedades! —exclamó.

Molotov comentó ásperamente que no había ninguna necesidad de hablar en ese tono. ¿Pero cómo iban a entenderse en los temas importantes si no eran

capaces de llegar a un acuerdo en los más baladíes? El soviético se dio cuenta de que Hitler «empezaba a exasperarse. Yo seguía insistiendo. Agoté su resistencia».

El Führer sacó un pañuelo, enjugó el sudor de su labio superior y acompañó a sus invitados hasta la puerta, mientras decía:

—Estoy seguro de que la Historia recordará para siempre el nombre de Stalin.

—No me cabe la menor duda —replicó Molotov.

—Bien, deberíamos volvernos a reunir... —sugirió vagamente Hitler aludiendo a una reunión que nunca llegó a tener lugar—. Aunque espero que también recuerde el mío —añadió con falsa modestia, pues dos días antes ya había firmado la Directiva n.º 18 por la que la invasión soviética, empresa que habría de garantizarle un lugar propio en la Historia, adquiría la máxima prioridad en su agenda.

—No me cabe la menor duda —dijo Molotov de nuevo.

Göring, Hess y Ribbentrop fueron los principales invitados al banquete de caviar y vodka ofrecido por Molotov en la majestuosa, aunque decadente, embajada soviética, celebración que se vio interrumpida por una incursión aérea de la RAF.

—Nuestros amigos británicos se quejan de no haber sido invitados a la fiesta —dijo Ribbentrop bromeando, mientras Göring salía de estampida como un bisonte enjoyado y perfumado, abriéndose paso entre la multitud, hasta llegar a su Mercedes.

Como en la embajada no había refugio antiaéreo, los rusos fueron conducidos en su mayoría de vuelta al hotel. Algunos se perdieron en medio de la confusión, y Molotov fue trasladado al búnker privado de Ribbentrop. Allí, con la música de los bombardeos de la RAF y el estruendo de las baterías antiaéreas como telón de fondo, el primer ministro ruso, entre balbuceos, empezó a ironizar acerca de las floridas promesas de los alemanes. Si, como decía Hitler, Alemania estaba librando un combate a vida o muerte contra Inglaterra, Molotov comentó que eso tal vez quisiera decir que los nazis luchaban «por la vida» y los británicos «por la muerte». Ribbentrop contestó que Gran Bretaña estaba «acabada». A lo que Molotov respondió que «de ser así, ¿qué hacemos en este refugio? ¿De quién son esas bombas que caen?».

El dignatario soviético abandonó Alemania a la mañana siguiente, sin conseguir —como diría a Stalin— «nada de lo que jactarse, aunque ... nos aclara mucho la disposición de ánimo de Hitler en la actualidad».[1]

* * *

Stalin felicitó a Molotov por su actitud desafiante frente al Führer.

—¿Cómo aguantó todo lo que le dijiste? —preguntó el Vozhd. Pero Hi-

tler no había aguantado nada: las obstinadas pretensiones de Molotov sobre los Balcanes convencerían al Führer de que Stalin no tardaría en desafiar su hegemonía en Europa. Habiendo considerado ya la posibilidad de emprender un ataque contra Rusia, a partir de ese momento aceleraría sus planes. El 4 de diciembre se fijó una fecha para la operación Barbarroja; sería en mayo de 1941.

Unos días más tarde, Yakovlev, el ingeniero aeronáutico que había formado parte del séquito de Molotov en su viaje a Berlín, abordó de sopetón al comisario de Asuntos Exteriores en la antesala de Stalin.

—¡Ah, he aquí al alemán! —exclamó Molotov en tono de broma—. ¡Los dos tendremos que arrepentirnos!

—¿De qué? —preguntó con nerviosismo Yakovlev.

—¿De qué va a ser? ¿Acaso no cenamos los dos con Hitler? Sí, lo hicimos ¿No le dimos la mano a Goebbels? Sí, se la dimos. Tendremos que hacer un acto de contrición por ello.

Los bolcheviques vivían inmersos en un mundo de pecados y arrepentimientos. Cuando Stalin recibió a Yakovlev, le dio la orden de estudiar los aparatos aéreos de los nazis, diciéndole:

—Estudia cómo podemos derrotarlos.

El 29 de diciembre de 1940, once días después de que Hitler firmara la Directiva n.º 21 para la operación Barbarroja, los espías de Stalin le informaron de su existencia. Stalin sabía perfectamente que la URSS no iba a estar preparada para afrontar un conflicto armado hasta 1943 y esperaba poder retrasar el enfrentamiento bélico con los alemanes rearmando frenéticamente a los países de los Balcanes y llevando a cabo una agresiva política de tensión en la zona, pero sin provocar al Führer. Este último, por su parte, se dio cuenta de la necesidad de poner en marcha su plan con la mayor urgencia y de que, antes de atacar a los soviéticos, debía asegurarse el dominio de los territorios balcánicos.

La desesperación de Stalin ante la imposibilidad de producir armamento de buena calidad y de crear la mejor estrategia, provocó la aparición de una nueva forma de terror a su alrededor. La cuenta atrás para el estallido de la guerra redoblaría el enrarecido clima de miedo e ignorancia reinante en el corazón del poder soviético. Cuanta más cuenta se daba Stalin de la delicada situación de su ejército, más torpezas cometía, pues estaba convencido de su infalibilidad personal, aunque no era consciente de su ignorancia en el terreno técnico. Él mismo se encargaba de supervisar todos los detalles de cada una de las armas. Las reuniones con el Vozhd se hicieron todavía más difíciles de sobrellevar, y su comportamiento llegó a ser incluso más «desquiciado», como observaría Mikoyan.

Había una contraseña evidente: discrepar en exceso podía convertirse en algo fatal, pero, curiosamente, los subordinados y generales de Stalin defen-

dieron a capa y espada su experiencia. «Si hubiera tenido más conocimientos, habría tenido más miedo», comentaría tiempo después un comisario. Con frecuencia el silencio era una virtud, y los veteranos solían aconsejar a los neófitos el modo en que debían comportarse para asegurar su supervivencia.

Cuando Stalin envió al comisario de Marina, Nikolai Kuznetsov, a inspeccionar la zona más oriental del país, el almirante se quejó a Zhdanov, máximo dirigente de la Marina soviética, diciéndole que estaba muy ocupado con su nueva misión.

—Los papeles pueden esperar —contestó Zhdanov—. Te aconsejo que no digas ni una palabra sobre ese tema al camarada Stalin.*

En una ocasión, en una de las reuniones de Stalin, participó por primera vez un funcionario nuevo. El hombre se dirigía al Vozhd llamándole «Iosiv Vissarionovich» cuando quería tomar la palabra. «Stalin miró hacia mí y, una vez más, vi ... una expresión poco amistosa en su rostro. De repente, el hombre situado a mis espaldas susurró algo a mi oído que me lo aclaró todo: "No le llames nunca por su nombre y su patronímico. Únicamente se lo permite a un círculo muy estrecho de personas allegadas. Él es Stalin para todos nosotros. Camarada Stalin".» Era más prudente guardar silencio. Kuznetsov iba a poner ciertas objeciones a la construcción de una flota de cruceros pesados, cuando otro funcionario le susurró con amabilidad:

—¡Ve con cuidado! ¡No insistas más![2]

* * *

El 23 de diciembre de 1940 Stalin convocó varias reuniones del alto mando que hubieran podido resultar fructíferas de no haberse visto paralizadas por el miedo. El mariscal Timoshenko y su general más dinámico, Georgi Zhukov, al mando de la región militar de Kiev, criticaron la evidente debilidad de la estrategia soviética y propusieron volver a las «operaciones en profundidad», por otro lado prohibidas, ideadas por el genial Tujachevski. El poderoso Zhdanov, principal asesor de Stalin en todas las materias, desde obuses a barcos, desde la cuestión de Finlandia a los temas de cultura, asistió a las reuniones y luego pasó un informe a Stalin, quien al día siguiente convocó a los generales. Stalin, tan acostumbrado a la vida nocturna debido al insomnio que sólo podía ponerse a dormir a partir de las cuatro de la madrugada, confesó que no había

* Cuando el almirante Kuznetsov tuvo la oportunidad de conocer a Zhdanov durante el viaje que ambos realizaron al Extremo Oriente soviético, este último le contó cómo disfrutaba trabajando para la Marina. «Me encantaría ir [en un crucero]. Pero no siempre resulta fácil poder hacer una escapadita», exclamó. Luego, con una sonrisa en los labios, añadió: «Soy más hombre de río que de mar. Soy un marinero de agua dulce como dicen ellos. Pero adoro los barcos». Kuznetsov admiraba a Zhdanov, de quien dice que «hizo mucho por la Marina». Pero en otros servicios fue mucho menos útil.

pegado ojo en toda la noche. Timoshenko contestó muy agitado si el Vozhd había dado la aprobación a su exposición.

—No creerás que tengo tiempo de leer todos los papeles que se acumulan sobre la mesa —replicó Stalin, quien, al menos en esa ocasión, ordenó que se concibieran nuevos planes y estrategias urgentes de guerra.

Sin embargo, tanto los planes como las estrategias se limitaban a poner de manifiesto la debilidad soviética, circunstancia que inquietaba tanto a Stalin que el 13 de enero de 1941 convocó otra reunión con los generales, sin darles apenas tiempo para prepararla. El jefe del Estado Mayor, Meretskov, leyó su informe al Vozhd con voz turbada y vacilante, hasta que éste le interrumpió.

—¿Y bien, al final, quién gana? —dijo Stalin.

Meretskov tenía miedo de hablar, lo que encolerizó todavía más a Iosiv Vissarionovich.

—Aquí, entre nosotros... tenemos que hablar de nuestras capacidades reales —contestó el oficial.

—¡El problema reside en que no tenemos un jefe del Estado Mayor como es debido! —estalló al final Stalin.

El Vozhd humilló una y otra vez a Meretskov. La reunión degeneró todavía más cuando Kulik declaró que se daba demasiada importancia a los carros blindados; según él, el futuro estaba en los cañones de tracción animal. Era asombroso que, después de dos *Blitzkriege* a fuerza de Panzers y a seis meses escasos de la invasión nazi, a los soviéticos se les ocurriera incluso discutir semejante cosa. Kulik había llegado tan alto por culpa de Stalin, pero, de nuevo, como era habitual, el Vozhd responsabilizó a otros de sus errores.

—Camarada Timoshenko, mientras haya tanta confusión ... nunca conseguiremos mecanizar a nuestro ejército —exclamó.

Timoshenko replicó que el único confundido allí era Kulik.

—Kulik parece estar en contra de los motores. Es como si estuviera en contra del tractor y prefiriera el arado de madera ... La guerra moderna será una guerra motorizada —replicó Stalin arremetiendo contra su amigo.[3]

Al día siguiente por la tarde el general Zhukov, de cuarenta y cinco años, fue convocado con la máxima urgencia a la «pequeña esquina», donde Stalin lo nombró jefe del Estado Mayor. Zhukov intentó rechazar el nombramiento. Pero Stalin, impresionado su victoria sobre los japoneses en Jalkin-Gol, insistió. El máximo exponente de general combativo, que habría de convertirse en el mayor caudillo de la segunda guerra mundial, era otro oficial de caballería de la guerra civil y, desde finales de los años veinte, un protegido de Budionni. Hijo de un fabricante de zapatos venido a menos, aquel comunista convencido había logrado sobrevivir al Gran Terror con la ayuda de Budionni. Bajito, robusto e infatigable, de facciones toscas y mandíbula prominente, Georgi Zhukov compartía con Stalin la misma brutalidad despiadada, combinando las represalias más atroces con la disciplina espartana sin importarle a qué precio.

No obstante, no tenía la vena tortuosa y sádica del Vozhd. Era un hombre visceral y valiente, que no temía desafiar a Stalin quien, intuyendo su gran talento, no se lo tenía en cuenta.[4]

Pocos días después, en Kuntsevo, Timoshenko y Zhukov intentaron persuadir a Stalin de que debía anunciar la movilización, convencidos de que Hitler estaba a punto de invadir el país. Timoshenko aconsejó a su compañero cómo debía tratar al Vozhd:

—No le gusta que le suelten una conferencia demasiado larga ... diez minutos y basta.

Stalin estaba cenando con Molotov, Zhdanov y Voroshilov, además de Mejlis y Kulik. Zhukov se puso a hablar: ¿No les parecía que debían reforzar las defensas de la frontera occidental del país?

—¿Estás ansioso por enfrentarte a los alemanes? —preguntó ásperamente Molotov.

—Espera un momento —dijo Stalin, intentando calmar a su balbuciente primer ministro. Peroró entonces acerca de los alemanes.

—Nos temen. Te diré, confidencialmente, que nuestro embajador mantuvo una conversación muy seria con Hitler, y que el Führer le dijo: «Por favor, no se preocupe por la concentración de fuerzas alemanas en Polonia. Nuestras tropas están simplemente de maniobras...».

Acto seguido, los generales se unieron a los jerarcas para tomar un *bortsch* ucraniano, unas gachas de trigo sarraceno y por último carne estofada, con fruta natural y cocida de postre, todo ello regado con vino *Jvanchkara* de Georgia y brandy.[5]

* * *

El estúpido consejo de Kulik sería el desencadenante de otra oleada de terror que llevaría la muerte a una familia del Politburó. Al tener conocimiento de que los alemanes estaban aumentando el grosor de sus blindajes, Kulik pidió que se detuviera toda la producción de cañones convencionales y que se procediera a fabricar los obuses de 107 mm de la primera guerra mundial. El comisario de Armamento, Boris Vannikov, un formidable supergestor judío, que había estudiado en la Politécnica de Bakú con Beria, se opuso sensatamente a Kulik, pero carecía del fácil acceso a Stalin del que éste gozaba. Kulik consiguió el apoyo de Zhdanov. El 1 de marzo Stalin mandó llamar a Vannikov.

—¿Qué objeciones tienes que poner? El camarada Kulik me dijo que no estás de acuerdo con él.

Vannikov explicó que era muy poco probable que los alemanes hubieran modernizado sus blindados con tanta rapidez como había indicado Kulik: el calibre de 76 mm seguía siendo el mejor. Luego entró Zhdanov en el despacho.

—¡Fíjate! —exclamó Stalin dirigiéndose al recién llegado—. Vannikov no

quiere fabricar los cañones de 107 mm ... Pero esos cañones son muy buenos. Los conozco desde los tiempos de la guerra civil.

—Vannikov se opone siempre a todo —replicó Zhdanov—. Es su forma de trabajar.

—Tú eres el principal experto en artillería que tenemos, y el de 107 mm es un buen cañón —le dijo Stalin, al tiempo que le encargaba resolver la cuestión.

Zhdanov convocó la reunión en la que Vannikov desafió a Kulik. Zhdanov lo acusó de «sabotaje».

—Los muertos no dejan avanzar a los vivos —exclamó en tono amenazador.

—¡Estáis tolerando el desarme y sabéis que se avecina una guerra! —replicó Vannikov levantando la voz.

Zhdanov declaró secamente «que iba a quejarse a Stalin de mi actitud». El Vozhd aceptó la decisión tomada por Kulik, que tuvo que ser anulada cuando estalló la guerra. Vannikov fue detenido.* Sólo en el reino de Stalin cabía proceder a la detención del experto en armamento más importante del país apenas unas semanas antes de un conflicto bélico. Pero el lema de Kulik —«Cárcel o medalla»— volvió a triunfar. El veneno empezaría a extenderse y alcanzaría al hermano de Kaganovich. Como si se tratara del sacrificio bíblico de un querido hermano, la férrea dureza de Lazar sería sometida a una dolorosa prueba.[6]

* * *

Vannikov fue cruelmente torturado para que hablara sobre su último trabajo como ayudante de Mijail Kaganovich, hermano mayor de Lazar y comisario de Producción de Aviones. Las fuerzas aéreas fueron siempre el arma más propensa a sufrir accidentes. No sólo se estrellaban los aviones con una regularidad alarmante, lo que ponía de manifiesto la precipitación y las negligencias de la producción soviética, sino que además alguien debía pagar por ello. En un año se habían perdido cuatro héroes de la Unión Soviética en accidentes aéreos, y el propio Stalin ponía en tela de juicio no sólo a los generales de la fuerza aérea, sino incluso a los ingenieros que trabajaban en la fabricación de cada avión. «¿Qué tipo de hombre es?», preguntó en una ocasión refiriéndose a un técnico. «Quizás es un bastardo, un *svoloch*». Los accidentes aéreos tenían que ser obligatoriamente culpa de algún «bastardo». En este caso Vannikov fue obligado a implicar a Mijail Kaganovich como el «bastardo» de turno.

Mientras tanto, Vasili Stalin, por aquel entonces un piloto deseoso de ganarse el cariño paterno, habitualmente denunciando a sus superiores ante su progenitor, también tuvo su papel en esta tragedia. Seguía siendo tan nervio-

* Ésa no sería la única locura que se cometería: en otra ocasión, Stalin ordenó la fabricación de cierto tanque basándose en el principio absurdo de que «cuando es destruido, protege».

so, recordaría Svetlana, que cuando su padre se dirigía a él durante la cena, saltaba como movido por un resorte y a menudo ni siquiera era capaz de responder, limitándose a balbucear: «No... no he oído lo que me has dicho... ¿Qué... qué has dicho, padre?». En 1940 el joven se enamoró de una hermosa trompetista rubia perteneciente a una familia del NKVD, Galina Bourdonovskaya, y se casó con ella. Sin embargo, era un joven agresivo, arrogante, bebedor y, aunque a menudo magnánimo, la mayor parte de las veces resultaba un individuo peligroso. En aquel mundo tan particular, el «príncipe heredero» se convirtió, según cuenta Svetlana, en «una amenaza».

«Hola, querido padre —decía en una carta escrita el 4 de marzo de 1941—. ¿Cómo te encuentras de salud? Estuve hace poco en Moscú a las órdenes de Richagov [jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas], deseaba mucho verte, pero me comunicaron que estabas muy atareado ... No van a dejarme volar ... Richagov me llamó y no paró de insultarme, diciendo que, en lugar de estudiar teoría, me dedicaba a visitar a mis superiores para demostrarles que debía volar. Me ordenó que te informara de esa conversación.» Vasili contaba que se veía obligado a volar en aviones tan viejos que «da pena verlos», y que ni siquiera los futuros oficiales podían entrenarse con los aparatos nuevos. Se despide diciendo:

«Padre, si tienes tiempo, escríbeme, aunque sólo sean dos líneas. Para mí ésa es la mayor alegría, pues te echo mucho de menos. Tu Vasia».

Esta sutil denuncia no debió de ayudar mucho a Pavel Rygachov, un prometedor piloto de treinta y nueve años que acababa de ser ascendido al alto mando. El oficial se presentó medio bebido a una reunión en la que iba a hablarse sobre el estado de los aviones. Cuando Stalin criticó a las fuerzas aéreas, Richagov dijo alzando la voz que el índice de mortalidad por accidente era tan elevado «porque nos hace usted volar en verdaderos ataúdes». Se hizo el más absoluto silencio, pero Stalin siguió paseando arriba y abajo por la habitación. Los únicos ruidos que se oían en la sala eran los soplidos que hacía al chupar su pipa y el crujir de sus suaves botas.

—No debías haber dicho eso —musitó mientras volvía a dar una vuelta alrededor de la mesa en medio de un silencio sepulcral—. No debías haber dicho eso —repitió.

Rygachov fue detenido esa misma semana junto con otros jefazos de las fuerzas aéreas y con Shtern, general en jefe del Extremo Oriente. Todos acabaron ante el pelotón de fusilamiento. Y al igual que Vannikov, antes de su ejecución implicaron a Mijail Kaganovich.[7]

—Tenemos testimonios —dijo Stalin a Kaganovich—. Tu hermano está implicado en la conspiración.

El hermano de Kaganovich fue acusado de haber construido las fábricas de aviones cerca de la frontera para ayudar de ese modo a Berlín. Stalin explicó que Mijail, de origen judío, estaba destinado a convertirse en jefe del gobierno

títere en la sombra previsto por Hitler, una idea tan ridícula que sólo podía ser fruto del solecismo imbécil de algún cretino del NKGB o, más probablemente, de una ocurrencia chistosa de Stalin y Beria. ¿Se acordaban acaso de la ira de Ordzhonikidze al enterarse de la detención de su hermano? Ordzhonikidze había sido el mejor amigo de Kaganovich.

—Es una mentira —diría Kaganovich que replicó—. Conozco muy bien a mi hermano. Es un bolchevique desde 1905, dedicado en cuerpo y alma al Comité Central.

—¿Cómo va a ser una mentira? —respondió Stalin—. Tengo los testimonios.

—Es un embuste. Exijo que se lleve a cabo un careo.

Muchos años después, Kaganovich negaría, en los siguientes términos, haber traicionado a su hermano: «Si mi hermano hubiera sido un enemigo del pueblo, me habría enfrentado a él ... Estoy seguro de que decía la verdad. Lo protegí. ¡Lo protegí!». Kaganovich podía permitirse el lujo de expresar su opinión, pero también tenía que dejar bien claro que si el Partido necesitaba acabar con su hermano, su hermano debía morir.

—Bueno, ¿y qué? —añadió—. Si es necesario, detenlo.

Stalin ordenó a Mikoyan y a aquella pareja siniestra formada por Beria y Malenkov que prepararan un careo entre Mijail Kaganovich y su delator, Vannikov, pero «Lazar de hierro» no fue invitado a presenciarlo.

—No le pongáis nervioso. No le molestéis —dijo Stalin.

Mikoyan llevó a cabo el «careo» en su despacho, ubicado en el mismo edificio que la «pequeña esquina», y allí Mijail se defendió «apasionadamente» de las acusaciones de Vannikov.

—¿Acaso te has vuelto loco? —inquirió a su antiguo ayudante, que había pasado muchas noches en su casa durante el Gran Terror por miedo a ser detenido.

—No, no estoy loco. Tú formabas parte conmigo de la misma organización —replicó Vannikov.

Beria y Malenkov dijeron a Mijail que esperara fuera en el pasillo mientras interrogaban un poco más a Vannikov. Mijail se dirigió al lavabo privado de Mikoyan (una de las muchas prebendas que daba el poder). Se escuchó un disparo.[8] Los tres encontraron al hermano de Kaganovich muerto en el suelo. Acabando con su vida antes de que procedieran a su detención, Mijail salvó a su familia. Lazar superó la prueba. Se había encontrado al chivo expiatorio de los errores garrafales cometidos en la producción de aviones.*

* * *

* Kaganovich fue considerado un ser despreciable por no haber salvado a su hermano, aunque lo enterró con todos los honores propios de un miembro del Comité Central en el cementerio de Novodevichi, no muy lejos de Nadia Stalin. Vannikov salvó la vida, pero siguió en la cárcel.

Mientras los comisarios iban y venían del Kremlin a la cámara de torturas, los alemanes desplegaban a hurtadillas sus legiones a lo largo de la frontera soviética, y Stalin canalizaba buena parte de sus energías en reafirmar la influencia rusa en los Balcanes. Pero en el mes de marzo Hitler había logrado que Bulgaria, Rumanía y Yugoslavia se pasaran a su terreno. Posteriormente, el 26 de marzo, el gobierno pro alemán de Yugoslavia fue derrocado, probablemente con la ayuda del NKGB y los servicios secretos británicos. Hitler no podía permitirse una herida semejante en uno de sus flancos, por lo que los alemanes se prepararon para invadir Yugoslavia, circunstancia que haría posponer un mes la operación Barbarroja.

El 4 de abril Stalin puso todo su empeño en estrechar relaciones con el nuevo gobierno yugoslavo, con la esperanza de que ese tropiezo en el plan alemán obligara al Führer a sentarse de nuevo en la mesa de negociaciones o, cuando menos, retrasara la invasión hasta 1942. Al firmar un tratado con los yugoslavos justo cuando la Wehrmacht (las Fuerzas Armadas alemanas) empezaba a bombardear Belgrado, Stalin comentó en tono jocoso burlándose de la amenaza nazi:

—Que vengan. Tenemos nervios de acero.

Pero la *Blitzkrieg* de Yugoslavia fue la más triunfal de Hitler: diez días después, Belgrado se rendía. Los acontecimientos se sucedían con mayor rapidez que el desgaste de las esperanzas de Stalin.

Ese mismo día, Yosuke Matsuoka, ministro de Asuntos Exteriores de Japón, llegó a Moscú procedente de Berlín. Stalin, al ver cómo la Wehrmacht aplastaba a los yugoslavos, se dio cuenta de la necesidad de replantear su estrategia con respecto a Hitler. Pero también era consciente del valor que tendría un frente oriental tranquilo y libre de conflictos si Hitler se decidía a invadir. La victoria de Zhukov en el Extremo Oriente había convencido a Tokio de que su futuro se encontraba en el sur, en las apetecibles golosinas que poseía el Imperio Británico. El 14 de abril de 1941, cuando Matsuoka firmó un tratado de no agresión con la Unión Soviética, Stalin y Molotov reaccionaron con un júbilo desorbitado, como si hubieran logrado, sin la ayuda de nadie, cambiar el panorama de Europa y salvar a Rusia. Stalin comentó jubilosamente lo raro que era «encontrar a un diplomático que expresa abiertamente su opinión. Es bien sabido de todos lo que le dijo Talleyrand a Napoleón: "Al diplomático se le otorgó la lengua para que ocultara sus pensamientos". Nosotros, los rusos y los bolcheviques, somos distintos...». Por una vez, Stalin se relajó en la bacanal celebrada a continuación, mientras Molotov brindaba una y otra vez con champán, hasta que los dos acabaron tan ebrios como Matsuoka.

«Stalin y yo le hicimos beber muchísimo», comentaría posteriormente Molotov en tono jactancioso. A Matsuoka «tuvieron que llevarlo prácticamente a rastras hasta el tren. Nosotros apenas podíamos tenernos en pie». Stalin, Molotov y Matsuoka también se pusieron a cantar, sobre todo una ba-

lada rusa muy conocida, «Shoumel Kamish», que dice: «Los juncos silbaban, los árboles crujían movidos por el viento, la noche era muy oscura ... Y los amantes estuvieron despiertos toda la noche», sin parar de reír a carcajadas. En la estación de Yaroslavski, los diplomáticos allí reunidos se quedaron atónitos al ver a Stalin en estado de absoluta embriaguez, enfundado en su gabán, con sus botas y su gorra de visera marrón, acompañado de Matsuoka y de Molotov, quienes no paraban de saludar y de gritar: «¡Soy un pionero! ¡Estoy listo!» (la contraseña que lanzan los jóvenes exploradores soviéticos). Al embajador búlgaro le pareció que Molotov era el «menos ebrio». Stalin, que hasta entonces no se había percatado de la presencia de otras personas en la estación, iba cogido del tambaleante japonés, pero como ninguno de los dos hablaba la lengua del otro, su nueva intimidad se expresaba por medio de abrazos y gruñidos del tipo «¡Ja! ¡Ja!».

Stalin, dejándose llevar por el entusiasmo que le invadía, le dio una palmada tan fuerte en el hombro al embajador general japonés, diminuto y calvo, que el hombre «retrocedió tres o cuatro pasos de golpe, provocando la hilaridad de Matsuoka». El Vozhd notó entonces la presencia de un agregado diplomático de elevada estatura, el coronel Hans Krebs, y, abandonando al japonés, le preguntó, mientras le daba unas palmaditas en el pecho:

—¿Alemán?

Krebs se cuadró en señal de respeto, destacando por su altura sobre Stalin, que le dio un golpe en la espalda, apretó su mano y dijo en voz alta:

—¡Hemos sido amigos vuestros y seguiremos siéndolo!

—Estoy convencido de ello —replicó Krebs, aunque al embajador sueco le pareció que «no lo decía muy convencido».*

Al final, Stalin se dirigió de nuevo tambaleándose a donde había dejado al japonés, volvió a abrazar a Matsuoka y exclamó:

—¡Nosotros nos encargaremos de organizar Europa y Asia!

Cogido de bracete, acompañó a Matsuoka hasta su vagón y esperó allí a que el tren emprendiera la marcha. Unos diplomáticos japoneses escoltaron a Stalin hasta su Packard blindado, mientras el embajador nipón, «subido en un banco, agitaba su pañuelo y gritaba con voz estridente: "¡Gracias, gracias!"».

* * *

Para Stalin y Molotov la fiesta no había terminado. Cuando se metió en el automóvil, el Vozhd ordenó a Vlasik que llamara a su dacha de Zubalovo y le dijera a Svetlana, a la sazón de quince años, que debía reunirse con la familia porque iban a dar una fiesta.

* Krebs fue el jefe del Estado Mayor de la Wehrmacht durante las horas finales del Tercer Reich en abril de 1945.

—¡Stalin llegará de un momento a otro!

Svetlana corrió a decírselo a su tía, Anna Redens, que se encontraba en la dacha con sus hijos y con Gulia Djugashvili, la hija de Yakov de tres años de edad.

—¡Viene papá! —seguía gritando Svetlana.

Anna Redens no había visto a Stalin desde el escándalo de la detención de su esposo y su posterior ejecución. Todos se reunieron en las escaleras de la casa. Unos minutos más tarde llegó Stalin, todavía algo bebido y más alegre de lo habitual. Tras abrir de un golpe la portezuela del automóvil, saludo a Leonid Redens, que por aquel entonces tenía doce años de edad.

—¡Anda, sube! ¡Vamos a dar una vuelta en coche!

El chófer pisó el acelerador y les dio una vuelta alrededor del parterre de flores. Luego Stalin bajó del automóvil y abrazó a la aprensiva Anna Redens, que tenía entre sus brazos a su hijo pequeño de seis años, Vladimir. Stalin se detuvo a admirar a aquel angelical sobrino suyo.

—¡Aunque sólo sea por este maravilloso hijo tuyo, hagamos las paces! Te perdono!

Sacaron al jardín a la pequeña Gulia, la primera nieta de Stalin, para que éste pudiera admirarla a sus anchas, pero la criatura empezó a agitar los brazos y a chillar, e inmediatamente tuvieron que llevársela a su habitación. Stalin se sentó en la misma mesa que en otra época había presidido con Nadia en compañía de su joven familia. Trajeron tartas y bombones. Stalin sentó a Vladimir sobre sus rodillas y empezó a abrir las chocolatinas: el pequeño se fijó en los «hermosos dedos largos» que tenía.

—Malcriáis a los niños comprándoles regalos que ni siquiera piden —dijo Stalin en tono de reprensión al personal de servicio, aunque, según cuenta Vladimir, sin perder «aquellos modos gentiles suyos que hacían que todos lo quisieran tanto».

Después de tomar el té, el Vozhd subió a su habitación para echar un sueñecito. Había pasado la noche anterior en vela. Luego llegarían Molotov, Beria y Mikoyan para cenar.

Durante la cena, «Stalin estuvo tirando mondas de naranja a los platos de todo el mundo. Luego arrojó un corcho que cayó en medio del helado», lo que hizo las delicias de Vladimir Alliluyev. La familia ignoraba que la invasión inminente de Hitler, y el cansancio y la paranoia de Stalin, marcarían el fin de una época.[9]

* * *

Aquello fue como un oasis de euforia cubierto por un cielo que iba ensombreciéndose por momentos. Dividido entre las ilusiones de su poderosa voluntad y la evidencia cada vez más clara de la realidad, Stalin se empeñaba en creer

que el acuerdo diplomático con Hitler estaba a la vuelta de la esquina, aunque para entonces sus mejores espías ya le habían notificado la fecha de la operación Barbarroja. Incluso cuando Stafford Cripps, el embajador británico, le entregó una carta de Winston Churchill en la que le advertía de la futura invasión, la misiva tuvo el efecto contrario, pues Stalin quedó convencido de que la intención de Gran Bretaña era tender una trampa a Rusia.

—A nosotros nos amenazan con los alemanes, y a los alemanes con la Unión Soviética —comento el Vozhd a Zhukov—. Intentan enfrentarnos.[10]

Sin embargo, Stalin no sufría amnesia: en aquel contexto que Molotov había definido como «la gran partida», el Vozhd creía que Rusia tal vez lograra mantenerse al margen de la guerra hasta 1942.

—Sólo en 1943 podremos enfrentarnos a los alemanes de igual a igual —comentó a Molotov.

Como de costumbre, intentaba abstraerse del problema, estudiando meticulosamente una historia de la guerra franco-alemana de 1870. Tanto él como Zhdanov repetían una y otra vez la prudente máxima de Bismarck, según la cual Alemania no debería nunca enfrentarse a una guerra en dos frentes: como Gran Bretaña seguía invicta, Hitler no atacaría Rusia.

—No es tan tonto —decía Stalin—, como para no entender la diferencia que existe entre la Unión Soviética y otros países como Polonia o Francia, o incluso Inglaterra; de hecho entre la URSS y todos ellos juntos.

Sin embargo, toda su carrera se caracterizaría por el triunfo de la voluntad sobre la realidad.

Se obstinaba en creer que Hitler, aquel jugador temerario, «sonámbulo» de la historia universal, era el estadista racional de una gran potencia que seguiría los pasos de Bismarck, lo mismo que él. Después de la guerra, durante una conversación mantenida con un pequeño grupo en el que figuraba Dekanozov, su embajador en Berlín en 1941, Stalin, pensando en voz alta acerca de aquella época, definió indirectamente cuál fue su comportamiento entonces en los siguientes términos:

—Cuando intentes tomar una decisión, NUNCA te pongas en el lugar de la otra persona, porque si lo haces, puedes cometer un error terrible.*

En el terreno militar, las medidas se tomaban con suma lentitud. Zhdanov y Kulik propusieron el traslado del armamento viejo de las zonas fortificadas a las nuevas, todavía por acabar. Zhukov se opuso: no había tiempo. Stalin respaldó la propuesta de sus camaradas, por lo que las fortificaciones aún no estaban terminadas cuando dio comienzo la embestida.

* Dekanozov contaba constantemente esta anécdota a su hijo pequeño, Reginald, quien la recogió en sus *Apuntes* antes de que su padre falleciera recientemente. Nunca ha sido publicada. Este autor desea expresar su profundo agradecimiento a Nadia Dekanozova de Tiflis, Georgia, por permitirle el acceso a esta fuente.

El 20 de abril Ilia Ehrenburg, el novelista judío por el que Stalin sentía tanta admiración, se enteró de que su novela antialemana, *La caída de París*, había sido rechazada por los censores que todavía seguían ateniéndose a la orden de Stalin de no ofender a Hitler. Cuatro días más tarde, le llamó Poskrebishev y le dijo que marcara un número de teléfono:

—El camarada Stalin quiere hablar con usted.

Cuando el Vozhd contestó al otro lado del aparato, los perros del escritor se pusieron a ladrar; su esposa tuvo que llevarlos fuera de la sala. Stalin dijo que le había gustado el libro y preguntó si con él pretendía hacer una denuncia del fascismo. El novelista contestó que resultaba muy difícil hacer una denuncia del fascismo cuando ni siquiera se le permitía utilizar esa palabra.

—Sigue escribiendo —dijo alegre el Vozhd—, tú y yo intentaremos llevar a cabo la tercera parte.

Era típico de aquel dictador, curiosamente aficionado a la literatura, pensar que una cosa así pudiera alarmar a los alemanes: Hitler estaba muy lejos de los pequeños matices literarios.

Incluso el círculo más íntimo de Stalin empezaba ya a oler la pólvora de la guerra. El olor era tan penetrante que Zhdanov sugirió la cancelación del desfile del 1 de mayo, por si resultaba demasiado «provocativo». Stalin no lo anuló, pero situó a Dekanozov, el embajador soviético en Alemania, sentado junto a él en el mausoleo en señal de amistad hacia Berlín.[11]

El 4 de mayo el Vozhd haría otro guiño a Hitler para indicar su disposición a hablar con el Führer: Stalin sustituyó a Molotov como primer ministro y ascendió al protegido de Zhdanov, Nikolai Voznescenski, el enloquecido maestro de las finanzas, al cargo de ayudante suyo para asuntos internos. A sus treinta y ocho años, Voznescenski había tenido una ascensión meteórica, circunstancia que irritaba a los demás: Mikoyan, por ejemplo, que se sentía particularmente disgustado, decía que era un individuo «con buenos conocimientos de economía, pero era el típico profesor, sin experiencia alguna». Nikolai, nacido en Leningrado, era un hombre apuesto e inteligente, aunque muy arrogante. Estaba «alegre como un niño con zapatos nuevos debido a su nombramiento», pero Beria y Malenkov ya estaban resentidos con aquel tecnócrata desabrido: Stalin estaba «promocionando a un maestro para darnos lecciones», comentaría en voz baja Malenkov a Beria. A partir de entonces Stalin gobernó como primer ministro por medio de sus ayudantes, del mismo modo que lo había hecho Lenin, equilibrando la rivalidad existente entre Beria y Malenkov por un lado, y Zhdanov y Voznescenski por otro. El Vozhd materializó su aparición en el escenario mundial a través de su forma de vestir, desterrando sus viejos pantalones abombados y sus botas, y «empezó a ponerse otros siempre perfectamente planchados, sin vuelta en los bajos, y a usar zapatos de cordones».[12]

Al final, Stalin prepararía a los militares para la eventualidad de una guerra. El 5 de mayo recibió una sola visita, la de Zhdanov, recién nombrado vi-

cesecretario general del Partido, que estuvo con él veinticinco minutos. A las seis de la tarde, los dos abandonaron la «pequeña esquina» para dirigirse al gran palacio del Kremlin, donde les esperaban dos mil oficiales. Stalin entró en compañía de Zhdanov, Timoshenko y Zhukov. El presidente Kalinin presentó a un Stalin «muy serio» que empezó a elogiar la mecanización moderna de su «nuevo ejército». Luego, en un alarde de excentricidad, atribuyó la derrota francesa a una decepción amorosa: los galos estaban «tan alelados con la autosatisfacción» que desdeñaban a sus propios guerreros hasta tal punto que «sus mujeres ni siquiera consideraban la posibilidad de casarse con un soldado». ¿Era invencible el ejército alemán? Según el Vozhd «no hay ningún ejército invencible en el mundo», pero la guerra era inminente. «Si V. M. Molotov ... consigue retrasar el comienzo de la contienda dos o tres meses, tendremos mucha suerte.» Durante la cena Stalin hizo el siguiente brindis:

—¡Viva la dinámica política de ataque del estado soviético! —dijo. Y luego añadió—: Cualquiera que no reconozca este hecho es un filisteo y un estúpido.

Los militares se sintieron aliviados: Stalin no estaba en las nubes.[13] El Estado estaba listo para la lucha, ¿o no? El Estado no estaba seguro.*

Los grandes jerarcas intentaron abrirse camino entre la infalibilidad de Stalin y la realidad de Hitler: la incongruencia de explicar por qué el ejército tenía que estar preparado para entablar una guerra ofensiva que definitivamente no iba a tener lugar, y afirmar al mismo tiempo que no se había cambiado de política, era tan ridícula, que acabarían enredándose en los nudos de los sofismas estalinistas y de la locura neroniana. En el Consejo Militar Supremo, Zhdanov se manifestó en los siguientes términos:

—Necesitamos un nuevo tipo de propaganda... Entre la guerra y la paz sólo hay un paso. Así que nuestra propaganda no puede se pacífica.

—Nosotros mismos concebimos la propaganda de esa forma —explotó Budionni, por lo que tuvieron que explicar por qué estaba cambiando.

* Los discursos que se pronunciaron han abierto un gran debate acerca de si Stalin estaba planeando un ataque preventivo contra Hitler: el llamado «debate de Suvorov» que debe su nombre al artículo publicado en junio de 1985 por Victor Suvorov. Éste defendía la tesis de que el Vozhd estaba a punto de atacar a Hitler, basándose en la movilización parcial del ejército soviético y su concentración en la frontera occidental del país, en la proximidad de aeródromos y en el hecho de que el general Zhukov fue quien ideó semejante plan de ofensiva. Esta tesis actualmente está desacreditada. Según parece, el alto mando militar, incluido el general Vasilevski, en realidad pensaba que habrían debido retirarse más hacia el interior del país; de ahí la sugerencia de Vasilevski de trasladar los aeródromos y toda la infraestructura de vuelta a la región del Volga, propuesta que fue tachada de «derrotista» por Kulik y Mejlis. Sin embargo, Stalin siempre consideró que la guerra ofensiva era una posibilidad real, además de una necesidad de carácter ideológico. Volviendo al tema de los discursos, éstos fueron concebidos simplemente para levantar la moral del ejército y demostrar que había una dosis de realismo en torno a la situación soviética.

—Sólo modificamos el eslogan —afirmó Zhdanov.

—¡Como si tuviéramos que marchar a la guerra mañana mismo! —dijo mofándose el pusilánime Malenkov, cuando faltaban dieciocho días para que se produjera la invasión.[14]

El 7 de mayo Schulenberg, que en secreto se oponía a la invasión planeada por Hitler, desayunó con el embajador soviético en Berlín, Dekanozov, al que intentó advertir solapadamente de la inminencia del ataque. Los dos hombres celebraron tres encuentros, pero «el alemán no avisó», diría Molotov más tarde, «soltaba indirectas y hacía hincapié en la conveniencia de las negociaciones diplomáticas». Dekanozov informó de esas reuniones a Stalin, que cada vez estaba más nervioso y de peor humor.

—¡Así que la desinformación ha llegado ahora al nivel de los embajadores! —exclamó refunfuñando.

Dekanozov dijo que eso no era cierto.

—¡Cómo te permites contradecir al camarada Stalin! ¡Él sabe más que nadie y puede ver más lejos que todos nosotros! —rugió Voroshilov en tono amenazador durante una pausa.[15]

El 10 de mayo Stalin se enteró del quijotesco vuelo a Escocia en son de paz que había realizado el ayudante del Führer, Hess. Todos los jerarcas, recordaría Jrushchov, que casualmente se hallaba aquel día en el despacho de Stalin, estaban convencidos, cosa por lo demás perfectamente comprensible, de que la misión de Hess tenía las miras puestas en Moscú. Por fin Stalin deseaba prepararse para la guerra, aunque, según la opinión de la mayoría, de un modo tan tímido que apenas tendría consecuencias. El 12 de mayo permitió que los generales reforzaran las fronteras, llamando a filas a medio millón de reservistas, pero le aterrorizaba la idea de ofender con ello a los alemanes. Cuando Timoshenko informó de que las fuerzas aéreas nazis habían realizado vuelos de reconocimiento, Stalin comentó meditabundo:

—No estoy seguro de que Hitler tenga conocimiento de esos vuelos.

El día 24 se negó a tomar ulteriores medidas. La parálisis golpeaba de nuevo. Stalin nunca pidió disculpas, aunque muy indirectamente reconoció sus errores cuando luego dio las gracias al pueblo ruso por su «paciencia». Pero culpó de la mayoría de sus meteduras de pata a los demás, reconociendo que había depositado «una confianza excesiva en militares de la caballería». Zhukov confesaría sus propios fracasos: «Posiblemente no tuviera suficiente influencia». Ésa no era la verdadera razón de su falta de acción. Si hubiera exigido la movilización del ejército, Stalin habría exclamado: «¿Con qué fundamento? ¡Bien, Beria, llévatelo a tus mazmorras!». Kulik optó por adoptar la actitud de la mayoría de los militares y decir: «Esto es alta política. No es asunto nuestro».[16]

Empezaron a llegar oleadas de informes de los servicios de inteligencia. Hasta entonces el asunto se había presentado de forma muy ambigua, pero

ahora no cabía la menor duda de que la frontera occidental del país se oscurecía, ensombrecida por un mal presagio. Merkulov ponía al corriente cada día de la situación a Stalin, que debía hacer frente a una avalancha de información procedente de todo tipo de fuentes. El 9 de junio, cuando Timoshenko y Zhukov comentaron la cantidad ingente de informes enviados por los servicios secretos, Stalin les arrojó sus papeles a la cara y exclamó refunfuñando:

—Pues yo tengo documentos distintos.

Se burlaba de Richard Sorge, el espía de Tokio que utilizaba sus apetitos sexuales y sibaritas para ocultar su incomparable modus operandi.

—Y ese bastardo que se dedica a abrir fábricas y burdeles en Japón, se ha dignado incluso a informarnos de que la fecha prevista por los alemanes para la invasión es el 22 de junio. ¿Os parece que también debo creerle?

32

Comienza la cuenta atrás: 22 de junio de 1941

El 13 de junio, Timoshenko y Zhukov, deprimidos y desconcertados, avisaron a Stalin de que estaban produciéndose nuevas actividades en las fronteras. «Ya lo pensaremos», comentó el Vozhd, que al día siguiente perdió los estribos ante la propuesta de movilización presentada por Zhukov: «Pero eso significa la guerra. ¿Lo entendéis o no?». A continuación preguntó cuántas divisiones había en las regiones fronterizas. Zhukov le contestó que había 149.

—¿Y qué? ¿Acaso no son suficientes? Los alemanes no tienen tantas...

Pero los alemanes estaban en pie de guerra, replicó Zhukov.

—No puedes creerte todo lo que dicen los informes de los servicios secretos —afirmó el Vozhd.

El día 16, Merkulov confirmó la noticia relativa a la decisión final de atacar, procedente del agente «Starshina», infiltrado en el cuartel general de la Luftwaffe.* «Dile a la "fuente" infiltrada en el Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas alemanas que le den por culo a su puta madre!», garabateó a modo de respuesta a Merkulov. «Eso no es una fuente de información, sino de desinformación. I. St.»

Incluso Molotov intentaba convencerse a sí mismo: «Estarían locos si nos atacaran», comentó al almirante Kuznetsov.

Dos días más tarde, en el curso de una reunión de tres horas de duración relatada por Timoshenko, éste y Zhukov suplicaron al Vozhd que se pusiera al ejército en estado de alerta, mientras que Stalin jugueteaba nerviosamente con su pipa dando golpecitos con ella encima de la mesa, y los demás jerarcas se mostraban de acuerdo con sus falsas ilusiones o se sumían en un silencio hos-

* El 14 de junio, Hitler celebró la última conferencia militar antes de que diera comienzo la operación Barbarroja, haciendo que los generales llegaran a la Cancillería a horas distintas para no despertar sospechas. El día 16, convocó a Goebbels para evacuar consultas.

co, que era la única forma de protestar que tenían. De repente Stalin se levantó de un salto y dijo a gritos a Zhukov:

—¿Has venido a asustarnos con la guerra o es que deseas una guerra porque no tienes suficientes condecoraciones o tu graduación no es lo bastante alta?

Zhukov palideció y tomó asiento, pero Timoshenko volvió a advertir a Stalin, que saltó hecho una furia:

—Todo es obra de Timoshenko, que nos quiere preparar a todos para la guerra. Habría habido que fusilarlo, pero siempre lo tuve por un buen soldado, desde los tiempos de la guerra civil.

Timoshenko replicó que no hacía más que repetir el discurso del propio Stalin, cuando afirmó que la guerra era inevitable.

—Ya veis —dijo el Vozhd dirigiéndose a los demás miembros del Politburó—, Timoshenko es un hombre apuesto, con una gran cabeza, pero parece que con un cerebro muy pequeño —y levantó el pulgar—. Mis palabras iban dirigidas al pueblo, debemos mantener a la gente alerta, pero vosotros tenéis que daros cuenta de que Alemania no combatirá nunca contra Rusia por su cuenta. Debéis haceros cargo.

Stalin salió dando un portazo de la sala dejando tras de sí un silencio espantoso. Pero entonces «volvió a abrir la puerta y asomando su cara picada de viruela exclamó en voz bien alta: "Si pensáis provocar a los alemanes en la frontera movilizando tropas en la zona sin nuestro permiso, rodarán cabezas. Recordad mis palabras", y volvió a cerrar de un portazo».

Stalin convocó en Moscú a Jrushchov, que debía encargarse de controlar la frontera de Ucrania, y no permitió que regresara a su destino: «Stalin siguió ordenándome que pospusiera mi marcha: "Espera", decía, "no tengas tanta prisa. No hay necesidad de que te vuelvas con tanta precipitación"». Jrushchov ocupaba un lugar especial en los afectos de Stalin: quizá su irreprimible optimismo, su devoción de sicofanta... y su inteligencia práctica hicieran de él un compañero útil en un momento como aquél. Stalin se encontraba en «un estado de confusión, de ansiedad, de desmoralización, incluso de parálisis», dice Jrushchov, y añade que calmaba su ansiedad con noches sin dormir y mucho alcohol celebrando interminables cenas en Kuntsevo. «Podía uno sentir la electricidad estática —comenta Jrushchov—, la descarga de la tensión.» El viernes 20 de junio, Jrushchov dijo por fin:

—Tengo que irme. La guerra está a punto de estallar. Puede que la ruptura de las hostilidades me pille aquí en Moscú o de regreso a Ucrania.

—De acuerdo —respondió Stalin—. Pues vete.[1]

El día 19, Zhdanov, que dirigía el país junto con Stalin y Molotov, se fue para pasar mes y medio de vacaciones. Padecía asma y, por si fuera poco, la opresiva amistad del Vozhd, semejante a una boa constrictor, lo había agotado.

—Pero tengo un mal presagio y temo que los alemanes nos invadan —comentó a Stalin.

—Los alemanes ya han perdido la mejor ocasión —repuso éste—. Creo que atacarán en 1942. Vete tranquilo de vacaciones.*

Mikoyan opinaba que era una ingenuidad, pero Molotov comentó encogiéndose de hombros:

—Un hombre enfermo tiene que descansar.

«De ese modo, nos fuimos de vacaciones —recuerda Yuri, el hijo de Zhdanov—. Llegamos a Sochi el sábado 21 de junio.»

Un día antes, el viernes 20, Dekanozov, de vuelta en Berlín, advirtió seriamente a Beria de que el ataque era inminente. Beria amenazó a su protegido, mientras que Stalin comentó que el «kartliano lento» no era «lo bastante listo para hacer las cosas». Beria pasó al Vozhd aquella muestra de «desinformación» con la siguiente nota aduladora, y al mismo tiempo ligeramente burlona:

«Mi gente y yo, Iosiv Vissarionovich, recordamos constantemente tus sabias predicciones: ¡Hitler no nos atacará en 1941!».

Aproximadamente a las siete y media de la tarde, Mikoyan, el vicepresidente a cuyo mando estaba la marina mercante, recibió una llamada del capitán de puerto de Riga: veinticinco barcos alemanes estaban cortando amarras, aunque muchos todavía no habían terminado de descargar. Mikoyan marchó precipitadamente al despacho de Stalin, donde ya se habían congregado varios dirigentes.

—Será una provocación —comentó enfurecido el Vozhd a Mikoyan—. Que se vayan si quieren.

El Politburó estaba alarmado, pero naturalmente nadie dijo nada. Molotov estaba preocupadísimo:

—La situación no está clara, se está jugando una gran partida —comentó al comunista búlgaro Dmitrov el sábado 21 de junio—. No todo depende de nosotros.

El general Golikov se presentó trayendo a Stalin más pruebas: «Estas informaciones —escribió el Vozhd sobre el documento— son una provocación de los ingleses. Descubre quién es su autor y castígalo». La brigada de bomberos informó de que en la embajada alemana se estaban quemando documentos. El gobierno británico e incluso Mao Zedong (fuente por lo demás curiosa, a través de la Internacional Comunista) enviaron mensajes de alerta. Stalin telefoneó a Jrushchov advirtiéndole de que la guerra iba a empezar al día siguiente y preguntó a Tiulenev, máxima autoridad militar de la capital:

* Quizá Stalin indujera a Zhdanov a que reforzara su confianza, que empezaba a tambalearse: cuando Dmitrov le hizo llegar una advertencia desde Austria, Stalin respondió que no podía haber de qué preocuparse si Zhdanov, que estaba al frente de la región militar de Leningrado y de la Marina, se había ido de vacaciones.

—¿Cómo están las defensas antiaéreas de Moscú? Ten en cuenta que la situación está muy tensa ... Pon un setenta y cinco por ciento de las tropas de la defensa antiaérea de Moscú en alerta de combate.

El sábado 21 fue un día caluroso e incómodo en la capital de Rusia. Las escuelas habían empezado las vacaciones. El Dinamo de Moscú, el equipo de fútbol de la capital, perdió. En los teatros se anunciaban *Rigoletto, La Traviata* y *Las tres hermanas* de Chejov. Stalin y el Politburó estuvieron reunidos todo el día, yendo y viniendo de un lado a otro. A primera hora de la noche, el Vozhd se sintió profundamente molesto debido a los informes cada vez más ominosos que ni siquiera su maquinaria de terror era capaz de dispersar. Molotov volvió a reunirse con él hacia las seis y media.

En la antesala de la «pequeña esquina», Poskrebishev estaba sentado junto a la ventana abierta, bebiendo un poco de agua narzan: llamó a Chadaev, el joven ayudante del Sovnarkom.

—¿Algo importante? —musitó Chadaev.

—Me parece que sí —contestó Poskrebishev—. El jefe ha hablado con Timoshenko. Estaba muy nervioso ... Están esperando ... bueno, ya sabes..., el ataque de los alemanes...

Hacia las siete de la tarde aproximadamente, Stalin ordenó a Molotov que convocara a Schulenberg para protestar por los vuelos de reconocimiento de los alemanes y ver si podía enterarse de algo. El conde se presentó precipitadamente en el Kremlin. Molotov se fue deprisa y corriendo a su despacho en el mismo edificio. Mientras tanto,* Timoshenko llamó por teléfono para comunicar que un desertor alemán había revelado que el plan de invasión de Alemania estaba previsto para la madrugada. Stalin se debatía entre la fuerza de la realidad y el autoengaño de su infalibilidad.

En el despacho de Molotov, Schulenberg sintió alivio al comprobar que el comisario de Asuntos Exteriores seguía sin ser consciente de la gravedad del trance por el que estaba pasando su país. El ruso le preguntó por qué los alemanes parecían poco satisfechos de sus aliados soviéticos. Y por qué se habían ido de Moscú las mujeres y los hijos del personal de la embajada alemana.

—TODAS las mujeres no —respondió Schulenberg—. La mía sigue en la ciudad.

* Este relato se basa en las memorias de Molotov, Mikoyan, Zhukov, Timoshenko, Hilger y otros personajes de la época, pero el recuento horario se inspira en el registro de visitas del Kremlin, que está incompleto, ya que el miedo, la incertidumbre y el caos de aquella noche hacían que todo el mundo diera horas distintas de sus reuniones; en cualquier caso nos ofrece un marco genérico de lo que ocurrió. Podemos comprobar que Zhukov no asistió a la primera reunión de las 7.05, y Vatutin, que era jefe adjunto del Estado Mayor y es aludido en el relato de Zhukov, ni siquiera aparece mencionado. Tampoco lo es Mikoyan. Ello no significa que no estuvieran allí: en aquellas idas y venidas de locura, se puede perdonar a Poskrebishev que cometiera unos cuantos errores.

Molotov, como dice Hilger, el asistente del embajador, «se encogió de hombros con resignación» y volvió al despacho de Stalin.

Llegó entonces Timoshenko junto con la mayoría de los jerarcas: Voroshilov, Beria, Malenkov y el poderoso joven viceprimer ministro Voznescenski. A las ocho y cuarto, Timoshenko regresó al Comisariado de Defensa, desde donde informó a Stalin de que un segundo desertor había avisado de que la guerra iba a empezar a las cuatro de la madrugada. Stalin volvió a telefonearle. Timoshenko llegó a las nueve menos diez en compañía de Zhukov y Budionni, vicecomisario de Defensa, que conocía al Vozhd mucho mejor que los otros dos y se sentía menos cohibido ante él. Budionni admitió que no sabía lo que estaba pasando en la frontera, pues sólo estaba al mando del frente interno. Budionni, siempre largo de lengua, había desempeñado un papel muy ambiguo durante el Gran Terror, pero ni siquiera entonces tuvo reparos en manifestar sus opiniones, cualidad rara en aquellos ambientes. Stalin lo nombró general en jefe del Ejército de Reserva. A continuación llegó Mejlis, que acababa de recuperar su antiguo puesto de jefe del Departamento Político del Ejército, encargado de poner en vigor las medidas de carácter militar impuestas por Stalin, y se sumó a los asistentes a aquella funesta velada.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó el Vozhd mientras recorría de arriba a abajo la habitación.

El silencio era total. Los miembros del Politburó parecían estatuas. Timoshenko levantó la voz y dijo que «todas las tropas existentes en las regiones fronterizas» debían ser puestas «en estado de alerta inmediata».

—¿No enviarían al desertor a propósito para provocarnos? —preguntó Stalin e inmediatamente ordenó a Zhukov—: Lee este comunicado. —Cuando el general tuvo en sus manos la orden de alerta máxima, el Vozhd lo interrumpió y dijo—: Sería prematuro publicar ya la orden. Quizá todavía sea posible arreglar la situación por medios pacíficos.

Debían evitar cualquier provocación. Zhukov obedeció exactamente sus instrucciones. Sabía muy bien cuál era la alternativa: las mazmorras de Beria.

Los jerarcas se pusieron a hablar entonces llenos de desconfianza, dando la razón a los generales en lo de que las tropas debían ser puestas en estado de alerta «por si acaso». Stalin asintió con la cabeza, y los generales corrieron al despacho de Poskrebishev, situado en la habitación contigua, para redactar de nuevo la orden. Cuando volvieron, el obsesivo editor la dulcificó todavía más. Los generales regresaron rápidamente al Comisariado de Defensa para transmitir la orden a las distintas regiones militares: «Es posible que entre el 22 y el 23 de junio se produzca un ataque sorpresa de los alemanes ... La obligación de nuestras fuerzas es abstenerse de ejecutar todo tipo de acto de provocación...». El ataque no se produjo hasta la medianoche del domingo 22 de junio.

Stalin dijo a Budionni que la guerra probablemente diera comienzo al día siguiente. El mariscal se fue a las diez de la noche, mientras que Timoshenko,

Zhukov y Mejlis lo hicieron más tarde. Stalin seguía nervioso. Beria también se fue, probablemente para comprobar los últimos informes de los servicios de contraespionaje, y volvió a comunicárselos a las 22.40. A las once de la noche, los líderes se trasladaron al piso superior, al apartamento de Stalin, instalándose en el comedor. «Stalin siguió tranquilizándonos y diciendo que Hitler no iba a empezar la guerra», señala Mikoyan.

—Yo creo que Hitler intenta provocarnos —comentó Stalin, siempre según Mikoyan—. Seguro que no ha decidido hacernos la guerra.

A las doce y media volvió a llamar por teléfono Zhukov: un tercer desertor, un trabajador comunista de Berlín llamado Alfred Liskov, había cruzado a nado el Prut para comunicar que se había leído ante su unidad la orden de invadir la URSS. Stalin comprobó que se hubiera transmitido la orden de estado de máxima alerta, y luego dispuso que Liskov fuera fusilado por cometer aquel «acto de desinformación». Incluso aquella noche fue imposible cortar con la rutina estalinista de brutalidad... y diversiones: los miembros del Politburó salieron por la puerta Borovitski y se dirigieron a Kuntsevo en una caravana de limusinas, cruzando a toda velocidad las calles desiertas seguidos de sus escoltas del NKGB. Los generales, bajo la atenta mirada de Mejlis, se quedaron en el Comisariado de Defensa. En otro punto de la ciudad, los comisarios, guardias y mecanógrafos que se quedaban cada noche (incluso los sábados) esperando a que Stalin abandonara el Kremlin, pudieron por fin irse a su casa a dormir. Para las costumbres del Vozhd, era muy pronto.

Molotov se dirigió al Comisariado de Asuntos Exteriores para enviar un último telegrama a Berlín destinado a Dekanozov, que ya estaba intentando ponerse en contacto con Ribbentrop para que contestara a las preguntas que Schulenberg no había respondido. Molotov se reunió más tarde con los otros en Kuntsevo: «Podíamos haber visto incluso una película», dijo. Hacia las dos de la madrugada, una hora aproximadamente después de que acabaran de cenar, de beber o de charlar (las memorias de Zhukov, Molotov y Mikoyan muestran cierta confusión sobre lo ocurrido aquella noche), volvieron todos a sus casas en el Kremlin.*

* Más o menos a esa misma hora, Hitler decidió acostarse una horita antes de que diera comienzo la invasión: «La suerte de la guerra se decidirá ahora». Poco antes, el Führer, agotado y lleno de ansiedad, había estado recorriendo arriba y abajo su despacho en compañía de Goebbels mientras elaboraba la declaración que sería leída al pueblo alemán a la mañana siguiente. «Ese tumor maligno debe ser cauterizado —dijo Hitler a Goebbels—. Stalin debe caer.» Liskov, el desertor alemán, seguía siendo interrogado dos horas y media después de que empezara la invasión: no fue fusilado. Los acontecimientos de aquella noche fueron tan dramáticos que todos los que participaron en ellos recuerdan distintos momentos: Molotov cree que dejó a Stalin a eso de la medianoche, y Mikoyan a las tres de la madrugada. Molotov afirmó que Zhukov, utilizado como fuente por la mayoría de los historiadores, situaba los acontecimientos más tarde con el fin de amplificar el papel desempeñado por él mismo. La confusión se debe en parte a la di-

Muy lejos de allí, en la frontera, los bombarderos de la Luftwaffe se dirigían a su objetivo. El mismo día que el gran ejército de Napoleón había invadido Rusia 129 años antes, más de tres millones de soldados de Hitler —alemanes, croatas, finlandeses, rumanos, húngaros, italianos e incluso españoles—, apoyados por tres mil seiscientos tanques, seiscientos mil vehículos motorizados, siete mil piezas de artillería, dos mil quinientos aviones y casi sesenta y dos mil quinientos caballos, cruzaban la frontera para enfrentarse a unas fuerzas soviéticas de casi la misma magnitud, apoyadas por catorce mil tanques (dos mil de ellos de fabricación moderna), treinta y cuatro mil cañones y más de ocho mil aviones. Estaba a punto de dar comienzo la guerra más grande de todos los tiempos en un duelo entro dos ególatras brutales y despiadados. Y lo más probable es que los dos estuvieran durmiendo.[2]

ferencia existente entre los horarios alemán y ruso: nuestra versión se basa en el horario ruso. Pero resulta más fácil cronometrar los acontecimientos (gracias a la consabida eficiencia teutónica) a partir de la invasión, que sabemos que empezó a las tres y media de la madrugada, hora de verano de Alemania —cuatro y media de Moscú—, y a la llegada de las instrucciones de Schulenberg enviadas desde Berlín. Por los tres libros de memorias citados es evidente que el grupo de jerarcas abandonó el despacho de Stalin y se trasladó al piso de éste en el Kremlin, y de allí a Kuntsevo, entre las nueve de la noche y las tres de la madrugada.

Séptima parte

La guerra: el genio desmañado, 1941-1942

33

Optimismo y abatimiento

Stalin ya se había acostado cuando Zhukov llamó a Kuntsevo.

—¿Quién llama? —preguntó la voz somnolienta del general del NKGB.

—Zhukov. Jefe del Estado Mayor. Por favor, póngame en comunicación con el camarada Stalin. Es urgente.

—¿Cómo? ¿Ahora mismo? El camarada Stalin está durmiendo.

—Despiértelo inmediatamente —respondió Zhukov al oficial de guardia—. Los alemanes están bombardeando nuestras ciudades.

Se produjo un silencio. Zhukov estuvo esperando durante lo que le pareció una eternidad. No era el único que intentaba avisar a Stalin de la invasión, pero a los generales los atemorizaba tanto su líder como pudieran atemorizarlos los alemanes. A las 4.17 (hora de Moscú), el alto mando del mar Negro llamó a Zhukov al Comisariado de Defensa para avisar de que habían avistado una formación de bombarderos. A las 4.30 llamaban del frente occidental, y a las 4.40 el Báltico era atacado. Más o menos a esa misma hora, el almirante Kuznetsov recibía una llamada de la máxima autoridad naval de Sebastopol: el bombardeo alemán había dado comienzo. Kuznetsov llamó inmediatamente al Kremlin, donde chocó con la estrechez de miras burocrática que caracteriza a las tiranías. Se suponía que era un secreto que Stalin vivía en Kuntsevo, por lo que el oficial de guardia respondió al almirante:

—El camarada Stalin no está aquí y no sé dónde está.

—Tengo un mensaje importantísimo que debo poner inmediatamente en conocimiento del camarada Stalin en persona...

—No puedo ayudarle de ninguna manera —contestaron desde el otro extremo de la línea, y colgaron. Kuznetsov llamó entonces a Timoshenko, que, abrumado por tantas llamadas, temía informar a Stalin. El almirante intentó llamar a todos los números que conocía en los que pudiera localizar a Stalin, pero todo fue en vano, por lo que volvió a telefonear al Kremlin:

—Le exijo que comunique el camarada Stalin que aviones alemanes están bombardeando Sebastopol. ¡Estamos en guerra!

—Se lo comunicaré a quien corresponda.

Al cabo de unos minutos el almirante supo quién era la persona «a quien correspondía». Oyó la voz suave y blanda del fofo Malenkov que le decía en un «tono de disgusto e irritación»:

—¿Se da cuenta de cuál es la noticia de la que quiere usted informar?

Aunque los alemanes estaban bombardeando Kiev y Sebastopol y sus tropas habían cruzado la frontera, los cortesanos de Stalin seguían intentando asustar a la gente y no ver la realidad. Malenkov colgó el teléfono y llamó a Sebastopol para confirmar la noticia.

Timoshenko no estaba solo en su despacho: Mejlis, el Tiburón, pasó la noche con los generales. Lo mismo que Malenkov, estaba decidido a que aquella noche no hubiera invasión. Cuando el jefe de la artillería antiaérea, Voronov, entró precipitadamente con la noticia, Timoshenko estaba tan nervioso que le entregó un cuaderno y le dijo absurdamente que «presentara mi informe por escrito», para que si todos eran detenidos y acusados de traición, cada uno fuera responsable de sus propios crímenes. Mejlis se acercó sigilosamente por detrás y leyó por encima de su hombro para ver si copiaba exactamente lo que había dicho. A continuación le obligó a firmarlo. Timoshenko ordenó a las baterías antiaéreas que no respondieran al ataque. Voronov se dio cuenta de que «no creía que la guerra había dado comienzo».

Timoshenko recibió una llamada del jefe superior adjunto de la región militar especial del Oeste, Boldin, que le comunicó lleno de nerviosismo que el avance de los alemanes seguía adelante. Timoshenko le ordenó que no se moviera.

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó Boldin—. Nuestras tropas están en retirada, nuestras ciudades en llamas, la gente muere...

—Iosiv Vissarionovich cree que esto podría ser sólo una provocación de unos cuantos generales alemanes.

Su instinto le decía a Timoshenko que debía convencer a otros de que hicieran llegar la noticia a Stalin. Preguntó entonces a Budionni:

—Los alemanes están bombardeando Sebastopol. ¿Debo decírselo o no a Stalin?

—¡Infórmale inmediatamente!

—Llámalo tú —replicó Timoshenko—. A mí me da miedo.

—No, llámalo tú —contestó Budionni—. ¡Tú eres el comisario de Defensa!

Al final, Budionni aceptó y decidió llamar a Kuntsevo. Timoshenko, que no sabía a quién más implicar en el asunto, ordenó también a Zhukov que llamara a Stalin.

Zhukov seguía esperando al otro lado del teléfono mientras despertaban al Vozhd. Tres minutos después, Stalin estaba al aparato. Zhukov le comunicó la

noticia y le pidió permiso para contraatacar. Se produjo un silencio. Pudo oír la respiración pesada del Vozhd.

—¿Me ha entendido? —preguntó Zhukov—. ¿Camarada Stalin?

Seguía oyendo la respiración del máximo mandatario. Entonces éste le dijo:

—Trae a Timoshenko al Kremlin. Di a Poskrebishev que convoque al Politburó.

Mikoyan y los demás miembros del Politburó ya estaban siendo llamados por teléfono.

—¡Es la guerra!

Budionni mientras tanto había llegado a la dacha de Stalin y le había dicho que también Riga estaba sufriendo fuertes bombardeos. El dictador llamó a Poskrebishev, que dormía en su despacho:

—El bombardeo ha comenzado.*

Stalin salió precipitadamente hacia la ciudad: había prohibido a los miembros del Politburó que se quedaran a dormir en sus respectivas dachas, por lo que todos estaban ya en la capital. Stalin subió en ascensor al segundo piso, recorriendo a toda prisa los pasillos, que tenían el pavimento cubierto de alfombra roja y las paredes chapadas en madera. Dijo bruscamente a Poskrebishev mientras entraba en su despacho:

—¡Que se presenten aquí los demás!

Zhukov afirma que el Politburó se reunió a las cuatro y media de la madrugada, pero Molotov cree que fue antes. Sin embargo, el registro de visitas del despacho de Stalin demuestra que la reunión dio comienzo a las seis menos cuarto, más de una hora después de que empezara la ofensiva de los alemanes. Molotov, que vivía en el mismo edificio, no lejos del piso de Stalin, fue el primero en llegar, seguido inmediatamente por Beria, Timoshenko, Zhukov y Mejlis.

Stalin no se vino abajo inmediatamente: Mikoyan cree que estaba «alicaído». Zhukov señala que estaba «pálido» y «desconcertado», sentado a la mesa cubierta de tapete verde, «con la pipa en la mano». Voronov pensó que estaba «deprimido y nervioso», pero, cuando menos, estaba presidiendo la sesión en su despacho. Fuera de él, los distintos frentes eran presa de una anarquía total. Allí, sin embargo, según recuerda Chadaev, el ayudante del Sovnarkom, el Vozhd «habló despacio, escogiendo las palabras cuidadosamente; la voz se le rompía de vez en cuando. Cuando acabó, todo el mundo permaneció en silencio durante un rato, lo mismo que él». Pero sorprendentemente seguía insistiendo en la idea de que la guerra quizá fuera «una provocación de los oficiales

* Esa misma madrugada el teléfono sonó también en la dacha de Zhdanov en Sochi: «Lo primero que hizo mi madre fue entrar en mi habitación —recuerda Yuri Zhdanov— y decirme: "¡Estamos en guerra!" Regresamos inmediatamente a Moscú con mi padre».

alemanes», convencido como estaba de que Hitler probablemente tuviera un Tujachevski en el alto mando de la Wehrmacht. «Sencillamente, Hitler no sabe lo que está pasando.» Stalin no daría la orden de ofrecer resistencia hasta que no tuviera noticias de Berlín.

«Ese canalla de Ribbentrop nos engañó», dijo en varias ocasiones a Mikoyan, sin echar todavía la culpa de todo a Hitler. Eran ya casi las cinco de la madrugada. Stalin ordenó a Molotov:

—Tenemos que llamar a la embajada alemana inmediatamente.

Molotov llamó desde el escritorio mismo del Vozhd, cargado de teléfonos, y dijo tartamudeando:

—Dígale que venga.

Schulenberg ya se había puesto en contacto con el despacho de Molotov y había solicitado entrevistarse con el comisario de Asuntos Exteriores.

«Subí del despacho de Stalin al mío» —recuerda Molotov—, lo que le llevó tres minutos. Schulenberg, acompañado por Hilger, llegó al despacho y por segunda vez aquella noche —y por última vez en su carrera— contempló desde allí la iglesia de Iván el Terrible. El Kremlin estaba bañado por los primeros rayos del sol estival y perfumado con las acacias y las rosas de los Jardines Alexandrovski.*

Schulenberg leyó el telegrama que había llegado a las tres de la madrugada, hora de Berlín: la concentración de tropas soviéticas había obligado al Reich a tomar «contramedidas» de carácter militar. Concluida la lectura, Molotov torció el rostro en un gesto de incredulidad y de ira. Por último balbució:

—¿Se supone que se trata de una declaración de guerra?

Schulenberg tampoco era capaz de hablar. Se encogió de hombros con tristeza. La cólera pudo en Molotov más que el asombro:

—El mensaje que acabo de recibir no puede ser otra cosa que una declaración de guerra, pues las tropas alemanas ya han cruzado la frontera y ciudades soviéticas como Odesa, Kiev y Minsk llevan siendo bombardeadas por la aviación alemana desde hace hora y media.

* Simultáneamente, en Berlín, el embajador soviético Dekanozov era convocado al Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuando llegó, se dio cuenta de que la prensa alemana estaba presente para ser testigo del acto. Adoptando su «actitud más glacial», Ribbentrop lo recibió en el despacho del príncipe Bismarck, el estadista que había advertido a Alemania de que se guardara muy mucho de entrar en guerra en dos frentes a la vez, y que tantas veces había sido citado en este sentido por Stalin y Zhdanov. Aparentemente borracho, «con la cara amoratada» y «tambaleándose un poco», Ribbentrop leyó su declaración. «Lamento profundamente esto...», contestó Dekanozov. Se marchó sin estrechar la mano del ministro. Pero cuando se iba, Ribbentrop salió detrás de él y le susurró al oído que había intentado convencer a Hitler de que no emprendiera la guerra, pero que el Führer no había querido escuchar a nadie. «Diga a Moscú que yo estaba en contra del ataque», musitó. Ribbentrop sospechaba que el pacto con la Unión Soviética había supuesto el punto culminante de su carrera.

Molotov se había puesto a hablar a gritos. Se trataba de una «desprecio a la confianza sin precedentes en la historia». Alemania había desencadenado una guerra terrible. «Desde luego no nos merecíamos una cosa así.» No había nada más que decir. El conde von Schulenberg, que sería ejecutado por Hitler por su participación en la conjura de julio de 1944, le dio la mano y se marchó. Mientras salía del Kremlin, su coche se cruzó con las limusinas en las que llegaban los generales rusos. Molotov corrió al despacho de Stalin, donde anunció que «Alemania nos ha declarado la guerra».

Stalin cayó abatido en su sillón, totalmente «absorto en sus pensamientos». Se produjo un silencio «largo y cargado». Stalin «parecía cansado, agotado», recuerda Chadaev. «Su cara marcada por la viruela estaba, tensa y ojerosa.» Aquélla, señala Zhukov, «fue la única vez que vi a Stalin deprimido». Por fin se levantó lanzando una consigna exageradamente optimista:

—Nuestros enemigos serán derrotados del primero hasta el último —y se volvió hacia sus generales diciendo—: ¿Qué recomendáis?

Zhukov sugirió que las regiones fronterizas debían «frenar» a los alemanes.

—Aniquilarlos —precisó Timoshenko—, no «frenarlos».

—Enviad una orden —dijo Stalin, todavía dominado por la enorme magnitud de sus falsas expectativas diplomáticas—. No hay que cruzar la frontera.

Timoshenko, no Stalin, fue quien firmó la serie de órdenes dictadas a lo largo de aquella mañana. Chadaev señala que los ánimos mejoraron: «Aquel primer día de la guerra, todo el mundo estaba ... bastante optimista».

A pesar de todo, sin embargo, Stalin insistió en aferrarse a lo que quedaba de sus ilusiones rotas: dijo que esperaba arreglar la situación por la vía diplomática. Nadie se atrevió a contradecir semejante absurdo excepto Molotov, su camarada desde 1912, que sería uno de los últimos que pudiera discutir abiertamente con él.

—¡No! —replicó rotundamente Molotov. Estaban en guerra y «no había nada más que hacer». A mediodía, las dimensiones de la invasión y la insistencia de Molotov habían hecho que la realidad acabara imponiéndose a Stalin:

—Se lanzan contra nosotros sin decir nada, realizando un ataque vil, como bandoleros —dijo al líder de la Internacional Comunista, Dmitrov. Los «bandoleros» tenían la ventaja de la sorpresa total. La primera línea soviética había sido superada. La mayor fuerza de los ejércitos de Stalin estaba en el sur. Pero, al tiempo que los alemanes avanzaban hacia Leningrado y Ucrania, la unidad más poderosa del ejército de Hitler se suponía que debía conquistar Moscú. La tenaza formada por el grupo de ejército del Centro hizo añicos el frente occidental soviético, al mando del general de división Pavlov, cuyo contraataque fue repelido mientras los Panzers arremetían contra Minsk y llegaban a la carretera de Moscú.

Stalin reaccionó con una incesante lluvia de órdenes que, a todas luces, tenían muy poco que ver con el desastre que se estaba produciendo en el frente:

no obstante, Beria, Malenkov, Mikoyan, Kaganovich y Voroshilov se dedicaron toda la mañana a ir y venir y a entrar y salir de la «pequeña esquina», de modo que a mediodía todos ellos habían estado en el despacho de Stalin por lo menos dos veces, y Beria incluso tres. Mejlis fue uno de los primeros en llegar; Kulik fue el último. El Vozhd ordenó a Kaganovich que preparara los trenes necesarios para trasladar las fábricas y a veinte millones de personas lejos del frente; nada debía caer en manos de los alemanes. Mikoyan sería el encargado de suministrar provisiones y pertrechos a los ejércitos.

Stalin siguió teniendo un control absoluto sobre todo, desde las dimensiones y la forma de las bayonetas hasta los titulares que debían aparecer en *Pravda* y quiénes debían escribir los artículos, sin dejar de sentir la envidia que siempre había tenido por las glorias ajenas ni perder su perfecto instinto de autoconservación. Cuando el general Koniev fue objeto de varias menciones especiales en la prensa durante la primera semana de la guerra, el Vozhd encontró tiempo para llamar por teléfono al editor y decirle de mala manera: «Ya has hablado bastante de Koniev». Cuando el mismo editor le preguntó si debía publicar a no a cierto autor al que Stalin había denunciado ferozmente antes de la guerra, respondió: «Publícalo. El camarada Adveenko ya ha expiado su culpa». Él, mientras tanto, desapareció deliberadamente de la vida pública. Sus apariciones en la primera página de *Pravda* disminuyeron notablemente. Lo asombroso es que le URSS no poseía un Alto Mando: a las nueve de la mañana del primer día, Stalin creó una primera versión de cuartel general, la Stavka. Naturalmente, el decreto de creación de este organismo nombraba a Stalin general en jefe, pero éste tachó su nombre y puso en su lugar el de Timoshenko.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que el gobierno debía proclamar el estado de guerra. Mikoyan y los demás propusieron a Stalin que así lo hiciera, pero él se negó. «Que hable Molotov», dijo. Al fin y al cabo, Molotov había firmado el pacto con Ribbentrop. Los hombres de su séquito se mostraron en desacuerdo: seguramente el pueblo no iba a entender que el máximo mandatario no dijera nada. Stalin repitió que ya hablaría en otra ocasión. «No quiso ser el primero en hablar —diría Molotov—. Necesitaba hacerse una idea clara ... No podía responder a todo como un autómata ... Al fin y al cabo era un ser humano.»

Molotov, que seguía considerándose a sí mismo un periodista político, se puso inmediatamente a trabajar en la declaración pública, pero Stalin dominó las labores de redacción de la misma, pues poseía el don de expresar ideas complejas en frases sencillas y brillantes que en adelante caracterizarían sus discursos durante la guerra. A mediodía, Molotov se trasladó a la Oficina Central de Telégrafos, en la calle Gorki, un poco más arriba del Kremlin. Dominando su tartamudeo, pronunció un famoso discurso con su voz monótona, pero temblorosa:

«Nuestra causa es justa. El enemigo será aplastado. La victoria será nuestra».

Cuando Molotov regresó al Kremlin, Stalin subió a su despacho a felicitarle:

—Bueno, parecías un poco confundido, pero el discurso ha salido bien.

Molotov necesitaba que lo alabaran: era mucho más vanidoso de lo que parecía. Justo en ese momento sonó el *vertushka*: era Timoshenko, informando del caos reinante en la frontera, donde los mandos, y en espacial Pavlov a cargo del frente occidental que cubría Minsk y la carretera de Moscú, habían perdido el contacto con sus tropas. Stalin espetó aquello de que «un ataque inesperado es muy importante en la guerra. Da la iniciativa al atacante ... Debéis impedir a toda costa ... que cunda el pánico. Llamad a los mandos, aclarad la situación y mantenedme informado ... ¿Cuánto tiempo necesitaréis? ¿Dos horas? Bueno, pero no más ... ¿Cómo está la situación de Pavlov?». Pero éste, que tuvo que aguantar lo peor del ataque alemán, «no tenía contacto alguno con el estado mayor de sus ejércitos...».

Con la ayuda de Molotov, Malenkov y Beria, el trío de personajes que pasaría la mayor parte de la guerra en la «pequeña esquina», Stalin fue enterándose poco a poco de los desconcertantes éxitos alemanes y del hundimiento de los soviéticos. Durante esa primera semana, Beria, dueño y señor del Departamento Especial, el Osobyi Otdel, la policía secreta existente en todas las unidades del ejército encargada de localizar a los traidores, se reunió con Stalin quince veces, mientras que Mejlis, el jefe político del ejército, residía prácticamente en la «pequeña esquina»: el terror sería la solución que diera Stalin a la derrota. Pero aquellos dos hombres, lo mismo que sus viejos amigos de la guerra civil, Voroshilov o Kulik, no le servirían de consuelo cuando Timoshenko viniera a comunicarle que al acabar la jornada habían sido abatidos casi mil aviones.

—Seguramente la fuerza aérea alemana no ha conseguido llegar a todos los aeródromos —preguntó angustiado el Vozhd.

—Por desgracia sí.

Pero fue el desastre de Pavlov en el frente occidental lo que hizo que Stalin se dejara dominar por una cólera ciega e impotente.

—Pero eso es un crimen monstruoso. Los responsables deben perder la cabeza. —El Vozhd ordenó bruscamente a sus amigotes más leales que se trasladaran a los distintos frentes y se enteraran de lo que estaba pasando. En vista de que vacilaban, les dijo a gritos—: De inmediato.

El jefe del Estado Mayor, Zhukov, se trasladó al frente suroccidental, pero preguntó quién se encargaría de dirigir las cosas en su ausencia.

—No pierdas el tiempo —rugió Stalin—. Ya nos las arreglaremos.

Malenkov y Budionni, una pareja verdaderamente extraña formada por un burócrata implacable y un cosaco fanfarrón, volaron hasta Briansk; Kulik fue al frente occidental.

El torbellino estuvo a punto de tragárselos: en una sucesión de fiascos me-

dio grotescos, todos tuvieron la suerte de escapar con vida. Mientras tanto, en la «pequeña esquina», las horas de Stalin transcurrían de un modo tan caótico como desordenada era la actuación de sus ejércitos. Stalin y Beria fueron los últimos en marcharse aquella tarde, y lo hicieron a las cinco menos cuarto, después de llevar levantados desde el amanecer. Seguían creyendo que la contraofensiva lograría hacer retroceder al enemigo y llevar los combates al territorio de éste. Probablemente consiguieran dormir un rato, pero el Vozhd estaba ya en su despacho a las 3.20 de la madrugada del 23 de junio para reunirse con Molotov, Mejlis y Beria hasta altas horas de la madrugada del día siguiente. El 25, mientras los distintos frentes entraban en una situación de caída libre, Stalin se vio obligado a pasar la noche, desde la una hasta las 5.50 de la mañana, en el despacho, en un estado de irritación constante a medida que sus enviados especiales iban desapareciendo uno a uno tragados por el abismo.

—Ese inútil de Kulik necesita que le den una patada en el culo —dijo.[1]

Sólo Zhukov, brutal, valeroso y enérgico, fue capaz de llevar a cabo un contraataque en el frente suroccidental, haciendo gala de la severidad estalinista que lo caracterizaría a lo largo de toda la guerra. «Detención inmediata», dice una de sus típicas órdenes a los Departamentos Especiales a propósito de los oficiales que emprendieran la retirada. «Y sean llevados a juicio urgentemente acusados de traidores y cobardes.»[2]

El mariscal Kulik, una especie de bufón borrachín, cuya actuación en la guerra sería una sucesión de meteduras de pata tragicómicas, se colocó todos los arreos, gorra y anteojos de piloto, y se presentó en el frente occidental como un Biggles* estalinista la noche del 23 de junio. Desconcertado por la derrota del X Ejército, quedó aislado, fue rodeado por el enemigo y estuvo a punto de ser capturado. Tuvo que salir huyendo disfrazado. «La conducta del mariscal Kulik ha sido incomprensible —denunció ante Mejlis el comisario del regimiento—. Ordenó a todos que se quitaran sus insignias, que tiraran su documentación y cambiaran sus uniformes por ropas de campesinos», disfraz que a él le venía como anillo al dedo. Tras quemar su uniforme de mariscal (y sus arreos de Biggles), «nos propuso que arrojáramos las armas y a mí personalmente me dijo que tirara mis medallas y mis documentos ... Kulik se fue en una carreta tirada por caballos por el mismo camino que habían tomado los tanques alemanes...».[3] El frente occidental estaba desintegrándose. La tensión hizo que el mariscal Shaposhnikov, siempre enfermizo, se viniera abajo. El cuartel general perdió también el contacto con él.

Como si se tratara del juego del escondite, en el que hay cada vez más niños que salen a buscar a los que se han escondido, Stalin envió a Voroshilov a

* James Bigglesworth, «Biggles», protagonista de una serie de relatos infantiles y juveniles creada en los años treinta por un antiguo héroe de la aviación británica, el «Captain» William Earl Johns, que representa a un valeroso piloto. *(N. del T.)*

buscar a Kulik y a Shaposhnikov. El 26 de junio, el «primer mariscal» llegó a Mogilev en un tren especial, pero no pudo localizar ni al frente occidental ni a los dos mariscales desaparecidos. Finalmente su ayudante se encontró con un panorama lamentable, más parecido a un «campamento de gitanos» que al cuartel general de un ejército, y descubrió a Shaposhnikov en el suelo, tapado con un abrigo, y con pinta de estar muerto. Luego vio a Pavlov, el general a cargo, sentado al pie de un árbol comiendo *kasha* (gachas de avena) en un plato de campaña bajo el aguacero, del que parecía no percatarse. Shaposhnikov se despertó. El ayudante se dio cuenta de que estaba vivo y se presentó a sí mismo. Shaposhnikov, haciendo una mueca de dolor, dio gracias a Dios de que hubiera llegado Voroshilov y empezó a afeitarse. Pavlov, que ya se había terminado la *kasha*, se sentía confundido y desesperado:

—¡Estoy acabado!

Voroshilov se presentó en el campamento en medio de una explosión de amenazas, y mandó a su ayudante a alcanzar a Kulik. Después los dos mariscales se retiraron al tren especial para decidir lo que debían hacer con el pobre Pavlov. Voroshilov encargó la cena: un cocinero les sirvió jamón, pan y té, un menú que a todas luces decepcionó al mariscal, pues se puso furiosísimo y empezó a despotricar contra el cocinero, el camarada Franz, que salió a ver qué pasaba. Voroshilov deseaba saber cómo se atrevía a servir semejante comida a dos mariscales.

—¿Por qué has cortado el jamón en lonchas? ¿Acaso se corta el jamón de esa forma? ¡Hasta en una taberna de mala muerte sirven mejor el jamón!

Voroshilov mandó llamar a Pavlov, al que puso como chupa de dómine por los errores cometidos. En otro de esos momentos que ponen de manifiesto la importancia de las venganzas personales, Voroshilov recordó a Pavlov que en una ocasión éste se había quejado de él ante Stalin. Pavlov se postró de rodillas, le suplicó que le perdonara y besó las botas del mariscal. Voroshilov regresó a Moscú.[4]

La madrugada del 4 de julio, Mejlis detuvo a Pavlov acusado de alta traición:

«Te pedimos que confirmes su detención y su procesamiento», decía en un comunicado. Stalin aprobó la medida diciendo que era «una buena manera de mejorar la salud del frente». Bajo tortura, Pavlov implicó en lo sucedido al general Meretskov, que también fue detenido inmediatamente. Antes del «juicio» de Pavlov, Poskrebishev presentó a Stalin «[el borrador de] la sentencia». Viendo que contenía los inventos ya tradicionales, el Vozhd le dijo a su secretario:

—Apruebo la sentencia, pero di a Ulrij que se deshaga de toda esa basura acerca de las «actividades conspiratorias». El caso no debe prolongarse demasiado. No hay apelación. Y luego informa a todos los frentes para que sepan que los derrotistas serán castigados sin piedad.

Mikoyan y, presumiblemente, el resto del Politburó dieron su aprobación

a la sentencia, y éste seguía dándosela treinta años después, cuando escribió sus memorias: «Fue una lástima perderlo, pero estuvo justificado». El 22 de julio, los cuatro mandos principales del frente occidental fueron fusilados. Llegaron tantos telegramas solicitando permiso para fusilar a los traidores, que colapsaron las líneas del despacho de Mejlis. Ese mismo día el Tiburón contestó diciendo a todos que cada uno condenara y fusilara a sus propios traidores.[5]

Stalin empezaba a asimilar la magnitud de la catástrofe. Los frentes estaban fuera de control: los nazis estaban cada vez más cerca de Minsk, la fuerza aérea había sido diezmada, treinta divisiones habían quedado hechas añicos. El 26 de julio el Vozhd hizo volver urgentemente a Zhukov del frente suroccidental: el jefe del Estado Mayor se encontró a Timoshenko y al general Vatutin en posición de firmes ante Stalin. Tenían los «ojos rojos debido a la falta de sueño». El Vozhd les ordenó:

—Pensad todos juntos y decidme qué es lo que se puede hacer.*

Les dio cuarenta minutos para que propusieran nuevas líneas de defensa.[6]

* * *

Incluso en aquellos momentos de locura, Stalin se acordaba de su familia. El 25 de junio, estaba reunido con Timoshenko para discutir «una situación que era sumamente grave en todos los frentes», cuando el comisario de Defensa se armó de valor y preguntó si Yakov Djugashvili, el hijo mayor del líder, fruto de su primer matrimonio, que siempre le había decepcionado y al que siempre había tratado con desapego, debía ser enviado al frente, como él mismo había solicitado, o no. Casi incapaz de reprimir su cólera Stalin contestó:

—Algunos oficiales singularmente celosos, por decirlo con suavidad, se esfuerzan siempre en complacer a sus superiores. No te incluyo a ti entre ellos, pero te aconsejo que no vuelvas a hacerme una pregunta semejante nunca más.

Stalin no dijo más, pero luego podría comprobar que sus hijos mayores, Yakov y Artiom, ambos en la escuela de artillería, iban a ser enviados al frente. Después de la fiesta de despedida que les hizo Vasili, la esposa de Yakov, Julia, dio el último adiós a su amado Yasha con un vestido rojo, que, según diría más tarde, creía que estaba maldito.

Una noche, durante los primeros diez días de la guerra, Stalin llamó a Zhenia Alliluyeva, a la que había dejado de ver desde que ella volviera a contraer matrimonio. Cuando fue a visitarlo a Kuntsevo, dijo que «nunca había visto a Iosiv tan abatido». El Vozhd le pidió que se llevara a Svetlana y a los chicos a la dacha de Sochi y luego le hizo un resumen singularmente honesto de la situación bélica que dejó a la mujer sorprendida, pues la propaganda se-

* Ese mismo día, el Politburó ordenó en secreto que el cadáver de Lenin fuera retirado del mausoleo y enviado a Tiumén, en Siberia.

guía afirmando que el heroico ejército rojo estaba a punto de aplastar al invasor fascista:

—La guerra va a ser larga. Se derramará mucha sangre ... Por favor, llévate a Svetlana al sur.

Buena medida de la fuerte personalidad de Zhenia, y precisamente lo que la hacía tan atractiva e irritante, es que se negó. Debía quedarse con su marido. Stalin se «enfadó muchísimo y se puso hecho una furia». No volvería a ver a Zhenia nunca más.

En su lugar, sería Anna Redens la que se quedara al cuidado de Svetlana, de Alexandra Nakashidze, de Galina, la esposa de Vasili, de Gulia, la hija de Yakov, y de sus propios hijos en la dacha de Sochi, donde permanecieron hasta que el frente llegó a sus inmediaciones.[7]

* * *

El 28 de junio, los alemanes, que habían penetrado quinientos kilómetros en territorio soviético, cerraron la bolsa en la que habían dejado rodeados a cuatrocientos mil soldados y tomaron la capital de Bielorrusia, Minsk. Cuando llegaron a la «pequeña esquina» noticias fragmentarias de este acontecimiento, en el curso de una larga sesión que duró desde media tarde hasta las 2.40 de la madrugada, Stalin montó en cólera. Después de acostarse unas horas, se trasladó al Comisariado de Defensa para enterarse de más detalles, probablemente acompañado de Molotov, Malenkov y Budionni. La caída de Minsk abría el camino hacia Smolensko y Moscú, pero la derrota había sido de tal magnitud que Timoshenko volvió a perder el contacto con sus ejércitos. Este hecho hizo enfurecer de nuevo a Stalin, que volvió a la «pequeña esquina» a las 19.35. Mientras Timoshenko y Zhukov iban y venían trayendo cada vez peores noticias, llegaron Beria y Mikoyan para reunirse con sus compañeros del Politburó en una sesión de emergencia. Después de la medianoche, Stalin llamó a Timoshenko para pedir noticias concretas de Bielorrusia: no se sabía nada. Aquello fue la gota que colmó el vaso.* El Vozhd salió violentamente del despacho. Poskrebishev y Chadaev vieron cómo se metía en el Packard que lo aguardaba fuera en compañía de Molotov y Beria.

* Ahora que tenemos acceso a tantas fuentes distintas acerca de este curioso episodio, desde las memorias de Molotov y Mikoyan a las de Chadaev, el *sovnarkom* adjunto, que recogió la versión del ayudante del jefe del Estado Mayor, Vatutin, podemos reconstruir este caso, hasta ahora tan oscuro. Mikoyan sitúa la escena en el Comisariado de Defensa el 29 de junio y Chadaev el 27 de ese mismo mes, lo que nos permite hacernos una idea del caos reinante en aquellos días. En realidad, tuvo lugar el 28 de junio, pues sabemos por su registro de visitas que Stalin estuvo en su despacho todo el día 28, pero que no apareció por él ni el 29 ni el 30. Zhukov dice que el Vozhd visitó el Comisariado en dos ocasiones ese día, pero es posible que el enfrentamiento tuviera lugar por la noche, como recuerda Mikoyan.

—Es evidente que los alemanes han tomado Minsk —dijo Poskrebishev.

Unos minutos más tarde, los «cinco» irrumpían en el Comisariado de Defensa. Stalin entró con sus hombres en el despacho de Timoshenko y anunció que deseaba conocer personalmente los informes enviados desde el frente. Zhukov estaba a punto de marcharse, pero Timoshenko le hizo una seña dándole a entender que se quedara. Los «cinco» se reunieron alrededor del mapa de operaciones.

—¿Qué está pasando en Minsk? —preguntó Stalin.

—Todavía no estoy en condiciones de informar de ello —replicó Timoshenko.

—Vuestra obligación es tener claros todos los hechos en todo momento y mantenernos al corriente —dijo el Vozhd—. Por lo pronto, simplemente tenéis miedo de decirnos la verdad.

En ese momento, el intrépido Zhukov lo interrumpió bruscamente:

—Camarada Stalin, ¿tenemos permiso para seguir trabajando?

—¿Es que os estorbamos? —preguntó con sorna Beria, al que debió de extrañar muchísimo ver a Stalin tratado de ese modo. La entrevista degeneró entonces en un rifirrafe entre Zhukov y Beria, mientras el Vozhd, con los nervios de punta, se situaba entre los dos.

—Como ya sabéis, la situación en todos los frentes es crítica. Los altos mandos de los frentes están a la espera de instrucciones y lo mejor es que las demos nosotros —contestó Zhukov.

—Nosotros también somos capaces de dar órdenes —chilló Beria.

—¡Si así lo creéis, dadlas! —replicó Zhukov.

—Si el Partido nos lo manda, lo haremos.

—Pues espera a que os lo mande. Tal como están las cosas, ha sido a nosotros a los que nos han mandado encargarnos del asunto. —Zhukov apeló entonces a Stalin—: Perdona mi franqueza, camarada Stalin, lo cierto es que tenemos que elaborar el plan. Luego iremos al Kremlin y os informaremos.

Zhukov daba por supuesto que los generales eran más competentes que el Politburó. Stalin, que había guardado silencio hasta ese momento, ya no pudo contener su ira por más tiempo:

—Estáis cometiendo un craso error al intentar trazar una línea divisoria entre vosotros y nosotros ... Entre todos debemos pensar cuál es la mejor forma de ayudar a los distintos frentes. —Stalin, en palabras de Mikoyan, «explotó» entonces y dijo—: ¿De qué sirve este cuartel general? ¿Qué clase de jefe del Estado Mayor es el que desde el primer día de la guerra no tiene contacto con sus soldados, no representa a nadie, y no manda a nadie?

Con el rostro desencajado, Zhukov se vino abajo ante aquella andanada, estalló en sollozos, «llorando como una mujer», y «salió corriendo de la habitación». Molotov fue tras él. Uno de los bolcheviques más duros tuvo que consolar a uno de los soldados más recios de aquel siglo sangriento: ¿Ofreció Mo-

lotov un pañuelo a Zhukov? ¿Le puso la mano sobre el hombro? Cinco minutos después, aquella pareja absurda regresó a la habitación. Zhukov permaneció «en silencio, pero tenía los ojos húmedos».

«Estábamos todos deprimidos», reconoce Mikoyan. El Vozhd propuso enviar a Voroshilov o a cualquier otro a establecer contacto con el frente de Bielorrusia. «Stalin estaba muy deprimido.» Luego miró a sus camaradas:

—Bueno, pues ya está —dijo—. Dejemos que ellos encuentren primero una solución. Vámonos, camaradas.

El Vozhd salió del despacho seguido de todos los demás. Mientras subían a los coches aparcados en el exterior, Stalin pronunció sus primeras palabras sinceras desde que empezara la guerra:

—Todo está perdido. Me rindo. Lenin fundó nuestro estado y nosotros lo hemos jodido —continuó lanzando maldiciones durante todo el trayecto hasta Kuntsevo—. Lenin nos dejó una gran herencia y sus sucesores lo hemos mandado todo a la mierda...

Incluso cuando ya habían llegado a la casa, Molotov recuerda que seguía lanzando juramentos: «"¡La hemos jodido bien!" ¡Y en ese "hemos" pretendía incluirnos a todos!». Stalin afirmó que no podía seguir siendo el máximo dirigente. Dimitía. En Kuntsevo, Molotov «intentó animarlo». Dejaron a Stalin totalmente deshecho y lanzando juramentos en la dacha.*

A Mikoyan no le impresionó demasiado esta actuación. De vuelta a su casa, fue discutiéndola con Molotov, que no era de su agrado, pero en el que confiaba: conocían a Stalin tan bien como el que más. «Nos sorprendió aquella afirmación de Stalin. ¿Qué era lo que estaba irrevocablemente perdido? Pensamos que lo había dicho para impresionar.» Tenían razón en lo de que Stalin estaba actuando en parte, pero «también era un ser humano», según palabras de Molotov. La caída de Minsk estremeció a Stalin, que perdió el prestigio entre sus camaradas y generales. Aquélla fue la crisis más grave de su carrera.

Al día siguiente se dieron cuenta de que no había dicho aquello simplemente «para impresionar». A mediodía, hora en la que el Vozhd solía llegar al Kremlin, no se presentó. Tampoco apareció durante el resto de la jornada. El vacío de poder era palpable: el titán que en maratones de catorce horas tomaba decisiones incluso acerca de los detalles más nimios, dejaba un hueco irrellenable. Cuando sonaba el teléfono del despacho, Poskrebishev respondía:

—El camarada Stalin no está aquí y no sé cuándo vendrá.

* Las versiones utilizadas aquí son la de Molotov —«¡La hemos jodido bien!»—, la de Mikoyan —«Lenin nos dejó una gran herencia y sus sucesores lo hemos mandado todo a la mierda»—, la de Beria (a través de Jrushchov, que en aquellos momentos no estaba en Moscú) —«Todo está perdido. Me rindo. Lenin nos dejó un estado proletario y ahora nos han cogido en bragas y hemos dejado que todo se vaya a la mierda»—, y la de Chadaev: «Lenin fundó nuestro estado y nosotros lo hemos jodido».

Cuando Mejlis intentó ponerse en comunicación telefónica con él en Kuntsevo, no obtuvo respuesta.

—No lo entiendo —suspiraba Poskrebishev. Cuando acabó el día, el jefe de gabinete de Stalin seguía diciendo—: El camarada Stalin no está aquí y es muy poco probable que venga.

—¿Se habrá ido al frente? —preguntó el joven Chadaev.

—¿Por qué sigues dándome la lata? Te he dicho que no está aquí y que no va a venir.

Stalin «se había quitado de en medio, no recibía a nadie y no respondía a nadie». Molotov le dijo a Mikoyan y a los demás que el Vozhd «había estado en tal estado de postración durante los dos últimos días que no le interesaba nada, no mostraba tener ninguna iniciativa y estaba muy mal». Stalin no podía dormir. Ni siquiera se molestó en desvestirse, limitándose a andar de acá para allá por la dacha. En un determinado momento, abrió la puerta de la garita de la guardia, donde estaba el ayudante de Vlasik, el general de división Rumiantsev, que se levantó y se cuadró, pero él, sin decir ni una palabra, regresó simplemente a sus habitaciones. Más tarde el propio Vozhd le diría a Poskrebishev que tenía en la boca el sabor de la carcoma. No obstante, Stalin había leído sus buenos libros de historia: sabía que Iván el Terrible, su «maestro», también se había apartado del poder para probar la lealtad de sus boyardos.

Los boyardos soviéticos estaban alarmados, pero los más experimentados olfateaban el peligro. Molotov se guardó muy mucho de firmar ningún documento. Mientras los alemanes seguían avanzando, el gobierno permaneció paralizado durante dos largos días. «No puedes figurarte cómo están las cosas por aquí», le dijo Malenkov a Jrushchov.

El 30 de junio por la noche, Chadaev volvió a pasar por el despacho a buscar la firma de Stalin en su calidad de máximo dirigente, pero seguía sin saberse nada de él.

—¿Ayer tampoco estuvo aquí?

—No, ayer tampoco estuvo aquí —contestó Poskrebishev, sin el menor rastro de sarcasmo en su voz. Pero había que hacer algo. El chico nuevo, Voznesenski, se presentó ante el escritorio de Poskrebishev lo mismo que todos los demás. Cuando Chadaev le pidió que le firmara los documentos, él se negó a hacerlo y llamó a Stalin, pero «no obtuvo respuesta de la dacha». Llamó entonces al piso de arriba, donde estaba Molotov, que propuso reunirse más tarde con él, pero no dijo que ya llevaba largo rato encerrado con Beria, Malenkov y Voroshilov, organizando lo que había que hacer. En efecto, el dinámico Beria había ideado formar un nuevo supergabinete de guerra, un ultraPolitburó integrado por muy pocas personas y con poderes omnímodos, encabezado por Stalin, si aceptaba la propuesta, y formado por Molotov, Voroshilov, Malenkov y él: tres bolcheviques de la vieja guardia y dos meteoros en plena as-

censión. La exclusión de muchos jerarcas suponía todo un triunfo para Beria y Malenkov, que ni siquiera eran miembros de pleno derecho del Politburó.

Una vez acordado este punto, Molotov llamó a Mikoyan, que estaba hablando con Voznesenski, y se reunió el Politburó. Los jerarcas no habían sido nunca tan poderosos: a lo que más se parecen aquellas maniobras es a las intrigas tramadas doce años después, a raíz del síncope de Stalin, pues ambas ocasiones fueron las únicas oportunidades reales que tuvieron de derrocar al Vozhd desde que se hiciera público el irrecusable testamento de Lenin casi veinte años antes. Molotov les habló del abatimiento de Stalin, pero Mikoyan replicó que, aunque el Vozhd estuviera incapacitado, «el simple nombre de Stalin era una gran fuerza capaz de levantar la moral del pueblo». El presuntuoso Voznesenski cometió un error que en último término resultaría fatal para él:

—¡Viacheslav! —exclamó dirigiéndose a Molotov—, ¡tú ponte a la cabeza y todos te seguiremos!

Molotov debió de palidecer ante aquella propuesta mortal de necesidad y se volvió hacia Beria,* que planteó la creación de su Comité de Defensa del Estado. Decidieron salir hacia Kuntsevo.

Cuando llegaron a la dacha, se dirigieron con suma cautela a la siniestra casa verde, rodeada de pinares, y fueron hechos pasar al pequeño comedor. Allí, sentado nerviosamente en una sillón, encontraron a un Stalin «más delgado... ojeroso... lúgubre». Cuando vio entrar a los siete miembros más o menos del Politburó, Stalin «se quedó de piedra». Según cierta versión, los saludó con desatinos todavía más deprimentes: «El gran Lenin ya no está con nosotros ... ¡Ojalá pudiera vernos! ¡Ojalá pudiera ver a aquellos a los que confió el destino de su país! ... Me veo inundado de cartas enviadas por el pueblo soviético, rechazándonos con toda razón ... Quizá a alguno de vosotros no le importe echarme la culpa a mí». Luego los miró con ojos inquisitivos y preguntó:

—¿A qué habéis venido?

El Vozhd «parecía estar alerta y en cierto modo raro —recuerda Mikoyan—, y su pregunta no era menos extraña. En realidad habría debido convocarnos él. No me cabe la menor duda: había decidido que habíamos venido a detenerlo». Beria observó cuidadosamente la cara del dictador. «Era obvio que —diría más tarde a su mujer— Stalin pensaba que podía pasar cualquier còsa, incluso lo peor.»

* Sergo, el hijo de Beria, cuyas memorias son muy fiables para todo lo concerniente a anécdotas personales, y muy poco en materia de política, afirma que fue Alexander Shcherbakov, el máximo dirigente del Partido en Moscú, quien cometió aquel error, y que preguntó en varias ocasiones a Beria si pensaba decírselo alguna vez a Stalin. Mikoyan, que estuvo presente en la reunión, es mucho más fiable, pero es posible que Shcherbakov perdiera los nervios en otra ocasión, cuando Moscú se vio amenazado en el mes de octubre.

Los jerarcas también estaban asustados: Beria se burlaría luego de Mikoyan por esconderse detrás de los demás. Molotov, que era el que tenía mayor rango y, por lo tanto, el más expuesto a la venganza de Stalin, dio un paso adelante:

—Gracias por tu franqueza —dijo, según cierta fuente posiblemente secundaria—, pero te diré aquí y ahora que si algún idiota intentara volverme contra ti, lo habría de ver condenado. Venimos a pedirte que vuelvas al trabajo...

—Sí, pero pensáoslo bien —respondió el Vozhd—. ¿Puedo acaso seguir respondiendo a las expectativas de la gente? ¿Puedo dirigir al país a la victoria final? Quizá haya otros candidatos que lo merezcan más que yo.

—Creo expresar la opinión unánime de todos nosotros —intervino Voroshilov—, si te digo que no hay nadie que tenga más méritos que tú.

—¡*Pravilno*! ¡Muy bien! —dijeron a coro los jerarcas. Molotov comentó a Stalin que Malenkov y Beria habían propuesto formar un Comité de Defensa del Estado.

—¿Y quién lo presidiría? —preguntó el Vozhd.

—Tú, camarada Stalin.

El alivio de Stalin era palpable. «La tensión desapareció de su rostro»; pero no dijo nada durante un rato.

—Bueno... —musitó luego.

Beria dio un paso adelante:

—Tú, camarada Stalin, lo presidirás —exclamó y enumeró a los integrantes del Comité.

Stalin señaló que Mikoyan y Voznesenski habían quedado excluidos, pero Beria sugirió que se encargaran de dirigir el gobierno. Mikoyan, siempre pragmático, consciente de que sus responsabilidades en los suministros y pertrechos del ejército eran muy importantes, pidió convertirse en un representante especial. Stalin asignó a cada uno los distintos ramos de la industria: Malenkov se quedó con la aviación, Molotov con los tanques y Voznesenski con el armamento. Stalin había vuelto al poder.

En fin, ¿había sufrido Stalin realmente una crisis nerviosa o todo aquello no era más que puro teatro? Con un actor de la política tan consumado como él no había nunca nada claro. La crisis nerviosa era verdad: estaba deprimido y agotado. Semejante situación no dejaba de ser propia de él: había pasado por momentos parecidos tras la muerte de Nadia y durante la guerra de Finlandia. El hecho de que se hubiera venido abajo era una reacción comprensible después del estrepitoso fracaso a la hora de interpretar la política de Hitler, un error que no podían pasar por alto sus cortesanos, que le habían oído repetir una y otra vez que no iba a producirse ninguna invasión en 1941. Pero aquella era sólo la primera parte del desastre: la catástrofe militar había revelado el daño que había hecho Stalin en ese terreno y su ineptitud como comandante. El emperador estaba desnudo. Sólo un dictador que hubiera matado a todos sus posibles adversarios podría haber sobrevivido a esa crisis. En cualquier otro

sistema, semejante situación habría provocado un cambio de gobierno, pero allí ese cambio no era posible.

No obstante, Molotov y Mikoyan tenían razón: todo aquello había sido también «para impresionar». La retirada del poder era una pose que estaba ya muy vista, y la habían utilizado con éxito desde Aquiles y Alejandro Magno a Iván el Terrible. La retirada de Stalin le permitió de hecho ser reelegido por el Politburó, con el beneficio añadido de que pudo hacer borrón y cuenta nueva de los errores cometidos hasta aquel momento Le fueron perdonados todos: «Stalin volvió a gozar de nuestro apoyo», señala Mikoyan atinadamente. Así, pues, se trató de una crisis y de una restauración política.

«Fuimos testigos de los momentos de debilidad de Stalin», diría Beria posteriormente. «Iosiv Vissarionovich nunca nos perdonará esa jugada.» Mikoyan había hecho bien en esconderse.

* * *

Al día siguiente por la tarde Stalin reapareció en su despacho, convertido en «un hombre nuevo» decidido a interpretar el papel de señor de la guerra para el cual se creía especialmente cualificado. El 1 de julio, los periódicos anunciaron que Stalin era el presidente del Comité de Defensa del Estado, el GKO. Poco después envió a Timoshenko a dirigir el frente occidental encargado de defender Moscú: el 19 de julio, Stalin fue nombrado comisario de Defensa y, el 8 de agosto, general en jefe de todos los ejércitos: en adelante, los generales lo llamarían *Verjovnyi*, generalísimo. El 16 de julio restableció el mando dual de los comisarios políticos que tanto odiaba el ejército y que había sido abolido después de lo de Finlandia: los comisarios, dirigidos por Mejlis, debían emprender una «lucha incesante contra los cobardes, contra todos aquellos que se dedicaran a sembrar el pánico, y contra los desertores», pero aquella pandilla de aficionados arrogantes a menudo asumió directamente el mando de las operaciones, lo mismo que hiciera su superior. «El Comisariado de Defensa —decía Jrushchov— era como una perrera llena de perros rabiosos con Kulik y Mejlis.»* Mientras tanto Stalin volvió a unificar las fuerzas de seguridad, el NKVD y el NKGB, a las órdenes de Beria. El 3 de julio, Stalin habló a la población con una voz nueva, como líder nacional de Rusia:

«Camaradas, ciudadanos», empezó diciendo de modo convencional, en voz baja, pudiéndose oír por todo el imperio a través de las ondas su respiración, así como los sorbos de agua que tomaba o el tintineo del vaso. «¡Herma-

* El vaivén entre el «mando único» tradicional ejercido por un general y el «mando dual» ejercido por los generales y los comisarios del Partido marca la línea seguida por el Partido: los comisarios fueron introducidos en tres ocasiones —en 1918, 1937 y 1941—, y abolidos otras tantas, cada vez que fue preciso elevar el prestigio de los militares, es decir en 1925, 1940 y 1942.

nos y hermanas! ¡Guerreros del ejército y de la flota! ¡Apelo a vosotros, amigos!» Aquélla era una guerra patriótica, pero de un patriotismo apuntalado por el terror: «Los cobardes, los desertores y todos aquellos que siembren el terror» serían aplastados en «una lucha sin piedad».[8] Un par de noches más tarde, Stalin y Kalinin salieron a pasear por el Kremlin a las dos de la madrugada fuertemente custodiados por una guardia dirigida por Vlasik, y entraron en el mausoleo de Lenin para decir adiós a la momia de su difunto líder antes de que partiera en un tren secreto con destino a Siberia.[9]

La nueva resolución de Stalin no supuso ninguna mejora de la situación crítica en la que se encontraban los distintos frentes. Al cabo de tres semanas de guerra, Rusia había perdido a cerca de dos millones de hombres, tres mil quinientos carros blindados y más de seis mil aviones. El 10 de julio, los Panzers alemanes reanudaron su avance hacia Smolensko, la puerta de Moscú, que cayó seis días después. Los alemanes llevaron a cabo una gran incursión que les permitió hacer otros trescientos mil prisioneros entre los combatientes del ejército rojo y capturar tres mil cañones y tres mil tanques, pero el arrojo combativo de Timoshenko frenó temporalmente su ímpetu. Hitler ordenó reagruparse al grupo de ejército del Centro a finales de julio. Al acelerar el avance de sus tropas —por el sur hacia Kiev y por el norte hacia Leningrado—, Hitler había obtenido unas victorias asombrosas, pero no había caído en sus manos ninguno de los objetivos de la operación Barbarroja: Moscú, Leningrado y la cuenca del Donets. El ejército soviético no había sido barrido. Mientras los generales alemanes le suplicaban que lanzara sus Panzers contra Moscú, Hitler, recordando acaso la conquista vana de Napoleón, quería apoderarse del petróleo y el grano del sur. Llegó así a una solución de compromiso y lanzó una nueva estrategia: «Moscú y Ucrania».

El nuevo Stalin aguantó incluso alguna impertinencia del Politburó. Inmediatamente después de la caída de Smolensko, convocó a Zhukov y a Timoshenko a su dacha, donde éstos lo encontraron vestido con una guerrera vieja, dando paseos, con la pipa apagada, signo inequívoco en todo momento de problemas, acompañado de algunos miembros del Politburó.

—El Politburó ha debatido la posibilidad de destituir a Timoshenko... ¿Vosotros qué opináis?

El aludido no dijo nada, pero Zhukov se opuso a semejante medida.

—A mí me parece más bien que tiene razón —dijo el viejo Kalinin, que prácticamente no había discrepado nunca de Stalin desde 1930.

El Vozhd «encendió calmosamente su pipa y echó una ojeada a los miembros del Politburó».

—¿Qué os parece si somos de la misma opinión que el camarada Zhukov? —preguntó.

—Tienes razón, camarada Stalin —respondieron todos al unísono. Pero Zhukov no siempre logró imponer su parecer.[10]

Al enfrentarse a la amenaza de un cerco más gigantesco aún en el sur, Stalin decidió adoptar una serie de medidas draconianas para aterrorizar a sus hombres y obligarlos a luchar. Durante la primera semana, aprobó la Orden n.º 246 del NKGB que preveía el exterminio de las familias de los hombres que fueran capturados, pero ahora hizo pública la medida a través de la famosa Orden n.º 270. Ordenó que la firmaran Molotov, Budionni, Voroshilov y Zhukov, aunque algunos de ellos no estaban presentes en el momento de su aprobación, pero aquél era, al fin y al cabo, un método tradicional del gobierno bolchevique.[11] Todas estas medidas arruinaron la vida de millones de soldados inocentes y de sus familias, empezando por la del propio Stalin.*

* * *

El 16 de julio, en uno de esos cercos, el de Vitebsk, un teniente de artillería del 14.º Regimiento de Artillería de campaña perteneciente a la 14.ª División Acorazada, se vio rodeado por las tropas alemanas. Convencido de ser un personaje especial, no quiso emprender la retirada: «Soy el hijo de Stalin y no voy a permitir que mi batería se retire», dijo, pero tampoco se suicidó de manera honrosa. El 19 de julio, Berlín anunció que entre la masa de prisioneros soviéticos se encontraba Yakov Djugashvili. Zhdanov envió a Stalin un paquete lacrado en cuyo interior había una fotografía de Yakov que Stalin examinó atentamente, atormentado por la idea de que su débil hijo se viniera abajo y lo traicionara. Por segunda vez en la vida de Yakov, Stalin maldijo a su hijo por no haberse quitado la vida:

—¡El muy idiota! ¡Por lo menos podía haberse pegado un tiro! —exclamó en presencia de Vasili. Enseguida empezó a sospechar de la mujer de Yakov, Julia—: No digas nada de momento a la esposa de Yasha —recomendó a Svetlana.

Poco después, Julia fue detenida en virtud de la Orden n.º 270. Su hija de tres años, Gulia, no vería a su madre durante dos años. No obstante, en la actualidad sabemos cuánta preocupación causó a Stalin la suerte que correría su hijo Yakov y cuánto pensó en ella durante el resto de su vida.

Inmediatamente prohibió a Vasili participar en misiones activas de la aviación:

—¡Con un prisionero me basta y me sobra! —dijo. Y se puso hecho una furia cuando el «príncipe heredero» le llamó por teléfono pidiéndole más dinero para comprarse un uniforme nuevo y más comida.

* La Orden n.º 270 está escrita en buena parte con el estilo personal de Stalin: «Ordeno que (1) todo aquel que se quite los galones ... y se rinda sea considerado un desertor infame, cuya familia será detenida por ser la familia de un hombre que ha roto su juramento y ha traicionado a la madre patria. Esos desertores deben ser fusilados en el acto. (2) Todo aquel que caiga en un cerco debe combatir hasta el final ... El que prefiera rendirse será destruido por todos los medios posibles, mientras que su familia se verá privada de toda ayuda».

«1. Que yo sepa [escribía Stalin], las raciones de la Fuerzas Aéreas son más que suficientes. 2. No está previsto un uniforme especial para el hijo de Stalin.»[12]

Más o menos por la época en que fue hecho prisionero Yakov, Stalin hizo las primeras proposiciones a Hitler. Molotov y él ordenaron a Beria que sondeara al embajador de Bulgaria, Ivan Stamenov. Beria encargó el trabajo a Sudoplatov, el especialista en asesinatos de los servicios secretos, que luego contaría el episodio en sus memorias, libro no del todo fiable: sus instrucciones eran preguntar por qué los alemanes habían violado el pacto, en qué condiciones habría estado dispuesto Hitler a poner fin a la guerra, y si se habría contentado con Ucrania, Bielorrusia, Moldavia y los países bálticos, en una segunda edición del acuerdo de Brest-Litovsk. Beria le dijo a Sudoplatov que aquello era sólo para ganar tiempo. Sudoplatov se reunió con Stamenov en el restaurante georgiano favorito de Beria, el Aragvi, el 25 de julio, pero el diplomático búlgaro nunca llegó a pasar el mensaje a Berlín limitándose a decir: «Aunque os retiréis a los Urales, acabaréis venciendo vosotros».[13]

* * *

Mientras tanto, el avance de los alemanes por el sur era inexorable: la pinza formada por los Panzers del grupo de ejército del Sur, al mando de Guderian y Kleist, giró en torno a Kiev para cercar al frente suroccidental del general Kirpono y a cientos de miles de hombres más. Era evidente que iba a ser preciso abandonar Kiev, el 29 de julio Stalin convocó a Zhukov para hablar de todos los frentes. Poskrebishev anunció en tono agorero que la reunión no empezaría hasta que no llegara Mejlis. Cuando el «demonio siniestro» apareció en compañía de Beria y de Malenkov, el jefe del Estado Mayor vaticinó, bajo la mirada gorgónea de aquel trío funesto, que los alemanes aplastarían el frente suroccidental antes de dar la vuelta hacia Moscú. Mejlis lo interrumpió para preguntar, en tono amenazador, cómo sabía tanto Zhukov acerca de los planes de los alemanes.

—¿Qué me dices de Kiev? —preguntó Stalin.

Zhukov propuso abandonar la ciudad a su suerte.

—No digas disparates —replicó el Vozhd poniendo el grito en el cielo.

—Si crees que el jefe del Estado Mayor dice disparates, solicito que me releves de mi puesto y me envíes al frente —repuso Zhukov en tono igualmente alto.

—¿Quién te ha dado derecho para hablar al camarada Stalin de ese modo? —le espetó Mejlis.

—No te sulfures —dijo Stalin a Zhukov—, pero, ya que lo dices, nos las arreglaremos sin ti.

Zhukov recogió sus mapas y salió de la habitación para ser convocado al cabo de cuarenta minutos, momento en el que se le comunicó que había sido

relevado del puesto, en el fondo toda una bendición para aquel general combativo, que le permitía volver a su hábitat natural. Stalin intentó apaciguarlo:

—Cálmate, cálmate.

Shaposhnikov fue nombrado de nuevo jefe del Estado Mayor. Stalin sabía que estaba enfermo, pero «ya le ayudaremos», dijo. Zhukov pidió permiso para retirarse, pero el Vozhd le invitó a tomar el té: sentía una gran atracción por la figura de Zhukov. El desastre que se produjo en Kiev no tardaría en demostrar lo atinado que era el «disparate» que había dicho.[14]

Las fauces de los Panzer se cerraron en torno al frente suroccidental, al mando del mariscal Budionni y de Jrushchov, que suplicó que se le concediera permiso para emprender la retirada. Stalin fue informado por el NKVD de que Jrushchov iba a entregar Kiev y lo llamó por teléfono amenazándolo. Debatiéndose entre el pánico irrefrenable y la ansiedad encalmada, estado de ánimo propio de quien está a punto de sufrir una derrota en toda regla, Jrushchov se encontró a Budionni bebiendo brandy con el jefe de operaciones del frente, Bagramian, al tiempo que le decía cariñosamente que deberían fusilarlo.

El 11 de septiembre, a medida que iba agotándose el tiempo, Budionni, que era más valiente y más competente a la vez que la mayoría de los «soldados de caballería», consciente de que podía ser destituido o incluso detenido, insistió una vez más ante Stalin en que cualquier «demora provocaría grandes pérdidas de hombres y de una cantidad enorme de pertrechos». Stalin lo destituyó al día siguiente. Cuando puso a Timoshenko al mando de ese frente, el Vozhd le hizo un curioso regalo, pues, en un gesto de lo más raro, le dio dos pipas con la figura de un ciervo grabada en ellas, que simbolizaba su traslado del norte al sur.

—Asume el mando —dijo Budionni a Timoshenko cuando éste llegó al frente—, pero llamemos los dos a Stalin y digámosle que se retire de Kiev. Los dos somos mariscales de verdad y nos creerán.

—No pienso meter la cabeza en la soga —contestó Timoshenko.

Dos días más tarde, los grupos 1 y 2 de Panzers de Kleist y Guderian se encontraron a las 18.20 a ciento cincuenta kilómetros de Kiev, encerrando a cinco ejércitos soviéticos enteros en una bolsa gigantesca, el malhadado fruto de la obstinación de Stalin: fueron capturados 452.720 hombres. El día 18 Kiev había caído. Los nervios de Stalin resistieron:

—¡Tapa el agujero! —ordenó a Shaposhnikov— ¡Deprisa![15]

Stalin y Beria intensificaron los niveles de represión y redención. Fueron liberados más «fiambres afortunados» para que aportaran su granito de arena al esfuerzo bélico.

—No hay nadie en quien poder confiar —murmuró Stalin durante una reunión con la defensa aérea, en la que tomó la palabra el ingeniero aeronáutico Yakovlev.

—Camarada Stalin —dijo—, hace ya más de un mes que Balandin, nues-

tro vicecomisario del pueblo, fue detenido. No sabemos por qué fue arrestado, pero no podemos imaginarnos que sea un enemigo del pueblo. Lo necesitamos ... Te pedimos que examines su caso...

—Sí —respondió Stalin—, lleva ya cuarenta días en la cárcel, pero no ha confesado nada. Puede que no sea culpable de nada.

Al día siguiente, Balandin, «con las mejillas hundidas y la cabeza afeitada», apareció en el trabajo «como si no hubiera pasado nada». Beria y Mikoyan solicitaron la liberación de Vannikov, detenido por poner en entredicho las recomendaciones de Kulik respecto a la artillería. Fue conducido directamente de su celda ante Stalin, que pidió disculpas reconociendo que Vannikov tenía razón y ascendiéndole a un alto cargo.

Se produjo cierta incomodidad cuando los «fiambres afortunados» se encontraron delante de sus torturadores. El general Meretskov, hombre de cara ancha y pelo rubio, detenido durante las primeras semanas de la guerra, había sido torturado terriblemente por el elegante Merkulov, el Teórico, de quien había sido amigo antes de su arresto. Como testificó más tarde uno de sus interrogadores, «a Meretskov le fue aplicada una tortura brutal y continua por una serie de oficiales de alta graduación ... le pegaron una paliza con porras de goma», hasta que quedó completamente ensangrentado. Entonces lo limpiaron y lo llevaron ante Merkulov, pero Meretskov dijo a su torturador que no podían seguir siendo amigos, en una conversación singularísima en aquellos tiempos tan raros:

—Vsevolod Nikolaievich, antes solíamos vernos en plan informal, pero ahora te tengo miedo.

Merkulov sonrió. Minutos más tarde, vestido debidamente de uniforme, el general Meretskov se presentaba ante Stalin para recoger su próximo destino:

—¡Hola, camarada Meretskov! ¿Cómo te encuentras?

También Beria intensificó los niveles del terror.[16] Pero cuando el NKVD dio marcha atrás, no todos los prisioneros fueron liberados, y eso que Stalin tuvo ocasión de ordenar que así fuera. Los «espías alemanes» que tan estrecho contacto habían tenido con el Vozhd, Maria y Aliosha Svanidze, llevaban en la cárcel desde diciembre de 1937. Stalin se acordó de Aliosha, que, como él mismo dijo a Mikoyan, había sido «condenado a muerte. He ordenado a Merkulov que antes de la ejecución le diga que si pide clemencia al Comité Central, será perdonado». Pero Svanidze contestó orgullosamente que era inocente, por lo que no «podía pedir perdón».

—Dile que ésta es mi respuesta —gritó escupiendo a Merkulov en la cara.

Fue fusilado el 20 de agosto de 1941. Pocos días después, en Kuntsevo, Stalin hizo el siguiente comentario a Mikoyan:

—¿Quieres saber una cosa de Aliosha?

—¿Qué? —Mikoyan, que adoraba a Svanidze, esperaba que hubiera sido liberado. Pero el Vozhd le comunicó objetivamente su muerte.

—No quiso pedir perdón. ¡Qué orgullo más noble! —dijo Stalin.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó Mikoyan.

—Lo fusilaron hace poco.

Maria Svanidze, que tanta veneración había sentido por Stalin, fue fusilada, junto con Mariko, la hermana de Aliosha, al año siguiente.[17]

34

«Fiero como un perro»: Zhdanov y el sitio de Leningrado

Mientras que Molotov estaba al lado de Stalin en la «pequeña esquina», Zhdanov regía una Leningrado asediada como un Stalin en miniatura. El Vozhd dirigió entonces sus iras contra las autoridades de la ciudad de Lenin.* El 21 de agosto de 1941 el avance de los alemanes por el noreste de la Unión dejó Leningrado prácticamente aislada del resto de Rusia. Voroshilov, que ya tenía sesenta años, asumió el mando junto con Zhdanov. Los dos se enfrentaban a una gran tarea, pero a medida que Leningrado iba siendo rodeada, luchaban además por conservar la confianza de Stalin a toda costa.

Día a día los alemanes estrechaban el cerco, y Stalin olía el derrotismo entre los suyos. En un arranque de ansiedad fingida, los acusó de no comprender «la magnitud del peligro. La Stavka no puede estar de acuerdo con el espíritu fatalista, y tampoco puede comprender la imposibilidad de tomar medidas contundentes y de llevar a cabo las conversaciones necesarias para ver si se ha hecho todo lo posible y ya no se puede hacer más...».[1] Stalin tuvo entonces conocimiento de que Voroshilov, en un intento de revivir sus días de gloria de Tsaritsin allá por 1918, pretendía levantar la moral mediante la elección de los oficiales (pero en esta ocasión el comisario de Defensa ofendido no era Trotski).

La reacción de Stalin no se hizo esperar y, con Molotov y Mikoyan, le envió la siguiente orden: «Detén inmediatamente las elecciones porque paralizarán al ejército y se elegirán a líderes impotentes... Lo que necesitamos son líderes omnipotentes. La costumbre se extendería como una plaga. ¡No estamos hablando de Vólogda! ¡Se trata de la segunda ciudad del país!». Y añadía: «Pedimos a Voroshilov y a Zhdanov que nos informen de todas las operaciones. Todavía no lo han hecho. Es una verdadera lástima».

* La desclasificación de los papeles de Stalin y de Zhdanov nos permite por primera vez conocer los esfuerzos frenéticos que llevaron a cabo para salvar la ciudad de Leningrado.

«Entendido —respondió Leningrado—. Adiós, camarada Stalin. Ha sido una gran ayuda. ¡Gracias por todo!»[2]

Zhdanov asumió el control de todos y cada uno de los aspectos de la vida de Leningrado, haciendo la famosa afirmación: «El enemigo está a las puertas». Zhdanov, un hombre rechoncho, asmático y agotado, fumador empedernido de cigarrillos Belomor, vestido con una guerrera verde oliva provista de cinturón, y con la pistola al cinto, dirigía el frente desde el tercer piso del ala derecha del Instituto Smolni, en el interior de un despacho plagado de fotografías de Stalin, Marx y Engels colgadas de las paredes. Su mesa alargada estaba cubierta por un tapete rojo, a diferencia de la de Stalin que lo tenía verde. Su escritorio estaba guarnecido de piedra de los Urales, regalo de una fábrica de Leningrado. Bebía té, al igual que Stalin, en un vaso con soporte de plata, comía terrones de azúcar y, lo mismo que el Vozhd, dormía en el diván de su despacho. Escribía los editoriales de los periódicos, asignaba personalmente cada voltio de corriente eléctrica, amenazaba con la ejecución inmediata a los que sembraran el pánico y participaba en la dirección militar.[3]

Voroshilov, por su parte, hacía el mismo alarde de admirable valor que había mostrado en Tsaritsin. Cuando hizo su aparición en el frente de Ivanovskoie, los soldados pudieron ver al primer mariscal saltando de un lado para otro en medio del fuego constante de la artillería y las bombas enemigas.

—¡Mirad! ¡Es él, Voroshilov! ¡Klim! —gritaban los soldados llenos de asombro—. ¡Fijaos de qué modo se mantiene en pie, como si surgiera de la misma tierra!

A unos cuantos kilómetros, el mariscal encontró a unos soldados que se habían disgregado durante el ataque nazi. Hizo detener su coche oficial, sacó su pistola y marchó al frente de los soldados contra los alemanes al grito de «¡Hurra!». El viejo oficial de caballería podía hacer mucho ruido, pero era incapaz de estabilizar el frente.[4]

Stalin no se dejó conmover por la ineptitud heroica de su *beau sabreur*. Su simpatía por Zhdanov iba enfriándose por momentos. Cuando los de Leningrado hablaban con respeto de su máximo dirigente llamándolo «Andrei Alexandrovich», el Vozhd respondía fríamente:

—¿Andrei Alexandrovich? ¿A qué Andrei Alexandrovich os referís?

El acatamiento de sus órdenes impuesto por el miedo tampoco mejoraba mucho las cosas.

—¡Si no estás de acuerdo conmigo —le diría a Zhdanov—, dilo claramente!

Pero el Vozhd también sabía mostrar su irritación a través del sarcasmo, escribiendo con su lápiz rojo: «No has contestado a mi propuesta. ¿No has contestado? ¿Cómo es eso? ... ¿La has entendido? ¿Cuándo empiezas el ataque? Te exigimos una respuesta inmediata, para la cual puedes utilizar dos palabras: "Sí" significará una respuesta positiva y una rápida ejecución de la propuesta, y "No" indicará una negativa a dicha propuesta. Contesta sí o no.

Stalin». No obstante, se opuso a cualquier intento de destituir a Zhdanov, aun cuando éste se tambaleara bajo la carga que representaba la crítica situación de Leningrado.[5]

El día 21 de ese mismo mes, Stalin, dándose cuenta de lo desesperado de la situación, ordenó a Molotov y a Malenkov, armados con toda la autoridad del Vozhd, que se dirigieran a Leningrado y encontraran un chivo expiatorio, señalando así la caída en desgracia de Zhdanov.

«A Voroshilov, Malenkov, Zhdanov... El frente de Leningrado sólo piensa en una cosa: la retirada ... ¿No creéis que ya va siendo hora de deshacerse de todos esos héroes de la retirada?»[6] Pero también fueron a la ciudad con una misión tácita mucho más importante: ¿Debía ser abandonada Leningrado?

El propio viaje de los emisarios fue toda una aventura: volaron hasta Chérépovets, donde montaron en un tren especial que los llevó hacia el oeste, pero de pronto el ferrocarril no pudo continuar su viaje y se detuvo en una pequeña estación, Mga, a unos cuarenta kilómetros al este de la ciudad. Los jerarcas tuvieron la oportunidad de presenciar una incursión aérea de los nazis, pero no sabían que se trataba del comienzo del avance alemán que dos días más tarde acabaría sitiando Leningrado por completo: Mga era la última vía de acceso a la ciudad. Molotov y Malenkov no sabían qué hacer. Fueron caminando por las vías en dirección a Leningrado hasta que encontraron un trolebús de la periferia al que se subieron como unos viajeros más. A unos kilómetros de distancia los aguardaba un tren blindado.

Encontraron a Zhdanov intentando mantener cohesionadas las cosas, pero consolándose con la bebida y luchando contra su asma. Nunca había sido el hombre más fuerte del círculo de Stalin; según Molotov, era «un poco flojo». El único defecto de aquel perfecto estalinista era el alcohol. En aquellos momentos Zhdanov se encontraba al borde del colapso, y admitió abiertamente ante Stalin que había llegado a perder los nervios y que, presa del pánico durante los bombardeos, se había escondido en el búnker del Smolni para emborracharse. Sin embargo, esa misma confesión le permitió conservar el favor del Vozhd. Trabajó como un poseso, pero nunca recuperó su salud.

A Malenkov le gustaba propagar la historia de la cobardía alcohólica de Zhdanov, jactándose a la vez de no habérselo contado nunca a Stalin, cosa que resulta difícil de creer. Zhdanov se entendía bien con Molotov, pero despreciaba a Malenkov desde finales de los años treinta. Fue él quien inventó el apodo de «Malania» para aquel burócrata gordo con aspecto de eunuco. El odio mutuo que sentían esos dos nobles vástagos de la *intelligentsia* provincial iría reconcentrándose hasta acabar en una masacre. Malenkov probablemente propusiera la detención de Zhdanov, pero Beria, conocedor de la simpatía que profesaba Stalin al «Pianista», dijo que no era el momento de someter a un consejo de guerra a los miembros del Politburó. Molotov fue de la misma opinión: «Zhdanov era un buen camarada», pero se sentía «muy abatido».

Aparte de dedicarse a la búsqueda de chivos expiatorios, los plenipotenciarios de Stalin apenas lograron mejorar la situación.

«Me temo —escribía el Vozhd en un arranque de histeria a Molotov y Malenkov— que se perderá Leningrado por la locura de unos imbéciles, y que toda la ciudad corre el riesgo de verse totalmente rodeada. ¿Qué hacen Popov "comandante del frente" y Voroshilov? Ni siquiera nos informan de las medidas que están tomando ante el peligro. Están demasiado ocupados buscando nuevas vías de retirada. Por lo que puedo comprobar, ése es su único objetivo ... Es una actitud totalmente fatalista propia de un campesino ... ¡Qué gente! No alcanzo a entender nada. ¿No creéis que alguien está allanando el camino a los alemanes en esa dirección tan importante? ¿Adrede? ¿Cómo es ese Popov? ¿Qué hace Voroshilov? ¿Cómo ayuda a la ciudad? Pregunto todas estas cosas porque estoy muy preocupado por la inacción de los mandos de Leningrado ... Regresad a Moscú. No tardéis. Stalin.»[7]

A su regreso, los emisarios aconsejaron al Vozhd descartar el frente noroccidental de Voroshilov y destituir al primer mariscal que pasaba «todo el tiempo en las trincheras». Mientras tanto, cayeron Schlüsselburg (la fortaleza situada junto al Nevá) y Mga. Voroshilov no informó a Moscú de este hecho, y cuando Stalin descubrió semejante prevaricacion, se sintió ofendido.

«Estamos sumamente indignados por vuestra conducta —dijo el Vozhd a Voroshilov y a Zhdanov—. Únicamente nos habláis de las pérdidas sufridas, pero no decís nada de las medidas que habéis tomado para salvar los pueblos y ciudades ... ¿Y qué decir de la caída de Schlüsselburg? ¿Cuál será la última de nuestras pérdidas? ¿Acaso habéis decidido rendir Leningrado?»[8]

El 8 de septiembre Stalin hizo venir a Zhukov a su piso, donde cenaba con sus amigos de costumbre, Molotov, Malenkov y el máximo dirigente de Moscú, Alexander Shcherbakov.*

—¿Dónde irás ahora? —preguntó Stalin con aire distraído.

—Me vuelvo al frente —contestó Zhukov.

—¿Qué frente?

—El que consideres más necesario.

—En ese caso, ve inmediatamente a Leningrado... La situación es prácticamente insostenible... —replicó el Vozhd, mientras le entregaba una nota

* Shcherbakov era uno de esos «hombres nuevos», que se había levantado sobre los cadáveres de las víctimas de los años treinta. «De rostro impasible parecido al de un Buda, con sus gafas gruesas de concha apoyadas sobre su diminuta nariz respingona», Shcherbakov, cuñado de Zhdanov en lo que constituía un ejemplo más de matrimonio entre familias de la élite, se había hecho un nombre manejando asuntos culturales, tras lo cual sustituyó a Jrushchov como primer secretario de Moscú y se convirtió en candidato al Politburó en 1941, junto con Malenkov y Voznesenski. Tosco alcohólico y antisemita, Jrushchov decía de él que era «una víbora ... de la peor especie».

para Vososhilov que decía: «Cede el mando a Zhukov y toma un avión para Moscú de inmediato».

Stalin garabateó en una nota para Zhdanov el siguiente mensaje: «¡Hoy Voroshilov es relevado!».[9]

Zhukov asumió el mando en el cuartel general del Instituto Smolni de Leningrado, combinando su profesionalidad con una severidad draconiana y dedicándose a gritar al personal:

—¿Acaso no entendéis que si la división de Antonov no consigue ocupar la línea... los alemanes irrumpirán en la ciudad? Y entonces os fusilaré a todos por traidores delante de este mismo edificio.

Zhdanov, que estaba de pie junto a su nuevo compañero en el mando, frunció el entrecejo. Detestaba los malos modos.

Voroshilov, cabizbajo, se dirigió a su personal en los siguientes términos:

—Adiós, camaradas. La Stavka me ha relevado del mando. —Y tras una pequeña pausa, añadió—: Eso es lo que merece un viejo como yo. No estamos en la guerra civil. Ahora debemos luchar de un modo distinto... pero no lo dudéis ni por un segundo: ¡Aplastaremos a la canalla fascista![10]

Mientras tanto, en Moscú Stalin reconocía que «tal vez tengamos que abandonar "San Peter"». Pero Zhukov opuso una férrea resistencia a la ofensiva alemana y luego contraatacó.[11] Zhdanov, que empezó a colaborar estrechamente con Zhukov, demostraría ahora su mano dura, quejándose de que sus «tribunales no actúan contra los que se dedican a difundir rumores falsos y provocadores ... Los Departamentos Especiales deberían organizar los juicios de los alborotadores y de los que siembran falsedades. La gente debe saber cómo tratamos a esos bastardos».[12] Todas las sugerencias de Stalin se llevaban inmediatamente a la práctica.* El 13 de noviembre el Vozhd notificó a Zhdanov que los alemanes estaban construyendo baluartes en los sótanos de las casas particulares: «El comisario de Defensa del Pueblo, el camarada Stalin, da las siguientes instrucciones —decía—: Cuando avancéis, no intentéis capturar uno u otro lugar ... reducid a cenizas las zonas habitadas. De ese modo quedarán enterrados los mandos y las unidades nazis ... ¡Dejad a un lado todo tipo de sentimentalismos y destruid todas las zonas habitadas que encontréis a vuestro paso!».[13]

Zhukov y Zhdanov consiguieron que los alemanes tuvieran que pagar un alto precio por su ataque a la segunda capital del país. A Hitler le asaltaron las dudas y decidió cancelar la ofensiva, ordenando que la ciudad fuera obligada

* Cuando el 31 de octubre Stalin tuvo conocimiento de que los nazis utilizaban «delegaciones» de hombres y mujeres rusos como escudos humanos, dio la siguiente orden a Zhdanov: «Se dice que entre los bolcheviques de Leningrado hay quien piensa que no se puede hacer uso de las armas contra esos delegados. Si hay alguien que piensa así ... debe ser liquidado inmediatamente porque esos elementos son más peligrosos que los soldados alemanes. Mi consejo: no podemos dejarnos llevar por los sentimientos ... ¡Acabad con los alemanes y sus delegados!».

a rendirse por hambre y luego arrasada: el asedio de novecientos días de Leningrado había comenzado. Zhdanov no había perdido la costumbre de escribir cartas personales a Stalin con una buena pluma: «La causa principal de nuestro fracaso ha sido la pobre actuación de nuestra infantería ... Recordábamos lo que nos dijiste durante la guerra de Finlandia», pero «nuestra gente tiene la mala costumbre de no concluir las cosas y de empeñarse en analizarlas (y luego salir corriendo en distintas direcciones) ... Actualmente estamos trabajando duro para cambiar nuestro estilo de ataque ... Lo peor es que el hambre se extiende».[14]

Había dos millones doscientas mil personas atrapadas en Leningrado. Sólo durante aquel mes de diciembre murieron 53.000 individuos; otros muchos seguirían su mismo destino. La gente caía muerta por las calles o en la cama; familias enteras perdieron a todos sus miembros uno a uno. Había demasiados cadáveres, y los vivos no tenían fuerzas para enterrarlos. Empezaron a producirse actos de canibalismo: no era extraño encontrar un cuerpo tirado en el vestíbulo de un edificio de pisos con los muslos y el pecho arrancados. Se calcula que desde que empezó el asedio hasta julio de 1942 murió en Leningrado un millón de personas.

Zhdanov, asistido por su respetado segundo secretario, Alexei Kuznetsov, volvió a ganarse la estima de Stalin y la de los habitantes de la ciudad sitiada. Poco a poco ambos se convirtieron en héroes, pues no dudaron en compartir con la población de Leningrado aquellas durísimas condiciones, viviendo estrictamente de una ración militar de comida al día, compuesta de una libra de pan, un cuenco de sopa de carne o pescado, y un poco de *kasha*. Mientras por las calles morían centenares de miles de personas, las autoridades de la ciudad trabajaban día y noche. Kuznetsov, un hombre alto y joven de rostro alargado y bien parecido, mantuvo la unidad de Leningrado en los momentos en que Zhdanov se vino abajo, visitando las trincheras en compañía de su hijo de corta edad. El propio Stalin lo elogiaría en una carta en los siguientes términos: «¡La Madre Patria nunca te olvidará!».

En noviembre ordenaron la construcción de la «carretera de la vida» a través de las aguas heladas del lago Ladoga, que habría de convertirse en la única vía de acceso de provisiones a la ciudad. Durante los días de hambruna, Zhdanov distribuyó las provisiones de alimentos con tanta meticulosidad que, llegado un momento, sólo permitió que fuera él directamente quien estuviera autorizado a reemplazar las cartillas de racionamiento extraviadas. A veces también hizo gala de honradez y humanidad: cuando en cierta ocasión se produjo un brote de disentería en una escuela, sospechó que el personal del centro se dedicaba a robar la comida de los niños y envió a un general para que investigara lo que estaba ocurriendo realmente. El informe del militar decía que los críos se llevaban la comida a sus casas en fiambreras. Zhdanov no hizo nada para impedirlo y permitió que siguieran haciéndolo.

—Yo hubiera hecho lo mismo —reconoció. Y ordenó la evacuación de los niños.

Después de la guerra, se dijo que Zhdanov había declarado que «la gente moría como moscas», pero «la historia nunca me habría perdonado que permitiera la rendición de Leningrado».[15]

Sin embargo, Stalin se enfureció cuando Zhdanov mostró una independencia peligrosa:

—¿Os creéis que la Leningrado de Zhdanov no está en la URSS, sino en una isla en medio del Pacífico?

«Admitimos nuestro error», contestó Zhdanov, informando a continuación de un problema relacionado con las operaciones en el lago Ladoga del que responsabilizó a la «cobardía y la traición» de los comandantes de la 80.ª División: «Enviamos una solicitud de permiso .... para fusilar al jefe de la 80.ª División, Frolov, y a su comisario, Ivanov ... El Consejo debe combatir el pánico y la cobardía incluso entre el cuerpo de oficiales».

—Frolov e Ivanov deben ser fusilados, y que se entere la prensa —sentenció Stalin.

«Entendido. Así se hará.»

—No perdáis tiempo —ordenó el Vozhd—. Cada momento que pasa es un tiempo precioso que se pierde. El enemigo está concentrando sus fuerzas contra Moscú. Todos los demás frentes tienen ahora la oportunidad de contraatacar. ¡Aprovechad la ocasión![16]

Zhdanov contestó con una nota de su puño y letra que terminaba diciendo: «Aguardamos el comienzo de la derrota alemana a las afueras de Moscú. ¡Salud!». Y luego añadía: «PS: ¡Me he vuelto tan fiero como un perro!».[17*]

* * *

Hitler cambió la dirección de sus Panzers y los envió a la operación Tifón, la gran ofensiva contra Moscú, concebida para asestar el golpe definitivo al régimen soviético en Rusia. Los Panzers de Guderian llegaron por sorpresa y rebasaron el frente de Briansk por los flancos, justo cuando Stalin recibía a lord Beaverbrook, el vivaracho magnate de la prensa canadiense, miembro del gabinete de guerra británico, y a Averell Harriman, el apuesto heredero de una compañía de ferrocarril, de facciones marcadas y rostro alargado, que llegaba como legado de Estados Unidos con la intención de negociar la ayuda militar necesaria para que Rusia siguiera adelante con la guerra.

Los dos plutócratas observaron que Stalin jugaba a hacer de amable anfi-

* Tal vez a modo de recompensa por su ferocidad, el 11 de diciembre Zhdanov, que no había visto a Stalin desde el 24 de junio, voló a Moscú donde volvió a escalar las posiciones más elevadas.

trión enfrentado a una catástrofe. «Stalin se sentía muy angustiado, dando paseos arriba y abajo y fumando sin parar. A los dos nos pareció un hombre sometido a una gran presión», comentaría Beaverbrook al recordar esos días. Como era habitual, la actitud del Vozhd osciló entre la rudeza y la amabilidad, dibujando en un momento dado lobos en su cuaderno de notas, y rechazando luego, sin abrirla, una carta de Churchill mientras exclamaba:

—La miseria de sus ofertas demuestra claramente que ustedes quieren ver a la Unión Soviética vencida.

Tenía el rostro, «picado de viruela ... pálido, fatigado y demacrado». El 1 de octubre el frente de Moscú estaba a punto de venirse abajo. Stalin ofrecía en esos momentos un fastuoso banquete en el gran palacio del Kremlin. A las siete y media de la tarde los cien invitados conversaban en voz alta en el dieciochesco salón de Catalina, con su sillería labrada con los emblemas de la gran zarina, sus paredes tapizadas de seda verde y sus viejos retratos de marcos dorados. Poco antes de las ocho, los invitados rusos empezaron a mirar con nerviosismo hacia la gran puerta dorada y, cuando dieron las ocho, se hizo el más absoluto silencio mientras Stalin, vestido con una guerrera que «parecía sobrarle por todas partes», entraba en la sala caminando lentamente.

Durante la cena, el Vozhd se sentó entre los dos magnates, con Molotov enfrente, como de costumbre, y a uno y otro extremo de la mesa Voroshilov y Mikoyan, que a partir de ese momento se encargarían de negociar la ayuda de Occidente.* Mientras los camareros desplegaban ante los comensales un inmenso surtido de entremeses, caviar, sopa, pescado, lechón, pollo y caza, helado y pasteles, todo ello regado con champán, vodka, vino y brandy armenio, Stalin brindaba por la victoria antes de que Molotov recogiera el testigo. Hubo treinta y dos brindis antes de que la velada se diera por concluida. Cuando a Stalin le gustaba un brindis, empezaba a aplaudir antes de llevarse la copa a los labios, y no paraba de hablar animadamente aunque los demás pronunciaran sus discursos. «Bebía constantemente de una copita (de licor)», escribe Beaverbrook que, con la avidez de uno de sus columnistas del *Daily Express*, anotó todos los pormenores de su viaje. «Comía bien, e incluso con apetito», llevándose el caviar a la boca directamente con el cuchillo, sin pan ni mantequilla. Stalin y Beaverbrook, un par de pícaros muy espabilados, rivalizaban a ver quién hacía los comentarios más maliciosos. Señalando a Kalinin, Beaverbrook, que había oído hablar de la afición del presidente por las bailarinas, preguntó si el anciano tenía alguna amante:

* El propio Stalin admitió lo decisiva que fue esa ayuda de Occidente para el esfuerzo bélico de la URSS. Mikoyan se encargó de mantenerle informado de todos los pormenores de la llegada de esa ayuda, desde los camiones que entraron por Persia hasta las armas que lo hicieron por Arcángel. La necesidad era tan apremiante que en noviembre de 1941 el Vozhd sumó incluso el número de aviones (432) con su lápiz rojo en las notas que le había pasado Mikoyan.

—Es demasiado viejo —soltó Stalin—. ¿Y usted?

A continuación, abriendo paso con las manos a la espalda, el Vozhd condujo a sus invitados a la sala de proyecciones, donde vio atentamente dos películas sin dejar de beber champán y de reír. Aunque ya era la una y media de la madrugada, el omnipotente insomne propuso la proyección de una tercera película, pero Beaverbrook estaba muy cansado. Cuando los invitados occidentales se marchaban, los alemanes empezaban su marcha hacia Moscú.[18]

El 3 de octubre Guderian entró en Orel, a unos doscientos kilómetros detrás de donde se suponía que se encontraba la línea del frente ruso. La División Briansk de Yeremenko y los frentes de la reserva de Budionni fueron aplastados: 665.000 rusos se vieron rodeados. Al día siguiente Stalin perdió el contacto con el frente occidental, a las órdenes de Koniev, que había quedado hecho añicos, dejando un agujero de casi veinte kilómetros en la defensa de Moscú. A primera hora del día 5, el comandante de las fuerzas aéreas de Moscú, Sbitov, comunicaba la noticia, casi increíble, de que una larga columna de carros blindados alemanes avanzaba hacia Moscú por la carretera de Ujnovo, apenas a cien kilómetros del Kremlin. Un segundo vuelo de reconocimiento confirmó la noticia.

—Muy bien —dijo Stalin a Telegin, comisario de Moscú—. Actúa con energía y contundencia... moviliza todos los recursos disponibles para frenar al enemigo...

Por su parte, el círculo de Stalin trataba de tapar esas noticias del mismo modo que habían intentado negar la invasión de los alemanes.

—Dime —dijo Beria en tono amenazador a Telegin—, ¿das credibilidad a cualquier tontería que llega a tus oídos? ¡Sin duda has recibido esa información de elementos provocadores dedicados a sembrar el pánico!

Al cabo de unos minutos el pobre coronel Sbitov, «pálido y tembloroso», entraba precipitadamente en el despacho de Telegin. Beria le había ordenado que presentara inmediatamente un informe al temido jefe del Departamento Especial, Victor Abakumov, que amenazó a Sbitov y a sus pilotos con detenerlos «por cobardía y por extender el miedo». Cuando una tercera incursión aérea confirmó que los tres frentes habían caído ante la ofensiva alemana, el Vozhd convocó a las hienas.[19]

Stalin telefoneó a Zhukov en Leningrado.

—Sólo te pido una cosa. ¿Puedes coger un avión y venir a Moscú?

—Sólo te pido que me dejes retrasar el vuelo hasta el amanecer...

—Te esperamos en Moscú.

—Allí estaré —contestó Zhukov.

—¡Buena suerte! —exclamó en Vozhd despidiéndose. Mientras tanto, envió a Voroshilov en busca de los frentes y a que intentara averiguar lo que pudiera.[20]

Al atardecer del 7 de octubre, Vlasik llevó a toda prisa a Zhukov hasta el

piso del Kremlin, en el que Stalin, aquejado de gripe, estaba charlando con Beria. Probablemente «sin tener noticia de mi llegada», según palabras de Zhukov, Stalin estaba ordenando a Beria que «utilizara a su "Órgano" para tantear la posibilidad de firmar una paz por separado con los alemanes, dada la situación crítica...». Stalin deseaba probar la determinación de los alemanes en ese sentido, pero, a decir verdad, no hubo un momento en el que Hitler estuviera menos dispuesto a firmar la paz que aquél, cuando parecía que Moscú estaba a punto de caer en sus manos.* Se cuenta que Beria organizó un segundo intento de aproximación utilizando a un «banquero» búlgaro o de nuevo al embajador, pero sin obtener resultado alguno.

Sin apenas entablar conversación, Stalin ordenó a Zhukov que volara hasta los frentes de Koniev y de Budionni. Necesitaba un chivo expiatorio, y se preguntaba si Koniev era un «traidor».[21] Lanzándose al ojo del huracán, Zhukov encontró a los aturdidos comandantes del frente occidental, el tosco Koniev con su cabeza afeitada y el comisario Bulganin, en una desolada habitación iluminada apenas por la luz de unas velas. Bulganin acababa de hablar con Stalin, pero no había podido decirle nada «porque nosotros tampoco sabemos nada». A las dos y media de la mañana, mientras visitaba la 8.ª División, Zhukov llamó a Stalin, que seguía enfermo.

—El principal peligro ahora es que las carreteras que conducen a Moscú han quedado prácticamente sin defensas —explicó.

—¿Y los soldados de reserva? —preguntó el Vozhd.

—Rodeados.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Iré a ver a Budionni.

—¿Ya sabes dónde se encuentra su cuartel general? —preguntó Stalin.

—No, todavía no... Lo buscaré...

Stalin decidió enviar a Molotov y a Malenkov a aquel infierno para asumir el control; y repartir las culpas. El caos era tal que Zhukov no pudo encontrar a Budionni. Cuando llegó a Maloyaroslávets, encontró un pueblo totalmente desierto, en el que sólo quedaba el conductor en un todoterreno, que se había quedado dormido y que resultó ser el chófer de Budionni. El mariscal estaba en el soviet del distrito, intentando encontrar a sus propias tropas en el mapa. Los dos oficiales de caballería se fundieron en un caluroso abrazo. Budionni había impedido la detención de Zhukov durante el Gran Terror, pero ahora era un hombre vencido por la confusión y el cansancio. A la mañana siguiente, Stalin ordenó a Zhukov que regresara al cuartel general del frente occidental, al norte de Mozhaisk, y que asumiera el mando.

* En 1966, cuando se publicaron en Moscú las memorias de Zhukov, este episodio fue considerado demasiado peligroso para ser incluido en ellas. No aparecería hasta 1990, cuando vio la luz la versión íntegra de las mismas.

Allí encontró a Molotov, Malenkov, Voroshilov y Bulganin enzarzados en una agria discusión para encontrar un chivo expiatorio: estalló una gran bronca entre Koniev y Voroshilov acerca de quién había ordenado tal o cual retirada. La vida de Koniev quedó pendiente de un hilo cuando Voroshilov chilló que era un «traidor». Nikolai Bulganin, un antiguo agente de la Cheka, rubio con perilla, que había sido alcalde de Moscú y máximo dirigente del Banco del Estado, apoyaba sus palabras. Aquel seductor de mujeres, aparentemente afable, que se dedicaba a cultivar una elegancia aristocrática, pero al que Beria apodaba «el Fontanero» por su trabajo en las cloacas de Moscú, era retorcidamente ambicioso y cortésmente despiadado: deseaba que fusilaran a Koniev, probablemente para salvar su propio pellejo.

Stalin telefoneó para ordenar la detención de Koniev, pero Zhukov convenció al generalísimo de que lo necesitaba como ayudante.

—Si Moscú cae —sentenció el Vozhd en tono amenazador— rodarán vuestras dos cabezas... ¡Organiza inmediatamente el frente occidental y pasa a la acción!

Dos días más tarde, Molotov llamó a Zhukov y amenazó con fusilarlo si no conseguía detener la retirada. Zhukov le contestó que si él sabía hacerlo mejor, que viniera y se encargara de todo. Molotov le colgó el teléfono.

Zhukov reforzó la resistencia a pesar de contar sólo con noventa mil hombres para defender Moscú. Intentó ganar tiempo, y las refriegas y los combates alcanzaron unas cotas de violencia sin precedentes. El 18 de octubre, Kalinin se derrumbó en el norte y Kaluga en el sur, y el campo de batalla de Borodino estaba plagado de Panzers. La nieve caía, luego se derretía, y formaba un cenagal resbaladizo que durante un tiempo impidió el avance de los alemanes. Ambos bandos combatieron heroicamente, tanque contra tanque, como dos colosos enzarzados en una lucha en medio de un océano de barro.[22]

35

«¿Podéis defender Moscú?»

Stalin controlaba todos los aspectos de la batalla, haciendo listas de hombres y tanques en su cuadernito de tapas de piel.

—¿Están otra vez escondiéndome las armas? —preguntó a Voronov.

Ya el 3 de agosto había ordenado en secreto la creación de una reserva especial de tanques para Moscú: esos carros blindados no debían «ser entregados a nadie», según especificó. Pero a los visitantes les extrañó el tono de Zhukov: hablaba al Vozhd «en un tono imperativo y seco, como si fuera el oficial superior, y Stalin lo aceptaba».[1]

El Vozhd intensificó una y otra vez el grado de crueldad. Probablemente fuera entonces cuando subrayó el pasaje de D'Abernon en el que se dice que los alemanes temían a sus propios oficiales más que al enemigo. Primero desencadenó la política de «tierra quemada» cuya finalidad era «destruir y reducir a cenizas todas las zonas habitadas que quedaran en la retaguardia de los alemanes hasta una distancia de 40 a 60 km de la línea del frente». Beria, Mejlis y el jefe de los Departamentos Especiales, cuya importancia era cada vez mayor, Abakumov, informaban cada semana de las detenciones y fusilamientos efectuados entre las tropas soviéticas: por ejemplo, Beria escribió a Mejlis durante la batalla de Moscú diciendo que 638.112 hombres habían sido detenidos en la retaguardia desde el comienzo de la guerra, 82.865 de los cuales habían sido encarcelados, mientras que Abakumov comunicaba a Stalin que en una semana sus Departamentos habían detenido a 1.189 desertores y habían fusilado a 505. Pues bien, en el frente de Moscú, los «batallones de intercepción» de Bulganin se dedicaron a aterrorizar a los cobardes, deteniendo a 23.064 «desertores» en sólo tres días.[2] Existe el mito de que la única vez que Stalin cesó la guerra contra su propio pueblo fue durante los años 1941-1942, pero lo cierto es que ese período arroja un balance de 994.000 soldados condenados y 157.000 fusilados, esto es, más de quince divisiones.[3]

Beria se dedicó también a liquidar a sus viejos prisioneros: el 13 de octubre, la esposa de Poskrebishev, la otrora chispeante Bronka, fue fusilada, hecho que, como el asesinato de los Svanidze, sólo podría haberse producido por orden de Stalin. Cuando se retiraban, los hombres del NKVD arrojaban granadas a sus cárceles o trasladaban a sus presos al interior del país. El 3 de octubre, Beria liquidó a 157 presos «célebres» como Kameneva, hermana de Trotski y viuda de Kamenev, en el Bosque de Medvedev, cerca de Orel. El día 28, ordenó el fusilamiento de otras veinticinco personas, entre ellas el antiguo general en jefe de la fuerza aérea, Rychagov, que se había pronunciado en contra de los «ataúdes volantes» de Stalin. Los 4.905 desdichados que aguardaban en el corredor de la muerte fueron liquidados en ocho días.[4]

En las calles de Moscú, las cadenas del control estalinista se rompieron ante el temor a los ejércitos alemanes. La ley y el orden se vinieron abajo. El 14 de octubre, fueron saqueadas las tiendas de productos alimenticios, lo mismo que los pisos vacíos. Los refugiados se agolpaban por las calles, acosados por bandas de desesperados. Flotaba sobre la ciudad el humo de las hogueras encendidas por los funcionarios que quemaban documentos. En la estación de Kursk, «una muchedumbre de mujeres, niños y ancianos llenaba la plaza. El frío era glacial. Los niños lloraban», pero la muchedumbre esperaba «paciente y sumisamente». Cien soldados cogidos del brazo formaron una barrera para contener a la multitud. Algunos comisariados y las familias de la mayoría de los funcionarios fueron evacuados a Kuibishev. Las baterías antiaéreas iluminaban el cielo, mientras que el Kremlin, medio desierto, con todas las luces apagadas, había sido camuflado convenientemente: sobre las murallas que dan al río había sido colgado un gigantesco telón pintado con las fachadas de una fila de casas, una verdadera aldea de Potemkin.*

Beria, Malenkov y Kaganovich, según los guardaespaldas de Stalin, «perdieron el control de sus nervios» y alentaron la huida de la población. «Nos cazarán como a conejos», dijo Beria en una reunión, defendiendo el abandono inmediato de Moscú. Los jerarcas aconsejaron a Stalin que se refugiara en Kuibishev. Beria mandó llamar a Sudoplatov, su experto en «tareas especiales», a su despacho de la Lubianka, donde se encontraba en compañía de Malenkov, y le ordenó que pusiera cartuchos de dinamita en los principales edificios, desde el metro de Kaganovich hasta el estadio de fútbol. La noche del 15 de octubre, Beria contribuyó a empeorar las cosas convocando una reunión de

* La expresión «aldea de Potemkin» se utiliza en inglés para referirse a una fachada o espectáculo impresionante que sirve para enmascarar o distraer la atención de algún hecho o condición indeseable o embarazosa: «cortina de humo».

El origen de esta locución está en los pueblos falsos que el príncipe Potemkin mandó construir en Crimea y Ucrania con motivo de una gira que Catalina la Grande llevó a cabo para comprobar los progresos realizados en la zona. La zarina regresó maravillada y completamente ajena al engaño. (*N. del t.*)

los líderes locales del Partido en su despacho, trasladado al sótano a prueba de bombas del n.º 2 de la calle Dzerzhinski, y anunciando: «Las comunicaciones con el frente han quedado interrumpidas». Les ordenó evacuar «a todos los que no estén en condiciones de defender Moscú. Repartid comida entre la población». Se produjeron disturbios en las fábricas debido a que los trabajadores no podían entrar en ellas porque los edificios habían sido minados. Molotov dijo a los embajadores que serían evacuados de inmediato.[5]

El propio Stalin mostraba un aspecto de inescrutabilidad solitaria, sin revelar sus planes a nadie, mientras que los jerarcas se preparaban para la evacuación. Cuando se intensificaron las incursiones aéreas sobre Moscú, Stalin subió a la terraza de su dacha de Kuntsevo y estuvo observando los combates. En un momento determinado, mientras observaba las operaciones desde su jardín, cayeron junto a él unos fragmentos de metralla y Vlasik se los entregó todavía calientes. Una noche se presentó a visitar a su padre Vasili Stalin. Cuando un avión alemán pasó en vuelo rasante sobre la casa, los guardias no quisieron abrir fuego contra él porque no deseaban llamar la atención sobre la residencia del Vozhd.

—¡Cobardes! —exclamó Vasili, disparando él mismo los cañones.

Stalin salió de la casa:

—¿Ha dado a alguno? —preguntó.

—No, no ha acertado a ninguno.

—Ganador del premio de tiro Voroshilov —dijo secamente.

Pero la tensión empezaba a hacer mella en él: nadie podía creer cuánto había envejecido en poco tiempo. El Vozhd se había convertido en un «hombre bajo, ojeroso y cansado ... su mirada había perdido el aplomo que siempre lo había caracterizado, su voz carecía de seguridad». Jrushchov se sintió desconcertado al ver a aquel «saco de huesos». En una ocasión Andreyev y su hija Natasha salieron a dar una vuelta por el Kremlin helado y vieron a Stalin paseando arriba y abajo junto a las almenas, completamente solo y, como de costumbre, vestido con poca ropa, sin guantes y con el rostro amoratado por el frío. En los escasos momentos que tenía libres, seguía leyendo libros de historia: fue entonces cuando garabateó en una nueva biografía de Iván el Terrible la frase «Maestro, maestro», y a continuación anotó: «¡Venceremos!». Su humor oscilaba entre la valentía espartana y las bravatas histéricas. Koniev se quedó de piedra cuando recibió una llamada en la que el Vozhd le dijo llorando:

—El camarada Stalin no es un traidor. El camarada Stalin es un hombre honorable. Su único error ha sido confiar demasiado en la caballería.

A Koniev le llegaban noticias incesantes sobre continuos «avistamientos» de paracaidistas nazis aterrizando en el centro de Moscú.

—¿Paracaidistas? ¿Cuántos? ¿Una compañía?

Stalin seguía dando alaridos por teléfono cuando llegó un general para presentarle un informe:

—¿Y quién los ha visto? ¿Los has visto tú? ¿Y dónde han aterrizado? Estás loco ... Te digo que no lo creo. ¡La próxima cosa que me dirás es que han aterrizado en tu despacho! —colgó violentamente el teléfono—. Llevan martirizándome con lamentos sobre paracaidistas alemanes varias horas. No me dejan trabajar. ¡Pamplinas![6]

El personal de Stalin se preparó para marcharse, sin consultar ni siquiera con él. Las dachas fueron preparadas para su inminente voladura. Se dispuso un tren especial, situado en una vía muerta secreta, cargado con todas las pertenencias de sus casas, como por ejemplo su amada biblioteca. Había cuatro aviones Douglas DC-3 de fabricación americana listos para despegar.

A última hora del día 15 de octubre, Stalin ordenó a sus guardaespaldas que lo condujeran a la finca de Kuntsevo, que había sido clausurada y minada. El comandante le dijo que no podían entrar, pero el Vozhd insistió:

—Quitad las minas en dos o tres horas, encended la estufa de la caseta y trabajaré allí.

A la mañana siguiente volvió al Kremlin más temprano de lo habitual. Por el camino, aquel amante del orden se quedó sorprendido al ver a la muchedumbre saqueando las tiendas situadas a lo largo de la carretera. Sus guardaespaldas cuentan que ordenó que detuvieran el coche en la plaza Smolensko, donde enseguida se vio rodeado de una multitud que le planteó cuestiones bastante pertinentes, como por ejemplo:

—¿Cuándo detendrá el ejército soviético al enemigo?

—El día está cerca —contestó antes de proseguir su camino hacia el Kremlin.[7]

A las ocho de la mañana, Mikoyan, que había estado trabajando como de costumbre hasta las seis, fue despertado y mandado llamar. A las nueve, los jerarcas se reunieron en el piso de Stalin para discutir la gran decisión de la guerra. El Vozhd propuso evacuar a todo el gobierno a Kuibishev, para que el ejército pudiera defender la capital y entretener a los alemanes combatiendo hasta que se estuviera en condiciones de movilizar los reservistas. Molotov y Mikoyan recibieron la orden de organizar la evacuación, encargándose a Kaganovich la tarea de proporcionar los trenes. Stalin propuso que todo el Politburó se marchara ese mismo día y añadió para sorpresa de todos:

—Yo me iré mañana por la mañana.

—¿Por qué nos vamos a ir nosotros hoy, si tú te vas mañana? —preguntó lleno de indignación Mikoyan—. Nosotros podemos irnos también mañana. Shcherbakov y Beria no deberían irse hasta que hayan organizado la resistencia clandestina. Yo también me quedaré y me iré mañana contigo.

Stalin se mostró de acuerdo. Molotov y Mikoyan empezaron a dar instrucciones a los comisarios del pueblo: en el Comisariado de Asuntos Exteriores se recibió una llamada a las once de la mañana por la que se ordenaba que todo el mundo se presentara inmediatamente en la estación de Kazán. Ya

en el ascensor, después de salir del despacho de Stalin, Kaganovich le dijo a Mikoyan:

—Oye, cuando os vayáis, avísame, por favor, para no quedarme atrás.

Mientras los máximos dirigentes entraban y salían del despacho de Stalin, a sus familias se les dio sólo una hora para evacuar la ciudad.* A las siete de la tarde del día siguiente, Ashken Mikoyan y los tres jóvenes Mikoyanchiks, junto con el presidente Kalinin y otras familias encumbradas, subieron al tren del CC. En la estación fuertemente custodiada, se reunieron unas cuantas mujeres envueltas en abrigos de pieles que charlaban con sus hijos, perfectamente vestidos, en medio de la humareda de los trenes, mientras los soldados cargaban cuidadosamente baúles y cajas marcadas con el letrero: «Frágil-Cristal». Poskrebishev se echó a llorar al dejar en el tren a su hija Nadia, de sólo tres años, con su niñera; la criatura no sabía que su madre, Bronka, había sido ejecutada tres días antes. El secretario del Vozhd prometió ir a visitar a su hija lo antes posible, y regresó a toda prisa al lado de Stalin. Mientras esperaba, Valentin Berezhov, el intérprete de Molotov, se dio cuenta de que los charcos de nieve derretida se habían helado. Los Panzer alemanes podrían avanzar de nuevo.

Zhukov decidió seguir al pie del cañón. Pero podía sentir el pánico que reinaba en las altas esferas. Estaba convencido de que podía salvar Moscú, le dijo a un editor que había ido a visitarlo, «pero y ÉSOS, ¿lo están?», preguntó refiriéndose a Stalin y a los jerarcas del Kremlin.[8]

Aquella noche, cuando los altos dignatarios llegaron al Kremlin, se encontraron un lugar abandonado, casi fantasmal. Cuando un comisario entró en el piso de Stalin, éste salió de su dormitorio, fumando y caminando nerviosamente, con su vieja guerrera y unos pantalones bombachos metidos en las botas. Se dio cuenta de que las estanterías estaban vacías, los libros habían sido cargados en el tren. Nadie se sentó. A continuación Stalin dejó de dar vueltas arriba y abajo:

—¿Cómo está la situación en Moscú?

Los jerarcas guardaban silencio, pero un comisario de menor rango tomó la palabra: el metro no funcionaba y las panaderías estaban cerradas. En las fábricas se creía que el gobierno había huido. En la mitad de ellas no se había co-

* En la lejana ciudad de Kuibishev, la antigua Samara, a orillas del Volga, elegida como nueva capital en caso de que fuera preciso abandonar Moscú, varios edificios, entre otros la sede local del Partido y una mansión situada en un estrecho barranco junto a la empinada margen del Volga, rodeada de paseos pavimentados que daban al río, fueron preparadas para acoger a Stalin. Se construyó un refugio antiaéreo especial, al que se accedía por ascensor, desde el cual pudiera gobernar lo que quedara de Rusia. Svetlana Stalin fue instalada en una casita provista de patio junto a su ama de llaves, Alexandra Nakashidze, y Galina, la esposa de Vasili, que se hallaba encinta, y la hija de Yakov, Gulia (sin su madre, que ya había sido detenida). Kalinin y su amante compartían una casita con los Mikoyan, y los Jrushchov otra con los Malenkov. Los Poskrebishev, los Litvinov y otros se alojaban en el sanatorio local.

brado. Los trabajadores creían que el presidente del Banco Estatal se había fugado con el dinero.

—Bueno, no está tan mal. Pensaba que sería peor.

Stalin ordenó traer el dinero que había sido enviado a Gorki. Shcherbakov y Pronin, secretario general del Partido y alcalde de Moscú respectivamente, debían restaurar el orden y transmitir por radio la noticia de que Moscú tenía que resistir hasta la última gota de sangre: Stalin seguía en el Kremlin. Los líderes se dirigieron cada uno a un punto distinto de la ciudad: Mikoyan apareció ante cinco mil obreros levantiscos de la fábrica de automóviles Stalin, que no habían cobrado. Pero seguía reinando el pánico: los rezagados y los ladrones patrullaban por las calles. Incluso la embajada británica, situada enfrente del Kremlin, al otro lado del río Moscova, fue saqueada cuando salieron huyendo sus guardianes. Las unidades de demolición minaron los dieciséis puentes de Moscú.

* * *

Stalin estuvo vacilando durante dos largos días. Nadie sabe cuáles fueron exactamente sus movimientos, pero lo cierto es que no volvió a aparecer por su despacho. En realidad, a aquellas alturas de la lucha legendaria por Moscú el generalísimo se acostaba en un jergón dispuesto en una de las salas subterráneas del metro y se tapaba con su capote, como si se tratara de un vagabundo omnipotente. El sistema de trabajo de Stalin revela una lamentable falta de preparación para la guerra. Se producían frecuentes incursiones aéreas, pero no había búnkeres ni en el Kremlin ni en Kuntsevo. Mientras Kaganovich supervisaba la construcción urgente de búnkeres diseñados con toda precisión en el despacho de Stalin, el generalísimo tuvo que trasladarse a trabajar al único centro de mando propiamente dicho que había disponible, a saber, el cuartel general de la defensa aérea, en una casa situada en el número 33 de la calle Kirov (calle Miasnitskaya), donde disponía de una alcoba. Durante las incursiones aéreas, bajaba en ascensor a trabajar a la estación de metro de Kirov (actualmente Chistye Prudy) hasta que el 28 de octubre cayó una bomba en el patio de la casa. Entonces empezó a trabajar permanentemente en la estación, en la que incluso dormía.[9]

En el metro, se encerraba en un compartimento especialmente construido para él que estaba aislado por medio de planchas de madera chapada de los trenes que iban y venían. Buena parte del personal bajo su mando dormía en los vagones aparcados en la estación, mientras que el Estado Mayor trabajaba en la estación de metro de Belorusski. Los despachos, escritorios y compartimentos-dormitorio en los que se dividía aquel cuartel general subterráneo se prolongaban un buen trecho por debajo de la calle Kirov. El paso de los trenes hacía que las hojas de papel salieran volando, por lo que era preciso clavarlas con chinchetas a las mesas. Después de trabajar durante todo el día en aquellas ofi-

cinas subterráneas, Stalin se iba dando un paseíto hasta su compartimento-dormitorio a primeras horas de la madrugada. Vlasik y sus guardaespaldas montaban guardia alrededor de aquel frágil refugio y probablemente durmieran junto a la puerta, como los escuderos de un rey de la Edad Media. Un coronel del Estado Mayor, Sergei Shtemenko, un cosaco eficiente y carismático de treinta y cuatro años, con un lustroso bigote negro, colaboraba estrechamente con Stalin y a veces simplemente «echaban un sueñecito juntos», usando sus capotes para taparse, en unas colchonetas colocadas en el despacho. Cuesta trabajo imaginarse a cualquier otro señor de la guerra viviendo de esa forma, pero Stalin estaba acostumbrado a dormir de ese modo como había hecho en otro tiempo, cuando era un joven revolucionario.[10]

* * *

El día 17 de octubre, Shcherbakov pronunció su discurso retransmitido por radio, con el que pretendía restaurar la moral de los habitantes de Moscú. Su alocución no surtió demasiado efecto, pues las calles siguieron atestadas de pandillas de desertores y refugiados que amontonaban sus pertenencias en carretas. Stalin continuaba debatiendo si se iba de Moscú o no, pero por fin llegó el momento, probablemente a última hora de la noche del día 18, en que se vio obligado a tomar una decisión. El general de aviación Golovanov recordaba haber visto al Vozhd deprimido e indeciso. «¿Qué debo hacer?», repetía una y otra vez, «¿qué debo hacer?».

En el momento más trascendental de su carrera, Stalin discutió su decisión con generales y comisarios, guardaespaldas y criados, y naturalmente leyó sus libros de historia. En aquellos momentos estaba leyendo la biografía, publicada en 1941, de Kutuzov, que había abandonado Moscú. «Hasta el último minuto —subrayó con fuerza el Vozhd—, nadie supo lo que pretendía hacer Kutuzov.» De vuelta en su piso, Valechka, vestida siempre con su delantal blanco, servía cariñosamente la cena a Stalin y a sus jerarcas. Cuando parecía que algunos se inclinaban por la evacuación, los ojos de Stalin cayeron sobre el rostro de su amante «siempre sonriente».

—Valentina Vasilevna —le preguntó el Vozhd de repente—, ¿estás preparándote para irte de Moscú?

—Camarada Stalin —respondió la mujer con el acento campesino que la caracterizaba—, Moscú es nuestra madre, nuestro hogar. Hay que defenderla.

—¡Así hablan los moscovitas! —dijo el Vozhd a los miembros del Politburó.

Parece que Svetlana también se manifestaba en contra de abandonar Moscú, pues escribió desde Kuibishev diciendo: «¡Querido papá, mi alegría adorada, hola! ... Papá, ¿por qué siguen acercándose cada vez más los alemanes? ¿Cuándo van a recibir todos los palos que se merecen? Al fin y al cabo, no podemos seguir dejando en sus manos todas nuestras ciudades industriales».

Stalin llamó a Zhukov y le preguntó:

—¿Estamos seguros de que podemos defender Moscú? Te lo pregunto con harto dolor de mi corazón. Dime la verdad, hablando como un bolchevique.*

Zhukov contestó que la ciudad podría resistir.

—Resulta muy reconfortante ver que estás tan seguro.[11]

Stalin ordenó a sus guardaespaldas que lo llevaran «lejos», a su dacha de Semionovskoe, que estaba a más distancia de la zona de combate que Kuntsevo. Beria contestó en georgiano que también aquella casa había sido minada. Pero el Vozhd insistió airadamente en que lo llevaran. Una vez allí, encontró al oficial al mando empaquetando las últimas pertenencias.

—¿Qué clase de mudanza estáis haciendo aquí?

—Camarada Stalin, nos estamos preparando para la evacuación a Kuibishev.

Es posible también que el Vozhd ordenara a su chófer que lo llevara al tren especial que se hallaba aparcado y estrechamente vigilado en el entronque de Abelmanovski, que se utilizaba habitualmente para almacenar traviesas de madera. Un testigo que se encontraba en el despacho del Vozhd recuerda cómo estuvo paseando arriba y abajo a lo largo del tren. Mikoyan y Molotov no mencionan la anécdota, y cualquier indicio de que Stalin pudiera haberse acercado a un tren habría provocado un pánico generalizado, pero aquél era el tipo de escena melodramática que al Vozhd le habría encantado protagonizar. De haberse producido realmente, la imagen de su pequeña figura delgada «con el rostro cansado y ojeroso», vestido con un capote raído del ejército y calzado con botas, paseándose junto a una vía muerta casi abandonada, pero estrechamente vigilada, envuelto en el vapor de la locomotora, siempre dispuesta, resulta emocionalmente tan potente como decisiva desde el punto de vista histórico, pues Stalin ordenó a los oficiales destinados a su dacha que detuvieran las labores de embalaje:

—No hay evacuación. Nos quedaremos aquí hasta la victoria —dijo «con calma, pero con firmeza».

Cuando regresó al Kremlin, reunió a sus guardaespaldas y les comunicó:

—No me voy de Moscú. Y vosotros os quedaréis aquí conmigo.

Ordenó además a Kaganovich que cancelara el tren especial.[12] El sistema estalinista permitía a los jerarcas, que oscilaban entre el derrotismo y la actitud desafiante, llevar a cabo cada uno su propia política hasta que Stalin se pronunciaba. Entonces su palabra era la ley. La noche «húmeda y brumosa» del 18 de octubre, el equipo al cargo de la defensa de la ciudad se reunió en el despacho de Beria, donde el georgiano «intentó convencernos de que nos convenía abandonar Moscú. En su opinión —escribe uno de los presentes—, debíamos

* Zhukov recuerda que volvió a hacerle esta misma pregunta a mediados de noviembre, pero V. P. Pronin, presidente del soviet (alcalde) de Moscú, recordaba que la pregunta la hizo Stalin el «16 o 17 de octubre». Lo más seguro es que la hiciera varias veces.

retirarnos al otro lado del Volga. ¿Con qué vamos a defender Moscú? No tenemos nada ... Aquí nos asfixiarán a todos». Malenkov estaba de acuerdo con él. Molotov, todo hay que decirlo, «planteó objeciones». Los otros «guardaron silencio». Se decía que Beria era el principal partidario de la retirada, aunque la verdad es que acabaría convirtiéndose en el chivo expiatorio de todas las cosas desagradables ocurridas en tiempos de Stalin. El máximo dirigente del Partido en Moscú, el alcohólico Shcherbakov también quería retirarse y, según parece, llegó a perder la compostura: más tarde, «en un estado de verdadero terror», preguntó a Beria qué iba a ocurrir si Stalin se enteraba de lo ocurrido.

El día 19, a las 15.40, Stalin convocó a sus jerarcas y generales en la «pequeña esquina». El Vozhd «se dirigió a la mesa y dijo»:

—La situación es bien conocida de todos. ¿Debemos defender Moscú?

Nadie respondió. El silencio era «lúgubre». Stalin aguardó unos instantes y añadió:

—Si no queréis hablar, pediré a cada uno que me dé su opinión —y empezó por Molotov, que dijo lo que pensaba.

—Debemos defender Moscú.

Todos, incluso Beria y Malenkov, dieron la misma respuesta. Beria se había convertido al parecer de Stalin, como reconoce su hijo: «Mi padre no habría actuado nunca como lo hizo si no hubiera conocido ... [y] previsto las reacciones [de Stalin]».

—Si os vais, Moscú se perderá —declaró Beria.

Shcherbakov era uno de los que parecía dudoso.

—Vuestra actitud puede explicarse de dos maneras —comentó Stalin—. O sois una pandilla de inútiles y de traidores o sois un hatajo de idiotas. Prefiero consideraros idiotas —a continuación expresó su opinión y mandó a Poskrebishev que hiciera pasar a los generales.

Cuando llegaron Telegin y el comandante en jefe de Moscú, el general del NKVD Artemev, Stalin deambulaba arriba y abajo por la estrecha alfombra del despacho, mientras fumaba en su pipa. «Las caras de los presentes —recuerda el comisario Telegin— ponían de manifiesto que acababa de tener lugar una discusión tormentosa y que los ánimos seguían caldeados. Volviéndose hacia nosotros, Stalin preguntó»:

—¿Cuál es la situación en Moscú?

—Alarmante —comunicó Artemev.

—¿Qué proponéis? —preguntó el Vozhd en tono imperativo.

—Debe declararse el estado de sitio en Moscú —contestó Artemev.

—¡Correcto!

Stalin ordenó a su «mejor escribiente», Malenkov, que redactara la orden. Cuando Malenkov leyó ante los demás su altisonante decreto, Stalin se enojó tanto que se levantó de mala manera y «literalmente le arrancó de las manos aquellas hojas de papel». Luego dictó rápidamente el decreto a Shcherbakov,

ordenando «el fusilamiento en el acto» de quien resultara sospechoso de desacato.

Stalin designó a las divisiones encargadas de proteger Moscú, nombrando a muchas de ellas de memoria, y luego convocó directamente a sus comandantes. Los hombres del NKVD se echaron a la calle, y se dedicaron a ejecutar a los desertores, incluso a los porteros de las casas, que hubieran intentado abandonar la ciudad. La decisión de quedarse en Moscú y de combatir había sido tomada. La presencia de Stalin en la capital, decía el líder de la Internacional Comunista Dmitrov, equivalía a todo «un ejército de buen tamaño». El Vozhd se sintió rejuvenecido al poner fin a la incertidumbre: cuando un comisario le llamó por teléfono desde el frente para discutir la evacuación al este, Stalin le interrumpió diciéndole:

—Mira si tus camaradas tienen palas.

—¿Qué, camarada Stalin?

—Que si tenéis palas.

El comisario preguntó a sus compañeros si tenían palas:

—¿Qué clase de palas, camarada Stalin? ¿De las corrientes o de las de cavar?

—No importa.

—¡Sí, sí, tenemos palas! ¿Qué debemos hacer con ellas?

—Diles a tus camaradas —respondió Stalin con toda tranquilidad— que cojan sus palas y caven su propia tumba. No abandonaremos Moscú. Y ellos tampoco lo harán...

Incluso en aquellos momentos, los cortesanos de Stalin se peleaban unos con otros. Stalin ordenó a Molotov que se trasladara a Kuibishev e investigara a Voznesenski, que presidía el gobierno en esa ciudad.

—Que Mikoyan me acompañe —repuso Molotov.

—No soy un apéndice tuyo —gritó Mikoyan—, ¿o sí?

—¿Por qué no lo acompañas? —propuso Stalin. Cinco días más tarde ordenaba su regreso.[13]

Los Panzer seguían avanzando sobre la nieve helada y amenazaban con rodear Moscú. A Zhukov no le quedaban tropas de reserva. Habiendo perdido a tres millones de soldados desde el mes de junio, el cuadernito de Stalin estaba casi vacío. Como si fuera un tendero despótico ayudado por un hijo gordo que hiciera las veces de contable, Stalin guardaba celosamente sus reservas secretas, mientras Malenkov, a su lado, le llevaba las cuentas. Cuando el Vozhd preguntó en una ocasión a cierto general qué era lo que podría salvar a la capital, éste respondió:

—Los reservistas.

—Cualquier idiota —comentó de mala manera Stalin— sería capaz de defender la ciudad con los reservistas.

El dictador le concedió generosamente quince tanques, ante lo cual Malenkov señaló que era todo lo que les quedaba. Curiosamente, en pocos meses

los grandes recursos militares de aquel imperio infinito habían quedado reducidos a quince tanques anotados en un cuaderno. En Berlín, la Oficina de Prensa del Reich afirmaba que «Rusia está acabada», pero la férrea distribución que hizo Stalin de sus reservas, junto con la forma de combatir de Zhukov, tan brillante como brutal, no tardó en hacer saber a los alemanes de quién eran las máquinas que empezaban a sufrir las penalidades del barro y el hielo, mientras los hombres se congelaban de frío y caían exhaustos. Una vez más se detuvieron para preparar la embestida final, convencidos de que los recursos de Stalin se habían agotado. Pero en aquel cuaderno había una página de la que no se acordaba nadie.

El ejército del Extremo Oriente de Stalin, formado por setecientos mil hombres, montaba guardia frente a Japón, pero a finales del mes de septiembre, Richard Sorge, el espía al que Stalin llamaba gerente de burdel, informó de que Japón no iba a atacar a Rusia. El 12 de octubre, Stalin discutió la noticia con sus sátrapas del Extremo Oriente, que confirmaron la ausencia de intenciones hostiles de Tokio, según los servicios secretos locales. Kaganovich organizó un transporte de trenes directos que, en cuestión de días y horas, trajo a cuatrocientos mil soldados de refresco, mil tanques y otros tantos aviones a lo largo de las estepas de Eurasia, en uno de los milagros logísticos más decisivos de la guerra. El último tren emprendió el viaje el 17 de octubre y aquellas legiones secretas empezaron a congregarse detrás de Moscú.[14]

* * *

Stalin se trasladó a su nuevo búnker del Kremlin, una réplica exacta de la «pequeña esquina», incluso en el revestimiento de madera de las paredes, aunque sus largos pasillos se parecían más bien a los de «un coche-cama. A la derecha había una fila de puertas», cada una vigilada por un «pesado guardia de seguridad». Los oficiales esperaban en «uno de los compartimentos-dormitorio de la izquierda» hasta que aparecía Poskrebishev y los dejaba pasar a una «sala espaciosa y bien iluminada, con un gran escritorio en una esquina», donde se encontraban a Stalin dando paseos, acompañado habitualmente de su jefe del Estado Mayor, un oficial y caballero enfermo, el mariscal Shaposhnikov.

Poco más joven que el Vozhd, con su escaso pelo peinado con raya en medio y un rostro amarillo y cansado de pómulos tártaros, Shaposhnikov parecía «movido por algún rito especial de vudú, pues tenía un aspecto cadavérico (como si llevara por lo menos tres meses muerto) e incluso de vivo debía de haber sido siempre muy, muy viejo», según decía un diplomático británico. Shaposhnikov llamaba a todo el mundo *golubchik*, «querido amigo», y a Stalin le encantaba la amabilidad de aquel antiguo coronel zarista. Un día en que ciertos generales no le presentaron sus informes, Stalin preguntó airadamente a Shaposhnikov si los había castigado. «Oh sí», respondió éste: les había echado

una «severa regañina». A Stalin no le sorprendió semejante respuesta lo más mínimo.

—¡Para un soldado eso no es castigo! —dijo.

Pero Shaposhnikov le explicó pacientemente «la vieja tradición militar según la cual, si el jefe del Estado Mayor echa una regañina [a un oficial], la parte culpable debe presentar su dimisión». Stalin no pudo por menos que reírse de aquella antigualla. Sin embargo, Shaposhnikov era un superviviente: había atacado a Tujachevski durante los años veinte, había actuado como juez de este mismo mariscal en 1937, e incluso había denunciado a un cocinero saboteador por haber salado demasiado la carne. Nunca firmaba nada sin comprobar primero de qué se trataba. En presencia de Stalin «no tenía opinión». Aunque nunca renunciaba a su parecer, nunca se oponía a ser desautorizado. Era el único general al que Stalin llamaba por su nombre y su patronímico y el único al que permitía fumar* en su despacho.[15]

La guerra había llegado efectivamente al Kremlin, que en aquellos momentos se hallaba salpicado de cráteres producidos por las bombas. Mikoyan sufrió una caída a resultas de un bombardeo. El 28 de octubre, Malenkov estaba trabajando en la plaza Vieja cuando Stalin lo llamó al Kremlin: apenas había salido de allí cuando una bomba alemana destruyó el edificio. «Te he salvado la vida», le diría el Vozhd.

Un día, Stalin insistió en que quería ver cómo operaba una batería de artillería contra las posiciones alemanas. Beria, que era el responsable, estaba muy preocupado, no fueran a echarle las culpas si algo salía mal. El coche y los guardaespaldas del Vozhd cogieron la carretera de Volokolamsk en dirección al frente, pero cuando estuvieron cerca de la línea de fuego, Vlasik se negó a seguir adelante. Stalin tuvo que mirar las explosiones desde la distancia. En ese momento los disparos de un tanque alcanzaron su limusina, hecho que puso nerviosísimos a sus guardaespaldas. Beria obligó a Stalin a cambiar de coche y a regresar. Pero el Vozhd había recobrado los ánimos: permitió incluso que Svetlana viniera a visitarlo un par de días, aunque luego no le hizo el menor caso y permaneció en el búnker, echando pestes de los privilegios de aquella «casta maldita» de la élite refugiada en Kuibishev. Pero lo más importante era que el gran actor-empresario había ideado una escena de teatralidad tan ingeniosa como cruel.[16]

* * *

* Nadie más fue invitado a imitar a Stalin, que fumaba constantemente. La concesión de este honor a Shaposhnikov recuerda el caso de la reina Victoria, que permitía graciosamente al anciano Disraeli tomar asiento durante las audiencias, siendo así el único primer ministro en disfrutar de semejante privilegio.

El 30 de octubre, Stalin preguntó de repente al general Artemev:

—¿Cómo vamos a hacer el desfile militar?

No podía haber desfile, repuso Artemev. Los alemanes estaban a menos de setenta kilómetros de la ciudad. Molotov y Beria pensaron que estaba bromeando. Pero Stalin siguió tan tranquilo sin hacerles caso:

—El 7 de noviembre se celebrará un desfile... Asistiré personalmente a él. Si durante el desfile se produce algún ataque aéreo y hay muertos y heridos, deberán ser retirados de inmediato para que el desfile pueda continuar. Debe filmarse un reportaje para su distribución por todo el país. Pronunciaré un discurso... ¿Qué os parece?

—¿Pero qué me dices del riesgo? —musitó Molotov—. Aunque reconozco que la reacción política... sería enorme.

—Pues está decidido.

Artemev preguntó cuándo daría comienzo el desfile.

—Encárgate de que no lo sepa nadie, ni siquiera yo —dijo el Vozhd— hasta el último momento.

Una semana después, los espías alemanes debieron de contemplar el extraño espectáculo de los moscovitas vigilados por los agentes de la Cheka, reuniendo butacas del teatro Bolshoi y bajándolas por las escaleras de la estación de metro Mayakovski. Aquella noche, los jerarcas tomaron el ascensor para bajar a es misma estación, en uno de cuyos andenes laterales se encontraron un tren parado con las puertas abiertas. En su interior había mesas con bocadillos y bebidas. Después de semejante refrigerio, tomaron asiento en aquellas butacas de teatro. A continuación, con un toque casi de vodevil, Stalin, Molotov, Mikoyan, Beria, Kaganovich y Malenkov se reunieron en la estación siguiente y se trasladaron en metro hasta la de Mayakovski. Ocuparon sus asientos en el palco del Politburó en medio de clamorosos aplausos. Levitan, el locutor, retransmitió el programa desde un vagón convertido en emisora de radio. La Orquesta del NKVD ejecutó las canciones de Dunaevski y Alexandrov. Kozlovski interpretó varias canciones. Stalin habló por espacio de media hora en un tono tranquilizador e hizo la siguiente advertencia: «Si quieren una guerra de extermino, la tendrán». A continuación, el general Artemev se acercó al Vozhd: el desfile estaba programado para las ocho de la mañana. Ni siquiera los oficiales implicados conocerían los detalles hasta las dos de la madrugada.

Poco antes de las ocho en punto, en medio de una tormenta de nieve y de un gélido viento que hacía imposible que se produjera un ataque aéreo de los alemanes, Stalin subió a la cabeza del Politburó los escalones de la tribuna del mausoleo, como en los viejos tiempos, salvo que era mucho más temprano y que todo el mundo estaba nerviosísimo. Beria y Malenkov ordenaron a su mago de los Servicios Especiales, Sudoplatov, que les informara en el propio mausoleo de si los alemanes atacaban. El favorito del público en los desfiles, Budionni, con el sable desenvainado en una mano y montado en un caballo

blanco, salió al trote desde las puertas Spasski, saludó y se dispuso a pasar revista a las tropas. Los carros blindados, entre ellos los T-34, aquella notable máquina de guerra, y los soldados dispuestos en columna, dieron una vuelta en forma de U a la altura de la catedral de san Basilio y luego se dirigieron a la calle Gorki.

Se produjo un momento de tensión cuando un pesado tanque Climent Voroshilov se detuvo bruscamente y dobló en la dirección equivocada, seguido por otro vehículo. Como los dos iban armados y Stalin estaba presenciado aquella metedura de pata, Artemev ordenó a sus subordinados que investigaran inmediatamente lo ocurrido. Una vez interceptados los tanques, sus tripulantes fueron interrogados y revelaron con cierta ingenuidad que el primer vehículo había recibido un mensaje diciendo que otro blindado tenía problemas; siguiendo el procedimiento para el que habían sido entrenados, los demás vehículos habían acudido en su ayuda. Cuando Artemev llevó la noticia al mausoleo, los jerarcas sintieron tanto alivio que se echaron a reír: nadie recibió castigo alguno. Stalin habló brevemente acerca de la lucha patriótica de la Rusia de Suvorov, Kutuzov y Alexander Nevski. La patria estaba en peligro, pero seguía en pie. Esa misma noche, como tenía que ser, el frío glacial de Rusia comenzó a actuar en serio.[17]

El 13 de noviembre, Stalin llamó por teléfono a Zhukov para planificar los contraataques que debían desequilibrar la ofensiva de los alemanes. Zhukov y el comisario Bulganin opinaban que sus recursos estaban tan mermados que no podían atacar, pero el Vozhd insistió.

—¿Qué tropas vamos a utilizar? —preguntó Zhukov.

—¡Considera zanjada la cuestión!

Stalin colgó el teléfono, pero inmediatamente llamó a Bulganin:

—Zhukov y tú os dais muchos aires. Pero voy a poner fin a todo eso.

A continuación Bulganin corrió al despacho de Zhukov:

—Bueno, parece que esta vez lo tengo difícil —dijo.

Los contraataques se reanudaron durante la contundente ofensiva alemana del 15 de noviembre, la última embestida lanzada contra Moscú. Los nazis rompieron las líneas. Stalin volvió a preguntar a Zhukov: «¿Podremos defender Moscú?».

—Moscú resistirá sin ningún género de dudas. Pero tenemos que disponer como mínimo de otros dos ejércitos y de no menos de doscientos tanques.

Stalin le proporcionó los ejércitos «pero por el momento, no tenemos tanques». Zhukov combatió contra los alemanes hasta que el 5 de diciembre, tras perder a 155.000 hombres en veinte días, se llegó a un punto muerto. En efecto, la *Blitzkrieg* de Hitler había fracasado. El 6 de diciembre Stalin puso a disposición de Zhukov otros tres ejércitos y ordenó el lanzamiento de una gran contraofensiva en los cuatro frentes más próximos.[18] Al día siguiente, Japón atacaba a Estados Unidos en Pearl Harbor.[19]

Zhukov hizo retroceder a los alemanes trescientos kilómetros. Pero incluso en aquella batalla a la desesperada, los generales no olvidaron en ningún momento la vanidad imperial de Stalin: del mismo modo que Mejlis había intentado obtener la victoria en Finlandia el día del cumpleaños del Vozhd, también ahora Zhukov y Bulganin dieron a Golubev, el comandante supremo del X Ejército, la siguiente orden: «Mañana será el cumpleaños de Stalin. Intenta hacer de esta fecha un día señalado tomando Balabanovo. Para incluir esta noticia en nuestro informe a Stalin, haznos saber lo que ha pasado no más tarde de las siete de la tarde del 21 de diciembre». La batalla de Moscú fue la primera gran victoria de Stalin, aunque fuera limitada. No obstante, enseguida lo dominó un peligroso exceso de optimismo, llegando incluso a decir al secretario de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, que había ido a visitarlo: «Los rusos ya hemos estado dos veces en Berlín y lo estaremos una tercera».* Costaría más millones de muertos y casi cuatro años llegar a Berlín. Zhukov estaba tan agotado que, incluso cuando Stalin llamaba por teléfono, sus asistentes contestaban:

—Zhukov está durmiendo y no podemos despertarle.

—No lo despertéis hasta que no se despierte solo —respondía benévolo el generalísimo—. Dejadlo dormir.[20]

* * *

El 5 de enero, el Vozhd, excesivamente seguro de sí mismo, reunió a Zhukov y a los otros generales para escuchar los planes de la gran ofensiva que iba a lanzarse desde Leningrado hasta el mar Negro para capitalizar la derrota de los alemanes a las puertas de Moscú.

—¿Quién desea hablar? —preguntó el Vozhd.

Zhukov criticó la ofensiva alegando que el ejército necesitaba más hombres y más tanques. Voznesenski también se manifestó en contra, diciendo que no estaba en condiciones de suministrar los tanques necesarios. Stalin insistió en la ofensiva, de modo que Malenkov y Beria arremetieron contra Voznesenski diciendo que «siempre encontraba objeciones insuperables e imprevistas».

—Con eso —dijo Stalin—, concluiremos la reunión.

En la antesala del Vozhd, el viejo Shaposhnikov intentó consolar a Zhukov:

—Habéis discutido en vano. Esos asuntos ya los tenía decididos de antemano el generalísimo...

—¿Entonces para qué pide nuestro parecer?

—No lo sé, querido amigo.[21]

El astuto e infatigable Beria, a la sazón de cuarenta y tres años, demostró

* En 1760, durante la guerra de los Siete Años, el general Todtleben, al servicio de la zarina Isabel, conquistó Berlín. Alejandro I capturó la capital de Prusia en 1813.

que era capaz de construirse todo un imperio al mismo tiempo que dirigía la guerra, y además logró proporcionar a Stalin los tanques y los cañones que necesitaba. Beria estaba ansioso por ganar puntos a expensas de Voznesenski, al que odiaba, y no tardó en superar a Molotov y a la generación mayor que la suya. No había industria demasiado compleja o demasiado grande que Beria no pudiera dominar: en muchos sentidos fue no sólo el Himmler de Stalin, sino también su Speer, otro gran arquitecto como él. Utilizaba las amenazas más pintorescas que era capaz de imaginar y, por ejemplo, hacía la siguiente pregunta a sus subordinados:

—¿Os interesa ver salir y ponerse el sol cada día? ¡Pues mucho cuidado!

A primeros de enero de 1942, en su piso, Stalin consultó a la gran troika industrial que formaban Beria, Malenkov y Mikoyan acerca de la escasez de armamento.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

Beria dibujó un diagrama con el que pretendía demostrar que Voznesenski no estaba produciendo suficientes cañones.

—¿Y qué podemos hacer?

—No lo sé, camarada Stalin —contestó Beria astutamente. El Vozhd le concedió de inmediato el control de aquella rama tan trascendental de la industria.

—Camarada Stalin, no sé si podré con ella ... No tengo experiencia en este tipo de cosas...

—No es experiencia lo que nos hace falta, sino un organizador fuerte... Usa a los presos como mano de obra.

Los ferrocarriles seguían constituyendo un terreno imposible de dominar, incluso para un hombre tan enérgico y vociferante como Kaganovich. En una ocasión, cuando el comisario Baibakov se presentó ante él para darle un informe, la Locomotora se levantó de un brinco y lo agarró por las solapas. Beria informó a Stalin del carácter violento de Kaganovich y de su costumbre de solucionarlo todo dando puñetazos en la mesa:

—Los ferrocarriles se deterioran porque [Kaganovich] no quiere escuchar los consejos... Lo único que hace es responder a todos hecho un basilisco.

Kaganovich fue criticado por lo mal que había llevado la evacuación de las industrias y, en dos ocasiones, fue destituido «por ser incapaz de trabajar en condiciones de guerra», pero no tardaría en volver. Molotov no salió mucho mejor librado en su gestión de la producción de carros blindados:

—¿Qué tal lo hace [Molotov]? —preguntó Stalin a Beria, acompañado de nuevo de Malenkov y Mikoyan.

—No tiene ninguna comunicación con las fábricas, no las gestiona como es debido... y celebra infinitas reuniones... —contestó Beria, que no tardó en añadir los tanques a su imperio particular. Molotov perdió los tanques, pero ganó el mundo. [22]

36

Molotov en Londres, Mejlis en Crimea, Jrushchov en crisis

El 8 de mayo el comisario de Asuntos Exteriores partía de la Unión Soviética rumbo a Londres en un bombardero cuatrimotor. Stalin le había encomendado la tarea de conseguir de los ingleses la promesa de un segundo frente y de arrancarles el reconocimiento de las fronteras de la URSS de 1941, en las que quedaban incluidas los estados bálticos.

Había encargado personalmente a su general de aviación favorito, Golovanov, el trazado de la ruta. «Stalin era un gran conspirador —recordaría más tarde Golovanov—. Se planeó el viaje en el más absoluto secreto. Tenía que esconder en la mesa el mapa de la ruta cada vez que mi ayudante entraba en mi despacho. Stalin ... me dijo que "sólo nosotros tres conocemos este plan: tú, Molotov y yo".»

«Mr. Brown», el nombre de Molotov en lenguaje cifrado, aterrizó en Escocia y fue recibido por Eden, con quien tomó un tren en Glasgow con dirección a Londres. Cuando se enteró de que la posibilidad de abrir un segundo frente y presionar a los alemanes por el oeste no entraba en los planes aliados, el ministro soviético se negó en redondo a discutir la propuesta de Eden relativa a la firma de un tratado en el que no se hiciera referencia alguna a las fronteras de la URSS. Molotov informó inmediatamente de ello a Stalin: «Consideramos inaceptable el tratado ... una declaración sin contenido alguno», pero el generalísimo le hizo cambiar de idea:

«1. No lo consideramos una declaración vacía de contenido, sino un manifiesto importante ... Tal vez no sea tan malo. Nos deja las manos libres. La cuestión de las fronteras se decidirá por la fuerza. 2. Es aconsejable firmar el tratado lo antes posible, y luego debes volar a Estados Unidos».

Mientras tanto, Molotov pudo también saborear la vida de la campiña inglesa: había solicitado un alojamiento fuera de Londres, probablemente por razones de seguridad, así que Churchill lo instaló en Chequers, su residencia

oficial en el campo. «Mr. Brown» no se sintió impresionado por la elegancia típicamente Tudor de la mansión.

«No es un lujoso edificio antiguo —señaló—. Es una especie de pequeño parque. Según parece, es un regalo de un aristócrata* al Gobierno».
Stalin y Molotov eran sumamente arrogantes en lo tocante a la superioridad del esplendor de Rusia: después de todo, vivían y trabajaban en los palacios de la zarina Catalina la Grande. Sin embargo, a Molotov le obsesionaban los baños: cuando ya había olvidado las negociaciones, seguía acordándose de aquellos lavabos. «Había cuarto de baño —comentaría en tono quejoso—, pero sin ducha.» En cuanto el ministro soviético llegó a la mansión, sus guardaespaldas pidieron «las llaves de todas las habitaciones». Durante su estancia, Molotov se encerró con llave todas las noches en sus dependencias. «Cuando el personal de Chequers consiguió entrar en los dormitorios para hacer las camas —escribiría Churchill—, quedó espantado al encontrar pistolas debajo de las almohadas. Por la noche, [Molotov] dejaba un revolver junto a su batín y sus maletines de documentos.» Cuando salía, sus «criadas» vigilaban su dormitorio como cancerberos.

Una vez firmado el tratado el 26 de mayo, Molotov voló rumbo a Washington para entrevistarse con el presidente Roosevelt, que le regaló una fotografía firmada, enmarcada en seda verde, en la que había escrito: «A mi amigo Viacheslav Molotov, de Franklin Roosevelt, 30 de mayo de 1942». Al ministro soviético le pareció que el presidente era muy «sociable y simpático», y quedó más gratamente impresionado por la Casa Blanca que por Chequers, sobre todo en lo referente a «cuartos de baños»: «Allí todo era como es debido», comentaría más tarde. «En el baño había también ducha.»

El 9 de junio, de vuelta hacia la URSS, Molotov haría escala en Londres. Antes de emprender de nuevo su peligroso viaje de regreso, se produjo un momento de emoción cuando Churchill estuvo charlando con el «culo de hierro» ruso en la puerta de entrada del n.º 10 de Downing Street. «Lo cogí del brazo —escribiría el británico— y nos miramos a la cara. De repente pareció muy conmovido. Por detrás de aquella apariencia suya, salió el hombre que llevaba dentro. Me respondió ejerciendo la misma presión en mi brazo. Estrechamos nuestras manos en silencio ... Estábamos juntos en el mismo barco, y para todos estaba en juego la vida o la muerte.» Molotov reconoció haber simpatizado con Churchill:

«Sí, tomamos un par de copas —recordaría más tarde—. Estuvimos hablando toda la noche.» No obstante, Molotov nunca podría olvidar que Chur-

* Esta descripción representaba todo un cumplido para Arthur Lee, el variopinto aventurero y diputado conservador, que compró la mansión con la fortuna de su esposa, una heredera norteamericana. Lloyd George hizo que se le concediera el título de barón (posteriormente vizconde) Lee de Fareham.

chill era «un imperialista, el más poderoso, el más inteligente de todos ... era 100 por 100 imperialista. Así pues, hice amistad con la burguesía». Regresó a la Unión Soviética con la vaga promesa de la apertura de un segundo frente, un importantísimo tratado de préstamo y arriendo con Estados Unidos, y una alianza con Gran Bretaña. «Mi viaje y los frutos que dio supusieron una gran victoria para nosotros», aseguraba Molotov al cabo del tiempo. Durante su vuelo de regreso a Moscú, el avión que lo transportaba fue atacado por cazas enemigos y luego también por aparatos rusos.[1]

* * *

Cuando Molotov emprendió su viaje a Occidente, Stalin lanzó una serie de contraofensivas a lo largo de todo el frente. Suponía razonablemente que Hitler volvería a emprender el ataque contra Moscú, pero lo cierto es que el Führer decidió la puesta en marcha de una fuerte ofensiva durante el verano con el fin de apoderarse del grano de Ucrania y, lo que era más importante, del petróleo del Cáucaso. Pero el verdadero error de Stalin fue el exceso de seguridad en sus capacidades: carecía de los recursos necesarios para emprender una acción de tanta envergadura, con la que, en vez de capitalizar la victoria obtenida en Moscú, acabaría sirviendo en bandeja a Hitler la serie de victorias contundentes que desembocarían en la crisis de Stalingrado.

Desde luego no contribuyó a mejorar la situación la concesión de poderes omnímodos a la pandilla de militares aficionados que lo rodeaba. Aparte del propio Stalin, no hubo nadie que contribuyera más a esas derrotas que Mejlis, aquel hombre valiente, infatigable y sediento de sangre que en aquellos momentos estaba en la cúspide de su poder. El Tiburón nunca pudo resistir la tentación de demostrar el acceso privilegiado al Vozhd del que gozaba. «Cuando llegaba a la antesala del despacho de Stalin —recuerda un comisario—, ni tan siquiera esperaba a que le invitaran a pasar; cruzaba la sala de espera y entraba directamente.» Pero «nunca ocultó nada a Stalin ... el cual lo sabía y confiaba en él». Eso le permitía hacer realidad sus proyectos. «Si Mejlis proponía por escrito alguna medida al generalísimo, ésta se ponía en práctica rápidamente.» No obstante, sus payasadas tenían siempre un inquietante tono que oscilaba entre lo absurdo y lo diabólico: en una ocasión en la que Stalin preguntó qué frente necesitaba suministros, todos los generales guardaron silencio excepto Mejlis, que de pronto empezó a criticar al intendente Jrulev. Stalin alzó la cabeza muy enfadado y preguntó quién se estaba quejando.

—Lo más probable es que sea Mejlis —replicó Jrulev entre carcajadas.

Stalin dijo a Mejlis que hiciera una lista de sus necesidades.

—Nos hace falta vinagre, pimienta y mostaza —contestó Mejlis. Al oírlo, ni siquiera el Vozhd pudo contener la risa.

Cuando Mejlis se enteró de que se había capturado un arsenal de porno-

grafía alemana, abrió de inmediato un nuevo frente dirigido contra la literatura erótica nazi, escribiendo un opúsculo titulado «Cómo Hitler corrompe a su ejército». Sus consejeros le indicaron que la pornografía era un fenómeno natural en un ejército burgués y que sus hábitos nocturnos de lectura no venían dictados personalmente por Hitler, pero Mejlis no les hizo ningún caso y mandó imprimir once millones de copias de aquel documento que tantas burlas suscitó.[2]

Mejlis inauguró el año con una visita al frente del Voljov, que había recibido la orden de ir en auxilio del sitio de Leningrado. Pero dicho frente no estaba en condiciones de lanzar una ofensiva que presumiblemente habría acabado en un desastre. Mejlis llegó para investigar, detener y fusilar a los culpables. Stalin ofreció entonces el mando del frente a Voroshilov, quien, habiéndose dado por fin cuenta de sus limitaciones, lo rechazó valientemente. Semejante negativa ofendió tanto a Stalin que decretó una sarcástica denuncia del «fracaso de autoridad» de Klim. La conclusión era humillante, pero no fatal: «Que el camarada Voroshilov sea destinado ... a la retaguardia».* A finales del mes de junio, ninguno de aquellos aficionados sanguinarios fue capaz de salvar el frente del Voljov: el ejército se perdió junto con el joven general, Vlasov, hombre por lo demás de gran talento. Agotado y harto de los graves desaciertos de Stalin, pasó a convertirse en un traidor. Stalin habló enfurecido de semejante traición con Beria y Molotov, que preguntó reveladoramente:

—¿Cómo no nos dimos cuenta de ello antes de la guerra?

Stalin intentó echar la culpa de lo de Vlasov a Jrushchov, pero el máximo dirigente de Ucrania le replicó «que Stalin lo había puesto al mando de la contraofensiva de Moscú». El Vozhd, que reaccionaba con tranquilidad ante los desafíos a cara descubierta, decidió dejar de lado la cuestión.[3]

Voroshilov había quedado finalmente desacreditado, pero Mejlis y Kulik, a pesar de los numerosos desastres cometidos por este último, seguían gozando de prestigio. En octubre de 1941, Kulik había fracasado en su intento de auxiliar a Leningrado; en el mes de noviembre, había sido enviado al extremo opuesto del frente para evitar la caída de la ciudad de Kerch, en Crimea. Llegó tarde, y Kerch estuvo durante un tiempo en manos de Manstein, uno de los mejores generales de Hitler. En aquellos momentos Stalin empezaba a considerar la posibilidad de fusilar a Kulik, y escribió una nota: «Hoy. ¿Kulik a Siberia?», pero al final optó por degradarlo a general de división, y envió a Mejlis en su DC-3 para que investigara el retraso de la llegada de Kulik.

«El siniestro demonio» sacó a la luz las juergas hedonísticas, regadas con barriles de vodka y vino, que se corría Kulik con cargo a los fondos públicos, y la falta de 85.898 rublos, descubriendo además que el mariscal se había casado

* El sobrino de Stalin, Leonid Redens, encontró al mariscal caído en desgracia en Kuibishev bañándose tranquilamente con unos niños en las aguas del Volga.

de nuevo con una adolescente. Kulik no había tardado en recuperarse de la pérdida de su última esposa y, rápidamente había empezado a tontear con una amiga de su hija, una unión improcedente que Stalin calificó de atropello infantil. Destituyó a Kulik del cargo de vicecomisario, pero Zhukov intercedió por él. Aquel ordenancista tosco y primitivo, aunque muy simpático, se salvaría una vez más del pelotón de fusilamiento y, de forma sorprendente, sería ascendido de nuevo. No obstante, su vieja amistad con Stalin no acabaría bien.[4]

Aquel mes de marzo Stalin ordenó lanzar un asalto desde Kerch al centro de Crimea con el fin de socorrer otra ciudad asediada, Sebastopol. Mejlis, que, como su generalísimo de pacotilla, se consideraba un verdadero soldado, asumió de buena gana el mando de esos doscientos cincuenta mil hombres, aterrorizando a su general, Kozlov, y dando de lado a la máxima autoridad del frente, Budionni. Para aquella delicada e importante batalla, Stalin sustituyó a un borracho inepto y corrupto por un maníaco inepto e incorruptible. Como Stalin presionaba a Mejlis para que lanzara la ofensiva a tiempo, el Tiburón contestó que disponía de pocas municiones, aunque «arrestaré [al oficial] si no solventa el problema en un par de días ... ¡Estamos organizando un gran concierto para los alemanes!»

El dos de marzo, Mejlis dirigió «su orquesta» a un estrepitoso fracaso, fruto del desquiciado auge del terror aplicado a la ciencia militar. Prohibió que se abrieran trincheras «para que el espíritu ofensivo de los soldados no se viera socavado», e hizo hincapié en que todo aquel que tomara «medidas básicas de seguridad» sería acusado de «sembrar el pánico». Así pues, todos acabaron en un «amasijo de carne y sangre». Bombardeó a Stalin con mensajes solicitando más medidas de terror. «Camarada Beria —acabaría escribiendo Stalin en una de las notas de Mejlis—, ¡muy bien! En Novorossisk, asegúrate de que no queda vivo ni uno de esos canallas, ni uno de esos villanos.»

El propio Mejlis, mientras corría por el frente en su todoterreno a toda velocidad, empuñando una pistola para intentar detener la retirada, mostró «una valentía irreprochable y no hizo nada para su propia gloria», si bien la «estúpida tiranía y los modos absolutamente arbitrarios de su incultura militar», en palabras del poeta Konstantin Simonov, testigo presencial de los hechos, tuvieron unas consecuencias desastrosas.

El 7 de mayo el contraataque de Manstein provocó la retirada total de Mejlis de Crimea, y permitió la captura de un botín tremendo: unos 176.000 hombres, 400 aviones y 347 carros blindados. Mejlis se sacudió de encima toda responsabilidad, echando la culpa de todo a Kozlov, y rogó a Stalin que le proporcionara un gran general, un Hindenburg. El Vozhd estaba fuera de sí.

—Adoptas la curiosa actitud de un observador externo que no tiene ninguna responsabilidad en el frente de Crimea —exclamó en tono de reproche—. Es una postura muy cómoda, ¡pero apesta! No eres ningún observador externo. Eres el representante de la Stavka ... Pides la sustitución de Kozlov por un

Hindenburg. Pero ... no tenemos a ningún Hindenburg ... Si hubieras lanzado la aviación contra los carros blindados y los soldados enemigos en lugar de utilizarla en operaciones de diversión, los alemanes no habrían conseguido romper el frente ... No hace falta ser un Hindenburg para entender algo tan simple...

Una prueba de los criterios obsoletos que estaban vigentes en la corte de Stalin es que Hindenburg, el héroe alemán de 1914, siguiera siendo en 1942 el modelo de general que imitar. Se necesitaban Guderians, no Hindenburgs.

El 28 de mayo, un Mejlis ojeroso esperaba en la antesala de Stalin, donde uno podía ver siempre al generalísimo reflejado en la actitud de sus asistentes. Poskrebishev no le hacía ningún caso, hasta que por fin le dijo.

—El jefe está muy ocupado hoy. ¡Caramba, hay muchos problemas pendientes!

—¿Tal vez algo ha ido mal en el frente? —preguntó Mejlis como el que no quiere la cosa.

—Tú sabrás —replicó Poskrebishev.

—Sí, quiero informar al camarada Stalin acerca de nuestra desafortunada empresa.

—Según parece —dijo Poskrebishev—, la forma de dirigir la operación no estuvo a la altura de la empresa. El camarada Stalin está muy insatisfecho...

Mejlis se sonrojó. Entonces llegó el joven Chadaev.

—¿Supongo que consideras que la derrota fue debida a las circunstancias?

—¿Qué has dicho? —exclamó Mejlis al oír semejante impertinencia—. ¡Tú no eres un soldado! ¡Yo soy el verdadero soldado! ¿Cómo te atreves?...

En ese momento salió Stalin de su despacho.

—Hola, camarada Stalin, puedo pasar a informarte... —dijo Mejlis.

—¡Vete al infierno! —gritó el Vozhd cerrando tras de sí la puerta de golpe.

Según palabras de Poskrebishev, más tarde Mejlis «se arrojó prácticamente a los pies de Stalin». Se le formó un consejo de guerra, y fue degradado y destituido de su cargo de vicecomisario de Defensa.

—¡Se acabó! —exclamaría entre sollozos.

Pero, curiosamente, Stalin siguió siéndole fiel: veinticuatro días después lo nombró comisario del frente y más tarde lo ascendió a general.[5]

* * *

Como si Stalin, Kulik y Mejlis no hubieran provocado suficientes derrotas, lo peor estaba por venir en el frente del suroeste, donde Timoshenko y Jrushchov estaban lanzando una ofensiva desde una avanzadilla soviética con el fin de recuperar Járkov, sin tener en cuenta el ataque inminente de Hitler. Zhukov y Shaposhnikov avisaron prudentemente del peligro que entrañaba, pero Ti-

moshenko, el general favorito de Stalin en el campo de batalla, insistió en seguir adelante con su plan, y el generalísimo le dio el visto bueno.

El 12 de mayo Timoshenko y Jrushchov, dos tipos sin cultura, ordinarios y enérgicos, emprendieron con éxito su ofensiva e hicieron retroceder a los alemanes. Si Stalin sintió una gran alegría, Hitler no podía creer la suerte que había tenido. Cinco días después los Panzers nazis flanquearon la posición de Timoshenko, envolviendo a las fuerzas soviéticas entre sus pinzas de acero, de modo que los rusos dejaron de avanzar y simplemente se vieron cada vez más atrapados en aquella ratonera. El Estado Mayor suplicó a Stalin que cancelara la operación, y el Vozhd advirtió a Timoshenko de que tuviera cuidado con las tropas alemanas que lo flanqueaban, pero el mariscal le aseguró alegremente que todo iba bien. El día 18, cuando Timoshenko y Jrushchov se dieron cuenta por fin del error que habían cometido, unos doscientos cincuenta mil hombres se encontraban ya prácticamente rodeados.

Alrededor de la medianoche, Timoshenko, «el valiente campesino», temeroso de Stalin, convenció a Jrushchov de la necesidad de suplicar al generalísimo que tuviera a bien cancelar su ofensiva. En Kuntsevo, Stalin pidió a Malenkov que respondiera el teléfono. Jrushchov solicitó hablar con el Vozhd.

—¡Dímelo A MÍ! —exclamó Malenkov.

—¿Quién llama? —preguntó Stalin.

—Jrushchov —contestó Malenkov.

—¡Pregúntale qué es lo que quiere!

—El camarada Stalin insiste en que me lo digas a mí... —replicó Malenkov—. Dice que debería anularse el avance hacia Járkov —exclamó dirigiéndose al Vozhd.

—¡Cuelga ya! —gritó éste—. ¡Como si supiera de lo que habla! Las órdenes militares deben ser acatadas... Jrushchov está metiendo la nariz en asuntos que no le conciernen... Mis asesores militares saben mejor que nadie lo que hay que hacer.

Mikoyan no podía entender que Jrushchov «llamara por teléfono desde la primera línea de la batalla, con personas muriendo a su alrededor» y Stalin «no fuera capaz de dar unos pasos para ponerse al aparato».

La trampa se cerraría de golpe, atrapando a un cuarto de millón de hombres y mil doscientos carros blindados. Al día siguiente Stalin canceló la ofensiva, pero ya era demasiado tarde. Los alemanes avanzaron llenos de euforia hacia el Volga y el Cáucaso: el camino a Stalingrado estaba abierto.[6]

* * *

Timoshenko y Jrushchov temían verse ante un pelotón de fusilamiento. Los dos amigos no tardaron en empezar a pelearse con la intención, cada uno de ellos, de salvar su carrera y su vida. Se cuenta que Jrushchov sufrió un ataque

de nervios a raíz del cerco, y que tomó un avión con destino a Bakú para entrevistarse con Bagirov, el aliado de Beria, quien, como cabe suponer, informó de su llegada. Jrushchov, angustiado e inquieto, empezó a denunciar con vehemencia a Timoshenko, que le pagó con la misma moneda.

«Camarada Stalin —escribió de su puño y letra el mariscal—, debo añadir algo a nuestro informe. El nerviosismo cada vez más acusado del camarada Jrushchov influye en nuestro trabajo. El camarada Jrushchov no tiene fe en nada, y no pueden tomarse decisiones cuando se tienen tantas dudas ... ¡Todo el Consejo es de la opinión de que ése es el motivo de nuestra derrota!» Las siguientes palabras de Timoshenko parecen confirmar que Jrushchov era víctima de una depresión nerviosa: «Es difícil hablar con él; el camarada Jrushchov está muy enfermo ... Redactamos nuestro informe sin decir quién es el responsable. El camarada Jrushchov pretende echarme toda la culpa a mí».

Stalin barajó la posibilidad de encargar a Bulganin que investigara la situación. Este último, percatándose de la reluctancia del Vozhd y quizá también de su culpabilidad, pidió ser relevado de semejante misión aduciendo un pretexto muy poco bolchevique, a saber, la estrecha amistad que lo unía con Jrushchov. Stalin no insistió, y recordó magnánimamente la simpleza de Jrushchov.

—No entiende nada de estadísticas —dijo—, ¿pero qué le vamos a hacer? —exclamó, haciendo hincapié en que sólo él, Kalinin y Andreyev eran «verdaderos proletarios».

Eso, sí, convocó a Jrushchov para darle una inquietante lección de historia.

—Sabrás que durante la primera guerra mundial, cuando nuestro ejército cayó en la trampa de los alemanes, el general al mando sometido a un consejo de guerra por orden del zar... Lo ahorcaron.

Pero Stalin lo perdonó y lo envió de nuevo al frente. Jrushchov seguía aterrorizado, pues, según sus propias palabras, «sabía de muchos casos en los que Stalin había tranquilizado a la gente, permitiendo que abandonaran su despacho con buenas noticias, para luego ordenar su detención».

Stalin también se mostró increíblemente tolerante cuando Timoshenko le pidió más hombres, después de perder a tantos.

—Puede que ya vaya siendo hora de que hagas la guerra derramando menos sangre de los nuestros, como hacen los alemanes con los suyos. Haz la guerra basándote en la pericia, no en el número de hombres. Si no aprendes a combatir mejor, todo el armamento que se fabrica a lo largo y ancho de nuestra nación no será suficiente para ti...

Este comentario resulta bastante irónico si tenemos en cuenta que lo hacía el dirigente más derrochador de la historia. Incluso cuando Timoshenko emprendió la retirada, Stalin seguiría mostrándose sarcásticamente indulgente con el mariscal:

—No tengas miedo de los alemanes; Hitler tampoco es tan malo como cuentan...

Según Jrushchov, su salvación y la de Timoshenko se debió a que Mikoyan y Malenkov fueran testigos de la llamada telefónica que efectuó a Kuntsevo, aunque tal vez el motivo fuera mucho más simple: la vida y la muerte eran prerrogativa de Stalin, y al Vozhd le agradaban* por igual Jrushchov y Timoshenko. Fuera como fuese, aquélla sería la crisis más grave de Jrushchov hasta que, ya como sucesor de Stalin, se viera metido veinte años más tarde en la crisis de los misiles de Cuba. Posteriormente, Stalin no dejaría pasar la ocasión de humillarlo y llegó a vaciar su pipa sobre la cabeza de Jrushchov.

—Hago esto siguiendo la tradición romana —exclamó—. Cuando un general romano perdía una batalla, se vertían cenizas sobre su cabeza ... la cosa más fea que podía pasarle a un general.[7]

* * *

El 19 de junio un avión de la Luftwaffe se estrelló lejos de las líneas alemanas. Entre los restos del aparato se encontró un maletín, en cuyo interior aparecieron ciertos documentos relacionados con los planes para la ofensiva que tenía pensado lanzar Hitler en verano con el fin de aprovechar el desastre de Járkov y avanzar hacia Stalingrado y el norte del Cáucaso. Pero Stalin decidió que aquella información, o bien estaba incompleta, o bien era un ardid de los nazis. Una semana después, los alemanes atacaban exactamente según indicaban en los planes, abriendo un agujero entre el frente de Briansk y el del suroeste, y avanzando hacia Vorónezh y luego hacia Stalingrado. Pero lo que realmente ambicionaba el Führer era hacerse con los pozos de petróleo. Cuando Hitler visitó el cuartel general nazi en Poltava, dijo al mariscal de campo Von Bock:

—Si no tomamos Maikop y Grozni, me veré obligado a poner fin a la guerra.

Timoshenko y Jrushchov retrocedieron hacia Stalingrado. Cuando el primero pidió más divisiones, el Vozhd respondió secamente:

—Si en el mercado vendieran divisiones, te compraría una o incluso dos, pero por desgracia no las venden.

Una vez más, el frente de Timoshenko quedó abandonado a su propia suerte. El 4 de julio Stalin preguntó con sarcasmo al mariscal:

—¿Así pues, ya es un hecho que la División 301 y la 227 están rodeadas y tú te estás rindiendo al enemigo?

—La 227 está en plena retirada —replicó Timoshenko penosamente—, pero la 301... no podemos encontrarla...

—Tus conjeturas suenan a mentiras. Si sigues perdiendo divisiones de ese

* Las cartas de Timoshenko a Stalin, garabateadas en unas cuantas hojas arrancadas de un cuaderno, se conservan en los archivos de Stalin recientemente desclasificados, y arrojan bastante luz sobre la ofensiva de Járkov y la crisis anímica de Jrushchov.

modo, pronto estarás al mando de nada. Las divisiones no son agujas y perderlas es una cosa muy complicada.[8]

Ebrio de confianza, Hitler decidió dividir sus fuerzas en dos sectores: uno debía avanzar hacia Stalingrado cruzando el Don, mientras que el otro debía marchar en dirección sur hacia los yacimientos de petróleo del Cáucaso. Cuando cayó Rostov del Don, Stalin redactó otro feroz decreto: «Ni un paso atrás». Ordenaba que «los que se dedican a sembrar el pánico y los cobardes serán fusilados en el acto», y debían formarse tras las líneas «unidades de bloqueo» para matar a los agitadores. No obstante, el grupo de ejército A del Sur nazi logró entrar en el Cáucaso. Los días 4 y 5 de agosto, Stalin, Beria y Molotov se pasaron casi toda la noche en el despacho, mientras los alemanes habían tomado Voroshilovsk (Stravropol) y avanzaban a pasos agigantados hacia Grozni y Ordzhonikidze (Vladikavkaz) en el Cáucaso y, en el Volga, estaban cada vez más cerca de Stalingrado. El VI Ejército de Von Paulus estaba listo para tomar la ciudad y dividir a Rusia por la mitad.[9]

* * *

El 12 de agosto, en medio de la desastrosa conmoción de la batalla que había de decidir la suerte de la guerra, Winston Churchill llegó a Moscú para informar a Stalin de que no habría ningún segundo frente a corto plazo, una misión que el gran estadista británico comparó con el hecho de «llevar una barra de hielo al Polo Norte». Molotov fue el encargado de recibirlo en el aeropuerto y luego lo escoltó hasta la residencia que le había sido asignada. Por el camino, Churchill observó que el cristal de las ventanillas del Packard tenía más de cinco centímetros de grosor.

—Es más prudente así —dijo Molotov.

Stalin y Beria se tomaron muy en serio la visita del primer ministro británico, y le asignaron una escolta de ciento veinte hombres. Las defensas del Kremlin se multiplicaron por dos. Stalin puso a disposición del invitado su propia casa, la dacha n.º 7 de Kuntsevo. Una prueba más de la oscuridad soviética es el hecho de que los británicos no fueran informados nunca de ello, y que hayan tenido que pasar sesenta años para que se supiera. Tal vez el Vozhd quisiera compensar de ese modo la amabilidad de Churchill cuando el británico puso a disposición de Molotov su *dacha* de Chequers.

37

Churchill visita a Stalin: Marlborough contra Wellington

Un robusto edecán de familia principesca, según Churchill, actuó para él de anfitrión en Kuntsevo. El primer ministro británico fue conducido al comedor de Stalin, donde había una mesa larga cargada con «toda clase de manjares y aperitivos que el poder supremo puede desear». Churchill observó con curiosidad lo que le rodeaba.* Como el que no quiere la cosa, nos describe la casa de Stalin: rodeada de una cerca de cuatro metros y medio de altura, con guardias a un lado y a otro, era «una casa grande bastante bonita que disponía de una amplia zona cubierta de césped y de sus propios jardines, en medio de un bosque de abetos de casi diez hectáreas. Había agradables paseos... fuentes ... y un gran estanque con ... peces de colores. Fui conducido a través de una espaciosa sala de recepciones hasta un dormitorio con baño,** casi de las mismas dimensiones que la alcoba. Una iluminación eléctrica clarísima, casi deslumbrante, hacía resaltar la impecable limpieza de todo».

Al cabo de tres horas, Churchill, Harriman, y el embajador británico, sir Archibald Clark Kerr, fueron conducidos en coche hasta el Kremlin para entrevistarse con Stalin, Molotov y Voroshilov, que, tras ser apartado del mando en primera línea, se había convertido en el refuerzo del Vozhd en las relacio-

* El mobiliario de Kuntsevo era «según la moda "Utility", suntuoso y de colores brillantes», pensó un joven diplomático británico, John Reed; la casa estaba «amueblada de forma vulgar y disponía de todas las comodidades que el corazón de un comisario soviético puede desear. Incluso los lavabos eran modernos y ... limpios». A unos doscientos metros de la casa estaba el nuevo refugio antiaéreo de Stalin, del «tipo más moderno y lujoso», con ascensores que bajaban hasta treinta metros por debajo del suelo, donde había ocho o diez habitaciones dentro de una caja de cemento de gran espesor, dividida por puertas correderas. «Todo el recinto tenía aire acondicionado y estaba amueblado de una manera atroz ... como si fuera una espantosa ... Lyons Corner House», decía Reed.

** En todas las dachas de Stalin los baños eran muy espaciosos, y disponían de bañeras especiales con altura regulable.

nes internacionales, en un entremés cómico del drama diplomático en dos actos que interpretaban Stalin y Molotov. Churchill decidió exponer las malas noticias en primer lugar: aquel año no habría segundo frente. Stalin, que había de encarar una lucha a vida o muerte en el Volga, reaccionó con sarcasmo:

—No pueden ustedes ganar guerras sin asumir riesgos —dijo y añadió—: No deberían tener tanto miedo de los alemanes.

Churchill respondió hablando entre dientes que Gran Bretaña había luchado sola en 1940. Tras pasar el mal trago, Churchill hizo saber que ingleses y americanos estaban a punto de lanzar la operación Antorcha para conquistar el norte de África, que ejemplificó con el dibujo de un cocodrilo (en el que mostró sus partes más vulnerables, es decir, aquellas por los que convendría atacar primero) y un gran globo terráqueo que había en la sala contigua al despacho de Stalin. En una impresionante demostración de su instinto geopolítico, el Vozhd enumeró rápidamente las razones de que semejante operación tuviera sentido. Esto, escribiría Churchill, «ponía de manifiesto el rápido y total dominio que había alcanzado el dictador ruso» de la estrategia militar. Pero Stalin los sorprendió más todavía:

—¡Que Dios contribuya al triunfo de esta empresa![1]

A la mañana siguiente, Churchill se reunió con ese «diplomático urbano y rígido», Molotov, únicamente para hacerle la siguiente advertencia:

—Stalin cometerá un grave error tratándonos con brusquedad, después de que hemos llegado tan lejos.

—Stalin es un hombre muy prudente —replicó Molotov—. Pueden estar seguros de que, por mucho que discuta, se hace cargo de todo.

A las once de la mañana, Stalin y Molotov, acompañados por el intérprete habitual, Pavlov, recibieron a Churchill en la «pequeña esquina», en la que el Vozhd entregó a sus visitantes un memorándum lleno de ataques a Occidente por no abrir un segundo frente, y de burlas hacia la cobardía británica.

—Perdono ese comentario en atención a la valentía de las tropas rusas —repuso el primer ministro inglés, que se lanzó a hacer uno de esos magníficos soliloquios churchillianos acerca del compromiso de Occidente con la guerra. En vista de que el inglés acosaba constantemente a Dunlop, el desafortunado intérprete que había llevado, preguntándole una y otra vez: «¿Le ha dicho usted esto? ¿Le ha dicho usted lo otro?», Stalin le dijo finalmente con una sonrisa:

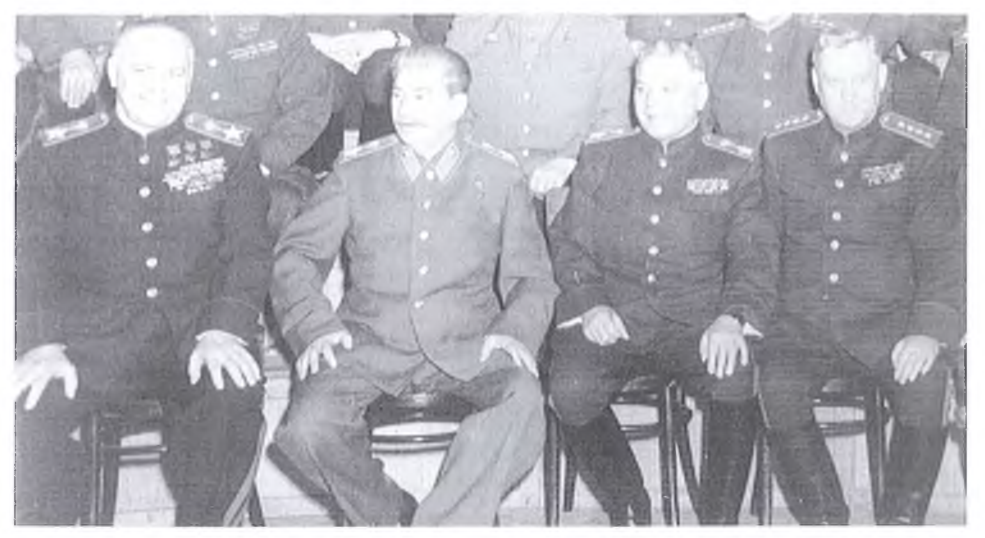
—Las palabras de usted no tienen importancia. Lo que importa es su ánimo.

Pero la cordialidad reinante era frágil como una fina capa de hielo: los insultos de Stalin pusieron furioso a Churchill, que después se pasearía por Kuntsevo, no ajeno al pesimismo y a la desconfianza, amenazando con regresar a Inglaterra.[2]

Enojado y taciturno, Churchill no tuvo más remedio que comparecer en el salón Catalina y asistir al pantagruélico banquete que Stalin dio en su honor. El primer mandatario soviético ocupaba el sitio central con Churchill a su de-



Stalin quedó sorprendido y confundido por el ataque de Hitler, pero, después de una breve crisis, asumió el papel que, en su opinión, le correspondía: el de máximo señor de la guerra. Al principio, trabajó en colaboración con sus jerarcas y generales en un ambiente casi colegiado, hasta que los éxitos cosechados le permitieron jugar al genio militar. Aquí lo vemos dirigiendo las operaciones bélicas ayudado por (de pie, de izquierda a derecha): Bulganin (de uniforme), Mikoyan, Jrushchov, Andreyev, Voznesenski, Voroshilov (de uniforme) y Kaganovich; (sentados, de izquierda a derecha): Shvernik, Molotov, Beria y Malenkov.



La asociación militar más destacada de la guerra: a finales de 1942, tras los desastres innecesarios provocados por sus constantes meteduras de pata, Stalin nombró a Georgi Zhukov su lugarteniente. El Vozhd admiraba sus dotes militares, su energía y su ímpetu brutal. Zhukov desempeñó un papel decisivo en las victorias de Moscú, Leningrado, Stalingrado y Berlín. Durante el desfile de la victoria, Stalin le permitió hacer el saludo de honor, pero luego la envidia y la paranoia lo indujeron a degradar y humillar al general más destacado del conflicto. Aquí los vemos en 1945: Stalin ha colocado a Zhukov a su derecha, pero a la izquierda tiene a sus mariscales «políticos»: Voroshilov, que demostró su valentía, pero también su ineptitud, y Bulganin, que ascendió sin parar, pero sin que diera la sensación de que pudiera llegara a convertirse en su heredero.



Stalin como árbitro de la Gran Alianza, supo aprovechar el enfrentamiento de Roosevelt y Churchill: aquí vemos a los tres mandatarios en Teherán en 1943. Voroshilov sonríe por detrás de su amo y señor, mientras el general Alan Brooke (situado detrás de Churchill y Roosevelt) observa con expresión sarcástica a su desagradable aliado.

Churchill y Stalin en Yalta, seguidos por el general Vlasik.





En la Conferencia de Potsdam Stalin, con su flamante uniforme blanco de generalísimo, posa en compañía de Churchill, a punto de ser destituido por el electorado británico, y el nuevo presidente de Estados Unidos, Harry Truman, quien le comunicó que su país poseía la bomba atómica. Stalin despreciaba a Truman, echaba de menos a Roosevelt, y consideraba a Churchill el más fuerte entre los capitalistas.



10, Downing Street,
Whitehall.

WORDS EXCHANGED BETWEEN THE PRIME MINISTER OF GREAT BRITAIN THE RT.HON.WINSTON CHURCHILL M.P. AND MARSHAL OF THE SOVIET UNION K.E.VOROSHILOV AT THE CONCLUSION OF THE THIRD PLENARY CONFERENCE OF THE THREE POWER CONFERENCES (GREAT BRITAIN, U.S.S.R. and U.S.A) HELD AT TEHRAN, IRAN, 28th.NOVEMBER TO 1st.DECEMBER 1943.
(Interpreted by Captain H.A.Lunghi,R.A.).

----

29 Nov. 1943

Marshal Voroshilov: I congratulate you heartily.

The Prime Minister: Thank you.

Marshal Voroshilov: I wish you a hundred more years of life displaying the same fine spirit and vigour as now.

The Prime Minister: Thank you very much.

30 Nov. 1943
The Prime Minister's Birthday.

Winston S. Churchill

En Teherán, Churchill entregó la Espada de Stalingrado a un emocionado Stalin, que se la pasó a Voroshilov, al cual se le cayó de las manos. Stalin ordenó al mariscal que fuera inmediatamente a pedir disculpas a Churchill. Corrido de vergüenza, Voroshilov agarró a Hugh Lunghi, un joven diplomático inglés, para que le hiciera de intérprete. Pidió disculpas a Churchill e inmediatamente le felicitó por su cumpleaños. El *Premier* británico pensó que el mariscal estaba mendigando una invitación para la fiesta.



En Potsdam, Stalin encargó a Beria que se asegurara en un tiempo récord la fabricación de la bomba atómica, el desafío más grande de su carrera, por cuanto no podía permitirse fallar. Aquí vemos a Beria y Molotov visitando las ruinas del Berlín de Hitler, flanqueados por los agentes de la policía secreta, Kruglov (a la izquierda) y Serov, el especialista en deportaciones.



Beria y su familia hacia 1946. Beria era un violador y un sádico, pero también un suegro y un abuelo encantador. Su mujer Nina (segunda por la izquierda), rubia, lista y sufrida, destacaba por su hermosura entre las esposas de los jerarcas; el Vozhd la trataba como a una hija. Svetlana Stalin estaba enamorada de su apuesto y flamante hijo Sergo (a la izquierda), que también era del agrado de Stalin. Pero, para disgusto de Svetlana, Sergo se casó con la delicada nieta de Gorki, Martha Peshkova (a la derecha).

En 1938, cuando ascendió a Beria a titular del NKVD y lo hizo venir a Moscú, Stalin escogió personalmente una casa para él. Sólo a Beria se le permitió vivir en la suntuosa mansión urbana de un aristócrata (en la actualidad es la embajada de Tunicia); su esposa y su hijo vivían en un ala de la casa, mientras que los aposentos y el despacho de él estaban en la otra: allí fueron violadas muchas de sus víctimas. Cuando una de ellas se negó a mantener relaciones con él y recibió el ramo de flores de rigor de manos de uno de sus guardaespaldas, parece que exclamó: «¡No es un ramo de flores, sino una corona fúnebre!».



Justo enfrente del Kremlin, fue construido a comienzos de los años treinta este horrendo coloso, la casa del Malecón, provista de su propio cine, para que sirviera de vivienda a los miembros del gobierno. Sus habitantes fueron diezmados durante el Gran Terror de 1937, cuando muchos de ellos fueron fusilados. Cada mañana el portero comunicaba a los supervivientes quién había sido detenido la noche anterior. Natalia Rikova vio salir de ella a su padre por última vez. Algunos familiares de Stalin, como, por ejemplo Pavel y Zhenia Alliluyev, vivían también aquí; después de la guerra, Svetlana y Basilio ocuparon sendos pisos en el edificio.



En 1949 la muerte acechaba en el elegante bloque de apartamentos color rosa de la calle Granovski, en las proximidades del Kremlin, donde los jóvenes jerarcas disponían de viviendas regias: Jrushchov y Bulganin vivían en el quinto piso, y Malenkov en el cuarto. A menudo podía verse a Beria dentro de una limusina negra esperando a la puerta a sus amigos Jrushchov y Malenkov.



RESIDENCIAS DE STALIN

Izquierda: A partir de 1932, ésta fue su principal casa en Moscú, Kuntsevo, donde murió. Como la mayoría, estaba pintada de un sombrío color verde caqui.

Centro: Su casa de vacaciones favorita antes de la guerra, Sochi (vista por fuera desde la entrada de seguridad); en el recuadro puede apreciarse desde el patio interior.

Abajo: El centro de todas sus mansiones era siempre el comedor abovedado, donde celebraba largos banquetes de estilo georgiano con sus amigos; el de la foto corresponde al de Sochi. A la izquierda podemos apreciar la piscina, en forma de bañera, pues a Stalin no le gustaba nadar.

Página opuesta: LAS MANSIONES FAVORITAS DE STALIN EN EL SUR

De arriba abajo: sus cuarteles de verano después de la guerra, Río Frío, la casa del millonario en Sujumi y Museri.









Ascendido a la máxima graduación indebidamente, alcohólico, desequilibrado, cruel y aterrorizado, el general Vasili Stalin abandonó a dos de sus esposas, a las que trató de forma abominable, e intentó ganarse el favor de su padre denunciando a los oficiales del ejército del aire, a menudo con resultados fatales. Avergonzado de sus excesos y sus juergas durante la guerra, Stalin lo degradó. Vasili temía que a la muerte de su padre, Bulganin y Jrushchov quisieran matarlo: según decía, no tenía más elección que la botella o el suicidio. El «príncipe heredero» estaba siempre rodeado de mujeres jóvenes.



Después de la guerra, el general Vasili Stalin persuadió al general Vlasik de que le cediera su exquisita mansión urbana, situada no lejos del Kremlin.



Poder y familia: el supuesto heredero, Zhdanov. Al término de la guerra, un Stalin cansado, pero sonriente, posa en medio de los dos grandes rivales: el blando, perverso y pusilánime «chupatintas», Malenkov —apodado «Melania», por sus anchas caderas— y (a la derecha) el sonriente Zhdanov, totalmente alcoholizado. (En segunda fila, de izquierda a derecha): un desconocido, Vasili Stalin, Svetlana, Poskrebishev. Stalin indujo a Svetlana a casarse con el hijo de Zhdanov. La lucha entre éste y Malenkov acabó en matanza.

recha y Harriman a su izquierda, y luego venía un intérprete seguido del general Alan Brooke, jefe del Estado Mayor del imperio, y Voroshilov. Molotov estuvo haciendo brindis sin parar durante más de tres horas, mientras los diecinueve platos del menú se apilaban en la mesa, «cargada con toda clase de entremeses y pescado, etc. —señala Brooke—, en una absoluta orgía ... Entre los numerosos platos de pescado había un pequeño cochinillo ... Nunca llegó a comérselo nadie y, a medida que iba pasando la velada, sus ojos negros se clavaban fijamente en mí y su boca celulítica iba descomponiéndose en una sonrisa sardónica».

Stalin estaba sumamente encantador, poniendo de manifiesto que deseaba «corregir errores», pensó Clark Kerr, «pero el primer ministro ... lo trató con frialdad». Stalin probó suerte con los halagos ambiguos:

—Hace unos años recibimos la visita de lady Astor —comentó con malignidad. Cuando la dama le comentó que invitara a Lloyd George a Rusia, el Vozhd había respondido: «¿Por qué íbamos a invitar ... al máximo defensor de la Intervención?». Lady Astor lo había corregido: «No es verdad ... Ése es Churchill». Stalin había dicho entonces a la buena señora: «Si se produce una gran crisis, los ingleses ... probablemente vuelvan con la misma cantinela. Además —había añadido—, nosotros preferimos un enemigo declarado que un amigo falso».

—¿Me ha perdonado usted? —preguntó Churchill.

—Todo eso es agua pasada —repuso el ex seminarista—, y el pasado sólo es de Dios. La historia nos juzgará.

Se produjo de repente un ruido sordo cuando el guardaespaldas de Churchill, el comandante Thompson, dio un traspié e hizo saltar el helado que llevaba un camarero en la mano y que por poco no fue a parar encima del mismísimo Stalin.

«Entonces —señala profético el intérprete ruso Pavlov en sus notas— habló Stalin.» Durante los brindis del generalísimo, Voroshilov, a quien Brooke consideraba «una buena persona, campechana y cordial, siempre dispuesto a hablar de cualquier cosa con gran vivacidad», aunque tuviera los conocimientos militares de «un niño», se dio cuenta de que el norirlandés bebía agua en vez de vodka. Voroshilov mandó que sirvieran vodka de pimiento amarillo, en la que flotaba peligrosamente una guindilla, y llenó las copas de ambos:

—Nada de taconazos —dijo. Brooke logró beberse su copa a pequeños sorbos. Voroshilov trasegó a continuación otras dos copas de aquella agua de fuego: «Las consecuencias no tardaron en ponerse de manifiesto. La frente se le cubrió de gotas de sudor, que enseguida empezaron a chorrearle por la cara. Se le veía hosco y callado, sentado con la mirada fija en lo que tenía delante. Me pregunté si no lo vería de un momento a otro resbalar y desaparecer debajo de la mesa. Pero no, el hombre aguantó en su asiento...». Lo cierto es que en el momento en el que aquel borracho angelical caía en un letargo etílico, Sta-

lin, que no se había dado cuenta de nada, «se lanzó directamente sobre él» con un brindis, cuya ironía pasó desapercibida a los occidentales: «Uno de los principales organizadores del ejército rojo había sido el mariscal Voroshilov y él, Stalin, deseaba hacer un brindis por el mariscal Voroshilov». El Vozhd dibujó una sonrisa pícara en su rostro, como si fuera un viejo sátiro perverso, porque, como bien sabían Molotov y todos los demás, hacía sólo tres meses que había denunciado públicamente el «fracaso total» de Voroshilov. Éste intentó ponerse de pie, agarrándose a la mesa con ambas manos, «oscilando ligeramente hacia delante y hacia atrás con una expresión distante y vacía en los ojos». Cuando Stalin levantó su copa, Voroshilov intentó recuperar la compostura y se inclinó hacia adelante, logrando chocar su copa con la del Vozhd. Mientras éste se alejaba para brindar con Shaposhnikov, «Voroshilov, con un profundo suspiro, se hundió de nuevo en su asiento».

Después de cenar, Stalin invitó a Churchill a ver una película —*La derrota alemana ante Moscú*—, pero el primer ministro estaba demasiado irritado y cansado. Se despidió y ya había recorrido la mitad de la sala atestada de gente en dirección a la salida cuando Stalin llegó corriendo tras él para acompañarlo hasta el coche.[3]

Churchill se despertó de malhumor como «un niño mimado», según Clark Kerr, que se presentó en la dacha justo a tiempo de enterarse de que «el primer ministro había decidido hacer las maletas y marcharse». Tocado con «un sombrero de copa absurdo» por su tamaño, seguramente el más extraño que se había visto en Kuntsevo, Churchill salió apresuradamente al jardín y dio la espalda a Clark Kerr, que de pronto se encontró hablando «con un cogote sanguíneo e hinchado». El embajador comenta que Churchill «era un aristócrata y un hombre de mundo, y esperaba que aquella gente fuera como él. Pero no lo era. No eran más que una pandilla de desertores del arado o de la rueda de alfarero».

—Ese hombre me ha insultado —protestaba Churchill—. En adelante, por mí que libre sus batallas él solito. —Por fin se detuvo—: Bueno, ¿y qué quiere usted que haga ahora?

Al cabo de una hora, el séquito de Churchill llamaba por teléfono al Kremlin solicitando un *tête-à-tête* con Stalin. La única respuesta que recibió fue que «Stalin había salido a dar una vuelta», sin duda alguna un paseíto diplomático, pues la furia de Churchill coincidió con los acontecimientos decisivos que desembocarían directamente en la batalla de Stalingrado: a las cuatro y media de la madrugada, el VI Ejército alemán había atacado y aplastado al IV Ejército de Tanques ruso en la curva del río Don, crisis bastante más urgente que la que pudiera suponer un inglés gordo que lanzaba denuestos tocado con «una chistera absurda».

A las seis de la tarde, Stalin accedió a celebrar la reunión. Churchill fue a despedirse del Vozhd a la «pequeña esquina», y cuando ya estaba a punto de

marcharse, Stalin «con aspecto azorado» preguntó cuándo volverían a verse: «¿Por qué no viene usted a mi casa y tomamos una copita?».

«Le contesté —escribe Churchill— que en principio yo estaba siempre a favor de ese tipo de política.» Así pues, el Vozhd condujo a Churchill y a su intérprete, el comandante Birse, «a través de numerosos pasillos y salas hasta salir a una calle silenciosa del Kremlin y, tras recorrer unos doscientos metros, llegamos al piso en el que vivía». Stalin enseñó al inglés el «sencillo y decoroso» apartamento de cuatro habitaciones en el que residía, con las estanterías vacías: los libros se los había llevado a Kuibishev. Un ama de llaves —aunque no Valechka, pues Churchill la califica de «anciana»—, empezó a disponer la cena en el comedor. El Vozhd había planeado cuidadosamente la cena: aquella misma tarde, Alexandra Nakashidze llamó a Zubalovo y anunció que Stalin había ordenado que Svetlana estuviera lista por la noche «para ser presentada a Churchill». El Vozhd llevó la conversación al tema de las hijas. El británico comentó que la suya, Sarah, era pelirroja. «La mía también», dijo Stalin, que consiguió lo que andaba buscando: pidió, pues, al ama de llaves que trajera a Svetlana.

Se presentó «una joven pelirroja muy guapa», que dio un beso a su padre. Éste, de modo un poquito ostentoso, le hizo un pequeño regalo.

—Es una pelirroja —comentó dándole un golpecito cariñoso en la cabeza, acompañado de una sonrisa. Churchill explicó que de joven él también era pelirrojo.

«Mi padre —cuenta Svetlana— tenía uno de esos días amables y hospitalarios en los que era capaz de encantar a cualquiera.» La muchacha ayudó a poner la mesa, mientras Stalin descorchaba el vino. Svetlana esperaba que la dejaran quedarse a cenar, pero cuando la conversación empezó a versar «sobre cañones y obuses», Stalin le dio un beso y «me dijo que me fuera a hacer mis cosas». La muchacha se sintió decepcionada, pero desapareció como le habían indicado.

—¿Que por qué no puede venir Molotov? —dijo el Vozhd—. Porque está ocupándose del comunicado. Pero podíamos llegar a un acuerdo aquí mismo. Una cosa buena tiene Molotov: es innegable que sabe beber.

Cuando llegó Molotov, seguido de un auténtico desfile de platos pesados, que culminaron con el inevitable cochinillo, Stalin empezó a burlarse «despiadadamente» de su comisario de Asuntos Exteriores. Churchill siguió la broma diciendo:

—¿Sabe el Sr. Stalin que su secretario de Asuntos Exteriores dijo en su reciente visita a Washington que estaba decidido a visitar Nueva York totalmente por su cuenta y que la demora de su regreso no se debió a ninguna avería del aeroplano, sino a que estaba por ahí a su aire?

Molotov frunció el ceño, según pudo percibir Churchill, aunque sin darse cuenta de que quizá había sembrado la semilla de la desconfianza que a punto

estuvo de costarle a Molotov la vida. La cara de Stalin, sin embargo, se iluminó de alegría:

—No fue a Nueva York adonde se fue. Se fue a Chicago, donde viven los demás gángsters.

—¿La tensión de esta guerra ha sido tan dura para usted personalmente como la que supuso llevar a cabo la política de explotaciones agrícolas colectivas? —preguntó Churchill.

—¡Oh no! —contestó Stalin de modo revelador—. ¡Aquélla fue una lucha terrible!

Churchill invitó al Vozhd a ir a Londres y éste recordó la visita que había hecho a la capital inglesa en 1907 en compañía de Lenin, Gorki y Trotski. Hablando de los grandes personajes históricos, Churchill elogió a su antepasado, el duque de Marlborough, diciendo que había sido su fuente de inspiración:

—En sus tiempos puso fin al peligro que amenazaba a la libertad de Europa durante la guerra de Sucesión Española.

Churchill «se exaltó» cantando las alabanzas de la brillantez militar de Marlborough. Pero de pronto apareció «una sonrisa burlona en la cara de Stalin»:

—Creo que Inglaterra tuvo un líder militar de más talento —dijo en tono de broma— en la figura de Wellington, pues aplastó a Napoleón, que representaba el mayor peligro que había conocido la historia.

A la una y media de la madrugada, todavía no habían empezado a comer, pero Stalin salió un momento, probablemente para enterarse de las últimas noticias procedentes del Cáucaso. Cuando sir Alexander Cardogan, subsecretario permanente del Foreign Office, llegó con un borrador del comunicado de prensa, Stalin le ofreció un poco de cochinillo. «En vista de que mi amigo se excusaba por no aceptar —señala Churchill—, nuestro anfitrión cayó sobre la víctima sin encomendarse a nadie.» La cena acabó oficialmente cerca de las tres de la madrugada. Churchill suplicó a Molotov que no viniera a despedirlo al amanecer, pues «evidentemente estaba agotado».

—¿Realmente piensa que podría dejar de ir? —contestó Molotov cortésmente.

De vuelta en Kuntsevo, Churchill se tumbó en el sofá de Stalin y se puso a reír a carcajadas y a «dar patadas al aire de pura alegría: Stalin había estado espléndido... ¡Qué placer trabajar con "ese gran hombre"». El primer ministro británico empezó a desnudarse para tomar un baño, mostrando «una camiseta gastada y vieja», por debajo de la cual sobresalían «unas nalgas sebosas y arrugadas», mientras repetía loco de contento «Stalin esto, Stalin lo otro» , hásta que por fin se metió en el agua. Ya había amanecido; la alianza se había salvado; Molotov llegó para acompañarlo al aeropuerto.[4]

38

Stalingrado y el Cáucaso: Beria y Kaganovich en guerra

Stalin se recuperó en su casa de la juerga con Churchill, pero a las once y media de la noche ya estaba en su despacho para hacer frente a la crisis cada vez más grave por la que atravesaba el norte del Cáucaso, donde los alemanes estaban a punto de llegar a Ordzhonikidze y a Grozni. A Budionni, comandante de ese frente, acababa de unírsele Kaganovich, quien reclamó el derecho de redimirse en el campo de batalla después de haber sido destituido como máximo responsable de los ferrocarriles soviéticos. Stalin accedió a su petición, diciendo que «conocía bien el norte del Cáucaso, y se había llevado bastante bien con Budionni durante la guerra civil». El cosaco patizambo y el comisario de acero judío lucharon denodadamente por detener el avance alemán. Budionni no perdió ni un ápice del «brío y el sentido de la ironía» que lo caracterizaban, negándose a meterse en el refugio durante las incursiones aéreas.

—¡No importa, que bombardeen todo lo que quieran! —solía exclamar, pero la Locomotora no era tan agradable de ver en plena guerra.

Rodeado de un «grupo de oficiales elegidos entre los miembros de su escolta y entre sus asesores personales de Moscú ... una banda de lameculos, camorristas e intrigantes», trabajando toda la noche entre gritos destemplados en un estado permanente de histeria, jugando siempre con su característica sarta de cuentas o con la cadena del llavero, Kaganovich se consideraba pomposamente un «gran estratega ... emitiendo órdenes por su cuenta y riesgo» e insistía en intervenir en todos los planes militares, para los que establecía plazos imposibles de cumplir.

—¡Informe personalmente... una vez cumplida la orden, pues de otro modo...! —gritaba.

En cierta ocasión en que unos camiones bloquearon el paso a su limusina, «Lázaro», como lo apodaban sus oficiales, perdió los estribos.

—¡Degradados! ¡Que los detengan! ¡Consejo de guerra! ¡Os mandaré fusi-

lar! —dijo chillando como un energúmeno. Pero con tanto vocerío no logró detener el avance alemán.

—¿De qué sirve un parapeto si nadie lo defiende? —le echó en cara Stalin a Kaganovich—. Y, según parece, no has conseguido darle la vuelta a la situación, a pesar de que no cunde el pánico y nuestros soldados combaten bastante bien.

Sin embargo, Kaganovich estuvo más cerca del campo de batalla que muchos otros. Recibió una herida de metralla en la mano, un distintivo de guerra del que se sentía profundamente orgulloso. Sería el único miembro del Politburó herido en combate.* Cuando regresaba a Moscú para asistir a alguna reunión, Stalin, al que consideraba «nuestro padre», solía interesarse por su salud y luego brindaba por su herida. Sin embargo, le sacaba de quicio pensar que uno de sus camaradas más próximos hubiera arriesgado la vida de esa manera.[1]

En vista de que los alemanes avanzaban hacia el sur, Stalin empezó a temer que el frente de Transcaucasia cayera, lo que supondría que los nazis se apoderaran de los pozos de petróleo, que Turquía se viera obligada probablemente a entrar en guerra, y que los levantiscos pueblos del Cáucaso se sublevaran. Cuatro días después de la marcha de Churchill, Stalin se reunió con Beria.

—Lavrenti Pavlovich —dijo en tono respetuoso—. Llévate a quien quieras y coge todo el armamento que creas necesario, pero por favor, detén el avance alemán.

Cuando los nazis tomaron el monte Elbrús, Beria y Merkulov decidieron reclutar a Shtemenko, oficial cercano a Stalin, ordenaron a Sudoplatov que trajera a ciento cincuenta alpinistas georgianos, reunieron a su ostentoso séquito, del que formaba parte el propio hijo de Beria, Sergo, a la sazón de dieciocho años, y se trasladaron al sur en una flota de aviones americanos C-47, haciendo escala en Tiflis. Los generales estaban considerando el abandono estratégico de Ordzhonikidze, pero el día 22, Beria, acompañado por su pelotón, llegó a la ciudad dispuesto a imponer el terror entre los altos mandos de Transcaucasia. Charkviani, el máximo dirigente de Georgia, se encontraba en la sala cuando Beria «clavó una mirada penetrante en todos los presentes» y les dijo:

—Os voy a partir la crisma si volvéis a hablar de retirada. ¡VAIS a defender la ciudad!

Cuando un general propuso que se colocaran a veinte mil soldados del NKVD en primera línea, Beria explotó «lanzando sucios improperios y amenazándome con partirme la crisma si volvía a plantearlo». Aunque Charkviani

* El frente, para demostrar su gratitud, le regaló un reloj con una inscripción; en la actualidad se encuentra en el archivo de Kaganovich del RGASPI. Y como dato curioso: Leonid Brezhnev y Mijail Suslov, que juntos gobernaron la Unión Soviética después de 1964 durante casi dos décadas, conocieron a Kaganovich en ese frente.

(del que no se puede decir que fuera un gran admirador de Beria) afirmó que el jefe del NKVD logró salvar la situación, los generales se quejaron —eso sí, cuando Beria ya había caído en desgracia— de que su paso por el frente fue simplemente un alarde de «ostentación y de ruido», que afectó muy negativamente al trabajo que ellos venían desarrollando.

Beria también tenía la misión de destruir todo el petróleo que cayera en manos de los nazis. Mientras tanto en Moscú, Stalin convocaba al vicecomisario de Producción de Crudo, Nikolai Baibakov, a la sazón de treinta años. Cuando llegó, el Vozhd estaba solo.

—Camarada Baibakov, ya sabes que Hitler quiere el petróleo del Cáucaso. Por esa razón he decidido enviarte allí: eres responsable de que no quede ni gota de petróleo a nuestras espaldas, so pena de la vida.

Pero también «le rebanarían el cuello» si destruía el petróleo demasiado pronto. Cuando estaba a punto de irse, con la cabeza como un bombo, Stalin añadió:

—¿Sabe que Hitler ha declarado que sin petróleo perderá la guerra?

Beria añadió más amenazas horribles.

«Simplemente me sentía abrumado por tanta responsabilidad», comentaría Baibakov; según dijo, no tuvo miedo, aunque tal vez hubiera debido tenerlo. «Subestimé el peligro que comportaba mi posición personal.» Los pozos petrolíferos precisos fueron dinamitados debidamente en el último minuto. Baibakov salvaría su cabeza.*

La segunda misión de Beria consistía en erradicar cualquier residuo de traición que pudiera quedar entre los grupos étnicos del norte del Cáucaso. Así pues, estableció su propio mando del NKVD. Como mingrelio georgiano criado entre abjasios (no georgianos) que era, se daban en él todos los prejuicios que un pequeño pueblo caucásico podía tener contra otro. Los georgianos habían desconfiado siempre de ciertos pueblos musulmanes como los chechenos: en Grozni, Beria investigó los informes que habían llegado en el sentido de que algunos miembros de esa etnia habían recibido a los alemanes con los brazos abiertos. Sergó Beria, que acompañaba a su padre, cuenta que los chechenos enviaron delegados a Moscú con la promesa de que combatirían al ene-

* La entrevista realizada a Baibakov por este autor ha sido de un valor incalculable para este libro, pues se trata de uno de los últimos ministros de Stalin vivos en la actualidad. Baibakov se convertiría en miembro perpetuo del gobierno soviético: Stalin lo nombró comisario de Petróleo en 1944, y posteriormente también se encargó, con la excepción de un breve intervalo, de la dirección del Gosplan, la principal agencia de finanzas soviética, hasta que, ya en la década de los ochenta, fue destituido por Gorbachov. El hecho de que los hombres jóvenes nombrados por Stalin siguieran en sus cargos cuarenta años después es un claro indicio de la obsolescencia del sistema económico soviético. En el momento de escribir estas líneas, ese infatigable nonagenario trabaja en la industria petrolífera, aceptando, con su clásico dinamismo estalinista, invitaciones para dar conferencias en las que aparece, con todas sus condecoraciones, bajo un retrato de Lenin.

migo con el mismo arrojo que su héroe nacional, Shamyl. Como Shamyl había desafiado a Rusia durante treinta años, semejante comparación no redundó en beneficio de su causa. La simpatía que mostró Beria con los chechenos ocultaba su desconfianza.

Beria cayó sobre Kaganovich y Budionni en Novorossisk, y no se dejó impresionar por su conducta. «Esos dos idiotas lo tenían todo completamente desorganizado», escribe Sergo Beria, exagerando un poco la realidad. Según dice, encontraron a Budionni «borracho perdido» y presa de «un profundo embotamiento», mientras que Kaganovich estaba «sobrio», aunque «temblaba como una hoja, y se puso de rodillas delante de mi padre».

—No te pongas en ridículo de esa manera —increpó Beria a Kaganovich.

El avance de los alemanes en los alrededores de Ordzhonikidze y Grozni disminuyó gracias a la resistencia soviética en Stalingrado. Beria regresó triunfante a Moscú, donde Stalin, que sentía unos celos enfermizos de cualquier gloria militar ajena, le oyó jactarse ante Malenkov de sus hazañas.

—Ahora Beria se creerá que es un gran líder militar —murmuró el Vozhd hablando con Shaposhnikov.

Beria recomendó la destitución de Budionni, que regresó a Moscú de su último mando efectivo para asumir el control de la caballería, pero acudió a Stalin y le imploró:

—Mi alma anhela poder volver al campo de batalla. ¡Deja que vaya a Stalingrado![2]

Indudablemente Stalingrado estaba a punto de convertirse en la batalla de las batallas, en el centro de atención del mundo entero.

* * *

Los alemanes lanzaron una ofensiva terrestre y devastaron la ciudad de Stalin desde el aire, destruyendo aquel monstruo de la industria con un bombardeo infernal que convirtió las potentes fábricas estalinistas en un paisaje prehistórico de cuevas y barrancos. Stalin, que se encontraba en su despacho durante aquellas primeras horas, estaba fuera de sí, criticando sin parar a sus enviados a Stalingrado, Malenkov y el jefe del Estado Mayor, Vasilevski.

—El enemigo ha roto nuestra línea defensiva... con muy pocas fuerzas. Tenéis tropas suficientes para aniquilarlo... Movilizad los trenes blindados... Utilizad bombas de humo... Luchad día y noche... Lo más importante en este momento es no dejarse llevar por el pánico, no tener miedo de ese enemigo descarado y mantener la confianza en nuestra victoria.[3]

La gravedad de la situación por la que atravesaba Stalingrado hizo que el Vozhd acabara fijando toda su atención en ella y provocó un cambio radical en su forma de dirigir la guerra. Se dio cuenta por fin de que el camino hacia la supervivencia y la victoria pasaba por utilizar a los militares profesionales ex-

pertos en vez de la impaciencia de simple aficionado que había venido empleando y de sus ineptos oficiales de caballería. El 27 de agosto ordenó a Zhukov que se dirigiera a toda prisa a la ciudad sitiada, ascendiéndolo a comandante supremo adjunto. Zhukov rechazó el ascenso.

—Mi carácter impediría que pudiéramos trabajar conjuntamente —dijo.

—El desastre amenaza el país —replicó Stalin—. Debemos salvar a la Patria utilizando todos los recursos que tengamos a nuestro alcance, independientemente de los sacrificios que ello comporte. ¿Qué tienen que ver aquí nuestros caracteres? Subordinémoslos a los intereses de la Patria. ¿Cuándo te vas?

—Necesito un día.

—Bueno, eso está bien. ¿Pero no tienes apetito? No iría mal tomar un tentempié.

Entonces trajeron té y pastas para celebrar el comienzo de la que iba a convertirse en la asociación más fructífera de la guerra.

Zhukov se reunió con Vasilevski en Stalingrado, donde pudo comprobar que los alemanes ya estaban colándose en la ciudad. Stalin exigía que se lanzara un contraataque, pero sus fuerzas todavía no estaban preparadas. El Vozhd estaba tan nervioso que a partir de ese momento empezaría a dormir en el sofá de su despacho, siendo despertado cada doras por Poskrebishev. Se encontraba tan pálido, exhausto y delgado, que Poskrebishev solía dejarlo dormir media más porque no se veía con ánimos para despertarlo.

—¡De pronto te has vuelto todo un filántropo! ¡Ponme con Vasilevski! ¡Rápido! ¡Vaya con el filántropo calvo! —exclamó Stalin mientras esperaba la conferencia telefónica.

Una vez en comunicación con Vasilevski se puso a gritar:

—¿Pero que les pasa? ¿Acaso no entienden que si permitimos la rendición de Stalingrado todo el sur del país quedará aislado del centro y que entonces probablemente nos resulte imposible defenderlo? ¿No se dan cuenta de que no sería únicamente una catástrofe para Stalingrado? ¡Perderíamos nuestra principal vía fluvial y, en poco tiempo también nuestro petróleo!

Pero la importancia de la ciudad no era sólo estratégica: se llamaba Stalingrado porque había desempeñado una función formativa en la vida de Stalin. En ella, en la Tsaritsin de 1918, el Vozhd había adquirido seguridad en sí mismo como hombre de acción, había aprendido a gobernar utilizando el terror, se había ganado la confianza de Lenin y el odio de Trotski. En la «Verdún roja» había conocido a sus compinches, desde Voroshilov a Budionni, y se había embarcado en la aventura del matrimonio con Nadia.

—Creo que todavía tenemos una oportunidad de no perder la ciudad —contestó Vasilevski midiendo sus palabras.

Stalin telefoneó a Zhukov y ordenó el ataque.

—Cualquier retraso equivale a un crimen —le dijo. Y cuando Zhukov le comunicó que iba a haber un retraso, el Vozhd gritó:

—¿Crees que el enemigo va a esperar a que os despertéis?

Al amanecer, los rusos volvieron a atacar, aunque los resultados fueron limitados. Los alemanes habían tomado prácticamente la ciudad, pero una fuerza se interponía en su camino: el LXII Ejército al mando del general Vasili Chuikov, un hombre de cabello hirsuto, nariz respingona y dientes de oro, que se había aferrado a la margen izquierda del Volga y dictaba sus órdenes desde refugios subterráneos mientras luchaba entre las ruinas espectrales de un paisaje industrial apocalíptico, sin más aprovisionamientos que los que le llegaban en barcazas a través de un Volga en llamas en el que se reflejaba el destino de Rusia. El valor, la nobleza, la desesperación y la brutalidad que caracterizaron este episodio de la guerra han sido perfectamente descritos en la epopeya de Vasili Grossman, *Vida y destino*. Lucharon con armamento moderno y anticuado, con fusiles de francotirador y con granadas, con picos y palas, con uñas y dientes, muriendo de cualquier manera con tal de ganar tiempo.

—La sangre —decía Chuikov— es tiempo.

Durante prácticamente cada minuto del día la atención de Stalin estuvo concentrada en una de las batallas más intensas de la historia: los superiores directos de Chuikov eran el general Andrei Yeremenko y el comisario Jrushchov, que había recuperado el favor del Vozhd, pero la empresa era demasiado importante para dejarla en sus manos. El propio Stalin se encargó de supervisar el frente con Zhukov y Vasilevski en el mando efectivo, mientras que Malenkov hacía las veces de espía para el Vozhd. Éstos se presentarían en el refugio subterráneo de Yeremenko. «Me di cuenta de que Vasilevski y Malenkov murmuraban entre ellos —escribe Jrushchov—, preparándose para denunciar a alguien.» Malenkov reunió a los oficiales para echarles un rapapolvo. Cuando los militares llegaron al refugio se encontraron con «un hombre bajito de rostro rechoncho y blandengue, embutido en una guerrera», junto con dos rufianes como Zhukov y Yeremenko. Una de las reprimendas de Malenkov fue dirigida a Vasili Stalin, el cual, aunque tenía prohibido llevar a cabo misiones aéreas, estaba al mando de una división:

—¡Coronel Stalin! —dijo Malenkov—, la actuación de sus aviadores en los combates es escandalosa... —Y dirigiéndose a otro oficial añadió—: ¿Y usted, el general de la gorra? ¿Va a luchar, o simplemente se dedicará a divertirse?

Cuando Malenkov se fue, Jrushchov y Yeremenko volvieron a quedarse solos en su refugio «en medio de un siniestro silencio... como un bosque después de una tormenta». Aquél fue el mejor momento de Jrushchov,* durante el que estuvo viviendo en su refugio subterráneo y cimentando una serie de amistades con diversos generales que le resultarían de suma utilidad a la muerte de Stalin.[4]

* Cuando Jrushchov estuvo en el poder, ordenó a sus compinches, como, por ejemplo, Yeremenko, que hincharan el papel heroico que desempeñó en Stalingrado. La misma actitud que Stalin.

El 12 de septiembre, los jefes de cada una de las fuerzas que luchaban en Stalingrado tomaron simultáneamente el avión y fueron a entrevistarse con sus respectivos generalísimos en una muestra de perfecta simetría dictatorial. Mientras Von Paulus se encontraba con el Führer en su cuartel general, conocidos con el nombre de Wehwolf, un recinto de barracones y búnkeres de madera situado en Vínnitsa, Zhukov y Vasilevski iban a ver a su Vozhd. Mientras Hitler ordenaba a Von Paulus que «capturara con la mayor rapidez posible toda Stalingrado», Zhukov y Malenkov, el soldado tosco y el cortesano de manos sedosas, presentaban un informe a Stalin proponiendo nuevas ofensivas destinadas a «aplastar al enemigo ... y preparar de forma simultánea ... un golpe más rotundo». ¿Pero cuál? Stalin observó su mapa y lo estudió en silencio, olvidando durante un buen rato a sus soldados, abstraído en sus pensamientos.

Zhukov y Vasilevski se retiraron de la mesa cubierta de tapete verde, hablando en voz baja. Tal vez hubiera «alguna otra solución».

—¿Y qué quiere decir «otra solución»? —preguntó Stalin, levantando la cabeza de repente.

«Nunca pensé que tuviera tan buen oído», comentaría Zhukov más tarde. Antes de que los generales pudieran contestarle, el Vozhd añadió:

—Id al Estado Mayor y meditad bien qué decisión debe tomarse... Nos volveremos a reunir aquí mañana a las nueve de la noche.

La victoria tiene siempre muchos padres, y fueron muchos los que reclamaron la paternidad del triunfo de Stalingrado, pero en realidad fue fruto exclusivamente de la colaboración entre Stalin, Vasilevski y Zhukov, cada uno de los cuales tenía talento para una cosa.

A las diez de la noche del 13 de septiembre, Stalin recibía a Zhukov y a Vasilevski en su despacho con un saludo poco habitual: les estrechó la mano.

—Bien, ¿qué opináis? ¿A qué conclusiones habéis llegado? ¿Quién presenta el informe?

—Cualquiera de los dos —respondió Vasilevski.

Entregaron a Stalin su mapa en el que exponían su plan básico consistente en lanzar una gran ofensiva contra los flancos de los alemanes, defendidos por fuerzas más débiles, las rumanas, atacar su retaguardia y reunir todos los efectivos para rodearlos: era la operación Urano. Justo en ese momento tenía lugar el ataque alemán, ordenado por Hitler desde Vínnitsa a primera hora de aquel día, contra el LXII Ejército sitiado. Poskrebishev irrumpió en el despacho: Yeremenko llamaba desde Stalingrado. Mientras la Stavka preparaba la operación, Chuikov intentaba mantener su posición aislada en la margen izquierda del Volga. Al enviar a los dos generales de vuelta a Stalingrado para explorar el terreno de la operación Urano, Stalin exclamó solemnemente:

—Nadie sabe lo que los tres hemos discutido entre estas cuatro paredes. Y por ahora, aparte de nosotros tres, nadie debe saberlo.

El 9 de octubre Stalin devolvió el mando unitario de los ejércitos a los ge-

nerales. Lo celebró de nuevo, estrechando la mano de Zhukov y Vasilevski, que actuaban como representantes suyos en el frente: el Vozhd no los quería «holgazaneando» en Moscú. Jefe del Estado Mayor desde mayo, Alexander Vasilevski, a la sazón de cuarenta y tres años, fue el tercer componente del extraordinario equipo de Stalingrado. En muchos aspectos estaba incluso más cerca de Stalin que Zhukov.

* * *

De espaldas cuadradas y muy ancho de pecho, aunque de expresión afable y un encanto especial, Vasilevski había sido preparado por Shaposhnikov. Aquel destacado oficial del Estado Mayor no sólo sucedió a su «mecenas» en el campo profesional, sino también como único caballero entre aquella pandilla de verdugos, y como confidente especial de Stalin. Su decencia desconcertaba, impresionaba y divertía al Vozhd, que precisamente carecía en buena parte de ella.

—Estás al mando de muchos ejércitos —solía decir Stalin en tono reflexivo— y, sin embargo, eres incapaz de matar una mosca.

Además, Vasilevski procedía de un mundo ya desaparecido que fascinaba al generalísimo: su padre había sido un próspero clérigo de un pueblo de la región del Volga que educó a su hijo para pope, aunque luego acabaría convirtiéndose en capitán zarista. Cuando se unió al ejército rojo, Alexander se vio obligado a renegar de su padre y a romper toda relación familiar. Después de las reuniones que mantenían, Stalin solía pedirle que se quedara un poco más para hablar de si se sentía tentado por el sacerdocio.

—A ver... no quisiera que te ordenaras... —decía Stalin entre risas—. Está perfectamente claro. Pero Mikoyan y yo quisimos ser sacerdotes, aunque al final fuimos rechazados. ¡Todavía no entiendo por qué! —Y solía añadir—: ¿Qué te aportó tu educación religiosa?

—Ningún conocimiento constituye una perdida de tiempo —contestaba Vasilevski midiendo sus palabras—. Algunas cosas de las que aprendí me han sido muy útiles en mi vida militar.

—Lo que mejor saben enseñar los popes es a entender a la gente —comentaba Stalin, que en alguna ocasión dijo que su padre había sido pope. Tal vez pensara en su propia paternidad, pues por entonces dijo a Vasilevski—: Uno no debería olvidar nunca a sus padres.

Y en otra ocasión le hizo la siguiente pregunta:

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tus padres?

—He renegado de ellos —contestó el general, temeroso de que el Vozhd lo estuviera sometiendo a examen—. Mi padre es sacerdote, camarada Stalin.

—¿Acaso es un contrarrevolucionario?

—No, camarada Stalin; como sacerdote que es, cree en Dios, pero no es un contrarrevolucionario.

—Cuando se calme la guerra, creo que debes tomar un avión para visitar a tus padres y pedirles perdón.

Stalin nunca se olvidó del padre de Vasilevski.

—¿Ya has ido a ver a tus padres y a pedirles su bendición? —le preguntó un día.

—Sí, camarada Stalin —respondió el general.

—Pasará mucho tiempo hasta que puedas pagar la deuda que tienes contraída conmigo —exclamó el Vozhd. A continuación abrió su caja fuerte y le mostró unos papeles. Eran recibos de transferencias de dinero en nombre de Stalin que habían sido remitidas al padre de Vasilevski a lo largo de la guerra. El bravo general, confundido y emocionado, dio infinitas gracias a Stalin por haber tenido semejante gesto. A partir de aquellos momentos, la responsabilidad especial de Vasilevski era Stalingrado.[5]

* * *

Los dos tiranos mesiánicos prepararon casi de forma simultánea a los suyos para la victoria.

—La celebraremos también en nuestras calles —declaró Stalin en su discurso del 7 de noviembre.

Al día siguiente Hitler se dirigiría a su pueblo:

—Quería llegar al Volga... a una ciudad en concreto. Casualmente lleva el nombre del propio Stalin... Deseaba conquistarla y... ¡prácticamente ya es nuestra!

El ambiente de la «pequeña esquina» era de estremecimiento y tensión. A Stalin le atormentaba la idea de que los alemanes imaginaran lo que los soviéticos estaban tramando. El día 11 empezó a preocuparle el hecho de no disponer de suficientes aviones. El 13, mientras Von Paulus lanzaba la enésima ofensiva para desalojar a Chuikov de su plaza fuerte, convertida en una pequeña franja de territorio en ruinas de apenas cincuenta metros de profundidad, Zhukov y Vasilevski tomaron un avión rumbo a Moscú para asistir a una última reunión. «Por cierto, Stalin estuvo fumando en su pipa y acariciándose el bigote, y en ningún momento nos interrumpió; podíamos ver que se sentía satisfecho», escribiría Zhukov a propósito de aquel encuentro. A continuación Vasilevski regresó a Stalingrado.

El día 18, Stalin, acompañado de Beria, Molotov, Malenkov y Zhukov, que se había quedado en la capital al objeto de dirigir la operación Marte* a las

* Coincidiendo con la operación Urano de Stalingrado, Zhukov lanzó la olvidada operación Marte contra la avanzadilla de Rzhev a las afueras de Moscú, cuyo resultado fue probablemente el más amargo de su carrera: centenares de miles de hombres murieron en sólo dos días en el curso de una operación que puso de manifiesto el carácter arrojado, pero burdo, de su estilo militar.

puertas de Moscú, estuvieron trabajando en su despacho hasta las 23.50 horas. Tres horas antes de que se produjera el ataque, los tres frentes de Stalingrado, al mando de los generales Yeremenko, Rokossovski y Vatutin, fueron informados de la contraofensiva que debían lanzar de forma inminente. Stalin y sus camaradas posiblemente se retiraran a cenar o vieran una película para pasar el rato. El Vozhd difícilmente se acostaba antes de las cuatro de la madrugada —«ahora ya no es necesario», comentaría más tarde con Churchill—, por lo que seguramente permaneciera levantado para recibir la noticia de que sus hombres habían empezado la contraofensiva. A las 07.20 horas de la brumosa mañana de aquel 19 de noviembre, los tres mil quinientos cañones del sector norte empezaron a abrir fuego. Cuando se desató aquel estruendo ensordecedor, propio de la ira de Júpiter tonante, la tierra tembló y la onda expansiva se dejó sentir a más de sesenta kilómetros de distancia. Un millón de hombres, 13.541 cañones, mil cuatrocientos carros blindados y 1.115 aviones se precipitaron sobre las fuerzas de Hitler para aplastarlas.[6]

Octava parte

La guerra: el genio triunfador, 1942- 1945

39

El generalísimo de Stalingrado

Durante la campaña de Stalingrado, el generalísimo solía quedarse dormido con la ropa puesta en la cama de campaña metálica colocada debajo de las escaleras que llevaban al segundo piso de la casa de Kuntsevo. Si había alguna emergencia, el «filántropo calvo», Poskrebishev, que dormía en su despacho, se encargaba de llamarlo. Se despertaba sobre las once de la mañana, cuando Shtemenko llamaba desde el departamento de operaciones para darle el primer informe del día. Los miembros del Politburó y del Estado Mayor llevaban ya trabajando horas, pues no sólo tenían que participar del insomnio de Stalin, sino que además debían atender a sus ya de por sí complicados imperios: Mikoyan trabajaba desde las diez de la mañana hasta casi las cinco de la madrugada, limitándose a descabezar un sueñecito en su despacho.

A mediodía, Stalin tomaba un ligero desayuno, servido por Valechka. Se quedaba muchos días en casa, ya fuera en Kuntsevo o en el Kremlin, para ponerse a trabajar a primera hora de la tarde. Pero estuviera donde estuviera, el Generalísimo, de sesenta y tres años cumplidos, pasaba las dieciséis horas siguientes dirigiendo la guerra. Recibía boletines de todos los plenipotenciarios de la Stavka que tenía repartidos por el país, obligados a enviar informes dos veces al día, a las doce de la mañana y a las nueve de la noche. El de Vasilevski, destacado en Stalingrado, era el esperado con más ansiedad aquel día. Stalin se enfadaba mucho si sus legados no le enviaban los informes de rigor. En una ocasión en que Vasilevski dejó de hacerlo, Stalin escribió diciendo:

«Ya son las tres y media ... y todavía no te has decidido a presentar tu informe ... No puedes venirme con la excusa de que no tienes tiempo, porque Zhukov está haciendo tanto como tú en el frente, y no deja de enviarme su informe cada día. La diferencia entre Zhukov y tú es que él es disciplinado ... mientras que tú careces de disciplina ... Te advierto por última vez de que si te

permites volver a olvidarte de tu obligación ... una vez más, serás destituido del cargo de jefe del Estado Mayor y serás enviado al frente».

Malenkov era siempre muy puntilloso en sus informes, pero incluso el meticuloso Zhdanov se distraía a veces debido a lo que pudiera estar pasando en el campo de batalla, y se ganaba la consiguiente reprimenda: «Resulta sumamente extraño que el camarada Zhdanov no vea la necesidad de llamarnos por teléfono ni de intercambiar pareceres en un momento de tanto peligro para Leningrado como éste». A ojos de Stalin, la independencia era peligrosa.

A las cuatro de la tarde, el general Alexei Antonov, «joven, muy apuesto, moreno y ágil», su jefe de operaciones de confianza después que Vasilevski fuera ascendido y tras probar a varios oficiales, que fueron destituidos rápidamente, se presentó con el informe de turno. Antonov era un «general capaz como ninguno y un hombre de gran cultura y encanto», dice Zhukov. Stalin era muy exigente con la precisión de los informes y, según recuerda Shtemenko, «no le toleraba la menor suavización». Antonov se lo entregó diligentemente: siempre tranquilo, «todo un maestro en la apreciación de la situación», clasificaba la urgencia de los documentos por el color de las carpetas y «sabía cuándo decir: "Dame la verde"». Stalin contestó sonriendo: «Bueno, veamos qué es lo que hay en tu "carpeta verde"».

A última hora de la tarde, Stalin llegaba al Kremlin en su caravana de veloces Packards o bien bajaba directamente de su piso a la «pequeña esquina», donde la «acogedora» antesala, con sus cómodos sillones, controlada de forma estricta por Poskrebishev, estaba ya atestada de gente. Los visitantes se veían inmersos en un mundo de control, dispersión y limpieza. No había nada innecesario por ningún lado. Todo el mundo había mostrado varias veces su documentación y había sido registrado para comprobar si llevaba armas. Incluso Zhukov debía hacer entrega de su pistola. «La inspección se repetía una y otra vez». Poskrebishev, vestido por entonces con el uniforme de general del NKVD, saludaba sentado ante su escritorio. Los visitantes esperaban en silencio, aunque los más habituales se saludaban unos a otros antes de guardar otra vez silencio. El ambiente era tenso. Los que nunca se habían entrevistado con Stalin estaban llenos de impaciencia, pero, como recuerda un coronel, «me di cuenta de que los que *no* se encontraban allí por primera vez estaban considerablemente más nerviosos que los que ... acudían por vez primera».

Alrededor de las ocho de la noche, cuando llegaba Stalin, un murmullo recorría la estancia. El Vozhd pasaba sin decir nada, pero a algunos les hacía un gesto con la cabeza. El coronel se dio cuenta de que «mi vecino se limpió las gotas de sudor que inundaban su frente y se secó las manos con un pañuelo». En una pequeña sala, un auténtico cuchitril, se agolpaban los últimos guardaespaldas alrededor de un escritorio, antes de llegar al despacho. Stalin entraba en aquella «habitación luminosa y amplia», con su gran mesa de tapete verde. En el otro extremo de la habitación se hallaba su escritorio, sobre el cual

siempre había un montón de documentos en sus correspondientes *papki* (carpetas), un teléfono de alta frecuencia, una fila de teléfonos de distintos colores, y un montón de lápices con la punta debidamente afilada. Detrás del escritorio, había una puerta que comunicaba con el lavabo particular de Stalin y la sala de comunicaciones, que contenía sillas giratorias, todos los equipos de Baudot y de telégrafos necesarios para conectar al Vozhd con los distintos frentes, y el famoso globo terráqueo ante la cual había discutido la operación Antorcha en compañía de Churchill.

* * *

Aquella noche, Molotov, Beria y Malenkov, el eterno trío, esperaban en compañía de Voroshilov y Kaganovich. Stalin saludó con la cabeza e inauguró la reunión del GKO sin hacer más comentarios; las sesiones duraban hasta que el Vozhd se marchaba varias horas más tarde. Stalin se sentó ante su escritorio y a continuación se puso a dar paseos por la habitación, volviendo de vez en cuando a la mesa para coger sus cigarrillos Herzogovina Flor, que deshacía para rellenar con ellos su pipa. Los civiles, como de costumbre, se sentaban con la espalda contra la pared, frente a los nuevos retratos de Suvorov y Kutuzov, mientras que los generales se sentaban al otro lado de la mesa, frente a las efigies de Marx y Lenin, una distribución que reflejaba la guerra constante que mantenían unos con otros. Los generales desplegaban inmediatamente sus mapas sobre la mesa y Stalin seguía con sus paseos, moviendo un poco las caderas. «Se detenía entonces ante la persona a la que quería hablar y la miraba directamente a la cara», con lo que Zhukov califica de «mirada clara y tenaz, que parecía envolver y atravesar al visitante».

Poskrebishev empezaba a hacer pasar a los expertos que aguardaban en la antesala: «Mi vecino no tardó en levantarse también ... el recepcionista lo llamó por su nombre; él se puso lívido, se limpió las manos temblorosas con el pañuelo, agarró su carpeta ... y se fue con paso vacilante». Cuando Poskrebishev presentaba a un visitante, le decía:

—No os pongáis nerviosos. No se os ocurra discrepar de nada. El camarada Stalin lo sabe todo.

El visitante debía presentar su informe con rapidez —nada de palabrería— y marcharse. Dentro del despacho, la siniestra troika de Molotov, Beria y Malenkov daba vueltas alrededor del recién llegado escrutándolo fríamente.

Stalin exudaba poder y energía. «Se sentía uno agobiado por el poder de Stalin», escribía su nuevo comisario de Ferrocarriles, que fue a presentarle sus informes cientos de veces, «pero también por su memoria prodigiosa y por el hecho de que supiera tanto. Le hacía a uno sentirse menos importante de lo que era». Stalin marcaba el paso, incansablemente, con gran energía, como si estuviera siempre a punto de estallar. La mayor parte de las veces se mostraba

lacónico, infatigable y de una frialdad glacial. Si algo le disgustaba, dice Zhukov, «perdía los estribos y no tenía objetividad».

Aunque en todo momento los visitantes se sintieran en peligro, se quedaban sorprendidos al ver las discusiones verdaderamente colegiadas que se producían en aquellas reuniones. Mikoyan recuerda «el ambiente asombrosamente amistoso» que reinó entre los jerarcas durante los tres primeros años de la guerra. El país era gobernado por el GKO a través de las reuniones que celebraba Stalin con los principales líderes en presencia de todo aquel que se encontrara casualmente en su despacho: generalmente los miembros del GKO y Mikoyan o, posteriormente, Zhdanov, Kaganovich y Voznesenski.

«Se suscitaban enconadas discusiones», recuerda Zhukov, durante las cuales «se expresaban las opiniones en términos definidos y cortantes», mientras Stalin paseaba arriba y abajo. El Vozhd pedía la opinión de los generales: «Stalin prestaba más atención» cuando éstos «discrepaban. Sospecho —pensaba el almirante Kuznetsov— que le gustaba incluso la gente que tenía su propio punto de vista y no temía defenderlo». Tras crear un ambiente de idolatría servil, resulta que encontraba exasperante la adulación.

—¿Para qué voy a hablar contigo? —decía a gritos—. A cualquier cosa que diga, tú contestas: «Sí, camarada Stalin; por supuesto, camarada Stalin ... sabia decisión, camarada Stalin».

Los generales se dieron cuenta de que «sus socios siempre estaban de acuerdo con él», mientras que los generales discutían, por mucho que tuvieran que andar con pies de plomo. Pero Molotov y el impetuoso recién llegado, Voznesenski, a menudo le llevaban la contraria: «Las discusiones eran francas», recuerda Mikoyan. En una ocasión, leyendo una carta de Churchill, Stalin comentó a propósito del inglés:

—Se piensa que ya ha ensillado al caballo y que puede cabalgar tranquilamente en él... ¿Tengo razón, Viacheslav?

Molotov contestó:

—Yo no lo creo así.

Zhukov fue «testigo de discusiones y ... resistencia tenaz ... especialmente por parte de Molotov, cuando la situación llegó al punto de que Stalin tuvo que levantar la voz y se puso incluso fuera de sí, mientras que Molotov se limitó a levantarse con una sonrisa y a remachar su punto de vista». Cuando Stalin pidió a Jrulev que se hiciera cargo de los ferrocarriles, no tuvo inconveniente en admitir su negativa: «No creo que me respetes rechazando mi propuesta», dijo, conformándose con las excusas del intendente general, uno de sus favoritos. Entre la gente de a pie, Stalin se limitaba a decir una y otra vez: «¡Al grano!» o «¡Habla claro!».

Una vez que Stalin se había formado una opinión y habían acabado las discusiones, nombraba a la persona encargada de llevar a cabo la tarea, que solía comportar una amenaza de muerte como incentivo añadido. «Aquel hombre

severísimo estaba atento al cumplimiento de todas sus órdenes», recuerda Baibakov, el ingeniero petroquímico. «Cuando concedía un mando, siempre te ayudaba a ejercerlo como es debido, de modo que uno recibía todos los medios necesarios que hubiera al alcance. Por eso, no me asustaba Stalin; éramos muy directos el uno con el otro. Yo cumplí con las tareas que se me encomendaron.» No obstante, el Vozhd se daba mucha «maña para detectar los puntos débiles de los informes». Ay de aquel que apareciera ante él sin dominar perfectamente lo que ocurría en el frente que se le hubiera encomendado. «De repente levantaba la voz en tono ominoso y decía: "¿Es que no lo sabes? ¿Pues qué es lo que estás haciendo?".»

Dio la impresión de que la operación Urano reanimó a Stalin que, según observó Jrushchov, empezó a actuar «como un verdadero soldado», considerándose a sí mismo «un gran estratega». Nunca fue un general, y menos aún un genio militar, pero, según Zhukov que lo conocía mejor que nadie, aquel excelente «organizador ... desplegó su habilidad de generalísimo a partir de Stalingrado». «Dominaba la técnica necesaria para organizar las operaciones en el frente ... y las dirigía con habilidad, haciéndose perfectamente cargo de las complicadas cuestiones estratégicas», y demostrando siempre su «inteligencia natural ... su intuición profesional», y «una memoria tenaz». Era un hombre «de muchas facetas y sumamente dotado», pero «no tenía conocimiento de los detalles». Mikoyan probablemente tenga razón cuando concluye, del modo práctico que lo caracteriza, que Stalin «entendía de asuntos militares todo lo que debería saber un político..., pero nada más».[1]

* * *

Alrededor de las diez de la noche Antonov presentó su segundo informe. El ambiente amistoso descrito por Mikoyan tenía sus límites. La guerra era el estado natural de los bolcheviques y en él se encontraban a sus anchas. El terror y la lucha, las pasiones dominantes de los bolcheviques, inundaban aquellas reuniones. Stalin utilizaba el miedo con liberalidad, pero él también vivía con los nervios de punta: cuando llegó el nuevo comisario de Ferrocarriles, el Vozhd se limitó a decir:

—El transporte es una cuestión de vida o muerte... Recuérdalo, dejar de cumplir ... las órdenes significa consejo de guerra.

Al escuchar aquellas palabras, el joven sintió «un escalofrío que recorría mi columna». Una vez que se perdió un tren en aquel lío de frentes y ferrocarriles, Stalin lo amenazó diciendo: «Si no lo encuentras como general, irás al frente como soldado raso». Segundos más tarde, el comisario, «blanco como la cera», era anunciado por Poskrebishev, que añadió:

—Tenga cuidado, no vaya a meter la pata. El jefe está a punto de estallar.

Stalin paseaba constantemente arriba y abajo. Había varios indicios que

avisaban de su mal humor: si la pipa estaba apagada, era mala señal. Si la soltaba, la explosión era inminente. Pero si se golpeaba el bigote con la boquilla, quería decir que estaba encantado. La pipa era a la vez un apoyo y una veleta.* Su humor era terrible: «prácticamente cambiaba de un momento a otro delante de uno», escribe Zhukov. «De pronto se ponía pálido, con una expresión de amargura en los ojos, la mirada grave y malévola.» Cuando algunos ejércitos se quejaron de que no habían recibido sus provisiones, Stalin dijo a Jrulev en tono acusador:

—Eres peor que el enemigo. ¡Trabajas para Hitler!

Los tres perros guardianes de la «pequeña esquina», Molotov, Malenkov y Beria, «nunca hacían preguntas, se limitaban a estar presentes y a escuchar, en ocasiones tomando notas ... y mirando unas veces a Stalin y otras a quienquiera que hubiera entrado en el despacho. Era como si Stalin los necesitara o bien para hacer frente a lo que pudiera ocurrir o bien como testigos de la historia». Su finalidad era preservar la ilusión de gobierno colectivo y aterrorizar a los generales. Stalin y los jerarcas se consideraban a sí mismos militares aficionados y se caracterizaban todos por abrigar sospechas de los «militares expertos», actitud típica de la guerra civil.

«Fíjate en los viejos cocheros —decía Mejlis—. Aman a los animales y sienten compasión de ellos, pero tienen el látigo siempre a punto. El caballo lo ve y saca sus propias conclusiones.» Ahí, dicho en pocas palabras, según uno de los minidictadores de Stalin, radicaba la esencia del estilo de mando del generalísimo. «Todos nos acordábamos de 1937», decía Zhukov. Si algo fallaba, sabían que acababan «en manos de Beria y Beria estuvo presente siempre en mis entrevistas con Stalin». Los pecados de los generales eran registrados con cuidado: Mejlis había acusado a Koniev en 1938 de tener padres kulaks. Naturalmente Rokossovski y Meretskov no tenían ningunas ganas de volver a las cámaras de tortura de Beria. Stalin recibía informaciones, quejas y denuncias de la policía secreta y de sus generales.

Cuando escribieron sus memorias en los años sesenta, los generales se presentaron a sí mismos como víctimas inocentes de Beria. Desde luego se encontraban bajo amenaza constante de arresto, pero ellos mismos se dedicaron a denunciarse unos a otros con saña. Timoshenko había denunciado a Budionni y a Jrushchov. Incluso en aquellos momentos, la operación Urano comenzó en medio de una fiebre de denuncias: Golikov (el desventurado jefe de espionaje de antes de la guerra) denunció al general Yeremenko. Al mismo

* A medida que la guerra fue avanzando, se convirtió en un símbolo de su imagen casi familiar en Occidente —el *tío Iosiv*—, y los políticos solían enviarle pipas como regalo. Maiski, embajador soviético en Londres, por ejemplo, escribió a Stalin: «Después que Mr. Kerr [el embajador británico en Moscú] le regalara la pipa y la prensa se hiciera eco de ello, me han traído pipas para usted, regalo de dos empresas ... y le envío un ejemplar...».

tiempo Stalin utilizó a Malenkov para vigilar a Jrushchov y a Yeremenko. Cuando el Vozhd acusó a Jrushchov de querer entregar Stalingrado, el comisario empezó a desconfiar de su propio equipo. Pero a su vez, Jrushchov no tuvo reparos en denunciar a los generales, echando la culpa de lo de Járkov a Timoshenko. Al mismo tiempo, en Stalingrado, un miembro del equipo del general Malinovski, en pleno ascenso, se suicidó dejando una nota en la que ponía el siguiente mensaje: «¡Viva Lenin!», sin mencionar para nada a Stalin: ¿Es posible que Malinovski, que había servido en la Legión Rusa en Francia durante la primera guerra mundial, fuera un enemigo?

—Deberías vigilar a Malinovski —ordenó el Vozhd a Jrushchov, que protegía al general.

Los jerarcas sostenían entre ellos y con los generales una lucha feroz por alcanzar cada uno más poder y más recursos. Cuando Beria pidió cincuenta mil fusiles más para el NKVD, el general Voronov mostró la solicitud a Stalin.

—¿Quién ha presentado esta solicitud? —preguntó secamente el Vozhd.

—El camarada Beria.

—Mándalo llamar.

Cuando llegó Beria, intentó persuadir a Stalin de que le concediera lo que pedía hablando en georgiano. El Vozhd lo interrumpió airadamente y le dijo que hablara en ruso.

—Con la mitad bastará —concluyó, pero Beria insistió. Stalin, «irritado hasta el límite», volvió a reducir la cifra.

Luego, una vez fuera, Beria alcanzó a Voronov.

—¡Tú, espera! —exclamó—. Te vamos a destrozar las entrañas.

Voronov esperaba que aquello no fuera más que una «broma oriental». Pero no lo era.

Stalin actuaba con frecuencia de mediador en las trifulcas desencadenadas por la obtención de recursos: cuando ordenó que se entregaran a la artillería novecientos camiones, Beria y Malenkov, que actuaban como un truculento dúo, se presentaron a Voronov para decirle:

—Toma cuatrocientos.

—Volveré y se lo haré saber al generalísimo —replicó en tono amenazador el general.

Malenkov acabó dándole la cuota entera de camiones que le había sido concedida.[2]

Viviendo como vivían en aquel ambiente de miedo y rivalidad, a los jerarcas los corroía la envidia: «Molotov estaba siempre con Stalin —escribía Mikoyan con desdén—, sentado simplemente en el despacho, poniendo cara de importante, pero en realidad no estaba a cargo de nada». Stalin sólo lo necesitaba como «segundo, por ser ruso», pero lo mantenía «aislado». Molotov ayudaba en las cuestiones relacionadas con la política exterior, pero no tenía las responsabilidades que tenían los demás. Mikoyan era uno de los principales

caballos de tiro, encargándose de supervisar la retaguardia, el racionamiento de comida, los suministros médicos, las municiones, la marina mercante, los productos alimenticios, el combustible, las prendas de vestir para la población en general y para el ejército, al tiempo que, como comisario de Comercio Exterior, negociaba los contratos de préstamo y arriendo con los Aliados, lo que suponía una agenda inacabable. «Sólo Molotov veía a Stalin tanto como yo», decía en tono jactancioso, olvidándose del incansable y omnipresente Beria.

El «terror del Partido», Beria, que se comportaba como el malo de una película policíaca, llegó a su plenitud durante la guerra,* utilizando a un millón setecientos mil trabajadores esclavos confinados en gulags para fabricar las armas y los ferrocarriles de Stalin. Se calcula que unos novecientos treinta mil de esos trabajadores perdieron la vida durante la guerra. Pero el NKVD, dependiente de él, era el pilar del régimen de Stalin, y representaba la supremacía del Partido sobre el ejército. Después que el general Voronov lo desafiara dos veces delante de Stalin, Beria obtuvo por fin permiso para detenerlo. Cuando Voronov dejó de presentarse un día a una reunión, el Vozhd preguntó a Beria como el que no quiere la cosa:

—¿Está Voronov en tu casa?

Beria contestó que volvería dentro de un par de días. Se dice que los generales habían inventado un término para designar estos interludios espeluznantes: «Ir a tomar café con Beria». Los enchufados de éste vigilaban a los militares en el frente y sus informes llegaban a su jefe y a menudo a la mesa del propio Stalin. En 1942, el Vozhd subió un grado más la vigilancia ordenando a Kobulov que pusiera micrófonos en casa de Voroshilov, Budionni... y el propio Zhukov, cuyos oficiales fueron acosados y detenidos.

Pero el Vozhd estaba harto de Beria y del imperio que se estaba construyendo. Cuando el georgiano consiguió que Kaganovich fuera destituido del Comisariado de Ferrocarriles, intentó nombrar a su sucesor.

—¿Crees que he dado el visto bueno al candidato ... que me impone Beria? Nunca se lo daré...

Pero los ferrocarriles seguían siendo una pesadilla y sólo Kaganovich, aquel «verdadero hombre de hierro», según las palabras de admiración del propio Stalin, podía obrar los milagros necesarios.[3]

* * *

* Entre sus comisarios estaban Boris Vannikov e I. F. Tevosian, ambos detenidos y liberados después, y D. F. Ustinov, que sólo tenía treinta y tres años y acabaría convirtiéndose en el último dueño y señor del complejo militar-industrial soviético, siendo nombrado secretario del CC, mariscal... y ministro de Defensa. Precisamente como tal ordenó la invasión soviética de Afganistán en 1979.

Durante dieciséis horas, Stalin no dejaba de «dar instrucciones, hablar por teléfono, firmar papeles, llamar a Poskrebishev y darle órdenes». Cuando se enteró de labios de Mikoyan y Jrulev de que los soldados andaban escasos de cigarrillos, todavía tuvo tiempo durante la batalla de Stalingrado para llamar por teléfono a Akaki Mgeladze, máximo dirigente del Partido en Abjasia, donde se producía el tabaco:

—¡Nuestros soldados no tienen qué fumar! ¡El tabaco es absolutamente necesario en el frente!

Redactaba personalmente cada comunicado de prensa, pues era todo un maestro de la expresión sucinta y vibrante a la vez, como por ejemplo la célebre frase: «¡Sangre por sangre!»; también le gustaba insertar citas de Suvorov. Y aunque verificaba celosamente el prestigio de que pudieran gozar sus generales, era muy puntilloso a la hora de concederles el crédito de una victoria.[4]

Las horas de presión y de trabajo a las que se sometía Stalin eran terribles, pero sus comisarios y sus generales estaban invariablemente en pie desde el amanecer, un tipo de vida que requería «unos recursos físicos y morales enormes», en el que el «agotamiento nervioso» constituía un peligro real. Stalin legislaba la vida de sus generales, decretando personalmente su horario de trabajo y de descanso. Vasilevski debía dormir sin falta de cuatro de la madrugada a diez de la mañana. El Vozhd lo llamaba por teléfono a veces, como una niñera estricta, para comprobar que estaba durmiendo. Si contestaba al teléfono, lo ponía verde. Pero a Vasilevski le resultaba imposible asistir a las cenas y a los pases de películas a altas horas de la noche que tanto le gustaban a Stalin, y hacerse cargo de todo el trabajo diurno, de modo que tenía que romper las normas y poner a su asistente al lado del teléfono para que contestara. «El camarada Vasilevski estará descansando hasta las diez.» Se suponía que los otros caballos de tiro de Stalin, Beria y Mikoyan, debían pasar la mayor parte de las noches con el Vozhd y que al mismo tiempo llevaran a cabo un trabajo hercúleo, pero fueron capaces de cumplir con su tarea al frente de unos imperios administrativos amplísimos e insomnes a fuerza de adrenalina de guerra y patriotismo, amenazas bolcheviques y capacidad de supervivencia.

Stalin bebía poco y esperaba que los demás fueran igualmente austeros. El general de artillería Yakovlev acudió en cierta ocasión a su despacho a presentar sus informes envalentonado con alguna que otra copita de brandy. Sin levantar la cabeza de su escritorio, Stalin comentó:

—Acércate, camarada Yakovlev.

El general se acercó.

—Acércate más —dijo el Vozhd, y añadió—: Estás un poquito borracho, ¿verdad?

—Sí, ligeramente, camarada Stalin.

Éste no dijo nada más.[5]

* * *

A medianoche, Vasilevski informó lleno de júbilo desde Stalingrado que los aliados rumanos de Hitler estaban siendo derrotados. Mientras lo escuchaba, Stalin llamó a Poskrebishev y pidió té. Cuando le trajeron el té en un vaso colocado sobre una bandeja de plata ricamente decorada, el comisario o el general que estaba presente, por lo general Antonov, guardó silencio. Todos contemplaron el ritual de Stalin con el té: el Vozhd exprimió el limón, echó unas gotitas en el té, se levantó muy despacio, abrió la puerta situada detrás de su escritorio que daba al cuarto de aseo, abrió el armario empotrado y sacó una botella de brandy de Armenia. Luego volvió al despacho, echó media cucharadita en el té, guardó otra vez el licor, se sentó, miró a su interlocutor y dijo:

—Adelante.

Llenos de animación ante aquel éxito inesperado, Stalin y sus compañeros salieron del despacho y probablemente se dirigieran a Kuntsevo para cenar y ver luego alguna película, pero aquellas cenas no eran todavía las juergas de borrachos que celebrarían años más tarde. Cuando Beria o Molotov se iban exhaustos a su casa pocas horas antes de tener que estar de nuevo al pie del cañón, Stalin se ponía a leer sus libros de historia en el diván hasta que caía rendido a primeras horas de la mañana.[6]

* * *

A los cuatro días del lanzamiento de la operación Urano, el VI Ejército alemán, integrado por trescientos treinta mil hombres, se vio rodeado en el que Stalin calificó de «momento decisivo de la guerra». Los rusos iban haciéndose dueños de la situación, mientras que el contraataque de Von Manstein no conseguía abrir brecha. La Luftwaffe se mostró incapaz de suministrar provisiones desde el aire. Los alemanes, cercados, sufrieron una cruel muerte lenta provocada por el hambre, el frío glacial y la dinamita. El 16 de diciembre, los rusos contraatacaron por la retaguardia de Von Manstein, amenazando con atravesar el grupo de ejército del Don y marchar sin trabas hacia Rostov. En la «pequeña esquina», Stalin, lleno de impaciencia, escogió al general Rokossovski, y no a Yeremenko, que había ostentado el mando en Stalingrado, para que supervisara la operación Anillo, destinada a aniquilar al VI Ejército.

—¿Por qué no dices nada? —preguntó a Zhukov, al que vio fruncir el ceño.

—Yeremenko se sentirá dolido —contestó Zhukov.

—No es momento para sentirse dolido —replicó el Vozhd—. No somos unas colegialas. ¡Somos bolcheviques!

El 10 de diciembre, Rokossovski atacó a los desprevenidos alemanes, dividiendo sus efectivos por la mitad. El VI Ejército estaba cada día más deteriorado. La derrota militar se convirtió en una lucha humana por la supervivencia, en la que los alemanes se vieron obligados a comerse los caballos, los gatos,

las ratas, incluso unos a otros, hasta que se quedaron sin nada. El 31 de enero, el mariscal de campo Von Paulus se rindió, siendo hechos prisioneros doscientos cuarenta mil peleles medio muertos de hambre y de frío, en los que apenas cabía reconocer a hombres y menos aún a soldados. El propio Stalin escribió la noticia: «Hoy nuestros ejércitos han atrapado al comandante general del VI Ejército cerca de Stalingrado junto con todo su estado mayor...».[7]

* * *

Por detrás de la máscara de hierro de la austeridad soviética surgieron entonces un Stalin ufano y seguro de sí mismo, y una imperial Rusia bolchevique cubierta de oropeles y medallas, manchada de sangre, pero capaz de caminar con orgullo, y dispuesta a abrirse paso por Europa.[*]

El 6 de enero de 1943, tras consultar a dos viejos camaradas, Kalinin y Budionni, Stalin abolió el viejo eslogan bolchevique: «¡Abajo los galones dorados!» y restauró las brillantes charreteras y entorchados de los oficiales zaristas. Bromeó con Jrulev «por sugerir que estábamos restaurando el antiguo régimen», pero dio personalmente instrucciones a los medios de comunicación acerca del modo en que debían plantear la cuestión: los galones dorados no eran una «simple decoración, sino que tenían también mucho que ver con el orden y la disciplina: hablad de eso».

Dos semanas más tarde ascendió a Zhukov a mariscal. El 23 de febrero, el propio militar aficionado y sabelotodo obtuvo el mariscalato: durante los dos años siguientes, Stalin rara vez se quitaría el uniforme.

Al mismo tiempo, recortó ligeramente las poderosas alas de Beria: en abril,[**] el Vozhd puso bajo su propio mando en tanto que comisario de Defensa los servicios de contraespionaje del ejército con sus temibles Departamentos Especiales, rebautizándolos Smersh, acrónimo de «muerte a los espías», que él mismo había inventado, pero dejó que Abakumov siguiera al mando. Miembro de la policía secreta, Abakumov, hombre hábil y vicioso de

* Esa seguridad se vio reflejada inmediatamente en el desconsiderado trato que dispensó Stalin a sus aliados occidentales, a pesar del heroísmo demostrado al arriesgar sus vidas para prestar ayuda a Rusia: Mikoyan comunicó que los ingleses habían traído un equipo de radio en su misión naval en Murmansk «sin documentación. O les pedimos que se lo lleven otra vez o que nos lo regalen. Solicito instrucciones». Molotov respondió simplemente: «De acuerdo». Pero Stalin anotó toscamente con su lápiz azul: «Camarada Molotov está de acuerdo. ¡Pero Mikoyan no propone nada!». En cuanto a la radio de la Armada británica decía: «¡Propongo *confiscar* el equipo y considerarlo material de contrabando!».

** El 16 de abril de 1943, Stalin volvió a dividir el gigantesco NKVD en dos agencias distintas, el NKGB, al mando de Merkulov, integrado por la Policía de Seguridad del Estado, y el NKVD, al mando de Beria, que controlaba a la policía ordinaria y los inmensos campos de mano de obra esclava. En cualquier caso, Beria seguía siendo el *curator* o dueño y señor de ambos «organismos».

treinta y cinco años, había trabajado estrechamente con Beria, pero Stalin, que en definitiva había sido su verdadero patrono, lo acogió entonces bajo su protección.

Los triunfos históricos para el resto del mundo de Stalin se vieron ensombrecidos sin embargo por las decepciones sufridas en su vida privada.[8] Poco después de la victoria de Stalingrado, el Vozhd recibió dos mensajes a cual más doloroso: una carta en la que se denunciaba la depravación de su hijo Vasili y que revelaba cómo había sido seducida su adorada Svetlana, y una oferta alemana de intercambio de prisioneros, que afectaba a su hijo Yakov.

40

Hijos e hijas: Stalin y los hijos de los miembros del Politburó durante la guerra

La primera rendición de un mariscal de campo alemán durante la guerra supuso para Hitler la misma humillación que la captura de Yakov para Stalin: ambos dictadores habrían deseado que los causantes de ambas deshonras se arrojaran sobre su propia espada. El conde Bernadotte de la Cruz Roja se puso en contacto con Molotov para ofrecerle un intercambio de prisioneros: Yakov por Von Paulus. Molotov comunicó la propuesta a Stalin, pero éste rechazó la idea de cambiar un mariscal por un simple soldado.

—Todos son hijos míos —contestó Stalin como un buen zar—. ¡La guerra es la guerra! —dijo a Svetlana.

La negativa del Vozhd a aceptar el intercambio de su hijo ha sido utilizada como una prueba de su crueldad y su incapacidad para amar, pero se trata de una opinión injusta. Stalin fue un asesino de masas, pero en este caso resulta difícil imaginar que Churchill o Roosevelt hubieran actuado de modo distinto si uno de sus hijos hubiera sido capturado, cuando había miles y miles de hombres anónimos que morían o caían en manos del enemigo.* En cierta ocasión, acabada ya la guerra, un confidente suyo georgiano se armó de valor y preguntó al Vozhd si lo de Von Paulus era un mito o una realidad. Stalin «bajó la cabeza» y contestó con «voz triste y desgarrada»:

* La hija de Yakov, Gulia, considera que Stalin «hizo lo correcto». Svetlana Stalin compara la actuación de su padre con la negativa de Margaret Thatcher a negociar con los terroristas que habían secuestrado a Terry Waite: «Nosotros no hablamos con esa gente». Yakov no fue el único miembro de la familia de Stalin que cayó rodeado por las fuerzas alemanas: Artiom Sergeiev también lo fue, pero logró romper la línea enemiga y pudo regresar a Moscú donde explicó su historia a Mikoyan. Lo enviaron a hablar con un vicecomisario de Defensa, que le dijo: «Tú eres un teniente y yo un vicecomisario. Nunca repitas lo que me has contado a ningún superior. Olvídalo todo. Hay quien no lo entendería, y eso podría arruinar tu vida. Así pues, escribe y firma aquí: "Yo ni estuve allí ni vi nada"».

—No es ningún mito... ¡Solamente piensa cuántos hijos acabaron en campos de concentración! ¿Quién los hubiera canjeado por Von Paulus? ¿Acaso los demás eran peor que Yakov? Tuve que negarme... ¿Qué habrían dicho de mí todos aquellos millones de padres del Partido, si me hubiera olvidado de ellos, si hubiera accedido a canjear a Von Paulus? No, no tenía ningún derecho...

Luego, poniendo de manifiesto una vez más la lucha entre el hombre enérgico, colérico y atormentado que había en su interior, y el personaje en el que se había convertido, exclamó:

—De lo contrario, habría dejado de ser Stalin —y añadió—: ¡Me dio tanta lástima Yasha!

Unas semanas más tarde, el 14 de abril, en un campo de prisioneros de guerra situado cerca de Lübeck, Yakov, que en todo un alarde de valentía se había negado a colaborar con los nazis, se quitó la vida lanzándose contra la alambrada electrificada de la prisión. Aquella noche, en la «pequeña esquina», ajeno aún al acto de heroísmo de su hijo, Stalin estuvo trabajando con Molotov y Beria antes de irse a cenar a eso de la una de la madrugada. Durante bastante tiempo siguió sin saber la verdad, pero cuando se enteró de lo ocurrido, se sintió orgulloso como padre. Una vez en Kuntsevo se levantó de la mesa dejando allí su cena, y luego lo encontraron mirando una fotografía de Yasha.

—¿Conociste a Yasha? —preguntó a su confidente georgiano después de la guerra, mientras sacaba una foto suya—. ¡Míralo! Es todo un hombre, ¿no te parece? ¡Un hombre de espíritu noble hasta el final! El destino lo trató injustamente...

Stalin ordenaría la puesta en libertad de la esposa de Yakov, Julia (aunque quedó muy trastornada por el trauma sufrido). Lo mismo que el recuerdo de Nadia, el de Yakov también lo atormentaría para siempre.[1]

* * *

Stalin recibió entonces una carta del gran director cinematográfico de documentales, Roman Karmen, en la que acusaba al coronel Vasili Stalin de haber seducido a su esposa, jactándose además de su libertinaje. La carta en cuestión abriría un conflicto muy espinoso que acabaría destruyendo la relación de Stalin con el borracho de Vasili y con su adorada Svetlana. Cuando el padre empezó a indagar en las vidas de sus hijos, quedó profundamente impresionado por lo que fue descubriendo.

Cuando la ciudad de Stalingrado estaba en el momento culminante del asedio, Vasili estaba ya de vuelta en Moscú, y llevaba una vida que parecía una caricatura de las decadentes juergas de los aristocráticos petimetres del *Eugenio Onegin* de Pushkin. Malcriado por la adulación que le prodigaba su corte de zarévich, marcado por la pérdida de su madre y el carácter colérico de su pa-

dre, ascendido indebidamente, arrogante a la vez que aterrado de su propia importancia, y extremadamente generoso con los amigos, Vasili se había adueñado de Zubalovo, otrora hogar de su austera madre y su rígido padre, convirtiendo la mansión (reconstruida tras ser dinamitada) en la sede en la que se entregaba a los placeres de la bebida, el baile y los amoríos. El séquito del zarévich estaba formado por famosas estrellas y guionistas de cine, pilotos, bailarinas y gorrones de todas clases, una especie de «pandilla de crápulas» estalinista: Karmen y su hermosa mujer Nina, actriz de profesión, constituían el núcleo de esa corte junto con la pareja formada por el elegante poeta Konstantin Simonov y su esposa, la actriz cinematográfica Valentina Serova. Stalin los conocía a todos personalmente y admiraba la famosa antología de poemas de amor de Simonov, *Contigo y sin ti*.

—¿Cuántas copias estáis imprimiendo? —preguntó el Vozhd a Merkulov en una ocasión.

—Doscientas mil —respondió el agente de la policía secreta.

—He leído la obra —dijo Stalin bromeando—, y creo que habría bastado con imprimir sólo dos volúmenes: uno para ella y otro para él.

A Stalin le hacía tanta gracia ese chiste que lo repetiría una y otra vez a lo largo de la guerra.

La diversión en las orgías de Vasili solía ser frenética. El hijo de Stalin estaba «permanentemente borracho» y con frecuencia pegaba a su mujer, Galina, que acababa de darle un hijo, Alexander. Sacaba a todas horas el revolver, disparando contra las lámparas de araña del techo en compañía de sus amigotes. Frustrado por su propio padre, que había prohibido que se le encomendaran misiones reales, haciendo gala de un desprecio sin límites por su propia seguridad y la de sus compañeros, a Vasili le divertía pilotar aviones en estado de embriaguez, en una versión aerodinámica de la ruleta rusa. Cuando, en una ocasión, quiso pavonearse ante la hermosa amiga de su hermana, Martha Peshkova, se presentó borracho en Tashkent e insistió en llevar en avión a la joven hasta Kuibishev para ver a Svetlana. «Me llevó en avión, completamente borracho, y acompañado por una tripulación de beodos», recuerda Martha. «A pesar de que las alas del aparato estaban cubiertas de escarcha, se bebieron todo el alcohol en vez de utilizarlo para derretir el hielo, por lo que el avión no podía mantener la altura. Al final nos vimos forzados a realizar un aterrizaje forzoso, chocando contra un almiar que había en un claro.» La joven estaba aterrada. Vasili fue caminando hasta la granja colectiva más próxima, desde donde envió a un grupo de rescate mientras era agasajado en la casa del presidente local del Partido. Estaba tan borracho que la esposa del presidente tuvo que encerrar a Martha en su dormitorio para protegerla. Hasta su amigo Vladimir Mikoyan, muerto en Stalingrado, se quejaría de su «afición a la bebida, terquedad y salidas de tono: ¡qué cretino!».

En cualquier caso, para los héroes jóvenes y las estrellas del mundo del es-

pectáculo de la época, Zubalovo era «una especie de paraíso», según cuenta el primo de Vasili, Leonid Redens, «porque allí abundaban la comida y la bebida; ¡y estaba lejos del escenario de la guerra!». El príncipe heredero escogía a sus amantes entre la multitud de chicas que frecuentaban Zubalovo, pero cuando empezó su romance con Nina Karmen, se enamoró de ella y se la llevó a vivir a la mansión. Aunque ya hacía tiempo que su esposa, Galina, y el niño habían regresado de Kuibishev, junto con Svetlana, y se suponía que vivían en Zubalovo, Vasili no dejó de hacer ostentación de su romance, sobrepasando, según Redens, «todos los límites». Nadie podía detener al zarévich excepto el zar en persona, por lo que el esposo agraviado escribió a Stalin, que, al enterarse de la noticia, se sintió escandalizado. Tras ordenar al NKGB que investigara al séquito de Vasili, el Vozhd se enteró de algo que habría bastado para que cualquier padre georgiano echara mano a su escopeta.

* * *

Svetlana, a la sazón de dieciséis años, que vivía entre la rígida austeridad del piso del Kremlin y la degeneración rutinaria de Zubalovo, se sentía «sola» y poco estimada por su padre, siempre ocupado, y su «desagradable» hermano, pero la niña pelirroja y pecosa había madurado a edad muy temprana y se había convertido en una jovencita curvilínea, inteligente y sensible, que guardaba un gran parecido físico con su abuela paterna y mostraba el carácter obstinado y rudo de su padre. De hecho, sus primos Redens pensaban que Vasili, con todos sus defectos, era «mucho más flexible y amable» que su hermana. Un día Svetlana, lectora voraz y dotada de gran dominio de la lengua inglesa, encontró —probablemente en casa de Beria, donde solía ir de visita— un ejemplar del *Illustrated London News* a través del cual se enteró del suicidio de su madre. «Algo se destruyó en mi interior —escribiría más tarde—. Ya no fui capaz de obedecer la palabra y la voluntad de mi padre ... sin ponerlos en tela de juicio.»

A una de las fiestas organizadas por Vasili durante el asedio de Stalingrado en Zubalovo, asistió un guionista cinematográfico apuesto, mundano y famoso llamado Alexei Kapler. Conocido con el apodo de «Liusa», Kapler era un narrador agradable que hipnotizaba con sus palabras y todo un Casanova, aunque estaba casado. «¡Oh, sabía hablar y tenía el don de la comunicación con grandes y pequeños! Él mismo era como un niño», escribiría Svetlana. Su mecenas era el propio Stalin, que además se encargó de supervisar la semblanza que de él hizo el escritor en el guión de la película *Lenin v oktyabryu* (Lenin en octubre) y su secuela, *Lenin v 1918 godu* (Lenin en 1918). Kapler llevó a la fiesta una película de Greta Garbo, *La reina cristina de Suecia*. Enseguida se sintió atraído por Svetlana, imaginando que su situación se parecía a la de la película. «Ella era la gran señora, y yo el pobre don Alfonso. Ella era una mu-

chacha intrépida y sin pretensiones. Yo tenía cuarenta años y era alguien importante en el mundo del cine»; no obstante, «ella se hallaba rodeada y oprimida por una atmósfera digna de un dios». Para Svetlana, que por lista que fuera no dejaba de ser una adolescente, él era como un personaje de una de sus novelas de Dumas.

—¿Sabes bailar el foxtrot? —le preguntó Kapler.

Svetlana se sentía incómoda en sus zapatos planos, pero «Kapler me aseguró que era una buena bailarina ... Aquel día llevaba puesto mi primer vestido bueno hecho por una modista» con «un broche antiguo de granates que había pertenecido a mi abuela». La joven confiaba en él.

—¿Por qué pareces hoy tan triste? —preguntó el guionista.

Svetlana le explicó que «era el décimo aniversario de la muerte de su madre y, sin embargo, nadie parecía acordarse de ello». Los dos se sentían «irresistiblemente atraídos el uno por el otro»; eran tiempos de guerra «y nos entregamos el uno al otro». Él le prestó libros de poesía amorosa y de «adultos» que ayudaron a Svetlana a superar su miedo a la vulgaridad del sexo, sobre el que tan a menudo le hablaba Vasili. «Le temía a esa parte de la vida que me había sido presentada de un modo tan feo a través de las conversaciones obscenas de Vasili», recordaría la hija de Stalin.

Su relación fue apasionada, pero nunca se basó exclusivamente en el sexo: «Un beso, eso es todo», afirmaría Kapler. Pero para Svetlana supuso una aventura emocionante, «romántica y pura. Me había educado en el convencimiento de que el sexo sólo debía tener lugar dentro del matrimonio», revelaría más tarde, «a mi padre jamás se le habría ocurrido permitirme nada semejante fuera del matrimonio». Pero la guerra lo había cambiado todo: en cualquier otra época, Kapler se habría pensado muy mucho lo que suponía seducir a la única hija de Stalin, pero «creí que realmente me necesitaba».

«Para mí —diría Svetlana—, Kapler era la persona más inteligente, amable y maravillosa que había sobre la faz de la tierra. Emanaba experiencia y eso me fascinaba.» El guionista introdujo a la colegiala por los excitantes caminos de la libertad en aquellos tiempos de guerra: la llevó a los teatros, y le prestó una traducción ilegal de *Por quién doblan las campanas* de Hemingway. En las fiestas desenfrenadas que organizaba Vasili en el restaurante Aragvi, la pareja bailaba sin parar el foxtrot al son de una orquesta de jazz. Cada día, en la escuela, Svetlana contaba sin aliento a Martha Peshkova las novedades de su romance: Kapler le había regalado un broche muy caro: tenía forma de hoja con un insecto encima.

Aquel mujeriego carismático se sentía atraído por la situación de Svetlana, aunque también estaba encantado con su nueva aventura, llegando a hacer alarde ante el director cinematográfico Mijail Romm de que ahora estaba cerca de Stalin. Kapler fue enviado por *Pravda* a cubrir el sitio de Stalingrado, donde compiló sus «Cartas del teniente L desde Stalingrado», en las que se

atrevió a hacer alarde de su aventura amorosa en los siguientes términos: «Probablemente nieve en Moscú. Desde tu ventana puedes ver la muralla almenada del Kremlin». Los que estaban al corriente de su relación con Svetlana se quedaron atónitos ante la locura de desairar a un vengativo padre georgiano en la primera página de *Pravda*, pero para la hija del Vozhd representaba una acción «valiente por el espíritu caballeresco y temerario que comportaba. En cuanto lo leí, me quedé helada», pero «temí que todo aquello tuviera un final terrible». En el colegio, Svetlana enseñó el artículo del periódico a Martha por debajo del pupitre.

Cuando Kapler regresó a Moscú, la joven le rogó que no volviera a verla, aunque, como explicaría el guionista, «no recuerdo quién sugirió aquella última y desgarradora cita de despedida tan peligrosa». La pareja se encontró en un piso vacío próximo a la estación de Kursk que utilizaban los amigotes de Vasili para sus escarceos amorosos. El guardaespaldas de Svetlana, Klimov, esperaba nervioso en otra habitación.

Beria ya se había encargado de informar de la aventura de su hija a Stalin, quien había advertido a la muchacha «en un tono extremadamente desagradable de que me estaba comportando de un modo intolerable», aunque culpaba a Vasili de haberla corrompido. Irritado con los desenfrenos de su hijo, el Vozhd lo destituyó de su cargo de inspector de las Fuerzas Aéreas por conducta indecorosa y ordenó su reclusión en el cuartel militar durante diez días y su posterior traslado al frente del Noroeste. Vlasik, el mandamás de la casa de Stalin, sugirió a Kapler la conveniencia de abandonar Moscú. El guionista le respondió con un «vete al infierno», aunque se las arregló para que le asignaran un trabajo lejos de la capital.

Mientras tanto, Merkulov entregó a Stalin las conversaciones de Svetlana y Kapler interceptadas telefónicamente, un instrumento del que normalmente no disponen los furibundos padres de hijas descarriadas. Stalin montó en cólera. El 2 de marzo, Kapler fue obligado a subir a un automóvil seguido de cerca por un siniestro Packard color negro «en el que iba sentado el general Vlasik con aires de hombre importante». En la Lubianka, Vlasik y Gobulov supervisaron la condena a cinco años de reclusión en Vorkuta que impusieron al guionista por verter «opiniones antisoviéticas».

Al día siguiente, bajo la presión de la noticia de que la contraofensiva de Manstein había logrado reconquistar Járkov y amenazaba el éxito de la campaña de Stalingrado, Stalin estaba tan enfadado que se levantó mucho antes de lo habitual. Svetlana estaba vistiéndose en su habitación en compañía de su institutriz cuando el Vozhd «irrumpió bruscamente en mi dormitorio, algo que antes nunca había hecho». La mirada que salía de sus ojos «bastó para dejar a mi institutriz paralizada». «Nunca había visto a mi padre con ese aspecto», comentaría Svetlana. Haciendo gala de su violento carácter georgiano, Stalin «se ahogaba de rabia y apenas podía articular palabra».

—¿Dónde? ¿Dónde las tienes? —farfulló—. ¿Dónde están todas esas cartas de tu «escritor»? ¡Lo sé todo! ¡Tengo todas tus conversaciones telefónicas aquí mismo! —exclamó señalando al bolsillo de su guerrera—. ¡Bien! ¡Entrégamelas! Tu querido Kapler es un espía británico. ¡Está detenido!

Svetlana le dio a su padre las cartas y los guiones escritos por Kapler, aunque contestó a gritos:

—¡Pero yo le quiero!

—¡Amor! —chilló Stalin «que odiaba el sonido mismo de aquella palabra», y «por primera vez en mi vida» cruzó la cara de su hija con dos bofetones. Luego, dirigiéndose a la institutriz, dijo—: ¡Fíjate lo bajo que ha caído! ¡Con una guerra como ésta en la que estamos metidos, y ella sólo piensa en follar!

—¡No, no, no! —exclamó la mujer al tiempo que intentaba explicar los hechos haciendo aspavientos.

—¿Qué quieres decir con ese «no»? —preguntó Stalin algo más tranquilo—. ¿Cuándo sabré toda la historia? —Y luego, dirigiéndose a Svetlana, añadió—: ¡Mírate al espejo! ¿Quién iba a quererte a ti? ¡Eres una imbécil! ¡Está rodeado de todas las mujeres que pueda desear!

Stalin recogió las cartas y se fue al comedor donde, sentado en la misma mesa en la que Churchill había cenado y olvidándose por completo de la guerra, empezó a leer todas aquellas misivas. Aquel día no apareció por su despacho.

Por la tarde, cuando Svetlana regresó de la escuela, su padre estaba esperándola en el comedor mientras hacía trizas las fotografías y las cartas de Kapler.

—¡Escritor! —refunfuñaba—. ¡Ni siquiera sabe escribir en un ruso decente! ¡Y no haber sido capaz ni de buscarse un ruso!

Los orígenes judíos de Kapler lo sacaban particularmente de quicio. La joven abandonó el salón; padre e hija no volverían a hablarse durante muchos meses: su relación afectiva se había roto para siempre.

Con frecuencia se presenta este episodio de la vida privada del Vozhd como la prueba más evidente de su carácter cruel y brutal, aunque, incluso en la actualidad, a ningún padre le gustaría ver a una hija suya en edad escolar seducida (como creía él) por un hombre, especialmente si es un mujeriego cuarentón y, por si eso fuera poco, casado. Sin embargo, Stalin era un padre tradicional georgiano empapado de la mojigatería decimonónica, e incluso en la actualidad los padres georgianos serían capaces de apelar a la escopeta a la mínima provocación. «Siendo georgiano, habría DEBIDO pegar un tiro a aquel mujeriego», asegura Vladimir Redens. Mucho tiempo después de que escribiera sus memorias, Svetlana comprendió que su «padre tuviera una reacción exagerada»: creía que de ese modo «protegía a su hija de un tipo obsceno mucho mayor que ella».*

* La diferencia de edad entre Svetlana y Kapler era de veinticuatro años, no mucho mayor que la existente entre Stalin y Nadia en 1918, aunque precisamente esa analogía tal vez fuera el

Unos días más tarde, Vasili y su séquito marcharon al frente del noroeste, donde por fin pudo volar en una o dos misiones de combate, pero siguió cometiendo atrocidades. En mayo organizó una expedición de pesca en la que los pilotos, todos borrachos, se dedicaron a capturar peces lanzando cohetes de avión con la detonación retardada sobre un estanque. Uno de los cohetes estalló y mató a un héroe de la Unión Soviética.

El 26 de mayo Stalin ordenó a Novikov, jefe de las Fuerzas Aéreas, que tomara las siguientes medidas: «1. Destituir inmediatamente al coronel V. I. Stalin del ... mando del regimiento aéreo. 2. Comunicar a los oficiales del regimiento y a V. I. Stalin que el coronel Stalin ha sido destituido por su afición a la bebida, por su libertinaje y por corromper al regimiento».

Pero era imposible degradar por mucho tiempo al hijo de un dictador: a finales de ese mismo año, aquel bribón había sido ascendido de nuevo y no tardaría en pasearse con su Rolls-Royce por el frente, tomando prestados aviones oficiales cuando le venía en gana. Uno de sus compañeros inseparables quedó horrorizado cuando, en una ocasión, Vasili quiso adelantar a un camión del ejército en una de las carreteras de más tráfico del frente del Báltico. Como el conductor del vehículo se negó a cederle el paso, Vasili se limitó simplemente a pegar cuatro tiros a los neumáticos del camión.

En cuanto a Svetlana, no tardaría en enamorarse de otro hombre cuyo nombre era tan temido que ni en los dos libros de memorias suyas que se han publicado ni en las numerosísimas entrevistas que se le han hecho a lo largo de estos cincuenta años, ha querido revelar su identidad.[2]

* * *

En marzo de 1943, poco tiempo después del episodio de Kapler, Stalin logró por fin contener el contraataque de Manstein, dejando una abultada avanzadilla que penetraba en las líneas alemanas en los alrededores de Kursk. Hitler dio el visto bueno a la operación Ciudadela para acabar con aquella vanguardia tan incómoda, mientras Stalin y sus generales discutían qué hacer. El instinto del Vozhd le aconsejaba siempre atacar, pero Zhukov y Vasilevski consiguieron persuadirlo de la conveniencia de aguardar y de romper las líneas alemanas en alguna posición defensiva. Esa situación ponía todavía más nervioso e inquieto a Stalin, pero el generalísimo ya había aprendido la gran lección de Stalin-

---

factor que más contribuyera a aumentar la cólera del Vozhd. Los dos bofetones no son los peores crímenes de Stalin. Los cinco años de reclusión de Kapler fueron muy crueles, aunque al final tuvo la suerte de no ser subrepticiamente fusilado. Cuando fue puesto en libertad en 1948, regresó, incumpliendo su libertad condicional, a Moscú, donde fue detenido de nuevo y condenado a otros cinco años de trabajos forzados en las minas. Salió de su confinamiento a la muerte de Stalin, se volvió a casar y más tarde se reencontró con Svetlana, con la que acabó manteniendo una apasionada relación. Falleció en 1979.

grado: siguió el consejo de los generales y se dispuso a afrontar el que habría de convertirse en el combate de tanques blindados más importante de la historia, la batalla de Kursk.

Después de una cena con Stalin que duró desde las tres de la madrugada hasta las siete de la mañana, Zhukov y Vasilevski se trasladaron a toda prisa al frente para organizar el plan de batalla. Malenkov supervisó la actuación de los generales, Mikoyan reunió a los soldados de la reserva y Beria suministró la mano de obra esclava, trescientos mil hombres, encargados de cavar una línea infranqueable de trincheras de aproximadamente cuatro mil quinientos kilómetros. Más de un millón de hombres, incluidos los reservistas, y alrededor de seis mil carros blindados aguardaban.

La espera empezó a hacerse angustiosa para el generalísimo, que en su desazón se puso a echar humo en presencia de su ingeniero aeronáutico durante una rabieta volcánica. Cuando Yakovlev llegó al despacho encontró a Stalin y a Vasilevski examinando fragmentos del ala de uno de sus cazas Yak-9. Stalin señaló con el dedo los fragmentos y preguntó:

—¿Sabes algo de esto?

A continuación explotó y se puso a vociferar como un histérico. «Nunca lo había visto tan enfurecido», recordaría Yakovlev. Stalin exigió saber cuándo había sido descubierto el fallo. Al responderle que sólo se habían percatado del problema «delante del enemigo», «perdió la compostura todavía más».

—¿Sabes que únicamente el enemigo más astuto podría hacer una cosa semejante? Producir aviones de manera que parecieran buenos en la fábrica y resultaran malos en el frente. ¡Eso es trabajar para Hitler! ¿Sabes el servicio que le habéis prestado al Führer? ¡Hitlerianos de mierda!

«Resultaba difícil imaginar cuál era nuestra situación en aquellos momentos... yo temblaba», reconocería más tarde Yakovlev. Se hizo un silencio sepulcral, y Stalin empezó a caminar arriba y abajo por la habitación, hasta que al fin preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Al amanecer del día 5 de julio, los alemanes lanzaron novecientos mil hombres y dos mil setecientos carros blindados a la colosal batalla de máquinas en la que se enzarzaron, timón contra timón, cañón contra cañón, las dos flotas de gigantes metálicos. El día 9, los alemanes habían llegado al límite de sus fuerzas. El 12, Zhukov lanzó la contraofensiva que, a pesar de su elevadísimo precio, supuso una gran victoria. La batalla de Kursk constituyó el punto culminante de la era de los Panzer, el «equivalente mecanizado del combate cuerpo a cuerpo», que dejó tras de sí un cementerio de setecientos carros blindados y montones de carne quemada. Al aceptar la cancelación de la operación Ciudadela, Hitler perdió su última oportunidad de ganar la guerra.

El 24 de julio por la tarde, Stalin daba la bienvenida a Antonov y Shtemenko en su despacho, «pletórico de euforia y felicidad». Ni siquiera quiso es-

cuchar el informe de los dos militares; se limitó a jugar con el comunicado de la victoria entre sus manos, lleno de alegría, y añadió en el documento las siguientes palabras: «¡Gloria eterna a los héroes caídos en el campo de batalla en la lucha por la libertad y el honor de nuestra patria!».[3]

* * *

Stalin no fue el único al que resultó difícil controlar a sus hijos durante la guerra: Jrushchov y Mikoyan desempeñaron un papel estelar en la victoria de Kursk, el primero como comisario del frente y el segundo como máximo responsable de los aprovisionamientos, pero, al mismo tiempo, ambos vieron cómo sus hijos se metían en situaciones peligrosas. Stalin podía adoptar tanto una actitud comprensiva como despiadada ante las tragedias de las familias del Politburó.

Leonid Jrushchov, el hijo mayor de Nikita habido de su primer matrimonio, era ya bien conocido por no hacer una a derechas. Entonces se convertiría en un Guillermo Tell estalinista. Tras recibir una amonestación del Komsomol por «embriaguez», se había calmado, había contraído matrimonio con Liubov Kutuzova, con la que tenía una hija, Julia, y había demostrado su valentía como piloto de bombarderos, aunque seguía siendo un borracho pendenciero.* Leonid solía jactarse cuando estaba ebrio de su excelente puntería y, en una ocasión, le desafiaron a hacer diana en una botella colocada sobre la cabeza de otro piloto. El joven disparó y dio en el cuello de la botella, pero esto no satisfizo a aquella pandilla de temerarios. Leonid disparó de nuevo, hiriendo de muerte al oficial en la frente. Tuvo que responder de su acto ante un consejo de guerra.

Es posible que Jrushchov apelara a la clemencia de Stalin, recordándole la valentía demostrada por el muchacho. Pero el Vozhd, que ni siquiera había salvado a su hijo, «no quiso perdonar al hijo de Jrushchov», recordaría más tarde Molotov. Sin embargo, Leonid no fue condenado, y se le permitió realizar un segundo adiestramiento como piloto de caza. Moriría el 11 de marzo de 1943, cuando su avión fue derribado en el curso de una escaramuza con dos Focke-wulf 190s cerca de Smolensko. Nunca se encontraron sus restos. Corrió el rumor de que se había pasado al enemigo, una traición que, en el régimen de Stalin, ponía bajo sospecha a su viuda, Liubov, la cual había acudido al teatro de Kuibishev en compañía de un agregado militar francés «increíblemente apuesto». Liubov fue denunciada probablemente por el jefe de los guardaespaldas de su suegro. Fue detenida e interrogada personalmente por Abakumov, y más tarde fue condenada.

Otra de esas tragedias típicas de la vida de las familias estalinistas tuvo lugar cuando a la pequeña Julia le dijeron que su madre había muerto. La me-

* En 1941, Leonid había dicho a grito pelado que Stalin distaba mucho de ser «el más grande de todos los hombres y padre del pueblo»; era un «maldito canalla y el asesino de Kirov».

moria de sus padres fue proscrita y la criatura acabó siendo adoptada por su abuelo, Nikita Jrushchov, al que llamaba «papá».* Los Jrushchov fueron unos padres fríos. Según parece, el propio Nikita se creyó los cargos que fueron imputados a su nuera. «Stalin repartía juego —recuerda Julia—, y Jrushchov se jugaba la vida», pero «Nikita nunca habló de ello, e incluso cuando ya estaba retirado hablaba sólo en términos generales. Fue algo muy humillante y doloroso para él». Tal vez, dice Julia Jrushchova, aquel hecho contribuyera a su posterior decisión de denunciar a Stalin.[4]

* * *

Aquel verano le tocaría el turno a Mikoyan. Dos de sus hijos eran pilotos. Stepan resultó herido, y luego, durante el sitio de Stalingrado, murió Vladimir, con sólo dieciocho años. Por consiguiente, Stalin «ordenó expresamente» a su hijo Vasili que incluyera a Stepan en su propia división y que se «asegurara de que no se perdieran más Mikoyanes». Por orden de Vasili, el ingeniero de Stepan informó de que el avión del joven no estaba listo para volar por el momento. Pero tanta indulgencia no duró mucho.

Entre los niños y jóvenes que se encontraban en Kuibishev, los dos hijos pequeños de Mikoyan, Vano, de quince años, y Sergo, de catorce, se hicieron amigos del alocado hijo de Shajurin, el comisario de Producción de Aviones. A Volodia Shajurin le gustaba jugar a un juego estúpido, pero muy arriesgado, consistente en fingir que «nombraba» un gobierno títere del que formaban parte como ministros los dos pequeños Mikoyan, y recogía todos los detalles de dicho juego en su libro de ejercicios. Cuando regresaron a Moscú, el joven Shajurin se enamoró de Nina, la hija del embajador Umanski, que estaba a punto de trasladarse a su próximo destino.

—No te dejaré marchar —solía decir Volodia a Nina.

En una ocasión, mientras el grupo de colegiales cruzaba el Kamennyi Most, cerca del Kremlin, Shajurin cogió la pistola que Vano Mikoyan había tomado prestada de los guardaespaldas de su padre. El muchacho echó a correr con Nina y, allí mismo, en el puente, disparó sobre la joven y luego se pegó un tiro. Vano Mikoyan, horrorizado, fue corriendo al Kremlin para contarle a su madre lo ocurrido. El NKGB descubrió que el arma pertenecía a los dos pequeños Mikoyan, que además eran «ministros» del «gobierno» de colegiales, acto que evidentemente constituía toda una conspiración. Vano fue detenido.

* Su madre estuvo recluida durante cinco años en un campo de trabajo de Mordovia, tras lo cual pasó otros tantos años en el exilio. Cuando regresó en 1954, Jrushchov se negó a recibirla. Julia pudo reencontrarse con su madre en 1956. Eran dos extrañas, y siguen siéndolo: la madre está viva y reside en Kiev. En 1995 se halló un avión cerca de Smolensko, y en su interior el esqueleto de un piloto con los anteojos y el casco puestos: probablemente fueran los restos de Leonid.

«Simplemente desapareció», recordaría Sergo a propósito de su hermano. «Mi madre estaba histérica, y llamaron a todas las comisarías de policía.» Mikoyan, que trabajaba al fondo del pasillo del despacho del propio Stalin, telefoneó primero a Beria y luego a su esposa, Ashken.

—No te preocupes. Vano está en la Lubianka —dijo el azorado padre.

Mikoyan sabía que aquello sólo podía suceder con permiso de Stalin. El astuto armenio decidió no apelar al Vozhd «para no empeorar las cosas». Al cabo de diez días, Sergo también fue detenido en Zubalovo y trasladado, todavía en pijama, a la Lubianka.

—Debo decírselo a mi madre —dijo el muchacho.

—Sólo nos entretendremos una horita —contestaron los agentes

En total fueron detenidos y encarcelados veintiséis adolescentes, entre ellos el sobrino de Stalin, Leonid Redens, cuyo padre había sido fusilado en 1940. La policía secreta informó al Vozhd de la inocencia de aquellas criaturas, pero el dictador no dudó en contestar:

—Deben recibir un castigo.

Sus palabras fueron tan vagas que nadie sabía qué hacer en realidad con los jóvenes prisioneros. Los muchachos fueron interrogados por el teniente general Vlodzirmirski, uno de los torturadores más crueles de Beria, un individuo «alto y apuesto, vestido de uniforme», que fue, según cuenta Sergo, «muy desagradable. No paraba de gritarnos». A Sergo lo aislaron durante una semana. En diciembre, después de pasar seis meses en la Lubianka, se interrumpieron los interrogatorios, y los muchachos empezaron a sentir verdadero pánico. El encargado de interrogar a Sergo le presentó una confesión, en la que admitía haber «participado en una organización ... para derrocar al gobierno constituido».

—¡Firma y podrás volver a ver a tu madre!

—No firmaré, eso no es verdad —repetía Sergo.

—¡Y qué más da! —vociferaba el general—. Firma y te vas a casa. Si no, volverás a tu celda. ¡Escucha! —el joven pudo oír la voz de su madre en la salita de al lado. Todos los muchachos firmaron sus confesiones. «No cabe la menor duda de que podían haberla utilizado contra mi padre.» Sergo y Vano fueron conducidos en compañía de su madre de vuelta al Kremlin. «Me alegré mucho de que mi padre no estuviera allí: tenía miedo de su reacción», recuerda Sergo.

Mikoyan le dijo al mayor de los dos:

—Si eres culpable, yo mismo me encargaré de estrangularte con mis propias manos. Ahora, vete a descansar.

Al más pequeño nunca le dijo nada. Pero el asunto no había quedado zanjado: al cabo de tres días, los chicos tuvieron que ir al destierro. Los dos Mikoyan pasaron un año en Stalinabad. La criada de la familia se encargó de su cuidado. Stalin nunca olvidó el caso y, más tarde, consideró la posibilidad de utilizarlo contra Mikoyan padre.[5]

41

El festival de la canción de Stalin

A eso de las once de la noche del 1 de agosto de 1943, Stalin y Beria llegaron a la estación de Kuntsevo y montaron en un tren especial, camuflado con ramas de abedul, armado con obuses y cargado de provisiones que previamente habían pasado un riguroso examen. El ferrocarril, que con toda esa escenografía de arbustos asomando entre los cañones debía parecer un bosque de Birnam en movimiento, salió echando humo en dirección oeste. Las contraofensivas de Kursk, la operación Rumiantsev en el norte, y Kutuzov en el sur, llamadas así en honor de esos héroes de la época zarista, habían tenido tanto éxito que Stalin no dudó en embarcarse en esa visita al frente cuya organización no podía ser más absurda.

Stalin pasó la noche en Gzhatsk y luego se dirigió hacia Rzhev, localidad situada en el frente de Kalinin. Realizó ese desplazamiento en su Packard y estableció adrede su cuartel general en una sencilla casita de madera provista de una terraza muy pintoresca (transformada en la actualidad en un museo) de la aldea de Joroshevo, donde recibía a sus generales. El día de su llegada, habiéndose enterado por los informes de Zhukov de la inminente recuperación de Orel y Biélgorod, Stalin disfrutó de una «alegre cena» en compañía de su séquito.

La anciana que vivía en la casa estaba allí para dar un toque de autenticidad populachera a la situación, hasta que Stalin, que alardeaba de su propio carácter popular, decidió inesperadamente que tenía que pagar a la mujer por acogerlo en su morada. El Vozhd no era capaz de calcular una cantidad generosa como pago, porque llevaba sin manejar dinero desde 1917, y, en cualquier caso, tampoco tenía efectivo. Stalin pidió el dinero a sus lacayos. Se produjo entonces un momento típico de aquella farsa absurda que era el Estado de los trabajadores cuando, tras tocar y palpar todos los bolsillos de sus guerreras en medio del tintineo de medallas y el crujir de galones dorados, ni uno solo de

aquellos comisarios borrachines y tripones que lo acompañaban pudo encontrar un triste kopek con que pagarla. Stalin se deshizo en improperios contra aquel «hatajo de gorrones». Como no podía pagar en metálico, decidió compensar a la vieja con sus propias provisiones.

A continuación, salió a dar una vuelta con cara de pocos amigos por el pueblo, dándose cuenta inmediatamente de que estaba plagado de agentes de la Cheka que intentaban pasar desapercibidos sin conseguirlo. Preguntó cuántos había, pero el NKVD trató de ocultar su verdadero número. En vista del enfado de Stalin, acabaron por reconocer que había una división entera. En realidad, los generales se dieron cuenta de que la población de la aldea había sido evacuada: en varios kilómetros a la redonda no había nadie que no fuera del NKVD.

Stalin durmió en la cama de la anciana enfundado en su capote. Yeremenko lo mantenía informado. Convocaron a Voronov, que tuvo que desplazarse varios kilómetros para asistir a la misteriosa reunión. «Al final llegamos a un hermoso bosquecillo en el que había unas pequeñas estructuras de madera protegidas por los árboles.» Cuando Voronov llegó a la casa, encontró a Stalin de pie ante una «horrible mesa de madera recompuesta de forma precipitada» y dos vulgares bancos. Se había instalado un teléfono especial para mantener al Vozhd comunicado con los diversos frentes, y los cables del aparato salían por la ventana. Los generales que esperaban para informar al generalísimo no se sorprendieron de esa *mise-en-scène*.

—¡Vaya, menuda situación! —murmuró un general al oído de Voronov, que de repente se percató de qué iba la cosa: «Todo esto es intencionado: quiere parecer un frente».

Stalin dio por terminada la reunión informativa, limitándose a dar algunas órdenes, y luego despidió a los generales, que tuvieron que emprender a toda prisa el camino de vuelta al verdadero frente. Stalin preguntó si podía acercarse más a la zona de combate, pero Beria se lo prohibió. Luego, según cuentan sus guardaespaldas, el Vozhd visitó el hospital de Yukono, donde se deprimió ante la terrible visión de tantos mutilados. Después se sintió mal, y su artritis empezó a causarle molestias.* Stalin regresó a su cuartel general por carretera en su Packard blindado seguido por un convoy de automóviles del cuerpo de seguridad.

De repente los vehículos se detuvieron. El Vozhd «tenía que defecar», dice Mikoyan, que se enteró de esta anécdota por alguno de los allí presentes. Stalin se apeó del coche y preguntó «si la zona de arbustos que había al pie de la

* Esta escena recuerda el momento en que Hitler, montado en su convoy especial, vio pasar un tren hospital que regresaba del frente del este: el Führer y los heridos cruzaron sus miradas durante un segundo, antes de que el líder nazi ordenara que corrieran las cortinillas de las ventanas.

carretera estaba minada. Por supuesto, nadie podía garantizar que no lo estuviera ... Entonces el generalísimo de todos los ejércitos se bajó los pantalones en presencia de todos». Un metafórico ejemplo del trato que dispensaba el dictador al pueblo soviético, y a su actuación como máxima autoridad militar, Stalin «se deshonró delante de sus generales y oficiales ... y se puso a despachar sus asuntos allí en medio de la carretera».

Ya de vuelta, lo primero que hizo el Vozhd fue alardear de su heroico viaje en una carta dirigida al presidente Franklin D. Roosevelt, con quien discutía el lugar en el que debía celebrarse la primera reunión de los tres jefes de gobierno de la Gran Alianza: «Como acabo de regresar del frente, no he tenido ocasión de contestar a su carta hasta ahora...». No podía reunirse con Roosevelt y Churchill en Scapa Flow, en las islas Orcadas: «Debo realizar visitas personales ... al frente con mucha más frecuencia». Propuso que el encuentro se llevara a cabo en un lugar más conveniente: Teherán, la capital de Irán, ciudad ocupada por fuerzas anglo-soviéticas.

Los cortesanos de Stalin eran conscientes de la importancia que tenía esa visita al frente. Al cabo de un mes, Yeremenko, su anfitrión, a instancias de Beria y Malenkov, propuso que se concediera a Stalin la Orden de Suvorov de Primera Clase por haber salvado Stalingrado y haber dado «aquellas órdenes tan sumamente valiosas que permitieron la victoria en el frente de Kalinin, ... inspirada por la visita al frente del generalísimo de todos los ejércitos...».

El 5 de agosto, cuando se recobraron Orel y Biélgorod, Stalin preguntó lleno de júbilo a Antonov y Shtemenko:

—¿Leéis libros de historia militar?

Shtemenko admitiría que se sintió «confuso, sin saber qué responder». El Vozhd, que había estado leyendo de nuevo la *Historia de la antigua Grecia* de Vipper, dijo a continuación:

—En la Antigüedad, cuando un ejército se alzaba con la victoria, sonaban todas las campanas en honor de su general y sus soldados. No sería una mala idea que a partir de ahora celebráramos nuestras victorias de manera más espectacular ... Nosotros —añadió haciendo un gesto con la cabeza a sus camaradas—, nosotros estamos considerando la posibilidad de conmemorarlas con salvas de artillería y algún tipo de fuegos de artificio...

Ese mismo día los cañones del Kremlin dispararon las primeras salvas por la victoria. A partir de entonces Stalin planificó meticulosamente las descargas con las que se conmemoraría cada victoria, y el personal debía encargarse del correcto cumplimiento de todos los detalles. Poco antes de las once de la noche, se hacían llegar a toda prisa los mensajes a Levitan, el estentóreo locutor, que telefoneaba inmediatamente a Poskrebishev para confirmar la autorización de Stalin. Entonces las salvas empezaban a resonar a lo largo y ancho de la patria.

—¡Escuchémoslas! —solía exclamar el Vozhd en la «pequeña esquina».

Fue entonces cuando los generales empezaron a rivalizar unos con otros en ser cada uno el primero en traer buenas noticias a Stalin. El día 28 Koniev telefoneó para anunciar que había reconquistado Járkov, pero le dijeron que el generalísimo siempre dormía por las mañanas, por lo que se atrevió a llamar a Kuntsevo directamente. Al otro lado del aparato contestó un Stalin eufórico. Pero cuando se produjo un error en el anuncio de la victoria, se puso a gritar:

—¿Por qué ha omitido Levitan el nombre de Koniev? ¡Dejadme ver el mensaje!

Shtemenko se había olvidado de copiarlo. El Vozhd «se puso como una fiera».

—¿Pero qué clase de mensaje anónimo es éste? ¿Qué tienes en el cerebro? Interrumpe esa transmisión y que se vuelva a leer todo. ¡Vete ya, rápido! —exclamó furibundo.

La próxima vez, Stalin pidió a Shtemenko que le trajera el comunicado en persona.

—¿No te habrás olvidado de poner el nombre, no? —dijo el Vozhd.

Shtemenko fue perdonado.[1]

Tras reunir cincuenta y ocho ejércitos, desde Finlandia hasta el mar Negro, para embarcarse en una ofensiva a gran escala, un Stalin altanero que había clausurado la Internacional Comunista y había obtenido el apoyo de la Iglesia nombrando un nuevo patriarca, decidió crear un nuevo himno nacional que sustituyera a la Internacional. La cuestión era hacer suya la nueva confianza eufórica de Rusia. El Vozhd decidió que la manera más rápida de encontrar la melodía y la letra deseadas era celebrar un concurso parecido a un Festival de la Canción de Eurovisión dictatorial, en el que Molotov y Voroshilov colaborarían en la letra, y Shostakovich y Prokofiev en la música.

* * *

A finales de octubre, en sólo una semana, mientras los ministros de Asuntos Exteriores de los Aliados estaban en Moscú preparando la reunión de los «tres grandes», se creó el himno en medio de un furor enloquecido de estajanovismo musical de modo que pudiera estar listo para las celebraciones del 7 de noviembre. A finales de septiembre, Stalin había invitado a los compositores de toda la Unión Soviética a que presentaran sus propuestas. A mediados de octubre llegaron a Moscú cincuenta y cuatro de ellos, entre los cuales había uzbecos, georgianos y algunos cantantes judíos, vestidos con su traje regional, para actuar en la primera ronda del festival de la canción de Stalin. Antes de que se eligiera la música, Stalin nombró a los letristas, Sergei Mijalkov y El-Registan, cuyas entradas en los archivos nos cuentan la siguiente historia. Entregaron un primer borrador. El día 23, a la hora del almuerzo, los dos letristas fueron convocados al hotel Moskva, un conglomerado arquitectónico

estalinista de dimensiones colosales situado al otro lado del Kremlin, donde fueron recibidos por Molotov y Voroshilov.

—¡Adelante! —dijeron—. Está leyendo la letra.

No hacía falta preguntar «quién» leía la letra. Al cabo de dos minutos, Stalin los llamó. Voroshilov, que era «todo amabilidad y sonrisas», tomó a El-Registan de las manos y anunció:

—El camarada Stalin ha hecho algunas correcciones.

Aquellas palabras las escucharían con frecuencia durante las dos semanas siguientes. Por su parte, el hosco Molotov empezó a sugerir cambios por su cuenta.

—Debéis añadir algunas consideraciones sobre la paz. No sé dónde, pero debe hacerse —exclamó.

—Os proporcionaremos una sala —añadió Voroshilov—. Debe ser acogedora. ¡Dadles té, o empezarán a beber! Y que no salgan hasta que hayan terminado.

Los dos letristas estuvieron trabajando durante cuatro horas.

—Tendremos que pensarlo durante toda la noche —dijo Mijalkov.

—Pensad todo lo que queráis —espetó Molotov—, pero no podemos esperar.

Cuando se iban, oyeron cómo daba la siguiente orden:

—¡Enviádselo a Stalin!

A las doce menos cuarto de la noche, el Vozhd empezó a hacer algunos apaños en el nuevo boceto con su lápiz rojo, cambió las palabras de los versos y lo llevó a Molotov y Voroshilov.

—¡Mirad! ¿Estáis de acuerdo? —les preguntó.

El 26 de octubre, Voroshilov, el mariscal degradado a juez de canciones, estaba en la sala Beethoven del Bolshoi escuchando diligentemente otros treinta himnos, cuando de repente «llegó Stalin y todos los acontecimientos se precipitaron». Se produjo entonces una reunión importante, en la que participaron Stalin, Voroshilov y Beria junto con Shostakovich y Prokofiev, para hablar de la composición. Cuando llegaron los músicos, se encontraron con un Stalin «muy gris y enérgico», vestido con su nuevo uniforme de mariscal. El Vozhd caminaba arriba y abajo mientras escuchaba las melodías y preguntó a los compositores qué orquesta era la mejor, ¿tal vez una de iglesia? Resultaba difícil elegir sin orquesta. Stalin les concedió otros cinco días para preparar algunos himnos más y luego se despidió de ellos y abandonó la sala.

Aquella misma noche, a las tres de la madrugada, Poskrebishev telefoneó a los letristas para comunicarles que el supremo letrista había dicho que ahora le gustaba el texto del himno, pero que era un poco «escaso» y breve. Debían añadir otra estrofa, una estrofa llena de fuerza que hablara del ejército rojo, del poder, y «la derrota de las hordas fascistas».*

* Durante la composición de la letra del himno escribieron «a las hordas fascistas las venci-

Stalin celebró el 30 de octubre la conferencia de los Aliados con un banquete y luego volvió a su música. A las nueve de la mañana del 1 de noviembre, flanqueado por Molotov, Beria y Voroshilov, acudió a la sala Beethoven y estuvo escuchando cuarenta himnos en cuatro horas. Luego, después de cenar, los jerarcas tomaron por fin una decisión: Voroshilov telefoneó a los dos letristas en medio de la noche para comunicarles que les había gustado la composición musical de A. V. Alexandrov. Luego pasó el aparato a Stalin que seguía con sus apaños.

—Podéis dejar las estrofas como están —dijo el Vozhd—, pero debéis cambiar el estribillo: «País de los soviets», si no os supone ningún problema, cambiadlo por «País del socialismo». Y atención: ¡que esto quede en secreto!

Los dos letristas estuvieron trabajando toda la noche, esta vez con la música de Alexandrov. Cuando acabaron, Voroshilov envió el resultado a Stalin e invitó a los compositores a su dacha, donde les ofreció un banquete presidiendo la mesa como «un cofrade alegre y divertido».

A las nueve de la noche del día siguiente, Stalin estaba preparado. Llegaron los compositores. Beria, Voroshilov y Malenkov estaban sentados en torno a la mesa. Stalin les estrecho la mano formalmente, ese signo especial de batallas ganadas y canciones escritas.

—¿Cómo va todo? —preguntó el generalísimo en tono cordial.

Pero sus apaños aún no habían acabado. Quería hacer hincapié en el papel de «la Patria ¡La Patria es buena!». Los dos letristas se sentaron de inmediato ante la máquina de escribir para copiar los cambios. Stalin quería que Shostakovich participara en la orquestación.

—¡Muy bien! ¡Ya está! —exclamó Beria.

Entonces Malenkov, dijo sensatamente que lo más apropiado era escuchar de una vez el himno entero. Stalin encomendó esa tarea a Voroshilov, quien, haciendo gala de una ruidosa desconsideración propia de otros tiempos, replicó:

—¡Que lo haga otro! ¡Yo lo he escuchado ya cientos de veces y me sale humo por las orejas!

---

mos, las estamos venciendo y las venceremos» y, tras entonar esas palabras, se echaron a reír pues «las estamos venciendo» en ruso suena a «las estamos jodiendo». Entre carcajadas, se dispusieron inmediatamente a cambiar esa frase por «las derrotaremos hasta la muerte y acabaremos con ellas». Cuando regresó el mariscal Voroshilov de sus reuniones y leyó la composición, «le gustó mucho», por lo que decidieron contarle el contratiempo que habían tenido con lo de «jodiendo» y «venciendo». Esa anécdota, por supuesto, estimuló muchísimo el sentido del humor terrenal de Voroshilov, propio de un buen soldado de caballería: «¡Suena maravillosamente bien para una canción popular, pero no tanto para un himno nacional!», exclamó entre carcajadas, y luego los tres juntos empezaron a recordar todas las anécdotas cómicas del festival de la canción. Se acordaron de aquellos cuatro cantantes judíos vestidos con trajes típicos que entonaron su canción judía mirando fijamente a los ojos de Voroshilov. El mariscal empezó a partirse de la risa y dijo: «¡Que me traigan vodka! ¡Tenemos que brindar! ¡En vuestro honor! ¡Os invito!». A última hora de la tarde abandonaron el Kremlin completamente exhaustos.

El nuevo himno nacional soviético, dijo Stalin en un rapto de inspiración, «separa el cielo y el firmamento como una onda infinita». En su estreno en el Bolshoi, el generalísimo brindó por los compositores, que fueron invitados a su palco y posteriormente a una cena en el antepalco. Cuando Mijalkov* y El-Registan bebieron de un trago su vodka, el Vozhd exclamó en tono de broma:

—¿Por qué apuráis tan rápido vuestras copas? ¡Bebiendo a ese ritmo no se podrá ni charlar con vosotros![2]

* * *

La euforia se extendió por doquier. Mientras se daba a conocer el nuevo himno nacional, Molotov presidía una fiesta del 7 de noviembre que pocos olvidarían. Aquella noche la élite de la nación abandonó el rigor de los años treinta y la austeridad de los años de derrota. «La fiesta», observaría el periodista Alexander Werth, «brilló con las joyas, las pieles, los galones dorados y las celebridades ... La fiesta tenía algo de la extravagancia brutal e irresponsable que normalmente se asocia con la Moscú prerrevolucionaria». La etiqueta exigía para la ocasión el frac con pajarita blanca, haciendo que Shostakovich pareciera «un colegial que vestía por primera vez esa prenda». A partir de entonces, los miembros del séquito de Stalin empezaron a comportarse más como los gobernantes de un imperio que como unos austeros bolcheviques. Molotov lució el nuevo uniforme diplomático que, lo mismo que los galones dorados, señalaba la época imperial recién estrenada: era un traje «negro, con guarniciones doradas y adornado con un espadín al cinto ... muy al estilo de la élite de la SS de Hitler», comentaría el diplomático estadounidense Chip Bohlen.

Molotov, Vishinski y el viejo amigo de Stalin, «Tojo» Kavtaradze, formando en fila un pequeño comité de recepción, fueron saludando a los invitados. Kavtaradze iba acompañado de su hermosa hija Maya, a la sazón de dieciocho años, que vestía un traje largo de fiesta con mucho vuelo, típico de la moda de la época. Vishinski se fijó inmediatamente en ella y «enseguida se abrió paso entre la multitud» para preguntarle si quería abrir el baile con él.

El «jovial» Molotov, cada vez más borracho, empezó a armar escándalo y llegó tambaleándose hasta el sitio donde se encontraba la hija de Averell Harriman, Kathleen. Preguntó con lengua de trapo a la muchacha por qué era la

* Sergei Mijalkov siguió siendo un maestro de la palabra favorecido por el estalinismo: los archivos contienen una nota suya dirigida al Vozhd, que dice: «En el teatro Bolshoi, el 30 de diciembre, te prometí a ti y al camarada Molotov que iba a escribir un poema infantil. Os envío "Una fábula para niños"». A Stalin le gustó la obra: «Es un gran poema», garabateó en una nota para Molotov. «Debe ser publicado hoy mismo en *Pravda* y en otras publicaciones para niños...» El hijo de Mijalkov, Nikita, es en la actualidad el director cinematográfico más prestigioso de Rusia, autor de *Quemado por el sol* y *El barbero de Siberia*.

única que no lo había felicitado por su espléndido uniforme. ¿Acaso no le gustaba? La joven pensó que los rusos estaban tan entusiasmados con sus condecoraciones y medallas «como un niño pequeño vestido con el disfraz nuevo de bombero que le han regalado por Navidad». Cuando localizó al embajador sueco, Molotov se dirigió hasta él dando zancadas y declaró que no le gustaban los neutrales.

Luego cada uno de los miembros del Politburó fue a por un embajador occidental con la intención de emborracharlo: Mikoyan, «famoso por su habilidad para poner a cualquiera debajo de la mesa» según palabras de Kathleen Harriman, se dedicó a su padre junto con Shcherbakov, que ya se encontraba en la última fase de alcoholismo. Molotov, que «aguantaba la bebida mucho mejor que otros», consiguió mantenerse en pie mientras Clark Kerr, el embajador británico, «caía de bruces sobre una mesa llena de botellas y copas de vino», hiriéndose en el rostro. Maya Kavtaradze vio a un general estadounidense llegar acompañado de dos prostitutas. Más tarde se percató de que todos los potentados habían desaparecido, por lo que decidió ir en busca de su padre. Lo encontró en un salón tapizado de rojo, el equivalente bolchevique de una «sala VIP», en compañía del gallardo y exuberante Mikoyan que cantaba de rodillas baladas románticas a unas mujerzuelas.

Al día siguiente, Roosevelt aceptó por fin celebrar la conferencia en Teherán veinte días más tarde:

—El mundo entero está pendiente de este encuentro entre los tres...[3]

42

Teherán: Roosevelt y Stalin

El 26 de noviembre de 1943, el coronel general Golovanov, el jefe de bombarderos que haría de piloto para Stalin, se trasladó en automóvil a Kuntsevo para emprender el largo viaje que los llevaría a Persia. Cuando llegó a la dacha, escuchó gritos y encontró al Vozhd «echando a Beria un buen rapapolvo» en presencia de Molotov, que observaba apoyado en el alféizar de la ventana. Beria estaba sentado en una silla «con las orejas rojas» mientras Stalin se burlaba de él:

—¡Míralo, camarada Golovanov! ¡Tiene ojos de serpiente!

Molotov se había quejado en broma de que no podía leer la enrevesada letra de Beria:

—Nuestro Viacheslav Mijailovich no ve muy bien. Beria le manda mensajes sin cesar, pero él insiste en ponerse gafas con cristales sin graduar.

Aquellos comentarios eran una prueba del desdén cada vez mayor que sentía Stalin por el dinámico político georgiano.

Posteriormente, tomaron todos juntos un tren que llegó a Bakú a las ocho de la mañana, y se trasladaron directamente al aeródromo, donde había reunidos cuatro SI-47 al mando del mariscal Novikov, del Ejército del Aire. Stalin no había volado nunca y no le gustaba ni oír hablar de hacerlo. Pero no había otro modo de ir a Teherán desde Bakú. Mientras se acercaba a su avión en compañía de Golovanov, echó una ojeada al de Beria, situado al lado con su correspondiente piloto, el coronel Grachev, y decidió cambiar de aparato.

—Los coroneles generales no pilotan aviones con mucha frecuencia —dijo—, así que iremos mejor con el coronel —y añadió para tranquilizar a Golovanov—: No te lo tomes a mal.

Montó, pues, en el avión de Beria. Escoltado por veintisiete cazas, Stalin se asustó muchísimo cuando el aparato atravesó una bolsa de aire.

Al cabo de unas horas, el Vozhd aterrizaba en la calurosa y polvorienta Teherán («un sitio sucísimo, de una pobreza tremenda», comentaría Roosevelt),

donde se trasladó a toda velocidad a la embajada soviética, situada a unos ocho kilómetros del aeropuerto y separada de la legación británica por dos tapias y una calle estrecha. Sólo la legación americana estaba fuera de la ciudad.

La de Teherán fue la más animada de las reuniones de los «tres grandes»: el propio Stalin viajó acompañado de una pequeña delegación. Estaban sólo Molotov, Voroshilov —sus representantes oficiales en las negociaciones—, Beria como señor todopoderoso de la seguridad, Vlasik en calidad de jefe de su seguridad personal, y su médico, el profesor Vinogradov. Los doce guardaespaldas georgianos del Vozhd estaban capitaneados por Tsereteli, al que los occidentales encontraron «muy apuesto, sumamente inteligente y cortés». Era lógico, por otro lado, que el dueño de aquel imperio oriental fuera protegido por una guardia de paisanos suyos capitaneada por un príncipe verdugo. Quizá Churchill tuviera la misma idea, pues su guardia personal estaba formada por un grupo de sijs de vistosos turbantes, armados de ametralladoras.

La embajada soviética estaba en una elegante finca que se había hecho construir un magnate persa, y se hallaba rodeada por una tapia bastante alta. Constaba de varios hotelitos y palacetes: Stalin se alojó en una casa para él solo, mientras que Molotov y Voroshilov compartían la residencia del embajador, que tenía dos pisos. La guardia del NKVD enviada por ancicipado había estado trabajando frenéticamente en la embajada durante dos semanas para tenerlo todo preparado. «Nadie se atrevía a desobedecer» a Beria, escribe Zoya Zarubina, una joven agente del NKGB destinada a Teherán.*

En cuanto llegó Roosevelt, Stalin lo invitó a trasladarse al complejo de la embajada soviética. La vigilancia del trayecto desde ésta hasta la legación norteamericana a lo largo de las estrechas callejuelas orientales resultaba imposible, e indudablemente a Beria le preocupaba más la seguridad de Stalin que la de Roosevelt. Los servicios secretos rusos habían descubierto, al parecer, un complot nazi para asesinar a los tres líderes. Stalin estaba además decidido a separar a los mandatarios occidentales, pues suponía que se compincharían contra él. Pero resultó que aquella táctica encajaba también con la estrategia de Roosevelt, resuelto a implicar directamente a Stalin, al margen de los ingleses, para demostrarle que sus sospechas eran infundadas. Harriman se presentó rápidamente. Molotov explicó su preocupación por la seguridad. A continuación ordenó a Zarubina que llamara por teléfono y se enterara de cuándo pensaba venir a instalarse F. D. Roosevelt. El almirante William Leahy, jefe del gabinete presidencial, respondió:

* Beria ordenó personalmente a uno de los agentes de la Cheka, Zoya Zarubina, la hijastra del general del NKGB Leonid Eitingon (que había tramado el asesinato de Trotski), que escogiera el mobiliario más conveniente para la conferencia. No había mesa redonda, por lo que fue preciso conseguir una. Como la conferencia era un secreto celosamente guardado, Beria le dijo a Zarubina que fuera a Teherán y encargara una mesa para veintidós comensales, fingiendo que era «para una boda».

—Iremos mañana.

Cuando Zarubina se lo comunicó a Molotov, éste se puso a chillar como un loco:

—¿Pero qué te has creído que estás haciendo? ¿Quién diablos te crees que eres? ¿Quién te mandó hacer semejante cosa? ¿Estás segura? ¿Qué voy a decirle ahora a Stalin?

Mientras tanto, en una de esas reuniones olvidadas entre potentados que parecen pertenecer a épocas distintas, Stalin llamó al orgulloso Mohammed Pahlavi, el sha de un Irán ocupado, de sólo veintiún años, cuyo padre, Reza Sha, un antiguo oficial cosaco, fundador de la dinastía, había sido depuesto por sus tendencias progermánicas en 1941. El Vozhd pensaba que podría encantar a aquel joven emperador, cuyo reino había llegado en otro tiempo hasta Georgia, y convencerle de que le concediera un puesto avanzado en territorio iraní. Molotov, que se había convertido ya en todo un maestro del posibilismo diplomático, era más escéptico. Beria se mostró en contra de hacer semejante excursión por razones de seguridad. Pero Stalin insistió. El Rey de Reyes se mostró gratamente «sorprendido» por el felino Stalin, que se comportó de un modo «especialmente cortés y bien educado y parecía decidido a causarme buena impresión». Su oferta de proporcionarle «un regimiento de tanques T-34 y uno de nuestros cazas» también impresionó al sha. «Me sentí muy tentado», escribiría éste más tarde, pero percibió el peligro que entrañaba aquel georgiano incluso cuando llegaba cargado de regalos. Molotov farfulló que Stalin «no había comprendido al sha y se puso en una situación bastante delicada. Stalin pensó que iba a impresionarle, pero no le salió bien la jugada». Los regalos habían de llegar con los oficiales soviéticos destinados a la avanzadilla en terreno iraní. «Decliné su oferta dándole infinitas gracias», escribiría el sha.

A la mañana siguiente, Beria estuvo patrullando personalmente las distintas entradas mientras esperaba a Roosevelt, que llegó por fin a la embajada soviética con los agentes de los servicios secretos montados en los estribos del automóvil y armados con metralletas como si fueran gángsters, método que el NKVD encontró muy poco profesional. El cargamento de criados filipinos que acompañaba a Roosevelt dejó boquiabiertos a los agentes del NKVD, pero acabaron admitiéndolos.

Stalin mandó decir que avisaría al presidente para celebrar un encuentro. El Vozhd lo había preparado con sumo cuidado. Y por supuesto Beria había instalado micrófonos en la suite presidencial. El apuesto científico hijo del ministro georgiano, Sergo, al que Stalin conocía muy bien, fue uno de los escuchas soviéticos. Stalin lo mandó llamar:

—¿Qué tal está tu madre? —preguntó, pues Nina Beria era una de sus favoritas.

Después de hacerle las preguntas de rigor, ordenó a Sergo que se encargara de la misión «moralmente censurable y por demás delicada» de informarle

cada día a las ocho de la mañana. Stalin le preguntaba siempre por todos los detalles, incluso por el tono de voz de Roosevelt:

—¿Lo dijo con entusiasmo o sin mucho convencimiento? ¿Cómo reaccionó?

La ingenuidad de los americanos lo dejaba perplejo:

—¿Saben que estamos escuchándolos?*

Stalin repasó con Molotov y Beria su estrategia, incluso estudió el sitio en el que debía sentarse.** Hizo lo mismo en sus entrevistas con Churchill, al menos según el hijo de Beria, llegando a decir:

—No cabe esperar absolutamente nada de este hombre.

Poco antes de las tres, en una «hermosa tarde de domingo iraní, dorada y azul, cálida y soleada», Stalin, acompañado de Vlasik y Pavlov, su intérprete, y rodeado de sus guardaespaldas georgianos, que marchaban diez metros por delante y por detrás de él, como hacían en el Kremlin, salió caminando «pesadamente como un pequeño oso», de su residencia. Vestido con su guerrera de verano de mariscal color mostaza y con la estrella dorada de la Orden de Lenin colgada al pecho, cruzó la finca para presentarse en la residencia de Roosevelt. Un joven oficial americano recibió al Vozhd con un saludo militar y lo condujo a la estancia donde lo esperaba el presidente; sin saber cómo, el oficial se encontró en la sala de reuniones a solas con los dos líderes y sus intérpretes. Estaba a punto de sufrir un ataque de pánico cuando Bohlen, que hacía las veces de intérprete, le dijo en voz baja que saliera.

—¿Qué tal, mariscal Stalin? —dijo Roosevelt estrechando su mano. Su «figura redonda y gordezuela», con la cara morena salpicada de marcas de viruela, el cabello canoso, los dientes partidos y manchados, y sus ojos amarillos de oriental, estaba lejos de parecerse a la del presidente norteamericano, enfundado en un aristocrático traje azul y sentado con la espalda bien recta en su silla de ruedas. «Si hubiera llevado una túnica china —dice Bohlen—, habría parecido el difunto tutelar de los relatos de antepasados chinos.»

Stalin subrayó la necesidad de abrir un segundo frente antes de que Roosevelt estableciera con él una relación de amistad destinada a socavar el Imperio Británico. India estaba madura para protagonizar una revolución «desde aba-

* Roosevelt suponía que iban a poner micrófonos, pero esperaba que los resultados de las actividades de espionaje reforzaran la confianza de Stalin en su honestidad. El relato de Sergo Beria da a entender que todo salió como esperaba.

** En un singular exceso de charlatanería, el segundo intérprete soviético, Valentin Berezhkov, cuenta que Stalin ensayó la reunión y que Roosevelt se presentó en la residencia del mandatario soviético sin intérprete. De hecho, Stalin se presentó en los aposentos de Roosevelt donde Chip Bohlen actuó como intérprete para los americanos y Pavlov para los soviéticos. Pavlov era el traductor de inglés y alemán de Stalin y Molotov; Berezhkov trabajó ocasionalmente para Molotov. La única parte de este episodio que tiene coherencia es lo de que Stalin ensayó los lugares que debían ocupar unos y otros, cosa que era bastante típica en él. Es posible que Berezhkov presenciara la escena.

jo», lo mismo que Rusia, dijo Roosevelt, que estaba tan mal informado acerca del leninismo como lo estaba acerca de la casta de los intocables. Stalin demostró que tenía un conocimiento mejor de la India, pues respondió que la cuestión de las castas era más complicada. Aquel breve *tour d'horizon* les permitió establecer una asociación inverosímil de todo punto entre el brahmán paralítico de Nueva York y el bolchevique georgiano. Según cuenta la leyenda, los dos eran encantadores cuando querían, pero lo cierto es que el cariño de Stalin por Roosevelt respondía a una amistad diplomática tan auténtica como la que pudiera sentir por cualquier imperialista. El Vozhd dejó a solas a Roosevelt para que pudiera descansar.

A las cuatro de la tarde, los «tres grandes» se reunieron en torno a la «mesa del banquete de bodas» fabricada especialmente para el acto en una gran sala decorada en un pesado estilo imperial con sillones y sofás tapizados en seda rayada: Stalin se sentó al lado de Molotov y Pavlov. Voroshilov ocupó casi siempre un asiento en la segunda fila. Stalin y Churchill acordaron que Roosevelt presidiera la reunión:

—¡Por ser el más joven! —explicó el propio presidente bromeando.

—En nuestras manos —dijo Churchill en tono declamatorio— tenemos el futuro de la humanidad.

Stalin completó aquel triunvirato retórico afirmando:

—La historia nos ha mimado —comentó—. Nos ha dado un gran poder y muy buenas oportunidades... Empecemos nuestra tarea.

Cuando abordaron la cuestión de la operación Overlord, nombre cifrado de la invasión de Francia, Stalin se quejó de que no había contado con discutir de asuntos militares, por lo que no disponía de asesores.

—No cuento más que con el mariscal Voroshilov —dijo bruscamente—. Espero que me sirva de algo.

Posteriormente ignoraría por completo a Voroshilov y trataría él mismo las cuestiones militares. A un joven intérprete británico, Hugh Lunghi,* le sorprendió que Stalin tratara a Voroshilov «como a un perro». El Vozhd insistió en que le parecía mejor la primera propuesta que se había hecho para la operación Overlord, consistente en una invasión a través del canal de la Mancha, y a continuación rellenó tranquilamente su pipa. Churchill seguía sin estar muy convencido, y prefería una operación preliminar en el Mediterráneo, utilizando tropas destacadas ya en la zona. Sin embrago, Roosevelt se había comprometido a atacar por el canal de la Mancha. Cuando Churchill, totalmente confundido, se dio cuenta de que estaba en minoría, Roosevelt hizo un guiño a Stalin que supuso el comienzo de un coqueteo izquierdista por su par-

* El comandante Hugh Lunghi, cuya entrevista me ha resultado muy útil para la elaboración de este relato, probablemente sea el último hombre que queda vivo de los que asistieron a todas las reuniones plenarias de los «tres grandes» en Teherán, Yalta y Potsdam.

te que permitiría en gran medida al mariscal soviético mejorar su posición y erigirse en árbitro de la Gran Alianza. Churchill manejaba mucho mejor a Stalin siendo él mismo.

Stalin se mostró sumamente encantador con los extranjeros, pero de lo más desagradable con sus propios delegados. Cuando Bohlen se le acercó por detrás en plena sesión, Stalin le contestó de mala manera sin ni siquiera volverse diciendo:

—¡Por Dios, déjanos acabar la reunión tranquilamente!

Se sintió avergonzado cuando se dio cuenta de que era el joven americano. Aquella noche, Roosevelt celebró una cena en su residencia. Sus criados hicieron unos filetes con patatas asadas, mientras el presidente preparaba personalmente los cócteles de vermut, ginebra y hielo. Stalin dio un sorbito y exclamó haciendo una mueca:

—Bueno, no está mal, pero enfría el estómago.

Roosevelt se puso de pronto «verde y empezaron a chorrearle por la cara gruesas gotas de sudor». Fue conducido inmediatamente en su silla de ruedas a su habitación. Cuando Churchill comentó que Dios estaba de parte de los Aliados, Stalin dijo en tono burlón:

—Y el diablo está de la mía. El diablo es comunista y Dios es un buen conservador.

El día 29, Stalin y Roosevelt volvieron a reunirse: el generalísimo sabía por los informes de Sergo Beria que su encanto había surtido efecto. «Roosevelt siempre expresó una excelente opinión de Stalin», recuerda Sergo, circunstancia que aprovechó el Vozhd para presionar a Churchill. Aquella mañana, el presidente norteamericano propuso la creación de una organización internacional que acabaría siendo lo que hoy día son las Naciones Unidas. Mientras tanto, los generales se reunían con Voroshilov, que, según Lunghi, se negó rotundamente a entender el reto anfibio que suponía la invasión de Francia, convencido de que era como cruzar un río ruso en una balsa.

Antes de que empezara la siguiente sesión, Churchill, el único primer ministro británico que ha vestido uniforme militar en el desempeño de su cargo, se presentó enfundado en un uniforme azul de la RAF con alas de piloto, a inaugurar una ceremonia solemne en conmemoración de la gesta de Stalingrado. A las tres y media de la tarde, todas las delegaciones se encontraron en el vestíbulo de la embajada. Por fin llegaron los «tres grandes». Los recibió una guardia de honor formada por una brigada de infantería británica con la bayoneta calada y unos soldados del NKVD con uniformes azules, lengüetas rojas y metralletas en la mano. Una orquesta se encargó de tocar los distintos himnos nacionales (en el caso del soviético, se ejecutó el antiguo). La música cesó. Se produjo un silencio. A continuación el oficial al mando del destacamento británico se acercó a la gran caja negra colocada encima de la mesa y la abrió. Sobre un lecho de «terciopelo color vino» había una espada resplande-

ciente. Se la pasó a Churchill que, cogiendo el arma en sus manos, se volvió hacia Stalin:

—Su Majestad el rey Jorge VI me ha ordenado hacerle entrega... de esta espada de honor... La hoja lleva la inscripción: «A los ciudadanos de corazón de acero de Stalingrado, dádiva del rey Jorge VI como prenda de homenaje del pueblo británico».

El primer ministro dio unos pasos hacia delante y entregó la espada a Stalin, que la sujetó con reverencia en sus manos durante largo rato y luego, con lágrimas en los ojos, la llevó hasta sus labios y la besó. Estaba conmovido.

—En nombre de los ciudadanos de Stalingrado —respondió con «voz ronca y baja»—, deseo expresar mi más sincero agradecimiento.

Se dirigió entonces a Roosevelt y le enseñó la espada. El americano leyó la inscripción y dijo:

—En verdad tenían corazones de acero.

Stalin pasó la espada a Voroshilov. Se produjo un pequeño estrépito cuando este último dejó que la espada se saliera de su vaina y cayera a sus pies. La torpeza del militar de caballería, que tantas veces se había lanzado a la carga blandiendo su sable, introdujo una nota de comicidad en el momento más solemne de la carrera internacional de Stalin. Al tiempo que sus mejillas de angelote se ponían como la grana, el pobre Klim volvió a envainar la espada. El generalísimo, señala Lunghi, frunció el entrecejo irritado y a continuación mostró «una sonrisa gélida, siniestra, que parecía forzada». Voroshilov recogió la espada y se la llevó. Stalin debió de ordenarle que se disculpara, porque cuando volvió, fue inmediatamente a buscar a Churchill y agarró a Lunghi para que le hiciera de intérprete. Lleno de sonrojo, «balbució unas palabras de disculpa», y luego de repente deseó al primer ministro inglés «feliz cumpleaños» por anticipado. Con ese motivo había sido anunciado para el día siguiente un banquete especial en la sede de la legación británica.

—Le deseo otros cien años de vida —dijo el abochornado militar—, con el mismo espíritu y vigor.

Churchill le dio las gracias y musitó a Lunghi:

—¿No es un poco prematuro? Debe de estar pretendiendo que lo inviten.*

A continuación los «tres grandes» salieron para hacerse la famosa foto de la conferencia.

Después de un breve intervalo, las delegaciones volvieron a la mesa redonda para celebrar la siguiente sesión. Como de costumbre, Stalin se aseguró de llegar el último. Cuando todo el mundo estaba listo, la agente de la Cheka Zoya Zarubina, que estaba de servicio en el exterior, salió a hacer un recado.

* Hugh Lunghi hizo una copia a máquina de esta cómica conversación y al día siguiente pidió a Churchill que se la firmara. Como intérprete de los jefes del Estado Mayor británico, sustituyó también en ocasiones al principal traductor de Churchill, el comandante Arthur Birse.

Bajó los escalones precipitadamente y «chocó con la espalda de alguien». Para mayor espanto suyo, se dio cuenta de que era Stalin. «Me cuadré aterrorizada —dice—, convencida de que me fusilarían en el acto». El Vozhd no reaccionó y continuó andando, seguido de Molotov. Pero Voroshilov, siempre amable con las mujeres jóvenes y con más motivos que nadie para disculpar las meteduras de pata, «me dio unas palmaditas en la mano y dijo: "Está bien, muchacha, está bien"».

Stalin, «fumando siempre y garabateando cabezas de lobo en un cuaderno con su lápiz rojo», no se mostró en ningún momento nervioso, hizo pocos gestos y rara vez consultó a Molotov y a Voroshilov. Pero siguió presionando a Churchill con lo del segundo frente:

—¿Realmente creen los ingleses en la operación Overlord o simplemente lo dicen para tranquilizar a los rusos?

Cuando oyó que los Aliados todavía no se habían puesto de acuerdo con respecto a quien comandaría la operación, dijo refunfuñando:

—Entonces no saldrá nada de este tipo de operaciones.

La Unión Soviética había intentado gobernar por medio de una comisión y había visto que no funcionaba. Las decisiones debía tomarlas un solo hombre. Por último, como Churchill no daba ninguna fecha, Stalin se puso repentinamente en pie y volviéndose hacia Molotov y Voroshilov dijo:

—No sigamos perdiendo el tiempo aquí. Tenemos muchas cosas que hacer en el frente.

Roosevelt se las arregló para hacer que las aguas se calmaran.

Por la noche, le tocó a Stalin ofrecer un banquete al estilo soviético habitual, con una «cantidad increíble de comida». Un «camarero» ruso enorme, vestido con un gabán blanco, permaneció toda la cena detrás de la silla del generalísimo.* Stalin «bebió poco», pero se divirtió pinchando a Churchill, pasatiempo en el que, según parece, Roosevelt encontró un placer indigno. Stalin comentó en tono burlón que se alegraba mucho de que Churchill no fuera «liberal», el término más execrable del vocabulario bolchevique, pero luego puso a prueba su severidad bromeando con la idea de ejecutar a cincuenta mil o quizá cien mil oficiales alemanes. Churchill estaba furioso: dio un empujón a su copa, que cayó derramando encima de la mesa el brandy que contenía, y rezongó:

—Semejante actitud es contraria al sentido de la justicia de los británicos. El Parlamento y la opinión pública de Gran Bretaña nunca apoyarían la ejecución de unos hombres honrados que han luchado por su país.

Roosevelt propuso irónicamente llegar a una solución de compromiso: que

* Los americanos pensaron que era el *maître* y al término de la conferencia se disponían a regalarle unos cuantos cigarrillos cuando se lo encontraron vestido con el resplandeciente uniforme de general de división del NKVD.

fusilaran sólo a 49.000. Elliott Roosevelt, el hijo tarambana del presidente, que también asistió a la cena, se puso en pie de un salto y comentó entre risas:

—Total, ¿es que no van a caer cincuenta mil luchando en el campo de batalla?

—¡A tu salud, Elliott! —dijo Stalin chocando su copa con la del joven. Pero Churchill riñó al hijo de Roosevelt:

—¿Acaso está usted interesado en deteriorar las relaciones entre los Aliados?... ¿Cómo se atreve?*

El mandatario inglés se dirigió inmediatamente a la puerta, pero antes de llegar a ella «unas manos me dieron una palmadita en el hombro y al volverme vi ante mí a Stalin, con Molotov al lado, que me miraban con una sonrisa de oreja a oreja y afirmaban que simplemente estaban bromeando ... Stalin tiene unos modales cautivadores cuando quiere».

Las deferencias de Roosevelt hacia Stalin y la displicencia mostrada hacia Churchill fueron escandalosas y contraproducentes, pero la cordialidad quedó restablecida cuando Stalin empezó a meterse con Molotov:

—Venga, Molotov, cuéntanos lo de tu pacto con Hitler.

La apoteosis final se produjo con motivo del sexagésimo noveno cumpleaños de Churchill, celebrado en el comedor de la legación británica, parecido, según Alan Brooke, a «un templo persa», con las paredes «recubiertas de mosaico, formado por pequeños fragmentos de espejo» y de «pesados cortinajes rojos. Los camareros persas iban vestidos con libreas azules y rojas» y llevaban unos «guantes de algodón blanco» que les venían grandes, de modo que «llevaban colgando las puntas de los dedos». Una pareja de sijs montaba guardia en las puertas de entrada.

Beria, que estaba en la fiesta de incógnito, insistió en que el NKVD registrara la legación británica, operación que supervisó personalmente en compañía del rufián de Tsereteli. «Sencillamente no puede caber la menor duda», escribió un oficial de la seguridad británica: Beria «era un hombre extremadamente inteligente y astuto, con una fuerza de voluntad tremenda y una increíble capacidad de impresionar, mandar y dirigir a los demás». Desdeñaba la opinión de todo el mundo, y «se irritaba muchísimo si alguien ... se oponía a lo que él decía». Los demás rusos «se comportaban como esclavos en su presencia».

Cuando Beria acabó, llegó Stalin, pero en el momento en que un criado intentó ayudarle a quitarse el abrigo, uno de sus guardaespaldas reaccionó pre-

* Stalin había enviado una invitación especial a Elliott. Quizá se diera cuenta de lo parecido que era al botarate de su hijo Vasili. Los dos eran pilotos, inútiles en el desempeño de sus funciones, arrogantes y borrachos, y siempre se sintieron intimidados y dominados por sus brillantes padres. Ambos se aprovecharon de su apellido y causaron disgustos a sus progenitores. Los dos fracasaron varias veces en el matrimonio y abandonaron a sus esposas. Quizá no haya maldición más triste que la de tener por padre a todo un Titán.

cipitadamente y llegó a sacar la pistola. La calma se restableció rápidamente. Sobre la mesa principal había un pastel con sesenta y nueve velas. Stalin brindó por Churchill, «mi combativo amigo, si es que puedo considerar amigo mío al señor Churchill», y luego dio la vuelta a la mesa para chocar su copa con la del político inglés, rodeando sus hombros con su brazo. Churchill respondió:

—¡Por Stalin el Grande!

Cuando el primer ministro británico dijo en tono de broma que Gran Bretaña se estaba volviendo «más rosa», Stalin comentó jocosamente:

—¡Señal de buena salud!

En el momento culminante, el jefe de cocina de la legación ofreció una creación que estuvo más cerca de matar a Stalin que todos los agentes alemanes de todos los zocos de Persia. El Vozhd estaba haciendo un brindis cuando dos gigantescas pirámides de helado fueron introducidas en la habitación en un carrito que tenía «una base cuadrada de hielo de treinta centímetros de lado por diez de alto», en cuyo interior había una lamparilla religiosa; de ella salía un tubo de veinticinco centímetros sobre el que había una bandeja con «un helado enorme», sujeta con alcorza. Pero cuando semejante creación llegó a la altura de Stalin, Brooke se dio cuenta de que la lamparilla estaba fundiendo la base de hielo, que empezaba a parecerse «cada vez más a la Torre de Pisa». De repente la inclinación asumió un ángulo más peligroso y el jefe del Estado Mayor británico dio un grito a sus vecinos avisándoles de que se pusieran a cubierto. «Con el ruido de una avalancha, toda aquella maravillosa construcción se precipitó sobre nuestras cabezas y explotó en medio de un estruendo de platos rotos.» Lunghi vio cómo el nervioso camarero persa «se apartaba corriendo en el último momento». Pavlov, vestido con su uniforme nuevo de diplomático, «llegó en el momento justo de la explosión ... quedando salpicado de los pies a la cabeza», pero Brooke supuso que «ponía en juego algo más que su vida si dejaba de traducir». Stalin salió perfectamente incólume.

—No ha dado en el blanco —susurró el mariscal del Ejército del Aire sir Charles Portal.

Al día siguiente, durante la última reunión, Roosevelt explicó en privado a Stalin que, como próximamente iban a celebrarse las elecciones presidenciales, no podía someter a discusión el futuro de Polonia en aquellos momentos. La subordinación del destino del país por el cual se había desencadenado la guerra a la maquinaria política americana tuvo por fuerza que alentar los planes de Stalin de dominar Polonia. Un signo evidente del carácter improvisado y poco profesional de aquella última conferencia fue el hecho de que en el curso de la reunión, Churchill y Stalin discutieron las fronteras de Polonia utilizando un mapa recortado de un ejemplar de *The Times*. Los peligros de aquellas reuniones para el séquito del mandatario soviético fueron subestimadas por los occidentales hasta que Birse, el intérprete de Churchill, regaló a su homólogo ruso,

Pavlov, un volumen con las obras de Charles Dickens. Pavlov aceptó el regalo con suma incomodidad.

—Te estás acercando *demasiado* a nuestros amigos de Occidente —comentó con una sonrisa el Vozhd para mayor disgusto de Pavlov.

El 2 de diciembre, Stalin, «satisfecho» de que los Aliados hubieran prometido al fin lanzar la operación Overlord en primavera, despegó de Teherán y se quitó sus arreos de mariscal en el aeródromo de Bakú, poniéndose otra vez su viejo capote, la gorra y las botas. Su tren particular lo trasladó a Stalingrado, en la única visita que realizó después de la batalla a la ciudad que había desempeñado un papel tan decisivo en su vida. Visitó el cuartel general de Von Paulus, pero su limusina pasó demasiado deprisa por las estrechas callejas atestadas de restos de materiales bélicos alemanes. Acabó estrellándose contra un vehículo conducido por una mujer, que a punto estuvo de palmarla al ver con quién había chocado. La mujer se puso a gritar:

—¡Ha sido culpa mía!

Stalin salió de su automóvil y la calmó diciendo:

—No llores. No ha sido culpa tuya. La culpa la ha tenido la guerra. Nuestro coche está blindado y no ha sufrido daño alguno. Tú puedes reparar el tuyo.

Y sin añadir nada más regresó a Moscú.[1]

* * *

Stalingrado, Kursk y Teherán restauraron la entusiasta fe de Stalin en su grandeza infalible. «Cuando la victoria se hizo evidente —escribe Mikoyan—, Stalin se hizo demasiado grande a sus propios ojos y se volvió caprichoso.» Las largas cenas de borrachos volvieron a empezar: Stalin se puso otra vez a beber, desempeñando el papel de director de un circo de ruidosas juergas, aunque en la multitud de informaciones que recibía de Beria había siempre muchos motivos de preocupación.

Beria detuvo a 931.544 personas en los territorios liberados en 1943. En Moscú cerca de doscientas cincuenta mil personas asistieron a las ceremonias religiosas de Pascua. El esbirro georgiano entregó los expedientes elaborados a partir de las escuchas telefónicas y de los informadores a Stalin, que los leyó cuidadosamente. El generalísimo se enteró así de que Eisenstein estaba introduciendo cortes en su película *La conjura de los boyardos*, segunda parte de *Iván el Terrible*, porque los asesinatos del zar le traían a la memoria el Gran Terror de Yezhov «que no podía recordar sin estremecerse...». El mensaje no podía ser más claro: el liberalismo y la indisciplina amenazaban al Estado. El coste de las victorias de Stalin fue enorme: casi 26 millones de personas habían muerto, y otros 26 millones se habían quedado sin hogar. El hambre hacía estragos, la traición se había impuesto entre los pueblos del Cáucaso, había una

guerra civil nacionalista en Ucrania, y entre los propios rusos se imponía un liberalismo peligroso. Había que resolver todos aquellos problemas mediante la solución bolchevique tradicional, esto es, el terror.

Antes de dedicarse a aterrorizar a Rusia propiamente dicha, Beria y el máximo dirigente de la región, Jrushchov, dirigieron una nueva guerra en Ucrania, donde tres ejércitos nacionalistas se enfrentaron a las fuerzas soviéticas. Luego estaba también la lealtad dudosa del Cáucaso y de Crimea.

En febrero de 1944, Beria propuso la deportación de los musulmanes chechenos e ingushes. Entre estos pueblos se habían producido casos de traición, pero la mayoría se había mantenido fiel. No obstante, Stalin y el GKO llegaron a un acuerdo al respecto, aunque Mikoyan afirma que él se opuso. El 20 de febrero, Beria, Kobulov y el experto en deportaciones, Serov, llegaron a Grozni en compañía de diecinueve mil agentes de la Cheka y cien mil soldados del NKVD. El 23 de febrero, la población local recibió la orden de concentrarse en las plazas, donde fue detenida de forma repentina, hacinada en trenes y enviada hacia el este. El 7 de marzo, Beria estaba en condiciones de informar a Stalin de que quinientos mil inocentes habían sido deportados.

Otros pueblos, como los karachái y los calmucos, corrieron la suerte de los alemanes del Volga, que ya habían sido deportados en 1941. Beria fue ampliando en todo momento la red. «Los balkarts son unos bandoleros y ... han atacado al ejército rojo», decía a Stalin en una carta de 25 de febrero. «Si te parece bien, antes de regresar a Moscú puedo tomar las medidas necesarias para recolocar a los balkarts. Solicito instrucciones.» Más de trescientos mil de ellos fueron deportados, pero ¿dónde meter a tanta gente? Como hicieran los nazis con los judíos, los hombres de Stalin se vieron obligados a repartir por todo el imperio a esos despojos humanos no deseados. Molotov propuso recolocar a cuarenta mil en Kazajstán y a otros catorce mil en otros lugares. Kaganovich encontró los trenes necesarios para su traslado. Andreyev, que por entonces estaba al frente de la agricultura, se encargó de suministrarles aperos de labranza. Todo el mundo participó en la operación. Cuando un funcionario notificó que todavía había mil trescientos calmucos viviendo en Rostov, Molotov contestó que había que deportarlos de una vez. Es posible que Mikoyan desaprobara la medida, pero la capital de los karachái, Karachaievsk, fue rebautizada con su nombre. En el lenguaje seco de las notas burocráticas no podemos más que atisbar lo que fueron la tragedia y el sufrimiento de aquel crimen monumental.

Beria comunicó después la traición de los tártaros de Crimea y no tardaron en ser trasladadas al este ciento sesenta mil personas en cuarenta y cinco trenes: incluyó una lista para Stalin en la que precisaba las raciones de comida que les habían sido asignadas, pero teniendo en cuenta los millares de muertes que se produjeron, es muy probable que la mayor parte de esas raciones no llegaran a sus destinatarios. Durante todo el año, Beria siguió encontrando bolsas de población que sufrieron la misma suerte que aquéllos: el 20 de mayo, todavía ha-

bía «partidarios de los alemanes en la república de Kabardinos tras el reasentamiento de los balkarts» y preguntaba si podía «desalojar» a otras 2.467 personas: «De acuerdo. I. Stalin», aparece escrito al pie de su informe. Cuando concluyó su trabajo, Beria había desalojado a un millón y medio de personas. Stalin aprobó la concesión de 413 medallas a los agentes de la Cheka de Beria. Más de una cuarta parte de los deportados, según el NKVD, murieron, pero unos quinientos treinta mil perecieron por el camino o al llegar a los campos de concentración. Para cada uno de aquellos infortunados, su experiencia fue un apocalipsis muy parecido al Holocausto.

Mientras aquellos vagones de ganado traqueteaban hacia el este con su cargamento de seres humanos, el hambre hacía estragos en Rusia, Asia central y Ucrania. En una réplica de lo ocurrido durante la colectivización, Stalin notó la debilidad que se había adueñado de los miembros de su Politburó. En los archivos se conservan indicios de que se produjeron disturbios: en noviembre de 1943, Andreyev informaba a Malenkov desde Sarátov diciendo que «las cosas aquí están muy mal ... Ayer, viniendo de Stalingrado ... tuve que contemplar unos espectáculos terribles...». El 22 de noviembre de 1944, Beria comunicó a Stalin otro caso de canibalismo en los Urales, donde dos mujeres habían secuestrado a cuatro niños y luego se los habían comido. Mikoyan y Andreyev sugerían la conveniencia de entregar semillas a los campesinos.

«A Molotov y Mikoyan —escribió Stalin en la nota que aquéllos le enviaron—. Mi voto es contrario. El comportamiento de Mikoyan va contra el Estado ... Ha corrompido por completo a Andreyev. Debería retirarse a Mikoyan el patrocinio sobre el Narkomzag [Comisariado de Abastos] y dárselo a Malenkov...» Aquél fue el comienzo de una frialdad creciente entre Stalin y Mikoyan, que cada vez resultaría más peligrosa para este último.[2]

* * *

El 20 de mayo de 1944, Stalin se reunió con sus generales para coordinar la gran ofensiva de verano, que debía suponer la expulsión definitiva de los alemanes del territorio soviético. Buena parte de Ucrania ya había sido liberada y el sitio de Leningrado había sido finalmente levantado. Stalin propuso realizar una sola acometida contra la ciudad de Bobruisk al general Rokossovski, que sabía que se necesitaban dos ofensivas para evitar que se produjeran bajas inútiles. Pero el Vozhd estaba decidido a realizar una sola. Rokossovski, el general medio polaco, de elevada estatura y maneras afables, que pese a contar con el favor de Stalin, había sido torturado poco antes de la guerra, fue lo bastante valeroso para insistir en su opinión.

—Sal y piénsatelo bien —dijo Stalin, que volvió a hacerlo pasar al cabo de un rato—: ¿Te lo has pensado mejor, general? —le preguntó de nuevo.

—Sí, camarada Stalin.

—¿Entonces qué? ¿Una sola ofensiva? —y el Vozhd señaló el mapa.

Se produjo un silencio hasta que Rokossovski contestó:

—Dos acometidas son más aconsejables, camarada Stalin.

De nuevo volvió a hacerse el silencio.

—Sal y vuélvetelo a pensar. No seas terco, Rokossovski.

El general volvió a encerrarse en la habitación contigua hasta que se dio cuenta de que no estaba solo: Molotov y Malenkov estaban escrutándolo. Rokossovski se levantó.

—No te olvides de dónde estás y con quién estás hablando, general —le dijo Malenkov en tono amenazador—. Es con el camarada Stalin con quien estás en desacuerdo.

—Tienes que estar de acuerdo con él, Rokossovski —añadió Molotov—. Estar de acuerdo. ¡Y no hay más que hablar!

El general fue invitado a volver al despacho.

—Y bien, ¿qué es mejor?

—Dos acometidas —respondió Rokossovski.

Se abatió un silencio pesado hasta que Stalin volvió a hablar:

—¿Puede ser que dos acometidas sean realmente lo mejor?

El Vozhd aceptó el plan de Rokossovski. El 23 de junio, la ofensiva acabó por completo con las fuerzas alemanas. Minsk y posteriormente Lvov fueron reconquistadas. El 8 de julio, Zhukov encontró a Stalin en Kuntsevo «muy alegre». Al ordenar el avance hacia el Vístula, el Vozhd estaba decidido a imponer un gobierno a su gusto en Polonia, de modo que este país no volviera a suponer una amenaza para Rusia: el 22 de julio, estableció un Comité Polaco presidido por Boleslaw Bierut, cuya tarea era formar el nuevo gobierno.

—¡Hitler es como un jugador que apuesta su última moneda! —comentó exultante de alegría Stalin.

—Alemania intentará firmar la paz con Churchill y con Roosevelt —señaló Molotov.

—Tienes razón —dijo Stalin—, pero Roosevelt y Churchill no querrán.

No obstante, fueron los polacos los que supusieron un estorbo para la empresa de la Gran Alianza.[3]

* * *

La ofensiva del ejército rojo se detuvo desfallecida a orillas del Vístula, ya a las puertas de Varsovia, cuando el 1 de agosto, el general Tadeusz Bor-Komorowski y los veinte mil patriotas del Ejército Nacional polaco (Armia Krajowa) se levantaron contra los alemanes durante el Alzamiento de Varsovia. Pero, en palabras de un distinguido historiador, aquellos patriotas no pretendían «ayudar al avance de los soviéticos, sino adelantarse a él». Hitler ordenó que Varsovia fuera arrasada, desplegando una horda feroz de fanáticos de la SS, delin-

cuentes convictos y rusos renegados, para que mataran a doscientos veinticinco mil civiles en un infierno absolutamente macabro.

El extermino del Ejército Nacional vino a completar el «trabajo sucio» de los bosques de Katin para Stalin, que no tenía ningún interés en acudir en su ayuda. Pero el Alzamiento y especialmente la simpatía de los occidentales por él dejaron al Vozhd absolutamente perplejo. Si el éxito de aquel movimiento suponía una amenaza para sus planes sobre Polonia, la furia de los angloamericanos ante su fracaso suponía una amenaza para la Gran Alianza.

Cuando el 1 de agosto llegaron Zhukov y Rokossovski, se encontraron a Stalin «muy nervioso», yendo y viniendo de los mapas a la mesa, de la mesa a los mapas; llegó incluso a soltar la pipa apagada, indicio inequívoco de tormenta. El Vozhd presionaba una y otra vez a los generales. ¿Estaban sus ejércitos en condiciones de avanzar? Zhukov y Rokossovski dijeron que debían descansar. Stalin parecía muy irritado. Beria y Molotov los amenazaron. Stalin envió a los generales a la biblioteca, situada en la habitación contigua, donde éstos analizaron con muchos nervios su situación. Rokossovski creía que Beria estaba soliviantando al Vozhd. Las cosas podían acabar muy mal:

—Sé perfectamente de lo que es capaz Beria —susurró Rokossovski con suma prudencia, habida cuenta de que era hijo de un oficial polaco—. Ya he estado en sus cárceles.

Veinte minutos después, apareció Malenkov y dijo a los generales que Stalin los apoyaba. No irían a socorrer a Varsovia.

Zhukov sospechaba que el generalísimo había orquestado aquella charada a modo de coartada. Pero la verdad era que las fuerzas soviéticas estaban agotadas: como dijo Rokossovski a un periodista occidental, «el alzamiento sólo habría tenido sentido si hubiéramos estado a punto de tomar Varsovia. Pero en aquellos momentos no estábamos a punto ... Estábamos siendo rechazados». Mientras tanto, y ante la intensa presión ejercida por Churchill y Roosevelt sobre su aliado para que socorriera a los polacos, Stalin contestaría secamente que su concepción del alzamiento era «en gran medida exagerada». Cuando sus ejércitos lanzaron finalmente la ofensiva contra Polonia, Hungría y Rumanía, era ya demasiado tarde para los patriotas de Varsovia.[4]

* * *

Siete días después de la rendición del Ejército Nacional, Churchill llegó a Moscú para repartirse los despojos de Europa oriental. Stalin ya había declarado cuál era su verdadera opinión hablando con Molotov en 1942: «La cuestión de las fronteras quedará decidida por la fuerza». En el piso que ocupaba el Vozhd en el Kremlin, Churchill, que en aquella ocasión se alojó en una casa de la capital, propuso la redacción de un «atrevido documento», en el que se especificaran por porcentajes los intereses de cada uno en los países pequeños.

La documentación soviética guardada en los archivos del propio Stalin demuestra que, del mismo modo que Roosevelt socavó la posición de Churchill en Teherán, en esta ocasión el primer ministro inglés inauguró las conversaciones afirmando que «los americanos, empezando por su presidente, quedarían muy sorprendidos por la división de Europa en esferas de influencia». En Rumanía, Rusia tenía un 90 por 100 de intereses, y Gran Bretaña sólo un 10; en Grecia, en cambio, Gran Bretaña tenía un 90 por 100 y Rusia un 10. Stalin se mostró plenamente de acuerdo.

—¿No creen que el documento se considerará muy cínico si parece que tratamos de un modo tan informal unos asuntos que son tan trascendentales para millones personas? —dijo Churchill, sintiéndose culpable y encantado a la vez de la arrogancia de las grandes potencias.

—No, guárdeselo —replicó Stalin.

El documento fue tomado lo bastante en serio para que Eden y Molotov negociaran durante otros dos días el porcentaje de influencia soviética en Bulgaria y Hungría, que ascendía a un 80 por 100 en cada país, y Stalin se aferró a su parte del trato en lo concerniente a Grecia, pero sólo porque le convenía. El acuerdo de los porcentajes, desde el punto de vista de Stalin, seguramente fuera un absurdo intento de negociar algo que en realidad ya era un hecho consumado.

El punto culminante de la visita de Churchill fue la primera aparición pública de Stalin en el Bolshoi desde que empezara la guerra, en compañía del primer ministro británico, Molotov, Harriman y la hija de éste, Kathleen. Cuando llegaron al teatro, las luces ya se habían apagado. (Stalin solía entrar en el palco cuando el espectáculo ya había dado comienzo.) Cuando se encendieron otra vez las luces y el público vio al Vozhd y a Churchill, se produjo una «ovación atronadora». Stalin se retiró discretamente, pero Churchill mandó a Vishinski a buscarlo. Los dos se pusieron en pie uno al lado del otro, sonriendo en medio de los vítores y los aplausos que sonaban tan fuerte «como un chaparrón sobre un tejado de cinc». Stalin y Molotov condujeron luego a sus invitados al antepalco, donde se había dispuesto una cena para doce personas. Trasegando sin parar copas de champaña, el Vozhd se comportó como un viejo sátiro picarón, encantando y estremeciendo a sus huéspedes a partes iguales. Cuando Molotov levantó su copa para brindar por el «gran líder», Stalin comentó en tono de guasa:

—Creía que iba a decir algo nuevo sobre mí.

Uno de los asistentes dijo bromeando que los «tres grandes» eran como la Santísima Trinidad.

—Si así fuera —terció Stalin—, Churchill sería el Espíritu Santo. Se pasa el día volando de un lado para otro.*

* Stalin hizo un chiste sobre Maiski, el antiguo embajador en Londres y uno de los partici-

Cuando el primer ministro inglés se fue por fin el 19 de octubre, sin haber hecho demasiados progresos en la cuestión de Polonia, Stalin fue a despedirlo personalmente al aeropuerto y lo saludó agitando el pañuelo.[5]

El Vozhd disfrutaba en aquellos momentos del poder de la victoria, y el espectáculo de bravuconería que ofrecía no resultaba demasiado divertido. El respetuoso júbilo demostrado en presencia de Churchill se transformaba en ebriedad amenazadora con los menos poderosos, como por ejemplo con el general Charles de Gaulle. En el mes de diciembre, el francés visitó Moscú para firmar un tratado de cooperación y ayuda mutua. A cambio, Stalin pretendía que Francia reconociera al gobierno de Bierut en Polonia, reconocimiento que De Gaulle se negó a otorgar. En el momento del banquete, las negociaciones estaban atascadas. Ello no impidió al Vozhd emborracharse y comportarse con fanfarronería ante el espanto del taciturno De Gaulle. Stalin se quejó con Harriman de que el general francés era un «tipo desagradable y torpe», pero no importaba porque «tendrían que beber más vino y entonces todo se arreglaría».

Stalin, entre los efluvios del champán, relevó a Molotov en la interminable sucesión de brindis. Tras elogiar a Roosevelt y a Churchill, y haciendo adrede caso omiso de De Gaulle, inició un macabro repaso de todos los miembros de su séquito. Brindó en primer lugar por Kaganovich:

—Es todo un valiente. Sabe que si los trenes no llegan a su hora —hizo una pausa y añadió—: lo fusilaremos. Ven aquí.

Kaganovich se levantó y chocaron sus copas jovialmente. Stalin elogió entonces al jefe de la fuerza aérea, Novikov, ese «buen mariscal. Bebamos por él. Y si no realiza su trabajo como es debido, lo ahorcaremos». (Novikov no tardaría en ser detenido y torturado.) Luego localizó a Jrulev y dijo:

—Que lo haga lo mejor que pueda o lo colgaremos. ¡Así nos las gastamos en este país! —Y añadió—: ¡Ven aquí!

Al ver la cara de desagrado de De Gaulle exclamó:

—La gente dice que soy un monstruo, pero, como puede ver, yo me lo tomo a broma. A lo mejor no soy tan horrible.

Molotov se enganchó a su homólogo francés, Bidault, con el que empezó a discutir sobre el tratado. Stalin los señaló con el dedo y dijo a Bulganin:

—Saca las metralletas. Vamos a liquidar a los diplomáticos.

La comitiva salió entonces del comedor para tomar café y ver una película, pero el Vozhd siguió «agarrado al francés y dando traspiés», señala Jrush-

pantes en la reunión, que no fue traducido. Los rusos se rieron ruidosamente del comentario, por lo que Brooke le preguntó qué era lo que les hacía tanta gracia. Maiski explicó avergonzado que «el mariscal se había referido a mí llamándome el diplomático poeta porque a veces he escrito algunos versos, pero a nuestro último diplomático poeta lo liquidaron. Eso era lo gracioso». El verdadero diplomático poeta era el embajador ruso en Persia, Goriboyedov, que fue despedazado por la multitud en Teherán en 1829. Posteriormente Maiski sería detenido y torturado.

chov, que asistió a la cena y se libró de un brindis amenazador. Stalin estaba «completamente borracho». Mientras los diplomáticos negociaban, él no paraba de beber champán. Por último, a altas horas de la madrugada, cuando De Gaulle ya se había acostado, los rusos se pusieron repentinamente de acuerdo con los franceses y se avinieron a firmar un tratado que no contemplara el reconocimiento del gobierno de Bierut. De Gaulle fue obligado a volver precipitadamente al Kremlin, donde Stalin le pidió en primer lugar que firmara la versión original del tratado. De Gaulle exclamó furioso:

—¡Francia ha sido insultada!

Stalin le tendió entonces entre risas y bromas la nueva redacción del acuerdo, que fue firmado a las seis y media de la mañana.

Cuando el puntilloso francés se marchaba, Stalin llamó a su intérprete y comentó riéndose a carcajadas:

—Sabes demasiado. ¡Me parece que te mandaré a Siberia!

De Gaulle volvió la cabeza. «Vi a Stalin sentado solo a la mesa. Había empezado a comer otra vez.»

El mismo vencedor exuberante presidió diversas cenas y banquetes en honor de las delegaciones yugoslavas que visitaron la URSS aquel invierno. Stalin se sintió ofendido porque Milovan Djilas, miembro del Politburó yugoslavo, se quejó de las violaciones y los pillajes perpetrados por los soldados del ejército rojo. El Vozhd consideraba cualquier crítica que se hiciera al ejército un ataque a su propia persona. Estando completamente borracho, dio a los yugoslavos una lección magistral acerca de su ejército «que había tenido que abrirse camino a lo largo de miles y miles de kilómetros» para ser atacado ni más ni menos que por Djilas: «¡Djilas! ¡Un hombre al que he dispensado una acogida tan buena!» En ausencia del aludido, su esposa, Mitra Mitrovic, que formaba parte de la delegación, le lanzó una mirada furibunda, pero él «propuso un brindis, se puso a bromear, a lanzar amenazas y a llorar», antes de besuquearla una y otra vez mientras hacía comentarios procaces del siguiente tenor:

—¡Te besaré aunque Djilas y los yugoslavos me acusen de haberte violado!

En una ocasión invitó a unos oficiales americanos a la sala cinematográfica del Kremlin e intentó sentarse al lado de sus dirigentes, pero entonces se volvió hacia Kavtaradze y le dijo:

—¡Venga, chico, siéntate a mi lado!

—¿Cómo me voy a sentar ahí? ¡Si tienes a tus invitados!

Stalin movió la mano con gesto de desagrado y añadió en georgiano:

—¡Que les den por culo!

El 31 de diciembre, Stalin y sus jerarcas, junto con el general Jrulev, comenzaron el nuevo año 1945 con una bacanal que entre cánticos y borracheras se prolongaría durante toda la noche.[6]

43

El conquistador fanfarrón: Yalta y Berlín

Cuando Stalin echó el ojo al gran premio que suponía Berlín, decidió cambiar su forma de dirigir la guerra: el mando de los diversos frentes ya no recaería en los representantes de la Stavka. A partir de ese momento sería el propio generalísimo quien asumiera el mando directamente.

Zhukov se encargaría de dirigir el primer frente de Bielorrusia, que suponía avanzar combatiendo a lo largo de los ochocientos kilómetros que lo separaban de Berlín. Los soviéticos reunieron a seis millones de soldados para lanzar la ofensiva del Vístula y el Oder. Dos semanas más tarde, Koniev se lanzaba a por el «oro» de la región industrial de Silesia, Zhukov había expulsado a los alemanes de Polonia central y Malinovski luchaba con uñas y dientes para liberar Budapest de los nazis. El segundo y el tercer frente de Bielorrusia se adentraban en Prusia Oriental, en la propia Alemania, en una auténtica orgía de venganza: dos millones de alemanas serían violadas en los meses siguientes. Los soldados soviéticos violaron incluso a mujeres rusas que acababan de ser liberadas de los campos de concentración nazis. Pero Stalin apenas dio importancia a esos sucesos, según comentó con Djilas:

—Naturalmente habrás leído a Dostoyevski ¿no? ¿Te das cuenta de lo complicada que es el alma humana?... Pues bien, imagínate a un hombre que ha combatido desde Stalingrado hasta Belgrado, a través de miles de kilómetros de su propia tierra completamente devastada, en medio de los cadáveres de sus camaradas y de sus seres queridos... ¿Cómo cabe esperar que ese hombre reaccione con normalidad? ¿Y qué tiene de espantoso el hecho de que se divierta con una mujer después de tantos horrores?

Roosevelt y Churchill habían estado hablando desde julio de 1944 acerca de la próxima conferencia de los «tres grandes» que iba a celebrarse. Stalin se mostraba reticente: cuando en el mes de septiembre Harriman sugirió que se reunieran en el Mediterráneo, el Vozhd replicó que sus médicos le habían

dicho que «cualquier cambio de clima me resultaría perjudicial», y semejante comentario provenía de un hombre que desconfiaba plenamente de los profesionales de la medicina. En su lugar podía ir Molotov. Éste repetía cortésmente una y otra vez que nunca sería capaz de reemplazar al mariscal Stalin.

—Eres demasiado modesto —dijo Stalin en tono guasón.

Acordaron que la conferencia tuviera lugar en Yalta. El 29 de enero, Zhukov se encontraba ya en el Oder. Mientras las fuerzas alemanas contraatacaban a las diversas cabezas de puente soviéticas, Roosevelt y Churchill eran recibidos el 3 de febrero en la base aérea de Saki, en Crimea, por Molotov, vestido con camisa blanca de cuello duro, abrigo negro y gorro de piel, y Vishinski, resplandeciente en su uniforme de diplomático, que hicieron de anfitriones en un «espléndido almuerzo» celebrado camino de Yalta.[1]

* * *

Stalin todavía no había abandonado Moscú, pero había aprobado las disposiciones de Beria en un memorándum tan secreto que incluso los nombres de las personas clave se habían dejado en blanco para rellenar luego el hueco a mano. La seguridad de la conferencia correría a cargo de cuatro regimientos del NKVD, y para la defensa de las instalaciones se utilizarían baterías antiaéreas y ciento sesenta cazas. La seguridad personal de Stalin era descrita en los siguientes términos: «Para la seguridad del jefe de la delegación soviética están previstos, aparte del cuerpo de guardaespaldas a las órdenes de Vlasik, cien trabajadores operativos y un destacamento especial de quinientos agentes del NKVD». En otras palabras, Stalin contaba para su exclusiva seguridad personal con un contingente de alrededor de seiscientos veinte hombres, pero además había dos grupos de guardaespaldas durante el día, tres por la noche y una serie de perros policía. Cinco distritos que abarcaban más de veinte kilómetros habían sido «purgados de elementos sospechosos»: 74.000 individuos habían sido investigados, y 835 habían sido detenidos. Con sus pueblos desiertos y en ruinas tras la depredación de los nazis y la deportación de los tártaros, no es de extrañar que Churchill bautizara a Yalta con el apodo de «La Riviera del Hades».

El domingo 4 de febrero por la mañana, Stalin montó en su vagón especial de color verde en compañía de Poskrebishev y Vlasik, y emprendió su viaje al sur vía Járkov. Su residencia, el palacio Yusupov, otrora hogar del acaudalado príncipe travestido que asesinó a Rasputín, estaba preparada, con sus veinte habitaciones y su gran salón de más de quinientos metros cuadrados, para recibir a la delegación soviética. Todo el ajuar había sido traído de Moscú, incluida las vajilla y la cubertería, así como los camareros de confianza de los hoteles Metropol y Nacional. Del pan se encargaba un equipo especial de panaderos, y otro de pescadores suministraba el pescado fresco. Habían

sido instalados «un teléfono especial de alta frecuencia "Vhf" y un telégrafo Baudot, así como una centralita telefónica automática de veinte líneas ... con la posibilidad de ser ampliadas a cincuenta», para que Stalin pudiera «ponerse en comunicación con Moscú, con los frentes y con todas las ciudades y pueblos». Además, podía valerse de un refugio antiaéreo que podía resistir ataques con bombas de hasta quinientos kilos.

Stalin recibió inmediatamente a sus delegados en el despacho, situado junto a la habitación de Beria, mientras que los diplomáticos más jóvenes se alojaron en el ala adyacente del palacio. Sudoplatov presentó un perfil psicológico de los líderes occidentales, Molotov hizo una valoración de los servicios de inteligencia y, según dice él mismo, Sergo Beria fue una vez más responsable de la intervención de las comunicaciones y las escuchas. En esa ocasión, llegaron a utilizar micrófonos direccionales de posición para escuchar al presidente estadounidense mientras era conducido al exterior en su silla de ruedas.

A las tres de la tarde Stalin* telefoneó a Churchill a su residencia (el fantástico palacio del príncipe Michael Vorontsov, un anglófilo que había creado un popurrí arquitectónico absolutamente único, mezclando elementos de las baronías escocesas, con otros neogóticos y árabigos), antes de trasladarse en automóvil a ver a Roosevelt, que se alojaba en el palacio Livadia, de granito blanco, construido en 1911 como residencia de verano del último zar.** Aquella noche, durante la cena, Roosevelt se equivocó de medio a medio al juzgar la desagradable imagen de sí mismo que daba Stalin cuando le dijo en tono confidencial que se le apodaba «tío Pepe». El Vozhd se sintió ofendido y musitó entre dientes:

—¿Cuándo puedo abandonar esta mesa?

Le aseguraron que se trataba de una broma. A las cuatro de la tarde del día

* Un mes más tarde el editor de *Izvestiya* preparó un álbum fotográfico especial que envió a Poskrebishev acompañado de la siguiente nota: «Estimado Alexander Nikolaievich, adjunto le remito las fotografías tomadas durante la conferencia de Crimea para que se las entregue a I. V. Stalin». La cubierta llevaba una dedicatoria en grandes caracteres estampados en relieve. Stalin ofrecía un aspecto desastrado al lado del pulcro Molotov: en el álbum de fotos de Yalta podemos ver los bolsillos llenos de zurcidos de su queridísimo capote, ya viejo y gastado. Vlasik, con su cara de cerdito, aparece siempre un paso por detrás del Vozhd con una sonrisa afable, pero la seguridad de Stalin seguía siendo tan estricta como siempre. En una ocasión, Bohlen observó que el Vozhd se ausentó un momento para ir al lavabo. De repente dos guardaespaldas soviéticos empezaron a correr de un lado para otro gritando «¿Dónde está Stalin? ¿Adónde ha ido?». Bohlen, con el dedo, hizo una señal indicando los aseos.

** El presidente norteamericano se sentía exhausto y enfermo. Su suite constaba de un salón, un comedor (instalado en la antigua sala de billar del zar), un dormitorio y un cuarto de baño. Su asesor más próximo, Harry Hopkins, se puso tan malo que se vio obligado a pasar la mayor parte del tiempo en la cama. Según Alan Brooke, el general Marshall «está en el dormitorio de la zarina», y el almirante King «en el tocador de la soberana, con la escalera especial que utilizaba Rasputín para ir a visitarla».

siguiente se inauguró la conferencia en el salón de baile del palacio Livadia. Sentado entre Molotov y Maiski, fumando un cigarrillo detrás de otro, Stalin causó una profunda impresión al joven Andrei Gromiko, su embajador en Estados Unidos, que posteriormente se convertiría en el eterno ministro de Asuntos Exteriores del presidente Brezhnev: «no se le escapaba nada» y trabajaba «sin papeles, sin notas», utilizando únicamente su «memoria, como si fuera un ordenador». Fue durante una de esas reuniones plenarias cuando el Vozhd pronunció su comentario más célebre. Como solía hacer siempre con sus chistes, lo repitió una y otra vez, y pasó a formar parte de la jerga de los políticos como expresión del predominio de la fuerza sobre los sentimientos. Estaban hablando del Papa cuando Churchill hizo la siguiente propuesta:

—¡Hagámoslo aliado nuestro!

—Muy bien —dijo Stalin—, pero como todos ustedes saben, caballeros, la guerra se hace con soldados, cañones, carros blindados... ¿De cuántas divisiones dispone el Papa? Si nos lo dice... ¡que sea nuestro aliado!*

Por las noches, Stalin celebró pequeñas fiestas para reunirse con los miembros de su séquito, durante las cuales Gromiko se daría cuenta de cómo «intercambiaba unas pocas palabras con todos los asistentes», y de cómo iba de un grupo a otro contando chistes y llamando por su nombre a cada uno de los cincuenta y tres miembros de la delegación soviética. Había una reunión cada mañana y otra cada tarde: machacaba a sus asesores si no hacían bien su trabajo. Hugh Lunghi, que volvió a actuar de intérprete en la conferencia, oyó decir a Stalin en una ocasión: «No confío en Vishinski, pero con él todo es posible. Saltará en la dirección que le digamos». Vishinski reaccionaba ante Stalin «como un perro asustado».

Cuando Roosevelt se puso enfermo, Stalin, Molotov y Gromiko le hicieron una visita de veinte minutos. Cuando ya se iban, mientas bajaban por la escalera, «Stalin se detuvo de repente, sacó su pipa del bolsillo, la rellenó sin darse ninguna prisa y dijo para sí en voz alta: "¿Por qué la naturaleza tuvo que castigarlo de esa manera? ¿Acaso es peor que otros?"». El Vozhd siempre había desconfiado de Churchill, pero Roosevelt parecía fascinarlo.

—Dime —preguntó a Gromiko—, ¿qué piensas de Roosevelt? ¿Es listo?

Stalin no ocultó a Gromiko el apego que sentía por Roosevelt, hecho que dejó perplejo al joven diplomático, pues el temperamento del Vozhd era tan duro que «raramente daba muestras de simpatía por alguien que perteneciera a otro sistema social distinto al suyo». Sólo en contadas ocasiones «dejó traslucir emociones humanas positivas».

Al día siguiente, 6 de febrero, se reunieron para hablar acerca del espinoso tema de Polonia y de la organización mundial que sería luego la ONU. Rusia se apoderaría de algunas franjas de suelo polaco situadas al este del país a cam-

* Stalin contó esa versión de la historia a Enver Hoxha, el líder albanés.

bio de las concesiones de territorio alemán realizadas en el oeste. Stalin consintió en incluir únicamente a unos cuantos nacionalistas polacos en el gobierno de este país dominado por sus comunistas. Cuando Roosevelt dijo que las elecciones de Polonia debían quedar «fuera de toda sospecha, como la mujer del César», Stalin replicó en tono sarcástico:

—Eso cuentan de su integridad, pero también cometía sus pecados.

Y a continuación explicó cuál era la obsesión que sentía Rusia por Polonia:

—A lo largo de la historia, Polonia ha servido siempre de puerta de entrada para los enemigos que venían a atacar Rusia —por eso quería una Polonia fuerte.

Si podemos dar crédito al hijo de Beria, aquel día su padre entró en su habitación y dijo:

—Iosiv Vissarionovich no ha cedido ni un milímetro en la cuestión de Polonia.

Aprobaron las tres zonas de ocupación de una Alemania desmilitarizada y «desnazificada». Los americanos quedaron encantados con la promesa hecha una y otra vez por Stalin de que pensaba intervenir contra Japón, y dieron el visto bueno a sus pretensiones sobre Sajalín y las islas Kuriles.

El día 8, después de celebrar otra reunión, Roosevelt y Churchill cenaron con Stalin en el palacio Yusupov. Los discursos inaugurales fueron adoptando un tono cada vez más emotivo a medida que los «tres grandes», envejecidos por la guerra, iban contemplando su victoria. Stalin se levantó para la ocasión y brindó por Churchill, «un hombre de los que nace uno cada cien años, y que levantó valientemente la bandera de la Gran Bretaña. He dicho lo que siento, lo que me sale del corazón, lo que sinceramente creo». Según dice Brooke, el Vozhd estaba «en plena forma y rebosaba alegría y buen humor». Stalin, que no engañaba a nadie cuando se definía como un «viejo primitivo ... y parlanchín», hizo una alusión veladamente siniestra cuando brindó por sus generales, «cuya labor sólo se reconoce durante la guerras y cuyos servicios, cuando éstas finalizan, pasan fácilmente al olvido. Después de la guerra, su prestigio disminuye y las mujeres empiezan a darles la espalda». Los generales todavía no se daban cuenta de que las palabras del Vozhd eran la premonición de que él mismo iba a olvidarse de ellos.

En esa cena histórica participó un comensal poco corriente: Stalin invitó a Beria, que estaba encantado de encontrarse allí y que empezaba a encontrar sofocante el papel secreto que desempeñaba. Cuando Roosevelt se fijó en él y preguntó a Stalin:

—¿Quién es ese hombre con lentes que está sentado frente al embajador Gromiko?

—¡Ah, ése! Ése es nuestro Himmler —contestó Stalin haciendo alarde de una malicia deliberada—. Se llama Beria.

El agente de la policía secreta «no dijo nada, se limitó a sonreír, mostrando

sus dientes amarillos», pero «le debió herir en lo más profundo», escribiría su hijo, que sabía lo mucho que anhelaba su padre acceder al escenario mundial. Roosevelt se sintió incomodo ante aquel comentario, observaría Gromiko, especialmente porque Beria también lo oyó. Los americanos examinaron fascinados a aquel personaje misterioso: «Es bajito y gordito, y lleva unas lentes gruesas que le dan un aspecto siniestro, pero bastante genial», dice Kathleen Harriman, mientras que a Bohlen le pareció un tipo «rechoncho, pálido, con unos quevedos que recuerdan los de un maestro de escuela». Beria, un hombre obsesionado por todo lo que tuviera que ver con el sexo, no tardó en ponerse a hablar de la vida sexual de los peces con sir Archibald Clark Kerr, un borracho empedernido y mujeriego. Ya totalmente ebrio, el británico se levantó y brindó por Beria, el «hombre que vela por nuestra integridad física»; como cumplido no sólo era inapropiado, sino también torpe. Churchill consideró que Beria era un amigo muy poco recomendable para un embajador de Su Graciosa Majestad.

—No, Archie, nada de eso. Ve con cuidado —dijo el primer ministro británico haciendo un gesto significativo con el dedo.

En 10 de febrero, durante la cena celebrada por Churchill, Stalin propuso un brindis a la salud de Jorge VI, haciendo la salvedad de que siempre sería contrario a los monarcas porque él estaba del lado del pueblo. Churchill, algo molesto por el comentario, indicó a Molotov que en el futuro el Vozhd debía limitarse a proponer un brindis por los «tres jefes de estado». Como sólo asistían unas doce personas a la cena, se discutió de las próximas elecciones británicas que Stalin estaba plenamente convencido de que iba a ganar Churchill.

—¿Qué mejor líder que aquel que obtuvo la victoria? —exclamó.

Churchill le explicó que había dos partidos en liza.

—Un solo partido es mucho mejor —dijo Stalin.

Cuando hablaron de Alemania, el generalísimo regaló a sus compañeros de mesa con un chiste acerca del «incomprensible sentido de la disciplina» de los germanos, que ya había contado en infinidad de ocasiones a su círculo más íntimo. En una ocasión había estado en Leipzig para asistir a un congreso comunista; cuando los alemanes se apearon en la estación, todavía no habían encontrado al revisor, por lo que esperaron durante dos horas en el andén hasta que al buen hombre se le ocurrió aparecer.

Tras una última cena celebrada en la sala de billar del zar del palacio Livadia, Molotov escoltó a Roosevelt en su viaje de regreso a Saki y subió al avión presidencial, el *Sacred Cow*, para despedirse.

Churchill pasó esa noche a bordo del *Franconia* en el puerto de Sebastopol, desde donde voló rumbo a Inglaterra al día siguiente. Para entonces Stalin ya estaba en su tren camino de Moscú. Dos días más tarde caía Budapest.*

Stalin obtuvo todo lo que quiso de los Aliados, y normalmente se culpa de

* Se conserva en los archivos una nota de lo más intrigante relacionada con Churchill: un tal

ello al delicado estado de salud de Roosevelt y a su predisposición a dejarse seducir por el encanto de Stalin. A los dos líderes occidentales se les acusa de «vender de mala manera Europa oriental a Stalin».* El exceso de cortesía de Roosevelt hacia Stalin y la falta de tacto que mostró con Churchill fueron una equivocación. Es indudable que el presidente estadounidense estaba enfermo y cansado. Pero el propio Stalin creyó siempre que la fuerza decidiría quién iba a gobernar en Europa oriental, territorio ocupado por diez millones de soldados soviéticos. Él mismo contaba una anécdota después de la guerra que revela la opinión que tenía acerca de la conferencia de Yalta. «Churchill, Roosevelt y Stalin estaban cazando —contaría el Vozhd—. Por fin mataron el oso. Churchill dijo: "Me quedaré con su piel. Que Roosevelt y Stalin se dividan la carne". "No —dijo Roosevelt—, yo me quedaré con la piel y que Churchill y Stalin se repartan la carne." Stalin se quedó en silencio, por lo que Churchill y Roosevelt le preguntaron: "Señor Stalin, ¿usted qué dice?". Stalin se limitó a contestar: "El oso me pertenece a mí, al fin y al cabo, lo he matado yo".» El oso era Hitler, y la piel del oso, Europa del Este.[2]

El 8 de marzo, en medio de las operaciones que se llevaban a cabo para limpiar Pomerania, Stalin convocó a Zhukov en Kuntsevo para celebrar una curiosa reunión que marcaría el fin de su estrecha e íntima colaboración. El generalísimo estaba enfermo y se sentía «cansado hasta la extenuación». Parecía deprimido. «Ha trabajado demasiado y ha dormido muy poco», pensó Zhukov. La batalla de Berlín supuso su último gran esfuerzo. A partir de entonces, ya no podría llevar ese ritmo de trabajo. No era el único que atravesaba por una situación semejante: Roosevelt se estaba muriendo; Hitler casi chocheaba; y Churchill estaba a menudo enfermo. La guerra se cobró un precio realmente entre sus caudillos. El Stalin que salió de la guerra era un hombre más sentimental, pero también más implacable.

—Vamos a estirar un poquito las piernas, siento una especie de calambre —dijo el Vozhd.

---

general Gorbatov informa el 5 de mayo a Beria de que los agentes del NKVD que acompañaban al ejército del mariscal Malinovski en Hungría habían recibido la orden de encontrar a una pariente de Winston Churchill llamada Betsy Pongrantz, y comunica que la han localizado. El significado del mensaje no está del todo claro, pero ningún miembro de la familia Churchill ha oído hablar nunca de semejante «pariente». La hija de sir Winston, lady Soames, la única que ha sobrevivido, no sabe nada de la existencia de esa posible pariente húngara: «Tal vez el Sr. Beria y el NKVD lo entendieran mal», ha sugerido.

* Si se produjo dicha venta, probablemente tuviera lugar mucho antes, durante la conferencia de ministros de Asuntos Exteriores celebrada en Moscú en octubre de 1943. No obstante, no cabe la menor duda de que Stalin estaba encantado de marchar de Yalta con la firma del secretario del Foreign Office, Eden, estampada en el acuerdo por el que se establecía el envío a la URSS de todos los antiguos prisioneros de guerra «soviéticos», muchos de los cuales eran emigrantes cosacos blancos de los tiempos de la guerra civil, que habían combatido en el bando nazi. La mayoría fueron fusilados o perecieron en los gulags de Stalin.

Mientras caminaban, Stalin estuvo hablando de su infancia durante toda una hora.

—Volvamos y tomemos un té. Quiero hablar de algo contigo —exclamó luego.

Animado por aquella sorprendente muestra de confianza, Zhukov le preguntó por Yakov.

—¿Sabes lo que ha sido de él?

Stalin no respondió. La figura de su hijo Yakov lo atormentaba. Tras recorrer unos cuantos metros en el silencio más absoluto, contestó con «voz abatida»:

—Yakov no conseguirá salir con vida de su cautiverio. Lo fusilarán, esos asesinos. Por lo que sé, lo mantienen separado de los demás... e intentan convencerlo de que traicione a su país —Stalin volvió a guardar silencio, y luego añadió—. No, Yakov preferiría cualquier tipo de muerte antes que traicionar a su patria.

El Vozhd se sentía por fin orgulloso de su hijo, pero no sabía que hacía ya casi dos años que había muerto. A continuación se sentó a la mesa, aunque no quiso comer nada.

—¡Qué guerra tan terrible! ¡Cuántas vidas de nuestro pueblo se han perdido! Probablemente apenas queden familias que no hayan sufrido la pérdida de un ser querido.

Entonces se puso a hablar de cuánto le agradaba Roosevelt. Yalta había sido todo un éxito. En aquel preciso instante llegó Poskrebishev con su cartera llena de papeles, y el Vozhd volvió a concentrarse en la cuestión de Berlín.

—Ve a la Stavka y comprueba los cálculos que se han hecho para la operación de Berlín... —dijo.

Tres semanas más tarde, el 1 de abril por la mañana, Stalin mantuvo una reunión en la «pequeña esquina» con sus dos mariscales más agresivos: Zhukov, comandante en jefe del «primer frente» de Bielorrusia, y Koniev, comandante en jefe del «primer frente» de Ucrania.

—Bueno. ¿Quién va a tomar Berlín, nosotros o los Aliados? —preguntó el Vozhd.

—¡Nosotros la tomaremos! —exclamó exaltado Koniev antes de que Zhukov pudiera dar una respuesta.

—¡Ésa es la clase de hombres que me gusta! —dijo Stalin sonriendo en señal de aprobación.

Zhukov debía atacar Berlín apoyándose en las avanzadillas del Oder y atravesando los montes de Seelow; Koniev debía avanzar hacia Leipzig y Dresde, arrojándose con su flanco izquierdo hacia el sur de Berlín paralelamente a Zhukov. El Generalísimo de la ambigüedad permitió que ambos creyeran que podían tomar Berlín: «sin pronunciar palabra alguna», Stalin trazó la línea de demarcación entre los frentes que debían marchar sobre Berlín; luego se detu-

vo y borró la línea al sur de Berlín. Koniev entendió que eso le permitiría participar también en el asalto a la capital alemana, si podía.

—El primero que rompa el frente enemigo —dijo Stalin en tono retador—, será el que tome Berlín.

Aquel mismo día, en lo que un historiador ha descrito como «la mayor inocentada de la historia moderna», Stalin aseguró a Eisenhower que «Berlín ha perdido su antigua importancia estratégica». Dos días más tarde, los dos mariscales salieron realmente corriendo hacia el aeropuerto, donde sus aviones despegaron con una diferencia de apenas un par de minutos. Tal era, según reconocería Koniev, «su apasionado deseo» de llevarse el premio.

Mientras los dos generales organizaban sus tropas, Roosevelt moría, señalándose así el fin de una era para Stalin. El entendimiento alcanzado entre los dos permitió al Vozhd dispensarle su confianza, siempre escasa, y despertar un ápice de simpatía humana. Molotov pareció sentirse «profundamente conmovido y perturbado». Harriman «nunca había oído a Molotov hablar con tanta seriedad». Stalin, «sinceramente afligido», recibió a Harriman, y estuvo estrechándole la mano durante medio minuto. Años más tarde, durante unas vacaciones en su dacha de Novi Afon, el Vozhd manifestaría que «Roosevelt fue un gran estadista, un líder inteligente, culto, liberal y con una gran amplitud de miras, que supo prolongar la vida del sistema capitalista...».

El día 16 de abril, a las cinco de la madrugada, Zhukov desencadenó una verdadera lluvia de fuego sobre los montes de Seelow con sus 14.600 cañones. Los dos mariscales disponían dos millones y medio de hombres, 41.600 cañones, 6.250 carros blindados y 7.500 aviones, esto es, de «la mayor concentración de fuerzas militares jamás reunida». Pero los montes de Seelow eran un obstáculo muy bien defendido. Las pérdidas sufridas por Zhukov fueron cuantiosas. Al llegar la medianoche, el mariscal se puso en contacto telefónico con Stalin, que no dudó en empezar a mofarse de él:

—Por lo que veo has subestimado al enemigo en el frente de Berlín... Las cosas han empezado mucho mejor para Koniev.

El generalísimo telefoneó entonces a Koniev.

—A Zhukov las cosas le van bastante mal. Todavía está intentando machacar las defensas enemigas —dijo, y luego hizo una pausa.

Koniev, que entendía perfectamente lo que tramaba el Vozhd, guardó silencio, hasta que éste preguntó:

—¿Crees que es posible el desplazamiento de las fuerzas blindadas de Zhukov hacia Berlín a través de la brecha que ha abierto tu frente?

Koniev replicó entusiasmado que sus propias fuerzas blindadas podían dirigirse hacia la capital alemana.

—De acuerdo —dijo Stalin después de examinar el mapa—. Pon a tus carros blindados rumbo a Berlín.

Zhukov tenía la firme determinación de tomar Berlín: ignorando las pre-

misas más básicas sobre el uso de los blindados, se lanzó al asalto de los montes de Seelow con sus tanques, que quedaron atrapados en un revoltillo informe de tierra pulverizada y de cadáveres. Perdió a treinta mil hombres. Stalin no se puso en contacto con él durante tres días.

El 20 de abril las fuerzas de Zhukov alcanzaron las afueras de Berlín por el este. Los dos mariscales combatieron, casa por casa, calle por calle, para llegar a la Cancillería de Hitler. El 25, Koniev ordenó un asalto con la intención de tomar el Reichstag. A trescientos metros de ese mismo edificio, Chuikov, que encabezaba el avance de las tropas de Zhukov, se reunía con otras fuerzas soviéticas: los tanques de Koniev. Zhukov en persona se adelantó y espetó gritando a Ribalko, comandante de blindados de Koniev:

—¿Qué demonios hacéis aquí?

Koniev, decepcionado, desvió bruscamente a sus soldados hacia el oeste, dejando el Reichstag a Zhukov, pero Stalin ofreció entonces otro premio.

—¿Quién va a tomar Praga?

El Vozhd esperaba en Kuntsevo, y sólo acudía a su despacho a eso de la medianoche durante un par de horas cada día. El 28 de abril, en su *Führerbunker*, Hitler contraía matrimonio con Eva Braun, dictaba sus últimas voluntades y bebía champán.* Dos días más tarde, cuando la llegada de Zhukov era ya un hecho inminente, Hitler probó unas ampollas de cianuro en su cachorro de pastor alemán, *Blondi*. A eso de las tres y cuarto de la tarde, lejos del bullicio de la fiesta celebrada en el piso superior, el Führer se quitaba la vida, disparándose un tiro en la cabeza. Eva, siguiendo sus pasos, ingirió un veneno. Goebbels y Bormann saludaron por última vez a su líder levantando el brazo ante la pira funeraria en la que se depositó el cuerpo inerme de Hitler en los jardines de la Cancillería. A las siete y media de esa misma tarde, Stalin, que aún no sabía lo ocurrido, mantuvo una reunión de cuarenta y cinco minutos con Malenkov y Vishinski antes de regresar a Kuntsevo.[3]

La madrugada del 1 de mayo, el jefe del Estado Mayor alemán salió al encuentro de Chuikov para comunicarle la muerte de Hitler y pedir el alto el fuego. Curiosamente se trataba de Hans Krebs, el oficial alemán de elevada estatura al que Stalin, cuando se despedía de la delegación japonesa en abril de 1941, dijo: «Seguiremos siendo amigos». Chuikov se negó a aceptar el cese de las hostilidades. Krebs dio media vuelta y se suicidó. Contrariamente a lo sucedido el 22 de junio de 1941, Zhukov, impaciente por dar aquella gran noticia histórica, telefoneó a Kuntsevo. Pero, una vez más, los servicios de seguridad se negaron a cooperar.

* En los niveles superiores del búnker, la secretaria de Hitler sería testigo de unas curiosas escenas: «Un erotismo febril se apoderó de todo el mundo. Por todas partes, incluso en el sillón del dentista, pude ver cuerpos que se entrelazaban en abrazos lascivos. Las mujeres habían perdido el más mínimo sentido del pudor y mostraban desinhibidas sus partes íntimas».

—El camarada Stalin acaba de acostarse —contestó al otro lado del aparato el general Vlasik.

—Por favor, despiértale —rogó Zhukov—. Se trata de una cuestión muy urgente que no puede esperar hasta la mañana.

Stalin se puso al teléfono y se enteró de que Hitler había muerto.

—¡Bueno, ya hemos acabado con el bastardo ese!

Novena parte

El juego peligroso de la sucesión, 1945-1949

44

La bomba

—¡Qué mala suerte no haber conseguido capturarlo con vida! —dijo Stalin a Zhukov—. ¿Dónde está el cadáver de Hitler?

—Según el general Krebs, lo incineraron —respondió el mariscal soviético.

Stalin prohibió que se entablara negociación alguna; sólo aceptaba la rendición incondicional.

—¡Y si no hay nada urgente, no me llames hasta que sea de día aquí! Quiero descansar un poco antes del desfile de mañana —exclamó el Vozhd despidiéndose.

A las 10.15 horas la artillería de Zhukov empezó a bombardear el centro de Berlín. El 2 de mayo al amanecer, la ciudad había caído en sus manos. El día 4 un coronel del Smersh descubrió los pocos restos calcinados y apergaminados de Hitler y Eva Braun que habían quedado. Se había hecho desaparecer sus cuerpos. A Zhukov no le comunicaron el hallazgo. Bien al contrario, Stalin, que se divertía humillando a su mariscal, le preguntó si ya tenía alguna noticia del cadáver de Hitler.* Mientras tanto, Stalin se sentía fascinado por las autoridades nazis: «Te envío ... la correspondencia de los jerarcas alemanes ... hallada en Berlín», escribía Beria en una carta dirigida al Vozhd en la que incluía una lista de cartas de Himmler a Ribbentrop.

Después de la guerra, durante una cena celebrada en la costa del mar Negro a altas horas de la noche, alguien preguntó a Stalin si, según su opinión, Hitler era un lunático o un aventurero. El Vozhd respondió en los siguientes términos:

* La mandíbula y una parte del cráneo del Führer fueron enviadas a Moscú; el resto del cadáver fue examinado por el Smersh y posteriormente fue enterrado junto a un garaje en una base militar soviética situada en Magdeburgo, donde permaneció hasta abril de 1970, cuando el presidente del KGB, Yury Andropov, ordenó su incineración y que las cenizas fueran esparcidas.

—Estoy de acuerdo con calificarlo de aventurero, pero no puedo admitir que se diga que era un loco. Hitler tenía un gran talento. Únicamente un hombre con talento podía unir al pueblo alemán. Nos guste o no ..., el ejército soviético logró abrirse paso en territorio alemán ... y entró en Berlín sin que la clase obrera alemana llegara a convocar nunca una huelga contra ... el régimen fascista. ¿Acaso un loco podría haber unido así a toda una nación?[1]

El 9 de mayo Moscú celebró el Día de la Victoria, pero el conquistador malhumorado estaba sumamente agotado y sentía una gran impaciencia por solemnizar el júbilo. Stalin se puso hecho una furia cuando tuvo conocimiento de que un joven general había firmado la rendición de los alemanes en Reims y, paseándose arriba y debajo con aire preocupado por su despacho, ordenó a Zhukov que firmara en Berlín una rendición como es debido, «desde donde partió la agresión alemana». Pero los días de gloria de los generales habían tocado a su fin: Vishinski llegó para «ocuparse de los asuntos políticos», y se pasó toda la ceremonia «levantándose de su sitio para susurrar instrucciones al oído de Zhukov». Stalin no dejó de observar ni por un momento a Zhukov y sus supuestos delirios de grandeza. Ese mismo año, unos meses más tarde, lo mandó llamar al Kremlin para advertirle de que Beria y Abakumov estaban reuniendo pruebas contra él.

—No me creo ninguna de esas estupideces, pero será mejor que te mantengas alejado de Moscú —dijo el Vozhd.

El hecho de mantenerse alejado de Moscú no suponía ningún problema para Zhukov, pues era el procónsul de Stalin en Berlín. El dictador había enviado a sus sátrapas a gobernar su nuevo imperio. Mikoyan viajó hasta Alemania para encargarse del abastecimiento de la población del país. Malenkov y Voznesenski llegaron para discutir sobre si se debía arrasar la industria teutona o conservarla para construir un régimen satélite de los soviéticos. Zhdanov tenía su corte en Finlandia, Voroshilov en Hungría, Bulganin en Polonia y Vishinski en Rumanía. Cuando Jrushchov telefoneó para felicitarle, el Vozhd lo cortó diciendo que le hacía «perder tiempo».

Una llamada de Svetlana alegró muchísimo a Stalin:

—¡Felicidades por la victoria, papá!

—Sí, hemos ganado —exclamó riendo—. ¡Felicidades a ti también!

El día 24 de mayo, a las ocho de la tarde, Stalin celebró en el salón Georgevski un banquete para los miembros del Politburó y los mariscales, algunos actores e incluso unos mineros polacos. Se produjo un atasco de limusinas hasta la altura de la puerta de Borovitski. Los invitados se sentaron en los lugares que les habían sido asignados y aguardaron la llegada del Vozhd con impaciencia. Cuando apareció Stalin, «los aplausos y los gritos de hurra resonaron en las bóvedas de los salones ... con un estruendo ensordecedor». Molotov brindó por los mariscales, que chocaron sus copas con los miembros del Politburó. Cuando se brindó por el almirante Isakov, que había perdido una pierna

en 1942, Stalin, que seguía siendo todo un maestro en el arte del toque personal cuando se lo proponía, se levantó y se dirigió a la mesa del militar, bastante apartada de la suya, para brindar especialmente con él. Empezó entonces a elogiar al pueblo ruso e hizo referencia a sus propios errores en los siguientes términos:

—Otro pueblo podría haber dicho a sus gobernantes: «No habéis satisfecho nuestras expectativas, marchaos; instauraremos otro gobierno que firme la paz con Alemania y nos garantice una vida tranquila».

Luego preguntó a Zhukov y a los demás mariscales:

—¿No creéis que deberíamos celebrar la derrota de la Alemania fascista con un desfile de la victoria?

Stalin decidió que pasaría revista a las tropas montado a caballo. No sabía montar, pero su sed de gloria seguía consumiéndolo y no dudó en empezar a dar clases de equitación en secreto con un semental blanco de raza árabe, elegido especialmente por Budionni para la ocasión. Alrededor del 15 de junio, cuando sólo faltaba una semana para el desfile, Stalin, vestido con pantalones de montar y calzado con botas y espuelas, y acompañado, al parecer, de su hijo Vasili, se subió al corcel. Azuzó al animal con un golpe seco de espuelas. El caballo se alzó sobre sus patas traseras. El Vozhd se agarró a las crines e intentó mantener el equilibrio, pero el animal pudo más que él y acabó arrojándolo al suelo, con la consiguiente magulladura en el hombro del jinete. Stalin, tras ponerse en pie, espetó:

—¡Que abra el desfile Zhukov! ¡Al fin y al cabo es un soldado de caballería!

Ya de vuelta a Kuntsevo preguntó a Zhukov si se había olvidado de montar.

—No, no me he olvidado —respondió el mariscal—. Todavía monto alguna que otra vez.

—Perfecto... Tú te encargarás de encabezar el desfile.

—Gracias por este honor... Pero... tú eres el generalísimo, y por derecho, deberías abrirlo tú.

—Yo ya soy demasiado viejo... Tú te encargarás de ello. Eres más joven.

Zhukov montaría un semental blanco de raza árabe que Budionni le proporcionaría. Al día siguiente, el mariscal estaba mirando los ensayos que se llevaban a cabo en el aeródromo central, cuando Vasili Stalin lo abordó y le dijo:

—Te lo cuento como un gran secreto. Mi padre había estado entrenándose para encabezar el desfile personalmente, pero... hace tres días, el caballo que montaba se encabritó...

—¿Y qué caballo montaba tu padre?

—Un semental blanco de raza árabe, el mismo que montarás tú durante el desfile. Pero, te lo ruego, no menciones ni una palabra de lo que te he dicho.

Zhukov consiguió domar el caballo.

A las 09.57 del 24 de junio, el mariscal se subió al caballo en la puerta de Spasski. Llovía a cántaros. Dieron las diez en el reloj:

—¡Preparados para el desfile!

«Mi corazón latía a toda prisa», escribe Zhukov. Simultáneamente, el mariscal Rokossovski estaba esperando en la puerta de Nikolski a lomos del caballo negro personal de Budionni, que llevaba el nombre, por lo demás sumamente apropiado, de «Polus», esto es, «el Polaco». Stalin, enfundado en su capote, sin reflejar ninguna expresión en su rostro, apareció solo, caminando con paso torpe y lento, pero entonces cambió el ritmo y empezó a subir con soltura las escaleras que conducían al mausoleo, seguido de Beria y Malenkov, que sudaban y se afanaban por seguir su paso. Cuando la multitud vio al Vozhd los vítores resonaron por toda la plaza. La lluvia seguía arreciando y el agua corría por la visera del dictador. No se secó el rostro ni una sola vez. Cuando sonaron las campanas, Zhukov y Rokossovski, empapados, comenzaron a desfilar a lomos de sus caballos mientras las bandas de música tocaban «*Slavsya!*» («Gloria a ti») de Glinka, y los tanques y los *katiushas* avanzaban estruendosamente sobre el empedrado. El silencio en la Plaza Roja era absoluto. «Entonces pudo escucharse el redoble amenazador de cientos y cientos de tambores acercándose», escribiría Yakovlev. «Una columna de soldados soviéticos, marchando en perfecta formación y marcando el ritmo con un sonido metálico, empezaba a acercarse.» Eran doscientos veteranos de guerra, cada uno de ellos con una bandera nazi. Al llegar a la altura del mausoleo hicieron un giro a la derecha y fueron arrojando las banderas, blasonadas con cruces gamadas de color negro y rojo, a los pies de Stalin; los estandartes quedaron inmediatamente empapados por la lluvia. Aquel fue el momento culminante de la vida del Vozhd.

En cuanto terminó el desfile, Stalin y los jefazos del alto mando entraron en la sala habilitada detrás del mausoleo para tomar un refrigerio y unas copas. Fue allí, según el almirante Kuznetsov, donde uno de los mariscales, probablemente Koniev, propuso por primera vez ascender a Stalin a generalísimo de la URSS. El Vozhd desechó la sugerencia, pero luego dijo que ya tenía sesenta y siete años y que ya estaba cansado:

—Trabajaré dos o tres años más, y entonces tendré que retirarme.

Los miembros del Politburó y los mariscales gritaron al unísono que todavía le quedaban muchos años de vida para gobernar el país. Durante la celebración se bebió mucho. Stalin se rió a carcajadas cuando Poskrebishev sacó el estoque ceremonial que llevaba Vishinski al cinto de su uniforme de diplomático y lo sustituyó por un pepinillo. Para diversión del Vozhd y de los demás jerarcas, el pomposo ex fiscal general fue pavoneándose por el salón durante el resto de la velada sin darse cuenta de lo que llevaba en la vaina.

Esa noche, durante el banquete ofrecido a 2.500 oficiales, Stalin, que ya estaba estudiando la posibilidad de endurecer la disciplina y hacer más sólida

la Unión de Repúblicas, brindó por «el pueblo ruso...» y los «tornillos», la gente sencilla, «sin los cuales, los mariscales y los comandantes de los frentes y ejércitos ... no tendrían valor alguno».

En esos brindis, llenos de frases cuidadosamente calculadas, Stalin estableció un indicador para sus cortesanos. Los mariscales no tenían «valor alguno» comparados con el pueblo ruso, al que únicamente el Partido (Stalin) podía representar. Las palabras que dijo acerca de su jubilación desencadenarían una lucha despiadada entre unos hombres sin escrúpulos para erigirse en sucesores de aquel emperador del siglo XX que no tenía la menor intención de retirarse nunca. En menos de cinco años, tres de los pretendientes morirían.[2]

La propuesta de Koniev a Molotov y Malenkov de que ascendieran a Stalin al grado de generalísimo para diferenciarlo de los mariscales no era totalmente descabellada —Surovov había ostentado ese título—, aunque ya estaba teñida de connotaciones de «junta» suramericana. Stalin era contrario a esa idea. Poseía todo el prestigio de un conquistador mundial, era «una divinidad ... un hombre enano y desgarbado que atravesaba salones imperiales llenos de dorados y mármoles», pero los jerarcas estaban decididos a honrarlo concediéndole el título de Héroe de la Unión Soviética, otra Orden de la Victoria, y el rango de generalísimo.

—El camarada Stalin no lo necesita —diría él mismo a Koniev—. El camarada Stalin tiene autoridad sin necesidad de llevarlo. ¡Menudo título se te ha ocurrido! Jiang Jieshi es generalísimo, Franco es generalísimo. ¡Buena compañía me has buscado!

Kaganovich, el orgulloso inventor del «estalinismo», también propuso que se rebautizara la ciudad de Moscú con el nombre de Stalinodar, una idea que ya se le había ocurrido a Yezhov en 1938. Beria la secundó. Pero lo único que consiguieron fue «ofender» al Vozhd.

—¿Para qué lo necesito? —exclamó.

El cortesano sabio intuye cuándo su maestro desea secretamente ser desobedecido. Malenkov y Beria hicieron que Kalinin firmara el decreto. Tres días después del desfile, *Pravda* anunciaba el nuevo título de Stalin y las condecoraciones que le habían sido concedidas. El Vozhd estaba furibundo y mandó llamar a Molotov, Malenkov, Beria, Zhdanov y al anciano Kalinin, ya muy enfermo del cáncer de estómago que sufría.

—No he encabezado ningún regimiento en el campo de batalla ... Rechazo la medalla, pues creo no merecerla —fueron sus palabras.

Sus camaradas insistieron, pero el dictador replicó:

—Decid lo que queráis. No aceptaré ninguna condecoración.

Pero todos se dieron cuenta de que aceptaba de buen grado el título de generalísimo.

Como los mariscales parecían más bien árboles de Navidad con tantos galones y medallas, era necesario que el uniforme del generalísimo destacara por

encima de todos ellos: el sastre de la élite, Lerner, diseñó una creación totalmente estrafalaria llena de adornos de oro y complementada con un capotillo dorado. Jrulev hizo vestir a tres fornidos oficiales con aquellos arreos de gala dignos del mismísimo Göring. Cuando Stalin salió un momento de su despacho para ir a ver a Poskrebishev y los vio, exclamó refunfuñando:

—¿Quiénes son ésos? ¿Qué hacen aquí esos pavos reales?

—Son tres ejemplos del uniforme de generalísimo.

—No son adecuados para mí. Yo necesito algo más sencillo... ¿No querrás que parezca el portero de un hotel?

Al final el Vozhd aceptó una guerrera de cuello alto blanca y dorada y unos pantalones negros con raya roja que le daban el aspecto de un director de banda de música, o incluso el de un portero de lujo de un edificio de Park Avenue en Nueva York. Cuando se lo puso por primera vez, se lamentó y susurró a Molotov:

—¿Por qué diablos lo acepté?

Malenkov y Beria se quedaron colgados con la medalla: ¿Cómo conseguir que Stalin la aceptara? En este punto la corte de Stalin se convierte en una farsa propia de una opera bufa en la que el huraño generalísimo se ve prácticamente perseguido por todo Moscú por sus cortesanos intentando colgar la medalla de su pecho. Primero Malenkov accedió a intentar ponérsela, pero Stalin no le hizo caso. Luego sería Poskrebishev el encargado de la misión, pero al final cedió en su empeño ante la enérgica negativa del Vozhd. Beria y Malenkov lo intentaron a través de Vlasik, pero éste tampoco logró el objetivo. Entonces decidieron que lo mejor era coger por sorpresa a Stalin y ofrecerle la condecoración cuando estuviera arreglando su jardín, pues adoraba los rosales y los limoneros que cultivaba. Para ello convencieron a Orlov, el comandante al mando de la brigada de Kuntsevo. Cuando Stalin pidió que le trajeran las tijeras de podar para arreglar los rosales, Orlov se las trajo, pero ocultó la estrella detrás de su espalda, sin saber qué hacer.

—¿Qué escondes? —preguntó el dictador—. Déjame ver...

Orlov le enseñó la estrella, y Stalin empezó a renegar.

—¡Devuélvesela a los que han tenido semejante ocurrencia! —farfulló.

Por fin, en 1950, aceptó la condecoración.

—Sois condescendientes con un anciano. ¡Esto no va a redundar en beneficio de mi salud! —comentó.

El Vozhd nunca se puso la medalla. Stalin no aceptó el título de generalísimo sólo para unirse al selecto club de Franco y compañía. La vanidad, en su caso, se unía a la política: le servía para mantener a raya el peligroso prestigio del mariscalato. El 9 de julio diluyó todavía más el honor de ese grupo de militares ascendiendo a Beria, el flagelo de los altos oficiales, al rango de mariscal, equiparándolo así a Zhukov o a Vasilevski.

El buen humor del vencedor, sin embargo, podía resultar escalofriante.

Cuando Stalin veía al comisario de Construcciones Navales, Nosenko, solía decir en tono irónico:

—¿Todavía no te han detenido?

La próxima vez que lo vio, le espetó:

—Nosenko, ¿todavía no te han fusilado?

Nosenko sonreía siempre con cierto nerviosismo. Al final, durante una reunión conmemorativa del Sovnarkom, el Vozhd declaró:

—Creíamos en la victoria y... nunca perdimos nuestro sentido el humor. ¿No es así, camarada Nosenko?[3]

* * *

Una semana más tarde, Stalin, quien, según Gromiko, «siempre parecía cansado» por aquel entonces, montó en su tren blindado de once vagones para viajar a Potsdam: el Vozhd viajó en cuatro vagones de color verde del tren del zar sacados de algún museo, a lo largo de 1.923 km exactamente, según Beria, que probablemente organizó las medidas de seguridad más estrictas que se hayan tomado nunca para el desplazamiento de un alto dignatario. «Para proporcionar unas medidas de seguridad adecuadas —escribió el jefe de seguridad a Stalin el 2 de julio de aquel año— se han colocado 1.515 agentes del personal operativo de NKVD y del NKGB y 17.409 soldados del NKVD en el orden siguiente: en los territorios de la URSS, seis hombres por kilómetro; en suelo polaco, diez hombres por kilómetro; en territorio alemán, quince hombres por kilómetro. Aparte de esto, a lo largo de la ruta que seguirá el convoy, habrá ocho trenes blindados que realizarán funciones de patrullaje: dos en la URSS, dos en Polonia y cuatro en Alemania». «Para garantizar la seguridad del jefe de la delegación soviética» había siete regimientos del NKVD y una escolta de 900 guardaespaldas. De la seguridad interna «se encargará el personal operativo del VI Departamento del NKGB», dispuesto «en tres círculos de seguridad concéntricos, lo que arroja un total de 2.041 agentes del NKVD. Dieciséis compañías de las fuerzas del NKVD tenían como misión exclusiva la vigilancia de las líneas telefónicas del Vozhd, mientras que once aviones proporcionaban conexión directa con Moscú. En caso de urgencia, los tres aviones de Stalin, entre ellos un Dakota, estaban preparados para despegar. La policía secreta tenía como misión «garantizar el orden y llevar a cabo las purgas necesarias de los elementos antisoviéticos» en todas las estaciones de ferrocarril y terminales aéreas.*

* El NKVD había reparado todo el sistema eléctrico de Babelsberg y, como ocurrió en Yalta, llevó incluso a su propio cuerpo de bomberos. Además, Stalin dispuso de un «almacén organizado de provisiones, con 20 frigoríficos ... y tres granjas: una granja de ganado vacuno, otra de aves de corral y una tercera de productos agrícolas», así como de «dos panaderías especiales dirigidas por personas de confianza, capaces de fabricar 850 kg de pan al día».

La noche anterior a su llegada a Potsdam, Stalin llamó a Zhukov.

—Ni se te ocurra recibirnos con banda de música y guardia de honor —dijo el Vozhd—. Ven tú personalmente a la estación y trae contigo a quien consideres necesario.

A las 5.30 de la madrugada del 16 de julio, día de la llegada del generalísimo, Estados Unidos probó en Nuevo México una bomba nuclear que lo cambiaría todo y que, de algún modo, aguaría la fiesta del triunfo de Stalin. La noticia fue telegrafiada a Harry S. Truman, que había sucedido a Roosevelt en la presidencia estadounidense, con el eufemismo del siglo:

«El parto se ha producido satisfactoriamente».

Stalin y Molotov, acompañados de Poskrebishev, Vlasik y Valechka, llegaron a la estación y se encontraron con un andén prácticamente vacío, si exceptuamos a Zhukov, Vishinski y una mesa con tres teléfonos conectados con el Kremlin y los ejércitos. El Vozhd, «de excelente humor», se quitó el sombrero y montó en la limusina blindada ZiS 101 que lo esperaba, pero entonces abrió la portezuela e invitó a Zhukov a acompañarlo hasta su residencia de Babelsberg, «un palacete de piedra de dos pisos» con «quince habitaciones y una terraza descubierta —según palabras de Beria— provista de una instalación eléctrica adecuada, un buen sistema de calefacción y una centralita telefónica con Vhf para 100 números». Había sido la residencia de Ludendorff. A Stalin le disgustó sobremanera el mobiliario extravagante que decoraba la casa y ordenó retirar buena parte de los muebles, como otrora había hecho en su piso del Kremlin.

El generalísimo llegaba tarde a la conferencia, pero eso importaba poco: las grandes decisiones ya habían sido tomadas en Yalta. Los otros líderes habían llegado el día 15 y estaban efectuando una visita a la Cancillería de Hitler. Beria, que, acompañado de su hijo Sergo, se había adelantado a Berlín para supervisar todos los preparativos, deseaba ver las ruinas del emblemático edificio, pero esperó dócilmente a pedir su autorización a Stalin. El Vozhd no quiso ir, pues no deseaba dedicarse a hacer turismo. Así, pues, Beria, enfundado en un traje muy holgado y una camisa de cuello abierto, se fue solo con el inmaculado Molotov.

Al mediodía del jueves 17 de julio, Stalin, resplandeciente en su uniforme beige de generalísimo, llegó a la «pequeña Casa Blanca» de Truman para celebrar la primera reunión. El nuevo presidente americano no dijo nada acerca del tema principal de la conferencia. Sergo Beria escribe que su padre, informado por los espías infiltrados en el proyecto nuclear estadounidense, dio la noticia a Stalin en el transcurso de esa misma semana: «Entonces no supe nada; al menos por los americanos no supe nada», diría el Vozhd más tarde. Beria ya le había informado con anterioridad, en marzo de 1942, acerca del proyecto Manhattan.

—Debemos ponernos manos a la obra —comentó el dictador en aquella ocasión, poniendo a Molotov al frente de la empresa.

Pero, con «Culo de Hierro», el proyecto avanzaba con una lentitud insoportable. Por fin, en septiembre de 1944, la máxima autoridad científica rusa en materia nuclear, el profesor Igor Kurchatov, se dirigió por escrito a Stalin para solicitar la sustitución de Molotov, más aplicado que brillante, por Beria. Stalin prácticamente no tenía ni idea de la importancia que llegaría a tener en el mundo la fisión nuclear, ni de los numerosos recursos que semejante empresa requería. El Vozhd y Beria desconfiaban de sus propios científicos y espías. No obstante, ambos eran conscientes de la apremiante necesidad de disponer de uranio, y en un par de ocasiones durante la conferencia discutieron sobre cuál debía ser su reacción ante la postura de los americanos.* Acordaron que el Vozhd debía «hacerse el sueco» cuando se hablara de la cuestión. Pero Truman no dijo ni palabra sobre el tema. Los dos líderes hablaron acerca de la entrada de Rusia en la guerra contra Japón, y el norteamericano pidió al soviético que se quedara a almorzar, invitación que Stalin rechazó.

—Si quisiera, se quedaría —insistió Truman.

El Vozhd al final se quedó, muy poco impresionado por el mercero de Misuri que, a su juicio, no era un sustituto digno de Roosevelt: «No había ni punto de comparación», diría posteriormente. «Truman no tiene ni cultura ni inteligencia.» En cambio, el presidente norteamericano quedó encantado con él: «¡Me gusta Stalin!», diría, aunque, de forma reveladora, le recordaba a su mecenas, T. J. Pendergast, el jefe de la maquinaria política de Kansas City.

Stalin, cada día más preocupado por el aspecto de su vestimenta, se cambió de uniforme y se puso el deslumbrante traje blanco y oro de generalísimo adornado únicamente con la estrella de oro de Héroe de la Unión Soviética, y llegó el último a la primera sesión que se celebró en el palacio de Cecilienhof, construido en 1917 para el príncipe heredero, menospreciando la grandiosidad prusiana del edificio:

—Humm... No vale gran cosa... —murmuró a Gromiko—. Muy modesto. Los zares rusos supieron construir palacios mucho más sólidos.

En el transcurso de la conferencia, el Vozhd se sentó entre Molotov y su intérprete, Pavlov, flanqueado por Vishinski y Gromiko. Se llevaron a la sala unas copas de champán para brindar por el éxito del encuentro. Churchill, que fumaba uno de sus clásicos puros, se acercó a Stalin, que también fumaba un puro propio del dignatario británico. Si alguien fotografiara al generalísimo con un puro, «causaría una gran sensación», bromeó el inglés, «todo el

* Beria también había procurado para su país la máxima cantidad posible de uranio en una operación especial llevada a cabo entre las ruinas de Berlín: él y Malenkov informaron a Stalin del hallazgo de «250 kg de uranio metálico, dos toneladas de óxido de uranio y veinte litros de agua pesada» en el Instituto Káiser Guillermo, de haber reunido a diversos científicos alemanes clave, y de haber enviado todo ese valioso tesoro a la URSS. Roy Medvedev, en su obra *Neizvestnye Stalin*, afirma que Beria no informó a Stalin del ensayo nuclear americano hasta el 20 o el 21 de agosto, pero desconocemos realmente la fecha exacta.

mundo diría que se debe a mi influencia». En realidad, la influencia británica se había visto muy mermada en el nuevo orden mundial de las superpotencias, en el que éstas se pondrían de acuerdo respecto a la desnazificación de Alemania, pero no en lo concerniente a las compensaciones de guerra ni a la cuestión de Polonia. Hitler había desaparecido, y la situación había cambiado totalmente.

Cuando Stalin decidió salir a estirar las piernas por los jardines después de una sesión, uno de los delegados británicos quedó estupefacto al ver «un pelotón de soldados rusos armados con ametralladoras en formación de escaramuza, seguido de un grupo de guardaespaldas y algunos soldados del NKVD. Al final apareció el "tío Pepe" paseando, rodeado de sus gorilas habituales y seguido de una segunda cortina de soldados dispuestos a repeler cualquier tipo de ataque. El descomunal oficial que siempre se sentaba detrás del tío Pepe en las reuniones estaba, al parecer, al mando de las operaciones, y se movía de un lado a otro, indicando a los soldados armados que cubrieran todos los senderos». Después de andar unos cientos de metros, apareció el automóvil de Stalin para recoger al Vozhd.

A las ocho y media de la tarde del día 18, Churchill cenó en el palacete de Ludendorff, donde se dio cuenta de que el generalísimo estaba enfermo, «oprimido físicamente». Mientras fumaban juntos sendos puros, los dos dirigentes hablaron del poder y de la muerte. Stalin reconoció que la monarquía mantenía cohesionado al Imperio Británico, pensando acaso en cómo iba a poder mantener unido al suyo.* Demostrando sus escasas aptitudes de analista político, predijo que Churchill ganaría las elecciones por ochenta escaños. Luego comentó que en Occidente muchos se preguntaban qué iba a ocurrir cuando él muriera, pero dijo que lo había dejado «todo atado, y bien atado». Se había encargado de promocionar a «individuos preparados, listos para tomar» su relevo.

Por último, el 24 de julio, tuvieron lugar dos momentos de excepcional importancia que simbolizaron el final inminente de la Gran Alianza. Primero Churchill arremetió contra Stalin por haber sellado las fronteras de Europa Oriental, citando las dificultades que había tenido la misión británica en Bucarest:

—Se ha levantado una cerca de acero alrededor de esos países —dijo el primer ministro inglés, ensayando un término que daría lugar a la famosa expresión «telón de acero».

—¡Eso son cuentos! —exclamó Stalin.[4]

* Stalin fue un regicida que siempre se comparó con los monarcas: incluso bromeó a propósito de ese tema con unos visitantes yugoslavos —«Quizá Molotov y yo deberíamos casarnos con princesas»—, una perspectiva que sin lugar a dudas tuvo que aterrorizar a todas las familias de la nobleza europea. No tuvo ningún reparo en utilizar a las monarquías cuando le convino, insistiendo ante Tito en la necesidad apremiante de restaurar al joven rey de Yugoslavia: «Siempre puedes clavarle un puñal por la espalda cuando nadie mire».

La reunión se dio por concluida a las siete y media de la tarde. El generalísimo fue el primero en abandonar la sala, y dio la impresión de que Truman salía corriendo detrás de él. Pavlov, el intérprete, estaba situado estratégicamente al lado de Stalin. Churchill, que había comentado ese asunto civil con el presidente norteamericano, observó atónito cómo Truman abordaba al generalísimo «como el que no quiere la cosa», según palabras del Vozhd.

—Estados Unidos —dijo Truman— ha probado una nueva bomba de un poder destructivo extraordinario.

Pavlov se quedó mirando detenidamente a Stalin: «No se movió ni un músculo de su rostro». Simplemente se limitó a decir que estaba encantado de oír esa noticia y exclamó:

—¡Una nueva bomba! ¡De un poder extraordinario! ¡Y probablemente será decisiva para la guerra contra Japón! ¡Menuda suerte!

Stalin seguía el plan acordado con Beria en el sentido de no dar ninguna satisfacción a los americanos, pero continuaba pensando que los yanquis estaban jugando su baza: «Una bomba atómica es un arma absolutamente nueva, y Truman no dijo exactamente eso». También advirtió el regocijo en el rostro del primer ministro británico: Truman «no hablaba a espaldas de Churchill».

De vuelta en el palacete de Ludendorff, el Vozhd, acompañado de Zhukov y Gromiko, contó inmediatamente a Molotov la conversación que había mantenido. Pero sabía que, al menos por ahora, los americanos sólo poseían una o dos bombas: estaba a tiempo de alcanzarlos.

—Están subiendo su precio —dijo Molotov, que por entonces estaba al cargo del proyecto nuclear.

—¡Déjalos! —exclamó Stalin—. Tenemos que hablar del tema con Kurchatov y hacer que se dé prisa.

El profesor Kurchatov comentó a Stalin que carecía de energía eléctrica y que no tenía tractores. El Vozhd ordenó inmediatamente dejar sin energía eléctrica a diversas zonas densamente pobladas y puso a disposición del científico dos divisiones de carros blindados para que fueran utilizados como tractores. La importancia revolucionaria de la bomba seguía creciendo cuando la primera fue lanzada sobre Hiroshima. Stalin empezó a darse cuenta de la envergadura de los recursos necesarios para el proyecto.

El Vozhd convocó entonces una reunión con Molotov y Gromiko en la que se expresó en los siguientes términos:

—Nuestros aliados nos han informado de que Estados Unidos posee una nueva arma. Hablé con el profesor Kurchatov inmediatamente después de que Truman me lo comunicara. La verdadera cuestión es la siguiente: ¿Deben los países que tienen en sus manos la bomba atómica competir unos con otros o ... deben encontrar una solución que comporte la prohibición de su producción y utilización?

Intuía que Estados Unidos y Gran Bretaña «esperan que no seamos capa-

ces de desarrollar la bomba por nuestra cuenta durante un tiempo...» y «quieren obligarnos a acatar sus planes. Pues bien, eso no será así». Puso verdes a esos dos países, utilizando unas palabras que Gromiko calificaría de «groseras», y luego preguntó al diplomático si los Aliados se sentían satisfechos con todos los acuerdos alcanzados.

—Churchill se siente tan encantado con nuestras agentes de tráfico y sus espléndidos uniformes, que dejó caer la ceniza de su puro por todo su traje —contestó Gromiko.

Stalin sonrió lleno de satisfacción.

A la mañana siguiente, Churchill y el líder laborista, Clement Attlee, emprendieron el vuelo de regreso hacia Londres, donde se enteraron de que el gran caudillo británico de la guerra había sufrido una derrota contundente en las elecciones generales, hecho que venía a marcar el fin del triunvirato de Teherán y de Yalta. Stalin sentía una predilección especial por Roosevelt, pero admiraba muchísimo a Churchill: «Un político extremadamente capaz y astuto —diría recordándolo en 1950—. Durante los años de la guerra, se comportó como todo un caballero y realizó numerosos logros. Fue el personaje más enérgico del mundo capitalista».

Durante ese intervalo, Stalin mantuvo un encuentro con su hijo Vasili, por aquel entonces destinado en Alemania, quien le informó de que los aviones soviéticos seguían siendo inferiores a los americanos, y además muy peligrosos. Las palabras de Vasili probablemente no tuvieran mala intención, pero el Vozhd siempre supo utilizarlas de forma devastadora. El día 25, a la hora del almuerzo, Stalin se reunió con un biznieto de la reina Victoria, primo de Nicolás II, y comandante supremo de las Fuerzas Aliadas en el sureste asiático, el vigoroso almirante lord Louis Mountbatten, que no dudó en lisonjear al dirigente soviético, diciéndole que había modificado su viaje de vuelta a Gran Bretaña desde la India «especialmente para reunirme con el generalísimo», pues hacía mucho tiempo que era «un admirador de los logros alcanzados por el generalísimo, no sólo en tiempos de guerra, sino también en tiempos de paz».

Stalin contestó que siempre había intentado hacer las cosas lo mejor que sabía, que «no todo» se había «hecho bien», y que, en cualquier caso, era el pueblo ruso «quien había alcanzado esos logros».

El verdadero motivo de la visita de Mountbatten era conseguir una invitación para visitar Rusia, país donde estaba convencido de que se apreciaría su parentesco con los Romanov, y contó que de pequeño había realizado varias visitas al zar, «de tres o cuatro semanas cada una».

Stalin, haciendo alarde de su peculiar sentido del humor, preguntó al británico con una sonrisa condescendiente si «hacía mucho tiempo que había visitado el país», añadiendo que Mounbatten «encontraría que todo había cambiado considerablemente». El aristócrata solicitó repetidas veces que se le ofreciera una invitación y volvió a poner de relieve su parentesco con la fami-

lia imperial, método a través del cual esperaba impresionar al Vozhd. «Pero fue al contrario», dice Lunghi, el intérprete de Mountbatten; «la reunión resultó bochornosa, pues la reacción de Stalin fue de total indiferencia. No le ofreció ninguna invitación. Mountbatten se fue de allí con el rabo entre las piernas».*

La conferencia de Potsdam acabaría en un callejón sin salida, en medio de un ambiente afable, que iría enfriándose progresivamente: Stalin controlaba la Europa Oriental, pero Truman tenía la bomba atómica. Antes de su partida el 2 de agosto, el generalísimo ya se había dado cuenta de que la nueva arma iba a exigir un esfuerzo colosal y la actuación de su capataz más enérgico. Destituyó a Molotov y encargó a Beria la creación de la bomba atómica soviética. Sergo Beria vio que su padre «tomaba notas en una hoja de papel ... mientras organizaba la futura comisión y seleccionaba a los miembros que habían de integrarla». Beria incluyó en su lista, entre otros, a Malenkov.

—¿Qué necesidad tienes de incluir a ésos en la lista? —preguntó Sergo a su padre.

—Prefiero tenerlos dentro. Si se quedan al margen, se dedicarán a poner todo tipo de trabas.

Aquél sería el punto culminante de la carrera de Beria.

* Probablemente ése sea el motivo de que esta anécdota no aparezca en ninguna de las biografías de Mountbatten, y se cite aquí por primera vez. Estoy profundamente agradecido a Hugh Lunghi tanto por haberme concedido una entrevista y darme su versión de este episodio, como por el generoso obsequio de sus actas oficiales inéditas.

45

Beria: potentado, marido, padre, amante, asesino y violador

El 6 de agosto de 1945, los americanos lanzaron la bomba atómica sobre Hiroshima. Stalin que no quería perderse ni uno solo de los despojos de la guerra, iba a enviar a sus ejércitos contra Japón, pero la destrucción de Hiroshima tuvo un impacto mucho más contundente que las advertencias de Truman. Svetlana visitó Kuntsevo aquel día:

—Todo el mundo estaba muy ocupado y nadie me hizo caso —comentó disgustada.

—La guerra es una barbaridad —sentenció Stalin—, pero el empleo de la bomba atómica es una superbarbaridad. Y no había necesidad de usarla. ¡Japón ya estaba condenado! —No le cabía duda de que lo de Hiroshima iba dirigido contra él—: el chantaje con la bomba atómica es la política americana.

Al día siguiente, Stalin celebró diversas reuniones en Kuntsevo con Beria y los científicos:

—Hiroshima ha conmovido al mundo entero. El equilibrio se ha roto —les dijo—. Eso no puede ser.

Stalin se dio cuenta entonces de que el proyecto era la cosa más importante en ese momento. La operación llevaba el nombre cifrado de «Tarea Número Uno», y sería elaborada «a escala rusa» por el «Comité Especial» de Beria, que funcionaba como una especie de «Politburó atómico». A los científicos había que halagarlos y amenazarlos. Los premios y los lujos adquirían una importancia vital: «Es perfectamente posible que varios miles de personas vivan muy bien ... o incluso mejor que bien». A Stalin le «aburría» la ciencia, pero trataba a Kurchatov con amabilidad: «El que no llora, no mama. Pide lo que quieras. No se te negará nada».[1]

Beria se lanzó a trabajar en la Tarea Número Uno como si su vida dependiera de ello. El proyecto tenía una escala verdaderamente soviética, pues Beria dirigía entre 330.000 y 460.000 personas, y a 10.000 técnicos. Beria era un excelente empresario del terror, capaz de decir a uno de sus directivos:

—Eres un buen trabajador, pero si hubieras estado metido seis años en un campo de concentración, trabajarías todavía mejor.

Controlaba a sus científicos en las *sharashki*, cárceles especiales para técnicos especializados, descritas por Solzhenitsin en *El primer círculo*: cuando un experto comentó que trabajaría mejor si estuviera libre, Beria contestó con sorna:

—Desde luego. Pero sería muy peligroso. El tráfico en las calles es tremendo y podrían atropellarte.

Al mismo tiempo, podía ser muy «zalamero», y un día preguntó con un tono encantador al físico Andrei Sajarov:

—¿Hay algo que desees pedirme?.

Cuando saludaba a alguien, sus manos «fofas, húmedas y de una frialdad cadavérica», le recordaban a Sajarov a la mismísima muerte: «¡No te olvides que en nuestras cárceles hay muchísimo sitio libre». Su nombre bastaba para aterrorizar a cualquiera: «Un simple comentario, como por ejemplo "Es orden de Beria", resultaba infalible», recuerda Mikoyan. Cuando llamaba a Vishinski, éste «saltaba de su silla respetuosamente» y «se inclinaba como un criado delante de su amo».

La Tarea Número Uno, como todos los proyectos de Beria, funcionó «con tanta suavidad y seguridad como un reloj suizo». Kurchatov consideraba a Beria un hombre de una «energía insólita». Pero también era capaz de ganarse la lealtad de los científicos dispensándoles su protección, sin dudar en apelar a Stalin, que era de su misma opinión:

—Déjalos en paz. Siempre podemos fusilarlos más tarde.

Una brutalidad mefistofélica, una precisión suiza y una energía inagotable constituían las características propias de Beria, que era «increíblemente listo ... un hombre poco común y también un gran criminal».

Beria fue uno de los pocos estalinistas que entendieron instintivamente el dinamismo de los americanos: cuando Sajarov preguntó por qué los proyectos rusos estaban «tan por detrás de los de Estados Unidos», sólo Beria sería capaz de responder como lo habría hecho un directivo de la IBM:

—Nos falta Investigación y Desarrollo.

Pero las complejidades científicas dejaban absolutamente pasmados a Beria y a su principal gestor, Vannikov, el antiguo máximo dirigente de armamentos. «Cuando hablan, yo me quedo boquiabierto», reconocía Vannikov. «Las palabras que dicen suenan a ruso, pero no las he oído nunca». En cuanto a Beria, un científico dijo en cierta ocasión a Sajarov en tono de broma: «Hasta Lavrenti Pavlovich sabe lo que son los protones». La solución que daba a semejante situación era la arrogancia altanera y las amenazas:

—¡Si esto es un caso de desinformación, te meto en una mazmorra!

La mezcla de porrazos de Beria y protones de Kurchatov dio lugar a algunas peleas sonadas. En noviembre de 1945, Piotr Kapitsa, uno de los científicos soviéticos más brillantes, se quejó a Stalin de que Beria y los otros se com-

portaban «como superhombres». Kapitsa le contó la siguiente discusión que había tenido con Beria: «Le dije directamente: "Tú no tienes ni idea de física"». Beria «contestó que yo no tenía ni idea de las personas». Beria llevaba «la batuta», pero el director de orquesta «no debe sólo mover la batuta, sino que tiene que saber leer también la partitura». Beria no tenía ni idea de ciencia. Kapitsa sugería que se pusiera a estudiar física y acababa su carta con un comentario agudo: «Deseo que el camarada Beria tenga conocimiento de esta carta, pues no se trata de una denuncia, sino de una crítica constructiva. Yo mismo le habría dicho todo esto a la cara, pero cuesta muchísimo trabajo conseguir una cita con él». Stalin dijo a Beria que debía llevarse bien con los científicos. Beria mandó llamar a Kapitsa, que sorprendentemente se negó a ir a su despacho: «Si quieres hablar conmigo —le mandó decir—, ven al Instituto».

Beria se tragó el sapo y cogió una escopeta de caza como regalo de pacificación. Pero Kapitsa se negó a seguir colaborando. Stalin mientras tanto le escribió la siguiente nota:

«He recibido todas tus cartas ... Tienen mucho de instructivo y estoy pensando en ir a verte algún día...»

Pero nunca fue.[2]

* * *

Beria estaba en el centro no sólo del mundo político de Stalin, sino también en el de su ámbito privado. Las familias de uno y otro se habían fundido por aquel entonces en una especie de alianza dinástica georgiana. Svetlana, dolida todavía por el final de su primera aventura amorosa con Kapler, pasaba mucho tiempo en las casas de Beria en compañía de la esposa de éste, Nina, un mujer rubia y hermosa (aunque tenía las piernas gruesas), a la vez que una científica cualificada, perteneciente a una familia aristocrática que había sabido además convertirse en un ama de casa georgiana tradicional. Stalin seguía tratándola de forma paternal, aunque ya hubiera empezado a detestar a Beria. «Stalin pidió a Nina que vigilara a Svetlana, ya que ésta no tenía madre», dice la nuera de Beria.

A Beria lo volvían loco las mujeres atléticas, y andaba siempre acechando los vestuarios de las nadadoras soviéticas y de las jugadoras de baloncesto. La propia Nina era una especie de amazona, siempre haciendo ejercicio, jugando al tenis con los guardaespaldas, o montando en bicicleta en un tándem. Como muchos mujeriegos, Beria era un marido celoso y los guardaespaldas eran los únicos hombres que tenían permiso para acercarse a ella. Vivía con cierta elegancia: había dividido su gran mansión de la ciudad en despachos y estancias privadas por un lado, y aposentos para su mujer y el resto de la familia por otro. Nina y su hijo vivían principalmente en aquella dacha blanca «suntuosa e inmensa» de Sosnovka, cerca de Barvija, «de estilo modernista, con montones de

cristal y de piedra, objetos *art déco*, terraza y montones de guardaespaldas por todas partes», además de crías de oso y de zorro domesticadas.* En cualquier caso Nina había conseguido que la casa siguiera siendo «acogedora», y siempre estaba atestada de revistas y libros ingleses y alemanes. Para las vacaciones en el sur, Beria, que era un arquitecto experimentado, diseñó su dacha de Gagra, cerca de la de Stalin, que lo invitaba a la suya junto con Nina y muchas veces también con su hijo Sergo.

Al acabar la guerra, Beria, calvo y de cabeza redonda, con los labios gordezuelos y húmedos, y de ojos marrones y miopes, era un hombre «feo, fofo y de aspecto enfermizo, con un color grisáceo amarillento». La vida de los jerarcas estalinistas no era muy saludable. Nadie trabajaba más que Beria, que tenía «una energía sobrehumana», y que aún tenía tiempo para jugar cada fin de semana a voleibol con Nina y su equipo de guardaespaldas: «Aunque tuviera tan pocas condiciones, era sorprendentemente rápido de pies». Lo mismo que tantos otros predadores de seres humanos, Beria era vegetariano y comía «hierba» y platos georgianos, pero raramente carne. Pasaba en casa los fines de semana, se ejercitaba disparando su pistola en el jardín, veía alguna película en su propia sala de proyecciones, y luego se marchaba.

Vestido igual que un viticultor meridional, Beria odiaba los uniformes, y sólo se puso el de mariscal que le correspondía en 1945: habitualmente llevaba camisas polo, una chaqueta ligera, pantalones bombachos y un sombrero flexible. Beria era más listo, más tosco y más ambicioso que los demás jerarcas, y nunca pudo resistir la tentación de hacérselo saber a todos ellos. Se burlaba del aspecto físico de Jrushchov y de sus aficiones de mujeriego en los siguientes términos:

—Fijaos en Nikita. ¡A primera vista no parece gran cosa, pero es un rompecorazones!

Atormentaba a Andreyev criticando sus enfermedades, y a Voroshilov metiéndose con su estupidez. Se reía del aspecto fofo de Malenkov y decía de Kobulov que se vestía como Göring. Nadie olvidaba las cuchufletas de Beria. Nina tuvo que suplicarle que fuera más prudente: «Mi madre odiaba la forma que tenía de herir a la gente», diría su hijo. Sus propios cortesanos, que «lo idolatraban», se reunían con él, como haría actualmente cualquier grupo de directores de empresa, en el palco del estadio de fútbol del Dinamo de Moscú. Las grandes organizaciones tenían sus propios equipos de fútbol: el MVD de Beria tenía al Dinamo, y los sindicatos al Spartak. La rivalidad era tan fuerte en 1942 que Beria mandó detener a Nikolai Starostin, el entrenador del Spartak, con el que este equipo había cosechado grandes éxitos, y lo envió al destierro.

* Muchos líderes soviéticos tenían sus propios zoos o colecciones de fieras: Bujarin coleccionaba crías de oso y de zorro. Jrushchov tenía crías de zorro y cervatillos; Budionni, Mikoyan y Kaganovich tenían caballos.

Para un joven agente de la Cheka recibir una invitación para ver un partido en el palco de Beria significaba entrar en el círculo de sus privilegiados.

El inventario del contenido de su escritorio llevado a cabo más tarde, cuando fuera detenido, revela cuáles eran sus intereses: el poder, el terror y el sexo. En su despacho, Beria guardaba porras para torturar a la gente y la colección de ropa interior de mujer, juguetes sexuales y pornografía que parece que fuera obligatorio que tuvieran los jefes de la policía secreta. Se descubrió que guardaba once pares de medias de seda, once ligueros de seda, siete saltos de cama también de seda, conjuntos de ropas deportivas de mujer, trajes de lo que sería el equivalente de un equipo de animadoras soviéticas, blusas, pañuelos de seda, infinitas cartas de amor obscenas y «una gran cantidad de objetos propios de un libertino».

A pesar de la cantidad monumental de trabajo que llevaba a cabo, Beria todavía encontraba tiempo para llevar una vida sexual vampírica, en la que se mezclaban el amor, la violación y la perversión en dosis casi iguales. La guerra le había brindado la oportunidad de lanzarse a una vida de bandolerismo sexual más intensa y despiadada incluso que la de sus predecesores en el cargo. Los jefes de la policía secreta siempre habían sido unos grandes libertinos sexuales: la única que vigilaba a Beria era el Smersh; por lo demás, el comisario georgiano podía hacer lo que quisiera. En otro tiempo se creyó que lo de las seducciones y las violaciones de Beria eran simples exageraciones, pero la apertura de los archivos correspondientes a sus propios interrogatorios, así como las declaraciones de los testigos e incluso las de las víctimas de sus violaciones, han sacado a la luz a todo un depredador sexual, que utilizaba su poder para permitirse todo tipo de depravaciones de forma casi obsesiva. Con frecuencia resulta imposible diferenciar entre las mujeres a las que sedujo, después de acudir a él para pedir clemencia por sus seres queridos, y aquellas a las que simplemente secuestró y violó. No obstante, muchas madres inducían a sus hijas a que pidieran a cambio de sus favores limusinas y otros privilegios. Por otra parte, Beria podía ser también todo un caballero y tratar a algunas de sus amantes con tanta gentileza, que nunca fueron capaces de criticarlo, ni siquiera cuando fue denunciado como el Barba Azul soviético.*

Era habitual en Moscú verlo rondar por las calles en su Packard blindado o que enviara a sus guardaespaldas georgianos, los coroneles Sarkisov y Nadaraia, a buscar mujeres para él. Los coroneles no siempre estuvieron satisfechos

* El 17 de enero de 2003, la fiscalía rusa confirmó la existencia de cuarenta y siete volúmenes de documentos acerca de las actividades delictivas de Beria, reunidos a raíz de su detención después de la muerte de Stalin. Aunque el proceso que se le abrió fue puramente político, con acusaciones absolutamente inventadas, estos documentos confirman que decenas de mujeres lo acusaron de haberlas violado. Se concedió permiso a la cadena nacional de televisión RTR para que filmara la lista manuscrita de sus nombres y números de teléfono. Los archivos no volverán a abrirse hasta dentro de otros veinticinco años.

del papel que se les asignó; de hecho, Sarkisov llevaba un registro de las perversiones de Beria, para poder denunciarlo a Stalin. Las chicas solían ser llevadas a la casa de la ciudad, donde las aguardaban un banquete georgiano y grandes cantidades de vino, como en una caricatura de las novelas de caballería del Cáucaso. Uno de los coroneles regalaba siempre un ramo de flores a las muchachas cuando las conducía de vuelta a su casa. Si se resistían, lo más probable era que acabaran siendo detenidas. A la actriz Zoya Fiodorova fueron a buscarla los agentes de la Cheka mientras estaba amamantando todavía a su hijo. La llevaron a una fiesta, en la que ella era la única invitada, y no tardó en llegar Beria, al que suplicó que la dejara marchar, pues le dolían los pechos. «Beria se puso furioso». Cuando ya estaban en la puerta, el oficial encargado de acompañarla de vuelta a su domicilio le regaló equivocadamente un ramo de flores. Al verlo, Beria gritó:

—Es una corona fúnebre, no un ramo de flores. ¡Ojalá se pudran sobre tu sepultura!

La mujer fue detenida poco después.

Otra actriz cinematográfica Tatiana Okunevskaya tuvo todavía peor suerte: al acabar la guerra, Beria la invitó a actuar para el Politburó. Pero lo cierto es que se la llevó a su dacha. Le ofreció vino sin parar, «derramándolo prácticamente en mi regazo. Comía con avidez, cogiendo la comida con las manos, sin parar de hablar». A continuación «se quita la ropa, se tira por el suelo, echándome miradas lascivas, como un sapo feo y deforme. "No me importa si gritas o no —dijo—. Piénsatelo y actúa en consecuencia"». Beria la violó. La actriz fue además detenida poco después y condenada a un confinamiento solitario talando árboles en la taiga siberiana, donde se salvó, como tantos otros, gracias a la amabilidad de la gente sencilla.

Estas mujeres no son más que la punta de todo un iceberg de degeneración. La energía priápica de Beria era tan desaforada e infatigable como su instinto burocrático. «Cogí la sífilis durante la guerra, creo que en 1943, y me sometí a tratamiento», confesaría después. Una vez acabada la guerra, fueron Vlasik y Poskrebishev quienes, recordando a Bronka, contaron a Stalin lo de la sífilis. Las listas eran ya una obsesión del régimen estalinista, de modo que aquel adicto al sexo se vio obligado a llevar un registro de sus conquistas. Sus coroneles lo guardaban; algunos dicen que la lista constaba de treinta y nueve nombres, otros que de setenta y nueve. «La mayoría de esas mujeres eran mis amantes», admitiría. Beria ordenó a Sarkisov que destruyera la lista que había confeccionado, pero, aunque cumplió lo que le habían ordenado, como buen agente de la Cheka el coronel se guardó una copia, que luego utilizaría contra su amo...

Algunas amantes, como «Sophia» y «Maya», una estudiante del Instituto de Relaciones con el Exterior, cometieron la imprudencia de quedarse embarazadas. Una vez más, los coroneles Sarkisov y Nadaraia se vieron obligados a

disponer que se les practicara un aborto en el Departamento de Medicina del MVD; y cuando en una ocasión llegó a nacer un niño, los coroneles lo entregaron a un orfanato.*

Beria destacaba incluso entre los propios jerarcas: Stalin toleraba los pecadillos de sus potentados mientras políticamente fueran dignos de confianza. Durante la guerra, cuando fue informado del priapismo de Beria, que estaba al frente de la mitad de la economía del país, el Vozhd respondió con indulgencia:

—El camarada Beria está cansado y trabaja en exceso.

Pero cuando fue perdiendo la confianza en él, se volvió menos tolerante. Una vez, al enterarse de que Svetlana estaba en casa de Beria, corrió, presa del pánico, a llamarla por teléfono y le dijo que saliera de allí inmediatamente:

—No me fío de él.

No está claro si con ello estaba refiriéndose a su sexualidad o a su postura política. Cuando Beria comentó a Poskrebishev que su hija era tan guapa como su madre, el jefe de gabinete le dijo a la muchacha:

—No aceptes nunca un pasaje en el coche de Beria.

Un día la nuera de Voroshilov fue seguida durante todo el camino por el coche del vampiro georgiano cuando regresaba al Kremlin. La esposa de Klim estaba aterrorizada:

—¡Es Beria! ¡No digas nada! ¡No se lo cuentes a nadie!

Las esposas de los jerarcas lo odiaban.

—¿Cómo puedes trabajar con semejante individuo? —preguntó Ashken Mikoyan a su marido.

—Calla —respondió éste, pero Ashken no iba a ningún acto al que previera que pudiera asistir Beria.

—Di que tengo jaqueca —encargaba a su marido.

La esposa de Beria, Nina, contó a Svetlana y a otras amigas que era «terriblemente desgraciada. Lavrenti no está nunca en casa. Siempre estoy sola». Pero su nuera recuerda que su esposa «nunca dejó de amarlo». Sabía que tenía otras mujeres, «pero adoptó ante la situación una actitud tolerante típicamente georgiana». Cuando Beria iba a casa a pasar el fin de semana, Nina «estaba horas y horas haciéndose la manicura y maquillándose. Vivía en el piso de abajo, donde tenía su propia habitación, pero cuando él venía a casa, se trasladaba

* Hasta hoy día, los hijos ilegítimos de Beria son bien conocidos entre la población de Moscú y Tiflis: entre ellos cabe citar a un respetado miembro del parlamento georgiano y a una matrona soviética que se casó con el hijo de un miembro del Politburó de Brezhnev. Cuando acabó la guerra, Stalin transformó los comisariados del pueblo en ministerios, de modo que el NKVD y el NKGB se convirtieron en el MVD y el MGB. El Comité de Defensa del Estado, el GKO, fue abolido el 4 de septiembre de 1945. El Politburó se convirtió otra vez en el órgano supremo del Partido, aunque Stalin gobernaba en calidad de primer ministro, dejando la Secretaría del Partido en manos de Malenkov.

al piso de arriba y se acostaban juntos». Pasaban el rato «sentados cálidamente al amor del fuego, viendo alguna película del oeste, por lo general de vaqueros y bandidos mexicanos. Su favorita era *¡Viva Villa!*, sobre la figura de Pancho Villa. Hablaban cariñosamente en mingreliano». Nina nunca creyó en la enormidad de las fechorías atribuidas a su marido: «¿Cuándo habría podido encontrar tiempo Lavrenti para convertir en amantes suyas a esas hordas de mujeres? Se pasaba el día y la noche trabajando», por lo que prefería pensar que dichas mujeres habían sido «agentes secretas» suyas.[3]

* * *

Sergo Beria, a la sazón de veintiún años, que llevaba ese nombre en honor de Ordzhonikizhe, había asistido a la Escuela n.º 175 con Svetlana Stalin, Martha Peshkova, y la mayoría de los hijos de los miembros de la élite. Como padre, Beria estaba ausente la mayor parte del tiempo, pero se sentía enormemente orgulloso de Sergo. La suya era la típica relación formal entre un bolchevique y su hijo. «Cuando Sergo quería hablar con su padre —recuerda su esposa—, Lavrenti decía: "Ven a verme al despacho".» Al igual que Malenkov y la mayoría de los líderes, Beria estaba decidido a que su hijo no se dedicara a la política.

Como todos los padres del Politburó, animó al joven a convertirse en científico: el coronel Beria destacaría en el campo de la tecnología militar como jefe del Centro de Diseño de Misiles Número Uno. Sergo se había criado en el entorno de Stalin, de modo que Beria no pudo evitar que el generalísimo lo invitara a las conferencias celebradas durante la guerra.

Sergo era inteligente, culto y, según Martha Peshkova, el mejor amigo de Svetlana Stalin, «tan atractivo y apuesto que parecía un sueño; todas las chicas estaban enamoradas de él». En 1944, también Svetlana se enamoró de él, hecho que pasaría por alto tanto en sus memorias como en sus entrevistas. Cuando Sergo escribió sus memorias y contó lo sucedido, muchos historiadores prefirieron no darle crédito. Pero lo cierto es que Svetlana quiso casarse con él, ambición a la que la joven no renunció ni siquiera cuando Sergo contrajo matrimonio con otra. Durante la guerra, cuando el hijo de Beria se hallaba en Sverdlovsk, Svetlana hizo que su hermano la llevara en avión a verlo. Después del asunto de Kapler, aquel enamoramiento causó una gran preocupación en casa de los Beria:

—¿No te das cuenta de lo que estás haciendo? —dijo Nina a Svetlana—. Si tu padre se entera, arrancará a Sergo la piel a tiras.

Stalin quería que Svetlana se casara con el hijo de alguno de sus jerarcas, llegando a especificarle que podía elegir entre Yuri Zhdanov, Sergo Beria o Stepan Mikoyan. Pero semejante honor causaba espanto a Beria.

—Sería terrible —dijo Lavrenti a Mikoyan. Aunque Stalin hubiera mos-

trado interés por la idea, los dos sabían que en realidad habría «interpretado aquello como un intento de introducirte subrepticiamente en su familia», según le dijo al propio Sergo.

Svetlana estaba decidida a casarse con el joven, pero los Beria se opusieron firmemente a ello. Como llegaría a admitir indirectamente la hija de Stalin, «cuando era una niña quise casarme con alguien ... Pero sus padres no me aceptaron por ser yo quien era. Fue un golpe muy doloroso».[4]

Lo peor estaba por llegar. Martha Peshkova era por entonces «tan hermosa y lozana como una paloma, y parecía vivir «en una cálida y fragante nube de singular atracción». «Resultaba muy difícil —según recuerda Galina Djugashvili— tener a Martha de amiga.» La joven tenía un novio, Rem Merkulov, hijo del máximo dirigente del NKGB. Después de criarse cerca de Yagoda, es posible que Martha tuviera predilección por los principitos de la Cheka, pues algo más tarde se enamoró de Sergo Beria, con el que no tardaría en contraer matrimonio. Los Beria no dieron una gran boda: «No se estilaba en aquellos tiempos», dice Martha. Beria dijo a Sergo que Stalin no iba a aprobar que «emparentes con esa familia», refiriéndose a la de Gorki. Como era de prever, el Vozhd invitó a Sergo a Kuntsevo:

—Lo que es Gorki no estaba mal, ¡pero qué cantidad de antisoviéticos tenía a su alrededor! No caigas bajo la influencia de tu mujer —le advirtió, siempre receloso de las esposas de los demás.

—Pero a ella no le interesa la política —replicó el joven.

—Lo sé. Pero considero este enlace un acto de deslealtad por tu parte ... no hacia mí, sino hacia el estado soviético. ¿Te viste obligado por tu padre?

El Vozhd acusó a Beria de querer emparentar con la «intelectualidad oposicionista». Sergo, en cambio, echó la culpa a Svetlana de haberle presentado a Martha.

—Tú nunca le dijiste ni una palabra de ello a mi hija —replicó Stalin—. Ella misma me lo ha contado. —Y sonriendo a Sergo añadió—: No te extrañe, los viejos somos siempre muy picajosos ... En cuanto a Marfochka, la he visto crecer.

Martha se trasladó a vivir a la dacha de los Beria, donde llegó a conocer y a amar al hombre más infame de esta época.* Beria no pudo mostrarse más amable con ella: «Le tomé mucho cariño. Era muy alegre y divertido, siempre estaba cantando esa canción mexicana, "La Paloma", y contando anécdotas có-

* He tenido la suerte de que Martha Peshkova, la nieta de Gorki, la mejor amiga de Svetlana y la nuera de Beria, me dejara leer sus memorias, absolutamente singulares, y me presentara a la familia Gorki/Beria, entre otros a las nietas de Lavrenti Pavlovich (véase el Epílogo). Como regalo de bodas, Stalin dio a Sergo y a Martha una copia de *El caballero de la piel de tigre* de Rustaveli, que él mismo había editado en colaboración con el profesor Nutsibidze, con la siguiente dedicatoria, a medio camino entre la broma y la amenaza: «¡Más te valdría crear vínculos con la *intelligentsia* georgiana!».

micas de su vida», como cuando perdió la virginidad en Rumanía, mientras se enredaba en los voluminosos calzones de su amante. Afirmaba que, como a Hércules niño, lo habían encontrado a gatas en el jardín sujetando una serpiente entre sus manos. Los domingos, el único día que tenía de descanso, Beria y Nina dormían hasta tarde y luego jugaban con Martha y Sergo un partido de voleibol, ayudada cada pareja por sus guardaespaldas. Cuando Martha dio a Beria su primer nieto, «no pudo mostrarse más cariñoso, pasándose horas y horas al lado de la cuna mirando a la niña. Por las mañanas, hacía que lleváramos a la niña a la habitación que compartía con Nina, donde la sentaba entre los dos y le sonreía sin parar». Era tan indulgente con la criatura, que «le dejaba meter la mano en las tartas de cumpleaños».

Martha era mucho menos entusiasta respecto a Nina. Su suegra se convertía en una déspota en cuanto Beria se iba de casa. La madre de Sergo estaba muy sola y pronto Martha se dio cuenta de que vivía más con su suegra que con su mismo marido. La joven quiso independizarse y formar su propio hogar pero Nina le advirtió que «si vuelves a mencionar otra vez ese asunto vas a ver lo lejos que acabas de tus hijos».

Beria, dice Martha, era «la persona más inteligente de las que rodeaban a Stalin. En cierto modo, me da pena porque tuvo la mala suerte de estar allí en aquella época. En otro momento, habría sido un hombre muy distinto. Si hubiera nacido en América, se habría convertido en algo así como el presidente de la General Motors». Estaba segura de que nunca fue un verdadero comunista: en una ocasión la sorprendió diciendo lo siguiente mientras jugaba con su nieta: «¡A esta niña la educaremos en casa y luego irá a la Universidad de Oxford!». A ningún otro miembro del Politburó se le habría ocurrido decir nada semejante.[5]

* * *

Después de lo de Sergo, Svetlana contrajo de rebote un matrimonio absurdo. En el piso que tenía Vasili en la Casa del Malecón, conoció a Grisha Morozov, que durante la guerra había sido destinado a la policía de tráfico. «Surgió una amistad entre nosotros», recuerda Svetlana, pero «no estaba enamorada de él». Él, en cambio, sí que estaba enamorado de ella. Stalin tenía dudas respecto a Morozov, otro judío: después de lo de Kapler, empezaba a creer que los judíos deseaban introducirse de forma subrepticia en su familia. Pero Svetlana se sentía atraída por su efusividad y su cultura, de modo que Stalin se limitó a decir:

—Estamos en primavera ... Te quieres casar. ¡Vete al diablo y haz lo que quieras!

«Lo único que quería era salirme con la mía y superar su rechazo —explicaría Svetlana años más tarde—, así que nos casamos, pero en otras circuns-

tancias, no habría sido el hombre al que yo habría escogido. Mi primer marido fue una bellísima persona, y siempre me quiso.» No hubo ceremonia: simplemente se presentaron en el registro civil, donde el funcionario se limitó a mirar el pasaporte y decir:

—¿Lo sabe su papá?

Al convertirse en yerno de Stalin, Morozov «se transformó de repente en todo un personaje», dice Leonid Redens. La pareja tuvo enseguida a su primer hijo, un niño llamado Iosiv, por supuesto. Svetlana descubrió que no estaba preparada para el matrimonio: «Tenía un hijo y había cumplido apenas diecinueve años ... Mi joven marido también estaba estudiando. Teníamos a gente que se ocupaba del niño. Aborté tres veces y luego sufrí un aborto espontáneo que estuvo a punto de costarme la vida». Mientras tanto, Stalin se negó a conocer a Morozov.

Svetlana seguía enamorada de Sergo Beria. «Nunca me perdonó que me casara con él», dice Martha. Svetlana recordó a Sergo que su padre «se había puesto furioso» con su boda. Seguía yendo a visitar a Nina, que era para ella una especie de sucedáneo de madre. En una ocasión llegó a proponer que echaran a Martha, a la que habrían permitido que se llevara a la niña mayor, y que ella se fuera vivir con Sergo y con la niña pequeña. «Es igual que su padre —decía Mikoyan—, siempre acaba saliéndose con la suya.»

Sin embargo, también podía ser muy amable. Cuando quedó demostrado el heroísmo de Yakov durante su cautiverio en Alemania, su viuda, Julia, fue liberada, pero la pobre no tardó en comprobar que su hija, Galina, ya de siete años, apenas la conocía. Svetlana aceptó ocuparse de la niña y de pronto un día le anunció inesperadamente:

—¡Hoy vamos a ir a ver a mamá!

La niña, sin embargo, tenía miedo de aquella extraña, de modo que cada día, haciendo gala de una sensibilidad exquisita, Svetlana la llevaba a ver a su madre, hasta que poco a poco volvió a crearse un vínculo entre las dos. Todo ello tenía que hacerse en secreto, pues Galina estaba siendo criada por unas niñeras, y su madre permanecía relegada de la familia. Finalmente, la viuda de Yakov se decidió a escribir a Stalin: «Iosiv Vissarionovich, te ruego encarecidamente que no rechaces mi petición, pues me resulta muy difícil ver a Galina. Vivimos con la esperanza de verte y hablar de cosas que no puedo poner por carta. Nos gustaría que vieras a Galina...». Más tarde, siempre gracias a Svetlana, Stalin conocería a su primera nieta.[6]

46

Una noche en la vida nocturna de Iosiv Vissarionovich: tiranía de las películas y las cenas

Stalin, verdadero vencedor de la guerra, disfrutaba del prestigio de un conquistador mundial, pero la disparidad existente entre su poder político y su agotamiento personal hacía que se sintiera vulnerable.

El generalísimo y Molotov estaban satisfechos con los premios obtenidos, aunque éstos no los saciaran. Durante una cena, Stalin mandó a Poskrebishev que le trajera un nuevo mapa. Lo desplegaron sobre la mesa. Utilizando la pipa a modo de bastón de mando, Stalin fue pasando revista a su imperio:

—Veamos lo que tenemos: por el norte, todo está bien. Finlandia nos hizo mucho daño, así que hemos fijado la frontera todavía más lejos de Leningrado. Los países bálticos, que eran territorio ruso desde tiempos remotos, vuelven a ser nuestros. Todos los bielorrusos son ahora nuestros, lo mismo que los ucranianos, y los moldavos vuelven a estar con nosotros. Así, pues, por el oeste, todo bien.

Pero entonces miró hacia el este:

—¿Qué tenemos por aquí? Las islas Kuriles son nuestras y toda Sajalin... China, Mongolia, todo como debe ser. —La pipa Dunhill se desplazó hacia el sur—. Mira, esta frontera no me gusta nada. Los Dardanelos... También tenemos pretensiones sobre el territorio turco y sobre Libia.

Aquél podría haber sido el discurso de un zar ruso, y no precisamente el de un bolchevique georgiano. Molotov participaba en aquella sagrada misión: «Mi cometido como ministro de Asuntos Exteriores era ampliar las fronteras de la patria. Y parece que Stalin y yo lo conseguimos ... en gran medida. Sí, no me importaría recuperar Alaska», comentó en tono de broma. Pero Molotov entendía que no existía la menor contradicción entre el bolchevismo y el hecho de construir un imperio: «Menos mal que los zares rusos conquistaron tantas tierras para nosotros por medio de la guerra. Ello hace más fácil nuestra lucha contra el capitalismo».[1]

Pero los cortesanos de Stalin se dieron cuenta de que el triunfo se le había subido a la cabeza. «Se volvió engreído —diría Molotov—, rasgo no demasiado bueno en un hombre de Estado.» Su prestigio era tan grande que se volvió absolutista en todos los terrenos: una simple palabra suya era tomada «como una orden del Partido y obedecida de inmediato». Pero por entonces empezó a gobernar de un modo muy distinto: «Se apartó del gobierno directo», dijo uno de sus oficiales, y asumió el manto olímpico de un caudillo supremo, como el viejo presidente Mao, aficionado a guiar a sus hombres por medio de anécdotas, señales y gestos. Empleaba el secretismo, el capricho y la oscuridad para mantener su dominio sobre sus jerarcas más jóvenes, fuertes y ambiciosos. Dominaba a su entorno por medio del misterio.

«Nunca daba órdenes directas —escribe el máximo dirigente que había puesto en Georgia, Charkviani—, de modo que uno tenía que sacar sus propias conclusiones.» Stalin opinaba que «no importa a qué lado del lago tires la piedra, siempre se producirán ondas». En una ocasión mostró al líder que había impuesto en Abjasia, Mgeladze, sus limoneros, repitiendo la operación una y otra vez, hasta que el *aparatchik* comprendió lo que quería decir y declaró que Abjasia produciría limones para toda la URSS.

—¡Por fin lo has cogido! —dijo el Vozhd con una sonrisa. A menos que estuviera de mal humor, solía acabar sus órdenes con un «Haz lo que quieras», pero a nadie se le ocultaba lo que quería decir con eso. Por otra parte, si daba una orden directa, escribiendo «No veo por qué mis razones tienen que ser discutidas, están perfectamente claras», o simplemente manifestaba sus deseos con un grito, era obedecido de inmediato. En el MGB, la simple mención de la *Instantsiya* justificaba cualquier acto de barbarie.

Sin embargo, el generalísimo estaba ahora también más débil y más viejo. Poco antes del desfile de la victoria, Stalin sufrió una especia de ataque al corazón o lo que Svetlana llama un «síncope de menor importancia», contratiempo que no es de extrañar dada la tensión de caudillismo que afectaba a su metabolismo notablemente resistente. «A todas luces agotado», según observa Molotov, Stalin padecía ya artritis, pero sería el endurecimiento de sus arterias, la arteriosclerosis, lo que reduciría el flujo de sangre que llegaba a su cerebro y afectaría a sus facultades mentales. Al regreso de Potsdam, volvió a caer enfermo, circunstancia que lo hizo sentirse más débil en el momento mismo en que su posición era más fuerte. Lo pusieron bajo el poder de los médicos, profesión a la que despreciaba en conjunto y a cuya corrupción había contribuido (haciendo testificar a su médico, Vinogradov, en los juicios públicos de los años treinta). Poskrebishev, el antiguo enfermero, se convirtió en su médico secreto, encargado de prescribirle toda clase de pastillas y medicinas.

Todas estas contradicciones hacían que Stalin fuera peligrosamente imprevisible, pudiéndose desencadenar su arbitrariedad sobre todos los que le rodeaban. Las esperanzas y libertades de la guerra no afectaron a su fe ciega en

que la mejor manera de resolver los problemas de la URSS era la eliminación de las personas. La pobreza de su imperio comparada con la pujante riqueza de Estados Unidos encajaba perfectamente con la sensación que tenía de que sus poderes estaban viniéndose abajo y con los complejos de inferioridad que había venido arrastrando toda su vida.

Habitualmente «tranquilo, reservado y paciente», a menudo tenía «arrebatos repentinos y tomaba decisiones irrelevantes y equivocadas». Según Jrushchov, «después de la guerra no estaba demasiado bien de la cabeza». Siguió siendo el manipulador supremo, aunque es probable que la arteriosclerosis exacerbara sus arrebatos de cólera ya existentes, su depresión y su paranoia. Nunca llegó a estar loco: en realidad, sus obsesiones más extrañas habían tenido siempre una base en la política real. No obstante, su condición de mortal le hizo darse cuenta de la esterilidad que había creado en su interior: «Soy una persona sumamente desgraciada —le dijo a Zhukov—, tengo miedo hasta de mi propia sombra». Pero era esa hipersensibilidad lo que hacía de él un político tan temible y tan dominante a la vez. Su temor a perder el control de su imperio se basaba en la realidad: incluso en el seno de su Politburó, Mikoyan pensaba que la guerra era una «gran escuela de la libertad», y que no hacía ninguna falta «volver al terror».

Stalin despreciaba aquella laxitud. Llegó incluso a bromear sobre ella, cuando envió a varios escritores a hacer una gira por el Japón conquistado y preguntó a Molotov si ya habían salido. Resulta que el viaje había sido aplazado:

—¿Por qué no se han ido? —preguntó—. Era una decisión del Politburó. ¿Es posible que no la aprobaran y quieran apelar al Congreso del Partido?

Los escritores partieron de inmediato. Pero él notaba esa actitud de relajamiento por doquier.

«Era muy nervioso —dice Molotov—, sus últimos años fueron los más peligrosos. Pasaba de un extremo a otro.» Sentía envidia de Molotov y del prestigio de Zhukov, estaba receloso del poder de Beria, y le repugnaba el engreimiento blandengue de sus jerarcas: incluso cuando ya estaba enfermo y viejo, nunca se sintió más feliz que cuando se ponía a orquestar una pelea. Aquél era el don que poseía, su estado natural. Había que partir la crisma a unos cuantos.[2] Stalin gobernó «en todo momento a través de un grupito de íntimos», de modo que «el gobierno formal dejó de funcionar». Incluso durante las largas vacaciones que pasaba fuera de Moscú, mantenía su poder omnímodo dirigiendo todas las carteras a través de la relación directa que mantenía con el ministro en cuestión y con nadie más. Sus intervenciones eran casi deliberadamente arbitrarias y repentinas.

Más que nunca, sus cortesanos tuvieron entonces la necesidad de saber cómo tratarlo, pero antes tenían que sobrevivir a su rutina nocturna. No es una exageración si decimos que a partir de ese momento, Stalin gobernó, desde Berlín hasta las islas Kuriles, desde la mesa de su comedor y la sala de proyec-

ciones. El desafío del tiempo es en último término la medida de la tiranía: las luces de sus capitales —desde Varsovia hasta Ulan Bator, desde Budapest hasta Sofía— permanecían encendidas toda la noche.

* * *

Los jerarcas celebraban sus reuniones en la «pequeña esquina», tras las cuales el generalísimo proponía siempre ir a ver una película. Conducía a sus huéspedes por los largos pasillos alfombrados de rojo y azul hasta la sala de proyecciones que había sido lujosamente construida en el viejo jardín de invierno, en el segundo piso del gran palacio del Kremlin. Beria, Molotov, Mikoyan y Malenkov seguían siendo sus compañeros inseparables, pero sus procónsules en Finlandia y Ucrania, Zhdanov y Jrushchov, acudían también a visitarlo a menudo.

Estaba luego la nueva corte de vasallos europeos: sus favoritos eran el líder polaco Boleslaw Beirut, «educado, bien vestido, de maneras perfectas», «todo un caballero con las mujeres», pero un estalinista despiadado con «una fe fanática en el dogma», su segundo, Jakob Berman, el presidente checo, Clement Gottwald, y el de Hungría, Matvei Rakosi. Los orgullosos yugoslavos, el mariscal Tito y Milovan Djilas, eran menos de su agrado. Cada uno tuvo el honor de ir a Moscú a rendir homenaje a Stalin y a recibir de él la unción sacerdotal y sus órdenes imperiales. También tuvieron que aprender a comportarse en el cine y durante la cena.

La visión del generalísimo y sus guardaespaldas acercándose era terrorífica para cualquier joven oficial que se hallara andando por los pasillos. Los guardaespaldas, vestidos de paisano, caminaban veinticinco pasos por delante y dos metros por detrás de Stalin, mientras que los guardias uniformados lo seguían con la mirada. En medio de aquella falange de mirmidones, que caminaba sin hacer ruido, pero con rapidez y brío, dando pasos pesados con los pies hacia afuera, llegaba el emperador tripudo con su hermosa cabeza, sus hombros caídos, y las rayas atigradas de su sonrisa pícara. Todo el que lo veía acercarse tenía que detenerse, apoyar la espalda contra la pared y mostrar las manos. El joven diplomático Anatoli Dobrinin se encontró en cierta ocasión ante este dilema: «Pegué la espalda a la pared». Stalin «no dejó de notar mi confusión» y preguntó «quién era yo y dónde trabajaba». A continuación, «subrayando sus palabras con un lento movimiento del índice de la mano derecha» afirmó:

—La juventud no debe temer al camarada Stalin. Es su amigo.

Dobrinin se estremeció.

Se tardaba unos minutos en llegar a la sala de proyecciones. Decorada en color azul, tenía varias filas de butacas tapizadas dispuestas de dos en dos, con mesitas entre cada asiento en las que había botellas de agua mineral, vino, cigarrillos y cajas de bombones. Estaba enmoquetada de gris y cubierta de alfombras. Antes de que llegara Stalin, los miembros del Politburó tomaban

asiento, dejando libre la primera fila. Se reunía con ellos el ministro de Cinematografía, Ivan Bolshakov, que venía dirigiendo esta industria desde 1939 y que se había convertido en una presencia fundamental, a la vez que ridícula, del círculo del Vozhd. Bolshakov se sentía aterrorizado ante Stalin, pues sus dos antecesores habían sido fusilados. A medida que el Vozhd había ido envejeciendo, el cine se había convertido en un rito obsesivo, así como en una ayuda y un punto de encuentro para gobernar.

La gran decisión de Bolshakov era qué película debía poner. Para ello intentaba adivinar cuál era el humor de Stalin. Observaba sus andares, el tono de su voz y a veces, si tenía suerte, Vlasik o Poskrebishev le daban alguna pista. Si Stalin estaba de mal humor, Bolshakov sabía que no era aconsejable poner una película nueva. El Vozhd era un animal de costumbres: le gustaban sus favoritas de los años treinta, como *¡Volga! ¡Volga!*, o producciones extranjeras como *En el viejo Chicago, Misión en Moscú*, la comedia *Sucedió una noche*, o cualquiera de las películas de Charlie Chaplin.

Stalin poseía además una nueva filmoteca de películas americanas, inglesas y alemanas, que hasta hacía poco había pertenecido a Goebbels. Cuando estaba de mal humor, cualquiera de las películas de Goebbels le gustaba. Sus preferidas eran las de detectives, las del oeste, o las de gángsters: le encantaban las peleas. Tenía prohibido que se hiciera la menor alusión a la sexualidad. Cuando Bolshakov puso una en la que había una escena ligeramente atrevida protagonizada por una chica desnuda, dio un puñetazo en la mesa y exclamó:

—¿Quieres convertir esto en un burdel, Bolshakov?

Y abandonó precipitadamente la sala, seguido de todo el Politburó, dejando al pobre Bolshakov convencido de que no tardarían en venir a detenerlo. A partir de ese momento cortó cualquier imagen de desnudo que pudiera aparecer.

Stalin ordenó a Bolshakov que le tradujera las películas extranjeras, pero el ministro sólo chapurreaba el inglés, de modo que pasaba la mayor parte del tiempo preparándose para las sesiones de medianoche; disponía de traductores que veían la película por él y luego se la contaban. Se trataba de todo un reto, pues tenía centenares de películas que podía poner para Stalin. Así, pues, sus traducciones solían ser absurdamente obvias y llegar con retraso, cuando todo el mundo tenía perfectamente claro lo que había dicho el personaje. Los miembros del Politburó se reían y se burlaban de Bolshakov y sus traducciones. Beria exclamaba señalando la pantalla:

—Mirad, ya se ha puesto a correr...

Todo el mundo se reía, pero Stalin, que evidentemente se divertía con aquella farsa, nunca pidió que le llevaran un traductor como es debido. En 1951, Bolshakov pidió al Vozhd que diera el visto bueno a la película *Tarzán*: podemos imaginarnos cuál sería la traducción que haría del grito del rey de la selva y de los gruñidos con los que hacía la corte a Jane, y la gracia que haría al público allí reunido. Cuando Bolshakov ponía *¡Volga! ¡Volga!*, la vieja película

favorita de Stalin, éste demostraba encantado lo bien que se la sabía y representaba todos los papeles, antes incluso de que lo hicieran los propios actores.

Si el Vozhd estaba de buen humor, Bolshakov tenía oportunidad de elegir alguna película soviética nueva. Stalin seguía siendo el censor de toda la industria: no podía estrenarse ninguna película sin que él diera su aprobación personal. Cuando pasaba varios meses en el sur, no podía tomarse ninguna decisión en ese sentido, por lo que cuando volvía tenía que ver todas las producciones nuevas.

Cuando se acercaba Stalin, Bolshakov tomaba posiciones fuera de la sala de proyecciones. Una vez el Vozhd se llevó un buen susto al verlo acechando en las sombras:

—¿Quién eres? ¿Qué haces ahí? —aulló Stalin—. ¿Por qué te escondes?

El Vozhd se pasó varias semanas mirando mal a Bolshakov. Después de tomar asiento en la primera fila rodeado de sus invitados y de prepararse un *spritzer* con vino de Georgia y agua mineral, preguntaba siempre:

—¿Qué va a ponernos hoy el camarada Bolshakov?

Bolshakov anunciaba el título de la película, se sentaba al fondo de la sala y ordenaba a los maquinistas que empezaran la proyección. Una vez, uno de ellos dejó caer el proyector y rompió una parte del aparato, derramando mercurio por el suelo. Todos ellos fueron acusados de intentar asesinar al generalísimo.*

Stalin no paraba de hablar durante la proyección. Le gustaban las películas de vaqueros y admiraba a Spencer Tracy y Clark Gable, pero otras veces «los ponía verdes, emitiendo un juicio ideológico sobre ellos», recuerda Jrushchov, «y luego ordenaba que trajeran películas nuevas».

Stalin admiraba a los actores y a menudo preguntaba: «¿En cuál hemos visto ya a éste?». Después de la guerra, los actores y directores solían participar en las cenas del Vozhd, en particular el director georgiano Mijail Chiaureli, autor de películas sobre el heroico líder supremo, y los actores que solían interpretar su personaje en la pantalla, Mijail Gelovani (que lo representaba con acento georgiano) y Alexei Diki (que actuó sobre todo a partir de que acabara la guerra y que representaba su papel con acento ruso).

—Me observas muy bien —dijo el Vozhd a Gelovani—. No pierdes el tiempo, ¿verdad?

En una ocasión preguntó a Diki cómo «interpretaría él a Stalin».

—Como lo ve el pueblo —contestó el actor.

—¡Buena respuesta! —dijo el Vozhd, y le regaló una botella de coñac.

Cuando acababa la película, Stalin preguntaba siempre a su amigo intelectual:

* El envenenamiento por mercurio gozaba de un predicamento especial en la corte de Stalin: Yezhov había rociado su propio despacho con esta sustancia y había dicho que Yagoda había intentado envenenarlo.

—¿Qué tiene que a decirnos el camarada Zhdanov?

Zhdanov pronunciaba entonces su pomposo veredicto, que venía seguido de un juicio lacónico de Molotov y algún chiste sarcástico de Beria. A Stalin le gustaba hacer comentarios jocosos sobre los realizadores:

—Si el camarada Fulano [el director o el guionista de la película] no vale para nada, el camarada Ulrij firmará su condena de muerte.

Bolshakov llamó en una ocasión a Molotov y a Beria para preguntarles si *Zhukovski*, una película sobre el aviador de este nombre, podía ser estrenada el Día de las Fuerzas Aéreas, pues Stalin, que estaba de vacaciones, todavía no la había visto. Los dos máximos dirigentes le respondieron que la decisión debía tomarla él, no ellos, de modo que Bolshakov estrenó la película. Cuando volvió Stalin, vio *Zhukovski* y dijo:

—¡Ya sabemos que decidiste proyectarla en todas las pantallas de la URSS! Quieren engañarme, pero es imposible.

Bolshakov se quedó helado. «¿Con qué autoridad lo había hecho?», preguntó el Vozhd. Bolshakov respondió que había «hecho consultas y había tomado una decisión».

—Hiciste consultas y tomaste una decisión —repitió Stalin tranquilamente. Se levantó y se dirigió a la puerta, la abrió y volvió a decir—: Tomaste una decisión. —Salió de la habitación, dejando tras de sí un silencio fatídico. Cuando volvió a abrir la puerta, apareció sonriente y dijo—: Tomaste la decisión correcta.

Si no le hubiera gustado la película, simplemente habría salido de la habitación, no sin antes amenazar a Bolshakov.

El ministro de Cinematografía tomaba notas de todas aquellas augustas críticas. Por la mañana, llamaba a los directores y guionistas y les transmitía los comentarios sin especificar la fuente, pero sin duda alguna su voz balbuciente y el respeto reverencial con que los repetía, hacían que resultara obvia.*

Stalin imponía la política en las películas, pero también las películas en la realidad. Djilas notó que confundía lo que estaba pasando «del modo en que lo hace un hombre inculto, que no distingue la realidad artística de la objetiva». Le encantaban las películas que trataban del asesinato de amigos y socios. Jrushchov y Mikoyan asistieron varias veces a la proyección de una película inglesa, sin duda alguna perteneciente a la colección de Goebbels, que trataba de un pirata que robaba un tesoro y luego, «uno a uno», iba matando a sus cómplices para quedarse con todo el botín.

—¡Qué tío! ¡Fijaos lo que ha hecho! —exclamó Stalin.

Aquello resultaba «deprimente» para sus camaradas, que no podían olvidar, como dice Jrushchov, que «éramos gente de paso». El aislamiento de Sta-

* Bolshakov sobrevivió a Stalin y sirvió a las órdenes de Jrushchov como viceministro de Comercio. Murió en 1980.

lin hacía que aquellas películas resultaran cada vez más poderosas. Cuando acabó la guerra, quiso gravar a los campesinos con impuestos, a pesar de que las zonas rurales sufrían los estragos de la hambruna. Todo el Politburó se opuso sensatamente a semejante idea, actitud que irritó sobremanera al Vozhd. Estaba convencido de que los campesinos podían aguantarlo: aludió a la abundancia que aparecía reflejada en las películas propagandísticas, que le permitían ignorar el hambre que estaba pasando el país. Cuando vio la película *Ushakov*, sobre el almirante homónimo de Catalina la Grande, se obsesionó con la idea de construir una gran flota, citando a un personaje de la película que decía: «Las fuerzas terrestres son una espada en una mano. Las fuerzas navales son una espada en la otra».

A menudo insistía en ver dos películas seguidas, y luego, cuando ya casi eran las dos de la madrugada, decía:

—¡Venga, vamos a comer algo! —Y añadía—: ¡Si tenéis tiempo! —como si fuera posible no aceptar la propuesta.

—Si se trata de una invitación —replicaba Molotov—, con sumo gusto.

A continuación, Stalin se volvía a sus invitados, a menudo Tito o Beirut, y decía:

—¿Qué planes tenéis para esta noche? —como si a aquellas horas tuvieran todavía alguno. El Vozhd se echaba a reír y comentaba—: ¡Mmm, un gobierno sin un plan de Estado! Tomaremos un bocado.

El «bocado», por regla general, duraba otras seis interminables horas, hasta el amanecer.[3]

* * *

Stalin ordenaba al omnipresente Poskrebishev que avisara a los coches, pero cuando éstos se retrasaban, se ponía a temblar «de cólera, empezaba a gritar, los rasgos de su cara se deformaban, gesticulaba de mala manera y se deshacía en invectivas contra su secretario, que ... palidecía, como si estuviera a punto de sufrir un infarto». Poskrebishev se encargaba de recoger al resto de los invitados. Éstos tenían que prepararse para la cena, descansando por la tarde porque «los que se dormían a la mesa de Stalin acababan mal», diría Jrushchov.* A veces invitaba a los directores y actores georgianos de las películas sobre su persona para que animaran la velada:

* Las familias de los jerarcas reconocían que aguardaban llenas de tensión la llamada de los secretarios de Stalin con la invitación al cine o a la dacha del Vozhd. Los fines de semana, la única ocasión que tenían de ver a los suyos, los líderes se ponían especialmente nerviosos cada vez que oían sonar el teléfono. No comían durante todo el día para dejar sitio a la interminable procesión de platos de la cena. Pero cuando se producía la llamada, Sergei Jrushchov señala que su padre salía de casa precipitadamente.

—¿Sabéis si Chiaureli y Gelovani están ahora en Moscú?

Los huéspedes extranjeros viajaban en el coche de Stalin, que siempre ocupaba el asiento plegable de la derecha, detrás del conductor, y a veces encendía una luz situada sobre su cabeza para poder leer. Molotov solía ocupar el otro asiento plegable, mientras que el favorito, Zhdanov, y los demás invitados ocupaban los asientos de atrás. Beria y Malenkov, «ese par de sinvergüenzas», como los llamaba Stalin, siempre compartían coche.* Cuando los automóviles salían de la ciudad a la velocidad que quería Stalin, el Vozhd planificaba la ruta que debían seguir, tomando «desvíos absurdos» para confundir a los terroristas.

Tras recorrer unos quince kilómetros por la carretera del Gobierno, llegaban a una barrera, giraban a la izquierda y se acercaban a un bosquecillo de abetos jóvenes. Después de pasar otro control, entraban en la finca de Kuntsevo. Una vez en su interior, pasaban por delante de un gran mapa que había en el vestíbulo, ante el cual Stalin, Zhdanov y Molotov se detenían a hacer grandiosas afirmaciones geopolíticas y a tomar decisiones caprichosas. Zhdanov, su rival Malenkov y Voznesenski siempre tenían listos sus cuadernos para apuntar las órdenes de Stalin, mientras que Molotov y Mikoyan, bolcheviques de la vieja guardia, se consideraban a sí mismos por encima de ese tipo de servilismo.

Los aseos estaban en el sótano y cuando los invitados se lavaban las manos antes de cenar, Molotov bromeaba a propósito de los urinarios:

—¡Esto es lo que se llama descargar antes de cargar!

Aquel lavabo era una de las pocas habitaciones que había en Moscú en las que los jerarcas podían permitirse mantener conversaciones honradas: Beria y los demás se decían en voz baja cuánto les aburrían las batallitas de Stalin acerca de su destierro en Siberia. Cuando el Vozhd afirmaba que había recorrido doce kilómetros sobre sus esquíes para cazar doce perdices, Beria, que ya empezaba a odiar a Stalin, repetía:

—¡No cuenta más que embustes!

Pasaban al espacioso comedor, provisto de una mesa alargada con unas catorce sillas a cada lado; los asientos eran muy cómodos, había altos ventanales adornadas con largos cortinajes, dos lámparas de techo y apliques en las paredes. Como en todas las casas de Stalin, las paredes, el suelo y los techos estaban revestidos de ligeros paneles de madera de pino de Carelia. Estaba todo tan limpio, en medio de aquel «silencio sepulcral», y tan «aislado del resto del mundo», que los visitantes se figuraban que estaban «en un hospital».

Stalin se sentaba siempre a la izquierda de la cabecera de la mesa, con Beria siempre en un extremo, a menudo en el papel de *tamada*, y el huésped de

* Los chóferes de los líderes se sentían muy complacidos cuando sus jefes eran invitados a casa de Stalin. Voroshilov era invitado con menos frecuencia que antes de la guerra. «A mi viejo ya no lo invitan mucho por allí últimamente», diría lamentándose el veterano chófer de Klim.

honor la izquierda del Vozhd. En cuanto tomaban asiento, empezaban a beber. Al principio lo hacían de forma civilizada, unas cuantas botellas de vino, a veces un «zumo» georgiano bastante flojo y un poco de champán, que le gustaba muchísimo a Stalin. Mikoyan y Beria solían llevar vino.

—Siendo del Cáucaso, entendéis de vino más que los demás, catadlo... —decía Stalin. Pronto se haría evidente que mandaba probar los vinos para ver si estaban envenenados, de modo que dejaron de llevarlo. Stalin sacaba su propio vino y solía abrir las botellas él mismo. A medida que avanzaba la velada, los brindis con vodka, con vodka de pimiento y con coñac se hacían más frecuentes, hasta que incluso aquellos bebedores de vientres de acero se ponían borrachos como cubas. A Stalin le gustaba echar la culpa a Beria del exceso en la bebida. En las cenas georgianas, los anfitriones suelen jugar a obligar a sus invitados a beber y a mostrarse ofendidos si se resisten. Pero a estas alturas, ese tipo de hospitalidad había quedado distorsionado por completo y no representaba más que el poder y el miedo. Tras las curdas que se había cogido Stalin en 1944-1945, el profesor Vinogradov le había advertido que redujera el consumo de alcohol y el Vozhd había empezado a tomar vino rebajado con agua mineral. No obstante, ocasionalmente se propasaba y Svetlana llegó a verlo cantando a dúo con el ministro de Sanidad, totalmente borracho, pero orgullosísimo. Obligar a sus camaradas más resistentes a perder el control de sí mismos se convirtió en su deporte favorito y en la demostración de su dominio.

La bebida empezaba con Stalin, no con Beria: «Nos obligaba a beber hasta que teníamos la lengua de trapo», escribe Mikoyan. Al Vozhd le encantaba el viejo juego de borrachos consistente en intentar adivinar la temperatura. Una vez que Djilas estuvo presente, Beria se equivocó en tres grados y tuvo que tomarse tres vodkas. Beria, del que Svetlana decía que era «un magnífico espécimen moderno de cortesano astuto», seguía el juego a Stalin y secundaba sus deseos de ver humillarse a sus cortesanos, y marcaba el ritmo de la bebida de modo que nadie se librara de pescar una trompa.

—Venga, bebe como los demás —insistía Beria a Molotov, pues «siempre quería montar algún espectáculo delante de Stalin; nunca se quedaba atrás cuando el Vozhd decía algo». Stalin defendía a veces a los visitantes extranjeros y respetaba a Kaganovich porque «los judíos no eran grandes bebedores». Incluso durante aquellas sesiones, la mente de Beria divagaba hasta tropezar con su imaginería sexual: después de obligar a Djilas a meterse un lingotazo de vodka de pimiento, soltó rudamente que aquello iba «muy mal para las glándulas sexuales». Stalin se quedó mirando a su huésped para ver qué cara ponía, «a punto de echarse a reír a carcajadas».

Beria odiaba en secreto aquellas sesiones interminables de consumo de alcohol: llegó a lamentarse amargamente de ellas con Nina, Jrushchov y Molotov. Nina le preguntó por qué:

—Tienes que ponerte al mismo nivel de la gente con la que estás —contestó.

Pero había más. A Beria le gustaba su poder. A eso, como a muchas otras cosas, «no podía resistirse». Jrushchov reconocía que las cenas eran «espantosas».

A veces se bebía tanto en aquellas bacanales que los jerarcas, como si fueran estudiantes viejos ya abotargados, tenían que salir dando trompicones de la habitación para ir a vomitar, se lo hacían todo encima o simplemente se los tenían que llevar a casa sus guardaespaldas. Stalin elogiaba la capacidad de Molotov, pero incluso éste llegó a emborracharse algunas veces. Poskrebishev era el que vomitaba con más frecuencia. Jrushchov era un bebedor prodigioso, tan deseoso de agradar al Vozhd como Beria. A veces se embriagaba hasta tal punto que Beria tenía que llevárselo a casa y meterlo en la cama, que indefectiblemente mojaba. Zhdanov y Shcherbakov no eran capaces de controlar la bebida y estaban alcoholizados: el segundo de ellos murió de esta enfermedad en mayo de 1945, pero Zhdanov intentó luchar contra ella. Bulganin estaba «prácticamente alcoholizado». Malenkov simplemente iba abotargándose más y más.

Beria, Malenkov y Mikoyan lograron sobornar a una camarera para que les sirviera «agua coloreada», pero Shcherbakov contó a Stalin su estratagema. Después de trasegar unas cuantas copas enormes de coñac, Mikoyan salía dando traspiés del comedor hasta una pequeña habitación contigua, en la que había un sofá y una palangana. Se lavaba la cara, se tumbaba y se quedaba dormido durante unos minutos; aquello se convirtió en un hábito secreto. Pero Beria se lo chivó a Stalin, que ya había empezado a volverse contra el armenio:

—Quieres ser más listo que los demás, ¿verdad? —dijo el Vozhd lentamente—. Ten cuidado, no vayas a tener que lamentarlo más tarde.

Aquélla era siempre la amenaza que se escuchaba *chez* Stalin.[4]

Los vasallos centroeuropeos del Vozhd no salían mejor librados. En una ocasión Gottwald se emborrachó tanto que llegó a pedir que Checoslovaquia fuera anexionada a la URSS. Su mujer, que lo acompañaba, se presentó heroicamente voluntaria para sustituirlo:

—Permíteme, camarada Stalin, que beba en lugar de mi marido. Yo beberé por los dos.

Rakosi comentó imprudentemente con Beria que los soviéticos eran unos «borrachos».

—¡Ya veremos! —rugió Stalin, que se unió a Beria en su afán de «inflar» al húngaro de bebida.

* * *

En verano, los invitados salían a las terrazas. Stalin pedía a Beria o a Jrushchov consejo sobre sus rosales (que podaba amorosamente), sus limoneros y su

huerta. El Vozhd supervisó la creación de un huerto, para el que inventó nuevas variedades, como por ejemplo un injerto de calabaza y sandía. Daba de comer a sus pájaros a diario. En cierta ocasión, Beria construyó un invernáculo para regalárselo.

—¿Quién ha sido el loco que ha encargado esto? —preguntó el Vozhd—. ¿Cuánta electricidad se gasta con esos focos?

Ordenó que lo destruyeran.

El tipo habitual de payasadas de borrachos no era muy distinto del de una hermandad de estudiantes universitarios. Jrushchov y Poskrebishev, borrachos como cubas, tiraron a Kulik al estanque (sabían que Stalin había perdido el respeto a su bufón). Kulik, famoso por su fuerza, logró salir del agua y persiguió a Poskrebishev, que se escondió detrás de unos arbustos. Beria avisó:

—Si alguien se atreve a hacer algo así conmigo, le hago picadillo.

A Poskrebishev lo tiraban con tanta frecuencia al agua que los guardias empezaron a temer que el día menos pensado acabara por ahogarse algún jerarca borracho, y decidieron discretamente drenar el estanque. Aquel infantilismo hacía las delicias de Stalin:

—¡Sois como niños!

Una noche, Beria propuso salir a pegar unos cuantos tiros en el jardín. Había unas codornices en una jaula.

—Si no las matamos —dijo Beria—, se las comerán los guardias.

El Vozhd, que probablemente estuviera ya borracho, salió dando traspiés y pidió que trajeran escopetas. Stalin, viejo, débil y achispado, por no hablar de su brazo izquierdo lesionado, primero se sintió «mareadillo» y disparó su escopeta al suelo, con tanto tino que por poco dio a Mikoyan. Luego disparó al aire y a punto estuvo de acribillar a balazos a sus guardaespaldas, los coroneles Tukov y Jrustalev. Posteriormente, les pediría excusas y echaría la culpa de todo a Beria.*

* * *

En el comedor, las camareras, campesinas regordetas con delantales blancos, como enfermeras victorianas, aparecían con una caterva de platos georgianos que colocaban sobre el trinchero o al otro extremo de la larga mesa, e inmediatamente desaparecían. En cierta ocasión, una ellas estaba sirviendo té a Stalin y a unos polacos, cuando de pronto se detuvo vacilante. El Vozhd se dio cuenta inmediatamente y exclamó:

* El episodio recuerda la forma en que el mariscal Masséna perdió un ojo por culpa del emperador Napoleón durante una cacería. El incidente convenció todavía más a Beria y a Jrushchov de que las batallitas que contaba Stalin sobre sus cacerías eran meros embustes, y de que no sabía disparar.

—¿Qué diablos está escuchando ésa?

Si no había ninguna personalidad extranjera, la cena era servida por alguna de las amas de llaves, habitualmente Valechka, y un guardaespaldas. Los propios invitados echaban una mano, y luego se reunían con el Vozhd en la mesa.

«Poco a poco Stalin fue interesándose cada vez más por la comida», recuerda Mikoyan. El desmejorado generalísimo intentaba reponer sus energías menguantes con «enormes cantidades de comida, propias de un hombre más voluminoso que él». «Comía por lo menos el doble que yo», dice Mikoyan. «Cogía un plato hondo, mezclaba dos sopas distintas y luego, según una costumbre que recordaba yo de mi propia aldea, desmigaba pan en el caldo y lo tapaba con otro plato; después se lo comía todo al final. Además había entremeses, el plato principal y montones de carne». Le gustaba mucho el pescado, sobre todo el arenque, pero «también le agradaba la caza: la pintada, el pato, el pollo» y las codornices guisadas. Se había inventado incluso un plato nuevo que llamaba *Aragvi*, y que consistía en carne de cordero con berenjenas, tomate, patatas y pimienta negra, todo sazonado con una salsa especiada, que solía pedir con frecuencia. Pero era tan desconfiado, que habitualmente intentaba convencer a Jrushchov, el más comilón de sus magnates, de que probara el cordero o el arenque antes que él.

Las cenas constituían una especie de muestra de imperialismo culinario, pues pretendían impresionar con su sencillez, y apabullar con su poderío. Y desde luego surtían el efecto deseado. Mientras que a los independientes yugoslavos los espantaba la rudeza de los comensales, los polacos, más acomodaticios, se mostraban impresionados por el «delicioso oso asado» y consideraban a su anfitrión «un hombre encantador», que los trataba con un cariño paternal, preguntándoles en todo momento si sus familias estaban disfrutando de sus vacaciones en Crimea. Con los extraños, Stalin conservaba su viejo don de parecer un notable maestro del «toque humano». Semejante encanto, sin embargo, tenía sus límites. Beirut insistió en preguntarle qué era lo que había pasado con los comunistas polacos desaparecidos en 1937.

—Lavrenti, ¿dónde están? —preguntó el Vozhd a Beria—. Te tengo dicho que los busques. ¿Cómo es que no los has encontrado?

Tanto a Stalin como a Beria les gustaban aquellos juegos siniestros. Beria prometió que buscaría a los polacos desaparecidos, pero, cuando Stalin no estaba escuchando, se volvió hacia Beirut y dijo:

—¿Qué coño andas haciendo alrededor de Iosiv Vissarionovich? Vete a tomar por culo y déjalo en paz. O lo lamentarás.

Beirut no volvió a mencionar a sus amigos perdidos nunca más.

Stalin sufría de dolor de muelas, circunstancia que afectaba a toda su corte, por cuanto sólo podía comer cordero lechal muy tierno o fruta muy madura. Una vez que le pusieron la dentadura postiza, inventó otra horrible compe-

tición. Aquel glotón impenitente insistía por otra parte en la austeridad bolchevique, dos instintos que resultaba difícil compaginar, sobre todo cuando sus cortesanos rivalizaban en procurarle los bocados más selectos. En una ocasión estaba comiéndose un cordero delicioso, cuando se le ocurrió preguntar a un guardaespaldas:

—¿De dónde habéis sacado el cordero?

—Del Cáucaso —respondió el hombre.

—¿Y qué combustible habéis empleado para el avión? ¿Agua? ¡Ésta es una de las bromitas de Vlasik!*

Ordenó que se construyera una granja en Kuntsevo, en la que pudieran criarse vacas, ovejas y pollos, y el lago se llenó de peces; la instalación era dirigida por tres peritos agrícolas. Cuando Beria le trajo treinta rodaballos, Stalin bromeó con sus guardias diciendo:

—*Vosotros* no habéis podido encontrarme rodaballo, pero Beria sí.

Los guardias enviaron el pescado a analizar al laboratorio y descubrieron que los rodaballos de Beria estaban podridos.

—No hay manera de fiarse de ese tramposo —comentó el Vozhd.

A pesar de que su vientre iba hinchándose cada vez más, Stalin no paraba de criticar las anchuras de Malania Malenkov, ordenándole que hiciera ejercicio con el fin de «recuperar el aspecto de un ser humano». Beria no dudó en meterse también con su aliado:

—Bueno, vamos a ver, ¿dónde está ese aspecto de ser humano? ¿Has perdido peso o qué?

Pero también la glotonería de Jrushchov divertía a Stalin, que comentaba en voz baja con los guardias:

—¡Ha necesitado para él solo más de dos pescados y unos cuantos faisanes, el muy tragón!

No obstante, animaba al esférico Jrushchov a comer cada vez más:

—¡Mira! ¡Los menudillos, Nikita! ¿Los has probado?

Los jerarcas intentaban controlar su dieta alimentándose de fruta y zumos un día a la semana para «descargar», pero parece que el sistema no surtía efec-

* Vlasik y el teniente general Sasha Egnatashvili, el fiel hijo del tabernero de Gori que había protegido a Keke, probablemente fueran los responsables de la comida de Stalin, que era preparada en un laboratorio del MGB llamado «La Base» y que recibía una etiqueta en la que ponía: «No se ha encontrado ningún elemento tóxico». En un libro recientemente publicado se afirma que Egnatashvili era el encargado de probar la comida del Vozhd, aunque probablemente todo ello no sea más que un mito. Sin embargo, Stalin hacía que los miembros de su séquito probaran efectivamente la comida y la bebida antes que él. Cuando iba a una fiesta, llevaba su propia caja de vino y sus propias cajetillas de cigarrillos, que abría personalmente. Sólo comía o bebía si él mismo había roto el precinto de las cajas, haciendo que Vlasik repartiera la comida, el vino sobrante y los cigarrillos. El despilfarro era enorme; la tentación de venalidad tan irresistible como peligrosa. Vlasik no sería nunca capaz de resistir la tentación.

to. Beria insistía en llevar una dieta a base de verdura, pues ya estaba tan gordo como Malenkov:

—Bueno, camarada Beria, aquí tiene su hierba —anunciaba el ama de llaves de Stalin.[5]

* * *

Stalin creía que sus cenas eran como «una sociedad gastronómica política», pero su «amigo intelectual» Zhdanov le convenció de que sus conversaciones acerca de todo lo habido y por haber eran el equivalente de los *symposia* de los antiguos griegos. No obstante, aquel alboroto en el que no faltaban las vomitonas fue lo más cerca que llegó a estar de un gabinete de gobierno. Verdaderamente el imperio era «regido desde la mesa del comedor», como diría Molotov. Los máximos dirigentes constituían una especie de «familia patriarcal con un jefe hosco cuyas manías hacían que los miembros de la casa estuvieran siempre temerosos», pero «de manera oficiosa y de hecho», dice Djilas, «una parte significativa de la política soviética se pergeñaba en aquellas cenas. Era allí donde se decidía el destino de las vastas tierras de Rusia, de los territorios recién adquiridos y ... de todo el género humano». Las conversaciones oscilaban entre los chistes y la literatura, pasando por los «temas políticos más serios». Los miembros del Politburó intercambiaban las noticias llegadas de sus feudos, pero aquel clima informal era ilusorio: «El visitante desprevenido no habría podido percibir la diferencia existente entre Stalin y los demás, pero esa diferencia existía».

Durante las cenas, Zhdanov, el Pianista, era el más locuaz, hablando con jactancia de su última campaña cultural o lamentándose de que Molotov no le hubiera dejado anexionar Finlandia, mientras que su principal rival, el obeso super-chupatintas, Malenkov, solía permanecer callado: su política era utilizar una «extrema cautela» con Stalin. Beria, el más lisonjero, pero el más irreverente a la vez, tenía la astucia suficiente para provocar y manipular al Vozhd o, como diría su mujer, para «jugar con el tigre»: era capaz de anular las propuestas de cualquier otro, si primero no se le consultaba. Beria era «muy poderoso» porque poseía la virtud de «aprovechar el momento preciso para ... dirigir la benevolencia o la mala voluntad de Stalin en su propio beneficio».

Cuando no había extraños era cuando solía decidirse el destino de los hombres. No obstante, Stalin hablaba acerca de los amigos y conocidos que habían perecido asesinados durante los años treinta «con el tranquilo distanciamiento de un historiador, sin mostrar ni dolor ni rabia, sólo una ligera sorna». En una ocasión llegó hasta donde se encontraba uno de sus mariscales, que había sido detenido y liberado hacía poco:

—Tengo entendido que has estado confinado últimamente

—Sí, camarada Stalin, lo he estado, pero se resolvió mi caso y me liberaron. Sin embargo, ¡cuánta gente buena y notable murió allí!

—Sí —replicó el Vozhd con aire pensativo—, hemos perdido a mucha gente buena y notable —y sin decir más salió de la habitación y se fue al jardín. Los cortesanos se volvieron hacia el mariscal:

—¿Qué le has dicho al camarada Stalin? —preguntó Malenkov, que se comportaba siempre como el jefe de estudios de una escuela.

—¿Por qué? —dijo éste.

Al cabo de un rato Stalin reapareció con un ramo de rosas en la mano que regaló al mariscal en una curiosa forma de pedir disculpas.

* * *

El poder supremo es a menudo el supremo poder de aburrir a los demás: no hay nada que supere el tedio ineludible y la verbosidad delirante de un monarca absoluto en decadencia. El viejo generalísimo se había vuelto repetitivo, irritable y olvidadizo. Beria y Jrushchov se sabían de memoria las exageradas hazañas de Stalin durante el destierro, sus viajes a Londres y a Viena, y las palizas recibidas en la infancia a manos de su padre. Stalin se recreaba cada vez más en hablar de la curiosa felicidad de su exilio, quizá la única verdadera dicha que había conocido. Por aquel entonces recibió una petición de auxilio de un amigo de su destierro en Turujansk durante la primera guerra mundial: «Me atrevo a molestarte desde la aldea de Kureika», decía un viejo maestro de escuela llamado Vasili Solomin, que vivía de una pensión de ciento cincuenta rublos. «Recuerdo cuando ... pescaste un esturión. ¡Qué alegría me dio!»

«He recibido tu carta —contestó Stalin—. No me he olvidado de ti ni de mis amigos de Turujansk, y ten por seguro que nunca os olvidaré. Te mando seis mil rublos de mi salario de diputado. La suma no es demasiado alta, pero te será útil. Que sigas bien, Stalin.»

Todos los jerarcas se vigilaban unos a otros, atentos en todo momento a defender sus propios intereses y a no provocar al viejo tigre. Cada vez resultaba más difícil discutir de la política real. Cuando Mikoyan dijo que había escasez de alimentos, Stalin se puso nervioso y, sin parar de ofrecer platos y más platos, se puso a preguntar una y otra vez:

—¿Por qué no hay comida?

—Pregunta a Malenkov, que es quien está al frente de Agricultura —contestó Mikoyan. En ese preciso instante Beria y Malenkov le dieron una patada cada uno por debajo de la mesa.

—¿Qué sentido tiene?

Beria y Malenkov se dedicaron luego a atacar a Mikoyan.

—Lo único que consigue con eso es irritar a Stalin. Y luego él se dedica a arremeter contra cualquiera de nosotros. No hay que decirle nada más que lo quiere oír. ¡De ese modo se crea un buen ambiente y no se echa a perder la cena![6]

* * *

Estudiaban a Stalin como si fueran zoólogos, deseosos de interpretar sus cambios de humor, de ganarse su favor y de sobrevivir. La clave estaba en comprender la singular mezcla de inquietud hipersensible y de arrogancia de protagonista de la historia universal que caracterizaba a Stalin, su deseo de agradar y su crueldad despiadada: era importantísimo no ponerle nervioso. Cuando un hermano de Mikoyan, ingeniero aeronáutico, tuvo problemas, «aconsejó a Artiom la manera de tratar a Stalin». Jrushchov se fijó en que el polaco Beirut «consiguió evitar el desastre porque sabía tratar a Stalin».

Había ciertas normas claves que recuerdan al consejo dado a un turista acerca del comportamiento que debe seguir si tiene la desgracia de encontrarse con un animal salvaje durante una excursión por el bosque. La primera norma consistía en mirarlo directamente a los ojos. Si no, preguntaba:

—¿Por qué no me miras hoy a los ojos?

Pero también era peligroso mirarlo a los ojos demasiado fijamente: Gomulka, uno de los dirigentes polacos, tomaba notas y mostraba mucho respeto, pero su insistencia ponía al Vozhd nervioso.

—¿Qué clase de tipo es ese Gomulka? Se queda ahí todo el tiempo mirándome a los ojos, como si buscara algo

¿Sería un agente infiltrado?

El visitante debía mantener la calma en todo momento: el pánico alarmaba al dictador. Beirut «nunca ponía nervioso a Stalin ni lo intimidaba». Los visitantes debían mostrar su respeto tomando notas, como Malenkov, pero no con demasiada insistencia, como Gomulka:

—¿Por qué trae un cuaderno de notas? —preguntaba Stalin lleno de extrañeza.

Si los guardias actuaban con un exceso de formalidad al dar el taconazo, el Vozhd se asustaba:

—¿Quién eres? ¿El soldado Svejk? —decía de mala manera.

No obstante, la firmeza y el humor solían funcionar con él: admiraba y protegía a Zhukov y apreciaba a Jrushchov por la fuerza con que sostenían sus opiniones.

Sabía que Beria y Malenkov intentaban establecer de antemano las decisiones que tomar, de ahí que estimara la honestidad de Voznesenski. Pero ya no apreciaba la franqueza de sus viejos camaradas. Voroshilov, «el más ilustre de los próceres soviéticos», del que desconfiaba ahora por su afición al brillo y a los ambientes bohemios, intentó recordarle su vieja amistad: «No me acuerdo de nada», respondió Stalin. Mikoyan era uno de los más sinceros y a menudo le contradecía, actitud que, si bien había resultado admisible durante la guerra, ya había dejado de serlo: en una ocasión, discutiendo acerca de la ofensiva de Járkov, Mikoyan espetó valientemente que el desastre había sido culpa de Stalin. El genio militar se puso furioso, y empezó a recelar cada vez más de Molotov y de Mikoyan.

Los próceres no podían reunirse nunca en privado: «El peligro acechaba en los amigos y en las amistades», escribe Sergei Jrushchov. «Una reunión inocente podía tener un final trágico.» Cuando Jrushchov, Malenkov, Mejlis, Budionni y otros vivían en la calle Granovski, prácticamente nunca se visitaban, pese a ser vecinos. A Stalin le encantaban los odios mutuos: Beria y Malenkov detestaban a Zhdanov y Voznesenski; Mikoyan odiaba a Beria; y Bulganin odiaba a Malenkov. En las casas de todos había micrófonos instalados. («Yo he tenido la casa intervenida toda mi vida», admitiría Molotov cuando su guardaespaldas le confesó que tenía la casa llena de micrófonos.) Pero Beria afirmaba que en su casa hablaba deliberadamente de política en tono crítico porque, de lo contrario, Stalin habría empezado a sospechar de él. La importancia de los jerarcas dependía no de su rango, sino simplemente de las relaciones que mantuvieran con el Vozhd. Así, Poskrebishev, su factótum, pese a ser miembro del CC, insultó a Mikoyan, miembro a su vez del Politburó, cuando éste empezó a resultar sospechoso.

Stalin debía ser consultado para cualquier cosa, por insignificante que fuera; sin embargo, no quería que le agobiaran pidiéndole que tomara decisiones, porque eso también le ponía nervioso. Beria se jactaba de que, mientras que Yezhov corría a contar al Vozhd todo tipo de nimiedades, él sólo lo consultaba para las cuestiones de mayor importancia. Si Stalin estaba de vacaciones, la opción más prudente era no tomar decisiones en absoluto, estrategia perfeccionada por Bulganin, que, a consecuencia de ella, fue ascendiendo sin levantar nunca sospecha. En caso de duda, lo mejor era apelar a la sagacidad de Stalin: «Sin ti, nadie sería capaz de resolver esta cuestión», decía Bulganin en una de sus notas. Al Vozhd le gustaba escuchar la opinión de todo el mundo antes de dar la suya, pero Mikoyan prefería «esperar a ver lo que decía Stalin».

Según Beria, la única forma de sobrevivir era «dar siempre primero». En todo momento resultaba prudente denunciar a otros dirigentes o, como decía Vishinski, «tener a la gente en vilo». Cuando Molotov cometía un error, Vishinski se regodeaba. Pero los denunciantes también estaban en vilo: Manuilski escribió una denuncia de Vishinski de diez páginas de extensión: «Querido camarada Stalin, me dirijo a ti a propósito del caso Vishinski. En el extranjero, fuera del control del CC, es todo un pequeño burgués y se da una importancia infinita, una persona para la cual lo primero son sus propios intereses». Stalin decidió no hacer nada al respecto, pero, como de costumbre, informó a la víctima: a última hora de ese mismo día, encontraron a Vishinski con la mirada perdida: «Sólo estoy vivo teóricamente. He logrado pasar el día. ¡Bueno, algo es algo, gracias a Dios!».

La norma suprema era no ocultar nada a Stalin: Zhdanov neutralizó la crisis por la que pasó en Leningrado y Jrushchov superó el trotskismo de juventud gracias a la confesión sumisa de sus pecados al Vozhd. La vista que tenía Stalin para las debilidades de los otros era verdaderamente de águila: cuando Vishins-

ki cayó enfermo y se marchó de una reunión diplomática, Stalin se enteró de inmediato y llamó por teléfono a su subordinado, Gromiko, para decirle:

—¿Qué le ha pasado a Vishinski? ¿Estaba borracho?

Gromiko contestó que no.

—Pero los médicos dicen que es un alcohólico... ¡Bueno, vale, déjalo![7]

* * *

Después de cenar, Stalin brindó solemnemente por Lenin, cuya máscara mortuoria brillaba con luz mortecina en la pared iluminada por una lamparilla:

—¡Por Vladimir Ilich, nuestro líder, nuestro maestro, nuestro todo!

Pero aquella bendición sacerdotal puso fin al poco decoro que pudiera quedar. Cuando no estaba presente ningún extranjero, el Vozhd criticaba a Lenin, el héroe que se había vuelto contra él: llegó incluso a contarle al joven Beria chismes acerca de los líos de Lenin con sus secretarias. «Al final de su vida —pensaba Jrushchov—, perdió el control de lo que decía». Probablemente fuera después de las cuatro de la madrugada; los invitados estaban borrachos hasta no poder más, cansados y estragados, pero el todopoderoso insomne seguía despierto, vigilante y casi sobrio.

Se les concedió un pequeño descanso para que fueran a lavarse las manos, una nueva oportunidad de restregarse los ojos ante la última ocurrencia de Stalin: los jerarcas se echaron a reír entre dientes al ver el número cada vez mayor de cerraduras en las puertas y se contaron en voz baja la enésima jactancia del Vozhd acerca de sus hazañas con la bebida:

—¡Sabes, ya de joven bebía demasiado!

Pero enseguida había que volver a la cena, cuyo nivel se parecía al de una despedida de solteros de hombres de Neanderthal.

A veces Stalin se «emborrachaba tanto que se tomaba demasiadas libertades», dice Jrushchov. Si se le antojaba, «podía tirarte un tomate». Beria era todo un maestro de las bromas, lo mismo que Poskrebishev. Los dos invitados más dignos, Molotov y Mikoyan, se convirtieron en víctimas cuando la desconfianza de Stalin hacia ellos se volvió más perversa. Beria se metía con el esplendor del atuendo del «flamante» Mikoyan. Stalin se reía de sus «aires elegantes», mientras que Beria se divertía tirando el sombrero del armenio a las ramas de los pinos, de las que acababa colgado. Le metía tomates maduros por detrás de la chaqueta y luego lo «acorralaba contra la pared», para que reventaran. Mikoyan empezó a llevar a las cenas varios pares de pantalones. Cuando volvía a casa, Ashken encontraba huesos de pollo en sus bolsillos. Stalin sonrió complacido cuando Molotov se sentó encima de un tomate o cuando en otra ocasión Poskrebishev se tragó un lingotazo de vodka lleno de sal que lo haría vomitar. Poskrebishev solía acabar cayendo redondo y había que llevárselo a rastras. Beria escribió en una ocasión «GILIPOLLAS» en un papel y se

lo clavó a Jrushchov en la espalda. Como éste no se dio cuenta, los demás se partieron de risa. Jrushchov nunca olvidaría aquella humillación.

A veces Svetlana asomaba por el comedor durante la cena, pero no podía ocultar su bochorno y su disgusto. En su opinión, los jerarcas se parecían a «los boyardos de Pedro el Grande», que estuvieron a punto de matarse a fuerza de alcohol para divertir al zar durante su «Sínodo» de borrachos.

Después de cenar, «Stalin ponía el gramófono, considerando que era su obligación de ciudadano. Nunca se alejaba de él», dice Berman. Le gustaban los discos cómicos, entre otros uno en el que se mezclaban «los gorgoritos de un cantante con los aullidos y ladridos de unos perros», y con el que se reía a carcajadas.

—¡Vaya, qué gracioso! ¡Es endiabladamente gracioso!

Escribía comentarios sobre los discos del siguiente tenor: «¡Muy bueno!».

Incitaba a sus próceres a que se pusieran a bailar, pero no ya las divertidas evoluciones de Voroshilov o los saltos de Mikoyan. También aquello se había convertido en una demostración de poder y de fuerza. El propio Stalin «pegaba saltos de un lado a otro con los brazos abiertos» al estilo georgiano, aunque «tenía cierto sentido del ritmo».

—¡Camarada Iosiv Vissarionovich, qué fuerte eres! —comentaban los miembros del Politburó.

De repente se paraba y adoptaba un aire taciturno:

—¡Ay no, no viviré mucho! Las leyes fisiológicas siguen inexorablemente su curso.

—¡Qué va, qué va! —decía Molotov sumándose al coro—. Camarada Iosiv Vissarionovich, te necesitamos. ¡Todavía te queda mucha vida por delante!

—La vejez me acecha. ¡Ya soy un anciano!

—¡Qué absurdo! Tienes un aspecto estupendo. Aguantas maravillosamente...

En una ocasión en que Tito estaba presente, Stalin movió la mano como si no quisiera hacer caso de aquellas palabras de ánimo y miró a su huésped, cuyo asesinato ordenaría más tarde:

—Tito debería cuidarse, no vaya a pasarle algo. Porque yo no voy a vivir mucho. —Y volviéndose a Molotov añadió—: Pero Viacheslav Mijailovich seguirá aquí.

Molotov se estremeció. Sin embargo, luego, haciendo una curiosa demostración de su virilidad, Stalin afirmó:

—¡Todavía me quedan fuerzas!

Rodeó con sus brazos a Tito y lo levantó por tres veces del suelo al ritmo de una canción rusa que sonaba en el gramófono, en un *pas-de-deux* que sería el equivalente tiránico de la pareja formada por Nureyev y Margot Fonteyn.

—Cuando Stalin dice que a bailar —comentó Jrushchov a Mikoyan—, todo hombre sabio baila.

Obligó al sudoroso Nikita a ponerse en cuclillas y bailar el *gopak*, postura que hacía que se pareciera a «una vaca bailando sobre hielo». Bulganin «pataleaba». Mikoyan, «bailarín reconocido», todavía era capaz de ejecutar su alocada *lezginka*, y «nuestro bailarín urbano», Molotov, daba unos pasos impecables de vals, en una demostración de sus inigualables dotes para el arte de Terpsícore. Ya desde los años treinta, el número fuerte de Molotov en las fiestas había sido su capacidad de bailar elegantemente piezas lentas con otros hombres para que Stalin se desternillara de risa: su última pareja de baile masculina, Postishev, hacía tiempo que había sido fusilado.

El máximo dirigente de la seguridad polaca, Berman, quedó boquiabierto cuando el ministro de Asuntos Exteriores soviético le preguntó si quería bailar con él. «Me limité a mover los pies siguiendo el ritmo, como una mujer —dice Berman—. Molotov me llevaba. No era mal bailarín. Intenté seguir el compás, pero aquello parecía más una payasada que una pieza de baile. Me divertía, pero por dentro sentía una gran tensión.» Stalin observaba desde el rincón del gramófono, sonriendo pícaramente mientras Molotov y Berman evolucionaban por la pista. Era Stalin el que «realmente se divertía. Para nosotros —escribe Berman—, aquellas sesiones de baile eran una buena ocasión para decirnos al oído cosas que no podían decirse en voz alta». Molotov avisó a Berman de que «varias organizaciones hostiles estaban infiltrándose» en su país, advertencia acordada previamente con Stalin.*

Rara vez asistían mujeres a esas cenas, pero en ocasiones había alguna que otra invitada en la fiesta de Fin de Año o en la el cumpleaños del Vozhd. En una ocasión en que Nina Beria acudió a Kuntsevo con su marido, Stalin le preguntó por qué no bailaba. Ella le respondió que no tenía ganas, de modo que el Vozhd fue a buscar a un joven actor y le ordenó que sacara a bailar a Nina. Sólo pretendía burlarse de los celos de Beria, que se puso hecho una furia. Svetlana detestaba asistir a ese tipo de orgías. Stalin también le insistía en que bailara:

—¡Venga, Svetlana, baila! ¡Eres la anfitriona, baila!

—Ya he bailado, papá. Estoy cansada.

Stalin la tiraba del pelo, expresando su «afecto perverso de aquel modo brutal». Cuando la joven intentaba huir, él le gritaba:

—Camarada Anfitriona, ¿Por qué dejas a estas pobres criaturas incultas sin... dirección? ¡Guíanos! ¡Muéstranos el camino!

Cuando Zhdanov se sentaba al piano, se dedicaban a cantar himnos religiosos, himnos de los rusos blancos y canciones populares georgianas, como

* El baile de piezas lentas entre hombres simboliza la siniestra degeneración de la dictadura de Stalin, pero no es un caso único. En noviembre de 1943, durante la fiesta celebrada con motivo del día de Acción de Gracias por el presidente Roosevelt en El Cairo, poco antes de que partiera a entrevistarse con Stalin en Teherán, y en vista de la escasez de mujeres, Churchill bailó alegremente con el asistente militar del presidente estadounidense, el general Edwin «Pa» Watson.

«Suliko». Cuando estaban presentes actores y directores de cine georgianos, como Chiaureli, la diversión subía de nivel. Las «imitaciones, canciones, y anécdotas» de Chiaureli «hacían reír a Stalin». Al Vozhd le encantaba cantar y lo hacía bastante bien. Los dos antiguos muchachos de coro, Stalin y Voroshilov, se unían a Mikoyan y Beria, mientras que Zhdanov tocaba el piano.*

Estaba casi amaneciendo ya, cuando de repente la mágica nostalgia de las canciones rescatadas de esos mundos perdidos de seminarios y coros de iglesia se hacía añicos debido a los estallidos de cólera y las muestras de desprecio de Stalin. «Un buen detective que estuviera interrogando a un criminal empedernido —dice Jrushchov—, no se habría comportado con él del modo en que se comportaba Stalin con sus amigos cuando estaban a la mesa.» En una ocasión en que Mikoyan se atrevió a discrepar de él, soltó:

—¡Ya estáis todos viejos! ¡Tendré que sustituiros!

Aproximadamente a las cinco de la madrugada, Stalin despedía a sus camaradas, ya agotados, tan borrachos a veces que no podían ni moverse. Los guardias ordenaban que los coches dieran la vuelta y se colocaran a la puerta de la casa, mientras los chóferes «iban sacando a rastras cada uno a su cargamento». De vuelta a casa, Jrushchov y Bulganin se recostaban en el asiento, con el alivio de haber sobrevivido.

—Nunca se sabe —musitaba Bulganin—, si va a salir uno camino de su casa o de la cárcel.

Los guardias cerraban a cal y canto las puertas de la dacha y se retiraban a sus garitas. Stalin se tumbaba en uno de los divanes y empezaba a leer. Por último, el alcohol y el cansancio apagaban el obsesivo motor que llevaba dentro y se quedaba dormido. Los guardaespaldas observaban que la luz de los aposentos de Stalin se había apagado: «Ni un solo movimiento».[8]

* Les gustaban tanto aquellas sesiones, que aquel conjunto de coristas asesinos grabó un disco, en el que puede oírse a Voroshilov llevando la voz cantante, apoyado por Zhdanov al piano. Podemos comprobar lo bien que sonaban sus voces y el campanilleo del piano en una de las noches de Kuntsevo. Esta curiosa grabación se encuentra en posesión de la familia Zhdanov.

47

La oportunidad de Molotov: «¡Cuando estás borracho sueltas cada una!»

«La guerra —reconocía Stalin— me ha hecho trizas.» En octubre de 1945, volvió a caer enfermo. De repente, durante la cena, anunció:

—Que Viacheslav se ponga ahora a trabajar. Él es más joven.

Kaganovich, entre sollozos, suplicó al Vozhd que no se retirara. No hay honor más envidiable que el de ser nombrado heredero de un tirano asesino. Pero entonces Molotov, el primero de una sanguinaria retahíla de sucesores potenciales, tuvo su oportunidad de actuar como vicario del máximo dirigente.

El 9 de octubre, Stalin, Molotov y Malenkov votaron «conceder al camarada Stalin unas vacaciones de mes y medio», y el generalísimo partió en un tren especial hacia Sochi y de allí a Gagra, en el mar Negro. Entre el 9 y el 15 de octubre, el Vozhd sufrió un grave ataque al corazón. En una fotografía del archivo familiar de Vlasik podemos ver a un Stalin claramente enfermo, seguido de un Vlasik lleno de ansiedad, probablemente en el momento de llegar a Sochi, para entonces una mansión verde bastante grande de dos pisos construida alrededor de un patio. Posteriormente se trasladó al sur, a Jolodnaya Rechka, cerca de Gagra, el inexpugnable nido de águilas de Stalin, excavado en la roca, sobre un acantilado que se asoma al mar. Transformado por Merzhanov en una casa verde típicamente meridional muy parecida a Kuntsevo, se convertiría en su principal residencia en el sur durante el resto de su vida, en una especie de Camp David secreto. Hasta sus puertas de madera claveteadas sólo se accedía por una «carretera estrecha y llena de pronunciadas curvas». La casa estaba rodeada totalmente por una balconada georgiana y disponía de un gran techo corredizo: una casa de vacaciones de madera un tanto destartalada, colgada al borde de una montaña.*

* Bajando por una escalara, había un pequeño chalet para Svetlana, en medio del acantilado. Cuando Stalin lo vio, murmuró: «¿Quién es esa niña [a la que se ha concedido semejante

En medio de aquel bello aislamiento, Stalin se recuperó gracias a un ritmo tranquilo y hermético de vida de vacaciones, durmiendo toda la mañana, dando paseos durante el día, desayunando en la terraza, leyendo hasta tarde y recibiendo una marea incesante de papeles, entre ellos dos tipos de documentos que no se perdía nunca: los informes del NKGB y las traducciones de la prensa extranjera. Debido acaso a la estrecha vigilancia a la que sometía a la prensa soviética, tenía una curiosa fe en los periodistas extranjeros.

Durante su ausencia, Molotov dirigió el gobierno en compañía de Beria, Mikoyan y Malenkov, los «cuatro» del Politburó. Pero el momento de Molotov en el candelero pronto se vio ensombrecido por los inquietantes rumores que empezaron a correr en el sentido de que Stalin estaba agonizando o incluso de que ya había muerto. El 10 de octubre, TASS, la agencia de noticias soviética, anunció que «el camarada Stalin se ha ido a descansar». Pero semejante declaración no hizo más que incrementar la curiosidad del público y suscitar la vigilancia de Stalin. El *Chicago Tribune* informó que el mandatario soviético había sido incapacitado. Sus sucesores serían con toda seguridad Molotov y el mariscal Zhukov, noticia que fue remitida a Sochi como «Rumores de la prensa extranjera acerca del estado de salud del camarada Stalin». Las sospechas de éste se intensificaron cuando leyó una entrevista con Zhukov en la que el mariscal se atribuía el mérito de la victoria en la guerra, dignándose a elogiar a Stalin tan sólo al final del documento. El Vozhd fijó todo su interés en descubrir por qué habían empezado a circular esos rumores. ¿Quién los había propagado y por qué había sido profanado el honor de la Unión Soviética en su persona?

Es posible que «nuestro Viacheslav» se sintiera tan «soliviantado» al tener por fin en sus manos toda la responsabilidad, que no se diera cuenta de la fatídica figura que acechaba en Abjasia. Molotov había alcanzado por aquel entonces la cima de su prestigio como político internacional. Acababa de regresar de una serie de reuniones internacionales. Había habido tensiones entre Stalin y su ministro cuando el primero pidió al segundo que presionara a Turquía para que cediera parte de su territorio: Molotov se había mostrado en contra, pero Stalin había insistido. Las exigencias soviéticas fueron rechazadas. En abril, Molotov había estado en Nueva York, Washington y San Francisco para entrevistarse con el presidente Truman, y había asistido a la inauguración de la ONU. En el curso de una reunión bastante desagradable, Truman puso ante los ojos de Molotov la perfidia mostrada por los soviéticos hacia Polonia. «Vivimos bajo una presión constante provocada por el temor a fallar», decía Molotov en una carta a «Polinka, mi amor», pero, como de costumbre,

---

mansión]? ¿Un miembro del Politburó?». El hotelito de Vasili estaba pegado a la caseta del guarda: los visitantes tenían que pasar por un largo túnel que atravesaba el edificio de la guardia para llegar hasta la casa de Stalin.

se vanagloriaba de su protagonismo: «Aquí, entre el público burgués —decía en tono jactancioso—, yo era el centro de atención, sin que nadie dedicara prácticamente el menor interés a los demás ministros». Como de costumbre también, «os echo de menos a ti y a la niña. No ocultaré que a veces se apodera de mí un deseo impaciente de teneros cerca y de sentir vuestras caricias». Pero lo esencial era que «Moscú [esto es, Stalin] realmente apoya nuestro trabajo y lo anima».

En el mes de septiembre, Molotov estuvo en Londres para asistir al Consejo de Ministros de Asuntos Exteriores, en el que insistió en el nombramiento de un síndico fideicomisario soviético para la Libia italiana, hablando en tono sarcástico del talento de la Unión Soviética para la administración colonial. A diferencia de Stalin, que insistía incansablemente en dar vuelcos radicales, Molotov era más realista, mostrándose partidario de los pasos graduales en materia de política exterior, y sabía que Occidente no aceptaría nunca la existencia de una Libia soviética. Cometió algunas meteduras de pata, pero Stalin le perdonó el fracaso de la conferencia, echando la culpa del mismo a la intransigencia norteamericana. Molotov volvió a lamentarse con Polina de la «presión provocada por el temor a fallar». Apenas salía de la embajada soviética y veía películas como *Un marido ideal*, basada en la obra de Oscar Wilde, pero «una vez y sólo una he ido a ver la tumba de Karl Marx». Con un estilo típicamente soviético felicitaba a Polina por su «actuación en el plan anual [de productos textiles]», pero «deseo abrazarte fuerte y descargar mi corazón».

Pues bien, en aquellos momentos, mientras Stalin se recuperaba y Molotov actuaba de un modo ligeramente más independiente, la temperatura empezó a subir. Molotov pensaba que era el momento propicio para llegar a un acuerdo con Occidente. Stalin lo desautorizó: era el momento de «romper el velo de la amistad». En vista de que Molotov seguía comportándose con demasiada blandura con los Aliados, Stalin, utilizando el *vy* («usted») del lenguaje formal, lo atacó duramente. «La manera que tiene Molotov de distanciarse del gobierno y presentarse a sí mismo como un hombre más liberal ... no tiene nada de bueno.» Molotov se dio por vencido presentando las disculpas de rigor: «Admito que he cometido una grave equivocación». Aquél fue un momento muy significativo para los jerarcas: incluso Stalin y Molotov dejaron de tratarse uno a otro de manera informal: se acabó lo de «Koba»; ahora todo era «camarada Stalin».

El 9 de noviembre, Molotov ordenó a *Pravda* publicar un discurso de Churchill en el que éste elogiaba a Stalin calificándolo de «ese hombre verdaderamente grande, el padre de su nación». Molotov no se había enterado de la nueva visión que tenía Stalin de Occidente. El Vozhd le remitió un mensaje airado: «Considero un error la publicación del discurso de Churchill con el elogio de Rusia y de Stalin», y arremetía contra ese «éxtasis infantil» que «engendra ... una actitud servil ante los personajes extranjeros. Contra esa actitud servil debemos luchar con uñas y dientes ... Ni que decir tiene que los dirigen-

tes soviéticos no necesitan elogios de los líderes extranjeros. Hablando personalmente, ese elogio simplemente me crispa. Stalin».

Al tiempo que la prensa extranjera se hacía eco de la enfermedad de Stalin y de la sucesión de Molotov, éste se achispó un poquito en la recepción del 7 de noviembre y propuso el levantamiento de la censura para los medios de comunicación extranjeros. Stalin llamó por teléfono a su sustituto, que sugirió tratar «a los corresponsales extranjeros con más liberalidad». El convaleciente replicó con la más absoluta sequedad:

—¡Cuando estás borracho sueltas cada una!

Stalin dedicó los tres días siguientes de sus vacaciones a aplastar a Molotov. Al ver que *The New York Times* había escrito a propósito de su enfermedad «de un modo más cruel incluso del que lo ha hecho la prensa amarilla francesa», decidió dar una lección a Molotov y ordenó a los «cuatro» que investigaran ... si todo se había debido a un error de Molotov. Los otros tres intentaron proteger a su colega echando la culpa a un diplomático de menor rango, pero acabaron admitiendo que el hombre había seguido las instrucciones del ministro. El 6 de diciembre, Stalin telegrafió a Malenkov, Beria y Mikoyan, ignorando a Molotov y arremetiendo contra la «ingenuidad» de los tres al intentar «encubrir el asunto» disimulando «la jugada del cuarto». Stalin estaba que trinaba por aquel «ultraje» al «prestigio» del gobierno soviético. «Probablemente habéis intentado enterrar el caso dando una bofetada ... al chivo expiatorio y hacer que todo quedara en eso. Pero os habéis equivocado.» Haciendo alusión hipócritamente a las pretensiones del gobierno del Politburó, Stalin declaraba: «Ninguno de nosotros tiene derecho a actuar por su cuenta ... Pero Molotov se ha arrogado ese derecho. ¿Por qué? ... ¿Porque esas calumnias formaban parte de su plan?». Un rapapolvo no bastaba, pues el ministro de Asuntos Exteriores «se preocupa más de alcanzar popularidad entre determinados círculos extranjeros. No puedo considerar a ese camarada mi Primer Delegado». Acababa diciendo que no le enviaba ese telegrama a Molotov «porque no confío en algunas personas de su entorno». (Aquélla sería una de las primeras referencias a la condición de judía de Polina.)

Beria, Malenkov y Mikoyan, que simpatizaban con el pobre Molotov, lo convocaron en calidad de jueces, le leyeron el telegrama de Stalin y lo atacaron por las meteduras de pata cometidas. Molotov reconoció sus errores, pero consideró injusto que no confiaran en él. Los tres comunicaron a Stalin que Molotov había «incluso derramado algunas lágrimas», hecho que debió de satisfacer mínimamente al generalísimo. Molotov escribió luego una carta pidiendo disculpas al Vozhd que, según dice cierto historiador, quizá sea «el documento más emotivo de su vida de político».

«Tu telegrama en clave está lleno de una profunda desconfianza hacia mí, en cuanto bolchevique y en cuanto ser humano —decía compungido Molotov—, y lo acepto como la advertencia más seria del Partido para todo lo que

en adelante pueda hacer, sea cual sea la tarea que se me encomiende. Intentaré destacar en mis acciones para recuperar tu confianza, en la que todo bolchevique honrado ve no sólo una confianza personal, sino la confianza de todo el Partido, algo que estimo más que la vida misma.»

Stalin dejó que Molotov fuera cociéndose en su propio jugo otros dos días, hasta que a la una y cuarto de la madrugada del 8 de diciembre contestó de nuevo a los «cuatro», restituyendo a su sustituto errante en el puesto que había venido ocupando como primer ministro adjunto. Pero no volvería a hablar nunca más de Molotov como su sucesor y tomó buena nota de aquellos errores para utilizarlos contra él.[1] *

* * *

Aquello fue sólo el principio. Stalin se encontraba mejor, pero había estado reflexionando airadamente sobre los desafíos venidos del exterior, la indisciplina reinante en el interior, la deslealtad perceptible en su círculo, y la impertinencia de los mariscales. Estaba preocupado y deprimido debido al silencio y a la soledad, pero su colérica energía y su entusiasmo por la vida se veían estimulados por la lucha. Se regodeaba con la excitación que le provocaban el hecho de manejar a las personas como si fueran marionetas y el conflicto ideológico. Cuando volvió en diciembre con un nuevo destello en sus ojos amarillos y una leve cojera, decidió reforzar el bolchevismo y desautorizar a sus boyardos todopoderosos en una hábil oleada de detenciones y destituciones.

Tras zarandear de mala manera a Molotov, Stalin volvió sus ojos hacia Beria y Malenkov. No tenía necesidad de inventar ningún escándalo. Cuando Vasili Stalin lo había visitado en Potsdam, le había informado del desastroso nivel de seguridad de los aviones soviéticos: de los 80.300 aparatos perdidos en la guerra, el 47 por 100 había caído a consecuencia de accidentes, no al fuego del enemigo ni a un error del piloto. Stalin había estado pensando en ello durante las vacaciones, llegando incluso a invitar al ministro de Producción de Aviones, Shajurin,** a Sochi. Entonces ordenó la apertura de un «Expediente de los Aviadores» contra Shajurin y el jefe supremo del ejército del aire, el ma-

* Mikoyan también sintió aquella desaprobación glacial. Stalin sospechaba que sus dos viejos camaradas eran derechistas encubiertos, cosa totalmente absurda en el caso de Molotov. Pero durante las complejas discusiones en torno a si se debía despojar a Alemania de su industria o si se creaba un sector oriental satélite, y las infinitas crisis de hambruna y de escasez de grano, Mikoyan se convirtió en una voz defensora de la moderación. En el momento en que no envió un informe exacto desde el Extremo Oriente, recibió otra dura nota de Stalin en la que éste decía: «Te mandamos al Extremo Oriente no para que te llenaras la boca de agua [esto es, para que no dijeras nada], y no informaras a Moscú».

** El hijo de Shajurin fue el que en 1943 asesinó a su novia y luego se quitó la vida en el Kamenni Most.

riscal Novikov, uno de los héroes de la guerra, al que había amenazado entre bromas y veras durante el banquete en honor de De Gaulle.

El 2 de marzo, Vasili Stalin fue ascendido a general de división. El 18 de marzo, Beria y Malenkov, los dos grandes potentados durante la guerra, fueron ascendidos a miembros de pleno derecho del Politburó, al tiempo que el Caso de los Aviadores se les venía encima. A continuación Shajurin y el mariscal Novikov, del ejército del aire, fueron detenidos y torturados. Lo que se pretendía con su suplicio era precisamente matar dos pájaros de un tiro: acabar con ellos y con el señor supremo de la producción aérea, Malenkov.

Abakumov, el máximo dirigente de la Smersh y protegido de Stalin, urdió el Caso de los Aviadores, que iba dirigido también contra Beria. La antigua predilección de Stalin por el mingreliano se había convertido hacía tiempo en claro desdén. La actitud descaradamente lisonjera y la creatividad asesina de Beria repugnaban a Stalin tanto como le impresionaba su genio administrativo. El Vozhd ya no confiaba en «Ojos de Serpiente». Su primera norma consistía en mantener el control personal de la policía secreta. «Sabe demasiado», dijo Stalin a Mikoyan. El encono del generalísimo fue avivándose poco a poco. Un día, estaban paseando por los jardines de Kuntsevo con Kavtaradze cuando Stalin lanzó contra Beria en dialecto mingreliano (que nadie excepto los georgianos podían entender) las siguientes palabras cargadas de veneno:

—¡Eres un traidor, Lavrenti Beria! —y añadió «con una sonrisa irónica»—: ¡Traidor!

Cuando iba a cenar a casa del matrimonio Beria, se mostraba encantador con Nina, pero desdeñoso con Lavrenti: en los brindis lo condenaba de forma irremisible empleando los elogios más gastados. Beria le recordó su primer encuentro en 1926:

—No me acuerdo de nada —replicó contundentemente el Vozhd.

Los intentos de Lavrenti de hablar con él en georgiano durante las reuniones exasperaban ahora a Stalin:

—No tengo ningún secreto con mis camaradas. ¿Qué clase de provocación es ésa? ¡Habla una lengua que entiendan todos!

Stalin sospechaba —y no andaba desencaminado— que Beria, el genio de la industria y de la energía nuclear, quería convertirse también en estadista.

—¡Es ambicioso a escala mundial —confió a un protegido suyo georgiano—, pero la munición con la que cuenta no vale un céntimo!

El Vozhd decidió que había algo que olía a podrido en los órganos encargado de la seguridad del estado. Durante sus vacaciones, preguntó a Vlasik acerca de la conducta de Beria. El jefe de su seguridad, deseoso de acabar con el mingreliano, denunció su vida corrupta, su incompetencia y posiblemente la enfermedad venérea que padecía. Durante una cena en el sur, Stalin hizo un chiste a propósito de Beria:

—Stalin ha perdido su pipa favorita. Al cabo de unos días, Lavrenti llama a Stalin y le dice: «¿Has encontrado la pipa?». «Sí —responde Stalin—, estaba debajo del sofá.» «¡Eso es imposible! —exclama Beria—. ¡Ya hay tres personas que han confesado el crimen!»

Al Vozhd le encantaban los chistes sobre la capacidad que tenía la Cheka de hacer confesar a las personas inocentes. Pero de pronto se puso serio:

—Todo el mundo se ríe con el chiste. Pero no tiene nada de gracioso. ¡Los infractores de la ley no han sido erradicados del MVD!

Stalin pasó rápidamente a actuar contra él. Beria fue destituido como ministro del MVD en el mes de enero, pero siguió siendo *curator* de los órganos de la seguridad con Merkulov como máximo dirigente del MGB. Entonces éste fue denunciado por su secretario. Beria se lavó las manos. El 4 de mayo, Stalin, apoyado por Zhdanov, organizó el ascenso de Abakumov a ministro de la Seguridad del Estado: sus méritos para el cargo eran su obediencia ciega y su independencia respecto a Beria. Cuando Abakumov rehusó modestamente aceptar el puesto, Stalin le preguntó en tono jocoso si quizá «prefería el monopolio del té».

Abakumov sigue siendo el más oscuro de los máximos dirigentes de la policía secreta de Stalin, del mismo modo que los años de la posguerra son los más tenebrosos de su reinado, aunque ahora sepamos muchas más cosas sobre dicho período. Las atrocidades que estaban por venir serían obra de Abakumov, no de Beria, aunque la mayor parte de los libros de historia se las achacan a éste. Beria, que como primer ministro adjunto encargado de la bomba atómica y de la industria de misiles, trasladó su despacho de la Lubianka al Kremlin, fue a partir de ese momento «expulsado» de los órganos de seguridad. Aquello le dolió amargamente.

«Beria temía terriblemente a Abakumov e intentó a toda costa mantener buenas relaciones con él...», recuerda Merkulov. «Beria encontró la horma de su zapato en Abakumov.» Como una rata en un barco a punto de hundirse, su alcahuete, el coronel Sarkisov, denunció la degeneración sexual del Barba Azul bolchevique a Abakumov, que inmediatamente le fue con el cuento a Stalin:

—¡Tráeme algo que ese gilipollas pueda firmar! —dijo secamente el Vozhd.

48

Zhdanov, el heredero, y la alfombra ensangrentada de Abakumov

Abakumov, un tipo de estatura elevada con el rostro carnoso en forma de corazón, ojos de color indefinido, cabellos negro azabache siempre despeinados, labios prominentes y carnosos y cejas muy pobladas, era otro torturador pintoresco y fanfarrón, un *condottiero* amoral y «un ambicioso zoológico», que poseía todo el sadismo de Beria, pero una inteligencia inferior a la de éste.* Abakumov desenrollaba una alfombra manchada de sangre sobre el suelo de su despacho antes de emprender la tortura de sus víctimas, para no manchar las costosas alfombras persas que adornaban la sala.

—Mira —dijo a su espía Leopold Trepper—, sólo hay dos formas de dar las gracias a un agente: cubriendo de condecoraciones su pecho, o cortándole la cabeza.

No era el único que sostenía esa idea bolchevique.

Hasta que Stalin decidió convertirlo en su agente de la Cheka personal, Victor Abakumov era un miembro de la policía secreta normal y corriente, que se había distinguido purgando Rostov en 1938. Nacido en 1908, hijo de un obrero de Moscú, era todo un *bon vivant* y un mujeriego. Durante la guerra, había ocultado a su amante en el hotel Moskva y se había dedicado a trasladar por tren a Rusia vagones enteros cargados con el fruto del saqueo de Berlín. Su espléndido apartamento había pertenecido a una soprano a la que había metido en la cárcel. Abakumov utilizaba regularmente los pisos francos del MGB para sus encuentros amorosos y se distinguía por su afición a la música de jazz.

* Abakumov aparece como el consumado cortesano astuto, totalmente sometido a los misteriosos caprichos de Stalin, en la novela de Solzhenitsin sobre el terror de posguerra, titulada *El primer círculo*, y como un sagaz y lascivo agente de la policía secreta dominado por la ambición en la obra de Ribakov *Polvo y cenizas*, el último volumen de la trilogía *Los hijos del Arbat* de dicho autor.

En las fiestas que daba solía tocar el famoso Eddie Rosner con su orquesta, hasta que se prohibió ese género musical.

Abakumov despachaba los asuntos directamente con Stalin una vez a la semana, pero nunca formó parte del círculo más íntimo del dictador.

—Nunca hice nada por mí mismo —diría a la muerte del Vozhd—. Stalin daba las órdenes, y yo las ejecutaba.

No hay motivos para no creer en su palabra.

Este agente de la Cheka no dudó en cultivar la amistad de los hijos de Stalin desde pequeños. En el transcurso de una cena celebrada en el Kremlin, «se puso a comer y de repente se levantó de un salto de la silla y se inclinó, haciendo una reverencia, ante una chiquilla pelirroja»: Svetlana Stalin. La importancia del Vozhd era tal por aquel entonces que la gente bajaba la cabeza ante su hija en señal de respeto. Abakumov acompañaba a Vasili Stalin en sus correrías de borracho. Juntos fomentaron la apertura del Caso de los Aviadores. Vasili se apropió de la dacha de Novikov mientras «el padre de las Fuerzas Aéreas soviéticas» era torturado. Stalin pidió consejo a Abakumov sobre el caso:

—Hay que fusilarlos a todos —fue su respuesta.

—Resulta fácil fusilar a gente —replicó Stalin—. Lo difícil es hacer que trabajen. Haz que trabajen.

Shajurin fue condenado a siete años de trabajos forzados, y Novikov a diez; pero las confesiones de los dos hombres implicaron a peces más gordos.

El 4 de mayo Malenkov fue bruscamente destituido de la Secretaría del Partido. Sus hijos recuerdan que tuvieron que abandonar su dacha. Su madre se los llevó al Báltico a pasar unas largas vacaciones. Malenkov fue enviado a inspeccionar la cosechas en Asia central durante varios meses, pero nunca fue detenido. Beria intentó convencer a Stalin de que lo hiciera regresar, propuesta que el generalísimo encontró muy graciosa:

—¿Por qué te preocupas tanto por semejante imbécil? Serás la primera víctima de su traición.

* * *

Beria había perdido los órganos de la seguridad que controlaba y de paso a su principal aliado, Malenkov, de modo que el éxito de la bomba atómica se convertía en su objetivo primordial. A finales de ese mismo año, se presentó precipitadamente en la Elektrostal de Noginsk, cerca de Moscú, para comprobar que el reactor nuclear experimental del profesor Kurchatov resultaba decisivo, al producir la primera reacción nuclear soviética autosuficiente. Beria observó cómo Kurchatov levantaba la palanca en el panel de control y escuchó cómo el sonido de los «clics» que registraban los neutrones aumentaba hasta convertirse en un pitido.

—¡Ya ha empezado! —dijeron.

—¿Eso es todo? —farfulló Beria, temeroso de ser víctima de un engaño por parte de aquellos cerebros—. ¿Eso es todo? ¿Puedo entrar en el reactor?

Aquélla habría sido una magnífica oportunidad para millones de víctimas de Beria, pero, como era su obligación, los científicos se lo impidieron, permitiendo así la permanencia en el mundo de los vivos de aquel verdugo venido a menos.

* * *

El revés que habían sufrido las carreras de Beria y Malenkov supuso el resurgimiento del enemigo de ambos, Andrei Zhdanov, el amigo especial de Stalin, aquel intelectual efusivo y pretencioso que, tras la presión sufrida durante el sitio de Leningrado, se había convertido en un alcohólico fofo de tez lívida y ojos acuosos. Stalin hablaba abiertamente de Zhdanov como su sucesor. Beria, por su parte, no podía ocultar su aversión por las pretensiones del Pianista:

—¡Apenas es capaz de tocar el piano con dos dedos y de distinguir a un hombre de un toro en una fotografía y, sin embargo, no para de darse aires y de hacer disertaciones sobre pintura abstracta! —decía.[1]

Zhdanov se había convertido en todo un héroe en Leningrado, donde llegó a jactarse de que el asedio de la ciudad había sido más importante que la batalla de Stalingrado. Enviado a Finlandia como procónsul de Stalin en 1945, dominaba la historia de ese país, poseía unos conocimientos enciclopédicos sobre la política de Helsinki e incluso llegó a encantar al representante del Reino Unido en esta ciudad. Cuando insistió en la anexión de Finlandia (ducado ruso hasta 1917), Molotov lo amonestó diciéndole:

—Has llegado demasiado lejos... ¡Eres demasiado visceral!

Pero nada de esto perjudicó su posición ante Stalin, quien no dudó en traerlo de vuelta a Moscú para ascenderlo a delegado del Partido encargado de la sección de Agitación y Propaganda y de las relaciones con los partidos extranjeros, haciendo de él una figura incluso más poderosa de lo que había sido antes de la guerra. Su familia, en particular su hijo Yuri, volvió a formar parte del círculo más íntimo del Vozhd. De hecho, cuando escribían a Stalin, lo hacían en familia, como demuestra el siguiente ejemplo:

«Querido Iosiv Vissarionovich:

Te felicitamos afectuosamente con motivo ... del aniversario de la victoria del bolchevismo y te rogamos que aceptes nuestros más cordiales saludos.

Zinaida, Andrei, Anna y Yuri Zhdanov».

Zhdanov había jugado sus cartas de manera muy inteligente desde su vuelta en enero de 1945. Consolidó su triunfo sobre Malenkov y Beria al lograr persuadir al Vozhd de que hiciera ascender a su propia camarilla de Leningrado a las altas esferas del poder moscovita: Alexei Kuznetsov, el héroe ojeroso

del sitio de Leningrado, de rostro alargado y maneras suaves, recibió el Secretariado ocupado hasta entonces por Malenkov. Zhdanov supo comprender que Stalin no deseaba que Beria controlara el MGB, por lo que, como sustituto de éste en el cargo de *curator* de los órganos de seguridad del estado propuso al propio Kuznetsov. Éste cometió la ingenuidad de aceptar esa copa envenenada; «debería haberse negado», diría Mikoyan, pero era «poco realista». Los ascensos de Kuznetsov le procuraron el odio acérrimo de los dos depredadores más vengativos de la jungla estalinista: Beria y Malenkov.

En febrero de 1946, con Stalin medio jubilado, parecía que Zhdanov tenía el control del Partido, así como de las cuestiones de política cultural e internacional, y que había neutralizado a los órganos de la seguridad y al ejército.* El Pianista fue aclamado como «segundo hombre del Partido», su «trabajador más infatigable», y los miembros de su gabinete hablaban de él como «nuestro príncipe heredero». Stalin jugó a nombrarle secretario general. Durante 1946 Zhdanov se dedicó a firmar decretos en calidad de «secretario» junto con Stalin como primer ministro: el Pianista alcanzó tal importancia que incluso el embajador yugoslavo se dio cuenta de que, cuando un burócrata entraba en su despacho, saludaba haciendo reverencias «a Zhdanov mientras se acercaba a él», y luego se retiraba caminando hacia atrás, de modo que recorría «unos seis o siete metros inclinando una y otra vez la cabeza hasta llegar a la puerta, donde intentaba, nervioso, encontrar el pomo con la mano». En el desfile de noviembre, Zhdanov, en ausencia de Stalin, recibió, junto con su camarilla de Leningrado que atestaba la tribuna del mausoleo, los saludos y las salvas de honor.

Sin embargo, su estado de salud era delicado.** Zhdanov nunca quiso ser el sucesor. Durante la grave enfermedad del Vozhd, estuvo aterrorizado ante semejante perspectiva, llegándole a decir a su hijo: «¡Dios no permita que yo sobreviva a Stalin!».[2]

* * *

* El propio Stalin no tardó en abandonar el cargo de ministro de las Fuerzas Armadas, cediéndoselo a Bulganin, otro aliado de Zhdanov que detestaba a Malenkov por haberlo destituido del frente occidental en 1943. El círculo dirigente de los «cinco» (Stalin, Molotov, Mikoyan, Malenkov y Beria) se expandió gradualmente hasta incluir en su seno a Zhdanov, Voznesenski, Bulganin y Kuznetsov, sin que importara el hecho de que fueran formalmente o no miembros del Politburó.

** A finales de 1946, Zhdanov tuvo un problema de corazón y se vio obligado a tomar un descanso en Sochi, enviando el 5 de enero de 1947 el siguiente informe a Stalin: «Ahora me siento mucho mejor ... No quiero dar por finalizado el curso del tratamiento ... te ruego que añadas otros diez días a mis vacaciones ... Permíteme regresar el 25 ... Te estaré profundamente agradecido por ello. ¡Saludos! Siempre tuyo, Andrei Zhdanov».

Stalin y Zhdanov reanudaron sus habituales discusiones donde las habían dejado poco antes de la guerra, y se pusieron a estudiar la manera de compaginar el espíritu patriota ruso surgido durante el conflicto bélico con el bolchevismo de la Revolución, a fin de erradicar cualquier influencia extranjera y restaurar la moralidad, el orgullo nacional y la disciplina. Como dos profesores gruñones, obsesionados por la grandeza de la cultura decimonónica y hastiados por la degeneración de la moral y el arte modernos, el antiguo seminarista y el vástago de la *intelligentsia* provincial se remontaban a su época de juventud, planeando un feroz ataque contra el modernismo («formalismo») y la influencia extranjera que amenazaba a la cultura rusa («cosmopolitismo»). Absortos en la lectura de revistas de poesía y literatura hasta altas horas de la noche, aquel par de «intelectuales» meticulosos, continuamente dispuestos a enmendar la plana, que compartían el voraz apetito por la educación propio de los bolcheviques, fraguaron la supresión de la libertad cultural que había habido durante la guerra.

Zhdanov, empapado en los clásicos y desdeñoso del arte más moderno, emprendió una política que habría resultado familiar a los zares Alejandro I o Nicolás I. La victoria había bendecido el maridaje de lo genuinamente ruso con el bolchevismo: Stalin veía en los rusos el elemento de unión de la URSS, el «hermano mayor» de los pueblos soviéticos, una nueva marca creada por él mismo de nacionalismo ruso muy distinto de su antecesor del siglo XIX. No habría nuevas libertades ni influencias extranjeras, sino que esas tendencias serían suprimidas en una celebración forzosa de todo lo típicamente ruso.

Los periódicos y revistas de Leningrado constituían el punto de partida natural, porque en ellos se publicaban las obras del autor satírico Mijail Zoshchenko, al que Stalin otrora había leído para sus hijos, y de la poetisa Anna Akhmatova, cuyos versos apasionados simbolizaban la dignidad y la sensibilidad indestructibles del género humano en medio de la guerra y el terror. Las notas de Zhdanov revelan, con sus propias palabras, los deseos de Stalin: «Te ruego que estudies esto detenidamente —suplicaba Zhdanov a su amo—, dime si te parece indicado para los medios de comunicación y qué necesita mejorarse».

«He leído tu informe. Creo que es perfecto», respondió a lápiz Stalin. «Date prisa en publicarlo, y luego edítalo en forma de libro. ¡Saludos!» Pero «hay algunas correcciones», que expresan el pensamiento del Vozhd: «Si nuestra juventud hubiera leído a Akhmatova, y hubiera sido educada en semejante ambiente, ¿qué habría ocurrido en la Gran Guerra Patriótica? Nuestra juventud [ha sido] educada en un espíritu jubiloso capaz de obtener la victoria sobre Alemania y Japón ... Esta revista ayuda a nuestros enemigos a destruir a nuestra juventud».*

* Zhdanov comentó la campaña con su hijo Yuri, que había estudiado la carrera de Química y había obtenido el doctorado en Filosofía (y que seguía siendo el ideal de hombre joven de Stalin y su yerno soñado). Explicó que «tras la guerra, con millones de muertos y la economía

El 18 de abril Zhdanov puso en marcha su terror cultural, conocido como la *Zhdanovshchina*, lanzando un ataque contra los periódicos y revistas que se publicaban en Leningrado. En el mes de agosto, aquel inquisidor de la literatura viajó hasta esa ciudad para lanzar la siguiente denuncia:

—¡Qué débil ha sido la vigilancia de los ciudadanos de Leningrado encargados de la dirección de la revista *Zvezda*, pues en ella se publican obras... contaminadas con el veneno de la hostilidad zoológica hacia las autoridades soviéticas!

Arremetió contra Akhmatova, a la que calificó de «medio monja, medio ramera, o tal vez monja y ramera a la vez, cuyos pecados se mezclan con la plegaria», en una distorsión grotesca de los versos de esta autora. A continuación lanzaba sus andanadas contra cineastas y músicos. Durante un célebre encuentro que mantuvo con Shostakovich y otros compositores, el Pianista aporreó de mala manera el piano para ofrecer una muestra de las melodías que la gente podía tararear con facilidad, en un espectáculo tan absurdo como el de José II amonestando a Mozart por escribir «demasiadas notas». En cierta ocasión, Yuri Zhdanov fue al teatro en compañía de su padre y de Stalin. Cuando fueron a visitar a los actores una vez concluida la representación, éstos se jactaron de que su espectáculo había sido aclamado en París.

—Esos franceses no llegan ni a la suela de vuestros zapatos —replicó Stalin—. No hay otro teatro más importante que el ruso.

Entre broma y broma, el dueto omnipotente formado por Stalin y Zhdanov se dedicaba a organizar tertulias para erigirse en guías de escritores y directores cinematográficos. La noche del 14 de mayo de 1947 recibieron a dos burócratas de la literatura que habían disfrutado del favor del Vozhd: el poeta Simonov y el novelista gacetillero Fadeiev, jefe del Sindicato de Escritores. Lo primero que hizo Stalin fue establecer un salario para los literatos:

—Escriben un buen libro, se construyen una dacha y dejan de trabajar. No envidiamos su dinero —dijo el dictador entre carcajadas—, pero eso no puede seguir así.

Sugirió, por tanto, la creación de una comisión:

—¡Me adhiero a la propuesta! —exclamó Zhdanov, demostrando así su independencia del Vozhd.

—¡Eres muy modesto! —replicó Stalin entre risitas.

Mientras seguían discutiendo la comisión, Zhdanov se opuso al dictador en tres ocasiones antes de que este último lo pusiera en su sitio, otro claro ejemplo de cómo su favorito todavía podía discutir con él. Stalin le tomaba ca-

por los suelos, tuvimos que crear un nuevo concepto de valores espirituales para poner unos cimientos sólidos a un país devastado, basados en la cultura de los clásicos...». Zhdanov, educado en los «autores del siglo XIX, como Pushkin o Tolstoi, y en compositores como Haydn y Mozart», buscó «una base ideológica en los clásicos».

riñosamente el pelo. Cuando el Pianista dijo que había recibido una carta conmovedora de un escritor, Stalin se rió y exclamó:

—¡No confíes en las cartas conmovedoras, camarada Zhdanov!

A continuación, dirigiéndose a los escritores, dijo:

—Si eso es todo, quisiera haceros una pregunta: ¿Sobre qué temas trabajan los escritores?

Stalin se puso entonces a dar una clase magistral sobre «patriotismo soviético». Afirmó que el pueblo era orgulloso, pero que «la media de nuestros intelectuales, nuestros doctores y nuestros profesores carece de una educación patriótica. Sienten una admiración injustificada por la cultura extranjera ... Esta tradición data de los tiempos de Pedro ... una admiración por los alemanes, los franceses, por todo lo foráneo, por los gilipollas», exclamó entre risas; y añadió que «el espíritu de autodegradación debe ser destruido. Debéis escribir una novela sobre este tema».

Stalin tenía in mente un escándalo ocurrido poco tiempo atrás. Dos profesores de medicina especializados en el tratamiento del cáncer habían publicado su trabajo en una revista americana. Stalin y Zhdanov crearon un «tribunal de honor», otra herencia de la clase dirigente de la época zarista, para procesar a los científicos. (Zhdanov fue el presidente de dicho tribunal.) Stalin instó a Simonov a escribir una obra de teatro sobre el caso. El Pianista se pasó toda una hora haciendo una crítica literaria de la pieza escrita por Simonov antes de que Stalin en persona reescribiera el final de la obra.*

En el mes de agosto, Bolshakov, el empresario cinematográfico, presentó a Stalin una nueva película, *La conjura de los boyardos*. El Vozhd, que sabía por los informes del MGB que Eisenstein comparaba al «Terrible» con Yezhov, rechazó esa «pesadilla», pues encontraba detestable su carencia de orgullo ruso y el retrato que en ella se hacía de Iván (así como la duración de sus besos, y la longitud de su barba). Eisenstein tuvo inmediatamente la genial ocurrencia de solicitar una entrevista con Stalin. El 25 de febrero de 1947, a las once de la noche, el famoso director de cine y su guionista llegaron a la «pequeña esquina», donde Stalin y Zhdanov les dieron una clase magistral acerca del bolchevismo de la nación, todo un *tour d'horizon* de historia, terror, e incluso de sexo, extremadamente revelador. Stalin atacó la película por hacer que el MGB del zar, la Oprichnina, pareciera una organización semejante al Ku Klux Klan. En cuanto al personaje de Iván, dijo que «tu zar es indeciso, se parece a Hamlet. El zar Iván fue un gran monarca muy sabio ... sabio ... por no permitir la entrada de extranjeros en el país. Pedro el Grande también fue un gran zar, pero dispensó un trato demasiado liberal a los extranjeros ... Catalina, todavía más.

* «He seguido las órdenes, tal como las anoté, que me dio el camarada Stalin para la obra», decía Simonov en una nota dirigida a Poskrebishev, de fecha 9 de febrero de 1949, con la que entregaba el trabajo finalizado para su revisión.

Y la corte de Alejandro I... ¿era rusa?... No, era alemana...». Entonces Zhdanov expresó su opinión, haciendo una interesante reflexión sobre la propia naturaleza de Stalin:

—¡Iván el Terrible parece un histérico en la versión de Eisenstein!

—Los personajes históricos —añadió el Vozhd—, deben ser presentados correctamente... Iván el Terrible da a su esposa un beso demasiado largo —y, volviendo a los besos, exclamó—. ¡Eso no estaba permitido en aquella época! —entonces fue directo al meollo de la cuestión y dijo—: Iván el Terrible era muy cruel. Podéis presentarlo como un personaje cruel. Pero debéis mostrar por qué *necesitaba ser cruel.*

A continuación Zhdanov sacó a relucir la cuestión crucial de la barba de Iván. Eisenstein prometió recortarla. El director preguntó si podía fumar.

—Me parece que no está prohibido fumar. Tal vez debiéramos aprobar una medida en ese sentido —dijo Stalin con una sonrisa—. No pretendo darte instrucciones, simplemente te ofrezco mis comentarios como espectador.*

La campaña emprendida por Zhdanov con el fin de difundir el patriotismo ruso llegó pronto a ser tan absurda que Sajarov recuerda que la gente bromeaba acerca de «Rusia, patria del elefante». Pero lo más grave del caso sería que el fomento del nacionalismo ruso y los nuevos ataques lanzados contra los «cosmopolitas» se volvieron contra los judíos.

* Eisenstein falleció antes de que pudiese recortar la barba y eliminar el beso de Iván, y de que pudiera mostrar por qué el Terrible «necesitaba ser cruel». Su muerte fue una bendición para él, pues parece muy poco probable que hubiera conseguido sobrevivir a las purgas antisemitas de 1951-1953.

49

El eclipse de Zhukov y los saqueadores de Europa: la élite imperial

Durante los primeros momentos de la guerra, Stalin se dio cuenta de la utilidad de los judíos soviéticos para obtener la ayuda de Estados Unidos, pero incluso entonces el proyecto se tiñó de sangre.* Stalin ordenó más tarde a Beria organizar el Comité Judío Antifascista, controlado por el NKVD, aunque oficialmente estuviera presidido por el famoso actor de teatro judío Solomon Mijoels, «bajito, con cara de diablillo intelectual, frente abombada y labio inferior tembloroso», al que Kaganovich había hecho interpretar *El rey Lear* para Stalin. Cuando Mijoels realizó una *tournée* por Estados Unidos con el fin de buscar apoyos para Rusia en abril de 1943, Molotov le dio instrucciones y Stalin abandonó su despacho para ir a despedirle. El CJAF estaba supervisado por Solomon Lozovski, un bolchevique de la vieja guardia de pelo blanco y barba bíblica, el judío de muestra que había en los niveles más altos del Comisariado de Asuntos Exteriores de Molotov.

Las horribles revelaciones del Holocausto nazi, la gira de Mijoels y la atracción del sionismo, que prometía un puerto de salvación para el pueblo judío, suavizaron el férreo internacionalismo de los bolcheviques más encumbrados. Stalin toleró esa actitud, pero al mismo tiempo fomentó la reacción antisemita tradicional. Cuando estaba confeccionando el reparto de *La conjura de los boyardos*, Bolshakov rechazó a una actriz porque «sus rasgos semíticos son claramente visibles». Todo aquel que tuviera un aspecto demasiado judío fue descartado.

Cuando el avance del ejército soviético puso de manifiesto el extraordinario genocidio de los hebreos perpetrado por Hitler, Jrushchov, el máximo di-

* Los dos primeros candidatos a dirigir esta campaña de relaciones públicas durante la guerra, los líderes polacos del Bund (Partido Socialista Judío), V. Alter y G. Ehlich, exigieron demasiado y fueron detenidos, tras lo cual el primero fue fusilado y el segundo se suicidó en la cárcel.

rigente de Ucrania, se resistió a dispensar un trato especial a los judíos que regresaban a pie a sus hogares desde los campos de exterminio. Se negó incluso a dejarlos volver a sus casas, que entretanto habían sido ocupadas por ucranianos. Aquel antisemita impenitente se quejó de que los «Abramovich» se dedicaban a la rapiña en su feudo «como si fueran cuervos».

Este hecho desató un auténtico debate en el entorno de Stalin. Mijoels se quejó a Molotov de que «después de la catástrofe judía, las autoridades locales no nos prestan ninguna atención». Molotov transmitió la queja a Beria, que, en honor a la verdad, mostró una actitud favorable. El mingreliano exigió que Jrushchov ayudara a los judíos que «habían sufrido más que nadie la represión de los alemanes». Semejante conducta suponía todo un riesgo, pues Stalin había decretado que *todos* los ciudadanos soviéticos habían sufrido *por igual.* Stalin sospecharía más tarde que Beria estaba demasiado cerca de los judíos, y ése tal vez fuera el origen del rumor de que el propio Beria era un judío «secreto». Molotov tramitó la orden de Beria y Jrushchov se avino a ayudar a sus «Abramovich».

Envalentonados por esta ola de simpatía, Mijoels y su colega Fefer, poeta* y agente del MGB, propusieron a Molotov y a su ayudante encargado del CJAF, Lozovski, la creación de una república judía en Crimea (por entonces vacía de tártaros), o en Saratov (por entonces vacía de los alemanes del Volga). Molotov encontró ridícula la idea de los alemanes del Volga, «resulta absurdo imaginarse a un judío en un tractor», y prefirió la de Crimea: «¿Por qué no escribís un memorándum dirigido a mí y al camarada Stalin, y entonces ya veremos?».

«Todo el mundo —recuerda Vladimir Redens—, creía que se crearía una Crimea judía.» Es posible que Molotov, haciendo gala de una independencia mayor de la que había mostrado hasta entonces, discutiera el asunto con Beria, pero su decisión casi le cuesta la vida. La mayoría de los que intervinieron en el proyecto habían muerto en el plazo de cinco años.

El 2 de febrero de 1944 Mijoels entregó su carta a Molotov, con una copia para Stalin, que decidió que el actor había pasado de hacer propaganda soviética a hacer propaganda judía. El Vozhd, perfectamente consciente de su antisemitismo, mandó a Kaganovich echar un jarro de agua de fría sobre aquella idea de la «California judía»: «Sólo a los actores y a los poetas se les puede ocurrir semejante proyecto», que, según dijo, «en la práctica no vale nada». Zhdanov supervisó la confección de listas de los judíos existentes en los distintos departamentos y recomendó clausurar el CJAF** Como hiciera Molotov en

* Fefer fue el autor de un absurdo poema escrito durante la segunda guerra mundial titulado «Yo, un judío», en el que elogiaba a los grandes bolcheviques hebreos, desde el rey Salomón hasta Marx, Sverdlov y «Kaganovich, el amigo de Stalin», lo que indudablemente resultó muy embarazoso para este último.

** El principal ideólogo del antisemitismo que tenía Zhdanov era el secretario del CC Mijail Suslov, alto, delgado y ascético, que había desempeñado un papel trascendental en las

1939, Zhdanov lanzó a sus perros contra lo judíos del *apparat*, convertido, según sus propias palabras, en «una especie de sinagoga».

El antisemitismo de Stalin siguió siendo una mezcla de prejuicios anticuados, recelo frente a un pueblo sin tierra, y desconfianza, pues muchos de sus enemigos habían sido judíos. Tenía tan poca vergüenza que llegó a decir abiertamente a Roosevelt en Yalta que todos los judíos eran «medianeros, aprovechados y parásitos». Pero después de 1945 se produjo un cambio: Stalin se presentó como un antisemita cruel y obsesivo.

Político consumado en todo momento, su actitud respondía en parte a un juicio pragmático: estaba en consonancia con su nuevo nacionalismo ruso. La supremacía de Estados Unidos con su poderosa comunidad judía hacía que sus propios judíos, tras restaurar durante la guerra su relación con los parientes que tenían en América, le parecieran una especie de Quinta Columna desleal. Las sospechas que abrigaba contra los judíos eran una faceta más de su complejo de inferioridad respecto a Estados Unidos, y a la vez un síntoma de su temor a la nueva seguridad en sí mismo de su pueblo victorioso. Eran también un modo de controlar a sus antiguos camaradas, cuyas relaciones con los judíos simbolizaban la nueva seguridad cosmopolita que habían adquirido después de la victoria. Además, odiaba a cualquiera que tuviera lealtades mixtas: se dio cuenta de que el Holocausto había conmovido y despertado a los judíos soviéticos, incluso a los que había entre sus jerarcas. Su nuevo antisemitismo emanaba de su propia paranoia febril, exacerbada cuando el destino se mezcló con los judíos existentes en su propia familia.

No obstante, siguió desempeñando el papel de internacionalista, acusando a menudo a algunos de antisemitismo y premiando en público a los judíos, desde Mejlis hasta el novelista Ehrenburg. Muy pronto aquel malévolo torbellino estaría a punto de tragarse a Molotov, Beria y a los miembros de su propio clan.[1]

* * *

«En cuanto cesan las hostilidades —dijo Stalin en Yalta—, los soldados son olvidados y nadie se acuerda más de ellos.» El Vozhd deseaba que así fuera, pero el prestigio del mariscal Zhukov no había sido nunca tan alto. La prensa occidental lo aclamaba incluso como su sucesor. A Stalin le gustaba Zhukov, pero «no reconocía vínculos personales» con él y probó a ver si semejante idea tenía algún apoyo.

---

deportaciones del Cáucaso y luego había servido como procónsul de Stalin en los países bálticos, donde realizó unas purgas brutales al término de la guerra. Trabajando alternativamente a las órdenes de Zhdanov y a las de Malenkov, se convirtió en uno de los jóvenes protegidos de Stalin.

—Me estoy haciendo viejo —dijo como el que no quiere la cosa a Budionni, antiguo compadre suyo y amigo de Zhukov—. ¿Qué te parece lo de que me suceda Zhukov?

—Apruebo a Zhukov —contestó el viejo soldado de caballería—, pero tiene un carácter complejo.

—Tú te las arreglaste para dirigirlo —señaló Stalin— y yo también sabré manejarlo.

Stalin «manejó» a Zhukov utilizando contra él el «Caso de los Aviadores» y torturando al mariscal del ejército del aire Novikov para que lo implicara.* «Deshecho moralmente, al borde de la desesperación, después de varias noches sin dormir, firmé», reconocería más tarde Novikov. Abakumov torturó a otros setenta generales para conseguir los testimonios necesarios. En el mes de marzo, Zhukov fue convocado a Moscú. En vez de obligársele a presentarse directamente en el despacho del generalísimo, fue convocado por un delegado de Stalin, Bulganin, ministro de las Fuerzas Armadas, el Fontanero (como lo llamaba Beria), que gozaba del máximo favor. Zhukov protestó ante la arrogancia de Bulganin y éste se quejó de que el mariscal había hecho valer su rango ante él, oponiendo resistencia a las órdenes del Partido. Stalin mandó al Fontanero preparar un tribunal sin autoridad contra Zhukov. Abakumov registró los domicilios del mariscal, descubriendo que eran una especie de cueva de los ladrones de Alí Babá:

«Sólo podemos decir —comunicaba encantado Abakumov al Vozhd— que la dacha de Zhukov es todo un museo, lleno de oro, 323 abrigos de piel, 400 metros de terciopelo y seda. Había muchísimos cuadros, algunos de los cuales estaban colgados incluso en las paredes de la cocina. Zhukov había llegado hasta el extremo de colgar sobre su cama una tela enorme en la que aparecían pintadas dos mujeres desnudas ... No encontramos ni un solo libro soviético.» Había además «veinte escopetas únicas de la marca Holland & Holland». Dejaron los trofeos donde los encontraron (volverían a por ellos en 1948), pero curiosamente lo único que confiscaron de momento fue una muñeca de una hija del mariscal, y sus memorias:

—Deja que la historia la escriban los historiadores —advirtió Stalin a Zhukov.

A comienzos de junio, Zhukov fue convocado ante el Consejo Supremo

* El propio Churchill llegó a tener ataques de envidia de sus generales: «¡Monty quiere llenar el Mall cuando coge el bastón de mando! Y no lo llenará», dijo Churchill a sir Alan Brooke cuando regresaban de Moscú en octubre de 1944. «¡Llenará el Mall porque es Monty, pero yo no le dejaré que lo llene!» Fue, dice Brooke, «un extraño ramalazo de envidia casi increíble por su parte ... Los que se interponían entre el sol y él no contaban con su aprobación». Ha existido una gran tradición de gobernantes envidiosos de sus generales, tan brillantes como indómitos, o que se sintieron amenazados por ellos: el emperador Justiniano humilló a Belisario; el zar Pablo hizo lo mismo con Suvorov.

del Ejército. Stalin entró dando largas zancadas «tan lúgubre como una nube negra». Sin decir una palabra, pasó una nota a Shtemenko.

—Léela —gruñó.

Shtemenko leyó en voz alta el testimonio de Novikov, en el que se decía que Zhukov había pretendido arrogarse el mérito de la victoria soviética, había criticado a Stalin y había creado su propia camarilla. Había concedido incluso una medalla a la actriz en ciernes Lidia Ruslanova, con la que probablemente había tenido una aventura.

Aquello era «intolerable», tronó Stalin dirigiéndose a los militares. Budionni (que había sido previamente adiestrado por Bulganin) criticó vagamente a su amigo, pero no de un modo decisivo. El rival de Zhukov, Koniev, lo calificó de hombre difícil, pero honesto. Sólo Golikov, al que Zhukov había apartado del frente de Voronezh en 1943, lo denunció realmente. Pero Molotov, Beria y Bulganin arremetieron contra el mariscal acusándolo de «bonapartismo» y exigiendo que «se le ponga en su sitio». Zhukov se defendió, pero reconoció que había exagerado su propia importancia.

—¿Qué hacemos con Zhukov? —preguntó Stalin que, como de costumbre, no había expresado su parecer. Los jerarcas querían que se le reprimiera severamente, pero los militares no eran de la misma opinión. Stalin, percatándose de que no estaban en 1937, propuso degradar a Zhukov y enviarlo a la región militar de Odesa. El terror contra los vencedores fue una política impuesta deliberadamente, y supuso, entre otras cosas, la detención del almirante Kuznetsov (aunque él también sólo fue degradado). Gracias a las escuchas telefónicas se demostró que el ex mariscal Kulik había estado despotricando de los políticos y diciendo que únicamente se dedicaban a robar el mérito a los militares. Aquello era toda una herejía: fue fusilado a la chita callando en 1950. El propio Zhukov fue expulsado del CC, sus trofeos fueron confiscados, sus amigos torturados, y posteriormente relegado a lo Urales. Sufrió un ataque cardíaco, pero Stalin no permitió nunca que Abakumov lo detuviera por planear un golpe de estado bonapartista:

—No me fío de nadie que diga que Zhukov hizo algo parecido. Lo conozco muy bien. Es una persona sincera, franca, capaz de hablar a las claras a quien sea, pero nunca iría contra el CC.

Por último el Vozhd dejó patente la subordinación de los militares escribiendo la siguiente nota al Politburó:

«Propongo que el camarada Bulganin sea ascendido a mariscal por su distinción en la Guerra Patriótica». Por si alguien quería discutir el historial de guerra —y civil— a todas luces mediocre del Fontanero, Stalin añadía: «Creo que mis motivos no necesitan discusión. Están absolutamente claros».[2]

* * *

Zhukov no era el único que tenía un «museo» de joyas y pinturas. La corrupción es la historia no contada del terror estalinista de posguerra: los jerarcas y los mariscales saquearon Europa con la misma avaricia que Göring, aunque con mucha más justificación, después de lo que los alemanes habían hecho en Rusia. La élite imperial se olvidó en gran parte de la vieja «austeridad bolchevique». No obstante, «el camarada Stalin», como se decía a los visitantes extranjeros, no podía «soportar la inmoralidad», aunque siempre había creído que los conquistadores podían quedarse con un poco de botín y unas cuantas muchachas. Se reía de los lujos que sus generales se gastaban con sus cortesanas y sus ordenanzas, aunque sus archivos están atestados de denuncias de corrupción, que normalmente archivaba para su posterior utilización.

Los mariscales se beneficiaron de la etiqueta feudal que permitía el saqueo, método consistente en dejar que sus oficiales robaran a todo el mundo para hacerse con el botín y obligarles luego a pagar por ello una especie de tributo a sus superiores. Algunos ni siquiera necesitaron esa ayuda: el mariscal del ejército del aire Golovanov, uno de los favoritos de Stalin, desmanteló la casa de campo de Goebbels y se llevó en avión todas sus pertenencias a Moscú, hazaña que supondría la ruina de su carrera.

Los soldados eran los primeros en adueñarse de los tesoros, pero eran los agentes de la Cheka los que se llevaban la mejor parte. En Gagra, Beria se dedicó a perseguir e impresionar a unas integrantes del equipo femenino de atletismo con una flota de lanchas rápidas robadas. Abakumov se paseaba por Moscú a bordo de automóviles deportivos italianos, saqueó Alemania mediante métodos extrañísimos propios de Göring, y mandaba aviones a Berlín a comprar cantidades astronómicas de ropa interior, llegando a reunir un auténtico tesoro de antigüedades semejante a las existencias acumuladas en unos grandes almacenes. Se fue a buscar en avión a la actriz cinematográfica alemana y mujer de misterio de fama internacional Olga Chejova, para tener una aventura con ella. Cuando la actriz Tatiana Okunevskaya (violada ya por Beria) se negó a complacerle, fue condenada a siete años de reclusión en los gulags. El personal al servicio de Stalin cayó también en la tentación de la corrupción. Vlasik, el visir que estaba al frente de un lujoso imperio de artículos alimenticios, bebidas y mansiones, alojaba a sus cortesanas en las casas de reposo oficiales en compañía de toda una caterva de pintores disolutos, zafios agentes de la Cheka y burócratas sibaritas. Mandaba limusinas cargadas de «concubinas», que recibían como regalo pisos, caviar y entradas para los desfiles de la Plaza Roja o para los partidos de fútbol. Vlasik seducía a las esposas de sus amigos enseñándoles fotografías de Stalin y mapas de Potsdam. Llegó incluso a escamotear objetos de las casas de su amo, saqueando su palacete de Potsdam, de donde se llevó cien piezas de porcelana, pianos, relojes, coches, tres toros y dos caballos, que envió a Rusia en trenes y aviones del MGB. Se pasó la mayor parte del tiempo que duró la Conferencia de Potsdam bebiendo, fornicando o robando.

Por otra parte, estaba el inmenso despilfarro de comida que se producía en las dachas de Stalin. Vlasik no tardó en ser denunciado por vender bajo cuerda el caviar sobrante, probablemente por Beria, al que él a su vez había denunciado. En 1947, estuvo a punto de ser detenido, pero el Vozhd le dejó justificar sus pecados: «Cada vez que la hora de la comida era cambiada [por Stalin], una parte de los platos del menú no era utilizada, y se repartía entre el personal de servicio». El Vozhd le perdonó, y decidió encargar menos comida en adelante. Vlasik conservó el puesto.

Pero las amantes de Vlasik, como los alcahuetes de Beria, informaban de él a Abakumov, que a su vez fue denunciado por su rival del MGB, el general Serov, quien escribió a Stalin descubriendo la corrupción y la vida desenfrenada del ministro. Stalin guardó las cartas para utilizarlas más adelante. Se dijo que el propio Serov había robado la corona del rey de Bélgica. En aquellos momentos cortesanas, fiscales y generales del MGB se denunciaban unos a otros en un auténtico carrusel de favores sexuales y traiciones.

* * *

Los potentados de Stalin vivían por entonces en una especie de invernadero de privilegios rarificados, en despachos atestados de magníficas alfombras persas y de grandes pinturas al óleo.* Sus casas eran verdaderos palacios: el máximo dirigente de Moscú ocupaba todo el palacio del gran duque Sergei Alexandrovich. El propio Stalin fomentó esa nueva andadura imperial cuando, a raíz de la conferencia de Yalta, se aficionó a alojarse en el palacio Livadia de Nicolás II y en el palacio Alupka del príncipe Vorontsov: «Arregla esos edificios», escribió a Beria el 27 de febrero de 1945. «Prepáralos para que los ocupen los trabajadores responsables.» Le gustaba tanto el palacio de Alejandro III en Sosnovka, en Crimea, que mandó que le construyeran allí una dacha, que sólo visitó una vez. En adelante, los jerarcas y sus hijos reservarían habitaciones en ellos a través del 9.º Departamento del MGB: Stepan Mikoyan pasó su luna de miel en el palacio de Vorontsov, y el propio Stalin estuvo de vacaciones en Livadia. Las familias se trasladaban al sur en avión, para lo cual disponían de una sección de las líneas aéreas estatales. Sergo Mikoyan recuerda que viajó en uno de estos vuelos en compañía de Poskrebishev. Los niños disfrutaban de

* Las dimensiones y la calidad de los retratos de Stalin que poseían los jerarcas constituían la marca evidente del rango que ocupaban, lo mismo que las estrellas en la manga del uniforme de un militar: un original al óleo de tamaño natural pintado por un artista de corte como Gerasimov era signo de potentado. Budionni y Voroshilov se jactaban además de tener retratos a tamaño natural de sí mismos montados a caballo, con todos los arreos militares y el sable en la mano, pintados por Gerasimov. Estos «próceres» eran por aquel entonces tan pomposos, recuerda Svetlana, que pronunciaban «discursos autoritarios» con «cualquier pretexto», incluso en su propia casa a la hora de comer, mientras que su familia «bostezaba de aburrimiento».

privilegios, pero debían ser todo un ejemplo y seguir las máximas del Partido: cuando Zhdanov denunció el carácter impropio del jazz, Jrushchov rompió en un rapto de cólera los discos de este tipo de música que tanto le gustaban a su hijo.

Svetlana Stalin señala que las dachas de los Mikoyan, los Molotov y los Voroshilov estaban «atestadas de regalos de los trabajadores ... alfombras, armas de oro del Cáucaso, porcelana», que recibían según «la costumbre medieval de los vasallos que pagaban tributo». Los jerarcas viajaban en limusinas blindadas ZiS, a imitación de los Packard americanos, por orden de Stalin, y eran seguidos de una «cola» de agentes de la Cheka con las sirenas encendidas. Los moscovitas llamaban a aquel tipo de procesiones «la boda del perro».

Cada líder tenía asignado todo un destacamento al mando de un coronel o un general, que vivían en la dacha de su jefe, mitad como si fueran una ampliación de la familia, mitad como espías del MGB. Eran tantos, que cada miembro del Politburó podía formar un equipo de voleibol con ellos, y de ese modo los Beria jugaban partidos con los Kaganovich. Kaganovich, sin embargo, se negaba a jugar al lado de su equipo:

—Beria gana siempre y yo quiero estar en el bando de los ganadores —decía.

En la jerga del MGB, el magnate se llamaba «el sujeto», su casa era «el objeto» y los guardias eran los «anexos del sujeto», de modo que los niños se partían de risa cuando les oían decir:

—El sujeto va de camino del objeto.

Malenkov iba andando a menudo al Kremlin desde la calle Granovski rodeado de una falange de «anexos».

Las señoras del Politburó tenían su propio diseñador de alta costura. Todas las «familias bien» iban al *atelier* de la perspectiva Kutuzovski, controlado por un departamento del MGB en el que Abram (Donjat Ignatovich, según Nina Jrushchova) Lerner y Nina Adzhubei diseñaban respectivamente los trajes de hombre y los vestidos de mujer. Lerner era un sastre tradicional judío que diseñaba uniformes, entre otros la fantasía de generalísimo de Stalin. Si él era el Dior del Politburó, Nina Adzhubei, «bajita, redondita, chata y muy fuerte», que había aprendido el oficio con unos «monjes en un monasterio», era su Coco Chanel. Se veían por doquier rimeros de *Harper's Bazar* o *Vogue*. Adzhubei copiaba modelos de Dior, de *Vogue* o de *Harper's*, o diseñaba sus propias creaciones, «pero era tan buena como Chanel», dice una clienta suya, Martha Peshkova, la nuera de Beria. «No tenías que pagar si no preguntabas el precio», explica Sergo Mikoyan. «Mi madre siempre pagaba, pero Polina Molotova no.» Esta práctica acabó por ser denunciada, como todo lo demás, a Stalin, que echó una buena reprimenda al Politburó: Ashken Mikoyan arrojó las facturas a la cara de Anastas, para de-

mostrar que ella siempre pagaba. Adzhubei «confeccionó el primer vestido de Svetlana Stalin».*

La modista fue descubierta por Nina Beria, pero Polina Molotova, la gran «primera dama», era su mejor clienta. En otro tiempo lo próceres de la Europa victoriana iban a tomar las aguas a la ciudad bohemia de Karlsbad. Ahora Zinaida Zhdanova y Nina Beria tenían allí su propia corte. «Vestida lujosamente y envuelta en pieles», en compañía de su hija adornada con una «estola de visón», Polina solía llegar al mismo balneario en un avión oficial, rodeada de un séquito de cincuenta personas. Su hija Svetlana, toda una «princesa bolchevique», era conducida a diario en coche con chófer hasta el Instituto de Relaciones Exteriores, donde estudiaban numerosos jóvenes de la élite. Llegaba envuelta en una nube de Chanel N.º 5, «vestida con un nuevo modelito cada día».

Stalin seguía teniendo el control de todos estos privilegios y continuaba escogiendo los coches de todos los líderes; de ese modo, Zhdanov recibió un Packard blindado, un Packard normal y un ZiS 110; a Beria le tocó un Packard blindado, un ZiS y un Mercedes, mientras que a Poskrebishev se le asignaron un Cadillac y un Buick. El Vozhd consoló a la familia de Shcherbakov, el máximo dirigente de Moscú, que había muerto alcoholizado, con una auténtica lluvia de dinero en metálico.** Stalin especificaba en una carta: «Que se les conceda un piso con una dacha, derecho a acudir al hospital del Kremlin, una limusina... personal de servicio especial del NKVD... un profesor para los niños...» Asignó a la viuda de Shcherbakov dos mil rublos mensuales, a sus hijos mil al mes hasta su graduación, setecientos al mes a su madre, y trescientos a su hermana. Su mujer recibió además una indemnización de doscientos mil rublos y su madre otra de cincuenta mil, cifras verdaderamente inimaginables para el trabajador medio. Ése era el nuevo orden imperial de Stalin.[3]

* * *

El «príncipe heredero», Vasili, puso todavía más alto el listón de la corrupción, la vida desenfrenada y el capricho. Incluso cuando los oficiales se quejaban de

* Nina Adzhubei pasó también a formar parte de la élite cuando su hijo se casó con la hija de Jrushchov, Rada. Cuando Jrushchov se convirtió en el máximo dirigente de la URSS, Alexei Adzhubei se hizo muy poderoso como asesor del líder y editor de *Izvestiya*.

** Aunque Stalin tenía el cinismo de rebautizar las ciudades con los nombres de sus jerarcas difuntos, en el caso de Shcherbakov decidió dedicarle una estatua y rebautizar toda una región, una calle y una fábrica en su honor. El proyecto original contaba con poner también su nombre a una ciudad, pero Stalin tachó este apartado y garabateó al lado: «Póngase su nombre a una fábrica de ropa». El 9 de diciembre de 1947, el Politburó fijó el sueldo anual del primer ministro y del presidente en 10.000 rublos, y el de los viceprimeros ministros y los secretarios del CC en 8.000. Los sobres con el sueldo de Stalin se amontonaban, intactos, en la mesa de despacho de Kuntsevo.

él a Stalin, utilizaban una fórmula especial para definir el sagrado lugar que ocupaba Vasili: «Está cerca del pueblo soviético porque es tu hijo». Pero por detrás de su arrogancia, Vasili era el cortesano que vivía más aterrorizado: Stalin comentó en tono de burla que «sería capaz de caminar sobre brasas ardiendo» si él se lo mandara. Vasili temía sobre todo su futuro:

«No tengo más que dos salidas —le dijo a Artiom— la pistola o la bebida. Si utilizo la pistola, causaré a padre un montón de problemas. Pero cuando él muera, Jrushchov, Beria y Bulganin me harán pedazos. ¿Te das cuenta de lo que es vivir con el hacha suspendida sobre tu cabeza?»

Abandonó sin el menor miramiento a su esposa, Galina, llevándose a su hijo Sasha a vivir con él a la casa del Malecón. Galina tenía tantos deseos de ver a Sasha que la niñera iba a visitarla en secreto para que pudiera jugar con él. Pero la mujer tenía demasiado miedo de pedir a su marido un piso o una manutención. Vasili se casó entonces con la hija del mariscal Timoshenko, Ekaterina, «una ucraniana muy mona». El piso en el que venía viviendo no era lo bastante grande para ser la residencia de los vástagos del generalísimo y el mariscal, por lo que exigió el elegante palacete que ocupaba el general Vlasik en Gogolevski. Vasili volvió de Alemania con un avión lleno de «botín»: «adornos de oro, diamantes, esmeraldas, decenas de alfombras, montones de ropa interior femenina, una cantidad desorbitada de trajes de hombre, gabanes, abrigos de piel, chaquetas de piel, astracán», de modo que su casa «rebosaba de oro, alfombras alemanas y cristal tallado». Había tantas cosas que su esposa Timoshenka fue vendiéndolas poco a poco y embolsándose el dinero. Cuando el matrimonio con Timoshenka se rompió, Vasili se casó con una estrella de la natación de belleza estatuaria, Kapitolina Vasileva, con la que fue muy feliz. Svetlana cree que buscaba a su madre en sus mujeres, pues a la última la llamaba «mamá» y ella incluso se peinaba con el pelo recogido en moño como Nadia.

Vasili estaba al mando de las fuerzas aéreas de la Región Militar de Moscú, puesto que estaba muy por encima de sus capacidades. Exigía que su séquito de engreídos lo llamara *Jozyain*, lo mismo que a su padre. «Vasili bebía muchísimo casi a diario —declararía su asistente más tarde—, no se presentaba al trabajo durante semanas y no era capaz de dejar en paz a las mujeres.»

En otro tiempo los príncipes herederos dirigían la instrucción militar de sus propios regimientos. Pues bien, Vasili, como habría hecho el hijo de un millonario occidental, decidió crear su propio equipo de fútbol del VVS (las fuerzas aéreas), y que ganara la liga. Inmediatamente destituyó al entrenador, pues decidió sacar del gulag a Starostin, el entrenador de fútbol más destacado de Rusia, desterrado por Beria bajo la acusación de conspirar para asesinar a Stalin. Starostin fue obligado a presentarse en el despacho del comandante de su campo de concentración, que le pasó la *vertushka*:

—Hola, Nikolai, al habla Vasili Stalin.

Al cabo de un rato llegó el avión del general Stalin, que se lo llevó de vuelta a Moscú. Vasili lo tuvo escondido en la ciudad una temporada mientras intentaba que se le conmutara la pena.

Abakumov, el nuevo presidente del equipo del Dinamo, estaba furioso. El MGB secuestró a Starostin. Vasili, utilizando los servicios de inteligencia de las fuerzas aéreas, volvió a rescatarlo. Abakumov lo secuestró otra vez. Cuando Vasili llamó por teléfono al ministro, éste dijo que no sabía nada del entrenador, pero Starostin logró enviar un mensaje a Vasili, que envió al jefe de la seguridad del ejército del aire a rescatarlo de nuevo. Aquel día, Vasili asistió al partido del Dinamo en el palco del gobierno, con Starostin a su lado. Los mandamases del MGB estaban que trinaban. Vasili llamó al ayudante de Abakumov y le gritó:

—Hace dos horas me dijiste que no sabías dónde estaba Starostin... Pues ahora está aquí, a mi lado. Tus muchachos lo raptaron. Acuérdate de lo que te digo: En nuestra familia, no perdonamos nunca un insulto. ¡Te lo dice el general Stalin!*

Cuando visitó Tiflis, se emborrachó, cogió un caza y se dedicó a volar sobre la ciudad causando el pánico de sus habitantes al lanzarse en picado con su aparato sobre las calles de la población. Si no lograba salirse con la suya, denunciaba a los oficiales a Abakumov o a Bulganin. La única escapatoria era denunciarlo a él ante su padre:

«Querido Iosiv Vissarionovich, te ruego que pidas a Vasili Iosivovich que no se meta conmigo», escribía el oficial de las fuerzas aéreas N. Sbitov, que había localizado los primeros tanques alemanes que se acercaron a Moscú. «Pude ayudarle.» Sbitov comunicaba que Vasili se dedicaba a todas horas a presumir de relaciones importantes para impresionar a los demás. «Cuando mi padre aprobó este destino, quiso que tuviera un mando independiente», decía.

Vasili se comportaba desde luego como un niño criado por los agentes de la Cheka: cuando fueron descubiertos en su cuartel general unos «enemigos del pueblo», improvisó en su propio piso una cámara de tortura y empezó a «pegar al hombre en las plantas de los pies con un palito fino», hasta que aquel sucedáneo de la Lubianka acabó convirtiéndose en una fiesta.[4]

* * *

* Cuando Starostin fue obligado por fin a volver al campo de concentración (donde se encargó de dirigir el equipo de fútbol), Vasili contrató al famoso entrenador del Dinamo de Tiflis y consiguió que su equipo ocupara el cuarto puesto de la liga en 1950 y que llegara a la semifinal de la Copa de la URSS. Favoreció los castigos y los incentivos plutocráticos propios del estalinismo: en cierta ocasión, cuando su equipo perdió 0-2, hizo que su avión descargara a los jugadores en medio de ninguna parte, lejos de Moscú, como castigo; cuando ganaba, aterrizaba en pleno campo un helicóptero cargado de regalos. Cuando se tomaba la molestia de presentarse al trabajo en el cuartel general del ejército del aire, actuaba también con una generosidad exagerada o con un terror siniestro. Vaya mi agradecimiento a Zurab Karumidze por todas estas anécdotas, recogidas de labios de su suegro, que fue el entrenador de fútbol de Vasili.

Unos días después de que se decretara el destierro de Zhukov, el estado del presidente Kalinin, que padecía cáncer de estómago, empezó a deteriorarse. Stalin sentía mucho apego por Papá Kalinin, y se ocupó personalmente de enviarlo a Abjasia para que se recuperara, llamando primero al máximo dirigente de la región para pedir que tuviera «el mayor cuidado» y ordenando después a sus guardaespaldas que lo atendieran cariñosamente. Pero también atormentó al pobre presidente, que estaba medio ciego, recordando que Papá Kalinin había discrepado de él durante los años veinte, motivo por el cual lo había excluido del gobierno activo durante casi dos décadas. Cuando en el curso de un banquete Tito ofreció a Kalinin unos cigarrillos, Stalin le espetó:

—¡No cojas ni uno de esos cigarrillos occidentales!

El presidente «lleno de confusión, los dejó caer de sus dedos temblorosos».

El anciano de setenta y un años vivía con su ama de llaves y dos hijos adoptivos, mientras que su adorada esposa se pudría en un campo de concentración. Armándose de valor en vista de su muerte inminente, Kalinin apeló al Vozhd:

«Veo con tranquilidad el futuro de nuestro país ... y sólo deseo una cosa: preservar tu poder y tu fuerza, la mejor garantía del éxito del estado soviético», empezaba diciendo su carta. «Personalmente me dirijo a ti con dos peticiones: que perdones a Ekaterina Ivanovna Kalinina y que nombres a mi hermana tutora de los dos huérfanos que viven conmigo. Con toda mi alma, te mando mi último adiós. M. Kalinin.» Stalin, Malenkov y Zhdanov votaron a favor del perdón de la esposa de Kalinin si ella admitía su culpabilidad, condición habitual para conceder la gracia:

«Hice cosas malas y fui severamente castigada ... pero nunca fui enemiga del Partido Comunista. Perdóname».

«Es preciso perdonarla y liberarla de una vez, y traer a la perdonada a Moscú. I. Stalin.»

Antes de que muriera el 24 de junio, Kalinin escribió una carta extraordinaria, a la vez que patética a Stalin, inspirada por su angustiosa necesidad de redención bolchevique:

«En espera de la muerte ... debo decir que durante la época de los opositores, ni un solo miembro de la oposición propuso nunca adoptar una actitud hostil a la línea del Partido. Esto quizá te sorprenda, porque yo tuve amistad con algunos de ellos ... Sin embargo, fui criticado y desacreditado ... porque Yagoda se esforzó denodadamente en implicarme debido a mi proximidad a los opositores.» Desvelaba a continuación un secreto que había guardado durante veintidós años: «Al año siguiente a la muerte de Lenin, tras la pelea con Trotski, Bujarin me invitó a su piso para admirar sus trofeos de caza, y me preguntó si yo consideraba la posibilidad de "gobernar sin Stalin". Yo respondí que no podía ni remotamente imaginarme tal cosa. Cualquier combinación sin Stalin me parecía incomprensible ... Después de la muerte de Lenin, yo creía en la política de Stalin ... Creí que Zinoviev era peligrosísimo». Volvía luego a

pedir a Stalin que cuidara de su hermana y de los huérfanos, y que guardara «esta carta en el archivo».

Durante el funeral, al verse acosado por los fotógrafos, Stalin indicó con la mano el ataúd y dijo secamente:

—¡Fotografiad a Kalinin![5]

* * *

El 8 de septiembre, Stalin se fue de vacaciones mientras Molotov recorría el mundo de un lado a otro con el fin de asistir a diversas reuniones con los Aliados en las que se debía negociar la nueva Europa. En París, defendió los intereses soviéticos en Alemania, al tiempo que intentaba de nuevo obtener un protectorado sobre Libia, ante la oposición cada vez más férrea de los Aliados occidentales. Parece que Stalin seguía abrigando la esperanza de consolidar su posición por medio de la negociación con sus antiguos socios.

El Vozhd, que firmaba en clave sus mensajes con los nombres «Druzhkov» o *Instantsiya*, elogiaba la indómita resistencia de Molotov. Éste estaba también muy orgulloso de sí mismo. Cuando en un desfile francés se vio relegado a la segunda fila, abandonó escandalosamente el estrado, aunque luego escribió a Stalin para pedirle su aprobación: «No estoy seguro de haber actuado correctamente».

«Tu conducta ha sido absolutamente la correcta —respondió Stalin—. La dignidad de la Unión Soviética debe ser defendida no sólo en las grandes cuestiones, sino también en las más insignificantes.»

«Querida Polina, vida mía —escribía exultante de alegría el vanidoso Molotov a su esposa—: te mando muchos recuerdos y unas fotos de unos periódicos en las que aparezco abandonando el desfile del domingo. Incluyo un ejemplar de *Paris-Midi* en el que salen tres fotos mías. 1) En la tribuna. 2) Cuando empiezo a marcharme. Y 3) abandonando la tribuna y montando en el coche. Te mando un beso y un abrazo muy fuerte. ¡Besos a Svetusia de mi parte!» Molotov se trasladó en avión a Nueva York para una nueva ronda de negociaciones, que Stalin supervisó una vez más desde Jolodnaya Rechka, en Gagra: al Vozhd le preocupaban menos los detalles de las indemnizaciones de Italia que el estatus de la URSS como gran potencia. Molotov gozaba otra vez de su favor: el 28 de noviembre, Stalin le escribía cariñosamente en los siguientes términos: «Me doy cuenta de que estás nervioso y empiezas a irritarte por la suerte que pueda correr la propuesta soviética ... ¡Actúa con calma!» Pero a la hora de hacer frente al hambre que asolaba Ucrania y a la rivalidad de los norteamericanos, el Vozhd, siempre tan huraño, empezó a intuir el peligro de la debilidad, la corrupción y la deslealtad en su entorno.

* * *

Mientras Molotov se sentía triunfante por haber firmado los tratados de paz con las naciones derrotadas, el generalísimo preparaba otra humillación. Stalin ya era miembro de la Academia de las Ciencias, y a Molotov se le ofreció la concesión del mismo honor con el beneplácito del Vozhd. Como era su obligación, el ministro de Asuntos Exteriores envió a la Academia un telegrama de agradecimiento, contra el que arremetió Stalin con una furia aquilina: «Me sorprendió mucho tu telegrama ... ¿Realmente estás tan embobado con tu elección como académico honorario? ¿Qué es lo que significa esa despedida "Sinceramente vuestro, Molotov"? Nunca pensé que llegaras a emocionarte tanto por una cuestión tan de segunda fila ... Me parece que, como político del máximo nivel, deberías preocuparte más por tu dignidad».

Stalin seguía irritado por la inconveniencia de que su pueblo se muriera de hambre, en una segunda edición de la carestía del treinta y tres.* Primero intentó tomárselo a broma, llamando en tono burlesco a un funcionario «Fray Distrofia». Luego, cuando incluso Zhdanov le informó del hambre que asolaba el país, echó la culpa a Jrushchov, su virrey en Ucrania, igual que hiciera en 1932: «Te están engañando...». Lo cierto es que en 1946 murieron 282.000 personas y en 1947 520.000. Por fin se lanzó contra el gran maestre de los abastecimientos, Mikoyan. Ordenó a Mejlis, que volvía a ser ministro de Control del Estado, que investigara la situación:

«¡No te fíes de Mikoyan en ningún asunto, pues su falta de honestidad ha hecho de Abastos una cueva de ladrones!».

Mikoyan fue lo bastante inteligente para pedir disculpas:

«He visto muchos errores en el trabajo que he realizado y tú seguramente lo verás todo con claridad», escribió al Vozhd con sumisa ironía. «Por supuesto, ni yo ni el resto de nosotros podemos plantear la cuestión con tanta claridad como tú. Haré todo lo posible para aprender a trabajar como es debido. Haré cuanto esté en mi mano para aprender la lección ... de modo que me sea útil en la próxima tarea que lleve a cabo bajo tu paternal dirección». Como ocurriera a Molotov, la vieja intimidad de Mikoyan con Stalin se había esfumado. También Jrushchov cayó en desgracia debido a su actitud ante la hambruna: «¡Indolencia!». El Vozhd le echó un rapapolvo y en febrero de 1947 lo destituyó como primer secretario del Partido en Ucrania (siguió ocupando el cargo de primer ministro). Kaganovich, que por entonces tenía el aspecto de un «terrateniente gordo», lo sustituyó y llegó a Kiev para ponerlo en su sitio. El hecho de caer en desgracia ante Stalin acarreaba siempre un debilitamiento de la salud de sus próceres: Jrushchov se vino abajo y sufrió una neumonía. Su nom-

* Stalin no sólo no podía dar de comer a los civiles de su país, sino que la correspondencia que mantenía con Beria y Serov (a la sazón en Alemania) demuestra que a los soviéticos les angustiaba no poder dar de comer tampoco a sus soldados destacados en Alemania, por no hablar de los habitantes de la Alemania oriental.

bre desapareció por completo de los periódicos ucranianos y el culto a su persona se apagó. Pero Kaganovich ordenó a los médicos que lo trataran con penicilina, uno de los medicamentos occidentales que Stalin tanto desaprobaba. Por mucho que luego se recuperara, ¿llegó a estar condenada la «mascota» de Stalin?[6]



Después de la victoria, Stalin cayó enfermo y tuvo una serie de colapsos o ataques cardíacos de menor importancia. Aquí vemos al generalísimo, visiblemente desmejorado, volviendo a descansar, acompañado de un Vlasik de aspecto porcino.

El 12 de agosto de 1945 el generalísimo Stalin se dirige, sonriente, a ver el desfile a la cabeza de sus jerarcas: Mikoyan, el virrey de Ucrania, Jrushchov, Malenkov, Beria —con uniforme de mariscal—, y Molotov (detrás de él aparece Vlasik).



Zhdanov, con uniforme de coronel general, presunto heredero de Stalin y máxima autoridad cultural, cuando acabó la guerra dirigió sus ataques contra el mundo de las artes. Stalin promocionó a su hijo Yuri y decidió convertirlo en su yerno. Un especialista en genética de pacotilla, Trofim Lisenko (a la izquierda) se encargaría de que los Zhdanov recibieran su castigo.

Página opuesta: Con aspecto cansado y sombrío, Stalin, seguido de Beria, Mikoyan y Malenkov, cruza el Kremlin camino del mausoleo de Lenin para asistir al desfile del 1 de Mayo de 1946. Aunque caminan cogidos del brazo, su amistad no era más que una máscara: todos intentarían acabar unos con otros. El Vozhd odiaba a Beria y se burlaba de la gordura de Malenkov. En las cenas de Stalin, Beria se dedicaba a meter tomates en el traje de Mikoyan, de corte impecable, para que se aplastaran cuando se sentara.



Arriba: En 1946, mientras a su alrededor iba intensificándose la lucha por la sucesión, Stalin preside el cortejo en los funerales de Kalinin. En primera fila, de izquierda a derecha: Beria, Malenkov, Stalin y Molotov. Detrás de este último podemos ver a Zhdanov, con aspecto enfermizo y frágil, en esos momentos en la cumbre de su poder. Sus dos protegidos, Voznesenski y Kuznetsov, aparecen por detrás de Malenkov. Y por detrás de Beria asoma Kaganovich.
Abajo: La muerte de Zhdanov, amigo y favorito de Stalin, permitió a Beria y Malenkov dar rienda suelta a su venganza contra los integrantes de la facción del difunto. Stalin, Voroshilov y Kaganovich desfilan detrás del féretro abierto. Aquella noche, durante la cena del funeral, Stalin se emborrachó: desaparecido Zhdanov, había perdido al único intelectual que podía estar a su altura.



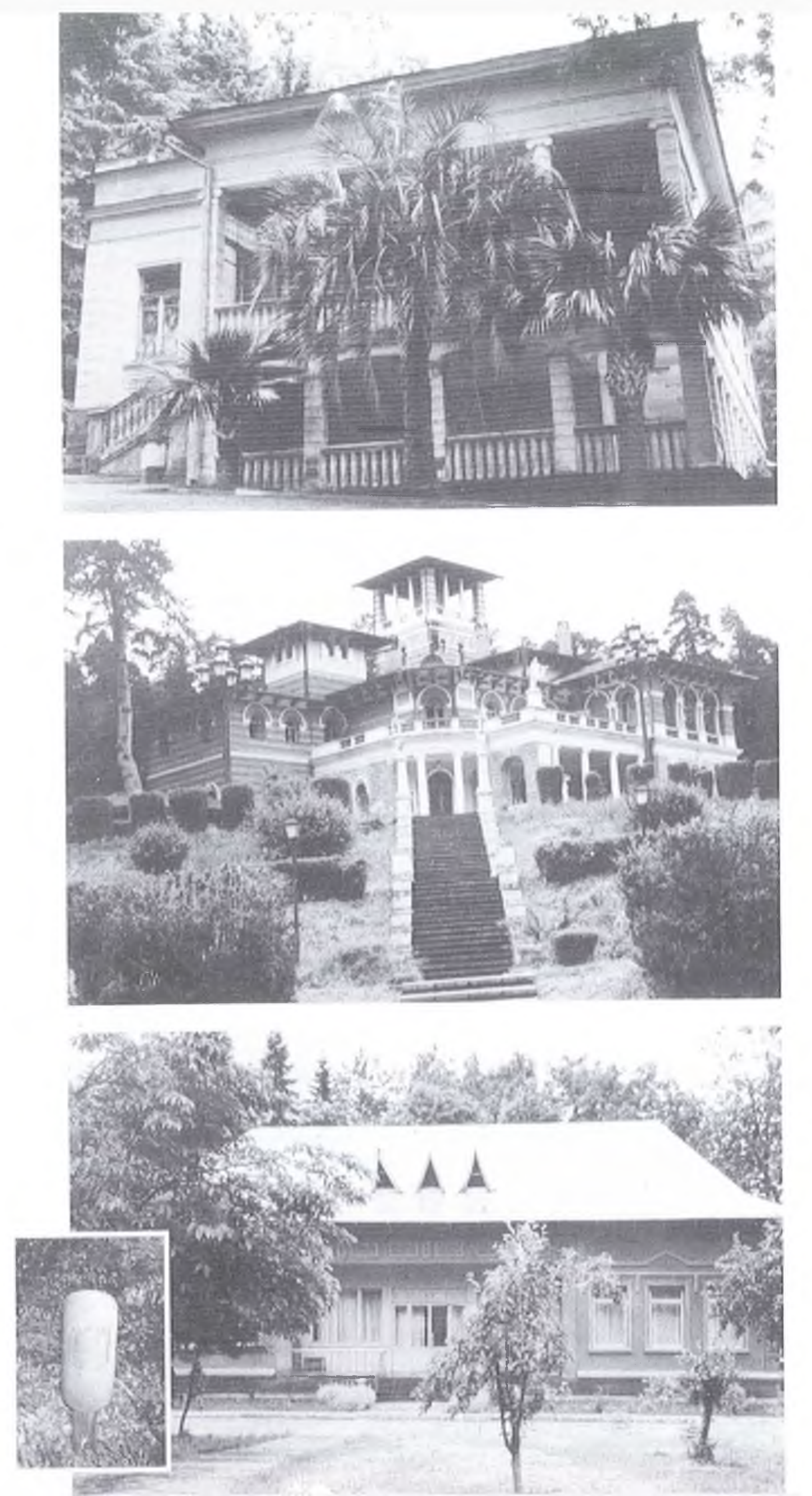


Arriba: Aquí vemos a Stalin, a finales de 1948, en compañía de la vieja guardia: Kaganovich, Molotov y Voroshilov, mientras detrás de ellos los más jóvenes urdían sus intrigas. Después de diez años sin que fuera fusilado ni un solo líder, Beria (en segunda fila, al fondo, a la izquierda) y Malenkov (en segunda fila, segundo por la izquierda) ayudaron a Stalin a asesinar a los dos hombres a los cuales había señalado como sucesores, Kuznetsov (segunda fila, entre Molotov y Stalin) y Voznesenski (segunda fila, entre Stalin y Voroshilov), a raíz del «caso de Leningrado».

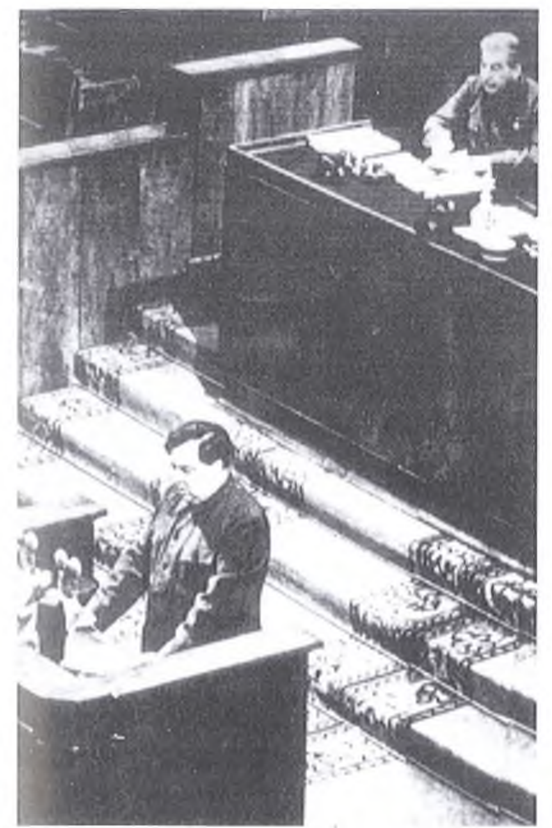
Centro: Veraneo en casa de Stalin: Mikoyan, elegantemente vestido de blanco, con el malhadado Kuznetsov, «joven y apuesto», Molotov, y Poskrebishev, de uniforme.

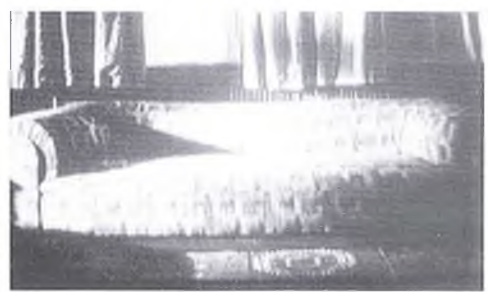
Abajo: Durante la gala celebrada con motivo de su septuagésimo aniversario, Stalin aparece en el escenario del Bolshoi entre Mao Zedong y Jrushchov, al que había hecho volver de Ucrania para que hiciera de contrapeso de Malenkov y Beria.





Página opuesta: LAS ÚLTIMAS VACACIONES, POCO REPOSADAS, DE STALIN (1952)
A finales de los años cuarenta Stalin gobernó Rusia durante una cantidad infinita de meses desde su casa de Novi Afon, su mansión favorita (*arriba*). También regresó a una casa en la que había pasado unas vacaciones muy felices en compañía de Nadia poco después del nacimiento de Vasili en 1921, el palacio Likani, perteneciente al otrora hermano del zar Nicolás II, el gran duque Miguel (*centro*). Cuando Jrushchov y Mikoyan fueron a visitarlo, tuvieron que compartir la misma habitación. Pasó también varias semanas en esta casa perdida a orillas del lago Ritsa (*abajo*). Por entonces estaba tan débil que sus guardaespaldas construyeron esos cajetines de metal verde (*recuadro*) que contenían un teléfono especial, para que el Vozhd pidiera ayuda en caso de que se sintiera mal durante sus paseos.



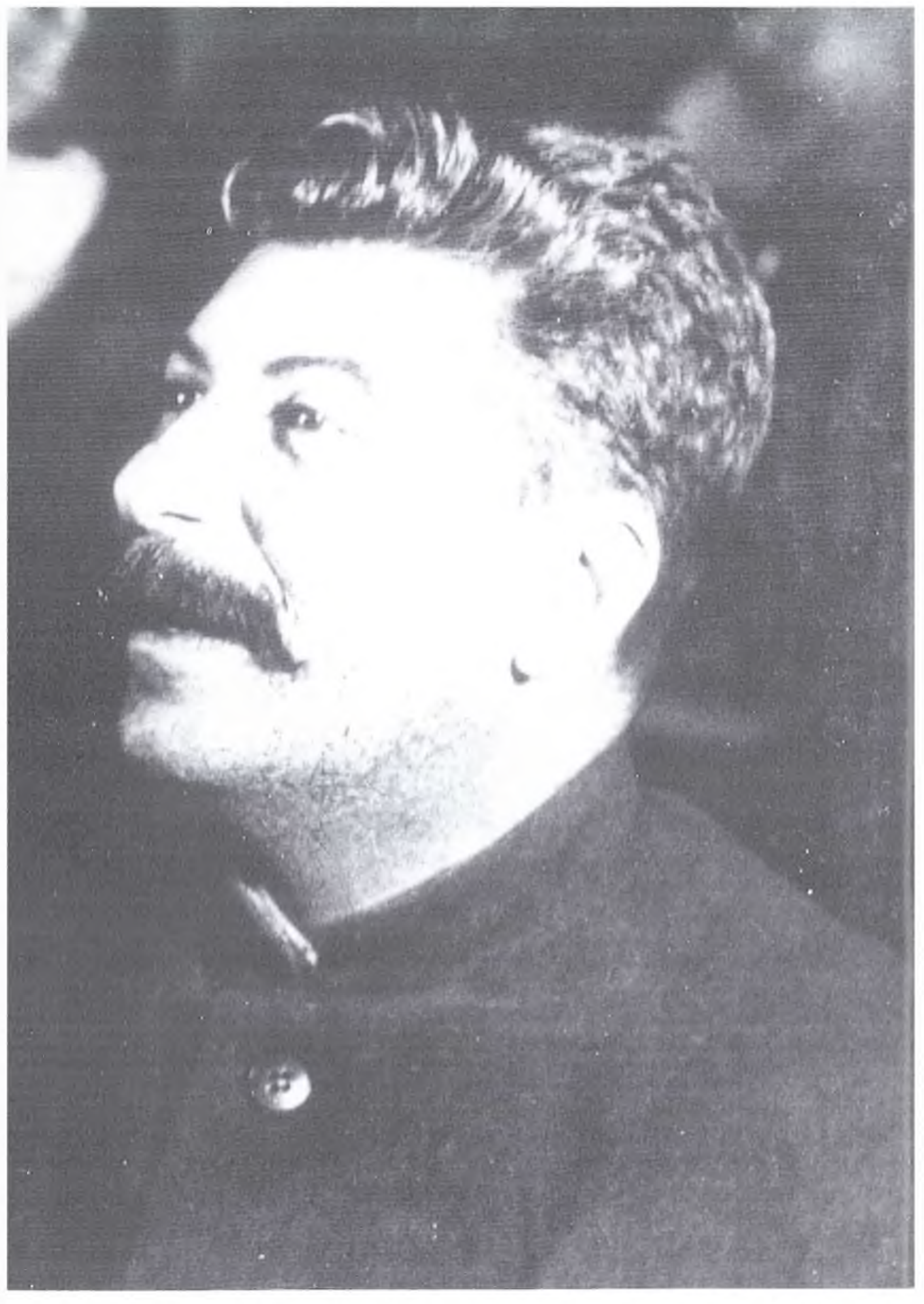


Durante toda su vida, Stalin durmió en grandes sofás repartidos prácticamente por todas las habitaciones de sus casas. Éste es el diván de Kuntsevo en el que murió el 5 de marzo de 1953.

Izquierda: Stalin, que por aquel entonces, anciano ya, pero siempre animoso, tramaba la destrucción de Molotov y Mikoyan, observa a Malenkov, que está presentando su informe, durante su última comparecencia pública en el curso del XIX Congreso de 1952. Cuando organizó la conjura de los médicos, de carácter antisemita, ordenó a la policía secreta que tratara sin piedad a los doctores: «¡Pegadlos, pegadlos y pegadlos a más y mejor!», gritó. No obstante, aún encontraba tiempo para jugar con sus nietos...



La lucha por el poder empezó junto al lecho de muerte. A la derecha, Jrushchov y Bulganin (junto a Kaganovich y Mikoyan), y enfrente de ellos Beria y Malenkov (junto a Molotov y Voroshilov), ante el cadáver de Stalin. Parecía que Beria había ganado la batalla de la sucesión, pero cometió el fatídico error de subestimar a Jrushchov.



Stalin en el Congreso de 1927: con el rostro picado de viruelas, sin afeitar y una expresión sarcástica y a todas luces vigilante, podemos ver al máximo dirigente político, egoísta, mesiánico, marxista fanático, y supremo asesino de masas en su momento de mayor esplendor.

50

«¡Los sionistas te han metido un gol!»

En 1947, el secretario de Estado americano, George Marshall, hizo público un gigantesco programa de ayuda económica a Europa que inicialmente resultó atractivo para el imperio desmembrado. Molotov fue enviado inmediatamente a París con el fin de que averiguara algo más. Al principio los líderes pensaron que el Plan era una especie de préstamo y arrendamiento sin condiciones, pero Stalin enseguida se percató de que iba a resucitar a Alemania y a socavar su hegemonía en la Europa del Este. Molotov se mostró en un primer momento favorable al Plan y seguía siendo propenso a un arreglo negociado, pero el Vozhd rechazó la idea de Marshall.

Stalin y Zhdanov decidieron reforzar el control que ejercían sobre la Europa del Este. Al mismo tiempo, Stalin apoyó la fundación de Israel, con la esperanza de que se convirtiera en un estado satélite en el Oriente Próximo. El 29 de noviembre la URSS votó a favor de esta medida en la ONU y fue el primer país en reconocer la existencia de un estado judío. El Vozhd concedió a Mijoels el Premio Stalin, pero no tardó en quedar patente que Israel iba a convertirse en un aliado de los americanos, y no de los rusos.

En el caldero de los prejuicios irracionales de Stalin, de su instinto político tan fino como el filo de una navaja, y de su sensibilidad agresivamente rusa, el sueño que abrigaba Mijoels de una Crimea judía se tradujo en un siniestro caballo de Troya del sionismo pro americano,* una especie de Plan Marshall

* Como tantos otros temores delirantes de Stalin, éste no dejaba de tener su fundamento: los sultanes otomanos habían dominado el mar Negro a través del control ejercido sobre Crimea. Catalina la Grande y el príncipe Potemkin se anexionaron Crimea en 1783 por ese mismo motivo, del mismo modo que las tropas anglo-francesas desembarcaron allí en 1853 con el fin de socavar el poder de Rusia. Jrushchov tomó en 1954 la controvertida decisión de donar Crimea a Ucrania, resolución que a punto estuvo de provocar una guerra civil en los años noventa entre los ucranianos y los que deseaban ser gobernados por Rusia.

hebraico. Sionismo, judaísmo y Estados Unidos se convirtieron en conceptos intercambiables en la mente de Stalin. Es evidente que en este sentido contaba con el apoyo de los jerarcas: incluso después de la muerte del Vozhd, Jrushchov llegó a comentar en tono condescendiente con unos comunistas polacos:

—Ya conocemos a los judíos; todos tienen alguna conexión con el mundo capitalista porque tienen parientes viviendo en el extranjero. Éste tiene una abuela, el de más allá... Empezó la Guerra Fría; los imperialistas conspiraban para ver el modo de atacar a la URSS; luego los judíos quisieron establecerse en Crimea... Aquí están Crimea y Bakú... A través de sus parientes y amigos, los judíos habían creado una red destinada a hacer realidad los planes de los americanos. Por eso [Stalin] acabó con ella.

Ésta no sólo era la idea sostenida en los conciliábulos del Vozhd: el propio sobrino de éste, Vladimir Redens, estaba de acuerdo con los que se quejaban de que «el Comité estaba haciendo una propaganda sionista terrible ..., como si los judíos hubieran sido los únicos que habían sufrido». El antisemitismo de Stalin encajaba perfectamente con su campaña nacionalista de corte tradicional. Hasta sus prejuicios estaban subordinados a la *realpolitik* y la complementaban.

Stalin ordenó a Abakumov que reuniera pruebas de que Mijoels y el Comité Judío eran «nacionalistas activos orientados por los americanos para llevar a cabo una labor antisoviética», especialmente a través del viaje realizado por Mijoels a Estados Unidos, cuando «se pusieron en contacto con judíos famosos relacionados con los servicios secretos norteamericanos». Mijoels hizo el caldo gordo a Stalin.

El actor judío no se encontraba en su elemento en aquel duelo con el *golem* estalinista, y decidió apelar al Vozhd. Llamó a la segunda personalidad hebrea más influyente después de Kaganovich, Polina Molotova, para preguntarle si debía recurrir a Zhdanov o a Malenkov.

—Ni Zhdanov ni Malenkov querrán ayudarte —contestó Polina—. Todo el poder del país está sólo y exclusivamente en manos de Stalin, y no hay nadie que pueda influir en él. No te aconsejo que le escribas. Tiene una actitud negativa hacia los judíos y no nos apoyará.

Antes de la guerra habría sido impensable que la mujer de Molotov se expresara de aquel modo.[1]

Mijoels tomó la decisión, tan tentadora como intempestiva, de llegar a Stalin a través de Svetlana. El Vozhd estaba ya escamado por la afición que parecía tener su hija por los hombres judíos. Después de Kapler, había estado Morozov, con el que se había casado de rebote, a raíz de la boda de Sergo Beria. Stalin no tenía nada personalmente contra Morozov, que era «un buen muchacho», según decía, pero su yerno no había combatido durante la guerra y además era judío. «¡Los sionistas te han metido un gol!», le dijo a Svetlana. La hija de Malenkov, Volia, acababa de casarse con el nieto de otro hebreo, Lozovski, que dirigía el Comité Judío de Mijoels. Molotov había apoyado la

carta de la Crimea judía propuesta por el actor judío, y el hermano de su esposa, Polina, era un hombre de negocios americano también judío. Aquellos agentes de los norteamericanos estaban por todas partes. Las cosas irían todavía a peor.

En su afán de proteger a la comunidad israelita, Mijoels preguntó a Zhenia Alliluyeva, que tenía relaciones con la *intelligentsia* judía, si podría entrevistarse con Svetlana. Los hijos de la élite estaban hartos de pretendientes que recurrían a ellos a causa de sus relaciones: «Una de las cosas más desagradables que tenía ser hija de un *chinovnik* era que no podía confiar en los jóvenes que me rodeaban —dice Volia Malenkova—. Muchos querían casarse conmigo. Yo no sabía si me querían a mí o buscaban la influencia de mi padre».

Los Alliluyev advirtieron a Zhenia que no se entrometiera en aquellas cuestiones de judíos tan peligrosas: «Todo se mezclaba en aquel puchero —dice Vladimir Redens—. Sabíamos que no iba a acabar bien la cosa». Pero parece que Zhenia presentó efectivamente a Mijoels a Svetlana y Morozov. Stalin se enteró inmediatamente* y se puso hecho una furia: los judíos estaban intentando «introducirse subrepticiamente en su familia». Además, Anna Redens había empezado a irritarlo otra vez con la publicación de unos recuerdos muy indiscretos sobre los primeros años de su carrera y con las constantes regañinas a Vasili, que se quejó a su padre. Así, pues, Mijoels se metió sin saberlo en un verdadero nido de víboras.

Stalin ordenó a Abakumov que investigara la relación de los Alliluyev con el espionaje americano-sionista, recordando de paso a Svetlana que Zhenia había envenenado a Pavel, su marido, en 1938. Los más espabilados empezaron a divorciarse de sus cónyuges judíos. Svetlana Stalin se divorció de Morozov: todos los libros de historia repiten que fue Stalin quien lo ordenó, y el propio primo de Svetlana, Leonid Redens, también afirma que fue así. Pero según la propia interesada, «mi padre nunca me pidió que me divorciara de él», y en algunas entrevistas más recientes añade que nunca había estado enamorada de Morozov: «Nos divorciamos porque yo no estaba enamorada de él». Parece que así fue hasta cierto punto: Leonid Redens señala que «había muchos hombres en la vida de Svetlana; estaba harta de Morozov». Pero el propio Stalin dijo a Mikoyan que «si no se divorcia de Morozov, lo detendrán». Svetlana dejó, pues, a su marido: «Ninguno me habría dejado a mí», señalaría la zarevna. Stalin dejó el asunto, al parecer, en manos de su hijo. «Vasili quitó a Morozov el pasaporte** —dice Redens— y le trajo otro nuevo sin el sello de casado.»

* Zhenya no tardó en enterarse de que su marido era un agente del MGB que llevaba pasando información sobre ella desde que se habían casado, pero en todas las familias de la élite había un chivato. La Rosa de Novgorod se divorció de él.

** Grigori Morozov, que acabó convirtiéndose en un respetable abogado soviético y que siempre se comportó con suma discreción y dignidad, se negó a dejarse entrevistar para este libro diciendo: «No quiero revivir 1947 nunca más». Murió en 2002.

Abakumov empezó a arrestar al entorno judío de los Alliluyev. El 10 de diciembre, detuvo a Zhenia Alliluyeva, en otro tiempo tan íntimamente unida a Stalin, acusándola de «propagar falsas calumnias acerca del jefe del gobierno de la Unión Soviética». El marido de Zhenia, su hija Kira, la briosa actriz, y Anna Redens siguieron sus pasos. Los judíos más destacados fueron puestos también a buen recaudo.

La *Instantsiya,* aquel horrible eufemismo con el que se designaba a la sagrada eminencia del Kremlin, creía que el complejo judeo-Alliluyev había «mostrado interés por la vida personal del jefe del gobierno de la Unión Soviética, con la ayuda de los servicios secretos extranjeros». Stalin autorizó el empleo de «métodos de persuasión» para implicar a Mijoels. La «lucha francesa», como decían los torturadores, fue dirigida por Komarov, un sanguinario psicópata antisemita, que hacía saber a sus víctimas: «Vuestro destino está en mis manos y os advierto de que no soy un hombre, soy una bestia». Y añadía: «¡Todos los judíos son unos piojosos hijos de puta!». Abakumov supervisaba a aquel sádico diabólico, ordenando que propinara a los prisioneros «una paliza de muerte».

Goldshtein, que había presentado a Mijoels a los Alliluyev, testificó más tarde que «empezaron a pegarme con un garrote de goma en las partes blandas de mi cuerpo y en los talones desnudos ... de modo que no pudiera ni sentarme ni estar de pie» Le golpearon tan fuerte en la cabeza, que «se me puso la cara terriblemente hinchada y me quedó afectado el oído. Extenuado por los interrogatorios a los que era sometido de día y de noche, aterrorizado por las palizas, las maldiciones y las amenazas, caí en una profunda depresión, en un marasmo moral absoluto, y empecé a suministrar pruebas contra mí mismo y contra otros».

—¿Así que dices que Mijoels es un cerdo? —gritó Abakumov.

—Sí, lo es —contestó Goldshtein, totalmente destruido, que admitió que el actor le había pedido que se «fijara en todos los pequeños detalles de la relación existente entre Svetlana y Grigori... [para] informar a nuestros amigos americanos». Cuando Stalin leyó esta declaración, vio confirmados sus peores temores acerca de Mijoels.

Vladimir Redens, con sólo doce años, había perdido ya a su padre y a su madre. Sus jóvenes primos, los hijos de Zhenia, habían perdido a sus padres y a su hermana. Vladimir corrió a decírselo a Olga, su abuela, que seguía viviendo en el Kremlin tras la muerte de su marido, Sergei, en 1946. El niño descubrió, para su sorpresa, que la anciana no había perdonado a Zhenia que volviera a casarse tan pronto:

—¡Gracias a Dios! —dijo al enterarse de la detención de su antigua nuera, y se santiguó. Pero llamó a Stalin para interesarse por el encarcelamiento de Anna:

—Fueron utilizados por el enemigo —replicó el Vozhd. Cuando la fami-

lia deseaba que «alguien hablara con Stalin», la anciana señora respondía, «no pasa nada que él no sepa». Echaron ingenuamente la culpa de todo a Beria, sin darse cuenta de que Abakumov sólo presentaba sus informes a Stalin.

Svetlana intentó interceder por las «tías», pero su padre le advirtió de que «hablaban demasiado»:

—Y tú también haces comentarios antisoviéticos.

Kira Alliluyeva, la prima mayor de Svetlana, que también fue detenida, afirma que Stalin avisó a su propia hija:

—Si te pones a hacer de su defensora, te meteremos a ti también en la cárcel.

Tanto ella como su hermano Vasili darían de lado en adelante a los hijos de los Alliluyev.

* * *

Ahora que Svetlana volvía a estar soltera, Stalin empezó a hablar otra vez de quién debía ser su próximo marido, y comentó con sus jerarcas:

—Dice que se casará o con Stepan Mikoyan o con Sergo Beria.

Los padres del Politburó estaban alarmadísimos. La zarevna no parecía tener en cuenta que los dos muchachos no sólo estaban ya casados, sino que además estaban enamorados de sus mujeres. Stalin declaró a Mikoyan y Beria, que no cabían en sí de angustia:

—Yo le he dicho que ni con uno ni con otro. Debería casarse con Yuri Zhdanov.

Al mismo tiempo, aquel siniestro y tiránico casamentero dijo a Yuri que contrajera matrimonio con su hija.

El 16 de julio, Stalin emprendió un viaje por carretera para conectar con el pueblo y visitar el país, algo que no hacía desde 1933. Serían unas vacaciones de tres meses de duración caracterizadas por la reflexión y la nostalgia, una clara señal de su agotamiento y de su nuevo estilo de líder distante y supremo. Dejó al indeciso Bulganin al frente de todo.[2]

Mientras Abakumov torturaba a los judíos para crear una nueva conspiración «americana» y destruir a Mijoels, Stalin y su comitiva de ZiS 110 blindados se dirigían al sur, en compañía de Valechka, con destino a Járkov.

51

Un viejo solitario de vacaciones

El generalísimo ordenó que el viaje no supusiera una ceremonia tediosa y todo se llevó a cabo «sin el menor rastro de sensacionalismo, cosa que agradó mucho a Stalin», escribe Vlasik, que encontró la expedición agotadora. El día de la partida Stalin había dormido sólo dos horas más o menos, pero estaba «de buen humor, lo que a todos nos hacía muy felices». Revisó todos los detalles, comentando que no habría podido ver nada «desde mi escritorio».

Experimentó incluso algunos aspectos de la vida cotidiana de la gente: su automóvil se paró cerca de Orel. El Vozhd bajó a estirar las piernas, rodeado de sus «anexos'y se acercó a unos camiones que había por allí aparcados y cuyos conductores se quedaron mudos cuando vieron quién los saludaba. En Kursk, Stalin pasó la noche en casa de un agente de la Cheka de la localidad. A la mañana siguiente, pensó que debía hacer algún regalo a la pareja que lo había hospedado, así que dejó un frasquito de esencia en el tocador de la señora. En Járkov, vio que la gente vivía todavía en trincheras. Comentó con Valechka que aquello le disgustaba mucho. Cuando llegó Jrushchov, para entonces caído en desgracia, tranquilizó al Vozhd diciéndole que se había exagerado mucho lo de la hambruna y le regaló unos melones muy jugosos. Valechka quedó ingenuamente horrorizada y así lo comentó con Svetlana a quien dijo que engañaban «a tu padre de mala manera. ¡Todo el mundo!».

Por último, para mayor alivio suyo, Vlasik depositó a Stalin en un tren especial que se los llevó a todos a Yalta, donde probablemente el Vozhd se detuviera en Livadia antes de que el crucero *Molotov* lo trasladara a Sochi. El tiempo era estupendo, y la tripulación estaba nerviosísima con el pasajero que llevaba a bordo. Vlasik, el fotógrafo de la corte, tomó tal cantidad de instantáneas que Stalin, «siempre alerta», comentó:

—Vlasik lo hace muy bien, pero a él no lo retrata nadie. Que alguien lo fotografíe con nosotros.

En Sochi, Stalin fue a dar una vuelta por la localidad, seguido de Vlasik, Poskrebishev y su corte de guardaespaldas nerviosísimos, que intentaron controlar a los veraneantes que estaban acampados en la costa. Cuando un grupo de escolares se congregó alrededor de su coche, los invitó a montarlos en él y llevarlos hasta un café de la localidad, el Riviera, donde una niña se puso a llorar porque se había quedado sin golosinas. Stalin la sentó en sus rodillas y le dijo que escogiera lo que más le gustara. Vlasik, con su cara de cerdo, pagó la cuenta y luego dirigiéndose a los niños dijo:

—¡Venga niños! ¡Un hurra de buenos pioneros (la versión soviética de nuestro simple «¡hurra!») por el camarada Stalin!

Podemos imaginárnoslo levantando los brazos en señal de reconocimiento mientras «los niños gritaban un armonioso hurra».

* * *

A continuación se dirigieron al hogar espiritual de Stalin durante aquellos años crepusculares, Abjasia, donde, según creía, el aire y la comida conferían longevidad:

—¿Recuerdas qué sorprendido quedó el escritor inglés J. B. Priestley cuando conoció a un campesino abjasio de ciento cincuenta años? —comentó—. Si yo viviera aquí, a lo mejor llegaba a vivir ciento cincuenta años.*

Stalin contaba a menudo a Molotov cuánto echaba de menos su tierra. Siempre había sostenido que el pueblo ruso era el lazo que mantenía unido a su imperio; eran los rusos los que suministraban la fuerza dinámica necesaria para hacer avanzar el bolchevismo y garantizar su gloria. Su propio destino era el de Rusia. Por eso en una ocasión Vasili llegó a decir:

—Papá fue una vez georgiano.

Pero su personalidad rusa había sido exagerada. Hablaba georgiano, comía al estilo georgiano, cantaba canciones georgianas, gobernaba personalmente Georgia a través de los dirigentes locales, entrometiéndose en las pequeñas rencillas políticas del país, echaba de menos a sus amigos de la infancia, y pasó casi la mitad de sus últimos ocho años de vida en una Georgia aislada de ensueño.

Stalin fijaba su residencia en Jolodnaya Rechka, pero contantemente estaba cambiando de casa. Se dice que todas ellas eran lúgubres. Desde luego el revestimiento de madera de las paredes es un tanto sombrío, pero cuando se visitan en verano, son deliciosas. Stalin solía comer y trabajar al aire libre, en la

* Stalin mostró siempre un gran interés por la longevidad. En 1937, patrocinó la labor del profesor Alexander Bogomolov sobre el fenómeno de la extraordinaria longevidad de los habitantes de Georgia y Abjasia. Se cuenta que Stalin creía que ello se debía al agua de los glaciares y a su dieta, de ahí que bebiera siempre agua especial helada.

terraza, y todas ellas tenían magníficos jardines llenos de flores, por los que le encantaba pasear. Las casas eran elegidas sobre todo por sus vistas: los panoramas que se contemplan desde esas casas-tumba son extraordinariamente hermosas.

En esta ocasión empezó alojándose en la mansión neobarroca de un blanco resplandeciente que había hecho en medio de los frondosos jardines del parque Dedra, en Sujumi, aquella en la que Mandelsatm había visto a Yezhov bailando el *gopak*. Durante los años treinta, había veraneado en una pequeña dacha construida por Lakoba en Novi Afon; en aquellos momentos disponía de otra villa de estilo cubano que había mandado edificar al lado de la anterior, de un solo piso, con una magnífica vista sobre el mar. Junto al apartado lago Ritsa ya había un sanatorio del CC, al que sólo podía llegarse después de un largo viaje en coche a través de un desfiladero espectacular que corría junto a un torrente de aguas turbulentas. En 1948 ordenó que se añadiera una nueva casa a la vieja.*

Stalin tenía acceso a cualquiera de las innumerables dachas del estado, pero parece que había unas cinco en los alrededores de Moscú, varias en Crimea —entre ellas dos palacios imperiales—, tres en Georgia propiamente dicha, y unas cinco en Abjasia, que utilizaba con regularidad. Al menos quince contaban con servidumbre permanente. Sin embargo, en cierto modo siguió siendo el revolucionario georgiano, errante e inquieto, de su juventud. Acompañado de Poskrebishev y de los últimos documentos del CC que debían hacérsele llegar contantemente por vía aérea, haciendo venir a sus potentados a su antojo y enviando telegramas a todos los rincones del mundo, seguiría siendo en todo momento el fulcro del poder.

* * *

* En la mayoría de las casas de Stalin se entraba a través de un largo portal correspondiente al edificio de la seguridad (aunque no en el lago Ritsa ni en Novi Afon), que desembocaba en un frondoso jardín con setos de aligustre y un sendero que conducía hasta una villa de estilo mediterráneo rodeada de una terraza. La habitación más grande era siempre el comedor, de elevado techo, con las paredes revestidas de madera, provisto de una mesa larga que podía hacerse más pequeña. Todas estaban pintadas de un color semejante al verde militar, quizá para quedar camufladas y no ser localizadas desde el aire. Todas resultaban prácticamente invisibles, pues estaban ocultas en lo alto de estrechos caminos, y escondidas entre palmeras y abetos, circunstancia que hacía que resultaran difíciles de ver incluso desde el propio jardín. Prácticamente todas tenían su propio embarcadero y todas disponían de casas de verano en las que Stalin trabajaba y celebraba cenas. En todas había la famosa sala de billar, que solía servir también de sala de proyecciones, pues las películas se proyectaban sobre la pared del fondo a través de unas ventanitas de madera. Todas tenían varios dormitorios con divanes y grandes cuartos de baño, provistos de diminutas bañeras, fabricadas a la medida del Vozhd. Todas fueron construidas o arregladas para él por su arquitecto de corte, Miron Merzhanov, que vivía con la madre de Martha (Peshkova) Beria, Timosha, nuera de Gorki y gran amor de Yagoda. Merzhanov fue detenido a finales de los años cuarenta, igual que todos los anteriores amantes de Timosha.

Cuando llegaba, se llevaba a cabo un singular ritual que era un reflejo de los viejos tiempos. Stalin había mandado colgar la máscara mortuoria de Lenin en la pared del comedor de Kuntsevo, donde estaba iluminada, como si fuera un icono, con una lamparilla. Allá donde fuera de vacaciones, el icono viajaba con él. De inmediato ordenaba al comandante Orlov que lo colgara «en el lugar más visible».

En cuanto llegaba, los jerarcas y todas las autoridades locales de Georgia se metían en sus casas, esperando a ser convocados. Abakumov estaba listo para coger el avión y trasladarse al sur en cuanto le avisaran con las noticias de los últimos interrogatorios. Si había trifulcas en el Politburó, hacía venir a los jerarcas para celebrar un juicio salomónico. Todos temían tener que pasar el tiempo con Stalin de vacaciones, pues aquello era «peor que las cenas», en palabras de Jrushchov, que una vez aguantó con él un mes entero. Obligado a combatir el hambre y el separatismo en Ucrania, Jrushchov permaneció temporalmente envuelto en una nube mientras se recuperaba. El Vozhd ordenó a Kaganovich supervisar la labor de Jrushchov y acabar con el nacionalismo de los ucranianos por la fuerza, hazaña que ya había llevado a cabo a finales de los años veinte. Jrushchov y Kaganovich, aliados desde hacía mucho tiempo, eran uña y carne, y sus familias salían a pasear juntas cada fin de semana. Irremediablemente enseguida se convirtieron en enemigos mortales. Los dos apelaron a Stalin, que los hizo venir a Jolodnaya Rechka. Después de una cena y de la consabida película, atizó un poquito más el odio que se profesaban, los obligó a hacer las paces y acabó por hacer volver a Moscú a Kaganovich.

Sus vasallos de la Europa del este, especialmente Gottwald, Beirut y Hoxha, no se atrevían a resistirse a sus llamadas. Pero los dos favoritos eran los dirigentes locales, con los que el Vozhd podía relajarse, en parte porque los dos tenían treinta y tantos años, y en parte también porque eran georgianos. Confiaba en ellos más que en sus propios hijos, y a los dos él les parecía una figura divina y a la vez paternal.

Candide Charkviani, el cultivado primer secretario de Georgia, lo visitaba «un día sí y otro no». A ello contribuía el hecho de que a Stalin le había enseñado las primeras letras un pope llamado Charkviani, aunque Candide no guardaba ninguna relación con él. Confiaba tanto en Charkviani que no sólo le reveló la forma que tenía de dormir, sino que cuando Candide le contó la historia de un príncipe georgiano que se ponía una muda nueva cada día, le enseñó una cómoda llena de «calzoncillos blancos de algodón»:

—Eso no es de extrañar en un príncipe —comentó satisfecho el Vozhd—. Pero yo soy un campesino y hago lo mismo.

El otro confidente era Akaki Mgeladze, el despiadado máximo dirigente de Abjasia, pulcro y apuesto, al que Stalin llamaba de mote «Camarada Lobo». Al Vozhd le gustaba Charkviani por sus conocimientos de literatura y Mgeladze por sus dotes para la intriga política. A veces desafiaba a Mgeladze a trasladar-

se en coche desde su despacho de Sujumi hasta la dacha en diecisiete minutos. Charkviani y Mgeladze se odiaban, como sus predecesores Beria y Lakoba.*

Valechka, Vlasik y Poskrebishev, que se alojaban en sendas dachas próximas, junto con un estenotipista y un especialista en lenguaje cifrado, eran sus otros compañeros habituales. Con su «cara triste, sus ojos redondos y su astucia, Poskrebishev seleccionaba los papeles que llegaban a diario en avión desde Moscú y luego los llevaba a la villa. Poskrebishev, al que Stalin apodaba últimamente «el comandante en jefe», protegía al generalísimo de las llamadas no deseadas. En cierta ocasión en que telefoneó Mikoyan en octubre de 1947, Poskrebishev le dijo secamente:

—Ya se te ha dicho que no molestes al camarada Stalin con este asunto y tú dale que dale.

Para cualquier extraño, que consideraba al Politburó y a sus miembros el sanctasanctórum, aquello era un atrevimiento increíble.

Stalin tomaba sus comidas al aire libre, en la terraza, en la casa de verano o a orillas del lago Ritsa, mientras leía los periódicos. Prácticamente por todas partes había revistas y libros abiertos, así como pilas de papeles. Antes de salir hacia el sur, garabateó la siguiente nota para Poskrebishev:

«Encarga todos estos libros. Stalin. *Cartas de Goethe, Poesía de la Revolución francesa*, Pushkin, Konstantin Simonov, Shakespeare, Herzen, *Historia de la guerra de los Siete Años* y *Batalla en el mar 1939-1945* de Peter Scott». Seguía trabajando hasta última hora de la tarde y empezaba a cenar tardísimo. Vlasik y Poskrebishev no siempre cenaban con el Vozhd, pero, cuando había huéspedes, el jefe de gabinete les comunicaba la invitación de forma expeditiva:

—Stalin te espera.

Cuando Poskrebishev conducía a los invitados hasta la puerta, Stalin decía bromeando:

—Bueno, ¿cómo está nuestro comandante en jefe?

Con la tez bronceada, pelo canoso y grandes entradas, cara delgada, barriga prominente y hombros caídos, Stalin se sentaba con ellos en la terraza como un afable rústico georgiano, vestido de paisano, llevando a menudo una especie de sahariana. Cuando hacía mucho calor, sobre la terraza de Jolodnaya Rechka había un aspersor que refrescaba el aire y rociaba el tejado con un chorro de agua.

A veces, el ama de llaves indicaba a los invitados que bajaran al jardín, donde encontraban al Vozhd con una pala en la mano, quitando las malas hierbas que crecían al pie de los limoneros, ayudado del general Vlasik.

* Todos estos detalles se basan en las memorias de Charkviani. Las memorias de Mgeladze, que casi pueden compararse con las de Mikoyan por el grado de intimidad que revelan, han sido publicadas recientemente en Georgia. Los líderes de Georgia y Abjasia eran naturalmente rivales: en el caso de Beria y Lakoba, el dirigente de Tiflis acabó destruyendo al dirigente de Sujumi, pero en el caso de Charkviani y Mgeladze ocurrió al revés.

—¡Voy a enseñaros a trabajar! —decía mostrando orgullosamente sus limones y sus rosas.

«Era un romántico por naturaleza», escribe Mgeladze. Pero su flor favorita, la mimosa, que cuando la tocan se cierra como si fuera una boca, constituye una metáfora orgánica de su propia sensibilidad amante del secretismo.

—La mimosa es la primera flor que anuncia la llegada de la primavera —dijo una vez Stalin a Mgeladze—. ¡Cuánto les gustan las mimosas a los moscovitas! ¡Hacen cola para comprarlas! ¡Pienso cultivar más para hacer felices a los moscovitas!

A veces salían a pasear y en ocasiones incluso recorrían a pie las calles de Sujumi, donde el Vozhd se paraba con los escolares y les hacía preguntas del siguiente tenor:

—¿Qué pensáis ser cuando seáis mayores?

* * *

En el banquete georgiano que a menudo se celebraba al aire libre, Stalin descorchaba alegremente las botellas. Aquellas «comidas interminables» resultaban angustiosas para los jerarcas, pero fascinantes para los jóvenes georgianos. Se sacaban mapas, se expresaba la admiración por los imperios del pasado, se discutía sobre los grandes personajes de otros tiempos, se contaban chistes, se hacían brindis. Poskrebishev brindó en una ocasión a la salud de Stalin por haber acabado con Bujarin y Rikov:

—Tenías razón, camarada Stalin, si hubieran ganado ellos...

Poskrebishev podía permitirse ciertas confianzas con el Vozhd que a menudo lo nombraba *tamada* del banquete.

—¡Y ahora, bebed todos a mi salud! —decía.

Stalin obedecía. Molotov le dedicaba elogios complejísimos:

—Si no fueras Stalin —decía Culo de Hierro en su brindis—, la URSS no habría conseguido derrotar a Trotski, ni ganar la guerra, ni obtener la bomba atómica ni conquistar un imperio tan grande para el socialismo.

Aquellas manifestaciones eran del agrado del anfitrión. A menudo la euforia de la bebida se tornaba en procacidad cuando había miembros del Politburó o vasallos extranjeros entre los invitados, pero con los georgianos el ambiente era más alegre y nostálgico.

Cuando Stalin cantaba, Poskrebishev y Vlasik le acompañaban haciendo voces como dos ridículos niños de coro. Después de cenar, los invitados solían quedarse a pasar la noche: Stalin podía resultar extrañamente amable: en una ocasión, el hermano de Mikoyan, Artiom, el ingeniero que diseñó el avión MiG (Mikoyan-Gurev), sufrió un ataque de anginas y tuvo que meterse en la cama; se dio cuenta de que alguien entraba en su habitación y le echaba cariñosamente una manta encima. Se quedó de piedra al comprobar que era Stalin.

Había una cosa que unía prácticamente a todos los invitados: el deseo de escapar de aquel extraño viejo inestable y de sus constantes cambios de humor, en los que pasaba de las explosiones violentas y peligrosas a la lamentacion autocompasiva, o a los recuerdos insoportablemente aburridos. Los frenéticos esfuerzos de su imaginación para encontrar excusas que les permitieran dejar a su todopoderoso, pero supersensible anfitrión sin ofenderlo, constituían un ejercicio sumamente cómico de aquellas noches interminables.[1]

Aquel año, Svetlana fue una de las primeras invitadas y se quedó tres semanas ocupando una casa más pequeña ella sola. Encontraba aburridas las embarazosas cenas con Beria y Malenkov. A ella le resultaba más fácil escapar, pero a pesar de todo constituía una ardua lucha: en una ocasión, cenando con Molotov, Mikoyan y Charkviani, anunció de repente:

—¡Déjame volver a Moscú!

—¿Por qué tienes tanta prisa? —comentó un tanto dolido su padre—. Quédate diez días. ¿Es que te aburres aquí?

—Padre, es una cosa urgente. Por favor, deja que me vaya.

Stalin se enfadó muchísimo:

—¡Basta ya de una vez! ¡Te quedarás y punto!

Pero al cabo de un rato, la joven empezó a insistir de nuevo.

—¡Vete, si así lo quieres! —aulló Stalin— ¡No puedo obligarte a que te quedes!

El Vozhd era incapaz de darse cuenta de hasta qué punto sus asesinatos políticos habían esterilizado y envenenado su mundo, pero quizá lo sospechara cuando le dijo a su hija en tono patético:

—No estás en casa de un extraño.

Svetlana seguía allí cuando llegó Zhdanov. Se las arregló para marcharse por las buenas, enviando a su padre una carta muy cariñosa a la que éste respondió en los siguientes términos:

«Hola Svetka ... Me alegro de que no te hayas olvidado de tu padre. Estoy bien ... No estoy solo. Te mando un regalito ... unas mandarinas. Un beso».

Zhdanov fue a ayudar a Stalin a elaborar la política que había ideado para asegurarse el dominio de la Europa del Este. La tendencia de Molotov a negociar con Occidente había acabado con el rechazo del Plan Marshall. Últimamente Zhdanov parecía gozar cada vez de mayor ascendiente tanto en la política exterior como en la interior, o quizá se encontrara por naturaleza más cerca de la voz de su amo. La relación entre ambos seguía siendo paternofilial. Stalin escribía comentarios al margen de los discursos de Zhdanov como si fuera un maestro. «¡Debes añadir citas de Lenin!», apuntó con un lápiz de color marrón en uno de ellos.

Juntos pergeñaron el discurso de Zhdanov que dividía Europa en «dos campos», la base ideológica del Telón de Acero que estaría vigente durante los cuarenta años siguientes. Para contrarrestar el Plan Marshall y la decepcio-

nante independencia de la Yugoslavia de Tito, Stalin ordenó a Zhdanov crear una nueva Internacional Comunista, la Cominform, destinada a reforzar la hegemonía soviética en la Europa oriental.

Zhdanov, acompañado de su odiado rival Malenkov, que había sido destinado recientemente a un puesto de menor rango, se dirigió luego en avión a la ciudad polaca de Szklarska Poreba, donde los partidos comunistas que gobernaban desde Polonia a Yugoslavia aguardaban las instrucciones de Moscú. La conferencia tuvo lugar en una clínica de reposo de la policía secreta, en la que Zhdanov y el resto de los delegados ocuparon el piso superior. Aparte de pronunciar su discurso sobre los «dos campos» el 25 de septiembre, Zhdanov se comportó con toda la arrogancia de un virrey imperial. Cuando Berman, uno de los líderes polacos (aquel que había bailado el vals con Molotov), expresó sus dudas en torno a la Cominform, Zhdanov replicó orgullosamente:

—No empieces a dilapidar tus fuerzas. En Moscú sabemos mejor que nadie cómo se aplica el marxismo-leninismo.

En todo momento, el «camarada Filipov», esto es, Stalin de vacaciones, mandó instrucciones a «Sergeiev y Borisov» (Zhdanov y Malenkov) sobre el modo en que debían proceder. Aquél fue el momento culminante de la carrera de Zhdanov y su consecución más importante y más duradera, si podemos calificar de tal a lo que hizo. Menos mal que la reunión se celebró en un sanatorio, pues cuando acabó, el Pianista estaba a punto de venirse abajo a causa de su alcoholismo y de un fallo cardíaco. Puede que triunfara sobre Molotov, Malenkov y Beria, pero no fue capaz de dominar sus propias fuerzas. Zhdanov, que con sólo cincuenta y un años estaba totalmente agotado, sabía que «no era lo bastante fuerte para aguantar la responsabilidad de suceder a Stalin. Nunca deseó el poder», afirma su hijo. Tomó inmediatamente el avión y regresó a la costa para recuperarse al lado de Stalin, llamándose constantemente por teléfono, pero enseguida sufrió un ataque al corazón.*

La enfermedad de Zhdanov creó un vacío que llenaron astutamente Malenkov y Beria, tan unidos por aquel entonces que mandaron una felicitación conjunta a Stalin por las fiestas de noviembre, en la que decían: «Nos produce una enorme satisfacción trabajar a tus órdenes ... Tus incondicionales, L. Beria y G. Malenkov». Pero su amistad fue siempre política: Beria pensaba que Malenkov no era en realidad «más que un cabrito ... indolente». No obstante, Zhdanov se percató de su resurgimiento, pues le dijo a su hijo: «Se ha creado una facción». Después de permanecer descansando hasta diciembre, se encontraba demasiado débil para librar aquella violenta batalla.[2]

* * *

* Zhdanov no sería el único: Andreyev, de apenas cincuenta y dos años, cayó enfermo en 1947, aunque siguió siendo miembro activo del Politburó hasta 1950; perdió su puesto en 1952.

Después de la estancia de Molotov y Mikoyan, recuperados de sus recientes humillaciones, Stalin se sintió solo. Echaba de menos la compañía de los jóvenes. Beria pensaba, según su hijo, que la soledad del Vozhd era fingida. Querrá tener a sus socios a su alrededor «para tenerlos vigilados, no por miedo a la soledad», pero eso no explica por qué deseaba la compañía de jóvenes sin importancia. «Por mucho que la gente hable del gran hombre, del genio en todo lo que hace —comentaba Stalin en tono reflexivo con Golovanov—, lo cierto es que no tengo con quién tomar una taza de té.» En una de sus visitas, Zhdanov se presentó acompañado de su hijo Yuri, el yerno ideal de Stalin. El Vozhd lo telefoneaba a menudo para darle consejos sobre su carrera:

—La gente dice que gastas muchísimo tiempo en actividades políticas —le indicó una vez—, pero yo quiero advertirte de que la política es un negocio sucio. ¡Necesitamos químicos!

Yuri se licenció en química y luego se doctoró en filosofía. Por aquel entonces tenía veintiocho años y, en compañía de una tía suya, estaba recorriendo en coche la costa del mar Negro cuando pasó ante la carretera que conducía a la dacha de Gagra. Les sorprendió ver a una multitud de guardias que corrían hacia ellos:

—¡El camarada Stalin te llama, camarada Zhdanov! —dijeron.

Yuri mandó un mensaje anunciando que estaba con su tía. El guardia volvió corriendo:

—Están invitados los dos.

En la terraza cubierta, los aguardaba un Stalin bronceado y relajado. Tras interesarse por la salud de su padre, le sirvió una copa de vino y dijo sin andarse con rodeos:

—Quizá deberías trabajar para el Partido.

—Camarada Stalin —replicó Yuri—, una vez me dijiste que la política era un negocio sucio.

—Ésta es una época diferente. Los tiempos cambian. Harías trabajo de Partido, viajarías y conocerías las regiones. Verías cómo tomamos las decisiones y cómo de inmediato discrepan de ellas.

—Preferiría consultar con mis padres —respondió Yuri, que sabía que ningún jerarca deseaba ver a sus hijos en el nido de serpientes de la corte de Stalin. Zhdanov, en cambio, se mostró de acuerdo: el Vozhd nombró a Yuri para un puesto importante —al menos para un hombre tan joven—, el de jefe del Departamento de Ciencias del CC. Como un incauto, Yuri estaba metiendo la cabeza en las fauces del cocodrilo en el preciso instante en que estaba a punto de estallar la sangrienta batalla por la sucesión.

—No tenía miedo de él —dice ahora Yuri—. Lo conocía desde que era un niño. Sólo más tarde me di cuenta de que *debería* haber tenido miedo.

Yuri no tuvo que quedarse, pero otro joven fue menos afortunado y se vio obligado a aguantar nueve días antes de que consiguiera escapar de allí.

Aquel mes de octubre, Oleg Troyanovski, un intérprete del Ministerio de Asuntos Exteriores de veintiséis años, fue enviado a Gagra para hacer de traductor para Stalin en una reunión con ciertos diputados del partido laborista británico.*

Apuesto, moreno y culto, Troyanovski era hijo de otro miembro de la élite. Cuando Stalin lo vio por primera vez, le gustó tanto que se puso a hablar como el piel roja del *Último mohicano* para decirle:

—¡Enviar respetos a hermano rostro pálido de parte de jefe de pieles rojas!

Después de despedir a los parlamentarios británicos, el Vozhd dijo a Troyanovski:

—¿Por qué no te quedas aquí viviendo con nosotros una temporada? Te emborracharemos y veremos qué clase de persona eres.

La propuesta era tan inesperada y alarmante que el joven vaciló alegando que seguramente sería «una carga para el camarada Stalin», pero éste insistió. Troyanovski se encontraba, como es natural, incómodo, pero el Vozhd lo invitó en varias ocasiones a jugar al billar, juego que se le daba estupendamente sin ni siquiera dar la impresión de preocuparse por él. Se veían sobre todo a la hora de cenar, momento en el que a veces se unía a ellos Poskrebishev o algún miembro del Politburó. El anfitrión se encargaba de servir personalmente al joven. La conversación no resultó nunca «embarazosa, sin que se produjeran silencios incómodos», si bien Troyanovski era lo bastante astuto como para no hacer preguntas ni expresar demasiadas opiniones. Stalin era el que hablaba, recordando su estancia con el padre de Oleg en Viena en 1913, «la primera vez que había estado en casa de una familia de estilo occidental». Por lo demás, se limitó a decirle que descansara, «aunque cuesta trabajo calificar de descansada cualquier cosa que tuviera que ver con Stalin».

Troyanovski, como todos los demás invitados, no veía la hora de escapar sin ofender al Vozhd. Al cabo de nueve noches, se armó de valor y le preguntó si podía marcharse. Stalin pareció sorprendido, hasta que el joven le explicó que regresaba a Moscú porque deseaba ingresar en el Partido.

—¡Un acto importante! —admitió el Vozhd—. ¡Buena suerte!

Tras regalar al joven una cesta de fruta, se produjo un momento embarazoso, aunque muy elocuente, cuando se despidió de él:

* En 1913 Stalin se había alojado en Viena en casa del padre de Troyanovski, Alexander, al que luego nombró primer embajador soviético en Washington y protegió durante el terror. Al Vozhd le gustaba Troyanovski, pero nunca confió en él, pues había sido menchevique. En una ocasión se acercó sigilosamente a él por la espalda, le tapó los ojos con las manos y susurró a su oído: «¿Amigo o enemigo?». En 1948, la carrera de Troyanovski como intérprete de Stalin acabó bruscamente cuando Molotov lo cambió de repente de destino con el fin de protegerlo. Su padre, el antiguo diplomático, había estado jugando al bridge y criticando a las autoridades con el indómito Litvinov. Eran tiempo peligrosos. Más tarde Troyanovski trabajaría como intérprete para Jrushchov. El presente relato se basa en la entrevista que mantuve con él.

—Probablemente te resulte aburrido todo esto —dijo—. Yo estoy acostumbrado a la soledad. Me acostumbré a ella en la cárcel.[3]

A su regreso a Moscú el 21 de noviembre, aquel viejo tan simpático ordenó a Abakumov asesinar a Mijoels, el actor judío. Nueve días después, votaba en la ONU a favor de la creación del estado de Israel.

52

Dos muertes extrañas: el actor judío y el presunto heredero

El comité del Premio Stalin envió a Mijoels a Minsk a juzgar las obras representadas en los teatros de Bielorrusia. Cuando se le comunicó a Stalin, ordenó verbalmente a Abakumov que asesinara a Mijoels en el acto, especificando algunos detalles en presencia de Malenkov. Abakumov encomendó la tarea a su ayudante y máximo dirigente del MGB en Minsk, invocando la autoridad de la *Instantsiya*. El plan de Abakumov consistía en «invitar a Mijoels a visitar a ciertos conocidos por la noche, proporcionarle un coche ... llevarlo en él a las proximidades de la dacha de Tsanava [el máximo dirigente del MGB en Bielorrusia] y matarlo allí; trasladar después el cadáver a alguna calle desierta, dejarlo en medio de la calzada de la carretera que iba al hotel y hacer que le pasara por encima un camión...». El plan tenía todas las características de los siniestros juegos de gángsters que Stalin solía idear con Beria para liquidar a los personajes demasiado célebres para ser detenidos. La orden, cursada por Tsanava, fue pasando por la escala de mandos y en todo momento se dejó caer la palabra mágica: *Instantsiya*.

El 12 de enero, Mijoels y su amigo Vladimir Golubov-Potapov, crítico teatral y agente del MGB, pasaron el día entrevistándose con actores y luego se fueron a cenar a su hotel. A las ocho de la tarde, salieron de él para reunirse con un «amigo» de Golubov. Presumiblemente el coche del MGB los llevó a la dacha de Tsanava, donde probablemente inyectaran a Mijoels algún narcótico para atontarlo, un trabajito más de los médicos del MGB. Quizá ofreciera resistencia. Aquel artista exuberante, el último punto de contacto con el esplendor intelectual de Mandelstam y Babel, amaba la vida, de modo que debió de luchar. Recibió un fuerte golpe en la sien con un objeto contundente, y además le pegaron un tiro. Golubov, el agente doble que lo presenció todo, también fue asesinado. Los cadáveres fueron trasladados a

la ciudad, los pasó por encima un camión y quedaron abandonados en medio de la nieve.*

Stalin fue informado de las muertes probablemente antes de que los cadáveres fueran arrojados a la calle, justo cuando Svetlana llegaba a visitarlo a Kuntsevo. El Vozhd se hallaba al teléfono en esos momentos, probablemente hablando con Tsanava: «Alguien estaba dándole un informe y él escuchaba. Luego para resumir, dijo: "O sea, un accidente de automóvil". Recuerdo perfectamente su entonación. No era una pregunta, sino una confirmación ... No estaba preguntándolo, estaba proponiéndolo, me refiero a lo del accidente de automóvil». Cuando colgó el teléfono, dio un beso a Svetlana y dijo:

—Han matado a Mijoels en un accidente de automóvil.

A las siete de la mañana del día siguiente, fueron encontrados dos cadáveres asomando entre la nieve. El cuerpo de Mijoels fue trasladado a Moscú y entregado al laboratorio del profesor Boris Zbarski, el bioquímico (judío) encargado de la conservación de la momia de Lenin: a pesar de ver la contusión de la cabeza y la herida de bala, recibió la orden de preparar a la víctima del «accidente de circulación» para que la capilla ardiente fuera instalada en el Teatro Judío, donde nadie dejó de notar que tenía la «cara rota» y «las facciones maltrechas disimuladas con maquillaje».

Mijoels era un héroe de las artes para algunos cortesanos de Stalin y también para el público en general: el día 15, la noche antes del funeral, Polina Molotova, que había redescubierto sus raíces judías durante la guerra, asistió en silencio al velatorio y comentó:

—Ha sido un asesinato.

Al acabar el funeral, Yulia Kaganovich, sobrina de Lazar e hija de Mijail, el que se había suicidado en 1941, llegó a casa de los Mijoels y se llevó a la hija del actor al cuarto de baño. Una vez allí, abrió el grifo para amortiguar el sonido de su voz y le susurró al oído:

—El tío os manda recuerdos. —Y transmitió el recado que le había dado el angustiado Kaganovich—: Me ha dicho que os diga... que no preguntéis nada a nadie.

* Se cuenta una anécdota muy colorista, pero por lo demás bastante insustancial, citada en *The Secret File of Joseph Stalin* de Brackman, según la cual Stalin ordenó asesinar a Mijoels con un hacha envuelta en una chaqueta, porque había mandado matar a su padre de la misma forma varias décadas antes en Kuitasi. Sin embargo, no existen pruebas de que Stalin matara a su padre. Ninguna de las personas que vieron el cadáver de Mijoels mencionó ninguna herida de hacha, aunque la contusión de la cabeza quizá se la produjeran con el mango de un hacha. El hombre encargado de la operación fue Lavrenti Tsanava, moreno, con un bigotito recortado, que era uno de los georgianos traídos por Beria a Moscú. Como tantos agentes de la Cheka, era un auténtico criminal. Los que lo conocían bien decían que era «un bestia». Su verdadero nombre era Djandjugava y había sido condenado por asesinato hasta que Beria lo salvó y se convirtió en máximo dirigente del MGB de Bielorrusia. Como protegido, no resultó demasiado leal, pues luego se hizo íntimo de Abakumov. A la muerte de Stalin, fue detenido y ejecutado.

El Teatro Judío fue rebautizado teatro Mijoels; se abrió una investigación para aclarar el asesinato. Las labores del Comité Judío siguieron adelante y Stalin sería el primero en reconocer al estado de Israel.

Sin embargo, lejos de la vista del público, el asesino del actor, Tsanava, recibió la Orden de Lenin «por la ejemplar ejecución de una tarea especial que le fue asignada por el gobierno». Zhenia Alliluyeva fue condenada a diez años de reclusión y su hija Kira a cinco «por suministrar información acerca de la vida personal de la familia [de Stalin] a la embajada americana». A Anna Redens también le cayeron cinco años. Fueron puestas en confinamiento solitario.*

El MGB empezó entonces a inventarse un caso contra el viceministro de Asuntos Exteriores Solomon Lozovski y otros judíos destacados: Polina Molotova fue destituida silenciosamente de su puesto. Stalin bromeó abiertamente acerca de su antisemitismo, metiéndose con Djilas por la presencia de judíos entre los máximos dirigentes yugoslavos:

—Vosotros también sois antisemitas, vosotros también...[1]

* * *

A pesar de su «cara rolliza y coloradota y de sus movimientos vivos», Zhdanov recobró su cordialidad y su energía: «Lo mismo me muero en el momento menos pensado que vivo una vida larguísima», dijo a Djilas. En las cenas, intentaba resistir a la tentación del alcohol y no comía más que un plato de sopa clarucha.

Para un enfermo, los meses siguientes no podrían ser menos tranquilos: Stalin chocó con una verdadera oposición como no había tenido desde hacía casi veinte años. El mariscal Tito no era vasallo suyo. Sus partisanos habían combatido valerosamente contra los alemanes y no habían dependido del ejército rojo para liberar a su país. Pues bien, los yugoslavos denunciaron, indignados, el «comportamiento dictatorial» de Zhdanov en la conferencia de la Cominform. Cuando Stalin leyó el documento, no pudo dar crédito a tamaña impertinencia y garabateó en él con un lápiz marrón: «¡Información muy torcida!».

El Vozhd se había mostrado de acuerdo con dejar Grecia en manos de Occidente, reservándose el derecho de elegir cuándo y dónde enfrentarse a Estados Unidos. Tito hizo caso omiso de sus órdenes y empezó a suministrar pertrechos a los comunistas griegos. Stalin estaba decidido a comprobar la fuerza

* Las «tías» fueron encerradas en la cárcel de Vladimir. Zhenia Alliluyeva intentó suicidarse tragándose unas piedras, pero sobrevivió. Como les ocurrió a tantos otros, siguió viva gracias a la amabilidad de los extraños. Una presa polaca que había en la celda contigua le hizo llegar el mensaje: «Vive por tus hijos», dando golpecitos en la pared en el lenguaje cifrado de la cárcel.

de determinación de los americanos en Berlín, no en una oscura aldea de los Balcanes. La gota que colmó el vaso fue el plan de una federación balcánica acordado entre el líder búlgaro Dimitrov y Tito sin permiso de Stalin. En vista de que la tensión era cada vez más fuerte, Tito envió a sus camaradas Milovan Djilas y Edvard Kardelj a negociar con Stalin. En las espeluznantes cenas de Kuntsevo, el Vozhd, Zhdanov y Beria intentaron amedrentar a Yugoslavia con la supremacía soviética. Djilas estaba fascinado, pero seguía mostrando una actitud desafiante. De ese modo, el 28 de enero, *Pravda* denunció el plan de Dimitrov.

El 10 de febrero, Stalin convocó a los yugoslavos y a los búlgaros en la «pequeña esquina» para humillarlos, como si fueran los desaprensivos miembros del Politburó. En vez de oponerse al plan búlgaro-yugoslavo, propuso un *collage* de pequeñas federaciones entre países que ya se odiaban mutuamente. Stalin estuvo «ceñudo y haciendo garabatos sin cesar».

—¡Cuando digo que no, es que no! —aulló el Vozhd, que proponía que Yugoslavia se merendara a Albania, haciendo con los dedos el gesto de quien invita a beber a otro y con los labios el ruido de quien se zampa un bocado. El sombrío trío formado por Stalin, Zhdanov y Molotov no consiguió más que reforzar la resistencia de Tito.

Stalin y Molotov difundieron una carta de ocho páginas en la que daban a entender que Tito era culpable del pecado nefando de trotskismo. «Creemos que la carrera política de Trotski es lo bastante instructiva», escribían en tono amenazador, pero los yugoslavos no hicieron ningún caso de sus advertencias. El 12 de abril rechazaron la carta. Stalin decidió aplastar a Tito.

—¡No tengo más que chascar mi dedo meñique —comentó con fanfarronería a Jrushchov— y Tito habrá dejado de existir!

Pero Tito resultó un hueso más duro de roer que Trotski o Bujarin.[2]

* * *

En las cenas de Kuntsevo, Zhdanov, el presunto heredero, un alcohólico cada vez más débil y enfermo del corazón, «en ocasiones perdía la fuerza de voluntad e, incapaz de controlarse», echaba mano a la botella. Entonces Stalin «le gritaba que parara de beber de una vez», una de las pocas ocasiones en que reprimía la afición a la bebida de alguien, signo evidente del lugar especial que ocupaba Zhdanov. Pero en otra ocasión en que estaba perfectamente sobrio, con la cara pálida, como si no hubiera roto un plato, Stalin, que se había opuesto a lanzar improperios contra Tito riéndose de los comentarios escatológicos que soltaba, lo ofendió gravemente:

—¡Míralo, sentado ahí igual que un Cristo, como si no le preocupara nada! ¡Ahí lo tenéis, mirándome como si fuera Cristo!

Zhdanov, con el rostro cubierto de grandes gotas de sudor, palideció toda-

vía más. Svetlana, que se hallaba presente, le ofreció un vaso de agua, pero aquello no era más que un estallido rutinario del virulento mal genio del Vozhd, que se pasaba tan pronto como venía. No obstante, a Stalin le irritaban cada vez más la excesiva familiaridad y la independencia de juicio de Zhdanov. En su afán de venganza, Beria y Malenkov recibieron una ayuda procedente de donde menos cabía esperar.

A los veintiocho años, después de haber sido favorecido por Stalin y de haberse criado muy cerca de Svetlana, Yuri Zhdanov era jefe del Departamento de Ciencias del CC y el gallito del corral. Se tomaba la ciencia con tanta seriedad como su padre la cultura. Yuri no soportaba el absurdo predominio que ejercía Trofim Lisenko en el campo de la genética: aquel científico charlatán había apoyado a Stalin durante el terror con el fin de purgar a los verdaderos científicos que había en las altas instancias de la genética.

—Yuri, no te metas con Lisenko —había advertido Zhdanov en broma a su hijo—, o te utilizará para hacer un injerto con un pepino.

Pero es posible que Zhdanov estuviera demasiado enfermo para impedírselo.

El 10 de abril de 1948, el joven Zhdanov arremetió contra el llamado darwinismo creativo de Lisenko y la supresión emprendida por éste de los verdaderos científicos y de sus ideas, en un discurso pronunciado en el Politécnico de Moscú. Lisenko escuchó la conferencia a través de un micrófono en un despacho contiguo. Aquel cortesano experimentado apeló al Vozhd, atacando la poca vergüenza que había demostrado Yuri al hablar en nombre del Partido «por su cuenta». Lisenko envió una copia de su carta a Malenkov, que lo respaldó. El mecanismo se puso en movimiento. Malenkov envió una copia de la conferencia a Stalin, que se creía el «corifeo» de la ciencia. Leyó el discurso de Yuri con creciente desdén:

«¡Ja, ja, ja!», garabateó al margen lleno de cólera. «¡Tonterías!» y «¡Fuera!» El cachorro presuntuoso había contradicho las opiniones del Vozhd en torno a la herencia genética y la evolución, y había usurpado su autoridad. Cuando Yuri manifestó que aquéllas eran sus opiniones personales, Stalin exclamó:

—¡Ajá! —y entregó sus comentarios a Malenkov, que no cabía en sí de satisfacción.

Frustrado por la resistencia de los yugoslavos, la tensión reinante en Berlín y las intrigas de los sionistas, Stalin decidió que aquél era el momento de desafiar a América en Europa. Exigía disciplina al Partido y Yuri se la había saltado a la torera. Con un relampagueo olímpico que transformó por completo la ciencia y la política de la URSS, el director del coro dio su toque magistral. El 10 de junio, Stalin celebró una de sus sesiones de humillación en la «pequeña esquina». Andrei Zhdanov tomaba humildemente apuntes en primera fila y su hijo observaba en la última, mientras el Vozhd, «paseando con la pipa en la mano y dando frecuentes chupadas», comentaba en tono reflexivo:

—¿Cómo ha podido atreverse alguien a insultar al camarada Lisenko?

Zhdanov copió servilmente las palabras de Stalin en su cuaderno: «El informe está mal. Zhdanov está equivocado». En ese momento el dictador se detuvo y preguntó:

—¿Quién lo ha autorizado?

Su mirada dejó helados a todos los presentes. «En la sala reinaba un silencio sepulcral», escribe Shepilov, protegido de Zhdanov. Todos miraban al suelo. Shepilov se levantó y dijo:

—La decisión fue mía, camarada Stalin.

El Vozhd se adelantó hasta él y le miró a los ojos. «Debo decir en honor a la verdad —recuerda Shepilov— que no había visto nunca semejante mirada ... Sus ojos parecían poseer una fuerza increíble. Sus pupilas amarillas me atravesaban ... como una cobra dispuesta a saltar sobre mí.» Stalin «no parpadeó durante lo que me pareció una eternidad». Luego preguntó:

—¿Por qué lo hiciste?

Shepilov intentó dar una explicación, pero el Vozhd lo interrumpió:

—Crearemos un comité para aclarar todos los hechos. El culpable debe ser castigado. No Yuri Zhdanov, es demasiado joven... —Y señalando con su pipa al Pianista, añadió—: Es necesario castigar a los padres. —Y luego, dando pasitos cortos, enumeró a los integrantes del comité: Malenkov y varios más ... ¡pero ninguno de los Zhdanov! Stalin aguardó deliberadamente a haber concluido. ¿Significaba aquello el fin de la *Zhdanovshchina*? Tras pensárselo largo rato, añadió—: Y Zhdanov. —Dejó correr un largo silencio antes de añadir—: Padre.

Yuri presentó un pliego pidiendo disculpas al Vozhd en el que aludía a su propia «inexperiencia»: «Es indudable que he cometido una serie de errores graves». Malenkov manipuló de modo magistral la desvergüenza del joven Zhdanov para volver a ponerse él mismo en el centro de la escena: las disculpas fueron publicadas en *Pravda*. Pero el propio Stalin ya había organizado el eclipse de Zhdanov. La humillación empeoró el estado de salud del Pianista: debió de desear haber emulado a los Beria y a los Malenkov, que habían sabido mantener a sus hijos alejados de la política.[3]

El 19 de junio, totalmente agotado y acompañado por su rival Malenkov, Zhdanov llegó a la segunda reunión de la Cominform en Bucarest para presidir la sesión que había de consagrar la expulsión de Yugoslavia del redil. «Poseemos información —declaró absurdamente— de que Tito es un espía imperialista.» Los yugoslavos fueron excomulgados.

El 24 de junio, Stalin impuso el bloqueo de Berlín, en claro desafío a los americanos y con la esperanza de obligarlos a retirarse al cortar los suministros por vía terrestre a la zona que ocupaban en la Alemania oriental, controlada por la Unión Soviética. Aquellos desafíos sólo pudieron acelerar la violenta campaña contra los judíos que se desató en Moscú y la venenosa lucha por la sucesión de Stalin. Suele afirmarse que Zhdanov había apoyado a los yugosla-

vos y que por lo tanto se le echó la culpa de la escisión. Efectivamente, tanto Zhdanov como Voznesenski habían tenido relación con los yugoslavos desde 1945, pero lo cierto es que no sólo apoyaron la postura de Stalin, sino que la reforzaron llamando la atención del Vozhd sobre las insidias de Tito.

El cisma de Yugoslavia fue el resultado innecesario de la obstinación del propio Stalin. Al tiempo que el país veneraba al Vozhd como a un dios, la familiaridad con él fomentaba el desprecio hacia su persona. En 1948, Djilas opinaba que «daba claras muestras de senilidad», al compararlo todo con los lejanos recuerdos de la infancia o de sus destierros en Siberia. «Sí, me acuerdo de eso mismo...», decía constantemente, y luego «se reía con banalidades y chistes sin sentido». Sus propios hombres observaron su decadencia intelectual y lo peligrosas que podían resultar sus salidas imprevisibles: «Viejo y débil, empezamos a perder el respeto que sentíamos por él», dice Jrushchov. También Beria pasó por esa misma «evolución», pues empezó sintiendo por él una veneración entusiasta y acabó dominado por la desilusión. Pero la mayoría de sus jerarcas, y en particular Molotov, Mikoyan, Kaganovich y Jrushchov, siguieron siendo seguidores fanáticos del marxismo-leninismo, mientras que prácticamente todos, empezando por Malenkov, que se consideraba a sí mismo un funcionario *chinovnik*, creían que Stalin seguía estando del lado de la historia, a pesar de todos sus efectos.[4]

En el mes de junio, Zhdanov, de regreso de Bucarest, sufrió otra crisis cardíaca y un pequeño colapso, que desembocó en dificultades respiratorias y una parálisis del lado derecho. «Me han recomendado que reciba cuidados médicos y que descanse», dijo a un protegido suyo. «No creo que esté fuera mucho tiempo.» El 1 de julio, Stalin sustituyó a Zhdanov por su rival, Malenkov, en el cargo de segundo secretario. Era un chivo expiatorio muy útil, pero en la órbita de Stalin, no había ninguna necesidad de destruir a Zhdanov para promover a Malenkov: lo habitual en él era utilizarlos de forma paralela. Zhdanov perdió el sentido cuando volvía de Kuntsevo: en aquellos momentos, mortalmente enfermo, no podía seguir cumpliendo con sus obligaciones. Yuri cuenta que su padre «no fue destituido; simplemente cayó enfermo y no pudo defender sus intereses», hecho confirmado por los médicos: «El camarada Zhdanov necesita dos meses de reposo, uno de ellos en la cama», decía el profesor Yegorov a Stalin en un informe de alto secreto en el margen del cual escribió el Vozhd: «¿Vacaciones dónde? ¿Tratamiento dónde?».

Stalin, recuerda Yuri, «se preocupó mucho. La enfermedad de mi padre provocó un cambio en el equilibrio de poderes». Mikoyan lo confirma. De hecho, los aliados de Zhdanov, Voznesenski y Kuznetsov, siguieron gozando de gran ascendiente. Yuri conservó su puesto.

Stalin mandó a sus propios médicos a supervisar el estado de Zhdanov, que fue trasladado a una casa de reposo en Valdai, cerca de Nóvgorod. No obstante, el Pianista tenía la sensación de que el poder se le escapa entre los dedos

escleróticos: cuando el 23 de julio Shepilov llamó para ponerle al corriente del retorno de Malenkov, Zhdanov se puso a dar gritos por teléfono. Aquella misma noche tuvo un ataque al corazón. Stalin envió a su viceprimer ministro, Voznesenski, y a su propio médico, Vinogradov, a visitar al enfermo.

Los síntomas evidentes de arteriosclerosis y de insuficiencia cardíaca de Zhdanov fueron diagnosticados mal. En vez de prescribirle la realización de electrocardiogramas diarios y reposo absoluto, los médicos le mandaron hacer ejercicio y masajes perjudiciales. El 29 de agosto, tuvo otro ataque grave. Una vez más, Stalin mandó a Vinogradov y ordenó a Voznesenski y a Kuznetsov que comprobaran que se llevaba a cabo el tratamiento. Antes de que llegaran los políticos, se produjo una trifulca en torno a la situación del enfermo. La doctora Lidia Timashuk, especialista en electrocardiogramas, diagnosticó «infarto de miocardio» y casi con toda seguridad tenía razón, pero las distinguidas eminencias médicas la obligaron a escribir un nuevo informe en el que indicaba de forma más vaga una «disfunción debida a la arteriosclerosis y a la hipertensión», en un claro ejemplo de pelea entre burócratas. Los médicos rechazaron con desdén el diagnóstico, mucho más grave, de la doctora, y prescribieron al enfermo dar paseos por el parque. Poco después, Zhdanov sufría otro ataque al corazón.

Timashuk denunció a sus superiores e hizo que el jefe de los guardaespaldas de Zhdanov entregara la carta al general Vlasik para que se la hiciera llegar personalmente a Stalin. En vista de que no ocurría nada, la doctora Timashuk, agente del MGB, escribió a la policía secreta. Abakumov entregó su carta a Stalin ese mismo día. El Vozhd la firmó, escribió encima «Al archivo», pero no hizo nada. No obstante, estaba «muy angustiado y mandó a Voznesenski que viniera otra vez a preguntar por mi padre», dice Yuri, que ya se encontraba en el sanatorio.

El día 31, el favorito caído en desgracia de Stalin se levantó de la cama para ir al lavabo y murió de una oclusión total de las coronarias. Por orden de Poskrebishev, la autopsia se realizó en un cuarto de baño sórdido y mal iluminado en presencia de Kuznetsov. Las eminencias médicas estaban aterrorizadas de que se descubrieran su error de diagnóstico y la forma en que lo habían disimulado, por lo que destituyeron a la doctora Timashuk y presentaron una denuncia contra ella. Ésta escribió entonces más cartas acusadoras a Stalin y Kuznetsov, *curator* del MGB. Pero en esta ocasión Vlasik tampoco entregó su misiva y Kuznetsov no hizo caso de ella.

Timashuk se convirtió en la mala de la Conjura de los Médicos, pues sus cartas fueron utilizadas luego por Stalin de forma tanto más curiosa, pues desde el punto de vista clínico sus deducciones eran acertadas. Es posible que Zhdanov recibiera un tratamiento equivocado, pero los rumores de asesinato parecen infundados. Se suponía que la clínica Kremlevka era el mejor hospital soviético, pero el miedo a los errores, el atraso científico y la rivalidad política

eran tan fuertes en ella, que los comités de facultativos, integrados por médicos asustados, podían tomar decisiones absolutamente incompetentes. A muchos pacientes famosos, desde Mejlis hasta Koniev, se les prescribieron sistemáticamente tratamientos equivocados. Incluso en las democracias, los médicos intentan encubrir constantemente errores absurdos. Si Stalin hubiera querido realmente asesinar a Zhdanov, no hubiera esperado tantos años a que le dieran cinco ataques al corazón, sino que habría recurrido a algún método más expeditivo, como, por ejemplo, una inyección letal. La viuda y el hijo del difunto estaban convencidos de que no había sido asesinado: «Todo fue mucho más sencillo —recuerda Yuri—. Conocíamos bien a sus médicos. Mi padre estaba muy enfermo. Su corazón se rompió.»

Sin embargo, ¿por qué Stalin, maniático hasta la paranoia, no hizo caso de la denuncia? La enfermedad de Zhdanov era evidentemente grave y es muy probable que a Stalin le encantara encomendar su tratamiento a los mejores médicos del Kremlin: por otra parte, estaba irritado con Zhdanov. Pero a un nivel más profundo, aquellas chapuzas médicas eran toda una oportunidad para el Vozhd. Él mismo ya había recurrido en varias ocasiones al asesinato clínico durante los años treinta y había obligado a los médicos a confesar que habían matado a Kuibishev y a Gorki. Aquel oportunista meticuloso y conspirador paciente, viejo ya, pero todavía todo un genio de la creación de complejas maquinaciones, aprovecharía la muerte de Zhdanov cuando estuviera listo para desencadenar el terror, de cuya necesidad estaba convencido. Un año después, su viejo camarada Dimitrov, el líder búlgaro, murió mientras estaba recibiendo tratamiento del mismo médico. Paseando por los jardines de Sochi en compañía del ministro de Sanidad, Stalin se detuvo a admirar sus rosas y comentó pensativo:

—¿No es extraño? El mismo médico los trató y los dos murieron.

Ya había empezado a considerar la conveniencia de la Conjura de los Médicos, pero tardaría tres años en echar mano a las cartas de Timashuk.

Stalin ayudó a portar el féretro descubierto de Zhdanov en el funeral, mostrando una gran amabilidad con la familia. En la cena celebrada después del entierro, se emborrachó.*

Se contaba que el restaurante *Aragvi* se llenó aquella noche de los georgianos de Beria, que brindaron por la muerte de Zhdanov.[5]

* * *

* Es posible que a Stalin le afectara la muerte de Zhdanov. Rebautizó con su nombre la ciudad natal del difunto, Mariopol, a orillas del mar Negro. Según sus guardaespaldas, tras el funeral de Zhdanov, Molotov se preocupó mucho por la salud de Stalin y les pidió que no le dejaran trabajar en el jardín. Cuando el Vozhd descubrió esta intromisión en su vida privada, empezó a desconfiar todavía más de Molotov.

El 8 de septiembre, Stalin, retenido en Moscú hasta esa fecha por la crisis de Berlín y el funeral de Zhdanov, inició unas vacaciones de tres meses, yendo y viniendo incansablemente de Sujumi a Livadia, donde recibió al presidente checo Gottwald. En Museri, la vieja dacha construida por Lakoba, recibió la visita de Molotov y Mikoyan. Durante la cena, Poskrebishev se levantó y denunció a este último:

—Camarada Stalin, mientras tú estás descansando en el sur, Molotov y Mikoyan han urdido una conspiración contra ti en Moscú.

Mikoyan se levantó de un salto, echando chispas por sus ojos negros:

—¡Bastardo! —chilló levantando el puño dispuesto a descargarlo sobre Poskrebishev.

Stalin le agarró la mano:

—¿Por qué gritas de ese modo? —dijo aplacando a Mikoyan—. ¡Eres mi huésped!

Molotov permaneció sentado, «blanco como el papel, igual que una estatua». Mikoyan protestó afirmando que era inocente.

—Si es así, no le hagas ni caso —añadió Stalin, que previamente había azuzado a Poskrebishev.

El Vozhd declaró que aquellos veteranos eran demasiado viejos para sucederle. Mikoyan, que acababa de cumplir cincuenta y dos años, y era por lo tanto mucho más joven que Stalin, pensó que aquello era una tontería, pero no dijo nada. El sucesor, afirmó el dictador, debía ser ruso, no caucasiano. Molotov seguía siendo la «persona obvia», pero había defraudado al Vozhd. Entonces, pronunciando una bendición funesta, Stalin nombró al benigno Kuznetsov, el protegido de cara alargada de Zhdanov: «Ése era el hombre» que quería que lo sucediera como secretario general. Voznesenski lo sucedería a su vez como primer ministro. Mikoyan sospechó que «era un flaco favor que hacía a Kuznetsov, teniendo en cuenta a todos los que secretamente soñaban con semejante puesto».

El propio Stalin no tardaría en sentir recelo de cualquiera al que ungiese como sucesor, sobre todo a raíz del fracaso del bloqueo de Berlín, que fue abolido cuando, al poco tiempo, Occidente empezó a proporcionar suministros a gran escala por vía aérea a las zonas que controlaba. Aquello no hizo más que acelerar la furiosa paranoia del Vozhd, ya fomentada por su propia enfermedad, el desafío de Tito y las muestras cada vez más claras de sionismo entre los judíos rusos. Beria y Malenkov afilaban sus cuchillos.[6]

Décima parte

El tigre cojo, 1949-1953

53

La detención de la señora Molotov

Mientras Stalin se dedicaba a ungir a sucesores en el sur, la indómita enviada extraordinaria del nuevo estado de Israel, Golda Myerson (conocida para la historia como Golda Meir), llegó a Moscú el día 3 de septiembre entre el tumultuoso regocijo de los judíos soviéticos. El Holocausto y la creación del estado de Israel habían hecho mella incluso en los internacionalistas empedernidos que había entre los bolcheviques de la vieja guardia, como Polina Molotova. La mujer de Voroshilov (cuyo nombre de soltera era Golda Gorbman) dejó boquiabierta a su familia cuando afirmó:

—¡Ahora nosotros también tenemos nuestra patria!

El día del año nuevo judío, Golda Meir acudió a la gran sinagoga de Moscú: muchos judíos la esperaban fuera llenos de jubilo, porque el templo estaba lleno a rebosar, y a punto estuvieron de provocar un tumulto. Incluso hizo su aparición en ella Polina Molotova, a la sazón de cincuenta y tres años. En la recepción diplomática del 7 de noviembre ofrecida por Molotov, Polina y Golda Meir se conocieron, dos mujeres formidables e inteligentes, de orígenes casi idénticos.

Polina hablaba yiddish, la lengua de su infancia, que había utilizado siempre que se entrevistaba con personas originarias de la Europa central, aunque haciendo gala de su peculiar tacto, la llamaba «la lengua austríaca». La señora Meir le preguntó cómo era que conocía el yiddish. «*Ij bin a yidishe tojter*», replicó Polina, esto es: «Soy hija del pueblo judío». Cuando se separaron, Polina comentó:

—Si las cosas os van bien, irán bien para todos los judíos del mundo.

Probablemente no supiera cuánto odiaba Stalin su inteligencia emprendedora, su elegancia esnob, sus orígenes judíos, el hermano empresario que tenía en América y, como diría Svetlana, la «mala influencia que había ejercido sobre Nadia». Su destitución en el mes de mayo había sido sólo una advertencia,

pero lo que ella no sabía era que el Vozhd ya había considerado la posibilidad de asesinarla en 1939.*

La «manifestación» de la sinagoga y el *schtick* yiddish de Polina ofendieron al anciano veraneante, reafirmándolo en su opinión de que los judíos soviéticos se estaban convirtiendo en una quinta columna pro americana. No era de extrañar que Molotov hubiera apoyado la idea de una Crimea judía. El 20 de noviembre, el Politburó desmanteló el Comité Judío y desencadenó una campaña de terror antisemita, dirigida por Malenkov y Abakumov. Los colegas de Mijoels fueron detenidos, junto con algunos escritores y científicos judíos especialmente brillantes, desde el poeta en yiddish Perets Markish hasta la especialista en bioquímica Lina Shtern. También arrestaron al padre del marido de Svetlana, que acababa de obtener el divorcio: «Toda la vieja generación está contaminada de sionismo —dijo Stalin a su hija en tono aleccionador—, y ahora se lo están enseñando también a la nueva».

El Vozhd ordenó torturar a los detenidos para que implicaran a Polina Molotova, mientras pasaba las noches bochornosas celebrando cenas en Jolodnaya Rechka y contando a Charkviani fabulosos cuentos sobre su niñez. De repente empezó a echar de menos a sus viejos amigos, en particular a un pope llamado Peter Kapanadze, con el que había estudiado en el seminario. Después de la Revolución, el sacerdote se había hecho maestro, pero Stalin a veces le enviaba dinero. Invitó entonces a una cena a Kapanadze y al teniente general del MGB Sasha Egnatashvili, el amigo de la familia de Gori al que llamaba siempre «el hijo del tabernero». Charkviani regresó precipitadamente a Tiflis para reunir a los invitados. Los siete viejos amigos no tardaron en estar juntos cantando canciones georgianas dirigidos por el «anfitrión de voz melodiosa». Stalin insistió en que algunos se quedaran con él una semana, al término de la cual, como les ocurría a los demás invitados, todos estaban deseando escapar de allí. Finalmente, uno de ellos tuvo la ingenuidad de ponerse a cantar en plena cena una canción cuyo estribillo decía «¡Más vale irse que quedarse!».

—¡Ah, ya veo! —exclamó el Vozhd—. Te aburres. Debes de echar de menos a tus nietos.

—No, Soso —replicó el huésped—. Sería imposible aburrirse aquí contigo, pero llevamos aquí casi una semana, haciéndote gastar el tiempo...

* Varios judíos fueron destituidos de sus cargos. Kaganovich continuó como viceprimer ministro y miembro del Politburó, pero su hermano mayor, Yuli, perdió su puesto. El nieto de Kaganovich recuerda que su abuelo, lo mismo que Polina, se acordaba también de la lengua yiddish que había hablado en su infancia: cuando se entrevistó con el comunista alemán Ernst Thalman, intentó usarla. La «segunda dama del Estado», la esposa de Andreyev, Dora Jazan, fue destituida como viceministra de Textiles, y la esposa judía del general Jrulev fue detenida. Mejlis, al igual que Kaganovich, continuó en su puesto de ministro de Control del Estado y no se retiró hasta 1950, a consecuencia de un colapso. El judío Boris Vannikov siguió al frente del Primer Directorio del Sovmin, encargado del proyecto nuclear.

Stalin los dejó marcharse, y regresó a Moscú el 2 de diciembre, refunfuñando acerca de la peligrosa doblez de Molotov. Había descubierto (probablemente a través de Vishinski) que en una ocasión Molotov había viajado solo en un vagón de tren especial de Nueva York a Washington, momento en el que quizá recibiera instrucciones para socavar la estabilidad de la URSS con lo del territorio judío. Fue Poskrebishev, su «álter ego», el que «empezó a acosar» a Molotov:

—¿Por qué te asignaron un coche especial?

El ministro de Exteriores, que sabía perfectamente que «dos y dos son cuatro», se dio cuenta de inmediato de qué iba la cosa, pero no podía hacer nada.

Sorprendentemente, fue una ópera lo que convenció finalmente a Stalin de que debía actuar contra los Molotov. Poco después de su regreso, el Vozhd vio una ópera armenia, *Almast*, que contaba la historia de un príncipe traicionado por su esposa. «Creía que la traición acechaba en todas partes y en todas las personas», pero sobre todo entre las esposas de sus próceres. Fortificado operísticamente y armado con los testimonios de Abakumov, Stalin puso ante los ojos de Molotov la culpabilidad de Polina. «Él y yo nos peleamos por eso», diría Molotov.

—Ya es hora de que te divorcies de tu mujer —dijo el Vozhd.

Molotov se mostró de acuerdo, en parte porque era bolchevique, pero en parte también porque la obediencia podía salvar a la mujer a la que amaba. Cuando le dijo a Polina los cargos que había contra ella, ésta dio un grito de espanto:

—¿Y tú lo has creído? Pero si eso es lo que necesita el Partido, nos divorciaremos.

Teniendo en cuenta la extraña forma en que se produjo, el suyo fue un divorcio romántico, en el que cada uno de los cónyuges se sacrificó para salvar al otro. «Discutieron la forma de salvar a la familia», comenta su nieto. Polina se mudó a casa de su hermana. La pareja esperó llena de nerviosismo, pero, según dijo Molotov, «un gato negro se ha cruzado en nuestro camino».

* * *

Stalin ordenó a Malenkov y a Abakumov que agruparan en un solo Caso de los Judíos los distintos expedientes. Malenkov insistiría en afirmar ante Beria que no era antisemita:

—Lavrenti, tú sabes que soy macedonio. ¿Cómo puedes sospechar que haya en mí el menor rastro de chovinismo ruso?

Como el argumento central era el plan para la creación de una Crimea judía, el 13 de enero de 1949 Malenkov mandó llamar a la plaza Vieja a Lozovski, antiguo gran señor del Comité Judío, para interrogarlo. Aquello era ya una cuestión de vida o muerte para Lozovski, pero también entrañaba sus ries-

gos para el meticuloso y sanguinario «chupatintas» que era Malenkov, ya que su hija mayor, Volia, se había casado con el hijo de un oficial judío llamado Shamberg, cuya hermana, a su vez, estaba casada con Lozovski.

—¡Simpatizabas con la idea de la Crimea judía —exclamó Malenkov— y semejante proyecto era perverso!

Stalin ordenó la detención de Lozovski.

Malenkov se las arregló para mantener a su familia al margen de todo tipo de relación con los judíos. Volia Malenkova se divorció de Shamberg. Todos los libros de historia repiten que el Vozhd fue quien ordenó el divorcio y que Malenkov obligó a su hija a pedirlo. Volia Malenkova, sin embargo, lo niega y afirma que su matrimonio no había funcionado porque Shamberg se había casado con ella por motivos equivocados, aparte de que tenía muy «mal gusto artístico». «Mi padre incluso me desanimó diciéndome: "Piénsatelo seriamente y con cuidado. Te precipitaste al contraer matrimonio. Ándate con ojo cuando lo quieras deshacer".» Pero no fue ésa la impresión que le dio a Shamberg, que recibió la orden de presentarse en el despacho de su suegro. Del mismo modo que Vasili aceleró el divorcio de Svetlana, así el guardaespaldas de Malenkov arregló el de Volia.*

Más de ciento diez prisioneros, en su mayoría judíos, sufrieron la «lucha francesa» a manos del sanguinario Komarov en la Lubianka. «Fui despiadado con ellos —se jactaría luego Komarov—, les partí el alma ... Ni siquiera el ministro los asustaba tanto como yo ... Fui particularmente violento con los nacionalistas judíos (que eran a los que más odiaba).» Cuando Abakumov interrogó a la distinguida científica Lina Shtern, le gritó:

—¡Tú, vieja puta ... desembucha! ¡Eres una agente sionista!

Komarov preguntó a Lozovski qué líderes tenían «esposas judías», y añadió: «No hay nadie intocable». Los prisioneros fueron incitados asimismo a implicar a los jerarcas judíos, Kaganovich y Mejlis, pero el verdadero objetivo era Polina Molotova. Abakumov le dijo a Stalin que la mujer del ministro de Exteriores tenía «contactos con personas que habían resultado ser enemigos del pueblo»; había acudido a la sinagoga una vez, había asesorado a Mijoels, había «asistido a su funeral, y se había preocupado por su familia».

Cinco días después, Stalin reunió al Politburó para leer una serie de curiosas acusaciones semítico-sexuales contra Polina. Un joven testificó que había

* Shamberg quedó «destrozado», según su amiga Julia Jrushchova. Tanto Svetlana como Volia Malenkova afirman que lo único que hicieron fue poner fin a un matrimonio infeliz, pero no podría haber mayor incentivo para poner fin a un matrimonio infeliz con un judío que la violenta paranoia antisemita de Stalin. Al Vozhd no le hacía falta decir ni una palabra. Los jóvenes sabían muy bien lo que tenían que hacer. En el escaso crédito de Malenkov hay que poner, no obstante, el mérito de haber protegido a los Shamberg, ocultando al padre de su yerno, Mijail, en las provincias. «Volia» era un nombre inventado por el propio Malenkov, y significa «Voluntad», como en la expresión «voluntad del pueblo».

tenido una aventura con la matrona bolchevique y que había practicado el «sexo en grupo» con ella. Molotov apenas podía creer aquella «horrible basura», pero, según dijo Stalin, se dio cuenta de que «la seguridad había realizado un trabajo exhaustivo con ella». Hasta Molotov, el del culo de hierro, estaba asustado: «Me temblaban las rodillas». Kaganovich, que no sentía mucha simpatía por el ministro de Asuntos Exteriores y que, como judío, debía demostrar su lealtad, atacó violentamente a Culo de Hierro, y recuerda que «Molotov no pudo decir nada».

Polina fue expulsada del Partido por mantener «estrechas relaciones con los nacionalistas judíos», a pesar de haber sido amonestada ya en 1939, cuando Molotov se abstuvo de pronunciarse en una votación parecida. Curiosamente en esta ocasión volvió a abstenerse, pero sospechando la gravedad del caso, acabó doblegándose. «Cuando el Comité Central sometió a votación la propuesta de expulsar a P. S. Zhemchuzhina ... me abstuve, actitud que reconozco que no fue políticamente correcta», escribió a Stalin el 20 de enero de 1949. «Por consiguiente declaro que, después de meditarlo mejor, ahora deseo votar a favor de su expulsión ... Reconozco que cometí una grave falta al no impedir a su debido tiempo que una persona tan cercana a mí diera pasos en falso y tuviera tratos con nacionalistas antisoviéticos como Mijoels...»

El 21 de enero, Polina fue detenida envuelta en su abrigo de piel de ardilla. Sus hermanas, su médico y sus secretarios también fueron arrestados. Una hermana y un hermano suyos morirían en la cárcel. Su detención fue todo un aviso para los demás líderes que simpatizaban en secreto con ella.[1]

Polina, que no fue torturada, lo negó todo:

—No estuve en la sinagoga... Fue mi hermana.

Pero tuvo que enfrentarse a más acusaciones de desenfreno sexual: cuando se lee su careo con Ivan X, da la impresión de asistir a una burda farsa:

—¡Polina, tú me invitaste a tu despacho [y] me propusiste mantener relaciones!

—¡Ivan Alexeevich! —exclamó la matrona.

—¡No lo niegues!

—Nunca he mantenido relaciones con X —afirmó la señora Molotov—. Siempre he considerado a Ivan Alexeevich un individuo poco de fiar, pero nunca pensé que fuera un canalla semejante.

X, sin embargo, pidió que tuviera compasión de él:

—Ten en cuenta a mis hijos y a mi familia rota y admite tu culpa ante mí... Tú me obligaste a mantener relaciones íntimas contigo.

Mientras tanto, Polina siguió jugando a desempeñar el papel de *grande dame* en el infierno. Un prisionero la oyó gritar:

—¡Llamad a mi marido! ¡Decidle que me mande las pastillas para la diabetes! ¡Estoy enferma! ¡No tenéis derecho a darme de comer esta bazofia!

Nadie volvió a saber nada de Polina, que se convirtió en el Objeto n.º 12.

Muchos creyeron que había muerto, pero Beria, que tuvo muy poco que ver en el Caso de los Judíos, estaba mejor informado gracias a sus contactos.

—¡Polina está VIVA! —susurró a Molotov en varias reuniones del Politburó.

Stalin y Abakumov discutieron si debían convertirla o no en la principal acusada en el juicio de los judíos, pero luego decidieron que la estrella fuera Lozovski. Polina fue condenada a cinco años de destierro en Kustanai, Asia central, una sentencia benévola si tenemos en cuenta la suerte que corrió el resto de sus compañeros de condena. Se echó a la bebida, pero lo superó. En la cárcel «se necesitan tres cosas», diría luego a sus hijas, «jabón para mantenerse una limpia, pan para alimentarse y cebollas para mantenerse en forma». Irónicamente, se hizo amiga de unos kulaks que habían sido deportados, de modo que aquellos campesinos inocentes, a los cuales habían sido tan aficionados a fusilar ella y su marido, fueron los extraños que le salvaron la vida. Nunca dejó de querer a Molotov, pues durante su encarcelamiento, escribió:

«Durante estos cuatro años de separación, han pasado sobre mi extraña y terrible vida cuatro eternidades. Sólo el hecho de pensar en ti me obliga a seguir viva, y también el saber que quizá sigas necesitando lo que queda de mi atormentado corazón y todo mi inmenso amor por ti». Tampoco Molotov dejó de amarla: un detalle enternecedor es que cada vez que cenaba en casa, mandaba a las criadas poner un plato para ella a la mesa, consciente de que «ella estaba sufriendo por mi culpa...».

Stalin excluyó entonces a Molotov de los niveles superiores, especificando con su mala letra en los documentos, que los firmaran Voznesenski, Beria y Malenkov, «pero no el camarada Molotov, que no participa en el trabajo del Despacho del Consejo de Ministros». Sin embargo, siguió confiando en Mikoyan; al menos lo suficiente para enviar a aquel armenio mundano a una misión secreta, cuyo objetivo era calibrar cómo era Mao Zedong, que estaba a punto de terminar la conquista de China.

La guerra civil china estaba llegando a su fin. Stalin se había equivocado en sus cálculos sobre cuánto iba a tardar en venirse abajo el régimen de Jiang Jieshi. Hasta 1948, el éxito de Mao Zedong supuso un obstáculo en la asociación con Occidente, basada en el concepto de *Realpolitik*, que había propugnado Stalin, pero la Guerra Fría le hizo cambiar de opinión. Empezó a pensar que Mao era un aliado potencial, a pesar de que dijo a Beria que el presidente chino era un «marxista de margarina».

El 31 de enero de 1949, en el más absoluto secreto, Mikoyan llegó al cuartel general maoísta en Xibaipo, en la provincia de Hopei, donde se reunió con Mao y Zhou Enlai, y les ofreció una serie de regalos de Stalin. Uno de ellos era particularmente venenoso: Mikoyan debía decir a Mao que un americano de su corte era un espía y que debía ser arrestado. Stalin (el camarada Filipov) se mantenía en contacto con Mikoyan (el camarada Andreiev) a través del médi-

co ruso de Mao, el doctor Terebin, que tenía un doble empleo como decodificador. La visita fue todo un éxito, aunque Mikoyan reconoce que, si bien esperaba descansar un poco de los hábitos nocturnos de Stalin, se encontró con la ingrata sorpresa de que Mao seguía sus mismos horarios.

A su regreso, el armenio se llevó una desagradable sorpresa. Stalin destituyó a Molotov como ministro de Asuntos Exteriores y a él como ministro de Comercio Exterior, aunque los dos conservaron los cargos de viceprimer ministro. A continuación el Vozhd acusó a Mikoyan de romper el secreto oficial de su viaje a China. En realidad Mikoyan sólo se lo había dicho a su hijo Stepan:

—¿Le has hablado a alguien de mi viaje a China? —le preguntó.

—A Svetlana —contestó Stepan.

—No digas ni pío.

Un comentario inocente de Svetlana a su padre puso en peligro la vida de los Mikoyan. Stalin no había olvidado la detención de los hijos de Mikoyan en 1943. Seguían bajo vigilancia.

—¿Qué les ocurrió a tus hijos, que fueron detenidos? —preguntó de repente el Vozhd a Mikoyan en tono amenazador—. ¿Crees que se merecen el privilegio de estudiar en las instituciones soviéticas?

Mikoyan se guardó muy mucho de contestar, pero entendió perfectamente la amenaza, sobre todo después de la detención de Polina. Esperaba que sus hijos fueran arrestados de un momento a otro, pero no ocurrió nada. Stalin empezó a sospechar que Voroshilov era «un espía inglés» y no lo veía casi nunca,* mientras que Molotov y Mikoyan, recientemente degradados, seguían esperando. Pero entonces los elegidos como sucesores del Vozhd sucumbirían a la brutal venganza de Beria y Malenkov en medio de un repentino baño de sangre.[2]

* El 22 de agosto de 1946, Stalin escuchó las previsiones meteorológicas y se llevó un berrinche tremendo al descubrir que estaban completamente equivocadas. Ordenó entonces a Voroshilov investigar a los hombres del tiempo y que se enterara de si había algún «sabotaje» en el departamento de meteorología. Era una misión absurda, que venía a reflejar el desdén que sentía el Vozhd por su primer mariscal, quien al día siguiente le hizo saber que era injusto echar la culpa de los errores a los hombres del tiempo.

54

Asesinatos y matrimonios: el caso de Leningrado

Los «dos sinvergüenzas» jugaban sólo a la apuesta más alta: la muerte. Pero el propio Stalin estaba siempre dispuesto a cortar las amapolas que descollaban más —aquellos políticos de Leningrado tan bien preparados— con tal de mantener su supremacía. El supuesto heredero del Vozhd para el cargo de primer ministro, Nikolai Voznesenski, «se consideraba a sí mismo la persona más inteligente después de Stalin», recuerda el gerente del Sovmin, Chadaev. A sus cuarenta y cuatro años era el miembro más joven del Politburó y se distinguió por ser un brillante planificador que gozaba de una relación singularmente honesta con el Vozhd. Esta circunstancia, sin embargo, hacía que fuera tan presuntuoso que «no se molestaba en disimular su estado de ánimo» ni su estridente nacionalismo ruso. Rudo con sus colegas, nadie se ganó tantos enemigos como Voznesenski. En aquellos momentos Zhdanov, su protector, había muerto y su enemigo, Malenkov, empezaba a resurgir. Beria «lo temía» y ambicionaba sus poderes económicos. Su arrogancia y la susceptibilidad de Stalin hacían de Voznesenski una figura muy vulnerable.

Durante 1948, el Vozhd se dio cuenta de que la producción aumentaba durante el último cuarto del año, y que durante el primero, en cambio, disminuía. Se trataba de una variación estacional perfectamente lógica, pero Stalin pidió a Voznesenski que intentara equilibrarla. Éste, que dirigía el Gosplan, prometió hacerlo. Sin embargo, no consiguió su propósito y, temeroso de Stalin, ocultó los datos estadísticos. No se sabe cómo, aquella pequeña trampa llegó a oídos de Beria, que descubrió que centenares de documentos secretos del Gosplan se habían extraviado. Una noche en Kuntsevo, Beria se lo soltó todo a Stalin, quien, según observó Mikoyan, primero quedó «sorprendido», y luego se puso «furioso».

—¿Significa eso que Voznesenski engaña al Politburó y nos engaña a nosotros como si fuéramos idiotas?

Beria reveló entonces el ominoso secreto de Voznesenski que había venido guardando como un tesoro desde 1941: durante el abatimiento de Stalin, Voznesenski había dicho a Molotov:

—¡Viacheslav, adelante! ¡Nosotros te seguiremos!

Aquella traición lo explicaba todo. Se recurrió a Andreyev, el incansable asesino burocrático, para que investigara. Angustiado, Voznesenski apeló a Stalin, pero nadie lo recibió. Tras ser expulsado del Politburó el 7 de marzo de 1949, se recluyó en su piso de la calle Granovski y se dedicó a escribir un tratado de economía. Una vez más, aquel temible dúo, Malenkov y Abakumov, retomaron el caso del Gosplan.

El otro heredero ungido era el «joven y apuesto» Kuznetsov, que había ayudado a Zhdanov a quitar de en medio a Malenkov en 1946 y había sustituido a Beria como *curator* del MGB, ganándose de paso su odio. Sincero y amable, Kuznetsov era todo lo contrario de Voznesenski: resultaba agradable prácticamente a todo el mundo. Pero la decencia era muy relativa en la corte de Stalin: Kuznetsov había ayudado a Zhdanov en asuntos antisemitas y había hecho llegar al Vozhd un informe acerca de los pecadillos sexuales de los militantes del Partido. Veneraba a Stalin, y guardaba como un tesoro la nota que había recibido de éste durante la guerra, pero no lo entendía. Cometió el error de examinar unos viejos archivos del MGB acerca del asesinato de Kirov y los juicios espectáculo. El error garrafal cometido por Kuznetsov al meterse en ese berenjenal levantó las sospechas del Vozhd.

Al mismo tiempo, Malenkov alertó a Stalin de que la delegación del Partido de Leningrado había echado tierra encima sobre un escándalo electoral y celebraba una feria de muestras sin permiso del gobierno. Se las arregló para poner en relación ambos pecados con un plan vagamente propuesto por Zhdanov en el sentido de que debía crearse un Partido Ruso (diferente del Soviético) aparte del de la Unión Soviética, y hacer de Leningrado la capital de Rusia. Puede que esas nimiedades no parezcan delitos merecedores de la pena de muerte, pero ocultaban los puntos débiles del imperio soviético y de la dictadura de Stalin.* Además, un partido ruso no podía estar dirigido por un georgiano. Stalin era el máximo defensor de la idea de que el pueblo ruso era la fuerza que mantenía cohesionada a la URSS, pero por otro lado seguía siendo internacionalista. El nacionalismo de Voznesenski preocupaba a los

* Dichos peligros se pusieron con toda claridad en evidencia en 1991, cuando Boris Yeltsin utilizó su cargo de presidente de Rusia para acabar con la URSS de Gorbachov. El traslado de la capital otra vez a Leningrado, la ciudad de Zinoviev y Kirov, llevaba siendo una cuestión peligrosísima de la política rusa desde los tiempos de Pedro el Grande. Muchos hombres murieron por ella en el siglo XVIII y volverían a morir en 1949. Stalin recelaba además del heroísmo popular de Kuznetsov y de la propia ciudad de Leningrado durante la segunda guerra mundial. Su hazaña representaba todo un tótem alternativo de patriotismo militar frente a él y a Moscú.

caucasianos: «Para él no sólo los georgianos y los armenios no son el pueblo, sino tampoco los ucranianos», dijo Stalin a Mikoyan. Beria debió de sentirse preocupado por el futuro que le aguardaba a las órdenes de los del círculo de Leningrado.

Malenkov había reunido astutamente un amasijo de pecados que afectaban a todos los puntos sensibles del Vozhd.

—Vete allí y echa una ojeada a lo que está pasando —ordenó Stalin a Malenkov y a Abakumov, que se presentaron en Leningrado con dos trenes cargados con quinientos agentes del MGB y veinte expertos del *Sled-Chast*, el departamento encargado de «Investigar los Casos Especialmente Importantes». «¡Cuando Stalin le ordena matar a uno —solía decir Beria—, Malenkov mata a mil!» Malenkov arremetió contra los máximos dirigentes locales, enlazando cabos totalmente dispares para crear una pista que condujera a una conspiración mortal. Las detenciones no tardaron en empezar a producirse, pero Voznesenski y Kuznetsov siguieron viviendo en sus respectivos apartamentos del bloque rosa de la calle Granovski, convencidos de que Stalin los perdonaría: 1937 parecía demasiado lejos. Hasta Mikoyan pensaba que los derramamientos de sangre eran cosa del pasado.

* * *

Y tenía sus razones para abrigar tales esperanzas, pues su hijo menor, Sergo, a la sazón de dieciocho años, era novio de la «encantadora y bella» hija de Kuznetsov, Alla. Cuando cayó su padre, Alla dio a Sergo la oportunidad de no contraer matrimonio con una proscrita: «¿Es que una cosa así puede cambiar nuestras intenciones?». Lo cierto es que Sergo amaba a Alla y los padres del joven llegaron a adorarla «como a una hija». Mikoyan apoyó la celebración del matrimonio.

—¿Y vas a permitir semejante boda? ¿Te has vuelto loco? —susurró el pusilánime Kaganovich a Mikoyan—. ¿No te das cuenta de que Kuznetsov está fatalmente condenado? Impide la boda.

Mikoyan se mostró inflexible. El 15 de febrero de 1949, Kuznetsov fue destituido como secretario del Partido y acusado de «desviación del bolchevismo» y de separatismo «antiestatal». Tres días después, se celebraba el enlace de la pareja. Kuznetsov se mostró alegre y distraído, poniendo de manifiesto que era un «hombre valiente —pensaba Mikoyan— que no tenía ni la menor idea de las costumbres de Stalin». Mikoyan celebró una fiesta en honor de la pareja en Zubalovo, pero Kuznetsov, que por fin se dio cuenta de la situación en la que se encontraba, le llamó por teléfono para decirle que no podía asistir porque tenía el «estómago revuelto». Mikoyan respondió que no quería ni oír hablar del asunto:

—¡En la casa hay suficientes cuartos de baño! ¡Ven!

—No tengo coche —respondió Kuznetsov—. Estaréis mejor sin mí.

—Es una vergüenza que un padre no asista a la boda de su hija —replicó Mikoyan, que le mandó su propia limusina.*

Durante la fiesta, Kuznetsov no fue capaz de tranquilizarse. Tenía la sensación de estar poniendo en peligro a su hija.

—No me encuentro bien —dijo—. ¡Brindemos por nuestros hijos!

Y se marchó inmediatamente.

* * *

Aquella primavera tan peligrosa, el pobre Kuznetsov asistió a otra boda del Politburó en la que tenía un papel importante la facción de Zhdanov, cada vez más acosada. «Stalin siempre había querido que me casara con Svetlana», recuerda Yuri Zhdanov, que seguía formando parte del Comité Central. «Éramos amigos de la infancia, de modo que no resultaba una idea que me intimidara.» Pero casarse con la hija de un dictador no era cosa fácil: Yuri no estaba seguro de a quién debía pedir la mano, si al dictador o a su hija. El joven optó por dirigirse a Stalin, que intentó disuadirle:

—No sabes el carácter que tiene. Te pondrá en la puerta de la calle en menos que canta un gallo.

Pero Yuri insistió. «Stalin no quería dar lecciones a nadie, pero me dijo que confiaba en que yo vigilara a Svetlana», dice Yuri.

Stalin estaba jugando a hacer de casamentero, según Sergo Beria:

—Me gusta ese hombre —le dijo a Svetlana—. Tiene mucho futuro y te quiere. Cásate con él.

—¿Se te ha declarado a ti? —replicó la joven—. A mí nunca me ha mirado.

—Habla con él y ya verás —dijo el Vozhd.

Svetlana seguía enamorada de Sergo Beria y así se lo hizo saber a éste:

—¿No me quisiste? Muy bien. Pues me casaré con Yuri Zhdanov.

Sin embargo, Svetlana acabó encariñándose con «mi piadoso Yurochka», y la pareja acordó casarse. En cualquier caso, «mi segundo matrimonio fue una decisión de mi padre», explica Svetlana; «yo estaba ya cansada de luchar y pasé por el aro».

El generalísimo no asistió al festejo celebrado en la dacha de Zhdanov, a unos diez kilómetros de Zubalovo por la carretera Uspenskoye. Entre los invi-

* Mientras tanto, en el mismo rellano, en otro piso del edificio de la calle Granovski, se producía una discusión similar en aquel pequeño mundo: Rada Jrushchova, cuyo progenitor seguía en Kiev, estaba viviendo con los Malenkov, amigos de su padre. La muchacha deseaba asistir a la boda, pero Malenkov, que sabía hasta qué punto estaba fatalmente condenado Kuznetsov, se negó a dejarle la limusina. «No pienso dejarte el coche. No estudias lo suficiente.» Pero Rada iría a la boda por su cuenta.

tados había otra pareja de hijos de miembros del Politburó: Natasha, la hija de Andreyev y de Dora Jazan, asistió en compañía de su marido, Vladimir Kuibishev, hijo del jerarca difunto. «Había otros compañeros de clase ... pertenecientes a familias relativamente modestas», recuerda Stepan Mikoyan, que estaba también entre los invitados. A continuación hubo un baile y un banquete: Yuri, como su padre, tocaba el piano. Era lógico que Kuznetsov estuviera presente, pues había sido el aliado más íntimo de Zhdanov, aunque todo el mundo sabía que estaba bajo sospecha.

Yuri y Svetlana, junto con el hijo de ésta, Iosiv Morozov, de cuatro años, se fueron a vivir con la viuda de Zhdanov al Kremlin. «Nunca veía a mi padre —recuerda Iosiv—, llamaba "papá" a Yuri. Yuri me quería mucho.»

Pocos días después, la pareja estaba de visita en Zubalovo cuando llamó Vlasik: Stalin se hallaba de camino.

—¿Para qué quieres irte a vivir a casa de los Zhdanov? —comentó el Vozhd—. Te comerán viva todas esas mujeres. En esa casa hay demasiadas mujeres.

Pretendía que la pareja se trasladara a vivir a Kuntsevo, añadiendo un segundo piso a la dacha, pero con la torpeza que lo caracterizaba, no fue capaz de pedírselo directamente a su hija y probablemente tampoco quisiera que lo molestaran.

Svetlana siguió viviendo con las remilgadas viudas de Zhdanov y Shcherbakov. No tardó en aborrecer a su suegra, Zinaida, en la que se mezclaban «la beatería del Partido» y la «complacencia burguesa». La pareja no se quería: «La lección que aprendí fue que no debía contraer nunca matrimonio como si fuera un trato». Sexualmente «no fue gran cosa», en palabras de Svetlana. La joven nunca perdonó a Zinaida Zhdanova que le dijera que su madre estaba «loca». En cualquier caso, la pareja tuvo una hija, Katia, aunque Svetlana se puso tan mala a raíz del parto, que escribió a su padre diciendo que se sentía abandonada y, a pesar del tono brusco de la misiva, estuvo encantada de obtener respuesta.*

* «Querida Svetochka —escribió Stalin en 1950 a Svetlana, que se encontraba en el hospital—: He recibido tu carta. Me alegro de que salieras tan bien librada. Los problemas de riñón son una cosa seria. Por no hablar de lo que significa tener un niño. ¿De dónde has sacado la idea de que te he abandonado? Ésa es la clase de cosas que se inventa la gente. Te aconsejo que no te creas tus fantasías. Cuídate. Y cuida también de tu hija. El Estado necesita a las personas, incluso a las que nacen prematuramente. Todavía tienes que ser un poquito más paciente; pronto nos veremos. Muchos besos, Svetochka. Tu papaíto.» Stalin no dedicó todo su tiempo al caso de Leningrado. Durante aquellos días, supervisó también la creación de la nueva Enciclopedia Soviética, decidiendo al respecto todos los detalles, desde la calidad del papel hasta su contenido. Cuando el editor le preguntó si debía incluir en ella a «personajes negativos» como Trotski, contestó en tono de sorna: «¡Incluiremos a Napoleón, a pesar de que fue un grandísimo sinvergüenza!».

Además, la boda tampoco fue demasiado oportuna para los Zhdanov. Kuznetsov y Voznesenski estaban al borde del precipicio. Yuri tenía la sensación de que el objetivo del caso de Leningrado era «indudablemente mi padre», pero «por entonces yo no tenía miedo. Más tarde descubrí que pretendían acabar conmigo...» Y no se equivocaba: posteriormente los prisioneros serían torturados para que involucraran en la trama a Zhdanov.

* * *

Stalin meditó cuál debía ser la suerte de Kuznetsov. Poskrebishev invitó a cenar en Kuntsevo al político de Leningrado, pero Stalin se negó a estrechar su mano:

—Yo no te he mandado llamar.

Kuznetsov «parecía ir encogiendo». Stalin esperaba recibir una carta suya de autocrítica, pero el ingenuo político de Leningrado no se la mandó.

—Eso significa que es culpable —comentó el Vozhd a Mikoyan.

No obstante, todavía abrigaba dudas.

—¿No es acaso un despilfarro no permitir a Voznesenski que siga trabajando mientras decidimos lo que hacemos con él? —preguntó a Malenkov y a Beria, que prefirieron no responder. Entonces Stalin recordó que el mariscal del ejército del aire Novikov y Shajurin seguían en prisión.

—¿No os parece que ya es hora de soltarlos?

Pero una vez más el dúo guardó silencio, murmurando luego en el cuarto de baño que si soltaban a Shajurin y a Novikov la medida «podía extenderse a los otros», es decir, a los de Leningrado. Mientras se trasladaba en su limusina a la dacha de Semyonovskoe, el Vozhd iba meditando sobre aquellos asuntos de vida o muerte; pasó junto a unos ciudadanos empapados de agua que hacían cola bajo la lluvia esperando el autobús. Stalin mandó parar al conductor y ordenó a sus guardaespaldas que ofrecieron un pasaje a aquellos pobres desgraciados, pero éstos acogieron el ofrecimiento con temor.

—¡No sabéis cómo hay que hablar al pueblo! —farfulló el Vozhd, apeándose y animándoles personalmente a subir al coche. Les habló de la muerte de su hijo Yakov y una niña le contó que también su padre había perdido la vida. Posteriormente el generalísimo le mandó un uniforme escolar y una cartera. Tres semanas más tarde, ordenó a Abakumov detener, torturar y liquidar a los de Leningrado, que poco tiempo atrás habían sido ungidos como sucesores suyos.[1]

El 13 de agosto, Kuznetsov fue convocado al despacho de Malenkov. «Enseguida vuelvo —dijo a su esposa y a su hijo Valeri—. No empecéis a cenar sin mí.» El muchacho lo vio bajar por la calle Granovski camino del Kremlin: «Volvió la cabeza y me hizo un gesto de despedida con la mano. Fue la última vez que lo vi», dice Valeri. Fue detenido por los guardaespaldas de Malenkov.

Stalin, en cambio, se mostró vacilante con respecto a Voznesenski, cuya detención suponía quedar en manos de Malenkov y Beria. El Vozhd siguió invitándolo a Kuntsevo para las cenas de costumbre y llegó a hablar de darle un cargo en el Banco del Estado. El 17 de agosto, Voznesenski le escribió una carta llena de dramatismo en la que le suplicaba que le diera trabajo: «Resulta muy difícil estar separado de los compañeros de uno ... Comprendo la lección de sumisión al Partido ... Te ruego que me muestres un poco de confianza». Y se despedía con un «Devoto tuyo». Stalin remitió la carta a Malenkov. El dúo siguió presionándolo. El lúgubre y enfermizo Andreyev puso al descubierto toda clase de «desórdenes en esta organización»: habían desaparecido 526 documentos del Gosplan. Aquel expediente totalmente inventado fue una de las últimas hazañas de Andreyev. Voznesenski reconoció no haber procesado a los culpables porque no había «hechos probados ... Ahora lo comprendo ... Fui culpable». Jrushchov acusaría más tarde a Malenkov de «hacer insinuaciones a Stalin» para conseguir la eliminación de Voznesenski. «¿Cómo? —replicó Malenkov—. ¿Que yo manipulé a Stalin? ¡Debes de estar de broma!» A Stalin no había quien lo manipulara, pero era muy sugestionable: él seguía teniendo el control absoluto.

Cuatro meses más tarde, Voznesenski fue detenido en el curso de la misma redada de zhdanovistas, como les ocurriera a Kuznetsov y a otros 214 prisioneros, que fueron torturados en todo un delirio de la «lucha francesa». Hermanos, esposas e hijos siguieron sus pasos y fueron devorados por el MGB de Abakumov. A Kuznetsov le pegaron con tanta saña, que le perforaron los tímpanos. «Me golpearon hasta que empezó a salirme sangre por las orejas», declararía un prisionero, I. M. Turko, tras la muerte de Stalin. «Komarov me golpeaba la cabeza contra la pared.» Turko acabó involucrando a Kuznetsov. Los verdugos preguntaron a Abakumov si debían pegar a la prisionera Zakrizhevskaya, que estaba embarazada:

—¿Acaso pretendéis defenderla? —replicó el ministro—. La ley no lo prohíbe. Vosotros a lo vuestro.

La pobre mujer recibió una paliza a consecuencia de la cual sufrió un aborto.

—Dínoslo todo —insistían sus torturadores—. ¡Nosotros somos la vanguardia del Partido!

La vanguardia caída en desgracia, Kuznetsov y Voznesenski, fueron retenidos en una cárcel especial, sita en la calle Matrosskaya Tishina, construida por Malenkov, que se presentó de incógnito en ella en compañía de Beria y de otros miembros del Politburó para interrogar a los prisioneros.

Al genio siniestro de Bulganin, que también se encontraba bajo amenaza, se le encomendó la tarea de interrogar a su viejo amigo, Alexander, el hermano de Voznesenski, antiguo rector de la Universidad de Leningrado. Cuando el preso lo vio, pensó que se había salvado: «Corrió hacia mí —reconocería luego Bulganin— y gritó: "¡Camarada Bulganin, querido amigo, por fin! No

soy culpable. ¡Qué bien que hayas venido! ¡Ahora el camarada Stalin se enterará de toda la verdad!"». El que fuera su amigo lo rechazó con un gruñido: «¡El lobo de Tambov será tu amigo!», respondió, mediante un refrán ruso que significa: «¡De amigos nada!». Bulganin pensó que no tenía opción: «¿Qué podía hacer yo?», comentaría luego en tono compungido. «Sabía que Beria y Malenkov estaban en un rincón observándome.» Como todos los demás casos de Stalin, el delito podía ser muy elástico y ampliarse a su arbitrio: Molotov, que estaba muy próximo a Voznesenski, también se vio vagamente involucrado.

* * *

Al cabo de unos días, cuando Alla, la hija de Kuznetsov, y su marido, con el que acababa de casarse, Sergo Mikoyan, volvieron precipitadamente de su viaje de luna de miel, el padre de la muchacha ya había recibido tantas palizas que había firmado una confesión. Anastas Mikoyan recibió a su nuera en el despacho que tenía en el Kremlin. «Me resultaba muy difícil hablar con Alla», escribe Mikoyan. «Naturalmente me vi obligado a contarle la versión oficial.» Alla salió de la habitación entre sollozos.

«Salí corriendo tras ella —recuerda Sergo—, temeroso de que se quitara la vida.»* Mikoyan llamó a su hijo y le enseñó la confesión de Kuznetsov, que Stalin había hecho repartir. El joven no podía dar crédito a las acusaciones.

—Cada página está firmada —insistió Mikoyan.

—Estoy seguro de que el caso se aclarará y de que Alexei volverá —replicó Sergo.

«Yo no podía decirle —escribe Mikoyan— que la suerte de Kuznetsov ya estaba echada. Había sido determinada de antemano por Stalin. No iba a volver nunca.»[2]

* * *

* Sergo y Alla estaban convencidos de que todo era una «intriga de Malenkov y Beria, que engañaron a Stalin. Resulta asombroso que nos lo creyéramos —recuerda Sergo—, pero por entonces NI UNA SOLA VEZ hablamos del asunto, hasta después de la muerte de Stalin». Mikoyan permitió a Sergo ver al hijo de Kuznetsov, pero no a su esposa, pues sabía que ella también iba a ser detenida. En cuanto a los niños del Kremlin que vivían en la calle Granovski, se dieron cuenta de que de repente sus vecinos, los Voznesenski y los Kuznetsov, se habían ido. «Pero nadie hizo la menor alusión», señala Igor Malenkov, cuyo padre fue el responsable de su desaparición. «Yo me limitaba a leer cosas de deporte.» Julia Jrushchova «solía jugar con Natasha, la hija de Voznesenski. Poco después de la detención de su padre, la llevé a nuestra casa. Pero mi madre no dijo nada». Cada familia tendría un comportamiento distinto ante este tipo de situaciones embarazosas: mientras que Natasha Poskrebisheva siguió jugando con Natasha Voznesenskaya, Nadia Vlasika «cruzaba de acera cada vez que la veía». Deseo expresar mi agradecimiento especialmente a Sergo Mikoyan por compartir conmigo el relato de este episodio.

El caso de Leningrado no fue el único éxito de Beria: inmediatamente después del arresto de Kuznetsov, a finales de agosto de 1949, el mingreliano montó en un tren blindado especial y partió hacia una base nuclear secreta en medio de las estepas de Kazajstán. Beria estaba preocupadísimo porque si las cosas se ponían feas, «todos tendríamos que responder ante el pueblo», como diría uno de sus gestores. La familia de Beria habría sido exterminada. Malenkov lo consoló.

Beria llegó a Semipalatinsk-21 para presenciar la prueba del «artículo». Se metió en una cabina minúscula junto al puesto de mando del profesor Kurchatov. La mañana del 29 de agosto, Beria contempló cómo una grúa bajaba el compresor de uranio y lo colocaba en posición en su correspondiente vehículo de transporte; la semiesfera de plutonio se hallaba colocada en su interior. Los explosivos y el detonador estaban en su sitio. El «artículo» fue conducido al caer la noche a una plataforma exterior desde la cual se procedería a levantarlo hasta lo alto de la torre. Beria y los científicos se marcharon.

A las seis de la tarde, a unos diez kilómetros de distancia, se reunieron en el puesto de mando, provisto de su panel de control y sus teléfonos conectados con Moscú, debidamente resguardado detrás de un muro de tierra apisonada para protegerlo de la onda expansiva. Kurchatov ordenó la detonación. Se produjo un resplandor enorme. Cuando pasó la onda expansiva, salieron todos al exterior a admirar el hongo atómico que se levantaba majestuosamente ante ellos.

Beria estaba excitadísimo y besó a Kurchatov en la frente, pero siguió acribillándole a preguntas:

—¿Es como la americana? ¿No la habremos jodido? Kurchatov no nos estará tomando el pelo, ¿verdad?

Sintió un alivio enorme cuando oyó decir que la destrucción del lugar había sido apocalíptica.

—Habría sido una gran desgracia que no hubiera funcionado —añadió.

Corrió al teléfono a dar cumplida noticia de todo a Stalin, deseoso de ser el primero en contárselo. Pero cuando llamó, el Vozhd contestó secamente que ya lo sabía todo y colgó de inmediato. Stalin tenía sus propias fuentes de información. Beria pegó un puñetazo al general que se había atrevido a adelantársele y contarle lo ocurrido al Vozhd, mientras gritaba:

—Has puesto un palo en mi rueda, maldito traidor. Voy a hacerte papilla.

Pero estaba orgullosísimo de su «colosal hazaña». Cuatro años después de lo de Hiroshima, Stalin disponía de su propia bomba.

Beria tenía otro motivo para estar contento: había conocido a una mujer muy guapa llamada Drozhdova, cuyo marido trabajaba en el Kremlin. Es posible que tuviera una aventura con ella antes de que le presentara a su hija, Lilia, de apenas catorce años, pero ya «todo un ejemplar de belleza rusa de ojos azules, piernas largas y largas trenzas rubias», recuerda Martha Peshkova. Be-

ria estaba embobado: había encontrado a «su último gran amor». La madre de la muchacha quería sacar el máximo provecho: «No le dejes que te haga nada hasta que le hayas sacado un piso, un coche y una dacha», dijo, según Peshkova, a Lilia. Beria la colocó a lo grande. Nina Beria toleró la aventura, pero durante el verano, mientras Martha y ella estaban en Gagra, su marido llevó a Lilia a su dacha. «Todo Moscú estaba al corriente», comenta Martha. Beria y Malenkov estaban en la cresta de la ola, pero al final sería otro el que se beneficiara más del vacío de poder dejado por los de Leningrado.

* * *

Stalin hizo venir a Jrushchov de Kiev. «No pude evitar sentirme angustiado», admitiría este último, teniendo en cuenta que en aquellos momentos Kuznetsov y Voznesenski estaban siendo torturados. Llamó por teléfono a Malenkov que le consoló diciendo:

—No te preocupes. No puedo decirte por qué te ha mandado llamar, pero te prometo que no tienes nada que temer.

Jrushchov había gobernado Ucrania desde 1938, purgando despiadadamente a los kulaks antes de la guerra, y después de ésta aplastando a los nacionalistas ucranianos, ordenando el asesinato de los obispos uniatas y por fin, en febrero de 1948, organizando la expulsión de las aldeas de todos los «elementos perniciosos»: cerca de un millón de personas fueron detenidas por iniciativa suya, un crimen colosal comparable casi, por su brutalidad y sus proporciones, a la deportación de los kulaks. No es de extrañar que, cuando se retiró, pensara: «Estoy manchado de sangre hasta los codos». Aparte del breve período correspondiente a 1947, cuando Stalin mandó a Kaganovich a Kiev para sustituirlo, Jrushchov, «vital, con su cara de cerdo, y alegre», en aquellos momentos calvo y con un tipo casi esférico, fue uno de los favoritos más duraderos. Su manera llana de hablar hacía que sus adulaciones parecieran sinceras. Stalin consideraba a aquel individuo dinámico y redondo como una bala de cañón un campesino semianalfabeto: «Jrushchov es tan ignorante como el Negus de Etiopía», llegó a decir a Malenkov. Pero no subestimaba del todo su «profunda rusticidad, su pura masculinidad, su astucia tenaz, su sentido común y su fuerza de carácter».

«A éste —pensaba Stalin— hay que atarlo corto.» Cuando llegó a Moscú, Nikita se dirigió rápidamente a casa de Beria para que éste también lo tranquilizara. La solidaridad entre los cortesanos de Stalin era cada vez mayor. Beria también lo reconfortó.

El Vozhd nombró a Jrushchov secretario del Comité Central y máximo dirigente de Moscú, aunque, según le dijo, «las cosas no marchan demasiado bien ... Hemos desenmascarado una conspiración en Leningrado. Y Moscú está plagada de elementos contrarios al Partido». Quería que Jrushchov «lo

comprobara todo». Como demostraba el caso de Leningrado, el sistema fomentaba hacer del terror todo un negocio. Los jerarcas podían reducir un caso a la nada o darle pábulo hasta convertirlo en toda una matanza: luego, dependía de Stalin la decisión de si protegía o no a las víctimas, si guardaba las pruebas acumuladas contra ellas para más tarde, o si las mataba inmediatamente.

—Todo es obra de un provocador —contestó Jrushchov. El Vozhd estuvo de acuerdo con semejante criterio. No tardó en colocarlo al frente de Agricultura. «Stalin me trató bien.» Tras acabar con el círculo de Leningrado y socavada la posición de Molotov y Mikoyan, los «dos sinvergüenzas» estaban perfectamente colocados para la sucesión. Se hizo volver a Jrushchov para que equilibrara su poder. Sin embargo, el plan no acabó de funcionar porque éste se hizo «inseparable» de Beria y Malenkov. Los Jrushchov y los Malenkov* vivían muy cerca unos de otros en la calle Granovski, mientras que la limusina de Beria parecía estar aparcada a todas horas en dicha calle esperando a uno o a otro. El mingreliano saludaba a veces a los pequeños Jrushchov cuando iban a la escuela:

—¡Míralos! ¡La viva imagen de Nikita!

El trío bromeaba acerca de los planes de Stalin, y al mismo tiempo se denunciaban unos a otros ante el Vozhd. Cuando Malenkov demostró que era incapaz de dominar la dificilísima tarea de dirigir el Ministerio de Agricultura, Andreyev se hizo cargo de él, pero pronto quedó desacreditado y se vio obligado a retractarse, poniendo de paso fin a su carrera. En aquellos momentos el departamento se hallaba en manos de Jrushchov, pero en su plan de crear unos centros agrícolas gigantescos o «agrociudades» le salió el tiro por la culata. Stalin, Beria y Malenkov lo obligaron a retractarse públicamente. Molotov y Malenkov querían que fuera destituido, pero Beria, que subestimaba a aquel «idiota cabezón», intervino para salvarlo. Stalin protegió a Jrushchov dando unos golpecitos en su cabeza con la pipa:

—¡Está hueca! —comentó en tono jocoso.

* * *

El 5 de septiembre, Stalin inició sus vacaciones en Sochi, donde se reunió con él Beria para hacer una barbacoa de *shashlyks* con la que éste pretendía celebrar el éxito de la bomba, hecho que, junto con la liquidación de los integrantes del círculo de Leningrado, lo había devuelto momentáneamente al favor del

* Esta pareja de amigos formaba en aquellos momentos el núcleo del nuevo «quinteto» íntimo de Stalin, junto con Beria y Bulganin. Kaganovich había conseguido también recuperar en parte el favor del Vozhd. Los domingos, aquellos dos burócratas gordinflones, Jrushchov y Malenkov, daban reparadores paseos por la calle Gorki, rodeados de falanges de agentes de la policía secreta

Vozhd. Pero ese favor duraría poco. La desconfianza que sentía Stalin por los hombres de su entorno era en aquellos momentos tremenda. A continuación el dictador se trasladó más al sur, a Novi Afon, la más pequeña y más acogedora de sus residencias, donde pasó la mayor parte de sus últimas vacaciones.

Cuando el Soviet Supremo anunció la existencia de la bomba atómica soviética, Stalin comentó con su joven confidente, Mgeladze, la siguiente reflexión en torno al nuevo orden mundial:

—Si estallara una guerra, el empleo de las bombas atómicas dependería de los Truman y los Hitler que estuvieran en el poder. El pueblo no permitirá que semejante tipo de hombres ocupen el poder. Las armas atómicas no pueden ser utilizadas sin incurrir en el peligro de provocar el fin del mundo.

Estaba tan contento que se puso a canturrear «Suliko», coreado por Vlasik y Poskrebishev, atacando cada nota con tanta perfección como la bomba de Beria.

—Chaliapin la cantaba un poquito mejor —exclamó exultante Stalin.

—Sólo un poquito mejor —corearon sus acompañantes.

El anciano Stalin pensaba cada vez con más frecuencia en Nadia. Paseando por los jardines con Mgeladze, se lamentó del desastre que había sido como padre. Primero había sido Yasha:

—El destino trató a Yakov muy mal... Pero murió como un héroe —dijo.

En cuanto a Vasili, era un alcohólico:

—No hace nada, pero bebe muchísimo.

Y luego Svetlana, su álter ego femenino, «hace lo que le da la gana». El marido más destructivo que quepa imaginar era bastante sensato al referirse a los matrimonios de su hija:

—Morozov era un buen chico, pero para Svetlana, eso no era amor... No fue más que una distracción. Lo trataba a baquetazos... Naturalmente eso hizo que fracasara su matrimonio. Luego ha vuelto a casarse. ¿Quién sabe lo que pasará ahora?... Svetlana no sabe ni coser un botón, las niñeras no la enseñaron. Si la hubiera educado su madre, habría sido más disciplinada. Ya sabes, yo tenía siempre tanta presión encima... No tenía tiempo para los niños, a veces me pasaba meses sin verlos. Los chavales no tuvieron suerte. ¡Ekaterina! —evocó cariñosamente a su primera esposa, Kato, y luego exclamó— ¡Ay Nadia, Nadia!

Mgeladze no había visto nunca a Stalin tan triste.

—Camarada Wolf, te ruego que no digas ni una palabra de lo que has oído.[3]

55

Mao, el cumpleaños de Stalin y la guerra de Corea

El 7 de diciembre de 1949 Stalin regresó a Moscú a tiempo para participar en dos acontecimientos de gran trascendencia: la llegada del nuevo líder chino, el presidente Mao Zedong, y la celebración de su septuagésimo aniversario. A las doce del mediodía del 16 de diciembre, Mao, que había tomado Pekín en enero de aquel mismo año, llegó a la estación Yaroslavsky, donde fue recibido por Molotov y Bulganin, vestido con su uniforme de mariscal.* La visita comenzó con tantas dificultades como terminó. Mao invitó a los rusos a un almuerzo chino en su vagón de tren, pero Molotov rechazó el ofrecimiento. El líder oriental se sintió ofendido. Pero eso sólo sería el inicio de un enfado que llegaría a ser tan monumental como la muralla china. Abrumado por la majestuosidad de Stalin, aunque también lleno de desprecio por la continua falta de apoyo del Vozhd y por su interpretación equivocada de China, Mao, aquel hombre de elevada estatura y aspecto desgarbado, fue conducido directamente a Lipki, una de las dachas del dictador soviético.

A las seis de la tarde, Mao y Stalin se reunieron por primera vez en la «pequeña esquina». Los dos gigantes comunistas del siglo, dos hombres que tenían en común un temperamento fanático y paranoico, la afición a la poesía y unos orígenes campesinos, convertidos ahora en dirigentes máximos de sendos imperios cuya historia les obsesionaba, en asesinos despiadados de millones de conciudadanos y en jefes de sus ejércitos sin apenas conocimientos militares, tenían como único objetivo hacer realidad la peor pesadilla de Estados Unidos: la firma de un tratado chino-soviético que sería el último logro importante de

* Mao llevó consigo un tesoro oculto de regalos chinos y varios vagones de arroz. Los adornos lacados orientales todavía cuelgan de las paredes del piso de Granovski al que fue a vivir Molotov tras su retiro. Stalin repartió el arroz entre los miembros de su corte. Por su parte, el Vozhd obsequió al dirigente chino dándole los nombres de los agentes soviéticos infiltrados en el Politburó de China. Una vez de vuelta en Pekín, Mao los eliminó con toda rapidez.

Stalin. No obstante, ambos se observaban mutuamente con frialdad desde la cima del Olimpo de su propia autoestima. Mao se quejó de haber sido «relegado durante largo tiempo».

—A los vencedores nunca se les hacen reproches —replicó el Vozhd—. ¿Algún deseo o propuesta por su parte?

—Estamos aquí para culminar una determinada tarea —contestó Mao—. Debe ser hermosa y apetitosa a la vez.

Se produjo un silencio lleno de tensión. Stalin parecía confundido por esa enigmática alusión referida a la firma de un tratado que era simbólico y práctico a la vez, y que representaba tanto una revolución mundial como los intereses nacionales de China. La prioridad principal del Vozhd era proteger los logros obtenidos en el Extremo Oriente, acordados en Yalta y corroborados en el antiguo tratado chino-soviético. El líder ruso estaba dispuesto a firmar un nuevo acuerdo, siempre y cuando no vulnerara el anterior. Mao quería salvar la cara antes de aceptar la cesión de territorios chinos. Las negociaciones entraron en un punto muerto. Mao propuso que se hiciera venir a Zhou Enlai, su primer ministro, para rematar las negociaciones.

—Si nosotros no somos capaces de determinar lo que se tiene que rematar, ¿qué sentido tiene llamar a Zhou Enlai? —dijo Stalin.

Los dos colosos se separaron: Mao afirmó que el líder soviético se había negado a reunirse con él, pero en realidad tenía buenas razones para quedarse esperando. Permaneció de forma vergonzante en Moscú durante varias semanas hasta que ambas partes se reconciliaron, quejándose amargamente de que no había «nada que hacer allí, excepto comer, dormir y cagar». Los remilgados rusos quedaron estupefactos ante los chistes escatológicos del chino, que pudieron escuchar tanto directamente de sus labios como a través de los micrófonos ocultos.

—Camaradas —dijo Stalin—, la batalla de China todavía no ha llegado a su fin. Acaba de empezar.

Beria comentó en broma que el Vozhd sentía envidia de Mao porque éste gobernaba una nación más grande.

El líder oriental no estuvo totalmente desatendido: Molotov, Bulganin y Mikoyan lo visitaron en su dacha. Stalin se preguntaba si el enigmático chino era un «verdadero marxista». Como si fuera el abad de un monasterio que examina a un novicio, Molotov, con aire condescendiente, puso a prueba los conocimientos marxistas de Mao, llegando a la conclusión de que el presidente era un «hombre inteligente, un líder campesino, una especie de Pugachev chino»,* pero no un verdadero marxista. Después de todo, según comentó pedan-

* Emelian Pugachev fue un pretendiente al trono cosaco que se hizo pasar por el difunto zar Pedro III, y entre 1773 y 1774 encabezó una gran rebelión campesina contra Catalina la Grande.

temente Molotov a Stalin en repetidas ocasiones, Mao «confesó que no había leído nunca *El Capital*».[1]

* * *

El día 21 de diciembre, Mao y el mundo comunista al completo se reunieron en el Bolshoi para celebrar el cumpleaños de su sumo pontífice. A medio camino entre la peregrinación religiosa y un triunfo imperial, entre una boda real y una juerga de gran empresa multinacional, los festejos costaron 5,6 millones de rublos y atrajeron a millones de peregrinos. Stalin, dividido entre un sentimiento de desprecio por el culto a su persona y un profundo anhelo del mismo, jugó a ser un modesto cascarrabias mientras que Malenkov, siempre en primera línea en los actos más infames de idolatría, intentaba convencerlo de que «el pueblo» esperaba una celebración... y más medallas.

—Ni se os ocurra concederme otra estrella —farfulló el Vozhd.

—Pero camarada Stalin, el pueblo...

—¡No metas al pueblo en esto! —replicó el dictador.

Sin embargo, Stalin revisó todos los preparativos con gran ilusión. Los archivos dan fe del carácter extraordinario de la celebración: el presidente Shvernik encabezó el «comité para los preparativos de los festejos por el aniversario del camarada Stalin», del que tímidamente formaban parte «simples obreros», jerarcas, mariscales y artistas como Shostakovich, quien participó con la mayor gravedad en el debate acerca de la creación de una Orden de Stalin, la lista de invitados, la distribución de los asientos, y un paquete-regalo de Stalin. Por un importe total de 487.000 rublos, todos los delegados iban a recibir un batín, unas zapatillas, una maquinilla de afeitar y un estuche con jabón, talco y colonia de la marca «Moskva» (la mejor creación de la reina del perfume, Polina Molotova, que por aquel entonces se hallaba en prisión).

En *Pravda*, Jrushchov elogió la «absoluta intransigencia de Stalin frente a los cosmopolitas desarraigados», esto es, frente a los judíos. Poskrebishev alabó la maravillosa forma de cultivar los limoneros que tenía el Vozhd. Las esposas de los jerarcas llevaron sus propios obsequios. Por ejemplo, Nina Beria preparó una crema de nueces «como pequeño recuerdo ... de tu madre», y Stalin le escribió la siguiente nota de agradecimiento:

«Cuando pruebo tu mermelada, me acuerdo de mi juventud».

A Beria los ojos le daban vueltas:

—Ahora esperarán que cada año hagas lo mismo.

Artistas de renombre y niños de la élite ensayaban el tributo que pensaban rendir al dictador. Los padres nunca habían sido tan insistentes con sus hijos: Poskrebishev consiguió que su hija pusiera la guinda al pastel, recitando una poesía de exaltación del Vozhd (el hombre que había ordenado la muerte de su

madre), entregándole a continuación un ramo de flores. En el Bolshoi las bailarinas se esforzaban en llevar a cabo «reverencias al dios».

La noche anterior, en la «pequeña esquina», Stalin cambió la distribución de los asientos de modo que ya no quedara colocado en el centro, pero Malenkov insistió en que debía estar en primera fila. Se asignó a propósito un sitio entre Mao y Jrushchov, su nuevo favorito. Más tarde empezó a notar una presión en la nuca, se tambaleó medio mareado, pero Poskrebishev lo ayudó a mantenerse en pie. Como el dictador no quiso llamar a ningún médico, el secretario le recetó uno de sus remedios.

Al día siguiente, por la noche, el teatro Bolshoi completamente atestado de público aguardaba la llegada de los jerarcas. Los miembros de la exótica comitiva de Stalin, entre los que figuraban Mao, Ulbricht de Alemania, Rakosi de Hungría y Beirut de Polonia, se reunieron en el antepalco hasta que todo estuvo dispuesto. Cuando hicieron su aparición, el público presente en la sala empezó a aplaudir enfervorizado. El Vozhd tomó asiento a la izquierda del palco bajo una jungla de banderas rojas y un gigantesco retrato suyo. A continuación dieron comienzo los interminables discursos, en los que se elogió al homenajeado calificándolo de auténtico genio. Stalin hizo un gesto al general Vlasik y le susurró al oído que los invitados debían hablar en su propia lengua, todo un gesto de internacionalismo del «padre de los pueblos». Togliatti habló en italiano, y él mismo tradujo su soflama al ruso. La alocución de Mao, con su voz sorprendentemente aguda, dio lugar a una gran ovación. El generalísimo soviético estaba agotado de levantarse de la silla tantas veces. Luego apareció un grupo de muchachas, vestidas con el uniforme de pioneras y encabezadas por Natasha Poskrebisheva, que recitó un poema. Poskrebishev guiñó un ojo a su hija, que subió corriendo hasta el Vozhd y le entregó un ramo de rosas rojas. «A papá y a Stalin les encantaban las rosas rojas», recuerda Natasha.

—¡Gracias, *ryzhik* (pelirroja), por las rosas! —exclamó el dictador, haciendo una señal a su devoto Poskrebishev, que no cabía en sí de orgullo.

La fiesta continuó con un gran banquete en la sala Georgeoski del Kremlin, tras el cual se ofreció un concierto a cargo del tenor Kozlovski, la bailarina Maya Plisetskaya y la soprano Vera Davydova. Vlasik inspeccionó personalmente los camerinos de los artistas para asegurarse de que no había ni bombas ni asesinos escondidos en ellos. Mientras bailaba, la Plisetskaya observó cómo «el rostro bigotudo del emperador, sentado en la primera fila de la larga mesa del banquete, ligeramente retirada del escenario, se giraba hacia mí [con] Mao a su lado».[2]

El formidable enfado de Mao había empezado a apaciguarse. Había logrado salvar la cara. Cuando intentó ponerse en contacto telefónico con Stalin, le dijeron que «no estaba en casa y que sería mejor que hablara con Mikoyan». Por fin, el 2 de enero, el Vozhd envió a Molotov y a Mikoyan para que empe-

zaran las negociaciones. Zhou Enlai* llegó el día 20 y comenzó las conversaciones con el nuevo ministro soviético de Asuntos Exteriores, Vishinski, y con Mikoyan. Stalin únicamente invitó a Mao y Zhou Enlai al Kremlin para amonestarlos por su negativa a firmar un documento de desacuerdo con el último discurso del secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson. Cuando Mao protestó por la resistencia que ponía el Vozhd a la firma del tratado, éste le replicó:

—¡Al diablo con eso! Debemos proceder paso a paso.

Mao se enfadó todavía más. En la limusina que conducía a los dos líderes a Kuntsevo, el intérprete chino invitó a Stalin a visitar a Mao:

—¡Trágate tus palabras! —le espetó éste en chino—. ¡No lo invites!

Ninguno de los dos gigantes abrió la boca durante los treinta minutos que duró el viaje. Cuando el Vozhd invitó a Mao a bailar con la música del gramófono, un honor singular para cualquier líder extranjero, éste se negó. Pero no importaba: la partida de póquer había finalizado. Si bien se reservaba para sí el papel de sumo sacerdote del comunismo internacional, Stalin dejó a Mao el papel de protagonista en Asia.

Durante el banquete celebrado en el hotel Metropol el 14 de febrero tras la firma del tratado, Stalin hizo adrede una denuncia del régimen de Tito, y Mao siguió con su heroico enfado. Los dos colosos apenas se dirigieron la palabra: los comentarios «esporádicos» daban lugar a «pausas interminables». Gromiko se esforzó en mantener viva la conversación. Al Vozhd tal vez le disgustara Mao, pero no cabe duda de que quedó impresionado por el líder chino.

—En el mundo marxista —diría más tarde—, el más sobresaliente es Mao... Todo en su vida de marxista-leninista pone de relieve sus principios y su dinamismo. Es un luchador coherente.

La alianza no tardó en ponerse a prueba en los campos de batalla de Corea.[3]

* * *

Kim Il Sung, el joven líder de la Corea del Norte comunista, llegó entonces a Moscú con el fin de obtener la autorización de Stalin para invadir Corea del Sur. El Vozhd animó a Kim en esa empresa, pero, haciendo alarde de su astucia, pasó la pelota a Mao, diciendo al coreano que sólo podría «pasar seriamente a la acción» después de consultarlo «personalmente con el camarada Mao Zedong». En Pekín, el líder chino, lleno de inquietud, volvió a remitirle al Vozhd. El 14 de mayo Stalin contestó taimadamente: «En último término, la cuestión deberá ser resuelta conjuntamente por los camaradas

* Stalin sentía admiración por Zhou y el presidente Liu Shaoqi, a quienes consideraba los hombres más «distinguidos» de Mao, aunque creía que el mariscal Zhu Teh era una versión china de «nuestro Voroshilov o nuestro Budionni».

chinos y coreanos». De ese modo, el Vozhd protegía su papel hegemónico, pero eludía cualquier responsabilidad. No obstante, los jerarcas soviéticos de su entorno empezaron a preocuparse por el desafío descarado a Estados Unidos que implicaba semejante postura y por su falta de criterio. A las cuatro de la mañana del domingo 25 de junio de 1950, Corea del Norte atacó a su vecina del sur. En su avance arrollador, los comunistas estaban dispuestos a la conquista.

El 5 de agosto un Stalin achacoso y envejecido montaba en un tren especial para emprender las vacaciones más largas que se había concedido hasta entonces. La duración de su descanso iba a ser de cuatro meses y medio, en el transcurso de los cuales meditaría, incluso con cierta tristeza y amargura, acerca de su postura antisemita, de su cólera contra Molotov y Mikoyan, de su desconfianza hacia Beria y de su insatisfacción con la crueldad del MGB de Abakumov. Mientras tanto el futuro del mundo estaba por decidirse a miles de kilómetros de distancia, en Corea.

Apenas iniciado su período de descanso, el desastre se abatió sobre la lejana península asiática. Stalin se había retirado de las Naciones Unidas en señal de protesta por la negativa de ésta a reconocer la legitimidad de la China de Mao en lugar de la de Taiwán, pero el presidente Truman le tomó la palabra y reunió el Consejo de Seguridad con el fin de aprobar la intervención de la ONU contra Corea del Norte. La Unión Soviética podría haberlo impedido, pero el Vozhd insistió en la conveniencia de boicotear la sesión, desoyendo los consejos de Gromiko. «Por una vez, Stalin se dejó llevar por sus sentimientos», comentaría más tarde el responsable soviético de asuntos exteriores. En septiembre, la potente contraofensiva norteamericana en Inchon, bajo bandera de las Naciones Unidas, cogió desprevenidos en el sur a los norcoreanos de Kim y desmembró a su ejército. Una vez más, el Vozhd había querido poner a prueba la resolución americana y, de nuevo, le había salido el tiro por la culata. Pero el dirigente soviético, ya anciano, se limitó a llorar sobre el hombro de Jrushchov la eventual derrota de Kim diciendo:

—¡Y qué más da! ¡Que así sea! Que los americanos se conviertan en nuestros vecinos.

Si él no conseguía lo que pretendía, Rusia seguiría sin intervenir.

Cuando los americanos se adentraron en territorio norcoreano, avanzando hacia la frontera china, Mao, desesperado, volvió sus ojos hacia Stalin, temeroso de que si intervenía y luchaba contra los americanos, Rusia se vería involucrada también en el conflicto en virtud del tratado chino-soviético. Stalin contestó con una indolencia neroniana que se encontraba «lejos de Moscú y en cierto sentido desconectado de lo que está ocurriendo en Corea». Pero el 5 de octubre el Vozhd envió a Mao un telegrama que denotaba un sentido de la *Realpolitik* sumamente tosco y una descarada fanfarronería: América «no está preparada ... para una gran guerra», pero si ésta llega, «que

sea ahora y no dentro de unos pocos años, cuando el militarismo japonés se haya recuperado». De ese modo, el generalísimo soviético sacaba el aguijón de las dudas que pudiera tener Mao y empujaba a su aliado a dar un paso más hacia la guerra.

El mandatario chino desplegó nueve divisiones, pero ordenó a Zhou Enlai que fuera a visitar a Stalin en su residencia de vacaciones, probablemente Novi Afon, para discutir la promesa soviética de cobertura aérea a las tropas chinas. El 9 de octubre Zhou Enlai, acompañado del protegido de más confianza de Mao, Lin Piao, hombre de aspecto frágil, pero de gran talento, condenado a convertirse más tarde en su presunto heredero, se encontró cara a cara con Stalin, Beria, Kaganovich, Bulganin, Mikoyan y Molotov.

—En el día de hoy queremos escuchar las opiniones e ideas de nuestros camaradas chinos —dijo el Vozhd inaugurando la reunión.

Cuando Zhou Enlai expuso cómo estaba la situación, Stalin contestó que Rusia no podía entrar en la guerra, pero que China debía hacerlo. No obstante, si Kim perdía, ofrecía un refugio a los norcoreanos. Él sólo podía ayudar con equipamiento militar. Zhou Enlai, que había contado con la cobertura aérea soviética, se quedó sin aliento. Más tarde Stalin invitó a la delegación china a una bacanal de la que únicamente Lin Piao salió sobrio. Ésa fue una de las ocasiones en las que Beria se mostró en desacuerdo con el Vozhd y, como siempre, fue el que se expresó en un tono más atrevido. Cuando salió de la reunión acerca del envío de tropas chinas a Corea, se encontró con el máximo dirigente de Georgia, Charkviani, que estaba esperando fuera.

—¿Qué diablos hace? —exclamó nervioso Beria, que se daba cuenta de la amenaza nuclear—. Los americanos montarán en cólera. Conseguirá que se conviertan en nuestros enemigos.

Charkviani se quedó boquiabierto al oír semejante herejía.

—Me resulta difícil confiar al ciento por ciento en un hombre, pero me parece que puedo creer en él —comentó Stalin en tono reflexivo a Mgeladze durante la cena, tras conseguir que Mao se embarcara en una guerra contra los americanos sin contar con la cobertura aérea soviética.

El día 19 de ese mismo mes, Mao desplegó las hordas de soldados chinos, condenados a convertirse en carne de cañón, para obligar a los sorprendidos norteamericanos a retirarse. En adelante, incluso cuando por fin se estabilizó el frente en el paralelo 38 y los norcoreanos pidieron la paz, el Vozhd se negaría a llegar a cualquier tipo de acuerdo: las desavenencias le venían como anillo al dedo. Como diría a Zhou Enlai en un ulterior encuentro, utilizando una frase que ilustra toda la carrera de Stalin llena de monstruosidades, los norcoreanos podían seguir luchando indefinidamente porque «no tienen nada que perder *más que sus hombres*».[4]

* * *

Mientras tomaba el sol moviendo los hilos de la guerra Corea, el viejo generalísimo se dedicaba también a matar a los hombres de su entorno. El 29 de septiembre, Kuznetsov y Voznesenski fueron procesados en el Club de Oficiales de Leningrado ante un público de agentes del MGB. Antes de que por fin diera comienzo el juicio, se ordenó a los acusados que omitieran en su testimonio cualquier tipo de alusión a la persona de Zhdanov. Los principales reos fueron condenados a morir fusilados al día siguiente, y el Politburó ratificó las sentencias. «Él fue el primero en firmar el documento —reconocería más tarde Jrushchov—, y luego nos lo pasó para que lo firmáramos los demás. Estampamos nuestra firma sin mirar siquiera...» ¿Se pondrían quizá a firmar las condenas de muerte mientras cenaban en la terraza?

Kuznetsov, desafiante, se negó a confesar, lo que provocó la ira de Stalin y la incomodidad de Abakumov.

—Soy y seguiré siendo un bolchevique a pesar de la sentencia que me ha condenado. La historia justificará nuestros actos —fueron sus palabras.

Se cuenta que los inculpados fueron metidos por agentes de la Cheka en unos sacos blancos contra los que dispararon innumerables ráfagas. La ejecución tuvo lugar el 1 de octubre, cuando pasaban cincuenta y nueve minutos de las doce de la noche. Sus familiares sufrieron el destierro en los campos de concentración. Existen algunas pruebas que indican que Stalin marcó esas listas de la muerte con símbolos que indicaban cómo debían morir los condenados. Probablemente alargaran durante algún tiempo la vida de Voznesenski, pues más tarde el Vozhd preguntó a Malenkov:

—¿Está en los Urales? ¡Dadle algo de trabajo!

Malenkov le comunicó que había muerto congelado en el interior de un camión de la cárcel a temperaturas por debajo de los cero grados. A la muerte de Stalin, Rada Jrushchova preguntó qué había sido de Kuznetsov.

—Tuvo una muerte horrible —contestó el padre de la joven—. Le clavaron un gancho en el cuello.[5]

Esta pequeña matanza consolidó el poder de Malenkov, Beria, Jrushchov y Bulganin —los últimos hombres que quedaban cuando Stalin entró en la etapa final de su vida—, pero supuso el canto del cisne de Abakumov. Aquel sádico ostentoso y sensual no tardaría en recoger para siempre su alfombra ensangrentada. Tal vez fuera un exceso de confianza lo que le llevó a cerrar el caso de los judíos en marzo de 1950: no se soltó a ninguno de los detenidos. Las torturas que se infligieron fueron tan monstruosas que una de las víctimas llegó a contar hasta dos mil golpes distintos recibidos en las nalgas y en los talones.

Sin embargo, mientras que por un lado el caso principal quedaba relegado de momento, por otro el Vozhd estaba orquestando otro ataque antisemita desde su lugar de vacaciones. En esa época el antisemitismo «creció como un tumor en la mente de Stalin», diría Jrushchov, aunque en su momento elogia-

ra en el periódico *Pravda* la postura del dictador. Este último convocó a los dirigentes ucranianos a una cena en la que les dio instrucciones para que orquestaran una campaña similar de antisemitismo en Kiev. El gobierno abrió la veda del «peligro sionista», y empezó la caza de miles y miles de judíos.*

El Vozhd estaba particularmente fascinado por el expediente abierto contra los directivos judíos en la prestigiosa fábrica de automóviles «Stalin», que producía sus limusinas: aquellos ilusos habían enviado un telegrama a Mijoels celebrando la fundación del estado de Israel.

—A los probos trabajadores de esa fábrica deberían entregárseles unas porras para que pegaran una buena paliza a esos judíos al finalizar su jornada laboral —comentó Stalin a Jrushchov en el mes de febrero.

—Y bien, ¿habéis recibido vuestras órdenes? —preguntó Beria en tono sarcástico.

Jrushchov, Malenkov y Beria, aquel trío inseparable, convocaron a los directivos judíos del la ZiS en el Kremlin y los acusaron de «falta de vigilancia» y complicidad con un «grupo de saboteadores antisoviéticos nacionalistas judíos». El gerente, aterrorizado ante semejantes acusaciones, se desmayó. Los tres jerarcas tuvieron que reanimarlo con agua fría. Stalin lo dejó en libertad, pero dos periodistas judíos, uno de los cuales era una mujer, que habían escrito acerca de lo que sucedía en la fábrica, fueron fusilados. Una vez más, la intervención personal del Vozhd marcó la frontera entre la vida y la muerte. Otro directivo judío de nombre Zaltsman consiguió salvarse porque durante la guerra había enviado como regalo a Stalin un juego de escritorio en forma de carro blindado en el que los cañones eran las plumas de escribir.

Sin embargo, los judíos no eran el único objetivo del dictador: las sospechas que abrigaba contra Beria se veían constantemente alimentadas por el ambicioso Mgeladze, el máximo dirigente de Abjasia, que, con gran astucia, fue revelándole los crímenes y los actos de venganza perpetrados por Beria a finales de los años treinta. Stalin lo animaba a hablar y vilipendiaba a Lavrenti durante las conversaciones que mantenían en la sobremesa. Pero Mgeladze no era el único que informaba a Stalin de la corrupción con la que los mingrelianos gobernaban Georgia. Beria era mingreliano, lo mismo que Charkviani, quien desde 1938 dirigía el gobierno de esa república. El Vozhd ordenó a Abakumov que investigara la notoria corrupción existente en Georgia, y abrió un expediente contra los mingrelianos, en el que no se olvidó de incluir a Beria.

* Víctima de ella sería incluso el marido de Svetlana. Desde la máquina del Comité Central, Yuri Zhdanov, el yerno de Stalin que simbolizaba el dechado de virtudes de la educación soviética, informó al gran orquestador de la caza antisemita, Malenkov, de que unos científicos «habían atiborrado de partidarios suyos, todos ellos de origen judío, los departamentos teóricos de ... muchos Institutos».

—¡Ve a por el Gran Mingreliano! —dijo.[6]

El 18 de noviembre, a punto de dar por terminadas sus vacaciones, Stalin dio el visto bueno a la detención del primer médico judío. El profesor Yakov Etinger, encargado en otra época de la salud de los jerarcas, había sido objeto de escuchas clandestinas y había sido pillado hablando del Vozhd con demasiada franqueza. Fue torturado e interrogado acerca de sus tendencias «nacionalistas» por uno de los agentes de Abakumov, el teniente coronel Mijail Riumin, quien obligó al doctor a involucrar a todos sus colegas judíos más distinguidos de Moscú, aunque, por lo que fuera, no consiguió satisfacer del todo a su superior. Abakumov le ordenó que desistiera en su empeño, pero Riumin volvió a torturar a Etinger con tanto entusiasmo que su víctima murió de un «paro cardíaco» (un eufemismo utilizado en aquella época cada vez que moría alguien a causa de las torturas). Riumin corría un serio peligro, a no ser que lograra antes acabar con Abakumov.

No puede decirse que Abakumov fuera culpable de ociosidad: por aquel entonces Stalin llegó a redoblar el grado de represión. Las detenciones se intensificaron. En 1950 había más esclavos que nunca en los gulags: 2,6 millones de personas. Pero Abakumov sabía demasiado sobre el caso de Leningrado y el caso de los judíos. Y lo que era peor: el Vozhd podía percibir el recelo del MGB, y el del propio Abakumov. Volvía a ser como en tiempos de Yagoda; y Stalin necesitaba a un Yezhov.

El frenazo dado en el caso de los judíos, los rumores de corrupción, los comentarios al oído de Beria y Malenkov, y probablemente el carácter ostensiblemente engreído de Abakumov, predispusieron a Stalin contra este último. No se produjo una ruptura repentina, pero cuando el Vozhd regresó de sus vacaciones,* justo después de su septuagésimo primer aniversario, el 22 de diciembre, no convocó a Abakumov. Como ocurriera con Yagoda y Yezhov, cesaron las reuniones semanales. En aquel nido de serpientes que era el MGB, la pérdida del favor de Stalin y la muerte de Etinger supusieron para Riumin una gran oportunidad. El «pequeño Mishka» o, como el dictador lo apodaba, el «*Shibsdik*» , «el Canijo» o «Pigmeo», estaba a punto de convertirse en el segundo enano asesino del Vozhd.

* «Quiero posponer mi regreso debido al mal tiempo que hace en Moscú y al peligro de contraer una gripe. Llegaré a la capital cuando hayan empezado las heladas», escribió Stalin a Malenkov en diciembre de 1950.

56

El enano y los médicos asesinos: «¡Pégalos, pégalos a más y mejor!»

Riumin, a la sazón de treinta y ocho años, rechoncho y con entradas, estúpido y cruel, fue el último de una larga retahíla de ambiciosos torturadores cuyo único deseo era complacer e incitar a Stalin buscando nuevos enemigos del pueblo y matándolos en su nombre. A diferencia de Yezhov, que había gozado de gran popularidad hasta el día en que se convirtió en inquisidor, Riumin era ya un asesino entusiasta a pesar de haber estudiado durante ocho años para obtener el título de contable. Como había demostrado Malenkov, los estudios no tenían por qué ser un impedimento para convertirse en un asesino de masas. No obstante, Riumin tenía sus problemas. Destituido en 1937 acusado de apropiación indebida de cierta suma de dinero, y en peligro en aquellos momentos por haber acabado con la vida del anciano médico judío, el Enano se decidió a actuar. Tal vez, para su propia sorpresa, encendió la mecha de la conjura de los médicos.

El 2 de julio de 1951 Riumin se dirigió por escrito a Stalin, acusando a Abakumov de haber asesinado deliberadamente a Etinger con la intención de ocultar una conjura de médicos judíos que habían intentado asesinar a algunos dirigentes, como, por ejemplo, el difunto Shcherbakov. En aquella acusación se concentraban los miedos que sentía el Vozhd a la vejez, a los profesionales de la medicina y a los judíos. No fue Beria, sino Malenkov, quien hizo llegar la carta al dictador. Así lo confirma el ayudante de Malenkov, aunque, según él, Riumin la escribió «por razones personales». La conjura de los médicos tuvo serias repercusiones para Beria y algunos miembros de la vieja guardia como Molotov, pero aquella trama, que fue hinchándose cada vez más, llegaría a amenazar incluso a Malenkov y a Jrushchov. Como era habitual en la corte de Stalin, los casos estallaban por casualidad, eran azuzados por algunos jerarcas y luego Stalin hacía que se volvieran contra ellos como un sangriento bumerán. Unas veces Malenkov se aliaba con Jrushchov, otras con Beria, pero siempre

era Stalin quien tomaba las grandes decisiones. La acusación de asesinato clínico presentada por Riumin tal vez fuera inspirada por el propio Stalin, o quizá fuese la chispa que indujera al Vozhd a remontarse a la muerte de Zhdanov y a inventarse toda una red de conspiraciones con el fin de provocar una oleada de terror que uniera al país contra Estados Unidos en el exterior y contra los aliados judíos de éstos en el interior.

Stalin ordenó entonces a Beria y a Malenkov que examinaran la «mala situación por la que atravesaba el MGB», acusando a Abakumov de corrupción, ineptitud y libertinaje. A eso de la medianoche del 5 de julio, en la «pequeña esquina», Stalin dio el visto bueno a la propuesta de Malenkov de nombrar a Semion Ignatiev, a la sazón de cuarenta y siete años, nuevo jefe del MGB. A la una de la madrugada, se convocó a Abakumov para comunicarle su destitución. Al cabo de cuarenta minutos llegó Riumin para recibir su recompensa: el ascenso a general y, posteriormente, el nombramiento de viceministro. Ignatiev, que había prestado servicios como agente de la Cheka por un breve período de tiempo en 1920, era un burócrata del Comité Central ambicioso y miope, amigo de Malenkov y Jrushchov. De hecho, este último lo describe como un hombre «apacible y considerado», aunque probablemente los médicos judíos no fueran de su misma opinión. Tampoco esta vez consiguió Beria recuperar el control de la policía secreta. A partir de entonces sería Stalin quien llevara personalmente el caso de los médicos a través de Ignatiev. El Vozhd ordenó a Malenkov que comunicara al MGB su deseo de descubrir la «gran red de espionaje norteamericano» vinculada a «los sionistas».

Al día siguiente, el 12 de julio, se procedió a la detención de Abakumov. Siguiendo la tradición de todos los jefes de la policía secreta caídos en desgracia, se elaboró un primoroso inventario de su depravación: en sus casas se descubrieron tres mil metros de telas costosas, vestidos, juegos de porcelana y jarrones de cristal «suficientes para abrir una tienda». Para poder construir sus pisos, Abakumov había echado a dieciséis familias de sus casas y se había gastado un millón de rublos en la erección de un «palacio» en el que habían trabajado doscientos obreros, seis ingenieros y todo el Departamento de Construcciones del MGB. Pero la caída de los monstruos también conllevaba la destrucción de personas inocentes: su joven esposa, Antonina Smirnova, con la que tenía un hijo de dos meses, había recibido regalos por valor de setenta mil rublos, entre ellos un cochecito de niño antiguo de origen vienés. En consecuencia, fue detenida. Se desconoce qué fin tuvieron madre e hijo.*

* Como ya ocurriera en 1937, también ahora el terror acabó en primer lugar con los mandos del propio MGB, que fueron detenidos. El coronel Naum Shvartsman, uno de los torturadores más crueles que había habido desde finales de los años treinta y periodista experto en la publicación de confesiones, declaró haber mantenido relaciones sexuales no sólo con su propio hijo y su propia hija, sino también con el mismísimo Abakumov, y también, una noche que se coló en la embajada británica, con sir Archibald Clark Kerr, acontecimiento diplomático tras-

Abakumov, que había dejado de ser un ministro para convertirse en un simple número, el objeto 15, pasó tres meses encadenado en la nevera, siendo interrogado cruelmente por la personificación de su justo castigo, el enano.

«Querido L. P. —escribiría lastimosamente a Beria—: Me siento muy mal ... Eres el único amigo que me queda, y espero que intercedas por mí ... Me necesitarás en el futuro.» Abakumov había caído en desgracia por no haber promovido el caso de los judíos. Ignatiev y el enano atroz, Riumin, emprendieron la tortura de los funcionarios judíos del CJAF y de los médicos con el fin de «establecer las pruebas de las actividades nacionalistas y de espionaje».[1]

* * *

El empresario de aquel teatro de conjuras y dolor estaba envejeciendo a pasos agigantados. A veces se mareaba tanto, que se desplomaba en el suelo de su piso del Kremlin. Los guardaespaldas debían vigilarlo muy de cerca porque «no se cuidaba nada». Apenas se preocupaba de leer todos sus papeles. Kuntsevo estaba atestada de cajas por abrir. Seguía corrigiendo los discursos de Bulganin como si fuera un maestro de escuela, aunque a veces era capaz de olvidar el nombre de éste delante de los demás miembros del Politburó.

—Oye, tú ... ¿cómo te llamas?

—Bulganin.

—Sí, bueno ... eso quería decir.

Destrozado por la artritis, con sus facultades deterioradas a causa de una arteriosclerosis galopante, aturdido por los continuos desmayos, abochornado por sus fallos de memoria, atormentado por la gingivitis y la dentadura postiza, imprevisible, paranoico y colérico, Stalin partió el 10 de agosto para emprender sus últimas vacaciones, que serían también las más largas.

—La maldita vejez hace mella en mí —murmuró.

Se estuvo incluso menos quieto de lo que era habitual en él, viajando de Gagra a Novi Afon, de Novi Afon a Tsaltubo, de Tsaltubo a Borzhomi, y de Borzhomi de nuevo a Gagra. En Ritsa cubrieron el bosque, la ribera del lago y los caminos de curiosas cajas verdes de metal, que contenían teléfonos especiales para que el Vozhd pudiera pedir ayuda si se sentía mal durante alguno de sus paseos habituales.

Pero los mareos no impedirían que siguiera haciendo limpieza en su entorno:

---

cendental en las relaciones anglo-soviéticas que misteriosamente pasó desapercibido en la corte de St. James. Shvartsman declaró que había sido envenenado con una «sopa sionista», idea que recordaba a la infame conjura tramada por los enemigos del pueblo de la *Oblast* Autónoma Judía durante los años treinta para envenenar el *gefilte fish* de Kaganovich. Pero Shvartsman también dijo lo que Stalin quería, implicando a Abakumov, que difícilmente habría simpatizado con el sionismo.

—Tanto yo como Molotov, Kaganovich, Voroshilov... somos demasiado viejos... Debemos dar paso en el Politburó a cuadros más jóvenes... —comentó a Mgeladze ominosamente.

Sin embargo, su paranoia no lo dejaba descansar:

—Estoy acabado —dijo a Mikoyan y a Jrushchov, los cuales, como los demás jerarcas, pasaban sus vacaciones en las cercanías, de modo que podían visitarlo un par de veces a la semana.

—Ni siquiera me fío de mí mismo —comentó en varias ocasiones.

Durante la cena hizo un repaso de sus cortesanos e «hinchando el pecho como un pavo», sacó a colación su tema favorito, pero también fatal, el de su sucesión. Beria no podía ser su heredero porque «no era ruso», y Kaganovich tampoco, pues era judío. Voroshilov era demasiado viejo. A Mikoyan (armenio) y a Molotov, ni siquiera los mencionaba. Jrushchov no podía serlo, porque era un «muchacho de campo» y Rusia necesitaba un líder perteneciente a la *intelligentsia*. A continuación citó a Bulganin, precisamente aquel de cuyo nombre solía olvidarse, como su sucesor en el cargo de primer ministro. Ninguno de ellos estaba ideológicamente cualificado para dirigir el Partido, pero Stalin no había hecho referencia alguna a Malenkov, quien probablemente se tomara esa circunstancia como un signo alentador. Encargó diversos libros y se puso a estudiar frenéticamente.

—Pues bien, el camarada Stalin me pide que estudie ciencias políticas —comentó Malania a un colega suyo que lo había sorprendido leyendo a Adam Smith—. ¿Cuánto tiempo crees que tardaré en convertirme en un experto en la materia? —le preguntó a continuación.

Los jerarcas estaban convencidos de que la vejez hacía mella en Stalin, pero en realidad el Vohzd nunca fue tan peligroso ni nunca tuvo tanta determinación y control de la situación como entonces. Repartía golpes a diestro y siniestro: a sus camaradas, a los judíos, a los mingrelianos, incluso a los importadores de plátanos. La historia de los plátanos pone de manifiesto el estilo de gobierno del anciano Stalin.

Vlasik se enteró de que había llegado un barco cargado de plátanos y deseoso de aliviar los problemas de masticación del Amo, compró unos cuantos para Stalin. En Jolodnaya Rechka, a la hora de cenar y delante de todos los jerarcas, se presentó satisfecho con los plátanos recién adquiridos. Stalin peló uno, pero para su sorpresa no estaba bien maduro. Lo intentó con otros dos, pero también estaban verdes.

—¿Habéis probado los plátanos? —preguntó a sus invitados, y luego mandó llamar a Vlasik—. ¿Dónde has comprado esos plátanos?

El hombre intentó explicárselo, pero Stalin lo interrumpió gritando:

—¡Esos estafadores aceptan sobornos y no hacen más que robar al país! ¿Cómo se llamaba el carguero de los plátanos?

—No sé —respondió Vlasik—. No me fijé...

—¡Mejor será que te enteres! ¡Te mandaré procesar junto con todos los responsables! —rugió el Vozhd.

Poskrebishev salió corriendo a averiguar el nombre del buque y a ordenar las consiguientes detenciones. Malenkov sacó su cuaderno y empezó a tomar apuntes. Stalin mandó a Mikoyan que destituyera al nuevo ministro de Comercio. Pero Beria estaba deseoso de vencer a Mikoyan en el asunto de los plátanos.

La cena acabó a eso de las cinco de la madrugada. Una hora más tarde Stalin llamaba a Beria para encargarle también a él la destitución del ministro. Cuando Mikoyan se puso en contacto telefónico con Moscú poco después de las seis de la mañana, se encontró con que Beria ya había castigado al pobre hombre. Al cabo de unos pocos días, cuando Mikoyan fue a despedirse de Stalin, el Vozhd seguía hablando de los plátanos. El ministro fue destituido. Charkviani dice que aquél fue uno de los habituales «arranques de cólera de Stalin, que desembocaban en decisiones irrelevantes». Mikoyan, por su parte, se limita a comentar con su peculiar sentido del humor que el dictador «era simplemente muy aficionado a los plátanos».[2]

A Stalin le dolían mucho las extremidades, pero cuando fue a tomar las aguas a Tsaltubo encontró un tiempo muy caluroso. Así, pues, decidió tomar las aguas en Borzhomi y visitar una casa que le traía unos recuerdos muy especiales. En otros tiempos más felices, había vivido con Nadia en el palacio Likani, una residencia de estilo neogótico otrora propiedad del gran duque Miguel, hermano de Nicolás II, con vistas al río Kura. La mansión había sido convertida en museo y apenas reunía condiciones para vivir en ella, pues carecía de dormitorios, aunque al Vozhd eso ya le venía bien. A sus jerarcas les gustaría mucho menos: Stalin ordenó a Jrushchov y a Mikoyan que se quedaran con él. Los dos acudieron deprisa y corriendo desde Sochi y Sujumi respectivamente, pero, al no tener camas en las que acostarse, se vieron obligados a dormir en sacos, compartiendo un cuarto como dos exploradores.

Stalin almorzaba cada día en una mesa situada bajo un árbol a orillas del Kura en medio de un paisaje campestre idílico y frondoso. Cuando salía a dar un paseo, renegaba de los guardaespaldas e intentaba burlar su vigilancia cambiando bruscamente de dirección. En una ocasión decidió realizar una visita a Bakuriani, pero los habitantes del lugar bloquearon el paso de su automóvil desplegando alfombras y mesas de banquete en medio de la carretera. El supremo cascarrabias se vio obligado a bajar del coche y a unirse a la fiesta georgiana que le habían preparado sus excitados admiradores.

—¡Se quedan boquiabiertos y gritan como borregos! —murmuró con el rostro crispado.

No se quiso quedar en Bakuriani y regresó a Abjasia.

En el palacio Likani, el lugar elegido por Nadia para descansar tras dar a luz a Vasili, Stalin meditó amargamente acerca de su familia. Vasili, por entonces penosamente enfermo de alcoholismo, fue a visitarlo.

—Su salud es tan débil y su estómago está tan delicado, que a duras penas puede tragar bocado —comentó Stalin a Charkviani en un momento de confianza.

Como si se tratara de un millonario occidental que ingresa a su hijo vividor en la clínica Betty Ford, Stalin intervino para inscribir a Vasili en un programa de desintoxicación, pero, una vez más, buscó a un culpable de la situación y lo encontró en la persona del hombre que se había encargado de traerle los plátanos:

—Todo es por culpa de Vlasik y sus amigos. ¡Ellos hicieron que su gusto por la bebida se convirtiera en adicción!

Stalin había estado maldiciendo durante años la corrupción de Vlasik. Una carta de denuncia y las investigaciones llevadas a cabo por Malenkov acerca de la venalidad de los agentes del MGB pusieron de manifiesto las orgías y las trampas de Vlasik. El Vozhd se enfadó mucho, pero se sentía contaminado por la corrupción. Por fin destituyó a su más devoto servidor.*

El matrimonio de Svetlana con Yuri apenas duró dos años. Stalin comentó con Mgeladze que en aquella casa era Svetlana la que llevaba los pantalones:

—Yuri Zhdanov no es el cabeza de esa familia; no puede hacerse valer en nada. Él no la escucha, y ella a él tampoco. En una familia es el marido el que debe mandar... Eso es lo más importante.

Como Yuri jamás se habría atrevido a decirle al Vozhd que quería divorciarse, fue Svetlana la que lo visitó.

—Sé lo que quieres decirme —dijo Stalin—. Has decidido pedir el divorcio.

—Por favor, padre... —exclamó la hija en tono de súplica.

Charkviani, que estaba allí presente, se sintió abochornado y pidió permiso para retirarse, pero Stalin insistió en que se quedara.

—Así, pues, ¿por qué quieres divorciarte de él? —preguntó el dictador.

—No puedo vivir con mi suegra. ¡Es una mujer insoportable!

—¿Y qué dice a todo esto tu marido?

—¡Él se pone de parte de su madre!

Stalin suspiró y luego añadió:

—Si has decidido divorciarte de él, no puedo hacerte cambiar de idea, pero, que sepas que tu comportamiento no es aceptable...

La joven se sonrojó y se marchó. Abandonó el domicilio de los Zhdanov y se trasladó a un piso de la casa del Malecón junto con sus dos hijos.

—¡Quién sabe lo que nos tocará ahora! —musitó el Vozhd.

Más tarde Yuri admitiría que «Stalin no se sintió muy contento cuando

* Vlasik fue enviado en calidad de jefe adjunto a un campo de concentración de los Urales, desde donde imprudentemente bombardeó a Stalin con cartas en las que defendía su inocencia. Su destitución, en cualquier caso, no permitió a Beria asumir el mando de los guardaespaldas del Vozhd, que siguieron a las órdenes del MGB de Ignatiev.

acabó» el matrimonio, pero tampoco le sorprendió. No albergó sentimientos de rencor hacia su yerno; por el contrario, lo invitó a quedarse a pasar la noche en el lago Ritsa, donde charlaron durante buena parte de la velada acerca de la visita que efectuó el Vozhd a Londres en 1907. Cuando, como cabía esperar, se pusieron a hablar de la campaña contra el cosmopolitismo, Zhdanov, que había desempeñado su propio papel en la caza de científicos judíos, preguntó a su suegro si creía que ésta estaba «adquiriendo un carácter nacional desmesurado», dando a entender que iba demasiado en contra de los judíos.

—El cosmopolitismo es un fenómeno muy difundido —replicó Stalin.

Cuando al fin, a altas horas de la madrugada, se levantó para ir a acostarse, nombró a una judía a la que admiraba:

—Maria Kaganovich. ¡Ésa sí es una verdadera bolchevique! ¡Uno debe preocuparse por la posición social, no por la condición nacional! —exclamó; tras lo cual se retiró con paso vacilante a dormir.

A la mañana siguiente, la mesa estaba puesta a orillas del lago Ritsa y Yuri observó a Stalin mientras éste leía atentamente *Pravda*.

—¿Sobre qué diablos escriben? —farfulló; y, leyendo en voz alta, añadió—: ¡Larga vida al camarada Stalin, líder de todas las naciones! — y, con expresión de disgusto, arrojó el periódico a un lado.

Después de recibir la visita de otros viejos amigos, que se quejaron de la notoria corrupción de los mingrelianos, Stalin regresó a Novi Afon y, una vez allí, llamó a Mgeladze y lo desafió a venir a la casa en menos de diecisiete minutos. El ambicioso dirigente abjasio, que sospechaba que sus largas charlas con el anciano líder estaban a punto de dar sus frutos, se presentó en sólo quince minutos y logró por fin convencerle de que Charkviani dirigía... «¡un burdel!».

Stalin mandó llamar al jefe del MGB de Georgia, el cruel Rujadze, aquel hombre que parecía un barril con patas.

—No se puede confiar en ningún mingreliano —dijo Stalin, que en su vejez se haría eco de los odios locales existentes entre las distintas regiones de Georgia. Se procedió a la detención de miles de mingrelianos, pero lo que quería Stalin era destruir a Beria. Tal vez sospechara que Lavrenti no era marxista:

—Se ha convertido en un hombre muy pretencioso... Ya no es como era... Los camaradas que suelen cenar con él dicen que su comportamiento es totalmente el de un burgués.

Según Jrushchov, Stalin tenía «miedo de Beria ... y le hubiera encantado poder deshacerse de él, pero no sabía cómo». El propio Stalin confirmaría esta sospecha al darse cuenta de que Beria estaba ganando apoyos:

—Beria es tan astuto y taimado... Se ha ganado tanto la confianza del Politburó, que todos sus miembros lo defienden. No se dan cuenta de que les ha dado gato por liebre. Por ejemplo, Viacheslav [Molotov] y Lazar [Kagano-

vich]. Creo que Beria trama algo, pero no deja de ser una persona limitada. En sus tiempos hizo un buen trabajo, pero ahora... no estoy seguro de que hiciera un buen uso del poder. —A continuación el Vozhd empezó a repasar a sus más fieles aliados—: Zhdanov y Kirov no lo tenían en gran consideración... Beria nos gustaba por su modestia y eficiencia. Luego perdió esas cualidades. No es más que un policía.

Ignatiev envió a Tiflis a sesenta interrogadores del MGB y a un experto torturador que llevaba un maletín de médico lleno de instrumental. Stalin telefoneó a Charkviani, con el que tantas horas había pasado hablando de literatura y sobre la familia, y, sin ni siquiera saludarlo, le espetó en tono amenazador:

—Has cerrado los ojos ante la corrupción que reina en Georgia... Las cosas van a ponerse mal para ti, camarada Charkviani.

Tras decir esas palabras, el Vozhd colgó. Charkviani se quedó aterrorizado.

La familia Beria, Nina y Sergo, percibieron la amenaza que se cernía sobre ellos. Stalin encargó a Beria que pronunciara el prestigioso discurso del 6 de noviembre, pero tres días después dictó una orden acerca de una conspiración mingreliana que suponía una amenaza directa para Beria, utilizando las relaciones de su esposa, Nina, con los emigrados mencheviques de París.

En un acto de ingenuidad, Vasili Stalin comentó en confianza a Sergo Beria que las relaciones entre sus padres eran «tensas», responsabilizando de ello a los elementos rusos antigeorgianos del Politburó. Svetlana, gran amiga de Nina, avisó a esta última de que se estaba tramando algo. La relación de Beria con su esposa Nina atravesaba uno de sus peores momentos, pues Lilya Drozhdova había dado a luz a una hija de Lavrenti a la que pusieron por nombre Martha en recuerdo de la madre de él. Lilya, a la sazón de diecisiete años, llevaba ya dos como amante de Beria. Los guardaespaldas comentaron a Martha Peshkova que cuando la joven iba a la dacha, colocaban a la recién nacida en las mismas cunas que utilizaban los hijos de Sergo. No era de extrañar que la llegada de la criatura disgustara a la esposa de Beria. Nina, llena de tristeza, decidió que lo más conveniente para ella era llevar una vida aparte y se construyó una casita de campo en Sujumi.

* * *

El 22 de diciembre de 1951 Stalin, como un tigre herido, despiadado y hambriento, regresó a Moscú con la clara determinación de emprender una nueva campaña de terror de características decididamente antisemitas. Las cámaras de tortura de Ignatiev y Riumin se llenaron de los lamentos y los quejidos de las nuevas víctimas mingrelianas y judías, a través de las cuales pretendía acabar con Molotov y Beria. Stalin sabía perfectamente cómo «deshacerse» de Beria, pero el «maestro de la dosificación» siempre había trabajado con una paciencia agotadora. Sin embargo, ahora la vejez hacía mella en él. Aún así, el

Vozhd detestaba a Beria, incluso «cuando estaba de mal humor y venía a vernos, buscando calor humano». Lavrenti admitió ante Nina que apenas lograba conciliar el sueño:

—No puedes imaginarte lo cansado que me siento. Necesito dormir como un perro de caza.

Beria supo jugar bien su baza con Stalin: se ofreció a purgar personalmente Georgia. En marzo de 1952, destituyó a Charkviani,* lo reemplazó por Mgeladze y admitió públicamente:

—Yo también soy culpable.

El Vozhd y Lavrenti se tenían un desprecio mutuo, pero estaban unidos por los lazos invisibles de los crímenes cometidos en el pasado, por la envidia que sentía el uno del otro y por la inteligencia complementaria de ambos. Stalin seguía discutiendo las cuestiones de política internacional con Beria, permitiéndole incluso redactar un artículo en el que proponía una Alemania neutral y reunificada. Beria seguiría manipulando al generalísimo con lo que Jrushchov calificaba de «astucia jesuítica», pero era demasiado inteligente, lo que sacaba de quicio al dictador.

—Estás jugando con un tigre —le advirtió Nina.

—No pude resistirme —respondió su marido.

La distancia existente entre sus anhelos y su propia realidad había hecho de él «un hombre profundamente infeliz», escribe su hijo. Como no lo dominaba el fanatismo ideológico que ataba a los demás a Stalin, Beria empezó a poner en tela de juicio todo el sistema soviético:

—La URSS no logrará nunca sus objetivos hasta que aceptemos la existencia de la propiedad privada —comentó en una ocasión a Charkviani.

Sentía desprecio por Stalin, al que había dejado de considerar «un ser humano. Creo que sólo existe una palabra que pueda describir lo que mi padre sentía en esa época —escribe Sergo Beria—: odio». Lavrenti se volvió cada vez más atrevido en sus denuncias de Stalin:

—¡Hace ya mucho tiempo —dijo con una mezcla de desprecio y sarcasmo—, que el estado soviético se ha quedado demasiado pequeño para Iosiv Vissarionovich!

Siempre cobarde e irreverente en grado sumo, denunció a Stalin, pero los

* Stalin protegía a Charkviani porque de pequeño había aprendido el alfabeto con un pope llamado Charkviani. El Vozhd lo puso a trabajar como inspector del Comité Central en Moscú. Pero Beria carecía del poder suficiente para defenderse y salvaguardar a sus protegidos. Cuando Rapava, un mingreliano agente de la policía secreta amigo de la familia Beria fue detenido, su mujer, haciendo alarde de gran coraje, partió en secreto hacia Moscú para pedir ayuda a la esposa de Lavrenti. Pero cuando, desesperada, se puso en contacto telefónico con la casa de los Beria, Nina sintió miedo y no se puso al aparato. La asistenta alemana, Ella, contestó: «Nina *no puede* ponerse al teléfono». Así fue cómo los mingrelianos se dieron cuenta de que incluso el propio Beria corría peligro.

demás líderes tuvieron miedo de unirse a él: «Creí que todo aquello no era más que un intento de provocarnos», dice Mikoyan.

Sin embargo, los temores que tenían todos ellos y las reacciones imprevisibles de Stalin fueron creando un «sentimiento de solidaridad» entre ellos, un sistema de apoyo mutuo entre aquella pandilla de asesinos ambiciosos que pretendían sobrevivir y proteger a sus familias. En aquellos difíciles tiempos, hasta Beria se convertiría extrañamente en el hombro al que acudían en busca de consuelo luchadores tan enérgicos como Jrushchov y Mikoyan. Los demás se regocijaron con el eclipse de Lavrenti, pero también empezaron a compartir sus temores. Malenkov lo avisó del peligro, y Jrushchov lo amenazó. Molotov y Kaganovich estaban tan impresionados con Beria, que incluso cuando el Vozhd lo criticaba, ellos lo defendían. No obstante, todos y cada uno de ellos estaban dispuestos a destruir a los demás. Ignatiev y sus verdugos del MGB no tardarían en intentar poner en relación las dos grandes obsesiones de Stalin: Beria, dijeron al oído al dictador, era un criptojudío.[3]

Aquella primavera Stalin fue examinado por su viejo médico, Vinogradov, que quedó impresionado al comprobar el deterioro de su salud. Padecía hipertensión y arteriosclerosis con deficiencias ocasionales de la circulación en el cerebro que provocaban ligeros síncopes y pequeños quistes en el tejido del lóbulo frontal, consecuencia de la encefalomalacia. Todo ello exacerbaba los ataques de cólera, la amnesia y la paranoia del líder soviético. «Reposo absoluto, nada de trabajo», escribió Vinogradov en su historial clínico, pero la sola mención de la palabra retiro enfurecía a Stalin, que ordenó la destrucción de todos sus informes médicos y decidió no dejarse visitar nunca más por un galeno. Vinogradov era un enemigo del pueblo.

El 15 de febrero Stalin ordenó la detención de más médicos que admitieron su participación en el asesinato de Shcherbakov, lo que a su vez condujo hasta la Dra. Lidia Timashuk, la cardióloga que había escrito al Vozhd denunciando el tratamiento equivocado al que había sido sometido Zhdanov. El generalísimo llamó a Ignatiev y le dijo que, si no aceleraba los interrogatorios de los médicos judíos que ya habían sido detenidos, se reuniría con Abakumov en la cárcel. ¡Los del MGB eran unos «majaderos»!

—¡Yo no vengo a suplicar al MGB! —dijo Stalin gritando a Ignatiev—. Puedo acabar contigo si no cumples mis órdenes... ¡Haremos trizas a tu grupo!

Por entonces hablaba más con sus guardaespaldas y con Valechka que con sus camaradas. La muerte del dictador de Mongolia, el mariscal Choibalsang, ocurrida aquella primavera en Moscú, lo preocupó lo suficiente como para hacer a su chófer la siguiente confidencia:

—Van muriendo uno detrás de otro... Shcherbakov, Zhdanov, Dmitrov, Choibalsang... ¡Se han ido tan rápido!* Debemos sustituir a los viejos médicos por otros nuevos.

* Georgi Dmitrov, el líder búlgaro, había fallecido en 1949.

Los guardaespaldas podían hablar al Vozhd con bastante franqueza, y el coronel Tukov comentó que aquellos médicos tenían mucha experiencia.

—No. Debemos reemplazarlos por otros nuevos... El MVD insiste en que deben ser detenidos por saboteadores.

Valechka le oyó decir que no estaba seguro del caso. Pero Stalin no estaba dispuesto a cambiar de idea: quería que el caso de la Crimea judía fuera juzgado de inmediato en los tribunales. Lozovski y un distinguido grupo de intelectuales judíos se convirtieron de nuevo en los juguetes de Riumin y Komarov.

Mientras tanto, el tratamiento de desintoxicación alcohólica de Vasili había fracasado por completo. El Primero de Mayo, a la hora del desfile, hacía mal tiempo y no se debería haber permitido despegar a los aviones, pero el hijo de Stalin, borracho, ordenó que se procediera a la exhibición aérea. Dos bombarderos Tupolev-4 se estrellaron. Stalin observó la escena con expresión sombría desde el mausoleo y luego destituyó a Vasili como jefe de las fuerzas aéreas de Moscú, enviándolo de vuelta a la Academia de las fuerzas aéreas.[4]

Ocho días después, el 8 de mayo, a las doce del mediodía, comenzó en la sede de la Sociedad Dzerzhinski de Oficiales, en la Lubianka, el «juicio de los poetas judíos», cuyos protagonistas fueron Solomon Lozovski, antiguo viceministro de Asuntos Exteriores, y el poeta judío Perets Markish. Stalin ya había dado las oportunas instrucciones para que prácticamente todos los inculpados fueran condenados a muerte.

Lozovsky había sido torturado, pero no habían conseguido doblegar su orgullo de bolchevique y, lo que es más sorprendente, de judío. Su discurso resplandece en medio de aquella oscuridad primigenia como la manifestación de dignidad y coraje más conmovedora y notable de todos los procesos de Stalin. Además, también supo hacer trizas el estúpido alegato de conspiración judía en Crimea presentado por Riumin:

—Incluso en el supuesto de que me hubiera avenido a participar en semejante actividad... ¿me habría puesto en contacto con un poeta y un actor?... Como todos sabemos, existe una embajada americana... plagada de agentes de los servicios de inteligencia. Ni siquiera al portero del Comisariado de Finanzas se le habría ocurrido semejante cosa... ¡así que menos aún al viceministro de Asuntos Exteriores!

Las palabras de Lozovsky fueron tan convincentes que el juez, el teniente general Alexander Cheptsov, interrumpió el juicio, hecho absolutamente singular que indica que Stalin pretendía imponer una nueva campaña de terror a través de una burocracia cuyos miembros no querían participar en ella y ya no lo obedecían ciegamente. Cheptsov se quejó a Malenkov de lo endeble de las acusaciones en presencia de Ignatiev, que no daba crédito a sus oídos, y de Riumin, que se sintió humillado. Malenkov ordenó que el proceso siguiera adelante. El 18 de julio Cheptsov condenó a muerte a trece de los acusados (entre ellos a dos mujeres), exculpando tan sólo a la científica Lina Shtern,

acaso por las investigaciones que había realizado acerca de la longevidad. Pero el juez no ordenó la ejecución de la sentencia, desoyendo las estridentes órdenes de Riumin en ese sentido, y apeló a Malenkov.

—¿Acaso quieres que nos pongamos de rodillas ante todos esos criminales? —replicó el secretario del Comité Central—. El Politburó ha investigado tres veces ese caso. Ejecuta la orden del Politburó.

Más tarde, Malenkov admitiría que no le contó todo a Stalin:

—¡No me atreví!

El Vozhd rechazó las apelaciones oficiales. Lozovsky* y los poetas judíos fueron fusilados el 12 de agosto de 1952.[5]

* * *

Aquel agosto Stalin se negó a irse de vacaciones: descontento de la hegemonía de Malenkov y Jrushchov, prefirió convocar un congreso para el mes de octubre, el primero desde 1939, con el fin de coronar a unos nuevos líderes más jóvenes y de liquidar a sus viejos camaradas.

En septiembre, Ignatiev, asistido por Riumin el enano, torturó a sus prisioneros para obtener pruebas capaces de «demostrar» que en realidad los facultativos del Kremlin, encabezados por el médico personal de Stalin, habían asesinado a Zhdanov, Shcherbakov, Dmitrov y Choibalsang. Llegó una nueva remesa de detenidos, pero en ella no figuraba todavía Vinogradov. El día 18 Stalin ordenó a Riumin que torturara a los médicos. El enano, que tenía un talento macabro para montar escenarios espeluznantes, concibió una cámara de torturas especial en Lefortovo, decorada como una sala de disección y teatro de operaciones, con el fin de atemorizar a los facultativos. Mucho antes de que Laurence Olivier desempeñara el papel de dentista nazi en la película *Marathon Man*, Stalin ya había torturado a sus propios médicos en lo que se convertiría en una parodia del mundo de la cirugía con desenlace trágico.

—¡Te comportas como una puta! ¡Eres una espía despreciable, una terrorista! —gritó Riumin a una doctora—. ¡Vamos a utilizar un hierro candente para que hables! Tenemos todo el material necesario...

La familia del Vozhd se vio involucrada en un curioso melodrama médico,

* Uno de los supervivientes de los tiempos de Stalin, Maxim Litvinov, el antiguo comisario de Asuntos Exteriores judío, logró morir de muerte natural en su cama el 31 de diciembre de 1951. Fue uno de los constantes objetivos de los casos antisemitas del MGB. Molotov admite que Litvinov debería haber sido fusilado por sus escandalosas indiscreciones durante los últimos años de la guerra: «Fue una casualidad que siguiera en el mundo de los vivos», afirma con una frialdad pasmosa. Se preparó un plan para simular un accidente de circulación «a la Mijoels», pero al final Litvinov murió con su estrambótica esposa inglesa junto a su cama. Sus últimas palabras fueron dirigidas a ella: «¡Inglesa, vete a tu casa!». Ivy Litvinova, que regresó a Londres, dijo: «No pudieron con él». La hija de la pareja vive actualmente en Brighton.

fruto de la frenética imaginación de Stalin y de la diabólica obediencia de Riumin: los facultativos cambiaron deliberadamente el tratamiento por «desórdenes nerviosos» de su hijo Vasili y no supieron prevenir la toxicosis sufrida por Svetlana tras dar a luz a su hija Katia Zhdanov en la primavera de 1950. Por si fuera poco, el caso de Andreyev, cuya mala salud se remontaba a 1947, añadiría un toque surrealista: los médicos le prescribieron cocaína para combatir el insomnio, por lo que no era de extrañar que no pudiera conciliar el sueño. Andreyev* se convirtió en un toxicómano y en uno de los adictos a la cocaína menos verosímiles de la historia.[6]

Por absurdos que parezcan sus detalles, la conjura de los médicos tuvo la hermosa simetría envolvente de una panacea, convirtiéndose en una de las obras maestras de la fantasía de Stalin: trabajando solo, informando únicamente a sus próceres cuando obtenía algún resultado, y conservando el control absoluto de todos los hilos del caso a través del enano, el Vozhd fue urdiendo una trama en la que quedaron englobadas todas las intrigas y las principales víctimas que se habían producido desde el final de la guerra con el fin de movilizar al pueblo soviético contra el enemigo exterior, Estados Unidos, y sus agentes en el interior de la URSS, los judíos, justificando de ese modo la nueva campaña de terror. Las investigaciones más recientes demuestran que Stalin metió en el mismo puchero a varios judíos y médicos «asesinos», a Abakumov y a sus «descuidados majaderos» de la Cheka, y a uno de los políticos del grupo de Leningrado que había mandado ejecutar, Kuznetsov, que pasó a ser el vínculo de unión entre los judíos, la muerte de Zhdanov y los jerarcas, especialmente Mikoyan, a través de los casamientos de sus hijos. Del mismo modo que en 1937 no era necesario ser trotskista para ser fusilado como tal, ahora las víctimas no tenían por qué ser judías para ser acusadas de «sionismo»: Abakumov, que no tenía nada de filosemita, fue tachado de sionista. En cuanto a Molotov, ruso de la cabeza a los pies, no era ninguna casualidad que Stalin lo apodara «Molotstein» allá por los años veinte.

¿Realmente Stalin se lo creía todo? Pues bien, sí, con toda su alma, porque políticamente le parecía necesario, lo que constituía una razón mucho más poderosa que la pura verdad.

—Nosotros mismos seremos capaces de determinar —dijo a Ignatiev— lo que es verdad y lo que no lo es.

Estimulado por su laberinto de investigaciones secretas, Stalin no abandonó sus intereses literarios y científicos. Al tiempo que iba atrofiándose su cere-

* Andreyev había hablado con Malenkov en enero de 1949 de la necesidad de «verificar la idoneidad del tratamiento ... No me siento bien a pesar de seguir las instrucciones de los médicos. La cabeza me da vueltas ... casi me caigo. Estoy hecho un desastre. Creo que el tratamiento y el diagnóstico son equivocados...». Probablemente no se equivocara, pues es evidente que la cocaína no era la medicina adecuada. Se despidió diciendo: «Me siento terriblemente desgraciado por no poder trabajar.

bro, el Vozhd seguía «empollando como un buen alumno», decía Beria, sin dejar de estudiar con el fin de ampliar sus conocimientos en otros campos y de resolver problemas ideológicos.

—Tengo setenta años y, sin embargo, sigo estudiando igual que siempre —comentó a su hija Svetlana en tono jactancioso.

Leía todos los trabajos, artículos y obras que concurrían al Premio Stalin, y presidía desde su despacho la comisión encargada de elegir a los ganadores. Aquel año, paseando arriba y abajo por la habitación como era habitual en él, decretó que ganara el premio un novelista llamado Stepan Zlobin. Sin embargo, Malenkov sacó un expediente y dijo:

—Camarada Stalin, Zlobin tuvo un comportamiento malísimo cuando estuvo recluido en un campo de concentración alemán...

El Vozhd, en medio de un silencio mortal, dio tres vueltas alrededor de la mesa.

—¿Perdonar? —exclamó. Y siguió andando alrededor de la mesa en el más absoluto silencio—. ¿O no perdonar? ¿Perdonar o no perdonar? —repitió.

Al final, él mismo dio la respuesta:

—¡Perdonar!

Zlobin ganó el premio. A continuación Stalin arremetió contra el antisemitismo: últimamente había insistido en que los escritores judíos debían hacer constar en los libros su nombre semítico entre paréntesis al lado de su seudónimo ruso. Entonces, para sorpresa de la comisión, preguntó:

—¿Y para qué? ¿Acaso alguien siente algún gusto especial en subrayar que ese hombre es judío? ¿Por qué? ¿Para fomentar el antisemitismo?

El viejo zorro, como era habitual en él, jugaba varias bazas a la vez.

Siempre había mostrado un gran interés por la teoría lingüística: este campo venía siendo dominado por el profesor Marr, que había establecido la ortodoxia estalinista sosteniendo que las lenguas, lo mismo que las clases sociales, acabarían desapareciendo para fundirse en una sola lengua a medida que se acercara el advenimiento del comunismo. Un lingüista georgiano, Arnold Chikobava, escribió a Stalin atacando semejante teoría. El Vozhd, deseoso de consolidar su propio bolchevismo nacional frente a las ideas de Marr, invitó a Chikobava a una cena que se prolongó desde las nueve de la noche hasta las siete de la mañana del día siguiente, durante la cual no dejó de tomar notas diligentemente como un buen estudiante. Más tarde entabló un debate abierto en *Pravda*, en el que acabó interviniendo con un artículo de su cosecha, «El marxismo y las cuestiones lingüísticas», que alteró inmediatamente todos los ámbitos de la ciencia y la ideología soviéticas.*

* Chikobava informó a Stalin de que algunos de sus colegas armenios habían sido destituidos por compartir su punto de vista, por lo que el Vozhd se puso inmediatamente en contacto telefónico con el máximo dirigente de Armenia, Arutinov, y le preguntó por los profesores.

Antes de que tuviera lugar la inauguración del congreso, el generalísimo publicó orgullosamente otro de los frutos de sus estudios, su pesada obra maestra, *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, en la que manifestaba la «objetividad» de las leyes económicas y reafirmaba la teoría ortodoxa de que los estados imperialistas irían a la guerra, aunque también se saltaba algunos estadios del marxismo, para asegurar que el comunismo podía ser alcanzado en vida suya. Fe e ideología fueron siempre dos elementos esenciales para Stalin, pero dos viejos creyentes, Molotov y Mikoyan, no estaban de acuerdo con esa «derivación izquierdista». Cuando fueron a cenar a Kuntsevo, el Vozhd les dijo:

—¿Alguna pregunta? ¿Algún comentario?

Beria y Malenkov, que nunca habían brillado como ideólogos, elogiaron la obra. Pero ni siquiera entonces, cuando su vida pendía de un hilo, estaría dispuesto Molotov a admitir una desviación ideológica. Se limitó a farfullar algo entre dientes, y Mikoyan se quedó callado. Stalin notó el silencio de ambos y más tarde, dirigiéndose a Mikoyan, exclamó con una sonrisa de malicia en el rostro:

—¡Ah, te has quedado atrás! ¡Precisamente ahora ha llegado el momento!

Cuando volvieron a reunirse para discutir la composición del Presídium del congreso, Stalin dijo:

—No es necesario que incluyamos en él ni a Mikoyan ni a Andreyev. ¡No son miembros activos del Politburó!

Como Mikoyan estaba siempre sumamente ocupado, los demás miembros del Politburó se lo tomaron a broma y se echaron a reír.

—No estoy bromeando —espetó el Vozhd—. Lo digo muy en serio.

De repente las risas cesaron, pero se incluyó a Mikoyan en el Presídium. Incluso en la cúspide de su tiranía, Stalin necesitaba sentirse a sus anchas en aquella oligarquía monolítica: Mikoyan y Molotov eran dos pesos pesados del Politburó que gozaban de gran prestigio, respetados no sólo por sus colegas, sino también por el pueblo. El generalísimo propuso que fueran ellos los encargados de ampliar el Politburó y convertirlo en un Presídium de veinticinco miembros. Mikoyan se dio cuenta que esa transformación habría permitido eliminar con más facilidad a los viejos integrantes del Politburó. «Pensé: "Aquí pasa algo"», admitiría más tarde. De pronto se temió lo peor: «Me habían qui-

«Han sido destituidos de sus puestos», contestó el dirigente de Armenia. «Te has precipitado demasiado», fueron las palabras de Stalin antes de colgar el aparato. Los profesores fueron recuperados inmediatamente y restablecidos en su puesto. La reunión con Chobokava probablemente tuviera lugar el 12 de abril de 1950, precisamente cuando Stalin estudiaba la oportunidad de la guerra de Corea; el artículo del generalísimo fue publicado en 20 de junio de ese mismo año. La carta original de Chikobava fue remitida al dictador por Candide Charkviani, por aquel entonces primer secretario de Georgia, lo que pone de manifiesto el poder que tenían los que disfrutaban de acceso directo al Vozhd.

tado el suelo bajo mis pies». Los dos veteranos jerarcas se dieron cuenta de que Stalin hablaba en serio cuando les dijo a gritos:

—¡Os estáis haciendo viejos! ¡Voy a sustituiros a todos![7]

A las siete de la tarde (con el fin de acomodarse a los horarios del Vozhd) del día 5 de octubre de 1952 se inauguró el XIX Congreso del Partido. Los líderes se sentaron en grupo a la izquierda, mientras que el anciano dictador se colocó solo a la derecha. El generalísimo únicamente asistió a la inauguración y a la clausura, pero dio las instrucciones relevantes a Malenkov y a Jrushchov, situándolos así a la vanguardia de la sucesión.* Stalin sólo habló al final del congreso, pronunciando un discurso prolijo y confuso que duró unos pocos minutos. Sin embargo, hablando con lengua de trapo, no tuvo el menor empacho en jactarse ante Jrushchov:

—Mira, fíjate... ¡Todavía puedo hacerlo!

Nikita se puso malo durante el congreso. Al comprobar que lo trataba con tanta amabilidad el médico que fue a visitarlo a su casa de la calle Granovski, «me sentí atormentado, pues ya estaba en mi poder el testimonio que lo inculpaba. Sabía que tanto daba lo que dijera, Stalin no iba a salvarlo». Pero la verdadera acción iba a tener lugar el 16 de octubre durante el pleno celebrado para elegir a los integrantes del Presídium y de la Secretaría. Nadie estaba preparado para la emboscada que había preparado el generalísimo.

* Molotov inauguró el Congreso, Kaganovich habló sobre la normativa del Partido y Voroshilov fue el encargado de la clausura; todos ellos representaban el statu quo, sin que prácticamente nadie sospechara que Stalin planeaba darle un giro radical. No obstante, había claros indicios de ello. De modo significativo, el dictador cambió el nombre de Partido Bolchevique por el de Partido Comunista. En el nuevo Presídium, Beria caía de su habitual tercer puesto por detrás de Molotov, y Malenkov pasaba a ser quinto por detrás de Voroshilov. Los acólitos de Beria, Merkulov y Dekanozov, quedaban fuera del nuevo Comité Central.

57

Gatitos ciegos e hipopótamos: la destrucción de la vieja guardia

Stalin bajó hasta la tribuna situada a dos metros enfrente de los escaños que ocupaban los jerarcas. El Pleno lo observaba con una fascinación gélida. El anciano empezó a hablar «vehementemente», clavando sus ojos en los del pequeño público «con atención y tenacidad, como si quisiera adivinar sus pensamientos».

—De este modo hemos celebrado el Congreso del Partido —dijo—. Ha estado bien y a la mayoría quizá le haya parecido que gozamos de unidad. Sin embargo, no tenemos unidad. Algunos han expresado su desacuerdo con nuestras decisiones. ¿Por qué excluimos a algunos ministros de puestos importantes... a Molotov, a Kaganovich, a Voroshilov? ... El trabajo de los ministros ... requiere mucha fuerza, conocimientos y salud ... Por lo tanto —siguió diciendo—necesita de hombres jóvenes, llenos de fuerza y energía.

Y entonces lanzó su rayo:

—Si hablamos de unidad, no puedo sino detenerme y señalar la conducta incorrecta de algunos políticos que han recibido muchos honores. Me refiero a los camaradas Molotov y Mikoyan.

El rostro de ambos ministros, sentados justo detrás de Stalin, «palideció y se puso rígido», en medio de aquel «terrible silencio». Los jerarcas, «petrificados, tensos y graves», se preguntaban «dónde y cuándo iba a detenerse Stalin, y si iría a por los otros, después de arremeter contra Molotov y Mikoyan».

Primero le tocó el turno a Molotov:

—Molotov es leal a nuestra causa. Preguntadle y no dudo que estaría dispuesto a dar la vida por nuestro Partido sin vacilar. Pero no podemos pasar por alto los actos indignos.

Echó mano entonces al error cometido por Molotov con la censura:

—El camarada Molotov, nuestro Ministro de Asuntos Exteriores, borracho de *chartreuse* en una recepción diplomática, permitió al embajador británi-

co publicar ciertos periódicos burgueses en nuestro país... Ése es el primer error político. ¿Y qué valor tiene la propuesta hecha por el camarada Molotov de regalar Crimea a los judíos? Ése es un error enorme ..., el segundo error político del camarada Molotov.

El tercero era Polina:

—El camarada Molotov respeta tanto a su mujer que en cuanto adoptamos una decisión en el Politburó ... es conocida inmediatamente por la camarada Zhemchuzhina ... Un hilo oculto une al Politburó con la esposa de Molotov ... y sus amigos ..., que no son dignos de confianza. Semejante comportamiento no es admisible en un miembro del Politburó.

A continuación pasó a atacar a Mikoyan por oponerse a la subida de impuestos de los campesinos:

—¿Quién se cree que es nuestro Anastas Mikoyan? ¿Es que no lo tenía claro?

Sacó entonces de su guerrera una hoja de papel y leyó los nombres de los treinta y seis miembros del nuevo Presídium, entre los cuales había muchos hombres nuevos. Jrushchov y Malenkov se cruzaron una mirada: ¿Dónde había encontrado el Vozhd a aquella gente? Cuando propuso la composición del Buró interno, todo el mundo se sorprendió de que quedaran excluidos Molotov y Mikoyan.* A continuación, volviendo a su asiento en la tribuna, explicó el motivo de su caída: «Los asustó el irresistible poder que vieron en América». Relacionó ominosamente a Molotov y Mikoyan con los derechistas, Rikov y Frumkin, fusilados hacía ya mucho tiempo, y con Lozovsky, que acababa de ser ejecutado en el mes de agosto.

Molotov se levantó y declaró:

—Soy y sigo siendo un discípulo leal de Stalin.

Pero el generalísimo se puso la mano en la oreja a mano de trompetilla y aulló:

—¡Tonterías! ¡Yo no tengo discípulos! Todos somos discípulos de Lenin. ¡De Lenin!

Mikoyan rechazó valientemente el ataque:

—Como sin duda debes de recordar, camarada Stalin ..., demostré que no soy culpable de nada.

Malenkov y Beria intentaron interrumpirlo con gritos de «¡Mentiroso!», pero él persistió, diciendo:

* No obstante, Stalin siguió acordándose del más leal de sus acólitos, Mejlis, que había sufrido un colapso en 1949. Moribundo en aquellos momentos en su dacha, a todo lo que aspiraba era a asistir al Congreso. Stalin se negó a permitírselo, comentando que aquello no era un hospital, pero cuando anunció la composición del nuevo Comité Central, se acordó de él. Mejlis se llevó una sorpresa enorme. Murió feliz y Stalin autorizó la celebración de unos funerales magníficos.

—Y en cuanto a los precios del pan, rechazo completamente la acusación.

Pero Stalin lo hizo callar:

—¡Mirad, ahí está nuestro Mikoyan! ¡Es nuestro nuevo Frumkin!

Se oyó entonces una voz que gritaba:

—¡Debemos elegir al camarada Stalin Secretario General!

—No —replicó el Vozhd—. No me obliguéis a aceptar los cargos de Secretario General y de Presidente del Consejo de Ministros.

Malenkov se levantó y se adelantó de una carrerita, con las mandíbulas temblorosas y la gracia desesperada de un lebrel ante un plato de crema. Aquella «expresión terrible» no era de miedo, observó Simonov, sino la de quien «comprende mejor que nadie el peligro mortal que se cernía sobre todos ellos: era imposible acceder a la petición de Stalin». Malenkov, dando un traspié en el borde del escenario, levantó las manos como si estuviera rezando y se puso a decir:

—¡Camaradas! Debemos exigir unánimemente al camarada Stalin, nuestro líder y nuestro maestro, que siga como Secretario General —y lo señaló con el dedo.

Toda la sala entendió el mensaje y empezó a gritar que Stalin debía seguir en su puesto. Las mandíbulas de Malenkov se relajaron como si se hubiera «librado de un peligro mortal directo y seguro». Pero todavía no estaba a salvo.

—Uno no necesita el aplauso del Pleno —contestó Stalin—. Os ruego que me dejéis... Ya soy viejo. No soy capaz de leer los documentos. Buscaos a otro Secretario General.

El mariscal Timoshenko respondió:

—Camarada Stalin, el pueblo no lo entendería. Todos a una te elegimos nuestro líder ... ¡Secretario General!

Los vítores continuaron durante un buen rato. Stalin esperó y luego, saludando modestamente con las manos, se sentó.

La decisión del Vozhd de acabar con sus camaradas más veteranos no constituía un acto de locura, pero suponía la destrucción racional de sus sucesores más probables. Como él mismo recordaba perfectamente, Lenin, cuando ya estaba enfermo, arremetió contra su presunto sucesor (el propio Stalin) y propuso la creación de un Comité Central ampliado del que no formaba parte ninguno de los líderes. Fue entonces cuando los jerarcas se dieron cuenta de que «estaban todos en el mismo barco», pues, como dijo Beria a su hijo, «ninguno de ellos iba a ser el sucesor de Stalin: su intención era elegir un heredero de la generación más joven». Probablemente no hubiera ningún heredero secreto: sólo un «colectivo» podía suceder a Stalin.*

* Uno de esos herederos probablemente hubiera sido Mijail Suslov, de cincuenta y un años, Secretario del Partido, en el que se daban la dignidad ideológica necesaria (era el sucesor de Zhdanov como Jefe de Ideología y Relaciones Internacionales del Comité Central) y un com-

El Vozhd se sintió satisfecho con la sumisión ritual de Molotov, pero le pidió que devolviera los protocolos secretos del Pacto con Ribbentrop, a todas luces con el fin de que pasaran a engrosar el expediente que pensaba abrirle. En cuanto a Mikoyan, a Stalin le asombró su actitud desafiante. En Kuntsevo, en ausencia de sus dos pesadillas, masculló ante Malenkov y Beria:

—¡Fijaos, Mikoyan incluso se atrevió a responderme!

Después del Pleno, Molotov y Mikoyan siguieron desempeñando durante algunos días sus papeles de costumbre en el Gobierno, pero Stalin estaba supervisando en aquellos momentos la culminación de su Conjura de los Médicos, arremetiendo furiosamente contra el profesor Vinogradov por atreverse a recomendar que se retirara. No obstante, como era habitual en aquel viejo conspirador silencioso, disimuló su cólera y esperó once meses a reunir las pruebas necesarias para acabar con su propio médico. Aquél fue el momento en el que estalló. Cuando ordenó a Ignatiev que detuviera a Vinogradov, gritó:

—¡Grilletes en las piernas! ¡Ponle grilletes en las piernas![1]

El 4 de noviembre, Vinogradov fue detenido, hecho que impresionó a todas las familias del Politburó, pues, como dice Sergo Beria, era «nuestro médico de cabecera».

* * *

Tres días después, Svetlana, que había entablado una nueva relación peligrosa, esta vez con Johnreed Svanidze, hijo de aquella pareja de «espías» ejecutados unos años antes, Aliosha y Maria, llevó a sus hijos a jugar con su abuelo. Eran las fiestas conmemorativas de la Revolución, el vigésimo aniversario del suicidio de Nadia. En el momento culminante del Terror antisemita, Stalin realmente «se llevaba de maravilla» con Iosiv Morozov, su nieto medio judío, de siete años, que tenía «unos ojos de judío enormes y unas pestañas larguísimas».

---

promiso brutal con la causa: había dirigido las purgas de Rostov en 1938, había supervisado la deportación de los kurachai durante la guerra, había reprimido a la población de los Países Bálticos después de la contienda y había dirigido la campaña antisemita. En 1948 se reunió asiduamente con Stalin. Además, personalmente era una especie de asceta. Beria odiaba a aquella «rata de Partido», miope, largo y delgado como una «solitaria», con la voz de un «castrado chillón». Roy Medvedev expone en su reciente obra *Neizvestnye Stalin* la sagaz conjetura de que Suslov era «el heredero secreto de Stalin», pero no hay pruebas de que así fuera. Suslov contribuyó a derrocar en 1964 al desestalinizador Jrushchov y se convirtió en la eminencia gris del régimen reestalinizador de Brezhnev, hasta que falleció en 1982. Durante el Pleno, el propio Brezhnev fue uno de los jóvenes elegidos para formar parte del Presidium. Con respecto a su título, Stalin logró salirse con la suya: posteriormente aparecería citado como primer «Secretario», no ya como «Secretario General», cambio que ha convencido a algunos historiadores de que el Pleno supuso para él una pérdida de poder. Hasta hace muy poco, el único relato de esta reunión extraordinaria con el que contábamos era el de Simonov, pero ahora disponemos también de las memorias de Mikoyan, Shepilov y Efremov.

—¡Qué ojos tan pensativos! —dijo el Vozhd ofreciendo a los niños unas gotas de vino «a la manera del Cáucaso»—. Es un niño muy listo.

Svetlana se sintió conmovida. Stalin había visto recientemente a la hija de Yakov, Galina Djugashvili, de quince años de edad, a la que había seducido permitiéndola servir el té.

—¡Que lo haga la *Jozyaika*! —había dicho acariciándole el pelo y dándole un beso.

Galina supo captar mejor que nadie el febril nerviosismo de su abuelo ante la gran empresa de una nueva lucha: «Tenía cara de cansado, pero no podía parar quieto».

Stalin estaba furioso por la lentitud de Riumin en sacar a golpes a los médicos las pruebas que deseaba, calificando a los agentes del MGB de manada de «hipopótamos». Espetó a gritos a Ignatiev:

—¡Pegadlos! ¿Qué es lo que sois? ¿Pretendéis ser más humanitarios que Lenin, que ordenó a Dzerzhinski [el fundador de la Cheka] que tirara a Savinkov por la ventana? ... Vosotros no tenéis comparación con Dzerzhinski, pero no le hacía ascos al trabajo sucio. Vosotros parece que trabajáis como camareros de guante blanco. ¡Si queréis ser agentes de la Cheka, quitaos los guantes!

Malenkov repetiría las órdenes de Stalin de que los «mataran a golpes».

El 13 de noviembre, pocos días después de la visita del pequeño Iosiv, ordenó a Ignatiev, mudo de asombro, que destituyera a Riumin:

—¡Echa al enano!

En cuanto a los médicos, añadió:

—¡Pegadlos hasta que confiesen! ¡Pegadlos, pegadlos, pegadlos a más y mejor! Cargadlos de cadenas. ¡Hacedlos papilla!

Stalin ofreció a Vinogradov perdonarle la vida si admitía «los orígenes de tus crímenes ... Dirige tu declaración al caudillo, que promete salvarte la vida ... Todo el mundo sabe que nuestro caudillo ha mantenido siempre sus promesas». Vinogradov no sabía nada de nada.

—Mi situación es trágica —contestó el médico—. No tengo nada que decir.

Intentó citar los nombres de unos cuantos difuntos, a los cuales no pudiera ya perjudicar su testimonio. El Vozhd arremetió entonces contra el propio Ignatiev por su reincidencia. Ignatiev sufrió un ataque al corazón y tuvo que guardar reposo.*

* El «enano» se hundió con la misma rapidez con la que había ascendido y fue relegado a un oscuro despacho en el Ministerio de Control del Estado, siendo sustituido por S. A. Goglidze. Previamente, Stalin se volvió contra el instrumento que había utilizado en el Caso de los Mingrelianos, el máximo dirigente del MGB en Georgia Rujadze, que se había jactado de la intimidad que tenía con el Vozhd. «La cuestión del arresto de Rujadze es oportuna», escribió Stalin en una carta a Mgeladze y a Goglidze el 25 de junio de 1952. «¡Mándalo a Moscú, donde decidiremos lo que vaya a ser de él!» Los tres, Riumin, Goglidze y Rujadze, fueron fusilados a la muerte de Stalin.

Stalin se volvió entonces contra su servidor más tenaz, Vlasik, acabando con su lascivo guardaespaldas lo mismo que había hecho con el estridente Pauker en 1937. Vlasik había sido amigo de parranda de los médicos asesinos, pero además sabía demasiado, especialmente que Stalin había sido informado del tratamiento equivocado dispensado a Zhdanov, y que no había hecho nada al respecto. Probablemente Vlasik desestimara las cartas de la doctora Timashuk por orden del propio Vozhd. Así pues, por aquellas fechas fue arrestado, conducido a Moscú y acusado de ocultar las pruebas junto con Abakumov. Nunca llegó a traicionar al Vozhd. Pero su arresto fue una jugada muy astuta, pues la «traición» de Vlasik permitió a Stalin disimular el papel que él mismo había desempeñado en todo el asunto. Todas sus amantes y sus compadres de francachela fueron detenidos e interrogados por Malenkov. Vlasik fue torturado: «Mis nervios estallaron y sufrí un ataque al corazón. Llevaba meses sin dormir». Stalin sabía que Poskrebishev, su otro viejo y fiel servidor, era amigo íntimo de Vlasik: ¿habría tenido algo que ver en la eliminación de las pruebas contra los médicos asesinos? Stalin desconfiaba de Poskrebishev desde que éste publicara en 1949 un artículo sobre las dotes del Vozhd para el cultivo del limonero: ¿habría alguien que animara a su lúgubre amanuense a salir de la sombra? Pero entonces se enteró también de que Poskrebishev había participado en las orgías de Vlasik. También él estaba pringado en aquellos «asuntos sucios», señala Molotov. «¡Las mujeres pueden ser utilizadas como agentes!» Poskrebishev se presentó en casa de Beria lleno de espanto: todos corrían a casa del mingreliano para que éste los tranquilizara, pero también él estaba en peligro.

Stalin destituyó a Poskrebishev (su ayudante, Chernuja, fue quien lo sustituyó), lo trasladó a la secretaría del Presídium y lo recibió por última vez el 1 de diciembre. Había echado a sus dos servidores más leales.[2] El Vozhd disponía ya de pruebas suficientes para llegar al culmen de la histeria.

Tras entrevistarse con el desolado Poskrebishev, Stalin desveló a los miembros del Presídium el horror de lo que él llamaba «los asesinos de bata blanca»:

—Sois como gatitos ciegos —les dijo en Kuntsevo—. Lo que ocurrirá cuando yo no esté es que el país perecerá porque sois incapaces de reconocer a vuestros enemigos.

El Vozhd explicó a sus «gatitos ciegos» que «todos los judíos son unos nacionalistas y unos agentes de los servicios secretos norteamericanos», pues estaban convencidos de que «Estados Unidos va a salvar a su pueblo». Puso a aquellos médicos asesinos en relación con los doctores que habían acabado años atrás con la vida de Gorki y Kuibishev, repitiendo como una letanía la justificación de lo sucedido en 1937. De nuevo era inminente el comienzo de un Gran Terror. Arremetió entonces contra la policía secreta:

—Debemos poner un «tratamiento» al GPU —dijo—. ¡Saben que están rodeados de mierda!

Los jerarcas entendieron aquella ominosa alusión porque para entonces ya estaba teniendo lugar un proceso antisemita en Praga, donde el secretario general del partido comunista checo, Rudolf Slansky, de origen judío, había sido acusado de «conspiración contra el estado». Tres días después, él y otros diez comunistas, en su mayoría judíos, fueron ahorcados. Stalin planeaba hacer algo parecido en Varsovia, pues preguntó a Beirut por sus lugartenientes judíos:

—¿A cuál de los dos aprecias más, a Berman o a Minc?

En honor a Beirut debemos señalar que contestó:

—A los dos por igual.

El Vozhd ordenó nuevas tramas para asesinar a Tito.[3]

* * *

Las ejecuciones de Checoslovaquia atrajeron todavía más la atención sobre Molotov y Mikoyan, que discutieron la etiqueta de los condenados. Stalin los calificó de «espías de los americanos y de los ingleses». «Hasta el día de hoy», recordaba Molotov, «no sé exactamente por qué. Intuyo que sentía gran desconfianza de mí.»

Siguieron apareciendo por las cenas, como si no hubiera pasado nada. «A Stalin no le hacía mucha gracia verlos», señala Jrushchov. Finalmente el Vozhd prohibió la entrada a Molotov y Mikoyan:

—No quiero que esos dos aparezcan por aquí nunca más.

Pero el personal de servicio les decía en secreto cuándo iban a tener lugar las cenas. Stalin entonces echó a la servidumbre por prevenirlos. No obstante, ellos siguieron presentándose porque Jrushchov, Beria, Malenkov y Bulganin, los Cuatro, los avisaban, signo de la simpatía cada vez mayor que iba naciendo entre ellos, pues se daban cuenta de que «la pareja intentaba seguir cerca de ellos con el único fin de salvarse ... de seguir vivos». Mikoyan pidió consejo a Beria:

—Sería conveniente que no te hicieras ver mucho —le sugirió éste.

—Me gustaría ver qué cara pones ... cuando te echen a ti—replicó Mikoyan.

—Hace años ya me echaron —replicó Beria.

Molotov y Mikoyan, dándose cuenta de que sus vidas corrían peligro, se reunieron en el Kremlin para decidir qué hacían. Mikoyan siempre había confiado en que Molotov no propalaría sus comentarios, y «nunca me dejó tirado ni utilizó en mi contra la confianza que había depositado en él». Los dos se sentían heridos y estaban enfadados.

—Es prácticamente imposible gobernar un país cuando se tienen setenta años y decidir todas las cuestiones de importancia en el comedor —dijo en voz

alta Molotov durante una reunión, peligroso acto de lesa majestad que habría resultado impensable antes del Pleno.*

Los jerarcas debían contribuir a la liquidación de Molotov y Mikoyan. Stalin estaba viejo y paranoico, era violento y vengativo, y, por si fuera poco, tenía prisa. Pero su sentido de lo que era posible y lo que no, la paciencia y el encanto con los que equilibraba su crueldad y su brutalidad, seguían funcionando y le permitieron manipular metódica y lógicamente el caso. Curiosamente, la cólera imprevisible, la precipitación frenética y la paranoia implacable del Vozhd obligaron a los jerarcas a cerrar filas. Beria y Jrushchov estaban en contra de los cambios introducidos por Stalin. Malenkov tranquilizaba a Beria, que a su vez tranquilizaba a Mikoyan; y Jrushchov y Beria tranquilizaban a Molotov. Mientras se consultaban en voz baja unos a otros en los lavabos de Kuntsevo, los Cuatro se burlaban de las sospechas de Stalin y se reían de la Conjura de los Médicos.

—Deberíamos proteger a Molotov —dijo Beria a los otros tres—. El Partido sigue necesitándolo.

El 21 de diciembre se celebraba oficialmente el septuagésimo tercer aniversario del Vozhd. Molotov y Mikoyan no habían faltado a la fiesta de cumpleaños desde hacía treinta años. Stalin rara vez invitaba a cenar a alguien: la gente se presentaba en su casa sin más. Los proscritos discutieron lo que debían hacer. Mikoyan pensaba que si no iban, su gesto habría «significado que habíamos cambiado nuestra actitud hacia Stalin». Consultaron a los Cuatro, quienes les dijeron que debían asistir a la cena.

Así, pues, a las diez de la noche del 21 de diciembre se presentaron en Kuntsevo. El Vozhd había colgado en las paredes de la casa fotografías cursis, recortadas de revistas, en las que aparecían niños dando de comer a corderitos y escenas históricas famosas, como la *Respuesta de los cosacos de Zaporozhye* de Repin, su cuadro favorito. Svetlana también estaba allí. El Vozhd estaba silencioso, pero amable, orgulloso de haber dejado de fumar al cabo de cincuenta años. Pero sufría ya dificultades respiratorias. Tenía la cara lívida y había ganado peso, indicios de que tenía la presión alta. Bebía vino flojo de Georgia a pequeños sorbos. Cuando Svetlana estaba a punto de irse, le preguntó:

—¿Necesitas dinero?

—No —respondió la joven.

—No disimules. ¿Cuánto necesitas?

Le dio tres mil rublos para ella y para la hija de Yakov, Galina, una cifra muy útil para el gasto corriente de una casa, pero que, a juicio de Stalin, equivalía a millones.

* Parece que Voroshilov, igualmente destituido y humillado, guardaba también un resentimiento respetuoso hacia el Vozhd. Su esposa solía cuchichear que Stalin sentía envidia de la popularidad de Klim, otra herejía impensable hasta entonces.

—¡Cómprate un coche, pero enséñame primero el carnet de conducir! —dijo a Svetlana.

Para sus adentros estaba «furioso e indignado» de que los Cuatro hubieran invitado a Molotov y Mikoyan.

—¿Creéis que no me doy cuenta de que los habéis avisado? ¡Basta de una vez! No pienso tolerarlo —advirtió a Jrushchov y a Beria.

Les ordenó que transmitieran el siguiente mensaje a los dos proscritos: «No funcionará. Ya no es vuestro camarada y no quiere que volváis a visitarlo». Aquello alarmó seriamente a Mikoyan: «Estaba cada vez más claro... Stalin quería acabar con nosotros y eso no significaba sólo nuestra destrucción política, sino también física».

Los últimos cuatro hombres que seguían en pie decidieron, según el hijo de Beria, «no dejar que Stalin pusiera a unos en contra de otros».

El Vozhd preguntaba de vez en cuando a los Cuatro:

—¿Acaso formáis un bloque contra mí?

En cierto modo así era, pero ninguno de ellos, ni siquiera Beria, tenía la voluntad de hacerlo. Mikoyan discutió, probablemente con Molotov, la eventualidad de asesinar a Stalin, pero, como diría luego a Enver Hoxha, «abandonamos la idea porque temíamos que el pueblo y el Partido no lo entendieran».[4]

* * *

El 13 de enero de 1953, al cabo de dos o incluso cinco años de pacientes maquinaciones, Stalin desató una oleada de antisemitismo histérico anunciando en *Pravda* la detención de los médicos: «Espías y asesinos innobles bajo el manto de catedráticos y doctores», decía el titular, en una frase acuñada personalmente por él y que garabateó a mano en el borrador del artículo, que llenó de cuidadosas anotaciones.* El 20 de enero, la doctora Timashuk, la cardióloga de Zhdanov, fue convocada al Kremlin, donde Malenkov le dio las gracias en nombre de Stalin por su «gran valor», y al día siguiente recibió la Orden de Lenin. Pero el Vozhd siguió utilizando a Ehrenburg como señuelo cuando una semana más tarde, el 27 de enero, le concedió el Premio Stalin. Mientras tanto, durante la totalidad de los meses de enero y febrero, se intensificaron las detenciones.

* Stalin añadió diligentemente las siguientes frases de su puño y letra: «Durante mucho tiempo, el camarada Stalin nos avisó de que nuestros éxitos tenían sus puntos sombríos... La falta de reflexión resulta muy conveniente para nuestros enemigos, deseosos de sabotearnos...» Eran los «esclavistas y los caníbales de Estados Unidos y de Inglaterra ... ¿Qué pasa con los que inspiraron a los asesinos? Pueden estar seguros de que les pagaremos con la misma moneda ... Mientras siga habiendo elementos demoledores, deberemos acabar con todo indicio de falta de reflexión que veamos en nuestro pueblo».

El artículo revelaba la falta de vigilancia que reinaba en los servicios de seguridad, señal de que el propio Beria era uno de sus objetivos. No sólo fueron detenidos los aliados de éste en Georgia, sino que también sus protegidos de Moscú, como, por ejemplo, el Jefe del Alto Estado Mayor, Shtemenko, fueron destituidos. Su ex-amante, V. Mataradze, también fue detenida. «Esperaba recibir el golpe de gracia ... en cualquier momento», escribe su hijo. Beria «expresaba el poco respeto que le inspiraba Stalin cada vez con más osadía», señala Jrushchov, «de un modo insultante». Llegó a jactarse ante Kaganovich de que «Stalin no se da cuenta de que si intentara detenerme, los agentes de la Cheka organizarían una insurrección».

Aparte del temor que pudieran sentir por sus propias vidas, a los jerarcas les preocupaba la eventualidad de una guerra nuclear con Estados Unidos: Stalin, que seguía azuzando la guerra de Corea, oscilaba absurdamente entre el miedo al conflicto bélico y la convicción ideológica de que éste era inevitable. Beria, Jrushchov y Mikoyan temían las consecuencias que pudieran tener sobre los americanos las alarmantes reacciones imprevisibles de Stalin.* El Vozhd rodeó Moscú de misiles antiaéreos. Mientras su campaña fomentaba el temor a un ataque americano, no dudó en hablar del asunto con sus guardaespaldas:

—¿Qué pensáis? ¿Atacará América o no? —preguntó al comandante auxiliar de Kuntsevo, P. Lozgachev.

—Creo que no se atreverán —contestó el oficial, ante lo cual Stalin se puso de repente hecho una furia.

—¡Fuera de aquí! Total, ¿qué haces tú aquí? No te he mandado llamar.

Pero era muy amable con sus guardias, como no cabía pensar en cualquier caso que lo fuera con los políticos. Mandó llamar a Lozgachev:

—Perdona que te haya gritado. Pero ten presente una cosa: van a atacarnos. Son unos imperialistas y ten por seguro que nos atacarán. Si se lo permitimos. Ésa es la respuesta que debías haber dado.

* * *

Robando horas al sueño tumbado en los sofás como un «perro pachón», Stalin se serenaba poniéndose una y otra vez el disco del Concierto número 23 para piano de Mozart. Sus visitantes lo encontraban «enormemente cambiado» —un «hombre cansado» que «hablaba con dificultad» haciendo «largas pausas»—, pero a pesar de todo logró imponer su Terror con tenacidad.[5] Stalin or-

* A la muerte de Stalin, Mikoyan dijo a sus hijos que «si no tuvimos una guerra mientras estaba vivo, no la tendremos ahora». La afirmación resulta tanto más irónica porque, a pesar de la paranoia, las incoherencias y los riesgos asumidos por Stalin en materia de política exterior, sería el torpe e impulsivo Jrushchov el que pusiera al mundo al borde de la guerra nuclear durante la crisis de los misiles de Cuba.

questó la redacción de una carta destinada a que la firmaran destacadas personalidades soviéticas de origen judío en la que se suplicaba que los hebreos fueran deportados de las ciudades con el fin de protegerlos del pogromo que se avecinaba. La carta no se ha encontrado, pero Mikoyan afirma que se preparaba «el desalojo voluntario-forzoso de los judíos». Kaganovich se sintió molesto cuando le pidieron que la firmara, pero encontró una forma leal de negarse a hacerlo.

—¿Por qué no quieres firmar? —preguntó Stalin.

—Soy un miembro del Politburó, no un personaje público judío, y sólo firmaré como miembro del Politburó.

—Vale —farfulló el Vozhd.

—Si es necesario, escribiré un artículo.

—Puede que necesitemos un artículo.

Hasta Kaganovich llegó a quejarse de Stalin, confesando a Mikoyan lo siguiente:

—Me resulta tan doloroso, al cabo de tanto tiempo de luchar constantemente contra el sionismo... Y ahora tengo que «estampar» mi firma en ella.

Jrushchov afirma que Kaganovich «remoloneó», pero acabó firmando la carta. Ni Kaganovich ni Jrushchov son fuentes fidedignas cuando se trata de determinar cuál fue el papel que desempeñaron en tiempos de Stalin. No obstante, Ehrenburg, que la vio y se las arregló para no tener que firmarla apelando a Stalin, dice que iba dirigida *al* Politburó y que fue firmada por «sabios y compositores», lo que da a entender que Kaganovich supo «remolonear» lo suficiente para no tener que firmar. Los testimonios más recientes demuestran que estaban construyéndose dos nuevos campos de concentración, quizá destinados a los judíos.[6]

Stalin leía atentamente las declaraciones de los médicos torturados que le enviaba a diario Ignatiev. Ordenó que la presunta estrella principal del Caso de los Judíos, el Objeto 12 (también conocida como Polina Molotova), fuera conducida de nuevo a Moscú para ser interrogada. Pero el Caso de los Judíos no fue el único asunto que mantuvo ocupado a Stalin durante aquellas semanas.

El Vozhd raramente se entrevistaba con diplomáticos, pero el 7 de febrero recibió al joven embajador argentino Leopoldo Bravo, que lo encontró con aspecto «saludable, descansado y ágil en la conversación». Stalin admiraba a Perón y llegó a ofrecerle generosos préstamos, pues a pesar de su pasado fascista, apreciaba el antiamericanismo del líder justicialista. Pero quien le interesaba sobre todo era Eva Perón.*

—Dígame —preguntó a Bravo—, ¿su ascensión se debió a su personalidad o al hecho de casarse con el coronel Perón?

Bravo fue el penúltimo extraño en ver a Stalin vivo.[7]

* Evita había muerto de cáncer el 26 de julio de 1952.

Siete días después, el 17 de febrero a las ocho de la tarde, Stalin acudió a la Pequeña Esquina por última vez para recibir al diplomático indio K. P. S. Menon. Tenía la mente ocupada en sus conjuras, pues se pasó la media hora que duró la entrevista dibujando cabezas de lobo en su cuaderno, y anotando las siguientes reflexiones: «Los campesinos hacen bien en matar a los lobos rabiosos». A las diez y media, abandonó el despacho en compañía de Beria, Malenkov y Bulganin, probablemente para cenar en Kuntsevo.

Seguía trabajando en abrir un caso contra Beria y otros enemigos del pueblo: ordenó al nuevo máximo dirigente de Georgia, Mgeladze, que consiguiera que Beria firmara una orden para arremeter contra el MGB, aunque en realidad el ataque iba dirigido contra él. A Beria no le gustó mucho la idea, pero tuvo que acceder a ello. Una de las últimas reuniones del Primer Ministro tuvo por objeto ordenar un nuevo intento de asesinato de Tito.

A las ocho de la tarde del 27 de febrero, Stalin acudió solo al Bolshoi para ver *El lago de los cisnes.* Cuando se marchó, pidió a su «anexo», el coronel Kirillin, que diera las gracias a los bailarines en su nombre, y se dirigió a toda velocidad a Kuntsevo, donde estuvo trabajando hasta cerca de las tres de la madrugada. Al día siguiente se levantó tarde, leyó los últimos interrogatorios de los médicos judíos y los informes llegados de Corea, dio un paseo por el jardín nevado y ordenó al comandante Orlov:

—Que quiten la nieve de los escalones.

Es posible que por la tarde tomara un baño de vapor. Con la vejez, el calor le mitigaba la artritis del brazo, pero el profesor Vinogradov había prohibido las *banias* porque perjudicaban a su hipertensión. Beria le había dicho que no debía hacer caso a los médicos. Ahora, sin embargo, tenía mucho cuidado con las corrientes de aire. Por la noche, lo llevaron en coche al Kremlin, donde se reunió con sus inseparables compañeros, Beria, Jrushchov, Malenkov y Bulganin, en la sala de proyecciones. Voroshilov también vio la película con ellos, y notó que Stalin estaba «animado y alegre». Antes de marcharse, organizó el menú con el comandante adjunto, Lozgachev, y encargó varias botellas de vino flojo de Georgia.

A las once de la noche, Stalin y los Cuatro se dirigieron a la dacha para cenar. El buffet georgiano fue servido por Lozgachev y Matrena Butuzova (Valechka libraba aquella noche). Bulganin informó de que la situación en Corea había llegado a un callejón sin salida y el Vozhd decidió aconsejar a chinos y norcoreanos que aprovecharan la ocasión para negociar. Pidió más «mosto». Hablaron de los interrogatorios de los médicos. Se supone que Beria dijo que Vinogradov tenía una «lengua muy larga», y que había hablado de los desmayos de Stalin.

—Muy bien, ¿y qué propones tú hacer ahora? —preguntó el Vozhd— ¿Han confesado los médicos? Di a Ignatiev que si no les saca una declaración completa, le cortaremos la cabeza.

—Confesarán —replicó Beria—. Con la ayuda de otros patriotas como Timashuk, concluiremos la investigación y vendremos a pedirte permiso para montar un juicio público.

—Arréglalo todo —respondió Stalin.

Ésta es la versión de Jrushchov. Malenkov y él echarían luego a Beria la culpa de todos los crímenes de Stalin, pero el papel que desempeñaron ellos en la conjura de los médicos sigue siendo oscuro. Es muy poco probable que Beria fuera el único que diera alas al Vozhd.

Los invitados estaban deseando volver a casa. A Stalin le encantaba el meloso Bulganin, pero farfulló que entre los máximos dirigentes había algunos que creían que podían salir adelante alegando méritos pasados.

—Están muy equivocados —dijo.

Según otra versión, salió de la habitación con aire ofendido y dejó solos a sus invitados. Es posible que volviera al cabo de un rato. Las versiones parecen un tanto contradictorias; en cualquier caso, ésa era una característica de su comportamiento. Aproximadamente hacia las cuatro de la madrugada del domingo 1 de marzo, Stalin vio al fin cómo se marchaban todos. Estaba «bastante borracho ... muy animado», dando golpecitos en broma a Jrushchov en la tripa y llamándolo con el diminutivo «Nichik», con acento ucraniano.

Dando un suspiro de alivio, los Cuatro pidieron al «anexo», coronel Jrustalev, que trajera sus limusinas. Como de costumbre, Beria compartió su ZiS con Malenkov, y Jrushchov el suyo con Bulganin. Stalin y los guardaespaldas los acompañaron hasta los coches. Una vez dentro de la casa, Stalin se tumbó en un sofá de rayas rosas que había en el comedor pequeño, cuyas paredes estaban revestidas de madera clara. El viejo conspirador nómada había decidido dormir allí aquella noche; no era un anciano desvalido o loco, sino el organizador brutal de aquella campaña de Terror en la cúspide de su poder.

—Me voy a dormir —dijo alegremente a Jrustalev—. Echa tú también un sueñecillo. No voy a mandarte llamar.

Los «anexos» estaban encantados. Hasta entonces el Vozhd no les había dejado nunca la noche libre. Cerraron las puertas de la mansión.

* * *

El domingo a mediodía, los agentes estuvieron esperando a que se levantara el Jefe, sentados en su puesto de guardia, que se comunicaba con las habitaciones a través de un pasadizo cubierto de apenas veinte metros de largo. Pero en toda la tarde no se registró «ningún movimiento». Los guardias empezaron a ponerse nerviosos. Finalmente, a las seis, Stalin encendió las luces del comedor pequeño. Era evidente que por fin se había levantado. «Gracias a Dios, pensamos», escribe Lozgachev, «todo está bien». No tardaría en llamarlos. Pero no lo hizo.

Pasaron una, dos, tres, cuatro horas sin que apareciera Stalin. El pequeño grupo de guardias estaba angustiadísimo. Algo iba mal. El coronel Starostin, el «anexo» de mayor rango, intentó persuadir a Lozgachev de que entrara a ver cómo estaba el anciano. «Yo le contesté: "Tú tienes mayor graduación, ve tú"», recuerda Lozgachev.

—Tengo miedo —repuso Starostin.

—¿Y qué te crees que soy yo? ¿Un héroe? —replicó Lozgachev.

No eran los únicos que estaban a la expectativa. Jrushchov y los demás esperaban la llamada con la invitación a cenar. Pero ésta no llegó nunca.

58

«¡Me lo he cargado yo!»: el paciente y los médicos temblorosos

A eso de las diez de la noche llegó el correo del Comité Central. Lozgachev, bajito y regordete, agarrando nerviosamente los documentos, entró lleno de nerviosismo en la casa y empezó a ir de una habitación a otra. Tuvo especial cuidado en hacer ruido porque «nos guardábamos muy mucho de pillarlo por sorpresa ... y de ese modo podía oírte llegar». Al llegar al comedor pequeño se «encontró una escena horrible». Stalin yacía sobre la alfombra vestido con los pantalones del pijama y una camiseta, recostado sobre una mano «en una postura muy extraña». Estaba consciente, pero no podía moverse. Cuando oyó los pasos de Lozgachev, llamó su atención «levantando débilmente la mano». El guardia corrió a su lado.

—¿Qué le ocurre, camarada Stalin?

—Dzhh... —murmuró el Vozhd, sin poder hablar.

Su cuerpo estaba frío. Junto a él, en el suelo, había un reloj y un ejemplar de *Pravda*, y sobre la mesa una botella de agua mineral «Narzan». Además, se había orinado encima.

—¿Debo llamar al médico? —preguntó Lozgachev.

—Dzhhh... —repetía Stalin—. Dzhhh...

Lozgachev recogió el reloj: se había parado a las 18,30, la hora en que el generalísimo había sufrido el ataque de apoplejía. El Vozhd emitió una especie de ronquido y dio la impresión de que se quedaba dormido. El guardia fue corriendo al teléfono y llamó a Starostin y a Butuzova.

—Pongámoslo en el diván... Aquí en el suelo estará muy incómodo —les dijo.

Y entre los tres trasladaron a Stalin hasta el sofá. Lozgachev se quedó vigilándolo —«no me aparté de su lado», diría más tarde—, mientras Starostin telefoneaba a Ignatiev, que estaba al mando de la seguridad personal del dictador desde la destitución de Vlasik en mayo de 1952. Al jefe del MGB le asus-

taba tomar una decisión. Tenía la facultad de llamar a los doctores personalmente, pero debía actuar con sumo cuidado. Ordenó a Starostin que se pusiera en contacto con Beria y con Malenkov. Probablemente también avisara de lo sucedido a su amigo Jrushchov, pues necesitaba la protección de éste frente a las acusaciones de Beria, que lo hacía responsable de la conjura de los médicos y del caso de los mingrelianos, y quería su cabeza. Es muy posible que Beria fuera el último en enterarse.

Mientras tanto, los tres «anexos» llevaron a Stalin al sofá del salón principal donde se celebraban las famosas cenas, porque allí había más aire. El Vozhd estaba muy frío. Lo cubrieron con una manta y Butuzova le bajó las mangas de la camiseta, que tenía remangadas. Starostin no pudo encontrar a Beria, que probablemente estuviera por ahí con su amante, pero sí a Malenkov, quien dijo que ya se encargaría él de localizarlo. Al cabo de media hora, sonó el teléfono:

—Todavía no he podido encontrarlo —dijo Malenkov desde el otro lado del aparato.

Al cabo de otra media hora volvió a sonar. Era Beria:

—No digáis a nadie que el camarada Stalin está enfermo —ordenó—. Ni tampoco hagáis más llamadas.

Lozgachev, lleno de angustia, permaneció sentado al lado del Vozhd. Más tarde diría que aquella noche sus cabellos encanecieron. Malenkov también telefoneó a Jrushchov y a Bulganin:

—Han llamado los agentes de la Cheka encargados de la vigilancia de la casa de Stalin. Están muy preocupados, dicen que algo le ocurre al Vozhd. Será mejor que nos pasemos hasta allí...

Sin embargo, Jrushchov afirmaría que cuando llegaron a la caseta de los guardias, «acordaron» no entrar en la casa y dejar aquel asunto tan delicado en manos de los agentes. Stalin estaba durmiendo en aquellos momentos y no habría querido que lo vieran «en un estado tan poco presentable, por lo que nos fuimos a casa». Los guardias no se acuerdan de esa visita. Parece más probable que Jrushchov, Bulganin, y posiblemente Ignatiev, tras consultar nerviosamente unos con otros, decidieran enviar a Beria y a Malenkov para averiguar si había verdaderamente algo por lo que preocuparse. No obstante, aquella misma noche, alguien suspendió la campaña antisemita que había emprendido *Pravda*; ¿o tal vez fuera una interrupción decidida por el Vozhd?*

A las tres de la mañana del lunes 2 de marzo aquella pequeña delegación

* Tal vez los otros dos esperaran fuera en sus ZiS. Ignatiev también debió de estar presente. Pero, según parece, Beria ya había asumido el control de la situación. Nadie sabe quién detuvo aquella noche la campaña antisemita de los medios de comunicación. Suslov era el Secretario del Comité Central al frente de las cuestiones ideológicas, pero... ¿quién le ordenó parar la campaña? La respuesta sigue siendo una incógnita.

llegó a Kuntsevo, cuatro horas después de que se produjera la primera llamada de Starostin a Malenkov. Los dos dirigentes actuaron como era de esperar en ellos: Beria se comportó como el aventurero dinámico y emotivo (probablemente también por efecto de la bebida), y Malenkov como el chupatintas meticuloso y siempre agitado, del Vozhd. Mientras Beria atravesaba el vestíbulo, Malenkov se dio cuenta horrorizado de que sus zapatos chirriaban y se los quitó. Con ellos bajo el brazo y en calcetines, «Malania» entró en el salón caminando de puntillas con la gracia de un bailarín fofo.

—¿Qué le ocurre al Jefe? —preguntaron.

Los dos se quedaron mirando al generalísimo dormido, que roncaba bajo la manta. Beria se dirigió entonces a los «anexos»:

—¿Qué diablos pretendéis ... haciendo que cunda el pánico? —dijo furioso a Lozgachev—. Es evidente que el Jefe está durmiendo con toda tranquilidad. ¡Vámonos, Malenkov!

«Malania» abandonó el salón de puntillas, mientras Lozgachev intentaba explicar que «el camarada Stalin se sentía mal y necesitaba que lo viera un médico».

—¡No nos marees! ¡No hagas cundir el pánico y no molestes al camarada Stalin!

Los guardias, preocupados, insistieron, pero Beria les espetó:

—¡Estúpidos! ¿Quién diablos os ha asignado como anexos al camarada Stalin?

La pareja abandonó Kuntsevo en la limusina para reunirse con Jrushchov y Bulganin que los aguardaban impacientes. No cabe la menor duda de que aquella noche empezó la lucha por el poder. Lozgachev volvió a su vigilia, mientras Starostin y Butuzova se fueron a dormir al puesto de guardia.

Amaneció sobre los abetos y los abedules de Kuntsevo. Habían pasado doce horas desde que Stalin sufriera su ataque, y el Vozhd seguía roncando acostado en el diván, empapado en su propia orina. Sin duda los jerarcas estuvieron discutiendo acerca de la conveniencia de llamar o no a los médicos. Parece increíble que en doce horas no llamaran a ningún facultativo, pero la situación también era increíble. Con frecuencia se utiliza ese hecho para demostrar que los jerarcas abandonaron deliberadamente a Stalin a su suerte, sin proporcionarle ayuda médica, con el fin de matarlo. Pero en su delicadísima situación, en una corte soliviantada ya por la fijación contra los médicos asesinos a los que se acusaba de espionaje, no es de extrañar que temieran hacer cundir el pánico. El mismísimo médico de Stalin estaba siendo torturado simplemente por haber dicho que el Vozhd necesitaba descansar. Si el generalísimo se hubiera despertado luego aturdido, habría considerado el mero hecho de llamar a un facultativo todo un intento de arrebatarle el poder. Además, estaban tan acostumbrados al control minucioso del Vozhd, que apenas sabían actuar por su cuenta.

No obstante, los Cuatro dispusieron de aquellas horas para repartirse el poder. La decisión de no tomar iniciativa alguna les convenía a todos. Beria y Malenkov, segundos de Stalin en el Gobierno y en el Partido, respectivamente, estaban legalmente al mando de la situación hasta que tuviera lugar una reunión del Politburó, y luego otra del Comité Central. Si Stalin estaba agonizando, necesitaban tiempo para asegurarse el poder. Probablemente por esa misma razón, a Jrushchov y a Bulganin les interesara retrasar cualquier tipo de asistencia médica al Vozhd hasta tener las espaldas bien cubiertas. Parece que prometieron proteger a Ignatiev y ascenderlo a la Secretaría del Comité Central.

Beria, el único de los Cuatro que por aquel entonces temía por su vida, tenía motivos suficientes para desear que muriera su odiado Stalin. (Molotov y Mikoyan todavía no sabían que el Vozhd se encontraba mal.) Sin embargo, nunca se quedó a solas con Stalin: se cuidó muy mucho de que Malenkov estuviera a su lado en todo momento. No controlaba al MGB, ni la conjura de los médicos, ni a los guardaespaldas, de ahí que hiciera el citado comentario: «¡Estúpidos! ¿Quién diablos os ha asignado como anexos al camarada Stalin?» Aunque siempre se ha acusado a Beria de aquel retraso, en realidad tal vez fueran Jrushchov e Ignatiev los responsables del mismo.

Fueran cuales fuesen sus motivos, los Cuatro aguardaron hasta la mañana siguiente para llamar a un médico. Nunca sabremos si ese retraso fue clínicamente decisivo o no. Cabía la posibilidad de intervenir quirúrgicamente al Vozhd para sacarle el coágulo de sangre, pero los médicos coinciden en que habría sido necesario actuar apenas unas horas después de que sufriera la apoplejía. ¿Y quién se habría atrevido a autorizar semejante operación? En los años cincuenta sólo había una remota posibilidad de éxito en ese tipo de intervenciones: lo más fácil era que el paciente perdiera la vida en ellas. Las versiones melodramáticas de la muerte de Stalin, por lo demás bastante abundantes, afirman que el Vozhd fue asesinado, pero lo más probable es que aquella falta de asistencia médica no tuviera nada que ver con el fatídico desenlace. Pero evidentemente Beria pensaba que sí tuvo que ver:

—¡Me lo he cargado yo! —diría posteriormente en tono jactancioso a Molotov y Kaganovich— ¡Os he salvado a todos!

Investigaciones recientes indican que tal vez echara en el vino de Stalin un fármaco anticoagulante a base de sodio cristalino, que, al cabo de varios días, fuera el detonante del ataque de apoplejía. Quizá Jrushchov y los otros jerarcas fueran sus cómplices, de ahí que a todos les conviniera tapar el asunto.

Los Cuatro decidieron entonces regresar a sus respectivas casas y no contar nada a sus familias. Junto al lecho imperial, Lozgachev estaba desesperado. El agente despertó a su compañero, Starostin, y le dijo que telefoneara al Politburó:

—Si no, morirá, y a nosotros se nos vendrá el mundo encima —exclamó.

El terror que había impedido a los líderes llamar a los médicos hizo que los guardias requirieran su asistencia. Los agentes telefonearon a Malenkov, quien les dijo que mandaran a Butuzova a echar otra ojeada. La mujer comentó que aquélla no era «una forma normal de dormir». Malenkov llamó a Beria.

—Los muchachos han vuelto a llamar desde la casa de Stalin —explicó a Jrushchov—. Dicen que realmente hay algo que no marcha con el camarada Stalin. Tendremos que volver a pasarnos por allí. Hemos acordado que es necesario llamar a los médicos.

Beria y Malenkov eran los encargados de tomar todas las decisiones, ¿pero a qué médicos debían llamar? Optaron, pues, por pedir a Tretyakov, Ministro de Sanidad, que llevara a cabo una selección de facultativos *rusos* (no judíos). Jrushchov se presentó en Kuntsevo para comunicar a los «anexos» que los médicos ya estaban de camino, lo cual supuso todo un alivio para ellos. El coronel Tukov informó telefónicamente de lo ocurrido a Molotov, Mikoyan y Voroshilov, otro indicio de que los Cuatro nunca aprobaron su exclusión.

—Llama al Politburó. Yo ya voy de camino —contesto Molotov.

Cuando sonó el teléfono en casa de Voroshilov, el viejo mariscal sufrió una profunda transformación: «Se volvió fuerte y organizado —escribe su esposa en su diario inédito— como cuando tuvo que hacer frente a situaciones difíciles durante la guerra civil y la Gran Guerra Patriótica ... Comprendí inmediatamente que algo horrible estaba a punto de suceder. Asustada y entre sollozos le pregunté: "¿Qué ocurre?". Él me abrazó y me dijo: "¡No tengas miedo!"».

Voroshilov se reunió con Kaganovich, Molotov y Mikoyan junto al lecho del Vozhd. Molotov se fijó en que «Beria estaba al mando». Stalin abrió los ojos cuando llegó Kaganovich y fue repasando con la mirada a sus lugartenientes uno a uno; luego volvió a cerrarlos. A diferencia del despótico Beria, Molotov y Kaganovich estaban profundamente consternados. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Voroshilov se dirigió al enfermo con sumo respeto:

—Camarada Stalin —dijo—, somos nosotros, tus fieles amigos y camaradas, estamos aquí. ¿Cómo te sientes, querido amigo?

El rostro del generalísimo estaba «deformado». El Vozhd intentaba reaccionar, pero nunca llegó a recobrar plenamente la conciencia. Jrushchov estaba «muy disgustado, me entristecía mucho ver que estábamos a punto de perder a Stalin». Fue a su casa a toda prisa a tomar una ducha y regresó corriendo a Kuntsevo sin que ningún miembro de su familia le preguntara nada. Beria, según su hijo, llamó a su casa y contó a su mujer lo que le pasaba a Stalin: Nina rompió a llorar. Como ocurriría con la mayoría de las esposas del Politburó, incluso con aquellas que estaban a punto de ser liquidadas, su tristeza era inconsolable.

A las siete de la mañana llegaron los médicos, encabezados por el profesor Lukomski, pero era un equipo nuevo que hasta entonces nunca había trabajado con Stalin. Fueron conducidos hasta el gran salón —que probablemente

apestara a orín rancio— donde yacía el moribundo. Con sus colegas detenidos y torturados, se quedaron paralizados ante la santidad del enfermo y petrificados por la presencia mefistofélica de Beria, que los observaba a sus espaldas. El examen que hicieron del otrora omnipotente y ahora inútil Stalin resultó toda una comedia de las equivocaciones. «Temblaban igual que nosotros», observaría Lozgachev. Primero, se presentó un dentista para sacar la dentadura postiza de la boca del Vozhd, pero «tenía tanto miedo, que se le cayó de las manos» y fue a dar contra el suelo. Entonces Lukomski intentó quitarle la camiseta para poder tomarle la presión. «Sus manos temblaban tanto», diría más tarde Lozgachev, «que ni siquiera fueron capaces de quitarle la camiseta». El jefe de los facultativos estaba «aterrorizado ante la idea de tocar a Stalin», y ni siquiera podía encontrarle el pulso.

—¡Sujétale bien la mano! —espetó Beria a Lukomski.

Tuvieron que rasgar la ropa con unas tijeras. «Yo corté la camiseta», recuerda Lozgachev. Los médicos empezaron a examinar al paciente que seguía «tumbado en el diván, con la cabeza vuelta hacia la izquierda, los ojos cerrados y una hiperemia moderada del rostro... Había habido incontinencia de orina [su ropa estaba empapada]». Su pulso era de 78; los latidos de su corazón eran «débiles»; en cuanto a la presión arterial, tenía 190 de máxima y 110 de mínima. El costado derecho estaba paralizado, mientras que las extremidades del lado izquierdo se movían a veces con pequeñas convulsiones. Tenía la frente fría. Le dieron a beber un vaso de agua con el diez por 100 de sulfato de magnesio. Un neurólogo, un terapeuta y una enfermera se quedaron vigilándole. Los médicos preguntaron a los guardias si habían visto algo. En ese momento los agentes empezaron a temer seriamente por sus vidas: «Los tres pensamos, "¡Ya está! ¡Nos meterán en un coche y adiós! ¡Nos liquidarán!"».

Stalin había sufrido una embolia o, en palabras de los facultativos, «una hemorragia arterial del sector central-izquierdo del cerebro... El estado del paciente es extremadamente grave». Al fin se hizo oficial. Stalin no podría volver a trabajar nunca más.

Los guardaespaldas se retiraron y se confundieron con el mobiliario. Los médicos en realidad no podían hacer prácticamente nada.

«Reposo absoluto, dejen al paciente acostado en el diván; que le apliquen sanguijuelas detrás de las orejas (ahora tiene ocho); compresas frías en la cabeza... Hoy, nada de alimentos», recomendó el equipo médico.

Cuando se le diera de comer, debía hacerse con una cucharita, de modo que pudiera «ingerir líquidos, siempre y cuando no se asfixie». Se hicieron traer botellas de oxígeno. Los facultativos inyectaron a Stalin alcanfor. También tomaron muestras de orina. El enfermo se revolvió: «Stalin intentaba taparse».

A Svetlana, que había celebrado su aniversario la noche anterior, la hicieron salir de una clase de francés y le dijeron:

—Malenkov quiere que vayas a Kuntsevo.

Jrushchov y Bulganin, con los ojos llenos de lágrimas, hicieron señales a su automóvil para que se detuviera, y la abrazaron.

—Beria y Malenkov te lo contarán todo —dijeron.

Una vez más quedaba claro quién estaba al mando. El bullicio y el ruido sorprendieron a la hija del Vozhd: Kuntsevo siempre había sido un lugar sumamente tranquilo. Svetlana se dio cuenta de que no conocía a ninguno de los médicos. Cuando llegó junto al lecho de Stalin, lo besó y sintió que en aquellos momentos «quería a mi padre con más ternura que nunca».

Cuando lo mandaron llamar, Vasili, que siempre había tenido miedo de su padre, pensó que debía mostrarle su trabajo y se presentó en la casa, de modo conmovedor, con sus mapas de las fuerzas aéreas bajo el brazo. No tardó en emborracharse. Durante los dos días siguientes, estuvo entrando y saliendo del silencioso cuarto del enfermo, sin dejar de gritar:

—¡Cerdos, sois unos cerdos! ¡No habéis salvado a mi padre!

Svetlana se sintió abochornada ante aquella conducta. Los jerarcas se plantearon la conveniencia de sacar de allí a aquel bala perdida, pero Voroshilov se llevó a Vasili a un rincón e intentó tranquilizarlo:

—Estamos haciendo lo imposible por salvar a tu padre.

Cuando quedó demostrada la incapacidad del Vozhd, Beria «vomitó todo el odio que sentía por Stalin», pero cada vez que los párpados del dictador empezaban a temblar o que abría los ojos, Lavrenti, aterrorizado por la idea de que pudiera llegar a recuperarse, «se arrodillaba y comenzaba a besarle la mano» como un visir oriental a los pies de la cama de un sultán. Cuando el dictador volvía a sumirse en un profundo sueño, Beria prácticamente lo escupía en la cara, poniendo de manifiesto su ambición desmesurada y su falta de tacto y de prudencia. Los demás jerarcas lo observaban en silencio, pero lloraban por Stalin, su viejo amigo, a pesar de todos sus defectos, su líder desde hacía tanto tiempo, su coloso histórico y el sumo pontífice de su credo internacional, aunque suspiraran con alivio al ver que estaba agonizando. Es posible que fueran asesinados veinte millones de individuos; que otros veintiocho millones fueran deportados, dieciocho millones de los cuales habían sido obligados a realizar trabajos forzados en los gulags. No obstante, a pesar de tanta sangre y tanto dolor, seguían siendo fieles a su credo.

Hacia las diez de la mañana, el Politburó en pleno, desde Beria y Jrushchov hasta Molotov, Voroshilov y Mikoyan, se dirigieron al Kremlin, donde a las 10.40 se celebró una reunión en la pequeña esquina para acordar un plan. El sillón de Stalin permanecía vacío. Los jerarcas habían recuperado el poder. Durante diez minutos, el profesor Kuperin, el nuevo director de la Kremlevka, y el profesor Tkachev llenos de nerviosismo presentaron el informe anteriormente citado ante los jerarcas perplejos, disgustados y circunspectos. Cuando terminaron su informe, nadie dijo nada, lo que incrementó el nerviosismo de Kuperin. Tal vez fuera demasiado pronto para ponerse a discutir de lo que de-

bía hacerse a continuación. Al final, Beria, que ya se había manifestado como el líder más activo, despidió a los médicos con la siguiente orden:

—Ustedes son los responsables de la vida del camarada Stalin. ¿Han comprendido? ¡Su deber es hacer lo imposible por salvar al camarada Stalin!

Kuperin se estremeció y luego se retiró. Malenkov, con el cual Beria parecía coordinarlo todo, leyó en voz alta un decreto que establecía para los jerarcas turnos de guardia de veinticuatro horas que debían llevar a cabo de dos en dos. A continuación Lavrenti y «Malania» se trasladaron a Kuntsevo para ver cómo seguía el enfermo. A Molotov y a Mikoyan no se les pidió que velaran al Vozhd: Beria ordenó a este último que se quedara en el Kremlin para dirigir el país.

Ya en Kuntsevo, cuando les tocó quedarse de guardia a Malenkov y a Beria, los dos jerarcas preguntaron a los médicos cuál era su pronóstico. Kuperin sacó un gráfico del sistema de circulación sanguínea.

—¿Ven la arteria obturada por el coágulo de sangre? —dijo el profesor como si estuviera dando clase a unos estudiantes de medicina—. Tiene el tamaño de una moneda de cinco kopeks. El camarada Stalin seguiría vivo si el vaso sanguíneo se hubiera desobstruido a tiempo.

—¿Quién garantiza la vida del camarada Stalin? —dijo Beria, desafiando a los médicos a intervenirlo quirúrgicamente si se atrevían.

«Nadie se atrevió» , recuerda Lozgachev. Malenkov les pidió un pronóstico.

—La muerte es inevitable —respondieron los facultativos.

Pero Malenkov no deseaba que Stalin muriera todavía: no debía haber interregno.

A las ocho y media de la tarde, los jerarcas, presididos ahora por Beria, volvieron a reunirse en la Pequeña Esquina durante una hora. El informe oficial de Kuperin no decía que el estado de Stalin fuera desesperado, pero el paciente había empeorado notablemente. La presión arterial máxima y mínima había subido a 210 y 120 respectivamente, y el pulso y la respiración eran irregulares. Le habían aplicado entre seis y ocho sanguijuelas alrededor de las orejas. Le ponían enemas de sulfato de magnesio, y le daban de beber cucharadas de té azucarado.

Aquella tarde se unieron a Lukomsky cuatro médicos más, entre los cuales figuraba el eminente profesor Miasnikov: el Politburó sabía perfectamente que los facultativos de mayor prestigio estaban todos en la cárcel.

En Kuntsevo, el Dr. Miasnikov se encontró con un Stalin «bajito y gordo» que yacía «como un saco ... Tenía el rostro deformado ... El diagnóstico parecía claro: una hemorragia en el hemisferio izquierdo del cerebro provocada por la hipertensión y la esclerosis». Los facultativos llevaban registro minucioso, tomando nota de todo cada veinte minutos. Los jerarcas, con los ojos enrojecidos por el cansancio, pasaban el tiempo sentados en los sillones, estirando las piernas, de pie junto al lecho del enfermo, y observando a los médicos. Aque-

llas noches interminables les dieron la oportunidad de planificar el traspaso de poderes.

«Malenkov nos dio a entender —escribe Miasnikov— que tenía la esperanza de que las medidas tomadas por los facultativos consiguieran prolongar la vida del enfermo "el tiempo suficiente". Todos nos dimos cuenta de que se refería al tiempo necesario para llevar a cabo la organización del nuevo gobierno».

No se celebró ninguna otra reunión oficial en el Kremlin hasta el día 5 de marzo. Mientras Beria y Malenkov cuchicheaban entre ellos acerca de la distribución de los cargos, Jrushchov y Bulganin se preguntaban cómo podían evitar que Lavrenti se hiciera con el control de la policía secreta. Beria había trazado sus planes hacía mucho tiempo, probablemente con Malenkov: como ningún georgiano podía volver a gobernar el país, Malenkov pretendía encabezar el gobierno y al mismo tiempo continuar como Secretario del Partido; Beria, por su parte, recuperaría su antiguo feudo, el MGB/MVD.

A altas horas de la noche, Mikoyan entró a ver al moribundo. Molotov estaba enfermo, pero aparecía de vez en cuando por allí, sin dejar de pensar en su Polina, que esperaba que siguiera con vida en el exilio. No sabía que en aquellos momentos estaba siendo interrogada en la Lubianka. Pero aquella misma tarde, por orden de Beria, fueron suspendidos repentinamente los interrogatorios de la reina del perfume. Sin embargo, los de los médicos siguieron adelante. Al factótum de la conjura de los médicos, Ignatiev, se le notó nervioso cuando asomó la cara por la puerta para ver cómo se encontraba el moribundo. Seguía sintiendo pánico del Vozhd.

—¡Entra! ¡No seas tímido! —dijo Lozgachev.

A la mañana siguiente Jrushchov fue a su casa a descansar un poco y contó a su familia que Stalin estaba enfermo.

Había momentos en los que Stalin parecía recobrar el sentido: en una ocasión estaban dándole un poco de sopa con una cuchara, cuando de repente levantó la mano y señaló con el dedo una de las empalagosas fotografías colgadas de la pared, en la que se veía a una niña dando de comer a un corderito, y luego «se señaló a sí mismo». «Pareció esbozar una sonrisa», pensó Jrushchov. Los jerarcas miraron a su vez al Vozhd y sonrieron. Molotov pensó que era un ejemplo del genio de Stalin que lamentaba su situación. Beria se dejó caer de rodillas y empezó a besar la mano del generalísimo con fervor. El Vozhd cerró los ojos «para no abrirlos más». A las diez y cuarto de aquella mañana los médicos informaron de que el estado de salud del dictador había empeorado notablemente.

—¡Esos hijos de puta han matado a padre! —se puso a gritar otra vez Vasili.

Jrushchov rodeó con sus brazos a aquel hombrecillo aterrorizado y lo condujo a la habitación contigua.

Beria, que había ido a su casa a almorzar, no fue capaz de ocultar su alivio.

—Para él, es mejor morirse —dijo a su familia—. Si sobrevive, se quedará como un vegetal.

Nina no paraba de llorar ante la muerte inminente de Stalin.

—¡Mira que eres graciosa, Nina! Su muerte te ha salvado la vida...

Nina visitaba a Svetlana a diario e intentaba consolarla.

A última hora del día 4, el estado del Vohzd empezó a deteriorarse, su respiración se hizo más difícil y fatigosa, según el patrón de respiración definido por Cheyne y Stokes, caracterizado por la alternancia de períodos de apnea, propio de todo paciente cuyas fuerzas se debilitan. Beria y Malenkov decidieron consultar a su segundo equipo de facultativos. Aquella misma noche, tres acusados de la conjura de los médicos que habían venido siendo torturados a diario, fueron sacados de su celda para ser sometidos a una nueva sesión. Pero esta vez sus verdugos no estaban interesados en la conspiración sionista; para su sorpresa les pidieron cortesmente una opinión facultativa.

—Mi tío está muy enfermo —dijo uno de los torturadores—. Dicen que presenta ese patrón de respiración llamado de Cheyne-Stokes. ¿Qué pensáis que puede significar?

—Si esperas alguna herencia de tu tío —contestó el profesor, que no había perdido su ingenio judío—, considérala ya en tus manos.

A otra eminencia de la medicina, Yakov Rapoport, le pidieron que dijera los nombres de los especialistas capaces de tratar a ese «tío enfermo». Rapoport nombró a Vinogradov y a los otros médicos que estaban bajo arresto. Pero el interrogador le preguntó si los doctores Kuperin y Lukomski eran también buenos. La respuesta de Rapaport lo dejó estupefacto:

—Sólo uno de los cuatro es un especialista competente, pero de un nivel muy inferior al de los hombres que están en prisión.

Los interrogatorios siguieron adelante, pero los investigadores habían perdido el interés. A veces se quedaban dormidos durante las sesiones. Los detenidos no sabían nada de lo que estaba ocurriendo.

A las once y media de la noche Stalin empezó a dar arcadas. Respiraba con gran dificultad y los períodos de apnea eran cada vez más largos. Kuperin dijo a los jerarcas allí reunidos que la situación era crítica.

—¡Tomad todas las medidas necesarias para salvar al camarada Stalin! —ordenó Beria, lleno de excitación.

Así pues, los médicos siguieron luchando para mantener vivo al generalísimo agonizante. Trajeron un aparato de respiración artificial, pero nunca llegaron a utilizarlo. Los jóvenes técnicos encargados de la máquina observaron con «ojos desorbitados» todas las cosas verdaderamente surrealistas que tenían lugar a su alrededor.

El día 5 Stalin palideció de forma repentina. Su respiración se hizo más débil, prolongándose las fases de apnea; el pulso se volvió más rápido y casi imperceptible. El Vozhd empezó a agitar la cabeza. Tuvo espasmos en la pierna

y el brazo izquierdos. Al mediodía vomitó sangre. Las investigaciones más recientes han sacado a la luz un primer borrador de las anotaciones de los médicos que revela que padeció hemorragias gástricas, detalle que se omitió en el último parte oficial. Tal vez lo ocultaran porque pudiera indicar un caso de envenenamiento. Cualquier fármaco a base de sodio cristalino podría perfectamente haber provocado ese tipo de hemorragias, que indudablemente habrían resultado sospechosas, pero también es posible que no fueran más que una prueba del colapso total de un organismo desgastado y enfermo.

—¡Rápido, ven! ¡Stalin ha sufrido una recaída! —dijo Malenkov a Jrushchov.

Los jerarcas acudieron a toda prisa. El pulso del Vozhd se hizo más lento. A las 15.35 horas empezó a tener cada dos o tres minutos períodos de apnea de cinco segundos. Iba de mal en peor. Beria, Jrushchov y Malenkov habían recibido la autorización del Politburó para «ordenar debidamente todos los papeles y documentos pendientes y archivados» de Stalin. Tras dejar a sus dos camaradas a los pies de la cama del dictador, Beria se trasladó a toda velocidad al Kremlin para empezar a registrar la caja fuerte de Stalin y sus archivos en busca de cualquier documento que pudiera incriminarles. En primer lugar, tal vez estuvieran allí sus últimas voluntades: Lenin había dejado un testamento y el Vozhd había dicho que llevaba un registro de todos sus pensamientos. De ser así, Beria los habría destruido. Los archivos estaban llenos de denuncias y de pruebas contra todos los líderes. Probablemente hubiera pruebas del dudoso papel desempeñado por Lavrenti en Bakú durante la guerra civil, y quizá también estuvieran allí los documentos desaparecidos que revelaban el sangriento papel de Malenkov y Jrushchov durante el Gran Terror, en el caso de Leningrado y en la conjura de los médicos. Esa misma tarde los tres jerarcas comenzaron la destrucción de los documentos, gracias a la cual lograron salvar la reputación histórica de Jrushchov y de Malenkov, pues la de Beria era imposible ya repararla.*

Beria regresó a Kuntsevo. Los médicos informaron del agravamiento final. Se convocó para esa misma noche una reunión oficial de todas las autoridades del régimen: trescientos altos cargos en total. Entonces los jerarcas se reunieron de forma extraoficial en otra habitación para constituir el nuevo ejecutivo. Beria y su «cabrito», Malenkov, habían organizado de antemano el «liderazgo

* En el despacho de Stalin se encontraron, al parecer, cinco cartas sumamente reveladoras, debajo de una hoja de periódico, según contó Jrushchov a A. V. Snegov, quien sólo pudo recordar tres de ellas durante la entrevista que mantuvo con el historiador Roy Medvedev. La primera era una carta de Lenin de 1923 en la que pedía que Stalin presentara sus disculpas por la falta de cortesía demostrada ante su esposa, Krupskaya. La segunda contenía la última petición de perdón de Bujarin: «Koba, ¿por qué quieres que muera?». La tercera estaba escrita por Tito y databa de 1950. Al parecer, decía así: «Deja ya de mandar asesinos para matarme ... Si no cejas en tu empeño, seré yo quien envíe a un hombre a Moscú, y así no tendrás que mandar a más».

colectivo», turnándose a la hora de proponer los nombramientos. Molotov y Mikoyan volvían al Presídium, el número de cuyos miembros se reducía al que había tenido hasta el congreso de octubre. Molotov recuperaba la cartera de Asuntos Exteriores, y Mikoyan la de Comercio Interior y Exterior. Jrushchov seguía ocupando una de las principales secretarías del Partido, pero quedaba excluido del gobierno. Beria gozaba de una posición hegemónica, volviendo a reunir bajo su mando al MVD y al MGB, además de seguir como viceprimer ministro. Malenkov sucedía a Stalin como primer ministro y secretario del Partido. No obstante, el ala militar también salía reforzada: los nuevos asistentes del ministro de Defensa, Bulganin, serían los viejos paladines, Zhukov y Vasilevski. Y Voroshilov pasaría a ocupar la Presidencia. No es de extrañar que Beria estuviera exultante.

El mingreliano ilegítimo, que había estudiado arquitectura pero había madurado en la policía, se veía ya dueño y señor del Imperio, una de las superpotencias nucleares del mundo, convertido en todo un estadista internacional, lejos del simple agente de la policía secreta que había sido hasta entonces. Había sobrevivido contra todo pronóstico y ya no tenía nada que temer. Podía dar rienda suelta a todo su odio hacia Satín:

—¡Ese canalla! ¡Esa inmundicia! ¡Gracias a Dios que nos hemos librado de él!

Podía desenmascarar a aquel generalísimo de pacotilla:

—¡Él no ganó la guerra! —diría poco después a sus allegados—. ¡Nosotros la ganamos! —Y añadía: —¡Y habríamos podido evitarla!

Utilizó la expresión «culto a la personalidad» para denunciar a Stalin. Estaba dispuesto a liberar a las nacionalidades, a abrir la economía, a liberar Alemania Oriental, a vaciar los campos de trabajos forzados mediante una amnistía y a desenmascarar la conjura de los médicos. No dudó ni por un momento del triunfo de su inteligencia superior y de sus nuevas ideas antibolcheviques. Incluso Molotov se dio cuenta de que «era el hombre del futuro».

Si bien su política parecía prefigurar las reformas de Gorbachov, Beria siguió siendo siempre «un simple policía», en palabras de Stalin, pues su obsesión fue vengarse de aquellos que, como Vlasik, lo habían traicionado. No fue el sucesor, sino sólo el hombre fuerte de un «liderazgo colectivo». No obstante, muchos de los nuevos potentados lo temían; temían su brutalidad y su afán de popularidad a través de la «desbolchevización» del régimen. Beria subestimó a Jrushchov y a los mariscales. No obstante, el paso que dio supuso una hazaña notable.

A continuación, los jerarcas se reunieron junto al moribundo jadeante. Beria se acercó al borde del lecho y se dirigió al Vozhd en tono melodramático, como un príncipe heredero de película:

—Camarada Stalin, todos los miembros del Politburó estamos aquí. ¡Háblanos!

No hubo ninguna reacción. Voroshilov apartó a Beria y dijo:

—Deja que se acerquen los guardaespaldas y la servidumbre; a ellos es a los que más conoce.

El coronel Jrustalev se colocó al lado de la cama y le habló. Stalin no abrió los ojos. Los líderes se pusieron en fila para despedirse de él, de dos en dos, como escolares, por orden de importancia, con Beria y Malenkov al frente, seguidos de Voroshilov y Molotov, Kaganovich y Mikoyan, y detrás los más jóvenes. Estrecharon ritualmente su mano. Malenkov afirmó que Stalin le apretó los dedos en señal de que lo hacía su sucesor.

Luego, dejando sólo a Bulganin junto al lecho del moribundo, los potentados se trasladaron a toda velocidad al Kremlin, donde el Presídium, el Consejo de Ministros y el Presídium del Soviet Supremo iban a reunirse para aprobar oficialmente la formación del nuevo gobierno: cesaron a Stalin como primer ministro, pero curiosamente dejaron que siguiera siendo miembro del Presídium. Los aproximadamente trescientos altos cargos confirmaron el trato pactado previamente. Los jerarcas respiraron con cierta sensación de «alivio».*

Todos esperaban la llamada de Bulganin anunciando la muerte de Stalin, pero ésta no llegaba. El Vozhd seguía resistiendo, por lo que decidieron volver a Kuntsevo. Poco después de las nueve de la noche, el moribundo empezó a sudar. Su pulso era muy débil. Tenía los labios amoratados. El Politburó, Svetlana, Valechka y los guardias se reunieron alrededor del sofá. Las autoridades de menor rango se amontonaban fuera, mirando desde la puerta.

A las nueve y media, las respiraciones del dictador eran cuarenta y ocho por minuto. Los latidos de su corazón se hicieron más débiles. Diez minutos más tarde, ante las miradas de todo el mundo, los médicos le pusieron oxígeno. Su pulso prácticamente había desaparecido. Los facultativos propusieron inyectarle una mezcla de alcanfor y adrenalina para estimular su corazón. Correspondía a Svetlana y Vasili autorizarlo, pero los dos hermanos permanecieron inmóviles, contemplando a su padre. Al final fue Beria quien dio la orden. Stalin se estremeció cuando le pusieron la inyección, y su respiración se hizo más afanosa. Lentamente empezó a ahogarse en sus propios fluidos.

* Jrushchov y Bulganin protegieron a Ignatiev, que pasó a ser secretario del Comité Central, pero posteriormente Beria consiguió destituirlo por su participación en la conjura de los médicos. Sin embargo, simplemente fue amonestado y enviado a Bashkiria como primer secretario antes de ser ascendido a máximo dirigente de Tartaria. Jrushchov lo presentó como una víctima, y no un monstruo, en su discurso secreto. La mayoría de agentes importantes de la Cheka involucrados en el caso de la conjura de los médicos, entre ellos Ogoltsov, responsable de la muerte de Mijoels, y Riasnoi, recibieron la protección de Jrushchov y más tarde la de Brezhnev. El castigo de los crímenes de Stalin que hizo Jrushchov fue bastante selectivo. Ignatiev fue condecorado con motivo de su septuagésimo aniversario en 1974. Fue el más afortunado de todos los titulares del MGB de Stalin, pues fue el único que murió en su cama, respetado por todos, a la edad de setenta y nueve años, en 1983.

—¡Llevaos a Svetlana! —ordenó Beria, para evitar a la joven la visión de aquella horrible escena, pero nadie se movió.

«Tenía el rostro descolorido», escribe Svetlana, «sus rasgos eran irreconocibles... Literalmente se asfixió mientras nosotros estábamos allí mirando. Su agonía fue terrible... En el último momento, abrió los ojos. Fue una mirada espantosa, de locura o de rabia, y estaba llena de miedo a la muerte». De repente, el ritmo de su respiración cambió. Su mano izquierda se levantó. Una enfermera pensó que era «como una despedida». «Parecía que señalaba hacia lo alto o que nos estaba amenazando a todos...», cuenta Svetlana. Lo más probable es que sólo intentara agarrar el aire en busca de oxígeno. «Luego, en el último momento, su espíritu, después de un último esfuerzo, se separó de su cuerpo.» Una doctora rompió a llorar y se abrazó a la desconsolada Svetlana.

Pero la lucha todavía no había terminado. Un médico corpulento se abalanzó sobre el cadáver y empezó a practicarle la respiración artificial, masajeando enérgicamente el pecho del difunto. La escena era tan lamentable y dolorosa que Jrushchov sintió lástima de Stalin:

—¡Deténgase, por favor! ¿Acaso no se da cuenta de que está muerto? ¿Qué pretende? No conseguirá resucitarlo... ¡Ya está muerto! —gritó el jerarca ucraniano, mostrando su autoridad impulsiva en la primera orden que no daban ni Beria ni Malenkov.

Poco a poco el rostro de Stalin se volvió «pálido... sereno, hermoso, imperturbable», escribe Svetlana. «Todos nos quedamos helados y en silencio.»

Una vez más, los líderes formaron aquella inquietante fila: Beria se abalanzó al cuerpo caliente del Vozhd y fue el primero en darle ritualmente un beso, en un acto análogo al de sacar el anillo real del dedo de un monarca difunto. Los demás se pusieron en fila para besarlo. Voroshilov, Kaganovich, Bulganin, Jrushchov y Malenkov sollozaban al lado de Svetlana. Molotov lloraba desconsoladamente, a pesar de que Stalin había planeado su inminente liquidación y la de su esposa. Mikoyan escondía sus sentimientos, pero «podía decirse que tuve mucha suerte». Beria no derramó ni una lágrima; en realidad estaba «radiante», había «resucitado»: parecía un sapo gris hinchado y a punto de estallar, relamiéndose de gusto ante lo que veía, sin poder reprimirse. Se abrió paso resueltamente entre los llorosos potentados y salió al vestíbulo. De pronto el silencio sepulcral que reinaba alrededor del lecho de muerte quedó «roto por el tono elevado de su voz, por el grito de triunfo no disimulado», según palabras de Svetlana:

—¡Jrustalev, el coche! —ordenó vociferando. Y se fue al Kremlin.

—Se ha ido para adueñarse del poder —dijo Mikoyan a Jrushchov.

Svetlana notó que «todos lo temían». Lo buscaron con la vista, y entonces con una prisa enloquecida «los miembros del gobierno se precipitaron hacia la puerta...». Mikoyan y Bulganin se quedaron un poco más, pero poco después también pidieron que trajeran sus limusinas. La *Instantsiya* había abandonado

la casa. El coloso había desaparecido, dejando tras de sí tan sólo el bulto inútil de un anciano acostado en un diván en una villa suburbana carente por completo de belleza.

Únicamente se quedaron los criados y la familia: entonces comenzaron a salir de la oscuridad «cocineros, chóferes y vigilantes, jardineros y mujeres encargadas de servir la mesa», que venían a «despedirse» del difunto. Muchos lloraban, y los toscos guardaespaldas se secaban los ojos con las mangas «como si fueran niños». Una enfermera de edad avanzada les dio, entre sollozos, unas gotas de valeriana. Svetlana contemplaba abstraída aquella escena. Unos cuantos criados empezaron a apagar las luces y a ponerlo todo en orden.

Entonces la compañera más cercana de Stalin, consuelo de la cruel soledad de aquel monstruo sin parangón, Valechka, que por aquel entonces tenía treinta y ocho años y llevaba trabajando para el Vozhd desde los veinte, se abrió paso entre las llorosas criadas, «se hincó pesadamente de rodillas» y abalanzándose sobre el cadáver de Stalin, dio rienda suelta a su dolor del modo más desinhibido, como hace la gente sencilla. Aquella mujer, alegre pero absolutamente discreta, que tantas cosas había visto, siguió convencida hasta el fin de sus días de que «nunca pisó la tierra un hombre mejor». Apoyando la cabeza directamente sobre el pecho del difunto, Valechka, con las lágrimas corriendo por las mejillas de «su rostro redondo», «lloró, gimiendo con toda la fuerza de su voz, como hacen las mujeres de las aldeas. Estuvo así durante largo tiempo, sin que nadie se atreviera a impedírselo».[1]

Epílogo

El cadáver de Stalin fue embalsamado. El 9 de marzo de 1953, Molotov, Beria y Jrushchov pronunciaron sendos discursos en su funeral tras lo cual su cuerpo fue depositado en el Mausoleo de Lenin, al lado del de éste. Polina Molotova seguía en la Lubianka. Al día siguiente, Beria invitó a Molotov al despacho que tenía en la prisión. Cuando llegó Viacheslav, Beria salió corriendo a su encuentro para felicitar a Polina.

—¡Toda una heroína! —afirmó.

Lo primero que hizo ésta fue preguntar cómo estaba Stalin. Cuando se enteró de que había muerto, se desmayó. Molotov se la llevó a casa.

Beria tomó algunas medidas tendentes a liberalizar el régimen y detuvo a los responsables de la conjura de los médicos, pero su propuesta de liberar Alemania del este provocó una sublevación que alarmó a los demás jerarcas. Jrushchov empezó a planear la eliminación de Beria. Logró que se pasaran a su bando el primer ministro, malenkov, y el ministro de defensa, Bulganin. Molotov seguía admirando a Beria, pero estuvo de acuerdo en apoyar a Jrushchov debido a la crisis de Alemania. Sorprendentemente, el presidente Voroshilov apoyó al mingreliano. Cuando fue consultado, Mikoyan dijo que desconfiaba de Jrushchov porque era muy amigo de Beria y de Malenkov. Jrushchov no contó a Mikoyan todo el asunto, pero se mostró a favor de degradar a Beria y nombrarlo únicamente ministro del Petróleo. Kaganovich, como de costumbre, no se pronunció ni en un sentido ni en otro. Pero el mariscal Zhukov y sus generales representaron la fuerza decisiva.

El 25 de junio, Beria se encontraba meciéndose tranquilamente en una hamaca en su dacha, cantando canciones georgianas. Había sido convocado a una reunión especial del Presídium. Nina le advirtió que tuviera cuidado, pero él no se mostró preocupado en lo más mínimo, pues, según dijo, contaba con el apoyo de Molotov. Al día siguiente, durante la reunión, aproximadamente

a la una de la tarde, Jrushchov se levantó y arremetió contra Beria. Bulganin se unió al ataque, y Mikoyan se quedó de piedra al escucharles decir que había que detenerlo.

—¿Qué es lo que está pasando, Nikita? —preguntó el mingreliano— ¿Por qué me estás buscando las cosquillas?

Cuando a Malenkov le tocó el turno de apoyar el golpe, perdió los estribos e hizo una señal secreta a los militares que aguardaban fuera. El mariscal Zhukov entró violentamente y detuvo a Beria.

Nina Beria, su hijo Sergo y su nuera Martha Peshkova también fueron arrestados y encarcelados. Desde su celda, Beria bombardeó a Malenkov con cartas pidiéndole ayuda y clemencia para su familia. El 22 de diciembre, fue condenado a muerte por un tribunal político secreto, junto con Merkulov, Dekanozov y Kobulov, acusado de traición y terrorismo, cargos de los que aquella pandilla de asesinos eran a todas luces inocentes.

A Beria lo desnudaron hasta dejarlo en calzoncillos; lo esposaron y lo ataron a un gancho colgado de la pared. Suplicó angustiosamente que le perdonaran la vida, armando tanto escándalo que tuvieron que taparle la boca con una toalla. Sus ojos se marcaban por debajo de la venda que le habían puesto para taparle la cara. Su verdugo —el general Batitski, posteriormente ascendido a mariscal por su hazaña—le pegó un tiro directamente en la frente. Su cadáver fue incinerado. Su anterior protegido y luego rival, Abakumov, fue procesado por el caso de Leningrado y fusilado en diciembre de 1954. Muchos de los crímenes de Stalin se le achacaron a él.

Cuando las nuevas autoridades empezaron a liberar prisioneros, muchos de ellos tuvieron la misma reacción. Kira Alliluyeva, que acababa de salir de la cárcel, fue a recoger a su madre, Zhenia, a la Lubianka.

—¡Por fin! ¡Stalin nos ha salvado a todos! —exclamó Zhenia.

—¡Qué tonta! —repuso su hija— ¡Stalin ha muerto!

Zhenia siguió admirando a Stalin hasta su muerte, ocurrida en 1974. Su cuñada, Anna Redens, al igual que la segunda mujer de Budionni, Olga, perdieron la razón en su confinamiento y nunca la recuperaron. Vlasik salió destrozado de la cárcel, pero tanto él como Poskrebishev siguieron siendo amigos. Ambos murieron a mediados de los años sesenta.

Jrushchov se erigió en el principal líder. Malenkov fue destituido como primer ministro y reemplazado por Bulganin. En 1956, contando con el apoyo de Mikoyan, Jrushchov denunció los crímenes de Stalin en su famoso «discurso secreto». Cinco años después, el cadáver del Vozhd fue retirado del mausoleo y enterrado en la muralla del Kremlin.

En 1957, Molotov, Kaganovich y Malenkov, apoyados por Voroshilov y Bulganin, intentaron derrocar a Jrushchov en el Presídium. Pero éste movilizó al comité central haciendo venir en avión a sus partidarios gracias a un plan de vuelos organizado por el mariscal Zhukov.

En el transcurso de un pleno, los sanguinarios jerarcas de Stalin se pelearon y se dedicaron a echarse las culpas unos a otros de sus crímenes.

—Os remangasteis la camisa, cogisteis un hacha y os pusisteis a cortar cabezas —acusó Zhukov a todos, a Jrushchov el primero.

Jrushchov acusó a Malenkov, quien replicó:

—¡Sólo tú estás completamente limpio, camarada Jrushchov!

Kaganovich insistió en que «todo el Politburó firmó» las listas negras. Jrushchov lo acusó también a él, pero Lazar aulló:

—¿Acaso no firmaste tú condenas de muerte en Ucrania?

Finalmente Jrushchov gritó:

—¡Ni todos nosotros juntos valemos una cagada de Stalin!

Como ha dicho recientemente un historiador, «aquello no fue un nuevo Núremberg, desde luego», pero sí «lo más cerca que llegaron a estar los cómplices de Stalin del día del juicio final». Molotov, Kaganovich y Malenkov fueron destituidos. Kaganovich y Malenkov fueron enviados a dos regiones apartadas a dirigir una central eléctrica y una fábrica de potasa, respectivamente. La hija de Malenkov dice que su padre encontró en aquel destino de menor rango un alivio reparador; el nieto de Kaganovich cuenta que Lazar de Hierro depuso inmediatamente su famoso mal humor y nunca más volvió a gritar, convirtiéndose en un abuelo cariñoso.

Molotov fue nombrado embajador en Mongolia y luego, en 1960, representante de la URSS en la Agencia para la Energía Atómica de la ONU en Viena; de ese modo, en junio de 1961 asistió, sin que nadie se fijara en él, al encuentro que tuvieron en este organismo Kennedy y Jrushchov al frente de sus respectivas delegaciones.

Como ocurriera con Stalin anteriormente, Jrushchov fue nombrado primer ministro además de primer secretario del Partido. El mariscal Zhukov fue nombrado ministro de Defensa en recompensa por la ayuda prestada, pero su brío y su fama suponían una amenaza para la vanagloria cada vez mayor de Jrushchov, que lo destituyó acusándolo de «bonapartismo». En 1960, cuando el caduco Voroshilov se retiró de la presidencia, Jrushchov y Mikoyan se convertirían en los últimos jerarcas de Stalin que seguían en el poder. Durante la crisis de los misiles de Cuba, fue Mikoyan el que voló a la Habana, acompañado de su hijo Sergo, para convencer a Castro de que aceptara el compromiso de Jrushchov, y a continuación se trasladó a Washington para entrevistarse con Kennedy. Mikoyan, que había sido uno de los que portaran el féretro de Lenin sobre sus hombros, asistió también a los funerales de John F. Kennedy.

Tras el susto de la crisis de los misiles y las locuras autocráticas de sus panaceas agrícolas, Jrushchov fue destituido en 1964 por una camarilla de jóvenes estrellas estalinistas, Brezhnev, Kosigin y la eminencia gris del grupo, Suslov, que siguieron gobernando hasta su muerte en los años ochenta. Mikoyan

sobrevivió incluso a este levantamiento para convertirse en presidente de la Unión, hasta que se retiró en 1965.

A los viejos jerarcas les costó mucho trabajo resignarse a su caída. Contaban con ser detenidos, por lo que sintieron un gran alivio al ver que seguían con vida. Cuando abandonaron sus pisos del Kremlin en 1957, Kaganovich y Andreyev se dieron cuenta de que ni siquiera poseían un par de sábanas o de toallas. A muchos se les concedieron pisos en los majestuosos edificios de la calle Granovski, donde el astuto Molotov se las arregló para que le dieran dos viviendas, además de una dacha. Kaganovich y Malenkov se retiraron a sendos apartamentos de una austeridad espartana, aunque muy grandes, en otro edificio del Muelle de Frunze, pero siempre evitaron verse. Aquellos famosos jubilados con las manos manchadas de sangre pasaron su vejez escribiendo sus memorias, recibiendo visitas de admiradores del estalinismo, evitando la mirada hostil de sus antiguas víctimas cuando se las encontraban por la calle, solicitando su readmisión en el Partido, y revolviendo documentos en la Biblioteca Lenin: en aquellos momentos eran ciudadanos anónimos, y localizarlos se convirtió en una apasionante modalidad de arqueología viva.

Felizmente reunidos de nuevo, Molotov y Polina siguieron siendo un par de estalinistas empedernidos: Svetlana dice que visitarlos era como entrar en un «museo de paleontología». El hosco desdén que sentían Molotov y Kaganovich uno por otro siguió vivo hasta su muerte, aunque aquello no era nada comparado con el odio que profesaban a Jrushchov. Éste admitiría estar manchado «hasta los codos» de la sangre de sus víctimas y reconoció que llevaba «ese peso en mi conciencia». Desafió a sus sucesores redactando sus memorias, sólo hasta cierto punto honestas, pues son muy selectivas, y murió en 1971. Ese mismo año falleció Andreyev, a pesar de su mala salud: la placa conmemorativa colocada en el muro externo de la casa de Granovski lo convierte en el último de los verdugos de Stalin que recibiera ese honor. Mikoyan se dedicó también a escribir unas memorias bastante sinceras, pero igualmente selectivas, hasta su muerte en 1978.

Otros tres personajes sobrevivieron hasta la nueva época: Polina murió en 1970 y Molotov dejó a la posteridad sus recuerdos, en los que no muestra el menor rastro de remordimiento, en una serie de conversaciones con un periodista comprensivo. Sobrevivió y llegó a conocer la ascensión al poder de Gorbachov, falleciendo en 1986. Malenkov siguió siendo estalinista, pero le gustaba la poesía de Mandelstam y redescubrió la fe cristiana de su infancia, lo cual quizá suponga algún tipo de arrepentimiento. En 1988 fue enterrado al pie de una cruz y de una estatua (a todas luces inadecuada) del «león de la justicia», obra de un nieto suyo. Kaganovich, el más cauto y, a la vez, el más pusilánime de los jerarcas, sobrevivió a todos los demás y murió en 1991, llegando a ver el principio del fin de la Unión Soviética, que él mismo había contribuido a construir.

Las familias de todos ellos han corrido distintas suertes y tienen opiniones muy diversas de Stalin y del papel desempeñado por sus progenitores: la mayor parte de ellos se hicieron editores, arquitectos o científicos. Vasili Stalin fue encarcelado y liberado, volvió a casarse y finalmente murió de modo trágico a consecuencia del alcoholismo en 1962. Su hijo Alexander, que utiliza el apellido de su madre, es un respetable escenógrafo de Moscú. Svetlana Alliluyeva desertó y regresó a Rusia, pero luego volvió a marcharse del país, casándose con un americano. Tuvo una hija con él, vivió en Harvard y Cambridge, cosechó —y perdió—una fortuna con sus memorias, bastante bien escritas, y finalmente se encontró sin medios de vida, teniendo que refugiarse en una vivienda protegida de Bristol. En la actualidad vive sola sumergida en el anonimato en una zona del medio oeste de Estados Unidos. Abrazó el liberalismo y rechazó el estalinismo, haciendo gala de la misma inteligencia y la misma paranoia de su padre. Los dos hijos que tuvo en la Unión Soviética, Iosiv Morozov y Katia Zhdanov, son médicos en Rusia.

Yuri Zhdanov volvió a casarse y reanudó su carrera académica, llegando a ser rector de la Universidad de Rostov del Don, donde sigue viviendo como un respetable catedrático emérito, admirador de Stalin y defensor de su padre. Artiom Sergeiev siguió en el ejército, ascendió a teniente general y vive en las afueras de Moscú. El resto de la familia Alliluyev sigue siendo más o menos unida: Kira Alliluyeva trabajó como actriz y en la actualidad sigue siendo tan incontrolable como cuando se negó a salir de debajo de la mesa de billar de Stalin en 1937.

Stepan Mikoyan hizo una gran carrera como piloto de pruebas y llegó también a teniente general. Su hermano menor, Sergo, publicó una revista sobre América Latina. Los dos viven en Moscú. La hija de Kaganovich, Maya, se casó y tuvo hijos, cuidando de su padre en la vejez. Lo sobrevivió apenas unos años.

Sergo Beria y Martha Peshkova fueron excarcelados y se trasladaron a Kiev con la viuda de Beria, Nina, que nunca dejó de amar a su marido. En 1965, Martha se divorció de Sergo, que siguió trabajando como experto en misiles utilizando el apellido de su madre, Gegechkori. Poco antes de su muerte en 2000, publicó sus memorias y apeló al Tribunal Supremo de Rusia para rehabilitar la figura de su padre. El Tribunal confirmó las acusaciones falsas presentadas contra Beria. Martha, que conserva el aspecto que tuvo siempre, continúa viviendo en la gran dacha situada en la vieja finca de su abuelo, Gorki. Los tres encantadores nietos de Beria, que utilizan el apellido Peshkov, son, respectivamente, decorador de interiores, profesor de arte y especialista en electrónica.

Lilia Drozhdova, el «último amor» de Beria, nunca lo traicionó. Vive en Moscú y, cumplidos ya los sesenta, sigue siendo muy hermosa.

La tercera esposa de Budionni continúa viviendo en su piso de la calle

Granovski, lleno de cuadros a tamaño natural del mariscal a caballo. Los pisos valen en la actualidad más de un millón de dólares, de modo que los Molotov han alquilado los suyos a un banco de inversiones americano, demostrando tal vez que Stalin tenía razón al sospechar de las tendencias «derechistas» de Viacheslav. El nieto de Molotov, Viacheslav Nikonov, fue uno de los liberales más destacados de 1991 que colaboró en la desclasificación de los archivos del KGB y se convirtió en uno de los principales asesores del presidente Yeltsin, trabajando en el equipo que contribuyó a su reelección en 1996. En la actualidad dirige uno de los gabinetes de asesoría política más respetables de Moscú y está escribiendo la biografía de su abuelo.

Quizá Stalin también tuviera razón respecto a los Mikoyan: el nieto de Anastas, Stas, se convirtió en una estrella del rock soviético, creó su propia compañía de discos en los años noventa, y en la actualidad es uno de los empresarios más destacados de la música rock en Rusia, el Richard Branson del país. La esperanza de Beria de que sus nietos estudiaran en Oxford no se hizo realidad, pero un biznieto suyo acaba de terminar los estudios de enseñanza media en una escuela de Rugby, Inglaterra. La hija de Malenkov, Volia, arquitecta de profesión, siguió los pasos tardíos de su padre por la senda de la religión y se ha dedicado en su vejez a construir iglesias: en sus tarjetas de visita aparecen reproducidas diversas imágenes de las iglesias que ha construido. Tanto ella como sus hermanos, ambos científicos y catedráticos, siguen convencidos de la inocencia de su padre.

El confidente de Stalin, Candide Charkviani, sobrevivió hasta ver el surgimiento de una Georgia independiente en 1991, y ha escrito unas memorias que siguen inéditas. Su hijo Gela ha sido el principal asesor político del presidente Shevardnadze desde 1993.

Hasta hoy, las amistades y antipatías existentes durante el reinado de Stalin han seguido vivas entre los hijos de los jerarcas. Las familias de los próceres que siguieron en el poder, los Mikoyan, los Jrushchov y los Budionni, son consideradas, incluso en la actualidad, la aristocracia soviética. Nina Budionni, que sigue siendo estalinista, es amiga íntima de Julia Jrushchova, que ya no lo es. La amistad que mantenían los mariscales Budionni y Zhukov no sólo siguen cultivándola sus hijas, sino incluso sus nietos. Stepan Mikoyan aún es amigo de Natasha Andreyeva, aunque él es liberal y ella una estalinista empedernida. Artiom Sergeiev sigue en contacto con sus viejas amigas, Nadia Vlasika y Natasha Poskrebisheva. Pero los Malenkov y los Andreyev continúan despreciando a los Jrushchov.

Es perfectamente natural que todos ellos defiendan el papel desempeñado por sus padres durante el Gran Terror. Los Jrushchov y los Mikoyan tienen el valor y la honestidad de reconocer la verdad, reflejando los intentos que hicieron sus progenitores por corregir las peores atrocidades de Stalin (y las suyas). No obstante, muchos de los hijos de los jerarcas siguen defendiendo con entu-

siasmo el Gran Terror y muchos prefieren echar la culpa de los crímenes de Stalin a Beria.

Martha Peshkova, que se crió con Gorki en Sorrento, que sigue creyendo que su padre y su abuelo fueron asesinados y que de niña jugó con el Vozhd, opina que «Stalin era tan listo como cruel. La política en tiempos de Stalin era como una tinaja tapada dentro de la cual había una pandilla de intrigantes que se peleaban a muerte unos con otros. ¡Qué época más espantosa! Pero si Beria se hubiera impuesto después de la muerte de Stalin, habría mejorado la vida del país y probablemente nos hubiéramos librado de la destrucción y la pobreza que reinan en él hoy día».

Vladimir Alliluyev (Redens), cuyo padre fue fusilado por orden del Vozhd y cuya madre perdió la razón en la cárcel, insiste en que Stalin fue «un gran hombre con facetas buenas y malas». Natasha Poskrebisheva, cuya madre fue fusilada por Stalin, lo admira enormemente y afirma que es hija suya. Natasha Andreyeva, que vive con mucha estrechez en un piso atestado de los muebles *art déco* de su padre, sigue siendo la estalinista más agresiva. «He heredado la intuición de mi madre», advirtió a este autor durante las entrevistas que le concedió para la elaboración del presente libro. «Puedo reconocer a un enemigo del pueblo por sus ojos. ¿Es usted un enemigo del pueblo? ¿Le da miedo la bandera roja?» Sigue apoyando el Terror: «Tuvimos que acabar con los espías antes de la guerra». A pesar del abultado inventario que registra las sangrientas bromas gastadas por su padre en 1937, ella insiste en su inocencia y afirma: «¡Las manos sucias de Jrushchov causaron muchas más muertes en Ucrania!» Andreyeva llega a la conclusión de que es al «sistema», no a Stalin, al que debe echarse la culpa de los «errores». «¡Pero si vosotros, los capitalistas de Occidente, habéis matado con vuestro sida a más gente en Rusia que la que pudiera matar Stalin!»

Los que vivieron una vida extraordinaria, terrible y privilegiada como hijos de los jerarcas de Stalin siguen unidos, y no es de extrañar que sus actitudes desafíen al tiempo... y a la propia surte que corrieron sus familiares. Los ideales apasionadamente optimistas del marxismo-leninismo-estalinismo y los triunfos imperiales de los ejércitos del generalísimo siguen siendo tan poderosos y persuasivos como la presencia del propio Stalin, de la que nunca podrán liberarse. Ya en su vejez le preguntaron a Molotov si soñaba con el Vozhd:

—No muy a menudo —respondió—, pero a veces sí. Las circunstancias son muy extrañas. Me encuentro en una especie de ciudad destruida y no soy capaz de encontrar la salida. Entonces lo veo a ÉL...[1]

Notas

PRÓLOGO

1. Este relato de los sucesos del 8 de noviembre de 1932 se basa en las memorias de Molotov y de Svetlana Alliluyeva, en entrevistas con los miembros todavía vivos de la familia de Stalin y con los hijos de los mandatarios soviéticos, así como en el historial médico de Nadezhda, las cartas que escribió a Stalin y que éste le escribió a ella, y en documentos oficiales del RGASPI y del GARF, pero también en versiones publicadas en libros, como, por ejemplo, Edvard Radzinsky, *Stalin*. Para el aspecto físico de Nadezhda: Svetlana Alliluyeva, *Twenty Letters to a Friend*, pp. 90-111. Boris Bazhanov, *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, p. 110. Testimonio de Nadezhda Stalin citado en Radzinsky, *Stalin*, pp. 278-279. Mujeres: F. Chuev (ed.), *Molotov Remembers* (en adelante *MR*), pp. 164, 174. Diario de Stalin, 8 de noviembre de 1932. Postyshev participó también en la reunión, *Istoricheski Arjiv* (en adelante *IA*), 1994, n.º 1, a 1997, n.º 1, e Índice Analítico, 1998, n.º 4, Posetileli Kremlevskogo Kabineta IV Stalina 1924-1953. Yagoda: A. L. Litvin *et alii* (eds.), *Genrij Yagoda Narkom vnytrennij del SSSR, Generalnyi Kommissár Gossudarstvennoy Besopastnosti* (en adelante *Yagoda*), pp. 1-20. Bigote a lo Hitler de Yagoda: entrevista con Martha Peshkova. Apariencia física de Stalin: ojos color miel, entrevista con Maya Kavtaradze. El brazo en estado no demasiado malo y el abrigo viejo: entrevista con Artiom Sergeiev. Olor a tabaco: entrevistas de Leonid Redens con el autor y de Svetlana Alliluyeva con Rosamund Richardson (en adelante Svetlana RR). Andares de actor: Galina Vishnevskaya, *Galina: A Russian Story*, pp. 95-97. Trazado del Kremlin y residencias de los mandatarios: entrevista con Stepan Mikoyan. Época maravillosa: RGASPI 74.1.429.65-66, diario de E. D. Voroshilova, 21 de junio de 1954.
2. Seguridad: RGASPI 17.162.9.54, citado en Oleg Jlevniuk, *Le Cercle du Kremlin, Staline et le bureau politique dans les années 30. Les jeux du pouvoir*, p. 51. Para Lenin: Robert Service, *Lenin*, pp. 400-401. Visitas a Bedny: véase Pavel Sudoplatov, *Special Tasks*, p. 52. Sobre la anécdota del encuentro de Stalin y Molotov

con un vagabundo mientras paseaban por Moscú: *MR*, pp. 14, 213, N. S. Vlasik, «Moya Biografiya», *Shpion*, vol. 8-9, pp. 25-27: hasta 1927 Stalin tuvo sólo un guardaespaldas, Yusis, un lituano, al que se unió entonces Vlasik. Autoestopistas: entrevistas con Yuri A. Zhdanov y Artiom Sergeiev. Sudoplatov, p. 52. Decreto sobre los paseos de Stalin: RGASPI 17.162.9.54, citado en Jlevniuk, *Cercle*, p. 51. F. Chuev (ed.), *Tak govoril Kaganovich* (en adelante *Kaganovich*), p. 191. Sobre los niños del Kremlin corriendo al encuentro de Stalin: entrevista con Natalia Andreyeva.

3. Para la teoría de la psoriasis, que no está demostrada, véase W. H. Bos y E. M. Farber, «Joseph Stalin's Psoriasis: Its Treatment and the Consequences», en *Cutis*, vol. 59, abril de 1997. Deseo expresar mi agradecimiento a R. Service por llamar mi atención sobre ella. Respecto a la amigdalitis y los dolores de garganta: I. Valedinski, «Vospominaniya o vstrechach s. tov. Stalinym IV», en *Muzei Revolutzii*, vol. 23, Moscú, 1992, pp. 121-126. La reprimenda de Stalin a Vasily: Artiom Sergeiev. Véase asimismo Akaki Mgeladze, *Stalin kakim ya ego zhnal*, pp. 198-199: «Si lo hubiera hecho, no habría sido Stalin». «Cinco o seis Stalins»: *Kaganovich*, p. 154. *Litsedei*: véase V. Zubok y C. Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War, From Stalin to Khrushchev* (en adelante Zubok), p. 21. Primeros momentos de la formación de Stalin: «Joseph Stalin, the Making of a Stalinist», de Robert Service, en J. Channon (ed.), *Politics, Society and Stalinism in the USSR*, pp. 15-30.
4. RGASPI 558.11.1550.34-35; Stalin a Nadia, 21 de junio de 1930. Nadia como espía: RGASPI 85.28.63.13, Nadia Alliluyeva a Ordzhonikidze quejándose de que no se ha hecho caso del aviso de Stalin en el que se reclamaba una instrucción correcta de los técnicos de Prodaka Demiya, 2 de abril de 1931. Deseo expresar mi agradecimiento a Robert Service por esta información.
5. RGASPI 558.11.1550. Nadia a Stalin; 28 de agosto de 1929.
6. Sobre la locura de Nadia: *MR*, pp. 173-174. Para los problemas mentales de la familia Alliluyev: entrevistas con Kira Alliluyeva y Stanislas Redens. Conversación de Svetlana y Polina citada en Svetlana, *Twenty Letters*, p. 118.
7. RGASPI 558.11.1550.27, Nadia a Stalin, 27 de septiembre de 1929.
8. RGASPI 558.11.1550.8, Stalin a Nadia, 29 de agosto de 1929. Para los estudios de Vasili y su maestra: RGASPI 558.11.1550.31-32, Stalin a Nadia, 2 de julio de 1930; 558.11.1550.61-63, Svetlana a Stalin, 21 de septiembre de 1931.
9. RGASPI 558.11.1550.7, Nadia a Stalin, 28 de agosto de 1929. RGASPI 558.11.1550.8, Stalin a Nadia, 29 de agosto de 1929. Stalin a propósito de los médicos de Nadia: RGASPI 558.11.1550.30, Stalin a Nadia, 21 de junio de 1930. Para los dientes de Stalin: RGASPI 558.11.1550.43-45, Stalin a Nadia, 24 de septiembre de 1930, y RGASPI 558.11.1550.34-35, Nadia a Stalin, 5 de septiembre de 1930.
10. RGASPI 558.11.1550.29, Nadia a Stalin, 1 de octubre de 1929.
11. RGASPI 558.11.1550.36-37, Stalin a Nadia, 8 de septiembre de 1930.
12. RGASPI 558.11.1550.7, Nadia a Stalin, 28 de agosto de 1929.
13. Nadia a Stalin sobre política: por ejemplo, RGASPI 558.11.1550.10-12, Nadia a Stalin, 2 de septiembre de 1929. Le cuenta cómo Ordzhonikidze y Rudzutak se habían reunido con Voroshilov; y la opinión de Ordzhonikidze sobre la economía de Pequeña Kabardia.

14. Nadia, Stalin y los libros. Sobre los escritos de los rusos blancos acerca de Stalin: RGASPI 558.11.1550.65-66, Nadia a Stalin, 26 de septiembre de 1931. RGASPI 558.11.1550.35-36, Stalin a Nadia y Nadia a Stalin, 5 y 8 de septiembre de 1930. RGASPI 558.11.1550.123-124, Nadia a A. N. Poskrebishev, julio de 1932.
15. Fotografías: RGASPI 558.11.1550.43-45, Stalin a Nadia, 24 de septiembre de 1930. Para el aspecto gracioso de Molotov: RGASPI 558.11.1550.65-66, Nadia a Stalin, 29 de septiembre de 1931.
16. RGASPI 535.1.53.18, N. Alliluyeva, IKKI, 12 de mayo de 1927. A propósito de las *babas*: RGASPI 44.1.1.417, Nadia Alliluyeva a Maria Svanidze, 11 de enero de 1926. Sobre la cuestión de los pollos: Nadia a Kalinin, citada en Radio 4, *Kremlin Women*, de Robert Service.
17. RGASPI 558.11.1550.9, Stalin a Nadia, 1 de septiembre de 1929.
18. Gulia Djugashvili, *Ded Otets, Ma i Drugie*, pp. 18-19. Kirov se llevó a Yakov a Moscú en 1921 y se ocupó de él en San Petersburgo. RGASPI 558.11.1550.10-12, Nadia a Stalin, 2 de septiembre de 1929. Para Yasha y el suicidio de Nadia: RGASPI 558.11.1.213-295, diario de Maria Svanidze, 9 de mayo de 1935. Para el chiste de Stalin en torno al suicidio de Yasha: Svetlana Alliluyeva *RR*.
19. Vida en el Kremlin, recuerdos de Voroshilov y el piso: Artiom Sergeiev. Natalia Andreyeva. Stepan Mikoyan. *MR*, p. 210. Por aquí paseaba Iván el Terrible: Zubok, p. 16.
20. Aspecto de Nadezhda: Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 90-111. Bazhanov, p. 110. Testimonio de Nadezhda Stalin citado en Radzinsky, pp. 278-279. *MR*, p. 164. Artiom Sergeiev. Desequilibrada psicológicamente: Z. A. Zhdanova, citada en Svetlana, *Twenty Letters*, p. 112. Palizas de Vasili: Rosamond Richardson, *The Long Shadow: Inside Stalin's Family*, pp. 130-131. Historiales médicos de Nadia: RGASPI 558.11.1551.
21. Sobre los asistentes a la cena: los Andreyev: Natalia Andreyeva. Los Mikoyan: Stepan Mikoyan. Ordzhonikidze: Eteri Ordzhonikidze. Bujarin, Molotov, Kalinin: Stalin a Bujarin en Anna Larina, *This I Cannot Forget, The Memoirs of Nikolai Bukharin's Widow*, pp. 142, 291. Pavel y Zhenia Alliluyev: Kira Alliluyeva. Budionni: Nina Budionni. Dientes blancos: Isaac Babel, *1920 Diary*, p. 89. Episodio del baile de Nadia con otro: «Nadie le prestó demasiada atención en aquella fiesta...». Nadhezda Stalin (nieta suya, que oyó contar la anécdota a Anna Alliluyeva), citada en Radzinski, p. 278. Baile con Yenukidze: entrevista con Natalya Rykov.

    Sobre Stalin y las mujeres: Stalin «bastante apuesto», etc.: *MR*, p. 174. La «bella» Yegorova: A. T. Ribin, *Stalin v Oktyabre 1941*, p. 20. Sobre el «baile y la diversión» de Yegorova: actas del interrogatorio citadas por extenso en Larissa Vasilieva, *Kremlin Wives*, pp. 103-111. «La hermosa mujer de Yegorov, que era una estrella del cine»: Joseph E. Davies, *Mission to Moscow*, p. 95; Svetlana Alliluyeva, *Only One Year* (en adelante Svetlana *OOY*), pp. 131, 317; entrevista con Nadezhda Vlasik. Cartas de las admiradoras: RGASPI 558.11.726.61, Rachel Dizik a Stalin, y respuesta de éste de 3 de abril de 1931. Sobre Mikulina: *IA*; visita de E. N. Mikulina a Stalin: Zhores Medvedev, *Politische Dnevnik*, 1975, pp. 364, 428-434, *Sochineniya* de Stalin, vol. 12 (1949), pp. 108-115. Episodio de

Rusudana Zhordaniya: A. T. Ribin, *Stalin v Oktyabre 1941*, p. 18. En la entrevista que mantuvo el autor con A. Mirtsjulava, que conoció bien a Rusudana, ésta se rió de la idea de que mantuvieran un idilio: «Era mucho más joven que él»; entrevista con Natalia A. Poskrebysheva. Para Vlasik: Entrevista con Nadezhda Vlasik. Sobre los éxitos con las mujeres del Partido, Stal y Slavotinskaya: *Kaganovich*, p. 160. Sobre Dora Jazan: Bazhanov, p. 36. Para los celos (por la bailarina) y la «indulgencia consigo misma»: entrevista con Vladimir E. Alliluyev (Redens). Para los celos (por la peluquera) y la locura: *MR*, p. 173; Natalia Rikova: Davies, p. 95. Sobre las cartas de Nadezhda a Stalin manifestando sus celos: RGASPI 558.11.1550.148, 30 de junio de 1930. El baile: Kozlovsky en Vladimir Karpov, *Rastrelyannye Marshaly*, p. 342. Rosa Kaganovich: *Kaganovich*, pp. 48-50. Para las mujeres durante el Gran Terror: Robert Conquest, *Stalin: Breaker of Nations*, p. 216. Para las esposas del Politburó (PB) el 5 de julio de 1937: AP RF 3.58.174.107, citado en Alexander Yakovlev, *A Century of Violence in Soviet Russia*, p. 42. Michael Parrish, *The Lesser Terror. Soviet State Security 1939-1953* (en adelante *Lesser Terror*), p. 33. Todas las Alliluyev querían acostarse con Stalin: Sergo Beria, *Beria My Father: Inside Stalin's Kremlin* (en adelante Sergo B), p. 150; anécdota que le contó Svetlana a Nina Beria.

22. Para el matrimonio de Stalin y Nadezhda: Entrevista con Kira Alliluyeva. Una «mujer cascarrabias»: Pauker citado por Alexander Orlov, *Secret History of Stalin's Crimes*, p. 315. Inestabilidad de Nadia: Eteri Ordzhonikidze. «Depresión», un tipo de «esquizofrenia incipiente que hizo estragos en la familia de su madre»: Svetlana RR. Sobre sus intemperancias y su enfermedad, «hasta la niñera se quejaba de que no mostraba interés por los niños»: Vladimir Alliluyev (Redens). Para su comportamiento grosero con Stalin: «¡Cállate!»: Entrevista con Nina S. Budionni; y Maria Budionni (tercera esposa), en Vasilieva, *Kremlin Wives*, p. 72. Para lo de «alguien que le prestara atención»: Nadezhda Stalin en Radzinski, p. 278. Sobre Yenukidze: Natalia Rikova. Para el brindis político: Ribin, *Oktyabre 1941*, p. 10. Para sus peleas: golpes en la puerta del baño, N. S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers: The Glasnost Papers* (en adelante *Glasnost*), p. 16. Para el pollo tirado por la ventana y lo de que Nadezhda era «una estúpida» según su madre: Svetlana *OOY*, p. 317. Para la conversación de Polina Molotova con Nadezhda la noche del 8-9 de noviembre: *MR*, p. 173, y Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 117-118.
23. Polina y Nadia, Stalin en el piso: *MR*, p. 173, y la versión que Polina y la niñera ofrecieron a Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 116-118; otras versiones ofrecidas a este autor por la familia: Kira Alliluyeva, Artiom Sergeiev, Leonid Redens, Vladimir Alliluyev (Redens). Se quitó la rosa: Nadezhda Stalin, nieta, en Radzinski, p. 278. La pistola: petición de Nadezhda a Pavel, la puerta cerrada con cerrojo: entrevista con Kira Alliluyeva. Artiom Sergeiev llegó a tener en sus manos la pistola: Entrevista con el autor. El piso: *MR*, p. 189; y también Artiom Sergeiev. Episodio de la Guseva y el guardaespaldas estúpido: Jrushchov, *Glasnost*, pp. 15-17. Hora de la muerte: Informe secreto del Dr. Kushner: GARF 7523c.149a.2-7.
24. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 116-118: cita asimismo las versiones que le ofrecieron su niñera y Polina Molotova en 1955. Anastas Mikoyan, *Tak bylo* (en ade-

lante Mikoyan), p. 232: aunque estaba mucho más cerca del lugar donde se produjo el disparo, Zina Ordzhonikidze sólo oyó un «ruido sordo» cuando Sergo Ordzhonikidze se pegó el tiro. Sobre la Plataforma de Riutin: Vlasik en entrevista con el Dr. N. Antipenko, citado en Radzinsky, p. 286. «Iosiv, Nadia ya no está con nosotros»: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 117. «Iosiv, Nadia ha muerto»: Vasilieva, *Kremlin Wives*, p. 67. Yenukidze fue el primero en llegar, llamado por la niñera: Larina, p. 142.

25. El papel de Yenukidze: GARF 7523c-149a-2.1-6, que incluye el informe del Prof. Kushner, documento 7. Para los chismorreos del personal y la versión oficial: GARF 3316.2.2016.1-8. Llamada de A. G. Korchagina a Kalinin pidiendo perdón. Había sido detenida en 1935 acusada de pertenecer a un grupo terrorista. «Oh, Nadia, Nadia»: Mgeladze, pp. 117-118. «Ha dado un vuelco a mi vida»: Nadia Vlasik. «Me ha dejado paralizado»: Diario de Svanidze. *Kaganovich*, pp. 73, 154. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 116-120. «No puedo seguir viviendo así». Hecho un lío: Svetlana, Richardson, *Long Shadow*, pp. 130-131. Stalin, «pistola de juguete»: *MR*, p. 173.

CAPÍTULO 1

1. Fecha real de nacimiento: RGASPI 558.4.2.2. Poesía: RGASPI 558.4.600. El relato de la juventud y la ascensión de Stalin que ofrecemos en este capítulo se basa esencialmente en el excelente libro de Robert Tucker, *Stalin as Revolutionary*, así como en *Stalin: Breaker of Nations*, de Robert Conquest; Radzinsky; Volkogonov, *Stalin: Triumph and Tragedy* (en adelante Volkogonov); Edward Ellis Smith, *Young Stalin*; los recuerdos de Sergei Alliluyev y Anna Alliluyeva, publicados en *The Alliluyev Memoirs*, de David Tutaev (ed.), y, en ruso, S. Alliluyev, *Proidennyi put*; y también en las memorias inéditas de Candide Charkviani, con quien habló Stalin acerca de su infancia y su juventud. Para Keke: Sergo B, pp. 20-21. Para Beso y el cura, la forma en que Keke echó de casa a Beso y la visita de éste al seminario y la amistad con la familia Egnatashvili, entre otros con Vaso y el teniente general Alexander Egnatashvili, «mi beca de cinco rublos» y los cinco rublos más al mes ganados como cantor, el dinero enviado a su madre, el ateísmo al cabo de un año de estancia en el seminario, la muerte del padre, y la poca afición a hablar de su infancia: Candide Charkviani, pp. 1-7, el seminario, pp. 9-10. Para lo de que Egnatashvili era el padrino, y no el padre de Stalin, y la estrecha unión de éste con la familia: entrevista con Tina Egnatashvili. Manifestaciones de Stalin a propósito de las personas normales y la historia: David Holloway, *Stalin and the Bomb*, p. 264. Stalin hablando del suicidio del secretario de Defensa norteamericano Forrestal. Camisa grasienta: Radzinski, p. 47.
2. La dentadura, el destierro, los años 1902-1903 pasados en las cárceles de Batumi y Kutaisi; es testigo de una amputación: «Todavía puedo oír los gritos», palabras de Stalin en Charkviani, pp. 20-25. Tucker, *Revolutionary*, p. 134, 156-157; cifra de siete destierros, seis evasiones, pp. 94-95, basada en la biografía oficial de Stalin, aunque es posible que el interesado exagerara su número. Roman Brackman, *The Secret File of Joseph Stalin*, resulta útil para el ambiente propio de la clandestinidad.

3. S. Alliluyev, *Proidenny put*, p. 182. «Debilidad por Stalin», Olga «se entregaba sin el menor miramiento a los amoríos» y tenía «debilidad por los meridionales», polacos, turcos, etc.: Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 49-58. Stalin acerca de que todas las Alliluyev querían acostarse con él: véase Sergo B, p. 150. Vasilieva, *Kremlin Wives*, p. 55.
4. Papel desempeñado en Kartli, 1905-1907; atracos: recuerdos del propio Stalin: Charkviani, pp. 12-14; A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp. 187-190; Tucker, p. 158; *Argumenty i fakty*, septiembre de 1995; Radzinski, p. 67; Svetlana *OOY*, p. 381.
5. Zubok, p. 80. Entrevista con V. Nikonov, mayo de 2001. Entrevista con Natalia Poskrebishev. Stalin y Stal: *MR*, 164. *Kaganovich*, p. 160.
6. Ficha policial, 1913: RGASPI 558.4.214. A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp. 187-190; Tucker, *Revolutionary*, pp. 150-158; *Argumenty i Fakty*, septiembre de 1995; Radzinski, p. 67; Svetlana *OOY*, p. 381. Stalin sobre Lenin y las nacionalidades en Cracovia, 1912-1913: Charkviani, pp. 25-27; caza y congelación en el Ártico, p. 22.
7. A. S. Alliluyeva, *Vospominaniya*, pp. 183-190. *MR*, p. 93, Tucker, *Revolutionary*, pp. 150-157, 165. Service, *Lenin*, pp. 253-283. Vasilieva, *Kremlin Wives*, p. 55. Lecturas a sus hijos: Artiom Sergeiev.
8. *MR*, pp. 96-97. N. N. Sujanov, *The Russian Revolution 1917*, p. 230. Radzinski, pp. 115-117.
9. Este relato de los acontecimientos de Tsaritsin se basa en Tucker, *Revolutionary*, pp. 190-197, y Conquest, *Breaker of Nations*, incluida la anécdota de la barcaza y lo de «si no hay nadie, no hay problema», pp. 76-83. Para la barcaza: RGASPI 74.2.38.130, Stalin a Voroshilov, sin fecha. Comentarios de Stalin, Voroshilov y Sergo sobre la opinión que lo de Tsaritsin le merecía a Trotski, y lo de «general de opereta» en RGASPI 74.2.37.60, Voroshilov y Stalin a Molotov, Kaganovich y Ordzhonikidze, 9 de junio de 1933. K. E. Voroshilov, *Stalin and the Armed Forces of the USSR*, pp. 18-19. Stalin, *Sochineniya* IV, pp. 118-121, 420. Tucker, *Revolutionary*, 190-197. Roy Medvedev, *Let History Judge* (en adelante Medvedev), p. 13. Svetlana RR. Vasilieva, *Kremlin Wives*, pp. 60-61, 78-79, 90. O. Jlevniuk, *In Stalin's Shadow: The Career of Sergo Ordzhonikidze* (en adelante *Ordzhonikidze*), pp. 7-16.
10. Mikoyan, capítulos 4-7. Tucker, *Revolutionary*, pp. 202-205.
11. Esta breve exposición de los sucesos de 1920-1929 se basa en las siguientes obras clásicas: Robert Conquest, *Harvest of Sorrow*, cap. 5; Robert Service, *Lenin*, pp. 421-494; Service, *A History of 20th Century Russia*, pp. 170-181; el segundo volumen de Robert Tucker, *Stalin in Power: The Revolution from Above*, pp. 91-97, 139-143; Geoffrey Hosking, *History of the Soviet Union 1917-1991*, pp. 159-170. Versión de los sucesos de 1928 dada por el propio Stalin: Charkviani, p. 30; Gerald Easter, *Reconstructing the State*, p. 71. Mi estudio del Partido y de su ideología se basa en las mejores obras dedicadas a este tema: Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, pp. 14-21; Service, *Lenin*, pp. 142, 153-155, 377-378; Tucker, *Power*, p. 120; Zubok, pp. 3-8. J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *The Road to Terror, Stalin and the Self-Destruction of Bolsheviks 1932-1939* (en adelante Getty), pp. 5-29.

CAPÍTULO 2

1. RGASPI 74.1.429.65-66, E. D. Voroshilova, 21 de junio de 1954. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 35.
2. RGASPI 74.2.37.46, Voroshilov a Stalin, 6 de junio de 1932. Para lo de llamar a la puerta: Mikoyan, pp. 53-54; Natalia Andreyeva.
3. RGASPI 55.11.1550.29, Nadia a Stalin, 18 de octubre de 1929. Para Kirov: 558.11.1550.34, Nadia a Stalin, 5 de septiembre de 1930, y 558.11.1550.53-58, Nadia a Stalin, otoño de 1931. Para la intervención de Molotov: 558.11.1550.36-41, Nadia a Stalin, 8, 12 y 19 de septiembre de 1930; 558.11.1550.43-45, Stalin a Nadia, 24 de septiembre de 1930. Para Kaganovich: 558.11.1550.46-49, Nadia a Stalin, 30 de septiembre de 1930. Para las visitas de Zina Ordzhonikidze y Molotov: 558.11.1550.52, Stalin a Nadia, 9 de septiembre de 1931.
4. «Amor resplandeciente, corazón mío. Eres mi felicidad, ...»: RGASPI 82.2.1592.1, Molotov a Polina, 13 de agosto de 1940. «Espero poder besarte con impaciencia y hacerlo por todas partes...»: RGASPI 82.2.1592.4-6, Molotov a Polina, 15 de agosto de 1940. «¡Cómo me gustaría estrecharte en mis brazos, junto a mi corazón! ... Estoy atado a ti en cuerpo y alma...»: Molotov a Polina, RGASPI 82.2.1592.40-45, probablemente abril de 1945, desde Nueva York. RGASPI 82.2.1592.19-20, Molotov a Polina, 8 de julio de 1946. Carrera de Molotov: Volkogonov, pp. 244-266; Zubok, pp. 80-84. «En otro tiempo tocaba el violín por dinero para comerciantes borrachos», pero creó la política exterior junto con Stalin «más de una vez levantó la voz en defensa mía o de otros que habían sido víctima de la cólera explosiva de Stalin»: Jrushchov, *Glasnost*, pp. 75-77; Bazhanov, pp. 13-14. Periodista/gran precisión, pero no era más que un empollón: Oleg Troyanovski en William Taubman, Sergei Jrushchov y Abbott Gleason, *Nikita Khrushchev* (en adelante Taubman), p. 211; y también entrevista con Oleg Troyanovski. Carrera de Polina: Roy Medvedev, *All Stalin's Men*, pp. 97-98; Gennadi Rostirchenko, *Out of the Red Shadows: Anti-Semitism in Stalin's Russia*, pp. 119-120; Jlevniuk, *Cercle*, pp. 257-260. Arrogancia de Polina, «primera dama del Estado» y «primer violín en su casa»: Mikoyan, pp. 298-299. Generosidad con los guardaespaldas: Natalia Rikova. Era duro, pero no una máquina: Artiom Sergeiev. Molotov como bailarín: N. S. Jrushchov, *Khrushchev Remembers* (en adelante *KR*), volumen I, p. 310. Irritación y enfados de Molotov con sus subordinados: N. T. Fedorenko, «Zapiski diplomata: rabota s Molotovym», *Novaya Noveishaya Istorya*, n.º 4, 1991, pp. 81-82; Inez Cope Jeffery, *Inside Russia: Life and Times of Zoya Zarubina* (en adelante *Zarubina*), pp. 3-4; Sergo B, p. 48; Zubok, pp. 87-92. Carácter desagradable: Oleg Troyanovski. Fedorenko: Y. Chadaev citado en Grigori Kumanev (ed.), *Ryadom so Stalinym* (en adelante Kumanev), p. 420. Tartamudeo delante de Stalin: Berezhkov, *History in the Making*, p. 49. Meticulosidad: Anatoli Dobrinin, *In Confidence*, p. 31. Sueñecito de trece minutos: Andrei Gromiko, *Memoirs*, p. 314. Alianza con Stalin y críticas: Milovan Djilas, *Conversations with Stalin* (en adelante Djilas), pp. 67-72. Inicios de su carrera: Easter, pp. 71-75. Molotov dice de sí mismo «Soy un hombre del siglo XIX», noveno de diez hijos, aficionado a tocar la mandolina: *MR*, pp. VIII-XIII. Peleas con Stalin: *MR*, pp. 20, 92.

5. Para las cenas: Mikoyan - «Club político». Entrevista con Yuri A. Zhdanov: su padre, Zhdanov y Stalin comparaban sus cenas con los antiguos «symposia». *KR*, pp. 70-71. Cenas: Mikoyan, pp. 352-357; *Kaganovich*, pp. 58, 81. Ajedrez: Maya Kaganovich a Galina Udenkova, entrevista con el autor. Polina, monopolio de perfumes TeZhe: Mikoyan, pp. 298-299. Kira Alliluyeva, Artiom Sergeiev, Natalia Andreyeva.
6. Stalin, corto de numerario: RGASPI 558.11.822, Stalin a A. B. Jalatov, presidente del GIZ, 3 de enero de 1928. Nadia pide dinero: RGASPI 558.11.1550.16-24, Nadia a Stalin, 26 de septiembre de 1929; RGASPI 558.11.1550, Stalin a Nadia, 25 de septiembre de 1929. Stalin pregunta si lo ha recibido: RGASPI 558.11.1550.28. Respuesta afirmativa de Nadia: RGASPI 558.11.1550.29, Nadia a Stalin, 1 de octubre de 1929.
7. Dinero: RGASPI 558.11.822, Stalin a Jalatov, 3 de enero de 1928; *KR*, I, p. 81. Escasez constante de comida. Para Mikoyan/Polina: entrevistas con Stepan y Sergo Mikoyan. Para el uso del tranvía por parte de Nadia y Dora Jazan: Natalia Andreyeva. Para el mobiliario: RGASPI 558.11.753.3, Stalin a Yaroslavski y Kalinin, 25 de junio de 1925.

CAPÍTULO 3

1. RGASPI 558.11.27.16-18: Stalin acerca de lo que es un kulak; ¿un esclavo? 1928-1929. RGASPI 558.11.765.48-58, Mikoyan a Stalin, 23 de agosto de 1929, acerca de su agotamiento y de la resistencia. Lenin y los kulaks: Lenin, *Polnoye sobraniye sochinenii*, vol. 37, p. 41, y vol. 50, pp. 137, 142-145. Comisión de Molotov, 30 de enero de 1930: «Sobre las medidas para liquidar a las familias kulaks en las regiones de colectivización total», RGAE 7486.37.78.4/44 y 95-97, acerca de las estadísticas, citadas todas en Yakovlev, pp. 91-98. Stalin acerca del abrazo de Molotov: *MR*, p. 242. El estudio de la colectivización se basa en Tucker y Conquest. Tucker, *Power*, pp. 94-95, 129, 138-147, 172-176. Tucker cita las estadísticas relativas a los campos de concentración: dos millones de prisioneros, p. 173, «deskulakizados», p. 181; matanza de animales, p. 182, entre cinco y siete millones de personas tratadas como kulaks en el decreto de 1930: Service, *20th Century Russia*, p. 180. Conquest, *Harvest of Sorrow*, caps. 6 y 7. Para la cultura de Partido: Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, pp. 14-21. Service, *Lenin*, pp. 142, 153-155, 377-378, 458. Tucker, *Power*, p. 120. Zubok, pp. 3-8; Getty, pp. 5-30. N. K. Baibakov, *Delo zhizni: zapiski neftyanika*, p. 163. Beria citado en Andrei Sajarov, *Memoirs*, p. 159. La fábrica tiembla: Moisei Kaganovich en Service, *20th Century Russia*, p. 243. Lev Kopelev, *No Jail for Thought*, p. 32. Carácter sacrosanto del «camarada»: Julia Minc en Teresa Toranska, *Oni* (en adelante *Oni*), p. 16; fe total: Stefan Staszewski, pp. 128-137; necesidad íntima: Jakub Berman, p. 207. Desprecio de Molotov por los líderes nazis y occidentales: *MR*, p. 20, y citado en Zubok, p. 26. Kirov, obras no teóricas: *MR*, p. 221. Stalin sobre Mao: Zubok, p. 62. Stalin y Krupskaya: *MR*, p. 133. Stalin y A. S. Yakovlev, citado en Sewerin Bialer (ed.), *Stalin and His Generals*, p. 99. Lenin y el Gran Terror: cita tomada de Service, *Lenin*, p. 421. Elogio de Stalin como luchador comunista: Rudzutak, 7-

12 de enero de 1933, citado en Getty, p. 93. Stalin y la compasión hacia los amigos: Stalin a Molotov, 24 de agosto de 1930; L. T. Lih, O. V. Naumov y O. V. Jlevniuk, *Stalin's Letters to Molotov* (en adelante *Molotov Letters*), p. 206. Puñetazos: *Molotov Letters*, Stalin a Molotov, 2 de septiembre de 1930, p. 210.

2. RGASPI 73.2.4414, Molotov a Andreyev, 18 de junio de 1929.
3. RGASPI 73.2.44.9, Stalin a Andreyev, «No te enfades», sin fecha, y RGASPI 73.2.44.13, Stalin a Andreyev, «No creo que no hagas nada», 11 de marzo de 1929. RGASPI 73.2.44.14, Stalin a Andreyev, «Párteles el espinazo», 18 de mayo sin especificar el año. Véase asimismo Easter, pp. 112-125.
4. Mikoyan, p. 52. Soso: RGASPI 558.11.765.48-49, Mikoyan a Stalin acerca de la salud del PB, 23 de agosto de 1928. Desprecio de Mikoyan por Molotov: Stepan Mikoyan, *Memoirs of Military Test-flying and Life with the Kremlin's Elite* (en adelante Stepan M), p. 329. Desprecio de Molotov por Kaganovich: *MR*, pp. 228-279. Trifulcas de Kaganovich con Molotov: *Kaganovich*, p. 61. Verdadera amistad de Sergo y Kaganovich: *Kaganovich*, p. 162, y entrevista con Eteri Ordzhonikidze. Kaganovich se disculpa con Sergo: Khlevniuk, *Ordzhonikidze*, p. 94.
5. Sergo B, pp. 134, 142-143, 148: ansioso por volver a verlo, expresivo y móvil, ágil, nunca improvisaba. Georgi Zhukov, *Vospominaniya i razmyshleniya* (en adelante Zhukov), 10.ª ed., I, p. 273. Sudoplatov, p. 66. Lidia Dan, «Bujarin o Staline», *Noviye Zhurnal*, 75 (marzo de 1964), p. 82. Artiom Sergeiev. Inteligencia suprema, etc., de Beria, citado en Sergo B, p. 290.
6. RGASPI 558.11.712.18, Stalin a A. M. Bolshakov, 17 de octubre de 1925. El Caso Sajti, de 1928, fue organizado por Yevdokimov, oficial de la GPU, que por entonces veraneaba y tomaba copas con Stalin: Orlov, p. 28. RGASPI 558.11.773.1.2.3, D. P. Maliutin a Stalin, 8 de agosto de 1932.
7. Rosliakov citado en Amy Knight, *Who killed Kirov? The Kremlin's Greatest Mystery* (en adelante *Kirov*), p. 160.
8. RGASPI 558.11.768.131; Molotov a Stalin, 21 de diciembre de 1929.
9. *Pravda*, 22 de diciembre de 1929.
10. Chistes: Humor subido de tono y tosco: Djilas, pp. 62-64. «Estos mierdas»: RGASPI 558.11.787.6, Stalin a Postishev, 9 de septiembre de 1931. Chiste de Kozlovski: Gromiko, *Memoirs*, p. 101. Chiste de Etiopía: Gromiko, p. 103. Medalla de Kozlovski y el portero viejo: Ribin, *Stalin i Zhukov*, pp. 9-10. Chiste del cojo: *Lesser Terror*, p. 190. Canciones obscenas: Medvedev, p. 329. Cantos de iglesia: Orlov, p. 322, y Galina Vishnevskaya, *Galina* (en adelante Galina), pp. 95-97. Poesías picantes: Kira Alliluyeva. Otros chistes: *Onegin* y la GPU (véase sección dedicada al Gran Terror): memorias inéditas de Sergo Kavtaradze, p. 74; véase asimismo Sudoplatov, p. 151. Para los chistes raciales, véase la sección dedicada a los judíos. Humor macabro: *vid. infra* para Stalin a I. I. Nosenko: «¿Todavía no te han detenido?», en *Sovershenno Sekretno*, 3 (noviembre de 2000), pp. 12-14.
11. RGASPI 82.2.1420.118, Stalin a Bujarin y Molotov, 27 de junio de 1926.
12. Mikoyan, p. 275. RGASPI 82.2.1420.150-151, y RGASPI 558.11.69.84, Stalin a Molotov, 4 de septiembre de 1926 y 24 de agosto de 1926.
13. Sergo B pp. 15, 34. Bolsa de golosinas: Oleg Troyanovski. Véase asimismo Oleg Troyanovski, *Cherez dody i rasstoyaniya*, pp. 148, 156-164.

14. No hay detalle demasiado pequeño: Natalia Andreyeva.
15. «Cantidades interesantes»: RGASPI 558.11.753.13, Stalin a Molotov acerca del memorándum de Kalinin, 11 de diciembre de 1935. Seguro que es posible: Stalin a Kurchatov, citado en Holloway, p. 147. Para Stalin inspeccionando las casas: Galina Udenkova a propósito de los Kaganovich. Casa de Beria: Sergo B, p. 34. Aparatos: Museo Kirov de San Petersburgo, Stepan M, pp. 52-53. Coches: Stepan M, p. 46. Pauker en Orlov, pp. 339-341. Artiom Sergeiev. Eugenia Ginsburg, *Journey into the Whirlwind*, p. 37. Coches: 19 de diciembre de 1947: D. Babichenko y M. Sidorov: «Nevelika Pobeda», en *Itogi*, n.º 31 (269), 2001. Sobre los privilegios, el sueldo máximo del Partido, etc., la mejor obra es Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*. Para la espada de Budionni: RGASPI 558.11.712.90-97, Stalin a Budionni, 1920. Era un buen patrono para Budionni: «Te doy mi palabra de revolucionario: Me ocuparé de tu caballería», escribió en 1920; «Puedes tener la seguridad de que serás... el jefe de la caballería», escribió en 1923. RGASPI 558.11.822, Stalin a Jalatov, 3 de enero de 1928.
16. Stalin sobre las relaciones personales: Stalin, *Sochineniya*, vol. 12, p. 1. Kirov y las mujeres, citado en Volkogonov, p. 205. Familias: hermanas de Kirov, *Kirov*, p. 162. Stalin acerca de su familia: Irina Yenukidze entrevistada en el telefilme *Stalin's Secret History*, 3.ª parte. Para el mundo de matrimonios cruzados de Yagoda, casado con la sobrina de Sverdlov, primer jefe del Estado soviético, y Averbaj, cuñado de Yagoda, véase Vitali Shentalinski, *The KGB's Literary Archive* (en adelante *KGB Lit. Archive*), pp. 256-269. Para el hijo menor de Mikoyan escoltado por Ordzhonikidze y Voroshilov y los Shaumian: Stepan Mikoyan, p. 28, p. 25. Artiom Sergeiev. Kaganovich y su hermano: padre del Partido, *Kaganovich*, p. 29. Molotov a propósito de la detención de los hermanos: *MR*, p. 114. El Partido, huérfano tras la muerte de Lenin: Jeffrey Brooks, *Thank You Comrade Stalin*, p. 24. Creación de la nueva viuda de Lenin: *KR*, I, p. 74.
17. Tucker, pp. 172-174, 185. Mijail Sholojov; *Virgin Soil Upturned* (hay trad. cast.: *Campos retornados*, Progreso, Moscú), pp. 240-243, 247.
18. RGASPI 558.11.69.36, Stalin a Molotov, 3 de junio de 1927: «los más amigos»; RGASPI 558.11.69.43, Tovstukha a Stalin, 9 de junio de 1926: «el círculo más íntimo de tus amigos», citados ambos por Pavel Chinski, *Staline: Archives Inédites*, pp. 125-126. «Amigos»: Jlevniuk, *Cercle*, p. 94. «Formado en la lucha»: RGASPI 54.1.100.101-102, Stalin a Kaganovich, 2 de agosto de 1932.
19. En 1931 se cambió y las reuniones pasarían a celebrarse el 1, el 8, el 16 y el 23 de cada mes a las cuatro de la tarde. Dos eran reuniones «cerradas». Jlevniuk, *Cercle*, p. 77.
20. Mikoyan, pp. 367, 335.
21. Voroshilov: «¡Hola, amigo!»: RGASPI 74.2.38.4, Stalin a Voroshilov, 27 de julio de 1921. «¡Lástima que no estés en Moscú!»: RGASPI 74.2.38.55, Stalin a Voroshilov, 27 de octubre de 1931. Opinión de Stalin acerca de Voroshilov: «Incluso hace ejercicio» - Kira Alliluyeva. Encanto, vanidad, estupidez: Sergo B, pp. 39-40, 51, 141, 165. Descripción en Albert Seaton, *Stalin as Military Commander*, p. 155. Amabilidad: Zarubina, p. 7. Afición a la bebida: Artiom Sergeiev. Stepan Mikoyan. Viscount Alanbrooke, *War Diaries*, p.

217; Stepan M, p. 52. Desconfianza de Stalin por la buena vida: *MR*, p. 225. Valor, pero simpleza: Djilas, p. 55. Marapultsa condenado justamente: RGASPI 558.11.773.47, Voroshilov a Stalin, 14 de octubre de 1930. Para lo de tener en cuenta la eliminación de Minin: RGASPI 74.2.37.89, Voroshilov a Stalin, 25 de mayo de 1935. Véanse las cartas de Voroshilov a Bubnov, RGASPI 74.2.40.66-99. Sobre su carácter: RGASPI 85.1.110.1-20, Voroshilov a Ordzhonikidze. Sus pintores de corte: *KR*, II, p. 74. Estupidez evidente: Bazhanov, pp. 98-99. Primeros choques con Stalin: *Kirov*, p. 104. Carrera: Volkogonov, pp. 251-253. William J. Spahr, *Stalin's Lieutenants*, pp. 19-33. Voroshilov, *Razzkazzy o zhizni*, pp. 79-84, 247-248. Medvedev, *All Stalin's Men*, pp. 1-11. «Le gustaba la vida rumbosa» y llevaba pantalones blancos de franela: Svetlana *OOY*, pp. 346-347.

22. RGASPI 558.11.27.9-10, Voroshilov, Stalin, Kalinin, sin fecha.
23. RGASPI 74.2.38.39, Stalin a Voroshilov, 14 de marzo de 1929.
24. RGASPI 74.2.39.447, Voroshilov a Stalin y respuesta, sin fecha.
25. Te roban: RGASPI 74.2.38.127, Stalin a Voroshilov, sin fecha. Desorganización: RGASPI 74.2.38.103, sin fecha, Stalin a Chubar, Voroshilov, Mikoyan. Inglaterra y la India: RGASPI 74.2.39.38, sin fecha, Stalin y Voroshilov. Pesca: RGASPI 74.2.39.54, Voroshilov a Stalin y respuesta, sin fecha.
26. RGASPI 79.1.760, Voroshilov a Kuibishev. RGASPI 74.2.39.15, Stalin, Voroshilov, Molotov, Ordzhonikidze, 30 de abril de 1933.
27. «Retrasémoslo hasta el miércoles»: RGASPI 74.2.38.21, Stalin a Voroshilov, 31 de febrero de 1927. Asuntos militares: RGASPI 74.2.38.37, Stalin a Voroshilov, 3 de enero de 1929. Fuera de la ciudad: RGASPI 74.2.39.49, Stalin a Voroshilov, sin fecha.
28. RGASPI 85.1.110.1-20, Voroshilov a Ordzhonikidze, 8 de junio de 1929. Jlevniuk, *Cercle*, p. 32. Stalin derrotado en la votación: RGASPI 74.2.38.74, Stalin a Voroshilov, 26 de junio de 1932.
29. RGASPI 558.11.27.22, Stalin y Kalinin, 7 de mayo de 1929.
30. RGASPI 74.1.38.43, Stalin a Voroshilov, 16 de abril de 1929. Uso constante de imágenes relacionadas con la enfermedad: véase *nechist*, «inmundo», en *Molotov Letters*, p. 215. «Temor sacro», en Tucker, *Power*, pp. 484-485.
31. RGASPI 558.11.1550.43-45, Stalin a Nadia, 24 de septiembre de 1930.
32. RGASPI 558.11.1550.16-24, Nadia a Stalin, 26 de septiembre de 1929, y RGASPI 558.11.1550.27, Nadia a Stalin, 27 de septiembre de 1929.
33. *Molotov Letters*, p. 215.
34. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 38-39. Intimidación de los expertos: Service, *20th Century Russia*, p. 175; *Molotov Letters*, p. 213.
35. Jlevniuk, *Cercle*, p. 43. *Molotov Letters*, 6 de agosto de 1930, p. 200.
36. RGASPI 558.11.27.30-33, Stalin a V. Mezhlauk, 23 de mayo de 1930.

CAPÍTULO 4

1. Informes médicos de Nadia: RGASPI 558.11.1551. Y además: junio-julio de 1930, cartas de Stalin a Nadia en Radzinski, p. 274.

2. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 46-48. Sergo apoya a Stalin: «Debemos acabar con la derecha como hicimos con Trotsky ... Son unos corruptos», RGASPI 558.11.778.40, Sergo a Stalin, 26 de septiembre de 1930.
3. RGASPI 74.2.37.60 y 74.2.38.56, correspondencia de Voroshilov; opinión de Stalin sobre los planes de Tujachevski: RGASPI 74.2.38.59, Stalin a Voroshilov.
4. Para la conspiración de Tujachevski: RGASPI 558.11.778.43, Stalin a Ordzhonikidze, 24 de septiembre de 1930. «Sólo lo sabemos los tres», en Jlevniuk, *Cercle*, pp. 48-49. Tujachevski «100 por 100 limpio»: Stalin a Molotov, 23 de octubre de 1930, *Molotov Letters*, p. 223.
5. RGASPI 558.11.778.38, Menzhinsky a Stalin, 10 de septiembre de 1930.
6. RGASPI 74.2.38.56, Stalin a Tujachevski, 7 de mayo de 1932.
7. Nadia a Stalin y Stalin a Nadia, 10 de septiembre y 24 de septiembre de 1930, citadas en Radzinski, p. 275.
8. RGASPI 558.11.1550.40-43, Stalin a Nadia, 24 de septiembre, de 1930.
9. RGASPI 558.11.728.40-42, Stalin a Yenukidze, 13 de septiembre de 1933. Yenukidze se inclinaba hacia la derecha: *MR*, p. 173.
10. *Molotov Letters*, 23 de agosto y 2 de septiembre de 1930, p. 203.
11. RGASPI 558.11.1550.43-45, Nadia a Stalin, 24 de septiembre de 1930. Stalin a Molotov, 13 de septiembre de 1930, *Molotov Letters*, p. 213. RGASPI 74.2.37.9-12, Voroshilov a Stalin, 8 de octubre de 1930. *Kaganovich*, p. 60. RGASPI 558.11.765.68, sin fecha, Mikoyan a Stalin. RGASPI 558.11.778.43, Sergo a Stalin, 9 de octubre de 1930.
12. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 51-52.
13. *Molotov Letters*, p. 223.
14. Getty, pp. 46-49. RGASPI 74.2.37.9-12, Voroshilov a Stalin, 8 de octubre de 1930. Lominadze/Ordzhonikidze y ataque de Stalin contra los aires «principescos» de Ordzhonikidze en 1937: Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, pp. 34-37, 172.
15. Stalin como árbitro de las trifulcas desencadenadas en el PB: Kaganovich contra Sergo en torno al transporte: sobre lo de que Stalin dijo «moriréis sin transporte», *Kaganovich*, p. 160; Kaganovich contra Molotov: pp. 61, 130. RGASPI 558.11.765.72-73, Mikoyan a Stalin, 12 de septiembre de 1931. Sergo «no amaba a Molotov», Mikoyan, p. 324. Había un esquema fijo: Sergo contra Molotov y Kuibishev, aunque también discutió con su amigo Kaganovich.
16. Kaganovich: 200 por 100 estalinista: *MR*, pp. 192, 228-229, 362. Rosario de ámbar: N. I. Strajov en Bialer (ed.), pp. 445. L. M. Kaganovich, *Pamiatniye Zapiski*, p. 19. *Kaganovich*, pp. 29, 77-78, 105. Locomotora: Artiom Sergeiev. E. Rees, *Stalinism and Soviet Rail Transport*, pp. 111-118. Kaganovich el centralista: Service, *Lenin*, p. 383. Robert Service, *Bolshevik Party in Revolution. A Study in Organizational Change 1917-23*, pp. 106-108, 129. *Easter*, p. 73. Kosherovich, Stalin era «un dedo meñique» comparado con Lenin: *KR*, I, pp. 57, 75-77; y también Medvedev, p. 507. Cometía errores al escribir, pero era rápido y listo: Bazhanov, pp. 8, 74. G. Bessedovsky, *Revelations of a Soviet Diplomat*, p. 219-223. Volkogonov, pp. 247-248. Hombre apuesto, pestañas largas y sensualidad: Sergo B, p. 51. Vida familiar, historia de amor con su esposa, lectura de libros, juego de herramientas: entrevista con Joseph Minervin, nieto de Kaganovich. Acento judío varonil: *Galina*, pp. 162-163. Como un terrateniente gordo: Svet-

lana *OOY*, p. 353. Servicio en la sección de agitación y propaganda del ejército rojo en 1917-1918: John Erickson, *Soviet High Command*, p. 20. Carácter acalorado: Malishev en *Beria Affair*, p. 83. Examen de las botas: Volkogonov, pp. 247-248. Golpeaba a sus subordinados y los cogía por las solapas: entrevista a N. Baibakov. Utilizaba chuletas, como un escolar, cuando iba a ver a Stalin: Charkviani, p. 33. Carrera y signos de puntuación: *Stalin i Kaganovich Perepiska 1931-36* (en adelante *Kaganovich Perepiska*), p. 40, Kaganovich a Stalin, 11 de agosto de 1931. Fotografías particulares del personaje en familia: RGASPI 81.1.160. Para la expedición en busca de grano y el cansancio: RGASPI 81.1.160.31-32. «Robespierre ruso»: *Kaganovich*, pp. 56, 140.

17. Tuteo: *Kaganovich*, p. 129. Mikoyan, p. 352. «Querido Soso»: RGASPI 558.11.765.68 UD, Mikoyan a Stalin.
18. Anne Applebaum, *GULAG*, pp. 64, 521-522.
19. RGASPI 558.11.27.56.72, notas de Stalin, 3 de mayo de 1933.
20. RGASPI 558.11.27.6-7, sin fecha, probablemente 1928: Stalin, pan. 558.11.27.37: listas de Stalin.
21. «Retrásalo hasta el miércoles», RGASPI 74.2.38.21, Stalin a Voroshilov, 31 de febrero de 1927. Asuntos militares: 74.2.38.37, Stalin a Voroshilov, 3 de enero de 1929. Fuera de la ciudad: RGASPI 74.2.39.49, Stalin y Voroshilov, sin fecha.
22. Vida en el campo: Svetlana RR; entrevistas del autor con Kira Alliluyeva, Artiom Sergeiev, Leonid Redens, Vladimir Alliluyev (Redens), Stepan Mikoyan y Sergo Mikoyan, Yuri Zhdanov, Nadezhda Vlasika, Natalia Poskrebisheva. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 34-40 (se habla también del zorro domesticado de Bujarin). Richardson, *Long Shadow*, pp. 111-118. Pauker: Orlov, pp. 339-341. Papá Noel: entrevista con Kira Alliluyeva. Tenis con Nadia: RGASPI 74.1.429.65-66, diario de E. D. Voroshilova. Stalin restablece los árboles de Navidad: Brooks, *Thank You C. Stalin*, p. 71. N. Petrov y K. V. Scorkin, *Kto Rukovodil NKVD 1934-41: Spravochnik.*
23. Poskrebishev: RGASPI 558.11.786.120, Stalin a Poskrebishev, 19 de enero de 1932. Burocratismo: RGASPI 558.11.27.106, nota de Stalin para sí mismo, 13 de agosto de 1936. Stalin riñe a Poskrebishev: «¿Qué ha pasado? Olvidaste...»: RGASPI 558.11.786.107-109, Stalin a Poskrebishev, 30 de julio de 1930, y RGASPI 558.11.786.110, Stalin a Poskrebishev, sin fecha, 1930. Entrevistas con Natalia Poskrebisheva, Artiom Sergeiev, Leonid Redens, Yuri Zhdanov, Nadezhda Vlasik, Kira Alliluyeva. RGASPI 558.11.774.118, Poskrebyshev firma «P.»: Sergo B, p. 141. Bazhanov, pp. 43, 34-36, 94. Medvedev, p. 371. Mikoyan, p. 535. «Perro fiel de Stalin»: *KR*, I, p. 295. «Las mujeres ponen nervioso a P»: *MR*, p. 223. Jlevniuk, *Cercle*, p. 141. Stalin llamaba a P. «Jefe»: Svetlana *OOY*, p. 332-333. Tucker, *Power*, p. 123-125. Bazhanov, pp. 94, 345-346, 43. Volkogonov, pp. 202-204. N. E. Rosenfeldt, *Knowledge and Power: the Role of Stalin's Secret Chancellery in Soviet System and Government*, pp. 76, 158, 181. La jornada de Stalin a finales de los años veinte: Vlasik citado en Chinsky, p. 33. «Asustarás a la gente»: *Vechernii Klub*, 22 de diciembre de 1992.
24. Entrevistas con Artiom Sergeiev, Stanislas Redens, Vladimir Alliluyev, Kira Alliluyeva. Natalia Poskrebisheva. Svetlana RR. Cultura del Partido: Fitzpatrick,

Everyday Stalinism, pp. 14-21. Service, Lenin, pp. 142, 153-155, 377-378. Tucker, *Power*, p. 120. Zubok, pp. 3-8. Kaganovich llama a Stalin «nuestro padre»: Kaganovich a Ordzhonikidze, citado en Jlevniuk, *Stalinskoe Politburo*, pp. 148-152. Severidad de Mikoyan: Stepan M, p. 34. *Kirov*, pp. 159-161. Irina Yenukidze entrevistada en el telefilme *Stalin's Secret History*, 3.ª parte.

CAPÍTULO 5

1. RGASPI 558.11.1481.27, Tovstuja a Yagoda, 9 de junio de 1926. RGASPI 558.11.1481.28-41, Decretos del PB acerca de las vacaciones de Stalin de 1922 a 1934.
2. RGASPI 558.11.68.49, sin fecha.
3. RGASPI 558.11.71.26-28, S. Parchine a Sergeiev, 27 de junio de 1927; y también Chinski, pp. 28-29.
4. RGASPI 558.11.71.26-28, S. Parchine a Sergeiev, 27 de junio de 1927. Y también Chinski, p. 28. Artiom Sergeiev.
5. Mikoyan, p. 291. Pandilla feliz: Larina, p. 188.
6. *Molotov Letters*, p. 233. Stalin a Molotov, 1 de septiembre de 1933. RGASPI 79.1.769.1, Yenukidze a Kuibishev, sin fecha.
7. Chinski, p. 37.
8. RGASPI 73.2.44.11. Stalin a Andreiev, sin fecha.
9. RGASPI 558.11.778.26, Stalin a Ordzhonikidze, 23 de agosto de 1930, y luego Ordzhonikidze y Kaganovich a Stalin, RGASPI 558.11.778.24-25.
10. RGASPI 558.11.71.26-28, S. Parchine a Sergeiev, 27 de junio de 1927. Y además Chinski, p. 28. Artiom Sergeiev. Stalin desde el sur a Poskrebyshev en Moscú: «¿Puedes venir a verme unos cuantos días? Si te decides a venir, tráeme libros y artículos...»: RGASPI 558.11.786.110.
11. RGASPI 74.2.7.46-51, Voroshilov a Stalin, 6 de junio de 1932 y 21 de junio de 1932.
12. *Molotov Letters*, p. 231.
13. RGASPI 558.11.80.87, Kaganovich a Stalin y respuesta de Stalin de 5 de septiembre de 1933, y RGASPI 558.11.739.28-29, Kaganovich a Stalin, 20 de agosto de 1931. Trifulcas: *Kaganovich Perepiska*, p. 185.
14. RGASPI 558.11.71.26-28, S. Parchine a Sergeiev, 27 de junio de 1927. Y también Chinski, p. 28. Para el jardinero: RGASPI 558.11.786.112, Stalin a Poskrebishev, sin fecha, 1930. RGASPI 74.1.429.65-68, E. D. Voroshilova, 21 de junio de 1954. Budionni: Victor Anfilov en Harold Shukman (ed.), *Stalin's Generals*, pp. 57-62. Isaac Babel, *1920 Diary*, p. 89. Babel, «Kombig 2», en *Collected Stories*, pp. 136-137, 357. Juego de bolos: Artiom Sergeiev.
15. Amy Knight, *Beria, Stalin's First Lieutenant* (en adelante *Beria*), pp. 15-40. RGASPI 85.29.414.3, 85.29.370 y 85.27.71.1-2, Beria a Ordzhonikidze. *MR*, p. 341. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 27, y Svetlana RR. «Mataría a su mejor amigo»: GARF 7523.85.236.17-23. Testimonio de Lavrenti Tsanava, 24 de marzo de 1955. Advertencia de Kirov: Mgeladze, pp. 178-179. Eteri Ordzhonikidze. Artiom Sergeiev. Martha Peshkova. S. Lakoba, *Ocherki po politicheskoy istorii Ab-*

jazii, pp. 101-110, 112-115. Cortejo de Nina Gegechkori: Sergo B, pp. 4-5. Anécdota de la violación en el tren: Svetlana *OOY*, p. 355.
16. RGASPI 558.11.778.102, Stalin a Ordzhonikidze. Medvedev, pp. 242-243.
17. Mikoyan, pp. 351-352.
18. RGASPI 82.2.1420.45, Stalin a Molotov, 1 de agosto de 1925.
19. Para la amigdalitis y el dolor de garganta: Valedinski, *Vospominaniya*, pp. 121-126. Para el dentista Shapiro: RGASPI 558.11.786.117, Stalin a Poskrebishev, 8 de septiembre de 1930.
20. RGASPI 558.11.778.12, Stalin a Ordzhonikidze, 13 de septiembre de 1929. Yenukidze también recibía regularmente informes de sus baños: «El agua aquí es maravillosa, de valor incalculable», aunque «el sitio no es bueno». RGASPI 558.11.728.22, Stalin a Yenukidze, 29 de agosto de 1929, y RGASPI 558.11.728.30-32, Stalin a Yenukidze, 9 de septiembre de 1929.
21. RGASPI 558.11.769.159-161.
22. RGASPI 558.11.778.26, Stalin a Ordzhonikidze, 23 de agosto de 1930, y luego Ordzhonikidze y Kaganovich a Stalin, RGASPI 558.11.778.24-25.
23. RGASPI 558.11.778.24, Ordzhonikidze a Stalin, 17 de julio de 1930.
24. RGASPI 558.11.769.109-116, Molotov a Stalin.
25. RGASPI 558.11.1550.53-58, septiembre de 1931.
26. RGASPI 558.11.1550, 58-60, Stalin a Nadia, 14 de septiembre de 1931.
27. RGASPI 74.2.38.47, Stalin a Voroshilov, 24 de septiembre de 1931. RGASPI 558.11.712.108, Budionni a Stalin, 25 de mayo de 1931. RGASPI 74.2.37.54-59, Voroshilov a Stalin, 26 de julio de 1932.
28. RGASPI 558.11.1550.52-67, cartas de Stalin a Nadia y de Nadia a Stalin entre el 9 y el 29 de septiembre de 1931, y esquela de Svetlana a su padre.

CAPÍTULO 6

1. Para el hambre: Tucker, *Power*, pp. 190-195. Conquest, *Harvest*, pp. 225-259. RGASPI 74.1.429.65-66, E. D. Voroshilova, 21 de junio de 1954. Mikoyan: nunca resultaba aburrido y estaba dotado para las lenguas: Artiom Sergeiev. Un «caballero», según Jrushchov: Cecil Parrott, *The Serpent and the Nightingale*, p. 83. «Zorro astuto»: William Taubman, *Khrushchev, the Man and his Era*, p. 581. Primeros años, seminario, matrimonio: Mikoyan. Vida familiar: Stepan Mikoyan y Sergo Mikoyan. Sumamente atractivo: Svetlana *OOY*, p. 346. Canciones e himnos religiosos: *MR*, p. 189. *Mnogaya leta*, himno religioso favorito de Stalin: *Galina*, pp. 95-97. RGASPI 74.1.429.65-66. Diario inédito de E. D. Voroshilova, 21 de junio de 1954. Orlov, citando a Pavel Alliluyev en p. 322. Canciones obscenas: memorias de K. K. Ordzhonikidze en Medvedev, p. 329. Cantante profesional: Charkviani. Stalin a Truman en Gromiko, *Memoirs*, p. 113.
2. RGASPI 558.11.712.108, Budionni a Stalin, 25 de mayo de 1931. *Kaganovich Perepiska*, pp. 168-169 y pp. 179-180, Stalin a Kaganovich, 15 y 18 de junio de 1932. Tucker, *Power*, pp. 119, 190-196, estadísticas en 180-181 y 187. Kopelev, pp. 32-33, 41. Service, *Lenin*, p. 401. *Molotov Letters*, p. 230. Cultura del Partido: Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, pp. 14-21; Service, *Lenin*, p. 142, 153-155,

377-378; Tucker, *Power*, pp. 1-9, 120; Zubok, pp. 3-8. Sacerdotes guerreros: Sergo B, p. 291; Service, *Lenin*, p. 458. Para el sistema social basado en el derramamiento de sangre: Yakovlev, p. 8. Padre fanático: Sergo Mikoyan; Sergo B, p. 133. Candide Charkviani: «Stalin fue siempre un fanático convencido, habría sacrificado cualquier cosa por la victoria del socialismo ... incluso en el terreno familiar», p. 61. Religión: *Kaganovich*, pp. 106-107. Lozovsky: «Fui religioso hasta los trece años», y Kalinin, en Joshua Rubenstein y Vladimir Naumov, *Stalin's Secret Pogrom*, p. 58. Carácter sagrado del «camarada»: Julia Minc en *Oni*, p. 16; fe total, Stefan Staszewski, pp. 128-137; necesidad interna, Jakub Berman, p. 207. Desprecio de Molotov por los líderes nazis y occidentales, *MR*, p. 20, y citado en Zubok, p. 26. Kirov, ninguna obra teórica: *MR*, p. 221. Stalin sobre Mao: Zubok, p. 62. Stalin y Krupskaya, *MR*, p. 133. Stalin y Yakovlev citados en Bialer (ed.), p. 99. Lenin y el Terror: cita de Service, *Lenin*, p. 421. Elogio de Stalin como luchador comunista: Rudzutak, 7-12 de enero de 1933, citado en Getty, p. 93. Stalin y la compasión por sus amistades: Stalin a Molotov, 24 de agosto de 1930, *Molotov Letters*, p. 206. Puñetazos: *Molotov Letters*, p. 210. Stalin a Molotov, 2 de septiembre de 1930, p. 210. Nadezhda Mandelstam, *Hope Against Hope*, pp. 164-166. Carta de amor de Molotov en la que se discute de marxismo: RGASPI 82.2.1592.8-9, Molotov a Polina, 19 de agosto de 1940.

3. Kira Alliluyeva. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 37. Artiom Sergeiev.
4. RGASPI 558.11.1549.40, Nadia a Keke Djugashvili, 12 de marzo de 1932. Larina, pp. 65, 142. Influencia de Bujarin y Yenukidze: *MR*, p. 173.
5. Nadia, la chivata: RGASPI 85.28.63.13, Nadia Alliluyeva a Ordzhonikidze lamentándose de que no se haya hecho caso a la exhortación de Stalin exigiendo la correcta instrucción de los técnicos de la Academia, 2 de abril de 1931. Deseo expresar mi agradecimiento a Robert Service por suministrarme esta información. Entrevista con Nina Budionni. Anécdota del torturador y de la «mujer cascarrabias» de Pauker: Orlov, p. 315. Zhenia a propósito de la enfermedad y Stalin a propósito de la cafeína: diarios de Svanidze, 9 de mayo de 1935 y 11 de septiembre de 1933. Pollo arrojado por la ventana: Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 114-116, pp. 90-104. Entrevista de Irina Yenukidze en el telefilme, *Stalin: Secret History*, 3.ª parte. Eteri Ordzhonikidze. Desequilibrada: *MR*, p. 173.
6. RGASPI 558.11.754.121, Stalin a Kosior, 26 de abril de 1932.
7. *MR*, pp. 42-43.
8. RGASPI 558.11.90-132, reunión de Stalin con el Transkavkaz Kraikom y los secretarios del Partido a propósito del nombramiento de Beria. Medvedev, pp. 242-243. Las autoridades locales intentan destituirlo: Beria, intriga con Redens: RGASPI 558.11.801.42, Redens a Stalin, 14 de noviembre de 1930.
9. RGASPI 79.1.777.1, Kaganovich a Kuibishev, 2 de julio de 1932. Vacaciones: 29 de mayo de 1932, reuniones con Kaganovich, Kuibishev, Ordzhonikidze, etc.: *IA*. Tucker, *Power*, pp. 109-195. Conquest, *Harvest*, pp. 225-259.
10. Lakoba, p. 115.
11. RGASPI 74.2.37.54-59, Voroshilov a Stalin, 26 de julio de 1932. Y además RGASPI 54.1.100.101-102, Stalin a Kaganovich.
12. Stalin a Churchill: W. S. Churchill, *The Second World War*, 4, pp. 447-448.
13. Informes de la OGPU a Stalin acerca de las vacaciones: RGASPI 558.11.79.101

y 129. Para la Ley de 7 de agosto: RGASPI 558.11.78.85, Kaganovich y Molotov a Stalin, 24 de julio de 1932. Ordzhonikidze estaba también de vacaciones: RGASPI 558.11.78.39, Stalin a Kaganovich y Molotov, 14 de julio de 1932. El Caso Korneiev: RGASPI 558.11.79.10, Kaganovich a Stalin, 15 de agosto de 1932. RGASPI 558.11.79.8-9, Voroshilov a Stalin, 15 de agosto de 1932. RGASPI 558.11.79.8, Stalin a Kaganovich y Voroshilov, 15 de agosto de 1932. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 102-103. Chinski, pp. 88-94. Pérdida de Ucrania, advertencia de Redens: RGASPI 81.3.99144-99151, Stalin a Kaganovich, 11 de agosto de 1932, *Kaganovich Perepiska*, p. 273. Bujarin y Yenukidze: *MR*, p. 173.

14. Riutin: Jlevniuk, *Cercle*, pp. 101-102. *Kirov*, p. 154. Tucker, *Power*, pp. 210-211. 27 de agosto: *IA*.
15. RGASPI 558.11.1551. *IA*.
16. Para la Plataforma de Riutin y Nadia: Radzinski cita a Vlasik según Antipenko, p. 286. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 101-102. *Kirov*, p. 154. Tucker, *Power*, pp. 210-211. Tantos enemigos: Mgeladze, pp. 117-118.

CAPÍTULO 7

1. El CC enviaba a Stalin listas de autores considerados de fiar divididas en distintas secciones según el grado de lealtad y de utilidad política. Había escritores de edad más avanzada, como Gorki, y una sección especial dedicada a autores marginales domesticados como Alexei Tolstoi y Ehrenburg. RGASPI 558.11.815, Y. Yakovlev a Stalin, 3 de julio de 1933.
2. La RAPP entendida como «sección literaria»: expresión de Orlando Figes, *Natasha's Dance*, pp. 262-264, 471. Véase asimismo *KGB Lit. Archive*.
3. RGASPI 74.2.38.89, Stalin a Voroshilov. Visita de Mikoyan a Gorki, Stepan M., p. 38. Svetlana *OOY*, p. 327. Martha Peshkova, *KGB Lit. Archive*, p. 257. Otro ejemplo del cínico concepto que tenía Stalin de Gorki: cuando el autor le mostró otra obra suya, en la que expresaba su agradecimiento a Bela Kun, el brutal bolchevique húngaro, Stalin sugirió que eliminara el nombre de éste: «No hará sino debilitar el efecto de humanismo. Recuerdos. Stalin». RGASPI 558.11.720.28, Stalin a Gorky, 16 de marzo de 1934.
4. *KGB Lit. Archive*, p. 261. *Pravda*, 15 de noviembre de 1930.
5. Yagoda: *Yagoda*, pp. 15-18; se gastaron 3,7 millones de rublos en sus dachas, p. 444. *KGB Lit. Archive* (rústica), pp. 253-257. «Todo el mundo va a ver a alguien»: Mandelstam, pp. 79-80, p. 113. Babel y Yagoda: A. N. Pirozhkova, *At His Side, The Last Ten Years of Isaac Babel*, p. 63. Timosha y Yagoda: Vasilieva, *Deti Kremlya*, pp. 283-287.
6. *KGB Lit. Archive*, pp. 257-259. Radzinski, pp. 259-263, basado en los relatos de Peter Pavlenko, Evgeni Gabrilovich y Korneli Zelinski. Figes, *Natasha*, pp. 470-474. Brooks, *Thank You, C. Stalin*, p. 108. Evgenii Gromov, *Stalin: Vlast i Iskusstvo*, pp. 150-155: cortaplumas de nácar, «regusto a hierro», se rió al principio a costa del escritor K. Zelinski. A. Kemp-Welch, *Stalin and the Literary Intelligentsia*, pp. 12-31.
7. *El buen soldado Svejk*: Ribin, *Oktyabre 1941*. Dostoyevski: Djilas, pp. 110, 157.

Biblioteca: Svetlana *OOY*, pp. 14, 327. Seguía estudiando en todo momento: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 222. Leía a Chejov para los Alliluyev: Kira Alliluyeva. Leía a Zoschenko para los niños: Artiom Sergeiev. Leía a Saltikov-Shchedrin para Zhdanov: Svetlana *OOY*, pp. 335-337. Leía el *Caballero de la piel de tigre* para Voroshilov: Ketevan y Shalva Nutsibidze, *Nakaduli*, pp. 96-105. Profundo conocimiento de la literatura georgiana: Charkviani, pp. 68-73. Conocimientos de historia antigua: *MR*, p. 177. *El último mohicano* de Fenimore Cooper: Oleg Troyanovski. Biblioteca de Stalin: RGASPI 558.3.186, *Sub Rosa* de Anatole France. «¡Ja, ja, ja!» (véase, por ejemplo, Gamsajurdia: RGASPI 558.3.50. Gulia Djugashvili en Enzo Biagi, *Svetlana: The Inside Story*, pp. 53-54, y Svetlana *OOY*, p. 336: le gustaba leer a Gogol, Chejov, Victor Hugo, Thackeray y Balzac. Escribía sus comentarios en los libros a medida que iba leyéndolos: realmente se volcó con *Sub Rosa* de Anatole France. Cuando France dice que le gustaría escribir sobre el amor y la muerte, Stalin hizo el siguiente comentario jocoso: «¡Lástima que no lo consiguiera!». Cuando A. France habla de lo cruel y mezquino que era el Dios de los judíos, Stalin anota: «Anatole está hecho todo un antisemita. Era un pedante». Cuando A. France aconseja que cada uno siga sus propios sueños, Stalin comenta: «Verdad revelada»; y añade: «Los que confían en Dios no lo entienden». A propósito de Dios comenta: «Así que no lo conocí, no lo vi, no existió para mí. ¿Y dónde voy a ir? (recuerdos a Dios). ¡Ja, ja, ja!». A. France afirmaba que Napoleón habría escogido al sol como su dios: «¡Bien!», anota Stalin. A propósito de la obra de F. Leonidze sobre Georgi Saakadze, llenó varias páginas con los siguientes comentarios: «¿Qué significa eso?» o «Escena absurda». RGASPI 558.3.186. Para Bulgakov: RGASPI 558.11.711.63 y 74-75, Stalin a V. Bil-Belotsarkovski, diciembre de 1928 y sin fecha. J. A. E. Curtis, *Manuscripts Don't Burn: Mikhail Bulgakov: A Life in Letters and Diaries*, pp. 69-71, 111-113. Para la llamada por teléfono a Bulgakov: *KGB Lit. Archive* (rústica), p. 91. RGASPI 558.11.773.44, Stalin a N. Y. Marr, 20 de enero de 1932. A Stalin le encantaba Zola, «Fíjate en lo que leen» y leía más de quinientas páginas al día: Sergo B, p. 142. Para Pilniak: véase *KGB Lit. Archive* (rústica), pp. 139-157.

8. Easter, pp. 127, 177. «*Molot*», 8 de noviembre de 1932, y *Pravda*, 19 de noviembre de 1932. Cadáveres: Kopelev, p. 33. RGASPI 558.11.1549.40, 12 de marzo de 1932. Jrushchov, *Glasnost*, pp. 14-15. Para las reuniones de Stalin el 8 de noviembre de 1932: *IA*. Para Yagoda y el informe sobre las actividades de A. Eismont y A. P. Smirnov: Radzinski, p. 268. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 114-116. Cafeína: diarios de Svanidze, 11 de septiembre de 1933. «Detenciones poco antes de la cena del mes de noviembre»: Tucker, *Power*, pp. 189, 210-211. Artiom Sergeiev. Kira Alliluyeva. Natalia Andreyeva. «Muchísima presión de sus enemigos»: Mgeladze, pp. 117-118.
9. La pistola: petición de Nadezhda a Pavel: entrevista con Kira Alliluyeva, 10 de julio de 2001. Artiom Sergeiev llegó a tener la pistola entre sus dedos: entrevista de mayo-junio de 2001. El piso: Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 116-117. Y también: Artiom Sergeiev. Hora de la muerte: informe secreto del Dr. Kushner, GARF 7523c.149a.2-7.

CAPÍTULO 8

1. Documentos que demuestran el papel de Yenukidze: GARF 7523c-149a-2.1-6, entre otros el documento 7, que es el informe del profesor Kushner. Chismorreos de la servidumbre y versión oficial: GARF 3316.2.2016.1-8. Petición de perdón de A. G. Korchagina a Kalinin. La mujer fue detenida en 1935 acusada de pertenencia a un grupo terrorista. «¡Oh, Nadia, Nadia!»: Mgeladze, pp. 117-118. «Ha dado un vuelco total a mi vida»: Nadia Vlasik.
2. GARF 7523c-149a-2.10-11. Preguntas de Stalin: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 120.
3. *Kaganovich*, p. 73.
4. Natalia A. Andreyeva. GARF 7523c-149a-2.10-11. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 119.
5. El funeral: Artiom Sergeiev, Kira Alliluyeva, Natalia Andreyeva, Vladimir Alliluyev. Relato basado en las fotografías de RGASPI 667.1.42.23-24. *MR*, pp. 173-175. Larina, pp. 141-142. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 119-120. *Kaganovich*, p. 73. La oración fúnebre: GARF 7523c-149a-2.8-10. «¡Oh, Nadia, Nadia!»: Mgeladze, pp. 117-118.
6. Cambios en Stalin: *Kaganovich*, p. 154. RGASPI 74.1.429.65-66, diario de E. D. Voroshilova, 21 de junio de 1954. Escupitajos en la pared: anécdota contada por Zhenia Alliluyeva a Kira Alliluyeva.
7. RGASPI 74.2.38.80, Stalin a Voroshilov, 17 de diciembre de 1932. Resignación: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 120, y Rosliakov, citado en *Kirov*, p. 158. RGASPI 558.11.787.10, Postishev a Stalin y respuesta de 28 de diciembre de 1932. Diarios de Svanidze, 28 de diciembre de 1934, 21 de diciembre de 1935, y 9 de mayo de 1935. Entrevista con Nina Budionni, 5 de diciembre de 2001. El suicidio de Nadia cambió el curso de la historia: Leonid Redens. Cartas a Stalin a propósito de Nadia: RGASPI 558.11.1551.38-42, compañeros de trabajo de Alliluyeva a Stalin, 17 de noviembre de 1932. RGASPI 558.11.1551.31-35, poema enviado a Stalin y traducido por Vano Birkhimova. RGASPI 558.11.1551.44-45, V. M. Kazanovski a Poskrebishev y Stalin a Poskrebishev, 27 de marzo de 1948. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 120: Stalin no podía vivir sin Nadia. Diario de Svanidze, 8 de diciembre de 1934. Visitas al despacho de Stalin: noviembre de 1932: *IA*.
8. *Kirov*, pp. 1-76: el retrato que ofrecemos aquí de Kirov se basa en la magnífica obra de Amy Knight *Who Killed Kirov?*, así como en las investigaciones realizadas por el propio autor en RGASPI y en las entrevistas mantenidas con los supervivientes. RGASPI 558.11.746.53, Kirov a Stalin en Kislovodsk, 5 de julio de 1925. Stalin quiere tener a Kirov a su lado todo el tiempo: diario de Svanidze, 13 de diciembre de 1934.
9. Artiom Sergeiev: recuerdos de Stalin y de Kirov.
10. *Kirov*, pp. 130-131.
11. RGASPI 558.11.746.82, Stalin a Kirov, 6 de junio de 1928.
12. *Kirov*, 139.
13. RGASPI 558.11.746.131, Stalin a Kirov, 21 de julio de 1932.
14. Kirov: se quedaba a dormir por las noches en casa de Stalin: Artiom Sergeiev.

Svetlana actuaba para Kirov: diario de Svanidze, 14 de noviembre de 1934. Tensiones con Sergo Ordzhonikidze: véase *Kaganovich Perepiska*, pp. 276-277 en 1932 y *Molotov Letters* en 1933, p. 234.

15. Traslado de divanes y Nicolás I: Charkviani, p. 35. Viajes por el sur: Stalin a G. Dmitrov, 25 de octubre de 1934, en Alexander Dalin y F. I. Firson (eds.), *Dmitrov and Stalin, 1934-1943* (en adelante *Dmitrov/Stalin*), p. 22.

CAPÍTULO 9

1. Ambiente espartano en el que se movía Stalin: Svetlana *OOY*, pp. 345-370. La pequeña esquina: para el despacho de Stalin, véase Shtemenko en Bialer (ed.), p. 353. Seguridad: RGASPI 17.162.9.54, citado en Jlevniuk, *Cercle*, p. 51. Para Lenin: *Service*, pp. 400-401. Visita a Bedni, véase Sudoplatov, p. 52. El mendigo: *MR*, pp. 14, 213. Traslado al piso de Bujarin: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 130. Artiom Sergeiev en su entrevista y en las palabras citadas, junto con las de Molotov, en *MR*, pp. 10-11. RGASPI 558.11.801.42-43, Redens a Stalin, 14 de noviembre de 1930.
2. Regreso de Berlín de Pavel y Zhenia Alliluyev: Kira Alliluyeva. Svetlana RR. «Rudeza y afición a darse aires» de Redens: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 64. Sustitución de Redens en Ucrania por Balitski; *Kaganovich Perepiska*, pp. 276-277. Ruina de Redens: Sergo B, pp. 21, 47. Leonid y Vladimir Redens. Anna, la cotorra: RGASPI 74.2.38.89, Stalin a Voroshilov, sin fecha.
3. Mikoyan, p. 357. Svanidze: véase el diario de Maria acerca de la familia, 5 de marzo de 1937; poema de Maria a Stalin, RGASPI 44.1.1.361-366. «Mejor aspecto que el 70 por 100 de las mujeres casadas / todos los que me ven se acuerdan de mí para siempre»: RGASPI 44.1.1.340-344, Maria Svanidze a Aliosha Svanidze. RGASPI 44.1.1.403, Aliosha a Maria hablando de Mikoyan, Sergo y Yenukidze, 9 de noviembre de 1930. RGASPI 44.1.1.417, Nadia Alliluyeva a Maria Svanidze hablando de las *babas*, 11 de enero de 1926. Para los Svanidze: Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 81-87.
4. RGASPI 558.3.4, Stalin a Yakov. Se parecía a su padre: Vlasik, p. 27.
5. Svetlana RR. Diario de Svanidze, 15 de abril de 1935. Estos detalles relativos al círculo familiar y a los cambios introducidos en los modos de vida de la familia a raíz de la muerte de Nadia se basan en las siguientes fuentes: entrevistas del autor con Artiom Sergeiev, Kira Alliluyeva, Vladimir Alliluyev (Redens), Leonid Redens. Stepan Mikoyan. Svetlana RR. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 130. Diarios de Svanidze, septiembre de 1933 y 4 de octubre de 1934. Falta de confianza de Stalin en Anna, demasiado parlanchina: véase RGASPI 74.2.38.89, sin fecha, Stalin a Voroshilov, y véase asimismo la carta de Stalin al comandante Efimov a propósito de Vasili. Para Svanidze y Stalin, *Mikoyan*, pp. 357-358: hermanos.
6. Vlasik, pp. 25-27. Entrevista con Nadezhda Vlasik. Cartas de V. Stalin, I. Stalin, Comandante S. Efimov, K. Pauker, 1933-1938, citadas en A. Sujomlinov, *Vasily: Syn Vozhdya* (en adelante *Vasily*), pp. 28-30, 51. Para los chistes de contenido sexual que contaba Vasili a Svetlana: Svetlana RR. La pistola: Artiom Sergeiev.

7. Mgeladze, p. 117.
8. Tucker, *Power*, pp. 200-203. *Kirov*, pp. 148-149. Anne Applebaum, *GULAG*, pp. 78-83.
9. RGASPI 85.1.144.
10. *Kirov*, pp. 167-168.
11. Afición a las mujeres y a la bebida de Kuibishev: Oleg Troyanovski. Véase asimismo Stalin a Molotov: *Molotov Letters*, p. 233. Stalin a Molotov, 1 de septiembre de 1933 y 12 de septiembre de 1933.
12. RGASPI 74.2.38.89, Stalin a Voroshilov, sin fecha.
13. Nadezhda Vlasik, *Beria*, pp. 47-53. S. Lakoba, *Ocherki po politicheskoy istorii Abkhazii*, pp. 117-118. Álbum de Stalin, RGASPI 558.11.1668. Yendo de un lado a otro: Stalin a Dmitrov, 25 de octubre de 1934 en *Dmitrov/Stalin*, p. 22. *Kaganovich Perepiska*, pp. 308-320.
14. RGASPI 558.11.765.72. Mikoyan a Stalin, 12 de septiembre de 1931. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 83-97.
15. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 94-97. *Molotov Letters*, p. 233, 234. *Kaganovich Perepiska*, pp. 315-323.
16. *Molotov Letters*, p. 233. Stalin a Molotov, 1 y 12 de septiembre de 1933. Véase asimismo RGASPI 79.1.798, Molotov a Kuibishev, 12 de septiembre de 1933.
17. Stalin y Sergo: «¿Debo felicitarte o no?»: RGASPI 558.11.778.48, Stalin a Sergo, 15 de enero de 1931. «¿Estás preparado?»: RGASPI 558.11.778.45, Sergo a Stalin. «Acaba con la derecha»: RGASPI 558.11.778.40, Sergo a Stalin, 26 de septiembre de 1930. RGASPI 81.3.99.27/8, Stalin a Sergo, 9 de septiembre de 1931. Los archivos están llenos de testimonios del temperamento de Sergo y de quejas al respecto: por ejemplo, RGASPI 558.11.737.65. A. Ikramov (Uzbekistán) a Stalin, 12 de junio de 1935: «No se resolvió ningún problema por culpa del camarada Ordzhonikidze... Me echó una reprimenda y me acusó de todo lo habido y por haber. No puedo ni siquiera repetir las cosas que dijo ... Considero esa conducta de todo punto incorrecta y te solicito que me recibas...». Stalin aprueba los actos de Sergo: «Los abofeteó realmente», RGASPI 74.2.38.25, Stalin a Voroshilov, 10 de febrero de 1928. Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, pp. 7-16, 21-24, 158, citando a E. M. Bogdateva cuando habla de la fuerza que tenía. Para las peleas: *MR*, p. 113. Sus arrebatos: S. R. Gershberg en Jlevniuk, p. 149. Eteri Ordzhonikidze. Mataba a aquellos a los que odiaba: Mikoyan, p. 332. Orlov, p. 185. Caballerosidad: *KR*, p. 107. Easter, pp. 59-62; *Kaganovich*: Sergo, «Te mando un beso», pp. 63, 162. Perfecto bolchevique: Diario de Svanidze, 5, 1937. Stalin a propósito de Beria y Sergo (vanidad): *Kaganovich Perepiska*, pp. 92, 276. Para las vacaciones en Kislovodsk: *Kaganovich Perepiska*, p. 326, y cartas a Stalin y de éste a él, pp. 340, 342. Stalin acerca de la nobleza de Sergo: Charkviani, p. 23. «Un príncipe»: Sergo B, p. 15.

CAPÍTULO 10

1. Beria, pp. 47-53. Lakoba, pp. 117-118. Álbum de Stalin, RGASPI 558.11.1668. Anduvo de un lado para otro: Stalin a Dmitrov, 25 de octubre de 1934, en *Dmi-*

trov/Stalin, p. 22. Fasil Iskander, *Sandro of Chegem*. Visita del autor a Museri, 2002.

2. Casa de Gagra: RGASPI 558.11.728.40-42, Stalin a Yenukidze, 13 de septiembre de 1933. Visita del autor a Kholodnaya Rechka, Gagra, 2002. Stalin en Gagra: *Kaganovich Perepiska*, p. 378. Véase asimismo después Averell Harriman y otros visitantes.
3. RGASPI 558.11.728.40-42, Stalin a Yenukidze, 13 de septiembre de 1933.
4. Este resumen de lo ocurrido en el congreso se basa en Amy Knight, *Kirov*, pp. 127, 171-177, y además en *KR*, I, p. 77. *Kaganovich*, pp. 70-71. Sergo B, p. 17. Para la propuesta del ingreso de Beria en el CC: Kirov advirtió a Stalin: Mgeladze, p. 178. Khlevniuk resta importancia al episodio de los votos del CC. Tucker, *Power*, pp. 260-263. Khlevniuk, *Cercle*, pp. 117-123. M. Rosliakov, *Ubitistvo Kirova*, pp. 28-33. Radzinski, pp. 297-300.
5. RGASPI 558.11.746, Kirov a Stalin, 15 de julio de 1933.
6. Rosliakov en *Kirov*, p. 160.
7. «Mi Kirich», RGASPI 558.11.746.85. Stalin a Kirov, 6 de marzo de 1929. Llamadas a Kirov: Diario de Svanidze, 4 de octubre de 1934. *Kirov*, pp. 158-159, 186. Bromas acerca del «líder del proletariado» - Artiom Sergeiev. Kirov, centro de atención: Sergo B, p. 15.

CAPÍTULO 11

1. Mikoyan, p. 534. Anna Akhmatova citada en Figes, *Natasha*, pp. 482-485. Tucker, *Power*, pp. 260-263, 273. *KGB Lit. Archive*, pp. 175-176. Mandelstam, pp. 82, 158, 112-113, 117, 145-147, 23-24. Radzinski, pp. 300-301. RGASPI 558.11.806.117, Stalin a Stanislavski a propósito del escritor Sobolev y del capricho de los creadores, 10 de diciembre de 1935.
2. RGASPI 558.1.5374, Stalin a K. Stanislavski, 9 de noviembre de 1931.
3. RGASPI 558.11.702.6-12, 41a y 69, expulsión del Kremlin, 4 de septiembre de 1932. RGASPI 558.11.702.35, Molotov a Bedni y copia a Stalin, 12 de diciembre de 1930. «Caldero de Cobre»: *KR*, I, pp. 79-80.
4. RGASPI 558.11.754.1-21, V. Kirshon a Stalin y Stalin a Mejlis, 20 de octubre de 1932. Kirshon a Stalin y Stalin a Kirshon, 9 y 15 de octubre de 1932. Lista de escritores fiables enviada a Stalin: RGASPI 558.11.815, Y. Yakovlev a Stalin, 3 de julio de 1933. Pilniak: RGASPI 558.11.786.50.1, Stalin a Pilniak, 7 de enero de 1931.
5. RGASPI 558.11.754.26, Kirshon a Stalin y Kaganovich y Stalin a Kirshon, 13 de agosto de 1933. Kirshon y Bulgakov en Curtis, pp. 69-71: Kirshon y Leopold Averbakh, antiguo jefe de la RAPP y estrechamente relacionado con Yagoda, criticaron el drama *Vuelo* de Bulgakov, por lo que fue retirado de la programación a comienzos de 1929. Fue entonces cuando Bulgakov, en vista de que no podía trabajar, apeló a Stalin.
6. RGASPI 558.11.786, 9-13, Panferov a Stalin, 25 de febrero de 1934.
7. «¡Sí, sí!»: RGASPI 74.2.37, Stalin a Voroshilov, 15 de marzo de 1931. «Humo verde»: Upton Sinclair a Stalin y Stalin a Upton Sinclair, con comentarios también a propósito de Eisenstein: RGASPI 558.11.804.12, 26 de octubre de 1931.

8. RGASPI 558.1.5374, Stalin a K. Stanislavski, 9 de noviembre de 1931.
9. RGASPI 558.11.702.6-12, 41a, 69, Expulsión del Kremlin, 4 de septiembre de 1932. RGASPI 558.11.702.35, Molotov a Bedni y copia a Stalin, 12 de diciembre e 1930. *KR*, I, pp. 79-80. *Kaganovich Perepiska*, pp. 149 y 164.
10. RGASPI 558.11.710.24, Bujarin a Stalin y Stalin a Kaganovich a propósito de Ehrenburg, 9 de agosto de 1935. Tolstoi: Tucker, *Power*, pp. 282-290, 114-118. Véase el excelente capítulo en Nikolai Tolstoi, *The Tolstoys*. *Kaganovich*, pp. 105-107. Mandelstam, p. 164. Stalin en el teatro: véase Curtis, pp. 250-251, a propósito de las opiniones de Bulgakov sobre los comentarios de Stalin.
11. RGASPI 558.11.775.99, Meyerhold a Stalin. Para Pasternak, véase Mandelstam, p. 148. RGASPI 558.11.725.130, Gidosh a Stalin, 2 de septiembre de 1932. Bedni y Babel: *Kaganovich Perepiska*, pp. 122 y 149.
12. *Kirov*, pp. 179-181; Rosliakov, Kirov a Maria Lvovna.
13. Esta relación de los hechos se basa en Yuri Zhdanov. Mikoyan, p. 562. *MR*, pp. 221-222. Artiom Sergeiev. Zubok, pp. 112-117.
14. Zhdanov: Yuri Zhdanov. Martha Peshkova. RGASPI 77: papeles de Zhdanov. Para la relación con Stalin, véase RGASPI 558.11.730.2-9, Zhdanov a Stalin, fecha desconocida de 1934. RGASPI 558.11.83.143. Kaganovich y Zhdanov a Stalin, 23 de agosto de 1934. RGASPI 558.11.86.2-16, Zhdanov a Stalin, 3 de septiembre de 1934. RGASPI 558.11.730.18, Zhdanov a Stalin, 6 de septiembre de 1934. «¿Has leído este nuevo libro?» - Stalin a Zhdanov, según el asistente de Zhdanov, A. Beliakov, citado en Ribin, *Oktyabr 1941*, p. 51. Débil, intelectual, le habría gustado ser un agricultor, hojeaba libros con Stalin, gazmoño, le gustaban las flores: Svetlana *OOY*, pp. 360-362. Zubok, pp. 112-117.
15. RGASPI 558.11.76.113, Stalin a Beria, 19 de septiembre de 1931. Chinski, p. 47.
16. La selección de libros de historia provistos de abundantes anotaciones de Stalin está formada por Kutuzov: RGASPI 558.3.25.2; el *Embajador del mundo* de D'Abernon: RGASPI 558.3.25, 32; la *Historia de Grecia* de Vipper: RGASPI 558.3.36; la *Guerra franco-prusiana de 1870* de Von Moltke: RGASPI 558.3.224. *Iván el Terrible*: «Maestro» RGASPI 558.3.350.
17. Árbol de Mambré, ambiente cálido: Yuri Zhdanov. Sholojov: Gromov, *Vlast i Iskusstvo*, p. 144. Chistes, asombro de Zhdanov: Artiom Sergeiev. «Pondré pies en polvorosa»: Kirov a Chudov en *Kirov*, p. 181. E. G. Evdokimov debía reemplazar a Filipp Medved como máximo dirigente del NKVD en Leningrado: *Kirov*, p. 161: D. B. Sorokin, cuñado de Medved. Evdokimov: véase Robert Conquest, *Inside Stalin's Secret Police, NKVD Politics 1936-1939*, p. 25.
18. RGASPI 558.11.730.2-9, Zhdanov a Stalin, sin fecha 1934. RGASPI 558.11.83.143, Kaganovich y Zhdanov a Stalin, 23 de agosto de 1934. RGASPI 558.11.86.2-16, Zhdanov a Stalin, 3 de septiembre de 1934. RGASPI 558.11.730.18, Zhdanov a Stalin, 6 de septiembre de 1934. Zhdanov a Stalin: «Antes del congreso, Gorki intentó una vez más criticar las listas, aunque habían sido acordadas con ellos anteriormente... Se quejó de que Kamenev no había sido elegido para el Secretariado. No quería ir al congreso ni presidir el pleno. Es una lástima... Está muy cansado». RGASPI 558.11.730.1, Stalin a Kaganovich, Zhdanov, Stetski y Mejlis, 24 de agosto de 1934. Kaganovich informó acerca de

las exigencias de Gorki y de cómo había actuado toda la jefatura, formada por él mismo, Molotov, Voroshilov y Zhdanov. RGASPI 558.11.742.21, Kaganovich a Stalin, 12 de agosto de 1934, y RGASPI 558.11.742.28, Kaganovich a Stalin, 12 de agosto de 1934.

19. RGASPI 558.11.730.10, Zhdanov a Stalin, septiembre de 1934. Sesiones del Politburó: Jlevniuk, *Cercle*, p. 122.
20. RGASPI 558.11.730.37-40, Zhdanov a Stalin, 1 de septiembre de 1935.
21. RGASPI 558.11.730.21, Stalin a Zhdanov y a Kuibishev, 11 de septiembre de 1934.
22. RGASPI 558.11.730.22, Stalin a Zhdanov, Yagoda y Akulov, 9 de octubre de 1934.
23. Los destinos a los que fueron enviados los distintos líderes se encuentran en la carta de Kaganovich a Stalin de 1 de septiembre: RGASPI 558.11.50.64. *Kaganovich Perepiska*, p. 470. Kaganovich escribe desde Kíev: Kirov había partido para Kazajstán, Mikoyan había ido a Kursk, Chubar al Volga Medio, Kaganovich a Ucrania, Zhdanov a Stalingrado, Voroshilov a Bielorrusia, y Molotov a Siberia. M. D. Borisov era el guardaespaldas. RGASPI 79.1.170.1, 2, 3, Kirov a Kuibishev, 18 de septiembre de 1934 y 23 de septiembre de 1934. *KR*, I, p. 61. *Kirov*, p. 185. RGASPI 558.11.730.23-36, Zhdanov a Stalin, 8 de octubre de 1934: Zhdanov informaba a Stalin de que había problemas para allegar pan en la región de Stalingrado: «Deberían mandarse aquí unos cuantos trabajadores para juzgarlos», escribía el 8 de octubre. Los líderes del Partido en la zona eran «débiles». Kirov a Moscú: *Kirov*, pp. 183-184. Llamada y llegada, Stalin de mal humor: Diario de Svanidze, 14 y 26 de noviembre de 1934.
24. S. Frederick Starr, *Red and Hot. The Fate of Jazz in the Soviet Union 1917-80*, p. 126. Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, pp. 94-95.
25. *Kirov*, p. 187.
26. Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, pp. 65-66. Veneno: Sudoplatov, pp. 270-271.
27. RGASPI 558.11.27.24, notas de Stalin, 7 de mayo de 1929.
28. Ribin, *Ryadom*, pp. 14-16.
29. Este relato se basa en la excelente reconstrucción que realiza Amy Knight en su libro *Who Killed Kirov?*, pp. 88-99; Tucker, *Power*, pp. 288-296; Conquest, *Great Terror*, pp. 43-61, y además *Kaganovich*, *MR*, diario de Svanidze, y memorias de Mikoyan *Tak bylo*.

CAPÍTULO 12

1. *Kaganovich*, pp. 71-72. Mikoyan, pp. 316-318. 1998: 2. *Kirov*, pp. 199-201. Tucker, *Power*, p. 292.
2. Eteri Ordzhonikidze. Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, p. 67. Ginsburg en *Kirov*, p. 197. *Kaganovich*, pp. 71-72. Mikoyan, pp. 316-318. *Kirov*, pp. 199-201.
3. Tucker, *Power*, pp. 294, 646. Beso a Kirov: Ribin, *Ryadom*, p. 88. «Llévate de aquí a ese gilipollas»: Radinski, p. 312. Véase asimismo Orlov, *Kirov*, pp. 200-208, inc. Nikolaev.
4. Tucker, *Power*, pp. 294-296. Vlasik vio a Pauker «estremecerse» cuando llegó la noticia relativa a Borisov en *Kirov*, pp. 205-209.

5. Para el asesinato de Voikov y la reacción de Stalin, véase Chinski, p. 83. Para la *Instantsiya*, vaya mi agradecimiento al profesor Derek Beales. Para las órdenes verbales, véase el asesinato de Mijoels.
6. Stalin quería a Kirov: Ribin, *Ryadom*, p. 87; *Kaganovich*, p. 72. Consejo sobre Beria: Stalin citó el consejo de Kirov en contra de Beria después de la guerra ante Mgeladze, p. 178. Larina, p. 291.
7. RGASPI 558.11.773.81, Stalin a la jefa del Koljós, D. Emalinova, a propósito del caso de M. A. Merzlikov, 27 de febrero de 1930. Peter Kapanadze, el cura y el regalo de dos mil rublos: Charkviani, p. 45, carta de 7 de diciembre de 1933. Regalo al muchacho ucraniano: RGASPI 558.11.712, Ivan Boboshko a Stalin: «He recibido diez rublos de tu parte. Gracias».
8. Para los datos relativos al cerebro de Kirov, a Zhdanov, Agranov, Yezhov y el funeral: *Kirov*, pp. 214-215. Tucker, *Power*, pp. 294-295. *KR*, I, pp. 98-100.
9. Diario de Svanidze, 5-13 de diciembre de 1934. Mikoyan, pp. 316-318. *Kirov*, pp. 5-8. Tucker, *Power*, pp. 301-302.
10. Diario de Svanidze, 5-13 de diciembre de 1934. *Kaganovich*, pp. 71-72. Mikoyan, pp. 315-317. Tucker, *Power*, p. 298. *Kirov*, pp. 5-7, con la cita de Sergo incluida.
11. Tucker, *Power*, pp. 297-299. Diario de Svanidze, *IA*, 5-13 de diciembre de 1934.
12. RGASPI 558.11.800.113, Rudzutak a Stalin y respuesta de Stalin, 5 de diciembre de 1934. Larina, p. 173.
13. Yuri Zhdanov: «Todo cambió». Cf. asimismo Artiom Sergeiev: «Nada volvió a ser como antes». Popovich citado en Dedjer, *Tito Speaks*, p. 278. Isakov entrevistado por Simonov en *Znamya*, vol. 5 (1988), p. 69.
14. Esta relación de los hechos ocurridos el 21 de diciembre de 1934 se basa en los recuerdos de dos de los invitados: el diario de Maria Svanidze, 23 de diciembre de 1934, y la entrevista realizada a Artiom Sergeiev. Poseemos también el poema de Maria en los archivos y las fotografías en dos versiones. Agradezco a Stepan Mikoyan, Natalia Andreyeva y Kira Alliluyeva, cuyos padres estuvieron presentes, que me ayudaran a identificar a los personajes. Poema: RGASPI 44.1.1.361-366. Fotografía: RGASPI 558.11.1653.22.

CAPÍTULO 13

1. Diario de Svanidze: julio, octubre y 23 de diciembre de 1934. Anécdotas de Stalin y Zhenia: Kira Alliluyeva. Y también Artiom Sergeiev y Leonid Redens. Svetlana RR. Richardson, *Long Shadow*, p. 99.
2. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 149-150.
3. *Kirov*, p. 222.
4. Película: Jay Leyda, *Kino: History of Russian and Soviet Film*, p. 319. Peter Kenez, *Cinema and Soviet Society*, pp. 95, 111, 131, 159. Beria en Sergo B, p. 17. Lenin citado en Figes, *Natasha*, p. 451 y *Soviet Hollywood*, p. 477. Medvedev, p. 309. Svetlana *OOY*, p. 331. Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, pp. 93-94.
5. RGASPI 558.11.27.88, Stalin como compositor de canciones, 8 de julio de 1935. Episodio de Alexandrov: Gromiko, *Memoirs*, pp. 328-329. Leyda, p. 319. Kenez, pp. 95, 111, 131, 158-161. Taylor y Christie, *The Film Factory*, p. 384, ci-

tado en Figes, *Natasha*, p. 477. Véase asimismo Gromov, *Vlast i Iskustsvo*, G. V. Alexandrov, *Epokha i kino*, y G. Mariamov, *Kremlevskii tsenzor: Stalin smotrit kino* en la sección ulterior acerca de Stalin y el cine posterior a la segunda guerra mundial.

6. RGASPI 558.11.727.33, conversación de A. Dovzhenko con Stalin, en presencia de Postishev, Kosior y Kalinin, 27 de mayo de 1935. Véase asimismo Kenez, p. 133.
7. Eisenstein: Figes, *Natasha*, pp. 454-459, 477-481. Kirov y *Counterplan: Leyda*, p. 290. Kaganovich y Eisenstein: Kenez, p. 138. Stalin a propósito de Eisenstein: RGASPI 558.11.804.12, Stalin a Upton Sinclair, octubre de 1931. Stalin a Kaganovich, 12 de octubre de 1931, en *Kaganovich Perepiska*, p. 101. «Hombre de mucho talento»: Mgeladze, p. 212.
8. Tucker, *Power*, pp. 330-331. Brooks, *Thank You C. Stalin*, pp. 64-66. El estalinismo y Kaganovich: *KR*, I, p. 75. Mikoyan, p. 31. Culto a los líderes: Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, pp. 72-74.
9. RGASPI 45.1.803.1, Stalin a F. Samoilova, 6 de diciembre de 1938.
10. RGASPI 558.11.730.189, Stalin a Zhdanov y Pospelov, 24 de septiembre de 1940. A propósito de *The Leader's Childhood* de K. Gamsajurdia escribió: «Te pido que prohíbas su publicación en ruso». RGASPI 558.11.787.2, Stalin a Zhdanov y Pospelov, 24 de septiembre de 1940. RGASPI 558.11.730.188, Stalin a Zhdanov, 14 de septiembre de 1940. Cuando los bolcheviques de la vieja guardia quisieron publicar sus recuerdos de los primeros tiempos de Stalin, éste les ordenó: «¡No los publiquéis!». RGASPI 558.11.1496.17, Stalin a Mejlis, 21 de julio de 1937. RGASPI 558.11.773.84, Stalin a Mejlis, 1930.
11. RGASPI 558.11.717, Stalin a P. M. Vsiliev, 3 de diciembre de 1930 o 1932.
12. RGASPI 558.11.786.106, Stalin a Poskrebishev, julio de 1929.
13. RGASPI 558.11.711.182, Stalin a Blojin, 29 de julio de 1925.

CAPÍTULO 14

1. Sudoplatov, pp. 270-271. Tucker, *Power*, pp. 301-302.
2. Reajuste de Kaganovich: Rees, p. 132. Khlevniuk, *Cercle*, pp. 172-177.
3. Para Jrushchov: *Oni*, p. 171. *KR*, I, p. 57; *KR*, II, p. 151; *Kaganovich*, pp. 99-100. Primeros años: Iurii Shapoval, «The Ukranian Years 1894-1949» en Taubman, pp. 1-17. Mascota: William Taubman, *Khrushchev, Man and Era*, p. 75.
4. Ascensión de Yezhov: M. Jansen y N. Petrov, *Stalin's Loyal Executioner, People's Commissar Nikolai Ezhov 1895-1940*, pp. 25-26. RGASPI 17.3.961.61. Yezhov fue nombrado para controlar al personal del NKVD y de la Komsomol. Había sido un supervisor eficaz del NKVD para Stalin desde diciembre de 1934 y no tardaría en suceder a Kaganovich como presidente de la Comisión de Control del Partido.
5. Yezhov «humano, amable»: Yuri Dombrovski en Jansen-Petrov, pp. 19-20. A. Polianski, *Yezhov: Istoriya zheleznogo stalinskogo narkoma*, pp. 1-40. Mandelstam, pp. 324-325. «Hombre bajito y menudo»: Lev Razgon, *Plen v svoem otechestve*, pp. 50-51. Las mujeres a propósito de Yezhov: hermosos ojos azules, Vera Trail, memorias inéditas, pp. 5-11. *Nikolai Ezhov*, Moscú, 1937. Ojos azul-grisáceos,

opiniones de Bujarin y maestro en Asia Central: Larina, p. 250, 268. Para la dacha de Stalin en Sujumi: visita del autor en 2002. «Ojos gris-verdosos, astutos, como una cobra»: D. Shepilov, «Vospominaniya», *Voprosy Istorii*, 4 (1998), pp. 3-25. Tamaño: Jansen-Petrov, pp. 1-11, 14.

6. Jansen-Petrov, pp. 1-11, 14, 22. Getty, pp. 156-157. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 175-177. Polianski, pp. 40-84. Memoria: Stalin a Nutsibidze, *Nakaduli*, 2, 1993, pp. 96-100.
7. Miniaturas de yates: Jansen-Petrov, p. 199. «No conozco a un trabajador más ideal»: I. M. Moskvin citado en Razgon, pp. 50-51. RGASPI 558.11.89.156, Dvinski a Stalin, 17 de septiembre de 1935. Para la bisexualidad de Yezhov, su afición a la bebida y sus ventosidades: confesión de Yezhov, FSB 3.6.1, Caso Frinovsky, FSB N-15301.12, en Jansen-Petrov, pp. 18-19. Enfermedades: Jansen-Petrov, p. 196.
8. RGASPI 558.11.787.6, Stalin a Postishev a propósito de las vacaciones de Yezhov, 9 de septiembre de 1931.
9. RGASPI 558.11.818.3, Stalin a Yezhov, 31 de mayo de 1935, y RGASPI 558.11.756.88, Stalin a Kaganovich y Yezhov, 22 de septiembre de 1934. *KR*, I, p. 115.
10. RGASPI 558.11775.35, Stalin a Yezhov, 23 de agosto de 1935.
11. Trail, p. 8. Jansen-Petrov, p. 22.
12. Jansen-Petrov, p. 16. Polianski, pp. 88-92. *KGB Lit. Archiv*, pp. 42-44.
13. Mandelstam, p. 113. Eteri Ordzhonikidze.
14. RGASPI 558.11.83.16, Stalin por medio de Dvinski a Besanov, Berlín, 5 de agosto de 1934.
15. Opiniones de Bujarin y maestro en Asia Central: Larina, p. 250, 268. *KR*, I, p. 115.
16. RGASPI 558.11.83.50, 51, 93, y RGASPI 558.11.84.14, 18, 66, 110, Embajada de Berlín y telegramas del CC acerca de la salud de Yezhov enviados por Dvinski a Stalin, Sochi, agosto de 1934.
17. «Como un búho solitario» en Sochi: RGASPI 558.11.728.40, Stalin a Yenukidze, 13 de septiembre de 1933. Sashiko y el fotógrafo, anormalidad sexual de Yenukidze, cena con dos horas de retraso: Diario de Svanidze, 28 de junio de 1935. Politburó: Diario de Svanidze, 11 de septiembre de 1933. Deseos de que se quedaran a pasar la noche en su casa: Mikoyan, p. 356. Natalia Andreyeva. Kira Alliluyeva.
18. RGASPI 558.11.728.67-107 y 114, RGASPI 558.11.728.40-42, Stalin a Yenukidze, 13 de septiembre de 1933. Conquest, *Stalin: Breaker of Nations*, p. 189.
19. RGASPI 558.11.704.20, *Beria*, pp. 58-62.
20. Pleno: Getty, pp. 160-168. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 149-150. Caso del Kremlin: Jansen y Petrov, p. 30. APRF 57.1.273. Caída de Yenukidze: Jansen y Petrov, pp. 31-33. Y. N. Zhukov, «Tainy Kremlevskogo delo 1935 goa i sudba Avelia Yenukidze», en *Voprosy Istorii*, 9 (2000), pp. 83-113. «Algo huele a podrido»: Kaganovich en RGASPI 17.2.547 y RGASPI 17.3.963. Bujarin y Yenukidze habían «desviado» políticamente a Nadia; *MR*, p. 173.
21. Diario de Svanidze, 9 de mayo y 28 de junio de 1935.

CAPÍTULO 15

1. Diario de Svanidze, 29 de abril de 1935.
2. «Como un búho solitario» en Sochi: RGASPI 558.11.728.40, Stalin a Yenukidze, 13 de septiembre de 1933. Cena con dos horas de retraso, Sashiko, fotografía: Diario de Svanidze, 28 de junio de 1935. Más fuerte que el Politburó: Diario de Svanidze, 11 de septiembre de 1933. Quedarse a dormir: Mikoyan, p. 356. Natalia Andreyeva, Kira Alliluyeva.
3. Diario de Svanidze, 29 de abril de 1935.
4. «El pueblo ruso es zarista»: Radzinski, citando a P. Chagin, p. 323. Molotov: a propósito de Iván el Terrible en Volkogonov, p. 310. Mikoyan: a propósito de Iván el Terrible, p. 534. «Stalin, Molotov i Zhdanov o vtoroy serii filma Ivan Grozni», *Moskovskie Novosti*, 37 (7 de agosto de 1988), p. 8. Budionni, *Notes*, 8. El maestro e Iván: RGASPI 558.3.350. Bujarin como «Shuiski» en *Kaganovich*, p. 74. Tucker, *Power*, pp. 104, 937. Nadir Sha: RGASPI 558.11.27.24, notas de Stalin, 7 de mayo de 1929. Sergo B, p. 284. A. W. Harriman y E. Abel, *Special Envoy* (en adelante Harriman-Abel), a propósito de Alejandro I: p. 178. Charkviani a propósito de Nicolás I: p. 35. Eisenstein: Kenez, p. 179.
5. Cadillacs: RGASPI 82.2.897.7, Yagoda a Molotov y Molotov y Stalin a Yagoda, 15 de junio de 1935. Rolls-Royces: RGASPI 558.11.81.13, Stalin y Voroshilov a Kaganovich, 19 de septiembre de 1933, *Kaganovich Perepiska*, p. 350. Gastos en artículos de lujo: RGASPI 558.11.27.95, Stalin, 20 de mayo de 1936. Por entonces había siete clases de sueldos: un comisario del pueblo ganaba quinientos rublos, y los oficiales de primera clase doscientos cincuenta, Tucker, *Power*, p. 324. Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, p. 93-97. Erickson, *Soviet High Command*, pp. 402-403. Traje de Bujarin: Larina, pp. 247-248.
6. *Trud*, 30 de diciembre de 1936. Brooks, *Thank You C. Stalin*, p. 71.
7. Tucker, *Power*, pp. 284-287. *KR*, I, pp. 84-85.
8. RGASPI 558.11.754.101, Stalin y Poskrebishev a Mirzoian, 3 y 21 de abril de 1935, y la contestación de éste, 23 de abril.
9. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 154-156.
10. RGASPI 81.3.100.91, Stalin a Kaganovich, 8 de septiembre de 1935, y RGASPI 558.11.743.17, Kaganovich a Stalin, 13 de septiembre de 1935. RGASPI 558.11.89.71-76 y 89, Stalin y Kalinin a Kaganovich, Yezhov, Molotov, 7 de septiembre de 1935, y Kaganovich a Stalin, 10 de septiembre de 1935. RGASPI 558.11.90.55, Kaganovich a Stalin, 23 de septiembre de 1935. «Viejos pedorros»: RGASPI 81.3.100.91-94. Stalin estaba además furioso de que Orajelashvili hiciera buenas migas con Yenukidze. Agranov enviaba información a Stalin acerca de Yenukidze, información que luego él pasaba al Politburó. Véase asimismo *Kaganovich Perepiska*, pp. 554-558. Chinski, pp. 39-47.
11. Nadezhda Vlasik. Cartas de V. Stalin, Stalin, comandante S. Efimov, K. Pauker, 1938-8, citadas en *Vasily*, pp. 28-30, 51. Para los suicidios: Getty, p. 21. Tucker, *Power*, pp. 265, 367. Conquest, *Great Terror*, pp. 86-87.
12. RGASPI 558.11.1743.1, Kaganovich a Stalin y Svetlana, 16 de agosto de 1935, *Kaganovich Perepiska*, p. 524. RGASPI 81.3.100.89, Stalin a Kaganovich, 19 de

agosto de 1935. RGASPI 558.11.743.5, Kaganovich a Stalin, 22 de agosto de 1935. RGASPI 558.11.743.23, Kaganovich a Stalin, 31 de agosto de 1935. *Kaganovich Perepiska*, pp. 527, 530, 543.

13. RGASPI 558.11.1549.1-41, cartas de Stalin y Nadia a E. Djugashvili. La carta citada en su integridad es RGASPI 558.11.1549.45, Stalin a Keke, 24 de marzo de 1934. Beria y Keke: Sergo B, pp. 20-21.
14. RGASPI 558.11.92.22, Poskrebishev a Stalin, 21 de octubre de 1929. RGASPI 558.11.92.82, Stalin al CC, 29 de octubre de 1935. RGASPI 558.11.1549.48-69, cartas a E. Djugashvili de Stalin, Yasha Stalin, Sasha Egnatashvili y otros conocidos, 1934-1937. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 260-262. Para su muerte: RGASPI 558.11.1549.74-92, nota de Stalin pidiendo una corona, comunicado de Tass aprobado por Poskrebishev e inventario de su casa. Conversación de Stalin con Keke: Dr. N. Kipshidze, médico de esta última, citado en Radzinski, p. 23. Stalin y la maternidad, Tolstoi: RGASPI 558.3.353. Sobre el comentario de Keke sobre Tolstoi y sus chismes: Sergo B, pp. 20-21. Para Stalin y Sasha Egnatashvili. «¿Qué podías esperar del hijo de un tabernero?»: Charkviani, pp. 4-5. «El Conejo»: Brackman, p. 4. Entrevista con Tina Egnatashvili.
15. El pueblo de verdad: RGASPI 558.11.730.39, Zhdanov a Stalin, 1 de septiembre de 1935. Getty, pp. 247-248. Tucker, *Power*, pp. 366-367. Conquest, *Terror*, pp. 90-105. *Voprosy Istorii*, 2 (1995), p. 17. *Izvestiya TsK KPSS*, 8 (1989), p. 85.

CAPÍTULO 16

1. Diario de Svanidze, 7 de diciembre de 1935.
2. *From Factionalism to Open Counterrevolution*, de Nikolai Yezhov, APRF 57.1.273. Yezhov a Stalin, 17 de mayo de 1935, Jansen-Petrov, p. 29. Papel de Yezhov en el juicio: el documento de Yezhov contiene diez fichas sobre el juicio, Jansen-Petrov, p. 46.
3. *Voplosy Istorii*, 2 (1995), p. 17. *Izvestiya TsK KPSS*, 8 (1989), p. 85. Getty, pp. 247-248. RGASPI 558.11.89.156, Dvinski a Stalin, 17 de septiembre de 1935.
4. Orlov, p. 130.
5. Pirozhjova, p. 61. Larina, pp. 99-100. *KGB Lit. Archive*, pp. 262-299. Martha Peshkova.
6. Martha Peshkova. «¿Cómo se encuentra?»: RGASPI 558.11.720.107, Stalin a Gorki, 21 de mayo de 1936. Svetlana y Stalin visitan a Gorki, *OOY*, p. 327. «Para todas las cuestiones mencionadas en su carta, empezando por la organización, tenemos que consultar con el camarada Stalin. El camarada Stalin está muy interesado por los problemas culturales y dirige personalmente el departamento del CC que trata de esos asuntos.» RGASPI 73.2.44.21-22, Gorki a Andreyev, Andreyev a Stalin, y Stalin a Andreyev, 30 de diciembre de 1935. Stalin corregía los artículos de Gorki en compañía de Kaganovich. RGASPI 558.11.720.69, Stalin a Gorki, sin fecha. «Iremos a visitarle a las dos»: RGASPI 558.11.720.120, Stalin, Molotov y Voroshilov a Gorki, junio de 1936. *KGB Lit. Archive*, pp. 251-257, 267-274, 272-275; Yagoda: Testimonios de Averbaj y Jrushchov, pp. 260-261.

7. Enfermedad grave: Chinski, pp. 99-100. «Esa criatura»: *KGB Lit. Archive*, p. 273. Tensión: Yezhov y Vishinski contra Yagoda. Vishinski se quejaba a menudo de Yagoda, evidentemente con el apoyo de Stalin. GARF 8431.37.70.134, Vishinski a Stalin y Molotov, 16 de febrero de 1935.
8. RGASPI 74.2.37.104, Voroshilov a Stalin, 25 de junio de 1936. RGASPI 74.2.38.82, Stalin a Voroshilov, 3 de julio de 1936. Kaganovich también los llamaba «canallas» en su carta de 6 de julio de 1936, mientras estaba de vacaciones en Kislovosk: RGASPI 558.11.743.53, Kaganovich a Stalin. Para Molotov: Conquest, *Terror*, p. 103. Orlov, pp. 130-140. Tucker, *Power*, p. 368.
9. RGASPI 558.2.155.104-107, notas de Vishinski del sumario del juicio de 1937. Ejemplos de añadidos de Stalin: Tucker, *Power*, p. 318.
10. RGASPI 82.2.8971.8, 9, 10, Yezhov a Molotov, 3 de noviembre de 1936. Orlov, pp. 162-166. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 183-184. *MR*, pp. 255-260. Discrepancias Stalin-Molotov: D. H. Watson, *Molotov and Soviet Government: Sovnarkom 1930-41*, pp. 160-162.
11. «Trabajas mal»: Larina, p. 94. RGASPI 558.11.27.97, notas de Stalin, 13 de agosto de 1936. RGASPI 558.11.27.106, notas de Stalin, 13 de agosto de 1936. Última entrevista de Yagoda: *IA*, 1994, p. 4.
12. RGASPI 558.11.93.20, RGASPI 558.11.93.2, Yezhov y Kaganovich a Stalin, 17 y 18 de agosto de 1936. Mejlis, Vishinski y Agranov intervinieron en el examen de los artículos periodísticos. Chinski, p. 102. Los telegramas de Kaganovich y Yezhov aparecen en *Kaganovich Perepiska*, pp. 629-640, y en Chinski, pp. 102-122. Orlov, p. 169. Tucker, *Power*, pp. 367-373. Radzinski, pp. 332-335. Conquest, *Terror*, pp. 113-117. El mundo de «terroristas» de Stalin es descrito con gran brillantez en Tucker, *Power*, pp. 399-403.
13. Vishinski: su descripción se basa en A. Vaksberg, *Stalin's Prosecutor. The Life of Andrei Vyshinsky* (en adelante Vaksberg), y citas de Fitzroy Maclean, p. 115. Princesa Margarita: Sir Frank Roberts, citado en Vaksberg, pp. 253-255. Carrera: pp. 172-175. Compartió celda con Stalin y Ordzhonikidze en la cárcel de Bailovka en febrero de 1908, pp. 19-21. «Persona siempre en vilo»/siniestra: Gromiko, *Memoirs*, pp. 318-320. Chiste sobre los rumanos: Djilas, p. 140. Gafas de concha y ojos penetrantes: Enver Hoxha: Jon Halliday (ed.), *Artful Albanian: the Memoirs of Enver Hoxha*, p. 119. Carácter: Dobrynin, p. 20. Admiración en Occidente: Davies, p. 54. W. Bedell Smith, *My Three Years in Moscow*: Encanto, pp. 4-5. C. C. Bohlen, *Witness to History*, pp. 285, 48-49. Recomendaba siempre el fusilamiento: GARF 8431.37.70.7-14, Vishinski a Stalin y Molotov, 7 u 8 de enero de 1936. Ilustrísimo Molotov: GARF 8431.37.70.103, Vishinski a Molotov, 1 de octubre de 1935. Ilustrísimo Poskrebishev: GARF 8431.37.70.78, Vishinski a Poskrebishev, 31 de enero de 1936.
14. RGASPI 558.11.93.32-33 y 42-46, Yezhov y Kaganovich a Stalin, 19/20 de agosto de 1936. RGASPI 558.11.93.35, Stalin a Kaganovich, 20 de agosto de 1936. *Kaganovich Perepiska*, pp. 629-640. Chinski, pp. 102-122. Orlov, pp. 9-71, 169. Tucker, *Power*, pp. 367-373. Radzinski, pp. 332-335. Conquest, *Terror*, pp. 113-117.
15. RGASPI 558.11.93.35, Stalin a Kaganovich y Yezhov a propósito de Radek, 19 de julio de 1936. Tomski: RGASPI 558.11.93.55, Kaganovich, Yezhov y Ordzho-

nikidze a Stalin, 22 de agosto de 1936. Puesta en escena: RGASPI 558.11.93.65, Kaganovich y Politburó junto con Yezhov a Stalin, 22 de agosto de 1936, y RGASPI 558.11.93.62-63 y 77-80, Stalin a Kaganovich, 23 de agosto de 1936.

16. Bedni: *KR*, I, p. 101. Tucker, *Power*, pp. 370-371. Conquest, *Terror*, pp. 116-117.
17. Radzinski, p. 334.

CAPÍTULO 17

1. RGASPI 558.11.93.89, Stalin a Kaganovich y Politburó, 24 de agosto de 1936.
2. Sudoplatov, p. 165. Michael Parrish, «Downfall of the Iron Commissar NI Yezhov 1938-1940», *Slavic Military Studies*, vol. 14, 2 (junio de 2001), p. 87. Blojin, «obra negra»: Petrov y Scorkin.
3. Tucker, *Power*, p. 373. Vaksberg, *Stalin against the Jews*, p. 42. Conquest, *Terror*, p. 117. Victor Serge, *From Lenin to Stalin*, p. 146. Orlov, pp. 350-351. Vaksberg, p. 42. Políticamente cobarde: W. Taubman, *Khrushchev, Man and Era*, p. 266.
4. Larina, pp. 294-295, 47-48. Stephen Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution. A Political Biography 1888-1938*, pp. 368-372. *Kaganovich*, p. 74. *Kaganovich Perepiska*, p. 678. Medvedev, p. 333.
5. Jansen-Petrov, pp. 49-50. Días más tarde, Yezhov informó a Stalin de que Yagoda había tenido conocimiento de la existencia de un Centro Trotskista en 1933 y no había hecho nada al respecto (p. 53). Después Yagoda admitiría durante el interrogatorio al que fue sometido que había pinchado las llamadas telefónicas de Stalin y Yezhov (p. 226). Utilizando los interrogatorios de Frinovsky (Frinovsky N-15301). España: esta información se basa en su totalidad en las nuevas investigaciones en los archivos realizadas por R. Radosh, M. R. Habeck y G. Sevostianov (eds.), *Spain Betrayed: The Soviet Union in the Spanish Civil War*. Para Stalin y su afición al chalaneo, el secuestro de la República por parte del NKVD, y lo de que el objetivo de Stalin no era vencer, sino mantener ocupado a Hitler: véase Introducción, pp. xv-xxv y citas de Paul Preston, Walter Kravitski y Gerald Howson. Para los informes en torno al personal soviético destacado en España enviados a Voroshilov, véanse pp. 58-70. Kaganovich y Sergo intervinieron en la planificación económica de la maniobra, pp. 89-91. Para las cuestiones de seguridad, véase Yezhov a Voroshilov, pp. 100-101. Voroshilov envía informes a Stalin: «Léelo, vale la pena», pp. 145-147. Denuncias a Stalin y Voroshilov realizadas por el periodista M. Koltsov, pp. 267, 521. Stalin pretende conseguir descuentos en los barcos de guerra: RGASPI 74.2.38.55, Stalin a Voroshilov, 10 de enero de 1932. Jansen-Petrov, p. 54, y F. S. B, testimonio de Pauker. *Kaganovich Perepiska*, p. 678.
6. *Kaganovich Perepiska*, pp. 682-683 y pp. 701-702. Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, pp. 104-105. Jlevniuk, *Stalinskoe Politburo*, pp. 148, 152. Jansen-Petrov, pp. 53-55.
7. Lakoba, pp. 120-123: Stalin le ofreció el puesto en diciembre de 1935. El CC prohibió el uso de nombres abjasios, 17 de agosto de 1936. *Beria*, pp. 70-75. Grandes duques/príncipes con dotación de fondos, Stalin en el XVII Congreso: Getty, pp. 205, 265. Molotov: Tucker, *Power*, p. 389.

8. Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, pp. 103-105, 158-159, 178, 190-194. Rees, p. 118. Amistad de Kaganovich y Sergo, *Kaganovich*, pp. 62-63. Eteri Ordzhonikidze. *Izvestiya TsK KPSS*, 9 (1989), pp. 36-37. Jansen-Petrov, pp. 45-51.
9. Mikoyan, p. 328.
10. *MR*, pp. 114-115. Mikoyan, p. 328.
11. Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, pp. 105-110.
12. Natalia Rikova. Larina, pp. 293-295, 139-142. Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, pp. 113-114, 139-140.
13. «Maniático»: RGASPI 558.11.710.48-76, Bujarin a Stalin y nota de Stalin, 2 de julio de 1935. «Niño grande»: RGASPI 558.11.710.91, Bujarin a Stalin y respuesta. Cuando Bujarin se quejó de las destituciones que se hicieron entre el personal que tenía en *Izvestiya*, Stalin remitió la llamada a Yezhov, que le respondió garabateando la siguiente nota con el lápiz rojo que tanto le gustaba: «Ya está hecho todo. Bujarin no se volverá a quejar». RGASPI 558.11.710.78, Bujarin a Stalin, Stalin a Yezhov y Yezhov a Stalin, 13 de enero de 1936 (con copia a la sección de Yezhov). Radek: RGASPI 558.11.710.163, Bujarin a Stalin, 17 de septiembre de 1936. Bujarin en sueños: RGASPI 558.11.710.164-166, 24 de septiembre de 1936. RGASPI 558.11.710.172-178, Bujarin a Stalin y poema.
14. «Gaviota querida» y pistola: Larina, p. 310. RGASPI 74.2.40.138.1, Bujarin a Voroshilov: «¿Por qué me haces tanto daño?». RGASPI 74.2.40.137, Bujarin a Voroshilov, 3 de enero de 1935. Bujarin a Voroshilov, 1 de septiembre de 1936. Volkogonov, pp. 295-296.
15. La exposición que ofrezco aquí utiliza fielmente las versiones de Getty y Jlevniuk. Pleno: Getty, pp. 304-308, 311-312, 315-329. Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, pp. 100, 140.
16. Jrushchov, *Glasnost*, pp. 36-38. Polonia: William J. Chase, *Enemies Within the Gates?*, pp. 234-235, 239, 265. Para Stalin y la ópera de Glinka *Ivan Susanin*, véase Svetlana *OOY*, p. 337. Getty, pp. 333-359.
17. Diario de Svanidze, 5 de marzo de 1937. I. Valedinski, «Vospominaniya», p. 124.
18. Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, p. 101. *Rodina*, 1995, 10, pp. 63-64. *Istochnik*, 1 (2001), pp. 63-67. Sergo creyó la declaración de Piatakov: Zinaida Ordzhonikidze en Mikoyan, p. 331.
19. RGASPI 558.2.155.104-107, notas de Vishinski de su entrevista con Stalin. Palabras de Vishinski el 28 de enero tomadas de Conquest, *Terror*, p. 179.
20. Valedinski, «Vospominaniya», p. 124.

CAPÍTULO 18

1. Tucker, *Power*, pp. 405-407. Conquest, *Terror*, pp. 179-185. RGASPI 588.2.155.104-107, notas de Vishinski correspondientes a su entrevista con Stalin. Yuri Zhdanov a propósito del chiste de Stalin acerca de los Apóstoles. Diario de Svanidze, enero-febrero de 1937. «Efervescencia emocional», en Michael Burleigh, *The Third Reich. A New History*, p. 7. Yezhov en el Kremlin: Jansen-Petrov, p. 121. Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, pp. 190-194. Ferrocarriles: Rees, p. 118.

2. Este relato de los últimos días de Sergo se basa en Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, pp. 119, 126-142, 145. Mikoyan, p. 329. Véase asimismo *Beria Affair*, p. 110. La descripción de su muerte se basa en la versión que Zinaida Ordzhonikidze le contó a Mikoyan, pp. 331-333, y en la de Konstantin Ordzhonikidze, su hermano, en Medvedev, pp. 195-196. Stepan Mikoyan, p. 38. Eteri Ordzhonikidze.
3. Poema: Larina, pp. 328. RGASPI 558.11.710.180-181. Bujarin a Stalin, 20 de febrero de 1937. Natalia Rikova. Eteri Ordzhonikidze. RGASPI 74.1.429.79. Diario de E. D. Voroshilova, 1956. *KR*, I , p. 174. Jlevniuk, *Cercle*, p. 261.
4. La narración del pleno se basa principalmente en Getty, pp. 373-397, 413-419. Larina, pp. 64-65, 146, 330, 334-339. Natalia Rikova. Para lo de que Molotov leyó ante todos la cruel respuesta de Voroshilov a la carta de Bujarin: Volkogonov, pp. 280-286. Ferrocarriles: Rees, p. 169. Conquest, *Terror*, p. 193. Postishev no había sido aún arrestado, pero fue degradado y destinado a la dirección del Partido en Kuibishev (Samara): Jlevniuk, *Cercle*, pp. 233-234, 262, y Jlevniuk, *Ordzhonikidze*, p. 171. Tucker, *Power*, p. 423, 426, 429.
5. Walter Krivitsky, *I Was Stalin's Agent*, p. 197. Orlov, pp. 147, 221. Tucker, *Power*, p. 432. E. P. Frolov, citado en Medvedev, p. 339.

CAPÍTULO 19

1. Jansen-Petrov, pp. 71-72.
2. *Yagoda*, p. 20 y p. 89 para el registro, 28 de marzo-4 de abril de 1937.
3. *Yagoda*, pp. 115-161, 171, 95-118, 109-117, 234, 255-257, 450. Jansen-Petrov, p. 63. Conquest, *Stalin: Breaker of Nations*, p. 203. Orlov, p. 264.
4. Budionni, *Apuntes*, p. 25. RGVA 4.19.16.265, Budionni a Voroshilov, 22 de agosto de 1936; y Kaganovich y Voroshilov a Stalin, véase nota anterior. Voroshilov remite un mensaje interceptado por los servicios secretos del ejército rojo que había enviado la embajada alemana a Berlín acerca de algunos oficiales del ejército rojo, entre ellos Yegorov, Budionni y Tujachevski: RGVA 4.19.1.170-174, 20 de abril de 1936. Véase asimismo Voroshilov a Stalin a propósito de la entrevista concedida por el camarada Tujachevski a un periódico polaco: RGVA 4.19.71.52-60, enero de 1936.
5. Idea que tenía Stalin de los planes de Tujachevski en 1930: RGASPI 74.2.38.59, Stalin a Voroshilov. Jansen-Petrov, pp. 69-70. Timoshenko en Kumanev (ed.), p. 270. Simon Naveh, *Tukhachevsky*. Harold Shukman (ed.), *Stalin's Generals*, 266. «Napoleonchik» en Larina, p. 198. Spahr, pp. 169, 171 (testimonio de la hermana de Tujachevsky). *Slavic Military Studies*, vol. 11, 4 (diciembre de 1998). Reseña escrita por John Erickson del libro *Forging Stalin's Army: M. Tukhachevsky and the Politics of Military Innovation*, de Sally Stoecker, Boulder, CO, 1998. La expresión «empresario militar» es de esta autora. *IA* 1998. *Kaganovich*, p. 100. S. Ushakov y A. A. Stukakov, *Front Voennyj Prokurov*, p. 71. Manchas de sangre: *Izvestiya TsK KPSS*, 4 (1989), p. 50. R. R. Reese, *Stalin's Reluctant Soldiers. A Social History of the Red Army*, pp. 131-134.
6. Sergo B, p. 22. Para su muerte: RGASPI 558.11.1549.74-92, nota de Stalin

acerca de la corona, aprobación del anuncio de TASS por Poskrebishev e inventario del contenido de la casa de la difunta.

7. *Kaganovich*, pp. 45-46, 100. Mikoyan, p. 552. Stepan M., p. 39.
8. Rudzutak: Larina, p. 173. *MR*, p. 273. *Kaganovich*, p. 89. RGASPI 558.11.800.113. Rudzutak a Stalin y respuesta de éste, 5 de diciembre de 1934. Elecciones: RGASPI 17.2.615.68. *Izvestiya TsK KPSS*, 4 (1989), p. 50. Getty, p. 448. Pedorros: RGASPI 81.3.100.91-94.
9. RGASPI 17.2.630.56, pleno: Yegorov, 4 de diciembre de 1937. RGASPI 17.2.614.377, Veinberg, 26 de mayo de 1937.
10. *Izvestiya TsK KPSS*, 4 (1989), pp. 52-54. Spahr, p. 172. *Istochnik*, 3 (1994), pp. 72-88. Detención y declaración de M. Tujachevski, mayo-junio de 1937, según Steven J. Main, *Slavic Military Studies*, vol. 10, 1 (marzo de 1997), pp. 151-195. *VIZh*, 8 y 9 (1991). *Molodaya gvardiya*, 9 y 10 (1994). Para las investigaciones más recientes, véase O. F. Suvenirov, *Tragediya RKKA 1937/8*.
11. RGVA 4.18.61.7-66, Voroshilov en NKO, 9-10 de junio de 1937.
12. Medvedev, p. 345. Vaksberg, *Vyshinsky*, pp. 104-105.
13. RGVA 4.18.62.1-357. Reunión de Stalin con los jefes del ejército, 3-4 de agosto de 1937. Papel de Voroshilov: Yakovlev, *Century*, p. 18. Vaksberg, *Vyshinsky*, pp. 104-105. Volkogonov, pp. 323-324. Tucker, *Power*, p. 437. Spahr, pp. 158-165. Ilia Ehrenburg, *Eve of War*, p. 197. La mujer y dos hermanos de Tujachevski fueron fusilados, mientras que su madre y sus hermanas fueron desterradas. *Izvestiya TsK KPSS*, 4 (1989), p. 59. Budionni: Vaksberg, p. 104. Caso Tujachevski en 1930: RGASPI 558.11.778.43, Stalin a Ordzhonikidze, 24 de septiembre de 1930. RGASPI 558.11.778.38, Menzhinski a Stalin, 10 de septiembre de 1930. Para el episodio de Stalin, el expediente de la Ojrana y los generales, véase el relato de Orlov en Edward P. Gazur, *Secret Assignment: The FBI's KGB General*, pp. 441-473. Fusilamiento de oficiales en masa: RGASPI 74.2.38.130, Stalin a Voroshilov, sin fecha.
14. Mejlis como secretario de Stalin: órdenes de Stalin RGASPI 558.11.68, Stalin a Mejlis, 17 de julio de 1925. RGASPI 558.11.773.92, Stalin a Kaganovich, Zhdanov, Stetski y Mejlis acerca del Congreso de la Unión de Escritores, 24 de agosto de 1934; RGASPI 558.11.773.95, Stalin a Mejlis criticando a *Pravda*, 17 de diciembre de 1936. RGASPI 558.11.773.93, Mejlis a Stalin, 4 de diciembre de 1935. Mejlis apoyó la petición de Gorki en el sentido de que Stalin se reuniera con los escritores de *Pravda*. RGASPI 558.11.723.119, Mejlis a Stalin y Stalin a Mejlis, 27 de mayo de 1936. «Camarada Stalin, Gorki nos ha enviado un artículo ... que contiene problemas filosóficos ... Me gustaría que lo leyeras. L. Mejlis.» Stalin lo leyó y le contestó de inmediato diciendo: «Camarada Mejlis: Publícalo sin cambiar nada». Todavía no habían pasado sus días de matón literario. En el mes de diciembre, Stalin ordenó al ex editor de *Pravda* que realizara una purga en Kiev y que «tomara todas las medidas necesarias» para reforzar a los «editores de los periódicos de Ucrania». A partir de ese momento sería el ejército quien sufriera la punzante embestida de las «medidas necesarias» de Mejlis. Ingresó en el CC el 12 de octubre de 1937 y se convirtió en comisario jefe del ejército rojo el 30 de diciembre de ese mismo año. RGASPI 558.11.702.112, Mejlis a Stalin, Molotov y Yezhov, 19 de junio de 1937, y res-

puesta de Stalin, 20 de julio, y contestación de Mejlis, 21 de julio de 1937. RGASPI 558.11.702.99-100, Stalin a Mejlis, 8 de diciembre de 1937. Stalin se reía del «ridículo celo» de Mejlis: Charkviani, pp. 30-31. Mejlis: juventud y comienzos de su carrera: Y. Rubtsov, *Alter Ego Stalina: Stranitsy politicheskoi biografi LZ Mejlisa* (en adelante *Mejlis*), pp. 1-100.

CAPÍTULO 20

1. Las cuotas: RGASPI 17.162.21.189. Getty, pp. 468-481. Jansen-Petrov, pp. 82-91. Estadísticas: Jansen-Petrov, p. 91. «Terminar de una vez por todas»: orden n.° 00447. *Trud*, 4 de junio de 1922 y 2 de agosto y 17 de octubre de 1997. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 254-256, 210-221: para Yezhov, véase Voroshilov, 2 de septiembre: «Ayer el camarada Yezhov recibió al camarada Gribov. Luego hablé con el camarada Yezhov, que me confirmó por teléfono que no tenía ningún expediente ni ningún caso abierto contra el camarada Gribov. A mi juicio, es posible nombrar al camarada Gribov jefe militar supremo del Cáucaso Norte». «Mejor pasarse»: Jansen-Petrov, p. 89, según el testimonio de Frinovski FSB N15301.5.110-111. Contingentes nacionales: Jansen-Petrov, pp. 93-101, citando la orden del NKVD n.° 00439 de 25 de julio de 1937, y N. Ojotin y A. Roginskii, pp. 54-71; orden del FSB n.° 00485; contactos consulares: FSB 3.4.104. Estadística de nacionalidades: Jansen-Petrov, p. 99, citando a N. Petrov y A. Roginskii, *Polskaya operatsii*, pp. 30, 31, 33. Mongolia: Jansen-Petrov, p. 101. Número de detenciones de miembros del Comité Central/Politburó: Jrushchov citado en Jansen-Petrov, p. 103. Número total de detenciones y ejecuciones: Jansen-Petrov, p. 104. Rees, p. 169.
2. «A competir unos con otros»: Yezhov, según testimonio de Frinovski FSB 3-os.6.3, citado en Jansen-Petrov, p. 85. «Mil más»: testimonio de N. V. Kondakov, máximo dirigente del NKVD de Armenia, mayo de 1939, en FSB 3-os.6.4, en Jansen-Petrov, pp. 85-235.
3. Ehrenburg, *Eve of War*, p. 197. Mandelstam p. 321. Tucker, *Power*, p. 447. Vacaciones: Jansen-Petrov, p. 79.
4. RGVA 4.18.62.1-357, reunión de Stalin con altos oficiales del ejército los días 3 y 4 de agosto de 1937.
5. Canibalismo: RGASPI 82.2.887.32, Vishinski a Stalin y Molotov, 14 de abril de 1937.
6. Diario de M. Svanidze, enero-febrero de 1937. Los diamantes de Yagoda: *Yagoda*, pp. 115-161, pp. 171, 95-118, 109-117. Los negocios inmobiliarios de Yakir: Shadenko en la reunión del RKKA de los días 3 y 4 de agosto de 1937: RGVA 4.18.61.7-66: Stalin hizo el siguiente comentario: «Se dedicaba a traficar, no podía dejar de hacerlo». Voroshilov en el Comisariado de Defensa, 9 y 10 de junio de 1937. Recepciones deslumbrantes: confesiones de Galina Yegorova, relato acerca de la buena vida en las fiestas de las embajadas, en Vasilieva, *Kremlin Wives*, pp. 108-109.
7. Yakovlev, *Century*, pp. 8, 15, 20.
8. Molotov: a propósito de Iván el Terrible en Volkogonov, p. 310. Mikoyan, acerca de Iván el Terrible, p. 534. «Stalin, Molotov i Zhdanov o vtoroy serii filma

Ivan Grozny» en *Moskovskie Novosti*, 37 (7 de agosto de 1988), p. 8. Budionni, *Apuntes*, 8. El maestro e Iván: RGASPI 558.3.350. Bujarin como «Shuiski» en *Kaganovich*, p. 74.

9. *MR*, p. 254. Kaganovich coincide con ese análisis: *Kaganovich*, pp. 35, 37. Tucker, *Power*, p. 445. También G. A. Kumanev, «Dve besedy s LM Kaganovichem», *Novaya i Noveishaya Istoriia*, 2 (1999), pp. 101-116. Molotov recibía prácticamente todos los días listas de las ejecuciones llevadas a cabo por orden de los tribunales del colegio de altos oficiales del ejército: un ejemplo típico de comienzos de 1937 demuestra que fueron ejecutados 32 individuos en la línea férrea de Amur, y 36 en otra, acusados de ser saboteadores trotskistas, mientras que otros 20 murieron por «planear actos terroristas contra el camarada Kaganovich durante su viaje al este». Molotov subrayaba el número de los ejecutados con tinta roja, pero nunca sus nombres. Eso, simplemente, era lo de menos. *IA* 1998, p. 17. Listas negras: RGASPI 82.2.887.66-69, 70, 133, 163, ejemplos de listas de ejecuciones de 26-27 de marzo, 3 de junio y 16 de agosto. Todas ellas de Vishinski para Molotov: Volkogonov, p. 339.
10. Niños y familias: PR, 5 de julio de 1937. Jansen-Petrov, p. 100. *Trud*, 17 de octubre de 1997. *Memorial Aspekt*, 2 y 3 (1993). Ojotin y Roginskii, *Iz Istorii*, pp. 56-57. Yakovlev, *Century*, pp. 39-45. *MR*, p. 415. Orden de Yezhov de agosto de 1937, según *Sbornik zakonodatelnykh i normativnykh actov o repressiyaj i reabilitatsii*, pp. 8-93. En 1954 todavía quedaban 884.057 niños «recolocados especialmente». Clan: Jansen-Petrov citando a Dmitrov, p. 111.
11. RGASPI 558.11.698.33, Aronstam a Stalin y respuesta de éste, 7 de mayo de 1937.
12. Un padre apela a Stalin, y su hijo se salva: RGASPI 558.11.712.11-13, la mujer polaca que cultivaba rosas: *Oni*, Roman Werfel, p. 104, y Berman, pp. 235-237. Sergo Kavtaradze. Oleg Troyanovski. Pasternak y Ehrenburg fueron protegidos a pesar de que sus nombres fueran citados en las confesiones de muchos escritores detenidos e interrogados. Los hermanos Egnatashvili también fueron protegidos.
13. RGASPI 558.11.805.75, Stalin a Stetski, 17 de enero de 1937, y respuesta de éste.
14. Budionni, *Apuntes*, pp. 28-32.
15. Tucker, *Power*, p. 446. La conexión española: Vladimir Antonov-Ovseenko, Medvedev, pp. 291, 188. Véase Radosh *et al.* (eds.), *Spain Betrayed*, pp. 150-153; Koltsov, p. 267, y denuncias presentadas ante Stalin y Voroshilov, p. 521, n.º 60.
16. RGASPI 82.2.896.71-75.
17. RGASPI 558.11.712.65, V. Bonch-Bruevich a Stalin, 15 de junio de 1937.
18. Para Kanner. RGASPI 558.11.775.100, E. Makarova a Stalin, 2 de junio de 1937. RGASPI 558.11.55.822, Stalin a Jitarov, 11 de mayo de 1937. RGASPI 558.11.726.22, Varo Djaparidze a Stalin, 11 de marzo de 1937.
19. RGASPI 558.11.756.118, N. Krilenko a Stalin, 4 de noviembre de 1937.
20. Jrushchov a Stefan Staszewski, *Oni*, p. 158.

CAPÍTULO 21

1. RGASPI 558.11.27.129.
2. FSB Interrogatorio de Frinovski N-15301.2.32-35, citado en Jansen-Petrov, p. 110.
3. Jansen-Petrov, pp. 200-201. Razgon, p. 104. Medvedev, p. 241.
4. Kostirchenko, p. 269.
5. Jansen-Petrov, pp. 117-119. Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, p. 24. Jansen-Petrov, pp. 114-115. Larina, p. 151. Davies, pp. 138, 155.
6. Jansen-Petrov, pp. 121-123, 199. G. Zhavoronkov, «I svitsia nochiu den», *Sintaksis*, 32 (1992), p. 46-65; B. B. Briujanov y E. N. Shoshkov, *Opravdaniiu ne podlezhit: Ezhov i ezhovschina*, p. 124; B. Starkov, «Narkom Yezhov», en J. A. Getty y R. T. Manning (eds.), *Stalinist Terror: New Prospectives*, pp. 34-35. B. Kamov, «Smert Nikolaia Yezhova», en *Iunost*, 8 (1993), pp. 41-43. Vasili Grossman, «Mama», en *Znamya*, 5 (1989), pp. 8-15; Vera Trail, pp. 4-11.
7. Jansen-Petrov, pp. 123-124. Listas de ejecuciones: Archivos del Memorial 32D-1355. V. Shentalinski, «Ocota v revzapovednike», en *Novy Mir*, 12 (1998), pp. 170-196. FSB 3-os.6.4.238-241.
8. RGASPI 82.2.904.60, Yezhov a Molotov, 12 de marzo de 1938.
9. *MR*, pp. 277-278. *Kaganovich*, p. 75. Nina Jrushchov citada en Sergei Jrushchov, *Khrushchev and the Creation of a Superpower*, p. 18. Yakovlev, *Century*, p. 15-17. Tucker, *Power*, p. 448. Medvedev, p. 346. Máscara de Molotov: Mikoyan, p. 321-327.
10. RGASPI 82.2.897.12-13, Vishinski a Stalin y Molotov, y Molotov a Yezhov. Cuando rompieron el busto de Molotov, Andrei Sajarov, el físico, recuerda el incidente político tan peligroso que supuso, p. 35, mientras que un niño que dio un golpe con la mano en un retrato de Stalin y le dirigió improperios fue detenido. Volkogonov, p. 269.
11. Rees, p. 153. Volkogonov, p. 306. RGASPI 588.2.155.111-113, Molotov al NKVD, 7 de abril de 1938. Stalin siguió presionando personalmente al primer ministro: «Al camarada Molotov», escribía el 28 de enero de 1938, «¿por qué era imposible predecir este asunto estudiando la situación financiera? ¿Es que no te diste cuenta? Es imprescindible discutirlo en el Politburó». Jlevniuk, *Cercle*, p. 258. Listas de ejecuciones; Archivos del Memorial n.º 32D-1355.
12. Tucker, *Power*, pp. 447. *Kaganovich*, p. 46. Medvedev, p. 312. Budionni, *Apuntes*, 47. Testimonio de Galina Yegorova en los archivos del FSB citado por extenso en Vasilieva, *Kremlin Wives*, pp. 105-111. RGASPI 558.11.749.15/15 y 23, A. Kollontai a Stalin.
13. Deseo expresar mi agradecimiento al Dr. Dan Healey por su asesoramiento acerca de la edad de consentimiento y de la moralidad. Modestia bolchevique: *MR*, pp. 273-274; *Kaganovich*, pp. 88-89. Gazmoñería: *MR*, pp. 111, 145, 149. Divorcios: Jrushchov, *Superpower*, p. 29. Kaganovich no escribe completamente la palabra «cabrón»: Tucker, *Power*, p. 437. Comentario absurdo acerca de las chicas desnudas de París que hizo la mujer de Zhdanov: Svetlana *OOY*, p. 360. Moralidad perversa de Tujachevski: RGVA 4. 18.61.7-77, Voroshilov, Comisariado

de Defensa, 9-10 de junio de 1937. Kira Alliluyeva: sobre el hecho de que Svetlana enseñara las rodilla y la nota de Stalin, *OOY*, p. 318. Escena del beso en *Volga-Volga*: Kenez, p. 166. «Stalin Molotov i Zhdanov o vtory serii filma Ivan Grozny», *Moskovskie Novosti*, vol. 37 (7 de agosto de 1988), p. 8. *Galina*, p. 96. Cigarrillos georgianos: Charkviani, pp. 45-49. Besos en la fiesta de cumpleaños de Kulik: Karpov, *Rastrelyannye Marshaly*, p. 343. Matrimonio de Zhdanov: Sergo B, p. 139. Kuibyshev: Troyanovski, p. 162. Durante la guerra, cuando Stalin se enteró de que el editor Tijonov tenía una aventura, hizo que su mujer saliera del sitio de Leningrado en un avión para que pusiera fin al adulterio. *Lesser Terror*, p. 113. RGASPI 558.11.818.23-27, A. A. Troyanovski a Stalin, 24 de julio de 1934, y Stalin a Yagoda, sin fecha. Troyanovski a Stalin, 11 de septiembre de 1938. Beria y el sexo: GARF 8131sj.32.3289.41, Rudenko a Jrushchov acerca de la denuncia de Sarkisov a Abakumov. Se decía también que Dekanozov tenía una adicción sexual a las niñas, aunque lo mismo que el otro estaba felizmente casado: Vaksberg, *Vyshinsky*, pp. 290, 353. Violación: Djilas, pp. 93, 108-109; Djilas, *Wartime*, pp. 428-429. Maxim e Ivy Litvinov: véase John Carswell, *The Exile. The Life of Ivy Litvinov*, pp. 130-137.

14. Jrushchov, *Glasnost*, p. 28. Mikoyan, p. 318.
15. RGASPI 558.11.769.173, Stalin a Molotov, Voroshilov, Kaganovich y Mikoyan, 31 de marzo de 1937. Tucker, *Power*, p. 416. Stepan Mikoyan.
16. *MR*, p. 254. Mikoyan, pp. 318, 552. *Kaganovich*, pp. 27, 28, 30, 45-47. Yuri Zhdanov. Maya Kavtaradze. Medvedev, p. 325.
17. Fe y pensamiento: Vishinski y lo de «Has perdido la fe»: RGASPI 558.2.155.104-107. «Temor sagrado», y muerte por los pensamientos y para los clanes: Getty, pp. 486-487. Tucker, *Power*, pp. 482-484, diario de Dmitrov, 7 de noviembre de 1937, Beria a A. A. Yepishev, citado en Volkogonov, p. 279. RGASPI 558.11.725.1-2, K. Gai a Stalin y respuesta de 25 de marzo de 1937. El coronel Starinov se enteró durante un interrogatorio del NKVD de que muchos de los soldados detenidos habían sido acusados de «falta de fe en el poder del estado socialista». Starinov en Bialer (ed.), p. 71. Secta asesina: Jansen-Petrov, p. 65. «Brillante político de Italia...»: Ehrenburg, *Eve of War*, p. 306. Bujarin a Stalin, 10 de diciembre de 1937, Getty, p. 557.

CAPÍTULO 22

1. Tortura: Jansen-Petrov, p. 111, citando APRF 3.24.413.5.122, «¡Golpear, golpear, golpear!», M. I. Baranov. «¿Una cárcel o un hotel?»: Jansen-Petrov, p. 111, citando *Reabilitatsiya*, p. 258. Salpicaduras de sangre: Shepilov, «Vospominaniia», *Voprosy Istorii*, 4 (1998), p. 6. Orden de emplear la tortura: Petrov-Jansen, pp. 10-11. *Rossiiskaya Gazeta*, 19 de abril de 1996. *IA* 1998. Orden acerca de la tortura: 20 de enero de 1939. Conquest, *Terror*, p. 206. Tucker, *Power*, p. 467. Kaganovich dijo a Jrushchov: «Lo firmamos todo». Jrushchov, *Glasnost*, p. 136. GARF 8131.32.3289.117-118, investigaciones de Rudenko acerca de los métodos de los interrogadores Vlodzirmirski, Rodos, Shvartsman, Goglidze, etc., 22 de marzo de 1955. Como la generación de Yezhov no describió sus torturas, el

presente estudio se basa en las declaraciones de los hombres de Beria. Lugar de las ejecuciones y los enterramientos: Nikita Petrov. Jansen-Petrov, p. 188. Relato de la ejecución de Yezhov realizado por N. P. Afanasev en Ushakov y Stukalov, pp. 74-75. Para la tortura de los bolcheviques de la vieja guardia: *Kaganovich*, pp. 138-139. Molotov a propósito de la tortura de Rudzutak, *MR*, pp. 274-275, y «Gángsters del Politburó», *MR*, p. 240. Stalin contaba muchos chistes acerca de la tortura y los interrogatorios: éste procede de las memorias inéditas de Sergo Kavtaradze, p. 74. Otra versión, Svetlana *OOY*, p. 333. Máscara de Molotov: Mikoyan, pp. 321-327.

2. RGASPI 558.11.756.109-116, Krilov a Stalin, 26 de mayo de 1937. Ese mismo mes otro individuo denuncia a varios espías y enemigos en el Comisariado de Asuntos Exteriores. RGASPI 558.11.727.86, Dmitrov a Stalin, 15 de mayo de 1937. «Grupo fiel a sí mismo»: Stalin a Liushkov acerca de la pandilla de Varekis en el Extremo Oriente: Alvin D. Coox, «The Lesser of Two Hells: NKVD General GS Lyushkov's Defection to Japan 1938-45», *Slavic Military Studies*, vol. 11, 3 (septiembre de 1998), pp. 145-186.
3. RGASPI 558.11.806.122, Semiushkin a Stalin, 28 de mayo de 1937. Stalin solía ordenar a Yezhov «Comprobar» o «Echar una ojeada». Denuncias: Voroshilov en RGVA 4.19.14.1-74. Reunión del Consejo Supremo Militar, 16 de mayo de 1939. Yakovlev en Bialer (ed.), pp. 88, 102.
4. Escándalo de los discos: RGASPI 558.11.1082.1-18
5. RGASPI 558.11.756.109-116, Krilov a Stalin, 26 de mayo de 1937. Ese mismo mes otro denuncia a varios espías y enemigos en el Comisariado de Asuntos Exteriores. RGASPI 558.11.727.86, Dmitrov a Stalin, 15 de mayo de 1937.
6. RGASPI 558.11.818.35-43, P. V. Tiulenev a Stalin, 30 de marzo de 1938.
7. RGASPI 558.11.132.137-140, P. T. Nikolaenko a Stalin, 17 de septiembre de 1937. RGASPI 558.11.132.36, Stalin al camarada Kudriavtsev, 27 de septiembre de 1937. Tucker, *Power*, pp. 459-461. *KR*, I, pp. 114-115; Jrushchov, *Glasnost*, p. 32.
8. Terror de Jrushchov: *KR*, I, pp. 113, 129-136. *MR*, pp. 295-297. *Izvestiya TsK KPSS*, 2 (1989), *Istochnik*, 1 (1995). Vladimir Naumov en Taubman, pp. 88-90; Yuri Shapoval en Taubman, pp. 19-25.
9. Zhdanov a propósito de los enemigos: A. S. Yakovlev, *Tsel zhizni*, p. 17. Para el caso del Komsomol: Mgeladze, pp. 170-173. Kuznetsov en Bialer (ed.), p. 96. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 210-211; Tucker, *Power*, pp. 470-479. *Beria*, pp. 80-85. La familia de Lakoba torturada: véase S. Lakoba, *Ocherki po politicheskoy istorii Abkhazii*. Uso personal de la tortura que hacía Beria: GARF 8131.32.3289.117-118. Las investigaciones realizadas por Rudenko acerca de los métodos empleados por los interrogadores Vlodzirmirsky, Rodos, Shvartsman, Goglidze, Tsanava, etc., 22 de marzo de 1955. Djafar Bagirov en Azerbaiyán tampoco exigió sustitución. Detención de personas equivocadas: Véase Andreyev: RGASPI 73.2.19.27, Andreyev a Stalin, 18 de agosto de 1937. Y además denuncia a Malenkov: Jrushchov defiende a Malenkov: Elena Zubkova en Taubman, p. 75.
10. Yakovlev, *Tsel zhizni*, p. 18: carta a Yezhov, 15 de junio de 1937, acerca de la detención de miembros del Instituto Nacional de Investigaciones Científicas y de funcionarios del Vneshtorg (Comisariado de Comercio Exterior). Detenciones

en el Vneshtorg: Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, p. 45. Véase Katin. Mikoyan acerca de las purgas: p. 583. Stepan M., p. 197. Mikoyan en Armenia: Tucker, *Power*, p. 488. *Beria*, p. 84. Mikoyan fue acompañado de Malenkov: «Mi padre salvó gente»: Natalia Andreyeva. Natasha Lopatina: historia de su abuelo, Ivan Konstantinovich Mijailov y K. E. Voroshilov, *Kaganovich*, p. 89.

11. De gira: Medvedev, p. 248. Más ejemplos de Kaganovich: RGASPI 17.21.3966-4092. Easter, p. 157. Yakovlev, *Century*, p. 18, Mikoyan a Yezhov, 15 de junio, en pp. 15-19.
12. Matanza de proporciones épicas realizada por Andreyev: RGASPI 73.3.45, 138, apuntes, octubre de 1937. 73.2.19, Andreyev a Zhdanov, 6 de enero de 1937. 73.2.19.2, Andreyev a Stalin, 12 de abril de 1937, Voronezh. 73.2.19, Andreyev a Stalin, 20 de julio de 1937, Saratov. 73.2.19.3, Andreyev a Stalin, 4 de junio de 1937, Cheliabinsk. 73.2.19.12, Andreyev a Stalin, 21 de julio de 1937, Saratov. 73.2.19.16, Andreyev a Stalin y orden de éste de que fusilen a los trabajadores de la fábrica de tractores, 28 de julio de 1937. 73.2.19.19, Andreyev a Stalin, 1 agosto de 1937. 73.2.19.22, Andreyev a Stalin, 1 de agosto de 1937, Saratov. 73.2.19.27, Andreyev a Stalin, 18 de agosto de 1937, Kuibyshev. 73.2.19.34-36, Andreyev a Stalin, 17-18 de septiembre de 1937, Tashkent. 73.2.19.44, Stalin y Molotov a Andreyev, 20 de septiembre de 1937: «Puedes detenerlo». 73.2.45.54, Andreyev a Stalin: «Ikramov detenido», 21-22 de septiembre de 1937, Tashkent. 73.2.45.58, Stalin y Molotov a Andreyev, 22 de septiembre de 1937. 73.2.45.72 y 73, Stalin a Andreyev: «Actúa según tu criterio y con arreglo a la situación», 26 de septiembre de 1937 y (74), respuesta de Andreyev a Stalin, 27 de septiembre de 1937; Bojara (79-84). 73.2.45.86, Stalin a Andreyev en Stalinabad, 29 de septiembre de 1937. 73.245.101, Stalin a Andreyev a propósito del agente del NKVD, 4 de octubre de 1937. 73.3.45.87-101, Andreyev a Stalin y órdenes de éste: «Destituye a Ashurov», 2-4 de octubre de 1937, Stalinabad. 73.2.45.105, Andreyev a Stalin, 5 de noviembre de 1937, Arcángel y Voronezh. «Camino de Rostov»: 73.2.45.113, Andreyev a Stalin, 15 de noviembre de 1937, Rostov. 73.2.45.119-126, Andreyev a Stalin y a Malenkov, 18 de noviembre de 1937, Krasnodar, Kuban. «Me dirijo a la región de Ordzhonikidze.»
13. Malenkov: Chadaev en Kumanev (ed.), p. 429. Entrevistas con Igor Malenkov y Volia Malenkova. Zubok, p. 141-143. Svetlana *OOY*, p. 358. Mikoyan, pp. 566, 586. Sergo B, p. 161. Tipo de Malenkov: *Kaganovich Perepiska*, p. 609. RGASPI 558.11.762, 1a, Stalin a Malenkov, 22 de noviembre de 1938: detención. Su papel como perseguidor secreto se pone de manifiesto en el llamamiento a Stalin que hizo la antigua secretaria de Lenin, Stasova, que contó cómo Malenkov la había acusado de dar dinero a los trotskistas, y en cambio había hecho caso omiso de las pruebas de su inocencia. Stalin la protegió. RGASPI 558.11.805.11, Stasova a Stalin, 17 de mayo de 1938. Para Malenkov durante las purgas: Parrish, «Yezhov», p. 90. *Beria*, p. 85. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 264-266. Mikoyan, p. 320. Leonid Redens habla del testimonio de Vasili Stalin acerca del papel de Malenkov. D. N. Sujanov, *Memoirs*. «Los inseparables»: Sergo B, p. 36. Jrushchov defiende a Malenkov: Zubkova en Taubman, p. 75. Humor: Sergo B, p. 162, y véase asimismo Parrott, *Serpent and Nightingale*, p. 65. Djilas, p. 108: «Bajo los retumbos ... avanzaba otro hombre, animado e incondicional».

14. Yuri Shapoval en Taubman, pp. 12-13. Kaganovich le aconsejó que se mantuviera en silencio, y luego se lo contó a Stalin.
15. *MR*, p. 254; versión rusa, pp. 413-414, 393. Mikoyan, p. 556. Sergo Mikoyan: fanático padre. Kaganovich: «¿Hemos tolerado distorsiones, afrentas, crímenes? Lo toleramos ... Soy responsable políticamente de ello». Kaganovich en el pleno de junio de 1957: RGASPI 17.3.153; véase *Kaganovich*, pp. 35-37.
16. Sergo B, p. 157.
17. RGASPI 558.11.737.86, I. Ivanov, ex secretario del Obkom de Kursk a Stalin, 21 de febrero de 1937. Para las detenciones de miembros del CC, quince de setenta: Molotov en Getty, p. 467.

CAPÍTULO 23

1. Martha Peshkova. «Svetlana era la *jozyaika* ... y tuve que calmarla»: Stalin en Charkviani, pp. 55-57.
2. Natalia Andreyeva. Martha Peshkova. Voroshilov, un caballero: Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, pp. 71-73. Stepan y Sergo Mikoyan. Artiom Sergeiev. Davies, pp. 119, 193, 26 de marzo de 1938. Kaganovich y el jazz: Starr, *Red and Hot*, pp. 126-129, 178. Mi agradecimiento a Mariana Haseldine por esta información. Rustaveli: *Beria*, p. 84. Culto a Pushkin: Figes, *Natasha*, p. 482. Blusas españolas: A. Adzhubei - Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*, p. 69. Letra de la canción: Fitzpatrick, p. 71. Aniversario de la Cheka: G. D. Raanan, *International Policy Formation*, p. 171. *Pravda*, 21 de diciembre de 1937. Parrish, «Yezhov», p. 159. El tío Stalin: Artiom Sergeiev.
3. *Zarubina*, pp. 29-31. Natalia Andreyeva. Sergo y Stepan Mikoyan. Eteri Ordzhonikidze. Sajarov, p. 93. La obra más perspicaz acerca de la presencia y los efectos de la muerte es Catherine Merridale, *Night of Stone, Death and Memory in Russia*, pp. 253-263.
4. La pistola de Mikoyan: Stepan Mikoyan. *Zarubina*, p. 32. Yuri Trifonov, *La casa del malecón*.
5. Dachas de los muertos: Vaksberg, *Vyshinsky*, pp. 87-93. Svetlana *OOY*, p. 355. Sudoplatov, p. 103. S. Jrushchov, *Superpower*, p. 16. Tras el suicidio de Gamarnik, la dacha que éste tenía en Zubalovo pasó al oficial del ejército favorito de Stalin, Shaposhnikov, mientras que otro favorito del Vozhd se quedó con su piso.
6. «Borrador» oficial: Stepan M., p. 25. Leonid Redens.
7. La escuela durante el Gran Terror: Stepan M., p. 37. Richardson, *Long Shadow*, p. 207. En la escuela del NKVD n.º 50, las detenciones fueron incluso más numerosas: *Zarubina*, p. 32. El pupitre de Svetlana: Julia Gorshkova. Los niños y sus familias: PB, 5 de julio de 1937. Jansen-Petrov, p. 100. *Trud*, 17 de octubre de 1997. *Memorial-Aspekt*, 2-3 (1993). Ojotin y Roginskii, *Iz Istorii*, pp. 56-57. Jóvenes testigos de las detenciones: Stepan M., p. 47: el niño en cuestión era Oleg Frinovski, el espigado y guapo hijo del ayudante de Yezhov en el NKVD. El hecho tuvo lugar en 1939. Los padres revisaban a los amigos de sus hijos: Stepan M., p. 47. Igor Boytsov llamó por teléfono al hijo adoptivo de Voroshilov,

Timur Frunze. Mikoyan cortó sus relaciones con los Alliluyev: Kira Alliluyeva. Yuri Zhdanov.

8. Leonid Redens. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 56-57. Martha Peshkova.

CAPÍTULO 24

1. Bronka: descripción basada en la entrevista realizada por este autor a Natalia Poskrebisheva y en las anécdotas familiares que le contaron su tía Faina, su hermanastra Galina y su niñera. Kira Alliluyeva. Véase también la entrevista llevada a cabo por Brackman al primer esposo de Bronislava, I. P. Itskov, en *Secret File*, p. 329. Itskov afirma que Bronka se casó con Poskrebishev exclusivamente para salvar a su hermano de ser detenido, aunque esta justificación parece prematura. Véase asimismo Volkogonov, p. 155.
2. Yezhova: sus amantes y las queridas de su marido: Jansen-Petrov, pp. 123-124. Interrogatorio de Simon Uritski, citado en *KGB Lit. Archive*, p. 56. Polianski, pp. 190-197. Pirozhkova, p. 105. V. F. Nekrasov, *Zheleznye Narkom*, p. 211. S. Povartzov, *Prichina smerti-rastrel*, pp. 151. Yezhova había nacido en Gomel, pero se crió en Odessa.
3. Rosa Kaganovich: *Kaganovich*, pp. 48-50. Mujeres judías: Sergo B, p. 211. A propósito del mito, véase Kahan, *Wolf of the Kremlin*.
4. Diario de Svanidze, 5 de marzo de 1937. Djugashvili, *Ded Otets Ma i Drugie*, pp. 18-24. Julia, una aventurera: diario de Svanidze, 5 de marzo de 1937. RGASPI 44.1.1.340-343, Maria Svanidze a Aliosha Svanidze, sin fecha. Leonid Redens. Kira Alliluyeva.
5. Svanidze: *MR*, p. 174. RGASPI 558.11.27.129, notas de Stalin a Yezhov. Documentos de Maria Svanidze, RGASPI 44.1.1.33b. Brackman, p. 287. Mikoyan, p. 359. Kira Alliluyeva. Leonid Redens. Svetlana en Richardson, *Long Shadow*, p. 143.
6. Postishev: Getty, pp. 503-511. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 231-240. RGASPI 558.11.787.45-46, P. Postishev a Stalin, 16 de marzo de 1938. Su detención tuvo lugar el 12 de febrero. Jansen-Petrov, p. 125. Viejos de mierda: RGASPI 558.11.787.6, Stalin a Postishev acerca de la concesión de la Orden de Lenin, y de las vacaciones de Yezhov, 9 de septiembre de 1931, y respuesta impertinente de Postishev.
7. Jansen-Petrov, p. 124, citando a Suvenirov, *Tragediya RKKA*, p. 23. Para el estado de embriaguez: FSB 3-os.6.1.265-270. Interrogatorios de Frinovski y Efimov, N-15301.7.193-194, en Jansen-Petrov, p. 124. Nuevas cuotas: 48.000 en Getty, pp. 518-519, y caída de Yegorov, pp. 521-522.
8. Shapoval en Taubman, pp. 19-25; *KR*, I, pp. 129-136. *Izvestiya TsK KPSS*, 2 (1989). *Istochnik*, 1 (1995). Naumov en Taubman, pp. 88-90, 91-92: entre mediados de 1938 y 1940 fueron detenidas 167.565 personas.
9. Jansen-Petrov, p. 134: expediente de A. I. Uspenski, FSB 3.6.1 y 3.6.3. Cuota extra: *Moskovskie Novosti*, 25 (1992).
10. Juicio de Bujarin: Conquest, *Terror*, p. 367-425.

CAPÍTULO 25

1. Kosior y Chubar: RGASPI 558.11.754.122-127, Kosior a Stalin, 30 de abril de 1938. *KR*, I, p. 106. Sueños: véase el proceso de Tujachevsky. Medvedev, p. 295. *Kaganovich*, p. 89.
2. Stalin al ingeniero aeronáutico Yakovlev, citado en *MR*, p. 262.
3. RGASPI 558.11.698.33, Aronstam a Stalin y respuesta de éste, 7 de mayo de 1937. RGASPI 558.11.773.94, Mejlis a Stalin, 13 de enero de 1936 o posiblemente 1937. RGASPI 588.2.156.43, aviso a Vishinski. Jansen-Petrov, p. 124, citado en Suvenirov, *Tragedia RKKA*, p. 23. Para el constante estado de ebriedad: FSB 3-os.6.1.265-270. Interrogatorios de Frinovski y Efimov, N-15301.7.193-194, en Jansen-Petrov, p. 124. Verdugos borrachos: Peter Deriabin, *Inside Stalin's Kremlin*, p. 42. Parrish, «Yezhov», pp. 71-77. Yezhov nota el descontento de Stalin: Jansen-Petrov, p. 143, citando APRF 7458.3.158-162, Yezhov a Stalin. Incluso el bruto de Beria había padecido a veces el agotamiento nervioso producido por una vida de constante paranoia: «No he podido discutir con nadie en toda mi vida ... agota mis nervios ... Tengo la sensación de que no podré seguir así mucho tiempo», había escrito a comienzos de los años treinta. *Beria*, p. 40. L. P. Beria a Ordzhonikidze.
4. Stalinodar: Jansen-Petrov, p. 117. Parrish, «Yezhov», pp. 78-80. Slutski: Jansen-Petrov, p. 230, citando el caso FSB de Frinovski N-15301.3.117-123. El relato que hace Orlov de todo esto es particularmente preciso.
5. Liushkov: Jansen-Petrov, pp. 144-145. Carta no enviada de Yezhov a Stalin: APRF 57.1.265.16-26. Coox, «Lesser of Two Hells», pp. 145-186; Coox, «L'affaire Liushkov: Anatomy of a Defector», *Soviet Studies*, pp. 145-186; vol. 8, n.º 3 (1967), pp. 405-420.
6. Yuri Zhdanov. Volia Malenkova. Véase asimismo Andrei Malenkov, *O moem otse Georgii Malenkove*. M. Ebon, *Malenkov*, pp. 38-39. Starkov, «Narkom Yezhov» en Getty y Manning (eds.), pp. 35-37. Guiños en la luz: Leonid Redens. Rees, p. 197. Yezhov y el espía polaco y Orlov: Jansen-Petrov, pp. 147, citando FSB 3-os.6.1.350. Uspenski, e imposibilidad de seguir la pista: Jansen-Petrov, p. 148, en FSB 3-os.6.1.350 y FSB 3-os6.3.316. Lista negra de Stalin firmada el 20 de agosto de 1938: APRF 3.24.417.248-253.
7. Beria y Yezhov: Jrushchov citado en Jansen-Petrov, p. 157. *Beria*, pp. 53, 87-91. Jansen-Petrov, p. 149-157. V. A. Donskoi propuso a Beria. Starkov: «Narkom Yezhov» en Getty y Manning (eds.), pp. 38-39. *Voenno-Istoricheskii Zhurnal* (en adelante *VIZh*), julio de 1989, octubre de 1991. Papel desempeñado personalmente por Beria en la tortura: GARF 8131.32.3289.117-118. Las investigaciones de Rudeko en torno a los métodos de los interrogadores, 22 de marzo de 1955. V. F. Nekrazov, *Beria: Konets karieri*, pp. 374-375. B. S. Popov y V. G. Oppokov, «Berievschina», *VIZh*, 3 (1990), pp. 81-90.
8. IBM o GM: Martha Peshkova. V. I. Novikov citado en Nekrasov, *Konets karieri*, pp. 229-237. Romanov citado en Sergo B, p. 245. Y. Cohen, «Des lettres comme action: Staline au début des années trente vu depuis les fonds Kaganovich», en *Cahiers du Monde Russe*, vol. 38, 3 (julio-septiembre de 1997), pp. 327,

307-345. RGASPI 82.2.897.32, Beria a Molotov, 26 de febrero de 1940. *Beria*, pp. 195, 174. «Nervios de toro»: entrevista con Nikolai Baibakov. Incansable, listo: «An interview with VM Molotov», *Literaturuli Sajartvelo*, 27 de octubre de 1989, en *Beria*, pp. 195-274.

9. Matar a los mejores amigos: GARF 7523.85.236.17-23, Tsanava, 24 de marzo de 1955. Temor y entusiasmo: Sudoplatov, p. 186. «Idolatrado»: Krotkov citado en *Beria*, p. 203. «Polvo de campo de concentración»: *Beria Affair*, p. 5. Rey de Inglaterra: *KR*, I, p. 125. Entrevista con Aliosha Mirtsjulava. Afabilidad con su mujer, bandidos mexicanos: Martha Peshkova. Veneraba a Stalin: Sergo B, pp. 144-145. Richardson, *Long Shadow*, p. 158. Lentes sin graduación: Golovanov en *MR*, p. 343. Artiom Sergeiev.
10. Candide Charkviani en casa de Beria cuando llegó Stalin: entrevista con Gela Charkviani. Sergo B, p. 34. Mikoyan, p. 33.
11. RGASPI 82.2.897.12-13. Vishinski a Stalin y Molotov y Molotov a Vishinski, sin fecha. Volia Malenkova. Martha Peshkova. Kira Alliluyeva. Sudoplatov, pp. 39-40. *Beria*, pp. 87-91. Polianski, p. 190. *KR*, I, pp. 118-119. Jansen-Petrov, pp. 154-159.
12. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 240-245. Volkogonov, p. 338.
13. RGVA 9.29.390.275, Mejlis a Stalin y Voroshilov, 23 de agosto de 1938. *Mekhlis*, pp. 103-104, 107. Papel de Mejlis: *Voprosy Istorii*, 10 (1998), p. 78. Coox, «Liushkov», pp. 145-186. Mejlis fue acompañado por el ayudante de Yezhov, Frinovski. «Nombrar comisión para que investigue la Academia Lenin ... Si sigue allí alguno de los integrantes del grupo Tolmachev, eliminarlos desde el primero hasta el último. Mejlis, 5 de julio de 1938.» Volkogonov, p. 368. Mejlis a Stalin, 20 de noviembre de 1938, *Mekhlis*, p. 102; para Blyujer, p. 106. La guerra y Bliujer: Volkogonov, p. 328. *Mekhlis*, p. 124. Spahr, p. 186. M. V. Zajarov, *Generalnyi shtab v predvoennye gody*, pp. 137-142. *Kaganovich*, p. 30. Roy Medvedev, «Joseph Stalin and Joseph Apanasenko: The Far Eastern Front during WW2», en *Neizvestnye Stalin*.
14. S. Fedosev, «Favorit Yezhova», *Sovershenno Sekretno*, 9 (1996). Jansen-Petrov, pp. 150-156, citando FSB 3-os.6.3.367/Caso Frinovski N-15301.2.32; Frinovski N-15301.7.195; Dagin en FSB 3.6.3.323, 259; Evdokimov en FSB 3.6.4.403 y FSB 3.6.3.261.

CAPÍTULO 26

1. V. D. Uspenski, *Tainy Sovetnik Vozhdia. Lesser Terror*, pp. 4-6. Jansen-Petrov, pp. 153, 159, 166-167. Shentalinski, «Ojota», pp. 70-96.
2. La cara de Molotov era como una máscara: Mikoyan, pp. 321-327. Molotov, afirmación de que había salvado a Tevosian, *MR*, p. 294.
3. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 224-230. Parrish, «Yezhov», pp. 78-89. Sudoplatov, p. 43.
4. Tragedia de la familia de Yezhov: Jansen-Petrov, p. 121-124; Briujanov y Shoshkov, p. 124; Starkov, «Narkom Yezhov», Getty y Manning (eds.), pp. 34-35. Kamov, «*Smert Nikolaia Yezhova*», pp. 41-43. Vasili Grossman, *Mama*, 8-15. Interrogatorio de Simon Uristki citado en *KGB Lit. Archive*, p. 56. Polianski, pp. 190-197.

5. Para el plan trazado por Beria y Stalin de utilizar a Yevgenia contra Yezhov: *Politicheskii Dnevnik*. vol. 2, Amsterdam, 1975, p. 136. Kamov, «*Smert Nikolaia Yezhova*», pp. 41-43. Yezhova a Stalin: APRF 45.1.729.96, citado en Jansen-Petrov, pp. 166-168. Polianski, p. 190. Briujanov y Shoshkov, pp. 122-123. *KGB Lit. Archive*, p. 42. Yezhova a Stalin, APRF 45.1.729.100, citado en Jansen-Petrov, p. 169. Stalin, Kaganovich y Molotov se distancian de Yezhov y del Gran Terror: RGASPI 17.3.1002.37. Para las troikas: *Moskovskie Novosti*, 21 de junio de 1992, citado en Getty, p. 531. RGASPI 17.3.1003.85-87.
6. Jansen-Petrov, p. 164. *IA*, 1995: 5-6, p. 24. Testimonio de I. Dementev en FSB 3-os.6.3.257; APRF 3.24.375.120; testimonio de Yezhov en FSB 3-os.6.3.332-333; citados ambos en Jansen-Petrov, p. 170-172. Shentalinsky, «Ojota», p. 179. La autopsia que la describía como una «mujer de treinta y cuatro años, de mediana estatura, y físico bien desarrollado», revela que murió envenenada con Luminal. Parrish, «Yezhov», p. 101. Polianski, p. 190. *Beria*, p. 250. El hermano de Yezhov fue fusilado. *KR*, I, pp. 115-120. Pirozhkova, p. 105.
7. Jansen-Petrov, p. 164, orgías y sexo oral, p. 173, voluntad de Dios, p. 174, y «apestado», p. 202. Relaciones homosexuales con Dementev, FSB 3-os.6.1 y 6.3. Relaciones sexuales con Konstantinov y la esposa de éste: FSB 3-os.6.3.247-252, testimonios ambos citados en Jansen-Petrov, pp. 172-173. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 224-230. Parrish, «Yezhov», p. 89. *VIZh*, 2 (1993). *IA*, 1998. Getty, pp. 528-539. RGASPI 17.3.1003.34 y 17.3.1004.11.
8. Parrish, «Yezhov». Testimonio de Zimin, jefe de Lefortovo, y de Rozenblum, médico de la cárcel, en 1956, citado en Vaksberg, *Vyshinsky*, p. 118. Beria detuvo personalmente al jefe del Komsomol, A. V. Kosarev, el 29 de noviembre, en un acto de venganza por los insultos de que había sido objeto. Mgeladze, p.168-173. Mgeladze contó a Stalin toda la historia de la rencorosa eliminación de Kosarev por parte de Beria al término de la guerra. Pero el caso Kosarev llevaba coleando desde hacía tiempo: véase RGASPI 558.11.725.160, Gorshenin a Stalin, 13 de julio de 1937. Larina, pp. 186-200. Para los hombres de Beria: *Beria*, pp. 90-94. Sergo B, pp. 179-180. Entrevistas con Martha Peshkova, Gela Charkviani, Eka Rapava, Maya Kavtaradze, Nina Rukhadze, Nadia Dekanozova, Alyosha Mirtskhulava y Nikita Petrov. Para la vergüenza de Kobulov: Elena Durden-Smith. Véase asimismo *Lesser Terror*, Parrish, «Yezhov», y Petrov y Scorkin.
9. Nadezhda Vlasik. Natalia Poskrebisheva. Parrish, «Yezhov», p. 86. Petrov y Scorkin. *KR*, I, pp. 294-295. Artiom Sergeiev. Svetlana *OOY*, p. 333. Vlasik, pp. 24-45.

CAPÍTULO 27

1. Richardson, *Long Shadow*, p. 154. Desprecio de los miembros del Politburó por las mujeres de la familia Alliluyev: Natalia Andreyeva. Irritación de Vlasik por las constantes quejas de Anna Redens acerca de la colada: Nadezhda Vlasik. «Poskrebishev nos trataba como si fuéramos los parientes pobres»: Kira Alliluyeva. Richardson, *Long Shadow*, p. 156. Bronka sobada por Beria: Natalia Poskrebisheva. Zhenia se burla de los flirteos de Beria: Svetlana *OOY*, p. 323.

2. Redens y la mano de obra esclava: *Yagoda*, pp. 41, 382-390. Discurso de Agranov en el pleno de 1937 en Getty, p. 430. ¿Prohibición de las palizas? Leonid Redens y Vladimir Alliluyev (Redens). Petrov y Scorkin.
3. Vladimir Alliluyev (Redens). Kira Alliluyeva. Svetlana *RR*, p. 144. Orlov, p. 309. Informe médico de Pavel: RGASPI 558.11.1551.43.
4. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 66-67. Beria y Malenkov proponen la detención de Redens: Vasili Stalin a Vladimir Alliluyev (Redens). Participación de Redens en un complot contra Beria en 1931: RGASPI 558.11.801.42-43, Redens a Stalin. Redens sustituido por Balitski, agosto de 1932: *Kaganovich Perepiska*, pp. 273-275. Yezhov a propósito de los polacos, Chase, *Enemies*, pp. 234-235, 239, 265. Richardson, *Long Shadow*, p. 150. Mikoyan, 59. Vladimir Alliluyev (Redens). Leonid Redens.
4. Stalin y Dmitrov: *Sovershenno Sekretno*, 3 (2000). «Yo no soy Stalin»: Artiom Sergeiev.
6. Nakashidze: Sergo Mikoyan. Martha Peshkova. Leonid Redens. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 135-137. Nueva esposa para Stalin: Volkogonov, p. 155.
7. Kira Alliluyeva. Kostirchenko, p. 80.
8. A Stalin le gustaban las mujeres bien vestidas y los flirteos: Kira Alliluyeva, Leonid Redens. Diario de Svanidze. Tipos que le gustaban a Stalin: Schpiller y Davidova. Svetlana *OOY*, p. 329. Vasilieva, *Kremlin Wives*, pp. 74-76. *Galina*, p. 95. *MR*, p. 174. Maya Plisetskaya y Tim Schott, *I, Maya* (en adelante *Maya*), p. 81. El cinturón de Davidova: Ribin, *Ryadom so Stalinym v Bolshom Teatre*, pp. 32-33, 67-69. Stalin apodaba a su bailarina favorita, Lepeshinskaya, «la Libélula». «Iosiv Vissarionovich, ¿he bailado bien?», preguntó la Libélula a Stalin. «Has hecho las piruetas muy bien —contestó éste, al parecer—, pero Asaf Messerer lo ha hecho mejor.» Su actriz favorita en el Teatro de las Artes de Moscú era Alla Tarasova.
9. Rusudana Zhordaniya: Ribin, *Oktyabr 1941*, p. 18. Entrevista con Aliosha Mirtskhulava: conocía bien a Rusudana y ridiculizaba la idea de mantener una aventura: «Era mucho más joven que él», le dijo a este autor. Tampoco vio nada sospechoso en la invitación que a través de él hizo Stalin a la joven georgiana. El baile: Kozlovski en Karpov, *Rastrelyannye Marshaly*, p. 342. Mujeres con ideas: Svetlana, *OOY*, p. 329. *MR*, p. 174. *Kaganovich*, pp. 160-162. Kuzakova en Radzinski, p. 65. Istomina niega la versión de Davidova: Ribin, *Stalin i Zhukov*, p. 63. Parlanchina, una persona con la que se estaba cómodo: Lozgachev en Radzinski, p. 560. «El bienestar material de mi padre»: Richardson, *Long Shadow*, p. 248. Artiom Sergeiev. Martha Peshkova. Kira Alliluyeva. Para la confidencialidad del personal de servicio: conversación con Roy Medvedev. Esposa de una unión consensual: nuera de Kaganovich: Vasilieva, *Kremlevsky Zhenye*, p. 372. Celos del marido de Valechka: Ribin, *Oktyabr 1941*, p. 18. Vladimir Putin, *First Person*, p. 3; véase asimismo Oleg Blotski, *Vladimir Putin: The Stoty of my Life*. «No le importa a nadie / el ama de llaves de Engels»: *MR*, p. 208. En delantal como una enfermera: Popovich citado en Dedijer, *Tito Speaks*, p. 282. A Stalin le encantaba la discreción: Berman en *Oni*, p. 236. Valechka en Yalta y Potsdam: Volkogonov, p. 574. Orgullo de Stalin por el cajón de su ropa interior: Charkviani, p. 35. «Por supuesto, se sabía que era su mujer»: Natalia, la hija de Poskrebishev.
10. Stalin detiene el Gran Terror: Volkogonov, pp. 337, 344. Beria se trasladó a la

dacha de Chubar: *Beria*, p. 98. Svetlana *OOY*, p. 355. RGASPI 558.11.773.101, Mejlis a Stalin y respuesta de 6 de noviembre de 1939. Vishinski, por ejemplo, escribió para quejarse de que el NKVD había detenido a unos funcionarios sin el visto bueno del fiscal general. Sería una ingenuidad afirmar que la legalidad empezaba a imponerse de nuevo; era simplemente que una ilusión sustituía a una caza de brujas absolutamente frenética. RGASPI 82.2.897.28, Vishinski a Stalin/Molotov, 31 de marzo de 1939. Podemos rastrear las complejas disputas entre Vishinski y el NKVD, mientras Malenkov intentaba volver a imponer cierto orden entre ellos: RGASPI 588.2.155.39.60. Stalin, Jrulev y Mejlis, Kumanev (ed.), p. 343. Caso de los chicos de Novosibirsk: RGASPI 588.2.155.65, Vishinski a Stalin y respuesta de 2 de enero de 1939. En este ejemplo de relajación podemos ver cómo actuaban las autoridades y el ejercicio de una dictadura absoluta. Cuando, gracias a las sugerencias de Vishinski, Molotov propuso que las presas no políticas que hubieran cometido el delito, tan grave en aquel estado de mano de obra esclava, de abandonar su puesto durante la jornada de trabajo, debían ser encarcelados, Stalin especificó personalmente: «Me opongo. Creo que lo justo sería que esas mujeres pagaran una multa equivalente a un mes de salario en vez de la cárcel, y debería hacerse de la siguiente manera: que se les deduzca el 25 por 100 de su sueldo durante cuatro meses. Stalin». Al cabo de tres días esta propuesta se había convertido en ley: RGASPI 588.2.1551.27-33, Vishinski a Molotov y a Stalin, 23-26 de agosto de 1940. Nikolaenko: RGASPI 558.11.132.141-145, P. T. Nikolaenko a Stalin y Jushchov, 20 de febrero de 1939, y Stalin a Jrushchov. Trotski: Sudoplatov, p. 66.

11. Tucker, *Power*, pp. 586-589. *Lesser Terror*, pp. 31-32. Kutznetsov cuenta cómo Frinovski fue destituido despreocupadamente por Stalin y sustituido por él, Bialer (ed.), p. 92. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 260-266. *Beria*, p. 94. El antes y el después de la detención de Yezhov: Yezhov a Stalin en APRF 45.1.20.53, citado en Jansen-Petrov, p. 178. Sisas en Transporte Fluvial: Medvedev, pp. 458-460. Conquest, *Stalin: Breaker of Nations*, pp. 208-209. N. G. Kutznetsov, «Krutye povoroty: iz zapisok admirala», *VIZh*, 7 (1993), p. 50. N. P. Dudorov, Ministro del Interior en 1957, dijo en el pleno del CC que durante el interrogatorio Beria había preguntado a Yezhov especialmente acerca de Malenkov, creando veinte páginas de pruebas contra él, Jansen-Petrov, p. 158. Sudoplatov, p. 63. Parrish, «Yezhov», p. 90. Polianski, pp. 216-217. D. Lijanov y V. Nikonov, «Ya pochistil OGPU», en *Sovershenno Sekretno*, 4 (1992). Jansen-Petrov, pp. 182, 176, citando a Piliatskin, *Vrag Naroda*, y APRF 57.1.287.7-18. «Piensa que tienes suerte...»: Sergo B, p. 161. Nota explicativa de D. Sujanov sobre la pérdida de la confesión de N. I. Yezhov contra G. M. Malenkov, 21 de mayo de 1956, en O. Jlevniuk, I. Gorlizki, L. P. Kosheleva, A. I. Miniuk, M. Y. Prozimenshikov, L. A. Rogovaya, S. V. Somonova, *Politburo TsK BKP i Soviet Ministrov SSSR 1945-1953*, p. 203 (en adelante *PB/Sov-Min*).

CAPÍTULO 28

1. El presente estudio se basa en los libros más destacados sobre política exterior soviética y la época que precedió a la invasión alemana: Zubok y Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War*, y Gabriel Gorodetski, *Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia*. Destitución de Litvinov, cambio de la política exterior soviética: *Beria*, pp. 100-101. Soloviev citado en Zubok, pp. 20-88. Falso georgiano y Molotov; el «kartliano lento» y Stalin: Nadia Dekanozova. Stalin se burla de la fealdad de Dekanozov: Maya Kavtaradze. Erickson, *Soviet High Command*, pp. 513-525. Ehrenburg, *Eve of War*, p. 276. Tucker, *Power*, p. 614. Carswell, pp. 145-149. Medvedev, p. 309. Stalin ordenó a Yezhov detener a Kandelaki el 2 de abril de 1937; encabeza la lista manuscrita de «cosas por hacer», RGASPI 558.11.27.129, nota de Stalin de los temas que discutir con Yezhov, 2 de abril de 1937. Gnedin en *Beria*, p. 101. Larina, p. 200. Parrish, «Yezhov», p. 91. Accidente de automóvil de Litvinov: *KR*, I, p. 282. Sergo B, pp. 47-48. Vaksberg, *Stalin Against Jews*, pp. 34-35. Nuevos diplomáticos: Gromiko, *Memoirs*, p. 24. *Kaganovich*, pp. 64, 154. Mikoyan en Kumanev (ed.), p. 22. Litvinov a propósito de Stalin, el diplomático, sus citas de Talleyrand y Bismarck: Gorodetski, pp. 1-9, 316; lecturas sobre Bismarck y la guerra franco-prusiana de 1870: Von Moltke, *Guerra franco-prusiana de 1870*, RGASPI 558.3.224. Bismarck: R. Medvedev, *Naizvestnyi Stalin*: Capítulo correspondiente a «Archivo personal de Stalin». Cartas de Molotov a Polina: «Vivimos bajo una presión constante ... vuestro cariño y afecto»: RGASPI 82.2.1592.40-45, Nueva York, 20 de noviembre de 1945. «Sabemos lo que nos traemos entre manos»: RGASPI 82.2.1592.19-20, 8 de julio de 1946, desde París. Lecturas sobre Hitler: RGASPI 82.2.1592.1, 13 de agosto de 1940. «Me convertí en el foco de atención»: RGASPI 82.2.1592.40-45, Nueva York, 20 de noviembre de 1945 (?). Paradigma revolucionario-imperialista: Zubok, pp. 1-5; Molotov el diplomático, pp. 80-98. Stalin y la partida de póquer: «Ya están jugando otra vez al póquer», en Volkogonov, p. 349.
2. Stalin y los judíos: limpiar la sinagoga y reducir el número de judíos existentes entre los máximos dirigentes, Lenin, *MR*, 120; *Kaganovich*, pp. 47-48, 100, 105, 128-129, 175. Estadísticas: *Lesser Terror*, p. 137. Stalin, *Marxismo y cuestión nacional*, citado en Vaksberg, *Stalin against Jews*, p. 4. Bazhanov. Mejlis y los judíos, p. 59. Stalin es enemigo de todos los judíos: *Kaganovich*, p. 128. Kaganovich, israelita: *KR*, I, pp. 122, 283. RGVA 4.18.62.1/357, uso de *natsman*, Stalin al ejército rojo, 3 y 4 de agosto de 1937. Los judíos no pueden beber: *Kaganovich*, p. 106. Los judíos son como las mimosas: *Kaganovich*, p. 191. La flor preferida de Stalin era la mimosa: Mgeladze, pp. 95-97. Mejlis: judíos puros como el cristal, en diario de Simonov, RGALI, Apuntes, 1 de abril de 1945. Antisemitismo: lista de cosas que hay que hacer, RGASPI 558.11.27.32. Discurso del canibalismo, 23 de diciembre de 1930. Birobidzhan: el zar, J. Rubenstein y V. P. Naumov, *Stalin's Secret Pogrom*, pp. 34 y 511. Stalin critica el antisemitismo de otros: K. Simonov, «Glazami cheloveka, moego pokoleniya», *Znamya*, 5, 1988, p. 85. No hay por qué exasperar a Hitler: Brooks, *Thank You, C. Stalin*, p. 171. Y. Yakovlev y los nombres judíos: *KR*, I, pp. 119-120. Kaganovich y Mijoels: Rubenstein y Naumov, pp. 293, 399.

Teatro Kaganovich de Birobidzhan: Kostirchenko, pp. 42, 144. Las Centurias Negras y la catedral del Salvador de Moscú: *Kaganovich*, p. 47. Vaya mi agradecimiento a Robert Service por las valiosas ideas que me dio sobre este asunto.

3. Esta versión de las negociaciones entre la URSS, Alemania, Francia y el Reino Unido se basa en Gorodestki, *Grand Delusion*; Richard Overy, *Russia's War*; Anthony Read y David Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin and the Nazi-Soviet Pact 1939-1941, Molotov Remembers, Khrushchev Remembers*, y G. Hilger y A. Meyer, *Incompatible Allies: A Memoir History of German-Soviet Relations*. Gorodetski, pp. 5-9; Raanan, pp. 15-18. Yuri Zhdanov. Overy, pp. 34-53. Michael Bloch, *Ribbentrop*, pp. 239, 245; Volkogonov, pp. 349, 255; Andrew Roberts, *The Holy Fox: A Biography of Lord Halifax*, p. 166; Erickson, *Soviet High Command*, p. 525. Read-Fisher, pp. 128-130, 230-232. Extremo Oriente: Zhukov, *Vospominaniya* (en adelante Zhukov) 1, pp. 242-243, 273, Simonov, «Zametki k biografii Gk Zukkova» en *VIZh*, 6, pp. 50-53. Spahr, p. 209. D'Abernon: RGASPI 558.3.25.32. Paradigma revolucionario-imperialista: Zubok, pp. 1-5; Molotov diplomático, pp. 80-98. Stalin hablando del póquer: «Están jugando otra vez al póquer» en Volkogonov, p. 349. *KR*, I, pp. 125-129, 149. *Kaganovich*, pp. 58, 90. Yuri Zhdanov. Sergo B, 49-52. Bloch, p. 245. RGASPI 558.3.36. *Historia de la antigua Grecia* de Vipper. El relato de la firma del pacto se basa en *MR*, pp. 9-11; Hilger-Mayer, pp. 290-292; Read-Fisher, pp. 251-259. Cena después de la firma: Diario de Dmitrov, 21 de junio de 1941. Yuri Zhdanov a propósito del chiste de Zhdanov. «Gran partida»: *MR*, p. 31, y además Molotov a Dmitrov, en Gorodestki, p. 308: «Se está jugando una gran partida».
4. Invasión de Polonia: Hilger-Mayer, p. 312. Volkogonov, pp. 358-359. Los Jrushchov: S. Jrushchov, *Superpower*, p. 5; Vasilieva, *Kremlin Wives*, pp. 182-183. Reparto de Polonia: RGASPI 588.2.155.168, Vishinski a Stalin y respuesta de éste, 21-31 de octubre de 1939. Estadística: Overy, pp. 51-52. Burleigh, p. 435. Papel de Jrushchov: Taubman, p. 23. Parrish calcula que hubo entre uno y dos millones de deportados, *Lesser Terror*, p. 47. *KR*, I, p. 160. En junio de 1941, el vicecomisario del NKVD Chernishev comunicaba a Stalin que habían llegado a la URSS 494.310 antiguos ciudadanos polacos y que 389.382 estaban en la cárcel, en campos de concentración o en lugares de confinamiento. Volkogonov, p. 360. Papel de Serov: Serov, «The Last Relic», *Slavic Military Studies*, vol. 10, 3 (1997), pp. 107-110. Sudoplatov, pp. 110-111.
5. Hilger-Mayer, pp. 301-302, 312-313. *MR*, pp. 9-11. *Kaganovich*, pp. 58, 90. El nieto de Kaganovich recuerda que su abuelo le contó la anécdota: Joseph Minervin. Read-Fisher, p. 357. Ministro de Exteriores de Estonia: Bohlen, p. 91.

CAPÍTULO 29

1. Conquest, *Stalin: Breaker of Nations*, p. 216. *Lesser Terror*, p. 33. Vasilieva, *Kremlin Wives*, pp. 103-111. Censo: Volkogonov, p. 516. *Molotov Letters*, 23 de agosto de 1930, p. 203. *Kaganovich*, p. 150. «Sentía una gran curiosidad por las esposas de los otros dirigentes. No era una curiosidad sexual»: *KR*, II, p. 177. No hay nadie que contradiga a Stalin que consiga conservar a su esposa: Sergo B, p. 148. Las

amantes judías de Stalin: Sergo B, p. 211. Kalinina: *Kremlin Wives*, pp. 119-123. Larina, p. 231. Cartas de Kollontai: RGASPI 558.11.749.14-15, 23, A. Kollontai a Stalin. Polina: a Andreyev, Malenkov y Zhdanov se les encargó que le encontraran una nueva ocupación: en noviembre fue nombrada para la dirección de la Administración de Confección y Mercería del Comisariado de Industria Ligera del RSFR. Para Abakumov y el caso de 1939, así como el de 1949, cuando fueron detenidos de nuevo los mismos personajes, contra Zhemchuzhina: GARF 8131.32.3289.144, declaración de Rudenko en el juicio de Beria. Jlevniuk, *Cercle*, 257-258. Kostirchenko, pp. 119-120. Mikoyan, pp. 298-299. Instructora de gimnasia: RGASPI 82.2.904.80-81, Vlasik a Molotov, 7 de febrero de 1940.

2. Natalia Poskrebisheva. Galia Poskrebisheva en Volkogonov, p. 165.
3. Kavtaradze y Nutsibidze: Nutsibidze, vol. 2, pp. 96-100. Entrevista a Maya Kavtaradze y al profesor Zakro Megrelishvili (hijo de Ketevan Nutsibidze): mi más sincero agradecimiento a los dos. «Todos queríais matarme»: *Literaturnaya Rossiya*, 12 (1989), pp. 17-20: entrevista a Sergo Kavtaradze. Stalin ordena a Kaganovich que ayude a Kavtaradze: *Kaganovich Perepiska*, p. 246. Medvedev, p. 311. Larina a propósito de la liberación de Sofia Kavtaradze: pp. 234. *Beria*, p. 247.
4. *KGB Lit. Archive*, pp. 22-44, 26, 43-48, donde se incluye el informe de Beria presentado a Zhdanov a propósito de Babel. Sobre la «lucha francesa»: GARF 8131.32.3289.117-118. Las investigaciones llevadas a cabo por Rudenko acerca de los métodos de interrogación de Vlodzirmirski, Rodos, Shvartsman, Goglidze y otros, 22 de marzo de 1955. Jansen-Petrov, pp. 185-186. Pirozhkova, pp. 110-113. Parrish, «Yezhov», pp. 94-98. Polianski, pp. 211-218, 244, 259-261. Eije: Testimonio de Leonid Bashtakov en 1955, citado en Vaksberg, *Vyshinsky*, pp. 197-198, 350, 167. Juicio de Babel llevado a cabo el 26 de enero de 1940. Jansen-Petrov, p. 191. Ulrij los condenó el 1-2 de febrero. La gala en el Kremlin: 2 de febrero de 1940. Fusilamiento del mariscal Yegorov el 23 de febrero, Día del Ejército Rojo. Spahr, p. 177. Condena de Yezhov: *Moskovskie Novosti*, 5 (30 de enero de 1994). Declaración efectuada ante el Colegio Militar, 3 de enero de 1940. Polianski, pp. 304-305. Jansen-Petrov, p. 188. Getty, pp. 560-562. Ejecución de Yezhov: Jansen-Petrov, pp. 188-189, citando las palabras de N. P. Afanasev. Ushakov y Stukakov, pp. 74-75. Certificado de defunción de 4 de febrero de 1940, firmado por el oficial Krivitski, aunque es probable que fuera Blojin quien se encargara en persona de este importante asunto. Deseo expresar mi agradecimiento a Nikita Petrov.
5. Rata: Yakovlev, *Tsel zhizhni*, p. 509. *Yezhovschina*: ¿término acuñado por Stalin?, Mgeladze, pp. 170-171; «escoria», p. 211; pruebas que no se sostienen, p. 167; todo el mundo confiesa, pp. 168-173, 210-211. Stalin y Kaganovich a propósito de Babel: *Kaganovich Perepiska*, pp. 49, 189, 198. «Trabajo negro» y Blojin: Nikita Petrov. Redens: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 66. *Beria*, p. 90. Leonid Redens.

CAPÍTULO 30

1. Karpov, *Rastrelyannye Marshaly*, pp. 325-326, 343. Kira Alliluyeva: las rodillas de Svetlana y la nota de Stalin. *OOY*, p. 318. Besos de *Volga-Volga*: Kenez, p. 166.

«Stalin, Molotov i Zhdanov o vtoroy serii Ivan Grozny», *Moskovskie Novosti*, vol. 37 (7 de agosto de 1988), p. 8. *Galina*, p. 96. Kozlovski citado en Karpov, p. 337.

2. Finlandia: Erickson, *Soviet High Command*, pp. 541-548. Raanan, p. 14. Overy, pp. 55-57. K. A. Meretskov, *Na sluzhbe narodu*, pp. 171-177. Mikoyan: Bohlen, p. 93. *KR*, p. 152. Voronov en Bialer (ed.), pp. 131-133. Spahr, pp. 220-227. Purga de Voroshilov: Volkogonov en Harold Shukman (ed.), *Stalin's Generals*, p. 317. Harold Shukman (ed.), *Stalin and the Soviet-Finnish War*, pp. XXI-XXVI, p. 29. (El comentario de Stalin acerca de los bosques corresponde a la reunión del Consejo Militar Supremo, 14-17 de abril de 1940.) Véase asimismo: RGVA 4.19.73.19-23, comandante Bochkov del NKVD, Sección Especial del GUGB, al comisario Voroshilov, y respuesta de éste, 1 de febrero de 1940. RGVA 4.19.75.1.12, Bochkov a Beria, 28 de diciembre de 1939. Cartas de Mejlis a su esposa: p. 130. TSAMO RF 5.176705.1, Stalin a Mejlis, 9 de enero de 1940. RGVA 9.29.554.111, Mejlis a Stalin, 9 de enero de 1940. RGVA 9.29.554.76, Mejlis a Stalin, 9 de enero. RGVA 9.29.554.59, Mejlis a Stalin, 11 de enero de 1940. RGVA 9.29.554.62: al día siguiente, Mejlis informaba de la ejecución de un oficial herido, comisario del NKVD. RGVA 9.29.554.228, Mejlis a Stalin y Voroshilov, 12 de diciembre de 1939. Valor de Mejlis: Gen. A. F. Jrenov y Alm. Kuznetsov en *Mekhlis*, pp. 132-133. RGVA 9.29.554.55, Mejlis a Stavka, 12 de enero de 1940. RGVA 9.32.85.80, Kulik a Kuznetsov (jefe adjunto del Departamento de Policía), 19 de diciembre de 1939. *KR*, I, p. 154. Valedinski, «Vospominaniya», p. 124. Pavel Aptekov y Olga Dudorova, «Peace and statistics of losses. Unheeded Warning and the Winter War», *Slavic Military Studies*, vol. 10, 1 (marzo de 1997), pp. 200-209. Read-Fisher, pp. 401-417. El ejército rojo no vale para nada: Bohlen, p. 60. Bajas: estadística basada en fuentes rusas, E. A. Rzheshevski y O. Vechvilayninen, *Zinnaya voyna 1939-40*, vol. 1: Finlandia, 48.243 muertos y 43.000 heridos, 1.000 prisioneros de guerra; URSS, 87.506 muertos, 39.369 desaparecidos, 5.000 prisioneros de guerra. Deseo expresar mi agradecimiento al Dr. M. Mjakov por esta información.

3. Discusión de Voroshilov, convertido en cabeza de turco, y Stalin: *KR*, I, pp. 185, 154. Discurso histérico: recuerdos de Jrulev en *Mekhlis*, p. 135, y Shukman, *Stalin and Soviet-Finnish War*, pp. XXI-XXVI, y pp. 29, 269, 250, 252 (consejo militar supremo, 14/17 de abril de 1940). Volkogonov en Shukman, *Stalin's Generals* (en adelante *Stalin's Generals*), pp. 365-366, 243, y Rzheshevski, p. 225. Voroshilov, generalísimo de las artes: Mikoyan, p. 386. Mejlis, comisario de Control Estatal: Jrulev, recuerdos en *Mekhlis*, p. 140. Ascenso de los mariscales: Erickson, *Soviet High Command*, p. 552. Timoshenko, juventud y carrera, mando dual: Victor Anfilov en *Stalin's Generals*, pp. 239-242. Savitski en Babel, «My First Goose», *Collected Stories*, p. 119. Campesino valeroso: Mikoyan, 386. Papel de Zhdanov: Volkogonov, p. 368. Rokossovski: *Sovershenno Sekretno*, 2000, 3. Véase asimismo: Harrison Salisbury, *900 Days* (en adelante *900 Days*), p. 111. Mariscal Golovanov citado en *MR*, pp. 265-295. *Apuntes* de Budionni acerca de la pregunta de Stalin por Serdich. Spahr, p. 230. Asimismo: purgas militares, véase *Stalin's Generals*, p. 361. El 20 de junio, por ejemplo, Timoshenko acudió a Stalin en defensa de K. P. Podlas, uno de los generales del Extremo Oriente; «Por mi parte, solicito su liberación». Beneplácito de Stalin. RGVA 4.19.71.243, Timoshenko a Stalin, 20 de junio de 1940, y respuesta de Stalin. Oficiales liberados: RGVA 9.29.482.11-13.

4. RGVA 4.18.54.1-499, Consejo Militar Supremo del NKO, 21-27 de noviembre de 1937.
5. Triunfo del grupo de Tsaritsin y divagaciones de la gestión económica: Mikoyan, pp. 339-344, y Kumanev (ed.), p. 22. Sentencia de Kulik: Voronov en Bialer (ed.), p. 159. Poder de Kulik y Mejlis: *KR*, I, pp. 188, 200. V. E. Korol, A. I. Sliusarenko, I. U. Nikorenko, «Tragic 1941 and Ukraine: New Aspect of Problems», *Slavic Military Studies*, vol. 11, 1 (marzo de 1998), pp. 147-164.
6. Parrish, «Yezhov», p. 87. Karpov, *Rastrelyannye marshaly*, pp. 316-317, 324-325, 335-339, 340-344, 360-363. Se dijo que Kira Kulik tenía una aventura con el director del Bolshoi, detenido poco tiempo atrás, Mordvinov. «Kompromat material» del informe de Mejlis, julio de 1941, RGVA 9.39.105.412-417.
7. Bosques de Katin: RFE/RL Informe de Investigación, vol. 2, n.º 4, 22 de enero de 1993, p. 22. Al principio Beria fue uno de los miembros de la troika encargada del exterminio, pero Stalin tachó su nombre de la lista y puso el de Kobulov, probablemente porque Beria estaba demasiado ocupado. Desde luego no hay pruebas de que Beria se opusiera a la matanza, pues «el Teórico» y «el Samovar» eran sus socios de más confianza. Overy, p. 53. Stepan M., p. 197. *Lesser Terror*, p. 57; Parrish, «Yezhov», pp. 83-85; «Serov», *Slavic Military Studies*, vol. 10 (septiembre de 1997), p. 110. Sergo B, pp. 55, 320.
8. *KR*, I, p. 157.
9. Países bálticos y Besarabia: el mismo día de la caída de Francia, Timoshenko elaboró los planes para entrar en los países bálticos. RGVA 4.19.71.238, Timoshenko a Stalin y Molotov, 17 de junio de 1940. *Beria*, p. 104. *Zhukov* 1, pp. 275-276; Zhukov dirigió la liberación de Besarabia. Parrish, «Serov», p. 107. Burleigh, p. 535. Gorodetski, pp. 34-35. (Cuando murió Stalin, habían sido deportados 175.000 estonios, 170.000 letones y 175.000 lituanos.) Deseo evidente de Stalin de que Alemania derrotara a Inglaterra: *Sovershenno Sekretno*, 2000, 3.
10. Wagner: Yuri Zhdanov. Espías: Gorodestki, pp. 39, 50; para Golikov/Merkulov, pp. 53-54. El hecho de que Stalin lo supiera aumentaba su sufrimiento: Zubok, p. 24; «Nunca salimos a buscar»: Modin, p. 24. Molotov citado en Gorodetski, p. 53.

CAPÍTULO 31

1. RGASPI 82.2.1592, Molotov a Polina, 13 de agosto de 1940. El relato del viaje de Molotov a Berlín se basa en Berezhkov, pp. 24-42, donde se incluye la alusión hecha por Hitler a la conveniencia de mantener una entrevista con Stalin; *MR*, pp. 15-20, 145; Hilger-Mayer, pp. 321-327; Yakovlev en Bialer (ed.), pp. 117-122; Gorodetski para las órdenes de Stalin a Molotov y los telegramas que se intercambiaron, pp. 58, 74, 76, 81, 83; Volkogonov, pp. 372 y ss; *Beria*, pp. 102-103; Zubok, p. 92; Read-Fisher, pp. 510-533. Merkulov/Himmler: *Lesser Terror*, p. 61.
2. Reuniones previas a la guerra: «De haberlo sabido, habría tenido más miedo»: Nikolai Baibakov. «Nunca lo llames por su nombre»: Emelianov, en Bialer (ed.), p. 113; Kuznetsov, pp. 95-97, 173; Yakovlev, p. 100.

3. Gorodetski, pp. 125-131. Véanse asimismo: Kazakov en Bialer (ed.), pp. 139-145; Yeremenko, pp. 146-151. *900 Days*, p. 55-57. Insomnio: Stalin a Churchill, *Record of Private Talk Between Prime Minister and Generalissimo Stalin after Plenary Session, July 17, 1945, Potsdam*, PREM 3/430/7, Churchill a Stalin, FCO Historians, marzo de 2002. Korol, Sliusarenko y Nikolarenko, pp. 147-164.
4. Experiencias de la guerra civil: Zhukov 1, pp. 95-115, 148; para las purgas: Zhukov 1, 137-140, 180-182.
5. Gorodetski, p. 228. Zhukov 1, pp. 305-373.
6. Kulik, Zhdanov y los obuses: Vannikov en Bialer (ed.), pp. 153-159. Tanques y aviones absurdos: Emelianov en Bialer (ed.), p. 109; Yakovlev, p. 101.
7. Accidentes aéreos: RGVA 4.19.14.1-74. Consejo Militar Supremo, 16 de mayo de 1939. Stalin recibió numerosas quejas acerca de la mala calidad de las piezas que componían los aviones: RGASPI 45.1.803, N. Sbitov a Stalin, 14 de septiembre de 1940. Ése fue uno entre otros muchos: pero también recibió información más cercana. *Vasily*, p. 66: Vasili Stalin a Stalin, 13 de noviembre de 1939. Para Vasili y su matrimonio con Galina: Svetlana RR. *Vasily*, pp. 81-83: Vasili Stalin a Stalin, 4 de marzo de 1941. Spahr, p. 230. Shukman, *Stalin's Generals*, Ghosts, p. 366. Simonov, «Glazami», p. 73. *Lesser Terror*, p. 30.
8. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 265-267. Volkogonov, p. 374. *Beria*, p. 106. Medvedev, *Stalin's Men*, p. 132. Medvedev, p. 310. *MR*, pp. 228-229. *Kaganovich*, pp. 29, 77-78. Las cuentas de Kaganovich — Strakhov en Bialer (ed.), p. 443.
9. Gorodetski, pp. 146-151, 193, 197-199. Zubok, p. 83. *MR*, p. 21. Sudoplatov, pp. 118-119. Fiesta: Leonid Redens y su hermano Vladimir Alliluyev Redens.
10. Gorodetski, p. 166. Zhukov pensaba que Stalin creía que Hitler bailaba a su mismo son, de ahí su extraña y curiosa confianza en el Führer. Simonov, «Zametki», pp. 50-53.
11. Felix Chuev (ed.), *Sto sorok besed s Molotovym*, p. 31. Meretskov, p. 202. Reginald Dekanozov, *Some Episodes of the History of Soviet-German Relations Before the War*. Nadia Dekanozova. Zukhov 1, 321-336. Gorodetski, pp. 207-234. Ehrenburg, *Eve of War*, pp. 275. Dekanozov se colocó entre Stalin y Voroshilov: colección de fotografías de Nadia Dekanozova. V. A. Nevezhin, «Stalin's 5th May Address: the Experience of Interpretation», en *Slavic Military Studies*, vol. 11, 1 (marzo de 1998), pp. 116-146.
12. Jlevniuk, *Cercle*, pp. 265-269, 274. Mikoyan, pp. 344. Chadaev a propósito de Voznesenski, Beria y Malenkov, en Kumanev (ed.), pp. 383-442. Desarrollo de la enemistad entre Zhdanov y Malenkov: véase Jonathan Harris, «The Origins of the Conflict between Malenkov and Zhdanov 1939-1941», en *Slavic Review*, vol. 35, 2 (1976). Zhdanov fue ascendido oficialmente a ayudante de Stalin en la Secretaría General del Partido, cargo ocupado por Kaganovich a comienzos de los años treinta. El 7 de mayo Stalin se convertiría en jefe del Buró interno del Consejo de Comisarios, del que formaba parte Voznesenski, su ayudante, además de Molotov, Mikoyan, Beria, Kaganovich, Mejlis y Andreyev. Vóroshilov, Zhdanov y Malenkov también se unirían al cabo de unos días. Beria se encargaba de supervisar los órganos de seguridad así como diversas industrias. La nueva imagen de Stalin: cambio de ropa, en Charkviani, p. 37.
13. Nevezhin, p. 116-146. Debate de Suborov: Klaus Schmider, *Slavic Military Stu-*

dies, vol. 10, 2 (junio de 1997), pp. 183-194; *RUSI Journal* 130 (2 de junio de 1985), pp. 183-194; Victor Suvorov, «Who was planning to attack whom in June 1941?», y B. V. Sokolov, «Did Stalin intend to attack Hitler?», en *Slavic Military Studies*, vol. 11, 2 (junio de 1998), pp. 113-141. Asimismo, para Vasilevski, véase Spahr, p. 237. Gorodetski, p. 207.

14. Reunión del Consejo Militar Supremo de 4 de junio de 1941: Zhdanov, Malenkov y Budionni discuten acerca de los documentos de la nueva propaganda, TSAMO RF 32.11302.20.84-86.
15. Mikoyan, p. 377. Gorodetski, pp. 212-216. Dekanozov, *Episodes*. Nadia Dekanozova.
16. Hess: Mikoyan, p. 377. *KR*, I, p. 155. Gorodetski, pp. 234-238, 241-243. La parálisis del mes de mayo: Zhukov 1: pp. 341-346. Stalin a Koniev: Simonov en Brooks, *Thank You C. Stalin*, p. 251. Las mazmorras de Beria: N. G. Pavlenko, «G. K. Zhukov: Iz neopublikovanyj vospominanii», en *Kommunist*, 14 de septiembre de 1986, p. 99. Kulik-Voronov en Bialer (ed.), p. 209. Simonov, «Zametki», pp. 51-53.

CAPÍTULO 32

1. Últimos días: Zubok, p. 24. G. Kumanev, «22-go na rassvete», *Pravda*, 22 de junio de 1989. Relato de la reunión con Stalin en la que éste amenazó a Timoshenko con fusilarlo: Timoshenko en Kumanev (ed.), pp. 270-271. Zhukov 1, pp. 332-369. Merkulov presentaba a menudo sus informes junto con P. M. Fitin, jefe de la Dirección General de Exteriores del NKGB. *Izvestiya TsK KPSS*, 4 (1990), p. 221, Merkulov a Stalin, 16 de junio de 1941. Sudoplatov, pp. 120-121. Gorodetski, pp. 296-298. *Lesser Terror*, pp. 260-263. *Slavic Military Studies*, junio de 1999, pp. 234. Molotov estaba preocupado: Kuznetsov en Kumanev (ed.), p. 294. Jrushchov, *Glasnost*, p. 56.
2. Yuri Zhdanov. *MR*, p. 25. Mikoyan, pp. 377-381. *Lesser Terror*, pp. 260-265. Vaksberg, *Vyshinsky*, p. 219. Nekrasov, *Beria*, p. 399. Véase asimismo: *Vestnik*, 10, 1989. Diario de Dmitrov, 21 de junio de 1941. Gorodetski, pp. 306-315. Overy, pp. 71-74. L. Trepper, *Bolshaya igra*, p. 125. Djilas, p. 123. Tiulenev en Bialer (ed.), p. 202. V. P. Naumov, *1941 god*, libro 2, p. 416. Medvedev, *Neizvestnyi Stalin*, capítulo «Stalin y la guerra».

CAPÍTULO 33

1. La descripción de la Gran Guerra Patriótica en las dos secciones de «La guerra» incluidas en este libro se basa en las dos obras maestras de John Erickson tituladas *The Road to Stalingrad* y *The Road to Berlin*; en la notable historia narrativa de Richard Overy *Russia's War*; en el excelente tratado de Harold Shukman *Stalin's Generals*; en libros de memorias como los de Molotov, Mikoyan, Kaganovich, Jrushchov, Sergo Beria, Svetlana, Zhukov y otros militares; en los *Apuntes* de Budionni; en las investigaciones de este autor en los archivos de RGASPI, RGVA,

TSAMO, y GARF; en entrevistas con testigos directos; y en algunas obras históricas rusas de reciente publicación, como la biografía de Mejlis escrita por Rubtsov, *Alter Ego Stalina.*

Últimas horas: Read-Fisher, pp. 612-642. Budionni, *Apuntes.* Anfilov a propósito de Budionni, *Stalin's Generals*, p. 62. Zhukov 1, 369-371, y 2, 1-14. Pavlenko, «Zhukov», p. 99. Registro de visitas de Stalin: *IA* 1998. Hilger-Meyer, pp. 335-336. *MR*, pp. 34-37. Mikoyan, p. 388. Volkogonov, pp. 401-407. Bloch, p. 333. Gorodetski, pp. 309-315. Mikoyan en Kumanev (ed.), pp. 24-25. Chadaev, pp. 409-412. Nina Budionni. Yuri Zhdanov. *Mekhlis*, p. 151. Ian Kershaw, *Hitler: Nemesis*, p. 394. Burleigh, p. 489. Kuznetsov en Bialer (ed.), pp. 195-196. Voronov citado en *Mekhlis*, p. 153. Anfilov a propósito de Timoshenko, *Stalin's Generals*, pp. 246-247. Natalia Poskrebisheva: Poskrebishev le dijo que Stalin lo llamó para decirle que el bombardeo había dado comienzo. Berezhkov en Bialer (ed.), pp. 216-218. Número de fuerzas soviéticas: la cifra de tres millones de soldados se refiere a las regiones occidentales. Los soldados soviéticos eran inferiores en número a los alemanes, pero superiores en equipamiento. Número total de soldados soviéticos: 5 millones. Y. Kulikov, «Napadeniye Germanii na SSSR», en *Mirovye voiny XX veka*, libro 3, pp. 133-186. Negativa de Molotov y trenes/aprovisionamientos: *Kaganovich*, p. 88. Mikoyan, pp. 388-389. *MR*, p. 39. Prensa, Koniev: Brooks, *Thank You C. Stalin*, pp. 166, 168. Erickson, *Stalingrad*, pp. 101, 136-138. Chadaev en Kumanev (ed.), p. 42. Budionni, *Apuntes*, p. 49. Zhukov 2, pp. 12-13. *IA* 1998:4, 22, 23, 24 de junio de 1941. Spahr a propósito de Kulik, p. 265.

2. RGVA 9.39.100.252, Bolotin, jefe de la 4.ª Unidad del Departamento de Unidades Especiales del NKVD, a Zhukov, 21 de julio de 1941, y respuesta de Mejlis y Zhukov. Zukhov 2, p. 14.
3. RGVA 9.39.99.329-339, Mijeiev, jefe del 3.º Departamento del NKO, a Mejlis a propósito de Kulik, 15 de julio de 1941. Informe del comisario de Regimiento Boldin en *900 Days*, p. 29. Spahr a propósito de Kulik, p. 265.
4. Mamsurova, 1988, pp. 12-13, citada en Spahr, pp. 255-258.
5. TSAMO RF 215.11184.48, 30. Mejlis a todos los frentes, 22 de julio de 1941. *Mekhlis*, pp. 179-183. KVS, 1991, n.os 14 y 65. Mikoyan, p. 541. Volkogonov, pp. 421-422. Erickson, *Stalingrad*, pp. 137-178.
6. Spahr, p. 251.
7. Para Yakov, Chadaev en Radzinski, p. 451. Para el vestido rojo: Gulia Djugashvili, *Ded otets, Ma i drugie*, p. 25. Artiom Sergeiev. *MR*, pp. 2.210-2.211. *Vasily*, pp. 92-93. Zhenia Alliluyeva; entrevistas con Kira Alliluyeva, Vladimir y Leonid Redens; Svetlana RR; *OOY*, p. 322. Svetlana sitúa esa llamada en agosto de 1941, pero la hija de Zhenia, Kira, la sitúa en «los primeros diez días».
8. Chadaev en Radzinski, pp. 450-455. Chadaev basaba su relato en las conversaciones mantenidas con el jefe adjunto del Estado Mayor Vatutin. *KR*, II, p. 7. Jrushchov, *Memuary*, 6.ª parte, p. 682, citado en *Beria*, p. 255. Zhukov 2, pp. 33-40. Mikoyan, pp. 390-392. *MR*, p. 39. Temores de Stalin: Mikoyan, p. 389. Sorpresa de Stalin por la exclusión de Mikoyan: Mikoyan, pp. 391-392. Mikoyan en Kumanev (ed.), pp. 31-33. Chadaev en Radzinski, pp. 453-455. Molotov citado en Mikoyan, p. 390. *MR*, pp. 238-239. Sergo B, p. 324. Volkogonov, pp. 411,

424. Para lo que de Mikoyan se escondió detrás de los demás, que Stalin se temía lo peor, y que la tensión desapareció del rostro de Stalin: Sergo B, p. 71. Chadaev en Radzinski, p. 455, se basa en el relato de Bulganin, que probablemente no estuviera presente. No fue miembro candidato a ingresar en el Politburó hasta 1946, aunque formaba parte de la recién creada Comisión de Sovnarkoms, encargada de gestionar el gobierno a diario, junto con Voznesenski y Mikoyan, por lo que es posible que formara parte del grupo. Ni Mikoyan ni Molotov lo mencionan. Stalin volvía a gozar de nuestro apoyo: Mikoyan, p. 392. Erickson, *Stalingrad*, pp. 171-182; *Soviet High Command*, p. 601. *Beria*, p. 111. *KR*, I, p. 182.

9. Zbarski y S. Hutchinson, *Lenin's Embalmers*, pp. 119-120. Ribin, *Kto Otravil Stalina?*, p. 38.
10. Zhukov 2, pp. 64-65. Erickson, *Stalingrad*, pp. 180-185. Overy, pp. 81-88.
11. Volkogonov, p. 427. Simonov, «Zametki», p. 56. FSB 66.1.6.314-343: Orden del NKGB n.º 246 «Sobre el procedimiento de aplicación de la justicia a los traidores a la Patria y a los integrantes de sus familias, 28 de junio de 1941», en Yakovlev, *Century*, p. 172.
12. *MR*, p. 209. Volkogonov, pp. 429, 609. Radzinski, p. 457. Svetlana RR. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 177. Mikoyan, p. 362. Artiom Sergeiev. Para los ternos de Stalin, y lo de «Ese estúpido»: Stepan M. Detención de Julia: Gulia Djugashvili, *Ded otets, Ma i drugie*, pp. 28-29. «He dejado de ser Stalin»: Mgeladze, pp. 198-199. «Un solo prisionero me basta»: Vasili Stalin a Vladimir Alliluyev (Redens).
13. TsJSD Comisión de Control del Partido 13/76, vol. I, p. 30. Testimonio de Sudoplatov de 11 de octubre de 1960: Sudoplatov, pp. 146-147.
14. Zhukov 2, pp. 119-122. Erickson, *Stalingrad*, pp. 178-179. Mejlis como «demonio siniestro»: S. P. Ivanov citado en Spahr, p. 59. Simonov, «Zametki», pp. 55-56.
15. *KR*, I, pp. 196, 201-202. Para Budionni y Timoshenko: Nina Budionni. Budionni, *Apuntes*. Para la situación militar: Erickson, *Stalingrad*, pp. 204-209. Para Stalin y Timoshenko: Anfilov en *Stalin's Generals*, pp. 248-249.
16. Balandin: Yakovlev en Bialer (ed.), p. 301. Meretskov: Vaksberg, pp. 221-223. Beria había estudiado con Vannikov en la Escuela Tecnológica de Bakú, relación que quizá salvara su vida. Mikoyan, pp. 425-426. *Lesser Terror*, p. 73. Sudoplatov, p. 127.
17. Mikoyan, pp. 359-360. Overy, pp. 82-83.

CAPÍTULO 34

1. Este episodio del asedio de Leningrado se basa en Harrison Salisbury, *900 Days;* John Erickson, *Road to Stalingrad*, pp. 83, 120, 143, 145-148, 181-195, 262-263; Richard Overy, *Russia's War*, pp. 99-112, y en las investigaciones de este autor en RGASPI y TSAMO. RGASPI 558.11.492, Stalin a Voroshilov y Zhdanov, 17 de agosto de 1941. Mikoyan, p. 393. *900 Days*, p. 218.
2. RGASPI 558.11.492.6, Stalin, Molotov y Mikoyan a Voroshilov, Zhdanov, Popov, etc., 23 de agosto de 1941.

3. *900 Days*, pp. 208-209, 304, 402.
4. *900 Days*, pp. 181-187.
5. RGASPI 558.11.492.57, Stalin a Zhdanov y A. A. Kuznetsov, 4 de octubre de 1941. Andrei Alexandrovich: *900 Days*, p. 542. ¡Sí o no!: RGASPI 558.11.492.63, Stalin y Molotov a Zhdanov y Kuznetsov, 18 de octubre de 1941. ¡Dilo directamente!: RGASPI 558.11.492.66, conversación telefónica de Stalin con Zhdanov, 8 de noviembre de 1941.
6. Voroshilov: Volkogonov, en *Stalin's Generals*, p. 317.
7. Kuznetsov en Kumanev (ed.), p. 294. Enemistad de Malenkov y Zhdanov: Sujanov, *Memoirs*, Library of Congress, Volkogonov Collection, Reel 8. *900 Days*, pp. 260-261. Enemistad de Beria y Zhdanov en Raanan, pp. 171-172; *Beria*, p. 263. Yuri Zhdanov. Volia Malenkova (su padre comentó en el seno de la familia la cobardía alcohólica de Zhdanov, pero añadió que no había informado de ello a Stalin). Sergo B, p. 75, se enteró por su padre de que Malenkov propuso que Zhdanov fuera juzgado por un tribunal militar, y que Beria se opuso a semejante medida. Confesión de Zhdanov a Stalin de su cobardía: Mikoyan, p. 562. Stalin hablaba telefónicamente con Molotov y Malenkov, así como con Zhdanov, cada día. RGASPI 558.11.492.29-33, Stalin a Kuznetsov, Voroshilov, Zhdanov, Popov y Molotov, 27 de agosto de 1941, y respuesta de Voroshilov, Zhdanov, Popov, Kuznetsov, Molotov y Malenkov, 28 de agosto de 1941. Tras regresar a Moscú, Malenkov habló a menudo con Zhdanov en nombre de Stalin. Solía comenzar sus conversaciones de la siguiente manera: «Por orden del camarada Stalin, solicito la siguiente información ... ¿Participan carros blindados: cuántos y de qué tipo...». RGASPI 558.11.492.73-78 y 79 (16 de noviembre) y 90 (2 de diciembre), Malenkov a Zhdanov, 13 de noviembre de 1941. *MR*, p. 40. Mikoyan, p. 562. Erickson, *Stalingrad*, pp. 188-189. *900 Days*, pp. 208-209, 304, 402.
8. RGASPI 558.11.492.35-38, Stalin a Kuznetsov, Molotov y Malenkov, 29 de agosto de 1941.
9. RGASPI 558.11.492.49, Stalin, Molotov, Malenkov y Beria a Voroshilov y Zhdanov, 9 de septiembre de 1941. Zhukov y Stalin: *900 Days*, pp. 265-266.
10. RGASPI 558.11.492.50 y 51, Stalin y Molotov a Voroshilov, a Zhukov y a Zhdanov, ambas notas del 13 de septiembre de 1941. *900 Days*, pp. 265-266. Erickson, *Stalingrad*, p. 189. Simonov, «Zamekti», p. 48.
11. Bichevski en Bialer (ed.), pp. 435-438. Kuznetsov en Kumanev (ed.), p. 294. *900 Days*, pp. 267, 344, 346. Simonov, «Zametki», p. 48.
12. TSAMO RF 217.1258.14.16, Zhdanov al frente de Leningrado, 27 de septiembre de 1941.
13. TSAMO RF 217.1258.11.18, Khozin, Zhdanov y Kuznetsov a los Consejos Militares del VIII y el LV Ejército, 13 de noviembre de 1941.
14. RGASPI 558.11.191-193, Zhdanov a Stalin, 5 de diciembre de 1941.
15. Erickson, *Stalingrad*, pp. 194-195. *900 Days*, pp. 351, 415, 403, 451; imágenes de gente muriéndose de hambre, p. 515. Zhdanov citado en *900 Days*, p. 518. Overy, pp. 111-112: más de un millón de muertos. Visita de Zhdanov a Moscú: *900 Days*, p. 416. *IA*, 1998:3.
16. RGASPI 558.11.492.86, conversación de Stalin y Molotov con Zhdanov, 1 de diciembre de 1941.

17. RGASPI 558.11.191-193, Zhdanov a Stalin, 5 de diciembre de 1941.
18. Este relato se basa en el relato de Beaverbrook acerca de su estancia en Moscú que aparece en BBK/D/96/98/99/100; en Anne Chisholm y Michael Davie, *Beaverbrook: A Life*, pp. 406-420. Berezhkov, pp. 138-150. A. J. P. Taylor, *Beaverbrook*, pp. 487-491. Harriman, pp. 86-101. Erickson, *Stalingrad*, pp. 210-215. Mikoyan, pp. 408-415. Molotov presidió la delegación rusa durante las negociaciones para la obtención de la ayuda de Occidente; Mikoyan se encargó de los detalles. Ayuda de Occidente: Mikoyan informa a Stalin, que calcula el total de los aviones: RGASPI 558.11.765.80-104, Mikoyan a Stalin, julio de 1941-diciembre de 1942.
19. Este relato de la batalla de Moscú se basa en Erickson, Overy y las memorias de Zhukov, Molotov y Mikoyan, *Lesser Terror*, p. 113. Erickson, *Stalingrad*, p. 217. Telegin en Bialer (ed.), pp. 274-276.
20. RGASPI 558.11.492.59, Stalin a Zhukov, 5 de octubre de 1941.
21. TsJSD Comisión de Control del Partido 13/76, vol. 1, p. 30. Pavel Sudoplatov a la Comisión de Control del Partido, 11 de octubre de 1960. Véase asimismo: Sudoplatov, pp. 146-147. Sergo B, p. 324. *Beria*, p. 112. Zhukov 2, pp. 201-203. Volkogonov, pp. 172-173, cita al mariscal K. S. Moskalenko a propósito del nuevo intento de Beria del 7 de octubre de 1941 de firmar una paz a través de Stamenev. Erickson, *Stalingrad*, pp. 221-222. Anfilov y Zhukov en *Stalin's Generals*, pp. 350-351.
22. TsAMO 48a.1554.91.346, Shaposhnikov a Budionni y Koniev notificando el nombramiento de Zhukov como representante de la Stavka, 6 de octubre de 1941. Zhukov 2, pp. 201-216. Spahr, pp. 269-271. Anfilov y Zhukov en *Stalin's Generals*, p. 351; *Stalin's Ghosts*, Woff, p. 364; Rzheshevski, Koniev, p. 95. Simonov, «Zametki», Molotov y Zhukov, p. 56. S. Jrushchov, *Superpower*, p. 236. Overy, pp. 114-115. «Fontanero», Bulganin: Sergo B, p. 127.

CAPÍTULO 35

1. Voronov, Bialer (ed.), p. 302; tono de Zhukov: Belov, p. 295. TSAMO 132.2642.233, Stalin a Fedorenko, jefe del Departamento de Carros Blindados del ejército rojo, 3 de agosto de 1941. El 12 de octubre, Stalin utiliza baterías antiaéreas contra los tanques; TSAMO 132a.2642.45.26, Stalin, orden de la Stavka de 12 de octubre de 1941. Erickson, *Stalingrad*, 238.
2. RGVA 9.39.103.390, Beria a Mejlis, 12 de diciembre de 1941. RGVA 9.39.100.312-314, Abakumov a Stalin, Molotov, Malenkov, Mejlis y Zhukov, 28 de julio de 1941. *Lesser Terror*, pp. 47-49. RGASPI 558.3.25, p. 32. D'Abernon, Biblioteca de Stalin.
3. Yakovlev, *Century*, p. 174. *Lesser Terror*, pp. 47-49.
4. Natalia Poskrebisheva. *Lesser Terror*, pp. 69-72. Anatolii Siulanov, *Arrestovat v Kremle*; *O zhizni I smerti marshala Beria*, p. 189.
5. Pánico: Valeri Soifer, *Lysenko and the Tragedy of Soviet Science*, p. 148: relato de A. A. Prokofieva-Belagovskaya. Harriman-Abel, pp. 84-85. Pánico en Moscú; Beria, Kaganovich, Malenkov; Ilia Novikov, secretario del Comité de Sver-

dlovsk; Vasili Pronin, en Ribin, *Stalin v Oktyabr 1941*, pp. 3-14. Sudoplatov, p. 135. Caos en las fábricas: Mikoyan, p. 420. V. P. Pronin, *Izvestiya TsK KPSS*, 4 (1991), p. 218; *VIZh*, 10 (1991), p. 39. Overy, pp. 113-118. Erickson, *Stalingrad*, pp. 249-250.

6. Premio de tiro Voroshilov: Ribin, *Kto Otravil Stalina?*; recuerdos de V. Tukov, pp. 55-56. Pánico: Ribin, *Stalin v Oktyabr 1941*, pp. 3-10. Belov en Bialer (ed.), p. 296. Paseos de Stalin: Natalia Andreyeva. Berezhkov, p. 145. Brooks, *Thank You C. Stalin*, p. 178. Simonov, «Glazami», p. 251. Libro de Iván el Terrible: RGASPI 558.3.350. Paracaidistas: Voronov, Bialer (ed.), p. 302.
7. Mikoyan, pp. 417-422. *MR*, p. 42. Ribin, *Stalin v Oktyabr 1941*, pp. 8-14. Ribin, que utiliza el testimonio de los guardaespaldas, aunque él ya no pertenecía al cuerpo encargado de la seguridad personal de Stalin, al ser el responsable de la seguridad del teatro Bolshoi, afirma que los sucesos atribuidos a la noche del 15 al 16 fueron anteriores a la reunión descrita por A. Shajurin, el comisario del pueblo de Producción de Aviones. Naturalmente los guardaespaldas no sabían qué reunión era cada una de las que se celebraban. V. P. Pronin, *Izvestiya TsK KPSS*, 4 (1991), p. 218; *VIZh*, 10 (1991), p. 39.
8. Soifer, p. 148. Relato de A. A. Prokofieva-Belagovskaya. Berezhkov, pp. 153-155. Mikoyan, pp. 417-422. Natalia Poskrebisheva. Dudas de Zhukov respecto a Stalin: D. I. Ortenberg, «U Zhukova v Perjushkogo», en *Krasnaya Zvezda*, 30 de noviembre de 1991, p. 5. Kuibishev: Radzinski, p. 467. Casa de Kuibishev: S. Jrushchov, *Superpower*, p. 25. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 172-173. Mikoyan, pp. 417-422. *MR*, Ribin, *Stalin v Oktyabr 1941*, pp. 8-14. Vaksberg, pp. 225-227.
9. A. Shajurin, *Voprosy Istorii*, 3 (1975), pp. 142-143. Shajurin afirma que esta reunión tuvo lugar el 16 de octubre, pero es evidentemente posterior a la de Mikoyan, que tenía un programa distinto. Los comisarios entraban y salían durante esas reuniones, que fluctuaban entre el apartamento de Stalin, su despacho y el refugio del metro Kirovskaya (véase la siguiente nota) y sus distintas dachas, por lo que este detalle seguramente corresponda a una parte de la reunión. El registro de entradas de visitantes demuestra que Stalin no estuvo en su despacho entre el 15 y el 18 de octubre: sabemos que la reunión de Shajurin tuvo lugar en sus aposentos privados, donde no se llevaba registro alguno de las reuniones que se celebraban: *IA*. Trabajaba sobre todo en la casa de la calle Kirov, situada cerca del metro Kirovskaya: Ribin, *Oktyabr 1941*, cita al guardaespaldas N. Kirilin en la p. 12. Mikoyan, pp. 417-422.
10. Deseo expresar mi agradecimiento al general Y. Gorkov por permitirme utilizar su nueva obra sobre el cuartel general del metro Kirovskaya. Véase asimismo: *Nezavisimoe Voennoe Obozrenie*, 19 (2002), p. 5: Recuerdos del oficial de comunicaciones Vladimir Kazakov. Shtemenko: Jukes en *Stalin's Generals*, pp. 234-238. Deriabin, «echaban un sueñecito juntos», p. 105. Jrushchov, *Glasnost*, p. 65. Volkogonov, p. 416. *IA*, 1996: 2, pp. 68-69. Kuznetsov: Bialer (ed.), p. 428.
11. *IA* 1996: 2, pp. 68-69. Erickson, *Stalingrad*, pp. 220-222. Peshkova sobre la «eterna sonrisa» de Istomina. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 172-173. Ribin, *Oktyabr 1941*, pp. 8-14, donde se incluye a Istomina. Stalin discutió esto también con Zhdanov en Leningrado. Chadaev en Kumanev (ed.), p. 419. RGASPI

558.3.32. M. Bragin, *Kutuzov*, p. 60. Zhukov en Bialer (ed.), p. 291. Pronin: *Izvestiya TsK KPSS*, 4 (1991), p. 218. Zhukov sitúa esta conversación después del 19 de noviembre, pero Pronin escuchó otra parecida entre el 16 y el 17 de octubre. Zhukov 2, pp. 230-236. Belov, Bialer (ed.), p. 296.

12. Volkogonov, pp. 434-435. Ribin, *Ryadom*, p. 86. Ribin, *Oktyabr 1941*, pp. 9-13. Belov en Bialer (ed.), p. 296. ¿Visita al tren?: *Vlast*, 5 (2000). Entrevista de E. Zhernov con Mijail Smirtukov, ayudante del Sovnarkom.
13. Telegin: Bialer (ed.), p. 304. V. P. Pronin, «Gorod-voin, Bitva za Moskvu», p. 465; Pronin, *Izvestiya TsK KPSS*, 4 (1991), p. 218. Pronin, *VIZh*, 10 (1991), p. 39. Pronin, «Gorod u linii fronta», *Moskovskie Novosti*, 21 (26 de marzo-2 de abril de 1995), p. 14. Para Beria, que se anticipó a la idea de Stalin y los ataques de éste contra Shcherbakov, Sergo Beria citando lo que su padre le contó a su madre; sitúa la crisis de Shcherbakov en el mes de junio: pp. 75-76, 71. Djilas, p. 38. Zhukov 2, pp. 235-240. Ribin, *Oktyabr 1941*, pp. 11-13. Pronin dice que la reunión tuvo lugar por la noche, pero el registro de visitas de Stalin demuestra que la reunión del día 19 empezó a las 15.40 y acabó a las 21.20. Palas: Timoshenko en Kumanev (ed.), pp. 272-273. No soy tu apéndice: Mikoyan, pp. 417-422. *MR*, p. 42.
14. Erickson, *Stalingrad*, pp. 221-222. Overy, pp. 113-120. En cuanto a lo de Malenkov y el Extremo Oriente, la llamada procedía de G. Borkov: Sujanov, *Memoirs*. Albert Seaton, *Stalin as Military Commander*, pp. 124-126. Zhukov 2, pp. 235-240. Medvedev, *Neizvestnyi Stalin*: capítulo acerca de Iosiv Stalin y Iosiv Apanasenko: «El frente del Extremo Oriente durante la segunda guerra mundial», citando los recuerdos del general A. P. Belodorov en *Sovietskaya Rossiya*, 20 de octubre de 1989. El general en jefe del Extremo Oriente, Apanasenko, logró camuflar la desaparición de la mayor parte de su ejército formando otro nuevo y nutriéndolo con un millón de soldados para que los japoneses no se dieran cuenta de su debilidad y decidieran atacar a pesar de todo.
15. Búnker: Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 172-173. Simonov, *Glazami*, p. 37. Belov en Bialer (ed.); p. 295. Kaganovich y los búnkeres: Ribin, *Oktyabr 1941*, p. 7. Shaposhnikov: Rzheshevski acerca de la costumbre de fumar, el patronímico y el respeto de Stalin, *Stalin's Generals*, pp. 226-230. Mikoyan, 386. Nunca sin comprobarlo previamente: Bialer (ed.), p. 592. Viejo amigo: Spahr, p. 83. Stalin limita las horas: GKO, 11 de mayo de 1942. Muy amable: Voronov en Bialer (ed.), p. 211. Miedo de Beria: S. P. Ivanov, *Shtab armeiskii*, p. 250. Vudú: FO 800/360, John Reed, Moscú, 19 de agosto de 1942 *Churchill and Stalin* FCO, marzo de 2002. Véase asimismo Alanbrooke, p. 303. Viaje al frente: Volkogonov, pp. 433-434.
16. Volkogonov, pp. 433-434. Bomba de Malenkov: Volia e Igor Malenkov. Mikoyan, p. 415. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 172-173.
17. Butacas: *Zarubina*, pp. 47-48. Para el 6-7 de noviembre: Stepan M., p. 69. P. A. Artemev en Bialer (ed.), pp. 305-309. Volkogonov, p. 436. Sudoplatov, pp. 133-136. *900 Days*, p. 384. La música: Ribin, *Ryadom so Stalinym v Bolshom Teatre*, p. 32.
18. Zhukov 2, pp. 235-244.
19. Berezhkov, pp. 160-162.

20. Maiski, *Memoirs of a Soviet Ambassador*, pp. 229-237. Berezhkov, pp. 162-168. Alanbrooke, p. 302. TSAMO RF 208.2524.20.124. Zhukov y Bulganin a Golubev, comandante en jefe del X Ejército, 20 de diciembre de 1941. Overy, pp. 117-122. Erickson, *Stalingrad*, pp. 248-296. Zhukov: Bialer (ed.), p. 292. Seaton, pp. 132-134. Anfilov, Zhukov en *Stalin's Generals*, p. 352. Zhukov 2, pp. 240-250.
21. Zhukov 2, pp. 254-258.
22. Para Beria: Chadaev en Kumanev (ed.), pp. 429-432. Para Malenkov: Sujanov, *Memoirs*, Mikoyan, pp. 424-426. Para Kaganovich: Nikolai Baibakov. Werner Hahn, *Postwar Soviet Politics: the Fall of Zhdanov*, p. 348. *Beria Affair*, discurso de Andreyev, p. 154.

CAPÍTULO 36

1. Erickson, *Stalingrad*, p. 398. Berezhkov, pp. 188-189. Golovanov en el despacho de Stalin: abril-mayo de 1942: *IA*. Golovanov: *MR*, pp. 46-49, 72, con la cita de Churchill, p. 49. Churchill 4, pp. 296-304. Vanidad de Molotov: RGASPI 82.21592.19-20, Molotov a Zhemchuzhina, 8 de julio de 1947; y RGASPI 82.2.1592.40-45, Molotov a Zhemchuzhina, abril de 1945.
2. *Mekhlis*, p. 181, 193. La actitud de Stalin con Mejlis: Meretskov citado en *Mekhlis*, p. 228, Mejlis entrando en el despacho de Stalin, A. A. Afanasev citado en p. 275; mostaza, Jrulev, p. 249. Chistes a propósito del maníaco de Mejlis: Charkviani, pp. 30-31. Zamertsev: Bialer (ed.), p. 442-447. Starinov: Bialer (ed.), pp. 456-457.
3. Spahr, pp. 277-280. Meretskov, pp. 228-252, 280-283. Leonid Redens. Volkogonov y Voroshilov en *Stalin's Generals*, p. 318. Vlasov: *KR*, p. 204. Volkogonov, pp. 443-444.
4. Kulik a propósito del frente de Crimea y la investigación de Mejlis: Spahr, pp. 266-267, 294. V. Bobrenov y V. Riazantsev, «Marshal protiv Marshala», *Armia*, 9 (1993), p. 47. David Glantz, «Forgotten Battles of German Soviet War - the Winter Campaign: the Crimean Counter-Offensive», *Slavic Military Studies*, vol. 14, 1 (marzo de 2001), pp. 121-170. Para la denuncia de Kulik: material del Kompromat en los expedientes de Mejlis RGVA 0.39.105.412-417, julio de 1941. La jovencísima esposa de Kulik, Olga: Kira Alliluyeva. Karpov, *Rastrelyannye marshaly*, pp. 323. Consejo de guerra: Volkogonov, *Rise and Fall of the Soviet Empire*, p. 116.
5. Mejlis en Crimea: *Mekhlis*, p. 200-231. Glantz, «Forgotten Battles», pp. 121-170. Stalin y Hindenburg en Spahr, p. 287. Hindenburg citado en A. M. Vasilevski, *Delo vsei Zhizni*, pp. 186-187. Simonov citado en Medvedev, p. 463. Simonov, p. 36. TSAMO 215. A 1184.73.19, conversación de Vasilevski y Mejlis acerca de los refuerzos y el «gran concierto», 23 de enero de 1942. David Ortenberg, *Stalin, Shcherbakov, Mejlis i drugie*, pp. 60-66, 183-184. Mejlis: «¡Maldito seas!», dijo Stalin: Chadaev en Kumanev (ed.), p. 437, afirma que fue el 3 de junio, pero *IA* habla del 28 de mayo. «¡Vete al infierno!»: Simonov a Kapler, citado en Biagi, p. 34.
6. La ofensiva de Járkov: Zhukov 2, pp. 271-278. Anfilov Timoshenko en *Stalin's*

Generals, p. 251. Erickson, *Stalingrad*, pp. 332-337, 345-347. Overy, pp. 154-158. Seaton, pp. 144-145. Spahr, p. 282. A Stalin le gustaba Timoshenko, con quien podía mostrarse sorprendentemente educado: cuando le pidió que cediera algunas unidades a otro mando, el Vozhd se expresó en los siguientes términos: «Trasmitid mis palabras al mariscal: Le ruego que acepte la propuesta de la Stavka de transferir ... Sé que supondrá un sacrificio enorme. Pero le ruego que lo haga». Stalin a Timoshenko, 27 de octubre de 1941. US Library of Congress, Volkogonov Collection, Gen. Staff Reel. Mikoyan a propósito de Timoshenko: «Un campesino valiente», p. 386. Llamada telefónica: Jrushchov era exagerado en sus pronósticos: su llamada a Stalin se produjo el día 18, no el 17. Mikoyan, p. 465. Stepan M., p. 104. *KR*, I, pp. 205-207. Jrushchov, *Glasnost*, pp. 60-62. Zhukov 2, pp. 271-282. Las pérdidas de la ofensiva de Járkov: Vasilevski, p. 193.

7. «Aprende a librar mejor las batallas». TSAMO 3.11556.6.16, Stalin a Timoshenko, 27 de mayo de 1942. Timoshenko denuncia la falta de fe y el desequilibrio psicológico de Jrushchov, así como el hecho de que éste lo denunciara a él: RGASPI 558.11.818.7, Timoshenko a Stalin, 7 de junio de 1942. Véase también RGASPI 558.11.818.10-11, Timoshenko a Stalin, 22 de junio de 1942 y RGASPI 558.11.818.9, Timoshenko a Stalin, junio de 1942. «Hitler no es tan malo»: RGASPI 558.11.489.9, Stalin a Timoshenko, 13 de junio de 1942. Historia de Jrushchov y Bagirov, Natalia Poskrebisheva. Jrushchov denuncia a Timoshenko: Stalin confirma este hecho a Zhukov, véase William J. Spahr, *Zhukov, The Rise and Fall of a Great Captain*, pp. 95-101. La investigación de Bulganin: Chadaev en Kumanev (ed.), p. 442. *KR*, I, pp. 210-212. Járkov: David Glantz, «The Kharkov Operation, May 1942», *Slavic Military Studies*, vol. 5, 3 (septiembre de 1992), pp. 451-494; vol. 5, 4 (diciembre de 1992), pp. 611-686. Volkogonov, p. 433. Cenizas sobre la cabeza de Jrushchov: William Taubman, *Khrushchev, Man and Era*, p. 168.
8. Las divisiones no son agujas: TSAMO 96a.2011.26.137-142, Stalin a Timoshenko, 4 de julio de 1942. Anthony Beevor, *Stalingrad* [hay trad. cast.: *Stalingrado*, Crítica, Barcelona, 2000], pp. 69-72. Overy, pp. 156-158. Seaton, p. 147. Divisiones en el mercado, Jukes, Vasilevski en *Stalin's Generals*, p. 281.
9. La caída de Rostov, el avance hacia Stalingrado y el norte del Cáucaso: Orden n.º 270, 16 de agosto de 1941, TSAMO 3.11.556.9. Volkogonov, p. 459. TSAMO 298.2526.5a, citada en Volkogonov, p. 427. Orden n.º 227, 16 de agosto de 1942, TSAMO 48.486.28.8, citada en Beevor, p. 85. Overy, pp. 158-161. Seaton, *Stalingrad*, pp. 150-153. 4 y 5 de agosto: *IA*.

CAPÍTULO 37

1. Kuntsevo: O. A. Rzheshevski, *Winston Churchill in Moscow 1942, Churchill and Stalin*, FCO, marzo de 2002. Churchill 4, pp. 429, 437. Véase asimismo: FO 800/300. John Reed (Moscú) 19 de agosto de 1942. Doc. 32.
2. Churchill 4, pp. 428-436. Harriman-Abel, pp. 52-55. Cab. 127/23: Grabación de la conversación entre Churchill y Stalin, 12 de agosto de 1942, *Churchill and Stalin*, Doc. 29, FCO marzo 2002. AFP RF 6.4.14.131.20-23, notas de Pavlov co-

rrespondientes a la entrevista Churchill-Molotov, citadas por Rzheshevski, *Churchill in Moscow.*

3. Harriman-Abel, pp. 155-159. Churchill 4, pp. 436-442. CAB 127/23: Grabación de la conversación entre Churchill y Stalin, 13 de agosto de 1942, *Churchill and Stalin*, Doc. 30.
4. Archivo del presidente de la Federación Rusa: 45.1.282.48-52: Notas de Pavlov correspondientes a la cena en honor de Churchill y Harriman, 14 de agosto de 1942, citadas por Rzheshevski, *Churchill in Moscow.* Berezhkov, pp. 193-199. Para el aspecto de eunuco de Malenkov y la cordialidad de Voroshilov: FO 800/300, John Reed. (Moscú), 19 de agosto de 1942; Churchill trata con frialdad a Stalin: FO 800/300, diario de sir A. Clark Kerr, Moscú, 16 de agosto de 1942, ambos en *Churchill and Stalin.* Churchill 4, p. 443. Alan Brooke, pp. 301-303. Harriman-Abel, p. 160. Archivo del presidente de la Federación Rusa, 45.1.282.64, grabación de la entrevista de Churchill con Stalin en el apartamento del Vozhd la noche del 15-16 de agosto de 1942, citada por Rzheshevski, *Churchill in Moscow.* V. N. Pavlov, «Avtobiographicheskie Zametki», *Novaya i Noveishaya Historia*, 4 (2000), pp. 109-110; Svetlana, las pelirrojas, el regalo, Marlborough: Este relato utiliza además las fuentes convencionales de Churchill 4, pp. 445-451. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 178-179. PRO, Prem 3/ 7612, pp. 35-37, notas del comandante Birse. A. H. Birse, *Memoirs of an Interpreter*, p. 19. Churchill mueve las piernas; mal humor: FO 800/300. Sección del diario de sir A. Clark-Kerr correspondiente a Moscú, 16 de agosto de 1942, *Churchill and Stalin.* Erickson, *Stalingrad*, p. 369.

CAPÍTULO 38

1. RGASPI 558.11.489.11, Stalin a Budionni, 27 de julio de 1942, ordenando la unión del frente de Malinovski en el sur con el que comandaba Budionni al norte del Cáucaso. Kaganovich, *Zapiski*, pp. 463-479. Strajov, Bialer (ed.) p. 442-447, 608. TSAMO 132a.2642.32.145-147, Stalin a Kaganovich, agosto de 1942. RGASPI 558.11.712.119-120, Budionni a Stalin, 19 de septiembre de 1942 y 25 de noviembre de 1942. Para la indignación de Stalin por la herida de Kaganovich: Sudoplatov, p. 148, y Sergo B, p. 83. Kaganovich fue herido a finales de octubre, y visitó a Stalin el 19 de noviembre de 1942, *IA.*
2. Beria, p. 120. Sergo B, pp. 79-85. Sudoplatov, pp. 148-151. Tiulenev en Bialer (ed.), pp. 451-452, y Strajov, pp. 442-447, 608. Entrevista a Nikolai Baibakov. Véase también: Baibakov, p. 113. Llegada de Beria a Ordzhonikidze: Gela Charkviani según las notas de Candide Charkviani. Beria estuvo ausente desde el 20 de agosto hasta el 17 de septiembre. Overy, pp. 157-159. Erickson, *Stalingrad*, pp. 370-371, 376-381. Kaganovich, *Zapiski*, pp. 463-479. TSAMO 132a.2642.32.145-147, Stalin a Kaganovich, agosto de 1942. RGASPI 558.11.712.119-120, Budionni a Stalin, 19 de septiembre de 1942 y 25 de noviembre de 1942. «Hace ya siete días que he regresado a Moscú y que quiero verte, pero siempre estás ocupado. Estar con los brazos cruzados en la situación actual me resulta imposible ... Por favor, recíbeme.»

3. Las principales fuentes para esta relación de la historia de Stalingrado son A. Beevor, *Stalingrad* [hay trad. cast.: *Stalingrado,* Crítica, Barcelona, 2000], Overy, *Russia's War*, y Erickson, *The Road to Stalingrad* y *The Road to Berlin*, D. Volkogonov, *Stalin: Triumph and Tragedy*, y las memorias de Zhukov y Vasilevski. TSAMO 3.11556.9, Stalin a Vasilevski, Yeremenko y Malenkov, 23 de agosto de 1942.
4. Zhukov 2, pp. 293-299. Erickson, *Stalingrad*, pp. 384-385, Volkogonov, p. 461. Beevor, *Stalingrad*, pp. 117-127 [hay trad. cast.: *Stalingrado,* Crítica, Barcelona, 2000]. Overy, pp. 166-169. Vasilevski regresa, dejando a Malenkov en Stalingrado con Zhukov. Los caracteres de Stalin y Zhukov: Zhukov, «Korotko o Staline», *Pravda*, 20 de enero de 1989, p. 3. *KR*, I, p. 218. Victor Goborov, «Jrushchov and the Military. Historical and Psychological Analysis», *Slavic Military Studies*, vol. II, 3 (septiembre de 1998), pp. 128-144, citando a Goborov: «La etapa más provechosa de Jrushchov». Luganski en Bialer (ed.), pp. 54, 610: el general Stepan Mikoyan, amigo de Vasili Stalin e hijo de Mikoyan, arroja serias dudas sobre esa anécdota. Mi agradecimiento a Anthony Beevor por estos particulares.
5. A. M. Vasilevski, *Delo Vsey Zhizni*, p. 95-96. Volkogonov, p. 470. Agradezco al profesor Oleg Rzheshevski el resto del relato basado en la conversación que mantuvo personalmente con Vasilevski. Transferencias de dinero: *MR*, p. 303. Para la afirmación de Stalin en el sentido de que «mi padre también fue sacerdote»: *Ogonyok*, 14 (2 de abril de 1988), p. 20. Alexander Bolotin, «Shto my znaem o Liapidevskom?», el famoso aviador Anatoli Liapidevski se entrevistó con Stalin en el Kremlin: «Camarada Liapidevski, su padre era un sacerdote, el mío también. En caso de necesidad, contacte directamente con el camarada Stalin», citado en Tucker, *Power*, p. 3. La amistad de por vida de Stalin con el pope Peter Kapanadze: Charkviani, pp. 45-46. Para la liberación de un prisionero por parte de Stalin: Vasilevski a propósito de su amigo Shavlovski en Kumanev (ed.), p. 236. Para las fechas estipuladas y la Stavka: Erickson, *Road to Berlin*, p. 41. Shaposhnikov y el vudú: FO 800/300, John Reed (Moscú), 19 de agosto de 1942. TSAMO 215.1184.48.179, decisión n.º 1723 del GKO, firmada por Stalin, jefe del GKO, 11 de mayo de 1942. Vasilevski había servido en realidad como jefe efectivo del Estado Mayor desde el día 24 de abril cuando Shaposhnikov intentó por primera vez retirarse, Jukes, Vasilevski en *Stalin's Generals*, pp. 279-280. «Incapaz de matar una mosca»: Sergo B, p. 339.
6. Zhukov 2, pp. 307-341, 342-358. Anfilov, Zhukov en *Stalin's Generals*, p. 354. Erickson, *Berlin*, pp. 433, 445, 425, 429, 452, 461-463, 458, 452. Beevor, *Stalingrad*, pp. 213, 232-234, 240 [hay trad. cast.: *Stalingrado*, Crítica, Barcelona, 2000]. Alan Clark, *Barbarossa*, p. 218. *Slavic Military Studies*, vol. 10, 4 (diciembre de 1997), pp. 104-139. Insomnio: PREM 3/430/7: Informe de la conversación privada entre el primer ministro y el generalísimo Stalin tras la sesión plenaria del 17 de julio de 1945, Potsdam: *Churchill and Stalin*, FCO 2002. Para la operación Marte: véase David Glantz, *Zhukov's Greatest Defeat: the Red Army's Epic Disaster in Operation Mars 1942*, donde su autor calcula la pérdida de 500.000 vidas humanas. Los cálculos soviéticos arrojan una cifra muy inferior: 70.000 entre muertos y desaparecidos. (A. S. Orlov, «Operaziya Mars: razlichnye traktovki» en *Mir Istorii*, vol. 4 [2000].)

CAPÍTULO 39

1. Stalin durante la guerra: dormía vestido, I. Orlov en Ribin, *Oktyabr 1941*, p. 13. Shtemenko en Bialer (ed.), p. 351-359. TSAMO 3.11.556.13.247-248. Stalin a Vasilevski, 23 de agosto de 1943. Vasilevski, Jukes en *Stalin's Generals*, pp. 279, 283. Zhdanov: RGASPI 558.11.492.86. Stalin y Molotov hablan con Zhdanov, 1 de diciembre de 1941. Antonov: carpetas verdes: Shtemenko en Bialer (ed.), p. 351-358. Antonov, «moreno, apuesto, ágil», Djilas, p. 109. Antesala: Starinov en Bialer (ed.), pp. 456-457. I. V. Kovalev en Volkogonov, p. 419. Zhukov según Simonov en Volkogonov, p. 385. «Sabia decisión, camarada Stalin»: Volkogonov, pp. 390-391. «Discusiones francas, Stalin escucha atentamente»: Mikoyan, pp. 463-465. Mikoyan en Kumanev (ed.), p. 70. «No lo creo»: Golovanov citado en *MR*, p. 306. Estilo de Stalin: Nikolai Baibakov. Voznesenski: Vasilevski, en Kumanev (ed.), pp. 237-238. Desconcierto: Belov en Bialer (ed.), p. 295. Kuznetsov, en Bialer (ed.), p. 349. «Sus amigos nunca discrepaban...» Zhukov en Bialer (ed.), pp. 259, 267, Belov (ojeroso, lívido), p. 295, Shtemenko, p. 352. «Saco de huesos» - Jrushchov, *Glasnost*, p. 65. Pipas: RGASPI 558.11.775.110, Maiski a Stalin, 18 de agosto de 1943. Stalin como experto militar: Mikoyan, pp. 463-465; *KR*, I, p. 145; Zhukov (trad. ing.), pp. 281-284, Jrulev se niega a hacerse cargo de los ferrocarriles: Jrulev en Kumanev (ed.), pp. 349-350. «No pierdas a más Mikoyans»: Stepan M, p. 86. Stalin también ordenó mantener al escritor Alexei Tolstoi alejado del frente: Brooks, *Thank You C. Stalin*, p. 185.
2. Miedo: Zhukov, Anfilov en *Stalin's Generals*, p. 347. Golikov denuncia a Yeremenko: RGASPI 558.11.725.180-182. Golikov a Stalin, 12 de septiembre de 1942. Voronov en Bialer (ed.), pp. 457-459. *Mekhlis*, p. 99. Mikoyan, pp. 396-399. *KR*, I, 196, 214, 218, 226-227; durante la batalla de Kiev, V. T. Sergienko mandó repetidamente a Stalin informes sobre Jrushchov, p. 196. Rzheshevski, Koniev en *Stalin's Generals*, p. 94. Yaroslav: *MR*, p. 24. Jrulev: N. Antipenko. «Tyl Fronta», *Novy Mir*, vol. 8.
3. Los jerarcas en la guerra: Mikoyan, pp. 394, 400, 463-464. Stepan M, p. 110. Para Zhdanov, *900 Days*, p. 542. *KR*, I, p. 155. *Beria*, p. 111, 118: *Lesser Terror*, p. 73. Escuchas clandestinas: Sudoplatov, p. 328. Oficiales de Zhukov detenidos: Spahr, *Zhukov*, p. 197: V. S: Golushkevich. Beria: Mikoyan, p. 424. Para ejemplos de generales que tomaron «café con Beria», véase *The Times*, 18 de enero de 2003, «Beria's Terror Files are opened». Para la destitución de Kaganovich: *Beria Affair*. Discurso de Andreyev, p. 154. Jrulev, Kumanev (ed.), pp. 349-350. Admiración de Stalin por Kaganovich: Mgeladze, pp. 203-204. Estadísticas sobre mano de obra: Anne Applebaum, *GULAG*, pp. 521-525.
4. RGASPI 558.11.490.7-49: los comunicados de la prensa de Stalingrado son los n.º 34-49. Tabaco: Mgeladze, p. 40. Cuando su anterior secretario le escribió preguntándole si podía ir a Moscú, fue el propio Stalin quien le respondió: «Puedes venir a Moscú. Stalin». RGASPI 558.11.726.4-6, Dvinski a Stalin, 25 de julio de 1942.
5. Shtemenko en Bialer (ed.), pp. 350-357. Noches insomnes de Kaganovich: Kovalev, Volkogonov, p. 419. Descanso: Shtemenko en Bialer (ed.), pp. 352-353. Ju-

kes, Vasilevski en *Stalin's Generals*, pp. 279-280. Episodio del general de artillería Yakovlev: Artiom Sergeiev. Horas de trabajo de Poskrebishev: Natalia Poskrebisheva.
6. Mikoyan, pp. 463-464. Cenas, Jrushchov, *Glasnost*, p. 66. Ritual del té: Kovalev en Volkogonov, pp. 419, 471.
7. Zhukov 2, pp. 307-342. Volkogonov, p. 469. S. S. Smirnov, *Marshal Zhukov: kakim my ego pomnium*, p. 245. Overy, pp. 177-185. Erickson, *Berlin* 2, pp. 1-27. Beevor, *Stalingrad*, pp. 292-293, 300-301, 320-323. RGASPI 558.11.490.49, Stalin a propósito de la batalla de Stalingrado, Sovinformburo.
8. Stalin trata el equipo radiofónico británico como si fuera de contrabando: RGASPI 558.11.765.105, Mikoyan a Stalin y Molotov, 5 de enero de 1943; Stalin a Molotov, Beria, Malenkov y Mikoyan, 21 de enero de 1943. Erickson, *Berlin*, pp. 38-41. Brooks, *Thank You*, p. 120. I. I. Kuznetsov, «Stalin's Minister VI Abakumov», *Slavic Military Studies*, vol. 12, 1 (marzo de 1999), pp. 149-159. *Beria*, p. 125.

CAPÍTULO 40

1. Yakov: *MR*, p. 209. Para la oferta de canje por Von Paulus y lo que de «tuve que rechazarlo ... habría dejado de ser Stalin»: Mgeladze, pp. 116, 198-199. Svetlana RR. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 168-177. Mikoyan, p. 362. Artiom Sergeiev. Para la maldición de Stalin: «El idiota» (Vasili Stalin a través de Stepan Mikoyan). Detención de Julia: Gulia Djugashvili, *Ded, otets, Ma i drugie*, p. 28-29. Volkogonov, pp. 429, 609: TSAMO 7.11.250.39.37. Radzinski, p. 457. Un prisionero me basta: Vasili Stalin a través de Vladimir Alliluyev (Redens).
2. Vasili: Sudoplatov, p. 151; Stepan M. pp. 74-85; y diversas entrevistas. Vasily: «pelirrojo de cabellos cortos...», Zarubina, pp. 30-31. Svetlana: príncipe heredero, *Twenty Letters*, pp. 176-178, 221-229. Buena persona que podía desprenderse de su última camisa: Sergo B, p. 154. La paliza de Vasili a su esposa, volar borracho, la temprana madurez de Svetlana y su aventura romántica: Martha Peshkova. Coronel con todas las prerrogativas de su cargo: *Lesser Terror*, p. 179. Protegido del combate; y Zubalovo, un paraíso: Leonid Redens. La vida en Kuibishev. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 172-173. Galina Bourdonovskaya Stalin: una hermosa rubia: entrevista de Yuri Soloviev. Escuela del KGB: Svetlana RR. Erickson, *Berlin*, pp. 49-51. Svetlana y Kapler: entrevista de Kapler realizada por Biagi, p. 15-34. Vladimir Alliluyev. Leonid Redens. Yuri Soloviev. Svetlana enseñó los artículos de Kapler, sus juegos, el broche, el guión cinematográfico: Martha Peskhova. Kira Alliluyeva. Svetlana RR: las conversaciones obscenas de Vasili; con Kapler podía hablar, sexo fuera del matrimonio, el mejor maestro, mi padre tuvo una reacción exagerada. El encanto de Kapler, 27 de enero de 1944, en Volkogonov, p. 154. El castigo de Vasili, febrero de 1943: Stepan M., pp. 83-86. Vasili después de su degradación: *Vasily*, p. 108. Volkogonov, p. 468. Stepan M., pp.89-90. TSAMO 132.2642.230.15, Stalin a Novikov, 26 de mayo de 1943. Para el Rolls-Royce de Vasili y los disparos que el joven efectuó contra los neumáticos del camión: Yuri Soloviev.
3. Kursk: Erickson, *Berlin*, 2, pp. 65-72, 97, 99-120. Overy, pp. 198-211: lo de

«combate cuerpo a cuerpo» es una excelente definición de Overy. Mikoyan, p. 452. Zhukov 3, pp. 3-31, 43-57. Shtemenko en Bialer (ed.), pp. 361-367. Zhukov, «Na Kurskaya Duge», *VIZh*, agosto de 1967, pp. 70-71. Mano de obra esclava: M. Parrish, artículo-reseña, *Slavic Military Studies*, vol. 11, 2 (junio de 1998), pp. 172-178. Yakovlev en Bialer (ed.), pp. 381-382. Seaton, pp. 179-183. Para el número de carros blindados: M. Miagkov, en *Mirovye Voiny XX veka*, libro 3, pp. 159-161: en el frente central y en el de Vorónezh hubo 1,3 millones de hombres y 3.400 unidades de carros blindados, pero en el frente de la estepa hubo otros 500.000 hombres y 1.400 unidades de carros blindados.

4. Leonid Jrushchov: entrevistas con Sergo y Stepan Mikoyan; Julia Jrushchova: la humillación de Jrushchov, nunca conocí a mis padres; Natalia Poskrebisheva; Artiom Sergeiev; Igor Malenkov; Volia Malenkova; y Martha Peshkova. Leonid Jrushchov denuncia a Stalin: N. Vaschshenko, *Za granyu istorii*. S. Jrushchov, *Superpower*, pp. 21-24. *MR*, p. 352: Stalin no perdonaría a Leonid Jrushchov. *Lesser Terror*, p. 178. Ribin, *Oktyabr 1941*, p. 3, repite el rumor de Vlasovite. Stepan M., p. 76. Vasilieva, *Kremlevskie Zheny*, p. 387. Y. Izumov, «Por qué Jrushchov se vengó de Stalin», *Dosye Glasnost*, 12 (2001). Taubman, *Khrushchev, Man and Era*, pp. 155-160.
5. Los hijos de Mikoyan: Sergo Mikoyan, Stepan Mikoyan y Vano Mikoyan en Vasilieva, *Kremlevskie Zheny*, pp. 326-327. Stepan M., pp. 99-100. Leonid Redens también fue desterrado a Asia central. «No pierdas a más Mikoyanes»: Vasili Stalin a través de Stepan M., p. 86.

CAPÍTULO 41

1. Mikoyan, p. 563. Ribin, *Ryadom*, pp. 39-42, el capote, la cena, la reconquista de Orel y Biélgorod. Ribin, *Oktyabr 1941*, pp. 13-14. El NKVD en la aldea / dinero para la anciana: M. Smirtukov en *Vlast*, 5 (2000), p. 46. Voronov en Bialer (ed.), pp. 438-439. Erickson, *Berlin*, pp. 116-118. Condecoración: GARF 7523.149.5.1, Yeremenko a GKO, c. c. a Kalinin, Molotov, Malenkov y Beria, 21 de septiembre de 1943. Overy, p. 211. Shtemenko en Bialer (ed.), pp. 361-367. Seaton, pp. 189-192. Volkogonov, p. 481.
2. RGASPI 558.1.3499.1-27 y RGASPI 558.1.3399. *My byom ij* («los estamos venciendo») suena como *ebiom ij* («los estamos jodiendo») cuando se canta rápido. RGASPI 558.1.3399, las correcciones de Stalin. Las fechas que aparecen en los apuntes de El-Registan (escritos de forma bastante precipitada) resultan problemáticas porque a veces anota 23 cuando quiere decir 28, y noviembre cuando quiere decir octubre. Este autor ha intentado poner un poco de orden en ese caos. RGASPI 558.1.3499.1-27. «¿Por qué apuráis vuestras copas?», Gromov, *Stalin vlast i iskusstvo*, p. 343. Cena diplomática: Berezhkov, pp. 206-233. Harriman-Abel, p. 239. Erickson, *Berlin*, 2, p. 131. Bohlen, pp. 130-131. RGASPI 558.1.3399; los apuntes de El-Registan dicen que la reunión final para la aprobación del himno de 4 de noviembre tuvo lugar a las 9.00, pero parece mucho más probable que fuera a las 21.00, dadas las costumbres de Stalin y las confusiones en las que a veces incurre el letrista en materia de horarios y fechas. Para el poema de

Mijalkov: RGASPI 558.11.775.112, S. Mijalkov a Stalin y Stalin a Molotov, 7 de febrero de 1944. Para la visita de los dos letristas al despacho de Stalin el 28 de octubre y el 4 de noviembre de 1943: *IA*.
3. Jrushchov, *Glasnost*, p. 66. Recepción de noviembre de 1943: Maya Kavtaradze. Bohlen, p. 130. Harriman-Abel, pp. 242, 253-255. Alexander Werth, *Russia at War 1941-1945*, p. 753.

CAPÍTULO 42

1. Golovanov citado en *MR*, p. 306; el sha se mostró sorprendido, p. 50. Su Majestad Imperial Mohammed Reza Sha Pahlavi, *Mission for My Country*, p. 79. Beria y Tsereteli en Teherán: *Beria*, pp. 130-131, con las descripciones de Beria y Tsereteli, y el registro de la embajada británica, por Nicholas Kviatashvili. Zarubina: la mesa, berrinche de Molotov, residencia de Stalin, su choque con Stalin, pp. 1-7. Harriman-Abel, pp. 263-264. Profesor Vinogradov: Kostirchenko, p. 264. Bohlen: oso torpe, pp. 131, 135-143; pacto de Molotov con Hitler, p. 340. Berezhkov: retirada de Stalin en el aeródromo de Bakú, pp. 254-292. Entrevista: Hugh Lunghi: Voroshilov, en presencia de Pavlov. Alan Brooke, pp. 482-489. El episodio del helado combina el relato de Lunghi y el de Alan Brooke. Erickson, *Berlin*, pp. 156-158. Overy, pp. 220-221. Para los asesinos alemanes: Sudoplatov, pp. 130, 230. Sergo B, pp. 92-95, para el vuelo, la instalación de micrófonos, lo del acto moralmente censurable, y el programa de actividades. Churchill 5, pp. 302-360, a propósito de la espada de Stalingrado, las medidas de seguridad, el modo en que Voroshilov hizo todo lo que pudo, el chiste de Stalin sobre la ejecución de cincuenta mil alemanes, el registro de la legación británica, el insulto de Alan Brooke, y la cena de cumpleaños. Visita a Stalingrado: A. Kravchenkov en Ribin, *Ryadom*, p. 87. Diarios de Franklin Delano Roosevelt citados en Ted Morgan, *FDR*, pp. 692-704: *FDRL* OF 200 3/N. Véase K. Sainsbury, *The Turning Point*.
2. Mikoyan, pp. 465-466. *MR*, p. 210. Jrushchov, *Glasnost*, p. 66. Kavtaradze, *Memoirs*, p. 74. RGASPI 73.2.44.26-27, Andreyev a Malenkov, 6 de octubre de 1943. GARF 9401.2.67.379-380, Beria a Stalin, Molotov y Malenkov, 22 de noviembre de 1944. GARF 9401.2.64.60, Beria a Stalin y Molotov, 19 de diciembre de 1944. GARF 9401.2.69.220, Beria a Stalin, 21 de abril de 1944. Beria a Stalin, GARF 9401.2.69.346, Beria a Stalin y Molotov; respuesta de Molotov: «Creo que está bien», 25 de junio de 1944. GARF 9401.2.64.13-62, Beria a Stalin y Stalin a Beria, 26 de enero de 1944, 28 de enero de 1944, 29 de enero de 1944. GARF 9401.2.64.9, Beria a Stalin, 4 de enero de 1944. GARF 9401.2.64.8, 53, 57, 90, Beria a Stalin, 5 de enero, 8 de enero, 12 de enero, 4 de febrero de 1944. GARF 9401.2.67.283-292, Beria a Stalin, 5 de noviembre de 1944. GARF 9401.2.64.291, Beria a Stalin y Molotov, 17 de abril de 1944. Para las purgas en Bielorrusia: GARF 9401.2.93.50, Beria a Stalin, Molotov y Malenkov, 22 de febrero de 1945. GARF 9401.2.64.157-163, nacionalistas ucranianos: Beria a Stalin, 3 de marzo de 1944. Deportaciones: Overy, pp. 232-233. Library of Congress Manuscript Division, Volkogonov Reel, 18, Beria a Stalin, 16 de agosto de 1943. GARF 9401.2.64.1, Beria a Stalin y Molotov, 3 de enero de 1944. GARF

9401.2.69.44-45, 121, Beria a Molotov y respuestas de Molotov, 29 de enero de 1944, 24 de febrero de 1944, con las peticiones de más trenes a Kaganovich y Beria, *Beria*, pp. 126-127. *Lesser Terror*, pp. 103-105: Karachevsk es rebautizada Mikoyan-Shajar el 5 de octubre de 1944. Overy, pp. 232-234. Objeciones de Mikoyan: Mikoyan, p. 514. GARF 9401.2.69.137-139, Beria a Molotov y respuesta de Molotov, 4 de marzo de 1944. GARF 9401.2.64.213.258a, Beria a Stalin, 31 de marzo de 1944: «Presta atención a esto». Los tártaros, raciones de comida, trenes: GARF 9401.2.64.41-52, comida 49, trenes 115, totales 119 y 126. GARF 9401.2.64.254-256. A la ley que preveía estas deportaciones se le puso una fecha anterior y fue presentada por Beria a Kalinin el 7 de abril de 1944. GARF 9401.2.64.121, Beria a Stalin y visto bueno de Stalin, 20 de mayo de 1944. GARF 9401.2.64.161-163, Beria a Stalin, 29 de mayo de 1944: en la lista de Beria figuran 225.009 individuos de Crimea, incluidos todos los que luego fueron deportados. GARF 9401.2.64.158, Beria a Stalin, marzo-diciembre de 1944.

3. Rokossovsky en Bialer, pp. 460-461. Erickson, *Berlin*, pp. 199-231. Overy, pp. 239-246. Zhukov 3, pp. 145-150. Zhukov, *Korotko o Staline.*
4. Erickson, *Berlin* 2, pp. 269-286, 199-231. Overy, pp. 239-246: «No ayudar..., sino adelantarse a él». Overy, p. 247. Zhukov 3, pp. 169-172. Simonov, «Zametki», p. 59. Rokossovski en Overy, p. 248. Harriman-Abel, pp. 314-339.
5. Informe soviético de las conversaciones acerca de «porcentajes»: RGASPI 558.11.283.6-14, *Zapis besedy Tov IV Stalina s Churchillem 9 Oktyabrya 1944 g v 22 chasa.* Y también: *Istochnik* 4 (17), 1995. O. A. Rzheshevski (ed.), *War and Diplomacy: the Making of the Grand Alliance.* Piso de Stalin: Berezhkov, pp. 369-370. Alan Brooke, pp. 601-611. Martin Gilbert, *Churchill: A Life*, pp. 796-801. Harriman-Abel, pp. 353-364, con el relato de Kathleen Harriman. Churchill 6, pp. 197-212. Geoffrey Roberts, «*Beware Greek Gifts: The Churchill-Stalin Percentages Agreement of October 1944*»: mi análisis se basa en el inteligente estudio de Geoffrey Roberts. GARF 9401.2.93.255. Viejo sátiro: Djilas, p. 102. Fronteras por la fuerza, 1942: Erickson, *Berlin* 1, p. 398.
6. Jrushchov, *Glasnost*, p. 99. *Memoirs de guerre* de Charles de Gaulle 3, pp. 50-79, *Complete Memoirs*, pp. 754-755. Harriman-Abel, pp. 375-379. Radzinski, pp. 483-484. Djilas, p. 93. Djilas, *Wartime*, pp. 428-429. «¡Que les den por culo!»: Sergo Kavtaradze; mi agradecimiento a Maya Kavtaradze.

CAPÍTULO 43

1. Zhukov 3, pp. 171-173. Simonov, «Zametki», p. 59. Woff, Rokossovski en *Stalin's Generals*, p. 191. Overy, pp. 256-263. Erickson, *Berlin*, pp. 424-426. Shtemenko en Bialer (ed.), p. 479; Koniev, p. 481. Overy, pp. 256-263. Djilas, pp. 108-109. Violaciones: Antony Beevor, *Berlin*, pp. 28-29 y (Malenkov) p. 108; ofensiva, pp. 15-17. K. Rokossovski, *Soldatskii dolg*, p. 286. Harriman-Abel, p. 353.
2. Yalta: GARF 9401ss.2.94, Beria a Stalin y a Molotov, 27 de enero de 1945. Churchill 6, pp. 300-344. «Mi padre gobernaba Rusia», Natalia Poskrebisheva. Sudoplatov, p. 222. Sergo B., p. 104. Gromiko, *Memoirs*, pp. 77-114. GARF

9401c.3.321, *Conferencia de líderes de los tres estados en Crimea 1945*, y también el álbum del propio Stalin en RGASPI: L. Ilichev a Poskrebishev, 27 de marzo de 1945. Sergo Kavtaradze también estuvo en Yalta. N. G. Kuznetsov, «Memorias», *Voprosy Istorii*, vol. 4 (1965), pp. 122-125. Gromiko, *Memoirs*, pp. 87-99. Bohlen, pp. 173-196. Entrevista a Hugh Lunghi. Alan Brooke, pp. 655-660. Overy, pp. 252-254. Vaksberg, *Vyshinsky*, p. 245. Para Beria: Sergo B., pp. 104-106, 113. Harriman-Abel, pp. 383-408, 415. Bohlen, p. 355. A. Gromiko, *Pamyatnoye*, p. 241. *Beria*, p. 130. Nekrasov, *Beria*, pp. 221-222. ¿De cuántas divisiones dispone el Papa?: Stalin a Enver Hoxha en Halliday (ed.), *Hoxha*, p. 133. El oso: Mgeladze, p. 137. Palacios para Stalin: GARF 9401.2.93.219, Beria a Stalin, 27 de febrero de 1945, y orden de Stalin-Chadaev-Sovnarkom. La pariente de Churchill: GARF 9401.2.93.255, general Gorbatov a Beria, 5 de mayo de 1945.

3. Berlín: Overy, pp. 264-267. Erickson, *Berlin*, p. 522. Zhukov 3, pp. 211-214, 219-224, 242-245; 4, pp. 125, 226. Zhukov en Bialer (ed.), pp. 512-513; Koniev, pp. 513-516, 527. I. S. Koniev, *Sorok pyatyi*, pp. 91-93. S. Shtemenko, *Generalny shtab v gody voiny*, pp. 328-331. Beevor, *Berlin*, pp. 146-147, 206, 244, 343, 358: «la mayor inocentada de la historia moderna» y «la mayor concentración militar jamás reunida». Yakov: Mgeladze, pp. 198-199. Harriman-Abel, p. 440. Franklin Delano Roosevelt: Mgeladze, pp. 130, 137. Simonov, «Zametki», p. 60. Koniev, pp. 116-117. *IA* 1992, p. 2.

CAPÍTULO 44

1. Hitler: Mgeladze, p. 137: la cena tuvo lugar en 1950. Zhukov 3, pp. 244-266, 271; 4, pp. 269-270. Krebs en Moscú: Gorodetski, p. 198. Overy, 277-278. Elena Rzhevskaya, «B tot dei pozdhnei osenie», en S. S. Smirnov, *Marshal Zhukov: kakim my ego pomnium*, pp. 292-295. Cartas de los alemanes e interrogatorios de Göring, etc.: GARF r9401.2.97.159-217, 366-445, Beria a Stalin, 6 de julio de 1945, y Serov a Stalin, 17 de julio de 1945.
2. Victoria: Voronov en Bialer (ed.), pp. 558-559; Yakovlev, p. 561. Zhukov 3, pp. 271-279. Vishinski y Zhukov: D. D. Eisenhower, *Crusade in Europe*, p. 1667. Vaksberg, *Vyshinsky*, p. 251. *KR*, I, p. 240. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 193. Sudoplatov, p. 171. I. V. Stalin, *Vystuplenie na prieme v Kremle v chest kommanduyushchikh voiskami Krasnoi Armii*, *Works*, ed. Robert McNeal, vol. 2, 1941-1945, pp. 203-204. Holloway, p. 265. Desfile: Zhukov 3, pp. 304-308; 4, p. 297. Spahr, *Zhukov*, p. 192. Rzhevskaya, «B tot den pozdnei oseniu», p. 300. Yakovlev en Bialer (ed.), pp. 561-562; Kuznetsov, p. 562; Voronov, p. 559. GARF 9401c.3.99, *Álbum del NKVD del desfile de la victoria*. Anfilov, Zhukov, *Stalin's Generals*, p. 357. Zubok, p. 1. Vladimir Karpov, *Marshal Zhukov: Opala*, pp. 80-83. Vishinski y el pepinillo de Poskrebishev: Vaksberg, *Vyshinsky*, p. 278. N. G. Kuznetsov, *Memoirs*, p. 110. Stalin sube los escalones por delante de gordos como Beria y Malenkov, Sergo B., p.140.
3. RGASPI 558.11.775.122, O. Meshakova a Stalin, 8 de mayo de 1945. Djilas, p. 106. Generalísimo / ascensos: *MR*, pp. 175-176. V. Tukov en Ribin, *Oktyabr*, 1941, p. 41. Ascensos de 9 de julio de 1945: I. I. Kuznetsov, «KGB General Naum

Isakovich Eitingon 1899-1991», *Slavic Military Studies*, vol. 14, 1 (marzo de 2001), p. 375. Brooks, *Than You C. Stalin*, p. 186. Volkogonov, pp. 525, 500. Radzinski, p. 523. Merkulov fue nombrado general del ejército; Kobulov, Abakumov y Serov, también fueron nombrados generales. La mayoría de los jerarcas ya ostentaban el grado de general: Jrushchov era teniente-general, y Zhdanov general. Bromas a costa de Nosenko: *Sovershenno Sekretno*, 3 (2000), pp. 12-14.

4. Potsdam: GARF r9401c.2.97.124-130, Beria a Stalin y Molotov, 2 de julio de 1945. Para los preparativos llevados a cabo con ingleses y americanos: GARF r9401c.2.97.73-76, Beria a Stalin, Molotov y Antonov, sin fecha. Stalin siempre estaba cansado: Gromiko, *Memoirs*, p. 100. Sergo B., pp. 15-18. Churchill 6, pp. 548-579. Zhukov 3, pp. 325-336. N. G. Pavlenko, «Razmyshleniya nad o sudbe polkovodtsa», en *VIZh*, 12, pp. 30-31. Natalia Poskrebisheva; Nadezhda Vlasik: presencia de sus padres en Potsdam. Kuznetsov, *Memoirs*, pp. 111-113: esperando en la estación. Gromiko, 97-114; Bohlen, pp. 227-240. Harriman-Abel, pp. 484-493. Overy, pp. 281-284. Charles L. Mee, Jr., *Meeting at Potsdam*, pp. 77, 90-93, 96-105, 118-120, 171-175, 218. *Record of Private Conversation between PM and Generalissimo Stalin after Plenary Session 17 July 1945 at Potsdam*, PREM 3/430/7 Doc. 70, *Churchill and Stalin*. Para Truman y la bomba atómica: Mgeladze, pp. 130, 170. «Me *gusta* Stalin», Pendergast: palabras de Truman a su esposa, citadas en Roy Jenkins, *Truman*, p. 72. Sergo B., pp. 115-117. Para la desconfianza que sentía Stalin de los científicos, la lentitud de Molotov y el nombramiento de Beria: Holloway, pp. 35, 117-119. Sudoplatov, p. 178. GARF 9401.2.97.283-299, Beria a Stalin, Molotov y Malenkov, 8 de julio de 1945, en Beevor, *Berlin*, pp. 324-325. N. Riel y F. Seitz, *Stalin's Captive Nikholaus Riel and the Soviet RACE for the Bomb*, p. 152. Debemos empezar cuanto antes: Medvedev, *Neiznestnyi Stalin*, 3 (1985), p. 8. Stalin y la bomba atómica.

CAPÍTULO 45

1. Bomba: V. N. Pavlov, «Avtobiograficheskie Zametki», *Novaya i Noveishaya Istoria* n.º 4 (2000), p. 110. Harriman-Abel, p. 491. Gilbert, pp. 854-855. Mgeladze, pp. 129-130: Truman lo dijo «como el que no quiere la cosa», «arma nueva», «a sabiendas de Churchill». Volkogonov, *Rise and Fall*, p. 121. *MR*, p. 56. Zhukov 3, pp. 325-335. Tractores: Dobrinin, p. 23, citando a Gromiko. Mujeres policías: Gromiko, *Memoirs*, pp. 108-109. Sergo B, p. 174. Holloway, pp. 114-118, 84, 117-127, 131-133, 178-186. Charles L. Mee, *Potsdam*, 229, 249-250, 275-277. Overy, pp. 284-287. Stalin a propósito de Churchill: Mgeladze, p. 137. Hugh Lunghi, *Minutes of Meeting between Generalissimo J. V. Stalin and Admiral Mountbatten at Babelsberg, Germany on 25th July 1945*. Spahr, *Zhukov*, p. 197. Pavlenko, «Razmyshleniya», pp. 30-31. Jrushchov, *Glasnost*, pp. 60-62. Stalin en la reunión de 25 de enero de 1946 con Molotov y Beria, citado en Holloway, p. 147. Zubok: Stalin y Malenkov - Fiesta, p. 141. Informes de Beria a Stalin acerca de Kurchatov y los científicos: GARF 9401.2.97.283/99, Beria a Stalin, Molotov y Malenkov, 8 de julio de 1945. Stalin a propósito de la «barbaridad» de la bomba: Mgeladze, pp. 129-130.

2. Elegancia de Beria. «Un hombre poco común y un gran criminal»: Stefan Stazewski en *Oni*, p. 172. Colosal: Artiom Sergeiev. Zubok, p. 142, citando a Vladimir Novikov, p. 310. Peligros de la calle: Golovanov citado en las notas del editor, Sergo B, p. 346. Reloj suizo: V. I. Novikov, citado en las notas del editor, Sergo B, p. 345. Sajarov, pp. 145-149. Holloway, pp. 134-141. Gromiko, *Memoirs*, p. 319. Kurchatov en *Beria*, pp. 137-139. «Siempre podemos fusilarlos más tarde»: Holloway, p. 212. Investigación y Desarrollo: Sajarov, p. 145. *Beria*, p. 133. *Lesser Terror*, p. 47. RGASPI 558.11.744, Stalin a P. Kapitsa, 4 de abril de 1946. Desconocimiento técnico: Holloway, p. 137. Sajarov, p. 79. Politburó atómico: frase de Roy Medvedev, *Neizvestnyi Stalin*: Stalin y la bomba.
3. Feo, fofo, grisáceo: Tatiana Okunevskaya en Vasielieva, *Kremlin Wives*, p. 156; y en BBC2: «*Beria, Stalin's Creature. Beria Affair*, Malishev, p. 85. Sergo B, pp. 122, 141, 168. Sudoplatov, p. 103. A. I. Romanov, *The Nights are Longest There*, p. 179. La dacha y el baloncesto, calidez del hogar: Martha Peshkova. Un palacete blanco, suntuoso e inmenso, acogedor, lleno de libros y periódicos ingleses y alemanes: Svetlana *OOY*, pp. 355-356. Incansable, listo: «Entrevista con VM Molotov», *Literaturuli Sakhartvelo*, 27 de octubre de 1989, en *Beria*, pp. 195-274. El MVD lo «idolatraba», *Beria*, p. 203. Para sus crímenes y sus violaciones: *Izvestiya TzK KPSS*, 1 (1991), Pleno del CC, 2-7 de julio de 1953. Sarkisov traiciona a Beria ante Abakumov: *Vlast*, 22 (2000), p. 44. «El camarada Beria está cansado y trabaja en exceso...», y lo de que Poskrebishev habla a Stalin de la sífilis de Beria, del despacho lleno de rubias: Deriabin, pp. 62-71. Ekaterina Katutova repite el episodio de Z. Fiodorovna en Vasilieva, *Kremlin Wives*, p. 157; Tatiana Okunevskaya, pp. 159-160; interrogatorio de Beria, *Kremlin Wives*, pp. 150-151, 56, 171. Beria y Poskrebishev: Natalia Poskrebisheva. Apertura de 47 expedientes acerca de los delitos de Beria: Robin Shepherd, *The Times*, 18 de enero de 2003. Vida en el hogar: Martha Peshkova.
4. «Una forma de introducirse subrepticiamente en la familia de Stalin: Martha Peshkova a propósito de Sergo y de Beria. Sergo B, pp. 151-152. Stalin menciona a tres chicos: Stepan M, p. 145. Desaprobación de Beria: Mikoyan, pp. 362-363. Véase asimismo: Sudoplatov citando al secretario de Beria, Ludvigov, p. 321. Svetlana RR.
5. Belleza de Martha: Sergo B, p. 191. Martha: nube fragante, difícil de tener como amiga - Galina Djugashvili, *Ded, otets, ma i drugie*, p. 55. Stalin favorece a Yuri Zhdanov y fomenta la amistad con Martha: Svetlana *OOY*, p. 319. Detalles acerca de la vida en casa de Beria: Martha Peshkova.
6. Leonid Redens. Svetlana RR: «No estaba enamorada de él». Svetlana, *Twenty Letters*. Stalin no quiso conocerlo nunca, pero tampoco pidió nunca a su hija que se divorciara, pp. 193-196, Svetlana, parecida a Stalin: Charkviani, p. 58, citando a Mikoyan. Amenazas de Svetlana provocadas por los celos: Martha Peshkova. El padre de Svetlana estaba furioso: Sergo B, p. 192. RGASPI 558.11.727.92, Julia Djugashvili a Stalin, 29 de mayo de 1946. Galina Djugashvili, *Ded, otets, ma i drugie*, p. 28.

CAPÍTULO 46

1. *MR*, pp. 8, 71. Mgeladze, pp. 78-79.
2. Engreimiento y presunción: Kaganovich, p. 154. *MR*, pp. 73, 210, «sumamente peligroso», pp. 212-213. Mikoyan, pp. 465-466, 513. Mikoyan en Kumanev (ed.), p. 22. *KR*, I, p. 333. Jrushchov, *Glasnost*, p. 66. Volia Malenkova: «Mi padre decía que Stalin cambió cuando acabó la guerra». Guijarros: Ehrenburg, *Postwar Years*, p. 131. Stalin: calma y mal genio, órdenes indirectas, siempre obedecido: Charkviani, pp. 37, 70. Limoneros: Mgeladze en *MR*, p. 175. «Se apartó del gobierno directo» - Smirtukov en *Vlast*, 7 (2000), p. 53. «Mis motivos están muy claros»: Stalin al Politburó, 3 de noviembre de 1947 en RGASPI 558.11.712.142 a propósito del mariscalato de Bulganin. Agotamiento: *MR*, p. 190; Mgeladze, p. 68. Opinión de los médicos: «¡Cuánto hablan!». RGASPI 74.2.38.89, Stalin a Voroshilov, sin fecha. «Si hubiera seguido fielmente los consejos de los médicos, estaría en la tumba», Harriman, pp. 349-353. Natalia Poskrebisheva. Ribin, *Next to Stalin*, p. 43. Yakov Rapoport, *The Doctors' Plot: Stalin's Last Crime*, pp. 17-18. Svetlana en Richardson, *Long Shadow*, p. 170. Escritores: Simonov, «Glazami», p. 41. Mi sombra: Rzhevskaya, «B tot den pozdnei oseni», p. 307.
3. Vasallos: Beirut: Minc, p. 19, Berman, p. 308, en *Oni*. Dobrynin, p. 21. «Enséñame las manos»: E. Zhirnov, en *Vlast* 25, p. 44. Cine: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 152. Traducciones de Bolshakov: *KR*, I, p. 318. Anécdota de Papava acerca de la película «El académico Ivan Pavlov», Gromov, *Stalin*, pp. 214-216. Bolshakov, la sala de proyecciones, el humor de Stalin, los maquinistas, el «burdel» de Bolshakov, las películas de Goebbels, ¿dónde hemos visto a este actor?, los comentarios de Zhdanov, la película de Pudovkin *Zhukovsky*, el camarada Ulrij, y ¿dónde está la próxima parada de este tren?: G. Mariamov, *Kremlevsky Tzenzor: Stalin smotrit kino*, pp. 7-13. Ascensión de Bolshakov y caída de Dukelski y Shumiatski: Kenez, pp. 116-118. Bolshakov da un susto a Stalin: Zhirnov en *Vlast*, 25 (2000), p. 46. Bedell Smith, p. 219. *Iván el Terrible*: «Stalin, Molotov i Zhdanov o vtoroy serii filma "Ivan Grozni"», *Moskovskie Novosti*, 37 (7 de agosto de 1988), con el beso de Ivan. Para Beria y los informes del MGB a Stalin a propósito de Eisenstein e *Iván el Terrible*: GARF R9401.2.67.283-292, Beria a Stalin, 5 de noviembre de 1944. *Iván el Terrible, Primera Parte*: instrucciones de Zhdanov, enero de 1941: Kenez, p. 179; Bolshakov y Eisenstein, pp. 196-198; Bolshakov, p. 190; obras maestras, junio de 1948, p. 189; enfrentamiento entre Kaganovich y Eisenstein, p. 138. Stalin a Kaganovich a propósito de Eisenstein: casi un trotskista, *Kaganovich Perepiska*, p. 101. Autor de talento, vio *Alexander Nevski* varias veces: Mgeladze, p. 212. Comentarios de Stalin acerca de los guiones cinematográficos: e. g. RGASPI 558.11.713.115, Vsevelod Vishenvski a Stalin con el agradecimiento por los comentarios hechos sobre su guión *Inolvidable 1919*, que Stalin le envió a través de Mijail Chiaureli, 20 de enero de 1950. Stalin hace comentarios durante toda la proyección de la película, confunde realidad y ficción: Djilas, p. 103. *KR*, I, p. 318. Mariamov, pp. 7-13. Creía en la película de propaganda de Hitler sobre Dánzig, *KR*, I, p. 158, pero creía también en sus películas, p. 185. Discusión sobre la política que seguir —«algunos problemas especiales»— *MR*, p. 321. Las películas

cambian la política: sobre los transportes aéreos y la marina, Stalin influido por la película *Ushakov*, *KR*, II, p. 20, y sobre los transportes por el aire, *KR*, II, p. 43. También sobre la destrucción de localidades en las zonas próximas al frente durante la segunda guerra mundial: Volkogonov, p. 478. A Stalin le encantaban *¡Volga! ¡Volga!* y Charlie Chaplin; Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 198-199. Películas extranjeras favoritas: Leyda, p. 380. Stalin muestra la película de Hull sobre Japón: Berezhkov, p. 234. Incomodidad de Mikoyan y Jrushchov ante el entusiasmo de Stalin por una película acerca de la matanza de los propios compañeros: Mikoyan, p. 534; *KR*, I, pp. 318-328. Para Zhdanov y la resolución del CC acerca del cine: Leida, pp. 390-391; Kenez, p. 195. Para Bolshakov y la industria cinematográfica de la URSS: Leyda, pp. 299-391. Elección de las películas: Troyanovski, p. 154. Chiaureli y Gelovani en casa de Stalin: Charkviani, pp. 44-45. *Tarzán*: *Istochnik* 4 (1999), Bolshakov a Poskrebishev, 31 de enero de 1951. Para los invitados a asistir a las proyecciones: Gelovani: Charkviani, pp. 44-45; Diki: Artiom Sergeiev. Clark Gable/Spencer Tracy: Gulia Djugashvili en Biagi, pp. 81-83. Acentos: Medvedev, *Neiztvestnyi Stalin*: Stalin como nacionalista ruso.

4. Coches: K. Popovic en Dedijev, *Tito Speaks*, pp. 280-284. Escogía la ruta: *KR*, I, pp. 318, 320, 325. Djilas, pp. 67-69, 147. Invitados, «si tenéis tiempo», Chiaureli y Gelovani: Charkviani, pp. 44-45. Limpieza: Popovic en *Tito Speaks*, p. 282. Cuadernos: Djilas, pp. 67-69, 147-148: Zhdanov a propósito de los nombres alemanes, Voznesenski también toma nota. Y lo mismo Malenkov. «Yo odiaba tanto pelotilleo», Mikoyan, p. 586. Aseos: Djilas, p. 148. *KR*, I, pp. 307, 320, 324: «Embustes de Stalin», «Incluso de joven bebía mucho». Forma de sentarse: Berman en *Oni*, pp. 235-237. Djilas, pp. 75-76, 108-109. Bebida: le encantaba el champán - *MR*, p. 177. Mikoyan, pp. 353-354. *KR*, I, pp. 330-332. Berman en *Oni*, p. 234. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 116; Stalin a veces se emborrachaba y llegó a cantar con el ministro de Sanidad, Y. Smirnov; Beria incitaba a beber, Svetlana *OOY*, pp. 332-333. Djilas, pp. 148, 155-157, episodio parecido a la conversación de Beria con Clark Kerr, véase Yalta. Sergo B, p. 168, y no podía resistirse a la bebida, pp. 120-121. Véase asimismo Troyanovski, p. 156. *Kaganovich*, p. 106. Djilas a propósito de Molotov: prácticamente un alcohólico, p. 77. Jrushchov bebía muchísimo: *MR*, p. 177. Stepan M., p. 71. Comida y cigarrillos: las botellas de vino de Stalin: véase Karpov, *Rastrelyannye Marshaly*, acerca de la cena de Kulik. Para Egnatashvili como cobaya, véase Brackman, p. 4; como teniente general del MGB para logística/suministros, véase Charkviani, pp. 5-7. Para la costumbre de probar la comida: Svetlana *OOY*, p. 334. Versión del episodio que da Jrushchov: Beria, Malenkov y Mikoyan sobornaron a la camarera, pero, según contaron, fueron traicionados por Shcherbakov, *KR*, I, p. 322.
5. Estanque: Sergo B, p. 141. Svetlana *OOY*, pp. 332-333. *KR*, I, pp. 330-332. Rosales: Natalia Poskrebisheva. Pájaros: Shtemenko citado en Jonathan Lewis y Philip Whitehead, *Stalin: A Time for Judgement*, p. 157. Gottwald: Jrushchov, *Glasnost*, pp. 131-133; Rakosi: *KR*, I, pp. 325, 330-332. S. Jrushchov, *Superpower*, p. 31. Julia Jrushchova. Volia Malenkova. La comida: Mikoyan, pp. 353-355, 529-533. Probaban la comida antes que Stalin: *KR*, I, p. 321. Comida/camarera: Berman en *Oni*, pp. 235-237. Djilas, pp. 75-77. Peso de Malenkov y de Jrushchov: Sergo B, p. 140. *KR*, I, pp. 318-320. Djilas, p. 77. Beria vegetariano: Martha Pes-

hkova. Ribin, *Ryadom*, p. 88. P. Lozgachev - Beria, el pescado y las peras, y lo de sois como niños. A punto estuvo de acribillar a tiros a sus guardaespaldas: Ribin, *Kto Otravil Stalina?*; Lozgachev, pp. 5-10, y *KR*, I, p. 324. Ribin, *Oktyabr 1941*; V. Tukov, p. 47. Ribin, *Stalin i Zhukov*: recuerdos de los huertos, el cordero y el invernadero, S. Solovev, pp. 42-44.

6. Molotov y Mikoyan seguían discutiendo con Stalin: Mikoyan y el desastre de Járkov: Jrushchov, *Glasnost*, pp. 60-62. Voroshilov: *MR*, pp. 224-225. Mikoyan y Stalin a propósito de Svanidze, p. 359; cautela de Malenkov, p. 586. *KR*, I, pp. 226-227, a propósito de Malinovski/Larin, p. 271, consultar primero a Beria. Djilas, pp. 71, 76-77, 148-156. El tigre: Sergo B, pp. 120-121. Stalin a propósito de los muertos: calma de un historiador, Charkviani, p. 30. Disculpas al mariscal: Medvedev, pp. 332-333. Encanto: Berman en *Oni*, p. 234; «Que les den por culo», Staszewski, p. 146. RGASPI 558.11.804.84-85, V. G. Solomin a Stalin, 16 de enero de 1947, y Stalin a Solomin, 5 de marzo de 1947. Anécdotas del destierro, sobre todo la cacería y el riesgo de congelación, Beria y lo de «No son más que embustes»: *KR*, I, pp. 322-323, 330-333. Vlasik, p. 44. Charkviani, p. 22. Beria da patadas: Mikoyan, p. 355. El más ilustre de los próceres, Voroshilov: Svetlana *OOY*, p. 346.
7. Guía para sobrevivir: Mikoyan, pp. 355, 564, 521, 563. Sergo B, p. 312. *KR*, I, pp. 178, 277 (evitar mirar a los ojos). Lozgachev citado en Radzinski, p. 553. RGASPI 558.11.732.42-45, B. Dvinski a Stalin, 23 de septiembre de 1946. Gromiko, *Memoirs*, pp. 319-321. Bohlen, p. 255. RGASPI 588.2.156.31-41, Manuilski a Stalin, 28 de diciembre de 1948. S. Jrushchov, *Superpower*, p. 29. Woff a propósito de Ribalko en *Stalin's Generals*, p. 214. *KR*, I, p. 218, e. g. Jrushchov a propósito de Yeremenko, Kulik y Pavlov, pp. 199-200, trigo primaveral, pp. 260-262, 335, consultar a Beria, p. 271. Micrófonos: todos los líderes tenían escuchas - Deriabin, pp. 43-44. Molotov recibe una advertencia de los agentes de la Cheka: *MR*, p. 224. Voznesenski: Kovalev en Simonov, «Glazami», p. 58. Sudoplatov, p. 231.
8. Stalin se burla de Mikoyan, Sergo B, p. 140. Bromas de Beria a Mikoyan: le metía tomates en el traje y tiraba su sombrero a los árboles, Lozgachev en Ribin, *Kto Otravil Stalina?*, p. 10. Enfrentamiento de Mikoyan y Beria: *MR*, p. 233; Beria «no confiaba en ningún armenio», Mikoyan, p. 582. Huesos de pollo - Stepan Mikoyan. Gallardía de Mikoyan: Svetlana *OOY*, p. 346. Mikoyan, «aires elegantes»: *KR*, I, p. 406. Trampas, tomates, sal o vodka en el vino, principales víctimas Poskrebishev y Mikoyan: Svetlana *OOY*, pp. 332-342. Sergo B, p. 141. Lenin: Djilas, p. 161. *KR*, II, p. 108. Gramófono, cantaban y bailaban: los georgianos, Charkviani, pp. 44-45. Berman en *Oni*, pp. 235-237. Stalin baila: *KR*, I, pp. 309-311. Djilas, p. 161. K. Popovic en Dedijer, *Tito Speaks*, p. 283. Sergo B, p. 142. Svetlana: *KR*, I, pp. 309-311. Los líderes bailan: Bulganin «pateaba»; Jrushchov baila el *gopak*, se ríe de las cerraduras y de la bebida, *KR*, I, pp. 309-311, 322-324, 330-333. Bulganin en *Galina*, p. 148. Molotov baila un lento con Berman en *Oni*, pp. 235-237. Baile de Stalin y Tito: Hugh Thomas, *Armed Truce: The Beginning of the Cold War, 1945-6*, pp. 45-47. Churchill 5, p. 330. Sobre la música: Stalin a Truman en Gromiko, *Memoirs*, p. 113. Zhdanov: Yuri Zhdanov. Canciones: *MR*, p. 189. Stalin tira tomates, amenaza con «o a la cárcel o a mi casa»: *KR*, I, pp. 277-279. Mikoyan, p. 573. Svetlana *OOY*, pp. 332-333. Chismes de Stalin en contra

de Lenin: Sergo B, p. 135. Gilipollas: W. Taubman, *Khrushchev, Man and Era*, p. 214.

CAPÍTULO 47

1. «La guerra me ha hecho trizas»: Mgeladze, p. 125. *MR*, p. 190. *Kaganovich*, pp. 52, 60. RGASPI 558.11.1481.45, Stalin a Molotov y Malenkov, 9 de octubre de 1945. RGASPI 82.2.1592.40-45, Molotov a Polina, abril de 1945 en Nueva York. RGASPI 82.2.1592.72, Molotov a Polina, septiembre de 1945 (?), Londres. Para Río Frío: Harriman-Abel, p. 511. Para Stalin y Molotov: Vladimir O. Pechatnov, «Los Aliados te están presionando para acabar con tu voluntad...», Correspondencia de Política Exterior entre Stalin y Molotov y otros miembros del Politburó, septiembre de 1945-diciembre de 1946, documento de trabajo 26, *Cold War International History Project*. Véase asimismo: A. O. Chubariyan y V. O. Pechatnov, «Molotov "the Liberal": Stalin's 1945 Criticism of his Deputy», *Cold War History*, 1 (agosto de 2000), pp. 129-140. Zubok, pp. 92-98. «Velo de amistad»: Overy, p. 283. Mikoyan: RGASPI 558.11.732.42-50, Dvinski a Stalin: «Mikoyan dijo que gastamos demasiado en pan...». Stalin a Zhdanov, Voznesenski, Bulganin, Patolichev, Dvinski y Jrulev. Beria a Poskrebishev, con el informe de Serov a Beria. Mikoyan, pp. 484, 493. RGASPI 558.11.765.107-109, Stalin a Mikoyan, 22 y 25 de septiembre de 1945.

CAPÍTULO 48

1. Para las denuncias de Vasili: RGASPI 45.1.807, N. Sbitov a Stalin, 24 de marzo de 1948. Svetlana *OOY*, pp. 315-320; *Twenty Letters*, pp. 221-229. *KR*, I, p. 274. Pavlenko, «Razmyshleniya», pp. 30-31. Purga de los vencedores: Erickson a propósito de Novikov en *Stalin's Generals*, p. 173. Vladimir Karpov, «Rasprava Stalin nad Marshalom Zhukovym», *Vestnik Protivovozdushnoi Oborony*, 7-8 (1992), pp. 69-72. Kostirchenko, pp. 67-68. *Lesser Terror*, p. 179. Hahn, p. 35. Ribin, *Next to Stalin*, p. 69. *MR*, p. 209. Beria traidor: Kavtaradze, p. 74. Ojos de Serpiente: Golovanov, *MR*, p. 306. Beria «apartado», resentido: Beria a Mikoyan en 1952: «Fui apartado hace años», en Sergo B., p. 242. Stalin a propósito de Beria y durante una cena con Beria, Mgeladze, pp. 64-67, 100; a propósito de Beria, pipas, MVD: p. 168. Sabe demasiado: Mikoyan, pp. 563-566. Martha Peshkova. Vlasik, p. 130. Abakumov: *Lesser Terror*, pp. 115, 175-185. Abakumov demostró que era independiente de Beria: el 28 de abril de 1943 detuvo al jefe del Departamento de la Policía Secreta del NKGB, V. N. Ilyin. Sudoplatov, p. 238. Enfrentamiento de Malenkov con Merkulov: Sujanov, *Memoirs*. Parrish, «Serov», p. 120. Parrish, «Yezhov», pp. 81, 98. Sudoplatov, p. 238. Enfrentamiento de Abakumov con Beria: Merkulov citado en *Beria*, p. 140. Abakumov y Stalin reúnen pruebas de la vida sexual de Beria: *Vlast*, 22 (2000), p. 44. Kuznetsov, «Abakumov», pp. 149-165. *Lesser Terror*, p. 251-252, L. N. Smirov citado en «arribistas zoológicos». Leopold Trepper en Thomas, *Armed Truce*, p. 63. Jazz y Eddie Rosner: programa

televisivo de la BBC2, «Storyville». Abakumov y Svetlana: Voronov, Memorias de N. V. Voronov, *VIZh,* 6 (junio de 1994), pp. 61-62. Sudoplatov, p. 310: Vasili y Abakumov. Fusilar a Novikov: Sudoplatov, p. 310. Malenkov: Hahn, p. 44. N. S. Patolichev, *Ispytanie na zrelost*, pp. 280-284. Pérdida de la dacha: Igor Malenkov y Volia Malenkova. Arresto domiciliario: Andrei Malenkov, *O moem otse Georgie Malenkove*, p. 53. Bomba de Beria en diciembre: Holloway, p. 182. Sergo B., p. 160. Stalin se burla de la ayuda de Beria a Malenkov: Sergo B., p. 188. Resolución del Politburó sobre la reorganización del MGB, 4 de mayo de 1946, en *PB/Sovmin*, pp. 207-220.

2. La vuelta de Zhdanov. Perfecto: RGASPI 558.11.732.1, Stalin a Zhdanov, 19 de septiembre de 1946. Feliz Día de la Revolución: RGASPI 558.11.732.129, familia Zhdanov a Stalin, 6 de noviembre de 1947. Carta de Zhdanov a Stalin de 5 de enero de 1947 en *PB/Sovmin*, p. 398. Beria a propósito de las pretensiones de Zhdanov, Sergo B., p. 160. «¿Has leído ese libro nuevo?»: Stalin a Zhdanov, según el asistente de este último, A. Beliakov, citado en Ribin, *Oktyabr 1941*, p. 51. «El más intelectual»: Svetlana *OOY*, pp. 336-338. Richardson, *Long Shadow*, p. 210. Zubok, pp. 116-118, pp. 120-124, 308. Jukka Nevakivi (ed.), *Finnish-Soviet Relations 1944-1948*, pp. 73, 52, 77, 79; Magill, p. 77. «Cacahuete» de Finlandia, Djilas, pp. 154-155. Odios entre Beria/Malenkov y Zhdanov/Kuznetzov: Mikoyan, pp. 563-565. Entrevistas: Volia e Igor Malenkov; Yuri Zhdanov; Stepan y Sergo Mikoyan. Hahn, pp. 22-33, 35-39, 61 (por ejemplo, el 20 de septiembre de 1946 Zhdanov firmó un decreto sobre los *koljoses* en calidad de secretario, y Stalin como primer ministro. Yuri Zhdanov confirma ese acuerdo temporal). Reverencias a Zhdanov: Dedijer, *Tito Speaks*, p. 307, memorias del embajador yugoslavo Vladimir Popovic. Príncipe heredero: C. L. Sulzberger citado en Raanan, pp. 132-133. Portada de la revista *Time*, 9 de diciembre de 1946. Para la cuestión de Leningrado frente a Stalingrado: Zhdanov a Maxwell M. Hamilton, representante de Estados Unidos en Finlandia, 13 de marzo de 1945, en Raanan, p. 133. Zhdanov cita «El rey» de Schiller: Yves Delbars, *The Real Stalin*, p. 400, citado en Raanan, p. 133. Mikoyan, pp. 563-565. (Beria cedió el MVD en 1946 a Kruglov el día 15 de enero: véase *PB/Sovmin*.) Patolichev, pp. 279-284, p. 113. Subida de Zhdanov en las listas del Politburó citada en Bedell Smith, p. 60. *Lesser Terror*, p. 168. Desfile de noviembre de 1946: Raanan, p. 25. Sergo B., p. 354. Sujanov: Zhdanov presidió la secretaría y el Orgburó tras la destitución de Malenkov. Para el exilio de Malenkov: Igor Malenkov; Volia Malenkova. Felicitaciones de Beria y Malenkov el 6 de noviembre de 1947: RGASPI 558.11.762.14, Beria y Malenkov a Stalin, 6 de noviembre de 1947. Para Kuznetsov como *curator* del MGB: RGASPI 17.3.1066.47, resolución del Politburó acerca de la supervisión del MGB, 17 de septiembre de 1947, *PB/Sovmin*, p. 51. Yoram Gorlizki, *Stalin's Cabinet: the Politburo and Decision-Making in the Postwar Years*, en Christopher Read, *The Stalin Years: A Reader*, p. 192-195.

CAPÍTULO 49

1. *Zhdanovschina*/antisemitismo: A. A. Zhdanov, «Doklad Zhdanova o zhurnalask Zvezda i Leningrad», *Bolshevik*, 17-18 (septiembre de 1946), pp. 4-5. Yuri Zhdanov: «Citaba sus poesías». Zubok, pp. 115, 120-124, 308. RGASPI 558.11.732.1-18, Zhdanov a Stalin y Stalin a Zhdanov, 14 y 19 de septiembre de 1946. Véase asimismo: RGASPI 558.11.732.55, Zhdanov a Stalin e informe de éste, «Buen informe», 4 de noviembre de 1946. RGASPI 558.11.806.104, Simonov a Poskrebishev, 9 de febrero de 1949. Simonov, «Glazami», pp. 52-61. El 5 de junio Zhdanov presidió este tribunal de honor y envió a Stalin su discurso: «¡De acuerdo!», aprobó Stalin. RGASPI 558.11.732.87-88, Zhdanov a Stalin, 29 de mayo de 1947. Kostirchenko, pp. 71-72. Sajarov, p. 123. Judíos, Mijoels, Crimea: *MR*, pp. 191-192. RGASPI 82.2.1012.21-52, informe de Suslov sobre el CJAF, Suslov y F. Alexandrov a Molotov y a A. A. Kuznetsov, 20 de noviembre de 1946. Kostirchenko: Antisemitismo en el *apparat* del CC, pp. 22-27: destitución del general David Ortenberg, pp. 35-37, 51-61. Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, pp. 14-23. Mijoels: Ehrenburg, *Postwar Years*, p. 124. Sudoplatov, p. 290. *Rey Lear*: Medvedev, p. 483. RGASPI 82.2.1012-1020, Mijoels y Epstein a Molotov c. c. Malenkov, Mikoyan y Voznesenski, 18 de mayo de 1944, Molotov a Beria c. c. Malenkov, Mikoyan, Voznesenski, 20 de mayo de 1944. Beria a Molotov, Molotov a Jrushchov y Jrushchov a Molotov. Sergo Beria afirma que Stalin llamaba a su padre «Himmler» para desacreditarlo, pues sospechaba que Beria estaba estableciendo lazos con los intereses judíos, Sergo B, pp. 110-113. *Beria*, 146-149. Poema de Fefer: Kostirchenko, p. 41. RGASPI 17.125.246. Mikoyan, p. 497. Stalin a F. D. Roosevelt: Bohlen, pp. 173-196, 203. Stalin acusa al director de orquesta Golovanov de antisemita: Gromov, p. 348. Birozhidan: Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, pp. 34 y 511; pp. 258-259 para el testimonio de Lozovski acerca de Molotov y el proyecto de Crimea. *Lesser Terror*, p. 202, citando *The Long Return* de Esther Markish, p. 236. Sudoplatov, pp. 290-291. Zubok, pp. 123-125. Listas de judíos: Zhdanov recibe listas de judíos enviadas por Kosigin desde el Ministerio de Hacienda el 29 de mayo de 1948: el 15,5 por 100 del personal era judío, *PB/Sovmin*, pp. 264-265.
2. Caso Zhukov: Alanbrooke, pp. 605, 660. Stalin y Zhukov: Nina Budionni. *Kaganovich*, pp. 150, 101. *Beria*, p. 129. Mikoyan (sobre los casos Zhukov/Kulik), pp. 184, 557. Parrish, «Serov», p. 119. *VIZh*, 2 (1993), p. 27. Shtemenko, *Generalnyi Shtab*, vol. 2, pp. 18-21. Pavlenko, *Razmyshleniya*, pp. 30-31. G. K. Zhukov, «Korotko o Staline», *Pravda*, 20 de enero de 1989, p. 3. Budionni, *Apuntes*, p. 41. RGASPI 82.2.896.126, Malenkov a Molotov a propósito del juicio de Kuznetsov, Galler, 8 de abril de 1948. RGASPI 82.2.896.129, S. Dukelski a Molotov y Zhdanov a propósito de la petición de Stalin, referente a la labor de los agentes del enemigo en el Alto Estado Mayor, 22 de marzo de 1948. Koniev, *Zapiski*, pp. 594-597. Karpov, «Razprava Stalin», pp. 69-72. Libro de Berlín: Simonov, «Zametki», pp. 49-50. Spahr, pp. 205-208. Volkogonov, *Rise and Fall*, p. 116. RGASPI 558.11.712.142, Stalin asciende a Bulganin a mariscal, 3 de noviembre de 1947. «Buscad y mirad»: N. N. Yakovlev, *Zhukov*, pp. 427-428.

«Como un museo»: *Voennyi Arkhiv Rossii*, 1 (1993), p. 189, Abakumov a Stalin, 10 de enero de 1948.

3. Élite imperial: *VIZh*, 6 (1994). *Lesser Terror*, p. 185. *Voennyi Arjiv Rossii*, 1 (1993), p. 189, Abakumov a Stalin, 10 de enero de 1948. «El camarada Stalin no puede aguantar»: Djilas, p. 170. El botín de Vasili: Svetlana *OOY*, pp. 320-321. Para el botín de los oficiales: RGASPI 82.2.907.32, Abakumov a Molotov, 2 de marzo de 1948. Sistema tributario de obtención del botín: Kopelev, pp. 63-64. A. Vaksberg, «Delo marshala Zhukova: nerazorvavshayasya bomba», *Literaturnaya gazeta*, 32 (5 de agosto de 1992), p. 12. Para la corrupción, Golovanov y Serov, véase Medvedev, *Neiznestnyi Stalin*, capítulo correspondiente al «Archivo personal de Stalin». Stalin cuenta chistes sobre el lujo de los generales: Kavtaradze, p. 35. Confesiones del caso Vlasik: GARF 7523.107.127.1-6, petición de perdón de Vlasik, 18 de mayo de 1953. Véase asimismo *VIZh*, 12 (1989), pp. 85-92. Vlasik, p. 130: guardias de Beria. Abakumov denunciado por corrupción: Serov a Stalin, 4 de mayo de 1948, *Svobodnaia musl*, 11 (noviembre de 1997), p. 115. Véase asimismo: *Voennyi Arjiv Rossii*, 1993, y *VIZh*, 6 (1994). Parrish, «Serov», p. 121. Kuznetsov, «Abakumov», pp. 149-165. *Lesser Terror*, pp. 251-252. *VIZh*, 12 (1989). Sarkisov traiciona a Beria ante Abakumov: *Vlast*, 22 (2000), p. 44. Próceres: lujo, Svetlana *OOY*, pp. 45-62. Nina Budionni. Martha Peshkova. Vasilieva, *Kremlin Wives*, p. 186. Botín de Vasili y Ekaterina Timoshenko: Svetlana *OOY*, p. 320; discursos, p. 326. A. Brot, chófer, citado en Radzinski, p. 526. Svetlana *OOY*, p. 346, y Svetlana, *Twenty Letters*, p. 197. Zoos: S. Jrushchov, *Superpower*, pp. 8-40. Dachas de Stalin, Sosnovka, Crimea: RGASPI 74.1.429.65, Ekaterina Voroshilova, 21 de junio de 1954. Stalin ordena que Livadia y Alupka sean asignadas a los jerarcas: GARF 9401.2.93.319, Stalin y Chadaev a Beria, 27 de febrero de 1945. S. Jrushchov, *Superpower*, pp. 38-40. Pinturas al óleo como símbolo de alto rango: Sajarov, p. 93. Vuelos especiales, palcos en el Bolshoi: Sergo Mikoyan. Stepan Mikoyan. Stepan M, pp. 134-135. Para los guardaespaldas: Joseph Minervin; Julia Jrushchova. Svetlana *OOY*, pp. 357, 346. Igor Malenkov. Partidos de voleibol entre los Kaganovich y los Beria: Joseph Minervin y Martha Peshkova. Vestidos: el pago de los vestidos e intervención de Stalin: Sergo Mikoyan. Stepan Mikoyan. Julia Jrushchova. Svetlana *OOY*, p. 346. *Kremlin Wives*, p. 186. Polina y Svetlana Molotova: *Kremlin Wives*, pp. 130-131. En Karlsbad: Zhdanova y Nina Beria, Sergo B, p. 160. Coches de Stalin: D. Babichenko y M. Sidorov, «Nevelika Pobeda», *Itogi*, 31 (269), 2001, p. 42. Las familias de los líderes fallecidos también recibían coches de Stalin: a la viuda de Ordzhonikidze le dieron un Ford 8 y a la viuda de Felix Dzerzhinski, el fundador de la Cheka, le adjudicaron un Pobeda. Sofia Dzerzhinski escribió para dar las gracias personalmente a Stalin por el Pobeda y el chófer, RGASPI 558.11.726.57, 59, 60, Sofia Dzerzhinski a Stalin para denunciar al camarada Varski del PC de Polonia, 1 de enero de 1935; para dar las gracias a Stalin por ayudar a su hijo a ingresar en la academia militar, 2 de marzo de 1935; por el coche, 31 de diciembre de 1947. GARF 7523.65.208.1-24, camaradas Shvernik y Shkiryatov a Stalin y firmas de Stalin, Chadaev, Sovmin, 10-11 mayo de 1945. GARF 7523.65.208.23-29, Stalin/Chadaev - pensiones para Vera Shcherbakova y el agradecimiento de ésta a Stalin. Salarios: véase *PB/Sovmin*, pp. 401-402. T. Okunevskaya, *Tatianin den*, p. 227.

4. Vasili: RGASPI 45.1.807.85-92, N. Sbitov a Stalin, 24 de marzo de 1948: «Cerca del pueblo soviético». Artiom Sergeiev. Nadezhda Vlasika. Búsqueda de Nadia en Kapitolina: Svetlana, RR. Stepan M., p. 125. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 221-229, *OOY*, p. 320. Formas desagradables de Vasili con Galina, miedo de ésta a no ver a su hijo, corta a Redens cuando habla de la detención de su madre y luego se muestra amable con él: Leonid Redens. Se lanza en picado sobre las calles de Tiflis: Charkviani, pp. 55-57. El asistente Polianski a propósito de su afición a la bebida y a las mujeres, y sobre la reserva de ciervos; B. Voitejov sobre la seducción de su esposa; comandante A. Kapelkin sobre la tortura, todo ello en Radzinski, pp. 525-528. *Vasily*, pp. 156-160. Véase asimismo: entrevista de Zurab Karumidze con su suegro, Gaioz Djejelava, entrenador de fútbol de Vasili Stalin entre 1949 y 1952, de valor incalculable. Entorno futbolístico de Beria: Sudoplatov, p. 103.
5. Kalinin. Cena de Tito: Djilas, p. 102. Mgeladze: Stalin llama preguntando por Kalinin, p. 42. Ternura de Stalin, funeral: Ribin, *Kto Otravil Stalina?*, pp. 37-39. RGASPI 558.11.753.19-20, Kalinin a Stalin, 8 de junio de 1944. GARF 7523.64.683.1-6, Stalin, Malenkov, Zhdanov, Shkiryatov, Presídium del Soviet Supremo, 11 de junio de 1945. Merkulov a Shvernik, 24 de mayo de 1945. Kalinina a Shvernik, 12 de mayo de 1945. Merkulov a Poskrebishev y Stalin a Gorkin, secretario del Presídium del Soviet Supremo, sin fecha. Kalinina a Stalin, 9 de mayo de 1945. RGASPI 558.11.753.22-29, M. Kalinin a Stalin, 24 de junio de 1946. Stalin accede a esas peticiones, dando además a su nuera 25.000 rublos, GARF 7523.65.164.
6. Enfrentamiento de Stalin y Molotov, Mikoyan, hambre: *MR*, pp. 191-192. Mikoyan, p. 497. Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, pp. 18-23; p. 259, para el testimonio de Lozovsky sobre Molotov y el proyecto de Crimea. Kostirchenko, pp. 35-37. *Lesser Terror*, p. 202. Diplomacia: Molotov, Stalin, Polina: RGASPI 82.2.1592.19-20, Molotov a Polina, 8 de julio de 1946, París. RGASPI 82.2.1592.30-31, Molotov a Polina, 28 de agosto de 1946. Vacaciones de Stalin en 1946: RGASPI 558.11.1481.49: 8 de septiembre a 21 de diciembre. Cena con canciones folclóricas de Beria: Mgeladze, pp. 63-65. Véase asimismo: Pechatnov, pp. 17-24. Zubok, pp. 91-103. Mikoyan/hambruna: RGASPI 558.11.731.120, Mikoyan a Stalin y Stalin a Zhdanov, Mikoyan, Kosigin y Beria, 15 de septiembre de 1946. Hambruna: *KR*, I, p. 249, 2, p. 112. RGASPI 558.11.732.42-54, Serov a Beria, Beria a Stalin, Stalin a Voznesenski, Zhdanov y Patolichev, 15 de octubre de 1946. RGASPI 558.11.765.113, Mikoyan a Stalin. RGASPI 558.11.156.47, Stalin a Beria, 12 de septiembre de 1946. RGASPI 558.11.765.116-118, Dvinsli a Stalin, 22 de septiembre de 1946. Stalin ordenó al ministro de Control del Estado, Mejlis, que investigara a Mikoyan. Jrushchov y el hambre, estadísticas: Shapoval en Taubman, pp. 33-34. Traslado de Kaganovich a Ucrania: Resolución del Politburó sobre los cambios en la jefatura de Ucrania, 27 de febrero de 1947, en *PB/Sovmin*, p. 46. Taubman, *Khrushchev, Man and Era*, pp. 203-205. Svetlana *OOY*, p. 353.

CAPÍTULO 50

1. Plan Marshall / Crimea judía: Zubok, pp. 105-107: sistema de préstamo y arrendamiento sin condiciones, p. 104. Raanan, p. 81: Zhdanov, pro árabe. Jrushchov a propósito de Crimea y los judíos: Stepan Staszewski en *Oni*, pp. 170-172. RGASPI 82.2.1012.21-52, Mijoels y Epshtein Fefer; informe de Suslov (pp. 24-38); Suslov y F. Alexandrov a Molotov y A. A. Kuznetsov, 20 de noviembre de 1946 (pp. 46-51); Mijoels y Fefer a Molotov (p. 52), 16 de abril de 1947; Abakumov a Molotov c. c. Stalin, Molotov, Zhdanov y Kuznetsov, 26 de marzo de 1948. Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, pp. 19-40. Kostirchenko, pp. 51-60. Vladimir Redens. Mijoels y el señuelo del Premio «Shirma»: Ehrenburg, *Postwar Years*, pp. 124-125. «Dime por qué hay tantos judíos en vuestra organización», Leopold Trepper citado en *Lesser Terror*, p. 175. Sudoplatov, p. 291. *Lesser Terror*, p. 210, Abakumov detuvo al general de división I. F. Dashichev por antisemitismo en julio de 1942.
2. Svetlana *OOY*, pp. 139-141, 319. Morozov se daba aires, los judíos se cuelan en la familia: Vladimir Alliluyev (Redens). «Quieren introducirse subrepticiamente en la familia»: Svetlana citada en Rubenstein y Naumov. *Pogrom*, p. 35. Entrevista con Volia Malenkova. Ejemplo de favores pedidos a Svetlana: Yuri Soloviev le pidió que preguntara por qué había sido expulsado del Instituto de Relaciones Exteriores, al que acudía la élite, y ella concertó una entrevista con el viceministro Dekanozov. Svetlana RR: «Siendo yo quien era, a mí no me habría dejado nadie...». Vasili ayudaba a sus amigotes: Svetlana *OOY*, p. 320. Kostirchenko, pp. 79-85. Svetlana RR. El padre de Morozov no tardó en ser detenido. «Stalin nunca me pidió que me divorciara»: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 196. Sergo Beria confirma que Svetlana quiso divorciarse - Sergo B, p. 152. «Si no quiere divorciarse»..., «espía americano», Mikoyan, p. 362. Vaksberg, *Stalin Against the Jews*, pp. 155-157. «Lucha francesa»: GARF 8131.32.3289.117, Ivanov a propósito de los métodos de Vlodzirmirski, Rodos, Komarov y Shvartsman. GARF 8131.32.3289.181, Komarov al profesor Yudin, citado en Rudenko en el juicio de Beria. Más tarde se jactaría de su cruel brutalidad y del odio que sentía por sus víctimas judías. Carta de Komarov a Stalin: Kostirchenko, pp. 123-124. Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, p. 281: Komarov a Lozovski, p. 288. Vladimir Alliluyev: «¿Asesinó Zhenia...?». Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, p. 40. Investigador G. Sorokin: testimonio acerca de la *Instantsiya* en *Stalin Against the Jews*, p. 156. «No os hagáis notar», dice Vlasik, Svetlana también podría ir a la cárcel, Olga estaba al corriente: Kira Alliluyeva. «No pasaba nada que él no supiera». Leonid Redens: Svetlana y Vasili les dieron de lado. Yuri Zhdanov. Mikoyan, pp. 362-363: Stalin a propósito de las bodas de Svetlana. Stepan M., p. 145. Intérprete: Oleg Troyanovski. «¿Estás loco?»: Yuri Soloviev. RGASPI 558.11.1481.51, vacaciones de Stalin en 1947, 16 de julio-21 de noviembre.

CAPÍTULO 51

1. Casas: explicación basada en las visitas del propio autor a Jolodnaya Rechka, lago Ritsa, Novi Afon, palacio Likani, palacio Livadia, dacha de Sujumi, etc., 2002. Icono de Lenin: Orlov en Ribin, *Ryadom*, p. 91. Viaje por carretera de 1947: Vlasik, pp. 35-40. Disgusto al ver las trincheras de Járkov, y comentarios de Valechka: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 197. Charlas con los niños a la orilla del mar: Mgeladze, p. 87; echa de menos Georgia, p. 82; J. B. Priestley y el campesino de ciento cincuenta años, p. 68; horario de lecturas, p. 113; trabajos en el jardín, rosas, mimosas, pp. 53, 96, 142; cantaba «Suliko» con Vlasik y Poskrebishev, p. 128. Libros: RGASPI 558.11.786.131, Stalin a Poskrebishev. Yuri Zhdanov. Martha Peshkova. Palacio Livadia, 1948: Vlasik, p. 44. Para Miron Merzhanov: Martha Peshkova. Véase asimismo: Vasilieva, *Deti Kremlyna*, p. 287. Cenas: *KR*, I, pp. 325-328. Películas: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 198. Dirigentes georgianos disponibles en todo momento: Charkviani, pp. 1, 34, 45, 53; Mgeladze, pp. 53, 95-97, 128, 142, etc. Entrevistas con: Aliosha Mirtsjulava; Eka Rapava; Nadia Dekanozov; Nina Rujadze. Mudas y costumbre de dormir en el sofá: Charkviani, pp. 34-37. Yuri Zhdanov. Martha Peshkova. Poskrebishev en el papel de jefe de gabinete: Mgeladze, pp. 72-75, 82; mapa: pp. 78-79; encuentro con los escolares, p. 87; carrera en coche hasta la dacha, p. 146; brindis, pp. 80-81. Canciones: Charkviani, pp. 54, 64-66; Mgeladze, pp. 129-130. Amabilidad con Artiom Mikoyan: Mikoyan, p. 564. Enfados de Stalin: Charkviani, pp. 38-45. Paces entre Jrushchov y Kaganovich: entrevista con Oleg Troyanovski. Véase asimismo Troyanovski, pp. 148, 156-164.
2. Svetlana se va: Charkviani, p. 58. El presente relato de la fundación de la Cominform se basa en Zubok, pp. 132-134, 110, 130-134, 136, así como en la correspondencia Zhdanov/Stalin conservada en RGASPI, e. g. 558.11.731.19, Zhdanov a Stalin y Stalin a Zhdanov; RGASPI 77.3. Véase asimismo: enfrentamiento entre Molotov y Zhdanov: Nikolai Krementsov, *Stalinist Science*, pp. 155-157. Holloway, p. 254. Jakob Berman en *Oni*, pp. 281-282. Raanan, p. 101. Dedijer, *Tito Speaks*, pp. 303-306. RGASPI 558.11.762.14, Beria y Malenkov a Stalin, 6 de noviembre de 1947. Yuri Zhdanov. Para la estancia de Rada en casa de los Malenkov: Igor Malenkov. Volia Malenkova. Julia Jrushchova. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 198. Malenkov, ese «cabrito ... indolente», según Beria: *KR*, I, pp. 336. Enfermedad de Zhdanov y el profesor Yegorov pide a Stalin que prolongue sus vacaciones hasta el 2 de diciembre de 1947: *PB/Sovmin*, p. 269, n. 1.
3. Sergo B, p. 158. Golovanov en *MR*, p. 303. Yuri Zhdanov. Oleg Troyanovski. Véase asimismo Troyanovski, pp. 148, 156-164.

CAPÍTULO 52

1. Para las órdenes verbales dadas por la *Instantsiya* a los autores materiales del crimen: Victor Levashov, *Mikhoels: Ubiystvo Mikhoelsa*, pp. 464-474. Kostirchenko, pp.90-91. Svetlana, *OOY*, pp. 140-141. Cara rota: poema de Perets Markish en

Kostirchenko, p. 95. Maquillaje: Ehrenburg, *Postwar*, pp. 124-125. Polotova: Kostirchenko, p. 97. Kaganovich en Vaksberg, *Stalin Against Jews*, pp. 171, 168-179. Condenas de las Alliluyev: Kostirchenko, p. 98. «Vosotros también sois antisemitas»: Djilas, pp. 154, 170. El cadáver: Zbarski y Hutchinson, pp. 158-159. Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, pp. 40-46, 397, testimonio de Benjamin Zuskin. Ogoltsov, viceministro de Abakumov, y el ministro para la Seguridad del Estado de Bielorrusia, Lavrenti Tsanava, se encargaron de llevar a cabo la operación por orden de la *Instantsiya*. Testimonio de Abakumov: *Argumnty i Fakty*, 19 (1992). Testimonio de Abakumov citado en carta de L. P. Beria a G. M. Malenkov, 2 de abril de 1953. Testimonio y biografía de Tsanava: GARF 7523.85.236.4-5 y 17-23, apelación de L. F. Tsanava al presidente Voroshilov, 5 de julio de 1953, e interrogatorios. «Un bestia»: Kiril Mazurov, miembro del Politburó en tiempos de Brezhnev, Elena Durden-Smith. Parrish, «Serov», p. 124. La aguja: Sudoplatov, p. 297. La bala: Zbarski y Hutchinson, p. 158. El hacha envuelta en una toalla: Brackman, p. 373, basándose en una entrevista con Vasili Rudich que recogía el testimonio de Olga Shatunovskaya citando a Malenkov.

2. RGASPI 558.11.732.130, Poskrebishev envía a Stalin el informe del Politburó francés traído por Djilas a Moscú y nota de Stalin, 27 de febrero de 1948. Salud de Zhdanov: Djilas, p. 149. Sopa: Bedell Smith, pp. 65 y 218. Zubok, pp. 134-135, 194-197. Kostirchenko, p. 265. Raanan, pp. 135-137, 143. Holloway, pp. 259-260. Dedijer, *Tito Speaks*, pp. 319-370. Chasquido del dedo meñique: Jrushchov, *Secret Speech*, *KR*, I, p. 264. *MR*, p. 233.
3. Zhdanov y la bebida / mal genio de Stalin: Svetlana *OOY*, pp. 332, 359-362, 380. *KR*, I, p. 305. Entrevista con Yuri Zhdanov. Yuri A. Zhdanov, «Vo Mgle Protivorechiy», en *Voprosy Filosofii*, 7 (1993), pp. 65-92. Shepilov, «Vospominaniya», *Voprosy Istorii*, 3, 4, 5, 6 (1998); vol. 6, pp. 9-11. Soifer, *Lysenko*, pp. 165-172, y entrevista a Shepilov, pp. 178-179. Alexei Kojevnikov, «Games of Stalinist Democracy, Ideological Discussions in Soviet Science 1947-1952», en Sheila Fitzpatrick (ed.), *Stalinism: New Directions*, pp. 145-150, 154-160. Hahn, pp. 98-104. Zhores Medvedev, *The Rise and Fall of Lysenko*, pp. 112-128. Svetlana RR. Medvedev, p. 115. «Mi Yurochka es el mejor»: Gulia Djugashvili, *Ded, Otets, Ma i Drugie*, p. 60. Comentarios de Stalin a la conferencia de Zhdanov: RGASPI 17.125.620.2-45. Notas de A. A. Zhdanov, RGASPI 77.1.180. *Pravda*, 7 de agosto de 1948. Holloway, pp. 259-260. Krementsov, *Stalinist Science*, pp. 153-167. Crisis de Berlín: Zubok, pp. 51-53. Victor Gorborev, «Soviet Military Plans and Actions During the First Berlin Crisis», *Slavic Military Studies*, vol. 10, 3 (septiembre de 1997), pp. 1-23.
4. Raanan, pp. 135-137, 143. Zubok, pp. 134-137, 194-197. Holloway, pp. 259-260. Dedijer, *Tito Speaks*, pp. 319-370. Jrushchov, *Glasnost*, pp. 102-103. Djilas, pp. 151-153, 181. Sergo B, pp. 144-145, evolución de una veneración absurda a la cruda percepción de la realidad.
5. Yuri Zhdanov: Voznesenski y Kuznetsov nombrados sucesores / la enfermedad de Zhdanov provoca la vuelta de Malenkov, Mikoyan, p. 565. Para el nombramiento de secretarios del Partido, Malenkov y Ponomarenko, 1 de julio de 1948, en *PB/Sovmin*, p. 58. Y además: Stalin dijo a Malenkov que «Zhdanov estaba muy enfermo y propuso el nombramiento de algún joven de las regiones», Ponomaren-

ko a Kumanev, citado en *PB/Sovmin*, pp. 58-59. «Informe de alto secreto sobre la salud del camarada Zhdanov, Secretario del CC», profesor Yegorov a Stalin, 5 de julio de 1948, en *PB/Sovmin*, p. 268. La enfermedad de Andreyev y luego la de Mejlis provocaron su retirada sin que llegaran a caer en desgracia. Kostirchenko, pp. 265-267. Muerte por causas naturales: Deriabin, p. 106: El guardaespaldas de Zhdanov, general Boris Sajarov, insistió en que la muerte se produjo por causas naturales. Lidia Timashuk: «Tsel byla spasti zhizhn bolnovo, Pisma Lidii Timashuk», *Istochnik*, 1 (1997), pp. 3-17. «No pienses que viviré mucho»: Shepilov, «Vospominaniya», pp. 9-11. Ehrenburg, *Postwar Years*, p. 44. «Traed el cadáver»: órdenes de Poskrebishev a Voznesenski y A. A. Kuznetsov, Vaksberg, *Stalin Against the Jews*, pp. 262-263. Cena del funeral y Molotov que ordena a los güardias que impidan a Stalin trabajar en el jardín: Ribin, *Ryadom*, p. 51. Primera carta de Timashuk y reacción de Stalin: Sudoplatov, p. 298. Véase asimismo BBC2 *Timewatch* sobre el caso de Leningrado, citando al profesor de cardiología americano William McKinnon, quien afirma que el «tratamiento equivocado» fue deliberado. Discusión más reciente sobre el tratamiento equivocado deliberado; Abakumov a Stalin, 30 de agosto de 1948; pensamientos sobre Dimitrov, J. Brent y V. P. Naumov, *Stalin's Last Crime*, pp. 13, 18-21, 26-27, 48-49, 107-109, 164, 168.

6. RGASPI 558.11.1481.51, vacaciones de Stalin en 1948: 8 de septiembre a 2 de diciembre. Poskrebishev acusa a Mikoyan, p. 535; sucesores, pp. 656-666; Kuznetsov (mal servicio), Molotov (persona obvia).

CAPÍTULO 53

1. Enfrentamiento de Stalin con los Molotov: Golda Meir, *My Life*, citada en Vaksberg, *Stalin Against Jews*, pp. 188-191. Para Carp/Karp: Davies, *Mission to Moscow*, 5 de junio de 1938, p. 224. Voroshilova: Vasilieva, *Kremlin Wives*, p. 236. Kostirchenko, pp. 104, 112, 116, 117, 121-122. Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, pp. 46-47: contaminados, Svetlana, p. 42. Cena de Stalin en el sur: Charkviani, pp. 45, 55; a propósito de Egnatashvili, pp. 5-7. GARF 8131.32.3289.144, Rudenko a propósito del caso Abakumov/Beria/Polina. Vaksberg, p. 189. *MR*, vagón de tren, p. 325. Ópera, *Kaganovich*, pp. 150-151. Destitución de Polina: Kostirchenko, p. 120. Cómo salvar a la familia: entrevista con Viacheslav Nikonov. Svetlana RR. «Mala influencia» de Polina sobre Nadia: Svetlana, *Twenty Letters*, p. 202. Detención de Lozovski: Kostirchenko, pp. 36-39. Matrimonio de Volia Malenkova: entrevista con Volia Malenkova. Entrevista con Shamberg; Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, pp. 44-45. (El divorcio de Volia Malenkova tuvo lugar en enero de 1949, según Naumov; en 1947, según la propia Volia.) Mijail Shamberg nombrado jefe adjunto del Consejo Regional de Kostrama - Kostirchenko, p. 118. Julia Jrushchova. Igor Malenkov afirmaba también: «El divorcio no tuvo motivaciones políticas. Resultaba imposible influir en Volia. Era muy desgraciada. El amor se había acabado». Ciento diez detenciones: Kostirchenko, pp. 116-118. Tortura de Komarov en Kostirchenko, pp. 124-125. Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, pp. 45-46, 325; esposas judías, Komarov a Lozovski, pp. 282-283. GARF 8131.32.3289.144-147, Rudenko a propósito del caso Abakumov/Beria/Polina.

KR, I, pp. 280, 313: Stalin ordenó a la hija de Malenkov que se divorciara de Shamberg. La esposa de Fadayev, Valeria Gerasimova, citada en *Stalin Against Jews*, p. 189. Abrigo de pieles de Polina: Larisa Alexevna en Vasilieva, *Kremlin Wives*, p. 147. Muerte de los dos hermanos: Viacheslav Nikonov. Svetlana Molotova era la que mejor vestía, Svetlana *OOY*, p. 351. Sergo B, pp. 169-170: nadie que le contradijera conservaba a su esposa, p. 148; Malenkov niega su antisemitismo, p. 161. Resolución del PB decretando la expulsión del Partido de Zhemchuzhina, 29 de diciembre de 1948, y carta de Molotov admitiendo su error al votar a favor de P. S. Zhemchuzhina en *PB/Sovmin*, pp. 312-313.

2. Caso Molotov: Komarov en Kostirchenko, pp. 124-125. «¡Vieja puta!»: Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, p. 52. *MR*, pp. 322-326. «No estuve en la sinagoga», «no mantuve relaciones íntimas», «llamad por teléfono a mi marido», «cuatro eternidades»: Vasilieva, *Kremlin Wives*, pp. 141-143, 149. Muchos pensaban que la habían fusilado: *KR*, I, p. 280. Kulaks: Viacheslav Nikonov. Molotov: RGASPI 558.11.762.15, Stalin a Voznesenski, Beria, Malenkov, 9 de abril de 1948. RGASPI 82.2.906.22-23, 24-27, viceministro del MGB Ogoltsov a Molotov a propósito de Vano Ivanovich Mikoyan y los «hijos de A. I. Mikoyan». Voroshilov: *MR*, p. 225. Voroshilov, Stalin y las previsiones meteorológicas: GARF P5446.54.31.148, Voroshilov a Stalin, 23 de agosto de 1946. Mao, Mikoyan: Sergei N. Goncharov, John W. Lewis y Xue Litai, *Uncertain Partners: Stalin, Mao and the Korean War*, pp. 38-40. Mikoyan, pp. 528-529. Stepan M., pp. 136-140. Entrevista con Stepan M. Zubok, pp. 57-59.

CAPÍTULO 54

1. Caso de Leningrado: resolución del PB a propósito de la destitución de A. A. Kuznetsov, M. I. Rodionov y P. S. Popkov, 15 de febrero de 1949. *PB/Sovmin*, pp. 66-67; Resolución del PB acerca de la expulsión de Voznesenski del PB, 7 de marzo de 1949, p. 69. Arrogancia de Voznesenski, Mikoyan, pp. 559-560, 564-568, los ucranianos no forman parte del pueblo, p. 559. Afable en casa: Sergo Mikoyan. Franqueza: Simonov citando a Stalin hablando con Kovalev, «Glazami», p. 58. El más listo después de Stalin: Chadaev en Kumanev (ed.), p. 426. Visto bueno de Stalin a la pregunta y las respuestas de Voznesenski sobre los abastecimientos: RGASPI 558.11.731.126-134, Stalin a Zhdanov, Patolichev, Beria y Kosigin, septiembre de 1946. Enfrentamiento Beria-Voznesenski, *MR*, pp. 292-294. Sergo B, pp. 217-218. Kuznetsov y Zhdanov organizan el destierro de Malenkov, *IA* 1 (1994), p. 34. Sergo Mikoyan: el hijo de Kuznetsov a Sergo Mikoyan a propósito de los papeles de Kirov. *MR*, A. A. Kuznetsov era «un buen muchacho», p. 22: «Kuznetsov, apuesto y joven», y negativa de Stalin a estrechar su mano, Svetlana *OOY*. Mikoyan, «A. A. Kuznetsov simpático, sincero, alegre» y los tesoros de Stalin que conservaba, pp. 559-565. Sudoplatov: Kuznetsov, amigo de Abakumov, pp. 325-327. Fanfarronadas sexuales de los oficiales: *Lesser Terror*, pp. 214-221. Orgullo de la carta de Stalin en la que le decía: «La patria no te olvidará»: Valeri A. Kuznetsov en el reportaje de la BBC2 *Timewatch*, el caso de Leningrado. Hahn, p. 123. Véase Kuznetsov, «Abakumov», *Slavic Military Studies*,

marzo de 1999. Deriabin: trenes a Leningrado, p. 39. Volkogonov, pp. 520-521. Voznesenski se queda helado en la cena, *KR,* I, p. 272. «Stalin dice mata a uno y él mata a mil», Beria a propósito de Malenkov, Sergo B, p. 162. Sergo y Alla: Mikoyan, pp. 565-567. Sergo Mikoyan: la boda, «No me encuentro bien», dijo Kuznetsov. Malenkov a Rada: «No te voy a dejar el coche», Julia Jrushchova. Svetlana y Yuri Zhdanov. Petición de mano a Stalin: No quería dar lecciones, Yuri Zhdanov. «No sabes el carácter que tiene» / «No me quisiste», Sergo B, p. 152. «Mi Yurochka», en Gulia Djugashvili, p. 60. Boda de Yuri Zhdanov y Svetlana Stalin: Stepan Mikoyan y Natasha Andreyeva. La boda, «mi padre lo quiso», «no debía contraer nunca matrimonio como si fuera un trato», el sexo no era muy allá: Svetlana RR. Stalin va a Zubalovo: *Twenty Letters,* pp. 200-201. «Nuestros caracteres no eran compatibles»: Mikoyan, p. 362. Stalin no prestaba más atención que antes: Svetlana *OOY,* p. 319. Nacimiento de Katia, carta de Stalin, Zinaida Zhdanova: Svetlana, *Twenty Letters,* pp. 207-209. «Significa que es culpable»: Mikoyan, p. 567. «Podría extenderse a otros»: *KR,* I, pp. 272-275. RGASPI 558.11.713.110-114, reuniones de 13 de junio y 14 de julio acerca de la Enciclopedia Soviética, informe de S. Vavilov sobre las reuniones con Stalin. Ofrece un pasaje a los que esperan en la parada del autobús: Tukov en Ribin, *Ryadom,* p. 87.

2. Mikoyan, pp. 567-568. Sergo Mikoyan. Igor Malenkov. Julia Jrushchova. Natalia Poskrebisheva. Papel de Bulganin: *Vlast,* 7 (2000), p. 53: Smirtukov a propósito de Bulganin. GARF 8131.sj.32.3289.1-11, Rudenko a Jrushchov, declaraciones de I. M. Turko, ex secretario de Yaroslavski Obkom., de Zakrizhevskaya, y del investigador Putitsev; Abakumov a Stalin: «Propongo al camarada Stalin detener a Kapustin ... espía inglés»; lista de condenas; Komarov ordena a los acusados que involucren a Zhdanov y Kosigin, pero en el último momento, les manda que no lo hagan. Rudenko informa el 29 de enero de 1954 y echa la culpa a Abakumov, 12 de febrero de 1954. Jrushchov, inseparable de Malenkov y Beria: *Kaganovich,* p. 64; Mikoyan, p. 587. Papel de Bulganin: Budionni, *Apuntes,* p. 49. Interrogatorios: *Lesser Terror,* pp. 214-221. Véase Parrish, «Serov»; Kuznetsov, «Abakumov». Para el «Leningradskoe delo»: *Komsomolskaya Pravda,* 2 (1990). I. S. Aksenov en *Voprosy Istorii, KPSS,* noviembre de 1990, pp. 102-103. *Vozvrashchennaya Imeria,* vol. 1, p. 317. *Izvestiya TsK KPSS,* 2 (1989), *Sovietskaya Militaria,* 4 (1991). Volkogonov, pp. 520-521. Hahn, p. 123. Sergo B, p. 217. *IA.* Sudoplatov, p. 325. Juicio: *Argumenty i Fakty,* 17 (1998), p. 7. *KR,* I, pp. 251, 279. Molotov tenía mucha relación con Voznesenski: *Vlast,* 38 (2000), p. 53. Despedida de Kuznetsov: Valeri Kuznetsov en BBC2, *Timewatch,* el caso de Leningrado. Jrushchov acusa a Malenkov de «hacer insinuaciones a Stalin» en el pleno de junio de 1957, *IA.* Molotov y Beria «temían a Voznesenski», *MR,* p. 292. Zhukov a propósito del caso del Gosplan y envidia de Beria por el Gosplan, *IA,* vol. 3 (1993), pp. 22-27, y vol. 4, p. 74; para el enfrentamiento Kuznetsov-Malenkov: *IA,* vol. 1 (1994), p. 34. *Rodina,* vol. 5 (1994), p. 82. Para los pecados de Voznesenski, Kruglov a Stalin, 3 de marzo de 1949; para la marcha de Voznesenski, 7 de marzo de 1949; informe de Andreyev, 22 de agosto de 1949; y notas de Voznesenski a Stalin sobre la pérdida de documentos secretos, 1 de septiembre de 1949, en *PB/Sovmin,* pp. 278, 285, 293-295, 297. RGASPI 83.1.5.96, Voznesenski a Stalin, 17 de agosto de 1949.

3. Beria y la bomba atómica: el presente relato se basa en su integridad en Holloway, pp. 213-219, incluido lo de «responsables ante el pueblo» - Pervujin; carta de Beria a Malenkov de julio de 1953, acerca de la «actitud de camaradería» mostrada ante su marcha a Semipalatinsk y la «hazaña colosal», p. 143. «Te haré papilla», *Beria*, p. 139. Beria goza otra vez del favor, Vlasik, p. 130. Deriabin, pp. 62-63. Lilia Drozhdova, «belleza», «no le dejes hacer nada», «gran amor»: Martha Peshkova. Vuelta de Jrushchov: *KR*, I, pp. 249, 268-275; regreso, caso de Moscú, recuperación del favor, equilibrio con el dúo Malenkov/Beria, *KR*, II, p. 95. Para el Caso de Moscú: Stalin a Malenkov: «Conozco los hechos de lo ocurrido en Moscú. Tal vez sea culpable de no prestar la debida atención a las quejas, porque confiaba en el camarada Popov: Debemos comprobarlo todo...». RGASPI 558.11.762.30-31, Stalin a Malenkov acerca de G. M. Popov y el caso de Moscú, 29 de octubre de 1949. Naumov en Taubman, pp. 93-96; Barsukov en Taubman, pp. 44-48; brutalidades de Jrushchov, casi un millón de víctimas: Shapoval en Taubman, pp. 33-41. Jrushchov a Stalin acerca de la necesidad de expulsar a los «elementos perniciosos de las aldeas», febrero de 1948, y resolución del PB acerca de la comisión encargada del reasentamiento de individuos, la organización de las cárceles y los campos de concentración especiales, y la expulsión de Ucrania de los elementos perniciosos, 10 de febrero de 1948, *PB/Sovmin*, pp. 250, 254: «Agrociudades». Enfrentamiento de Malenkov y Molotov con Jrushchov, que fue salvado por Beria: entrevista del autor con A. Mirtsjulava. Negus de Etiopía: Igor Malenkov. Simonov en *Beria*, p. 209: Beria subestima a Jrushchov: «idiota» y «profunda rusticidad, pura masculinidad», etc. Ejecución del arzobispo uniata y de los nacionalistas ucranianos: Sudoplatov, p. 249. «Bufón con cara de cerdo», Svetlana *OOY*, p. 163. «Yo, su hijo», Stefan Staszewski en *Oni*, p. 171. Hahn, pp. 137-141. RGASPI 82.2.897.101, Jrushchov a Stalin y Molotov, marzo de 1945. Limitar a Beria / atar corto: Sergo B, p. 218. Malenkov y Jrushchov, S. Jrushchov, *Superpower*, p. 29. vida en la calle Granovski/paseos: Julia Jrushchova, Igor Malenkov, Volia Malenkova, Nina Budionni. Inseparables: *Kaganovich*, p. 85. Mikoyan, pp. 581-583. RGASPI 73.2.23.143, Andreyev reconoce sus errores en lo tocante a su postura ante la organización del trabajo en las granjas colectivas, febrero de 1950. Jrushchov reconoce sus errores ante Stalin, 6 de marzo de 1951, en *PB/Sovmin*, p. 334. Cabeza hueca: Taubman, Jrushchov: *Man and Era*, p. 230. Liderazgo interno. Yoram Gorlizki, «Stalin's Cabinet: the Politsburo and Decision-Making in the Postwar Years», pp. 194-196, en Christopher Read: *The Stalin Years*. RGASPI 558.11.1481.51, vacaciones de Stalin: 5 de septiembre a 7 de diciembre de 1949. La bomba atómica y las canciones: Mgeladze, pp. 127-129; niñeras: pp. 117-118, 120.

CAPÍTULO 55

1. La siguiente exposición sobre la visita de Mao a la URSS y la guerra de Corea se basa en Sergei N. Goncharov, John W. Lewis y Xue Litai, *Uncertain Partners: Stalin, Mao and the Korean War*, pp. 84-93, 111-129, y en Vladislav Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War*, pp. 36, 54-56, 62-72. Lipki: Ri-

bin, *Stalin i Zhukov*, citando a V. Tukov, p. 39. Fedorenko, reunion de Mao y Stalin en Moscú, *Far Eastern Affairs, Moscow*, 2 (1989). Gromiko, *Memoirs*, p. 249. Deriabin: micrófonos ocultos, batalla de China, p. 109. Verdadero marxista, arroz, Stalin siente envidia: Sergo B., p. 221. Mao en Kuntsevo, un Pugachev chino: *MR*, p. 81. Recepción en el Metropol: Ehrenburg, *Postwar Years*, p. 302. Escatología: *Lesser Terror*, p. 190.

2. Comité para el aniversario de Stalin y condecoraciones: GARF 7523.65.218a. 1-28. Condecoraciones: GARF 7523.65.218. Lista de invitados: GARF 7523.65.181a.1-7. Paquetes-regalo: GARF 7523c.65.739.1-14, Shvernik a Zverev. Todos los documentos llevan fecha de 17 de diciembre de 1949. Brooks, *Thank You C. Stalin*, pp. 219-220. Volkogonov, pp. 525-528. *Maya*, p. 114. Sergo B., p. 219. Stepan M., p. 190. Natalia Poskrebisheva.
3. Fedorenko, Stalin y Mao celebran una cumbre en Moscú, *Far Eastern Affairs, Moscow*, 2 (1989). Gromiko, *Memoirs*, p. 249. Deriabin: micrófonos ocultos, batalla de China, p. 109; socios dudosos: pp. 84-93, pp. 111-129. Zubok, pp. 36, 57-62. Verdadero marxista, arroz, Stalin siente envidia: Sergo B., p. 221; Mao en Kuntsevo, un Pugachev chino: p. 81. Recepción en el Metropol: Ehrenburg, *Postwar Years*, p. 302. Escatología: *Lesser Terror*, p. 190, Mgeladze, pp. 137-138.
4. Corea: RGASPI 558.11.1481.51. Vacaciones de 1950: del 5 de agosto al 22 de diciembre, Zubok, pp. 64-66. Esta exposición de los hechos también se basa en Holloway, pp. 277-283, y en Goncharov, Lewis y Litai, pp. 135, 189-199. Mao es excepcional, confianza en él: Mgeladze, p. 137. Gromiko, *Memoirs*, p. 102. Jruschov, *Glasnost*, pp. 146-147. «Nada más que perder que sus hombres», Zubok, pp. 71 y 299. Algunos relatos afirman que Zhou Enlai se reunió con Stalin en la residencia de Sochi, pero el Vozhd pasó la mayor parte de esas vacaciones en Novi Afon. «Pienso que puedo confiar en él»: Mgeladze, p. 138. «¿Qué diablos hace?»: palabras de Beria según los apuntes de Charkviani. Gela Charkviani.
5. GARF 8131.sj.32.3289.1-11, Rudenko a Jrushchov. Volkogonov, pp. 520-521. Hahn, p. 123. *MR*, p. 292. Sergo B., p. 217. *IA*. Sudoplatov, p. 325. Juicio: *Argumenty i Fakty*, 17 (1998), p. 7. *KR*, I, p. 279. Para las marcas de Stalin junto a los nombres de los condenados: Lev Voznesenski en el reportaje *Timewatch* de la BBC2 sobre el caso de Leningrado. Para la muerte de Voznesenski: Andrei Malenkov, p. 54. Para la muerte de Kuznetsov: Julia Jrushchova.
6. Judíos: Kostirchenko, pp. 224-227, Zaltsman y el caso ZiS. Kostirchenko, a propósito de Yuri Zhdanov, p. 244. Stefan Staszewski en *Oni*, pp. 170-172. Jrushchov a propósito de los judíos: cuervos, Sudoplatov, p. 294, los Abramovich en *Istochnik*, 3 (1994), p. 96. Judíos en la fábrica de automóviles, *KR*, I, pp. 280-290; un tumor en la mente de Stalin e instrucciones a los líderes ucranianos, Melnikov y Korotchenko, pp. 280-290. Kostirchenko a propósito del caso ZiS: pp. 227-233. Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, p. 51. Para la cuestión mingreliana: *Beria*, p. 158; Sudoplatov, pp. 321-325; Abakumov recoge información relativa a las perversiones de Beria, p. 315. Probablemente Stalin utilizara la expresión «Gran Mingreliano» durante una conversación con Ignatiev: *Lesser Terror*, pp. 236-237. Sarkisov traiciona a Beria ante Stalin y Abakumov: *Vlast*, 22 (2000). Comprensiblemente, Mgeladze se niega a explicar el papel que desempeñó en ese asunto, aunque cuenta con gran satisfacción cómo socavó el prestigio de Beria: Mgeladze, pp. 99-100,

167-170. Apuntes de Charkviani, Gela Charkviani, Eka Rapava. Nina Rujadze. Aliosha Mirtsjulava.

CAPÍTULO 56

1. Riumin: *Lesser Terror*, pp. 174, 230-235, 272. Kostirchenko, pp. 125-126, 262. Gulags: A. Applebaum, *GULAG*, p. 522. Enfrentamiento de Riumin con Abakumov: J. Brent y V. Naumov, *Stalin's Last Secret*, pp. 107-125. Sudoplatov: papel de Sujanov/Malenkov, pp. 328-329; la conjura de los médicos como lucha interna de poder: Stalin, Malenkov y Jrushchov contra Beria y la vieja guardia, pp. 298-300. Ignatiev ya era el secretario del Comité Central responsable del MGB antes de ser nombrado ministro: Sudoplatov, pp. 300-306. Sujanov, *Memoirs*. Sergo B., p. 217; Sergo Beria afirma que Malenkov «dictó» la carta de Riumin, lo cual es posible, pero entonces Beria quedaría claramente eliminado de esa ecuación. *Beria*, pp. 157-159. El Enano: véase Kostirchenko, pp. 125-126. El pequeño Mishka Riumin: Deriabin, pp. 47-57, 89. Poskrebishev: artículos en *Pravda*, 13 de octubre de 1952 y 30 de diciembre de 1952. GARF 7523.55.65.1, Ignatiev es nombrado para encabezar el MGB el 5 de julio y oficialmente el 9 de agosto; Abakumov es destituido el 11 de agosto de 1951; Riumin ocupa oficialmente el cargo de viceministro el 19 de octubre de 1951, *PB/Sovmin*, pp. 343-348. GARF 8131.sj.32.3289.26, Abakumov a Beria, 15 de agosto de 1952. La carrera de Abakumov y el papel que desempeñó en la destrucción de la familia Ordzhonikidze, citando a Konstantin Ordzhonikidze, GARF 8131.sj.32.3289.38, Rudenko a Jrushchov, enero de 1954. Los lujos de Abakumov: GARF 8131.32.3289.199-200, Rudenko a propósito de Beria. Naumov, pp. 53-55. Abakumov destrozado: *Golgofa*, pp. 10-15, 21-28, 30-40. Ignatiev: Hahn, p. 142; «apacible y considerado», *KR*, I, pp. 303-307. Beria decepcionado de Merkulov: *Beria*, pp. 157-159. Para los *curatores*: Nikita Petrov. La corrupción de Abakumov y el cochecito de niños: Deriabin, pp. 47-57; Shvartsman, Sudoplatov, pp. 300-306. Merkulov también había denunciado a Abakumov, con la esperanza de recuperar el control del MGB. Fue recompensado con el Ministerio de Control Estatal. Vacaciones: RGASPI 558.11.1481.52; RGASPI 83.1.9.57, Stalin a Malenkov, 13 de diciembre de 1950.
2. Vacaciones de Stalin, del 10 de agosto al 22 de diciembre de 1951. Estado de salud: Tukov y Orlov citados en Ribin, *Ryadom*, pp. 91-94. Medvedev, *Neizvestnyi Stalin*, pp. 19-20. Visita a Stalin dos veces por semana: Mikoyan, p. 529. Lago Ritsa: visita del autor. «Estoy acabado»: *KR*, I, p. 272. Ignora a Voroshilov, *MR*, p. 225, y no lee sus papeles, pp. 179-180. Le aburren las cuestiones financieras: Medvedev, p. 490. Retraso del presupuesto hasta el último minuto: Smirtukov en *Vlast*, 25 (2000), p. 46. Correcciones en los discursos de Bulganin: RGASPI 558.11.712.145, noviembre de 1950. Nuevos cuadros: Mgeladze, p. 125; movimientos: Mgeladze, p. 141. Estudios de Malenkov: Shepilov, «Vospominoshiya», p. 3. Plátanos: Mikoyan, pp. 529-533; Charkviani, pp. 40-41. Charkviani afirma que esa escena tuvo lugar en Jolodnaya Rechka, Mikoyan dice que en Novi Afon: también autoridad interna: Gorlizki, p. 197: el ministro Menshikov fue destituido el 4 de noviembre de 1951. Sucesores: Jrushchov, *Glasnost*, p. 39.

3. Últimas vacaciones: *KR*, I, pp. 325-328. Vlasik, p. 41. Mgeladze: desplazamientos de una casa a otra, pp. 141-147. Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 200-201, 207-209, donde se cita a Nadia. Svetlana *OOY*, p. 319; abandono del Kremlin, p. 140. Svetlana RR. Fotografías de Nadia: Volkogonov, pp. 154-155. Invitaba a viejos amigos que se lamentaban: *MR*, p. 212. Matrimonio de Svetlana: Yuri Zhdanov. «Svetlana lleva los pantalones», «¿Qué ocurrirá ahora?»: Mgeladze, pp. 117-120. Svetlana pide autorización a su padre para divorciarse: Charkviani, pp. 59-60. Resurgimiento de Zhdanov: Raanan, p. 168. Mikoyan, p. 362. Stepan M., p. 145. Ludvigov, secretario de Beria, en Sudoplatov, p. 321. Nietos: Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 75-78. Gulia Djugashvili, p. 28. Dentadura postiza: informes médicos en Vasili, p. 181. Caso de los mingrelianos: empieza con un expediente abierto el 9 de noviembre de 1951 a C. Baramia por aceptación de sobornos, y sigue con la resolución del Politburó de 27 de marzo de 1952 relativa al Partido Comunista de Georgia, en *PB/Sovmin*, p. 349. *Lesser Terror*, pp. 236-237. Sergo B., pp. 241-243; tigre, pp. 120-121; bromas y burlas, p. 168; dormía como un perro pachón, orgulloso de Nina, miedo, visitas de Svetlana, pp. 241-242; «buscando calor humano», p. 148; Beria infeliz, p. 296; el estado soviético es demasiado pequeño: p. 235; p. 247: el papel de Malenkov; solidaridad, p. 239. C. H. Fairbanks, «Clientism and Higher Politics in Georgia 1949-1953», *Transcaucasia*. Charkviani, pp. 40-58. La llamada telefónica: Gela Charkviani. Mgeladze dirige casas de vacaciones, Sudoplatov, p. 359. Mgeladze y el caso mingreliano: burdel, pp. 142-143, 162-163; acude a toda prisa a casa de Stalin, pp. 146, 180-184, 192-200; Stalin odiaba a Beria, pp. 178-179; últimas cenas celebradas en Novi Afon con Jrushchov y sus brindis, pp. 148-149; resistencia del Politburó a aceptar en su seno a líderes jóvenes, p. 191. Nina Rujadze. *KR*, I, pp. 271, 309-311. Lilia Drozhdova - Martha Peshkova. Visita de Tamara Rapava: Eka Rapava; del mismo modo que sucedió cuando Candide Charkviani, que había sido nombrado inspector del Comité Central en Moscú, pidió ser recibido por Beria, y éste dijo que no podía atenderle: Gela Charkviani. Beria y la política internacional, propuesta de la reunificación de Alemania en 1952: Zubok en Taubman, pp. 275-277. Apoyo mutuo: Mikoyan, pp. 536, 581-583; Vlasik: Nadezhda Vlasika. GARF 7523.107.127.1-6, Vlasik suplica el perdón del Vozhd. Guardias: Deriabin, pp. 74, 83-85. Stalin se queja de que Beria recibe el apoyo de Molotov y Kaganovich, Mgeladze, p. 178.
4. Médicos: Kostirchenko, pp. 262-270. Vaksberg, *Stalin Against Jews*, p. 242. Examen clínico de Vinogradov: Rapoport, pp. 216-218. La autopsia llevada a cabo por el Dr. Miasnikov confirmó un grave endurecimiento de las arterias cerebrales, esto es, la arteriosclerosis que padecía: véase *Beria*, pp. 172, 270. Stalin a propósito de los médicos: conversaciones: RGASPI 74.2.38.89, Stalin a Voroshilov, sin fecha. «La bebida»: Stalin a Edward Kardelj en Dedijer, *Tito Speaks*, p. 294. «En mi tumba»: Harriman-Abel, pp. 349-353. Pastillas de Poskrebishev, etc.: Natasha Poskrebisheva. Volkogonov, p. 526. Destrucción de los informes médicos: Medvedev, *Neizvestnyi Stalin*, pp. 18-20. Síntomas descritos por los guardaespaldas: Ribin, *Ryadom*, pp. 91-94. Conversación de Stalin con el coronel V. Tukov del cuerpo de guardaespaldas a propósito de los médicos: Ribin, *Kto Otravil Stalina?*, p. 10, y con Valechka en Svetlana, *Twenty Letters*, p. 215. Orden de Vasili de proceder a la exhibición aérea: Stepan M., p. 171.

5. Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, pp. 55-61: Lozovski echa por tierra los argumentos de la acusación, p. 256; Kostirchenko, pp. 126-135. Descripción de Lozovski por Margaret Bourke-White en Rubenstein y Naumov, *Pogrom*, p. 219. Longevidad: trabajo del profesor A. Bogolomov: Medvedev, *Neizvestnyi Stalin*, p. 17. Fallecimiento de Litvinov: Carswell, p. 162.
6. RGASPI 83.1.35.35, Andreyev a Malenkov, 7 de enero de 1949. Kostirchenko, pp. 273-278, Andreyev y la cocaína, p. 284. Grilletes en las piernas, Vaksberg, *Stalin Against Jews*, p. 242. Stalin a V. Tukov, del cuerpo de guardaespaldas, en Ribin, *Kto otravil Stalina?*, p. 10. Para la guerra: Lozgachev citado en Radzinski, p. 551. «Debemos evitar la guerra»: Sergo B., p. 357. A Stalin le horrorizaba la posibilidad de una guerra: *KR*, II, p. 11. Véanse también las disculpas a sus guardias y la amabilidad con la servidumbre en Ribin, *Ryadom*, pp. 90-91. Ribin, *Stalin i Zhukov*, «Jefe», pp. 42-43. Para el estudio más reciente de la conjura de los médicos, véase J. Brent y V. Naumov, *Stalin's Last Crime*, pp. 130-135, 184.
7. Sergo B., pp. 148, 236-237; «fanatismo islámico», p. 133. Svetlana, *Twenty Letters*, p. 222. *KR*, I, pp. 290-295. *Thank You C. Stalin*, p. 326. Comisión para la concesión de los premios Stalin y antisemitismo: Simonov, «Glazami», pp. 83-85. Mikoyan, pp. 569-571. Holloway, p. 289. *Mekhlis*, pp. 291-294: Mejlis murió el 13 de febrero de 1953, tres semanas antes que Stalin, que le concedió un funeral espectacular. Chikobava / lingüística: Arnold Chikobava, «Kogda i kak eto bylo», *Ezhegodnik iberiysko-kavkazkogo yazykoznaniya*, vol. 12 (1985), pp. 9-14. Medvedev, *Neizvestnyi Stalin*: «Stalin and Linguistics: An Episode in the History of Soviet Science». Alexei Kojevnikov, «Games of Stalinist Democracy, Ideological Discussions in Soviet Sciences 1947-1952», en Fitzpatrick (ed.), *Stalinism: New Directions*, pp. 162-169. Prestigio de Molotov y Mikoyan: Gorlizki, p. 207.

CAPÍTULO 57

1. L. N. Efremov: «Memoria del Pleno», en *Dosye Glasnosty, Spetsvypusk*, 2001, p. 11. Simonov: «Glazami», *Znamya*, pp. 97-99. Mikoyan; pp. 573-577. *MR*, p. 319. *KR*, I, pp. 299-302; el médico, pp. 303-307. Sergo B., p. 342; Beria a propósito de Suslov, p. 161; nadie iba a suceder a Stalin, p. 161; *Beria*, pp. 165-168. Resolución del Pleno del CC acerca de la composición del Presídium, el Buró del Presídium y la Secretaría del Partido, 16 de octubre de 1952: en *PB/Sovmin*, p. 89. Para Lenin: Service, *Lenin*, pp. 449-450. Para la ideología final: Zubok, p. 76. «¡De Lenin! ¡De Lenin!»: «Neizvestnaya Rossiya», *20th Century*, vol. I, 1992, p. 275, citado en Zubok, pp. 73 y 295; Stepan M., pp. 186-187; Deriabin, p. 95; Hahn, pp. 148-149; Rosenfeldt, pp. 191-192. Devolución de los protocolos de Ribbentrop: Sudoplatov, p. 327. Suslov como sucesor: Medvedev, *Neizvestnyi Stalin* («El heredero secreto de Stalin»). Reuniones de Suslov con Stalin en 1948: *IA*.
2. Sergo B. a propósito del doctor Vinogradov, p. 243. Stalin a Ignatiev —«¡Pégalos, pégalos y pégalos!»—: *KR*, I, pp. 303-307. Ignatiev: *Lesser Terror*, pp. 234-235. Alianza de Stalin con Riumin y Goglidze, *Golgofa*, p. 28; Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 75-77, y Johnreed Svanidze, p. 87; Galina Djugashvili, p. 28. «Nunca paraba quieto», y aventura de Svetlana con Johnreed Svanidze: G. Djugashvili en Biagi,

pp. 60-63. Kostirchenko, pp. 280-281, 262. Sergo B. a propósito de Vinogradov: pp. 243-244. «Cárgalos de grilletes y pégalos»: Ludvigov a Sudoplatov, p. 306. Caída de Rujadze: RGASPI 558.11.135.88, Stalin a Goglidze, Mgeladze, 25 de junio de 1952. Desfiles del 6 y el 7 de noviembre: Hahn, pp. 148-149; GARF 7523.107.127.1-6. Vlasik pide perdón: Kostirchenko, pp. 285-287; Vaksberg, *Stalin Against Jews*, p. 246. Fusilamiento de los amigos de Vlasik: Parrish, «Serov», 125. Vlasik y el caviar / Poskrebishev apela a Beria: Sergo B., pp. 363, 242. «¡Parásitos!»: Stalin a Vlasik, Svetlana, *Twenty Letters*, p. 217. Para Poskrebishev: artículos de *Pravda*, 13 de octubre y 30 de diciembre de 1952. *IA* 1997: I, p. 34. Volkogonov, pp. 528, 569, y Medvedev, *Neizvestnyi Stalin*, «Enigmas de la muerte de Stalin». Al parecer, V. P. Malin fue designado su sucesor, aunque da la impresión de que fue su ayudante, S. Chernukha, el que siguió llevando el despacho: Natasha Poskrebisheva, Nadia Vlasika. Poskrebishev; visitaba a menudo a Beria: Martha Peshkova. Molotov a propósito de Poskrebishev, Vlasik y las mujeres: *MR*, pp. 223, 235. Para Poskrebishev y los papeles perdidos: *KR*, I, pp. 290-295.

3. Reunión del Politburó de 1 de diciembre: Malishev en *Istochnik*, 5, 1997, pp. 140-141. Kostirchenko, pp. 285-287. Terror en Europa: Berman en *Oni*, pp. 318-322. Caso Slanski: Kostirchenko, p. 279. Hipopótamos/1937/camareros con guantes blancos y declaración de Ignatiev: J. Brent y V. Naumov, *Stalin's Last Crime*, pp. 212, 218-219, 252, 269, 272.
4. Molotov y Mikoyan: confianza —«Nunca me traicionó»— charlas en las casas, provocaciones de Beria, Beria pretende proteger a Molotov: Mikoyan, pp. 536, 581-583. Tigre: Sergo B., pp. 120-121, 237-239. Molotov —Stalin no tenía mucha confianza en mí—: *MR*, p. 325. Viacheslav Nikonov: Ningún temor después de estar en la cárcel: *KR*, I, pp. 303-307 (Koniev), 330-332; Beria arremete contra Stalin, p. 337; protección de Beria, p. 332. Malenkov tranquiliza a Beria en lo concerniente a la bomba atómica: Beria a Malenkov, julio de 1953. Kaganovich advierte a Mikoyan acerca del caso de Leningrado. Beria tranquiliza a Jrushchov, Poskrebishev, y Mikoyan. Malenkov tranquiliza a Jrushchov cuando es mandado llamar de nuevo a Moscú. Stalin se percata del apoyo que recibía Beria de Molotov, Kaganovich, etc. Cólera de Molotov cuando Stalin dice que pasan de los setenta años: Oleg Troyanovski. Para Jrushchov y Malenkov: Julia Jrushchova, Volia Malenkova. Beria y Jrushchov en contra de los últimos cambios; Stalin intuye la desaprobación y los apoyos que suscita Beria: Mgeladze, p. 191. Stalin impotente frente a los Cuatro: B. Ponomarenko, *Sovershenno Sekretno*, 3, 1990, p. 13. El cumpleaños y los días sucesivos: Mikoyan, pp. 577-580; Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 214-218; Medvedev, *Neizvestnyi Stalin*, pp. 19-20. Salud: Ribin, *Ryadom*, pp. 91-94. Asesinato de Stalin: *Hoxha: Artful Albanian*, p. 144. Solidaridad de grupo: Sergo B., pp. 237-239.
5. Stalin lee la carta de Timashuk: *KR*, I, pp. 303-307, 337. Timashuk: *Pravda*, 21 de enero de 1953; Kostirchenko, pp. 285-300. El objetivo era Beria: *MR*, p. 236. Los hombres de Beria son detenidos; Deriabin, pp. 103-121. 14.000 detenidos en Georgia: *Lesser Terror*, p. 239; detención de los aliados de Beria, criptojudío, pp. 236-237; A. Malenkov en *Zhurnalist* 2, 1991, p. 64. Beria a Kaganovich en el pleno de julio de 1953: «Pleno del TZK KPSS 2-7 julio de 1953», *Izvestiya TsK KPSS*, Nº 1 y 2, 1991. «Beria, deberíamos proteger a Molotov»: Mikoyan, p. 584.

Caso de los judíos: K. M. Simonov, *Literaturnaya Gazeta*, 13 de enero de 1953; *Pravda* 13 de enero de 1953. Pánico antisemita: Ehrenburg, *Postwar Years*, p. 298; Sergo B., pp. 237-239. Concierto para piano número 23 de Mozart: I. B. Borev en *Staliniade*, citado en *Lesser Terror*, p. 235. Miedo a una guerra con América: Stepan M. A la muerte de Stalin, Mikoyan dijo: «Si no tuvimos una guerra mientras estaba vivo [Stalin]...» Miedo a la guerra de Beria: Candide Charkviani, Gela Charkviani. Para la guerra: Lozgachev citado por Radzinski, p. 551. «Debemos evitar la guerra»: Sergo B., p. 357. Stalin temblaba de miedo ante la guerra: *KR*, II, p. 11. Sumamente cambiado: Sudoplatov, p. 333.

6. RGASPI 558.11.157.9-14, Shepilov a Stalin y anotaciones a mano de Stalin, 10 de enero de 1953. Conjura de los médicos: *Pravda*, 16 de enero de 1953, «Protiv subyektivistshikh izvrashcheniy yestestvoznanii». La carta de los judíos: Mikoyan, 536; *Kaganovich*, p. 174; *Lesser Terror*, pp. 247-249; *Nauka i Zhizhn*, 1 (1990); *KR*, II, p. 78. Ehrenburg también se negó a firmar, enviando un escrito muy ingenioso a Stalin: *Stalin Against Jews*, pp. 257-270. Según Vaksberg, la idea de la deportación fue sugerida por vez primera por Dmitri Chesnokov, editor jefe de *Voprosy Filosofii*, en 1952; fue nombrado miembro del Presidium por Stalin en el pleno de octubre: carta de Ehrenburg, pp. 263-264. Campos de concentración: J. Brent y V. Naumov, *Stalin's Last Crime*, p. 295.
7. Adalberto Zelmar Barbosa, *El Federalismo Bloquista: Bravo o el pragmatismo político*, pp. 22-31. Entrevista asimismo en Buenos Aires con Leopoldo Bravo y su familia y simpatía de Stalin por Perón: Mikoyan, p. 549.

CAPÍTULO 58

1. Últimas reuniones: Mgeladze, p. 232. Menon en Georges Bortoli: *Death of Stalin*, p. 122. *IA*. Tito: Sudoplatov, p. 333; Ribin, *Ryadom*, pp. 83-99, donde incluye a Vasili. *KR*, II, pp. 338-341. Lozgachev en Radzinski: pp. 550-558; Svetlana, *Twenty Letters*, pp. 13-21, y baño de vapor, p. 215; inducido por Beria: Volkogonov, *Rise and Fall*, p. 176. Medvedev: *Neizvestnyi Stalin*, pp. 21-44, a propósito del papel de Ignatiev y Jrushchov en el retraso de la llegada de los médicos. Malenkov —Stalin le aprieta los dedos—: Smirtukov citado en *Vlast*, vol. 5, 2000, p. 53; *MR*, pp. 236-237; Beria le da un beso y repite: «¡Me lo he cargado yo!»; Malenkov sabía más. Kaganovich, *Zapiski*, p. 499: «Abrió los ojos y nos miró». Idas y venidas de Jrushchov a su casa: S. Jrushchov, *Superpower*, pp. 31-32. Mikoyan, p. 580: «Tuve mucha suerte». Beria en su casa; el dolor de Nina; los planes de Beria, pacto sobre la sucesión: Sergo B., pp. 248-249. Señaló la fotografía de una niña con un corderito, la inteligencia de Stalin, Molotov: Gromiko, *Memoirs*, p. 103. Se decide el ejecutivo antes de que Stalin muera: *Istochnik*, 1, pp. 106-111. *Izvestiya TsK KPPS*, 1 (1991), pp. 149-150. Partes médicos: Dr. A. L. Miasnikov, *Literaturnaya Gazeta*, 1 de marzo de 1989, p. 13. Los interrogatorios de Polina fueron interrumpidos: Kostirchenko, p. 300. Preguntas a los médicos detenidos acerca del patrón de respiración Cheyne-Stokes: Rapport, pp. 151-153; Vaksberg, *Stalin Against Jews*, p. 271. Beria le besó la mano: *MR*, p. 237; *KR*, I, pp. 338-341. «Se ha ido para adueñarse del poder», Mikoyan, p. 587. Última noche: Jrushchov cita-

do en Volkogonov, pp. 570-571. E. D. Voroshilova: RGASPI 74.1.429.47, diario, 2 de marzo de 1953. Máscara fúnebre y manos: RGASPI 45.1.1683.1-10, de perfil, de frente y manos. Parte de los médicos: APRF 45.1.1486.1-156, citado en Volkogonov, *Rise and Fall*, pp. 173-178. Reunión del gobierno de 5 de marzo: APRF 45.2.196.1-7. *IA*. Reuniones del 2 y el 5 de marzo en el despacho de Stalin. Alivio: Simonov, «Glazami», p. 228; N. Barsukov, «Mart 1953. Stranitsy istorii KPPS», *Pravda*, 27 de octubre de 1989. Hipótesis acerca del sodio cristalizado y hemorragias gástricas: J. Brent y V. Naumov, *Stalin's Last Crime*, pp. 321-322. Estadísticas de asesinados, desterrados y gulags: A. Applebaum, *GULAG*, pp. 521-528. Beria a propósito de Stalin los días posteriores a la muerte del Vozhd. A M. Chiaureli le dijo: «¡Ese canalla! ¡Esa inmundicia!», citado en Krotkov y en Nekrasov, p. 257. «Haber evitado la guerra»: Beria a Sharia durante el proceso de éste en *Istoricheskii Zhurnal*, 10, 1991, p. 57. A Candide Charkviani le dijo: «Culto de la personalidad» y «Nosotros ganamos la guerra». «Hombre del futuro», Beria, *MR*, p. 232. Últimas cartas: Medvedev, *Neizvestnyi Stalin*, Archivos personales de Stalin: ¿Escondidos o destruidos? Hechos e hipótesis.

EPÍLOGO

1. Esta sección se basa fundamentalmente en las entrevistas mantenidas con: Viacheslav Nikonov, Natalia Andreyeva, Iosiv Minervin, Stas Namin, Martha Peshkova, Julia Jrushchova, Sergo y Stepan Mikoyan, Nina Budionni, Igor Malenkov y su hermana Volia, Yuri Zhdanov, Leonid Redens, Vladimir Alliluyev (Redens), y Kira Alliluyeva. Caída de Beria: Mikoyan, *Tak Bylo*, pp. 584-588 («No me busques las cosquillas»), y la versión bien conocida de Jrushchov *Remembers*. Véase asimismo Amy Knight, *Beria*. Para la muerte de Beria, la toalla en la boca, etc., véase Michael Parrish, *The Lesser Terror*, y para el baño de ácido, véase *Vlast*, vol. 22, 2000, pp. 46-47. Muerte de Beria y pleno de 1957 - «Nuremberg»: W. Taubman, Jrushchov, *Man and Era*, pp. 256, 321-324. Véase asimismo Svetlana Alliluyev, *Only One Year* y *Twenty Letters*; Medvedev, *All Stalin's Men*; Jrushchov, de quien Shapoval cita lo de manchado «hasta los codos» en Taubman, *Khrushchev*, p. 41. Sueño de Molotov: *Molotov Letters*, p. 1.

Bibliografía

Fuentes primarias

Antipenko, N. A., «Tyl Fronta», *Novy Mir*, 8 (1965).
Alanbrooke, vizconde, *War Diaries 1939-1945*, Londres, 2001.
Alexandrov, G. V., *Epoja I kino*, Moscú, 1983.
Alliluyeva, Anna S., *Vospominaniya*, Moscú, 1946.
Alliluyeva, Svetlana, *Twenty Letters to a Friend*, Londres, 1967.
—, *Only One Year*, Londres, 1971.
Alliluyev, Sergei, *Proidennyi put*, Moscú, 1946.
Alliluyev, Sergei, y Anna Alliluyeva, *The Alliluyev Memoirs*, ed. David Tutaev, Londres, 1968.
Babel, Isaak Emmanuilovich, *1920 Diary*, New Haven, Connecticut, 1990 (hay trad. cast. del org. ruso: *Caballería roja; diario de 1920*, Galaxia Gútenberg, Barcelona, 2002).
—, *Collected Stories*, Londres, 1994 (véase en cast.: *El despertar y otros relatos*, Compañía Europea de Comunicación e Información, Madrid, 1992, *Caballería roja y otros relatos*, Círculo de lectores, Barcelona, 1991; *Cuentos de Odesa y otros relatos*, Alianza, Madrid, 1985).
Baibakov, N. K., *Delo zhizni: zapiski neftyanika*, Moscú, 1984.
Bazhanov, Boris, *Bazhanov and the Damnation of Stalin*, Ohio, 1990 (hay trad. cast. del org. ruso: *Al servicio de Stalin: el zar rojo de todas las rusias*, Ulises, Madrid, 1931).
Berezhkov, Valentin, *Kak ia stal perevodchikom Stalina*, Moscú, 1963.
—, *History in the Making, Memoirs of WW2 Diplomacy*, Moscú, 1983.

L. P. Beria

Beria, L. P., «Laventry Beria: Pizma iz tyuemnogo bunkera», *Istochnik*, 4 (1994).
—, *On the History of Bolshevik Organizations in Transcaucasia*, Moscú, 1949.

Beria, Nina, «Letters to LP Beria», *Istochnik*, 2 (1994).
—, «Letter to Members of Presidium 7 January 1954», *Vlast*, 34 (2001).
Beria, Sergo, *Beria My Father: Inside Stalin's Kremlin*, Londres, 2001.
The Beria Affair, The Secret Transcripts of the The Meetings Signalling the End of Stalinism, ed. D. M. Sickle, Nueva York, 1992.
Beria Affair, pleno del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, julio de 1953, *Izvestiya TsK KPSS*, 1 y 2 (1991).
Bessedovski, G., *Revelations of a Soviet Diplomat*, Londres, 1931 (hay trad. cast. del francés: *Memorias de un diplomático soviético*, Mentora, Barcelona, 1931).
Birse, A. H., *Memoirs of an Interpreter*, Londres, 1967.
Bohlen, Charles E., *Witness to History*, Nueva York, 1973.
Bolshakov, I. G., «Letter to AN Poskrebyshev on film Tarzan», *Istochnik*, 4 (1999).
Bujarin, Nikolai, *How It All Began*, Nueva York, 1998.
Budionni, S. M., *Proidennyi put*, Moscú, 1968.
—, *Notes*, ed. Nina Budionni, s. p.
Cadogan, Alexander, *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, Londres, 1971.
Charkviani, Candide, *Memoirs on Stalin*, s. p.
Chikobava, Arnold, «Kogda ix kak eto bylo», *Ezhegodnik iberiysko-kavkazskogo yazykoznaniya*, vol. 12 (1985).

W. S. Churchill

Churchill, Winston S., *Second World War*, Londres, 1951 (hay trad. cast.: *La Segunda Guerra Mundial*, Orbis, Barcelona, 1985).
Churchill and Stalin, documents from British Archives, FCO Historians.
Dan, Lidia, «Bujarin o Staline», *Noviy Zhumal*, 75 (marzo de 1964).
Davies, Joseph E., *Mission to Moscow*, Londres, 1942 (hay trad. cast.: *Misión en Moscú*, Nuevo Mundo, México, 1943).
Dedijer, V., *Tito Speaks*, Londres, 1953.
Dekanozov, Reginald, *Some Episodes of the History of Soviet-German Relations Before the War*, s. p.
Deriabin, Peter, *Inside Stalin's Kremlin*, Washington, D. C., 1998.
Dmitrov, Georgi, *The Diary of Georgi Dmitrov 1933-1949*, ed. Ivo Banac, New Haven, Connecticut, 2003.
Dobrinin, Anatoli, *In Confidence: Moscow's Ambassador to Six Cold War Presidents*, Washington D. C., 2001 (hay trad. cast.: *En confianza: el embajador de Moscú ante los seis presidentes norteamericanos de la guerra fría, 1962-1986*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998).
Djilas, Milovan, *Conversations with Stalin*, Nueva York, 1962 (hay trad. cast.: *Conversaciones con Stalin*, Seix Barral, Barcelona, 1962).
—, *Wartime*, Londres, 1980.
Djugashvili, Gulia, *Ded, Otets, Ma i Drugie*, Moscú, 1993.
Eden, A., *Memoirs, Facing the Dictators*, Londres, 1962 (hay trad. cast.: *Memorias*, vol. I: *1923-1938: Frente a los dictadores*, Noguer, Barcelona, 1960).
Efimov, Boris, *Mijail Koltsov, Kakim On Byl*, Moscú, 1965.

Efremov, L. N., Memoir of Plenum, *Dosye Glastnosty, Spetsvypusk*, 2001.
Ehrenburg, Ilia, *Men, Years, Life*, Londres, 1966 (hay trad. cast. del org. ruso: *Gentes, años, vida: memorias, 1921-1941*, Planeta, Barcelona, 1986).
Eisenhower, Dwight D., *Crusade in Europe*, Nueva York, 1948 (hay trad. cast.: *Cruzada en Europa*, Vergara, Barcelona, 1949).
Fedorenko, N. T., «Zapiski diplomata. Rabota s Molotovym», *Novaya i Noveishaya Istoriya*, 4 (1991).
Gaulle, Charles de, *Memoires de Guerre*, París, 1959 (hay trad. cast.: *Memorias de guerra*, 3 vols., Caralt Editores, Barcelona, 1970).
—, *Complete War Memoirs of Charles de Gaulle 1940-1946*, Nueva York, 1964.
Ginsburg, Eugenia S., *Journey into the Whirlwind*, Nueva York, 1967.
Gnedin, E. A., *Katastrofa I vtoroe rozhdenie*, Amsterdam, 1997.
Gromiko, Andrei, *Memoirs*, Londres, 1989.
—, *Pamyatnoye*, Moscú, 1990.
Grossman, Vassili, *Life and Fate*, Londres, 1985 (hay trad. cast. del org. francés: *Vida y destino*, Seix Barral, Barcelona, 1985).
—, «Mama», *Znamya*, vol. 5 (1989).
Guinzburg, S. Z., *O proshlom, dlya budushchego*, Moscú, 1984.
Gunther, John, *Inside Russia Today*, Nueva York, 1962 (hay trad. cast.: *Europa por dentro, hoy*, Goyanarte, Buenos Aires, 1963).
Harriman, Averell W., y Abel, Elie, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946*, Nueva York, 1975.
Hilger, Gustav y Alfred Mayer, *Incompatible Allies: A Memoir History of German-Soviet Relations 1918-1941*, Nueva York, 1953.
Hoxha, Enver, *Artful Albanian: the Memoirs of Enver Hoxha*, ed. Jon Halliday, Londres, 1986.

N. S. Jrushchov

Jrushchov, N. S., *Khrushchev Remembers: the Glasnost Tapes*, eds. Jerrold Schecter y Vyacheslav Luchkov, Nueva York, 1990.
—, *Khrushchev Remembers*, Londres, 1971-1974.
—, «Memuary Nikity Sergeevicha Jrushcheva», *Voprosy Istorii*, 1990-1995.
Jrushchov, Sergei, *Nikita Khrushchev and the Creation of a Superpower*, Pensilvania, 2001.
Iskander, Fasil, *Sandro of Chegem*, Londres, 1979.

L. M. Kaganovich

Kaganovich, L. M., *Tak Govoril Kaganovich*, ed. Felix Chuev, Moscú, 1992.
—, *Pamiatniye Zapiski*, Moscú, 1997.
Kennan, George, *Memoirs*, Boston, 1967-1972.
Kamov, B., «Smert Nikolaia Yezhova», *Iunost*, 8 (1993).
Kavtaradze, Sergo, *Memoirs*, s. p.
—, entrevista, *Literaturnaya Rossiya*, 12 (1989).

Koniev, I. S., *Sorok pyatyi*, Moscú, 1966.
—, *Zapiski kommanduushchego frontom*, Moscú, 1991.
Kopelev, Lev, *No Jail for Thought*, Londres, 1977.
Krivitski, Walter, *I Was Stalin's Agent*, Londres, 1940.
Kravchenko, Victor, *I Chose Freedom*, Nueva York, 1946 (hay trad. cast. del org. ruso: *Yo escogí la libertad*, Nos, Madrid, 1948).
Krementsov, Nikolai, *Stalinist Science*, Princeton, 1997.
Kuznetsov, N. G., «Memoirs», *Voprosy Istorii*, 4-5 (1965).
Larina, Anna, *This I Cannot Forget, The Memoirs of Nikolai Bukharin's Widow*, Londres, 1994.
Lunghi, Hugh, *Minutes of Meeting between Generalissimo JV Stalin and Admiral Mountbatten at Babelsberg, Germany, 25 July 1945 at 12.45 hours*, s. p.
—, *Tribute to Sir Winston Churchill at Churchill Memorial Concert*, Blenheim Palace, 1 de marzo de 1997.
—, *Meeting Stalin*, European Service, General News Talk, BBC, 1 de marzo de 1963.
Maiski, Ivan, *Memoirs of a Soviet Ambassador*, Londres, 1967.
Malenkov, Andrei, *O moem otse Georgie Malenkove*, Moscú, 1992.
Malishev, V. A., «Notes», *Istochnik*, 5 (1997).
Mandelstam, Nadezhda, *Hope Against Hope*, Londres, 1999 (hay trad. cast.: *Contra toda esperanza: memorias*, Alianza, Madrid, 1984).
Meretskov, K. A., *Na sluzhbe narodu*, Moscú, 1970.
Mgeladze, Akaki, *Stalin, kakim ya ego znal*, Tiflis, 2001.

A. I. Mikoyan

Mikoyan, Anastas, *Tak bylo*, Moscú, 2000.
Mikoyan, N., «A Month at Beria's Dacha», *Forum*, 3 (1995).
Mikoyan, Stepan, *Memoirs of Military Test-flying and Life with the Kremlin's Elite*, Londres, 1999.

V. M. Molotov

Molotov, V. M., *Molotov Remembers*, ed. Felix Chuev, Chicago, 1993.
—, *Sto Sorok Besed s Molotovym*, ed. Felix Chuev, Moscú, 1991.
Muratov, E., «6 Chasov s I V Stalinym na Prieme v Kremle», *Neva*, 7 (1993).
Miasnikov, A. I., apuntes médicos sobre la enfermedad de Stalin, *Literaturnaya Gazeta*, 1 de marzo de 1989.
Nutsibidze, Ketevan y Shalva, *Nakaduli*, Tiflis, 1993.
Okunevskaya, Tatiana, *Tatianin den*, Moscú, 1998.
Orlov, Alexander, *Secret History of Stalin's Crimes*, Londres, 1954 (hay trad. cast.: *Historia secreta de los crímenes de Stalin*, Destino, Barcelona, 1955).
Ortenberg, David, «U Zhukova v Perkbushkogo», *Krasnaya Zvezda*, 30 de noviembre de 1991.
—, *Stalin Shcherbakov Mejlis i Drugie*, Moscú, 1995.

Pahlavi, HIM Mohammed Reza, *Missions for My Country*, Londres, 1961.
Parrott, Cecil, *The Serpent and the Nightingale*, Londres, 1977.
Patolichev, N. S., *Ispytanie na zrelost*, Moscú, 1977.
Pavlov, V. N., «Avtobiographicheskie Zametki», *Novaya i Noveishaya Istoriya*, 4 (2000).
Plizetskaya, Maya, y Tim Scholl, *I, Maya*, New Haven, Connecticut, 2001.
Platonov, Andrei, *The Foundation Pit*, Londres, 1996 (hay trad. cast. del org. ruso, *La excavación*, Alfaguara, Madrid, 1990).
Pronin, Vasili P., «Gorod u linii fronta», *Moskovskie Novosti*, 21 (26 de marzo-2 de abril de 1995), p. 14.
—, *Gorod-voin, Bitva za Moskvu*, Moscú, 1966.
Pirozhkova, A. N., *At His Side, The Last Ten Years of Isaac Babel*, Vermont, 1996.
Putin, Vladimir, *First Person*, Hutchinson, Londres, 2000.
Rapoport, Yakov, *The Doctors' Plot, Stalin's Last Crime*, Londres, 1991.
Razgon, Lev, *Plen v svoem otechestve*, Moscú, 1994.
Roberts, Frank, *Dealing with Dictators*, Londres, 1991.
Rokossovski, K., *Soldatskiy dolg*, Moscú, 1968 (hay trad. cast.: *El deber de un soldado*, Bruguera, Barcelona, 1970).
Romanov, A. I., *The Nights are Longest There*, Boston, 1972.
Rosliakov, K., *Ubiystvo Kirova. Politicheskie i ugolovnye prestupleniya v 1930 godakh*, Leningrado, 1991.
Ribin, A. G., *Stalin v Oktyabre 1941*, Moscú, s. f.
Ribin, A. T., «Ryadom s IV Stalinym», *Soziologicheskie Issledovaniya*, 3 (1988).
—, *Stalin i Zhukov*, Moscú, 1994.
—, *Ryadom Stalinym v Bolshom Teatre*, Moscú, s. f.
—, *Kto Otravil Stalina?*, Moscú, s. f.
—, *Next to Stalin: Notes of a Bodyguard*, Toronto, 1996.
Rzhevskaya, E., *B tot den pozdhnei oseniu*, en SS Smirov, *Marshal Zhukov: kakim my ego pomnium*, Moscú, 1988.
Sajarov, Andrei, *Memoirs*, Nueva York, 1992 (hay trad. cast.: *Memorias*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1992).
Sbornik zakonodatelnyj i normativnyj actov o repressiyaj i reabilitatsii, Moscú, 1993.
Serge, Victor, *From Lenin to Stalin*, Londres, 1937 (hay trad. cast. del francés: *De Lenin a Stalin*, Imán, Buenos Aires, 1938).
Shajurin, A., «Memoirs», *Voprosy Istorii*, 3 (1975).
Shepilov, D., *Neprimknuvshii*, Moscú, 2001.
—, Vospominaniya, *Voprosy Istorii*, vols. 3, 4, 5, 6, 1998.
Sholojov, Mijail, *Virgin Soil Upturned*, Londres, 1988 (hay trad. cast. del org. ruso: *Campos roturados*, 2 vols., Planeta, Barcelona, 1973).
Shostakovich, Dmitri, *Testimony: The Memoirs of Dmitri Shostakovich as Related to and Edited by Solomon Volkov*, Londres, 1981.
Shtemenko, S. M., *Generalnyi shtab v gody voiny*, Moscú, 1981.
Simonov, K., «Glazami cheloveka moego pokoleniya», *Znamya*, 3 (1988).
—, «Conversations with Admiral IS Isakov», *Znamya*, 5 (1988).
—, «Zametki k biografii GK Zhukova», *Voprosy Istorii*, 6, 7, 8, 9, 10, 12 (1987).
—, *Diaries*, RGALI, Moscú.

Smith, Walter Bedell, *My Three Years in Moscow*, Nueva York, 1948 (hay trad. cast.: *Mis tres años en Moscú*, Mateu, Barcelona, 1950).
Smirnoff, S. S., *G. K. Zhukov: Kakim My Ego Pomnium*, Moscú, 1988.

I. V. Stalin

Jlevniuk, O. V., R. W. Davies, L. P. Kosheleva, E. A. Rees y L. A. Rogovaya, *Stalin i Kaganovich Perepiska 1931-1936*, Moscú, 2001.
Lih, Lars T., Oleg V. Naumov y Oleg V. Jlevniuk, eds., *Stalin's Letters to Molotov*, New Haven, Connecticut, 1995.
Stalin, I. V., *Sochineniya*, Moscú, 1946-1952 (véase en cast.: *Obras de J. Stalin*, 15 vols., Ediciones Vosa, Madrid, 1984).
—, *Ekonomicheskiye problemy socializma v SSSR*, Moscú, 1953.
—, *Vystuplenie na prieme v Kremle v chest kommanduyushchij voiskami Krasnoi Armii*, en *Works*, ed. Robert McNeal, vol. II, 1941-1945, Stanford, California, 1967.
—, «Molotov Zhdanov o vtoroy serii filma Ivan Grozny», *Moskovskie Novosti*, 37 (7 de agosto de 1988).
—, Josif Stalin v obiatiiaj semyii: iz lichnogo arkiva, *Istochnik*, Moscú, 1993.
Starostin, Nikolai, *Futbol skvoz gody*, Moscú, 1992.
Sudoplatov, Pavel y Anatoli Sudoplatov, junto con Jerrold I. Schecter y Leona, *Special Tasks, the Memoirs of an Unwanted Witness, a Soviet Spymaster*, Londres, 1994 (hay trad. cast.: *Operaciones especiales: memorias de un maestro de espías soviético*, Plaza & Janés, Barcelona, 1994).
Sujanov, D. M., *Memoirs*, Biblioteca del Congreso, Washington D. C.
Sujanov, N. N., *The Russian Revolution 1917. A personal record*, Londres, 1955 (hay trad. cast. del org. ruso: *La Revolución rusa: 1917*, Luis de Caralt, Barcelona, 1970).
Timashuk, Lidia, «Tsel byla spasti zhizn bolnogo. Pisma Lidii Timashuk», *Istochnik*, 1 (1997).
Trotski, Lev, *My Life*, Nueva York, 1930 (trad. cast. del alemán: *Mi vida*, Ediciones Giner, Madrid, 1978).
—, *Stalin*, Londres, 1968 (hay trad. cast.: *Stalin*, Plaza & Janés, Buenos Aires, 1967).
Trail, Vera, *Memoirs of Yezhov*, s. p.
Trifinov, Yuri, *House on the Embankment*, Evansto, Illinois, 1999.
Troyanovski, Oleg, *Cherez godiy rasstoyaniya*, Moscú, 1997.
Valedinski, I., «Vospominaniya o vstrechah s tov. Stalinym IV», *Muzei Revolutsii*, vol. 23, bk. 2, Moscú, 1992.
Vaschshenko, N., *La Granjo Istorii*, Moscú, 1998.
Vasilevski, A. M., *Delo Vsey Moey Zhizni*, Moscú, 1978.
Vishnevskaya, Galina, *Galina, Russian Story*, Londres, 1984.

N. S. Vlasik

Vlasik, N. S., «Moya Biografiya», *Shpion*, vols. 8-9.
«Vlasik Case: Interrogations», *VIZh*, 12 (1989).

Voronov, N. V., *Memoir of NV Voronov*, Volkogonov Collection, carrete 8, 6 de junio de 1994.

K. E. Voroshilov

Voroshilov, K. E., *Stalin and the Armed Forces of the USSR*, Moscú, 1951.
—, *Razzkaz o shizni. Vospominaniya*, Moscú, 1968.
Werth, Alexander, *Year of Stalingrad*, Londres, 1946.
—, *Russia at War*, Londres, 1964 (hay trad. cast.: *Rusia en la guerra, 1941-1945*, 2 vols., Grijalbo, Barcelona, 1967).

G. Yagoda

Litvin, A. L., ed., *Genrij Yagoda Narkom vnutrennij del SSSR, Generalnyi kommissar gosudarstvennoy besopastnosti*, Kazán, 1997.
Yakovlev, A. S., *Tsel zhizni*, Moscú, 1970.
Yerofeev, Vladimir, «Ten Years of Secretaryship», *International Affairs*, vol. 9, 1991.
Zajarov, M. V., *Generalnyi shtab v predvoennye gody*, Moscú, 1989.
Zbarski, Ilia y Samuel Hutchinson, *Lenin's Embalmers*, Londres, 1999.

A. A. Zhdanov

A. A. Zhdanov, «Doklad Zhdanova o zhurnalaj Zvezda i Leningrad», *Bolshevik*, 17-18 (septiembre de 1946).
Zhdanov, Yuri, «O kritie i samokritike v nauchnoy rabote», *Bolshevik*, 21 (1951), pp. 28-43.
Zhdanov, Yuri, «Vo mgle protivorechii», *Voprosy Filosofii*, 7 (1993), p. 74.

G. K. Zhukov

Zhukov, G. K., *Vospominaniya i razmyshlenmiya*, Moscú, 1990[10].
—, «Korotko o Staline», *Pravda*, 20 de enero de 1989.
—, «Na Kurskoy Duge», *VIZh*, agosto de 1967.

Fuentes secundarias

Antonov-Ovseenko, Anton, *Beria*, Moscú, 1999.
—, *The Time of Stalin: Portrait of a Tyranny*, Nueva York, 1980.
Applebaum, Anne, *GULAG: A History of the Soviet Concentration Camps*, Londres, 2003.
Aptekov, Pavel, y Olga Dudorova, «Peace and statistics of losses: Unheeded Warning and the Winter War», *Slavic Military Studies*, vol. 10, 1 (marzo de 1997).

Avtorjanov, Abdurajman, *Stalin and the Soviet Communist Party*, Londres, 1959.
Axell, Albert, *Stalin's War Through the Eyes of his Commanders*, Londres, 1997.
Babichenko, D. y M. Sidorov, «Nevelika pobeda», *Itogi*, n.º 31 (269), 2001.
Barsukov, N., «Mart 1953. Stranitsy Istorii KPSS», *Pravda*, 27 de octubre de 1989.
Barbosa, Adalberto Zelmar, *El Federalismo Bloquista: Bravo o el pragmatismo político*, Buenos Aires, 1988.
Beevor, Antony, *Stalingrad*, Londres, 1998 (hay trad. cast.: *Stalingrado*, Crítica, Barcelona, 2003).
—, *Berlin The Downfall 1945*, Londres, 2002 (hay trad. cast.: *Berlín: la caída, 1945*, Crítica, Barcelona, 2003).
Biagi, Enzo, *Svetlana: The Inside Story*, Londres, 1967 (hay trad. cast.: *¿Qué silenció la hija de Stalin?: hablan los protagonistas*, Sagitario, Barcelona, 1967).
Bailer, Seweryn (ed.), *Stalin and his Generals*, Nueva York, 1969.
Bloch, Michael, *Ribbentrop*, Londres, 1994.
Blotski, Oleg, *Vladimir Putin The Story of My Life*, Moscú, 2002.
Bobrenov, V., y V. Wiazantsev, «Marshal protiv Marshala», *Armia*, 8, 9, 10 (1993).
Bortoli, Georges, *Death of Stalin*, Londres, 1975.
Bos, W. H., y E. M. Farber, «Joseph Stalin's Psoriasis: Its Treatment and the Consequences», *Cutis*, vol. 59 (abril de 1997).
Brackman, Roman, *The Secret File of Joseph Stalin*, Londres, 2001.
Brent, Jonathan, y Vladimir P. Naumov, *Stalin's Last Crime: The Doctors' Plot*, Londres, 2003.
Briujanov, B. B., y E. N. Shoshkov, *Opravdaniyu ne podlezhit: Ezhov I ezhovshchina*, San Petersburgo, 1998.
Bromage, Bernard, *Molotov: the Story of an Era*, Londres, 1956.
Brooks, Jeffrey, *Thank You Comrade Stalin*, Princeton, 2000.
Burleigh, Michael, *The Third Reich, A New History*, Londres, 2000 (hay trad. cast.: *El Tercer Reich: una nueva historia*, Taurus, Madrid, 2002).
Carlton, David, *Churchill and the Soviet Union*, Londres, 2000.
Carr, Edward Hallett, *What is History?*, Londres, 1964 (hay trad. cast.: *¿Qué es la historia?*, Ariel, Barcelona, 2003[2]).
Carswell, John, *The Exile, the Life of Ivy Litvinov*, Londres, 1980.
Chase, William J., *Enemies Within the Gates? The Comintern and the Stalinist Repression 1934-1939*, New Haven, Connecticut, 2001.
Chinski, Pavel, *Staline archives inédites*, París, 2001.
Chisholm, Anne, y Michael Davie, *Beaverbrook: A Life*, Londres, 1992.
Chubariyan, Alexander O. y Vladimir O. Pechatnov, «Molotov the Liberal: Stalin's 1945 Criticism of his Deputy», *Cold War History*, vol. I, 1 (agosto de 2000).
Clark, Alan, *Barbarossa: the Russian-German conflict, 1941-1945*, Londres, 1996 (hay trad. cast.: *La Campaña de Rusia: 1941-1945*, Luis de Caralt, Barcelona, 1967).
Cohen, Stephen F., *Bukharin and the Bolshevik Revolution, A Political Biography 1888-1938*, Londres, 1973 (hay trad. cast.: *Bujarin y la revolución bolchevique: biografía política, 1888-1938*, Siglo XXI, Madrid, 1976).
Cohen, Y., «Des lettres comme action: Stalin au début des années 1930 vu depuis les fonds Kaganovich», *Cahiers du Monde russe*, vol. 38, 3 (julio-septiembre de 1997).

Conquest, Robert, *The Great Terror, Stalin's Purge of the Thirties*, Londres, 1968 (hay trad. cast.: *El gran terror*, Caralt Editores, Barcelona, 1974).
—, *The Nation Killers*, Londres, 1972.
—, *Inside Stalin's Secret Police NKVD Politics 1936-1939*, Stanford, California, 1985.
—, *Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror/Famine*, Londres, 1986.
—, *Stalin and the Kirov Murder*, Oxford, 1989.
—, *Stalin: Breaker of Nations*, Londres, 1991.
Coox, Alvin D., «L'affaire Lushkov: Anatomy of a Defector», *Soviet Studies*, 3 (1967-1968).
—, «The Lesser of Two Hells: NKVD General GS Lyushkov's Defection to Japan 1938-1945», *Slavic Military Studies*, vol. 11, 3 (septiembre de 1998).
Curtis, J. A. E., *Manuscripts Don't Burn: Mikhail Bulgakov A Life in Letters and Diaries*, Londres, 1991.
Dalin, Alexander, y F. I. Firsov, eds., *Dmitrov and Stalin 1934-1943*, New Haven, Connecticut, 2000.
Davies, R. W., «The Sypsov-Lominadze Affair», *Soviet Studies*, vol. 33, 1 (enero de 1981).
Easter, Gerald, *Reconstructing the State: Personal Networks and Elite Identity in Soviet Russia*, Cambridge, 2000.
Ebon, M., *Malenkov*, Londres, 1953.
Erickson, John, *Soviet High Command A Military/Political History 1918-1941*, Londres, 1962.
—, *The Road to Stalingrad*, Londres, 1983.
—, *The Road to Berlin*, Londres, 1996.
Fairbanks, C. H., «Clientilism and higher politics in Georgia 1949-1953», *Transcaucasia*, Ann Arbor, Michigan, 1983.
Fay, Laurel, *Shostakovich, A Life*, Oxford, 2001.
Figes, Orlando, *Natasha's Dance, A Cultural History of Russia*, Londres, 2002.
—, *A People's tragedy The Russian Revolution 1891-1924*, Londres, 1996 (hay trad. cast.: *La revolución rusa: la tragedia de un pueblo*, Edhasa, Barcelona, 2001).
Fitzpatrick, Sheila, *Everyday Stalinism, Ordinary Life in Extraordinay Times: Soviet Russia in the 1930s*, Oxford, 1999.
—, *The Cultural Front, Power and Culture in Revolutionary Russia*, Ithaca, Nueva York, 1992.
—, *Stalinism: New Directions*, Londres, 2000.
Garros, V., N. Korenevskaya y T. Lahusen (eds.), *Intimacy and Terror: Soviet Diaries of the 1930s*, Nueva York, 1995.
Gazur, Edward P., *Secret Assignment: The FBI's KGB General*, Nueva York, 2001.
Gendlin, L., *Confession of Stalin's Lover*, Moscú, 1991.
Getty, J. Arch y R. T. Manning (eds.), *Stalinist Terror. New Perspectives*, Cambridge, 1993.
—, *Origins of the Great Purges: the Soviet CP Reconsidered 1933-1938*, Cambridge, 1985.
Getty, J. Arch y Oleg V. Naumov, *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven, Connecticut, 1999 (hay trad. cast.: *La lógica del terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, Crítica, Barcelona, 2001).

Gilbert, Martin, *Churchill A Life*, Londres, 1991.
Glantz, David, *Barbarossa: Hitler's Invasion of Russia 1941*, Londres, 2001.
—, «The Kharkov Operation May 1942», *Slavic Military Studies*, vol. 5 (septiembre-diciembre de 1992).
—, *Zhukov's Greatest Defeat: the Red Army's Epic Disaster in Operation Mars 1942*, Manchester, 2000.
—, «Forgotten Battles of German Soviet War - The Winter Campaign: the Crimean Counter-Offensive», *Slavic Military Studies*, vol. 14 (marzo de 2001).
Gleason, Abbott, *Totalitarianism: The Inner History of the Cold War*, Oxford, 2001.
Gobarev, Victor, «Soviet Military Plans and Actions During the First Berlin Crisis», *Slavic Military Studies*, vol. 10 (septiembre de 1997).
—, «Khrushchev and the Military: Historical and Psychological Analysis», *Slavic Military Studies*, vol. 11.
Goncharov, Sergei N., John W. Lewis y Xue Litai, *Uncertain Partners: Stalin, Mao and the Korean War*, Stanford, California, 1993.
Gorlizki, Yoram, *Stalin's Cabinet: the Politburo and Decision-Making in the Post-War Years*, en Read, Christopher, *The Stalin Years*, Londres, 2003.
Gorlov, S. A., «Peregovory VM Molotova v Berline v Noiabre 1940 goda», *VIZh*, vols. 6 y 7 (1992).
Gorodetski, Gabriel, *Stafford Cripps' Mission to Moscow 1940-1942*, Londres, 1984.
—, *Grand Delusion; Stalin and the German Invasion of Rusia*, New Haven, Connecticut, 1999.
Gromov, E., *Stalin: Vlast I Iskusstro*, Moscú, 1998.
Hahn, Werner, *Postwar Soviet Politics: the Fall of Zhdanov and the Defeat of Moderation 1946-1953*, Ithaca, Nueva York, 1994.
Harris, Jonathan, «The Origins of the Conflict between Malenkov and Zhdanov 1939-1941», *Slavic Review*, vol. 35, 2 (1976).
Holloway, David, *Stalin and the Bomb: the Soviet Union and Atomic Energy 1939-1956*, New Haven, Connecticut, 1994.
Hosking, Geoffrey, *A History of the Soviet Union 1917-1991*, Londres, 1992.
Ivanov, S. P., *Shtab armeiskii, Shtab frontovoi*, Moscú, 1990.
Y. Izumov, «Why Khrushchev took revenge on Stalin», *Dosye Glasnost*, 12 (2001).
Jansen, Marc y Nikita Petrov, *Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolai Ezhov 1895-1940*, Stanford, Connecticut, 2002.
Jeffery, Inez Cope, *Inside Russia: Life and Times of Zoya Zarubina*, Austin, Texas, 1999.
Jenkins, Roy, *Truman*, Londres, 1986.
Jlevniuk, Oleg, *Le Cercle du Kremlin, Staline et le bureau politique dans les anneés 30: les jeux du pouvoir*, París, 1996.
—, *Stalin NKVD i sovetskoe obshchestvo*, Moscú, 1993.
—, *In Stalin's Shadow, the Career of Sergo Ordzhonikidze*, Nueva York, 1993.
—, *Stalinskoe Politburo v 1930 gody. Sbornik dokumentov*, Moscú, 1995.
Jlevniuk, Oleg, Y. Gorlizki, L. P. Kosheleva, A. I. Miniuk, M. Y. Prozimenshikov, L. A. Rogovaya y S. V. Somonova (eds.), *Politburo TsK BKP i Sovet Ministrov SSSR 1945-1953*, Moscú, 2002.
Karpov, Vladimir, «Tainaya rasprava nad marshalom Zhukovym», *Vestnik Protivovozdushnoy Oborony*, 7, 8, 17 y 19 (agosto de 1991).

—, «Rasprava Stalina nad Marshalom Zhukovym», *Vestnik Protivovozdushnoy Oborony*, 7-8 (1992).

—, *Marshal Zhukov: Opala*, Moscú, 1994.

—, *Rastrellyannye Marshaly*, Moscú, 2000.

—, «Career of Communications Worker Vladimir Kazakov», *Nezavisimoe Voennoe Obrozenie*, vol. 19 (2002), p. 5.

Kahan, Stuart, *Wolf of the Kremlin*, Nueva York, 1987 (hay trad. cast.: *El lobo del Kremlin*, Datanet, Barcelona, 1988).

Kemp-Welch, A., *Stalin and the Literary Intelligentsia, 1928-1939*, Londres, 1991.

Kenez, Peter, *Cinema and Soviet Society from the Revolution to the Death of Stalin*, Londres, 2001.

Kirilina, A. A., *L'Assassinat de Kirov*, París, 1995.

Knight, Amy, *Who Killed Kirov? The Kremlin's Greatest Mystery*, Nueva York, 1999.

—, *Beria: Stalin's First Lieutenant*, Princeton, New Jersey, 1993.

Kojevnikov, Alexei, *Games of Stalinist Democracy, Ideological discussions in Soviet sciences 1947-1952*, en Fitzpatrick, Sheila, *Stalinism: New Directions*, Londres, 2000.

Kotkin, Stephen, *Magnetic Mountain: Stalinism as a Civilisation*, Berkeley, California, 1995.

Korol, V. E., A. I. Sliusarenko y I. U. Nikolaenko, «Tragic 1941 and Ukraine: New Aspect of Problems», *Slavic Military Studies*, vol. 11, 1 (marzo de 1998).

Kostirchenko, Gennadi, *Out of the Red Shadows, Anti-Semitism in Stalin's Russia*, Nueva York, 1995.

Kulikov, E., M. Miakgov y O. Rzheshevsky, *Voina 1941-1945*, Moscú, 2001.

Kuznetsov, I. I., «Stalin's Minister VI Abakumov», *Slavic Military Studies*, vol. 12, 1 (marzo de 1999).

—, «KGB General Naum Isakovich Eitingon 1899-1991», *Slavic Military Studies*, vol. 14, 1 (marzo de 2001).

Lakoba, S., *Ocherki po politicheskoy istorii Abjazii*, Sujumi, 1990.

Lastours, S. de, *Toukhatchevski*, París, 1996.

Lebedeva, N. S., *Katyn*, Moscú, 1994.

Levashov, Viktor, *Mijoels: Ubiystvo Mijoelsa*, Moscú, 1998.

Lewis, Jonathan y Phillip Whitehead, *Stalin: A Time for Judgement*, Londres, 1990.

Leyda, Jay, *Kino: History of Russian and Soviet Film*, Londres, 1973.

Lijanov, D. y V. Nikonov, «La pochistil OGPU», en *Sovershenno sekretno*, 4 (1992).

Loguinov, V., *Taini Stalina, General Vlasik i yego soratniki*, Moscú, 2000.

Malia, Martin, *The Soviet Tragedy: A History of Socialism 1917-2000*, Nueva York, 1994.

Marcucci, L., *Il Commissario di Ferro di Stalin*, Turín, 1997.

Mariamov, Grigori, *Kremlevskiy tsenzor: Stalin smotrit kino*, Moscú, 1986.

McLoughlin, Barry, y Kevin McDermott, *Stalin's Terror: High Politics and Mass Repression in the Soviet Union*, Londres, 2002.

Medvedev, Roy Aleksandrovich, *Let History Judge*, Londres, 1976 (hay trad. cast.: *Que juzgue la historia*, Destino, Barcelona, 1977).

—, *On Stalin and Stalinism*, Oxford, 1979.

—, *Khrushchev*, Nueva York, 1983.

—, *All Stalin's Men: Six Who Carried the Bloody Purges*, Nueva York, 1985.

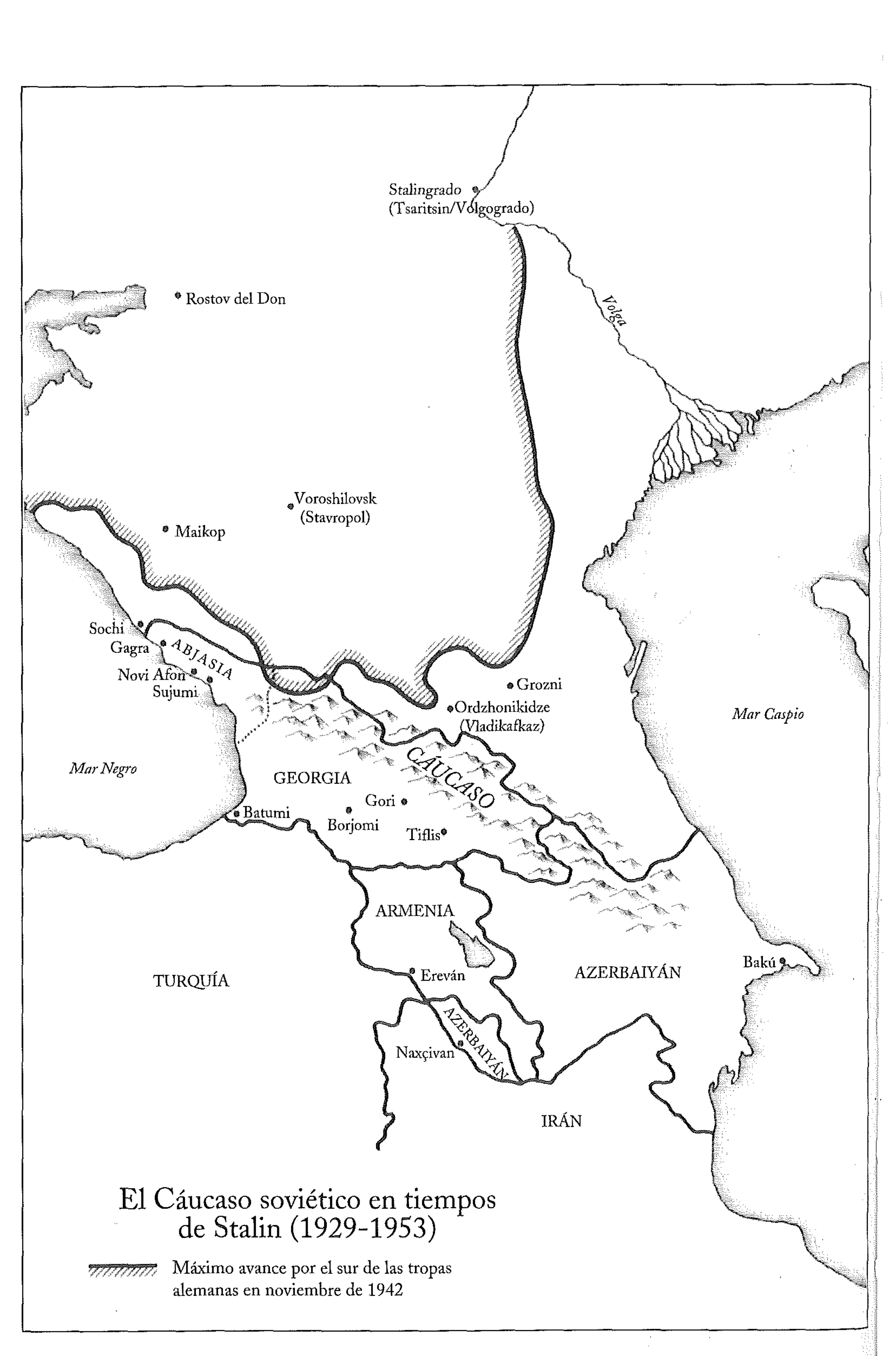
—, *Neizvestnyi Stalin*, Moscú, 2001.
Medvedev, Roy y Zhores, *Politicheskiy dnevnik*, Amsterdam, 1975.
Medvedev, Zhores, *The Rise and Fall of T. D. Lysenko*, Nueva York, 1969.
Mee, Charles L. Jr., *Meeting at Potsdam*, Londres, 1975 (hay trad. cast.: *Postdam: el destino del mundo*, Grijalbo, Barcelona, 1977).
Merridale, Catherine, *Night of Stone, Death and Memory in Russia*, Londres, 2000.
—, *Moscow Politics and the Rise of Stalin: the Communist Party in the Capital 1925-1932*, Basingstoke/Londres, 1990.
Morgan, Ted, *FDR a Biography*, Londres, 1985.
Naumov, V., *1941 god, Dokumenty*, Moscú, 2000.
Nekrasov, V. F., *Beria: Konets kariery*, Moscú, 1991.
—, *Zhelezni Narkomy*, Moscú, 1995.
Nenarakov, A., «Shatbs-Kapitan, Marshall, Vrag Naroda, Yegorov», *Rodina*, 10 (1989).
Nevakivi, Jukka (ed.), *Finnish-Soviet Relations 1944-1948*, Helsinki, 1994.
Nevezhin, V. A., «Stalin's 5th May Address: the experience of Interpretation», *Slavic Military Studies*, vol. 11, 1 (marzo de 1998).
Nove, Alec (ed.), *The Stalin Phenomenon*, Nueva York, 1993.
Overy, Richard, *Russia's War*, Londres, 1997.
Papkov, S. A., *Stalinsky Terror v Sibiri 1928-1941*, Novosibirsk, 1997.
Parrish, Michael, *The Lesser Terror Soviet State Securiy 1939-1953*, Londres, 1996.
—, «Downfall of the Iron Commissar NI Yezhov 1938-1940», *Slavic Military Studies*, vol. 14 (junio de 2001).
—, «The Last Relic: Serov», *Slavic Military Studies*, vol. 10 (septiembre de 1997).
Pavlenko, N. G., «GK Zhukov: Iz neopublikovanyj vospominaniy», *Kommunist*, vol. 14 (septiembre de 1988).
—, «Razmyshleniya o sudbe polkovodtsa», *VIZh*, 10, 11, 12 (1988).
Pechatov, Vladimir O., «The Allies are pressing on you to break your will...», *Foreign Policy Correspondence between Stalin and Molotov and other Politburo members, September 1945-December 1946*, documentos de trabajo, 26, Cold War International History Project, Woodrow Wilson International Centre for Scholars, Washington D. C.
Perrie, Maureen, *The Cult of Ivan the Terrible in Stalin's Russia*, Londres, 2001.
Perlmutter, Amos, *A Not So Grand Alliance 1943-1945*, Columbia, Misuri, 1994.
Petrov, N. V., y K. V. Scorkin, *Kto Rukovodil NKVD 1934-1941: Spravochnik*, Moscú, 1999.
Polianski, A., *Yezhov: Istoriya zheleznogo stalinskogo narkoma*, Moscú, 2001.
Pope, Arthur Upham, *Maxim Litvinov*, Londres, 1943.
Popov, B. S., y V. G. Oppokov, «Berievshchina», *VIZh*, 3 (1990).
Porter, Cathy, *Alexandra Kollantai*, Londres, 1980.
Povartsov, S., *Prichina smerti-rastrel*, Moscú, 1996.
Raanan, Gavriel D., *International Policy Formation in the USSR Factional «Debates» during the Zhdanovshchina*, Hamdem, Connecticut, 1983.
Radosh, R., M. R. Habeck y G. Sevostianov (eds.), *Spain Betrayed the Soviet Union in the Spanish Civil War*, New Haven, Connecticut, 2001 (hay trad. cast.: *España traicionada: Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2002).

Radzinski, Edvard, *Stalin*, Londres, 1996.
Read, Christopher, *The Stalin Years: A Reader*, Londres, 2003.
Read, Anthony, y David Fisher, *The Deadly Embrace: Hitler, Stalin and the Nazi-Soviet Pact 1939-1941*, Londres, 1988.
Rees, E. A., *Stalinism and Soviet Rail Transport 1928-1941*, Londres, 1995.
Reese, R. R., *Stalin's Reclutant Soldiers: A Social History of the Red Army*, Kansas, 1996.
Ribakov, Anatoli, *Children of the Arbat*, Boston, 1988 (hay trad. cast. del org. ruso: *Los hijos del Arbat*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1989).
Richardson, Rosamond, *The Long Shadow: Inside Stalin's Family*, Londres, 1993.
Rieber, Alfred J., «Stalin Man of the Borderlands», *American History Review*, vol. 106, 5 (diciembre de 2001).
Riehl, Nikolaus, y Frederick Seitz, *Stalin's Captive Nikolaus Riehl and the Soviet Race for the Bomb*, Londres, 1996.
Rigby, T. H., «Was Stalin a Disloyal Patron?», *Soviet Studies*, vol. 38, 3 (julio de 1986).
—, *Political Elites in the USSR*, Aldershot, 1990.
Ritterspoon, G. T., *Stalinist Simplifications and Soviet Complications. Social Tensions and Political Conflicts in the USSR 1933-1953*, Filadelfia, 1991.
Roberts, Andrew, *The Holy Fox: A Biography of Lord Halifax*, Londres, 1991.
Roberts, Geoffrey, «Beware Greek Gifts: the Churchill-Stalin Percentages Agreement of October 1994», *Churchill and Stalin*, FCO Historians' Conference, 2002.
Rogovin, Vadim Z., *1937: Stalin's Year of Terror*, Oak Park, Michigan, 1988.
Rosenfeldt, N. E., *Knowledge and Power: the Role of Stalin's Secret Chancellery in the Soviet System of Government*, Copenhague, 1978.
Rubenstein, Joshua, *Tangled Loyalties: the Life and Times of Ilya Ehrenburg*, Londres, 1996.
Rubenstein, Joshua y Vladimir P. Naumov, *Stalin's Secret Pogrom, The Postwar Inquisition of the Jewish Anti-Fascist Committee*, New Haven, Connecticut, 2001.
Rubtsov, Y., *Alter Ego Stalina: Stranitsy politicheskoi biografi LZ Mejlisa*, Moscú, 1999.
—, *Marshay Stalina*, Rostov, 2000.
Rzheshevski, O. A., *Vtoraya Mirovaya Voina*, Moscú, 1995.
—, (ed.), *War and Diplomacy: the Making of the Grand Alliance*, Nueva York, 1996.
—, «Winston Churchill in Moscow 1942», *Churchill and Stalin*, FCO Historians' Conference, 2002.
Sainsbury, K., *The Turning Point*, Londres, 1986.
Salisbury, Harrison, *900 Days, The Siege of Leningrad*, Londres, 1969, reimpresión, 2000 (hay trad. cast.: *Los 900 días: el sitio de Leningrado*, Plaza & Janés, 1970).
Seaton, Albert, *Stalin as Military Commander*, Conshohocken, Pensilvania, 1998.
Service, Robert, *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organizational Change 1917-1923*, Londres, 1979.
—, *A History of 20th Century Russia*, Londres, 1997 (hay trad. cast.: *Historia de Rusia en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2000).
—, «Joseph Stalin, the Making of a Stalinist», en *Politics, Society and Stalinism in the USSR*, ed. John Channon, Londres, 1998.
—, *Lenin*, Londres, 2000 (hay trad. cast.: *Lenin: una biografía*, Siglo XXI, Madrid, 2001).

—, «Architectural Problems of Reform: from Design to Collapse», *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 2, 2 (otoño de 2001).
Shapiro, Leonard, *The Communist Party of the Soviet Union*, Londres, 1970.
Sheinis, Z., *Maxim Maksimorich Litvinov*, Moscú, 1989.
Shentalinski, Vitali, *The KGB's Literary Archive*, Londres, 1995.
—, «Ojota v revzapovednike», *Novy Mir*, 12 (1998).
Shukman, Harold (ed.), *Stalin's Generals*, Londres, 1993.
— (ed.), *Stalin and the Soviet-Finnish War 1939-1940*, Londres, 2002.
Siegelbaum, Lewis, y Andrei Sokolov (eds.), *Stalinism as a Way of Life, A Narrative in Documents*, New Haven, Connecticut, 2001.
Smith, Edward Ellis, *Young Stalin*, Nueva York, 1967.
Soifer, Valeri, *Lysenko and the Tragedy of Soviet Science*, New Jersey, 1994.
Spahr, William J., *Stalin's Lieutenants, A Study of Command under Duress*, Novato, California, 1997.
—, *Zhukov, The Rise and Fall of a Great Captain*, Novato, California, 1995.
Starr, S. Frederick, *Red and Hot, The Fate of Jazz in the Soviet Union 1917-1980*, Oxford, 1983.
Stoliarov, K. A., *Golgofa*, Moscú, 1991.
Sujomlinov, A., *Vasily: Syn Vozhdya*, Moscú, 2001.
Sulianov, Anatoli, *Arrestovat v Kremle. O zhizni i smerti marshala Beria: Povest*, Minsk, 1991.
Suny, Ronald Grigor, *The Making of the Gregorian Nation*, Stanford, California, 1988.
Suvenirov, O. F., *Tragediya RKKA 1937-1938*, Moscú, 1998.
Taubman, William, *Khrushchev, The Man and His Era*, Londres, 2003.
Taubman, William, Sergei Jrushchov y Abbott Gleason (eds.), *Nikita Khrushchev*, New Haven, Connecticut, 2000.
Taylor, A. J. P., *Beaverbrook*, Londres, 1972.
Thomas, Hugh, *Armed Truce, The Beginnings of the Cold War 1945-1946*, Londres, 1986 (hay trad. cast.: *Paz armada: los comienzos de la guerra fría, 1945-1946*, Grijalbo, Barcelona, 1988).
Thurston, Robert W., *Life and Terror in Stalin's Russia 1934-1941*, New Haven, Connecticut, 1996.
Trepper, L., *Bolshaya igra*, Moscú, 1990.
Tolstoi, Nikolai, *The Tolstoys*, Londres, 1983.
—, *Stalin's Secret War*, Londres, 1981.
Torchinov, B. A., y A. M. Lentiuk, *Vokrug Stalina*, San Petersburgo, 2000.
Toranska, Teresa, *Oni, Stalin's Polish Puppets*, Londres, 1987.
Tucker, Robert, *Stalin as Revolutionary*, Nueva York, 1974.
—, *Stalin in Power: the Revolution from Above*, Nueva York, 1990.
—, *Stalinism Essays in Historical Interpretation*, New Brunswick, Nueva Jersey, 2000.
Ushakov, S., y A. A. Stukakov, *Front Voennyj Prokurotov*, Moscú, 2000.
Uspenski, V. D., *Taynyi Sovetnik Vozhdya*, Moscú, 1992.
Vaksberg, Arkadi, *Stalin Against the Jews*, Nueva York, 1995.
—, *Stalin's Prosecutor, The Life of Andrei Vyshinsky*, Nueva York, 1991.
—, «Delo marshala Zhukova: nerazorvavshayasya bomba», *Literaturnaya Gazeta*, 32 (5 de agosto de 1992).

Vasilieva, Larissa, *Kremlin Wives*, Londres, 1994.
—, *Kremlevskie Zheny*, Moscú, 2001.
—, *Deti Kremya*, Moscú, 2001.
Veiskopf, Mijail, *Pisatel Stalin*, Moscú, 2001.
Volkogonov, Dmitri, *Stalin: Triumph and Tragedy*, Londres, 1991.
—, *The Rise and Fall of the Soviet Empire*, Londres, 1998.
Watson, Derek, «The Early Career of VM Molotov», *CREES Discussion Papers*, Soviet Industrialisation Project Series, Univ. of Birmingham, vol. 26 (1986).
—, *Molotov and Soviet Government: Sovnarkom 1930-1941*, Basingstoke, 1996.
Wheatley, Dennis, *Red Eagle. The story of the Russian Revolution and of Klimenty Efremovitch Voroshilov, Marshal and Commissar for Defence of the USSR*, Londres, 1938.
Yakovlev, Alexander N., *A Century of Violence in Soviet Russia*, New Haven, Connecticut, 2002.
—, *Zhukov*, Moscú, 1992.
Yakovlev, Alexander N., R. Pijoya y A. Geishtor, *Katyn*, Moscú, 1997.
Young, Gordon, *Stalin's Heirs, Who's Who in Soviet Russia*, Londres, 1953.
Zenkovich, N. A., *Marshaly I genseki*, Smolensko, 1997.
Zhavoronkov, G., «I snitsya nochyu den», *Sintaksis*, 32 (1992).
Zhirnov, E., «Gornichnyh Predstavit k Nagradam», *Vlast*, vol. 16 (2000).
—, «Conversation with Office Manager of USSR Council of Ministers Mikhail Smirtukov», *Vlast*, vol. 11 (Molotov), vol. 7 (Bulganin), vol. 5 (Malenkov), vol. 25 (Stalin), 2000.
Zhukov, Y. N., «Borba za vlast v rukovodstve SSSR v 1945-1952», *Voprosy Istorii*, 1 (1995).
Zhukov, Y. N., «Tainy Kremlevskogo dela 1935 goda I sudba Avelia Yenukidze», *Voprosy Istorii*, 9 (2000).
Zubkova, Elena, «Obshchestvennaya atmosphera posle voiny (1945-1946)», *Svobodnaya Mysl*, 6 (1992).
Zubok, Vladislav y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War, From Stalin to Khrushchev*, Cambridge, 1996.


La Unión Soviética en tiempos de Stalin (1929-1953)
Territorio ganado durante la guerra de Finlandia de 1940
Territorios anexionados en 1939-1940 a raíz del pacto Molotov-Ribbentrop
Territorios alemanes y checoslovacos anexionados a la URSS en 1945
Confines de la invasión alemana, enero-julio de 1942
SUECIA
FINLANDIA
Leningrado
ESTONIA
LETONIA
Mar Báltico
LITUANIA
Gorki (Nizhni-Nóvgorod)
Moscú
Smolensko
UNIÓN SOVIÉTICA
Kuibishev (Samara)
Minsk
BIELORRUSIA
POLONIA
Kursk
Kiev
CHECOSLOVAQUIA
Járkov
Stalingrado (Tsaritsin)
UCRANIA
HUNGRÍA
Rostov del Don
RUMANÍA
Kerch
YUGOSLAVIA
Yalta
Mar Caspio
BULGARIA
Mar Negro
GEORGIA
Tiflis
Bakú
ARMENIA
AZERBAIYÁN
GRECIA
TURQUÍA
IRÁN
Algunas ciudades que fueron bautizadas con el nombre de los camaradas de Stalin:
Molotov (Perm)
Zhdanov (Mariupol)
Kalinin (Tver)
Voroshilov (Lugansk)
Ordzhonikidze (Vladikafkaz)
Kirov (Viatka)
Gorki (Nizhni-Nóvgorod)
Kuibishev (Samara)
Voroshilovsk (Stavropol)
Stalingrad (Tsaritsin)
Stalino (Yuzhovka)
Stalinabad (Dushanbe)
Kirovabad (Elizavetpol)
Teherán
Mar Mediterráneo



El Cáucaso soviético en tiempos de Stalin (1929-1953)

Índice alfabético

Lista de ilustraciones

Entre pp. 118 y 119: 1929-1934

malas hierbas del jardín; Stalin antes de embarcar y, ya en la barca, participando en una excursión para hacer ejercicios de tiro en el mar Negro, en lo que acabaría convirtiéndose en un misterioso intento de asesinato.[2]
Molotov, primer ministro durante los años treinta, jugando al tenis con su familia.[2]
Stalin gobernaba su imperio de manera informal: sentado al sol en su dacha de Sochi.[2]

Entre pp. 278 y 279: 1934-1941

Sergei Kirov de vacaciones con Stalin y Svetlana en Sochi.[3]
Stalin con Svetlana.[3]
Andrei Zhdanov se une a la familia; probablemente en la dacha de Jolodnaya Rechka.[3]
La corte del zar rojo a mediados de los años treinta.[2]
Las mujeres de Stalin.[2]
Stalin con sus jerarcas y las esposas de éstos en el antiguo palco imperial del Bolshoi.[2]
Stalin (en compañía de Beria y Lakoba) visita a su madre enferma, Keke, poco antes de la muerte de ésta.[3]
Beria, anfitrión de Voroshilov y Mikoyan en Tiflis durante un homenaje a Rustaveli, en el momento de máximo apogeo del Gran Terror, 1937.[2]
Yagoda, Kalinin, Stalin, Molotov, Vishinski y Beria.[2]
El mariscal Semion Budionni posa con Kaganovich y Stalin, rodeado de mujeres.[2]
Beria y Yezhov, los dos monstruos más depravados de la corte de Stalin.[2]
Yezhov y su esposa Yevgenia reciben a su poderoso amigo, Sergo Ordzhonikidze.[2]
Stalin, Zhdanov, Kaganovich, Mikoyan y Voroshilov posan junto al cadáver de Ordzhonikidze.[2]
Yezhov y su amigo Nikita Jrushchov acompañados de Molotov, Kaganovich, Stalin, Mikoyan y Kalinin.[2]
Stalin tomando el té con el novelista Gorki.[2]
Poskrebishev con Bronislava, la hermosa, atractiva y culta doctora, de la que estaba enamorado, y la hermana de ésta.[5]
Alexander Poskrebishev, jefe de gabinete de Stalin durante la mayor parte de su reinado.[5]
El general Nikolai Vlasik con el desgraciado hijo de Stalin, Yakov, poco antes de la guerra.[3]
Svetlana, apenas adolescente, con el uniforme de los Jóvenes Pioneros.[1]

Entre las páginas 438 y 439: 1941-1945

Entre las páginas 598 y 599: 1945-1953

por el Kremlin camino del mausoleo para el desfile del 1 de mayo de 1946.[4]

Stalin encabeza el duelo en los funerales de Kalinin en 1946.[2]

Stalin, Voroshilov y Kaganovich tras el féretro de Zhdanov, durante el entierro.[2]

A finales de 1948, Stalin, en compañía de la vieja generación, Kaganovich, Molotov y Voroshilov, mientras los más jóvenes preparan a sus espaldas una conjura.[2]

Mikoyan y otros en la casa de verano de Stalin.[3]

Durante la fiesta de su septuagésimo cumpleaños, en el escenario del Bolshoi, Stalin posa entre Mao Zedong y Jrushchov.[8]

Las agitadas últimas vacaciones de 1952: su nueva casa en Novi Afon;[10] el palacio Likani, en otro tiempo propiedad del hermano del zar Nicolás II, el gran duque Miguel;[10] y la casa escondida junto al lago Ritsa, en la que pasó algunas semanas,[10] y en donde los guardaespaldas fabricaron unas cajas verdes, en cuyo interior había teléfonos, para que Stalin pudiera pedir ayuda si se sentía enfermo durante sus paseos diarios.[8]

El sofá de Kuntsevo en el que murió Stalin el 5 de marzo de 1953.[10]

Stalin, anciano ya, pero siempre resuelto, observa a Malenkov mientras éste presenta su principal informe durante la última aparición pública que realizó en el XIX Congreso, en 1952.[6]

Jrushchov, Bulganin, Kaganovich, Mikoyan, Beria, Malenkov, Molotov y Voroshilov, unos frente a otros, ante el cadáver de Stalin.[4]

Stalin durante el congreso de 1927, en sus mejores años.[2]

El autor y la editorial desean expresar su agradecimiento a las siguientes personas e instituciones por permitir la reproducción de las imágenes:

1. Colección de la familia Alliluyev
2. RGASPI
3. Colección de la familia Vlasik
4. AKG
5. Colección de la familia Poskrebishev
6. Colección David King
7. Camera Press
8. Museo Stalin (Gori, República de Georgia)
9. Colección Hugh Lunghi
10. Fotografías del autor / Colección del propio autor
11. Victoria Ivleva-Yorke

Índice

TERCERA PARTE

Al borde del abismo: 1934-1936

CUARTA PARTE

La matanza: Yezhov, el enano venenoso, 1937-1938

QUINTA PARTE

La matanza: llega Beria, 1938-1939

SEXTA PARTE
«La gran partida»: Hitler y Stalin, 1939-1941

SÉPTIMA PARTE
La guerra: el genio desmañado, 1941-1942

OCTAVA PARTE
La guerra: el genio triunfador, 1942-1945

NOVENA PARTE
El juego peligroso de la sucesión, 1945-1949

DÉCIMA PARTE

El tigre cojo, 1949-1953